JOSÉ AGUSTÍN

TRAGICOMEDIA MEXICANA

La vida en México de 1940 a 1970

1

DEBOLSILLO

José Agustín nació en Acapulco en 1944. Poco menos de dos décadas más tarde comenzó a publicar, colocándose a la vanguardia de su generación. Fue miembro del taller literario de Juan José Arreola, quien le publicó su primera novela, *La tumba* , en 1964. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores y de las fundaciones Fulbright y Guggenheim. Ha escrito teatro y guión cinematográfico, ámbito en el que dirigió diversos proyectos. Entre sus obras destacan *De perfil* (1966), *Inventando que sueño* (1968), *Se está haciendo tarde (final en laguna)* (1973, premio Dos Océanos del Festival de Biarritz, Francia), *El rey se acerca a su templo* (1976), *Ciudades desiertas* (1984, premio de Narrativa Colima), *Cerca del fuego* (1986), *El rock de la cárcel* (1986), *No hay censura* (1988), *La miel derramada* (1992), *La panza del Tepozteco* (1993), *Dos horas de sol* (1994), *La contracultura en México* (1996), *Vuelo sobre las profundidades* (2008) *Cuentos completos* (2001), *Los grandes discos del rock* (2001), *Vida con mi viuda* (2004, premio Mazatlán de Literatura), *Armablanca* (2006) y *Diario de brigadista* (2010). Ha publicado ensayo y crónica histórica, destacando los tres volúmenes de *Tragicomedia mexicana* (1990, 1992, 1998). En 2011 la Asamblea Legislativa del D.F. le otorgó la Medalla al Mérito en las Artes por su trayectoria literaria; y mereció, junto con Daniel Sada, el Premio Nacional de Ciencias y Artes el mismo año.

JOSÉ AGUSTÍN

Tragicomedia mexicana 1

La vida en México de 1940 a 1970

DEBOLSILLO

A Andrés, Jesús y Agustín, ¡que les sea leve! y a Mercedes Certucha y Homero Gayosso

1. La transición (1940-1946)

¡AQUÍ VIENE HUEVOS DE ORO!

En 1940, Diego Rivera y Frida Kahlo se casaron por segunda vez y México pisaba la cola del tigre. Se vivía una intensa agitación. Las medidas revolucionarias de Lázaro Cárdenas (reforma agraria, fortalecimiento de obreros, educación socialista y expropiación petrolera) beneficiaron al pueblo pero también despertaron una activa oposición de terratenientes, patrones, la Iglesia y parte de la clase media de las ciudades. Todas estas fuerzas identificaron a Cárdenas como un peligro comunista y se defendieron atacando: las inversiones se contrajeron, se fugaron capitales y se desató una fiebre especulativa de terrenos urbanos, que en 1940 aumentaron de valor hasta en 200 por ciento. Los ricos también se lanzaron a comprar lujosos autos importados, y los Packards, Lincolns y Cadillacs circulaban las calles, pavimentadas o no, de las ciudades mexicanas.

Las grandes compañías extranjeras, por su parte, contribuyeron al desorden económico al retirar su dinero de los bancos mexicanos, y éstos de plano dejaron de conceder préstamos. Para no variar, el gobierno siguió sobregirándose y por tanto imprimió billetes con energía; los aumentos de precios, especialmente en básicos, ahondaron la carestía y acabaron de exasperar a toda la población, pues nadie se reponía aún de los efectos de la expropiación petrolera y se presenciaba, pro curando no preocuparse demasiado, la gran guerra que tenía lugar en Europa, África y Asia.

El rechazo a Cárdenas benefició a dos caudillos militares: Joaquín Amaro, radical de derecha, y el "moderado" Juan Andrew Almazán, ex huertista, "hombre de negocios y de mando de tropas", quien en enero de 1940 constituyó el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN). Amaro no se quedó atrás y armó la Federación de Agrupaciones Revolucionarias Oposicionistas (FARO). Los dos flamantes disidentes del sistema anunciaron sus candidaturas a la presidencia de la Re pública y (Almazán con mayor cautela) se pronunciaron en contra de la educación socialista, de los ejidos, de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la izquierda, la expropiación petrolera y la antidemocracia del partido oficial. Ambos se pro ponían "restablecer la confianza de los inversionistas y rectificar los errores cometidos". Sin embargo, al poco rato fue claro que Almazán aventajaba con mucho a Amaro.

La enorme fuerza que cobraba la derecha fue determinante para que el presidente Cárdenas eligiera sucesor, pues entre sus reformas al sistema no se incluía la voluntad de democratización sino más bien la consolidación de los poderes impresionantes de la presidencia. En el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) eran visibles dos campañas vigorosas que buscaban la

candidatura oficial a “la grande”. Una de ellas, la del general Francisco J. Múgica, secretario de Comunicaciones, representaba la continuidad y ampliación de las reformas revolucionarias, y era la opción natural de la izquierda. Cárdenas sabía que si se inclinaba por Múgica, como muy posiblemente lo deseaba, las derechas se exacerbarían en su contra y la situación podía resultar inmanejable. Por tanto, eligió la otra precandidatura existente, la del general Manuel Ávila Camacho, secretario de Guerra y Marina, quien había logra do ubicarse en el “centro” y resultaba un elemento neutro que podía unificar la gran diversidad de intereses que hervían en el PRM, además de que le quitaría banderas a la oposición sin abdicar a los principios de la Revolución mexicana. “Usted será el presidente de la República”, se dice que Lázaro Cárdenas informó a Ávila Camacho. “Y si alguno recibe una tarjeta o carta mía, no le haga caso. Será porque me vi obligado a darla.”

Lázaro Cárdenas utilizó todo el aparatoso peso de su in vestidura en favor de su elegido. Lo juntó con Vicente Lombardo Toledano, el viejo lobo de Marx, secretario general de la entonces muy poderosa CTM, y logró que el insigne maestro en alto oportunismo apoyara a Ávila Camacho, pues “había que escoger”, sentenció Lombardo, “no al hombre que más ofreciera al movimiento obrero sino al que garantizara la unidad del pueblo mexicano y su sector revolucionario”. Con esto, el general Múgica empezó a decir adiós a sus ambiciones presidenciales.

La Confederación Nacional Campesina (CNC), el siempre débil y manipulable sector campesino, también satisfizo los deseos del presidente y apoyó la candidatura de Ávila Ca macho. Lo mismo ocurrió con una mayoritaria cantidad de militares (el sector más conflictivo del partido) y de gobernadores, liderados por el joven y afanoso mandatario de Veracruz, Miguel Alemán, quien fue nombrado secretario general del Comité Pro-Ávila Camacho, con lo cual aseguraba prácticamente su viaje en el próximo gabinete.

Ya con toda esa fuerza detrás, Ávila Camacho subió el volumen conservador de su campaña y no se cansaba de sugerir que llevaría a cabo las rectificaciones que se exigían. Por el lado de la oposición, Joaquín Amaro vio que tenía escasas posibilidades de ganar y, gruñendo, se retiró del juego electoral.

También se había registrado la candidatura de Rafael Sánchez Tapia, quien se lanzó por su lado, pero jamás tuvo la menor fuerza. El Partido de Acción Nacional (PAN) apenas había sido fundado en 1939 por Manuel Gómez Morin y no presentó candidato a la presidencia, pero apoyó a Andrew Almazán.

Por tanto, todas las expectativas estaban puestas en Manuel Ávila Camacho, que contaba con el aplastante apoyo del gobierno, y en Juan Andrew Almazán, cuya “ola verde” crecía y crecía en las ciudades y obtenía el apoyo de mucha gente. La campaña de Almazán pronto se convirtió en una verdadera amenaza, y el gobierno y el PRM urdieron una despiadada “guerra sucia” contra los almazanistas. En varias ciudades (Monterrey, Puebla, Pachuca, por ejemplo) las autoridades locales reprimieron duramente a la oposición y hubo numerosos muertos y heridos; en muchas otras partes de la República se

obstaculizaba y hostilizaba sistemáticamente toda actividad pro-Almazán. Todas estas circunstancias fueron enrareciendo ominosamente la atmósfera política del país.

El presidente Cárdenas había prometido que las elecciones serían limpísimas y que habría un respeto absoluto por el voto popular. Pero Almazán no cesaba de repetir que el gobierno y el PRM llevarían a cabo un fraude de proporciones tan descomunales y groseras que sin duda brotaría la insurrección nacional en defensa del voto. El general Almazán había planeado, para cuando eso ocurriera, formar su propio congreso almazanista, "asiento de los poderes legítimamente electos", que calificaría las elecciones, lo nombraría presidente electo y elegiría un presidente sustituto. Almazán saldría a Estados Unidos y dirigiría la revuelta, llamaría a huelga general y coordinaría los grupos armados que tomarían las ciudades.

Las tensiones se hallaban al límite el 7 de julio. El detonador de los conflictos era una disposición de la más pura naturaleza surrealista, mediante la cual las casillas electorales se instalaban con un empleado de las autoridades y los primeros cinco ciudadanos que se presentaran. Por supuesto, todos querían ser los primeros en llegar. Tanto el PRM como el PRUN formaron brigadas de choque fuertemente pertrechadas. La CTM había prometido 40 mil trabajadores para hacer "vigilancia electoral", pero a última hora los obreros desobedecieron a sus líderes y las brigadas de la CTM nunca aparecieron. Esto permitió que muchas casillas fueran ocupadas por almazanistas. Manuel Ávila Camacho se topó con la desagradable sorpresa de que todos los funcionarios de la casilla donde votó mostraban fotos de Almazán en las solapas.

Gonzalo N. Santos, el cacique de San Luis Potosí, en sus *Memorias* nos dejó una narración de los sucesos del 7 de julio verdaderamente extraordinaria por su cinismo. A las siete de la mañana Santos ya había matado a un almazanista en un tiroteo; después formó una brigada de choque que llegó a tener más de 300 personas, y con ella se dedicó a asaltar casillas a punta de balazos. La gente acudía a votar en grandes cantida des y, al menos en las ciudades, lo hacía abrumadoramente a favor de Almazán y los candidatos del PRUN. Pero al poco rato llegaban las brigadas del Comité Pro-Ávila Camacho y a balazos hacían huir a votantes y representantes de casilla. Tumbaban las mesas, rompían las urnas y se tiroteaban con los almazanistas, que eran muchos y estaban en todas partes.

El presidente Cárdenas, acompañado por el subsecretario de Gobernación Agustín Arroyo Ch., daba vueltas en su coche para ver la votación, y constató que la casilla donde él debía votar estaba, bien custodiada, en manos almazanistas. Por teléfono, Arroyo Ch. urgió a las brigadas a que intervinieran y el presidente pudiese votar en condiciones adecuadas. El grupo de choque pronto respondió al llamado. Desde varias cuadras alrededor de la casilla había tiradores en balcones y azoteas, y a todos ellos fueron abatiendo las huestes avilacamachistas, gracias a las ráfagas irrebatibles de las ametralladoras Thompson con que se abrían paso.

"¡Ríndanse, hijos de la chingada, que aquí viene el Huevos de Oro!", gritó el general Miguel Z. Martínez, quien después sería jefe de la policía capitalina

alemanista. Los defensores capitularon y “previa cañoniza en la cabeza” se fueron uno por uno. “Rápido, cabrones, al que se detenga lo cazamos como venado.” Al instante llegaron los bomberos y a manguerazos de alta presión limpiaron las manchas de sangre que había en todas partes; la Cruz Roja, solícita, levantó ca dáveres y heridos. Se rearregló la casilla, se puso urna nueva y al fin pudieron votar el ciudadano presidente y su acompañante Arroyo Ch. “Qué limpia está la calle”, comentó Cárdenas al salir de la casilla, cuenta Santos: “Yo le contesté: ‘Donde vota el presidente de la República no debe haber basurero’. Casi se sonrió, me estrechó la mano y subió en su automóvil. Arroyo Ch., menos hipócrita, me dijo: ‘Esto está muy bien regado, ¿qué van a tener baile?’ Yo le contesté: ‘No, Chicote, ya lo tuvimos y con muy buena música’. Cárdenas se hizo el sordo...

”Ordené a los improvisados miembros de la casilla que pusieran la nueva ánfora de votos, pues iba a ser inexplicable que en ‘la sagrada urna’ sólo hubiera dos votos: el del general Lázaro Cárdenas, presidente de la República, y el de Arroyo Ch., subsecretario de Gobernación. Yo les dije a los ‘escrutadores’: ‘A vaciar el padrón y a rellenar el cajoncito, y no discriminen a los muertos, pues todos son ciudadanos y tienen derecho a votar’.”

En toda la ciudad de México tuvieron lugar encuentros armados a lo largo del día. En la tarde, enormes muchedumbres almazanistas se congregaron en torno a El Caballito. Es peraban la llegada de su líder para cargar contra Palacio, que, por supuesto, ya estaba bien custodiado por el ejército. Pero Almazán nunca llegó.

Al final se reportaron 30 muertos y 157 heridos. Los enfrentamientos tuvieron lugar en casi todas partes, pero resultaron especialmente sangrientos en Ciudad Juárez, San Luis Potosí, Monterrey, Ciudad del Carmen, Puebla, Saltillo, Toluca, Ciudad Madero y Coatepec. Sólo hubo elecciones tranquilas en Nogales, Hermosillo, Tampico, Piedras Negras, Mazatlán, Torreón, Chihuahua y Ensenada. Oficialmente se dijo que en provincia había habido 17 muertos. Los disturbios, choques e irregularidades fueron tantos que Juan Andrew Almazán alegó abierta ilegalidad.

Por su parte, Manuel Ávila Camacho fue a descansar esa noche a su casa. Gonzalo N. Santos refiere: “Me dijo don Manuel: ‘Pues yo tengo la impresión de que nos han ganado las elecciones y yo, en esas condiciones, por vergüenza y por decoro no voy a aceptar ganar’. A don Manuel se le derramó el llanto. Yo le dije: ‘No, señor, no tenga usted esa impresión, que es falsa, la capital de la República siempre ha sido reaccionaria, pero ahora es más; estos votos para Almazán puede usted estar seguro de que fueron emitidos contra Cárdenas y también contra la Revolución... Pero por ningún motivo y de ninguna manera vamos a traicionar a la Revolución consintiendo el voto de Almazán, ¡eso nunca!’ Volvió don Manuel a llorar y me dijo: ‘Yo nunca traicionaré a la Revolución y por ella no me importa perder la vida como ya lo he demostrado, pero un triunfo así no lo acepto’.” Claro que al día siguiente ya había cambiado de idea.

Después de las elecciones, Sánchez Tapia anunció que se reintegraba al ejército, lo cual dejó ver que sólo había entrado en la contienda para legitimar las elecciones al aceptar el resultado. Cárdenas compró rifles y municiones, y

llevó a cabo movimientos en el ejército en espera de la insurrección. Y Almazán voló a Cuba. Quería entrevistarse con Cordell Hull, secretario de Estado norteamericano, que participaba en la Conferencia de La Habana, en la que el imperio del norte buscaba asegurarse del apoyo de los países latinoamericanos en la guerra mundial. Para empezar, Hull no quiso recibir a Almazán. Después, le negó una visa con nombre supuesto y, por último, el gobierno estadunidense reveló al de Cárdenas detalles de los planes militares de Almazán. Él, por supuesto, ignoraba que días antes Miguel Alemán había conversado en Washington con Sumner Welles, el subsecretario de Estado. Alemán le dio garantías de que Ávila Camacho apoyaría a Estados Unidos en la guerra, y de que resolvería las controversias entre los dos países. Estados Unidos, por tanto, consintió en enviar al vicepresidente Henry Wallace para que se fortaleciera la maltrecha legitimidad de la transmisión de poderes. No obstante, si la delegación de México en la Conferencia de La Habana no colaboraba con la de Estados Unidos, a manos almazanistas podría llegar información confidencial reveladora de que las elecciones habían sido una farsa trágica.

El 15 de agosto, el Colegio Electoral, controlado por completo por el PRM, ya había calificado las elecciones y dio la presidencia a Ávila Camacho con dos millones y medio de votos. Se dedicó una última broma siniestra a Almazán al reconocerle ¡15 mil votos! Las quejas del fraude electoral se oyeron por todas partes, ya que la prensa y la radio apoyaban a Almazán; sólo *El Popular* , izquierdista, y *El Nacional* , oficial, respaldaban al gobierno. En septiembre se constituyeron los dos congresos: el almazanista y el oficial. En el primero se declaró presidente electo a Juan Andrew Almazán, quien entonces se hallaba en el sur de Estados Unidos, sin atreverse a nada. Poco después se promulgó el Plan de Yautepec y murió en Monterrey Manuel Zarzosa, brazo derecho de Almazán. Y éste ya no regresó al país ni dirigió insurrección alguna. En noviembre renunció al cargo de presidente electo, “como único medio de conseguir la tranquilidad a que tienen derecho mis partidarios”. Éstos, por su parte, ya habían tenido una probadita de la barbarie que aún prevalecía en el sistema, y después les sobrevino una “cruda” que los hundió en la frustración, primero, y al final en la convicción de que los habían traicionado.

Todo esto, al poco tiempo, generó una profunda desconfianza de los ciudadanos ante los procesos electorales, que se tradujo en apatía, desinterés y altos índices de abstencionismo, lo cual siempre benefició al gobierno y al partido oficial.

En su último informe de gobierno, Lázaro Cárdenas dijo en referencia a las elecciones y sin hacer caso a las vivas a Al mazán que se oían en la Cámara de Diputados: “El gobierno rechaza por su concepto democrático el empleo de toda violencia que incesantemente ha tratado de desterrar en la vida pública del país. Por tanto condena rotundamente todo proceder contrario, cualquiera que sea la tendencia o significación de la víctima o del agresor. Y todavía lo considera más vituperable cuando tal sistema se presenta con la aportación extranjera, exenta de todo sentimiento de respeto al Estado que le dispensó acogida”.

Pero nada de esto podía borrar el resentimiento y la profunda ofensa de la población a causa del fraude electoral. A partir del informe, Cárdenas pasó los

restantes 90 días con suma discreción: todo el tiempo apoyó a su elegido al punto de que incluso suavizó muchas de sus posiciones políticas para no obstaculizarlo. Calladamente, tras bambalinas, como se hace la política en México, movía sus piezas y presionaba para que sus ideas y sus seguidores no quedaran totalmente descobijados. Tenía esperanzas de que la siguiente administración se guiara bajo el segundo plan sexenal que habían preparado sus mejores cuadros.

El general Ávila Camacho, por su parte, acentuó sus rasgos de moderación y conciliación, y los empresarios suspira ron con alivio al ver que el presidente electo se declaraba creyente ("ahora se va a llamar Ávila Ca*mocho* ", bromeaba la gente), lo cual escandalizó a muchos de los viejos jacobinos. Pero las cosas empezaban a aclararse hacia fines de noviembre, y sólo los muy despistados no advertían que en breve habría cambios serios en el régimen. Pocos, sin embargo, comprendían los alcances que llegarían a tener las nuevas reglas del juego que empezaban a delinearse.

El primero de diciembre tomó posesión Manuel Ávila Camacho. El general se daba cuenta de que todo le había salido bien hasta el momento, pero también de que su posición no era lo suficientemente firme. Para empezar, tenía que "restablecer la confianza" de los inversionistas, tal como había prometido, a fin de que bajaran las aguas del descontento y amainaran las presiones de la gente con dinero, que se hallaba engallada, segura de su poder ante la catarata de concesiones que obtenía. El gran objetivo de Ávila Camacho consistía en aprovechar al máximo la coyuntura que ofrecía la guerra mundial para industrializar al país. De esa manera no sólo dejaría felices a los empresarios sino que México ya no sería un país atrasado, ni autárquico ni surtidor de materias primas sin procesar. La idea era que, sin rechazar en lo más mínimo el capital extranjero, había que desarrollar una infraestructura industrial para no tener que importar todo lo nuevo y bueno que ofrecía la alta tecnología, pues la industria mexicana se encargaría de tenernos bien surtidos y, dentro de lo posible, al día y con buena calidad. Por tanto, desde un principio el presidente desechó toda retórica que pudiera parecer socialista, propició e incluso utilizó la nueva moda anticomunista y se empeñó en promover la industrialización del país. Destinó entre el 50 y el 60 por ciento de los gastos de gobierno para apoyar a la empresa privada. Por supuesto, desde un principio también ignoró el famoso segundo plan sexenal con que Cárdenas pretendía afianzar sus reformas, desechó cualquier tipo de planificación de tufo socializante, e impuso el pragmatismo del mercado supuestamente libre.

Después de algunos titubeos, los empresarios decidieron aprovechar la oportunidad. No tenía caso aferrarse a resentimientos ideológicos si el régimen ofrecía tan buenas condiciones. Atrás se quedó la pasión almazanista o las simpatías por el PAN. Muchos empeñosos y ambiciosos titanes de la industria habían surgido con los gobiernos de la revolución y se movían muy bien dentro de tan peculiares aguas. Otros pasa ron de los altos puestos políticos a negocios jugosos que los enriquecieron en poco tiempo. Y otros más, los de raigambre porfirista que sobrevivieron a la Revolución, también se integraron en la nueva política. Por ejemplo, los grandes jerarcas del grupo Monterrey en enero de 1942 se reunieron con el presidente Ávila Camacho para manifestarle alegremente que abjuraban de sus aficiones oposicionistas

pues habían comprobado que el nuevo gobierno en verdad "no caía en los erro res del anterior". En realidad todos los patrones obtuvieron facilidades enormes, que iban desde exención de impuestos, subsidios, créditos, aligeramiento de trámites hasta franca complicidad en muchos casos.

En el plano político, Ávila Camacho tenía que hacer equilibrismos entre una izquierda oficial (cardenista) aún muy poderosa y una derecha cada vez más beligerante que no cesaba en sus presiones. La idea del nuevo presidente era hacer que los dos polos políticos se enfrentaran entre sí mientras él se colocaba como árbitro supremo, y alternaba concesiones a cada grupo según las necesidades concretas. A la derecha le brindaría la "rectificación" de las reformas controversiales (educación socialista y reparto agrario), pero en el momento en que lo considerase apropiado. Para lidiar con la izquierda tenía que desmantelar las posiciones que Cárdenas le había dejado y amenguar el poderío de la CTM en lo político y laboral. La mejor manera de hacer todo esto era fortaleciéndose él y su flamante equipo. Para ello contaba con el inmenso poder que la Revolución había dado a la presidencia (y que Cárdenas consolidó y expandió), y también con el contexto de la guerra mundial, que le permitía convocar a la unidad nacional con razones más que justificadas.

El gabinete de Ávila Camacho era un ejemplo de las negociaciones conciliatorias necesarias para resanar las grietas del sistema. Para satisfacer a la derecha callista ubicó a Ezequiel Padilla en Relaciones Exteriores, quien se hallaba "muy bien relacionado con Estados Unidos". En la Secretaría de Economía nombró a Javier Gaxiola, que pertenecía al grupo de empresarios políticos del ex presidente Abelardo L. Rodríguez.

Por su parte, Cárdenas había logrado que varios políticos identificados con sus ideas obtuvieran puestos de importancia. Luis Sánchez Pontón quedó en Educación Pública para garantizar la continuación de la educación socialista. Ignacio García Téllez obtuvo la flamante Secretaría de Trabajo y Previsión Social, que surgió de lo que era el Departamento Autónomo del Trabajo. Y en Comunicaciones y Obras Públicas colocó a Jesús Garza. Por cierto, este nombramiento enfureció a Maximino Ávila Camacho, gobernador, cacique de Puebla y hermano del presidente por si fuera poco, quien quería ese puesto para él. Maximino despotricaba ante todo aquel que quisiese oírlo que Cárdenas había escogido a su hermano por blandengue y fácilmente manipulable. "¡Otro maximato!", se quejaba el gobernador de Puebla, quien sin duda hubiera preferido un "maximinato". Por cierto, corría el chiste de que al desayunar don Manuel comía lengua porque su hermano se quedaba con los huevos.

Pero Maximino y los chistes se equivocaban totalmente. Cárdenas no pretendía un maximato, aunque estaba atento a lo que ocurría y trataba de preservar lo que había hecho. Esto lo ubicaba de lleno en la política. En realidad, Lázaro Cárdenas estuvo muy presente en la vida política del país práctica mente hasta su muerte, pero tanto Ávila Camacho como los demás presidentes hicieron lo que quisieron. Y Manuel Ávila Camacho tampoco era un blandengue, por más que sus raptos emotivos así lo pudiesen sugerir. "Mujer coqueta tira a puta, y hombre bueno tira a pendejo", dice la expresión popular, pero el "presidente caballero" desde un principio dio muestras de que ni remotamente podía considerarse bonachón o torpe.

Entre sus primeras medidas se halló la supresión del sector militar del partido oficial. Había verdaderos caciques en el ejército, cuyo mando de tropas los hacía proclives a las re vueltas. Poco antes el general Cedillo, gobernador de San Luis Potosí, había sido derrotado en su aventura alcista. La con ciencia de limitar a los jefes del ejército era común en esos días y flotaba en el aire la necesidad de que las fuerzas armadas se profesionalizaran y de que los presidentes de México fueran civiles, algo que Cárdenas con gusto habría satisfecho si las circunstancias se lo hubieran permitido. En cierta forma, elegir a Ávila Camacho ya era un paso en esa dirección, pues don Manuel no se distinguió al mando de tropas y su carrera militar tenía que rastrearse entre las áreas administrativas.

En 1940 el país tenía 19 millones 600 mil habitantes, repartidos, fundamentalmente, en el campo y las ciudades del interior. Pero la ciudad de México era el centro inequívoco de la vida nacional. Allí residía, por ejemplo, León Trotsky, quien un día vio aterrado que un comando, que incluía al muralista David Alfaro Siqueiros, asaltaba su casa e irrumpía a balazos en su recámara; el viejo León se salvó mediante un oportuno clavado abajo de la cama, pero poco después el novio de su secretaria, Ramón Mercader, o Jacques Mornard, lo asesinó a pioletazos. Arrestaron a Siqueiros, pero él siempre negó su participación.

Ellos dos, y José Clemente Orozco, habían pintado ya la parte medular de su obra y quizá como reflejo o consecuencia de los cambios que se iniciaban en México, el muralismo, más identificado con las etapas activas de la Revolución, empezó a declinar, y con él se inició la salida de la corriente mexicanista: las mujeres cultas con rebozos, chongos y vestidos indígenas (Frida Kahlo, por supuesto, de tehuana). Había sido la primera vez en que por un lapso de tiempo se apreció a los in dios y su cultura: la grandeza de su pasado, los logros de su civilización, las piezas arqueológicas, las máscaras y demás. En su lugar empezó a despuntar una tendencia cosmopolita, lo cual significó el triunfo rotundo de intelectuales como Alfon so Reyes y los Contemporáneos, que pasaron de la "oposición" al pleno poder en la llamada República de las Letras. En la pin tura empezaron a cobrar fuerza Rufino Tamayo y Juan Soriano, primero, y Carlos Mérida y Pedro Coronel, un poco después. Salvo la obra posterior de los mismos tres grandes, y de Juan O'Gorman o Chávez Morado, los que se metieron en la llamada Escuela Mexicana de Pintura ignoraban que se habían trepado en el peor de los carros posibles y que su destino se limitaría a pintar murales en presidencias municipales.

El surrealismo también cobró franca legitimación, y en 1940 tuvo lugar una gran Exposición Internacional del Surrealismo en la Galería de Arte Mexicano, con la presencia del eximio gurú André Bretón, quien veía surrealismo en cada nopal mexicano, lo que le permitió emitir su famoso dictum: "México es un país surrealista", a lo que siguió, años después, el también célebre chiste de que, en efecto, aquí Kafka sería escritor costumbrista.

En ese mismo 1940, Malcolm Lowry abandonó el país, en medio de increíbles (surrealistas) trabas burocráticas, sin saber que ocho años después regresaría

a México y esa vez le iría peor. Ya llevaba en la maleta el primer manuscrito de *Bajo el volcán* . Pero la gran novedad en México, además de la lectura de Papini y de nadar en el Deportivo Chapultepec, era la presencia de los españoles republicanos (Adolfo Sánchez Vázquez, Pedro Garfias, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, Wenceslao Roces, entre otros) que un año antes Cárdenas había acogido. Con ellos se había formado la Casa de España, que en 1940 se convirtió en El Colegio de México. La finalidad de esta institución consistía en "crear las élites intelectuales de México". El Colegio era dirigido por Alfonso Reyes, de quien se hacía el chiste: en tierra de ciegos el tuerto es Reyes. Los maestros cobraban 500 pesos al mes y entre los alumnos fundadores más célebres se hallaban los hermanos Pablo y Henrique González Casanova, el historiador Luis González y el erudito Antonio Alatorre.

En las antípodas, Oswaldo Díaz Ruanova consigna en su libro *Los existencialistas mexicanos* que José Revueltas encabezaba animadas tertulias en el restorán Rendez-vous. Revueltas tenía 27 años en 1941, cuando publicó su novela *Los mu ros de agua* , basada en sus propias vivencias de 1934 en el penal de las Islas Marías. El arranque literario de Revueltas fue deslumbrante; después de *Los muros* ganó un premio internacional con su alucinante novela *El luto humano* (de la cual, sin duda, abrevó Juan Rulfo) y consolidó su calidad excepcional con los cuentos de *Dios en la tierra* . Otros jóvenes muy sólidos ya eran los de la revista *Taller* , en especial Efraín Huerta y Octavio Paz, ambos poetas revolucionarios. Paz, incluso, le había cantado a los republicanos españoles en la Guerra Civil. Huerta, por su parte, era partidario de una idea dionisiaca de la Revolución, y ya desde entonces se entusiasmaba con la embriaguez de las mujeres y del alcohol. Pronto los dos poetas divergirían sus caminos: Paz publicó en 1941 *Entre la piedra y la flor* ; después regresaría a Europa y se desarrollaría como un intelectual de primerísimo nivel. Huerta se quedaría en la ciudad de México y sería patria de la poesía ligada al pueblo.

En 1941, el poeta Xavier Villaurrutia ofreció *Décima muerte* , y Carlos Pellicer *Recinto y otras imágenes* , pero la gran novedad en el panorama nacional fue el inicio del furor anticomunista. En enero, el ex presidente Abelardo Rodríguez se lanzó abiertamente contra "los experimentos sociales basados en ideas exóticas". Había nacido el marxismo-exotismo, cuyo fantasma sería alimento de discursos oficiales y empresariales durante décadas.

En realidad los ataques anticomunistas no tenían gran sustento ideológico (aún no nacía la "mística macartista") sino que encubrían ataques a Cárdenas y lo que se consideraban sus fuerzas, especialmente Vicente Lombardo Toledano y los cinco lobitos de la CTM, que por su incrustación en el sistema y su capacidad de parar u obstaculizar la producción representaban un verdadero peligro. Se trataba de desmantelar el poderío de la izquierda oficial.

El sector obrero del PRM estaba dominado por la CTM y ésta se hallaba en manos de Lombardo Toledano y los cinco lobitos, llamados así porque en 1929, durante el apogeo de Luis N. Morones y la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), Fidel Velázquez y sus compañeros Fernando Amilpa, Jesús Yurén, Alfonso Sánchez Madariaga y Luis Quintero se salieron de la gran central. "La CROM tiene las ca racterísticas de un gigantesco

roble", cantó inspirado, Morones, "de fuertes y grandes raíces y gigantesco tronco: de ese tronco partieron hacia rumbos desconocidos cinco miserables lombrices". La respuesta no se hizo esperar: "Torpe de usted, Morones, que en su calenturienta imaginación ve lombrices... Lo que usted califica como lombrices son cinco lobitos que pronto, muy pronto, le van a comer las gallinas de su corral".

En 1941 podía constatarse que la profecía de los lobitos iba por muy buen camino. En febrero, durante el II Congreso de la CTM, Vicente Lombardo Toledano dejó, puntualmente, la secretaría general y cedió el puesto al desde entonces viejo lechero Fidel Velázquez, quien dijo ante el presidente Ávila Camacho: "No soy comunista, pero admiro a los comunistas porque son revolucionarios como yo y como todos los miembros de la CTM. Lombardo, que con tanto acierto, con tanta inteligencia dirigió la CTM, sabe que somos sinceros, y sabe también que podemos dirigir la organización, encauzar la de acuerdo con sus lineamientos, porque él no se va de la Confederación, no se podrá ir porque jamás lo dejaremos ir, como no lo dejamos ir ahora". La unanimidad en los aplausos a Lombardo fue la misma con que se le expulsó de la CTM años más tarde.

Lo primero que hizo Fidel Velázquez fue garantizar que apoyaría al presidente. Los lobitos, al igual que su ex jefe Lombardo Toledano, no pensaban en llevar a cabo una lucha ideológica, ni siquiera se preocupaban por la defensa de los trabajadores; más bien, lo que pretendían era conservar lo más posible y afianzar ese apoyo a través de la colaboración total con el nuevo presidente. Éste, por su parte, no estaba tan seguro, y por si las dudas presentó reformas a la Ley Federal del Trabajo para rigidizar la reglamentación del derecho de huelga, para sancionar las huelgas ilegales y los paros locos, y para contener la violencia en la vida de los sindicatos, pues con frecuencia grupos de pistoleros obligaban a trabajadores aterrados a afiliarse a la CTM.

Además, Ávila Camacho promovió el surgimiento del grupo Renovación en la Cámara de Diputados, donde la izquierda tenía mayoría (en el Senado, en cambio, la correlación de fuerzas favorecía a la derecha). De este grupo empezaron a salir fuertes ataques contra los secretarios de Estado identificados con Cárdenas. El diputado militar Enrique Carrola Antuna denunció que las secretarías de Educación, Comunicaciones y Trabajo estaban en manos de comunistas. La prensa lo apoyó con energía. Carrola después arreció los ataques al Banco de Crédito Ejidal: "Noventa por ciento del personal", alertó, escandalizado, "simpatiza con el comunismo".

Además, en mayo de ese año la prensa se rasgó las vestiduras porque en una escuela normal del estado de Guerrero los estudiantes huelguistas habían quemado una bandera mexicana para poner la rojinegra de huelga. Tanto el gobierno federal como el estatal ordenaron sendas investigaciones y así se enteraron de que por supuesto no se había quemado ninguna bandera, pero también de que los comunistas, en este caso los militantes del Partido Comunista Mexicano (PCM), tenían control de la escuela. De cualquier modo, el diputado Carrola ya había pedido la destitución de Sánchez Pontón de la SEP.

A pesar de que en su informe del primero de septiembre Ávila Camacho dejó ver que no pediría la renuncia a sus ministros por presiones de fuerzas sociales, el 10 de septiembre Sánchez Pontón presentó la suya, "por motivos de salud". Era el momento oportuno de iniciar la "rectificación" educativa. El nuevo secretario Octavio Véjar Vázquez, de entrada dijo que no permitiría que ideas exóticas predominasen en los planes de la enseñanza y que la educación debería tener un fin espiritual; aceptó que la religión y las tradiciones patrias eran vínculos de la nacionalidad, reconoció el papel de la familia como la principal educadora y de esa manera abrió la vía regia a la educación particular.

Los hechos en la SEP regocijaron a la derecha empresarial y oficial, y lo festejaron exigiendo la total derogación del artículo tercero de la Constitución. En varias ciudades hubo manifestaciones de miles para protestar por la educación socialista (40 mil gentes frente al Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México). En realidad, Ávila Camacho se moría de ganas de quitarse de encima la tal educación socialista, pero no iba a ceder a las presiones de la derecha porque cada partícula de poder que él perdiera engordaría a sus opositores; además, se trataba de afirmar la autoridad, y por eso anunció que no pensaba derogar el precepto constitucional sino reglamentarlo, aunque eso le exigiera actos de arduo equilibrismo retórico para poder conservar los términos "educación socialista" a la vez que la desmantelaba y se hacía de la vista gorda ante las escuelas que varias órdenes religiosas se aprestaron a ofrecer a la clase media alta y a los ricos del país: lasallistas, maristas y jesuitas, principalmente.

Eliminado Sánchez Pontón, el secretario de Comunicaciones Jesús de la Garza también había sido objeto de ataques tenaces de la derecha, y también acabó presentando su renuncia. El presidente quiso hacer carambola con esta jugada y aprovechó el viaje para cumplir el capricho de su hermano, que siempre quiso (aparte de ser presidente) ese puesto. Maximino Ávila Camacho llegó a tomar posesión con una escolta de 50 automóviles y motociclistas, irrumpió en sus oficinas seguido por dos ayudantes armados con ametralladoras Thompson, y sólo hasta después se le ocurrió ir a protestar como secretario de Estado ante el presidente de la república, su hermano menor.

En 1941, Estados Unidos entró en la guerra después del bombardeo a la Bahía de las Perlas, y esto precipitó que nos pusiéramos en paz con la potencia vecina. Se liquidaron todas las reclamaciones previas, Estados Unidos aceptó una compensación para las compañías petroleras expropiadas, y México, a su vez, se comprometió a ayudarlo, y tuvo acceso a los sistemas de crédito después de años de ser declarado insolvente. Por primera vez en la historia, los presidentes de México y Estados Unidos se reunían en territorio mexicano, lo cual se convertiría en práctica común e incluso rutinaria en los años subsecuentes. En todas estas negociaciones el secretario de Relaciones Exteriores Ezequiel Padilla tuvo un papel preponderante, lo cual alimentó las ambiciones presidenciales que ya cultivaba desde entonces.

La proximidad de la guerra tuvo efectos instantáneos en México. Las dos cámaras trataron de pararle a los pleitos izquierda-derecha y se formó el

Comité Parlamentario Antifascista. Vicente Lombardo Toledano organizó mítines antifascistas de apoyo al gobierno en los que atacaba a la gran prensa, al PAN y al sinarquismo.

Sin embargo, la necesidad-de-unión-a-causa-de-la-guerra no evitó la primera confrontación de Ávila Camacho con la iniciativa privada, con motivo de las reformas a la Ley de Cámaras. Hasta ese momento, la Confederación de Cámaras de Comercio era dominada por la de la ciudad de México. Como al presidente no le convenía tratar con un solo frente patronal muy poderoso económicamente y en manos de un sector extremadamente conservador, propuso separar a los comerciantes de los industriales, y a éstos entre sí. De esa manera, además de la ya existente Confederación de Cámaras Patronales (Coparmex) surgieron las confederaciones de Cámaras de Comercio (Concanaco), de Cámaras Industriales (Concamin) y de Industrias de la Transformación (Canacintra).

A fin de año el gobierno de Ávila Camacho dejó ver que para cambiar a satisfacción el Partido de la Revolución Mexicana no bastaba con la eliminación del sector militar. El sector obrero aún tenía mucha fuerza, y era necesario frenarlo. El sector campesino servía de contrapeso, pues la CNC era fácilmente manipulable porque los campesinos siempre estuvieron más controlados. Pero no bastaba. Era necesario fortalecer el sector popular, que era muy débil a causa de la heterogeneidad de fuerzas que lo componían. Varios senadores, debidamente aleccionados, empezaron a pedir la creación de un sector popular fuerte. Éste sería un sector de la estatura del obrero y campesino, pero su líder indiscutible tenía que ser el presidente Ávila Camacho. Durante 1942 se trabajó en este proyecto, hasta que la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) quedó constituida en febrero de 1943.

Así como en pintura el nacionalismo perdió terreno, en música ocurrió algo semejante. La gran corriente nacionalista, inventiva e imaginativa, de Silvestre Revueltas (quien murió en 1940), Carlos Chávez, Blas Galindo y Pablo Moncayo (en 1944 alcanzó a estrenar, con gran éxito, su *Huapango*) empezó a declinar a favor de los patrones de composición de la para entonces bastante madurita vanguardia internacional, y los nuevos autores, que en realidad destacaron hasta los años cincuenta y sesenta, fueron Joaquín Gutiérrez Heras, Rafael Elizondo, Mario Kuri, Jiménez Mabarak, Miguel Bernal, Armando Lavalle, Raúl Cosío, Jorge González Ávila, Leonardo Velázquez, Manuel Henríquez, Héctor Quintanar y Julio Estrada.

En la literatura desapareció del mapa la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, que tanto ruido había armado en la década anterior. El movimiento estridentista también era cosa del pasado. En cambio, causó sensación la presencia de José Vasconcelos en la Biblioteca Nacional; oírlo significaba estar frente a “la inteligencia de los ángeles”, consideró Oswaldo Díaz Ruanova. Pero el que regía la vida intelectual era Alfonso Reyes. José Gorostiza y Jaime Torres Bodet continuaban trepando el escalafón oficial. Novo hacía su periodismo extraordinario y también trabajaba en la publicidad, con “el jefe Augusto Elías”. Jorge Cuesta murió en 1942, y su fallecimiento terrible aún eriza los pelos: el maestro se emasculó después de un asedio frustrado a su propia hermana (versión Elías Nandino). Octavio Paz,

en 1942, publicó *A la orilla del mundo* . Xavier Villaurrutia se dedicaba al teatro y escribía sus increíbles décimas y endecasílabos.

En 1942, el cine mexicano se hallaba en plena expansión. El gran fenómeno del año fue la aparición de María Félix, quien filmó *El peñón de las ánimas* al lado de Jorge Negrete. El charro cantor sin duda era el amo del cine, el más popular, entre otras cosas por su relación con Gloria Marín, y era famoso por mandón y arrogante. María Félix, por su parte, llegaba cuando quería, no obedecía a nadie y hacía lo que se le pegaba la gana. Por tanto, sus pleitos con Jorge Negrete fueron legendarios. Después, como era de esperarse, se casaron. Al año siguiente la fama vertiginosa de María Félix se consolidaría con el estreno de *Doña Bárbara* , versión cinematográfica de la novela de Rómulo Gallegos. En aquella época hacer una película costaba 350 mil pesos. El cine era un excelente negocio y los estudios cinematográficos no paraban de producir películas con los actores de moda: Arturo de Córdova, Pedro Armendáriz, Emilio Tuero; los hermanos Fernando, Andrés, Julián y Domingo Soler; Joaquín Pardavé, Cantinflas, Isabela Corona, María Elena Marqués, Dolores del Río, Andrea Palma y Sara García.

Era la afamada Época de Oro del Cine Nacional, cuando se tenía conquistado el mercado interno y se dominaba también el de Centro y Sudamérica. Las principales estrellas encarnaban fuerzas arquetípicas y eran verdaderas vasijas que recibían las proyecciones de infinidad de gente. La relación mítica era genuina, mucho más que ahora, pues el nivel de conciencia colectiva era considerablemente más bajo, al menos en términos generales, y las fuerzas inconscientes se manifestaban con mucha mayor fluidez. El cine se realizaba con lo que ahora puede considerarse verdadera inocencia, con el entusiasmo de una primera época francamente exitosa. La industria no se hallaba tan contaminada por la vulgaridad de la búsqueda de la máxima ganancia a través de la mínima inversión, como ocurrió a partir de los años cincuenta. La gente de cine buscaba ganar dinero, y mucho, pero quería expresarse también, y por eso había películas que lograban ser siniestras y sublimes al mismo tiempo: la inocencia de una puta de 10 años de edad, diría Revueltas.

En 1943, Emilio Fernández filmó *María Candelaria* , taquillazo indiscutible, y *Flor silvestre* , una de sus obras más significativas. El Indio sin duda contribuyó a la mitificación del cine mexicano de los cuarenta. Sus películas tuvieron éxito de taquillas y recogieron premios importantes en los más prestigiosos certámenes europeos, donde complacía enormemente la imagen que el Indio daba de México, pues ésta fortificaba los más feroces estereotipos del “país de la muerte, el paraíso infernal” que muchos extranjeros gustaban y gustan aún cultivar. El Indio vino a ser también un vehículo artístico de la Revolución mexicana, que en el cine adoptó una imagen dramática y estética, gracias a los encuadres cuidadosamente iluminados y técnicamente irreprochables de Gabriel Figueroa.

En la música popular, durante el avilacamachismo continuó el gran éxito de Agustín Lara, el músico poeta, quien reflejaba la última gran manifestación del viejo romanticismo bohemio y “orgullosamente cursi”. El don de Lara para versificar y hacer melodías era extraordinario, y su sensibilidad lograba plasmar la de buena parte de la nación, de allí su éxito. Aficionado a la mariguana, cantor de putas y de cabaretes sórdidos, Lara también reflejaba la

Zeitgeist al cantar al paisaje y a las ciudades por la excelente razón de que le nacía hacerlo. Lara llegó a la cúspide de la popularidad cuando se hizo celebérrimo su romance con María Félix. Esta nueva versión de la Bella y la Bestia, o del Triunfo del Espíritu sobre la Materia, conmocionó al público mexicano. Con el jefe Lara vino también la gran popularidad de Pedro Vargas, de Ana María González y de Toña la Negra, sus intérpretes. Igualmente importante era la presencia de María Luisa Landín, con sus boleros enervantes, de los Hermanos Martínez Gil y de la extraordinaria cantante de ranchero Lucha Reyes, el más alto techo al que ha llegado la canción vernácula mexicana. Lucha Reyes era una mujer de pelo en pecho que con frecuencia cantaba canciones para hombre ("si tú tienes curvas yo tengo un tobogán, a ver si esa Cuquita se quiere resbalar"), pues contenía en sí todo el México bronco que estaba dispuesto a desayunar huevos a la mexicana espolvoreados con pólvora y que no se quitaba la pistola ni para dormir ("si me echan un lazo, respondo a balazos"); pero también extraía aspectos finísimos del alma popular, como en "Por una mujer ladina" o "La Panchita" (de Joaquín Pardavé), o, si no, rescataba un luminoso aire campirano, con todo y su riquísimo lenguaje coloquial ("me siento lacia, lacia, lacia, es que me trais agorzomada"). El vigor, la vitalidad y el carisma de Lucha Reyes sólo encontró algo equivalente, un poco después, con la aparición de Pedro Infante. La Reyes (no *kin* con don Poncho) se suicidó en 1944, y se rumoró insistentemente sobre la involucración del Terrible Cacique Maximino Ávila Camacho, que también era un afamado mujeriego. Pero, como se sabe, los rumores y los chismes son inherentes a los ídolos populares, pues al ser recipientes de las proyecciones de miles de espectadores resultan espacios inmejorables para el surgimiento de todo tipo de leyendas (como la del Chamaco Domínguez, autor, se decía, de casi todas las canciones de Agustín Lara).

El cine nacional detonó la creatividad de varios compositores, especialmente del dueto Esperón y Cortázar, que compusieron excelentes canciones para películas. Ernesto Cortázar, antes de asociarse con Manuel Esperón, formó parte del excelente grupo los Trovadores Tamaulipecos (Lorenzo Barcelata, Agustín Ramírez, Cortázar, Planes y Caballero), quienes, al igual que Guti Cárdenas, hicieron grabaciones afortunadísimas en Nueva York a principios de los años treinta. Y ya que estamos en chismes, se decía que Lorenzo Barcelata había adquirido, por un cartón de cervezas, la letra y la música de la célebre canción "María Elena" de su verdadero autor, el guerrerense Agustín Ramírez, quien también compuso "Acapulqueña", "Por los caminos del sur", "Caleta" y "La sanmarqueña".

Otro que se hallaba en la cúspide era Cantinflas, quien en la década anterior causó sensación primero por sus actuaciones en las carpas y después por el cine: *Águila o sol* y *Ahí está el detalle* fueron los trampolines que le permitieron la celebridad absoluta. Como se sabe, la capacidad de hablar y hablar sin decir gran cosa fue tan determinante que surgió el término "cantinflismo". Por supuesto, este tipo de discurso era parcela exclusiva de los políticos, pero ninguno de ellos disfrutó de la popularidad de Cantinflas porque nadie tenía su gracia e ingenio. Cantinflas representaba al "pelado", al jodido de después, y mientras mantuvo la vinculación con el pueblo, el cómico fue incomparable. Por desgracia, no sólo Mario Moreno cambió de estatus social, sino que su personaje también, y en ese momento se inició el aparatoso

descenso cualitativo de Cantinflas, quien ya en los años cincuenta sólo era un pésimo remedo de sí mismo y un triste bufón de la burguesía. Pero a principios de los años cuarenta Cantinflas era aún el de películas divertidísimas como *El gendarme desconocido* o de *Sangre y arena* . Los demás cómicos reconocían las capacidades de Cantinflas y gente como Manuel Medel, El Chicote, Chato Ortín o el Panzón Soto admitían que había llegado algo diferente que quintaesenciaba lo que ellos habían hecho y que influía bárbaramente a los nuevos cómicos, como Jesús Martínez, *Palillo* , quien salió de Guadalajara a triunfar en las carpas del DF, hasta que a mediados de la década llegó para quedarse en el teatro Follies. Palillo, siguiendo la tradición de Roberto Soto, el Panzón, despotricaba contra el gobierno, contra los hambreadores y saqueadores públicos, y como en esos años la carestía empezó a causar estragos, Palillo siempre tuvo material para sus filípicas.

En la primera mitad de los cuarenta también brilló enormemente Francisco Gabilondo Soler, Cri Cri, que había iniciado su fértil y bella carrera musical en la década anterior. Para esas épocas Cri Cri ya había compuesto varios de sus extraordinarios éxitos en la canción infantil, como "El ratón vaquero" o la portentosa "El comal y la olla". Por supuesto, Cri Cri disponía de una capacidad melódica de primer rango, además de una disposición mimética para recrear aires o tonadas de otros países. Sus canciones condensaban toda la ternura, la frescura y la inocencia que representaba lo mejor de las familias mexicanas de la época, pero, además, en la obra de Gabilondo Soler destacó una radiante mexicanidad, que rescataba atmósferas populares, ingenio verbal coloquial y también malicia e inteligencia. Cri Cri alimentó las almas infantiles de los niños de los años treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, e incluso en los años ochenta, ya muy viejito, Cri Cri seguía vigente en muchas familias mexicanas, como corrobora el hecho de que sus principales discos seguían reeditándose. Octogenario ya, Cri Cri tenía humor y energía para cantar en público versiones sumamente guapachosas de la "Negrita Cucurumbé" o de "El negrito Sandía". La obra de Cri Cri es impecable, redonda y genial, a tal punto que incluso sobrevivió un horrendo homenaje que, se supone con buena voluntad, le propinó el consorcio Televisa en los años ochenta, cuando tuvimos que atragantarnos con las versiones "cultas" de las canciones de Cri Cri en voces de (*of all people*) Plácido Domingo y Mireille Mathieu.

En 1942, mientras continuaban los trabajos para formar la CNOP, también proseguían intensamente las luchas de la izquierda y la derecha, que, en realidad, más bien significaban los esfuerzos del presidente Ávila Camacho para tener el control total del país, pues lo que puede considerarse la derecha tradicional para esas alturas ya no dudaba de las bondades del régimen y se dedicaba a hacer negocios con gran gusto.

Un problema importante seguía siendo Lázaro Cárdenas. A partir de septiembre de 1941 el gobierno consideró zona militarizada a toda la franja de estados con costas en el océano Pacífico. Ávila Camacho nombró al general Cárdenas comandante de esa enorme región militarizada. Sin embargo, en febrero de 1942 el gobernador de Sinaloa convocó a una reunión de gobernadores de los estados del Pacífico, y esto fue considerado como un movimiento de Lázaro Cárdenas para ganar influencia en todos esos estados

(desde Sonora y Baja California hasta Chiapas). Los periódicos atacaron con fuerza la junta de gobernadores, y los chismes subieron a tal punto que Cárdenas decidió no asistir a la reunión que, sin él, resultó un fracaso.

La presencia de Cárdenas era muy importante dados los ataques que recibía la izquierda oficial desde el inicio de las campañas anticomunistas y de la satanización de las "ideas exóticas". Tan tupida era la ofensiva, que a Vicente Lombardo Toledano se le ocurrió que la clase obrera renunciara, temporalmente, al derecho de huelga, pues ésos "no eran momentos para agudizar la lucha de clases". Los sindicatos, por supuesto, se horrorizaron ante la idea, pero, por si las dudas, no dijeron nada. Pero varios factores los llevaron a hacer suya la idea de Lombardo. Por una parte, era visible ya una lucha futurista por la presidencia de la República. Ezequiel Padilla capitalizaba al máximo su preponderancia en las cuestiones internacionales, decisivas dado el contexto de la guerra mundial. Pero también luchaba por "la grande" Maximino Ávila Camacho, quien lanzaba ataques frecuentes contra Cárdenas, la CTM, Lombardo y cualquier bastión izquierdista. Maximino amasaba una gran fortuna para poder sufragar sus ambiciones presidenciales. Se había asociado con el millonario sueco Axel Werner Grenn, y desde su puesto en Comunicaciones y Obras Públicas tenía cuchara grande para beneficiarse con los contratos de construcción de carreteras, mejoras urbanas en el Distrito Federal y obras de irrigación. Y Miguel Alemán, el secretario de Gobernación, aprovechaba la red de influencias políticas que significaba su puesto para fortalecerse en todo el país. Alemán tenía mucho cuidado en que los beneficios que se desprendían de la pugna izquierda-derecha no sólo beneficiaran al presidente sino a él también.

Pronto se pudo rastrear, por ejemplo, que detrás de los ataques a Cárdenas por la famosa junta de gobernadores se hallaban los tres suspirantes presidenciales. Tanto Padilla como Alemán habían fomentado los rumores y las críticas de la prensa, y Maximino, que ya era célebre por su cruzada anticomunista, no sólo dijo que esas reuniones cardenistas eran agitaciones sino que bloqueó con energía los intentos de convocar a otra reunión semejante pero con los gobernadores de los estados del norte.

Además, en mayo los alemanes hundieron los buquetanques *Potrero del Llano* y el *Faja de oro* , lo que precipitó la entrada de México en la contienda. Para empezar, se declaró la guerra al Eje y se suscribió el Pacto de las Naciones Unidas. El presidente declaró el estado de emergencia nacional y, por supuesto, pidió la máxima unidad y colaboración de todo el país. A causa de la guerra, a partir de agosto de 1942 entró en vigor la Ley del Servicio Militar Obligatorio, que afectaba a los jóvenes de 18 años de edad, y el 12 de noviembre se inició el registro de conscriptos de la célebre clase de 1924. Incluso hubo apagones y ensayos de emergencias bélicas que emocionaron mucho a la población. Y Lázaro Cárdenas fue nombrado secretario de Defensa.

Esto hizo que cesaran, por el momento, los ataques a los obreros y las ofensivas de éstos en contra del secretario de Educación, Octavio Véjar Vázquez, quien, impertérrito, eliminaba comunistas del magisterio. El 26 de mayo la CTM, a través de Fidel Velázquez, orgullosamente planteó el compromiso obrero de renunciar al sacrosanto derecho de huelga, aunque se

cuidó de pedir “reciprocidad patronal para hallar soluciones justas a los conflictos del trabajo”. El gobierno y la iniciativa privada, como era de esperarse, aplaudieron este “extraordinario sacrificio solidario de los trabajadores”, y tanto Lombardo como los líderes de los principales sindicatos respiraron con alivio al ver que cedía un tanto la ofensiva “anticomunista”.

Esto fue aprovechado por Fidel Velázquez para iniciar lo que sería un largo y funesto reinado sobre los obreros.

En 1942 Fidel tenía que dejar la secretaría general de la CTM, pero el líder se resistía hasta lo último. Como la no-reelección era sagrada, Fidel Velázquez ocultó sus pretensiones de perpetuarse bajo la propuesta de que se le “prorrogara” su mandato por dos años más; en otras palabras, pedía que el ejercicio del secretario general de la Confederación fuera de cuatro años, y no de dos. Varios líderes obreros se opusieron a los planes de Fidel a la voz de “conozco a mi gente, mi teniente”, pero los lobitos movieron sus piezas para eliminar a sus opositores y finalmente lograron la prórroga al mandato del secretario general.

En tanto, para mitigar un poco las palizas a los obreros, el presidente Ávila Camacho continuó los trabajos para la constitución de uno de sus proyectos mayores y su realización más importante: el Instituto Mexicano del Seguro Social, que en un principio fue muy problemático. Los obreros, contra lo que se esperaba, lo rechazaron, pues consideraron muy pesadas las cuotas que tenían que aportar para “asegurarse”. Los patrones, por su parte, de plano se negaban a pagarlas.

Ellos estaban muy ocupados ganando dinero para ponerse a pensar en repartirlo. Para 1942, las exportaciones de materias primas aumentaron sustancialmente debido a la guerra, lo cual permitió, después, vender también textiles, productos químicos y otros más. Entraba mucho dinero, y con él se compraba maquinaria para desarrollar la industria. Pero conforme muchos veían enormes beneficios económicos, las grandes mayorías seguían padeciendo para sobrevivir. Era difícil contener el descontento popular. Para esas alturas podía advertirse que la carestía, iniciada en 1941, aumentaba alarmantemente un año después. La iniciativa privada, además, había aprovechado alevosamente la renuncia al derecho de huelga por parte de los obreros y se dedicaba a hacer “reajustes de personal”, y a acaparar y ocultar los productos básicos a fin de aumentarles el precio. Además, los patrones nadaban alegremente en la corrupción del sistema para hacer negocios. Las principales fuerzas políticas del país (el presidente, el PRM y los suspirantes Maximino, Alemán y Padilla) los apoyaban en todo y los únicos adversarios (Cárdenas y los izquierdistas) eran contenidos firmemente por el mismo gobierno. Los ricos no sólo podían invertir ventajosamente en lo que quisieran y tenían en su poder numerosas e importantes exportaciones al extranjero en guerra, también contaban con toda la obra pública que emprendía el gobierno y que solía pasar por las manos de Maximino Ávila Camacho.

En esas condiciones, los empresarios pudieron endurecerse. Los obreros habían formado un Pacto Obrero unificador que después se transformó en un Consejo Obrero Nacional, que pretendía unificar en una sola central a todas las confederaciones obreras y que llegó a juntar a Fidel Velázquez y al viejo

Luis N. Morones, aún cabeza de la CROM. Ambos se quejaron de que los patrones no se plegaban a la política de unidad, sino que aprovechaban las condiciones para enriquecerse escandalosamente. El presidente trató de formar un Pacto Obrero-Industrial para disciplinar un poco a los empresarios y comerciantes, y así cesaran, o se amainaran, el acaparamiento, la ocultación y posterior encarecimiento de víveres, la suspensión de ajustes de personal y los cierres de empresas sin previo aviso a autoridades y sindicatos.

La iniciativa privada rechazó el Pacto y dejó ver que cualquier condición que se les impusiera era injustificable, divisionista y antipatriótica, pues sin remordimientos se identificaban con la patria (si el gobierno lo hacía, ¿por qué ellos no?). A lo más que llegaron fue a proponer un Pacto de Cláusula Única, que estipulaba la necesidad de "poner los esfuerzos al servicio de la patria", y ya sabemos lo que entendían por patria, "y conservar la unión dentro de los preceptos legales y las normas contractuales", que por supuesto, en ese momento los favorecían enteramente, pues no había que temer ni siquiera huelgas legales. A esto lo llamaron Consejo Nacional Patronal, y Aarón Sáenz, líder de los banqueros, fue nombrado presidente. Ávila Camacho aceptó este arreglo a regañadientes y se contentó con que los patrones participaran en el Consejo Supremo de Defensa, integrado por representantes de todas las fuerzas sociales organizadas. Sus actividades consistían en orientar y desarrollar las actividades de la guerra, la defensa militar, económica, financiera, comercial, agrícola, de los mercados, de las leyes y el espíritu nacional. Todo esto sonaba muy bonito pero por supuesto no se detuvo la carestía, la escasez artificial y la rienda suelta a la gente con dinero. Pero, eso sí, el respetable pudo disfrutar el espectáculo que representó ver juntos a los ex presidentes Plutarco Elías Calles, Pascual Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez, Emilio Portes Gil y Lázaro Cárdenas.

En 1942 hizo su aparición pública el luchador morelense Rubén Jaramillo, que sería asesinado arteramente durante el gobierno de López Mateos. En 1942, el gerente del ingenio de Zacatepec, creado por Lázaro Cárdenas, estaba empantanado en la corrupción, y sostenía pésimas relaciones con los cañeros. Jaramillo, que dirigía a los campesinos, exigió que el gerente rindiera cuentas. Pero el gerente disfrutaba del apoyo total del gobernador Elpidio Perdomo, quien dejó oír sus delicados pronunciamientos: "Denle duro al peladaje". A partir de allí se inició la represión de cañeros y los acosos obligaron a Jaramillo a irse a la sierra con 90 hombres y desde allí inició sus actividades guerrilleras. "Nomás se defendía", decían los campesinos, y le ayudaban en todo lo que podían, por lo que Jaramillo evadió con éxito a las tropas que buscaban apresarlo.

Pero Jaramillo no era un verdadero problema. Lo que inquietaba a Ávila Camacho era cómo frenar la codicia empresarial y la consiguiente carestía. Para el pueblo era evidente que el gobierno era incapaz de contener la escasez y los aumentos de precios, por mucho que se hablara de unidad y solidaridad nacional.

Para distraerse de la carestía, al parecer inherente al llamado crecimiento económico del país, el pueblo contaba con las carpas y con los deportes. El círculo vicioso boxístico formado por el Chango Casanova, Joe Conde y Juan Zurita entusiasmaba a los fanáticos. También se admiraba a los toreros

Armilla, el Soldado y a Silverio Pérez (quien después se dedicaría a la política). En el futbol el espacio era dominado por las Chivas del Guadalajara, el Asturias y el Club España. El célebre partido entre el Asturias y el Moctezuma, en 1942, costó dos pesos por asiento. En el beisbol, los Industriales de Monterrey y el Águila de Veracruz eran sumamente populares.

En las calles de las ciudades los niños jugaban la tradicional cáscara, o futbol callejero, y otros, los menos, el beis de mano o el "tochito". Pero casi todos se divertían brincando el avión (la rayuela de Cortázar, sólo que sin "cielo"), a los encantados, las escondidas, el burro corrido o el burro dieciséis ("dieciséis, ¡muchachos a correr!"), a las cebollitas o su versión más gruesa: la tamalada. Los niños de clase media mostraban ya influencias de Estados Unidos al jugar "estop" o al pedir "taim". Los que podían circulaban en sus bicicletas, burras o bírulas. Los chavitos ya leían "monitos" o "cuentos" traducidos del inglés. Como asienta Elena Poniatowska en *La "Flor de Lis"* , ya circulaba *La pequeña Lulú* , *Periquita* y *Lorenzo y Pepita* , pero en realidad hasta los años cincuenta las historietas estadunidenses infestarían los puestos de periódicos. La historieta mexicana fuerte se daba en *Pepín* y *Chamaco* . En el primero aparecía *La Sagrada Familia Burrón* , de Gabriel Vargas, en esa época más cáustica y anarquista, porque la familia Burrón (doña Borola y don Regino y sus bodoques) eran sumamente pobres, vivían en una vecindad miserable del centro de la ciudad (el "Callejón del Cuajo"); esta historieta presentaba dibujos excelentes, con encuadres a veces de plano sinceramente inspirados, y los textos abundaban en críticas a las autoridades. Con el tiempo, *La Familia Burrón* fue desplazándose hacia la clase media, pero jamás dio el cantinflazo y nunca perdió ingenio o virulencia.

En el *Chamaco* se leían también los terribles dramones de Yolanda Vargas Dulché (quien viviría uno de ellos en 1989), y *Los Supersabios* , de Germán Butze. Ya en los cincuenta aparecería *Rolando el rabioso* . Los principales periódicos de entonces eran *El Universal* , dirigido por Miguel Lanz Duret y con artículos de Alfonso Junco, Mauricio Magdaleno, Carlos González Peña y Antonio Caso; *Excélsior* , de Rodrigo del Llano, en uno de sus periodos más derechistas; *El Nacional* , oficial ("en su época de oro", decía Daniel Cosío Villegas), le daba oportunidad a los jóvenes Ermilo Abreu Gómez, Raúl Noriega, Fernando Benítez, y dio cabida a los españoles Margarita Nelken y Juan Rejano; este último llevó a cabo un suplemento cultural de excelente nivel y que, junto con *Romance* , el tabloide literario que editó Rafael Giménez Siles, sirvieron de punto de partida a los suplementos culturales de los años posteriores. También circulaban *Novedades* , *El Popular* , dominado por la izquierda lombardista, y *La Prensa* . Las revistas de mayor circulación eran *Hoy* , *Mañana* , *Jueves* , *Voz* y *Revista de Revistas.*

En la radio, después de la XEQ, la estación más poderosa era la XEW, que en la década anterior había tenido una participación esencial en el surgimiento de los ídolos populares. Los aparatos de radio se colaban a donde quiera que llegaba la electricidad, y las radiodifusoras del interior empezaron a surgir por todas partes, pero la XEW de Emilio Azcárraga pronto alcanzó una cobertura razonablemente nacional y sin duda constituía el máximo poder de la radio, que transmitía canciones, información, entrevistas y también las radionovelas diarias y las series de radio, que tenían pegada a la gente al aparato. Cri Cri, Agustín Lara o Pedro Vargas fueron parte esencial de la

radio. En 1940 surgió XEQK, la "hora exacta del Observatorio de México", que minuto a minuto daba la hora entre velocísimos minianuncios.

Por la radio se colaba también el furor estadunidense del swing y el jitterbug, pero en realidad México aún no se agringaba, aunque por supuesto mucha gente, que lo podía, prefería fumar cigarros importados, o "de carita", como los Lucky Strike, Chesterfields o Camel; esa misma gente bebía Coca Cola, oía a Glenn Miller y a Tommy Dorsey, pero la gran mayoría, incluyendo a la clase media, en la mitad de los años cuarenta prefería los refrescos mexicanos: el Pato Pascual, los refrescos Mundet, o las aguas de frutas, "de la horchata a la chía renace el alma mía", o la "excelente cerveza mexicana", como dijo Malcolm Lowry, quien sabía de qué hablaba y no dudaba en calificar a México como "rich tequila country". Igualmente se bebía mucho pulque, y su industria, desde los llanos de Apam, aún era próspera, pues el pulque era seña de identidad nacional. Se comían mucho las infinitas variaciones del maíz, vía tortillas, sopes, picadas, tostadas, enchiladas, enfrijoladas, chalupas, tlacoyos, o los atoles de distintos sabores. El pinole era una golosina común. El chocolate se batía, las salsas se hacían en el molcajete y así obtenían la oxigenación adecuada, las tortillas se echaban a mano y en casa, las más de las veces en braseros y comales.

Los refrigeradores se enfriaban con bloques de hielo; los excusados, cuando los había, tenían el tanque en la parte superior del tubo alimentador y se accionaban con cadena, y las camas eran de rigurosa cabecera de latón. En las calles pasaban vendedores de camotes y plátanos, de alegrías y cocadas, de raspados, nieves, helados y paletas (vendían *hielo seco*), de merengues (listos para echar "volados"), de guajolotes o pípilas; también circulaban afiladores, ropavejeros, compradores de periódicos viejos. Había muchos puestos de carbón y de petróleo, y las farmacias eran boticas, en las que el boticario (en la puerta) conservaba conexión con los viejos alquimistas y preparaba todo tipo de compuestos. Predominaban las tiendas pequeñas, aunque por supuesto había ya las grandes, que como las panaderías (de españoles), albergaban en sus costados puestos de tamales y atole, de pepitas, de elotes asados, vendedores de chicharrones, de globos, y un puesto de periódicos.

El tren seguía siendo importantísima vía de comunicación, pero también se abrían caminos y carreteras para intercomunicar el país; sin embargo, había incontables áreas de acceso difícil y el traslado a ellas podía consumir muchos días en mulas y en pangas para cruzar los ríos. Se extendía también, poco a poco, la electricidad y la radiotelefonía (los teléfonos aún eran relativamente pocos y la gente sabía que se respondía "bueno", una de las cosas más extrañas del mundo, porque así se calificaba si la recepción de la señal era adecuada; o "malo" si no se oía bien).

En los pueblos pequeños aún se vivía décadas atrás; los caminos eran brechas difíciles, no había electricidad ni gas, ni radios ni mucho menos autos, la gente andaba en caballo o en carreta, en burro o en mulo; el cine, una feria o alguna atracción llegaba ocasionalmente y la vida se animaba durante las fiestas religiosas y con el paseo de los domingos ("las muchachas por allá, los muchachos por acá, y sentados en las bancas los papás y las mamás", cantaba años después Chava Flores); también se salía a ver los cielos profusa,

embriagadoramente estrellados y las maravillosas estrellas fugaces mientras la gente, tendida y en sosiego, conversaba; si no, tenían lugar, de noche o en días lúgubres y lluviosos, las narraciones de leyendas e historias fantásticas, donde la irrealidad tomaba el sitio de honor después de su cotidiana devaluación en favor de una racionalidad sobrevaluada.

En muchos poblados pequeños (y en algunos no tan chicos) a más de 130 años de la Independencia muchos españoles controlaban el comercio o la vida entera de los pueblos, si es que ellos no eran rehenes de los caciques locales, impuestos mediante asesinatos, guardias blancas y corrupción para comprar hombres peligrosos o mujeres codiciables. Gonzalo N. Santos era un excelente ejemplo del cacique poderoso que tenía que ser cortejado por los distintos gobiernos en las rondas electorales.

Cada vez se veían más automóviles, y éstos se hacían tan populares que se inventó aquello de "'Mercedes Benz, ¿cuánto por las Nash?' 'Pues a veces Dodge y a veces Ford.' '¿No Fiat?' 'No, puro Packard.' 'Entonces Chevrolet tu Mercury'", (ya en estos metafísicos temas hay que recordar la glosa de las compañías de cine: "No me la Movietone porque si se me Paramount la de Twentieth Century Fox te la Metro Goldwyn Mayer por la Columbia Pictures").

En los años cuarenta los hombres de las ciudades usaban sacos anchos, cruzados, con grandes hombreras y solapas, y pantalones igualmente anchos, con pliegues numerosos, pero sin llegar a los extremos de los famosos tarzanes ("quesque les dicen tarzanes, ¡pura runfla de holgazanes!", cantaba Lucha Reyes), también llamados pachucos de la frontera, una de las primeras manifestaciones claramente contraculturales de tal vitalidad que incluso soportaría los asedios interpretativos de Octavio Paz unos cuantos años después. Todos los hombres usaban sombrero, ya fuera de palma, surianos, tejanos o de fieltro para los citadinos, "de Sonora a Yucatán se usan sombreros Tardán", decía el eslogan, que Alfonso Reyes retorció al oír un concierto: "De Sonora a Yucatán se oye música de Chopán". Y para muchísima gente una parte indispensable del atuendo, vital como los mismísimos calzones (grandes, anchos, tipo boxeador), era la pistola, fusca o matona, fuente inagotable de albures. Tal como Diego Rivera y Siqueiros, la gran mayoría portaba distintos modelos, revólveres o escuadras, pero andaban empistolados y solían usar sus armas. Era un reflejo instantáneo del "México bronco" que aún pululaba y que seguía siendo dispensador de machismo. A cada rato había campañas de "despistolización".

Las mujeres también usaban variedades inagotables de sombreros y seguían las modas de los vestidos largos, con mucha tela, abajo de la rodilla, medias con su debida raya en la parte trasera, blusas abotonadas hasta el cuello, pues la moralidad imperante era "estricta"; se maquillaban con gusto (colorete en los pómulos, pestañas enrimeladas, la boca rojísima, cejas depiladas a la María Félix). Leían *Paquita de Jueves* , y la mayoría se dedicaba a "labores del hogar", como solía asentarse en documentos oficiales.

Pero lo que en los años setenta sería una fuerte presencia femenina, en los cuarenta apenas se removía. Durante el cardenismo un grupo de mujeres de izquierda había formado el Frente Único Pro Derechos de la Mujer, que llegó

a albergar a Frida Kahlo, Concha Michel, Adelina Zendejas, Soledad Orozco y Esther Chapa, pero el FUPDM pronto fue absorbido por el PRM y en los años del avilacamachismo, mucho menos propicios, desapareció. Sin embargo, la cuestión del voto a la mujer, una de las principales premisas del FUPDM, había quedado en el aire.

A principios de 1943, el país se conmocionó con el surgimiento, en la milpa de Dionisio Pulido, en Paricutín, Michoacán, de un nuevo volcán, que durante días fue el centro del inmenso, impactante y escalofriante espectáculo que producían las explosiones y la expulsión de fuego, gases, piedras, cenizas, una masa semilíquida, al rojo blanco, y lava que fluía a 10 kilómetros por hora. De noche, en el centro del valle se alzaba un monte rojo, resplandeciente, marcado por líneas encendidas. Numerosos investigadores de todo el mundo acudieron a Paricutín a ver el fenómeno, del cual José Revueltas escribió una espléndida crónica.

En 1943, también, la CNOP finalmente se constituyó como sector fuerte. Era el vehículo idóneo para quitarle curules a la CTM y a la CNC en las elecciones de diputados que tendrían lugar a mediados de año. Además, la CNOP representaba un espacio para la clase media, que a todas luces crecía y crecía y se convertía en un impulsor sui géneris del nuevo desarrollo francamente capitalista. Reunía a pequeños propietarios rurales, comerciantes e industriales en pequeño, cooperativistas, artesanos, profesionistas, intelectuales, burócratas, más grupos femeniles y juveniles. Como secretario general fue nombrado Antonio Nava Castillo (quien en los sesenta reventaría en el gobierno de Puebla), pero el control total estaba en manos de los diputados avilacamachistas. En realidad Ávila Camacho sentó los rasgos vitales del nuevo sector: supeditación total al ejecutivo y herramienta de grillas diversas.

Ya con la CNOP lista, se pudieron echar a andar las negociaciones para la repartición de diputaciones (todos estaban seguros de ganar) en la inminente legislatura. Para tal efecto, los tres sectores establecieron un “pacto de honor” para no invadir “zonas de influencia”. El presidente Ávila Camacho llevó a cabo el rito solemne y trascendental del “palomeo” (una seña aprobatoria junto al nombre del diputado propuesto), confeccionó la lista a su muy personal gusto, y ya con esto los sectores dejaron sus querellas. A través de las sumisas CNOP y CNC, el presidente se quedó con 120 curules, 21 fueron para la CTM, que tampoco tenía el menor deseo de pelear, y las restantes se repartieron entre las agrupaciones menores. El ridículo de la jornada correspondió al pobrecito Partido Comunista Mexicano, que trató de obtener una diputación del PRM para el líder Dionisio Encinas, pilar del estalinismo. Para colmo de males, Narciso Bassols se salió del PCM y formó la Liga de Acción Política, que cuando menos en el nombre lograba quitarse de encima el satanizadísimo calificativo “comunista”.

En tanto, el Partido de Acción Nacional había acabado de consolidarse como partido de derecha y así se pudo ver en su III Asamblea Nacional; en ella el líder Manuel Gómez Morin criticó a Ávila Camacho por “fomentar el quietismo acomodaticio o la engañada desorientación y hacer posible con ellas la subsistencia de las fuerzas de la destrucción y de la corrupción”. Además, anunció que el PAN participaría en las elecciones.

El PRM se inquietó: el PAN podría avivar los rescoldos del almazanismo; después de todo las cosas habían cambiado, pero para muchos no había sido para mejorar: la carestía, la ocultación de productos y la especulación, eran fuentes de descontento que se podrían utilizar en contra del régimen. Se decidió, por tanto, quitar la bandera de la carestía al PAN y se instruyó o se sugirió al senador cetemista Fernando Amilpa para que responsabilizara al secretario de Economía Javier Gaxiola de todos los males económicos del país. Amilpa, con gran gusto, pidió la renuncia inmediata de Gaxiola.

Todo se alistaba para las elecciones. Incluso se habían hecho reformas a la ley electoral, pero ésta, naturalmente, siguió asegurando el control del gobierno sobre los procesos. Las autoridades locales controlarían la integración y depuración del padrón, la definición de distritos y designación de casillas. Se conservaba también la disposición de constituir la casilla con los primeros cinco ciudadanos que llegaran.

El PAN, finalmente, presentó candidatos en 21 distritos de 11 estados y el Distrito Federal, y aseguró "estar fuerte" en mas de 10 estados. Pidió la eliminación de la educación socialista, una efectiva autonomía municipal, medidas contra la carestía, que el Estado arbitrara pero no fuese propietario de la economía, así como reformas verdaderas a la Ley Federal Electoral para garantizar elecciones libres. Por su parte, el PRM consideró que el PAN no merecía los honores de la refutación y sólo le dedicó insultos, infundios y descalificaciones tajantes.

No fue de extrañar entonces que el día de elecciones de nuevo se repitieran los asaltos a las casillas, los robos de urnas, pero éstos eran innecesarios, pues la oposición del PAN no trató de luchar con las armas por las casillas, además de que el desinterés y la apatía de la gente fueron inmensos en casi toda la República, lo cual era un resultado deplorable del inmenso fraude electoral de tres años antes. El fraude en este caso más bien sirvió para terminar de diseñar la composición de la Cámara en la siguiente legislatura. Se le trató de restar puestos a la CTM pero ésta logró conservar sus posiciones. Las sesiones del colegio electoral, no obstante, tuvieron sus momentos climáticos.

El más espectacular ocurrió cuando el colegio dio la diputación del segundo distrito de Oaxaca a un candidato que se presentó como independiente porque el PRM le había quitado el cuarto distrito para dárselo a otro más influyente. El que verdaderamente había triunfado, y del PRM además, era Jorge Meixueiro, quien, además de portar el raro triptongo *uei* en su apellido se permitió conmocionar al Congreso cuando subió a la tribuna y sin más allí mismo se pegó un tiro.

El suicidio de Meixueiro, a fin de cuentas, logró imponer un mínimo de cordura en el colegio electoral, que se vio obligado a abrirse un poco y a permitir la defensa en la tribuna de los casos en disputa. De esa manera se tuvo que tragar el discurso ("contundente y fundamentado", lo califica Luis Medina), de Narciso Bassols, quien señaló irregularidades verdaderamente grotescas, como que el mismísimo Ávila Camacho votara fuera de la ciudad de México por las manipulaciones al proceso electoral. Pidió que se revisara la

documentación de la votación, y el PRM le respondió que no se acabaría nunca si se ponían a leer todas las actas de las casillas. A fin de cuentas, para demostrar su poderío, el gobierno se quedó con "el carro completo" y sólo cedió dos curules a candidatos "independientes" (como el que causó el suicidio de Meixueiro). Nada para el PAN ni para Bassols.

Las elecciones y sus poco edificantes y aburridos resultados fueron marco de las protestas contra la carestía, y específicamente contra Francisco Javier Gaxiola, el secretario de Economía. En la prensa se le acusó de solapar a los acaparadores para beneficiarse económicamente con sus familiares. Se rumoró mucho que Ávila Camacho estaba detrás de los ataques a Gaxiola, lo cual, claro, era cierto: al hacerlo, el presidente le ponía una raya a Abelardo L. Rodríguez, se congraciaba un poco con los sufridos izquierdistas, reafirmaba su poder y seguramente se divertía mucho.

La CTM organizó una manifestación de 80 mil gentes en la ciudad de México, y poco después, en Durango, la turba asaltó las bodegas de los ferrocarriles y saqueó el maíz allí guardado. Esto hizo que Ávila Camacho emitiera varios decretos: "para compensar los salarios insuficientes de los trabajadores", congelar los precios, controlar las existencias de maíz e intensificar la producción de azúcar. Todo esto, a la larga, resultó inútil.

En tanto, los problemas que se iniciaron con el proyecto del Seguro Social arreciaron en 1943 y su momento culminante tuvo lugar en los motines de julio en el zócalo. Hubo golpeados y heridos por las fuerzas públicas, y el escándalo fue enorme. Los trabajadores protestaban porque se les habían cobrado las cuotas del Seguro Social, ya que los patrones se negaron tajantemente a pagarlas, y por tanto, a fin de año, Ávila Camacho modificó la Ley del Seguro Social para que las cuotas se obtuvieran de los impuestos.

En esas mismas fechas los maestros culminaron una campaña de todo un año para tirar a Octavio Véjar Vázquez de la Secretaría de Educación. A Véjar se le había pasado la mano al tratar de someter a los sindicatos de maestros. El nuevo secretario fue el poeta Jaime Torres Bodet, quien de entrada, para evitarse problemas, declaró: "Yo no soy político".

Una de las personas que atizaron el fuego contra el depuesto secretario de Educación fue Maximino Ávila Camacho, quien, en este caso, lo hacía para llamar la atención y fortalecer sus posibilidades de ser candidato a la presidencia de la República. Maximino siempre se consideró más fuerte y capacitado que su hermano, y se dice que montó en cólera cuando Cárdenas se inclinó por Manuel y no por él. A partir del cambio de poderes Maximino jamás ocultó sus pretensiones presidenciales y, una vez nombrado secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, inició una notoria campaña para allegarse fondos, aliados y simpatizantes. Además de su asociación con el millonario sueco Werner Grenn y de emprender varios negocios, también buscó el poder vía la prensa y, aliado con Regino Hernández Llergo, dio fondos para la revista *Hoy* . Pero eso no bastaba. Maximino quería un periódico y echó a andar la creación de *El Demócrata* , pero desistió de sus planes cuando Lanz Duret, director de *El Universal* , se negó a venderle una prensa de segunda mano.

Ni qué decir que Maximino representaba más un problema que un auxilio para el presidente, pero éste procuró no meterse con él y jamás desmintió o corrigió las acciones de Maximino, que, por lo demás, muchas veces lo favorecían a él también pues le ayudaban a despejar el campo de "izquierdistas". Lo más que llegó a decir Ávila Camacho fue que "sus familiares no tenían injerencia en el gobierno", y Maximino, a su vez, declaró que él participaba en el gobierno desde antes que su hermano, "tengo derecho a intervenir en política", sentenció, tajante. Sin embargo, no tenía grandes esperanzas. Por ningún motivo el presidente iba a orientar el dedo en dirección de su hermano. Maximino comprendió que sus posibilidades de llegar a la presidencia eran muy remotas y a fines de 1943 renunció a sus ambiciones a cambio de influir en la sucesión.

Y vaya si lo hizo. En varias ocasiones tuvo roces fuertes con Miguel Alemán, el superministro de Gobernación, quien dos veces presentó su renuncia, pero ésta nunca fue aceptada, nos explica el historiador Luis Medina, porque el presidente se había comprometido a dejarle todo el control político interno. Como no pudo con Alemán, Maximino enfiló sus agresiones en contra del general Cárdenas, de Lombardo Toledano, los líderes obreros y varios secretarios de Estado, entre los que se contaban el de Trabajo, el de Educación y el de Economía.

Ya en 1944 era claro que los aspirantes (o "suspirantes", como les decía Cosío Villegas) con posibilidades sólo eran dos: Ezequiel Padilla y Miguel Alemán. Alemán se cuidaba mucho, y todos sus golpes eran dados desde una cubierta absoluta que no lo pusiera en peligro inmediato. En cambio, Ezequiel Padilla, sin llegar a los extremos de Maximino, era objeto de noticias constantes en la prensa; a causa de la guerra, Relaciones Exteriores era un puesto clave del gabinete. En 1942, la revista estadunidense *Look* lo llamó "hombre nuevo de estatura mundial". Además, era sabido que el embajador Messersmith tenía franca afición por Padilla y clara antipatía hacia Miguel Alemán. Y a fin de cuentas la popularidad de Padilla en el imperio vecino resultó tan obvia que ésta empezó a restarle posibilidades de llegar a la presidencia. Ávila Camacho debió eliminarlo de la lista desde 1943, pues desde ese momento el presidente evitó por todos los medios abrir periodos de "precandidaturas" en el PRM, y se concretó a pedir calma, todo sería en su momento y los mecanismos del partido dirían la última palabra. Y empezaron, sistemáticos, los ataques contra el guerrerense consentido de los gringos. Se rumoraba que Ávila Camacho fomentaba los ataques personales que las revistas *Hoy* y *Así* dedicaban al canciller. La izquierda, que ansiaba congraciarse con Ávila Camacho, se sumó a las críticas. Pronto se vio, pues, que Ezequiel Padilla, como Maximino, era una figura demasiado ruidosa, que atraía críticas y ataques tanto de la derecha como de la izquierda, lo cual lo iba marginando de la postulación oficial del PRM.

Por supuesto, hubo otros suspirantes. El general Miguel Henríquez Guzmán (se decía que con el apoyo de Cárdenas) de nuevo se apuntó para la candidatura del PRM. Pero para entonces ya era muy difícil eliminar la impresión general de que los presidentes ya no deberían ser militares, sino civiles. La guerra mundial permitió que Ávila Camacho hiciera numerosos cambios en el ejército, con el fin de despolitizarlo y profesionalizarlo, y para

entonces cada vez se alejaban más las posibilidades de que México tuviera nuevos presidentes militares. Más posibilidades tenían, entonces, otros tres perremistas connotados: Javier Rojo Gómez, regente de la ciudad de México; Marte R. Gómez, secretario de Agricultura, y Gustavo Baz, secretario de Salubridad, pero ninguno de ellos tenía al alcance la vastedad de resortes como Miguel Alemán o Padilla, y poco a poco se fueron retirando.

En 1944, el flamante secretario de Educación Torres Bodet demostró que a él sí le interesaban otras cosas aparte de la perseverante lucha contra los maestros izquierdistas, cada vez más debilitados. Torres Bodet creó el Instituto de Capacitación del Magisterio, con el noble fin de elevar el nivel de los maestros. Sin embargo, a ellos no les gustó el nuevo proyecto, pues éste sujetaba los aumentos salariales al "aprovechamiento" en el Instituto. Torres Bodet cambió los libros de texto de primaria, con el debido cuidado de que ninguna hediondez socialista ofendiera a los padres de familia. Además, llamó a la iniciativa privada para que juntos construyeran escuelas: a fin de año el poeta había levantado ya 588 de ellas. Este plan iba de la mano de la Campaña de Alfabetización, que Torres Bodet emprendió con gran entusiasmo y el apoyo total del presidente. Se imprimieron 10 millones de silabarios para reducir el vergonzante 47.8 por ciento de analfabetismo que había. Sin embargo, la campaña no dio los resultados que se esperaban; a fines de 1945 apenas se habían alfabetizado poco más de 200 mil de los nueve millones de analfabetos. Algo de esto se debe haber olido el travieso Salvador Novo (muy amigo de Torres Bodet, por otra parte, al grado de que le decía "Torres Bidet") cuando, según refiere Carlos Monsiváis, hizo los siguientes versos: "Exclamó la comunidat, al escuchar la novedat: '¿Dejar de ser analfabet, para leer a Torres Bodet? Francamente, ¡qué atrocidat!'" Con todo, la campaña se hizo permanente (en el salón de belleza de Torres Bodet) y a fines de 1947 logró rebasar el millón de alfabetizados (ya nada más quedaban ocho millones). Triste, calladamente, la campaña se extinguió en 1948. A cambio del fracaso en la alfabetización a Torres Bodet le correspondió el honor de quitarle lo "socialista" al artículo tercero constitucional. En diciembre de 1945 don Jaime entregó al presidente su proyecto de reformas: se eliminaba la "expresión desconcertante", facultaba a los particulares a hacer escuelas de todos los tipos y grados, una vez que se afiliasen a la SEP y se sometieran a los programas oficiales. También se prohibía a las corporaciones o sociedades religiosas, y a los ministros de cultos intervenir en la educación, ante lo cual, naturalmente, el gobierno se hizo de la vista gorda, pues no sólo continuaron los planteles religiosos sino que éstos empezaron a expanderse.

Con el tiempo las escuelas religiosas acabarían educando a quienes, ya en los años ochenta, serían los más destacados miembros del gobierno. Ávila Camacho no encontró objeciones al proyecto de Torres Bodet, así es que lo turnó a la Cámara de Diputados, la cual, no faltaba más, lo aprobó casi sin problemas, y a fines de 1946, poco antes de la entrega de poderes, la Cámara de Diputados declaró reformado el artículo tercero constitucional. Para esas alturas era lo único que quedaba ya de las reformas cardenistas.

La situación en el campo, efectivamente, se había revertido hacia fines del sexenio avilacamachista. Desde su llegada al poder, Ávila Camacho inició el desmantelamiento de la reforma agraria de Lázaro Cárdenas. Primero emitió

un decreto que parcelaba los ejidos, “para ponerlos a salvo de quienes utilicen el sistema para propagar ideas exóticas y ejercer indebidas hegemonías dentro de las comunidades ejidales”.

A partir de allí los ejidos se vieron cada vez más desprotegidos, y el agricultor privado se fortalecía. A causa de la notable disminución de entregas de tierras, de burocratismos kafkianos y de trámites exasperantes para resolver casos de terrenos en litigio, tuvieron lugar numerosas invasiones de predios, lo que permitió a Ávila Camacho compensar a los agricultores afectados con excelentes tierras de regadío, terrenos nacionales y enormes facilidades para producir. De esa manera, numerosos propietarios afectados obtuvieron mucho más de lo que habían perdido. Todo esto generó grandes problemas en el campo, y el sector privado sin más pidió el amparo agrario. El gobierno respondió que “los cambios tenían que ser graduales”. Se prosiguió con la política de “parcelación” que fomentaba la “ambición individual” por encima de preocupaciones colectivas, y la extensión de parcela se extendió hasta el doble de la superficie previa.

El “dogma” revolucionario de la entrega de tierras aún era “sagrado”, y Ávila Camacho también hizo sus repartos, sólo que éstos fueron de tierras pésimas, cerriles, o de plano inservibles. Por si fuera poco, los trámites de acreditación llegaban a demorarse hasta 35 años. Muchos campesinos de plano rechazaban los predios otorgados. Y eso era todo, pues el gobierno insistía en que “ya no había tierras que repartir”.

En cambio, se fortaleció la Oficina de la Pequeña Propiedad, y con esto regresó, cada vez con más fuerza, el latifundismo: bastaba con dividir una inmensa extensión en pequeños predios y ponerlos a nombre de familiares o prestanombres. Estos “pequeños propietarios” pronto crearon sus propias guardias blancas, en el más puro estilo Pedro Páramo. Por si fuera poco, los neolatifundistas por lo general contaron con la franca complicidad de las autoridades estatales y municipales, que deliberadamente cometían errores en los planos de localización o en las afectaciones para permitir que los agricultores se ampararan o, al menos, crearan verdaderos laberintos de documentos.

Los ejidatarios cada vez más corrían el riesgo de ser despojados, y pronto cayeron los ejidos que se hallaban en torno a las ciudades principales, que al crecer devoraban todo a su derredor. El apoyo al agricultor privado era tal que resultó impresionante el número de certificados de inafectabilidad expedidos por el gobierno de Ávila Camacho. Se les dieron excelentes distritos de riego, y en 1944 el 60 por ciento de los terrenos con regadío pertenecía ya a la pequeña propiedad.

Y no cesaban las campañas contra la colectivización del campo. El PAN consideró a la reforma agraria como una “tonta hipertrofia de clase que nos ha llenado de hambre y de ruina”. Se decía que en los ejidos sólo había incapacidad, falta de organización y corrupción. Naturalmente, numerosos ejidos sí producían, pero a éstos se les forzó a cultivar para la exportación: café, cereales, verduras y algodón que, en especial, se destinaban a los mercados de los países en guerra, y la política general del gobierno en materia agraria iba en contra del mercado nacional que, por supuesto, sufría

escasez, con el correspondiente acaparamiento y carestía.

A fin de cuentas, Ávila Camacho no se decidió a implantar el amparo agrario. En julio de 1945, Silvano Barba González, jefe del Departamento Agrario, convocó al I Congreso Nacional Revolucionario del Derecho Agrario, que rechazó el amparo. Sin embargo, Norberto Aguirre Palancares del Bloque Revolucionario de Diputados, se lanzó contra el Congreso porque era pura "demagogia y agitación en el campo". Había que defender a la pequeña propiedad. Esto preparó el camino para que el siguiente gobierno otorgara el amparo agrario.

La política antiagraria de Manuel Ávila Camacho, además de privatizar el campo, generó descontento entre los campesinos, y, por ejemplo, el despojo de 200 poblados del Bajío robusteció a la Unión Nacional Sinarquista, que capitalizó más que nadie las quejas campesinas. Por otra parte, la denegación de solicitudes de tierra más las numerosas resoluciones de inafectabilidad agrícola y ganadera que ampararon más de tres millones de hectáreas de agricultura privados desalentaron a tal punto a los campesinos que se inició un creciente bracerismo: cada vez era más la gente que, desesperada por la miseria en el campo, o se desplazaba a alguna gran ciudad o de plano emigraba legal o ilegalmente a Estados Unidos. Si no, eran frecuentes las grandes caravanas del hambre que desde regiones del interior se dirigían, a pie e inútilmente, a la ciudad de México a pedir justicia al presidente.

Éste, por su parte, hacia el final de su administración hizo ver, incluso a quienes no estaban interesados, que su política agraria había sido espléndida. Se autoanotó grandes éxitos en su conducta hacia ejidos y pequeña propiedad. El aumento en las exportaciones (como si el contexto de la guerra no hubiese contado) era su gran orgullo. Aseguró también que se había desarticulado el latifundio gracias al crecimiento de la pequeña propiedad, lo cual podría ser cierto en una teoría muy etérea, pues en la insolente práctica precisamente ocurrió el solapamiento de la pequeña propiedad simulada vía prestanombres y se propició el surgimiento de grandes caciques y de agricultores poderosísimos, sobre todo en el norte del país. De cualquier manera, el presidente se ufanaba de haber llevado a la "reforma agraria" casi a su culminación.

Derrotada lo que en un tiempo fue izquierda oficial (pues para entonces todos rehuían, como al sida, la afrenta de ser calificados de "izquierdistas") tanto en el campo como en la educación, la contienda se situó en el sector obrero y sus posiciones en las cámaras legislativas. Después de utilizar a los obreros para quitarse de encima al secretario de Economía Francisco Javier Gaxiola, el presidente, a través de la respuesta preprogramada al informe presidencial que llevó a cabo el ex vasconcelista Herminio Ahumada, criticó a la izquierda de "propiciar la inmoralidad, el radicalismo y la anarquía" y de pasada regañó a los diputados por la forma como se habían desarrollado las elecciones recientes.

El senador y segundo lobito de la CTM Fernando Amilpa atacó a Ahumada tan pronto como Ávila Camacho hubo salido del recinto y logró que se le destituyera como presidente del Congreso y que en su lugar quedara el izquierdista Carlos Madrazo. El presidente, tan pronto como se enteró de lo

ocurrido, regañó al líder de la mayoría perremista por permitir semejante votación, y éste, a su vez trasladó los coscorrones a los diputados que se fueron con la finta de la izquierda, así es que *al día siguiente* ya se habían revocado los acuerdos y Ahumada era otra vez presidente del Congreso. Carlos Madrazo, furioso, acusó al líder de la mayoría de "dividir a la Cámara al apoyar a un reaccionario" y en el acto se retiró de la sesión acompañado por Amilpa, Octavio Sentíes, Ruffo Figueroa, Jesús Yurén, Víctor Alfonso Maldonado y el resto de la minoría aún considerada "de izquierda".

En un principio, al parecer las cosas no pasaron a mayores, pero Ávila Camacho decidió vengarse de la rebeldía de Madrazo. A principios de 1945 la Secretaría de Trabajo denunció que varios diputados traficaban con las tarjetas que permitían a los campesinos emigrar a Estados Unidos como braceros. Por supuesto, uno de los inculpados era Carlos Madrazo. Se inició un proceso judicial que constituyó un escándalo enorme y, para evitar un proceso intricado de desafuero en el Congreso, el mismo Ávila Camacho recomendó a Madrazo y a sus compañeros que pidieran licencia. Se dijo que detrás de la maniobra se hallaba Miguel Alemán, quien para esas alturas se hallaba ocupadísimo tratando de obtener que el presidente lo nombrara candidato del PRM a la presidencia. Los acusados finalmente lograron libertad condicional y la izquierda oficial, a través de su cabeza indiscutible, el secretario de la Defensa Lázaro Cárdenas, devolvió el golpe. Defensa Nacional anunció su propósito de someter a un consejo de guerra al general Pablo Macías Valenzuela, gobernador de Sinaloa y muy cercano al presidente Ávila Camacho. Con el paso del tiempo, como era de esperarse, la justicia, siempre dispuesta a satisfacer los caprichos de los altos políticos, dio fallos favorables tanto a Madrazo como al gobernador de Sinaloa.

En 1944, Eduardo Suárez, secretario de Hacienda, y Eduardo Villaseñor, del Banco de México, comisionaron a Daniel Cosío Villegas para que representara a nuestro país en la Conferencia de Bretton Woods, donde se crearon instituciones como el Fondo Monetario Internacional y donde Cosío se puso al tú por tú con el célebre economista John N. Keynes, alias "El Lord", quien trató de ignorar groseramente las observaciones de Cosío, hasta que éste se vio precisado a pararlo en seco. En ese mismo año, la "primera dama", doña Ana Soledad Orozco de Ávila Camacho, se afanaba en censurar películas, como *Pueblo olvidado* , de John Ford, basada en una novela de John Steinbeck. Pero fue a fines de sexenio cuando doña Soledad no se midió; se enteró de que el regente de la capital, Javier Rojo Gómez, había encargado una impúdica estatua de Diana Cazadora al escultor Juan Olaguíbel. La Señora mandó pedir fotos de la obra, se horrorizó ante la suculenta desnudez de la diosa, y ordenó que se le pusiera un taparrabo. Olaguíbel, como después muchos capitalinos, estaba muy satisfecho con su trabajo y se hizo el loco lo más que pudo, pero, finalmente, no tuvo más remedio que ponerle chones a la Diana, que se ubicó en la esquina de Reforma y Lieja, donde nadie la dejaba de ver hasta que las obras de los ejes viales, en tiempos de Gengis Hank, la movieron de lugar. Por cierto, después de instalada la Diana, se colocó una efigie de Ariel, también rigurosamente desnudo, casi enfrente de la Diana Cazadora, lo que motivó que algunas muchachas de las escuelas cercanas se fueran de pinta "a ver al Diano". Por su parte, don Alfonso Reyecito, aún director de El Colegio de México, publicó su famoso ensayo *El deslinde* , en el que dio línea a favor de las tendencias formalistas de las letras mexicanas. En

poesía, lo mejor fue *La muerte del ángel* , de Rubén Bonifaz Nuño; *Páramos de sueños* , de Alí Chumacero, y *Los hombres del alba* de Efraín Huerta.

Pero las estrellas de la literatura ni remotamente disponían de la penetración de las cinematográficas. En 1945, el Ariel de la Academia Cinematográfica (patética imitación de la Academia y el Oscar de Estados Unidos) fue otorgado a Dolores del Río por su trabajo en *Las abandonadas* . Esto sirvió para demostrar que la Del Río seguía vigente y que no había sido engullida por María Félix, a quien la leyenda la hacía aparecer no sólo como devoradora de hombres sino también de mujeres. La Félix era la reina indiscutible del cine mexicano. Ese mismo año la revista *México Cinema* con todo y su horrendo nombre informó que los artistas "más cotizados" de México eran: María Félix (250 mil pesos por película; con esa cifra se podía comprar una mansión), Cantinflas (200 mil), Arturo de Córdova (100 mil), Jorge Negrete (75 mil) y Pedro Armendáriz (50 mil pesos por contrato cinematográfico).

En cuanto a Cantinflas, el inefable Gonzalo N. Santos, en sus aguerridas *Memorias* , cuenta que Maximino Ávila Camacho se había entusiasmado con la bailarina de flamenco Conchita Martínez, y, para tenerla, al viejo estilo del Rey David mandó que sus guaruras dieran una paliza al esposo de la española y después lo expulsaran del país. Maximino (que usaba zapatos de charol de una pieza, de tacón muy alto y de varios colores) organizó una fiesta en la casa "chica" que le puso a Conchita e invitó al gobernador de Puebla, al director de la Lotería, al jefe del Departamento Agrario, al del Departamento Indígena, a otros políticos, a varias muchachonas, y al docto Mario Moreno. Como era su costumbre Maximino despotricó en contra de "el fascineroso Miguel Alemán". Pero el espectáculo lo dio Cantinflas y fue de humorismo involuntario. Cantinflas intervino en la conversación y para sorpresa de todos se puso muy serio y pronunció un discurso solemnísimo. Todos los presentes estallaron en carcajadas, más aún que con la célebre escena de Cantinflas y Pardavé en *Ahí está el detalle* . El cómico se entercó y procedió a hablar del pueblo. "Tú cállate y háblanos en tu idioma", le atajó Santos, "tú no conoces al pueblo, tú conoces al público".

Al día siguiente de esa borrachera, Maximino se fue a Puebla, donde le ofrecieron un banquete de cinco mil cubiertos. Maximino se sintió mal, se lo llevaron a su casa y allí murió una de las máximas estrellas del folclor político nacional. Miguel Alemán debió respirar con alivio. Poco después la revista estadunidense *Time* dijo que Alemán prosperaba con la muerte: fue diputado propietario cuando murió el titular, Manlio Fabio Altamirano, y llegó a gobernador tras el asesinato del gobernador electo, Javier Rojo Gómez, y la muerte de Maximino le despejó el camino a la presidencia.

En 1945 podía decirse que el presidente Ávila Camacho había hecho su parte: ya había desmantelado las perniciosas reformas cardenistas y logró "recuperar la confianza" de la iniciativa privada. Ya estaban allí, además, los componentes básicos del sistema que prevalecerían 50 años después: el presidencialismo supervitaminado, el partido oficial y los de la oposición, los sectores del partido (uno de ellos mandado a hacer para el presidente: la CNOP), las ligas agrarias, las confederaciones de comercio e industria, las asociaciones de banqueros.

El presidente ya tenía todo el poder justo en el momento en que se vio precisado a cederlo; “nadie sabe para quién trabaja”, seguramente pensó alguna vez. A sus pies veía la guerra callada y sorda entre los suspirantes a ocupar la presidencia. Naturalmente, sólo había dos posibles: Alemán y Padilla. Pero por esas fechas no sólo el embajador Messersmith hacía patente su simpatía por Padilla y su desagrado por Alemán, sino que de Washington llegaron presiones en favor del secretario de Relaciones Exteriores. Esto hizo que el presidente acabara de inclinarse por Alemán y eliminara del todo a Padilla, quien, por otra parte, nunca tuvo muchas posibilidades, pues no era de la “gente” de Ávila Camacho.

Además, Miguel Alemán había trabajado duro. Primero se conquistó el apoyo de más de 20 gobernadores y después obtuvo la luz verde de Lázaro Cárdenas. El general, como se ve, en realidad manejaba la candidatura de Miguel Henríquez Guzmán como palanca de presión. Ya con esto, y para entonces también con el respaldo de Fidel Velázquez, se pudo formar un comité pro-Alemán, que en el acto procedió a postularlo a la candidatura del PRM. Ávila Camacho aceptó una invitación que Alemán le hizo en su modesta casa de campo en Martínez de la Torre, Veracruz, y esto fue la señal para que se iniciara la cargada. Era el 20 de mayo de 1945, y la guerra mundial estaba a punto de concluir.

La CTM fue el primer sector en dar su apoyo a Miguel Alemán, pero no era gratis. Vicente Lombardo Toledano se puso machito y propuso un programa que el candidato debería adoptar y, además, dejó ver que esperaba cuando menos un puesto en el gabinete. El programa de Lombardo, por otra parte, estaba confeccionado a la medida de Alemán: industrialización vía unidad nacional, y reforma agraria para apoyar el crecimiento económico. Como ya se había consolidado la primera etapa de la revolución, dijo Lombardo, las masas apoyarían a Alemán, pero también censurarían sus “errores o desvíos”.

Alemán presenció impávido el numerito de Lombardo y después tomó la palabra. Bien claro le hizo ver que no esperara controles de precios, que todo su apoyo sería para la empresa privada y el capital extranjero que llegara, por lo cual los obreros deberían evitar peticiones desproporcionadas.

Hizo ver que pondría mano dura en el campo, pues para el óptimo trabajo agrícola tendría que haber tranquilidad y ya no la inquietud provocada por “los enemigos del campesino”. Para acabar pronto, Alemán dio a entender que la idea de obtener un puesto en el gabinete a cambio del apoyo que le daban era ridícula. De cualquier manera, los obreros le aplaudieron y Lombardo Toledano lo llamó “el Cachorro de la Revolución” en tono de impugnación.

Tras la CTM vino el grueso de la cargada y se adhirieron a la candidatura de Alemán la central campesina, el sindicato de burócratas, la recién creada y bien domesticada CNOP y, para no quedarse atrás, ¡el Partido Comunista Mexicano!, que por lo visto podía ser estalinista y priísta a la vez. Para atajar cualquier descontento en el ejército, Ávila Camacho dispuso el retiro de los elementos más viejos y caciquiles y prometió que los jóvenes oficiales ascenderían con rapidez; eso sí, de una vez por todas “el ejército debe

reconocer su divorcio de la política", advirtió.

En esas condiciones, Alemán renunció a la Secretaría de Gobernación. Fue sustituido por Primo Villa Michel, un conocido amigo de Ezequiel Padilla, a quien con esto se indicaba que le entrara, el gobierno sería neutral. Ávila Camacho quería quitarse de encima el estigma de las elecciones de seis años antes y evitar acusaciones de fraude electoral (que de cualquier manera le hicieron ya que, por supuesto, hubo fraude electoral, aunque en una proporción infinitamente menos problemática que en 1940).

Ezequiel Padilla decidió hacerla de emoción. Primero se fue a Estados Unidos a verificar el apoyo gringo, pero, como Almazán seis años antes, lo más que obtuvo fueron promesas de neutralidad. Al regresar, se encontró con los ataques de los alemanistas, quienes lo acusaban de ambición ilimitada de poder, y de que fingía estar al servicio de la Revolución cuando en realidad era un reaccionario. Con el tiempo se pudo ver que, en realidad, esto era un retrato de Alemán, quien quiso reelegirse y acabó contundentemente lo iniciado por Ávila Camacho: sepultar a la Revolución mexicana en favor de un capitalismo satélite al de Estados Unidos.

Padilla se entrevistó con Ávila Camacho, quien le juró que él sería absolutamente imparcial. El 6 de julio renunció a Relaciones Exteriores, pero todavía esperó otro poco. Sólo hasta después del informe decidió creer que los ofrecimientos de imparcialidad eran buenos y se lanzó de lleno a la lucha por la presidencia. Lo primero que intentó fue levantar el gran apoyo que Almazán tuvo, pero las condiciones eran muy distintas, ya que la derecha se hallaba a gusto con Ávila Camacho y la pobre izquierda ya estaba muy castigada. No obstante, presentó un proyecto amplio para ganarse todos los votos posibles. Para empezar enfatizó la necesidad de una verdadera democracia a fin de evitar fraudes vergonzantes como el de 1940. Él también consideraba prioritaria la industrialización rápida del país y prometía un programa "gigantesco" de obras públicas. Esto iba de la mano de un rechazo al comunismo y, por no dejar, al fascismo, así como un franco antisindicalismo. Prometía el voto a la mujer y un verdadero municipio libre, moderada intervención del Estado en la economía, apertura total a la inversión extranjera y apoyo casi incondicional a Estados Unidos.

Ante esto, Miguel Alemán se vio obligado a definir su proyecto, que, a fin de cuentas, era casi idéntico al de su oponente; el de Alemán trataba de hacer ver que sólo él y su equipo estaban ''al día", sabían de los cambios espectaculares en el panorama mundial a partir del fin de la guerra y lo que México requería para modernizarse y dar el salto para salir del subdesarrollo. Como Ávila Camacho, Alemán proponía que el país dejara de ser exportador de materias primas pues estábamos listos para la producción de artículos manufacturados a través del capital, los técnicos y los trabajadores mexicanos. Del extranjero se traería la gran maquinaria y los adelantos que permitieran la industrialización, la cual, además, significaría una evaluación pronta del nivel de vida de las clases más necesitadas. De hecho, aterró a sus seguidores cuando planteó que eran imprescindibles medidas drásticas contra la carestía así como una reducción de precios. Junto con la producción de artículos que satisfarían los requerimientos del país, Alemán se proponía impulsar las industrias eléctrica, química, siderúrgica, mecánica y petrolera,

así como los transportes, pues todo esto era indispensable para apoyar la famosa industrialización. Eso significaba, claro, contención de demandas obreras y producción agrícola que apoyara a la industria y que pudiera elevar las exportaciones, pues la balanza de pagos había vuelto a ser deficitaria.

En efecto, los planes de Padilla y de Alemán eran casi idénticos, y el candidato oficial se vio obligado a enfatizar la necesidad de la democratización en el partido oficial y en todo el país, de la lucha contra la corrupción ("moralización de la sociedad") y el planteamiento cuasisagrado de la mexicanidad, para contraponerla al flagrante gringuismo de Padilla.

Éste no se quedó atrás. A fines de noviembre integró su Partido Democrático Mexicano (PDM), que en el acto procedió a postularlo como candidato a la presidencia. En esta ocasión Padilla se puso "duro" y acusó al gobierno de solazarse con los fraudes electorales (era inminente uno más, decía) y de abusar de la fuerza. Por supuesto, los alemanistas procedieron a tildarlo de "huertista, millonario y demagogo".

Ya con el juego electoral bien entronizado, Ávila Camacho procedió a dar los últimos ajustes: la reforma política era imprescindible, pues la vieja ley databa de 1918 y todos los partidos de oposición (PDM, PAN, FPP, PCM y sinarquistas) coincidían en que era una burla hablar de democratización sin atacar los mecanismos de imposición, fraude electoral, intervención ilegal de autoridades y sin la participación de los partidos opositores. Además, como se sabe, Ávila Camacho quería irse con una imagen limpia que, además, legitimaría a Miguel Alemán.

En diciembre de 1945 ya habían aparecido *Espejo de mi muerte* , de Elías Nandino; *Paraíso y nostalgia* , de Margarita Michelena, y las cámaras ya tenían la iniciativa del ejecutivo para una nueva Ley Electoral Federal. Ésta quitaba a los municipios la facultad de hacer el padrón, constituir las casillas y vigilar los procesos electorales, y en su lugar surgían organismos federales que servirían de modelo a los estatales y municipales. Se creaba la Comisión Federal de Vigilancia Electoral (compuesta por un secretario de Gobernación y un representante del ejecutivo, un diputado, un senador, dos magistrados de la Suprema Corte y dos comisionados de los partidos más importantes). Además se creaba el Consejo del Padrón Electoral (integrado por el director general de Estadística, el de Correos y el de Población). Por supuesto, se eliminaba la determinación de que los cinco primeros "ciudadanos" en llegar constituyeran las casillas electorales.

Como puede verse, la nueva ley seguía siendo una inmensa curva a favor del gobierno y el partido oficial, pues éstos tenían la mayoría aplastante en los nuevos organismos electorales, por eso los partidos de oposición protestaron por la "exagerada intervención del poder público en las elecciones" e hicieron ver que ni siquiera *todos* los partidos tenían representación, sino sólo "los dos más importantes". La CTM también se opuso, pero los lobitos esgrimían que lo hacían porque "no hacía falta ninguna nueva ley, la anterior estaba bien". Como era de esperarse, la ley fue aprobada sin problemas, y sólo se eliminaron de la Comisión de Vigilancia a los representantes de la Suprema Corte.

Ya con el espléndido colchón que significaba la ley electoral, Ávila Camacho y Alemán procedieron a cambiar al PRM para que todo quedara igual. Se juzgó necesario reformar el partido por varias razones: la principal consistía en que el PRM aún apestaba a Lázaro Cárdenas, su creador; además, en el PRM, constituido por corporaciones, la de los obreros seguía teniendo un gran peso (aunque ya se hubiera fortalecido a la CNOP, el sector "popular"), sólo que para esas alturas ya no era necesario contemporizar con los obreros, ya no había guerra que requiriese un "frente interno".

El 18 de enero de 1946, los delegados (debidamente aleccionados) declararon disuelto el viejo PRM ("ya había cumplido su misión histórica") y aprobaron la Declaración de Principios, el Programa de Acción y los estatutos del ¡tachún tachún! Partido Revolucionario Institucional, el PRI (o RIP, como lo llamó años después el caricaturista Rius). El líder del nuevo partido, Rafael Pascasio Gamboa, postuló a la presidencia a Miguel Alemán (a quien algunos llamaban "el Ratón Miguelito", pues tenía en la mira, decían, a "la Gata Félix").

Fuera de eso, no había grandes cambios (era "la misma gata revolcada", pudo haber dicho la Félix). Continuaban los Tres Sectores (ahora el obrero era minoría) y se crearon dos nuevas secretarías en el Comité Ejecutivo Nacional: la de Acción Femenil y la de Acción Juvenil, pues flotaba en el aire la necesidad de dar mayor atención a mujeres y jóvenes. La gran novedad consistió en abrir el sector obrero a nuevas organizaciones (por supuesto para seguir debilitando a la CTM) y varias confederaciones se apuntaron al instante: el sindicato de mineros, la Confederación Obrera y Campesina de México, la General de Trabajadores, la de Proletariado Nacional y la Nacional de Electricistas. ¡Y se anunció la Gran Democratización del nuevo partido! Toda selección de candidatos debía de hacerse mediante el voto individual en casillas instaladas previa convocatoria. Sin embargo, como a través de procesos democráticos podía perderse el legendario control del centro, sin empacho de ningún tipo se creó un "pacto de sectores" para que todo candidato sólo pudiese salir de alguna de las tres corporaciones; de esa forma el recién creado PRI mostró una de las que serían sus características: la capacidad de conciliar los opuestos más aberrantes en la mejor tradición hermética, como la democracia y la antidemocracia en este caso, ya que las elecciones internas saldrían sobrando si los sectores, verdaderos surtidores de manipulación, distribuían las candidaturas según sus necesidades.

A partir de la metamorfosis del PRM en PRI, el gobierno se empeñó por convencer de que en breve se vivirían formas democráticas "como en los países más desarrollados". Por cierto, uno de éstos, Estados Unidos, significaba aún un problema para Miguel Alemán, así que, si seis años antes el joven veracruzano viajó a Washington para convencer al imperio de "las buenas intenciones" de Ávila Camacho, en 1946 se entrevistó con Guy Ray, primer secretario de la embajada estadunidense. Confidencialmente, como suelen ser esas cosas, Alemán aclaró que el país vecino no debería de preocuparse por el apoyo que el candidato del PRI recibiría de la CTM y de comunistas notorios como Vicente Lombardo Toledano; agregó que no aceptaría comunistas en su gobierno y que Lombardo no estaba en condiciones de exigir nada. Además, para sus propósitos de industrialización México se apoyaría fundamentalmente en Estados Unidos, y no en Inglaterra

u otros países europeos. Al parecer, Alemán obtuvo lo que buscaba, pues al poco tiempo Washington retiró al conflictivo embajador Messersmith y en su lugar envió a Walter Thurston, quien lo primero que hizo fue ignorar a Padilla cuando éste fue a visitarlo dispuesto incluso a bolearle los zapatos.

Además de Alemán y Padilla hubo dos candidaturas más: la del general Agustín Castro, vía el Partido Nacional Constitucionalista (PNC), y la del también general Enrique Calderón, que formó el Partido Reivindicador Popular Revolucionario (PRPR), que servían para generar confusión, para mediatizar a viejos militares y para dividir a los restos de izquierda oficial que aún quedaban, pues el general Henríquez Guzmán a última hora decidió no competir por la presidencia. Todos estos partidos obtuvieron registro en mayo, incluyendo el sinarquista Partido Fuerza Popular y el PCM. El PAN no presentó candidato a la presidencia, pero la "pluralidad" avilacamachista era ya una realidad, y el aún presidente no se cansó de asegurar que las elecciones serían limpísimas, el ejército las vigilaría y se impediría cualquier tipo de violencia o fraude electoral.

En realidad, las campañas presidenciales fueron calmadas, salvo algún boicoteo de autoridades a la oposición, pues sin duda costaba mucho trabajo quitarse las costumbres de décadas. Y, finalmente, el 7 de julio tuvieron lugar los comicios.

Nada de balaceras trepidantes como las del 40. Sólo en Pachuca hubo muertos y heridos cuando los padillistas se enfrentaron a la tropa. Ávila Camacho se ufanó de la limpieza de las elecciones, pero desde el primer momento PDM, PAN y PRPR alegaron fraudes electorales. Éstos, cuando menos en San Luis Potosí, sí los hubo. El cacique Gonzalo N. Santos, con la cara dura que le caracterizaba, llanamente contó que él, como gobernador del estado, dejó votar en paz a la gente, pero que, en la noche, envió a sustraer algunas ánforas (custodiadas por el ejército). El teniente encargado de la guardia se negó rotundamente a permitir la salida de las urnas y Santos tuvo que llamar al jefe de zona militar, quien le explicó que por órdenes estrictas del presidente Ávila Camacho no podía permitir nada de eso. "¿Se está haciendo usted pendejo, mi general, o de veras es pendejo? No la chingue, no embarre al presidente, que sabe hacer las cosas suavemente y no con brusquedad, ¿para qué cree que me tiene a mí en San Luis Potosí?" El general Miguel Molinar explicó que el oficial a cargo de la custodia era a prueba de cualquier soborno. Santos recomendó entonces que enviasen, con felicitaciones, a ese oficial fuera de allí y que en su lugar se quedara alguien "de verdadera confianza". Así se hizo, y Santos pudo sacar no una, sino todas las urnas. Antes, claro, se había cuidado de cambiar las originales por otras que él mandó hacer y que tenían tornillos en las tapas. De esa manera abrieron las ánforas y arreglaron la "votación" como se les dio la gana. Más tarde, todo mundo se enteró de la sustracción de las urnas y preguntaron a Santos si eso no era inmoral. "En política y en el juego", sentenció Santos, "la moral es un árbol que da moras." Agregó, además, que su manera de luchar por la Revolución sería ciegamente aprobada por Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas. "La ley electoral", añadió, "es como el juego de la mochitanga: de un vivo y de muchos pendejos".

Padilla acudió a la Suprema Corte de Justicia para pedir la anulación de los

comicios, pero, como era de esperarse, no le hicieron el menor caso, y, mientras, el Colegio Electoral calificó las elecciones y dio un millón 800 mil votos a Alemán, 450 mil a Padilla (un notable 19 por ciento, porque ahora sí había democracia) y cantidades insustanciales a Calderón y Castro. Todos los senadores fueron para el PRI, así como 132 diputados; se concedieron cuatro curules al PAN, una a la Fuerza Popular y dos a los "independientes", pero nada para el PDM o para el PCM, pues todos podían ser oposición, pero unos eran más oposición que otros, y ésos no tenían cabida en un sistema decente.

En diciembre, Ávila Camacho entregó la banda presidencial a Alemán Valdés, quien planteó que México se democratizaría, habría modernización industrial, exaltación de la mexicanidad, lucha contra los funcionarios deshonestos y un "gabinete de trabajo, no de política", compuesto por flamantes técnicos y universitarios, naturalmente civiles todos. Entre su gabinete, que mereció halagos del sector privado, se contaba Antonio Ruiz Galindo (Economía), Ramón Beteta (Hacienda), Nazario Ortiz Garaza (Agricultura), Agustín García López (Comunicaciones), Manuel Gual Vidal (Educación), y Héctor Pérez Martínez (gobernación). Este último murió en 1948, y fue sustituido por Ruiz Cortines, el protegido veracruzano a quien Alemán se trajo de la gubernatura de Veracruz.

El ahora ex presidente Ávila Camacho se retiró a su casa, con su esposa, y aunque ciertamente estuvo pendiente de la vida política nacional, en realidad no encabezó un grupo de poder con presencia política durante el gobierno de Alemán, o aun después. Muchos lo consultaban antes de tomar decisiones políticas, pero era más bien por el peso que la antigua investidura le había dado, no tanto porque fuera imprescindible su aval. El presidente Alemán, en lo fundamental, no le informó de sus acciones, y posiblemente Ávila Camacho, "el presidente caballero", como se le siguió diciendo, muchas veces se habrá sorprendido ante los golpes audaces de su sucesor.

2. La mano dura (1946-1952)

MODERNIZACIÓN A LA MEXICANA

En sus primeros días de gobierno, Miguel Alemán se hizo notar. El anticomunismo, ahora fortalecido por las presiones de Estados Unidos, llegó para quedarse y se convirtió en bandera de todo aquel que quisiese figurar en el gobierno, incluyendo a los gremios obreros. Entre éstos, ya sólo los grandes sindicatos (petroleros, ferrocarrileros, electricistas) trataban de conservar su autonomía y su capacidad de decisión; se daban cuenta de que las políticas oficiales consistían en contener al máximo las demandas obreras en beneficio del sector privado, lo cual no era tan difícil, pues Vicente Lombardo Toledano y los lobos de la CTM estaban dispuestos a ceder lo que fuese con tal de preservar posiciones y privilegios. Por tanto, Jesús Ortega, líder de los petroleros, solicitó a la empresa una nivelación de salarios. Pemex respondió negativamente y el sindicato ordenó un paro general el 19 de diciembre de 1946. El paro fue acatado por casi todas las secciones del SRTPRM. Pero nadie calculó la contundencia de la respuesta del presidente Alemán: el ejército tomó las instalaciones de Pemex en todo el país y se encargó de la distribución del combustible, la empresa a su vez rescindió el contrato de los dirigentes, nacionales y seccionales, del sindicato, y el gobierno inició un conflicto económico ante la Junta de Conciliación y Arbitraje para reformar el contrato colectivo.

Ante este golpe, la opinión pública se hundió en el estupor, la iniciativa privada aplaudió la "enérgica acción del presidente" y los líderes obreros guardaron silencio temerosos. Poco antes de navidad, Alemán declaró que la represión a los petroleros no significaba que su gobierno pretendiera sojuzgar a la clase obrera, pues "el régimen sería incapaz de apartarse de los grandes contenidos sociales de la Revolución". Por supuesto, los obreros entendieron exactamente lo contrario; unos, los pocos combativos que quedaban, buscaron formas para enfrentar la nueva situación, y los demás se apresuraron a congraciarse con el gobierno. Lombardo Toledano pidió a los sindicatos que condenaran el paro petrolero y que se llevara a cabo una convención extraordinaria del SRTPRM. Ésta se inició en los primeros días de 1947. Los dirigentes nacionales renunciaron a sus puestos en el sindicato para eludir la rescisión de sus contratos de trabajo, y así se formó un nuevo comité ejecutivo encabezado por Antonio Hernández Ábrego. Pemex aprovechó esta rendición para hacer reajustes de personal de planta, para reducir a los trabajadores transitorios y para aumentar el número de empleados de confianza. Por último, se reformó el contrato colectivo con el fin de que Pemex pudiera contratar por su cuenta las obras de desarrollo y de carácter social de la empresa. Por cierto, desde un principio Miguel Alemán creó por decreto la Dirección Federal de Seguridad (DFS), a cargo de la Secretaría de Gobernación. El general Marcelino Inzurreta, primer director

de la DFS, llamó a oficiales de carrera. La credencial número 1 fue para el general Melchor Cárdenas. La DFS era la oficina de espionaje y "control político". Por ella pasaron Héctor Martínez Cabañas, Enrique Cordero, Fernando Gutiérrez Barrios, Miguel Nazar Haro, José Antonio Zorrilla Pérez y muchas joyitas más.

Otra bomba, aunque esperada, fueron las reformas al artículo 27 de la Constitución. Sin duda, Alemán quiso aprovechar la relativa "luna de miel" de los primeros días de gobierno para quitarse de encima ese problema y, de carambola, fortalecerse aún más. Como Ávila Camacho, el presidente Alemán se proponía el aumento de la producción en el campo para ampliar exportaciones y sustituir importaciones; el agro debería apoyar la industrialización. Alemán creía que un buen desarrollo del campo podía generarse a través de la inversión privada, pues para él sólo "los pequeños propietarios" producían como debía ser. Durante el sexenio anterior, al ver que el gobierno los consentía, los empresarios exigieron "seguridad en el campo", que, llanamente, se traducía como la petición del amparo agrario para "los genuinos mexicanos", pues así se autocalificaban los agricultores.

Alemán los satisfizo tan pronto como pudo; otorgó el amparo a los predios agrícolas o ganaderos con certificados de inafectabilidad y fijó el límite de la pequeña propiedad en 100 hectáreas. Estas reformas fueron aprobadas por unanimidad en las cámaras, y la CNC no se atrevió a quejarse, a pesar de que el amparo agrario socavaba a los campesinos pobres. Sólo los ejidatarios de La Laguna, cardenistas fieles, protestaron, pero se quedaron solos. El gobierno hizo ver que las reformas no podían considerarse contrarrevolucionarias, pues la pequeña propiedad era parte integral de la Revolución. Pero nadie cuestionaba a la pequeña propiedad, sino el amparo para los consentidos del régimen: el sector privado.

El amparo agrario fue sólo la primera probadita de las recetas de Alemán para el campo. En el primer trienio de gobierno, prácticamente se detuvo la repartición de tierras. Sólo se hablaba de "aumentar la producción": la etapa del reparto agrario y de la lucha contra los latifundios, se insistía, estaba terminada. Sólo hasta 1949, cuando arreciaron las manifestaciones, los mítines de protesta y las terribles marchas de campesinos a la capital, el presidente reanudó la repartición, pero, eso sí, tuvo mucho cuidado en otorgar sólo tierras casi inútiles.

En cambio, el gobierno invirtió mucho dinero en obras de irrigación, electrificación y caminos; también se canalizaron fuertes créditos a bajos intereses, así es que para los ricos resultó de lo más ventajoso entrar en la agricultura, aunque la mayoría apenas había visto una vaca en fotografías; por eso, pronto la gente los bautizó como "agricultores nailon".

En el campo se dio también el problema de la fiebre aftosa, con el cual Alemán no se vio tan seguro y perdió la galanura. El presidente podía portarse muy machito con los obreros y los pobres del país, pero cuando Estados Unidos entraba en el juego el modernizador no sabía qué hacer. Desde principios de 1946 la fiebre aftosa llegó del sur y se extendió entre el ganado mexicano. El gobierno mandó llamar a expertos del extranjero y éstos recomendaron un amplio programa de vacunación para salvar las reses. Pero

Estados Unidos "se aterró"; consideró que la epidemia podía extenderse a su país (a pesar de que sólo se dio en el centro de México) y sin más presionaron para que se utilizara el moderno "fusil sanitario" o método del exterminio, que consistía en sacrificar todo el ganado enfermo (para entonces más de 600 mil cabezas). No sólo eso, la potencia vecina dio a entender que los mexicanos eran medio tontitos para enfrentar la epidemia y por tanto propuso que un equipo conjunto, por supuesto dirigido por los gringos, se encargara de la matanza.

Alemán lo pensó durante un tiempo, pero ya en 1947 decidió complacer a los estadunidenses y usar el rifle sanitario. Se formó el equipo binacional y se decidió exterminar dos mil reses por día a lo largo de todo el año. Desde que se inició la campaña, las protestas se hicieron sentir en casi todo el país y surgió un fuerte sentimiento antiestadunidense, pues a muchos fastidiaba la prepotencia de los técnicos gringos, además del hecho de que ellos ganaran mucho más dinero y de que obtenían mejores condiciones por lo mismo que hacían sus contrapartes nacionales. Las quejas por la pésima forma en que se llevaba a cabo la campaña crecieron, y pronto tuvieron lugar numerosos incidentes, pues los campesinos juzgaban ridículo exterminar animales que aún tenían curación, e incluso, como dice José Emilio Pacheco, al ganado "sospechoso o susceptible de enfermarse". A veces preferían irse a las montañas con todo y su ganado y, otras, de plano se enfrentaron a balazos con los del "rifle sanitario". El gobierno, preocupado, reiteró que se indemnizaría a los afectados con el pago del valor comercial de cada res sacrificada. Pero se supo entonces que había un notorio tráfico de indemnizaciones y que, además, en vez de dar dinero o tractores, el gobierno entregaba mulas.

Se acusó a los sinarquistas de causar los encuentros sangrientos en el campo, pero éstos aclararon que no tenían nada que ver. El PAN condenó el exterminio y favoreció la vacunación, y la izquierda, por no dejar, atacó también a los sinarquistas. Se soltaron rumores de que Lázaro Cárdenas alentaba la oposición a la campaña, y, cuando tuvo lugar en Michoacán un choque en el que murieron más de 50 campesinos, Cárdenas salió al quite para pedir calma a los michoacanos y que "colaboraran con el gobierno". Alemán decidió formar un Comité Nacional de la Campaña Contra la Fiebre Aftosa y en el acto llamó a Cárdenas para que la encabezara. Pero el general se negó y, según sugiere en sus memorias, recomendó al presidente que enfundara el rifle sanitario, que no cediese tan groseramente a los caprichos de Estados Unidos y optara por la vacunación. En todo caso, Alemán dio marcha atrás; en noviembre de 1947 presentó un plan salomónico que combinaba la cuarentena, las vacunas y la matanza de animales "sólo en caso necesario". A lo largo del sexenio de hecho sólo se utilizó la vacunación, pero en menos de un año la política moderna acabó con cerca de 700 mil cabezas de ganado.

Otro gran problema fue la cuestión de los braceros. A causa de la guerra México suscribió con Estados Unidos un "convenio temporal" para que miles de campesinos, escogidos por el gobierno de México, fueran a auxiliar a los agricultores del sur estadunidense. Al terminar la guerra, el país vecino ya no parecía a favor de la política del bracerismo, entre otras cosas porque habían ingresado en su tierra tantos ilegales (o "mojados" como se les llamó también)

como legales. Se iniciaron deportaciones masivas de espaldas mojadas y la cuestión con mucha frecuencia ocupó los titulares de los periódicos, pues las autoridades migratorias de Estados Unidos sometían a maltratos inhumanos a los braceros, además de que éstos por lo general padecían condiciones de explotación dignas de las épocas esclavistas.

De hecho, Estados Unidos optó por pedir trabajadores agrícolas cada vez que hacían falta, pero, cuando no, cerraba la frontera y se quejaba de la molesta invasión de "grasientos". Los mojados nunca dejaron de intentar pasar a Estados Unidos, lo que ocasionó problemas serios en las ciudades fronterizas, y a nivel oficial los convenios se siguieron firmando año con año, sólo que Washington pronto prefirió que el gobierno de México lidiara directamente con los agricultores fronterizos y de hecho se negó a sancionar a aquellos que insistían en contratar a los ilegales por una miseria y en condiciones infrahumanas, pero que, con todo, eran preferibles a la indigencia a la que los había sometido la política agraria del régimen.

Era comprensible la emigración de esos campesinos. Desde el inicio del alemanismo quedó claro que los grandes favorecidos eran los ricos; y éstos se lucían en grandes bailes "de fantasía" y "blanco y negro", y llamaban la atención con sus extravagancias. Las páginas de sociales cobraron una gran importancia (Rosario Sansores, el Duque de Otranto, la revista *Social*) y los ricachones pusieron de moda las Lomas de Chapultepec, el puerto de Acapulco (a donde se llegaba en los DC-3 de Aerovías Guest), el Country Club, el Jockey Club, el "estilo californiano", la canasta uruguaya y los tes de caridad, el Hipódromo de las Américas, las asociaciones ecuestres, el University Club, el Club de Banqueros, el restorán Ambassadeurs, los baños Alameda, el Deportivo Chapultepec, el whisky, los cocteles, los abrigos de visón y las cobijas eléctricas. La vieja "aristocracia" (resguardada por el pedigrí de sus apellidos, usualmente dobles como de políticos) trataba de establecer las distancias entre el brote de nuevos ricos, usualmente políticos o líderes o arribistas de toda índole.

Pero no eran muchos los "self-made-men" que se enriquecían; de hecho, la riqueza tendía a concentrarse en pocas manos, y el gobierno alemanista ofreció a las mayorías años duros de explotación para subsidiar la riqueza de los menos. Bajos salarios y precios desmesurados fueron las bases económicas de Alemán y, por tanto, compensatoriamente, surgió una suerte de dosificado y fariseico interés por la vida de los pobres, especialmente a través del cine, que frecuentó el tema de las cabareteras y las historias del arrabal. A través de estas películas, más inconsciente que conscientemente, cristalizó una visión maniquea de los pobres, se imprimieron peculiaridades y formas de conducta, y se reiteraron las supuestas "leyes naturales" en las que el pobre debía al rico sumisión, lealtad, respeto, reverencia y extrema docilidad. La virulencia cuasimística del anticomunismo reforzó la tendencia a considerar válidos los valores morales cristianos acuñados durante la Colonia, pero como se empezaba a vivir una realidad de culto al dinero y de corrupción avasalladora para hacerse de él, lo que predominó fue el imperio del formalismo cada vez más vacío y el afianzamiento de la corrupción moral, la hipocresía y el fariseísmo.

El presidente Alemán siguió ejercitando en el control del aparato político. Una

de sus vías fue el descabezamiento de gobernadores que tuvo lugar al principio de la administración. El primero en caer fue el de Jalisco, Marcelino García Barragán, quien se había empeñado en apoyar la candidatura de Henríquez Guzmán. Semejante acción fue castigada por el presidente, quien derrocó a García Barragán (secretario de la Defensa en 1968) cuando a éste sólo le faltaban unas semanas para completar su mandato.

En marzo de 1947 cayó Hugo Pedro González del gobierno de Tamaulipas; como García Barragán, González se fue por donde no debía y sostuvo la "precandidatura" de Rojo Gómez. Además, González pertenecía al grupo del ex presidente Emilio Portes Gil, quien, con este golpe, quedó prácticamente fuera de las más importantes áreas de influencia. En su caso se utilizó el artículo 76 de la Constitución y surgió la Temible Desaparición de Poderes, que acabaría poniéndose de moda entre los presidentes mexicanos. Con estas venganzas, además, el presidente daba a entender que no tendría piedad con los disidentes y que más valía que todos los políticos se "disciplinaran".

También cayeron Juan M. Esponda, gobernador de Chiapas, connotado vendedor de presidencias municipales; y el de Oaxaca, Edmundo Sánchez Cano. En Durango, el gobernador Blas Corral se enfermó de muerte y tuvo que hospitalizarse, con lo cual ocasionó un lío en el que hubo dos gobernadores interinos. Y el gobernador de Coahuila, Ignacio Cepeda Dávila, para no andarse con cuentos, de plano se suicidó. El sustituto no le gustó al centro, así que pronto cayó y fue reemplazado por un hombre de Alemán. Esto ocurrió en julio de 1947. En ocho meses seis gobernadores habían sido borrados de la cinta patria, y Alemán tenía en sus manos casi todo el poder.

En cambio, el sector obrero y lo que quedaba de la izquierda cada vez se veían en condiciones más endebles. La división era patente y se manifestó con claridad cuando concluyó el periodo "prorrogado" de Fidel Velázquez y fue necesario elegir un nuevo secretario general. Los lobitos no querían perder el control de la Confederación por ningún motivo y propusieron a Fernando Amilpa. Esto los llevó a chocar con los grandes sindicatos de industrias, que querían una limpia total, cese del continuismo y renovación en la CTM. Los lobitos recurrieron a todas sus marrullerías y se salieron con la suya, pero les costó el desmembramiento de la central, pues los opositores, capitaneados por los líderes ferrocarrileros Luis Gómez Z. y Valentín Campa, optaron por crear una nueva confederación, la Única de Trabajadores (CUT), que se llevó a telefonistas, petroleros, electricistas, tranviarios, mecánicos de aviación, cementeros y otros, casi 200 mil miembros salieron de la CTM. Ésta, para cubrir esos huecos, reclutó con sus métodos gangsteriles a campesinos y obreros agrícolas. La CNC protestó airadamente, pero la operación ya estaba hecha. Amilpa, nuevo jefe de la CTM, ofreció al instante su apoyo incondicional y acrítico al presidente.

Vicente Lombardo Toledano apoyó a los lobitos, sus viejos discípulos. El connotado maestro advertía que se estaba quedando fuera de las grandes jugadas. Su influencia en la CTM era fuerte pero a todas luces tendía a disminuir, pues Fidel Velázquez y los viejos Lobos cada vez lo hacían menos. Lombardo se vio precisado a apoyarlos en sus maniobras contra Gómez Z., a cambio de que la central lo respaldara sustancialmente en su proyecto más querido, la formación de su propia organización política, "popular".

Lombardo, incluso, estuvo de acuerdo en que la CTM cambiara su viejo y más aguerrido lema, “Por una sociedad sin clases”, por el menos comprometedor: “Por la emancipación de México”. Los comunistas protestaron, no tanto por el cambio de lema sino porque ahora quedaban fuera de los grandes puestos sindicales. La CTM quería desprenderse rápidamente de todo aquello que lo relacionara con el satanizado “comunismo”.

Lombardo ya había avanzado en su intento de creación del Partido Popular. Desde 1944 había iniciado los trabajos, pero bajó el ritmo porque Ávila Camacho le pidió que lo hiciera, y que se esperara hasta después de las elecciones. El buen Lombardo lo hizo, pero ya el 10 de julio de 1946 declaró que buscaba la unificación de la izquierda no en un partido obreromarxista sino en una gran coalición de fuerzas “democráticas y progresistas” que luchara “por los ideales de la Revolución Mexicana”. En enero de 1947 echaron a andar las célebres mesas redondas marxistas, en las que participaron el Partido Comunista Mexicano, la Universidad Obrera, la Acción Socialista Unificada y varios intelectuales importantes, entre ellos José Revueltas, que vivía una de sus peores épocas ideológicas. Los que participaron refunfuñaban por el golpe a los petroleros y la implantación del amparo agrario, pero todos estuvieron de acuerdo en que se debía posponer la lucha por el socialismo y tratar de concluir la “revolución democráticoburguesa”. Los superestalinistas líderes del PCM, Hernán Laborde y Dionisio Encinas, planteaban que debía propiciarse el capitalismo de Estado. Pero a fin de cuentas, casi todos (Siqueiros fue uno de los pocos que impugnaron las teorías de Lombardo, por lo que fue acusado de provocador) coincidieron en considerar a Alemán como “burgués progresista” y en apoyar la industrialización.

Alemán, seguramente, quedó complacido. De hecho, le había gustado mucho que Lombardo creara su partido (si es que no se lo sugirió), pues éste sin duda se ubicaría en una izquierda bastante manipulable; esto le permitiría eliminar del gobierno a todo izquierdista, además de que ahora el PRI podía inscribirse en un supuesto “centro”, ajeno, como se decía en épocas de Ávila Camacho, a los extremismos de izquierda y derecha. En esta última automáticamente quedaban el PAN y el sinarquista Partido Fuerza Popular, aunque, en realidad el PRI y el gobierno estaban tan a la derecha como esos grupos, si no es que aún más. Con la anuencia oficial, y tras llevar a cabo sus trabajos preparatorios, Lombardo Toledano finalmente constituyó el Partido Popular en 1948, tras lograr adeptos notables, entre los que se contaban José Revueltas (había sido expulsado del PCM a principios de la década), Enrique Ramírez y Ramírez y ¡Salvador Novo!

Sin embargo, las cosas no resultaron fáciles para el nuevo partido. El gobierno se distanció de él lo más que pudo, salvo cuando le era necesario utilizarlo, y, para colmo de males, los líderes obreros violaron el pacto (“todo político que se dé a respetar debe violar sus pactos”, decía Gonzalo N. Santos) y Fernando Amilpa de plano negó el apoyo de la central al nuevo PP, a pesar de las actitudes conciliatorias de Lombardo. Pero Fidel Velázquez no sólo le dio la espalda a su ex jefe sino que lo expulsó de la CTM y aprovechó el viaje para despotricar en contra del comunismo. ¡Qué lejos se hallaban aquellos días, a principios de la década, en que Fidel declamaba “admiro a los comunistas” y chorreaba elogios para Lombardo! A partir de ese momento,

Lombardo perdería su derecho de visitar el techo del Estado mexicano y, con su Partido Popular, se vio obligado a hacerle el juego al gobierno para poder sobrevivir.

Miguel Alemán fue el primer presidente civil y convirtió al "civilismo" en seña de identidad del gobierno, al igual que su "juventud", la cual simbolizaba al joven México que, seguro de sí mismo, crecía de prisa y con muchas ganas de ingresar en las ligas mayores. Entre sus primeros planes se hallaba la democratización del país y la lucha por mejores condiciones de vida del pueblo, que para esas alturas resentía cada vez más la carestía y la inflación.

Alemán era consciente de que la base política sobre la que se hallaba ("bárbara", la llamó José Revueltas; "dirigida", Octavio Paz) saboteaba desde el interior cualquier intento serio de democratización. Por supuesto, las raíces de la antidemocracia se hallaban en el presidencialismo a la mexicana y en el partido oficial. Como Alemán se hallaba luchando por quitarse estorbos de encima y acumular todo el poder, resultó evidente que la presidencia misma no se iba a democratizar pronto. Pero quedaba el partido oficial, y en 1947 Alemán indicó a Rodolfo Sánchez Taboada, presidente del PRI, que la vida interna debía ajustarse a los principios democráticos; los candidatos locales y estatales debían ser políticos populares, conocidos en la región, y ya no impuestos desde el centro vía los sectores. Tímidamente, Sánchez Taboada trató de ensayar una elección interna más o menos libre en León, Guanajuato, en junio de 1947. Sin embargo, ninguno de los bandos contendientes aceptó la derrota y al comité ejecutivo del PRI le costó mucho trabajo solucionar el conflicto, incluso se vio en la necesidad de cambiar al gobernador y de enviar a Luis Echeverría, secretario privado de Sánchez Taboada, para imponer la unidad "a toda costa". Algo semejante ocurrió, después, en Tampico, donde, a causa de las elecciones municipales, acabaron en pleito la CNC y las autoridades del PRI. Aquí también costó trabajo la unificación de los priístas de Tampico, y eso bastó para que el PRI desistiera de sus propósitos de democratización, especialmente cuando los tres sectores del partido celebraron un pacto para conservar su cuota de puestos de elección popular. Con esto, la democracia en el seno del PRI acabó de languidecer. Sin embargo, como los políticos "jóvenes" se quedaron con ciertas ilusiones de democratización, el presidente se vio obligado a crear un foro en el cual pudieran desenvolverse, y así formó el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana en febrero de 1950. En el partido siguió predominando la imposición de candidatos y la consiguiente política de "carro completo", es decir, de que el gobierno ganara de todas, todas, sin perder casi nunca una elección. Esto a su vez representó la perpetuación de todos los sistemas de alquimia electoral para manipular y maquillar los resultados de las elecciones. La vieja guardia había triunfado, pero esto más bien favorecía al presidente.

Todo parecía optimismo y seguridad en el gobierno de Miguel Alemán, pero las condiciones distaban de ser favorables, especialmente en cuestiones económicas. Si bien la guerra mundial había favorecido las exportaciones, una vez que ésta concluyó todo se fue modificando. Muchos de los mercados externos se perdieron. La industria de Estados Unidos de nuevo quería expandirse, lo cual en México era fácil porque los industriales que tanto alentó Ávila Camacho salieron con productos de pésima o muy baja calidad, y la gente no dudaba en adquirir, si podía, productos estadunidenses (lo cual

fue acentuando una progresiva preferencia por lo que viniera de Estados Unidos, fuese lo que fuese).

Ya no se podía exportar como en tiempos de la guerra, y se decidió que la producción se dedicara al mercado interno, y para esto se elevaron barreras arancelarias que pararan la competencia extranjera. Sin embargo, varias empresas estadunidenses optaron por acatar las condiciones que ponía México para la inversión extranjera, que en la práctica no eran rígidas, o "se podían arreglar", y obtuvieron estupendas ganancias, como Sears Roebuck, que "llegó para quedarse".

Pero en 1947 había escasez de materias primas, de crédito y de energía eléctrica, transporte inadecuado y maquinaria obsoleta. Además, la inflación no cedía, el gobierno tendía al gasto deficitario y muchos ricos preferían dedicarse a la mera especulación.

Ante todo esto, Miguel Alemán anunció que no devaluaría el peso y que su política económica no sería inflacionaria ni deflacionaria, porque se trataba de acelerar el crecimiento económico. El presidente no quería elevar los impuestos, así es que para financiarse optó por fortalecer el ahorro interno y por buscar créditos del extranjero. Trató de intensificar la producción agrícola e industrial para, con ello, detener la inflación. Otorgó todos los apoyos que pudo al sector privado y el Estado mismo echó a andar grandes inversiones contratando a empresas privadas. Elevó los aranceles, prohibió importaciones suntuarias, dio créditos a la industria, mantuvo bajos los impuestos, dispuso precios agrícolas que aseguraban materias primas baratas, aplicó un severísimo control obrero y logró que las huelgas disminuyeran sustancialmente. Sin embargo, los empresarios se quejaban de "excesiva protección al obrero", exigían la derogación de los contratos colectivos de trabajo y las revisiones periódicas de salarios. No querían escalafones ("hay que propiciar el mérito, y no la antigüedad") y trataron de rehuir toda contribución al Seguro Social. Protestaban por los controles de precios (que eran simbólicos, pues escasamente se aplicaban) y, en fin, procuraron aumentar la presión para que el gobierno hiciera la mayor cantidad posible de concesiones.

El gobierno de Alemán trató de obtener dinero como pudo, pues con el programa de grandes obras, el gasto público aumentaba vertiginosamente. Empezaron a llegar los primeros créditos, lo cual fue un alivio. El presidente Truman, de Estados Unidos, visitó la capital (era la primera vez que un mandatario estadunidense llegaba a la ciudad de México). Alemán y Truman resaltaron la "interdependencia" de los dos países y la "buena voluntad". Al mes siguiente Alemán visitó Washington y fue recibido con grandes muestras de efusión. El primer resultado concreto de ambas visitas fue que se abrieron más líneas de crédito para nuestro país y hubo un acuerdo "para la estabilización del peso". Pero Alemán regresó con la impresión de que poco se había logrado con los estadunidenses.

Esto era especialmente cierto con respecto a la situación de nuestra moneda. A mediados de 1947 la pérdida de dólares era alarmante. Mucho se iba por el terreno de las importaciones y poco llegaba a través de las exportaciones. Ni siquiera podían vender ganado a causa de la terrible epidemia de fiebre

aftosa que abrumó al país durante esa época. El Fondo Mexicano-Norteamericano de Estabilización había otorgado créditos por 10 millones de dólares, pero las reservas de divisas perdieron más de 100 millones. La fuga de capitales era ya una realidad incuestionable; además, las empresas y los ricos sabían que la devaluación era inminente y la convocaron dolarizándose. José Emilio Pacheco reporta que los alemanistas "amasaron fortunas cambiando oportunamente en dólares sus pesos". Alemán aseguraba que no quería devaluar ni imponer un control de cambios, así es que empezó a buscar desesperadamente nuevos créditos del extranjero. Recibió otros 10 millones de dólares, pero la crisis continuó a lo largo de 1947 y el principio de 1948. Las reservas de dólares y de oro bajaron espectacularmente. Todo aquel que disponía de cinco mil pesos (y estaba enterado de estas cosas) quería tener sus mil dólares.

El 21 de junio ya no fue posible detener la devaluación, a pesar de los nuevos créditos del Fondo Monetario Internacional, del de Estabilización y del Eximbank. La paridad se fijó en 6.88 por dólar, pero aun esto era inestable, así es que el gobierno puso a flotar el peso. El secretario de Hacienda Ramón Beteta dio la cara por su presidente y culpó a "la situación internacional" de la devaluación. La administración alemanista, pues, no había cometido ningún error.

Mucha gente opinaba lo contrario. El PAN y el Club de Banqueros responsabilizaban al gobierno por no haber devaluado a tiempo y por gastar en exceso. La izquierda consideró que consentir a la iniciativa privada había llevado al despilfarro, a la corrupción y a una injustísima distribución de la riqueza, pues muy pocos disfrutaban los grandes lujos costeados por la pobreza de las grandes mayorías. Narciso Bassols, en la *Revista de Economía* , no se anduvo con rodeos y dijo que la industrialización era anárquica, sin rumbo fijo, y que las obras públicas favorecían la especulación y el despilfarro. El gobierno, además, había optado por los créditos del exterior cuando debió realizar una reforma fiscal. En todo caso, la devaluación era un hecho y, finalmente, el peso dejó de flotar y se estacionó en 8.65 por dólar.

La devaluación llevó a la cresta al descontento popular. Desde 1942 el malestar no había cesado, pero en 1947 y 1948 era ya muy intenso y varios líderes temían que las bases los desbordaran. Este tema, además, en cierta forma alimentó las ideas que Daniel Cosío Villegas externó en su ensayo "La crisis de México" que publicó *Cuadernos Americanos* en 1947. En este trabajo extraordinario, el historiador planteó que la Revolución mexicana se había propuesto democratizar al país y favorecer a la inmensa mayoría de pobres. También había permitido que México se enfrentara a sí mismo, para reconocerse y desarrollarse. Pero las intenciones habían estado muy por encima de quienes tenían que volverlas realidad. Las metas eran razonables, explicaba Cosío, por tanto la pequeñez de los grandes líderes resultaba alarmante. No se logró la democratización ni remotamente y a lo más a que se había llegado era a que los presidentes no se perpetuaran en el poder y rebasaran la condición de caudillos o caciques. La separación de poderes era una falacia y la prensa se había vuelto simple comercio. La reforma agraria careció de visión, de iniciativa; faltó la técnica y la constancia. Los obreros se habían vuelto un mero apéndice del gobierno, que los había envilecido. Pero lo peor era la corrupción, la prevaricación, el robo, el peculado, que crearon

una nueva burguesía, la cual llevó al país a la desigualdad económica. Lo más alarmante de los planteamientos de Cosío Villegas, como hace ver Enrique Krauze, era la conclusión de que se estaba a punto de perder la identidad nacional. México se hallaba en una crisis gravísima y la necesidad del cambio era impostergable; de no llevarlo a cabo, el país acabaría por "confiar sus problemas mayores a la inspiración, la imitación y la sumisión a Estados Unidos, no sólo por vecino, rico y poderoso, sino por el éxito que ha tenido y que nosotros no hemos sabido alcanzar. A ese país llamaríamos en demanda de dinero, de adiestramiento técnico, de caminos para la cultura y el arte, de consejo político, y concluiríamos por adoptar íntegra su tabla de valores, tan ajena a nuestra historia, a nuestra conveniencia y a nuestro gusto. A la influencia norteamericana, ya de por sí avasalladora, se unirían la disimulada convicción de algunos, los francos intereses de otros, la indiferencia o el pesimismo de los más, para hacer posible el proceso de sacrificio de la nacionalidad, y, lo más grave aún, de la seguridad, del dominio y de la dicha que consigue quien ha labrado su propio destino."

En la década de los ochenta se pudo ver cuánta razón tenía Cosío Villegas casi 40 años antes. No sólo empezó a hacer crisis la antidemocracia del sistema y la terrible desigualdad económica, sino que mucha gente decía, tan quitada de la pena, que le gustaría que México fuera parte de Estados Unidos; había una fuerte campaña por poner en inglés los productos comerciales ("Shadow es performance"), lo que antes tenía nombre en español ya lo habían cambiado ("Dulcereal de Trigo" por "Sugar Smacks"), era moda entre la clase media alta redactar en inglés las invitaciones a las fiestas, o hablar en inglés a la menor provocación (especialmente ante sirvientes o empleados), infinidad de juguetes ostentaban la bandera de Estados Unidos, muchísimos comercios tenían denominaciones en inglés (por lo general con pésima ortografía) y, por supuesto, la economía mexicana era severamente condicionada por el Fondo Monetario Internacional, el gobierno o los bancos de Estados Unidos. Entonces resultó claro que las oportunas, gravísimas advertencias de Cosío habían sido la voz que clama en el desierto. Por fortuna, la lucidez y la integridad de gente como él impidió que la identidad nacional sucumbiera del todo; por el contrario, en parte ésta se fortaleció a través de la cultura y la elevación del nivel de conciencia colectiva, y de hecho se había iniciado una lucha, al parecer definitiva, de una parte de México contra la otra, y no sólo era una "disputa por la nación" sino que se trataba de un profundísimo cambio de piel.

La devaluación, además, precipitó otros problemas con los trabajadores. En 1948, los ferrocarrileros eligieron a Jesús Díaz de León, mejor conocido como el Charro por su afición a las suertes (carísimas) de la charrería. Pero el verdadero poder lo conservaba Luis Gómez Z., quien en septiembre ignoró al sindicato y llevó las conclusiones de la comisión especial a la recién formada Confederación Única de Trabajadores. Esto era lo que el presidente Alemán requería para implantar una de sus innovaciones: el charrismo, o sea, la manipulación de los obreros a través de sindicatos blancos y el envío a la cárcel de los líderes rebeldes. Díaz de León no se anduvo con historias y acusó a Gómez Z. y a Pedro Sánchez Castorena de un desfalco de más de 200 mil pesos. Por supuesto, Díaz de León debió haber llevado la acusación al Comité de Vigilancia del sindicato, pero el Charro no quiso hacerlo porque el comité estaba controlado por Gómez Z. Entonces recurrió a un pleito penal, lo

que significaba la intervención del gobierno. El resultado fue que los seguidores de Gómez Z. del Comité de Vigilancia desconocieron a Díaz de León como secretario general, y en su lugar pusieron a Francisco Quintana. Díaz de León, con la complicidad del gobierno, utilizó las tácticas preferidas de Fidel Velázquez: recurrir a pistoleros para apoderarse por medio de la violencia del control de todo el sindicato ferrocarrilero. El gobierno apoyó enteramente a Díaz de León, lo reconoció oficialmente y acabó enviando a la cárcel a Gómez Z., a Sánchez Castorena y a Valentín Campa.

Una vez "solucionado" el conflicto, no extrañó que, como había ocurrido a principio del sexenio con los petroleros, Ferrocarriles aprovechara el golpe dado para llevar a cabo una drástica reestructuración de la empresa. Se inició un juicio económico para reducir los salarios, se despidió a 12 mil trabajadores, y se suprimieron muchas ventajas y prestaciones: tiempos extra, pases, asistencia médica, permisos con goce de sueldo, además de que se crearon 500 nuevos puestos para empleados de confianza (que, a fin de cuentas, resultaron dos mil).

El presidente Alemán se había anotado otro triunfo por nocaut en sus luchas para someter a los obreros, pues no sólo doblegó y domesticó a los ferrocarrileros sino que logró amedrentar seriamente a los demás sindicatos de industria que se mostraban rebeldes. En efecto, la mayor parte de los obreros prefirió someterse, y a fin de cuentas sólo algunos (petroleros y mineros) trataron de formar una central independiente que sirviera de herramienta de lucha. Así surgió, en medio de una intensa campaña "anticomunista" de la Coparmex y del gobierno, la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), que se definió de "izquierda y en contra del gangsterismo sindical". Pero a esta nueva organización se le negó el registro y se le saboteó por todas partes, así es que nunca obtuvo gran fuerza, y en 1949 el presidente Alemán podía presumir de un control férreo de los obreros en beneficio de "la industrialización".

Pero no todos se disciplinaban. En 1948, el millonario Jorge Pasquel, gerente del diario *Novedades* , suprimió la columna "Presente" del periodista Jorge Piñó Sandoval, quien no se conformó con el moderno autoritarismo de Pasquel, sino que obtuvo fondos y en julio sacó a la luz pública su revista *Presente* , con la colaboración del portadista Antonio Arias Bernal, de los caricaturistas Abel Quezada, Ernesto García Cabral y Fa-Cha, y los colaboradores Renato Leduc, José Pagés Llergo, René Capistrán Garza, Tomás Perrín y Jorge Ferretis. La revista (costaba 20 centavos) surgió con la espada al aire y pronto se hizo célebre por sus contundentes críticas al gobierno y a los altos funcionarios allegados a Alemán. Entre las denuncias de Piñó Sandoval se contó una investigación de las fabulosas mansiones, a veces palacetes, que en menos de dos años los alemanistas habían logrado construir; entre éstas se hallaban las de Antonio Díaz Lombardo, del IMSS, Ramón Beteta (de Hacienda), Fernando Casas Alemán (Departamento del DF), Carlos M. Cinta (de Nacional Reguladora), Enrique Parra Hernández (a quien llamaban el "ministro sin cartera") y de Andrés Gómez (pariente de Alemán y oficial mayor de Agricultura). También se denunciaron negocios alucinantes de Antonio Ruiz Galindo, secretario de Economía, quien era dueño de la empresa de muebles DM Nacional, lo cual le permitió llenar las dependencias de gobierno con sus productos. O los negociazos de Díaz

Lombardo en el Seguro Social, que iban desde "los trafiques en la construcción de clínicas y hospitales, en los contratos con las farmacias subrogadas, en la distribución de puestos y en las compras de esa institución", informó la revista *Proceso* en 1983, que añadió: "Se descubrió que el metro cuadrado de construcción era pagado por el IMSS a razón de 360 pesos, cuando el precio comercial, comprobado por *Presente* , era de 200 pesos."

En su informe de 1948, Alemán veladamente amenazó a *Presente* . Poco antes un grupo de pistoleros había allanado y devastado los talleres donde se imprimía la revista, y poco después la Productora e Importadora de Papel, S. A. (PIPSA) le canceló la dotación de papel y a cambio le ofreció otro mucho más caro, lo cual hizo que *Presente* redujera sus páginas y aumentara el precio en 10 centavos. Para entonces los ataques a la libertad de expresión arreciaban: dos directores de publicaciones cayeron asesinados, varias revistas y periódicos fueron clausurados y se suprimieron las polémicas representaciones de *El gesticulador* , de Rodolfo Usigli. Desde que fue escrita en 1938 y publicada en 1944, esta obra tuvo muchos problemas, pues, como con *La sombra del Caudillo* , de Martín Luis Guzmán, numerosos políticos y militares se sentían aludidos. En 1947 el director Alfredo Gómez de la Vega logró escenificarla en el teatro de Bellas Artes con María Douglas, Carmen Montejo y Rodolfo Landa. El estreno, naturalmente, fue un escándalo que no gustó nada al gobierno. El director del Departamento de Teatro del INBA, Salvador Novo, por tanto, fue el encargado de obstaculizar la obra al máximo, pero, cuando hizo unas declaraciones asesinas en contra de *El gesticulador* , Usigli enfureció y en el camerino del director Gómez de la Vega sin más le reclamó; Novo no dijo nada en ese momento, pero salió del teatro, esperó al gran dramaturgo afuera y cuando lo vio acercarse lo derribó con dos potentes bofetadas. Después, Novo declaró a la prensa: "Usigli es un paranoico ansioso de notoriedad", a lo que el aludido respondió: "No se puede estar de acuerdo con personas de costumbres equívocas".

Por estas fechas, Alemán no sólo nos dio el charrismo sino que también nos regaló el guarurismo nacional, y él mismo se rodeó de abultadas guardias personales, lo cual hizo que los demás funcionarios pronto lo imitaran. Ya entonces también se podía advertir que, además de sus íntimos (llamados el "gabinete paralelo"), los beneficiarios del gobierno de Miguel Alemán era el grupo de empresarios conocidos como la "Fracción de los Cuarenta" (todos ellos hicieron sus fortunas en esa década), y quizá por eso a la gente le gustaba referirse a "Alí Baba y los cuarenta ladrones". Jorge Pasquel y Melchor Perrusquía eran empresarios muy cercanos al presidente, al igual que Bernardo Quintana, Bruno Pagliai, Eloy Vallina, Carlos Hank González, Gastón Azcárraga, Rómulo O'Farril, Gabriel Alarcón y Carlos Trouyet. De todos estos magnates con el tiempo surgieron los poderosos grupos ICA, Comermex, Atlántico e Industria y Comercio, además de que, años después, Alemán y sus amigos llegaron a tener un gran control de los medios de comunicación a través de empresas como Televisa, *Novedades* , *El Heraldo de México* , *Avance* , Editorial Novaro y Editorial Diana. Juan Fragoso, Elvira Concheiro y Antonio Gutiérrez también informan en *El poder de la alta burguesía* que, con Emilio Azcárraga, años después Alemán intervino en el ramo hotelero a través de los hoteles Fiesta Palace, Paraíso Marriot, Ritz y Condesa del Mar.

LAS LUCHAS EN LA CULTURA

Desde un principio el presidente Miguel Alemán se declaró simpatizante de la cultura. Una de sus primeras medidas fue la creación del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), que dirigió el compositor Carlos Chávez; del INBA surgió la Orquesta Sinfónica del Conservatorio Nacional, que después se llamó Orquesta Sinfónica de México y por último Orquesta Sinfónica Nacional, la cual durante casi 20 años fue dirigida por Luis Herrera de la Fuente. Los conocedores decían que Herrera se entusiasmaba tanto en el podio que zapateaba las obras que conducía.

Alemán también llamó a los Tres Grandes y les encargó murales en los edificios públicos. De ellos, el genial José Clemente Orozco murió poco después, en septiembre de 1949; su presencia fue creciendo con el tiempo, a pesar de los tupidos ataques que se propinaron a los muralistas. Él siempre fue visto con más respeto por su virulencia, humor y extraordinario vigor. Su visión de la violencia, el tocar fondo a través de la crítica y la visión desoladora, desnuda, de la realidad hicieron que se adelantara a su época. A fines de los años ochenta estaba más vigente que nunca. Y Diego seguía abonando escándalos. Uno de ellos tuvo lugar cuando pintó el hotel Reforma, de la familia Pañi, y caricaturizó orozquianamente a varios personajes clave de la vida nacional. Pañi "corrigió" los esperpentos, pero esto le costó un pleito terrible con el pintor, quien lo fue a buscar pistola en mano y acompañado por varios sindicalistas. A la larga Rivera logró que se estableciera que ningún propietario tiene derecho a modificar una obra artística.

Después le encargaron otro mural en el recién construido (y muy moderno) hotel Del Prado. Diego pintó allí una de sus obras maestras, el *Sueño de una tarde dominical en la Alameda* , en la que, con su tradicional espíritu provocador, escribió la frase (de Ignacio Ramírez y tantos más) "Dios no existe". Esto motivó que una turba de fanáticos religiosos borroneara la frase del Necromancer del mural. Las protestas por la "blasfemia" subieron a tal punto que Diego mejor eliminó la frase, escoltado por un grueso contingente de intelectuales y artistas que la prensa llamó "grupo de comunistas". Por su parte, el presidente Alemán dio su docta opinión al respecto: "Alrededor de la pintura no debemos hacer una discusión de orden nacional. El país no quiere lucha ideológica, quiere trabajo. ¿Creen ustedes que a estos lugares del norte del país, por ejemplo, les interesa la pintura de Diego Rivera?"

La intolerancia fanática de los católicos mexicanos encontró una de sus expresiones más grotescas cuando los sinarquistas, ya a fines de 1948, organizaron un mitin en la Alameda (la del mural de Diego), donde se encuentra el Hemiciclo a Juárez. El Benemérito (o Bomberito Juárez, como le llamó años después el Loco Valdés en la televisión, lo que le ocasionó una suspensión) a casi 100 años de distancia continuaba encendiendo las furias de los ultraderechistas (en algunas escuelas privadas los niños tenían que decir "¿puedo ir al Juárez?" cuando querían ir al baño). Ese día los sinarquistas

treparon la estatua del viejo liberal y le encapucharon la cabeza. El gobierno alemanista enfureció como pocas veces, lo cual le permitió, poco después, suprimir el registro del Partido Fuerza Popular. Sin duda, la furibunda intolerancia de los sinarquistas estaba avivada por su propia mística, pero también por el clima de furor anticomunista que para entonces era generalizado (el presidente del PRI Sánchez Taboada ya había sentenciado que el comunismo era una "doctrina exótica", por si algún despistado no lo había colegido a través de las miles de condenas al marxismo-exotismo). "Exóticas", por cierto, también se les llamaba a las bailarinas que mostraban el ombligo y que causaron sensación por esas fechas: Tongolele, la del mechón y el cuerpo-escultural por encima de todas, pero también fue célebre la Su Muy Key. Estas exóticas, para que no fueran a relacionarlas con las doctrinas homónimas, en el cine solían ser sumamente pudorosas a causa del opresivo clima moral de la época. Muchas de ellas ni siquiera podían ser llamadas "ombliguistas", pues no mostraban ni ese nudo de carne. "Yo nunca enseñé el ombligo en mis películas", contó Ninón Sevilla, lano-menos-espectacular-rubia-que-se-hizo-famosa-bailandorumba. "Ahora nadie lo cree. Pero así eran los censores. Yo tenía fama de mujer escandalosa y ni al ombligo llegué", contó una vez, "en el cine nacional, no había gente más moral que las rumberas, las cabareteras y gente así. Éramos la moralidad y no mostrábamos las pantaletas por nada. Así es que cuando en una película una señora y un señor hacen el amor pues se cae el mundo". Esto, ocurrió, precisamente, en la película *La diosa arrodillada* , de Tito Davison, guión de José Revueltas y con María Félix. Una secuencia amorosa, que a estas alturas podría filmar una monja, causó el escándalo y la ofensa moral de críticos y periodistas.

Arrancaban ya varios mitos cinematográficos: el de las rumberas y cabareteras, melodramones que debían ser vistos con docenas de pañuelos, en los que Ninón Sevilla, Meche Barba, Rosita Fornés, Rosa Carmina y/o María Antonieta Pons eran explotadas, vejadas y vilipendiadas por los hombres, la sociedad y el destino. Todas ellas alimentaron las fantasías más sinuosas y los fervientes onanismos de los entonces adolescentes (pero después también: cuando estas películas fueron retransmitidas por la televisión).

Para 1947 (año en que *Enamorada* , del Indio Fernández, arrasó con los chaparritos Arieles), Pedro Infante ya había llegado a la capital, donde fue descubierto y protagonizó varias películas. Pero su verdadera popularidad surgió con el estreno de *Nosotros los pobres* , de Ismael Rodríguez. La gente pobre (pero también la clase media y muchas señoras "de la alta") sucumbieron gozosas ante el carisma, la apostura, buena voz, energía vital, calidez, sencillez y simpatía del charro cantor. Pedro Infante rebasó la condición de "ídolo" y se constituyó en un auténtico mito nacional porque encarnó una figura arquetípica en México. Su personaje Pepe el Toro (hombre bueno, trabajador, amoroso, agobiado por desdichas cada vez más truculentas) dio para dos películas más, que, aunque ni remotamente eran tan buenas, resultaron éxitos descomunales de taquilla. Con Ismael Rodríguez, Infante transitó los grandes éxitos (*ATM* , *Qué te ha dado esa mujer* , *Los tres huastecos*), pero volvió a las grandes alturas en *La oveja negra* , que con todo y sus recetas argumentales y la explotación inmisericorde de los sentimientos, es cine del mejor. Nadie como Pedro Infante logró, ni ha logrado, constelar

tantos signos de la identidad nacional, por eso, cuando murió, en un accidente de aviación en 1957, hubo un auténtico luto en todo el país y se consolidó una presencia que a fines de los ochenta seguía viva y eficaz.

Otro personaje con una gracia y carisma inusuales fue Germán Valdés, Tin Tan, que a fines de los cuarenta entró con pie firme en la cinematografía nacional. Con Gilberto Martínez Solares, Tin Tan llegó a momentos francamente geniales de comicidad. Martínez Solares y Tin Tan formaron todo un equipo célebre que incluía a Vitola, Borolas, el enano Tun Tun y el carnal Marcelo. La gracia gandallesca del pachuco Tin Tan se transformó en verdadera anarquía e imaginación delirante (como en la parte del hospital siquiátrico del doctor Lucas Demente en *Las locuras de Tin Tan*). Lo mejor de Germán Valdés se filmó a fines de los cuarenta y a principios de los cincuenta: *El rey del barrio* , *El ceniciento* , *Calabacitas tiernas* , *El sultán descalzo* y *Mátenme porque me muero.*

La gran atracción del alemanismo, sin embargo, fue el mambo y su creador Dámaso Pérez Prado, quien llegó de Cuba para instalarse en México con gran espectacularidad ("qué bonito y sabroso bailan el mambo las mexicanas, mueven la cintura y los hombros igual que lo hacen las cubanas", cantaba el extraordinario Beny Moré). Pérez Prado se mexicanizó con gran gusto, y pronto se hallaba componiendo mambos a los "ruleteros o chafiretes", al Poli, a la Uni y a otras manifestaciones de la vida en nuestro país. Su ritmo se hallaba cargado de fuerte energía, solía ser movido y explosivo y generó un modo de bailar que requería habilidad y condición física. Era también profundamente sensual. La orquesta del Cara de Foca, como se le decía, estaba compuesta fundamentalmente por metales, y los arreglos musicales de Pérez Prado se volvieron legendarios por su complejidad y refinamiento, y porque claramente integraban lo mejor del uso de metales de las grandes bandas estadunidenses, como la de Glenn Miller o Stan Kenton (fue excelente el "Mambo a la Kenton").

El mambo causó furor en la sociedad mexicana, pues iba muy bien con la época en que predominaba la vida nocturna y la atmósfera de fiesta colectiva que propiciaban los ricos, listos a festejar las ganancias desorbitadas que les propiciaba el régimen alemanista. Para el pueblo fue una oportunidad de sacudirse la desesperación que causaba la creciente dureza de la vida.

Mambo, rumba y cabareteras eran elementos que confluían en otra de las leyendas doradas del alemanismo: la Vida Nocturna. Para la gente adinerada, la incipiente clase media y la abrumadora pobreza había sitios a donde ir a bailar, ver shows y "sketches": desde el Leda, Ciros, Club de los Artistas y Waikiki, hasta los salones Smyrna y Montecarlo, La Valenciana, La Bohemia, o los teatros Colonial, Follies, Margo. Después, para desahogar-el-frenesí-nocturno, se hallaba la zona roja, que en realidad era un grupo de calles ubicadas por el rumbo céntrico de San Juan de Letrán: las calles de Órgano (muy *ad hoc*), Rayón, Pajaritos o Vizcaínas, que, por supuesto, eran para el pueblo, la plebe, la pelusa, porque los consentidos del régimen, los ricos, tenían sus burdeles lujosos, dotados de la elegancia-de-los-años-cuarenta, así es que nadie bienacido tenía que andar rondando (a no ser que se quisieran "emociones fuertes" o hubiera que llevar de paseo a algún turista) por los rumbos bravos de la Plaza de Garibaldi, con su mariachi, Tenampa, canciones,

y posibilidades de todo tipo de movidas.

Como en los años veinte y treinta, en los cuarenta floreció también el bailongo (o "dancing", como dicen que debe decirse), sólo que para entonces el imbatible danzón poco a poco fue ocupando un lugar honorífico y tradicional ante los embates del swing, el bugui-bugui o el arrollador mambo.

En tanto, en el medio intelectual se daba por un hecho la consagración internacional de Rufino Tamayo vía el libro de ricas reproducciones que le habían dedicado en Estados Unidos. Pero, a pesar de su notoria decadencia, el amo seguía siendo Diego Rivera. En 1948, la revista *Times* publicó la saporranesca faz del genial pintor y eso fue el preludio del gran homenaje nacional que Fernando Gamboa organizó a través de una exposición magna, recapituladora, de su obra en Bellas Artes. En esa ocasión el escándalo en turno consistió en el desnudo de la joven poeta Pita Amor que, junto al retrato de María Félix, abría la muestra. Frida Kahlo tuvo que asistir en camilla, pues para entonces la pobre padecía los horrores de los corsés metálicos o de yeso y era cliente asidua de hospitales; ni siquiera sus "fridos", que pintaban en pulquerías, lograban aligerarla un poco.

En 1948, Pablo Neruda pidió asilo al gobierno de México; desde su sitial de senador, el poeta tronó contra el presidente de Chile, lo cual lo puso en peligro de muerte. "Pura publicidad", se dijo aquí en México, donde, a tono con la "modernización" cada vez tenía menos fuerza todo tipo de arte "social". Neruda, a fin de cuentas, no se asiló en nuestro país, pero el que sí llegó, "para quedarse", fue el editor Arnaldo Orfila Reynal. En un viaje a Buenos Aires, Daniel Cosío Villegas lo reclutó y lo trajo para que dirigiera el Fondo de Cultura Económica con un salario de 1,500 pesos al mes (el Fondo, por cierto, pagaba a dos pesos la cuartilla de traducción, que, como se ve, siempre se ha pagado muy mal en México).

Ese año, Salvador Novo publicó su excelente libro *Nueva grandeza mexicana* , pero el maestro había entregado toda su energía al teatro, pues su cuate Carlos Chávez lo nombró cabeza de la Dirección de Teatro del flamante Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Novo era de los pocos intelectuales que no temía "contaminarse" con la modernidad que propiciaba el alemanismo y ganó muy buen dinero haciendo publicidad para Augusto Elías. Carlos Monsiváis reporta que Novo fue autor del célebre eslogan "Siga los tres movimientos de Fab: remoje, exprima y tienda", porque a México ya habían llegado los detergentes y toda una invasión de aparatos electrodomésticos: refrigeradores, lavadoras, licuadoras, planchas, aspiradoras, cobijas eléctricas y demás maravillas-del-mundo-occidental. Los nuevos productos (adquiribles si eran de importación o contrabando, deleznables si eran nacionales) se anunciaban profusamente en los medios: la radio, que continuaba poderosísima (sin saber que a la vuelta de la esquina se hallaba ya la llegada del televisor), los grandes periódicos y las revistas *Hoy* , *Mañana* , *Revista de Revistas* , *Paquita* , *Social* y demás (hasta la oficialista *Tiempo* , que Martín Luis Guzmán formó aclarando que "cualquier parecido con otra publicación era coincidencia", porque *Tiempo* , casualmente, era casi idéntica a *Time*) obtenían buenos ingresos mediante el fenómeno de la publicidad, que crecía con fuerza, y llevaba de la mano a empresas que daban informes sobre la solvencia de comercios que pedían créditos.

En 1949 apareció un nuevo y dotadísimo autor, Juan José Arreola, que con *Varia invención* , hizo ver que México contaba con un estilista sofisticado, cosmopolita, que se hallaba al día y que hablaba un francés irreprochable. Actor, mimo, declamador, Arreola lucía sus sacos-de-pana-gastados-por-laluna (faltaban muchos años para que el Maestro apareciera en las pantallas televisivas con lucidores casimires) e introdujo un aire enteramente nuevo en la literatura mexicana.

Por su parte, José Revueltas hacía guiones para el cine, especialmente con Roberto Gavaldón, y padecía problemas con sus camaradas del marxismo. En 1949 publicó *Los días terrenales* , una novela espléndida en la que aparecían críticas devastadoras a los líderes y militantes del Partido Comunista Mexicano. Los comunistas, que no se atrevían a lanzarse contra el gobierno de Miguel Alemán, no titubearon en lanzar insultos y críticas a Revueltas, e incluso Pablo Neruda aprovechó una visita que hizo a México y emitió una biliosa conminación para que el camarada Revueltas dejara esas abominaciones. Ante ese alud de críticas, el escritor logró que la editorial retirara el libro de la circulación pública. Era evidente que, como se decía en *Los días terrenales* , en la militancia comunista existían los "curas rojos", gente que transfería una intensa religiosidad al marxismo, que, por supuesto, en su propia naturaleza albergaba la posibilidad de semejantes deformaciones. Un año después, el pobre Revueltas volvió a vivir algo semejante. En esa ocasión el centro del escándalo fue su obra *El cuadrante de la soledad* , que dirigió el joven promesa Ignacio Retes con escenografía de Diego Rivera. Los izquierdistas de nuevo consideraron que la obra atentaba contra el buen nombre de los comunistas mexicanos, y los berrinches de muchos intelectuales, especialmente de Enrique Ramírez y Ramírez, motivaron que Revueltas de nuevo cediera y las representaciones de *El cuadrante* fueron suspendidas.

Por esas fechas Octavio Paz empezó a publicar libros definitivos: primero fue *Libertad bajo palabra* y, un año después, su colección de ensayos, ahora clásicos, *El laberinto de la soledad* . Al parecer, mientras la soledad se confinara a laberintos y no a cuadrantes no había problemas, pues el libro de Paz obtuvo un éxito instantáneo y contundente. Sus ideas en torno a las máscaras, los mitos y la cultura popular llamaron mucho la atención y dieron tema para discusiones interminables. La poesía durante el alemanismo brilló con la edición definitiva de *Nostalgia de la muerte* , la obra maestra de Xavier Villaurrutia; con *Trayectoria del polvo* y *Presentación en el templo* , de Rosario Castellanos.

"Lo mexicano" volvió a ser tema, dada la "doctrina de la mexicanidad" alemanista, y de él se apropió el grupo Hiperión, "los existencialistas mexicanos", como los llamó Díaz Ruanova. Los del grupo Hiperión, alumnos del filósofo José ("Quechin") Gaos, eran Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez McGregor, Jorge Carrión y Jorge Portilla, y de ellos su maestro decía: "Los hiperiones tienen genio y mal genio". Se reunían en los Kikos y Sanborns, en casa de Angelina Moroleón o en La Rambla, afamada cantina de avenida Chapultepec y Bucareli. Uranga publicó su *Análisis del ser del mexicano* , Jorge Carrión, "Mito y magia del mexicano", Leopoldo Zea trajo a México a su ídolo Arnold Toynbee y Jorge Portilla, autor de la

Fenomenología del relajo , sorprendía a todos por su fervor religioso, que en lo más mínimo excluía los placeres dionisiacos, y por su inteligencia deslumbrante.

La filosofía tuvo una importancia enorme para estos jóvenes intelectuales de principios de los años cincuenta; además de los hiperiones, dice Díaz Ruanova, estaban los hegelianos Fernando Salmerón y Alejandro Rossi (el venezolano-italiano que se quedó en México) y los marxistas Adolfo Sánchez Vázquez, Wenceslao Roces, José Revueltas y Carlos Félix (aunque, después, Jorge Carrión le entró fuerte al pensamiento marxista, y Luis Villoro llegó a considerar la formación del Partido Mexicano de los Trabajadores a consecuencia de los sucesos de 1968). Revueltas, por su parte, atrajo al marxismo a los jóvenes "misticistas" Eduardo Lizalde y Enrique González Rojo.

En 1950, la época de oro del cine mexicano empezaba a declinar, pero Luis Buñuel, en cambio, en México encontró vetas decisivas. Su obra maestra *Los olvidados* impactó en el festival de Cannes, después de que aquí hubo quejas inanes de mucha gente que consideró "denigrante" la película. Buñuel contó que una peinadora de plano no podía admitir que una Madre Mexicana se comportara como lo hacía la enigmática Stella Inda en *Los olvidados* . Sin embargo, el éxito internacional tapó la boca de los subdesarrollados mexicanos que echaban pestes y el público tuvo mejor ánimo para enfrentar los horrores abismales del film de Buñuel.

Sin embargo, uno de los grandes acontecimientos de la vida mexicana en ese periodo fue la televisión. En un principio Miguel Alemán envió, en 1947, a Salvador Novo a Estados Unidos y Gran Bretaña con el fin de estudiar y observar la televisión para considerar si en México debía ser comercial y de empresa privada, como en Estados Unidos, o de Estado, como en Europa. Ya en 1950 tuvo lugar la primera transmisión televisiva en México: el cuarto informe presidencial. El gobierno entregó la concesión de la primera difusora, canal 4, a la familia O'Farril, muy conocida por su fortuna en los medios de comunicación; después se dio otra concesión, la del canal 2, a Emilio Azcárraga, el zar de la XEW, y, por último, se concesionó el canal 5 al inventor Guillermo González Camarena, quien, por desgracia, nunca logró encontrar el apoyo debido para sus indagaciones.

Inicialmente, el canal 4 transmitía tres horas y media al día para los 2 500 receptores que había de los 10 mil autorizados por la Secretaría de Economía. Se impulsó mucho la producción local, y destacaron los teleteatros encomendados al INBA y que dirigía Salvador Novo. La televisión pasmaba al respetable, y quien tenía un receptor solía recibir muchas visitas de todos aquellos que querían constatar el milagroso maridaje de cine y radio en la mismísima casa.

Novo, por cierto, aprovechó como nadie su puesto de titular de la Dirección de Teatro del INBA y logró que, por única vez en la historia, la-solemne-y-sagrada sala mayor del palacio de Bellas Artes albergara obras teatrales mexicanas, y de autores desconocidos, además. El primero de ellos fue Emilio Carballido, quien a los 25 años llegó al éxito por la puerta más grande de todas con su obra *Rosalba y los Llaveros* . Desde entonces Carballido mostró

dotes inusitadas, talento irrebatible, malicia, sentido del humor y penetración, lo que lo llevó a constituirse como el autor mayor de la dramaturgia mexicana durante la segunda mitad de este siglo. El público ovacionó *Rosalba* , pero esta aclamación no obstó, sin embargo, para que algunos cronistas se quejaran porque en las representaciones una actriz exclamaba: "¡Ya me voy de esta pinche casa!", lo cual también fue mal visto por Carlos Chávez, quien dio instrucciones para que se omitiese la Intolerable Ordinariez: Novo, por su parte, fingió sordera hasta que las quejas en la prensa arreciaron y el mismísimo secretario de Educación Gual Vidal ordenó la eliminación del flagrante pinche.

El éxito de Emilio Carballido animó a Novo a repetir, y esa vez eligió la obra *Los signos del zodiaco* , del también muy joven Sergio Magaña, quien igualmente se convirtió en uno de los dramaturgos mayores en México. *Los signos* tuvo un gran éxito, y catapultó a Magaña al estrellato. Por desgracia, durante la administración siguiente ni Novo repitió ni Ruiz Cortines mostró gran interés por la cultura, así es que Carballido y Magaña fueron los únicos que pudieron presumir de que habían estrenado sus primeras obras en el mismísimo palacio de Bellas Artes.

Estos dos dramaturgos también fueron de los primeros en disfrutar la gran novedad en el medio literario, en 1951: las becas del México City Writing Center (impunemente ostentaba su nombre en inglés porque las proporcionaba la Fundación Rockefeller vía la escritora Margaret Shedd; sólo años después se denominaría Centro Mexicano de Escritores, cuando Felipe García Beraza logró el patrocinio de empresarios mexicanos, como Carlos Prieto y Carlos Trouyet). Los otros agraciados que obtuvieron las becas fueron Juan José Arreola, Juan Rulfo y el poeta Rubén Bonifaz Nuño; la primera promoción del Centro Mexicano de Escritores, pues, fue un verdadero trabuco, lo cual sin duda contó para que éste se convirtiera en un punto decisivo de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo.

Ese mismo año Octavio Paz publicó su libro de poemas *¿Águila o sol?* , que lo consolidó como el poeta número uno de México, pues José Gorostiza ya había sido devorado por su opus magnum *Muerte sin fin* y Xavier Villaurrutia murió en ese 1951. Un año después David Alfaro Siqueiros terminó su mural *Cuauhtémoc redivivo* , Novo estrenó *La culta dama* y Luis Buñuel filmó *Subida al cielo* con bellas canciones de Agustín Ramírez. Continuaron también las indagaciones sobre lo mexicano: José Gaos publicó *En torno a la filosofía mexicana,* y Leopoldo Zea *La filosofía como compromiso* . El antropólogo Alberto Ruz descubrió la gran tumba de Palenque, llena de ofrendas, ajuares, collares. Y murieron dos grandes: Mariano Azuela y Enrique González Martínez.

Pero el verdadero interés de 1952, naturalmente por encima de la literatura, las elecciones y el cambio de poderes, fue la manifestación crónica del bien y el mal: la lucha libre, especialmente desde que la televisión empezó a transmitirla. Los viernes por la noche la gente se prendía con el Gran Teatro de la Arena México: las luchas de los superestrellas el Santo y Gori Guerrero (la pareja atómica), el Cavernario Galindo y Wolf Ruvinskis (la pareja infernal), Tarzán López y Enrique Llanes (la pareja técnica), Blue Demon y su carnal Black Shadow, el Verdugo y Murciélago Velázquez (escritor y, como

Ruvinskis, también actor), todos ellos dignos herederos del Charro Aguayo, Firpo Segura y Black Guzmán. Televisión y lucha libre se retroalimentaron en un principio, pero después vinieron los conflictos. Las grandes estrellas no quisieron someterse a la empresa de Azcárraga, así es que ésta montó su propio ring en los estudios de la avenida Chapultepec y creó su establo de luchadores: los esquiroles Lalo el Exótico (el fantasma del exotismo recorría México), el *Médico Asesino* , el Bulldog y la Tonina Jackson, pero ninguno de ellos ni de lejos tuvo el arrastre de los profesionales de la Arena México. Esto indicó, por una parte, la combinación de paternalismo, despotismo, explotación y manipulación que la televisión ejercía sobre sus artistas y empleados, la cual llegaría a extremos de alta hilaridad años después. La lucha libre por la tele duró hasta 1954, cuando fue suspendida por las altas dosis de moralina con que llegó el gobierno de Ruiz Cortines y su regente Ernesto Uruchurtu para diferenciarse de Miguel Alemán.

Sin embargo, las luchas siguieron con su gran popularidad, y de hecho crearon un fenómeno curioso: la mitificación de El Santo, que va acompañada por las películas de luchadores. Pronto aparecieron en historieta las aventuras de El Santo, dibujadas por José G. Cruz, que fueron popularísimas. El Santo también protagonizó muchas películas, que usualmente se fundían con las historias de ánimas, monstruos u otros ítems góticos. Las películas resultaron tan malas que, como se dice, eran buenísimas, e incluso hubo un cultín entre los críticos franceses por las películas de luchadores mexicanos, lo que prueba que la estupidez se pasea por todas partes, incluyendo los *Cahiers du Cinema* . El Santo sobrevivió todo eso (hasta la regocijante película *Adiós ídolo mío* , de José Buil, que casi lo infartó, y los asedios de los moneros Jis y Trino, a fines de los ochenta) y ya bien viejo seguía luchando, seguido por su hijo (El Santo Chico), “a favor del bien y la justicia” (porque en sus principios El Santo más bien era Hell’s Ángel, pues era rudo entre los rudos).

Otro deportista que se hizo celebérrimo durante el alemanismo fue el clavadista Joaquín Capilla, medalla de bronce, y Humberto Mariles, medalla de oro en la olimpiada de Londres. Mariles capitalizó su éxito para crear la Asociación Nacional Ecuestre, donde los nuevos ricos de estirpe política mandaban a sus hijos a aprender la elegante equitación. Era el deporte de moda. Pero muchos años después el pobre Mariles, a quien Alemán quería tanto, sufrió más que su preciado caballo Arete cuando se enredó en un escándalo internacional de narcotráfico que lo llevó a la cárcel.

REELECCIÓN, DIVINO TESORO

En 1949 el gobierno presumía tanto de su “gigantesco programa de obras públicas” que incluso armó una exposición para celebrarlas en la ciudad de México. Pero esto no amenguaba la dureza de la carestía de la vida y Salvador Novo escribía en la revista *Mañana* : “No se había visto que un huevo llegara a costar primero cincuenta, luego sesenta y cinco, hasta ochenta y cinco centavos; las verdolagas están a dos pesos cincuenta el kilo; nunca se había visto que una cebolla costara a dos pesos el kilo, y por una docena de

alcachofas chiquitas quieren diez pesos, y quince por la docena de las más grandes". En la ciudad de México surgían colonias de clase media, como la Lindavista, "sin enganche y sin intereses", decía la publicidad, "adquiera un lote en el Club de Golf de la colonia Lindavista. Sólo 200 pesos mensuales. Cada lote vale 12 mil pesos". La botella de ron Potrero costaba cuatro cincuenta; el whisky importado, veintitrés pesos. Los cigarros Raleigh, recién aparecidos, regalaban los cerillos con la compra de cada cajetilla. El gobierno congeló el precio de la masa en veinticinco centavos y en cincuenta el de las tortillas, y publicaba tablas comparativas de los precios de artículos de consumo básico en otros países. El comercio, a su vez, se lavaba las manos, "culparnos es como responsabilizar al cartero cuando trae malas noticias", solían decir desde entonces.

En tanto, México llamaba, casi suplicaba, la llegada del capital extranjero, "siempre y cuando se ajustara a las leyes del país", que indicaban: no más del 49 por ciento. Esto debía tomarse con un grano de sal; de hecho, las condiciones eran tan buenas que el capital estadunidense (los europeos estaban muy pobres por la reconstrucción) tomó posesión de las ensambladuras de automóviles, refacciones, radios y televisiones, maquinaria agrícola, telas y fibras sintéticas, medicinas, alimentos procesados, lo que motivó que en 1952 Lázaro Cárdenas expresara su disgusto, posiblemente después de pasar por la avenida Insurgentes en la ciudad de México, donde se había instalado el gran almacén de Sears Roebuck; éste, en la navidad, asombró al público al poner a un enorme santaclós mecánico cuyas risotadas se oían desde lejos. Los citadinos ignoraban que el tal santaclós se reía con ganas de que a partir de entonces las costumbres navideñas de Estados Unidos desplazarían sin gran problema a los pocos modernos Santos Reyes y a los anacrónicos Nacimientos.

En 1949 tuvo lugar la ruidosa polémica sobre los restos del emperador Cuauhtémoc, que Eulalia Guzmán aseguraba haber descubierto en Ixcateopan, Guerrero. Esto enmarcaba estupendamente la llamada "doctrina de la mexicanidad" del presidente Alemán, quien, en vista de que cada vez se uncía más a los poderosísimos e imparables Estados Unidos, al menos se repetía que como-México-no-hay-dos y que aquíla-Virgen-María-dijo-que-estaría-mucho-mejor. La mexicanidad supuestamente era un rechazo a "los imperialismos" y el resaltamiento de los valores nacionales, pues "para nuestros problemas había soluciones propias".

Hubo fricciones entre el ministro Beteta y los empresarios por la tasa a los artículos de lujo, por el impuesto que se puso a los bonos "sin impuesto" del gobierno, además de que no les gustó para nada el gravamen sobre ganancias excedentes. Y empezaba a llegar el turismo estadunidense, pues, después de la devaluación, sus dólares rendían mucho en nuestro país. Ellos también iban al sitio de moda, Acapulco, donde la bahía era inmensa, había playas para todos los gustos, las aguas eran limpísimas y en los flamantes hoteles Papagayo, Caleta y Club de Pesca se pasaban magníficos ratos como correspondía a gente bien nacida.

La carestía no cesó, pero a fines de 1949 la situación económica del gobierno empezó a mejorar. La balanza de pagos se compuso y llegaron más créditos del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) y el Eximbank, y

Alemán pudo proseguir entusiasmado con su programa de obras. Acapulco, por cierto, se benefició con estas inversiones, aunque mucha gente indicaba que las mejorías turísticas del puerto se debían a que Alemán había comprado terrenos y planeaba grandes inversiones personales en el puerto. De hecho, se rumoraba insistentemente que el presidente aprovechaba el puesto para enriquecerse como nadie había hecho en los gobiernos de la Revolución, que no se caracterizaban por la impoluta honradez de sus funcionarios. La corrupción era un lastre que cada vez pesaba más y contaminaba todo. Abajo, la gente se acostumbraba a pagar todo tipo de sobornos; arriba, lo mismo: los empresarios sabían que para facilitar las cosas había que aceitar numerosas manos y a los funcionarios no se les hacía cargo de conciencia aceptar o de plano exigir dádivas.

La mejoría económica se debió a la guerra de Corea y las necesidades que implicó en cuanto a materias primas. Además, los ricos mexicanos advirtieron que difícilmente la moneda se devaluaría más, así es que trajeron sus capitales de regreso. En 1950, el crecimiento económico ascendió a un espectacular nueve por ciento (pero la inflación subió en la misma proporción), y el presidente Alemán pudo pagar puntualmente al Fondo Monetario Internacional y al Tesoro de Estados Unidos. En el interior, aumentó el crédito, pero también el circulante, así es que en 1951 la inflación llegó a la que para entonces era la cifra horrenda de 24 por ciento al año. Había signos de recesión en la economía mexicana, decían los expertos.

Para entonces, el presidente Alemán había inaugurado la carretera Panamericana, que, al menos en teoría, conectaba a todo el país. Llevó a cabo también grandes obras de electrificación e irrigación para los agricultores privados, expandió el Seguro Social, abrió avenidas en la capital, construyó los primeros multifamiliares y el Viaducto, primera obra "moderna" en la ciudad de México; levantó un nuevo aeropuerto un poco más allá del viejo de Balbuena, inició también la erección de la Ciudad Universitaria, e incluso la inauguró en 1952 cuando la obra apenas se podía entrever (en realidad CU empezó a funcionar hasta 1954). Alemán seguía la costumbre de iniciar obras y de inaugurarlas en la condición que estuviesen: por lo general, a medias, y así se quedaban porque al fin y al cabo ya se habían inaugurado. Alemán también dejó muchas obras inconclusas, y una buena cantidad de ellas ya no fueron terminadas por Ruiz Cortines, pues, después de todo él más bien se dedicó a descabezar al alemanismo. El presidente Alemán se apreciaba a sí mismo enormemente y por eso mandó poner una inmensa y definitivamente fea estatua suya en la Ciudad Universitaria (o sea, en la entrada sur de la ciudad, así los turistas podían decir: "Mira cómo quieren en México a Walt Disney"). Al sistema hidroeléctrico, al multifamiliar y al Viaducto los bautizó con su nombre, y sus autohomenajes menudearon por todas partes. A partir de entonces todos los presidentes hicieron lo mismo (o permitieron que sus funcionarios lo hicieran): impunemente pusieron sus nombres a calles, edificios, escuelas e instituciones.

En 1951, en medio de la fiebre de las obras que generaban fortunas a empresarios y funcionarios, los motivos de preocupación del presidente no eran las protestas de los trabajadores (los mineros de Nueva Rosita entraron en huelga y llevaron a cabo la famosa Caravana del Hambre, a pie, desde el extremo norte de Coahuila hasta la ciudad de México, donde ocuparon el

centro deportivo 18 de marzo; hicieron un gran mitin en el zócalo, pero cuando quisieron repetirlo la policía los cercó, los golpeó, y los dejó encerrados, en una ominosa prefiguración de los métodos de Pinochet, dentro del centro deportivo, que fue llamado "la cárcel Miguel Alemán"; el gobierno falló en contra de ellos y los regresó en trenes a Nueva Rosita); más bien, el presidente se hallaba ante la inminencia de la sucesión presidencial. Para nadie era un secreto que Alemán quería reelegirse, o, de perdida, prorrogar su mandato (el estilo Fidel Velázquez parecía muy efectivo). El secretario particular Rogerio de la Selva, varios secretarios de Estado y el "gabinete paralelo" se encargaban de vender la idea de la reelección de Alemán. Por supuesto, hubo muchos dispuestos a apoyarlo, pero en realidad la mayor parte de las fuerzas políticas del país se negó a oír hablar de la reelección. Los ex presidentes Cárdenas y Ávila Camacho rechazaron tajantemente la posibilidad. Cárdenas ya había recibido la visita de Ramón Beteta, el secretario de Hacienda, quien le dijo que si estallaba la tercera guerra mundial vía Corea, tal vez el presidente prolongaría su periodo y tomaría medidas extremas contra los izquierdistas. Se dice que, a su vez, Cárdenas comentó: "Pobre licenciado Alemán, rodeado de tanto indeseable. No va a saber qué hacer con tanto dinero". El grupo Artículo 39 y la CROM, debidamente aleccionados por el presidente, se pronunciaron a favor de la reelección y la respuesta fue poco alentadora. Finalmente, Alemán no pudo crear un consenso favorable y no tuvo más remedio que renunciar a dar el obregonazo.

Descontado él, a regañadientes, Alemán tuvo que constituirse como Gran Elector. Pero querer reelegirse constituyó un error gravísimo que lo debilitó en buena medida. Ya no pudo dar el dedazo a gusto ni trabajar debidamente al sucesor. El aparato político de hecho pudo vetarle a Fernando Casas Alemán, regente de la capital, quien para entonces metía el acelerador a fondo a su campaña. Posiblemente Alemán lo habría elegido con gusto, pero ahora la atmósfera general era contraria a un "continuismo" tan flagrante. En ese contexto, hasta cierto punto Alemán se vio en una situación relativamente parecida a la de Cárdenas cuando tuvo que nombrar sucesor: no podía hacerlo por el más afín porque el consenso lo impedía claramente. Cárdenas, al parecer, para entonces parecía apoyar las pretensiones de Miguel Henríquez Guzmán, general millonario, quien se daba cuenta que Alemán difícilmente se inclinaría por él, así es que ya había iniciado trabajos para lanzarse por su cuenta como candidato a la presidencia.

Alemán, finalmente, tuvo que apoyar al otro suspirante que más sonaba, Adolfo Ruiz Cortines, secretario de Gobernación y también conocido (según Gonzalo N. Santos) como el Tío Coba, a causa de la inclinación a halagar obsequiosamente a los jefes. Ruiz Cortines había estado muy cerca de Alemán, quien le abrió el camino para la gubernatura de Veracruz y luego se lo llevó al cuarto bat del gabinete. Sin embargo, es posible que a Ruiz Cortines no le haya agradado la designación forzada del presidente y que por ese hecho haya puesto tanta energía en contrastarlo después. En todo caso, si Alemán esperaba que el viejo Ruiz Cortines le cuidara las espaldas, se hallaba completamente errado.

En sus exprimibles *Memorias* , Gonzalo N. Santos revela muchos detalles interesantes de Adolfo Ruiz Cortines. Muy joven, este veracruzano era

empleado inferior de la aduana y no dudó en colaborar con los estadunidenses cuando éstos se adueñaron del puerto de Veracruz en 1914. Para entonces era un "roto" o "catrín moreno, de ojos negros muy grandes y ceja negra poblada" que vestía con pulcritud y sombrero de carrete. Después, aún pobre, quiso casarse con Lucía Carrillo, una muchacha muy rica, pero los familiares de ella se opusieron porque Fito "había apoyado a los gringos". En vista de eso, el entonces Adolfo Ruiz decidió recurrir al truco de la sunamita. Se fingió enfermo de muerte y pidió que antes de fallecer le permitieran casarse con la muchacha. Actuó tan bien que convenció a todos, especialmente porque les hizo ver el pequeño detalle de que previamente se había permitido embarazar a la señorita. El matrimonio se llevó a cabo. Al poco rato Adolfo Ruiz se había recuperado espléndidamente y lo festejaba con un tequila "de tres pisos". El general Francisco Mariel, que había sido testigo de la boda en el lecho del "agónico", comentó: "Este Fito Ruiz es un gran actor, yo llegué a creer que estaba moribundo".

En aquella época, Ruiz Cortines tenía 24 años y era "un gran bailador de rumba y de danzón y... tenía mucho partido con las putas del burdel, que le llamaban 'el Fakir'... Era en su juventud Fito Ruiz lo que llaman los franceses *un jeune homme très bien porté* . Ya de ministro de Gobernación se hizo muy austero y el coñac lo tomaba a escondidas", refiere Santos. Más tarde Fito Ruiz se convirtió en Adolfo Ruiz Cortines al ser diputado federal por Tuxpan, lo que también le permitió apoyar al enérgico joven Miguel Alemán. A Ruiz Cortines le fue difícil obtener la diputación porque Carlos Barón Obregón se opuso a él y publicó pruebas de que había servido a los invasores en 1914. Claro, cuando se perfiló con perspectivas sólidas a la presidencia a Ruiz Cortines le preocupó que Barón sacara a la luz el "incidente". Santos le recomendó que diera "dos costales", o sea: dos millones de pesos para que se callara. Como Ruiz Cortines no disponía del dinero, llamó al gerente del Banco Agrícola, José María Dávila, a quien dijo: "'Chema querido, para una batalla estratégica de la Revolución se necesitan dos millones de pesos al riguroso contado, ¿la Revolución podría contar con este dinero con la ayuda de usted y por mi conducto?' Dávila dio el dinero, gustoso; y Barón Obregón lo aceptó, encantado".

Por su parte, el millonario Miguel Henríquez Guzmán se moría de ganas de ocupar la silla, y por esfuerzo no quedó. Seis años antes había llegado hasta las finales, y en 1951 trató de lograr que Alemán lo eligiera. Para eso se dedicó a bombardear la candidatura de Casas Alemán, que parecía la más fuerte. Indicó a sus seguidores —Marcelino García Barragán, Antonio Ríos Zertuche, César Martino, Wenceslao Labra, Pedro Martínez Tornell y Ernesto Soto Reyes— que presionasen dentro del PRI por una ampliación de la democracia interna, pues intuían, y con razón, que el presidente no los veía con mucho agrado; los íntimos de Alemán tenían una fuerte influencia sobre él y antipatizaban con los henriquistas. Sin embargo, el presidente del PRI, Sánchez Taboada, respondió duramente cuando Labra y Martino iniciaron las agrupaciones campesinas henriquistas, y ellos, a partir de entonces, aumentaron sus críticas, siempre veladas, al sistema de designación presidencial que después se folclorizó como "el dedazo".

En octubre de 1951 la convención nacional del PRI nombró candidato a Adolfo Ruiz Cortines, quien rápidamente designó director de campaña a Gilberto

Flores Muñoz, ya que el presidente del PRI, Rodolfo Sánchez Taboada, había apoyado a Casas Alemán. Para entonces Henríquez Guzmán se escindió del sistema y registró oficialmente la Federación de Partidos del Pueblo (FPP), que fue vista fríamente por el gobierno, pero que obtuvo la simpatía de estudiantes y profesionistas fastidiados por los métodos antidemocráticos del PRI. Se decía que Henríquez contaba con el apoyo de Lázaro Cárdenas (incluso era público que la esposa del general, Amalia Solórzano, y su hijo Cuauhtémoc participaban en las organizaciones henriquistas). Pero Cárdenas ni vetó ni respaldó públicamente a la FPP. Años después Cárdenas relató que Henríquez fue a verlo para pedirle su apoyo, y el general lo atajó: "A la representación nacional sólo se llega por dos caminos: por voluntad unánime del pueblo, al grado de que el gobierno se vea obligado a reconocer el triunfo, o cuando el gobierno simpatiza con la candidatura en juego".

La ambición de Henríquez Guzmán inquietó al gobierno, no tanto porque tuviera posibilidades de ganar, sino porque manifestaba la molestia profunda del pueblo y de la izquierda: la carestía exasperaba a todos, la corrupción se había convertido en cinismo al escudarse bajo el manto de "las obras públicas", los campesinos se habían pauperizado, los obreros no cesaban de recibir golpes, los disidentes eran reprimidos con ferocidad y la supeditación a Estados Unidos era cada vez más flagrante. Ante todo eso, el candidato oficial Ruiz Cortines tenía que hacer algo.

Los henriquistas iniciaron su campaña política planteando que ellos eran los verdaderos representantes de la revolución y de sus ideales, ya que el gobierno se había desviado de las doctrinas revolucionarias a través de la inmoralidad, la burla al voto y de la formación de grupos excesivamente privilegiados.

Además de la FPP, muy posiblemente para quitarle votos a Henríquez y para congraciarse con el gobierno, el flamante Partido Popular postuló, claro, a Vicente Lombardo Toledano, quien cada vez perdía más peso en el aparato oficial (después de las elecciones de 1952 quedó prácticamente fuera de combate). El PAN, a su vez, lanzó la candidatura de Efraín González Luna, "para probar fortuna". A 12 años de creado, el Partido de Acción Nacional se iba conformando y se afirmaba como una fuerza sumamente limitada pero real, que a la larga legitimaba al gobierno.

Las elecciones tuvieron lugar en medio de una fuerte vigilancia del ejército (cinco soldados en cada casilla), seguramente para intimidar a los henriquistas, pues varios de ellos eran militares y todavía tenían el gustito por los alzamientos armados. Como de costumbre, todo estaba preparado para que Ruiz Cortines y el PRI resultaran ganadores "en cualquier circunstancia". Al final de la jornada el PRI proclamó su victoria absoluta, y el alto mando henriquista denunció que había tenido lugar un gran fraude electoral y que el vencedor legítimo era su candidato.

Al día siguiente los henriquistas llevaron a cabo un gran mitin en la Alameda Central para festejar su victoria. A éste concurrieron cívicamente la policía y el ejército, que reprimieron con brutalidad a los opositores-disidentes. Golpearon a todos, hubo varios muertos, decenas de heridos y se arrestó a 500 manifestantes. La prensa, como era usual, no informó nada de esto. Esta

última muestra de la mano pesada de Miguel Alemán motivó una reunión urgente de los henriquistas. "Se trataba", refiere Raymundo Ramos en un artículo periodístico, "de seguir tomando alcaldías y, finalmente, de desconocer al gobierno de la República e instaurar el periodo presidencial del general Henríquez. El consenso a favor de la rebelión era mayoritario, pero faltaba el voto de calidad de quien debía encabezarla. El general García Barragán salió de la habitación una vez emitido su sufragio en favor del proyecto, y les dijo a quienes seguían discutiendo: 'Yo me voy a dormir. Me avisan si se deciden... pero yo creo que *éste* se raja'. Henríquez palideció y se tragó la terrible verdad de esas palabras. El general multimillonario era ya un anticomunista declarado cuyas relaciones con don Lázaro se habían agriado definitivamente".

Los organismos electorales de la Secretaría de Gobernación dieron la presidencia de la República a Adolfo Ruiz Cortines con el 74.31 por ciento de los votos; a Henríquez Guzmán decidieron otorgarle medio millón de votos (el 15.87 por ciento); González Luna no estuvo bien aspectado y obtuvo el 7.82 por ciento de la votación, y al pobre Lombardo Toledano le atribuyeron el 1.98: casi ridículo, pero el PP no perdía el registro. Y en su último informe el optimista Miguel Alemán dijo que "durante la preparación de estos actos electorales imperó la más absoluta tolerancia y comprensión por parte del gobierno... Podemos vislumbrar el México que anhelamos, cuyo incremento agrícola produzca lo suficiente para su mantenimiento... Fueron fructuosos los esfuerzos por combatir la miseria".

Una vez derrotados, los henriquistas que se disciplinaron fueron reintegrados, "con los brazos abiertos", al seno de la familia revolucionaria, pues ésta, entre otras cosas, ya no quería desgastantes pleitos internos ni escisiones (la de Henríquez era la tercera en 18 años), y quería ser flexible, reintegrar a los disidentes, si éstos acataban la disciplina cada vez más férrea del sistema político que acababa de consolidarse. No era difícil la reintegración, pues el mismo Ruiz Cortines se había adueñado de cuando menos dos banderas henriquistas: la lucha contra la corrupción y la carestía. García Barragán, Ríos Zertuche y César Martino fueron de los primeros en regresar al PRI.

Muchos profesionistas se retiraron de la FPP, al darse cuenta de que ésta languidecía a pasos agigantados. Y unos cuantos se quedaron girando con la idea del alzamiento armado. En enero de 1954 tuvo lugar un asalto al cuartel de Delicias, Chihuahua. La prensa dio a entender que el ejército tenía noticias del plan y que por eso fue fácil contenerlo. Tanto el gobierno como la prensa responsabilizaron a los henriquistas, así es que, cuando éstos organizaron una manifestación el 5 de febrero, las autoridades aprovecharon para reprimirla con el pretexto de que los manifestantes, "embriagados", habían agredido a los peatones y a los comerciantes. Al día siguiente la prensa se llenó de todo tipo de desplegados de los sectores priístas que pedían "todo el peso de la ley para los subversivos". Diligentemente, en menos de un mes, la Secretaría de Gobernación canceló el registro de la Federación de Partidos del Pueblo.

Miguel Alemán, en tanto, se resignó a entregar el poder que tanto había disfrutado. Al fin de su gobierno su impopularidad era manifiesta. Además de sus políticas económicas que habían propiciado una corrupción que siempre había existido pero que a partir de entonces se desencadenó, Alemán se

distinguió por su carácter autoritario y abusivo contra todo aquel que estuviera en contra del gobierno. Con la Dirección Federal de Seguridad y con el delito de “disolución social” se dedicó a espiar y a encarcelar disidentes. “The Land of Mañana es el recipiente de las inversiones extranjeras”, escribe Carlos Monsiváis, “y en correspondencia sobrevienen los asesinatos de ejidatarios para que surjan fraccionamientos, despidos y golpizas y cárceles para los obreros empecinados en el sindicalismo libre, la represión mantenida a través de la complacencia y la complicidad de hábitos, ideas y pasiones multiclasistas… Al despotismo lo atemperan el asesinato, el fraude, el despojo y lo prestigiaron las caridades repartidas del botín.”

Así como favorecía y consentía a los empresarios en negocios que infinidad de veces rebasaban los marcos legales. Alemán no se tentó el corazón para aplastar a los indefensos que se atrevían a manifestar sus ideas. De esta manera, sentó la tendencia represiva del Estado mexicano, que a fines de los años cincuenta y a lo largo de los sesenta se convertiría en parte esencial del estilo personal de gobernar de los presidentes de la Revolución.

3. El desarrollo estabilizador (1952-1958)

LA POLÍTICA DEL CONTRASTE

El primero de diciembre de 1952 ocurrió la transmisión de poderes, y Miguel Alemán seguramente tuvo que armarse de paciencia, pues el nuevo presidente de hecho criticó la gestión anterior (a pesar de su responsabilidad en ella). Adolfo Ruiz Cortines, en su mensaje de toma de posesión, admitió que la corrupción era una herida profunda en el país, que urgían acciones para contrarrestar la carestía, además de medidas económicas para enfrentar la crisis recesiva que se vivía.

Para rectificar los abusos de la administración alemanista, el nuevo presidente nombró un gabinete que ya no estaba compuesto por "brillantes técnicos", "jóvenes universitarios" o allegados de Alemán. Antonio Carrillo Flores ocupó la cartera de Hacienda, que estaría muy atareada durante todo el sexenio; Gilberto Loyo se hizo cargo de la Secretaría de Economía; Ángel Carvajal, de la de Gobernación; Luis Padilla Nervo, de la de Relaciones Exteriores, y Adolfo López Mateos se encargó de la Secretaría del Trabajo.

Pero los observadores no se fijaron tanto en la composición del gabinete como en el hecho de que, visiblemente, el nuevo presidente estableciera distancias con relación a Miguel Alemán. Esta impresión se corroboró cuando, en diciembre, Ruiz Cortines inundó al Congreso con un paquete de leyes, como suelen hacer los nuevos presidentes de México. A partir de entonces los funcionarios debían "manifestar sus bienes" al entrar en servicio; en cualquier momento, sin denuncia previa, de oficio, podía investigarse a quien diera muestras de "enriquecimiento inexplicable". Esta ley, de hecho, no llegó a aplicarse, pero se comentó mucho por la dedicatoria que llevaba a la administración anterior. Ruiz Cortines, se decía, llevaría a cabo una "moralización implacable".

La crítica a Alemán también iba implícita en una de las primeras medidas ruizcortinistas para frenar la carestía y restaurar el poder adquisitivo de la población: una tremenda ley "antimonopolios", con severas sanciones para los acaparadores que menudeaban con el pretexto de que era inminente una tercera guerra mundial. No sólo se aplicarían multas altísimas a los acaparadores sino que éstos también podían ser encarcelados hasta por nueve años. Ruiz Cortines acompañó esta medida con un control de precios, que se anunció como rígido, con el abaratamiento del frijol y del maíz, y con el fortalecimiento de la Compañía Exportadora e Importadora Mexicana Ceimsa, que en los años sesenta se transformaría en Conasupo. La Ceimsa se encargaría de la distribución de artículos básicos para evitar que los voraces comerciantes pudieran seguir haciendo de las suyas. Además, el nuevo presidente avisó que instrumentaría una política "de austeridad", la cual

restringiría notablemente el gasto del gobierno. Se suspendía, pues, el "gigantesco programa de obras públicas" que tanto había celebrado la iniciativa privada. ¡Y se prohibieron los Cadillacs de lujo! La única continuidad visible consistió en la reforma a los artículos 34 y 115 constitucionales que concedía derechos políticos totales a las mujeres; como hace ver Olga Pellicer de Brody en "El afianzamiento de la estabilidad política", penúltimo tomo de la *Historia de la Revolución Mexicana* , en esa época ninguna organización femenina luchó por esta conquista, que, por tanto, debía de verse "como una concesión gratuita del ejecutivo, signo de la actitud progresista y la buena voluntad que pretendía proyectar el nuevo mandatario".

Estas medidas fastidiaron a los empresarios mexicanos y a los derechistas en general, pero en diciembre de 1952 y en enero del año siguiente los chismes calientes seguían girando en torno al "antialemanismo" de Ruiz Cortines, que era real, aunque muchos especialistas, como el régimen, prefirieron negarlo. Desde su campaña Ruiz Cortines dejó ver que trataría de atajar a Miguel Alemán. En Guerrero, por ejemplo, ordenó a uno de sus jilgueros que atacara ferozmente al gobernador Alejandro Gómez Maganda, uno de los defensores acérrimos de Alemán. La fidelidad al jefe de Gómez Maganda llegó al extremo de ignorar las advertencias y de, incluso, publicar desplegados en la prensa nacional defendiendo a Miguel Alemán. Por supuesto, después de esto, en 1954, el presidente recurrió a la "desaparición" de poderes y Gómez Maganda se fue a la banca en medio de injurias. Ruiz Cortines también forzó la "renuncia voluntaria" de Tomás Marentes, gobernador de Yucatán, quien era miembro del llamado "gabinete paralelo" de Alemán, compuesto por sus más allegados. Para eliminar a Marentes se aprovechó la violencia que tuvo lugar en una asamblea de los henequeros y la huelga que al día siguiente llevaron a cabo supuestos estudiantes que desquiciaron a la ciudad y que se enfrentaron a la policía y causaron todo tipo de destrozos. Es muy plausible que estos problemas hayan sido instrumentados desde el centro, porque el ejército no recibió órdenes de intervenir y la policía actuó en forma sumamente pasiva, lo que de ninguna manera es norma cuando las fuerzas policiacas acuden a protestas públicas. Para colmo, llegaron a Mérida dos enviados de Gobernación que "arreglaron los conflictos" sin que Marentes pudiera hacer algo. Lo que sí hizo fue volar en el acto a la capital, donde se le ordenó renunciar.

Pero esto sólo corroboró lo que era evidente en enero de 1953: Ruiz Cortines procuraba distanciarse de Miguel Alemán lo más posible. Seguramente esto obedeció a la necesidad pragmática de mostrar una "nueva imagen" a través de una "política de contraste", como la llamó Olga Pellicer de Brody. Miguel Alemán así lo comprendió y en enero de 1953 tuvo que elogiar los proyectos ruizcortinistas, pues eran "de vital importancia para la nación", y, para evitar mayores problemas, mejor se fue a vacacionar en Europa. Si acaso Alemán llegó a pensar que podría manipular a Ruiz Cortines bien pronto tuvo que quitarse la idea de encima, y él también se disciplinó (lo que implicaba que el nuevo gobierno no promoviera golpes bajos por el "enriquecimiento inexplicable" del ex presidente, quien para entonces supo hasta qué punto el Tío Coba era experto en las patadas por debajo de la mesa, y cómo le encantaban las maniobras secretas para desgraciar gente). Alemán guardó un resentimiento agudo, toda su vida, hacia Ruiz Cortines, quien con tanta prisa

lo expuso como fuente de corrupción.

Si lo que Ruiz Cortines quería era disponer de todo el poder sin estorbos, a partir de la salida de México de Alemán ya no tuvo obstáculos. El nuevo presidente del PRI, el general Gabriel Leyva Velázquez, al instante declaró que el partido era absolutamente ruizcortinista y que reformaría los estatutos del PRI a fin de que "se adaptaran al ideario y normas fijadas por el presidente". A partir de ese momento priístas y funcionarios compitieron tenazmente para ver quién elogiaba mejor a Ruiz Cortines. El PRI se consolidó entonces como gran agencia de colocaciones, como acarreador de apoyos para el presidente y como instrumentador de muchos de sus caprichos.

Si esto ocurría en el comité ejecutivo del PRI es obvio que los sectores manifestaron la misma docilidad: la CNC, siempre el sector más débil, en lo más mínimo trató de contrariar algún deseo presidencial, mucho menos se ocupó en atender las necesidades de los miles de campesinos y pequeños propietarios que a lo largo del sexenio padecieron un abandono notable. La CNOP, robustecida durante los dos regímenes anteriores, también se puso a disposición total de Ruiz Cortines. Y ya no era necesario contener a la CTM, pues ésta se hallaba muy quietecita después de los golpes de Alemán, quien, además, antes de irse le echó encima a la CROC.

En 1952, Fidel Velázquez había vuelto a ser elegido secretario general de la CTM. La no-reelección había sido respetada, pues Fidel regresaba a encabezar la central después del periodo de Fernando Amilpa (claro que, a partir de entonces, como Porfirio Díaz, Velázquez se reelegiría puntualmente cada cuatro años, lo cual sería imitado por varios líderes obreros). Este control férreo de la CTM por parte de los lobos ocasionó que la central se escindiera en numerosas ocasiones en los años cuarenta. De ella salieron otras "confederaciones": la Proletaria Nacional (CPN), la de Obreros y Campesinos de México (COCM), la Única de Trabajadores, de Luis Gómez Z. (CUT) y la Nacional de Trabajadores (CNT). Todas estas agrupaciones, orquestadas por el gobierno, en abril de 1952 formaron la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC), que encabezó Luis Gómez Z., fiel al régimen después de su encarcelamiento de 1948. La CROC, desde un principio, contó con la franca simpatía de Alemán, y también de Ruiz Cortines. Fidel Velázquez enfureció y se lanzó a criticar a la nueva central, ya que muchos de sus componentes eran enemigos suyos. La CROC, naturalmente, respondió a los ataques, y durante un buen tiempo las dos centrales se entretuvieron cultivando una pugna mutua; los líderes de la CROC, según Fidel Velázquez, actuaban "como provocadores sin escrúpulos, y tal parece que su misión única es la de dividir a las agrupaciones más serias del país". Fidel Velázquez, para congraciarse con Ruiz Cortines, quien había manifestado deseos de que los obreros se unificaran, propuso la creación de una nueva central unificada, e incluso aseguró que estaría dispuesto a renunciar si eso era necesario. La CROC primero se carcajeó, pero después vio el surgimiento del "Pacto de Guadalajara", que en 1953 formó el Bloque de Unidad Obrera (BUO) con la unificación federalizada de la CTM, la CROM, la COT y los sindicatos de telefonistas, electricistas, tranviarios, ferrocarrileros y mineros. La CROC no se adhirió al BUO, que a fin de cuentas, como dijo Luis Araiza, era "un gigante ciego sin lazarillo", que se

concretó en acarrear obreros para dar apoyos masivos al gobierno. El BUO funcionó, dentro de lo que cabe, desde 1953, pero no se constituyó formalmente hasta 1955.

Pero en 1953, los obreros, en pugna o no, presenciaban los esfuerzos de Ruiz Cortines por imprimir la austeridad en su gobierno y por contener las alzas de precios, lo cual motivó, casi al instante, la "desconfianza" y las protestas de la iniciativa privada. Ruiz Cortines sí aplicó la ley antimonopolios, al menos durante 1953, y en ese año hubo más de 16 mil multas a comerciantes acaparadores. La vigilancia del control de precios fue asignada a la Secretaría de Gobernación, que creó un ejército de inspectores para vigilar que no se violase el control fijado a 78 productos alimenticios y a 30 industriales. Abarroteros, tenderos, carniceros, tortilleros y boticarios (aún se decía "boticas" a las farmacias) fueron los más sancionados. Además, la Ceimsa importó grandes cantidades de maíz, frijol y trigo para evitar la escasez y la consiguiente alza generalizada de los precios.

Los empresarios centraron sus ataques sobre la Ceimsa (competencia desleal, nociva y nefasta intervención del Estado, rotundo fracaso, monopolio oficial y otras lindezas semejantes). La gran prensa nacional, encabezada por el ultraconservador periódico *Excélsior*, de Rodrigo del Llano, apoyó las protestas del sector privado.

Pero lo que más fastidió a la empresa y a la prensa fue la política de austeridad, que dejó inconclusas muchas obras, suspendió otras y redujo partidas para el campo y los transportes. Todos los contratistas y proveedores del gobierno estaban muy molestos. El presidente de la Asociación de Banqueros anunció que los inversionistas privados abrirían un "compás de espera", que significó la parálisis del aparato productivo durante ese año y la inevitable fuga de capitales.

Esto sí preocupó a Ruiz Cortines. Una cosa era "contrastar" el régimen de Miguel Alemán y otra ser boicoteado por los empresarios. La contracción de inversiones, la fuga de capitales, más la austeridad gubernamental hicieron que el crecimiento económico disminuyera en 1953 y que Ruiz Cortines modificara sus puntos de vista e iniciara lo que después fue llamado el "desarrollo estabilizador": prudencia en el gasto público, bajos salarios, búsqueda de créditos exteriores, apertura a las inversiones estadunidenses y estabilidad de precios y de la paridad del peso.

La posibilidad de incrementar las inversiones y los créditos de Estados Unidos era factible dada la "buena vecindad" con los "primos del norte". En 1953 Ruiz Cortines se entrevistó con su homólogo estadunidense Dwight Eisenhower con motivo de la inauguración de la presa Falcón en el Río Bravo (que, por supuesto, beneficiaría a los agricultores "pribravos"). La avanzada edad de ambos mandatarios contribuyó a que todo fuera cordialidad y buenos deseos. A pesar de que nuestro país se negaba a participar en pactos militares y trataba de, cuando menos, cimentar su autonomía en las relaciones exteriores, en Estados Unidos se habían dado cuenta de que los gobiernos "revolucionarios" mexicanos no causarían problemas, sino que, por el contrario, eran confiables, predecibles y sumamente flexibles en su idea del nacionalismo y la mexicanidad tan exaltada por Alemán. Como después dijo

una revista estadunidense, en México había exención de impuestos, facilidades de repatriación de utilidades, lo del 49 por ciento a la inversión extranjera era muy relativo, las inversiones se recuperaban "en uno o dos años" y la utilidad promedio era de un excelente 15 por ciento. Por otra parte, aunque en 1953 Gilberto Loyo, secretario de Economía, declaró que México prefería no recurrir a los empréstitos foráneos pues podía autofinanciarse a través del ahorro interno, un año después el punto de vista había cambiado por completo y el país se lanzaba cada vez más a la caza de los créditos del BIRF, el FMI, Eximbank y de todo aquel que quisiera prestar dinero. Ya en 1955 el régimen se enorgullecía (como siguió ocurriendo hasta avanzados los años ochenta) de la "gran confianza que inspiraba en el mundo, pues nadie dudaba de su capacidad de pago".

A principios de 1954, Ruiz Cortines indudablemente disponía del control total del panorama político. Ese año se canceló el registro de la Federación de Partidos del Pueblo pero también se urdió la creación del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM). El gobierno alentó a que el grupo Héroes de la Revolución, integrado por veteranos del movimien to armado y por algunos militares, formara el nuevo partido, que en cierta forma trataba de neutralizar los planteamientos de que la Revolución mexicana se había desviado. El PARM obtuvo su registro legal hasta 1957, y siempre fue considerado un partido "satélite", movido a control remoto por el gobierno. Con el surgimiento del PARM la oposición, en esos momentos, quedaba confinada al PAN, el PP y el PARM, pero sólo el primero representaba una verdadera oposición, y el PARM sirvió para levantar una fachada seudodemocrática y para legitimar, al aceptarlas, las victorias del PRI. Sólo hasta 1988, o sea: 34 años después, el PARM presentó un candidato propio a la presidencia, pues (al igual que el PPS) por lo general "se adhirió" a los candidatos que presentó el partido oficial.

Pero la constitución del PARM no desveló a nadie, como sí lo hacía la problemática económica. Ruiz Cortines, consciente de que debía "autorrectificar" sus primeras propuestas, se empeñó en restaurar el equilibrio perdido. Lo inmediato era parar las fugas de capitales, ya que en los tres primeros meses de 1954 muchos millones de dólares se habían ido calladamente hacia Estados Unidos. El presidente y sus ministros Carrillo Flores y Gilberto Loyo idearon, entonces, una nueva devaluación, ya que, en esos momentos, nadie la esperaba ni había compras de pánico de dólares. Sigilosamente, las autoridades hicieron sus preparativos y ni siquiera se le avisó al Fondo Monetario Internacional. Con la astucia que caracterizaba al hombre de la corbatita de moño, se eligió el miércoles de la semana santa a las seis de la tarde para anunciar la medida, porque los bancos ya habían cerrado y no abrirían hasta cuatro días después. La televisión y la radio informaron que el peso se devaluaba a 12.50 por un dólar. Todo aquel que quiso especular con la medida no encontró dónde cambiar dólares y los turistas estadunidenses fueron acosados para que vendieran sus dólares a la ya vieja paridad de 8.65.

Como es sabido, toda devaluación es un detonador de aumentos de precios, y Ruiz Cortines, que empezó su gobierno controlándolos severamente, se dedicó a vigilar que los comercios no reetiquetaran las mercancías en tiendas y almacenes. Sin embargo, los precios subieron en muchas partes y, al

advertirlo, el público se lanzó a hacer compras de pánico. Los salarios, como era de esperarse, no se elevaron, así es que de pronto la gente más necesitada descubrió que su de por sí muy menguado poder de compra había disminuido seriamente. En un principio las centrales obreras no dijeron nada, pero después dieron su apoyo al presidente y mostraron su determinación al declarar que combatirían enérgicamente a los acaparadores. Tanto la CTM como la CROC y las "centrales del bolsillo" que conformaron el Pacto de Guadalajara, el cual dio origen al BUO, coincidieron en el apoyo irrestricto. A pesar de que el disparo de la inflación y el desabasto eran hechos incontrovertibles, durante el primero de mayo los obreros ratificaron su apoyo a "su amigo y jefe" el presidente de la República y ya no se vieron leyendas ofensivas como las de un año antes ("Santa Madriza, patrona de los granaderos").

Además de la devaluación, Ruiz Cortines ya había echado a andar las obras públicas, aunque no con la euforia de Miguel Alemán. Las exportaciones empezaron a crecer, ya que con la devaluación los productos mexicanos eran una ganga en el extranjero. Y cayeron los créditos: en 1954 llegaron 50 millones de dólares, que se utilizaron para engordar las reservas y para echar a andar las obras en el campo, en la industria, en los transportes y en las empresas paraestatales, especialmente Petróleos Mexicanos y la Comisión Federal de Electricidad. El resultado de todo esto fue que se reinició el crecimiento económico y tanto el gobierno como el sector privado acabaron muy satisfechos.

Pero nada paró la carestía. Ya en el desfile del primero de mayo numerosas mantas pedían la elevación de los salarios. Cada vez crecían más las presiones para que los sindicatos pidieran el aumento de salarios, y a mediados de mayo el presidente inauguró la costumbre de los mensajes a la nación a través de la radio y la televisión "encadenadas". Ruiz Cortines ofreció un 10 por ciento de aumento a burócratas y suplicó a los empresarios que mejorasen los sueldos de sus empleados en la misma proporción. Al final, pronunció la frase que lo llevó a la fama: "México al trabajo fecundo y creador". Como era de esperarse, los líderes obreros se deshicieron en halagos serviles al presidente.

La generosa iniciativa privada estuvo de acuerdo en el aumento del 10 por ciento, aunque éste en lo más mínimo resultaba suficiente ante los estragos de la devaluación, que fue del 24.5 por ciento. Ese porcentaje exigió la CROC y también la UGOCM que, ante la hostilidad oficial se iba confinando cada vez más al campo. Ante esto, la CTM se vio precisada a hacer algo más y entonces Fidel Velázquez sorprendió a la población al anunciar que de no obtener un 24 por ciento de aumento todos los sindicatos de la CTM irían ¡a la huelga general! Claro que el lobo mayor se cuidó de hacer ver a los empresarios y al gobierno que seguirían "hasta el agotamiento, los caminos de la comprensión, el mutuo arreglo, la conciliación". Eso sí, para que vieran que los lobos eran "muy machos" Fidel avisó que la huelga sería legal, pero si encontraban obstáculos entonces "sería revolucionaria".

La CROC, que poco antes parecía muy combativa, al ver lo que decidía la CTM al instante se declaró en contra de la Temible Huelga General ("tutus, tutus per cuder", gustaba decir en privado el presidente, lo cual significaba:

"todos, todos por joder"; por cierto, Carlos Monsiváis reporta que cada vez que Ruiz Cortines decía una "leperada", exclamaba: "Perdón, investidura").

El sector privado se alarmó con la amenaza del revolucionario Fidel Velázquez. Ignoraba para entonces que Fidel Velázquez tenía vocación para las baladronadas. "De lengua me como un plato", bien pudo haber dicho Adolfo López Mateos, secretario de Trabajo, quien en escasos 11 días arregló todo el asunto; de los más de cinco mil emplazamientos que exigían el 24 o el 30 por ciento de aumento no hubo ninguna huelga, ni de panaderos, ni de despachadores de gasolina, ni de telegrafistas, burócratas, ni de empleados de radiodifusoras, gaseras, de panteones o de cabaretes. Casi todos aceptaron el famoso 10 por ciento que propuso el presidente y sólo en algunos casos se concedió el 12, el 15 o 16 por ciento. Sólo los trabajadores de la Industria Eléctrica Mexicana (IEM), de la industria textil y los cinematografistas llegaron a la huelga, pero también éstos cedieron con una elevación de salarios del fabuloso 12 por ciento.

A fin de cuentas, los expertos señalan que el amago de huelga de Fidel Velázquez fue sumamente útil, pues dejó ver a los inversionistas nacionales y extranjeros que la clase obrera mexicana podía sincronizarse espléndidamente con el gobierno a fin de que existieran condiciones óptimas para el capitalismo, que empezaban, al menos en los países subdesarrollados, por la mano de obra barata. Con la "huelga general", Fidel Velázquez demostró que podía mediatizar debidamente las protestas de los trabajadores, aunque éstos tuvieran que anudarse las tripas y ver en los aparadores las maravillas del mundo "moderno", que continuaban asombrando: había aviones tetramotores y ya no se consumían 30 horas para viajar a Europa, como ocurría apenas seis años antes; los aparatos electrodomésticos, al igual que los automóviles, cambiaban de modelo e introducían "adelantos" que muchas veces eran inútiles pero que llamaban mucho la atención. Ya había llantas "sellomáticas", alta fidelidad, plumas "atómicas" o bolígrafos, y el primer "supermercado", al estilo de Estados Unidos, aséptico y con escaso personal. Avanzaba la obsolescencia planificada. Los pobres, al menos, podían saber que todo eso existía aunque ni remotamente pudiesen adquirirlo: los automóviles, televisiones, refrigeradores y teléfonos seguían siendo inalcanzables para ellos, pero, en cambio, las capas medias crecían, se distanciaban de los más pobres y empezaban a familiarizarse con los adelantos, sin darse cuenta de que toda una concepción del mundo penetraba a través de ellos.

Los salarios de la clase trabajadora empezaron a mejorar en cierta medida y a partir de 1954 el desarrollo estabilizador logró que los precios dejaran de encimarse. Esto hizo que, al menos por dos años (1955 y 1956) la situación general en México pasara por una fase de relativa tranquilidad.

Pero en 1954, en medio de la catarata de emplazamientos a huelga, se avivaron también los problemas con Estados Unidos a causa de los braceros. La invasión de ilegales, o espaldas mojadas, crecía espectacularmente (ya había más de un millón para entonces) y el imperio del norte ahora insistía en renovar los convenios para aplicar una política migratoria consecuente. El gobierno mexicano, en esas condiciones, optó por retrasar las pláticas, así es que, de súbito, la administración de Einsenhower sin más planteó que

contrataría unilateralmente a los braceros. Ruiz Cortines declaró con mucha delicadeza que no le parecía correcto que se le hiciera a un lado en esta cuestión tan importante para México. Por tanto, anunció que no autorizaría la salida de trabajadores. Pero ya había miles de ellos en la frontera, esperando contratarse legalmente. Por supuesto, muchos miles de mexicanos trataban de cruzar a como diera lugar.

La Secretaría de Defensa Nacional anunció que ofrecería todas sus vacantes la para emplear a esa gente, y también se planteó un "plan de interés en el territorio nacional" a través del cual las ciudades del norte echarían a andar obras urgentes de remodelado, pavimentación, iluminación, etcétera, para ocupar a los que insistían en irse a trabajar con los gringos para huir de la pobreza nacional. Nada de esto se hizo, a fin de cuentas. También se colocaron destacamentos armados de la policía en zonas clave de la frontera con California para impedir el cruce una vez que se inició la contratación del otro lado. En Mexicali más de siete mil quisieron hacerlo (en Tijuana fueron más de mil) y todos ellos fueron reprimidos por la fuerza pública que no conocía otra manera de lidiar con ese tipo de problemas. Hubo muchos golpeados, decenas de heridos y la extrema violencia alarmó a mucha gente.

En vista de eso, Estados Unidos desistió de la contratación unilateral y firmó un nuevo convenio con México, que, como siempre, favorecía alevosamente los intereses de los agricultores estadunidenses. De esta manera, miles de mexicanos pudieron pasar legalmente a trabajar (en 1957 ya eran más de 400 mil). Sin embargo, había un millón de ilegales y Estados Unidos decidió expulsarlos a través de lo que se conoció como la Operación Espaldas Mojadas. Se incrementó la vigilancia y los guardias fronterizos capturaron a más de dos mil ilegales por día. Éstos eran puestos en autobuses o vagones de tren y se les llevaba lo más al sur posible, para evitar que los expulsados sintieran tentaciones de regresar pronto. Más de 750 mil fueron arrestados y expulsados a lo largo de ese año, lo cual creó problemas extraordinarios en México, pues los campesinos no sólo eran los más desposeídos sino que cada vez había menos. Para entonces se estimaba en cerca de cuatro millones los trabajadores pobres del campo que a duras penas lograban sobrevivir. La llegada masiva de un millón más solamente agudizó todos los problemas del campo, donde, como se sabe, los programas de fomento agrícola, los créditos bancarios y las obras de irrigación sólo beneficiaban a los poderosos agricultores privados que calladamente reintegraban los grandes latifundios a la vida nacional. La llegada de los cientos de miles de mojados, con el tiempo, pavimentó el camino para las invasiones de tierras que se desataron en 1958.

El de 1954 sin duda fue el año crucial para el gobierno de Ruiz Cortines. En mayo Estados Unidos decidió acabar con "el problema de Guatemala", que en realidad no existía, o al menos en la proporción paranoica con que los anticomunistas estadunidenses lo planteaban. Las reformas sociales de Jacobo Arbenz ni remotamente podían considerarse "comunistas", pero en plena guerra fría cualquiera se consideraba subversiva (como demostraron las actividades del senador McCarthy a principios de la década). Estados Unidos "denunció", alarmado, que el bloque socialista estaba armando a Guatemala y en junio tropas "mercenarias" invadieron la pequeña república centroamericana.

Los izquierdistas mexicanos, que después de la acción de la Santa Madriza, patrona de los granaderos, se hallaban francamente escamados, ante el abuso de poderío y la franca intervención de Estados Unidos en lo que consideraba su "traspatio" formaron la Sociedad de Amigos de Guatemala, publicaron desplegados de protestas y marcharon por las calles en apoyo al gobierno de Arbenz. Lázaro Cárdenas envió un telegrama de simpatía con el pueblo guatemalteco. Los estudiantes del Politécnico y de la Universidad se olvidaron de los "clásicos" de futbol americano y de los desfiles de "perros" y organizaron mítines y recolección de fondos para ayudar a Guatemala. Esto bastó para que la derecha mexicana se sintiera escandalizada ante la "franca actividad subversiva" de los comunistas mexicanos. La prensa se engolosinó insultando a estudiantes e izquierdistas, y la cadena García Valseca enfocó sus ataques sobre Lázaro Cárdenas, a quien acusó de "malversación de fondos". *Excélsior* y *El Universal* reimprimieron los infundios. En vista de eso, el gobierno, a través del general Leyva Velázquez, presidente del PRI, aprovechó el viaje para enfatizar su irreversible anticomunismo y su repudio a ese tipo de ideologías extrañas que no respondían al patriotismo inherente de la sicología del mexicano, "cuya máxima vibración la produce el Himno Nacional y ama a México". Con esto, la izquierda tuvo una mínima probadita de las represiones que se encimarían en los siguientes años.

DEL CHACHACHÁ AL ROCANROL

A fines de 1952, Salvador Novo inauguró su Teatro de la Capilla, ubicado en Coyoacán, donde, además del foro para experimentación escénica, el maestro de maestros después ofreció las maravillas de su condición de cocinero en un restorán que servía el filete a la pimienta y las sopas que Novo hacía "con sus propias manecitas". La presencia importante del acto no fue Alfonso Reyes o el poeta alfabetizador Jaime Torres Bodet, sino la "primera dama" doña María Izaguirre, segunda esposa del presidente de moño Adolfo Ruiz Cortines. Esta ominosa presencia, por otra parte, señaló lo que vendría a ser el declinamiento definitivo de Salvador Novo (o Nalgador Sobo, como también se le decía, entre risitas), quien a partir de entonces se hundiría en los pantanos del oficialismo (en 1968 Novo, como Martín Luis Guzmán y otras lumbreras intelectuales, se puso en contra del movimiento estudiantil, y, cuando murió, en 1974, el sepelio del maestro se convirtió en un gélido acto oficial).

La presencia de doña María era un aviso de una de las primeras leyes que emitiría Ruiz Cortines en diciembre de 1952: la concesión de los derechos políticos a las mujeres, que a partir de ese momento podrían votar no sólo en las elecciones para diputados, como ya había ocurrido en 1949, sino ¡en las presidenciales también! Sin embargo, esta medida, que sin duda estaba muy bien, no significaba gran cosa para la condición de las mujeres en México, que eran educadas para el matrimonio. Por supuesto, muchas de ellas cursaban ya estudios universitarios, pero la mayoría, de estudiar, se preparaba para la "carrera comercial" y podía aspirar a la maravilla de ser ¡secretarias ejecutivas o "parlamentarias"! Otras, a quienes no atraía el gran

futuro de ser secres, estudiaban para educadoras o, incluso, para maestras. Es claro que numerosas mujeres tenían gusto e inclinaciones por la vida familiar (que, por supuesto, siempre ha sido y será vital para la buena salud de la sociedad), pero aquellas que albergaban inquietudes profesionales, o ejecutivas, se enfrentaban ante un medio social que desalentaba e incluso reprimía a quienes pretendían "violentar las funciones tradicionales de los sexos": las mujeres, a la Iglesia, la cocina y los niños, como decían los machos alemanes. De hecho, las oportunidades profesionales para las mujeres resultaban escasas, así como el machismo era omnipresente.

En el hogar, las señoras de clase media al menos contaban con el alivio de las criadas (nadie entonces les habría llamado "empleadas domésticas"), que por lo general venían de algún pueblito cercano, trabajaban todo el día y buena parte de la noche, y apenas disfrutaban de la gran oportunidad de ver un poco de televisión al anochecer, después de ir por el pan y de enfrentar los asedios de los "cazagatas" que pretendían llevarlas, después de una sana bailada de rico chachachá, el nuevo ritmo sensación, en el California Dancing Club, a los guangos colchones de los hoteles de paso (si es que el hijo del patrón, o el patrón mismo, no las habían asaltado ya en el más conveniente pero igualmente sórdido "cuarto de servicio" de las casas o departamentos de clase media). En el mejor de los casos, las criadas podían aspirar a perdurar muchos años en un trabajo y convertirse en "parte de la familia" con la misma concepción paternalista con que el Estado trataba al pueblo.

Las criadas constituían uno de los últimos escalones sociales y resentían el Temible Racismo que imperaba en México. Todo güerito de ojos claros (oh maravilla tener ojos verdes o, mejor aún, azules) era bien apreciado, así como se repudiaba a los prietos y aindiados. Si de plano eran indios, peor; aunque los indios eran objeto de las dosis más siniestras del paternalismo y de la condescendencia, ningún grupo social ha sido objeto de tanto despojo, explotación, discriminación o repudio en nuestro país. En la Colonia se discutía si los indios "tenían alma o no", pero en el México independiente no les fue mejor. Ni la reforma juarista ni la Revolución escaparon de aplastar a los grupos indígenas del país, y siempre se consideró que la esencia nacional era el mestizaje, por lo que los indios tenían que "integrarse", esto es: aculturarse, y perder lenguas, tradiciones y formas de vida. Se suponía que en México se execraba la noción de las reservaciones, pero los gobiernos mexicanos nunca se cansaron de llevar a indios (especialmente los "problemáticos") de un lado a otro del territorio nacional, especialmente a Campeche. Esto ocurría, incluso, en los años setenta, cuando cambiaban los conceptos de trato a los indios y se empezaba a considerar que era importantísima la preservación de los rasgos y modos específicos de los "grupos étnicos" para la salud del país.

Pero a principios de los años cincuenta el indio sólo era bueno para explotársele y para despojarle lo poco que tenía en beneficio, otra vez, de los agricultores privados. Naturalmente, este racismo (que abarcaba prácticamente todo el espectro de la sociedad) implicaba el peso específico del malinchismo (explorado intensamente, en esos momentos, por los estudios de "lo mexicano"), que también abarcaba todas las capas sociales (y muy especialmente, en esos momentos, a la intelectualidad) y que se fomentaba indirectamente con las nociones de "industrialización" y "desarrollismo", pues

éstos abrían la puerta a la admiración acrítica e incluso devota de lo extranjero, especialmente del "hombre blanco y barbado".

Al racismo y el malinchismo se debe agregar el clasismo, igualmente incrementado por el vuelo capitalista del país, que en esos momentos empezaba a llegar a las delicias del capital monopolista de Estado. La sociedad marcaba con claridad las distancias entre los-que-no-eran-iguales ("¿qué pasó?, ¡todavía hay clases sociales!", se oía con frecuencia). Importaba mucho entonces la diferencia entre la gente decente, de buen nacer, y la pelusa, los pelados incultos, ignorantes y mugrosos. Del jodido se esperaba autohumillación constante, docilidad y, de ser posible, adulación. Mientras más arriba en la "escala social" más natural y lógica resultaba la arrogancia, el desprecio y el despotismo hacia los de abajo, quienes, por otra parte, estaban perfectamente de acuerdo con ese trato, después de siglos de enajenación. Los pobres enseñaban a sus hijos a ser dóciles y "respetuosos" de la clase media o de "la alta" (como les llamaba Gabriel Vargas, quien, por cierto, ya había salido de *Pepín* y editaba *La Familia Burrón* en la cadena García Valseca). Si algún jodido miserable quería trepar en las jerarquías y llegar "a lo más alto" tenía que ponerse muy listo, trabajar duro para el jefe, otorgarle toda su lealtad, adivinar lo que él quería y adelantarse, de ser posible; averiguar los puntos débiles del patrón y compensarlo mediante severas dosis de halagos y servilismo, especialmente cuando se acercara el momento de ascender; había que conocer los gustos del jefe y compartirlos, aunque en lo interno causaran repugnancia; se debía llamar la atención, pero no demasiado ("el que se mueve no sale en la foto"); no presionar a no ser que el jefe fuese presionable; ya en el equipo superior había que formar un grupo o fortalecer el ya existente, establecer una red de relaciones y posibles alianzas, y, por supuesto, estorbar al máximo, o de plano sacar de la jugada, a todo aquel que también hiciera su luchita para trepar "hasta arriba". En todo caso había que ser consciente de que el jefe tomaba la gran decisión, y que a él se debía llenar de elogios. Cualquier parecido con la manera como los secretarios de Estado luchaban por obtener la primera magistratura es pura coincidencia, o prueba de que el sistema se reflejaba en todos los aspectos de la vida nacional.

En los años cincuenta la atmósfera moral no era muy aireada que digamos. Los prejuicios y convenciones sociales eran casi inexpugnables. Las costumbres eran cada vez más rígidas y formales, aunque aún todo era muy inconsciente. Las jerarquías y los autoritarismos iban de la mano en toda la sociedad mexicana. Se mantenían imbatibles las nociones machistas de virginidad y sumisión de la mujer, y del escarnio al homosexual, pues el sexismo imperante, también inconsciente, era total. El sexo era absoluto tabú, y quienes tenían preferencias sexuales "no ortodoxas" tenían que conformar un submundo clandestino y ciertamente peligroso.

Esta "moralidad" se incrementó en los primeros años del ruizcortinismo, cuando hizo su aparición el inefable y ocasional *comic-relief* del sistema Ernesto Uruchurtu, regente de la capital, quien aplicó a su modo la "política del contraste"; ya que el alemanismo implicó el "esplendor" de la vida nocturna, con sus exóticas y sus aventuras etílicas, Uruchurtu, con todo y las úes de su nombre, se encargó de frustrar a los pachangueros: dispuso que los clubes nocturnos se cerraran a la una de la mañana y clausuró los "lugares de

escándalo", aunque, claro, para nada se metió con el legendario burdel de la Bandida, Graciela Olmos, donde se reunía la plana mayor de los políticos a darle al whisky, a las muchachonas, y a oír los corridos braveros y léperos con que la Bandida beneficiaba a sus cuates y con los que despotricaba contra los enemigos de sus amigos. Muchos de los políticos alemanistas que se fueron a la banca allí encontraron el sitio adecuado para chillar sus desventuras al compás de los versos de la Bandida, autora, por cierto, del corrido "Siete Leguas".

La censura no pasaba por la casa de doña Graciela pero era omnipresente en el cine, el teatro, la televisión y las publicaciones. No obstante, el afán "modernizador" llevó a un mínimo destape. Aparecieron entonces los primeros desnudos, como ya ocurría en la cinematografía europea (en el cine Prado o en el notorio cine Río la runfla de onanistas se extasiaba ante los senos de las atrevidas Silvana Pampanini, Françoise Arnoul o Martine Carol). En México los desnudos pretendían ser "estéticos" pero eran francamente estáticos, y las pioneras de la teta al aire fueron Ana Luisa Pelufo, Columba Domínguez, Kitty de Hoyos, Amanda del Llano y Aída Araceli; estos desnudos fueron sumamente apreciados, a pesar de su condición de foto-fija y de la insondable hipocresía que se escudaba en "el arte".

Uruchurtu (había que "parar la trompita" para decir su ondulante nombre) también permitió, como válvula de escape, que el personal chaquetero nacional tuviera el gustito de las revistas "porno" de la época, *Vea* y *Vodevil* , que nunca faltaban en las peluquerías y que merecían campañas indignadas de los jóvenes fascistas del Movimiento Universitario de Renovación Orientadora (MURO) que, con los porros, era la máxima pestilencia en la Universidad.

A pesar de todo esto, la austeridad, la grisura y la "moralización" ruizcortinista-uruchurtiana eran francamente anticlimáticas. El descabezamiento enérgico del alemanismo significó, desde el principio, un cambio de estado de ánimo en todo el país. De la euforia y el ritmo de mambo se pasó a una especie de cruda, y no precisamente benigna, un poco salir de un sueño para despertar en otro sueño de días nublados. Esta "depresión moral" no se atenuó ni con las flores que Uru (son demasiadas las vascas úes) plantó en los camellones de la avenida Insurgentes y en el Paseo de la Reforma, ni con las sinuosidades del delicioso, cachondón, cha-cha-chá, que, como todo lo bueno en esa época, llegó de Cuba. La Orquesta Aragón, la Orquesta América y el trompetista Enrique Jorrín fueron los introductores de la nueva moda que, por supuesto, arrasó. Casi todos sucumbieron ante las sabrosuras del chachachá, y en las inefables fiestas de XV Años (en los salones *ad hoc*) tan pronto como las "damas" y "chambelanes" despachaban el riguroso vals de Strauss (ah, "Voces de primavera") venía lo bueno con "Los marcianos", "El túnel" o "Las clases del chachachá", que pronto ocuparon su bastión académico en el cine nacional. Pero éste, pobrecito, ya de plano había salido de la época-de-oro, entraba en un mercantilismo puro y perdía todo brillo y frescura. Sólo Luis Buñuel (para entonces más mexicano que "el mole") continuaba con las buenas películas. En 1953, *La ilusión viaja en tranvía* entre otras cosas nos mostraba el nuevo paisaje urbano: grandes edificios, avenidas sobre los viejos ríos, flores uruchurtianas y una expansión que devoraba los cuatro puntos cardinales; en el sur, por ejemplo, los otrora

pueblos de Mixcoac, Coyoacán y San Ángel ya se habían integrado a la ciudad, y sólo Tlalpan, Tepepan y Xochimilco parecían un tanto retirados. Buñuel también retrató espléndidamente a la ciudad de México en *Ensayo de un crimen* , que filmó en 1955 con las bellas Miroslava y Rita Macedo, y Ernesto Alonso, en una versión muy libre y tan buena como la deliciosa novela de Rodolfo Usigli. Éste, por su parte, seguía siendo el máximo dramaturgo nacional después de sus grandes éxitos de los años cuarenta *La familia cena en casa* y su chef d'ouvre política *El gesticulador* , que, para no variar, se había estrenado en medio de severos problemas de censura. En la década de los cincuenta Usigli se hallaba en su etapa de las *Coronas* , pero su obra decisiva ya estaba escrita y estrenada.

En 1954 llamó mucho la atención que el animoso editor y librero Rafael Giménez Siles anunciara en las grandes marquesinas luminosas de sus Librerías de Cristal los libros de éxito, como *...Y México se refugió en el desierto* , en la que José Fuentes Mares se había metido con el cacique Terrazas. En ese mismo año se formó el Centro de Estudios Mexicanos (CEM), con Alfonso Caso, Pablo González Casanova, Francisco Martínez de la Vega, Enrique Cabrera y Alonso Aguilar. El CEM se proponía estudios de alto nivel sobre los problemas nacionales, y uno de sus primeros grandes temas fue el análisis de las inversiones extranjeras en México.

Ese mismo año, el de la devaluación-sorpresa, murió la pintora Frida Kahlo. Andrés Iduarte (autor de *Un niño en la revolución mexicana*) era director de Bellas Artes, y, como había querido mucho a Frida, dispuso que se le velara con honores en el vestíbulo del Palacio de Bellas Artes. Allí se congregó la plana mayor del comunismo mexicano. Diego Rivera no estaba seguro de que Frida estuviera muerta. "Me horroriza la idea de que todavía tenga actividad capilar. Los vellos de la piel se le levantan", decía, "me aterra cremarla así". "Pero si es muy sencillo", le respondió Rosa Castro, "que el doctor le abra las venas. Si no fluye sangre, está muerta". Allí mismo le cortaron la yugular al cadáver y salieron unas gotas.

Iduarte nunca se imaginó que uno de los fridos, Arturo García Bustos, cubriera el ataúd con una bandera roja que lucía una hoz y un martillo en el centro de una estrella blanca. Dada la atmósfera anticomunista de la época, Iduarte se consternó. Pidió a Diego que retirara la bandera, pero el gran muralista amenazó con sacar el cadáver a la calle para velarlo allí. En ese momento llegó el general Lázaro Cárdenas. Él, sin preocuparse por la bandera, hizo guardia de honor junto al ataúd, con su hijo Cuauhtémoc, César Martino, Andrés Henestrosa, Siqueiros, Diego y el mismo Iduarte, quien había avisado de todo lo ocurrido a la presidencia. "Si el general Cárdenas está montando guardia", le dijeron, "usted también lo debería hacer". Y lo hizo.

Al día siguiente la prensa estaba molestísima por la "farsa rusófila" que había mancillado Bellas Artes. El escándalo fue tal que sin demora corrieron a Iduarte del INBA. Diego, a su vez, logró ser readmitido en el Partido Comunista Mexicano, lo cual venía suplicando de rodillas desde unos años antes. Poco después volvió a casarse, contrajo cáncer, viajó a la URSS a radiarse, pintó sus últimos cuadros y murió en 1957, a los 71 años de edad.

En 1955 se constituyó Telesistema Mexicano, S. A., compuesto por los grupos

de Rómulo O'Farril y Emilio Azcárraga, que habían absorbido los intereses de González Camarena. Para entonces la televisión ya era popularísima, y cada vez había más receptores. Llegaban las series estadunidenses, pero los programas locales eran muy apreciados: el *Duelo de dibujantes* , donde aparecían Freyre, el Chango García Cabral, y otras estrellas de la caricatura (Abel Quezada ya pintaba a los ricos con un anillo en la nariz y a los policías con moscas alrededor, y hacía la publicidad de la brillantina Wildroot). También aparecía el Terrible Monje Loco con sus historias de terror de medianoche. Se transmitían numerosas películas mexicanas de la "época-de-oro". Empezaban también las telenovelas, que en los sesenta serían ya institución, "punto intermedio entre la realización social y el pesimismo absoluto", nos dice Carlos Monsiváis; melodramones que resultaban "expresión y fijación de sentimientos socialmente válidos que robustecían la moral dominante". Los locutores de éxito eran Paco Malgesto, el bachiller Álvaro Gálvez y Fuentes, y Pedro Ferriz, quien años después vería ovnis en todas partes. Para los niños estaba el *Teatro Fantástico* de Enrique Alonso, Cachirulo, patrocinado por el chocolate Exprés Pulverizado; también las caricaturas del Gato Félix, cuya cola le servía de signo de interrogación o de bastón, y las del payaso Coco (en inglés, Koko), que se salía del dibujo y hacía travesuras al dibujante, sin duda un "avance" de las corrientes del artista que se contempla a sí mismo.

Ya no había lucha libre, pero sí boxeo televisado, y se podía ver a la sensación del momento, el Ratón Macías, peso gallo y buen muchacho, no tirado-a-matar como los Kids Aztecas, los Changos Casanovas, o el Toluco López, muy popular también y fuerte fajador, todo lo contrario de Fili Nava que se la pasaba corriendo por el ring. El Ratón nunca quiso pelear contra el Costeñito Gutiérrez, o Baby Face Gutiérrez, que venía muy acreditado del extranjero (estuvo a punto de disputar el campeonato mundial de peso gallo en Australia), pero que aquí nunca la hizo. El Ratón Macías resultó tan buen muchacho que, cuando se retiró, se volvió empresario y lanzó al mercado el refresco Mexi-Cola, que sabía espantoso, ni siquiera le llegaba al Spur-Cola (para entonces también se bebían los refrescos Del Valle, el Delawere Punch, obviamente importado, y los Barrilitos Dr. Brown, porque la población mexicana ya se había echado el clavado definitivo en los refrescos hasta obtener el dudoso honor de constituirse como el país que más tomaba líquidos embotellados: por supuesto, Coca y Pepsi a la cabeza).

Por la tele también se veían los toros (domingos por la tarde), con los grandes éxitos de Carlos Arruza, Luis Procuna (que estelarizó el espléndido film-cine-verdad de Carlos Velo *Torero*), Fermín Rivera, Calesero, Manuel Capetillo y Joselito Huerta. También se veían, claro, los partidos de futbol: los equipos "españoles" ya habían desaparecido del mapa y los triunfadores del momento eran el Marte, el Zacatepec y el Oro, sin descontar, por supuesto, al Guadalajara, que poco después se pondría cañón, especialmente en 1957, y al Atlante. En el beisbol el acontecimiento de los cincuenta fue el surgimiento del equipo capitalino los Tigres (propiedad del cacique empresarial Alejo Peralta), cuyos juegos con los Diablos Rojos casi al instante se convirtieron en "clásicos" (a fines de la década los Tigres contrataron a Chacumbele, un guapachoso negro cubano que cantaba, bailaba y echaba porras encima de la trinchera de la novena capitalina). Otros "clásicos" eran los juegos del Guadalajara-Atlante o los Poli-Uni del futbol "americano", ya en el flamante

estadio de Ciudad Universitaria. Esos juegos de los Burros Blancos contra los Pumas atraían a muchos jóvenes de la clase media, y contaban ya con las afamadas "porras"; la de la UNAM estaba comandada por Luis Rodríguez, Palillo, fósil por antonomasia y personaje célebre de la Universidad como el conocido gigantón Wama. Estas porras, como se sabe, solían ser bravas, y dieron origen a los "porros" de los años posteriores, que se convirtieron en rufianes a sueldo de políticos y funcionarios para aplastar movimientos revolucionarios de los estudiantes con métodos francamente gangsteriles, dignos de la CTM.

Por cierto, ingresar en las preparatorias o en las escuelas superiores de la Universidad en aquella época significaba una rapada segura y la humillante participación en los desfiles de "perros", los alumnos de primer ingreso, que recorrían la avenida Insurgentes bañados en aceite, llenos de plumas, pastoreados a punta de patadas, mientras los comerciantes cerraban sus negocios y se quejaban de esos "jóvenes vandálicos". Semejantes iniciaciones, por otra parte, no eran nada comparadas con las que tenían lugar en el ejército o el Colegio Militar.

Pero no todo era escandaloso en los deportes. Allí estaba el gran orgullo nacional por el triunfo del nadador Damián Pizá (que además nunca se metió en problemas como los del eximio general Mariles) o del beisbolista Beto Ávila que la hizo en grande en la liga "americana" de Estados Unidos, pues fue campeón de bateo con los Indios de Cleveland en 1954.

En 1953 el Fondo de Cultura Económica publicó *El Llano en llamas* , primer libro del jalisciense Juan Rulfo, y dos años después su legendaria novela *Pedro Páramo* , que fue criticada duramente por el poeta fondista Alí Chumacero. Sólo hasta fines de la década esta novela fue reconocida como un libro espléndido y, después, como la obra maestra que es. Como es sabido, Juan Rulfo ya no volvió a publicar otro libro, al punto de que se convirtió, como se decía después, en el único autor que se volvía más famoso con cada obra que *no* publicaba. Esto generó la leyenda rulfiana, pero al escritor le representó un triunfo terrible que tuvo que pagar y que lo hundió en neurosis abismales, en amargura y en tarjeta de presentación del régimen.

Rulfo formaba con Juan José Arreola una pareja antitética y complementaria. Arreola ya había publicado su extraordinario libro *Confabulario* y, además, se convertía en un gran editor. En su colección Los Presentes publicó por primera vez (en México) a Julio Cortázar, y abrió la puerta de la literatura a mucha gente importante: Elena Poniatowska, Fernando del Paso, José de la Colina y, especialmente, al joven Carlos Fuentes, que debutó con el libro de cuentos *Los días enmascarados* . En él se hallaban ya varios rasgos definitorios de este gran escritor: una capacidad narrativa fuera de serie, riqueza lírica y reflexiva, y el talento de saber fundir en un estilo propio e inconfundible las señas de identidad de otros: la obsesión mítica de Octavio Paz, la conciencia política de José Revueltas, el cosmopolitismo y alta cultura de Arreola y la desoladora mexicanidad de Rulfo. *Los días enmascarados* fue muy bien recibido, pero el gran despegue de Fuentes lo constituyó su ambiciosa novela *La región más transparente* , que en 1958 publicó el Fondo de Cultura Económica (Joaquín Díez-Canedo a cargo de la producción). Ostentando la influencia de *Manhattan transfer* , de John Dos Passos, *La*

región fue un hito: estableció rumbos en cuanto a temática (la ciudad de México como gran personaje), a la técnica (amplia experimentación, lirismo desatado, fusión de géneros), además de que recuperaba el aliento de los muralistas al "pintar" a la ciudad en un fresco inmenso; para entonces la ciudad de México era una urbe considerablemente moderna (ya se configuraba el sector cosmopolita que en los sesenta se conoció como "zona rosa" en la colonia Juárez), pero aún limpia de hacinamiento y contaminación. El éxito mexicano de *La región* se extendió con rapidez a Estados Unidos y a Europa, y propició el surgimiento formal del horriblemente llamado "boom", o auge, de la literatura latinoamericana de los sesenta.

Octavio Paz publicó en ese periodo *La estación violenta* , que incluía el poema "Piedra de sol", su célebre obra maestra. Él, más Arreola y Fuentes y otros jóvenes entusiastas se divertían en la Casa del Lago del Bosque de Chapultepec con Poesía en Voz Alta, llevaban a cabo escenificaciones, recitales y se practicaba la antropofagia cultural.

Este grupo (sans Arreola) al final de la década se instaló en el periódico *Novedades* , formó el suplemento cultural "México en la Cultura", bajo la dirección de Fernando Benítez, y se autoproclamó Vanguardia Artística y Cultural Heredera de Alfonso Reyes y Los Contemporáneos. El grupo expandió su influencia cuando Fuentes y el aguerrido crítico literario Emmanuel Carballo dirigieron, al alimón, la *Revista Mexicana de Literatura* . En el suplemento de Benítez apareció Elena Poniatowska, quien además de su trabajo como prosista pronto se hizo célebre como entrevistadora, pues con una carita de lo más inocente dejaba caer preguntas terribles que nadie en sus cabales se habría atrevido a formular. A fines de los cincuenta también hizo su aparición Josefina Vicens que publicó *El libro vacío* , una especie de cinta de Moebius literaria que se contempla a sí misma. Igualmente brillaba Rosario Castellanos, pionera del feminismo, poeta de versos aparentemente sencillos y magnífica prosista, como dejó ver en su novela chiapaneca *Balún Canán* . En las antípodas, Luis Spota logró uno de los grandes éxitos de la década (y su mejor libro) con *Casi el paraíso* , que sacaba a balcón el provincianismo de los ricos mexicanos, siempre listos a reverenciar a los aristócratas europeos, aunque con facilidad les tomaran el pelo, como ocurre en el libro. También destacaron Sergio Galindo con *El bordo* , y Emilio Carballido, sin dejar de triunfar en el teatro, pasó con éxito a la narrativa con su magnífica novela *El norte* . En la poesía, Jaime Sabines fue la máxima revelación, seguido por Jaime García Terrés (*Las provincias del aire*), y Tomás Segovia (*Apariciones*), Eduardo Lizalde y Marco Antonio Montes de Oca. En 1958 se publicó también *Picardía mexicana* , de A. Jiménez, que recogía los albures y chistes pícaros, como el del "gallito inglés", que se volvería su logotipo.

En la música popular, además de la invasión de los cubanos del cha-cha-chá, de los Churumbeles de España y del chileno Lucho Gatica ("usted muge y yo gimo"), el público apoyó con gusto los grandes boleros de Álvaro Carrillo y a los tríos románticos que en 1944 se echaron a andar con Los Panchos, su requinto finísimo y la voz de Hernando Avilés. Los Panchos hilaron una serie de éxitos a través de excelentes boleros, como "Sin ti", "Rayito de luna" y "Me voy pal pueblo". Además, este trío puso la nota para los demás: requintos de nivel casi virtuosístico, combinación de voces apoyadas en un buen cantante,

ritmos dulces y cadenciosos, generados por las maracas y la guitarra de apoyo, y, más que nada, composiciones de alta melodiosidad, versos claros y fuerte romanticismo. Los Tres Ases, con Marco Antonio Muñiz; los Tecolines, y, al final de la década, los Tres Caballeros, y los Dandys, de tintes dramáticos y abismales, constituyeron lo más destacado de la gran época de los tríos. Qué bolerazos nos regalaron estos grandes músicos populares (siempre de traje y corbata), que, naturalmente, surtieron de arsenal musical a las sesiones de amigos, de todas las edades, que al calor de la armonía (y de las copas) sacaban las guitarras y, todos juntos, le entraban a los boleros, y, ya picados, a las canciones rancheras.

En éstas el maestro absoluto fue José Alfredo Jiménez, quien desde 1947 impresionó al respetable con sus clásicas "Yo" y "Ella", preludio de una rica serie de composiciones que él mismo se encargó de cantar, o, si no, Pedro Infante, Jorge Negrete, Lola Beltrán o Lucha Villa. El talento de José Alfredo rayaba en la genialidad, y muchas veces le correspondió quintaesenciar aspectos del alma nacional, como en "La vida no vale nada" o "El rey", que manifestaban las realidades últimas de millones de mexicanos: perplejidad sana y esencial ante la existencia que subrayaba la desolación de una realidad social durísima para el pueblo. Sin embargo, si bien José Alfredo reveló los abismos contradictorios y sorjuanescos del amor, que llevaba a los hombres a llorar a las cantinas ("desarticuló la prédica del machismo y legitimó y promulgó las 'lágrimas de los muy machos'", dice Carlos Monsiváis), también manifestó la vía a través de la cual la sabiduría popular sorteaba los grandes problemas: "la vida no vale nada pero yo sigo siendo el rey": en medio de los conflictos más atroces se intuye que la condición humana es única y que, en el fondo, nada ni nadie puede evitar el valor que confiere el solo hecho de estar vivo. A José Alfredo se le acusó de dipsomaniaco, desobligado, incapaz de enfrentar la realidad, de vivir en la cantina y de ser un machista irreversible, lo cual, naturalmente, es posible hallarlo en sus canciones, pero se pasó por alto que al expresar todo esto el compositor lo externaba, lo objetivaba y daba pie para la conciencia (y la ulterior transformación), además de que lo hacía con un extraordinario talento musical, a través de melodías muy bellas que sólo pueden acusarse de monótonas si se desconocen los mecanismos formales de la canción popular. Además, no dejaba de ser una gruesa hipocresía colectiva satanizar efectos conductuales del pueblo que respondían a realidades de extrema explotación, manipulación y paternalismo. Por otra parte, José Alfredo fue el vehículo de transición de la canción ranchera, que cada vez se alejaba más del campo, de los ranchos, y se asentaba en el cambiante medio urbano, lo que, posteriormente, generaría mutaciones terribles: las canciones "rancheras" de los años setenta con mucho rebasarían el espectro del machismo para llegar a las antípodas en el caso de Juan Gabriel.

La influencia de Estados Unidos se dejaba sentir con fuerza acumulativa en casi todos los órdenes de la vida mexicana, y la música no era excepción. De allá venía la parte final de la época de las grandes orquestas (Ray Anthony, Billy May, Ray Coniff al final de la década), que aquí fue reproducida por Luis Arcaraz ("viajera que vas"), Pablo Beltrán Ruiz y Juan García Whatchamacallit Esquivel. Pero pronto el cambio sería radical y el gusto por estas orquestas y cantantes como Eddie Fisher se desvaneció ante el predominio de las preferencias de los jóvenes de clase media, que en un principio sucumbieron

ante las chamarras de piel negra y la motocicleta estilo Hell's Angels de Marlon Brando en *El salvaje* , donde el actor de Elia Kazan inauguraría el tipo del joven marginal que rechaza las rigideces de la sociedad. En 1955 surgió el gran mito juvenil de James Dean que, poco después, con el estreno de *Rebelde sin causa* , causaría estragos aquí y en todo el mundo. Todos los chavos mexicanos se entusiasmaron con el carisma y el aire contracultural de James Dean y el pantalón de mezclilla acabó de popularizarse (las escuelas privadas los prohibían), junto con las calcetas blancas y la chamarra roja (las muchachas, por su parte, usaban tobilleras, crinolinas y cola de caballo). El llamado "rebeldismo sin causa" de la segunda mitad de los años cincuenta representó un cambio en las influencias estadunidenses. Por primera vez ya no fue el consumismo desatado o los dictados del Establishment lo que cundió, sino las primeras manifestaciones de la contracultura, que allá y aquí eran síntomas agudos de la inconformidad de los jóvenes ante el modelo de vida del anticomunismo y de los rígidos formalismos sociales. El vehículo de esta rebeldía era un fenómeno cargado de energía, vitalidad, alta tecnología y de irrebatible sensación de poderío: el rocanrol, forma musical que venía de los profundos estratos populares estadunidenses: la vida marginal de los negros en las ciudades y la tradición blanca del campo, que al incorporar la improvisación y la atmósfera marginal del jazz, y la cultura juvenil de las capas medias, generó un nuevo lenguaje universal para la expresión de los jóvenes que (primero inconscientemente) trataron de quitarse de encima la manipulación autoritaria de los adultos.

El rocanrol (que después sería simplemente "rock") pasó también a México y desde 1955 marcó hasta lo más profundo a muchos jóvenes. Esto no significaba nada más un fenómeno de dócil mimetismo, sino que constituía la manifestación de condiciones anímicas equivalentes en muchos jóvenes mexicanos citadinos y de clase media. Aquí también urgía una liberación emocional, pues eso fue en un principio el rocanrol.

Musicalmente, en un principio, el rocanrol en México fue hecho por adultos (la más joven era Gloria Ríos) que lo consideraban una moda más, que pasaría como pasaron el mambo y el chachachá; había que sacarle todo el jugo posible a esa nueva moda que iba proponiendo una estética "antiestética", donde los gritos y los aullidos eran de lo más normal, y la distorsión y el "ritmo frenético", parte natural del paquete, pero esto era algo que sólo podían hacer los jóvenes, lo cual ocurrió en nuestro país ya en 1957. Los Locos del Ritmo, los Teen Tops y los Black Jeans se encargaron de los primeros grandes éxitos. Lo lamentable, aunque comprensible, fue que los conjuntos mexicanos no compusieron su propio material en español y se dedicaron a traducir (o "refritear") los números más sonados del rocanrol gringo. Solamente los Locos del Ritmo, en un principio, crearon algo original: "Tus ojos", una balada convencional pero aceptable, y "Yo no soy un rebelde", que vino a ser un cuasihimno juvenil con sus planteamientos: "Yo no soy un rebelde sin causa, ni tampoco un desenfrenado, yo lo único que quiero es bailar rocanrol y que me dejen vacilar sin ton ni son". Este aserto (más franco no podía ser) causó escándalo en la sociedad mexicana; no se veía que el querer pasarla bien y sin preocupaciones era algo perfectamente normal en esa edad, que los jóvenes ya estaban fastidiados de la incomprensión que implicaba verlos como "rebeldes sin motivo", y que ellos manifestaban también los inicios de la agonía de todo un modo de ser y de vivir en México.

En los cincuenta se fue quedando atrás la vieja concepción rural de México. Fue el "adiós a la imagen nacional del charro y la china poblana", dice Carlos Monsiváis. La industrialización y el desarrollismo generaron formas de cultura urbana, pero también un franco proceso de cambios profundos en la identidad nacional; en lo peor se trató de una evidente desnacionalización, pero en sus mejores aspectos implicó empezar a tantear los nuevos rasgos del ser nacional. Surgían las primeras manifestaciones de una nueva sensibilidad y una nueva mentalidad que afloraría con claridad a fines de los sesenta y que en los años setenta y ochenta sería ya una realidad indiscutible.

Los jóvenes, "rebeldes sin causa", y el rocanrol fueron satanizados tajantemente por la sociedad, lo que denotaba precisamente la rigidez y la arterioesclerosis del sistema político-económico-social del país que llegaba a la intolerancia ante lo que podía sanearlo. Por el lado político se reprimía a maestros, ferrocarrileros e izquierdistas disidentes, y por el lado cultural se trató de aplastar a los jóvenes y sus aires de renovación. Ambas eran caras de la misma moneda que iniciaba una transformación en el país. Los ataques a los jóvenes crearon la llamada "brecha generacional" y ésta ocupó mucho espacio en la prensa, que atacaba virulentamente a comunistas y rocanroleros. Los chavos fueron denostados en todos los tonos y se llegó a extremos ridículos, como la campaña antirrocanrolera a raíz de las supuestas declaraciones de Elvis Presley: "Prefiero besar a tres negras que a una mexicana".

El autoritarismo en las familias, escuelas, empresas e instituciones; la paulatina pérdida de eficacia de la Iglesia católica para proporcionar estabilidad Psicológica a las masas; la estrechez de criterio propiciada por el anticomunismo, que fomentaba la irracionalidad y la recurrencia de métodos represivos, era considerada como forma imbatible en el trato a los jóvenes. Los valores tradicionales cada vez se diluían más ante la pérdida de sustancia y se convertían en ejercicios de pésima retórica, demagogia, o, peor aún, en uso consciente de lo que George Orwell, el Revueltas de los ingleses, llamaba "doble pensar": hacer valer las contradicciones más aberrantes o, simplemente, decir una cosa para hacer exactamente lo contrario.

El rock era una válvula de escape en aquellos días. Ni remotamente representaba un vehículo de una concepción de la vida, como ocurrió 10 años después; en todo caso daba constancia de formas de la vida juvenil: la escuela, los ligues, las broncas con los papás, gustos, diversión y mucha energía. Los jóvenes tampoco eran desenfrenados, como se les acusaba, aunque algunas pandillas juveniles, que aparecieron en esa época entre la clase media, sí llegaron a cometer diversos desmanes, usualmente propiciados por la represión moral, como ocurrió durante el estreno de la película *El rey criollo* , de Elvis Presley, en el cine Las Américas (Parménides García Saldaña, en su libro de relatos del mismo título, da una espléndida constancia de lo que allí ocurrió); más bien se rebelaban ante la rigidez y la intolerancia, ante la vaciedad de las propuestas de la sociedad, cuyas metas visibles consistían en el culto al dinero, el estatus, el "éxito social" y el poder. Estas premisas emergían por sí mismas de la naturaleza del crecimiento económico y eran estimuladas por las múltiples y sutilísimas formas de corrupción que habían llegado para quedarse. No se trataba de que los

jóvenes emergieran como una fuerza especial en la vida política; más bien ellos fueron de los primeros en manifestar inconscientemente un orden insatisfactorio en lo esencial; lo único que reclamaban era que "los dejaran ser"; querían expresarse y desarrollarse en ambientes menos opresivos moral y culturalmente, por eso su rebeldía tuvo alcances profundos y complementó las luchas políticas de los obreros, y, como ellos, fueron combatidos y reprimidos con una virulencia insólita.

"SANTA MADRIZA, PATRONA DE LOS GRANADEROS"

En 1955 el presidente Ruiz Cortines no era muy popular. De él la gente sólo destacaba su edad avanzada y por eso le decían el Príncipe Charro (que como se sabe era un eufemismo de "el Pinche Vetarro") y se le atribuía un viejo chiste: Ruiz Cortines metía la mano a la bolsa; sin embargo, ésta se hallaba agujerada, y el presidente decía: "¿Pasitas? ¿Cuándo compré pasitas?" Pero su administración, al menos momentáneamente, había salido de problemas económicos y proclamaba, orgullosa, que el crecimiento de 1954 había sido "como en las grandes épocas del alemanismo". Las exportaciones de ese año llegaron a verdaderos récords y Antonio Carrillo Flores, secretario de Hacienda, consideraba que la nueva política económica era lo que el país necesitaba después de la transición avilacamachista y el arranque inflacionario del alemanismo. Al fin se había llegado "al equilibrio", al "desarrollo estabilizador".

En primer lugar, se hizo a un lado la idea de no recurrir a los créditos externos, como había planteado Loyo en 1953, sino que, por el contrario, éstos se volvieron imprescindibles para el gobierno, que nunca quiso aplicar una rigurosa política fiscal, como en los países desarrollados, con el fin de crear condiciones ideales para los inversionistas, tanto extranjeros como del país.

Las exenciones y todo tipo de incentivos eran comunes para la empresa, así es que el gobierno sólo aplicó impuestos a la clase media y a los trabajadores (años después se sacaría de la manga feroces impuestos a la compra y tenencia de automóviles, "al valor agregado" y al "consumo suntuario"). Como tampoco se quería utilizar los depósitos y ahorros bancarios, lo mejor era someterse a préstamos internacionales, que entonces no tenían condiciones tan usureras como en los años ochenta. Los préstamos servían también para financiar a las empresas paraestatales, cuya política consistía en mantener relativamente bajos sus precios de productos y servicios, aunque esto implicase que operaran con números rojos. La dependencia casi total a Estados Unidos no importaba demasiado, pues fuera del problema de los braceros, todo era "buena vecindad", y en 1958 la deuda externa era ya de 626 millones de dólares.

Ruiz Cortines reinició los gastos del gobierno, pero éstos se manejaron en forma moderada para no desatar los aumentos de precios. Los gastos por ningún motivo debían desequilibrar el presupuesto a fin de conciliar la estabilidad con el crecimiento. También se buscó la moderación en la política

monetaria y se hicieron laberínticas operaciones bancarias para utilizar mejor los excedentes y para que no aumentara el circulante. Se acuñaron monedas de plata para los ahorradores que al comprarlas y guardarlas ayudaban a disminuir el dinero que circulaba. Por último, todo esto permitió que la nueva paridad del peso no sufriera demasiados embates y que se mantuviera fija en los 12.50 a lo largo del sexenio (y en los siguientes 20 años, pues sólo hasta 1976 se reinició el horror de las devaluaciones).

Sin demasiados problemas económicos el gobierno pudo enfocar la atención en las elecciones de diputados de 1955. El PRI inició una gigantesca campaña de afiliación para llegar, modestamente, a dos millones de militantes, el 20 por ciento de la ciudadanía. Para lograrlo se incorporó al PRI a todos los trabajadores del Estado. Naturalmente, las afiliaciones no fueron individuales sino corporativas, así es que buena parte de los miembros del PRI eran "cautivos". Otros se enrolaron con gusto por su propia voluntad, pues advirtieron que el partido oficial era el boleto seguro para tener trabajo o para hacer negocios. Y como el gobierno estaba acostumbrado a maquillar a su gusto los resultados de las votaciones hay bases para suponer que el toque Max Factor también coloreaba la espectacular cifra de tres millones de mexicanos ("un millón 230 mil eran mujeres", se dijo ufanamente) que en 1955 contaba el PRI. Sólo el Partido Comunista de la Unión Soviética manejaba semejantes cantidades de miembros.

Para escoger candidatos a diputados y a siete gubernaturas Ruiz Cortines recurrió al entretenido sistema de la elección personal y el "palomeo" de candidatos propuestos por las tres corporaciones del PRI. De más está decir que la apatía del pueblo en estos comicios fue semejante a la de los anteriores, y dada la notoria debilidad de la oposición, el partido oficial ganó cómodamente y una vez más aplicó la política del "carro completo". Ya se habían quedado atrás las disensiones de viejos militantes y la disciplina de la "familia revolucionaria" cada vez mostraba hallarse mejor aceitada. Todos los políticos y el sector privado y las fuerzas vivas acataban las reglas del juego, las disposiciones no escritas, intangibles, que sin embargo pesaban cada vez más y empezaban a rigidizarse.

El ex presidente Alemán se manejaba con suma discreción, pero su hijo Miguelito, entonces de 24 años, halló las puertas abiertas en los negocios. Mediante una serie de operaciones relámpago, Miguel Alemán Velasco compró, a 10 pesos el metro, cinco millones y medio de metros cuadrados en los límites del DF y el Estado de México y así creó el fraccionamiento Ciudad Satélite con su compañía Urbanización Nacional. Miguelito se reservó 60 mil metros cuadrados para levantar su propia residencia y para "fines comerciales". Pero en 1956 todo parecía en calma total, aunque, por supuesto, por debajo se gestaban conflictos agudísimos que en ese momento casi nadie era capaz de prever. Fidel Velázquez se había ganado la "confianza" absoluta de gobierno y empresarios, y por eso nadie quiso impedir que el otrora lechero y para entonces viejo lobo lograse lo que se proponía desde siempre: reelegirse *ad nauseam* en la secretaría general de la CTM. Los trabajadores de la industria textil, debidamente aleccionados, propusieron la reelección. Nadie chistó en la CTM. Como el presidente, Velázquez disponía ya del control total, casi sin fisuras, entre sus sindicalizados. Este control se había llevado a cabo a través de todo tipo de

maniobras y de acciones de franco pistolerismo, que obligaban a muchos sindicatos a integrarse en la gran central y a aceptar a los líderes que se les habían impuesto. El sistema obrero era un círculo concéntrico, un reflejo del sistema político nacional, tal como lo eran ya, o lo empezaban a ser, muchas instituciones de la vida nacional. Fidel Velázquez sabía manejar la "retórica revolucionaria" y era un experto en "dorar la píldora" para que los obreros más lerdos pudiesen creer que hacía algo por ellos. Los otros, los que se daban cuenta, o se hallaban coludidos en el juego o eran "purgados" de las filas sindicales, si no es que terminaban en la cárcel o en los panteones. La riqueza de los líderes obreros ya era escandalosa; además de los cinco coyotes y de sus inmediatos también destacaba ya el poderío y la riqueza de otros líderes obreros, como Luis Gómez Z. y su ex contrincante el Charro Díaz de León; o de Manuel Sánchez Vite, del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), para sólo citar algunos ejemplos ilustres de la época.

Después del amago de la Temible Huelga General de 1954, a Fidel Velázquez le gustó mostrarse avalentonado y exigente para acabar aceptando lo que le proponían desde un principio. O menos. Uno de estos ejemplos lo dio en las negociaciones para fijar el salario mínimo de 1958. Fidel pidió 48 pesos y adujo que con esa cantidad los trabajadores apenas podrían obtener sus necesidades básicas, lo cual, claro, era correcto; sin embargo, el salario mínimo de 1957 era de 11 pesos, y Conciliación y Arbitraje fijó el de 1958 en 12, y ése fue el que se quedó.

A fines de 1956 la atención se fijó en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), cuyo director era el millonario Alejo Peralta. En aquella época se daba alojamiento y alimentación a algunos estudiantes de provincia, y éstos, encabezados por Nicandro Mendoza, presidente de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), iniciaron movilizaciones que Ruiz Cortines acabó por aplastar. En septiembre, el ejército tomó las instalaciones del IPN; se detuvo a cientos de estudiantes, se clausuró el internado y Nicandro Mendoza fue a dar a la cárcel.

En 1957 las exportaciones siguieron cayendo (el auge de 1955 sólo había sido una excepción), la producción agrícola fue muy mala, las importaciones de insumos aumentaron, la deuda externa crecía, los especuladores procedieron a retirar sus capitales y se redujo la capacidad para adquirir artículos manufacturados. El gobierno, prudentemente, hizo a un lado el optimismo autojustificatorio de los años anteriores y como solución a los problemas sólo se le ocurrió la brillante y original idea de recurrir a los préstamos del exterior, pues sólo así evitarían aumentar impuestos, poner controles de cambio, devaluar la moneda o reiniciar la pesadilla de los aumentos de precios. De nuevo se restringió, hasta donde era posible, el gasto público, se aumentaron los créditos en alguna medida y se trató de ampliar las exportaciones. Todo esto sirvió, pero no se pudo evitar la escasez de productos y el aumento del costo de la vida. Para colmo de males, un terrible temblor sacudió la ciudad de México, derribó el ángel de la Columna de la Independencia y causó daños materiales, además del susto mayúsculo de los chilangos.

En medio de las nuevas dificultades económicas, que una mínima planificación hubiera podido prever, Ruiz Cortines se enfrentó a lo que

Alemán llamaba “el paso más difícil para un gobernante” (mexicano, por supuesto): designar a su sucesor. Desde un principio Ruiz Cortines se deleitó haciendo creer a mucha gente que sus simpatías se hallaban puestas en el secretario de Salubridad, el doctor Ignacio Morones Prieto, a quien no dudó en llamar “un nuevo Juárez”. Éste, por supuesto, se sentía con anuencia para ganar adeptos y hacer negociaciones “a la mexicana”, esto es: dentro del máximo sigilo y sin ventilación pública, lo que en la década siguiente se llamó coloquialmente “la grilla” o “la tenebra”.

El otro “precandidato” con fuerza y apoyos era el ministro de Agricultura Gilberto Flores Muñoz (quien años después sería asesinado a machetazos, al igual que su esposa, la escritora que firmaba con el nombre Ana Mairena). Ángel Carvajal también se sentía con posibilidades de obtener la designación de Ruiz Cortines y ya había iniciado sus trabajos para fortificarse. Pero los que “sonaban” más eran Morones y Flores Muñoz. Incluso se decía que María Izaguirre, la segunda esposa de Ruiz Cortines, en todas partes presentaba a la esposa de Flores Muñoz como “la futura primera dama”. También se cuenta que una vez Ruiz Cortines se hallaba en acuerdo con Flores Muñoz; de pronto mandó llamar al secretario de Hacienda y le indicó: “Haga lo necesario para que todos los documentos y papeles de la Secretaría de Agricultura queden limpios. Ya se viene la política y este Pollo”, así llamaba a Flores Muñoz, “tiene que estar limpio. Ya sabemos, por lo demás, que lo está. Pero vea con interés el asunto que le pedimos. Sin demora, por favor”. El secretario de Agricultura, de cualquier modo, algo se olió, y comentó que se decía que el sucesor era López Mateos. “Eso andan diciendo por ahí, Pollo, eso andan diciendo”, respondió Ruiz Cortines. Éste, después, llamó a Agustín Olachea, el líder del PRI, y le preguntó “quiénes sonaban para la grande”. Olachea mencionó a Flores Muñoz, a Ángel Carvajal y al doctor Morones Prieto, “honesto como Juárez, como Juárez austero, como Juárez patriota”, lo calificó Ruiz Cortines. “¿Y qué se dice de López Mateos”?, preguntó al final. “Que está muy tierno”, respondió el líder del PRI. De cualquier manera el presidente le ordenó que investigase si, como se decía, López Mateos era protestante. En todo caso, Olachea regresó con los informes sobre López Mateos (no era protestante; Evita, su esposa, sí, pero no practicante); ante esto, el presidente exclamó: “Ni siga, general, ¡ése es, ése es!” En realidad, casi nadie hablaba de López Mateos, quien aunque se había distinguido en la solución de los problemas obreros de 1954, no buscaba adeptos ni parecía interesado en la presidencia. Por tanto, fue una sorpresa mayúscula para políticos, observadores y “expertos” que el dedazo fuese a favor de éste. Según el cacique Gonzalo N. Santos, Ruiz Cortines lo escogió porque lo vio como “un hombre descolorido” que se podría manejar a control remoto. “La revolución se iba a dividir”, cuenta Santos que le explicó Ruiz Cortines para justificar su decisión por López Mateos, “pues Morones adquirió mucha fuerza y Flores Muñoz también ha arrastrado contingentes para su candidatura y entonces optamos por salvar primero la unidad de la revolución”. En todo caso, López Mateos resultó “la chica”. Para seguir con los chismes insidiosos del resentido Santos (ya que en los años setenta el presidente Echeverría ordenó una campaña contra su cacicazgo, califato o prebostazgo; y después López Portillo le expropió la finca Gargaleote): López Mateos “era hijo natural de un español asturiano llamado don Mariano Gerardo López”. También se rumoraba que López Mateos ni siquiera era mexicano, natural o no, sino guatemalteco.

En 1957 ya no hubo disensiones dentro de la familia revolucionaria y todo mundo acató la decisión de Ruiz Cortines.

López Mateos tenía cierta fama de "izquierdista" pues en su juventud había apoyado a Vasconcelos; como, además, los principales problemas que empezaban a crecer se hallaban entre los obreros, la designación del secretario de Trabajo resultaba consecuente. El consenso a favor de López Mateos fue tan rotundo que incluso el Partido Popular se adhirió a su candidatura, así es que la única oposición que tuvo el PRI fue por parte del Partido de Acción Nacional, que propuso a Luis H. Álvarez para competir por la presidencia.

Una de las primeras cosas que hizo López Mateos fue nombrar a Alfredo del Mazo Vélez como coordinador de su campaña, pues el presidente del PRI, Agustín Olachea, no garantizaba; "eran evidentes sus limitaciones", se decía.

Pero la atención que generan las campañas presidenciales aminoró ante el alud de problemas que surgieron en 1958. Desde principios de año, los campesinos manifestaron su descontento y desesperación por el franco abandono al que los sometió la Revolución mexicana, que sólo se acordaba de ellos cuando requería grandes contingentes de acarreados, y a cambio de una torta y un refresco, eran montados en camiones de redilas para vitorear a funcionarios. Dos mil campesinos invadieron terrenos privados en Sinaloa, donde había muchos latifundios disfrazados. El ejército sitió a los invasores pero éstos rehusaron salir de allí, lo que provocó situaciones muy tensas. La prensa responsabilizaba a Jacinto López, dirigente de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), de instigar a los invasores. Gilberto Flores Muñoz, secretario de Agricultura, voló a Sinaloa, formó una comisión para estudiar el caso y acabó entregando cuatro mil 840 hectáreas a casi 500 familias. Se anunció que en breve se otorgarían 14 mil hectáreas más.

Poco después los jornaleros agrícolas de La Laguna, desempleados, organizaron invasiones-relámpago: permanecían unos días en los terrenos y después se desplazaban a otros. Flores Muñoz fue allá también y nuevamente se responsabilizó a Jacinto López y a la UGOCM. Las invasiones continuaron en Sonora, Nayarit, Colima y Baja California. El ejército desalojó a los campesinos en casi todas partes. Cayó arrestado Gregorio Hernández, de la UGOCM, quien aseguró que Jacinto López había ordenado las invasiones. Con esto, el gobierno se lanzó contra López, en julio lo arrestó en Cananea, Sonora, y se le encarceló con cinco de los suyos en calidad de vulgares delincuentes comunes. Pero había que hacer algo para evitar la epidemia de invasiones de tierras.

Ruiz Cortines en todo su mandato prácticamente se había olvidado de la vieja tradición de la Revolución de repartir tierras (ya se sabe que por lo general eran cerriles, además de que infinidad de veces la maraña burocrática impedía que los beneficiados tomaran posesión de los predios). Pero ante los problemas optó por confiscar el latifundio de Cananea, que constaba de 500 mil hectáreas y, además, pertenecía a la Cananea Cattle Company, que la adquirió de la familia Green. En agosto finalmente tuvo lugar la expropiación

que, por supuesto, fue generosamente indemnizada por el gobierno a 125 pesos por hectárea, de inmediato y en efectivo. Los agricultores se pusieron muy contentos, pues, como en las épocas de Ávila Camacho, las expropiaciones resultaban excelente negocio. El acarreo de campesinos para la ceremonia del reparto fue espectacular, y así Ruiz Cortines concluyó su mandato presumiendo de gran benefactor de los campesinos cuando en casi todo su sexenio los mantuvo en el abandono. Jacinto López, en la cárcel, fue uno de los primeros líderes que pudieron apreciar las bondades del "presidente agrarista".

Las invasiones de tierra ocuparon los titulares de los diarios en la primera parte de 1958, pero pronto la atención pública se desplazó hacia la cuestión de los maestros, que después de las "rectificaciones" y de la cacería de brujas que Ávila Camacho desató contra los "maestros comunistas-cardenistas", éstos habían sido domesticados con la creación del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. El SNTE pronto se convirtió en uno de los gremios más corruptos del país, a pesar de lo alarmante que resultaba que la educación de los niños mexicanos estuviera en semejantes manos. Primero Jesús Robles Martínez y después Manuel Sánchez Vite se encargaron de amasar enormes fortunas que les dieron reputación caciquil. El SNTE, por supuesto, fue solapado por el gobierno en todo momento, pues, como la CTM, respaldaba las políticas oficiales y acarreaba no sólo maestros a los actos públicos sino también enormes contingentes de niños de las primarias oficiales que ni siquiera recibían una paleta Mimí. Los salarios de los maestros siempre fueron contenidos y todo brote de rebeldía se aplastó, así es que en el magisterio se fueron avivando los descontentos. En 1956 los profesores de primaria del Distrito Federal, inconformes con el aumento del 14 por ciento obtenido por el SNTE, organizaron un mitin de protesta, convocado por Othón Salazar y Encarnación Pérez Rivero quienes exigieron un aumento salarial del 30 por ciento. Othón Salazar se ganó la estima y la confianza de los maestros, y éstos trataron de llevarlo a la directiva del comité seccional del DF. Pero el SNTE cerró filas y evitó el ascenso de Othón. Por tanto, los maestros de primaria del DF organizaron su propio congreso y eligieron a Salazar y a Pérez Rivero. El gobierno desconoció estos nombramientos y dio todo su apoyo al SNTE. Ante eso, Othón Salazar creó el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM) y empezó a extender su influencia, además de que logró despertar el apoyo entusiasta de los estudiantes normalistas, ya que Othón fue líder de ellos en sus épocas de alumno.

Con esta fuerza, y consciente de que un año de elecciones tendría que matizar la naturaleza represiva del régimen, Othón Salazar organizó una gran manifestación en abril de 1958 que llegó al zócalo de la capital para exigir el aumento que habían pedido dos años antes y que naturalmente nunca se concedió. Eran 100 mil participantes entre maestros, estudiantes, ferrocarrileros, telegrafistas y petroleros. Ruiz Cortines, sin embargo, quiso escarmentar a los maestros y de paso a los ferrocarrileros y a los telegrafistas que también se habían rebelado, y ordenó a los granaderos que disolvieran la manifestación. El cuerpo de granaderos, como de costumbre, desplegó una brutalidad desproporcionada y atacó ferozmente a los manifestantes que huían aterrados.

Dolidos por el castigo, los del MRM ordenaron huelga en todas las primarias de la ciudad de México hasta que se les concediese el aumento pedido. Mucha gente apoyó a los maestros y los estudiantes normalistas organizaron nuevas manifestaciones en abril que cada vez lograban conjuntar más gente del pueblo. Y, aunque la SEP y el SNTE declararon que el paro de maestros era un fracaso, la verdad es que la huelga había tenido un gran éxito. Las demás secciones del SNTE se apresuraron a condenar al MRM y la SEP, dirigida entonces por Ángel Ceniceros, se negó a entablar pláticas con Othón Salazar, ya que "no era representante legítimo". Ante eso, los maestros establecieron un plantón permanente en los patios de la SEP, que se convirtió en una verdadera fiesta popular. Había música, discursos a todas horas y colectas de solidaridad.

La prensa, también como era de esperarse, criticó duramente a los maestros, especialmente porque, como cita Olga Pellicer de Brody, "el edificio de la SEP es teatro de un lamentable y bochornoso espectáculo... mujeres y niños duermen allí, hacen café y toman sus alimentos". El secretario de la presidencia, Benito Coquet, inició las conversaciones con Othón Salazar, y el 12 de mayo el secretario de Educación informó que se pagarían los sueldos de los huelguistas correspondientes a mayo. Durante las fiestas del día del maestro, el viejo zorro Ruiz Cortines tomó la palabra y a su vez anunció que a partir del primero de julio (a unos días de las elecciones), se otorgaría un aumento de sueldo a los maestros. Con esto, Othón ordenó que se despejaran los patios de la SEP y que se levantase la huelga el 3 de julio. Era consciente de que habían obtenido una victoria sustancial gracias a la coyuntura de las elecciones presidenciales, pero también de que su situación aún era difícil, pues la Secretaría del Trabajo no reconocía al MRM como representante de la sección IX del sindicato; además, a pesar de que su popularidad se extendía, el movimiento magisterial sólo había abarcado a la ciudad de México. Una vez pasadas las elecciones era muy probable que el gobierno "se cobrara la afrenta" y, para evitarlo, había que fortalecer al máximo al MRM.

Para esas mismas fechas el movimiento ferrocarrilero también sacudió al país. Desde 1948, cuando Miguel Alemán nos dio el charrismo e inauguró la moda de encarcelar a líderes rebeldes, los ferrocarrileros quedaron a merced de un sindicato absolutamente servil al gobierno que, como reflejo, le impuso condiciones rígidas y autoritarias. Ya durante la gestión ruizcortinista, Roberto Amorós fue nombrado gerente de Ferrocarriles y en el acto mostró su naturaleza despótica y trató a los ferrocarrileros con una mano verdaderamente dura, especialmente en 1954, cuando se dio un movimiento "tortuguista" y Amorós despidió a numerosos trabajadores para "frenar la agitación". Las condiciones de trabajo eran sumamente duras, y la posibilidad de obtener mejores condiciones salariales, de por sí remotas durante el desarrollismo, resultaron casi imposibles en Ferrocarriles, que, por otra parte, vertiginosamente se iba quedando atrás en la vida del país. A diferencia de la década anterior, cuando los trenes aún eran indispensables, a fines de los cincuenta, la industria y el comercio se habían inclinado por otros medios de transporte, y los ferrocarriles se fueron rezagando especialmente en cuanto a la renovación y modernización del equipo.

Las pésimas condiciones de trabajo amenazaban con volver explosiva la

existencia de Ferrocarriles. En 1957, después de que por fin se concedió un aumento sustancial, aunque aún insuficiente, Jesús Ortega tomó posesión de la secretaría general del sindicato y en el acto soltó la amenaza de que cualquier ferrocarrilero que protestara sería ‘‘reo de disolución social’’. En 1958 un grupo de rieleros insistió en que sus salarios eran los más rezagados de toda la clase obrera y así se propuso la creación de una Gran Comisión Pro Aumento de Salarios que se formaría con representantes de cada sección del SNTFRM. Esta idea le desagradó al comité ejecutivo, pero ante la aceptación unánime de la propuesta no tuvo más remedio que apoyarla. La comisión se constituyó en mayo de 1958 y como representante de la sección 13 fue nombrado Demetrio Vallejo, quien poco después la presidiría. Jesús Ortega desde un principio intentó sabotear los trabajos de la Gran Comisión e incluso trató de disolverla, pero no pudo, y el 9 de mayo Vallejo y los demás representantes concluyeron que era necesario un aumento de 350 pesos mensuales para todos los ferrocarrileros de cualquier jerarquía. Tanto Amorós como Ortega exclamaron que la petición era desmesurada, pero Vallejo explicó que con ese aumento los ferrocarrileros apenas alcanzarían el nivel de salarios de 10 años atrás. Como todo el gremio apoyaba a la comisión, el sindicato no tuvo más remedio que acceder a solicitar el aumento, aunque lo redujo a 200 en vez de los 350 pesos acordados. Como en mayo las invasiones de tierra estaban en su apogeo, al igual que las acciones de Othón Salazar y el MRM, el gobierno decidió ser cauteloso ante la inminencia de las elecciones y el presidente Ruiz Cortines declaró que convocaría a los secretarios de Economía y Hacienda para estudiar la petición de los ferrocarrileros.

Ante eso, Ortega se reunió, cordialmente, con Amorós y le planteó la petición de los 200 pesos mensuales. El gerente pidió dos meses para estudiar la petición. La Gran Comisión al instante rechazó semejante lapso y además planteó que los 200 pesos que había pedido el sindicato no bastaban, había que luchar por los 350, deponer a los líderes locales y presionar al comité ejecutivo para que reconociese a los nuevos dirigentes. Esto se conoció como el Plan del Sureste, porque lo propuso el delegado de Chiapas y fue apoyado por Demetrio Vallejo y la sección 13. Para mostrar que ellos no amagaban para “negociar” al estilo Fidel Velázquez, las bases depusieron al comité ejecutivo de la sección a la que pertenecía Vallejo. Se planteó que pedir 60 días para resolver el problema era dar largas al asunto, y por tanto se puso un plazo de 10 días tanto a la empresa como al comité ejecutivo del sindicato. Este plazo se iniciaría el 16 de junio y terminaría el 25. Si para entonces la respuesta era negativa, o se les ignoraba, se realizaría un paro de dos horas. Si después de eso la negativa persistía los paros continuarían, sólo que se les aumentarían dos horas cada día que transcurriese.

Esta resolución se tomó el 11 de julio. Para entonces los maestros habían logrado que el gobierno cediera a sus primeras peticiones, pero otros gremios también habían requerido ya aumentos de salario, y los telegrafistas (que crearon la Alianza de Telegrafistas para contrarrestar al sindicato), los petroleros, telefonistas y electricistas se mostraban más exigentes. Mucha gente del pueblo simpatizaba con estos movimientos y había asistido a las manifestaciones del MRM. Los estudiantes de nivel superior también se solidarizaron con los obreros y no sólo eso: como los transportes urbanos de la ciudad habían elevado sus tarifas, los muchachos protestaron y

secuestraron unidades, así es que Ruiz Cortines ordenó que el ejército ocupara las instalaciones del Instituto Politécnico Nacional. Todas estas muestras de inconformidad de tanta gente eran insólitas en el país, y las elecciones, ya muy próximas, se veían amenazadas por el clima de rebelión. Con frecuencia había mítines y manifestaciones, y mucha gente ajena a todo ello, especialmente jóvenes de la clase media, se acostumbraba a ir a la calle a protestar. Ante eso, el gobierno trató de implantar una especie de "equilibrio estabilizador" a través de la alternancia de represión y concesiones cuando no quedaba otro remedio.

El de 1958 era un año explosivo (como lo fue, en mucho menor medida, 1948, y, en mayor magnitud, 1968 y 1988), pero aun así el gerente Amorós persistía en su política de desdén olímpico hacia los trabajadores de su empresa. Prácticamente no hizo nada para conjurar el Plan del Sureste y la posibilidad de los paros escalonados y progresivos; se reunía con la gente del sindicato calmosamente y al parecer daba largas al asunto. En cambio, Vallejo y los del sureste recorrían las secciones del sindicato para consolidar la unión en caso de que los paros tuvieran que realizarse. El 25 de junio Jesús Ortega rechazó el Plan del Sureste y la pretensión de obtener 350 pesos. Amorós, por su parte, dijo que sólo trataría con "los representantes legales del sindicato".

No quedó más remedio que suspender las labores. Para el pasmo del gobierno, Amorós y Ortega, el paro abarcó a la totalidad de los trabajadores de Ferrocarriles. No hubo el más mínimo desorden y, una vez concluidas las dos horas, las actividades se reanudaron tranquilamente. Esa vez nadie pudo urdir, como se dijo en el caso de los maestros, que "el paro había sido un fracaso". A partir de ese momento se empezó a decir que los comunistas trataban de desquiciar al país y que el autor intelectual de los sucesos no era otro sino el temible Valentín Campa. De cualquier manera al día siguiente el paro fue de exactas cuatro horas, y todo mundo se empezó a preocupar en serio.

La prensa ya estaba caliente en las condenas a los ferrocarrileros. El 28 de junio el paro empezó a las 10 de la mañana y, en perfecto orden, concluyó a las cuatro de la tarde, exactamente seis horas después. A la una de la tarde se llevó a cabo una gran manifestación en el zócalo, "para entrevistarse con el presidente". Claro que Ruiz Cortines no se apareció ni los recibió, pero los manifestantes sí pudieron ver a los granaderos y al ejército, que les propinaron una paliza y los disolvieron. Al mismo tiempo, Amorós comprendió, hasta entonces, que las cosas iban en serio y se reunió con la Gran Comisión. Propuso un aumento de 180 pesos. La comisión había reducido la petición a 250. No hubo acuerdo, pero Amorós dijo que "el presidente estaba muy preocupado" y deseaba entrevistarse con los rebeldes. El paro de ese día ya había causado muchos problemas y las pérdidas de dinero eran cuantiosas. Las elecciones tendrían lugar en seis días, y el gobierno estaba muy preocupado.

El 29 de junio la suspensión de labores fue de ocho horas, y un día después, cuando el paro cubrió las 10 horas, el presidente recibió a la Gran Comisión y propuso un aumento de 215 pesos. Al instante los ferrocarrileros aceptaron la propuesta y los paros se suspendieron. Para entonces los trabajadores "del riel" exigían ya la caída de Jesús Ortega y que se efectuaran elecciones para

elegir un nuevo comité ejecutivo. Demetrio Vallejo, por su parte, ya era presidente de la Gran Comisión y sugirió que el mismo Ortega renunciase para evitar mayores problemas.

Las elecciones, que habían resultado providenciales para maestros y ferrocarrileros, pudieron celebrarse sin problemas y, conforme a los pasos del proceso electoral, días después se informó que el candidato del PRI, Adolfo López Mateos, había obtenido el triunfo absoluto sobre su adversario Luis H. Álvarez, del PAN. Una vez arregladas las cifras a conveniencia del gobierno, resultó que López Mateos había obtenido el 90.43 por ciento sobre el escaso 9.42 (705 mil votos de cerca de nueve millones y medio de votación). El PRI se consolidaba definitivamente como "aplanadora de carro completo".

La cuestión electoral había sido resuelta, pero seguían más vivos que nunca los conflictos obreros, con dos líderes populares que lograron sendos triunfos ante el pesado aparato oficial. Además, ya se había generado un movimiento independentista en el sindicato petrolero (un año después tomaría control del sindicato Joaquín Hernández Galicia, mejor conocido como la Quina, quien durante 20 años haría su real gana y obtendría cantidades demenciales de dinero) y muchos obreros más estaban encrespados, así es que el gobierno reprimió a los petroleros, negó el registro a la Alianza de Telegrafistas, allanó las oficinas del Partido Comunista y encarceló a partidarios del líder ferrocarrilero para tratar de contrarrestar los éxitos de Othón y de Vallejo, quienes, a mediados de agosto, eran vistos como virtuales ganadores de las elecciones en sendos congresos. Como Vallejo era un hueso más difícil de roer, la atención se desplazó hacia los maestros. Tuvo lugar el congreso que pedía el MRM, en el que triunfó Othón (con una ovación que duró 35 minutos), pero también el SNTE realizó el suyo, lo que implicó que las autoridades continuarían desconociendo legalmente al MRM, que, para presionar, organizó una manifestación el 8 de septiembre. Ésta fue apoyada por ferrocarrileros, obreros descontentos de todo tipo, estudiantes y pueblo en general de la ciudad de México. Pero el gobierno venía decidido a acabar con el problema de los maestros. La manifestación fue reprimida con lujo de violencia por el ejército, granaderos y policías; los manifestantes respondieron con piedras y bombas molotov, pero fueron dispersos y hubo muchos heridos y arrestados. Entre éstos se hallaban, precisamente, Othón Salazar y Chon Pérez Rivero, quienes fueron a dar a la cárcel de Lecumberri y se convirtieron en presos políticos notorios que al instante ameritaron el apoyo de todas las débiles fuerzas de izquierda.

En tanto, Ángel Carvajal, secretario de Gobernación, entabló conversaciones con los líderes restantes del MRM y con el líder del SNTE Enrique W. Sánchez. Gobernación se negó rotundamente a liberar a Salazar y a Pérez Rivero pero accedió a que se llevara a cabo un nuevo congreso de la sección IX, en la que el MRM obtuvo la victoria. Sin embargo, Othón seguía en la cárcel y, sin él, la causa de los maestros de primaria del DF parecía, a la larga, condenada de antemano. En efecto, ya en 1960, el SNTE no tuvo problemas para desconocer y destituir a los líderes del MRM en la sección IX.

En cuanto a los ferrocarrileros, el gobierno ya había iniciado algunas acciones represivas en su contra; además de que el líder regiomontano Román Guerra Montemayor había sido torturado y asesinado en Monterrey, y de que se

arrestaran a militantes cercanos a Vallejo, el gobierno confiaba en que estas intimidaciones suavizaran el comportamiento del líder principal; se apresuró la renuncia de Ortega a la secretaría general del SNTFRM, pero el nuevo líder, Salvador Quesada, también desconoció a Vallejo y anunció sanciones contra sus seguidores.

La Gran Comisión, por su parte, ignoró estos movimientos en el sindicato y realizó su convención, que eligió a Demetrio Vallejo. Por su parte, el nuevo comité ejecutivo encabezado por Salvador Quesada el mismo día también organizó su convención, en la que amenazó con mandar a la cárcel a los opositores y denunció que éstos estaban en manos del Partido Comunista, el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM) y el Popular (que como cambio espectacular añadió el irónico calificativo "Socialista" a su denominación y se convirtió en PPS). La verdad es que Vallejo sí consultaba a estos partidos, y él mismo militaba en el POCM. De nuevo se responsabilizó a Valentín Campa de instigar los paros. La CTM, naturalmente, apoyaba a Quesada, y Fidel Velázquez descalificó a Vallejo y a la Gran Comisión: "Se realizaron paros ilegales, huelgas locas", dijo, "manifestaciones tumultuosas, invasión de locales sindicales y de edificios públicos, atentados a las vías generales de comunicación, ataques e insultos al gobierno, agresiones contra los intereses y la vida de particulares y encuentros con la policía en la vía pública que crearon un clima de alarma e intranquilidad. Se trata de una verdadera conjura del comunismo internacional para provocar la desarticulación en el medio social de los pueblos que son un objetivo, para apoderarse primero de los puntos estratégicos de la dirección del movimiento obrero, del campesino, de la burocracia, de órganos de difusión como la prensa, la radio y el propio gobierno, para después extender su hegemonía hacia el control absoluto de las instituciones".

Por su parte, Vallejo convocó a una manifestación más, pero esta vez para agradecer al presidente por el alza. En ese contexto las fuerzas públicas se abstuvieron de atacarlos, pero se vigiló la manifestación con un abultadísimo número de policías. Vallejo decidió aprovechar el vuelo que traía y lograr que gobierno y empresa reconocieran al comité ejecutivo emanado de la convención. Si esto no ocurría, nuevamente se haría un paro de dos horas que, cada día que pasara, aumentaría en otras dos horas como la vez anterior. Como Ferrocarriles no respondió, el día 26 de julio tuvo lugar el paro, a pesar de la fuerte presión y de las intimidaciones contra los ferrocarrileros para que no siguieran secundando a los líderes rebeldes.

Esta vez el gobierno ya no dejó pasar más tiempo, pues sabía que Vallejo no iba a desistir. El secretario de Gobernación ese mismo día convocó a pláticas y puso como condición que se detuvieran los paros. Vallejo aceptó y durante varios días las negociaciones se estancaron, pues cada parte se mantuvo en lo suyo y no quiso ceder. Gobernación incluso ordenó que las fuerzas públicas disolviesen "cualquier mitin" y Vallejo avisó que se reiniciarían los paros: de dos horas el 31 de julio y se añadiría una hora más cada día que transcurriera sin respuesta favorable. El primer paro se llevó a cabo, y como los del ciclo anterior, fue ordenado y total en todo el país. Para entonces la prensa ya no sólo insultaba a los ferrocarrileros en rebeldía sino que exigía que se les reprimiera. La iniciativa privada igualmente pedía la represión, con franca beligerancia por parte de los comerciantes.

Ante eso, el gobierno, ya desesperado, se decidió por el uso de la fuerza. El 2 de agosto el ejército se posesionó de todas las instalaciones ferrocarrileras del territorio nacional y la policía efectuó arrestos en todo el país, pero, en ese momento, Demetrio Vallejo no fue molestado; los detenidos fueron consignados por daño en propiedad ajena y la empresa avisó que todos los paristas tenían que regresar a trabajar o de lo contrario también serían encarcelados y despedidos de sus puestos. Sin embargo, este despliegue de fuerza más bien fortaleció la unidad de los obreros, quienes continuaron el paro. Ante eso, el gobierno cedió: decidió liberar a los presos y aceptó la realización de nuevas elecciones en el SNTFRM.

Las tropas empezaron a salir de Ferrocarriles y el paro concluyó el 7 de agosto. La situación estaba ardiente. A fines de ese mes los estudiantes llenaron el zócalo con camiones secuestrados y quemaron algunos. El 30 de agosto quemaron dos grandes muñecos de cartón que representaban al general Rosendo Topete, subjefe de Policía Preventiva, y a José Valdovinos, presidente de la Alianza de Camioneros. Los estudiantes ya habían "pintado" en los muros de palacio "muera el mal gobierno", "Abajo el monopolio", "Municipalización del transporte", cuando los granaderos los expulsaron con gases lacrimógenos y chorros de agua.

El éxito de los ferrocarrileros fue definitivo, a causa de la firmeza de Vallejo y de la extraordinaria unidad de los trabajadores, que lograron resistir presiones, amenazas, represión e incluso el amago del ejército. Por supuesto, como se ha hecho ver, también fue un factor decisivo la coyuntura histórica, pues el "interregno" sin duda favoreció al movimiento: ni Ruiz Cortines, que salía, ni López Mateos, entonces presidente electo, se hallaban en posesión de todo el poder. Por tanto, la prensa y la iniciativa privada tuvieron que tragarse el coraje de ver a los "inmorales, demagogos, comunistas, subversivos, agitadores, ferrocarrirrojos", etcétera, llevar a cabo sus elecciones generales. Demetrio Vallejo obtuvo la secretaría general avasalladoramente (el candidato de la empresa obtuvo nueve votos contra casi 60 mil a favor de Vallejo). La victoria de los ferrocarrileros, sin embargo, significó la ruina de Othón Salazar, pues el gobierno ya no quiso ceder ante el caso de los maestros, y a la larga el encarcelamiento de Salazar y de Pérez Rivero sólo fue un augurio ominoso para Vallejo.

Por supuesto, el gobierno no esperó a que López Mateos tomara posesión y desde septiembre de 1958 procedió a socavar la fuerza de Vallejo y a "propiciar las condiciones" para eliminarlo de la secretaría general del sindicato. La situación seguía explosiva entre petroleros, telefonistas y los estudiantes. Fidel Velázquez de nuevo tuvo que recurrir a la "retórica revolucionaria" y emplazó a huelga por un aumento de 25 por ciento para poder mediatizar a los trabajadores. Vallejo, por su parte, trató de desligarse de las prácticas "charras" y sacó al SNTFRM del Bloque de Unidad Obrera. Además, no perdió tiempo en corregir muchas situaciones de extrema injusticia entre los ferrocarrileros. Pero, también desde un principio, enfrentó la ofensiva que el gobierno y la empresa le tendían: varios de sus compañeros lo abandonaron, porque el nuevo secretario general procedió a quitarse de encima a mucha gente de la vieja guardia que claramente trataba de obstaculizarlo. Le presentaron demandas. Además, la prensa y los líderes de

la sección 15 se escandalizaron porque Vallejo restituyó los derechos sindicales de Valentín Campa, quien, por su participación en el movimiento de 1948, fue satanizado más que nadie como “fenómeno rojo y agitador comunista”. Desde septiembre el sindicato se convirtió en una olla de grillos, y en esas condiciones llegó el cambio de gobierno.

4. La izquierda “atinada” (1958-1964)

LA REVOLUCIÓN EN BICICLETA

En diciembre de 1958, Adolfo Ruiz Cortines se deshizo de la banda presidencial y se fue muy contento a su casa. Como en el boxeo, la campana lo había salvado y no tuvo que apretar la represión para que los trabajadores volvieran a dejarse explotar sumisa e incluso agradecidamente. El a partir de entonces ex presidente de cualquier manera cultivó su grupo político y no dejó de hacerse presente durante los gobiernos posteriores; a su casa de la avenida Revolución se le llegó a decir “Los Pinitos”, pero en realidad no trató de manejar a López Mateos. Él solito pensaba que se debía continuar la política del “desarrollo económico dentro de la estabilidad monetaria”, y así lo hizo saber inmediatamente a través de su secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena, quien llegó a tener un peso muy fuerte en la administración lopezmateísta. El gabinete también incluía, en Economía, a Raúl Salinas Lozano, padre de Carlos Salinas de Gortari, que tomó el poder en 1988; Manuel Tello, en Relaciones Exteriores; Gustavo Díaz Ordaz, conocido como “duro” e incluso “violento”, en Gobernación; Jaime Torres Bodet, el poeta Contemporáneo, en Educación Pública; Ernesto Uruchurtu fue una herencia de Ruiz Cortines que López Mateos aceptó de buen agrado, y Donato Miranda Fonseca ocupo la recién creada Secretaría de la Presidencia, encargada de coordinar programas y gastos de todas las dependencias para y estatales. Según los expertos, esta secretaría era un aviso del gusto por los planes que caracterizó después al gobierno de López Mateos, y que fue una verdadera plaga durante los tiempos de la tecnocracia.

Este nuevo gobierno aparecía en medio de severos problemas; continuaban alterados los ánimos a causa de las protestas populares y la rebeldía belicosa de Demetrio Vallejo. Además, a mucha gente no le alcanzaba con lo que ganaba y con gusto se sumaba a las manifestaciones de trabajadores que pedían aumentos de salario o verdadera autonomía sindical. Por otra parte, la balanza de pagos fue negativa por segunda ocasión, las Imprescindibles Importaciones se llevaban las reservas monetarias y la Afamada Paridad de 12.50 se veía amenazada.

El nuevo gobierno procuró limitar las importaciones, sustituirlas en lo posible y elevar los aranceles respectivos. Y bajó hasta donde pudo el gasto público. Al menos durante la primera mitad del año, López Mateos y su equipo se fueron despacio, con cautela. Pero como la iniciativa privada hacía exactamente lo mismo, el resultado fue la suerte de parálisis económica que tenía lugar con frecuencia a principios de cada sexenio.

También había problemas en el campo, y allí, en un principio, López Mateos quiso demostrar la endeble cercanía a las causas populares que había

conservado de sus épocas vasconcelistas, cuando estuvo en contra del gobierno. Desde un principio hizo ver que para evitar la invasión de predios había que repartir tierra a los campesinos pobres. Esto no le gustó nada a los agricultores privados y a los empresarios en general, que se hallaban muy a gusto con los 18 años de anticomunismo. En menos de dos años, o sea, para fines de 1960, López Mateos ya había repartido más de tres millones de hectáreas (como de costumbre, en lo más mínimo de la mejor calidad), reorganizó muchos ejidos, especialmente ganaderos, y trató de contener la tendencia a que los agricultores privados rentaran tierras ejidales, con la correspondiente proletarización o emigración del campesino. Por supuesto, a través de la producción agrícola se esperaba apoyar a la industria. Sin embargo, este "nuevo aliento" de la reforma agraria ni remotamente logró sacar de la miseria a los campesinos ni calmar a las bases populares que, a principios de 1959, continuaban sumamente inquietas.

En la política no había problemas, o se solucionaban con facilidad. En diciembre de 1958, el diputado del PAN José Castillo Molina subió a la tribuna de la Cámara de Diputados e insultó con gusto a Miguel Alemán, a Ruiz Cortines y a López Mateos. Ningún priísta quería contestarle y José Ortiz Ávila tuvo que hacerlo, pero Castillo Molina, desde su curul, le mentaba la madre con señas y le sacaba la lengua. Exasperado, Ortiz Ávila le advirtió: "Lo que dije en la tribuna lo sostengo con el cañón de mi pistola". Y blandió su arma. Castillo Molina mejor se fue. Ortiz Ávila se emborrachó pensando que se había arruinado políticamente, pero, por el contrario, el secretario de Gobernación Díaz Ordaz y el presidente lo felicitaron. Casi un año después, se supo que Castillo Molina pensaba interpelar a López Mateos en el informe presidencial. El asunto se le encomendó a Ortiz Ávila, quien lo arregló al sentarse junto a Castillo con la pistola bien visible.

La propensión popular a protestar públicamente recibió un impulso justo al iniciarse 1959, cuando, sorpresivamente, huyó el dictador Fulgencio Batista de Cuba y las fuerzas del Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro Ruz dominaron toda la isla. Fidel Castro entró en La Habana y La Revolución Cubana fue la noticia más importante en todo el mundo.

En México, los izquierdistas proclamaron su entusiasmo, y el gobierno, que después de todo venía de una revolución, vio con buenos ojos el triunfo indiscutible de Fidel Castro, el Che Guevara y Camilo Cienfuegos. No obstante, buena parte de los trabajadores mexicanos continuaba en plan de lucha, y las ideas de revolución no eran muy gratas para el sistema. Ya se había expulsado a varios disidentes del sindicato petrolero que se solidarizaron activamente con los ferrocarrileros. Igualmente, por "indisciplina", se despidió a algunos telefonistas. Fidel Velázquez había tenido que ponerse "bravo"; pidió un 25 por ciento de aumento, amenazó con iniciar "miles de huelgas", organizó sus propias manifestaciones e incluso sorprendió a mucha gente cuando declaró que era un mito la justicia social en México, que nuestro país era campeón mundial en injusta distribución de la riqueza, que los controles de precio no servían para nada y que tan sólo las ganancias de 25 empresas eran "superiores a todo el presupuesto federal".

En cuanto a los ferrocarrileros, tan pronto como López Mateos tomó posesión de la presidencia, Demetrio Vallejo presentó un estudio sobre las condiciones

existentes en Ferrocarriles Nacionales. Vallejo especialmente pedía que se aumentaran las tarifas, ya que éstas eran muy bajas, si no es que ridículas, a fin de favorecer a los grandes empresarios mineros, casi todos extranjeros, que utilizaban las vías ferroviarias para transportar sus minerales. Como ejemplo, en 1958 las empresas del fierro pagaron 27.35 pesos por tonelada cuando el transporte del maíz costaba 42.85. Además, como asienta José Luis Reyna en "El conflicto ferrocarrilero: de la inmovilidad a la acción", Ferrocarriles no subió sus tarifas después de la devaluación de 1954, "por lo que si una compañía minera pagaba antes 10 dólares, sólo pagaba después 6.92."

El nuevo secretario de Patrimonio, Eduardo Bustamante, y el recién nombrado director de Ferrocarriles, Benjamín Méndez, se negaron a elevar las tarifas porque "el alza perjudicaría a las pequeñas empresas mineras mexicanas" y, claro, implicaría suspender el jugoso subsidio para las grandes compañías extranjeras. Para colmo de males, en enero de 1959 tuvo lugar la revisión del contrato colectivo y el sindicato ferrocarrilero pidió un aumento de 16.66 por ciento sobre los 215 pesos que se obtuvieron en julio de 1958, además de otro porcentaje como fondo de ahorro y la construcción de viviendas o un aumento de 10 pesos diarios para la renta. Con esto, el sindicato ferrocarrilero aspiraba a alcanzar los niveles de vida de telefonistas, electricistas y petroleros. Si se aumentaban las tarifas, razonaba Vallejo, la empresa trabajaría sin pérdidas, incluso con superávit, y podría acceder a las demandas de los ferrocarrileros. El nuevo gerente Benjamín Méndez dio a entender que la empresa estaba casi en bancarrota; esto era cierto, y también se debía a las fuertes cantidades que se iban en los pagos al "personal de confianza" y a la corrupción que cundió en la empresa durante la administración de Roberto Amorós; José Luis Reyna consigna que "tan sólo en 1958, se encontró un rubro de 'pequeñas obras' por 371 millones de pesos sin justificar".

A pesar de que el gobierno y la empresa se habían esforzado en "cañonear" con miles de pesos a varios dirigentes con el fin de debilitar el comité ejecutivo de Vallejo, en realidad los ferrocarrileros se hallaban bien unidos en torno a su líder (que era chaparrito, picoso, y "muy mujeriego", dice Elena Poniatowska). El sindicato emplazó a huelga, la empresa pidió una prórroga y el nuevo secretario del Trabajo, Salomón González Blanco, trató, o aparentó, conciliar.

Pero Vallejo quería cubrir mucho. Además del emplazamiento a huelga, presentó a López Mateos un plan para reestructurar Ferrocarriles: proponía un nuevo consejo de administración compuesto por gente que supiera de transportes y no sólo pensara en el lucro; de nuevo planteó el alza a las tarifas e incluso una política definida ante los préstamos del extranjero, cuyos intereses eran exorbitantes. Como, además de los problemas que presentaba Vallejo, había conflictos laborales con electricistas, tranviarios, telegrafistas, petroleros, mineros y telefonistas, surgió el pánico entre el gobierno y el sector privado, que se agravó cuando Vallejo envió un memorándum al presidente en contra de los aparentes planes del gobierno para privatizar algunas áreas de Pemex.

La prensa, a través de editoriales y declaraciones de todo tipo de gente,

atacaba con saña a Vallejo, quien, decían, carecía "de todo principio moral". La prensa y la gerencia de Ferrocarriles criticaban especialmente a Vallejo porque éste había reincorporado al Notorio Comunista y Disolvente Social Valentín Campa, quien, se decía, manejaba a Vallejo. Además, la empresa avanzaba en su labor de desunión de los ferrocarrileros, y ya eran varios los dirigentes, debidamente programados, que atacaban agriamente al líder oaxaqueño. Éste, por su parte, se crecía ante el castigo y, en vez de ceder, pidió que se suprimieran los puestos de confianza (un verdadero surtidor de negocios y "aviadurías", esto es: gente contratada que sólo se presentaba a cobrar), e ignoró las protestas porque aceptó la asesoría de los partidos izquierdistas Comunista Mexicano, Obrero Campesino y Popular Socialista.

Para febrero de 1959 la campaña contra Vallejo era intensa y bien orquestada. En el PRI se dijo que el líder ferrocarrilero era "agente del comunismo internacional, al servicio de una embajada extranjera que pretendía derrocar al gobierno". La prensa también insultaba a Vallejo cada vez con mayor ferocidad y el gobierno declaró que no permitiría la gran manifestación que organizaban los ferrocarrileros y que ya había recibido la solidaridad de otros sindicatos, de campesinos, estudiantes y gente del pueblo. La prohibición resultó inamovible ("por contravenir a los reglamentos de tránsito") y los ferrocarrileros tuvieron que contentarse con un mitin en Buenavista, custodiado tensamente por la policía y los granaderos.

Dos días antes del 25 de febrero, día estipulado para iniciar la nueva huelga, Ferrocarriles de plano se negó a conceder el aumento que pedía el sindicato, se soltó el rumor de que había orden de aprehensión contra Vallejo, y el comercio y la industria se rasgaban las vestiduras porque, de estallar, la huelga ferrocarrilera representaría "daños gravísimos al país". Pero Vallejo y sus bases no flaquearon ante la presión y la huelga empezó el día acordado. A la media hora exacta, la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje la declaró inexistente. Sin embargo, un día después se firmó un acuerdo que concedía el 16.66 por ciento de aumento; también se destinaron fuertes sumas a servicios médicos, se prometió intensificar la creación de viviendas, y la empresa prometió reestructurarse e implantar nuevas tarifas.

Se trataba de una victoria más, en ese momento insólita, de Vallejo y los ferrocarrileros. La huelga se levantó al instante y el servicio se normalizó. Todo parecía arreglado y, sin embargo, inexplicablemente el comité ejecutivo del SNTFRM no incluyó en el contrato del 26 de febrero los casos de los ferrocarriles Mexicano, del Pacífico y Terminal de Veracruz.

El sindicato planteó las mismas demandas, y como Ferrocarril Mexicano no las aceptó se le emplazó a huelga. Durante el mes de marzo tuvieron lugar discusiones intensísimas entre el sindicato, la empresa y la Secretaría de Trabajo, y a fin de cuentas Vallejo decidió ir a la huelga el 25 de marzo, miércoles de la semana santa, cuando incontables vacacionistas recurrían a todos los transportes posibles. No se avanzó nada en las conversaciones y el día fijado, en pleno movimiento de semana santa, estalló la nueva huelga en los ferrocarriles Mexicano y del Pacífico. Conciliación y Arbitraje de nuevo la declaró inexistente.

Esta vez hubo divergencias serias en la Coalición Sindical Política, compuesta

por el comité ejecutivo del sindicato ferrocarrilero y los partidos Popular Socialista, Obrero Campesino y Comunista Mexicano. Este último y el comité ejecutivo se inclinaban por continuar la huelga. Los dos primeros estaban en contra. No se podían poner de acuerdo. Pero, de cualquier manera, ya no valía la pena. Un día después del inicio del paro, comenzó la represión: se despidió a ocho mil trabajadores del Ferrocarril del Pacífico y a cinco mil del Mexicano. Se procedió a contratar nuevo personal. Vallejo pidió a todas las secciones que se solidarizaran con la huelga, y el sábado de gloria el paro fue total en todo el sistema ferroviario. En la mañana de ese día Vallejo y Salomón González Blanco, titular de Trabajo, se encerraron para negociar la huelga. Ninguna de las partes quiso ceder y acordaron volver a reunirse esa misma noche, pero en la tarde Vallejo fue arrestado y el gobierno llevó a cabo un fulminante plan de aprehensiones y despidos en todo el país. El despliegue de fuerza fue inaudito, y en momentos parecía que cuando menos la ciudad de México se hallaba en estado de sitio. Los "agentes secretos", los granaderos con sus macanas y los soldados, a bayoneta calada, llevaban a cabo arrestos en toda la ciudad, que naturalmente era patrullada por la policía y el ejército. En todo el país la presencia de las tropas y las fuerzas policiacas heló la sangre de la población, y en Guadalajara, Matías Romero y Piedra Blanca tuvieron lugar enfrentamientos entre el pueblo y los contingentes represores. La fuerza pública actuó con gélida efectividad y precisión (más la arbitrariedad y brutalidad usuales) y de esa manera casi en una jornada se aplastó a los ferrocarrileros. Al día siguiente la prensa decía que "apoyados por la fuerza pública y elementos del ejército mexicano, agentes de la Policía Judicial Federal aprehendieron ayer a más de 300 agitadores encabezados por su secretario general, el comunista Demetrio Vallejo".

Vallejo fue a dar a Lecumberri, crujía I como era el caso, donde tuvo tiempo de reflexionar en su política de presionar a fondo. En relativamente muy poco tiempo, y ayudado por coyunturas muy peculiares, logró lo que nadie: que el gobierno cediera, al menos momentáneamente, ante luchas justas e importantísimas. Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron, Vallejo no quiso o no pudo detener la marcha acelerada de los hechos y acabó aplastado por los golpes contundentes del nuevo presidente, quien titubeó un poco pero después decidió recurrir a la mano dura con la misma frialdad de Miguel Alemán.

En todo caso el movimiento ferrocarrilero fue decisivo para el México moderno: en un principio robusteció al régimen y determinó la línea represiva que privaría en los años sesenta; por otra, fue el inicio de protestas populares que, poco a poco, generaron el contexto en que se dio 1968. También fue una señal de alarma. Durante 18 años el crecimiento económico fue a expensas del pueblo, que, naturalmente, tenía que rebelarse tarde o temprano. Mientras más se persistiera en esta situación, más se agudizaría la inconformidad popular, como se vio 30 años después, en 1988. Con la derrota de Vallejo y de los maestros, el gobierno de López Mateos volvió a la "normalidad" y recuperó el control casi total sobre los obreros mexicanos. Vallejo fue consignado por los delitos de disolución social, ataques a las vías generales de comunicación, delitos contra la economía nacional, motín y asonada, coacción contra las autoridades y amenazas contra la empresa. Casi 20 mil ferrocarrileros quedaron cesantes y 40 acompañaron a su líder a Lecumberri. Se designaron nuevos representantes, "de tendencias sindicales

no exaltadas", para sustituir a Vallejo, y ellos en el acto expulsaron a Valentín Campa del SNTFRM y corrieron a arrodillarse ante el presidente López Mateos.

Éste, por su parte, no ocultó su satisfacción por la "solución del conflicto", que fue muy aplaudida por las fuerzas vivas del país, y empezó a mostrar simpatías por la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), encabezada por el senador Rafael Galván y Agustín Sánchez Delint, líderes de los electricistas, y por el grupo Engrane de Ángel Olivo Solís. A Fidel Velázquez (quien no obtuvo nada de sus emplazamientos por el 52 por ciento de aumento) no le gustó que López Mateos asistiera a los congresos de la CNT y que nombrara a Rafael Galván como cabeza del sector obrero del PRI. López Mateos también apuntó sus armas contra Pedro Vivanco, líder de los petroleros, quien, al caer, permitió el ascenso de Joaquín Hernández Galicia, la Quina, amigo de Fidel Velázquez. Por otra parte, el presidente también se encargó de que Luis Gómez Z., cabeza con Valentín Campa del movimiento ferrocarrilero de 1948, pudiera regresar a dirigir Ferrocarriles. Por último, los pilotos aviadores, que entraron en huelga para que se reconociera su Asociación Sindical de Pilotos Aviadores (ASPA), finalmente triunfaron y pudieron establecer relaciones dignas con las empresas de aviación.

Con el panorama obrero ya tranquilo, López Mateos pudo concentrarse en las cuestiones económicas, que no iban muy bien. Modificó la Ley de Atribuciones del Ejecutivo en Materia Económica para obtener aún más poder: ahora podía determinar las mercancías y servicios que serían objeto de control, y tenía la capacidad de fijar precios máximos al mayoreo y al menudeo. En la segunda mitad de 1959 López Mateos abandonó paulatinamente la restricción de los gastos gubernamentales y procedió a hacer mayores inversiones, para que la economía recuperara su paso. Con su ministro Ortiz Mena reestructuró la Secretaría de Hacienda y la dividió en las subsecretarías de Ingresos, Egresos y Créditos, que, como todas las dependencias, tenía que enviar sus programas de inversiones a Donato Miranda Fonseca, secretario de la Presidencia. Por cierto, esto no le gustaba a muchos ministros, que estaban acostumbrados a obedecer sólo al presidente y que se daban cuenta perfecta del poder inusitado que obtenía Miranda Fonseca al ser el centro de la distribución de los dineros.

A pesar de la prudente reactivación económica del gobierno, la iniciativa privada prefirió seguir conteniendo sus inversiones. A causa de los discursos agrarios y de las tendencias a una mínima planificación por parte de López Mateos, los empresarios preferían esperar a que el gobierno diera mayores muestras de que, como los anteriores, favorecería enteramente al sector privado. De cualquier manera, aunque a fin de año la administración lopezmateísta había caído en un déficit "moderado", López Mateos obtuvo créditos del extranjero, logró equilibrar precariamente la balanza de pagos, detuvo el alza del costo de la vida y pudo dedicarse a reforzar la infraestructura de la electricidad, la siderurgia y el petróleo. Comprendió la importancia de la industria petroquímica, y como la iniciativa privada no quiso invertir en esa área, el gobierno se encargó de hacerlo.

López Mateos también echó a andar un ambicioso plan para la industria automovilística, a fin de que pasara de mera ensambladura a verdadera

fabricante, y abrió el campo para que empresas europeas compitieran en México con las estadunidenses que dominaban el mercado. Al poco tiempo otro tipo de vehículos se vio en la ciudad de México. Ya a mediados de los años cincuenta había llegado la Volkswagen de Alemania con su afamado "vocho", o sedán escarabajesco, que con el tiempo llegó a hacerse popularísimo en nuestro país (en 1960 el vocho costaba 18 mil pesos). También llegó para quedarse la japonesa Datsun, y los europeos Mercedes Benz (era fuerte el rumor de que López Mateos tenía intereses económicos en esta empresa), Volvo, Hansa, Austin, Hillman, Peugeot y el Citroën, que "respiraba" y subía y bajaba, como la gotita del chorrito de Cri Cri. A López Mateos le gustaban los coches, especialmente los deportivos, y según su biógrafo Justo Sierra Casasús, solía escapársele a los guaruras para darse sus vueltas por las calles de la ciudad de México, especialmente por el Anillo Periférico que él mismo inauguró en 1961 (y al cual, modestamente, bautizó con su nombre).

A principios de 1960, el líder del PRI Alfonso Corona del Rosal empezó a hacerse notar. En vista de que las represiones a los obreros dieron una imagen de duro a López Mateos y de derechista a su gobierno, Del Rosal no titubeó en definir a la administración lopezmateísta: era "de atinada izquierda". Algunos pensaron que en efecto López Mateos tuvo muy buen tino al aplastar a la izquierda obrera, pero otros no sabían bien qué se quería decir. A la derecha estas declaraciones le parecieron alarmantes y desataron una oleada de declaraciones y protestas. Estaban en contra especialmente de que el gobierno utilizara el término "izquierda" para autocalificarse. En vista del escandalito que se armó, el presidente tuvo que intervenir públicamente y matizó: "Mi gobierno es de extrema izquierda dentro de la Constitución". A la iniciativa privada y fuerzas derechistas que la circundaban esto les pareció peor aún, y el resultado práctico fue que en 1960 los empresarios no sólo continuaron restringiendo sus inversiones sino que empezaron, calladamente, a sacar sus capitales.

Mientras tanto, empezaban a darse voces de advertencia por el crecimiento desaforado del país y muy especialmente de la ciudad de México, que para entonces ya rebasaba los tres millones de habitantes, lucía ya los principios de una muy mona "zona rosa", pero también un evidente cinturón de la miseria que para entonces empezaba a infestar las zonas norte, oriente y poniente de la capital. Además, el regente Uruchurtu autorizó fraccionamientos en el Distrito Federal, y Ciudad Satélite ya se hacía notar con sus altas torres. En 1960 se llevó a cabo un gran censo nacional, y éste a su vez hizo ver que por primera vez en la historia de México la mayor parte de la población vivía en ciudades. El campo (tan vapuleado por los gobiernos de Ávila Camacho, Alemán, Ruiz Cortines y también por el de López Mateos, aunque éste pretendía dar otra imagen) cada vez era más abandonado por los campesinos, que preferían irse de braceros a Estados Unidos o a malvivir a las grandes ciudades, cuyo crecimiento no paraba. En la capital, ante la carencia de un adecuado sistema de transportes, aparecieron los "peseros", o taxis colectivos, que por un peso llevaban pasaje por las grandes avenidas, especialmente Reforma e Insurgentes (las "vías Floridas" de Uruchurtu). Antes ya habían aparecido taxis loquísimos, como los "cocodrilos", llamados así porque eran verdes y tenían una franja de triángulos blancos invertidos como colmillos, y las "cotorras", que, claro, eran de subidos colores verde y

amarillo.

A López Mateos le gustaba echarse sus arrancones con su auto deportivo en la ciudad de México, pero más le gustaba viajar. Desde 1960 anunció que recorrería varios países de América Latina. Ningún presidente mexicano se había preocupado por estrechar relaciones personales con otros países fuera de Estados Unidos. La vida mexicana dependía tan notoriamente de la estadunidense que Ávila Camacho, Alemán y Ruiz Cortines sólo atendieron al país del norte. López Mateos, en cambio, comprendió que México debía ampliar sus perspectivas y por eso inició la costumbre de que los presidentes mexicanos se dieran sus buenos paseos por todo el mundo. A fin de cuentas circuló por Estados Unidos, América del Sur, el Caribe, Europa, India, Japón, Indonesia, Filipinas, Yugoeslavia y Egipto. Esto le gustó mucho a López Mateos pero de entrada le costó dos cosas: una, la menos grave, que el pueblo le empezara a decir "López Paseos", lo cual, según Justo Sierra Casasús, le repateaba al presidente. "Mira, Justo", se queja el presidente en el libro *López Mateos* , "si no será indignante que me digan así, cuando todo lo que trato de hacer es ubicar el nombre de México en todo el mundo... Eso de López Paseos me enferma." Por cierto, dado que el presidente era más agraciado físicamente que sus predecesores, y de que parecía simpático y de sonrisa fácil, la gente supo que era un gran aficionado a las mujeres y se hizo el chiste de que López Mateos, al llegar a trabajar en la mañana, preguntaba a su secretario particular: "¿Hoy qué me toca, viajes o viejas?" Otros decían que el presidente o usaba muy grandes las mangas del saco o tenía las manos muy chicas, por tanto le decían el Jefe Mangotas o el Jefe Manitas, o simplemente "Polcas", como se le llamaba a los jefes en algunas partes.

La otra desventaja, mucho más seria, de la primera serie de viajes de López Mateos consistió en que el aguerrido muralista David Alfaro Siqueiros lo antecedió y, especialmente en Caracas, lo criticó ferozmente e incluso lo acusó de traición a la patria. La indignación de Siqueiros brotó a partir de la brutalidad antiobrera y lo hizo declarar que el gobierno de López Mateos era "de extrema derecha y fuera de la Constitución". También repitió, gustoso, la porra: "López Mateos, ¡güey, güey, güey!" Siqueiros regresó a México y el presidente inició su gira, sumamente molesto por las piedras que el pintor le había puesto en el camino. El 9 de septiembre de 1960 Siqueiros iba en su coche cuando lo alcanzaron agentes de la judicial federal. El muralista quiso quitárselos de encima y la persecución que tuvo lugar añadió nuevos laureles a la vida mítica de Siqueiros, quien finalmente fue arrestado en compañía de Filomeno Mata hijo, entonces director del boletín del Comité de Defensa de los Presos Políticos. Ambos fueron enviados a la crujía I del Palacio Negro de Lecumberri, acusados como era de esperarse, de disolución social. Casi cuatro años pasó Siqueiros en Lecumberri, con Othón, Vallejo, Mata y Campa.

Ejercitar irreflexivamente el autoritarismo cotidiano del sistema resultó contraproducente para López Mateos. Contener la ira y no enviar a la cárcel al muralista habría sido visto como un gesto magnánimo que, además, en cierta forma compensaba los abusos contra maestros y ferrocarrileros; en cambio, encarcelar a Siqueiros significó aguantar durante años campañas internacionales que pedían la liberación del pintor mexicano, especialmente cuando éste se puso en huelga de hambre. En 1961 Pablo Neruda viajó a Cuba y, después de publicar los poemas octosílabos de *Cantar de gesta* , pasó

por México y escribió el célebre soneto “A Siqueiros, al partir” (“he visto tu pintura encarcelada, que es encarcelar la llamarada”), que aquí reprodujo en su portada la célebre revista *Política* . A Siqueiros, para contrarrestar la lluvia de apoyos solidarios del exterior, en México se le dijo “traidor a la patria, apátrida, renegado, farsante, provocador, calumniador, agente del extranjero, artero, desleal, perturbado, desequilibrado, estúpido, infantil, ignorante, exhibicionista, insolente, estafador, majadero, criminal de brocha gorda, paranoico, esquizofrénico, decrépito”, pero nada de esto pareció impactarlo mucho, y Siqueiros se dedicó a pintar cuadros de caballete en su celda de la crujía I, visitado por muchísima gente y con aureola de estrella. El 11 de julio de 1964, López Mateos pensó que se vería mejor que él mismo liberara al pintor, si no, Díaz Ordaz, entonces en campaña, sin la menor de las dudas excarcelaría a Siqueiros tan pronto como tomara el poder. Así es que llamó a Luis Echeverría, entonces encargado de despacho en Gobernación, y juntos firmaron el decreto de indulto.

López Mateos, en 1960, trató de compensar su política antipopular con la nacionalización (o mexicanización, para no ofender oídos anticomunistas) de la luz. Este acto no estuvo bañado del dramatismo de la expropiación del petróleo, ya que en realidad se trató de una compra relativamente tranquila. Desde décadas atrás la Mexlight y la American Foreign Power querían subir tarifas con premeditación, alevosía y ventaja, y como por lo general ningún gobierno lo permitió, las compañías de luz se negaron a ampliar las redes de abastecimiento eléctrico. Esto motivó que el gobierno creara la Comisión Federal de Electricidad, que empezó a producir la energía que las empresas estadunidenses se negaban a generar, así es que éstas consideraron atractivos los 400 millones de dólares que ofreció el gobierno y cerraron el trato. Un año después la energía eléctrica en su totalidad se hallaba en manos del Estado mexicano. Naturalmente el gobierno exprimió al máximo la “mexicanización” y la festejó ruidosamente en todos los medios y en grandes letreros luminosos en las avenidas de la ciudad de México. López Mateos se esforzaba por dar una imagen “revolucionaria”, hablando de reparticiones y nacionalizaciones, para contrarrestar los efectos casi numinosos, mitopoyésicos, de la Revolución Cubana entre la juventud y cierta clase media, y para diluir un poco los sumamente notorios presos políticos y la línea antiobrera. Pero ni disminuyó la mitificación de la Revolución Cubana, ni cesaron las campañas por la libertad de los presos políticos, ni dejaron de aparecer distintas muestras culturales y contraculturales que manifestaban un disgusto creciente por las formas de vida de los gobiernos de la Revolución Mexicana.

Esto lo advertía el presidente, quien, además de los repartos agrarios, la nacionalización de la luz, el establecimiento de la industria petroquímica vía Pemex, buscó neutralizar las molestias de los trabajadores, y especialmente de los que servían al gobierno, y creó el, uf, Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE) que sin duda benefició enormemente a la burocracia aunque también se convirtió en manantial de corrupción y en trampolín político. El Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) se amplió y llevó a cabo un fomento de la cultura a través de las Casas de la Asegurada que fueron rebautizadas como Centros de Bienestar Social y que dieron clases de teatro, danza, pintura, además de cocina, tejido, costura y demás clases “para las señoras”, según rezaba la usanza sexista de la época.

Como respuesta a los disturbios sindicales, López Mateos también echó a andar grandes inversiones (y no pocos negociazos) en la urbanización del Distrito Federal y en la construcción de viviendas: él también levantó multifamiliares, como el conjunto de Nonoalco-Tlatelolco, que resultó dañadísimo tras el terremoto de 1985 (esto reveló que los edificios habían sido construidos con los peores materiales).

También creó el "apartado B" del artículo 123 de la Constitución, que convirtió a los burócratas en "trabajadores de excepción".

Por último, López Mateos también transformó a la vieja Ceimsa (Compañía Exportadora e Importadora Mexicana, S.A.) en la Conasupo (Compañía Nacional de Subsistencias Populares) con el fin de comercializar productos de primera necesidad sin pasar por las prácticas viciadas del comercio particular. Por supuesto, como antes la Ceimsa, la Conasupo fue blanco preferido de los ataques del sector privado y la derecha, y en ese momento representó una razón más para manifestar a López Mateos el profundo desprecio que le merecían sus políticas de "atinada izquierda" (después se diría: estatizantes y populistas).

Por supuesto, todo esto le costó mucho dinero al gobierno, y como recaudaba poco y producía sin brío, recurrió afanosamente al endeudamiento externo. La iniciativa privada seguía sin querer invertir, y continuaba enviando, discretamente, sus capitales al extranjero, en especial a Estados Unidos.

En marzo de 1961 el presidente del PRI, Alfonso Corona del Rosal, volvió a lucirse: "La Revolución Mexicana hace mucho que se bajó del caballo y se quitó las chaparreras", dijo. El general Corona respondía así a unas supuestas declaraciones de Lázaro Cárdenas: "Una nueva revolución será el único remedio". Cárdenas por su parte mandó informar que él nunca había dicho nada de eso, y el líder del PRI cosechó carcajadas y críticas.

En ese año López Mateos se metió en otra controversia con la iniciativa privada a causa de la creación de los libros de texto gratuito para educación primaria que la Secretaría de Educación Pública empezó a distribuir. La derecha se molestó terriblemente, le pareció un ultraje al derecho de los padres a educar a sus hijos libremente y una especie de indoctrinación sui géneris. Las protestas fueron ruidosas y a través de espurias asociaciones de padres, de desplegados periodísticos, editoriales, volantes y declaraciones a los medios.

Los libros, por otra parte, reforzaban la concepción priísta de la vida, machacaban la ritualización de los mitos patrios, veneraban a Hidalgo, Morelos y Juárez, y remachaban la canonización de Carranza, Obregón, Calles, Cárdenas *et al.* , sin dejar de darle sitio a Zapata y, con más regañadientes fariseicos, a Villa. Por lo demás, el texto gratuito trataba de estar al día en los conocimientos y disciplinas más contemporáneas y de ser un producto accesible, relativamente objetivo en partes e idílico en otras, para propiciar en el niño la identificación de patria y gobierno, y de subordinación acrítica de los niños al sistema político-social que para entonces se hallaba ya en claro proceso de rigidización. En realidad, un proyecto como el de los libros de texto gratuito era perfectamente

consecuente con la naturaleza del régimen mexicano, y si despertó tanta oposición por parte de los conservadores (a fines de los ochenta la oposición continuaba) fue porque esto representaba una excelente arma de presión.

Para reforzar la campaña derechista contra el libro de texto gratuito, la oligarquía pronto se apropió de las campañas anticomunistas estadunidenses, más intensas a partir de la Revolución Cubana, y desató una verdadera campaña de paranoia antimarxista. Uno de los primeros escalones tuvo lugar en Puebla, donde la oligarquía regional vio con muy malos ojos a las nuevas autoridades "comunistas" de la universidad poblana. Una manifestación de más de 100 mil personas gritó su rechazo al ateísmo. Los ataques contra la Universidad Autónoma de Puebla se intensificaron y el ejército sitió el Carolino. En julio de 1961, las tropas patrullaban las calles poblanas. La iniciativa privada decretó un boicot comercial y la suspensión de pagos de impuestos hasta que se derogara la ley orgánica que abrió el paso a los académicos "comunistas". Toda esta ofensiva contra la UAP generó el reforzamiento del fanatismo religioso y anticomunista. A escala nacional se inició la campaña "Cristianismo sí, comunismo no", "Éste es un hogar decente, no se acepta propaganda protestante o comunista", que fue sumamente intensa especialmente en ese año. En las escuelas privadas, púlpitos de los templos, páginas editoriales, declaraciones y muchos volantes, la derecha mexicana (con todas sus abismales diferencias y matices) trató de contrarrestar los aires que venían de Cuba y procuró también pintarle la raya al gobierno para que éste no siguiera incurriendo en políticas que "sólo propiciaban la desconfianza". Ya estaba bueno de declaraciones de izquierdas, atinadas o no, y de "mexicanizaciones".

Como parte de esta estrategia, la iniciativa privada decidió continuar restringiendo sus inversiones y llevando sus capitales a Estados Unidos y a otros países. A su vez, López Mateos continuó compensando esta política de presión a través del gasto público, apoyado en los empréstitos del extranjero. No era difícil obtenerlos: el gobierno mexicano no sólo había demostrado ser buen y puntual pagador, sino que, a raíz de la Revolución en Cuba, Estados Unidos no titubeaba en soltar dinero a los países latinoamericanos ("amenazados por la lepra del comunismo"): en 1963 el presidente de Estados Unidos John F. Kennedy puso en práctica su "alianza para el progreso", que entre otras cosas significaba créditos relativamente fáciles para los gobiernos de Latinoamérica.

La preocupación por los acontecimientos en Cuba aumentó a mediados de 1961, cuando fracasó la invasión de Bahía de Cochinos y el gobierno revolucionario de Fidel logró no sólo contener a los invasores sino propinar la primera derrota histórica a Estados Unidos. Tras la invasión de mayo, en México tuvieron lugar grandes movilizaciones en apoyo a la revolución cubana. La primera de ellas fue sumamente concurrida, y el gobierno la permitió, a pesar de las insistencias derechistas para que la reprimiera; un factor decisivo para que la gran manifestación fuera respetada consistió en que el general Lázaro Cárdenas la encabezó y llegó con ella hasta el zócalo. Allí, los jóvenes más aguerridos preguntaron a Cárdenas cuándo se iniciaría la nueva revolución; el ex presidente, como era de esperarse, de plano respondió que ése no era el momento. Pocos días después la izquierda organizó una nueva manifestación de apoyo a Cuba, pero en esa ocasión

Cárdenas ya no la encabezaría y el gobierno la disolvió brutalmente, pues, explicó, "no toleraría ningún intento de agitación". Con esto se desató una atmósfera de intimidación a los izquierdistas; además de la satanización del comunismo se incrementó el espionaje político, los arrestos y otras "medidas preventivas" para evitar que los jóvenes y los izquierdistas continuaran manifestándose.

Esta nueva reiteración de fe autoritaria y conservadora por parte del "izquierdista" López Mateos acabó de convencer a los empresarios de que el gobierno merecía su confianza. Por tanto, éstos reanudaron sus inversiones para tratar de alcanzar a las compañías extranjeras (léase estadunidenses) que prácticamente no tenían competencia en la producción de bienes de consumo, pues disponían del capital y los métodos de distribución, además de la tecnología cada vez más compleja que requerían muchos productos: las grandes maquinarias y por supuesto todas las partes y numerosas pequeñas máquinas que las componían. A principios de los años sesenta la inversión extranjera era aplastante en México y muchas voces, aun dentro del gobierno, daban señales de alarma.

Los empresarios nacionales, por su parte, continuaban obteniendo dividendos magníficos y se distinguían ya claros oligopolios. El dinero se concentraba en menos manos, y el capital financiero se robustecía. Aunque el Estado se había visto en la necesidad de ampliar sus actividades a través de las empresas paraestatales, que crecían y crecían, en realidad los capitalistas mexicanos siguieron obteniendo todo tipo de apoyos y, a su vez, trataban de imitar los modos de operación de los grandes capitalistas extranjeros, pero en ningún momento intentaron asimilar también la inventiva, la creatividad y el rigor en las normas de calidad de sus productos. Simplemente se conformaban con ir por detrás y jamás tuvieron la energía, o la grandeza, de crear sus propias patentes, de desarrollar a fondo las capacidades de sus complejos industriales y comerciales.

De hecho, la empresa privada, por más que presumía de eficacia y de que criticaba al Estado como pésimo administrador, en realidad era una muestra patética de subdesarrollo. Consentida por los gobiernos, e incapaz de competir con las grandes transnacionales dueñas de los secretos tecnológicos, la iniciativa privada se conformó con explotar al máximo su radio de acción, rigidizando (como ocurría en toda la sociedad) sus jerarquías y modos de operación con formas de paternalismo autoritario; además, estrechó el ascenso a las cúpulas para beneficiar a sus cuadros juveniles provenientes de las familias más poderosas y de las escuelas confesionales. Y por si fuera poco, consintió sus propias formas de corrupción, que cada vez se apartaban más de los criterios "cristianos" y de la "decencia". Salvaguardada por una feroz hipocresía, la iniciativa privada se deshumanizaba progresivamente por el excesivo culto al dinero y el estatus.

De cualquier manera, el sector privado no estaba dispuesto ni a autocriticarse ni a ceder un centímetro de espacios conquistados, y sólo hasta que consideraron que el presidente López Mateos daba suficientes garantías de que su "estilo personal de gobernar" no implicaba "peligrosas regresiones cardenistas" o peor aún, "experimentos tendientes al comunismo", optaron por regresar los capitales fugados y por reanudar sus inversiones tan bien

remuneradas. Ya en 1962 aumentó el producto interno bruto y en 1963 de nuevo estaba en marcha el "exitoso" desarrollo estabilizador. La moneda no se devaluó, los precios no llegaron a la inflación y el producto nacional no sólo recuperó sus tasas de los años cincuenta sino que dio motivo a que se hablara del "milagro mexicano".

Para festejar la reanudación de la armonía con los patrones y el absoluto control político del sistema, López Mateos en 1962, tal como había hecho Ávila Camacho 20 años antes, reunió a todos los ex presidentes vivos, y junto a él aparecieron 206 Pascual Ortiz Rubio, Emilio Portes Gil, Abelardo L. Rodríguez, Lázaro Cárdenas, Miguel Alemán y el hombre de las pasitas Adolfo Ruiz Cortines. Sin embargo, López Mateos no se contentó con reunir disciplinadamente a quienes por lo general se daban de patadas en las espinillas, sino que a todos les encargó la dirección de una empresa paraestatal. Los nombramientos más célebres fueron los de Cárdenas (la Cuenca del Río Balsas) y de Alemán (el Consejo Nacional de Turismo), ya que ambos ex presidentes de una forma u otra representaban la "izquierda" y la "derecha" dentro de la Revolución.

Cárdenas dio todo su apoyo a la creación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), que reunió a los principales militantes de la izquierda no comunista y a los llamados "intelectuales fifí": Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara, Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Pablo González Casanova, entre ellos (casi todos colaboradores de la revista *Política*). Estaban también los cardenistas y algunos marxistas teóricos. El MLN en realidad formaba parte de una ola colectiva (en otras partes de Latinoamérica también se habían formado "movimientos de liberación nacional") y constituía una propuesta de izquierda sumamente moderada: era un "frente amplio" que pretendía unificar las eternamente atomizadas fuerzas progresistas del país. El Partido Comunista (PCM), a su vez, aprovechó el vuelo para crear el Movimiento América Latina (MAL), que sirvió como punto de convergencia y centro de reclutamiento de muchos jóvenes, especialmente universitarios, que participaron en los movimientos magisterial y ferrocarrilero, y que después de la Revolución Cubana se negaban a integrarse dócilmente al sistema. Muchos pasaban del MAL al PCM o al MLN, según la radicalidad de su izquierdismo.

El gobierno de López Mateos condescendió con las actividades del MLN, entre otras cosas por el peso específico de sus participantes y por la moderación de sus planteamientos. De cualquier manera les dedicó un trato duro; fuerte espionaje policiaco, arrestos y arbitrariedades cuando se daba el caso y cooptación de los miembros principales, lo cual, con el tiempo, rindió frutos, pues González Pedrero, Flores Olea, López Cámara y Fuentes después se incorporaron al gobierno (aunque Fuentes y López Cámara, más tarde aún, se apearon del carro del Estado). La vida del MLN, a fin de cuentas, no duró mucho ni llegó a tener efectos directos importantes, pero en un momento animó la vida política de México, y contribuyó a crear conciencia ante cuestiones, que parecían utópicas, como la unificación de la izquierda en frentes amplios, y de presentar resistencia organizada al dominio total del sistema en la vida del país. El MLN, además, generó automáticamente la creación de su contraparte, el Mr. Hyde de este Dr. Jekyll: el Frente Cívico Mexicano de Afirmación Revolucionaria, con Miguel Alemán a la cabeza de un equipo de políticos conservadores ligados al PRI y a la derecha. El Frente

Cívico hizo ruido durante un tiempo, acarreó a algunos campesinos y desapareció cuando el MLN se diluyó en la casi nada.

En tanto, López Mateos lidiaba con Estados Unidos y logró que se reintegraran al país los terrenos llamados El Chamizal, a un lado de Ciudad Juárez. El gobierno lopezmateísta invirtió mucha energía en esto, y Estados Unidos condescendió porque era algo más bien simbólico que se podía ceder para no tener problemas irrelevantes con México. Justo Sierra Casasús, el biógrafo de López Mateos, cuenta que había 20 volúmenes de documentación sobre el caso, y que a Kennedy le dio mucha pereza hojear siquiera los papeles. Pidió al intérprete: "'Señor embajador, pregúntele usted al presidente López Mateos cuánto vale en millones el caso de El Chamizal.' La respuesta del presidente mexicano fue inmediata: 'Dile al señor presidente Kennedy que yo no soy agente de bienes raíces.'" Kennedy debió molestarse, pues las conversaciones se suspendieron, aunque después todo se arregló.

En 1962 Kennedy visitó la ciudad de México, lo cual motivó que la izquierda intentara protestar de alguna forma; se hicieron volantes y pintas, se convocó a una manifestación, pero no se llegó a más. La Secretaría de Gobernación del afanoso Gustavo Díaz Ordaz procedió a arrestar a miembros del Partido Comunista y simpatizantes de izquierda que pudieran causar problemas. Cuando Kennedy llegó, finalmente, no hubo visibles manifestaciones de repudio (como las que, a mediados de los años cincuenta, sufrió el vicepresidente Richard Nixon al viajar por Sudamérica), López Mateos también recibió con gran despliegue de acarreados al presidente francés Charles de Gaulle y al emperador etíope Haile Selassie, que inauguró la glorieta Etiopía en el cruce de las avenidas Cuauhtémoc, Xola y San Antonio del sur de la ciudad de México (por cierto, años después esa glorieta se hizo célebre por un ingenioso robo: colocaron un maniquí armado con un rifle en una ventana frente a un banco, y el ladrón, mediante una llamada telefónica, se llevó una fuerte suma de dinero).

En tanto, en el campo se agotaba ya el vuelo de la "nueva etapa de la reforma agraria". Una vez que hizo sus repartos, el presidente López Mateos debió sentir que podía respirar en paz, "la Revolución cumplía a los nobles campesinos", y después en gran medida se desinteresó por las cuestiones agrarias. Dejó manos libres a los agricultores privados y a los nuevos latifundistas y procuró que la "reforma agraria" industrializara los productos agropecuarios. Pero se importaban alimentos y la miseria de los campesinos desprotegidos, especialmente los indios, se iba ahondando. Muchos buscaban tierras, y las invadían, como a fines del ruizcortinismo.

En Morelos y los estados vecinos Rubén Jaramillo tenía fama de ser un auténtico defensor de las causas de los campesinos, en la más pura tradición zapatista. En 1962 Jaramillo dirigió la invasión de los predios michoacanos Michapa y El Guarín, pero los soldados desalojaron a los invasores y el gobierno decidió cobrar cuentas a Jaramillo, quien ya había sido guerrillero en la sierra y después luchó por la candidatura de Miguel Henríquez Guzmán. Se le consideró agitador comunista y un día de 1962 la tropa lo secuestró con su esposa y sus hijos; a todos los llevaron a Xochicalco. Allí los acribillaron sin piedad. A la esposa de Jaramillo le encontraron 12 balas y se decía que incluso le dispararon al hijo que llevaba en el vientre. Fue un crimen violento,

brutal, despiadado. La noticia del asesinato se minimizó en la prensa, y sólo la revista *Política* se ocupó con amplitud del asunto. Carlos Fuentes después narró la muerte de Jaramillo en *Siempre!.*

En el estado de Guerrero la situación era difícil. Ante la dura explotación de los campesinos, en 1960 Genaro Vázquez Rojas formó el Comité Cívico Guerrerense (CCG), a cuyos miembros se les conoció como "los cívicos". El CCG trabajó duro para tirar al gobernador Raúl Caballero Aburto y organizó una huelga cívica popular, en la que se dejó de pagar impuestos y de acatar disposiciones; todo el estado se agitó y el 30 de diciembre el ejército abrió fuego contra los "cívicos" y hubo 18 muertos, decenas de heridos y numerosos presos. Fue la Matanza de Chilpancingo. Ante esto, el CCG exigió la renuncia del gobernador, lo cual fue satisfecho por López Mateos a principios de 1961. El CCG ya había tomado 13 ayuntamientos. Sin embargo, la caída del gobernador poco a poco restituyó "el orden normal". Genaro Vázquez entonces reestructuró su grupo y lo llamó Asociación Cívica Guerrerense (ACG), que participó activamente en las elecciones de diciembre de 1962. No se les reconoció ningún triunfo, y la ACG volvió a movilizarse, hasta que en Iguala se les reprimió y se contaron siete muertos, 23 heridos y 280 presos. La ACG quedó en la ilegalidad y en todo el estado la represión se agudizó notablemente. El gobernador interino Arturo Martínez Adame ordenó la aprehensión de Genaro Vázquez, quien huyó de Guerrero. A fines de la década reaparecería como guerrillero.

En 1963 los empresarios habían reestablecido la "confianza" en el gobierno, es decir, se les habían hecho todas las concesiones que pedían, y el desarrollismo seguía adelante. López Mateos continuó sus inversiones, especialmente en la industria paraestatal: el petróleo, la petroquímica, la electricidad y la minería recibieron fuertes impulsos. Por otra parte, dejó manos libres a la iniciativa privada extranjera y nacional en el vastísimo campo de las industrias manufactureras, a las que se dio créditos, impuestos bajos, tarifas también bajas en servicios y bienes. Esto generó que los empresarios privados, nacionales y extranjeros, deformaran la estructura económica del país, o al menos eso asientan Esteban Mancilla y Olga Pellicer de Brody en el último tomo de la *Historia de la Revolución Mexicana* ; ellos señalan que los empresarios mantuvieron bajos los niveles de productividad, se concentraron en pocas zonas geográficas del país e ignoraron otras por completo, produjeron para un "raquítico mercado interno", dependieron a ciegas "de la tecnología extranjera sin preocuparse por desarrollar una propia", y permitieron que los extranjeros dominaran los sectores más dinámicos de la economía.

En ese mismo año, ante la proximidad de la sucesión presidencial, el panorama político se intensificó. Es posible que la creación del Movimiento de Liberación Nacional haya estimulado a otros izquierdistas a organizarse mejor para contrarrestar las rígidas políticas de López Mateos, que, para lograr la estabilidad, como dice José Luis Reyna, "o se negociaba o se reprimía, pero no se toleraba". Así apareció la Central Campesina Independiente (CCI), formada por Ramón Danzós Palomino, Arturo Orona y Alfonso Garzón. La CCI representaba un intento por crear organizaciones políticas independientes que rebasaran la manipulación de la Confederación Nacional Campesina. El gobierno, por supuesto, puso atención a la nueva

central, y aunque posiblemente consideró que no representaba ningún gran peligro, de cualquier manera empezó a trabajar a los dirigentes, con el resultado de que un año después éstos ya se habían dividido y había dos CCI: la de Danzós Palomino y la que dirigieron Alfonso Garzón y Humberto Serrano, alias el Invasor, que bien pronto se alinearon con el PRI y el gobierno. De esa manera, si alguna vez la CCI representó una posibilidad de verdadera defensa de los campesinos, esta esperanza se diluyó en octubre de 1964 ya que la existencia de dos centrales con el mismo nombre cuando menos creaba la confusión y representaba una puerta para mediatizar cualquier intento serio que se hiciera en favor de los campesinos.

Por su parte, el presidente López Mateos decidió llevar a cabo una enésima reforma a la ley electoral. El gobierno se preocupaba por la escasa legitimidad que le confería funcionar como omniaplanadora mientras los demás partidos mostraban una existencia raquítica y apenas si lograban ganar algunos escaños en el Congreso. Para dar una mayor ilusión de pluralidad y democracia vía la oposición, pero sin perder ni uno solo de los resortes fundamentales del poder, la nueva ley electoral de 1963 se sacó de la manga la invención de los diputados de partido, o plurinominales. Con esta nueva modalidad, la oposición con registro podía obtener diputaciones aunque no hubiese ganado por mayoría en algún distrito. Según la cantidad de votos obtenidos, un partido podía llegar a tener hasta 20 diputados plurinominales, y de esa forma todos los partidos registrados (PAN, PPS y PARM) lograron obtener curules y dar una mínima ilusión de juego democrático. Esta reforma fortaleció el régimen, que conservó todo el poder pero a la vez pudo argüir que en México las minorías tenían espacios para expresarse. También expidió la Ley Federal de los Trabajadores al Servicio del Estado, que prohibía a los burócratas adherirse a centrales u organizaciones ajenas al PRI, y que restringió el derecho de huelga.

En ese mismo año tuvo lugar la reunión de la OEA en Punta del Este, Uruguay, en la cual Estados Unidos ejerció toda su fuerza para lograr que los países del continente rompieran relaciones diplomáticas con Cuba y se sumaran al boicot económico que el imperio había orquestado contra la isla. De hecho, todos los países latinoamericanos acordaron, y cumplieron después, romper relaciones con el régimen de Fidel Castro Ruz, que desde 1961 había declarado que trataría de construir el socialismo. México fue el único país que no rompió con Cuba, aunque, en Punta del Este, el canciller Tello sirvió en bandeja el argumento que permitió a los demás la ruptura con Fidel Castro: según el canciller mexicano, las democracias representativas de América eran incompatibles con el marxismo-leninismo. Esta fórmula gustó mucho a los estadunidenses, quienes la aplicaron al instante y, a la larga, les facilitó condescender con la insólita postura de López Mateos. A lo largo de la década, aunque México enfrió su relación con Cuba y sometió a maltratos, vigilancia e incomodidades a los que viajaban a la isla, nuestro país fue el único en América que conservó abiertas las líneas de comunicación con la Revolución Cubana, lo cual, con el tiempo, resultó importantísimo.

Pero en México el gran tema era la sucesión presidencial. En marzo, el PRI rompió el letargo y su líder Alfonso Corona del Rosal anunció que el partido oficial se reestructuraría y elaboraría un programa para su próximo candidato a la presidencia. Se llevó a cabo una Junta de Programación, en la que el

entonces diputado Jesús Reyes Heroles declaró que el PRI no era un partido de clase, sino de clases. La idea de una reestructuración hizo pensar a muchos que se implantarían formas democráticas en el PRI. Pero los intentos reestructuradores de ese año finalmente acabaron en mucho ruido y nada concreto. Sin embargo, la idea de democratizar al partido de la Revolución penetró en algunos de sus militantes, y poco después Carlos Madrazo se vería en numerosos conflictos por este motivo cuando le tocó presidir el PRI a partir de diciembre de 1964.

Por su parte, la CTM también trató de reactivarse para evitar que la Confederación Nacional de los Trabajadores (CNT) de Rafael Galván, o líderes cada vez más fuertes como Luis Gómez Z., a la cabeza ya del sindicato de ferrocarrileros, no le restaran poder e influencia. Fidel Velázquez no había dejado de reelegirse puntualmente en la secretaría general de la CTM, y en 1963 incrementó las reuniones de la central en toda la República y sacó a la luz nuevas banderas: la lucha por un reparto de utilidades, que con el tiempo se otorgó, y por la semana laboral de 40 horas, que se postergó.

Todos estaban pendientes para saber quién sería "el tapado". Según Luis Echeverría, este término viene de los palenques, en los que a veces se presenta un gallo cubierto con una tela para que los apostadores no sepan de qué animal se trata (de allí también que a los aspirantes a la grande se les llame "mi gallo", informó doctamente don Luis). El mismo López Mateos fue un "tapado" perfecto, pues, hasta antes de su "destape", Ruiz Cortines logró que todos los políticos se fueran con la finta de otros suspirantes. López Mateos, que prácticamente no formó equipo y que se mantuvo quietecito sin decir gran cosa, fue una sorpresa mayúscula para los "expertos".

En 1963, como siempre, varios secretarios de Estado llegaron a la "recta final". Eran Antonio Ortiz Mena, de Hacienda, quien había logrado que el gobierno sorteara los problemas económicos y continuara el desarrollo y la estabilidad; también se mencionaba mucho a Donato Miranda Fonseca, pues éste había logrado tejer una intrincada red de relaciones políticas a través de su oficina privilegiada, la Secretaría de la Presidencia; también se hallaba Javier Barros Sierra, que después sería rector de la UNAM durante 1968, y, por último pero de ninguna manera al final, a Gustavo Díaz Ordaz, "Gustavito", como le decía el presidente, quien, al parecer, siempre pensó en él. El líder del Senado, Manuel Moreno Sánchez, a su vez era amigo muy cercano del presidente y tenía esperanzas de que López Mateos lo escogiera.

Ya en 1964 Gustavo Díaz Ordaz había orquestado muy bien su campaña para que López Mateos se fijara en él. Gonzalo N. Santos, al final de sus *Memorias* , cuenta que organizó una comida en su quinta de Cuernavaca e invitó al presidente y a casi todo el gabinete, menos a Donato Miranda Fonseca, pues éste era el más serio rival de Díaz Ordaz, a quien Santos apoyaba. En esa fiesta hubo peleas de gallos. Santos tomó a su favorito y lo colocó frente a Gustavo Díaz Ordaz. "Damas y caballeros", dijo Santos, "este gallo que dentro de breves minutos voy a soltar es el tapado". Invitó entonces a Díaz Ordaz a que sujetara al gallo, lo cual hizo, sin empachos, el aún secretario de Gobernación. La mayoría de los asistentes apostaron en contra del gallo de Santos y López Mateos, discretamente, se abstuvo. El gallo tapado fue el que ganó y Santos sirvió copas de un "antiquísimo" coñac Napoleón. "Vamos a

brindar", dijo a López Mateos, y éste respondió: "Sí, pero no solos; sírvale una copa a Gustavito para brindar por los tres".

Ya a mediados de año, Corona del Rosal visitó al líder del Senado, Moreno Sánchez, y le pidió que apoyara a Díaz Ordaz. Moreno Sánchez no sólo se sentía presidenciable sino que era enemigo acérrimo de Díaz Ordaz, así es que, molesto, fue a ver a López Mateos para reclamarle. El presidente respondió que él no sabía nada de eso, que seguramente Corona del Rosal "llevaba agua a su molino". Sin embargo, le encargó a su amigo Moreno Sánchez que averiguara entre los políticos por qué se decía que Díaz Ordaz era violento y reaccionario. "Cuando tome la determinación", concluyó López Mateos, "tú serás el primero en saberlo".

Más tarde, el presidente invitó a Moreno Sánchez a conversar. El líder del Senado llegó puntual al jardín del presidente, quien le dijo: "¿Sabes? Anoche no pude dormir". "Entonces ya te decidiste", comentó Moreno Sánchez. "Sí". "Bueno". "...Es Díaz Ordaz", reveló el presidente. Moreno Sánchez al instante manifestó su inconformidad. Pero López Mateos sólo le explicó que también había pensado en Barros Sierra, pero éste "no tenía cualidades de político"; y en Donato Miranda Fonseca, "que tenía muchos aspectos favorables pero no los suficientes". Y en Antonio Ortiz Mena, a quien descartó tan pronto como supo que todos los ex presidentes lo apoyaban. "Por esa razón no podía ser Ortiz Mena", explicó López Mateos.

Se cuenta igualmente que López Mateos mandó llamar al secretario de Gobernación y después de los saludos de rigor, le dijo: "Compañero, a usted le toca chingarse. Usted será el candidato del PRI a la presidencia".

En octubre de 1963 la convención del PRI nombró, "por unanimidad", candidato presidencial a Gustavo Díaz Ordaz, quien dejó la Secretaría de Gobernación a Luis Echeverría y procedió a preparar su campaña presidencial. Por su parte, para evitar indisciplinas entre los priístas, López Mateos dio empleo a varios políticos que estaban en la banca y que podían causar problemas. Reubicó a Gilberto Flores Muñoz, a Francisco Galindo Ochoa y a Alfonso Martínez Domínguez, por ejemplo. Además, sorprendió a muchos por su elección de asesores de última hora. Al presidente le gustaba mucho el boxeo y los toros, y se dice que en ocasiones le gustaba ir a la Plaza México. Uno de sus toreros favoritos era Joaquín Rodríguez, Cagancho, y como éste se hallaba en dificultades económicas, pidió una audiencia a López Mateos. Al salir, Cagancho sonreía, feliz. Cuando se enteró, Donato Miranda Fonseca casi se cayó del sillón: no podía concebir que un torero fuera nombrado asesor del presidente de la república.

A fines de año, Vicente Lombardo Toledano hizo prodigiosos equilibrismos ideológicos para convencer a los participantes a la III Asamblea Nacional del Partido Popular Socialista de las bondades de lo que él llamó "alianza con el PRI". Los trabajó tan bien que al día siguiente todos estuvieron de acuerdo en que el PPS no lanzara candidato, sino que se adhiriera al del PRI. El PAN, por su parte, postuló a José González Torres.

En 1964 se llevaron a cabo las campañas presidenciales. En esa ocasión todo parecía estar en perfecto orden: no había incómodos disidentes del sistema

luchando por la presidencia; la oposición del PAN no presentaba el menor de los problemas, por más que, tibiamente, González Torres criticara al gobierno. La izquierda no hacía ruido: no había estrepitosos conflictos sindicales como seis años antes, y el Partido Comunista Mexicano, fuera de la ley, contribuía a la candidatura de Ramón Danzós Palomino a través del Frente Electoral del Pueblo (FEP), cuya inexistencia histórica fue indiscutible.

En las elecciones de julio de 1964, pues, no hubo ningún problema. Se trataba del momento de máxima fortaleza del régimen "revolucionario", cuando, incluso en el momento más difícil y debilitante, la sucesión presidencial, todo estaba bajo control: la situación económica se había estabilizado, la iniciativa privada no sacaba sus capitales y de hecho se mostraba satisfecha ante la perspectiva de que el secretario de Gobernación, que-tan-bien-lo-había-hecho, gobernara el país. Y la situación política era tranquila. Aunque reconoció un considerable margen de abstención, la Comisión Federal Electoral y después el Colegio Electoral dieron el triunfo a Díaz Ordaz con el 88 por ciento de los votos; el PAN obtuvo el 10.97 por ciento y, gracias a las reformas a la ley electoral, disponía de 20 diputados en el Congreso. El PPS y el PARM también tuvieron sus plurinominales.

Por cierto, en las sesiones del Colegio Electoral de la Cámara de Diputados tuvo lugar la primera "interpelación" de la época reciente y que preludió las de 1988. El ex presidente municipal de Ciudad Camargo, Tamaulipas, Luis G. Olloqui, era diputado presunto por el PARM y se debatía su caso. Olloqui se la pasaba comiendo palomitas ("sin inflar", precisa la información del periódico *La Jornada*) y oía a Advento Guerra, del PRI, que lo ponía del asco. "Se le acusa de mala administración y uso indebido de recursos financieros. Además se robó el reloj de la presidencia de Camargo", decía Guerra. "Ahorita te contesto lo del reloj", lo interrumpió Olloqui, "ya verás". Pero Advento Guerra continuó fustigándolo. "¡Mientes, Advento, mientes, mil veces mientes!", gritaba Olloqui y seguía comiendo palomitas. "No llegó a diputado", concluye *La Jornada.*

Adolfo López Mateos se sentía bien seguro de su sucesor. Tal como ocurrió cuando él recibió el poder de Ruiz Cortines, el tránsito de López Mateos a Díaz Ordaz estaría enmarcado por la disciplina y ortodoxia priísta. Después, los dos terminaron detestándose.

Al final de su sexenio, Justo Sierra Casasús cuenta que López Mateos tenía dolores de cabeza que lo hacían encerrarse en un cuarto oscuro de palacio. Julio Scherer García refirió a su vez lo que le contó Humberto Romero, el secretario particular del presidente, quien ahuyentaba a los que hacían antesala: Romero llevaba al presidente a un cuarto de paredes acolchonadas. "Pasaban horas hasta que el hierro se enfriaba en el cráneo y con el fin del sufrimiento volvía el presidente a la vida", escribe Scherer. "'Ya pasó, Humberto.' 'Descansa, Adolfo.' 'Estoy bien. Vamos.' Y otra vez a los saludos, las audiencias, a la risa franca que cautivaba a las señoras sobre todo."

Los dolores de cabeza ("migraña", consideró siempre el presidente) eran anuncios del fin terrible de Adolfo López Mateos. A fin de cuentas se le inmovilizó el ojo izquierdo, la pierna izquierda, la mano izquierda, el pie derecho, la mano derecha. "Usaba unos aparatos ortopédicos para poder dar

algunos pasos", cuenta Sierra Casasús. Después, quedó absolutamente paralizado, sólo con las funciones vegetativas (y muy probablemente con plena conciencia e incapaz de expresarse), hasta que murió, en 1969.

LA CULTURA EN MÉXICO

A fines de 1958, cuando Adolfo Ruiz Cortines entregó el poder presidencial a su tocayo López Mateos, en México causaban furor el rocanrol y las rumbeadas. Aunque el rock era accesible para cualquiera, no todos se sintonizaban en la frecuencia de onda necesaria y había mucha gente, incluyendo jóvenes por supuesto, que ni entendían ni les interesaba el rocanrol. En cambio, la música tropical "era tan mexicana como las canciones rancheras", y por eso las rumbeadas estaban de moda. En las fiestas de sábado por la noche no faltaban Lobo y Melón con su "Amalia Batista" ("le tiro y le tiro la palangana y se va con el guapachá") para que los briosos bailarines le sacaran punta al piso. Cuando se requería menor vigor, se pasaba a los danzones chachachá de Carlos Campos y de Mariano Mercerón. Ya se oía, pero aún no llegaba al techo del éxito, a la Sonora Santanera de Carlos Colorado, para muchos simplemente la Santa, que, con Sonia López, alcanzó ventas millonarias de "El ladrón". Para bailar "de cachetito" (o "de cartón de cerveza") también se oía, oh paradoja, a Ray Coniff, único gringo no rocanrolero con éxito fulminante en México.

En 1959 asombró el caso de *Rififí entre los hombres* , película francesa sobre un robo por horadación que tuvo un éxito inusitado; "ya lleva más de *un año* en el cine Prado", decía la gente. El gobierno a fin de cuentas prohibió la película porque tuvo lugar un robo exactamente igual al de *Rififí* .

Ya en 1959 en México se leía (además de a Carlos Fuentes, que acabó con el cuadro vía *La región más transparente* , y de Jorge López Páez, que debutó espléndidamente con *El solitario Atlántico*) a Jean-Paul Sartre, Albert Camus, Par Lagervist, y se oía hablar de los existencialistas. Lo que se entendía por existencialismo en términos más o menos populares (ciertos sectores de los jóvenes de clase media) era decir: "La vida no tiene sentido pero vale la pena vivirse", vestirse con pantalón y suéter de cuello de tortuga rigurosamente negros y tener la cara de aburrido o de estar deprimidísimo. Los cafés "existencialistas" llamaron la atención en la ciudad de México. Lugares como El Gato Rojo, La Rana Sabia, Acuario, El Sótano, solían ser pequeños, oscuros, abundantes en café exprés y con espontáneos del público que leían poemas cuando la música, por supuesto jazz, descansaba un momento. Los mexicanos no tuvieron su Juliette Greco, pero muchos interesados por los beatniks (en realidad "existencialismo" y "beatniks" era casi lo mismo para muchos) sí tuvimos la fabulosa revista *El Corno Emplumado* , en la que Sergio Mondragón y Margaret Randall se encargaron de traducir a Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti, Gregory Corso, Gary Snyder y Jack Kerouac. Realmente no hubo muchos beatniks en México, pero los cafés "existencialistas" sí llegaron a cierta popularidad, como un indicio de que cierta clase media urbana tendía a contraculturizarse.

La difusión de la alta cultura, como el dinero, cada vez más se concentraba en menor gente. El grupo de intelectuales que colaboraba en el suplemento cultural *México en la Cultura* , se solidarizó con Fernando Benítez cuando la directiva del periódico lo corrió por razones francamente reaccionarias. Sin embargo, José Pagés Llergo, director de *Siempre!* les ofreció el espacio central de su revista y pronto surgió a la luz

La Cultura en México , con Benítez, Fuentes, Emmanuel Carballo, Elena Poniatowska y los jóvenes José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis. El primero ya había publicado relatos con

Juan José Arreola; era serio, polígrafo, lector empedernido y con un fuerte sentido de la justicia; Monsiváis, por su parte, ostentaba su influencia salvadornovesca: alta inteligencia, ironía devastadora, dotes desmitificadoras e interés por la cultura popular. Ambos venían de la revista *Estaciones* , del poeta Elías Nandino, que dio amplias oportunidades a los jóvenes.

Con Benítez y Fuentes también se hallaban varios escritores, que a la larga vinieron a componer el sector conservador-intelectualista del grupo: Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, Tomás Segovia, Salvador Elizondo, José de la Colina, Sergio Pitol. Por su parte, Poniatowska, Monsiváis, Pacheco, Carballo, Luis Guillermo Piazza y María Luisa Mendoza formaron el "sector popular". Las dos corrientes eran la planta baja, pues en la alta (o planos himaváticos) moraban Paz, Benítez, Fuentes, Jaime García Terrés y el filósofo poeta Ramón Xirau. El grupo de *La Cultura en México* también disponía de la *Revista de la Universidad* y de la *Revista Mexicana de Literatura* , y pronto se adueñaron del medio intelectual y ganaron muchos adeptos leales porque representaban la vanguardia intelectual y artística, lo-más-avanzado-en-el-país. Cerca de ellos se encontraban los editorialistas de la revista *Política* : González Pedrero, López Cámara y Flores Olea. Y también escritores exiliados, como Tito Monterroso, Luis Cardoza y Aragón y Gabriel García Márquez. Pronto se sumaron los críticos de cine (*Nuevo Cine* , *La Semana en el Cine*) Emilio García Riera, Jomi García Ascot, José de la Colina, Salvador Elizondo (que después hizo la revista *S* . *Nob*), y los directores de teatro Juan José Gurrola, Juan Ibáñez y José Luis Ibáñez (y con ellos sus grupos de actores). Y los pintores: José Luis Cuevas, que a los 15 años de edad montó su primera exposición y que había adquirido notoriedad por sus críticas desaforadas hacia Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco y el muralismo en general. Por esas fechas Cuevas colaboró también en *Nueva Presencia* , donde se promovía la pintura figurativa y abstracta. Con Cuevas también circularon por el grupo los pintores Alberto Gironella, Vicente Rojo y Manuel Felguérez.

Como puede verse, el grupo era un verdadero bulldozer. A fines de los cincuenta y principios de los sesenta aún no funcionaban como mafia, incluso eran, hasta cierto punto, disidentes críticos del sistema, al que encontraban, y con razón, excesivamente subdesarrollado y de mentalidad anacrónica. Sin embargo, a mediados de los sesenta los de *La Cultura en México* se convirtieron cada vez más en Establishment y los criterios de descalificación tajante ante manifestaciones artísticas que ellos no favorecían se volvieron represivos, dado el poder que llegaron a amasar. En 1959 el grupo en pleno

lloró la muerte de Alfonso Reyes, quien, sin duda, era su tata espiritual y modelo intelectual. En ese año también murió Samuel Ramos, pero el grupo no lo lamentó tanto; sin dejar de reconocer las aportaciones de Ramos, él era un ejemplo intelectual que no les interesaba; lo mexicano estaba "out", lo que correspondía era lo cosmopolita, estar al día, seguros de que se estaba al nivel intelectual de lo mejor del mundo y de ninguna manera en calidad de infanterías huarachudas de la vanguardia internacional.

Por esas fechas, Huberto Batis, otro conspicuo miembro del grupo, fue corrido junto con Tito Monterroso de El Colegio de México por Daniel Cosío Villegas ya que se tardaba mucho en sacar fichas. Batis se unió al escritor Carlos Valdés y formaron *Cuadernos del Viento* : páginas que sí se abrieron, como antes *Estaciones* , a los jóvenes entusiastas que se interesaban por la cultura y que, comparativamente, cada vez eran más y tendían a escaparse de las categorizaciones sociológicas. En 1959 Tito Monterroso publicó su primer, excelente, libro: *Obras completas* (*y otros cuentos*), en el que se halla el famosísimo texto "El dinosaurio", que aún estaba allí, en 1960, cuando Sergio Galindo ofreció su excelente novela *El bordo* . Carlos Fuentes, después del gran esfuerzo de *La región más transparente* , publicó una novela corta, lineal y espléndida, *Las buenas conciencias* , que, como todos los libros importantes de la época, apareció en el Fondo de Cultura Económica de Orfila Reynal bajo la sabia producción de Joaquín Díez-Canedo.

En realidad, Carlos Fuentes fue la máxima figura de la década de los sesenta. No sólo consolidó el éxito internacional de *La región* con libros decisivos como *La muerte de Artemio Cruz* y *Aura* (ambos de 1962), *Cantar de ciegos* (1964) y *Cambio de piel* (1967), sino que su presencia rebasó con mucho los estrechos márgenes que la sociedad imponía a artistas e intelectuales. Su crítica política fue oportuna y lúcida, y con sus libros y su magnetismo personal se convirtió en el personaje más popular de la gente-culta y de muchos jóvenes que veían en él un casi perfecto héroe intelectual. Cuando, a mediados de la década, se organizó el I Concurso de Cine Experimental, él fue el autor que todos los cineastas querían adaptar. La cúspide de esta popularidad tuvo lugar en diciembre de 1969 cuando Fuentes festejó su novela *Cumpleaños* con un coctel legendario en la cantina La Ópera, donde la nueva intelectualidad se sintió muy a gusto en esa atmósfera porfiriana. Candice Bergen y William Styron, estrellas invitadas, acapararon las cámaras; buen whisky y mejor coñac se distribuyeron sin coderías y las borracheras de fin de jornada fueron comentadísimas.

En las antípodas se hallaba José Revueltas, quien, en 1960, publicó su libro de cuentos *Dormir en tierra* , que contiene varias obras maestras del género. Pero en realidad lo primordial para Revueltas seguía siendo el pensamiento comunista y también en 1960 publicó su *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* , en el que criticó a los partidos Comunista Mexicano, Popular Socialista y Obrero Campesino porque no estuvieron a la altura de la trascendencia del movimiento ferrocarrilero. Eso le corroboraba a Revueltas su idea de que el proletariado mexicano carecía de una verdadera cabeza revolucionaria y de que el Partido Comunista, por su desligamiento del pueblo, era inexistente históricamente. Poco antes, José Revueltas había presentado *México: democracia bárbara* , en el que observó penetrantemente la sucesión presidencial de 1958 y donde concluyó que las prácticas

democráticas mexicanas eran, en el mejor de los casos, "bárbaras". Éste fue uno de los primeros textos en México que de lleno enfrentaron lo que para entonces era el Gran Enigma de los Modos de Sucesión Presidencial, que para Revueltas bien podían considerarse "a la mexicana". En aquella época el pueblo sabía muy poco de lo que ocurría en las cúpulas gubernamentales, que guardaban un hermetismo casi total.

En poesía aparecieron *Luz de aquí* , de Tomás Segovia, *Delante de la luz cantan los pájaros* , de Marco Antonio Montes de Oca, y *Lívida luz* , de Rosario Castellanos. Y apareció *La espiga amotinada* , con materiales de cinco poetas izquierdistas: Óscar Oliva, Juan Bañuelos, Eraclio Zepeda, Jaime Augusto Shelley y Jaime Labastida, que en 1965 se volvieron a reunir en el libro *Ocupación de la palabra* . En 1961 salió *Fuego de pobres* , de Rubén Bonifaz Nuño y la UNAM publicó el *Material poético* , de Carlos Pellicer, enorme como lápida, que contenía la obra escrita entre 1918 y 1961.

En 1961 México estaba ávido de mundo. Las noticias de los viajes orbitales de los soviéticos Gagarin y Titov impresionaron profundamente, y en el medio cultural entusiasmaban las obras teatrales de vanguardia, especialmente el teatro del absurdo de Ionesco. En tanto, la dramaturgia mexicana seguía regida por Emilio Carballido, quien presentó *Te juro Juana que tengo ganas* con un gran éxito, el cual repitió con *Yo también hablo de la rosa* . Magaña escribía poco, y el nuevo autor que llamó la atención fue Hugo Argüelles, que llegó al estrellato instantáneo con sus obras *Los cuervos están de luto* y *Los prodigiosos* , donde se explayó en el humor negro.

La nueva ola francesa causaba sensación en el cine. Muchos jóvenes vieron casi religiosamente las primeras películas de Godard, Truffaut y Resnais. También se admiró a los italianos Visconti (*Rocco y sus hermanos*), Fellini (*La dulce vida*)y Antonioni (*La noche*). Empezaban las reseñas cinematográficas en Acapulco, que atraían a grandes celebridades del cine. Pero la producción cinematográfica en México era alarmantemente pobre. Luis Buñuel, por supuesto, seguía en la cúspide, pero en 1961 se fue a filmar a España, después de varias décadas de exilio, y con el dinero del mexicano Gustavo Alatriste (dueño de las revistas *Sucesos* y *La Familia* , en las que trabajaba Gabriel García Márquez) y con la actuación de Silvia Pinal (esposa entonces de Alatriste) produjo *Viridiana* , una de sus obras cumbres, que en lo más mínimo se quedaba atrás ante la portentosa *Nazarín* , que filmó en 1958. Buñuel regresó a México, pero ya filmaría poco aquí. Con el binomio Alatriste-Pinal, el aragonés realizó *El ángel exterminador* , una alucinante historia que claramente viene de un sueño, y *Simón del desierto* , obra mucho menor que tiene la torpeza de presentar al infierno como un antro donde no sólo se oye rocanrol sino que éste es interpretado por el grupo los Monjes, que capitaneaba uno de los hijos de Julio Bracho.

Este maestro, por cierto, en 1962 filmó *La sombra del Caudillo* en una horrenda adaptación de la gran novela de Martín Luis Guzmán. Si la novela causó un escándalo cuando se publicó, más de 30 años antes, a principios de los sesenta seguía perturbando al régimen, que, de plano, optó por censurar la película y enlatarla por muchos años: en 1989, por cierto, continuaba sin estrenarse públicamente, aunque ya alguna gente la había podido ver en videocasete. La censura había hecho el mismo numerito en 1959, cuando

Roberto Gavaldón adaptó al cine la obra de B. Traven *La rosa blanca* ; la exhibición comercial de esta película también fue prohibida sin dar una mínima explicación e igualmente acabó enlatada. Eran pocos los cineastas aptos en México y a éstos el deprimente panorama comercial les cerraba las puertas. Sólo Luis Alcoriza encontró apoyo en la compañía de Antonio Matouk (Angélica Ortiz, gerente de producción) y demostró que los años que pasó como asistente de Buñuel fructificaban con dos películas notables: *Tlayucan* y *Tiburoneros* . Pero fuera de eso, el cine nacional era desolador, dominado por productores acostumbrados a lucrar a partir de los empréstitos que les daba el Banco Cinematográfico y que jineteaban con gran gusto. La corrupción de estos productores (Wallerstein, Ripstein, Calderón, Rosas Priego) los condujo a favorecer un cine absolutamente inane, tan malo que apenas llegaba a enajenar al respetable. Una magnífica muestra de estos "criterios" lo constituyó la avalancha de películas "juveniles" de la época. Conscientes del éxito tremendo de los rocanroleros y del auge de los jóvenes en general, los productores filmaron "comedias musicales" cuyo único chiste consistía en presentar a los ídolos del rock, pues la moralina, la evidente ansia de manipular y la pereza creativa campeaban en casi todas las películas que hicieron (y que ya eran llamadas "bodrios" por el público). Todo esto daba arsenal a los críticos de *La Semana en el Cine* y de *Nuevo Cine* que se pitorreaban de los bodrios y denunciaban la censura y los criterios atrasadísimos del cine nacional.

En cambio, aún no surgía la crítica de televisión. Telesistema Mexicano se perfilaba como gran monopolio (el Estado ni siquiera presentaba competencia, mucho menos resistencia) y progresivamente asentó en la población del país los modelos más desafortunados del "american way of life" y la enajenación en todas sus formas. Las telenovelas eran ya una institución nacional y el público se había acostumbrado a ver los lacrimógenos, pésimamente realizados, melodramones que duraban meses en su programación vespertina. Por escribir telenovelas, Vicente Leñero, que en 1961 publicó su novela *La voz adolorida* (años después ésta se transformó en *A fuerza de palabras*), tuvo que sufrir el escarnio de los intelectuales del Establishment. Además de las telenovelas, Telesistema presentaba viejas series de televisión estadunidense ("Los intocables", "Combate", "Yo quiero a Lucy"), caricaturas pésimamente dobladas y programas "de entretenimiento". Entre éstos, lo mejor consistió en la aparición de Manuel Valdés, el Loco (hermano del para entonces gordo Tin Tan), quien en "Variedades de mediodía", primero, y "de medianoche", después, se hizo célebre con su comicidad incontrolable y su gran capacidad para improvisar payasada tras payasada. El humor del Loco era definitivamente nuevo, y en momentos podía ser incluso subversivo, o eso juzgó la Temible Censura de Televisión, que se puso furiosa cuando el buen Loco se refirió al buen Benemérito de las Américas como "Bomberito Juárez". Por desgracia, esas locuras sanamente desmitificadoras e ingeniosas no abundaban en la televisión, que paso a paso se convertía en una influencia devastadora, al grado de que después se consideró que Telesistema era la verdadera Secretaría de Educación Pública, pues llegaba hasta lo más profundo de la sociedad mexicana (o eso parecía).

Para colmo de males, en 1963, Walter Buchanan, secretario de Comunicaciones, lanzó una convocatoria para concesionar un nuevo canal televisivo: el 13. La Universidad Nacional Autónoma de México desde

principios de los años cincuenta había peleado por tener su propio canal, pero no obtuvo nada. A principios del sexenio, en cambio, el Instituto Politécnico Nacional logró la concesión del canal 11, cultural, de muy bajo presupuesto; en un principio nadie podía verlo, pues así de débil era su señal; por tanto, lo correcto era que la UNAM obtuviera el suyo. Varios funcionarios parecían interesados en esto, pero a fin de cuentas Comunicaciones acabó ignorando a la Universidad y concesionó el canal 13 a un señor Salas que nadie conocía. Numerosos magnates de la comunicación querían también el nuevo canal y en el acto presentaron amparos ante la Suprema Corte de Justicia alegando prioridad. Por esta razón, la concesión del nuevo canal quedó en suspenso y sólo hasta 1968 acabó resolviéndose (pero en esa ocasión tampoco lo pudo obtener la UNAM, a pesar de los esfuerzos que en ese sentido realizó el rector Barros Sierra).

En la prensa, el gran acontecimiento fue el surgimiento de *El Día* , que en 1961 el atinado López Mateos proporcionó a Enrique Ramírez y Ramírez, viejo militante de la izquierda, quien después se dejó cooptar por el sistema ("hay que hacer la revolución desde adentro") y como premio obtuvo su periódico. Gracias al buen subsidio oficial, este diario no se preocupó por la publicidad y quitó importancia a las páginas de sociales. Abundaba en información internacional con un discreto tinte "de izquierda". Además, después tuvo el tino de establecer una página cultural diaria que, cuando fue encomendada a Arturo Cantú, alcanzó niveles magníficos. Los demás periódicos grandes (*Excélsior* , *Novedades* , *El Universal*) continuaban con líneas francamente conservadoras, generadas por la inercia y el intrincado juego de los "embutes" o "chayotes" ("sin mi chayo no me hallo", bromeaban cínicamente los periodistas), o sea: los sobornos que en sobres cerrados repartían los jefes de prensa de las dependencias para asegurar la complicidad de los reporteros. El periódico más popular (después del notorio amarillismo de *Zócalo* en los años cincuenta) era *La Prensa* , con sus criterios provincianos (el peor insulto de la época) de echar por delante la nota roja, la cual más tarde sería explotada repugnantemente por *Magazine de Policía* o *Alarma* . Los deportivos principales ya eran *Esto* , *Ovaciones* y *La Afición* (este último daba más énfasis al beisbol, mientras los dos primeros se ocupaban del fut). Los domingos se leía *El Fígaro* , con sus páginas moradas, en donde abundaban fotos de las bellas; Efraín Huerta se encargaba de la crítica de cine. Las revistas clave eran *Siempre!* , de Pagés Llergo, con las caricaturas de Carreño y de los estrellas de los cincuenta el Chango García Cabral y Manuel Freyre. Los principales pensadores políticos colaboraban en las páginas sepia del semanario, que tenía un éxito absoluto entre el medio político y el público; también se leía muchísimo la revista *Política* , de Manuel Marcué Pardiñas, quien llegaba en un flamante auto Jaguar a sus oficinas de Bucareli. *Política* era más combativa que *Siempre!* y pronto se convirtió en la publicación preferida de la izquierda, que leía con avidez los artículos y los reportajes sobre acontecimientos que el resto de la prensa prácticamente ignoraba, como la muerte de Jaramillo o los avatares de la Revolución Cubana.

Entre las historietas seguía brillando *La Familia Burrón* , pero las grandes ventas iban para *Lágrimas, risas y amor* . Por esas fechas apareció *Chanoc* , que después tuvo una gran importancia, al igual que *Kalimán* y, más tarde, *El Payo* . Pero el dominio total del mercado lo tenía la Editorial Novaro, que

llenaba los puestos con sus traducciones de historietas estadunidenses: las viejas *Pequeña Lulú* , *Lorenzo y Pepita* , más los *Cuentos de Walt Disney* , las historietas del Conejo de la Suerte, el Pájaro Loco, además de las de Supermán, Batman y otros "superhéroes" que, por supuesto, compensaban al ciudadano endeble con el sueño de los "superpoderes". Tenían mucho éxito también historietas sentimentales (y debidamente "gordas") como *La Novela Semanal* o la *Novela de Amor* , que competían *in extenso* con las publicaciones de Yolanda Vargas Dulché. Y ya existían las fotonovelas, que en los años setenta alcanzaron un gran auge: se trataba de historias igualmente sentimentales que se fotografiaban con actores incipientes. En un principio las fotonovelas penetraron con lentitud, pero después llenaron de dinero a mucha gente. Y estaban las revistas "femeninas" y "masculinas". *La Familia* , de Gustavo Alatriste (y que después dirigió Cristina Pacheco) era muy popular, pero ya a fines de López Mateos y a principios del diazordacismo aparecieron *Kena* , *Claudia de México* , *Rutas de Pasión* y otros engendros que confinaban a la mujer (como hacía aún la sociedad entera) a la cocina, la costura y confección, a los chismes sobre artistas, a la apología de las modas y de la vida de los ricos, especialmente si eran aristócratas. Por el lado masculino, desde fines de los cincuenta, James R. Fortson trató de emular al estadunidense Hugh Hefner y nos recetó la revista *D'Etiqueta* , que seguía el modelo *Playboy* en cuanto a los reportajes "culturales", el culto a la moda y los automóviles, los chistes y las caricaturas, pero aun sin que las "féminas" (horror de término) mostraran los senos, pues el gobierno continuaba en la línea férrea de la censura paternalista. Poco después Fortson emprendió *Caballero.*

También se dieron publicaciones humorísticas al principio de los años sesenta. Rius, que ya empezaba a cobrar celebridad, se unió con Almada y con el español Gila (que causó sensación en México con su humor "por teléfono") y los tres echaron a andar *La Gallina* , cuyo primer número aclaraba que la revista se podía leer con confianza pues en ella no publicaba Roberto Blanco Moheno. El humor de *La Gallina* tendía fuertemente a lo político, y por eso fue vista con suspicacia por las autoridades. El penúltimo número, de lejos, parecía la revista *Life en Español* , y sólo al acercarse se leían las letras menudísimas que decían: "Esto no es *Life en Español* , es *La Gallina en Mexicano* ". El siguiente, y último número, tardó mucho en aparecer, y cuando salió, el público devoto de la revista vio que, en el más puro estilo *Mad* , se informaba: "Esta vez no pusimos nada en la portada para no meternos en otra bronca". Rius después creó *Los Supermachos* , que tuvo un gran éxito, y después se embarcó en libros didáctico-políticos con el lenguaje de la historieta (*Cuba para principiantes* , *Marx para principiantes*) y logró penetrar en públicos cada vez más amplios. Poco después aparecieron unos cuantos números de la revista *Mano* , más directamente influida por la estadunidense *Mad* , que crearon los entonces muy jóvenes Gustavo Sainz, Nacho Méndez y Sergio Aragonés; este último después se fue del país y encontró trabajo precisamente en *Mad* , donde, hasta la fecha, se encarga de los "dramas marginales".

En 1962, el año en que apareció *Mano* , el teatro obtuvo un impulso decisivo con la aparición de Juan José Gurrola, quien dirigió y actuó (con Enrique Rocha) la excelente puesta en escena de *Bajo el bosque blanco* , del poeta Dylan Thomas, que entre sus grandes méritos se halla el haber facilitado su

nombre a Bob Dylan. De allí en adelante Gurrola llevaría a cabo representaciones teatrales de excelente calidad, y con autores como Pierre Klossowski o e. e. cummings se colocó a la cabeza de la experimentación teatral en México. Por esas fechas Juan Ibáñez hizo su legendaria escenificación de *Divinas palabras* , que lo llevó a triunfar en el Festival de Teatro de Nancy, Francia. Ibáñez después pasaría a la dirección de cine. En 1962 llegó a México el chileno Alejandro Jodorowsky, discípulo del mimo francés Marcel Marceau y del orate español Arrabal, de quien Jodorowsky aprendió las "suertes pánicas". En México, Alexandro rindió homenaje a su maestro con la puesta en escena de *Fando y Lis* , que causó sensación en el Teatro de la Esfera. Las buenas conciencias también se escandalizaron con los espectáculos "efímeros", que eran bien divertidos si se tenía presencia de ánimo para ver cuasirrituales de gallinas degolladas o actores defecando en escena. Jodorowsky nos puso al día en cuanto a representaciones de Eugene Ionesco, y con el excelente actor Carlos Ancira montó *La lección* , *Rinocerontes* , *Las sillas* y otras obras del jefe rumano (Gurrola, en la Casa del Lago, se encargó de la célebre *Cantante calva* , que aún sigue peinándose de la misma manera). Por cierto, a fin de sexenio Carlos Ancira estrenó su monólogo *El diario de un loco* , de Gogol, que montó miles de veces en México y en el extranjero prácticamente hasta su muerte a fines de los ochenta.

En 1962, la literatura obtuvo un avance de importancia con la aparición de la Editorial Era, llamada así por las iniciales de sus socios principales: Neus Espresate, el pintor Vicente Rojo y el dueño de la Imprenta Madero, José Azorín. Era puso en circulación la soberbia traducción de Raúl Ortiz y Ortiz de *Bajo el volcán* , de Malcolm Lowry, editó a Gabriel García Márquez y a autores nacionales como Carlos Fuentes y Fernando Benítez. Reforzó también la hasta entonces escasa red de ediciones de literatura nacional. En los años cincuenta el Fondo de Cultura Económica, a través de la colección Letras Mexicanas, abrió el camino; le siguió Juan José Arreola a mitad de la década con sus ediciones Los Presentes, y a fines de los cincuenta la Universidad Veracruzana lanzó su serie Ficción, que dio cabida a numerosos escritores jóvenes. El panorama mejoró más aún en 1963, cuando Joaquín Díez-Canedo dejó la gerencia general del Fondo de Cultura Económica y abrió la Editorial Joaquín Mortiz, que en un principio nos dio obras de Günter Grass, Agustín Yáñez, Elena Garro (*Los recuerdos del porvenir*) y Juan José Arreola, quien volvió a la literatura después de 10 años para abrir la popular Serie del Volador con su novela "de voces" *La feria* . Arreola, además, reemplazó a Ramón Xirau en la conducción del Centro Mexicano de Escritores, y con Juan Rulfo se encargó de coordinar las sesiones de becarios (Rulfo, por cierto, anunciaba todos los años la "inminente" aparición de su novela *La cordillera*). Arreola merecidamente adquiría el prestigio de ser el que más ayudaba a los jóvenes, pues no sólo atendía a los becarios del Centro de Escritores sino que en su departamento de Río de la Plata en la colonia Cuauhtémoc inició "el último de los grandes talleres literarios de la vieja época" que se llamó *Mester* . Arreola no tenía criterios tan excluyentes como el grupo de *La Cultura en México* y a su taller acudía gente de todas las edades y de todo tipo de intereses literarios, pero predominaban los muy jóvenes, como José Carlos Becerra, Elsa Cross, Alejandro Aura, Víctor Villela y Raúl Garduño (en la poesía), y Gerardo de la Torre, René Avilés Fabila, Federico Campbell, Jorge Arturo Ojeda, Eduardo Rodríguez Solís, Rafael Rodríguez Castañeda y Alex Olhovich (en la prosa). Este grupo trabajó durante 1963 y en 1964

procedió a publicar la revista *Mester* y el primer libro: *La tumba* , novela corta de José Agustín, que presentó el fenómeno de los jóvenes vistos desde la juventud misma (casi todas las obras juveniles eran escritas por gente de edad, lo cual determinaba en gran medida el estilo y la concepción de la juventud misma). Este tipo de novela utilizaba un lenguaje que rescataba artísticamente las hablas de los muchachos, además de que venía cargado de una vitalidad, irreverencia y frescura que difícilmente se pueden dar cuando se es más adulto. A fin de cuentas, este fenómeno también era una manifestación cada vez más clara del papel protagónico que los jóvenes empezaban a tener en México.

Para entonces ya era una realidad entusiasmante lo que se conocía como el *boom* de la literatura latinoamericana y que, a fin de cuentas, consistía en que el público internacional (léase Europa y Estados Unidos) al fin reconocía la formidable literatura que los latinoamericanos hacían desde los años cuarenta. En 1960 ya habían aparecido, con gran éxito, las traducciones de *La región más transparente* ; en 1961 Jorge Luis Borges obtuvo el Premio Internacional de Literatura, que otorgaban más de 10 editores de varios países; en 1962 Fuentes regresó a los grandes niveles con *Aura* y *La muerte de Artemio Cruz* , que se volvieron fuertes éxitos internacionales. También obtuvo gran resonancia el premio Biblioteca Breve, de la editorial española Seix Barral, que premió la primera novela del joven peruano Mario Vargas Llosa *La ciudad y los perros* . Ésta apareció ya en 1963 y coincidió con la publicación de *Rayuela* , la intrincada, gozosa, humanísima, obra maestra del argentino Julio Cortázar. Poco después aparecerían *Tres tristes tigres* , de Guillermo Cabrera Infante, alias G. Caín; *Paradiso* , de José Lezama Lima, y *Cien años de soledad* , de Gabriel García Márquez, con lo que se completó el cuadro de honor del horriblemente llamado *boom* . Todos estos autores no ocultaban sus simpatías por la Revolución Cubana (hasta que ésta expulsó a Cabrera Infante), lo cual contribuyó a que existiese una fuerte conciencia latinoamericana y la necesidad de mayores lazos de unión entre los pueblos subdesarrollados del continente. En México, Colombia, Venezuela, Perú y Argentina los autores del *boom* fueron leidísimos, propiciaron una nueva sensibilidad y tomas de conciencia de orden político y social. Su nivel cualitativo fue excelente, y por eso los autores del *boom* (que a la larga se redujeron a cuatro: García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa y Cortázar) siempre obtuvieron una atención inusitada.

En 1963 el escritor Vicente Leñero sorpresivamente ganó el famoso premio Biblioteca Breve con su novela *Los albañiles* , que apenas un año antes había rechazado el Fondo de Cultura Económica en México. El espaldarazo a la obra de Leñero era impresionante, y sin embargo el Establishment literario se indignó. Se dijo que a partir de ese momento el premio Biblioteca Breve perdía toda su seriedad. Carlos Barral viajó a la ciudad de México a entregar el premio y, para su sorpresa, el coctel de premiación fue ignorado por los altos intelectuales mexicanos, y, después, Leñero padeció una campaña en forma para tratar de minimizarlo; especialmente se le acusaba de escribir telenovelas y de ser católico practicante, lo cual dejó ver que la religión en la cultura se hallaba en su nadir, y sólo Jorge Portilla, el fenomenólogo del relajo, se las podía arreglar para echar por delante su religiosidad sin padecer el escarnio de sus compañeros. *Los albañiles* fue un libro muy importante en México, en parte porque no se adhería a la corriente que desdeñaba la

temática social y el uso de un lenguaje que elaboraba artísticamente las hablas coloquiales. Para entonces era ya muy fuerte la tendencia a enfatizar la forma y a rehuir todo "provincianismo". Sin embargo, la novela de Leñero lograba cubrir las cuestiones sociales a través de una forma artística complejísima que indicaba cuán profundamente el autor había asimilado los experimentos literarios del *nouveau roman* francés y sus prohombres Alain Robbe-Grillet, Claude Simón, Nathalie Sarraute *et al* .

Malentender, rechazar y después ningunear a Vicente Leñero significó uno de los puntos más débiles de la para entonces llamada mafia literaria. Otro de estos errores graves fue el ninguneo vil que se le infligió a José Revueltas. Éste, en 1964, publicó una de sus obras maestras, el "thriller político" *Los errores* , que condensaba sus experiencias en el movimiento comunista y criticaba a fondo los autoritarismos estalinistas. En *Los errores* Revueltas equilibró las andanzas de los militantes comunistas con el submundo sórdido de putas, padrotes, enanos, rateros y alcohólicos, y produjo páginas imperecederas impregnadas de sabiduría, riqueza de conocimientos, inspiración genuina y alturas poéticas y perturbadoras.

Atajar a Leñero y ningunear a Revueltas dejó ver que lo que en un principio fue un grupo dinámico, inquietante y enriquecedor, llevaba consigo la semilla del autoritarismo aristocrático intelectual. Por eso Daniel Cosío Villegas les había dicho: "¿No podría yo pedirles un poco de modestia, o si se quiere, de templanza? Hace poco tiempo que ustedes creen que son los depositarios de la cultura mexicana, y que sólo ustedes pueden hablar en nombre de ella". Para 1964 ya se le conocía como "la mafia" porque a ellos mismos les gustaba el término y jugaban con él con un ingenio que no lograba rebasar el cinismo. Para entonces el grupo controlaba directa o indirectamente el suplemento de *Siempre!* , la *Revista Mexicana de Literatura* , la *Revista de la Universidad* , la *Revista de Bellas Artes* , *Cuadernos del Viento* , *Diálogos* (que un año antes iniciara Ramón Xirau con el apoyo de El Colegio de México), Radio UNAM, la Casa del Lago y varias oficinas de difusión cultural con todo y sus nóminas. El gobierno poco a poco fue reconociendo su fuerza intelectual y de hecho procedió a aglutinar a muchos de ellos. Por tanto, los de la mafia lo pasaron muy bien en los años sesenta porque tuvieron todo lo que quisieron: aprecio de las altas esferas y admiración de muchos jóvenes. Sin duda llevaron a cabo obras importantes para la cultura, además de la calidad de la producción en lo individual, que significó magníficos libros de cuentos de José de la Colina (*La lucha con la pantera*), de Sergio Pitol (*Tiempo cercado* , *Infierno de todos*), de Inés Arredondo (*La señal*), de Juan García Ponce (*Imagen primera* , *La noche*), de Juan Vicente Melo (*Los muros enemigos* , *Fin de semana*), Jorge Ibargüengoitia (*Los relámpagos de agosto*), José Emilio Pacheco (*El viento distante*), Elena Poniatowska (*Los cuentos de Lilus Kikus*), Fernando Benítez (*El rey viejo* , *El agua envenenada*), para sólo hablar de los narradores. Sin embargo, su rechazo al chovinismo y al provincianismo (los cargos más terribles que solían pronunciar) los llevó a apoyar entusiasta pero acríticamente la cultura europea y a subestimar muchos aspectos importantes de la cultura nacional. Era común, por ejemplo, oír que México jamás había producido una sola obra maestra (ni Sor Juana se salvaba). El mayor desdén lo mostraron hacia la narrativa con aire "social" y hacia el muralismo (que por supuesto para entonces estaba liquidado, pero no sin antes producir obras extraordinarias). La mafia era ruidosamente cosmopolita y vanguardista e izó

como banderas a Alfonso Reyes, los Contemporáneos, Octavio Paz y Rufino Tamayo, lo cual no estaba mal si a esos nombres hubieran añadido los de Vasconcelos, Mariano Azuela, Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Samuel Ramos y José Revueltas, por ejemplo. La mafia llevó a cabo incesantes campañas de autoexaltación y homenajes mutuos, pues sólo admitían a sus amigos o a quienes compartiesen sus premisas sectarias, e ignoraban o criticaban amargamente a quienes consideraban "indecentes" o "muy menores". Acabaron creyéndose los amos al punto de convocar tributos y alabanzas de todo aquel que quería tener respetabilidad en la cultura y de paso alguna chamba.

En realidad, la mafia de los sesenta mostró hasta qué punto había llegado el país mismo en su desligamiento de las raíces populares y en la consiguiente admiración acrítica a lo nuevo que venía del extranjero. Siempre estaban puestos para bailar las coreografías puestas por otros, desde los juegos del in/out, camp y trivia (provenientes de Nueva York) o los dictados teóricos de apreciación artística (que llegaban de Europa). Al igual que la flamante clase media, los jerarcas del sistema y los magnates de la economía, la mafia no quería mezclarse con la "cultura de la pobreza", de la que hablaba Oscar Lewis. Gran parte del país, en su proceso de crecimiento, tendía a rechazar al Viejo México pero, como no disponía de otra cosa, abría los ojos pasmada hacia lo que ocurría en Europa o en Nueva York, tal como había ocurrido durante el porfirismo, y es que, en realidad, los gobiernos de la Revolución cada vez se parecían más al de Porfirio Díaz. La mafia, pues, reflejaba todo esto con su debida sofisticación. Eran lo moderno en México, de allí que se sintieran tan a gusto en la zona rosa (a falta de Greenwich Village o Quartier Latin), donde instalaron sus "headquarters": Cuevas pintó murales efímeros en la zona y todos se congregaban en el café Tirol (por eso se decía: ay mafia no te rajes, aún te queda tu último Tirol).

En el paisaje de la zona rosa no cabían poetas como Jaime Sabines, que calladamente produjo libros excelentes (*Horal* , *La señal* , *Tarumba*) y que en los sesenta ya era un autor maduro (*Diario semanario* , *Yuria*). Este gran poeta obviamente no podía incluirse en la vieja idea del "nacionalismo cultural" (al cual se ligaba el muralismo y la novela de la Revolución). Sabines compartía con ésta una hondísima percepción de las raíces, pero su espíritu renovador, que incluyó una fuerte cercanía con el pueblo y su lenguaje (la vigorosa integración de las "malas palabras" en "Algo sobre la muerte del mayor Sabines"), una voluntad severa de tocar fondo de sí mismo y una inmensa capacidad de amor y de comprensión de las mujeres; todo esto marca a Sabines (al igual que a Revueltas y Leñero) como un importantísimo precedente del "espíritu del 68", que dejó atrás, por superada, la polémica nacionalismo (provincianismo) vs. cosmopolitismo (vanguardia), ya que sin complejos ni titubeos admitía ambas polaridades y se resolvía en la síntesis de una nueva sensibilidad que implicaba una distinta apreciación de México. En la poesía, además de Sabines, destacó Jaime García Terrés (*Los reinos combatientes*), José Emilio Pacheco (*Los elementos de la noche*), Gabriel Zaid (*Seguimiento*) y Homero Aridjis (*Mirándola dormir*). Efraín Huerta publicó su gran poema *El Tajín* y Octavio Paz llegó al techo de su obra poética con *Salamandra.*

En la música popular el gran éxito correspondió a Javier Solís (que en mínima

medida llenó el hueco dejado por la muerte de Pedro Infante) y destacó Lucha Villa. También se oía jazz, con Mario Patrón, Juan José Calatayud y Tino Contreras. En el rock, después del arranque de 1958 y 1959, al sistema le urgía mediatizar esa música que, a juzgar por la virulencia con que se le atacó, era considerada subversiva y disolvente. La vía para lograrlo fue "cooptar", vía la promoción comercial, a los rocanroleros más destacados, lo cual hizo que los conjuntos se desvanecieran temporalmente. En su lugar aparecieron los "solistas": Enrique Guzmán (dejó a los Teen Tops), César Costa (defeccionó de los Black Jeans), Johnny Laboriel (se fue de los Rebeldes del Rock), Manolo Muñoz (ex de los Gibson Boys) y las guapas Angélica María y Julissa. Todos ellos tuvieron un éxito extraordinario e, inconscientes como eran, pronto olvidaron la rebeldía rocanrolera y se convirtieron en dóciles instrumentos de los "directores artísticos" y de los productores de cine. Sin embargo, cuando parecía que la mediatización fidelvelazquiana se había logrado del todo, hacia 1964 llegó la sangre nueva, que ahora venía de la frontera: Javier Bátiz, de Tijuana, fue uno de los primeros (y uno de los grandes personajes que ha dado el rock nacional); tras él comenzaron a llegar chavos de Ciudad Juárez, Reynosa y Matamoros, e incluso de Durango, como los Dug Dugs de Armando Nava. El grupo chilango los Sinners, con el escritor Federico Arana, llamaba la atención en el café Ruser, de la colonia Roma; esto es, cuando los granaderos no habían clausurado el local, lo cual ocurría con frecuencia. Lo mismo sucedía con otros antros rocanroleros como el Harlem, el Schiaffarello (o Chafarelo), el Hullaballoo y, a fin de la década, A Plein Soleil. La policía llegaba, arrestaba a los muchachos que bailoteaban en los asientos y bebían cocacolas o limonadas, los maltrataba y los llevaba a las delegaciones policiacas, donde sus padres tenían que rescatarlos no sin dejar la dignidad de por medio (al soportar discursos moralistas) y también buenas sumas de dinero (para facilitar las cosas). La represión al rock fue intensa durante el gobierno de López Mateos, pero aún faltaba el "estilo personal" de Gustavo Díaz Ordaz en el siguiente sexenio.

Todo cambiaba en México, que a principios de la década contaba ya con casi 35 millones de habitantes (la mayoría, por primera vez en la historia, en ciudades). La vida rural al viejo estilo se evaporaba rápidamente y en los centros urbanos avanzaba la influencia de Estados Unidos, concentrada en la clase media que empezaba a tener atisbos de algunos refinamientos, aunque aún no podía presumir de saber de buenos vinos y de viajar a Europa y a Estados Unidos como llegó a ocurrir a fines de los años setenta. Las modas habían cambiado: en la década anterior las faldas de las mujeres fueron subiendo gradualmente y en 1960 se hallaban en la estratégica altura de las rodillas, por consiguiente, eran más entalladas.

Las mujeres calzaban zapatos de tacones altos y afilados; las medias ya no tenían raya y circulaban las primeras pantimedias. Los sostenes eran más bien grandes y duros y casi toda la ropa interior tendía a ser conservadora, aunque ya habían aparecido los brasieres sin tirantes y los calzones bikini para hombres y mujeres. En las playas los bikinis "llegaron para quedarse", aunque aún no eran demasiado reveladores sino, más bien, podían considerarse trajes de dos piezas ("¿Usted no nada nada?" "Es que no traje traje"). El maquillaje se imponía, aunque variaban los tonos y el arquetípico rojo ya no tenía el monopolio del lápiz labial. En los sesenta apareció la moda increíble con los vestidos "globo", que en verdad lo parecían pues se inflaban

en todo el cuerpo y se cerraban drásticamente a la altura de las rodillas; con ello vinieron los esperpénticos "peinados piramidales", que amenazaban crecer a proporciones desmesuradas mediante lacas, rociadores-fijadores o de plano elaboradas estructuras que formaban elevadas y rígidas chimeneas o amplias boludeces; el cuello, eso sí, quedaba al descubierto, lo cual estaba muy bien, pero acariciar semejante cabello significaba apreciar la textura del concreto.

Los hombres abandonaron los sombreros en algún momento de los años cincuenta; los pantalones se angostaron, perdiendo los pliegues, y bajaron del talle; los sacos ya no eran cruzados sino abiertos, de uno o dos botones (pero después se volvieron de tres y hasta de cuatro); las corbatas se angostaron hasta convertirse en tiras raquíticas, al igual que las solapas, y las hombreras desaparecieron, ya ni Tin Tan las lucía. Disminuyó también el brillo del pelo y se usaba mucho menos brillantina (adiós Glostora y Wildroot, con todo y dibujos de Abel Quezada). Los desodorantes ya eran de barra y no en pomo, como el viejo Mum, y el rastrillo de rasurar de navajas de dos filos se vio desplazado por el de un solo filo y pico de buitre. Ya nadie usaba sostenes para los calcetines (que algunas atrevidas, como Antonia Mora, la autora de *Del oficio* , consideraban "muy sexis").

La capital ya era una ciudad con todo, o casi, pero la vida nocturna seguía constreñida al "dead line" uruchurtiano de la una de la mañana; eso sí, había restoranes con todo tipo de comida (aunque aún no llegaban los japoneses, los comederos chinos de la calle de Dolores eran de lo mejor). Hablando de comida, entre los embates de la "ola gringa" se hallaba la naturalización total, en las ciudades, de hotdogs, hamburguesas, sándwiches, hotcakes, etcétera. Además, proliferaban ya los "supermercados" al estilo estadunidense: asépticos y deshumanizados, que llegaron desde mediados de los años cincuenta. Y, sin embargo, en medio de todo eso, el taco seguía en pie, cada vez más poderoso y omnipresente, más allá de las clases sociales. En los sesenta se pondría de moda el taco al carbón, usualmente con cebollas asadas, ya fuese de bistec, costilla o chuleta. Costaban un peso (los tacos "al pastor" costaban cincuenta centavos durante el lopezmateísmo). El pulque, en cambio, iba de retirada, desprestigiándose cada vez más entre la clase media y con persistencia únicamente en las páginas de *La Familia Burrón* . Entre la gente con recursos el whisky de plano había desplazado al coñac. Los que no llegaban a los 100 pesos que costaba un buen whisky, por 25 podía comprar una botella de ron Castillo, mucho más popular entonces que el Bacardí. Si no, allí estaba el vodka Oso Negro o la ginebra Gilbey's. Casi nadie bebía brandy, y la cubalibre entraba en su apogeo. Los cigarros más populares eran los Raleigh, con filtro o sin él; el tabaco rubio había acabado de consolidarse en el gusto popular (todavía se encontraban los Belmont). Entre los cigarros oscuros reinaban los Delicados (o Delincuentes), pero también había los Del Prado (o Del Pasto), los Alas (o Alacranes), Casinos, Elegantes y Negritos, todos ellos "flores de andamio", aunque los Faros, Carmencitas, Tigres y demás se iban convirtiendo en leyenda. Ya casi nadie hacía sus cigarros de hoja. Por cierto, López Mateos fumaba Elegantes.

Los estudiantes crearon problemas porque, a principios de los sesenta, las escuelas de enseñanza media ya no eran suficientes, y cada año era mayor el número de estudiantes rechazados en las preparatorias, que casi todas

estaban en el primer cuadro. Seguían sus nefastas actividades los jóvenes derechistas del Movimiento Universitario de Renovada Orientación (MURO) y además ya se habían consolidado los porros en las escuelas, los que ya no sólo se dedicaban a vitorear a los equipos de futbol americano sino que recibían dinero de funcionarios universitarios o de políticos gubernamentales para romper auténticos movimientos estudiantiles mediante la brutalidad y la barbarie. Los porros y los jóvenes fornidos del Pentatlón con el paso de unos cuantos años dieron origen a uno de los peores vicios del sistema: los "halcones" o grupos de jóvenes fríamente preparados para constituir grupos de choque paramilitares.

5. El final del sueño (1964-1970)

EL RING SIN CUERDAS

A fines de 1964 ya había aparecido *La semana de colores* , de Elena Garro (que contiene el cuento ya clásico "La culpa es de los tlaxcaltecas"), y Gustavo Díaz Ordaz tomó posesión de la presidencia mexicana mientras López Mateos se retiraba a casa a cultivar sus devastadoras jaquecas.

Díaz Ordaz encontró, al parecer, condiciones favorables. Los problemas económicos no parecían tan apremiantes y el nuevo presidente continuó ortodoxamente el "desarrollo estabilizador" de los dos regímenes anteriores; por tanto, ya no hubo problemas con los empresarios, pues éstos sabían que el mandatario estaba hecho a su medida. Tampoco se dio el clima de insurgencia obrera que alarmó al sistema durante el fin del ruizcortinismo y el principio del gobierno de López Mateos; el control obrero era férreo y, salvo algunos revoltosos inveterados, la estabilidad del régimen era una realidad indiscutible. Los problemas con Estados Unidos resultaban mínimos, salvo la cuestión de los derechos de pesca en los litorales, pero esto tardó en agudizarse. Además, nuestro país ya se había asomado al mundo y empezaba a hacerse notar. La balanza de pagos indefectiblemente causaba problemas, pero los créditos del exterior fluían puntualmente pues "había confianza en México", lo cual llenaba de orgullo al régimen. La clase media crecía en las ciudades. Se decía que había democracia, pues los gobiernos emanaban de elecciones y allí estaban, además, los partidos de oposición PAN, PARM y PPS, que, después de las reformas lopezmateístas a la ley electoral, tenían ya representación en el Congreso. Se decía que había plenas libertades y respeto a los derechos humanos ("menos la libertad para atentar contra las libertades") y no se prestaba demasiada atención a la guerrilla en el estado de Guerrero, ni a cuestiones como el autoritarismo, el paternalismo y la censura, pues todo eso, al parecer, formaba parte de la idiosincrasia y forma de ser. En México se había encontrado un sistema único, "mixto", con su propia ruta y sus soluciones propias. Las cuestiones ecológicas y la sobrepoblación no parecían alarmantes. Incluso se hablaba del "milagro mexicano, orgullo de la nación ante los ojos del mundo".

Sin embargo, aunque la estabilidad y la paz social mediante macanazos eran hechos indiscutibles, el modelo de desarrollo para entonces se deterioraba rápidamente, aunque esto sólo lo podía percibir poca gente, aquellos que durante todo el lopezmateísmo hablaron de cambios sociales inaplazables. Esta gente no se tragaba, por ejemplo, la cuestión del sistema "mixto", que pretendía ser un justo medio entre capitalismo y socialismo; en realidad se trataba de una coexistencia concertada entre capitalismo privado y capitalismo estatal. Poco a poco la gente se daba cuenta de que la democracia en México era más formal que otra cosa, y que el sistema político resultaba

todo menos democrático: el presidente, a través del partido oficial, tenía el control absoluto de todos los mecanismos del poder, y sólo el sector empresarial tenía recursos para hacer modificar sus criterios. Pero en diciembre de 1964 el entendimiento de iniciativa privada y gobierno era casi total. Infinidad de problemas crecían sin que nadie hiciese un intento por contenerlos: miseria en el campo, emigración a las grandes ciudades y a Estados Unidos, devastación ecológica, sobrepoblación galopante, dependencia cada vez mayor a Estados Unidos y a la empresa privada mexicana, adicción a la deuda externa, industrialización distorsionada y, por supuesto, injustísima distribución de la riqueza. Por si fuera poco, las metas vitales y la concepción del mundo se iban agotando, se rigidizaban, y cada vez generaban mayores descontentos entre algunos sectores de la sociedad, especialmente los jóvenes de clase media.

Sin embargo, Gustavo Díaz Ordaz no parecía preocupado. Sin titubear consideró que el modelo de desarrollo era el correcto así es que no buscó modificaciones de ningún tipo. Su gabinete lo reflejaba: Antonio Ortiz Mena, estrella de las finanzas en el sexenio anterior, repitió en la Secretaría de Hacienda; Luis Echeverría, que tan bien había servido a su jefe y ahora presidente, se encargó de Gobernación; Agustín Yáñez, novelista, ocupó la cartera de Educación Pública; Antonio Padilla Segura fue a dar a Comunicaciones, y Ernesto Uruchurtu repitió en la "regencia" de la ciudad de México. Por último, la estratégica Secretaría de la Presidencia fue ocupada por Emilio Martínez Manautou. En la dirección del PRI quedó Carlos A. Madrazo, quien desde un principio planteó que él sí llevaría a cabo una democratización en el partido oficial, especialmente en cuanto a la selección de candidatos. Madrazo era un "orador vehemente", dice Elías Chávez de la revista *Proceso* , y dio a entender que el "dedazo" se terminaba. "Nosotros no vamos a designar candidatos", planteaba, "lo harán los militantes del partido; trabajaremos a la luz del día; nos concretaremos a acatar la voluntad popular." También quería sacar del PRI a los que denigraban a la revolución con su conducta y que "no viven del sudor de su frente, sino del sudor del de enfrente". Prometió que lucharía por que los funcionarios se concretaran a sus deberes inmediatos, pues "el mejor negocio de la política es no hacer de ella un negocio".

Madrazo no vio con agrado un proyecto que presentaron el revolucionador-desde-el-interior Enrique Ramírez y Ramírez, Miguel Covián Pérez y otros. Se trataba de obtener la reelección por una vez, consecutiva, de los diputados; los senadores, eso sí, tendrían que seguir fieles al dogma de la noreelección. El 27 de diciembre de 1964 el Congreso, liderado por Alfonso Martínez Domínguez, y con el visto bueno del presidente, claro, aprobó el proyecto, después de una intensa discusión. Madrazo y muchos más creyeron que ése era el primer paso para permitir la reelección del presidente y procedieron a trabajar para echar abajo la ya aprobada modificación al artículo 59 constitucional. En la IV Asamblea Nacional Ordinaria, a fines de abril de 1965, Madrazo combatió de frente la reelección de los diputados y poco después logró que el proyecto fuera rechazado, lo cual le acarreó la animadversión de muchos políticos. Los problemas de Madrazo continuaron: poco después el gobernador de Sinaloa, Leopoldo Sánchez Celis, quiso imponer a varios amigos suyos en las alcaldías de Culiacán y Rosario. Esto iba directamente en contra de los afanes democratizadores de Madrazo, quien, al

instante, anuló las “elecciones internas” para evitar que los cuates del gobernador fueran nombrados candidatos. Sin embargo, Sánchez Celis, seguramente con aprobación de Díaz Ordaz, presentó la batalla y habilitó a sus favoritos como candidatos independientes y después arregló las elecciones para que éstos ¡le ganaran a su propio partido!

Madrazo se vio muy mal después de esto. Era evidente que el apoyo que recibía de arriba se le desmoronaba, a pesar de que para entonces muchos militantes jóvenes se entusiasmaban con los aires democratizadores, como fue el caso de Gonzalo Martínez Corbalá, presidente del PRI del DF, y de varios miembros del PRI juvenil, como Carlos Reta Martínez. A Madrazo tampoco le agradó que el Club de Leones de la ciudad de México se adhiriera en masa al PRI, ante el beneplácito del líder del Senado Manuel Moreno Moreno, quien, como también escribe Elías Chávez, no aclaró si los leones “formarían parte del sector campesino, del popular o del obrero, o si se crearía el sector leonino o felino”. El líder del Senado, eso sí, planteó que los Clubes de Leones eran “una institución pública tan arraigada en los sentimientos y en el corazón del pueblo como lo es el Senado de la República”.

En la segunda mitad de 1965 Madrazo ya tenía en contra a muchos gobernadores, caciques, líderes, diputados y senadores, quienes se movían para tirarlo del PRI. En noviembre, Madrazo tuvo que tragarse sus intentos democratizadores y el presidente Díaz Ordaz le pidió la renuncia. Madrazo la presentó y quedó fuera de circulación en la vida nacional. Durante los disturbios de 1968 se rumoró que él financiaba la “subversión de los estudiantes” y después, cuando murió en un accidente, los rumores fueron en el sentido de que lo habían mandado asesinar. El nuevo presidente del PRI fue Lauro Ortega, quien llegó con instrucciones de descabezar toda esperanza democratizadora. Por tanto, cesó sin previo aviso a Gonzalo Martínez Corbalá del PRI del DF. Esto motivó la renuncia al PRI juvenil de Rodolfo Echeverría Ruiz, sobrino de Luis Echeverría, y de Manuel Camacho Solís y Patricio Chirinos, que llegarían a la cúpula en 1988 con Carlos Salinas de Gortari.

En 1965 el presidente Díaz Ordaz finalmente se fastidió de que Uruchurtu gobernara la capital desde 1952 y lo destituyó; en su lugar nombró a Alfonso Corona del Rosal, también ex líder del partido oficial. El conocido revolucionario sin chaparreras se llevó a Rodolfo González Guevara, su brazo derecho y, años después, también “democratizador” del PRI. Para entonces, el presidente disponía de la absoluta disciplina de la gente del sistema. Eliminado el ruidoso Carlos A. Madrazo, Díaz Ordaz disfrutaba del inmenso poder presidencial y otorgaba generosos regalos a quien le caía bien. En su libro *Los presidentes* , Julio Scherer García cuenta que, en vísperas de un largo viaje por Sudamérica, pidió al presidente que intercediera para poder entrevistarse con varios jefes de Estado. “Con el mayor gusto”, respondió Díaz Ordaz, y no sólo cumplió el ofrecimiento sino que a través de Emilio Martínez Manautou envió a Scherer un sobre que “después podía serle útil” y que debía abrir cuando el avión hubiera despegado. “Rasgué el sobre”, narra Scherer García, “calentaba billetes de cien dólares”. Scherer se negó a recibirlo y el secretario de la Presidencia le advirtió: “Ofenderás al presidente, tu amigo”.

Julio Scherer García también refiere que Díaz Ordaz (“rara vez bebía. Nunca

lo vi fumar. Era esquelético y filoso") le confió que la diferencia entre la Secretaría de Gobernación y la presidencia de la República consistía en "las cuerdas", y aclaró que "el secretario de Gobernación pelea en un ring protegido por cuerdas"; en cambio, el presidente "pelea en un ring sin cuerdas; si cae, cae al vacío". Díaz Ordaz también le ofreció a Scherer una docena de camisas, "bordadas a mano, trabajadas con primor", hechas a la medida y con seda de Pekín por Sulka, de Londres, y con las iniciales del feliz poseedor. Scherer también añade que el presidente Díaz Ordaz ocasionalmente bromeaba acerca de su fealdad, pero que "si alguien le seguía el juego, estallaba su ira".

El pueblo, que de la alta política no podía saber nada debido al impenetrable hermetismo del sistema, lo único que advirtió de Díaz Ordaz fue su inocultable fealdad. Le decían el Mandril, el Chango, el Trompudo, el Hocicón, el Monstruo de la Laguna Prieta y así por el estilo.

Pero la personalidad de Díaz Ordaz se reveló con claridad en ese año cuando ocho mil médicos residentes de cinco hospitales de la ciudad de México y de 48 estados iniciaron un movimiento de huelga en busca de mejorías en sus condiciones de trabajo. La huelga afectó a los centros de salud oficiales del IMSS, SSA e ISSSTE. Los jóvenes médicos descubrían aterrados que trabajar para el gobierno (o la iniciativa privada) significaba caer en explotación e incomodidades sin límite, y por tanto se pusieron en huelga y llevaron a cabo manifestaciones para que el presidente los oyera y el pueblo se enterara de sus demandas. Díaz Ordaz los oyó tan bien que en el acto procedió a reprimir y aplastar al movimiento, con el autoritarismo y el gusto por la violencia que mostró como secretario de Gobernación. Pronto los médicos tuvieron que replegarse y el pueblo supo desde entonces cuáles serían los métodos de disuasión del nuevo ejecutivo. Un año después, ante los problemas estudiantiles que surgieron en la Universidad Nicolaíta de Morelia, el presidente ordenó al ejército que invadiera el campus y sometiera por la fuerza y con la cárcel a los quejosos, entre los que se encontraba el rector Eli de Gortari. Lo mismo ocurrió en 1967, cuando los conflictos estudiantiles se dieron en la Universidad de Sonora.

Mucha gente seguía hablando de revolución, como en el periodo de López Mateos, y Genaro Vázquez Rojas lo hacía con las armas en la mano en la Costa Grande de Guerrero mientras eludía al ejército y recibía el apoyo de los campesinos. En 1965, además del de Lucio Cabañas, surgió un grupo guerrillero en Chihuahua, que, al estilo Fidel Castro, el 23 de septiembre asaltó el cuartel militar de Ciudad Madera; el asalto fracasó, pero con el tiempo generó la aparición de la Liga Comunista 23 de Septiembre, célebre en los años setenta. Todas estas manifestaciones de descontento, unidas a la inconformidad contracultural, culminaron en el verano de 1968.

Pero en 1965 otras cosas eran preocupantes. La participación del capital extranjero, por ejemplo, que a través de las grandes transnacionales dominaba ya sectores estratégicos de la actividad industrial: el 48 por ciento de las 50 empresas que obtenían la mayor producción bruta del país eran controladas total o parcialmente por el capital externo. Y seguía concentrándose la riqueza en pocas manos: el 1.5 por ciento de los 136 mil establecimientos industriales controlaba el 77 por ciento de la inversión, y las

407 empresas mayores (apenas el 0.3 por ciento) poseía el 46 por ciento del capital total invertido.

Para paliar este panorama, Díaz Ordaz se apoyó, como todos los gobiernos de la Revolución, en la política exterior. Ese año Estados Unidos impunemente envió a sus *marines* a República Dominicana para eliminar al gobierno recién elegido, y Díaz Ordaz sin demora condenó la invasión. Al menos en lo personal, el presidente no era un fanático de Estados Unidos; a Julio Scherer García le dijo: "No hay mexicano verdadero que no quisiera cobrarse las cuentas pendientes con los Estados Unidos. Los gringos aceptan nuestras mentadas de madre. No les gustan, pero no pasan de allí". Sin embargo, durante su mandato Díaz Ordaz permitió que el capital estadunidense continuara apropiándose de las áreas clave de la economía nacional.

En abril de 1965 el gran chisme corrió a cargo del viejo lobo de Marx Vicente Lombardo Toledano, quien, a los 71 años de edad, se casó lleno de entusiasmo con María Teresa Puente, mucho más joven que él. Lombardo falleció un poco después, en 1969, y la clase política se conmocionó, pues el fundador del PPS fue un personaje determinante de toda una época de México. Otro que daba prioridad a la pasión muy madurita era el mismísimo presidente Díaz Ordaz, quien para entonces sostenía un aguerrido amasiato con la cantante Irma Serrano, célebre por su desinhibición para mostrar los pechos y por sus aficiones a la brujería y demás "artes negras". Por cierto, también se rumoraba que Díaz Ordaz era adicto a los brujos, pero, al parecer, ninguno de ellos le pronosticó las amarguras que más adelante se le vendrían encima.

De esto no hablaban las columnas sociales. Pero en 1965 México estrenó dos nuevos periódicos: el magnate del cine Gabriel Alarcón arrancó con *El Heraldo de México* , cuya gran innovación eran las fotografías a colores y la impresión en off-set. Las páginas de sociales de *El Heraldo* , con Nicolás Sánchez Osorio, se pusieron de moda entre los riquillos mexicanos que despreocupadamente admitían ser llamados "los cuic". *El Heraldo* también dio amplias tribunas a Raúl Velasco, que manejaba la sección de espectáculos con Guillermo Vázquez Villalobos. Curiosamente, este periódico, que desde un principio se caracterizó por un derechismo no precisamente muy refinado, en los espectáculos dio un fuerte apoyo al rock, que por lo general era vetado en todos los medios. Los escritores Juan Tovar y Parménides García Saldaña abrieron el camino a la difusión rocanrolera a partir de 1967.

Por su parte, el coronel García Valseca, dueño de una enorme cadena de "Soles" en toda la república, inició, también con impresión a color, *El Sol de México* con los mismos criterios provincianos con que trabajaba en el interior, por lo que el nuevo *Sol* nunca penetró en el mundo ya muy cosmopolita de la ciudad de México. El periodista Carlos Loret de Mola, por cierto, daba a entender que García Valseca no sabía leer; al menos, él nunca lo vio hacerlo, pues siempre alguien le leía en voz alta lo que publicaban sus periódicos.

En 1965 aparecieron las escuelas "activas". La primera fue la Manuel Bartolomé de Cosío, que estableció una nueva sensibilidad con las asambleas democráticas, el tuteo a los maestros y un sentido de la libertad más amplio.

A mediados de año, Gustavo Sainz pasó al superestrellato con la publicación de *Gazapo* , que mostró el proceso de maduración de un joven que rompe con el paternalismo y la convencionalidad para avanzar por sí mismo. Por supuesto, pero entonces nadie lo advertía, algo semejante ocurría en el país, cuya población joven se liberaba con rapidez de viejos moldes y formaba una nueva nación. Además de *Gazapo* , otro éxito libresco indiscutible lo dio Salvador Elizondo con su alucinante y perturbadora novela *Farabeuf* , que, inmersa en la más definitiva intelectualidad, a la vez significaba una ruptura-continuidad en la literatura "culta" a través de su temática místico-perversa. Vicente Leñero siguió los experimentos intrincadísimos con su espléndida novela *Estudio Q* , y Ricardo Garibay trató muy bien el tema de la muerte del padre en *Beber un cáliz* . Todos estos libros los publicó Joaquín Mortiz. La editorial Era, a su vez, presentó el extraordinario estudio de Pablo González Casanova *La democracia en México* , y *La fenomenología del relajo* , de Jorge Portilla. En poesía lo mejor fue *Vendimia del juglar* , de Marco Antonio Montes de Oca, y *Yo soy el otro* , de Sergio Mondragón.

En el mundo de los libros el escándalo mayor lo constituyó *Los hijos de Sánchez* , del antropólogo estadunidense Oscar Lewis. Este estudioso ya había reportado la vida de una familia pobre de Tepoztlán, Morelos, en *Antropología de la pobreza* . Lewis siguió a la familia, que como muchas otras emigró a la capital, y con un sabio empleo de la grabadora nos dejó estupefactos al darnos a conocer los modos de vida, o "cultura de la pobreza", en Tepito. La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística se indignó ante lo que consideraba "distorsiones de la realidad nacional", e inició un juicio en la Suprema Corte contra el libro, publicado por el Fondo de Cultura Económica. El presidente Díaz Ordaz despidió entonces a Arnaldo Orfila Reynal, que había dirigido el Fondo desde fines de los años cuarenta. La comunidad intelectual, y muy en concreto los dos pisos de la mafia, se manifestó en contra del despido de Orfila, y entonces tuvo lugar un hecho muy importante para la vida del país. Orfila y los intelectuales que lo apoyaban no se resignaron ante la decisión presidencial sino que presentaron resistencia a través de un llamado al público para que comprara las acciones de una nueva empresa editorial. La gente apoyó sin reservas el proyecto, Elena Poniatowska regaló su casa de Gabriel Mancera y así nació Siglo XXI Editores, que presentó sus primeros títulos en 1966. En tanto, el juicio contra *Los hijos de Sánchez* se llevó a cabo y finalmente la Suprema Corte dictó una resolución a favor del libro y de su circulación abierta en el territorio nacional. Como el "nuevo" Fondo de Cultura, dirigido por Salvador Azuela, ya no quiso seguir editándolo, Joaquín Mortiz lo hizo y ciertamente ganó mucho dinero con la obra de Lewis.

La vida artística también se animó con el I Concurso de Cine Experimental que organizó el Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica (STPC). El concurso dejó ver que el cine mexicano había llegado a un nadir pestilente, y también que pululaban nuevos conceptos sobre la realización cinematográfica. La idea de las "películas de aliento" (algunos decían que eran "de halitosis") como *Viento negro* , de Servando González, no servía para nada; este tipo de producciones constituía el "proyecto" del Estado para dignificar la cinematografía, pues con los productores privados no había nada que hacer. Por tanto, el concurso del STPC fue concurrido y estimulante. El

primer lugar lo obtuvo una película notabilísima, *La fórmula secreta* , que el fotógrafo Rubén Gámez dirigió apoyado en un guión de Juan Rulfo. En el concurso destacaron también Juan José Gurrola, Juan Ibáñez, José Luis Ibáñez, Salomón Láiter y Héctor Mendoza.

Este último, por su parte, contribuyó a la renovación de las puestas en escena con su refrescante e imaginativo tratamiento de *Don Gil de las calzas verdes* , montada en Ciudad Universitaria con actores que hasta en patines circulaban por el escenario. Héctor Mendoza había debutado en 1954 con una pieza exitosísima, *Las cosas simples* , una de las obras más populares de la época junto con *Cada quien su vida* , de Luis G. Basurto. Pero en los años sesenta, Mendoza pasó a la dirección teatral y pronto se volvería legendario como maestro de teatro, junto a Luisa Josefina Hernández y Emilio Carballido. Con Héctor Mendoza, Gurrola, Jodorowsky, los Ibáñez y Héctor Azar (que después puso la espléndida *Juego de escarnios*) el teatro mexicano contaba ya con una sólida y brillante planta de directores.

Ante el éxito del concurso de cine del STPC, en 1966 el Banco Cinematográfico llevó a cabo uno de guiones y argumentos, que también consteló el interés y el entusiasmo de mucha gente. En esa ocasión los ganadores fueron Carlos Fuentes y Juan Ibáñez con *Los caifanes* , que en 1967 se filmó y estrenó con un éxito rotundo de público y crítica. *Los caifanes* , además, presentó un estupendo grupo de actores que destacaría en la década de los setenta: Sergio Jiménez, Ernesto Gómez Cruz, Eduardo López Rojas y el cantante folclórico Óscar Chávez. La protagonista de la película, Julissa, hija de Rita Macedo, demostró también que podía pasar del comercialismo vil a un trabajo más apreciable. Por su parte, Angélica María, ídolo juvenil como pocos, también inició un viraje del facilismo comercial a un trabajo menos convencional, como en la exitosa película *Cinco de chocolate y uno de fresa* , que igualmente tuvo un gran éxito de taquilla. El director de esta película fue Carlos Velo, quien también realizó una versión de *Pedro Páramo* , de Juan Rulfo. El guión, de Carlos Fuentes y el mismo Velo, resultó tan claro que le quitó el misterio poético a la historia, pero el peor error del film fue llevar ¡como Pedro Páramo!, al anodino actor gringo John Gavin, quien años después se haría notar en México a través de comerciales siniestros y finalmente como embajador molestísimo de Estados Unidos.

Para entonces la conmoción en los espectáculos era la presencia del cantante español Raphael, quien logró conjuntar hordas de fanáticos, compuestas por algunas adolescentes, muchas mujeres de aire torvo y numerosos señores de edad que se entusiasmaban con el amaneramiento de este cantante sumamente mediocre pero dueño de un innegable carisma. Otro español que por esas fechas atrajo enormemente la atención fue el torero El Cordobés, que escandalizó a los aficionados a los toros con sus suertes poco ortodoxas y su personalidad ruidosa. Paco Camino también estaba en el candelero, junto con Manolo Martínez.

Lauro Ortega, presidente del PRI y ya con prestigio de “descabezador de democratizadores”, en abril de 1966 salió con la idea de que el PRI debería de añadir un “sector patronal”. Dada la indigencia del sector popular y del campesino, y el control rígido del sector obrero (Fidel Velázquez seguía reeligiéndose, puntualmente, cada cuatro años), mucha gente consideraba

que los empresarios eran los verdaderos amos y señores del partido oficial, ¿para qué entonces la formalidad de otorgarles un "sector"? Pero Lauro Ortega iba en serio, y, por tanto, en Morelia, Toluca y Tepic, siguió hablando de la necesidad del nuevo sector priísta; "los hombres de la iniciativa privada", decía con su aterrorizante uso del idioma, "ya no se puede decir que son reaccionarios. Ahora están presentes en las filas del partido de la Revolución y suman su esfuerzo al que realizan campesinos, obreros y gente del sector popular". Las bromas se sucedían y los militantes de la vieja guardia se escandalizaban, así es que Lauro Ortega, y el presidente Díaz Ordaz tras él, tuvieron que dar marcha atrás. Todo eso a fin de cuentas reflejaba la época de oro de la concordia empresarios-gobierno, que en esos años pre-68 llegaba a su cenit. Los líderes obreros, que tan bien servían a los intereses del capital, de cualquier manera, al hacer declaraciones públicas, no podían aceptar nada de eso. Fidel Velázquez declaró entonces que la sola idea de incorporar a los empresarios al PRI implicaba "desvirtuar su doctrina y su misión".

Los líderes obreros, por otra parte, en 1966 desmantelaron el viejo Bloque de Unidad Obrera (BUO) y, en su lugar, urdieron un nuevo centro de acarreo y de apoyos masivos para el gobierno: el Congreso del Trabajo, que incorporó, "ahora sí", a todas las confederaciones, federaciones y sindicatos de industria más importantes, salvo a aquellos despistados que seguían hablando de "libertad a los presos políticos" o, peor aún, de revolución. El Congreso del Trabajo trató de dar una imagen más limpia a los líderes obreros, pero en la práctica no representó gran cosa de lo que ya era el tristísimo BUO.

En mayo de 1966 se inauguró el Estadio Azteca con un juego entre el América y el Torino de Italia. Más de 100 mil gentes estaban allí. El presidente Díaz Ordaz llegó tarde y la multitud lo recibió con una fuerte y prolongada rechifla. Pero eso no fue nada comparado con los abucheos y repudios que se dedicaron al presidente De la Madrid 20 años después.

En el Congreso, en tanto, los diputados se entretuvieron discutiendo si se debía inscribir, con sus debidas Letras De Oro, el nombre de Francisco Villa en las columnas que agrupan los nombres de las grandes estrellas de la patria. Los discursos a favor y en contra recurrieron a todo tipo de argumentos, y tras ellos se parapetaban los intereses más diversos. Vicente Salgado Páez, del PRI, por ejemplo, decía: "Así tenemos que junto al nombre glorioso de Emiliano Zapata aparece el de Venustiano Carranza, cuando sabemos que gentes de Carranza mataron a Zapata; después tenemos a Obregón, que sacrificó a Carranza. Ahora pondremos a Villa también." En efecto, los regímenes de la Revolución habían logrado el milagro (no menos espectacular que el del desarrollismo) de que cualquier persona, símbolo o idea importante en la historia de México a la larga era capitalizada por el PRI, aunque se tratara de contradicciones aberrantes, como las que señalaba Salgado Páez. El PRI tenía ya al águila y la serpiente, la Virgen de Guadalupe, los colores de la bandera, a Cuauhtémoc y Cortés, a Hidalgo-Morelos-Guerrero-Iturbide-Juárez-Díaz-Madero-Carranza-Obregón-Zapata y Anexas, ¿por qué no, también, al buen Pancho Villa? El enamorado Lombardo Toledano se encargó de conciliar las cosas y después tuvo lugar la votación: por 168 votos a favor y 16 en contra, Pancho Villa dejó atrás su condición de bandolero asustagringos y pasó a ser un adusto padre de la patria.

En 1966 el rector Ignacio Chávez no pudo concluir su segundo periodo a la cabeza de la UNAM por una huelga que le hicieron a causa de los cursos y exámenes de regularización. Lo sucedió Javier Barros Sierra y se creó entonces el Consejo Estudiantil Universitario, compuesto por jóvenes del Partido Comunista (PCM) y del PRI, que con una huelga general obtuvieron el pase automático y la desaparición del cuerpo de vigilancia. Un año después, Barros Sierra se lució al expulsar a los consejeros del MURO y a los funcionarios de la UNAM que los solapaban. El sobrecupo de la Universidad Nacional ya era crónico y reflejaba la poquísima estima que el gobierno priísta concedía a la educación. Poco a poco México iba colocándose en la lista de los países que menos invertían en cuestiones educativas, y los jóvenes lo resentían y se manifestaban en contra. Antes, los muchachos con "inquietudes políticas" solían asaltar autobuses usualmente como protesta a los aumentos de precios en los transportes, pero a mediados de los sesenta los estudiantes se preocupaban porque el sistema sólo permitía desarrollarse a los ricos que podían pagar educación superior privada (ya existían las universidades Iberoamericana y La Salle, estaba por abrirse la Anáhuac, ultraelitista, y los tecnológicos del grupo Monterrey se expandían y robustecían) o a la clase media con influencias para obtener ingreso en las escuelas oficiales. Esto echaba por abajo el elaborado mito del joven pobre que estudia de día, trabaja de noche, se recibe con-grandes-sacrificios y conquista el mundo.

El mundo de los jóvenes volvió a aparecer en la literatura, y *De perfil* , de José Agustín, amplió el espacio abierto por *La tumba* y *Gazapo* . Eduardo Lizalde publicó *Cada cosa es Babel* , y José Emilio Pacheco, *El reposo del fuego* . Pero el libro más esperado de 1966 fue *José Trigo* , de Fernando del Paso. Desde varios años antes se comentaba que Del Paso escribía una novela excepcional, una especie de "Ulises mexicano", y pronto la esperadísima novela de Del Paso abrió la colección de literatura de la recién creada Editorial Siglo XXI. Juan Rulfo y Juan José Arreola avalaron entusiastamente este libro, que acumuló elogios, el premio Villaurrutia y buenas ventas. Por su parte, las novelas de jóvenes (a las que pronto se añadió *Pasto verde* , de Parménides García Saldaña) también daban una enorme importancia al lenguaje, pero con un ludismo ameno y juvenil. Se les consideró como parte de una corriente antisolemne en la cultura. Estas novelas podían verse como una especie de rocanrol verbal en cuanto establecieron un puente entre alta cultura y cultura popular. Significaron un cambio sustancial en la narrativa a causa de su carga contracultural, que, para el crítico Emmanuel Carballo, "entre risas y bromas pone cargas explosivas a las instituciones nacionales: la Iglesia, la familia, el gobierno". Para los jóvenes representaron una "educación sentimental", una seña de identidad, expresión de sí mismos y la conciencia de que debían ser protagonistas y no meros espectadores; los jóvenes empezaban a darse cuenta de que la vida en México les quedaba chica: era demasiado formalista, paternalista-autoritaria, prejuiciosa e hipócrita, con criterios morales dignos del medioevo que desgastaban precipitadamente al culto católico, con metas demasiado materialistas y envueltas en corrupción. La llamada "brecha generacional" había abierto una distancia terrible entre jóvenes y adultos, lo cual, a su vez, trajo fenómenos nuevos que alteraron el paisaje social.

Curiosamente, en parte una de estas nuevas muestras de la realidad había

brotado por el mundo de los indios. En los años cincuenta el millonario micólogo R. Gordon Wasson "descubrió" los alucinógenos mexicanos y viajó a Oaxaca para que María Sabina lo pusiera a platicar con Dios a través de "un evento que despedaza el alma", como describió Wasson su experiencia con la *psylocibe mexicana* . Wasson llevó muestras de los hongos oaxaqueños a Albert Hoffmann, el químico que descubrió la LSD, y éste los analizó y sentó las bases para que pudieran sintetizarse. En tanto, en Estados Unidos el gobierno y el ejército llevaron a cabo experimentos con drogas alucinogénicas con fines militares, y varios académicos estaban también interesados en los efectos síquicos que proporcionaban las plantas alucinógenas y los productos sintetizados que desencadenaban los mismos efectos ("enteogénicos", les llamó Wasson). Por esas vías llegaron a la psicodelia el escritor Ken Kesey y los psicólogos Timothy Leary, Richard Alpert y Ralph Metzner, que fueron despedidos de la Universidad de Harvard por experimentar con alucinógenos. Entre antropólogos y etnobotánicos como Wasson, Roger Heim, Albert Hoffmann, Peter T. Furst, Weston La Barre, Gutierre Tibón; escritores como Ken Kesey y Aldous Huxley, y psicólogos "drop-out" como Leary y compañía, las tierras mexicanas fueron sumamente visitadas pero ahora para consumir la flora psicodélica: hongos alucinantes de diversos tipos, ololiuqui o semillas de la virgen y peyote, para sólo mencionar los más conocidos. La revista *Life* dedicó un extenso reportaje a Huautla y María Sabina.

Leary y Kesey en gran medida generaron a los jipis, que, como sus psico-pompos, empezaron a invadir México callada pero persistentemente. Con el tiempo, los jipis fueron considerados como una importantísima manifestación de la contracultura característica de la segunda mitad de los sesenta. El rock era su vehículo de expresión natural, especialmente desde que a partir de 1966 se modificaron sustancialmente las formas y los temas de esta música, que dejó de ser mera liberación emocional para convertirse en surtidor de tomas de conciencia y complejo contracultural. La *weltans-chauung* de los jipis implicaba una profunda religiosidad místico-esotérica, cristiana y orientalista, visionaria y psicológica. La mariguana se convirtió en la droga común y el jipi tendía a circular por muchas partes, en el "rol". Los jipis estadunidenses recorrían México en busca de sitios de espectacular belleza natural y lejos de la llamada civilización (aunque, eso sí, iban pertrechados de la alta tecnología en la que se finca el rock). Así llegaron a Cabo San Lucas, Puerto Vallarta, Acapulco, Oaxaca y sus playas, Tepoztlán, Palenque, San Cristóbal de Las Casas, y se establecieron allí. Al poquísimo rato empezó a formarse una contraparte mexicana, "la primera generación de estadunidenses nacidos en México", la llamó Carlos Monsiváis, que también usaba el cabello largo, el desaliño al vestir y la comunión alucinogénica con la naturaleza; sin embargo, los jipis mexicanos se identificaron con los indios, pues ellos, desde siglos antes, poseían una cultura muy sofisticada en cuanto a las plantas alucinógenas y la cartografía de los espacios interiores que apenas se empezaban a explorar masivamente. Por tanto, los jipis se pusieron huaraches, cotones, camisas de manta, collares y colgandijos, brazaletes coloridos y demás. Repudiaban conscientemente los frutos negativos de la civilización occidental y lo mostraban a través de su apariencia y en la expresión de ideas y "doctrinas". En México el jipi se volvió, como asienta Enrique Marroquín en *La contracultura como protesta* , en jipiteca, y además del aprecio por la cultura indígena (que no ocurría desde los tiempos de Diego Rivera), pronto conformó un lenguaje propio, que se alimentaba fuertemente

del argot carcelario, de expresiones populares y que lanzó numerosos términos (el llamado, después, lenguaje de la onda), a veces sólo por jugar con las palabras, pero en otras ocasiones, las más, para hacer referencia a fenómenos, percepciones, modos de comunicación o estados de ánimo que no tenían equivalente en el lenguaje común castellano-mexicano.

En su vuelta epicúrea a la naturaleza, los jipis sostuvieron criterios morales muy abiertos; sabían que estaban "fuera de la ley", al margen de la sociedad, y propugnaban la libertad en todas sus formas: "haz lo que quieras", decían; otros lemas muy célebres fueron "Paz y amor", "Préndete, sintonízate y libérate". Se buscaba el cambio de la sociedad a través de la expansión de la conciencia y la ampliación de la percepción; el cambio era por dentro, individual, pero también social porque el jipiteca buscaba "prender" otras individualidades, lo que daría el cambio social. Naturalmente se trató de una corriente que nunca llegó a articularse con claridad y que más bien compartió una diversidad de estímulos sin reflexionar demasiado en ellos, ya que la otra cara del jipi era la hedonista, la conquista del placer, del juego y de una hueva razonable. Estaban demasiado ocupados en las aventuras de la mente para ordenar sus ideas. Al aspirar a una transformación de la sociedad bajo un complejo de naturaleza cultural los jipis se colocaron en terrenos utópicos, pero las utopías los entusiasmaban, lo cual denotaba la ingenuidad romántica propia de un movimiento juvenil. Sin embargo, se expresaron ruidosamente a pesar de la creciente hostilidad y sin duda dejaron huellas y temas de reflexión que durante un tiempo quedaron pendientes, quizá por lo prematuro de su planteamiento.

Desde un principio los jipitecas emprendieron peregrinajes a Huautla o a las regiones peyoteras acompañados por fuertes dosis de rock. Desde un principio también se les rechazó. La sociedad mexicana, al igual que en Estados Unidos, se escandalizó ante el horror de los greñudos-sin-rasurar y trató de pararlos como pudo. Se inyectaron dosis masivas de repudio a través de los medios de comunicación y las autoridades emprendieron una auténtica cacería que con el tiempo fue poblando las cárceles del país, especialmente el Palais Noir de Lecumberri, que además de sus célebres presos políticos ahora tenía los presos macizos, también políticos aunque no lo pareciera. El rock, por su parte, también fue atajado al máximo (salvo el de mascar, que no ofendía las buenas conciencias, y ese año tuvo mucho éxito el programa de televisión "Orfeón a Go Go", en el canal 5), pero aun así había buenos grupos, como el de Bátiz, el Love Army, los Dug Dugs, Peace and Love, Sinners, los Tequila y el Three Souls in my Mind.

En 1967 empezó a crecer la epidemia jipi entre jóvenes de clase media y de estratos populares de las ciudades. Pero el gran acontecimiento era que México había obtenido la sede de la olimpiada de 1968, y el gobierno de Díaz Ordaz se pavoneaba por lo que se consideraba un aval del extranjero al régimen de la Revolución Mexicana y al presidente en lo particular. Naturalmente, Díaz Ordaz echaría la casa por la ventana y las olimpiadas serían "inolvidables", "se tenderán alfombras de flores hasta el zócalo para recibir a los visitantes", se decía. Paternalistamente, se pedía "buen comportamiento" al pueblo en general, para que "los ojos de todo el mundo vieran la paz y estabilidad del pueblo mexicano". Los preparativos incluirían una "olimpiada cultural"; numerosos artistas internacionales, como Claudio

Arrau o Leonard Bernstein, visitaron nuestro país, además, escultores de distintos países entregaron obras (nada excepcional por otra parte, por lo general de una abstracción sin imaginación) que se colocaron a lo largo de la "ruta olímpica", en la parte sur del Periférico de la ciudad de México. La olimpiada cultural después se extendió a las ruinas de Teotihuacán, donde se llevaba a cabo un espectáculo de luz y sonido con texto de Salvador Novo (quien, por cierto, en 1967 ganó el Premio Nacional de Literatura y en 1968 se bautizó con su nombre la calle coyoacanense donde vivía). También se llevó a cabo un festival de pinturas murales hechas por niños (mil veces mejor que las esculturas del Periférico). Por último, se lanzó el lema "Todo es posible en la paz" con lo cual el régimen acababa de autoenaltecerse sin el menor asomo de conciencia de sí mismo. El lema, por otra parte, se volvió un inmenso sarcasmo después de la matanza de Tlatelolco. Pero antes de ese 2 de octubre que no se podía olvidar, Tlatelolco fue célebre porque en la Moderna Torre de Relaciones Exteriores de la Plaza de las Tres Culturas, el presidente Díaz Ordaz culminó un mínimo intento por obtener cierto prestigio internacional a través del Tratado de Proscripción de Armas Nucleares en Latinoamérica, que más bien fue conocido como Tratado de Tlatelolco. Catorce pránganas países latinoamericanos, incapaces de cualquier sueño atómico, firmaron sin titubeos ese acuerdo, pero otros países importantes del continente, como Estados Unidos, Argentina, Cuba y Brasil, se negaron a suscribirlo, por lo que la eficacia pacifista del Tratado de Tlatelolco más bien fue retórica.

Por esas fechas el padre Gregorio Lemercier escandalizó al mundo católico porque en su monasterio de Cuernavaca él y sus monjes se sometieron al psicoanálisis. Tanto la curia mexicana como la cúpula del Vaticano se ofendieron terriblemente, pues para ellos el precedente de Lemercier implicaba dejar la Iglesia en manos de Freud. Por supuesto le prohibieron sus aviesas prácticas psicoanalíticas, y Lemercier tuvo que renunciar a los hábitos. El mundo católico supo de golpe que las cosas cambiaban irreversiblemente, si es que no lo advirtió en marzo de 1965, cuando los católicos practicantes que iban a misa por primera vez en su vida vieron que el sacerdote oficiaba de frente, ya no de espaldas, y que además la misa era en español, pues el latín finalmente era lengua muerta después de más de dos mil años. El pueblo mexicano era católico en su gran mayoría, pero cada vez era más visible el avance del protestantismo, que durante décadas había sido combatido viciosa y fanáticamente por la curia católica y que a principios de la década se había equiparado con, horror, el comunismo ("éste es un hogar decente, no se admite propaganda comunista o protestante", se leía en los engomados que había en muchas casas). Los viejos cultos, como el bautista, evangelista, anglicano, adventista y demás, se habían consolidado como legítimas minorías religiosas, pero también era notable el avance de sectas fanatizantes como los testigos de Jehová, los mormones u otras belicosas variantes que avanzaban sin obstáculos entre los campesinos de Morelos, Puebla y Oaxaca. El camino había sido abierto y abonado por el Instituto Lingüístico de Verano (ILV), que llegó a México a fines de los años treinta, admitido por el gobierno de Cárdenas, para traducir la Biblia protestante a las distintas lenguas indias. Por cierto, una misionera-traductora del ILV fue la que avisó a R. Gordon Wasson de la existencia de hongos alucinantes en la sierra de Oaxaca. Se iniciaba la nefasta dianética entre la clase media urbana. Y, estimulados por el jipismo, surgían numerosos grupos esotéricos o

teosóficos. Todo esto representaba vías alternas para la religiosidad de la gente, y eran muestras contundentes de la pérdida de eficacia de la Iglesia católica como salvaguarda del equilibrio psicológico del pueblo.

Cuernavaca estaba de moda. Además del monasterio del padre Lemercier allí atraía la atención el obispo Sergio Méndez Arceo, que corporeizaba la otra cara de la crisis de la Iglesia: la teología de la liberación; la participación de los sacerdotes en los movimientos populares y la vuelta a la identificación con las carencias de los más pobres. El Obispón Rojo, como llamó Margarita Michelena a Méndez Arceo, cada vez se constituía como una fuerza auténtica en la vida política del país, en oposición a los viejos grupos ultrarreaccionarios que controlaban la Iglesia. Además de los sacerdotes rebeldes Lemercier y Méndez Arceo, en Cuernavaca estaba también Iván Illich, religioso sabio, educador, de mente extraordinaria; Erich Fromm, muy popular entonces, y Merle Oberon, la actriz de *Cumbres borrascosas* y rutilante estrella del jet-set, que era denso en Cuernavaca. David Alfaro Siqueiros puso allí su estudio, listo para recibir presidentes. Crecía la leyenda de Malcolm Lowry y *Bajo el volcán.*

En 1967 llamaban la atención las antologías de Empresas Editoriales: la de *Poesía mexicana del siglo XIX* , de José Emilio Pacheco, y la de *Poesía mexicana del siglo XX* , de Carlos Monsiváis; la de *Cuento mexicano del siglo XX* y los *19 protagonistas de la literatura mexicana* de Emmanuel Carballo, así como la recopilación de artículos de Salvador Novo publicados como *La vida en México* (durante los periodos presidenciales de Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán). Octavio Paz publicó *Blanco* ; José Carlos Becerra, *Relación de los hechos* ; Rubén Bonifaz Nuño, *Siete de espadas* , y Homero Aridjis, *Perséfone* . En la prosa, Carlos Fuentes publicó *Cambio de piel* , una de sus obras más ambiciosas y de momentos geniales. *La mafia* , de Luis Guillermo Piazza, trató de cimentar la mitificación del grupo literario del mismo nombre, pero en vez de eso significó su epitafio, pues a partir de allí la mafia perdió el control de la vida cultural del país, ya que ésta empezaba a diversificarse al grado de que ya no era posible que un solo grupo la abarcase en su totalidad. Menos errado en ese aspecto se mostró René Avilés Fabila, que en *Los juegos* llevó a cabo una sátira virulenta contra la mafia y la vida cultural en general. Vicente Leñero concluyó sus fascinantes experimentos literarios con *El garabato* , y José Emilio Pacheco escribió *Morirás lejos* , una sobria y compleja novela sobre la cuestión de los judíos y el mal absoluto. Todos estos libros manifestaban una verdadera efervescencia en la narrativa mexicana. Los jóvenes ahora eran tema de moda. Los editores de Diógenes, Rafael Giménez Siles y Emmanuel Carballo, abrieron un elaborado concurso de primeras novelas: ganaría la que juntara más críticas, más ventas y más votos de los lectores que tuvieran la paciencia de llenar y enviar por correo la página desprendible del libro. *Pasto verde* , de Parménides García Saldaña, fue sin duda la novela más importante de todo el grupo; era un texto catártico, anárquico, la lucidez de la locura, además de una disección meticulosa de la clase media urbana y de lo que ya se conocía como la onda: el bien visible movimiento de los jipis mexicanos. En *El rey criollo* y en *Pasto verde* , Parménides (que significativamente bautizó a su personaje central como Epicuro o “Epicrudo”) dejó constancia de su condición de campo minado y de la agudización de los tiempos. Después se convirtió en la eminencia gris de la onda (el grupo Three Souls in my Mind, después el Tri,

devino el portavoz musical de esos jóvenes). En 1967, por supuesto, apareció *Cien años de soledad* , la portentosa obra maestra de Gabriel García Márquez, que llevó al *boom* a su máxima cima y se convirtió en motivo de regocijo en toda Latinoamérica y en el resto del mundo un poco después. El éxito de esta novela fue instantáneo, fulminante, contundente y creó verdaderos "fans" que la podían recitar de memoria. Para triunfar, no necesitó ni publicidad ni promoción de ningún tipo, sino sólo el peso específico de su grandeza.

En la música popular, además del éxito de Raphael, seguían los de la Sonora Santanera, ya sin Sonia López. Se desvanecía la prominencia de Eulalio González, Piporro, que a mediados de la década llenó la radio con sus polcas norteñas y sus divertidísimos comentarios o minidiálogos que incluía en ellas. El Piporro tenía la virtud de ubicar muy bien a Estados Unidos ("con los güeros ganen lana pero aquí la han de gastar, vénganse pa la frontera donde sí van a gozar"). Su lugar fue ocupado por el muy distinto, nada jocoso, Cornelio Reyna, que, como el *Piporro* , no sólo gustó en México, sino también entre los chicanos del sur estadunidense. Chava Flores, en la capital, continuaba con sus espléndidas canciones humorísticas. En la música ranchera apareció Vicente Fernández, y Lucha Villa se consolidó como gran intérprete. Pero la gran aparición fue la de Armando Manzanero, compositor yucateco de bellas canciones románticas ("Esta tarde vi llover") que se expandieron con rapidez por todo México.

En los deportes, los atletas se preparaban para la olimpiada mexicana, aunque nadie tenía esperanzas de que la selección nacional obtuviera grandes triunfos. En el futbol, después de la racha de campeonatos del Guadalajara a principios y mediados de los sesenta, a fines de la década el Cruz Azul adquirió rango de gran equipo popular. El Toluca también entró duro en la competencia. En el box aún se recordaban los triunfos de José Becerra, quien a fines de los cincuenta vengó al Ratón Macías y conquistó el campeonato mundial de peso gallo. A fines de los sesenta la afición se entusiasmaba con José Medel y el cubano Mantequilla Nápoles, quien, como Pérez Prado, decidió mexicanizarse por completo. Además, de Tepito surgió Rubén Olivares, el Púas, quien en los setenta, con su compadre el Famoso Gómez, dio mucho que hablar por su belicosidad de fajador, por su ingenio verbal insuperable y por su inquietud social que incluso después lo llevó a buscar una diputación por el Partido Socialista de los Trabajadores.

Bajo el impacto de la contracultura las modas cambiaban vertiginosamente y lindaban ya con la extravagancia. Las faldas femeninas subieron a puntos inimaginables, y en 1969 las muchachas tenían que usar ropa interior de la misma tela de la ultra minifalda. Con ésta se consolidó la pantimedia. Las mujeres bajaron un tanto el volumen del maquillaje y se estiló el cabello lacio, con raya en medio. Los hombres execraban la brillantina y se pusieron trajes de tres o cuatro botones, pero luego llegaron los sacos sin solapa, al estilo "early Beatles", o el cuello mao, de tipo chino, generalmente acompañado de algún medallón o colgandijo en el pecho. Los pantalones eran "con campana", algunas de ellas tan grandes que parecían banderas. El pelo de los hombres, siguiendo el impulso jipi, crecía y crecía, a pesar de las protestas de los conservadores; "Cristo usaba el pelo largo", era una respuesta común de los greñudos-pero-no-jipis, que circulaban por la zona rosa, o "zonaja", y leían *Zona Rosa* , donde colaboraban los estrellas del momento, como Carlos

Monsiváis y José Luis Cuevas.

En las reseñas cinematográficas de Acapulco se podía ver de cerca a Sharon Tate con Roman Polanski (por hablar con ellos confianzudamente, Parménides García Saldaña fue despedido de *El Heraldo de México*), Gina Lollobrigida, Sue Lyon y otras actrices internacionales que alternaban con las nacionales Silvia Pinal, Claudia Islas, Isela Vega o Mauricio Garcés, quien descubrió su prototipo de donjuán a la mexicana en la película *Don Juan 67* , de Carlos Velo. Alejandro Jodorowsky presentó su película *Fando y Lis* en el Fuerte de San Diego y ofendió a los productores mexicanos (o mexinacos) que incluso pidieron se le aplicara el artículo 33 constitucional. Jodorowsky ya nos había ilustrado con las obras de Ionesco y de Arrabal, y como se le acabaron los ídolos, procedió a escribir sus propios textos, como su versión *ad hoc* de *Así hablaba Zaratustra* , en la que Isela Vega aparecía desnuda e hierática mientras decía sesudos parlamentos con su galán en turno, Jorge Luke. El "destape" se iniciaba. Jodorowsky también causó sensación cuando, ante las cámaras de la televisión, destruyó un piano a hachazos. Con Fernando Ge y Alfonso Arau realizó un espléndido programa de rock: *1,2,3,4,5 a gogó* (todo era "a gogó" para entonces). En la televisión, por cierto, Jacobo Zabludovsky escalaba posiciones.

En 1968, Joaquín Mortiz era ya la editorial de la nueva literatura, y se comentaba que el presidente Díaz Ordaz tenía problemas familiares, no tanto por su aguerrido romance con Irma Serrano, la Tigresa, sino porque su hijo menor, Alfredito, le salió rocanrolero. La tragedia del pobre-padreque-no-podía-evitar-el-escarnio-de-que-uno-de-sus-vástagos-cayera-tan-bajo mereció la conmiseración discreta de los hombres del sistema, que no se preocupaban tanto porque el PAN ganara elecciones municipales (como ocurrió en Tijuana y Mexicali), pues a fin de cuentas el régimen contaba con formidables maquillistas y podía declarar nulas las elecciones molestas, o de plano los alquimistas transformaban derrotas en victorias para "que no se alterara el equilibrio del sistema". Los políticos tampoco se preocupaban por la guerrilla de Genaro y de Lucio en Guerrero, ni por los conflictos estudiantiles como los de Michoacán, Sonora o Chihuahua, pues se sabía que el primer mandatario "era muy macho" y sabía dar a los revoltosos lo que merecían: golpizas y cárcel. Más bien, los políticos se preocupaban porque no les faltaran entradas para los juegos olímpicos y porque ya se sentía cerca la sucesión presidencial. Los "tapados" más fuertes eran Emilio Martínez Manautou, secretario de la Presidencia; Antonio Ortiz Mena, de Hacienda, que volvía a figurar en las listas de los "conocedores"; Alfonso Corona del Rosal, quien, en su calidad de regente de la ciudad, aprovechó en su favor las obras de construcción del metro; y el secretario de Gobernación, Luis Echeverría, célebre porque tomaba muy en serio el dictum de Fidel Velázquez: "El que se mueve, no sale en la foto". Echeverría se desvivía por adivinar los deseos del presidente Díaz Ordaz, y éste, según Julio Scherer García, comentaba de él: "Está muy verde. Conserva la mentalidad de un subsecretario encargado del despacho... Si no tiene qué hacer, lo inventa. Le obsesiona el trabajo por el trabajo mismo... Cada noche se hace leer por teléfono los editoriales de *El Nacional* , como si a alguien le importaran esos papasales... Lo invité a jugar golf temprano, y llegó al amanecer." A pesar de todo esto, Echeverría, calladito, movía todos sus recursos para ganar adeptos. Muchos creían que resultaría el elegido porque ocupaba la cartera clave: Gobernación, y porque en 1967 había

pronunciado el discurso de aniversario de la Constitución, por supuesto en Querétaro.

Todo parecía hallarse en orden: el "milagro mexicano" de la estabilidad y el crecimiento económico llegaban a su techo y para muchos candorosos resultaba una verdad indiscutible el eslogan díazordacista "Todo es posible en la paz". Las construcciones y preparativos de la olimpiada proseguían con prisa. En mayo, además de que se publicaron libros como *El Hipogeo Secreto* , de Salvador Elizondo; *Los peces* , de Sergio Fernández; *Pueblo en vilo* , de Luis González; *Espejo humeante* , de Juan Bañuelos; *Pasto verde* , de Parménides García Saldaña; de que Julio Castillo se revelara como un extraordinario talento teatral con *El cementerio de los automóviles* , y de la aparición del cuadro *La muerte del Che* , de Augusto Ramírez, tuvo lugar la primavera de Praga y el movimiento estudiantil de París; en las universidades de Estados Unidos el ejército o la policía intervenía para frenar el escándalo de los jipis y el repudio juvenil a la guerra de Vietnam, y cada vez más estudiantes preferían quemar sus tarjetas de reclutamiento e ir a la cárcel o huir del país. Nadie imaginaba que algo semejante podía ocurrir aquí. Sin embargo, desde 10 años antes los jóvenes mexicanos también manifestaban su rechazo al sistema, con todo y milagro mecsicanou, como dejaban ver las razzias y arrestos a chavos jipis, para entonces conocidos ya como "chavos de la onda", y rocanroleros en toda la República.

En julio de 1968 se inició el verano caliente: los granaderos, siguiendo sus costumbres, oprimieron brutal y desproporcionadamente un pleito estudiantil que jóvenes preparatorianos sostuvieron en la Ciudadela de la capital, precisamente la zona terrible de la decena trágica de 1913. Indignados, los estudiantes declararon huelga y organizaron una manifestación de protesta el 26 de julio, y ésta coincidió con el desangelado mitin que el Partido Comunista Mexicano (PCM) llevaba a cabo cada año para conmemorar la Revolución en Cuba. La nueva manifestación estudiantil fue reprimida con mayor violencia, además de que era notorio que "alguien" había dejado proyectiles estratégicamente distribuidos para que jóvenes disfrazados de estudiantes, pre-halcones, pudieran hacer destrozos que se atribuirían a los manifestantes; por otra parte, la coincidencia de estudiantes y PCM llevó al gobierno a argüir al instante que "fuerzas subversivas del extranjero orquestaban una conjura para desacreditar a México en proximidad de las olimpiadas". En vista de eso, se procedió a arrestar a numerosos militantes del PCM que, en esa ocasión, nada, o casi, tenían que ver con los hechos, pues era bien cierta su inexistencia histórica. Los muchachos de las preparatorias enfurecieron más aún, y durante los últimos días de julio resistieron a los granaderos y el ejército con piedras, bombas molotov y barricadas a base de vehículos volteados. Las escaramuzas duraron hasta que el ejército en plena madrugada sitió la Escuela Nacional Preparatoria e inició la moda de los bazukazos para hacer ver que el gobierno "va en serio". El bazukazo esa vez destruyó el bello portón barroco del edificio, lo que generó críticas por la barbarie de los agresores. Los estudiantes constituyeron un Comité Nacional de Huelga (CNH), con el apoyo de los sectores izquierdistas del país y de escritores y artistas. El CNH organizó pequeñas brigadas para informar al pueblo de su versión de los hechos, pues desde el 26 de julio la televisión, la radio y la prensa atacaron con saña a "esos pobres estudiantes manipulados por comunistas". El gobierno trataba de acabar lo más pronto

posible con los disturbios y para ello recurrió a la mano durísima, bien aceitada desde 1959. Sin embargo, la dureza del régimen no pudo contener la resistencia juvenil, que ganaba simpatías a través de los mítines-relámpago en mercados, fábricas, esquinas, autobuses, etcétera.

En agosto, Díaz Ordaz cambió de táctica al ver que el autoritarismo obcecado no lograba nada, además de que se veía muy mal. Desde Guadalajara dijo entonces a los estudiantes que allí estaba su mano tendida; "chóquenla", agregó, para que vieran que él también podía ser "muy cuate". "Primero habría que hacerle la prueba de la parafina", respondieron los jóvenes. En realidad, el gobierno estaba desconcertado. "El movimiento se organizaba rápidamente para desconcierto de los controles tradicionales que habían ejercido la Secretaría de Gobernación, el DDF y sus policías y agentes investigadores", escribe José López Portillo. "La organización de reuniones y manifestaciones era *sui generis* y no obedecía a patrones concebidos y controlables... Nuevas gentes y distintos procedimientos para desconcierto de los controladores oficiales." Los estudiantes en huelga para entonces eran de casi todas las escuelas preparatorias y superiores, y el CNH propuso un plan de seis puntos para solucionar todo: destitución de altos jefes de la policía, supresión del cuerpo de granaderos y del delito de disolución social, liberación de presos y arrestados e indemnización a familiares de estudiantes muertos o heridos. También se pedía un diálogo entre el gobierno y el CNH, público y televisado a todo el país. Una nueva manifestación tuvo lugar y más de 100 mil gentes gritaron insultos a la embajada estadunidense, que con humor negro se levantó junto a la columna de la Independencia; también se oyeron gritos de "¡prensa vendida!" cuando los muchachos pasaron frente al periódico *Excélsior* . La marcha culminó en un zócalo repleto, lo cual fue considerado como una genuina victoria popular.

Poco después tuvo lugar una nueva manifestación de apoyo a los estudiantes y esa vez acudieron más de 200 mil participantes que, alegres, desenfadados, mostraban una nula credibilidad en el sistema. Las fuerzas vivas del país para entonces se hallaban indignadas y pedían la represión de los estudiantes, a quienes se les criticaba por apátridas (pues sus héroes eran el Che Guevara y Ho Chi-Minh, dos flagrantes comunistas) y porque injuriaban "con obscenidades" a las autoridades. La extrema irritación de los conservadores se debía a la proximidad de los juegos olímpicos y al ruido que hacíamos en el extranjero; también al ver que se alargaba y se expandía lo que debió ser cosa de "unas nalgadas". La nueva manifestación otra vez llegó al zócalo, donde, por más que se gritó "sal al balcón, hocicón", el presidente Díaz Ordaz no quiso mostrar sus dulces facciones a la multitud. De hecho, se había encomendado a José López Portillo que, desde el interior de palacio, atendiera a los manifestantes si pedían una entrevista. Pero los estudiantes querían un diálogo público, y López Portillo sólo veía, primero, la llegada de las fuerzas "de control" al zócalo, disfrazados de "barrenderos, vendedores, obreros en solicitud de empleos, curiosos, ociosos"; en la tarde llegaban las multitudes rugientes. López Portillo cuenta que a veces se asomaba por el balcón del tercer piso y le tiraban monedas de 20 centavos. Los estudiantes decidieron hacer un campamento allí mismo hasta obtener respuesta de las autoridades, se izó una bandera rojinegra huelguística en pleno zócalo y las campanas de la catedral repicaron en apoyo al movimiento estudiantil. A medianoche, el ejército corrió del zócalo al campamento allí instalado y al día siguiente los

medios de comunicación, el sector privado y los editoriales se rasgaron las vestiduras por la Terrible Ofensa que se Sometió al Lábaro Patrio cuando una bandera de huelga reemplazó a la nacional. El gobierno organizó un inmenso acto de desagravio con miles de acarreados de las centrales obreras y de la burocracia. Los ataques contra los estudiantes se recrudecieron, pues era evidente que el movimiento estudiantil se había vuelto popular y que representaba una válvula de escape para mucha gente inconforme con el sistema. No obstante, el gobierno se aferró a la tesis de la conjura internacional y continuó los arrestos de brigadistas, el espionaje político y la intimidación mediante el despliegue de fuerzas políticas y militares en la ciudad de México. En verdad helaba la sangre ver los tanques y los camiones militares llenos de soldados por las avenidas de la capital.

Ciudad Universitaria se había convertido en el centro del movimiento estudiantil y el campus era territorio de mítines permanentes y de actos culturales en una franca atmósfera jubilosa y esperanzadora. Los estudiantes acampados allí echaban un relajo sensacional, esto es, cuando no había intensas reuniones en las que se hablaba y se hablaba. El primero de septiembre el presidente Gustavito (como le decía López Paseos) declamó: "La injuria no me ofende, la calumnia no me llega; el odio no ha nacido en mí". Por supuesto, dio su versión de lo que acontecía: "Recibimos informaciones de que se pretendía estorbar los juegos olímpicos". Se trataba de una conjura internacional y la patria estaba en peligro. El incidente origen del problema había sido "culminación de una muy larga serie de atentados a la libertad y a los derechos". Se había llegado al libertinaje en todos los medios de expresión y difusión; "hemos sido tolerantes hasta extremos criticados". Por supuesto, no admitía la existencia de presos políticos en México. "Dispondré de las fuerzas armadas", avisó también. "No quisiéramos tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario... El diálogo es imposible cuando una parte se obstina en permanecer sorda y se encierra en la sinrazón de aceptarlo sólo para cuando ya no haya nada que dialogar." Y concluía, lastimado: "¡Qué grave daño hacen los modernos filósofos de la destrucción que están contra todo y en favor de nada!" Lo del "diálogo" era una obvia proyección, pues Díaz Ordaz había consentido a nombrar dos negociadores (Andrés Caso y Jorge de la Vega), pero éstos en realidad poco pudieron acordar con el CNH pues llevaban la línea de no ceder y simular tan sólo la comunicación, y porque para principios de septiembre es muy probable que la solución final ya se estuviera cocinando al máximo fuego, especialmente después de que el 13 de septiembre vino la tercera manifestación, esa vez de más de 300 mil personas. Como respuesta a la crítica de que el movimiento no se interesaba por México, los estudiantes portaron imágenes de Emiliano Zapata y del buen Pancho Villa; y, para evitar que los acusaran de injuriosos, los participantes se comprometieron a marchar en absoluto silencio y muchos prefirieron vendarse la boca para no gritar hasta desahogarse. Por tanto, esa manifestación fue conocida como "la silenciosa" y resultó la más impresionante de todas por la tensa atmósfera que crearon cientos de miles que marchaban sin decir nada.

Hasta allí llegó la etapa de la "tolerancia hasta el exceso criticada". El diálogo nunca llegó a efectuarse, y mucho menos en "esas condiciones ridículas de querer salir en televisión y en cadena nacional". La satanización de los estudiantes por parte del gobierno (apoyada enérgicamente por la iniciativa

privada, la alta dirigencia obrera, la Iglesia y muchas asociaciones profesionales verdaderas o espurias) llegaba a su cúspide, y todo estaba listo para la reaparición de la violencia represiva.

Después de las fiestas patrias, el ejército invadió la hasta entonces inviolable Ciudad Universitaria, e hirió y arrestó a muchos. Poco después las tropas sitiaron el Casco de Santo Tomás tras un asedio sangriento, y el 2 de octubre, a escasos 10 días de la inauguración de los juegos olímpicos, el gobierno prohibió ominosamente una nueva manifestación y el CNH se conformó con un mitin en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Allí tuvo lugar la acción (concertada o no) del ejército y del grupo militar Batallón Olimpia, que simuló una "provocación" de supuestos francotiradores para que el ejército interviniera "al ver que se les disparaba a ellos y a los asistentes al mitin". Dos inmensas luces de bengala dieron la señal del ataque y pronto el ejército, los policías de civil y el Batallón Olimpia se entretuvieron disparando a la gente que corría por todas partes y descubría que las salidas estaban copadas. En la balacera cayeron muchos, entre ellos la periodista italiana Oriana Falacci, quien después se volvió una tenaz crítica del gobierno mexicano. Los que no sucumbieron buscaron refugio en los departamentos del complejo habitacional, y aunque la gente de Tlatelolco les dio albergue, la tropa y la policía judicial hasta allí llegaron para llevarse a la mayoría al Campo Militar Número Uno, donde, según reveló después el general Félix Galván (secretario de la Defensa durante el sexenio de López Portillo), cuando menos la policía judicial tuvo instalaciones propias y mano libre para torturar, lesionar, asesinar y "desaparecer". En el mitin de Tlatelolco se arrestó a los líderes del CNH (Gilberto Guevara Niebla, Heberto Castillo, Raúl Álvarez Garín, Roberto Escudero, Tomás Cabeza de Vaca y Luis González de Alba, entre otros). Todos ellos acabaron en la cárcel de Lecumberri, donde ocuparon las crujías C, M y N. Allá fue a dar también, al poco rato, el escritor José Revueltas, quien dijo "sí lo soy", cuando lo acusaron de ser el autor intelectual de los disturbios.

En las listas oficiales se contaron 30 muertos y 87 heridos, y se calculaba que en el Campo Militar Número Uno cuando menos había mil 500 detenidos. La prensa recibió "línea" para justificar la acción del gobierno y condenar a los estudiantes "que habían disparado contra los soldados". "Aquella noche", cuenta Julio Scherer, "en un telefonema urgente me había advertido el secretario de Gobernación que en Tlatelolco caían sobre todo soldados, y a punto de colgar el teléfono había dejado en el aire la frase amenazadora: '¿Queda claro, no?'" No es de extrañar entonces que la casi totalidad de los medios de comunicación haya apoyado sin reservas la matanza ordenada por Díaz Ordaz y orquestada por el Batallón Olimpia de Manuel Díaz Escobar. La iniciativa privada tampoco escatimó elogios al presidente, al igual que los líderes obreros. "El movimiento estudiantil", diagnosticó Fidel Velázquez, "tenía finalidades esencialmente políticas, que emanan de consignas internacionales y que está manejado", *sic* , "por gentes ajenas al estudiantado... El llamado movimiento estudiantil no tuvo en ninguna ocasión ni en ningún tiempo justificación". Por supuesto, los políticos del PRI aplaudieron a su presidente, "que había salvado a la patria". Pero el mismo Luis Echeverría años después declaró que la patria nunca estuvo en peligro. "En realidad, la vida es manejada por factores de producción", doctoró Echeverría. "El movimiento estudiantil no llegó a un estallido social porque

obreros y campesinos se adhirieron al sistema, y porque la mayoría de la gente no estaba interesada." En efecto, en 1968 mucha gente no sólo de la capital sino de todo el país no se interesó gran cosa por el movimiento, o estuvo en contra de los estudiantes, pero, a pesar de ello, el sector que se rebeló acabó siendo decisivo para el futuro inmediato de México.

El movimiento estudiantil y la contracultura de los años sesenta en realidad formaron caras de la misma moneda, que se conoció como "1968", o "el 68". En todo caso, para una porción cada vez mayor de gente quedaba claro que México cerraba una etapa, despertaba del sueño que se inició en 1940 y que se caracterizó por el desarrollismo y la modernización capitalista del país. Aunque las instituciones se hallaban bien sólidas, evidentemente eran impostergables cambios profundos en la sociedad. Con el tiempo ganó la idea de que 1968 (movimiento estudiantil y contracultura) resultó, como lo dijeron hasta los presidentes de la República, "un parteaguas" en la vida nacional, el hecho más importante de nuestra historia después de la Revolución de 1910. Lo fue porque implicó un proceso paulatino de tomas de conciencia para el país: se había crecido en estabilidad y relativa paz social a expensas del abuso y la explotación del pueblo; a cambio de la abundancia de unos pocos se atajó y obstaculizó el desarrollo natural de las grandes mayorías. Los cambios empezaron a surgir casi desde el primer momento. El nuevo presidente se vio obligado a atender, verbalmente las más de las veces, algunas demandas populares, y la economía también cambió pues los empresarios dejaron de respaldar a un presidente que se engolosinaba con la retórica "izquierdista"; así se inició una crisis que vino a ser devastadora. El desarrollismo, que hasta allí llegó, había causado graves disturbios ecológicos: contaminación de las ciudades y devastación de escenarios naturales: ríos y mares envenenados, deforestación, migración del campo a las ciudades a causa del enriquecimiento de los agricultores privados; sobrepoblación alarmante con su secuela de miseria, marginalidad, drogadicción, delincuencia. Además, el desarrollismo generó que las clases altas y medias tendieran a someterse a los modelos estadunidenses más discutibles y vacuos, lo que llevó a un desligamiento de las bases tradicionales del país. El culto católico, tan importante en la historia de México, para entonces perdía eficacia y cada vez más se vaciaba de contenido. El sistema político seguía herméticamente cohesionado, pero ya se veía la urgencia de una verdadera democracia, de que el poder no se concentrara tanto en la persona del presidente ("monarca sexenal", le llamó Cosío Villegas), de que la libertad de expresión fuera auténtica, sin censuras ni manipulaciones; de que la corrupción omnipresente y todos los vicios que el régimen había generado se enfrentaran antes de que acabasen de arruinar el paisaje moral de la nación. Surgió una impostergable necesidad de llevar a cabo investigaciones objetivas, sin falsas ilusiones ni distorsiones eufemísticas, de todos los grandes problemas del país. También se detonó la sensibilidad popular, que a través de las artes, las ciencias y las demás manifestaciones culturales crecería al punto de poder considerarse como una revolución cultural que propiciaba tomas de conciencia en otras áreas.

Pero a principios de octubre de 1968, después de la matanza de Tlatelolco, nadie podía imaginar algo semejante porque ya estaban allí los esperados y a la vez calamitosos juegos olímpicos. Mientras Oriana Falacci despotricaba desde su cama de herida, y la prensa internacional recogía sus declaraciones,

Díaz Ordaz inauguró las XIX olimpiadas y segundas que se retransmitían a todo el mundo vía satélite. En ellas, los atletas negros de Estados Unidos también hicieron un numerito político al blandir el puño del "black power". La prensa mexicana demostró cuán atrasada y oligofrénica podía ser al exprimir al máximo los triunfos nacionales del Tibio Muñoz y del sargento Pedraza. Los juegos olímpicos, con todo y su espectacularidad, que por supuesto abundó en México, en verdad estuvieron ensombrecidos por la sangre de los muertos de Tlatelolco, y resultaron el inicio de la decadencia de las olimpiadas, sujetas desde entonces a terroristas, boicots gringos o socialistas, climas represivos y cubetazos de agua helada como el *affaire* Ben Johnson en 1988.

El gobierno mexicano resintió el golpe de 1968 desde un principio, pero trató de minimizarlo y pudo hacerlo porque ya se hallaba encima la sucesión presidencial y los medios de comunicación tenían otros temas para entretenerse. La contienda política por la presidencia se desarrollaba en aparente civilidad de los suspirantes Echeverría, Martínez Manautou, Ortiz Mena y Corona del Rosal, que, incluso, habían acordado un pacto "para no darse patadas por debajo de la mesa". Díaz Ordaz no anduvo contando después, o no se ha revelado, por qué desechó a unos y por qué dio el dedazo a favor de quien, después, para sus criterios, lo "traicionaría" y lo obligaría a decir: "A mí me hicieron chistes por feo, pero a él por pendejo". ¿Cómo pudo elegir, entonces, a alguien así? Sin duda contó la cortesanía y el servilismo del secretario, a quien, si lo invitaba a jugar golf, "llegaba en la madrugada". También, el apoyo irrestricto al jefe, la talacha de 15 horas al día, y por supuesto, el comportamiento de Echeverría durante el movimiento estudiantil: lealtad, y uso de los controles represivos con fachada de "política del diálogo" que, aunque nunca se practicó, sirvió para salvar el formalismo de la "tolerancia", como había hecho López Mateos antes de aplastar a los ferrocarrileros.

En todo caso, Díaz Ordaz se inclinó por su secretario de Gobernación, y, por lo que se trasluce, quedó muy satisfecho, además. Sin duda creía que había escogido "al mejor hombre". Díaz Ordaz se mostró sonriente, "afectuoso", contó después Augusto Gómez Villanueva, entonces líder de la Confederación Nacional Campesina (CNC). Él, más Alfonso Martínez Domínguez, para entonces presidente del PRI, Fidel Velázquez, del sector obrero, y Reynaldo Guzmán Orozco, de la CNOP, fueron convocados por Díaz Ordaz a Los Pinos, donde les dijo: "Yo sé que ustedes son amigos de Luis Echeverría, y me da mucha satisfacción que él sea nuestro candidato a la presidencia… Quiero agregar una cosa", les dijo después (o eso contó Gómez Villanueva), "a partir de esta fecha procuren entenderse directamente con Luis Echeverría". Éste, por su parte, calladamente había preparado su "infraestructura". Según Gómez Villanueva, ese mismo día ya tenían listas a varias decenas de campesinos acarreados para que la CNC fuera la primera en "lanzar la candidatura" de Echeverría, lo cual iniciaría la estampida furiosa, desesperada, de los búfalos, que tratarían de treparse en el vehículo del candidato a como diera lugar.

A partir de ese momento, Echeverría empezó a "quitarse la máscara" (o a ponerse otra, vaya uno a saber), y el hombre introvertido, tieso, reservado y calculador, a partir de su nominación empezó a aparecer locuaz, vivaz, hiperactivo y propenso a hablar sin parar. Tenía su plan bien guardadito y lo

fue desenvolviendo tan pronto adquirió el poder.

Díaz Ordaz, por su parte, según Scherer García, resultó afectado por los acontecimientos de 1968 mucho más de lo que parecía. "Cambiaba el país", escribe Scherer en *Los presidentes* . "Era voz pública que el presidente sufría alteraciones en su personalidad, confundía la introversión con la soledad. Su esposa, doña Guadalupe Borja, desaparecía de la escena pública. Corría el rumor: no resistió la tensión nerviosa." De cualquier manera, a fines de 1969 Díaz Ordaz hizo una enésima modificación a la pobre Ley Federal Electoral, esa vez para que los jóvenes de 18 años tuvieran derecho al voto. "Una obvia respuesta al 68", concluyen los investigadores Samuel León y Germán Pérez.

Tanto el PPS como el PARM se adhirieron a la candidatura de Luis Echeverría, quien sólo tuvo como competencia al candidato del PAN, Efraín González Morfín, pues el PCM, no registrado por otra parte, propuso la "abstención activa".

En 1969, Daniel Cosío Villegas causó un escandalazo cuando, en seis artículos publicados en *Excélsior* pidió que se revisara la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, ya que su lenguaje era pobre e incorrecto, además de que fue ideada para una sociedad agraria y rural. El tema resultó ser tabú pues llovieron críticas y respuestas a Cosío Villegas, entre ellas un número entero de la revista *Estudios Políticos* , una serie de entrevistas televisadas a los constituyentes que aún vivían, y hasta una telenovela con María Félix que se llamó *La Constitución* ; por otra parte, se publicaron libros importantes: Octavio Paz, que se ganó la estima popular al renunciar a su puesto como embajador en la India a causa de Tlatelolco, publicó la "continuación" de *El laberinto de la soledad* con el título *Posdata* , en la cual abordó los sucesos de 1968 y trató de hallar su rizoma mítico. Elena Poniatowska, mientras preparaba *La noche de Tlatelolco* , publicó otro libro de excepción, *Hasta no verte Jesús mío* . Gustavo Sainz publicó su compleja pero divertida novela *Obsesivos días circulares* ; Augusto Monterroso ofreció su espléndido volumen de textos breves (o "moscas") *La oveja negra y otras fábulas* . Por último, desde Lecumberri, José Revueltas publicó su compacta, densísima, obra maestra *El apando* , que dice: presos y policías son lo mismo, la cárcel sólo es un reflejo de la sociedad entera, de allí el título *El apando* , que son las celdas de castigo, la cárcel dentro de la cárcel. En poesía, Alejandro Aura publicó *Alianza para vivir* , y Sergio Mondragón, *El aprendiz de brujo* .

Por otra parte, en Caracas, Venezuela, se constituyó el premio Rómulo Gallegos para la mejor novela en español publicada en los últimos cinco años; en México se creó una comisión compuesta por Emmanuel Carballo y María del Carmen Millán que elegiría la o las obras nacionales para el premio. Pero la comisión determinó que ninguna novela mexicana podía competir con Lezama Lima, Carpentier, Onetti, Vargas Llosa, Cortázar. Esto indignó a Fernando del Paso. Y Margo Glantz salió con *Narrativa joven de México* , que al reeditarse se convirtió en *Onda y escritura en México* . Con este libro Margo Glantz impunemente dio origen al confuso y vilipendiado concepto "Literatura de la onda", que se usó como ariete para contener lo que después se consideró "vulgarización de la cultura".

Carlos Monsiváis, por su parte, se unió con Alfonso Arau y los dos escribieron letras de canciones, irónicas y divertidas, para el grupo de rock los Tepetatles, ancestro directo del Botellita de Jerez de los años ochenta, que se presentó con mucho éxito en el cabaret El Quid. En tanto, el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, a causa de su enemistad con el presidente Díaz Ordaz, perdió toda oportunidad de que la Universidad tuviera su propio canal de televisión. Para entonces la Suprema Corte había resuelto el litigio en torno al canal 13, que fue otorgado a Francisco Aguirre, dueño de estaciones de radio y de revistas. También se otorgó la concesión del nuevo canal 8, sobre 63 solicitudes, al grupo Monterrey. Ambos canales empezaron sus trabajos para iniciar transmisiones lo antes posible. El 13 improvisó unos estudios en la calle de Mina y el 8 ocupó lo que antes fueron los estudios de cine San Ángel Inn.

Para 1970 la gran noticia en la capital, además de la inauguración de las primeras líneas del metro, era la inminencia del IX Campeonato Mundial de Futbol, cuya sede también había sido otorgada a México. Debido a que el fut es el deporte más popular, y de que no había Tlatelolcos que lo ensombrecieran, el campeonato de futbol generó un entusiasmo insólito en nuestro país. La selección mexicana, dirigida por Raúl Cárdenas, ganó dos juegos, perdió uno y empató uno; anotó seis goles y recibió cuatro, llegó a cuartos de final y obtuvo el sexto lugar entre 16 equipos, y el público se lanzó a las calles en muestras de delirio, auténtica irrupción del principio del placer, que aterrorizaba a los pobres transeúntes que no se prendían tanto con el deporte de las patadas. Allí surgió la porra "¡Mé-xi-có. Mé-xi-có!" que años después metería sus goles en la política. México no pasó de los cuartos de final (pero llegar a ellos fue considerado como "un milagro" tan portentoso como el "estabilizador"), sin embargo, Brasil, con Pelé al frente, ganó el campeonato y el pueblo siguió la fiesta en las calles, que vino a ser un inmenso desahogo colectivo después de las tensiones de los últimos años.

En tanto, los "conocedores" se asombraban de los cambios en el candidato priísta Luis Echeverría, quien alarmó a Díaz Ordaz y al secretario de la Defensa, el ex henriquista Marcelino García Barragán, cuando, en Guadalajara, pidió un minuto de silencio en honor "de los caídos" el 2 de octubre de 1968. El ejército se indignó a tal punto que incluso se consideró la posibilidad de cambiar de candidato, pero a fin de cuentas imperó la inercia y Echeverría siguió su campaña, en la que trataba de distanciarse lo más posible del gobierno de Díaz Ordaz. Echeverría no paraba de hablar de todos los temas posibles y llevó sus andanzas hasta los últimos pueblos y rancherías del país. Por todas partes el candidato hacía ver que durante su gobierno habría "cambios", lo cual era observado con extremo desconcierto por el sector privado.

Por su parte, Díaz Ordaz ocupó el tiempo que le quedaba para modificar la Ley Federal del Trabajo. La cúpula obrera se había portado extraordinariamente bien con el sistema durante 1968 y el aún presidente decidió premiarla ampliando derechos, garantías y prestaciones. "Irónicamente", escribe Manuel Camacho Solís en *El futuro inmediato* , "el presidente Díaz Ordaz logró lo que nadie desde Cárdenas había conseguido: la unidad del movimiento obrero". Por esas fechas también salieron a la luz

los problemas del río Colorado. En 1961 Estados Unidos llevó a cabo obras de drenaje en el río Gila, afluente del Colorado, y la salinidad que se produjo arruinó una zona algodonera muy fértil en Baja California. Ya presidente, Luis Echeverría se encargaría de arreglar el conflicto.

En su último informe de gobierno, Gustavo Díaz Ordaz se responsabilizó por completo de los hechos de 1968 y en concreto de la matanza de Tlatelolco. Una vez más adujo que la patria estaba en peligro y él había tenido que "salvarla". "Con los naturales, transitorios, desajustes", dijo, "a veces dolorosos y cruentos, hemos vivido una etapa más de nuestra historia, en plena paz social para que sean posibles las libertades y manteniendo las libertades para que el orden sea un bien y no un mal". A cambio de esos "dolorosos desajustes" que incluían los de la gramática, Díaz Ordaz se ufanó de que, durante su mandato, el crecimiento del producto interno bruto (PIB) había sido del 46 por ciento.

En tanto, la situación en Petróleos Mexicanos era precaria. Aunque se extraían 193 millones de barriles de crudo y 665 millones de pies cúbicos de gas diarios, esto no bastaba y el gobierno tenía que importar para satisfacer las necesidades internas. Se trataba tan sólo de un botón de muestra de los problemas de México durante el cambio de década y de administración. Las condiciones no eran promisorias. Pablo González Casanova, en *México hoy* , dice que se había logrado la dinamización de los sectores productivos mediante la estatización de la industria eléctrica y petroquímica, el flujo del capital extranjero, el fomento al turismo y el control de los trabajadores, pero ya había una estructura oligopólica debida a la mayor concentración del ingreso y de la propiedad de los medios de producción. La economía era absorbida por muy pocos y éstos obtenían superganancias mediante salarios siempre bajos e insuficientes. El sector agrícola había generado divisas, materias primas y mano de obra barata, pero la injusticia en el campo era dolorosa. Todo el beneficio había sido para unos cuantos particulares que extendían sus latifundios simulados. Por otra parte, la política proteccionista y la fiscal también habían favorecido a las empresas oligopólicas, que lograban mayor productividad mediante la tecnología más moderna, que no todos podían adquirir.

El consumo de las clases altas había crecido, naturalmente, así como la clase media, que fue absorbida por la empresa y la burocracia. Ricos y clase media eran feroces entusiastas de la mentalidad consumista, que se inyectaba en dosis demenciales al resto del pueblo a través de los medios de comunicación, especialmente la televisión. El consumismo desatado llevó a "la brutal distorsión del gasto familiar proletario", que permitía el paisaje de chozas y barracas miserables con su antena de televisión. Esto, a su vez, generaba más ganancias para las grandes empresas. Había una fuerte demanda de productos importados, pero, por el contrario, nunca se logró una mayor capacidad para exportar. Por tanto, el país siguió dependiendo de los préstamos del extranjero, y la deuda crecía, crecía, y llevaba hacia "un callejón sin salida", dice González Casanova.

El capital extranjero, incluido el "directo", seguía penetrando, lo cual consolidaba el esquema transnacional de explotación y agravaba la dependencia de México hacia Estados Unidos. La industria se había

diversificado y logró una ampliación del mercado pero las empresas nacionales tenían que hacer compras a los grandes monopolios, que así recogían ganancias por todas partes.

El régimen había descuidado sectores estratégicos, indispensables para un desarrollo sano del país: en el campo el rezago era dramático. Los energéticos también se hallaban sumamente descuidados. El gasto del Estado acabó subordinándose a los planes de corto plazo de la iniciativa privada; además, apoyó de tal forma "la expansión acelerada del sistema financiero", sigue diciendo Pablo González Casanova, "que acabó haciéndose dependiente de él". Igualmente, el criterio de "estabilidad financiera a toda costa" vulneró al Estado y robusteció a los financieros y a los grandes empresarios.

De tal manera, al iniciarse la década de los setenta, el sector privado no sólo era poderoso sino también consciente de su fuerza; observaba cuidadosa y críticamente las declaraciones "incompletas, vagas y aún contradictorias" del próximo presidente de la república, y tomaba nota. Cosío Villegas cuenta en *El estilo personal de gobernar* que un gran banco memorizó todo lo que decía Echeverría en su campaña; el banco a fin de cuentas se negó a dar los resultados del trabajo; "el final fue un lienzo desdibujado y confuso", concluye Cosío. No son de extrañar, entonces, las reacciones que tuvieron los poderosos dueños del dinero ante el gobierno de Luis Echeverría, como tampoco lo es la crisis, que todo esto propició, a partir de 1971.

Nota final

Este libro es una crónica de los principales acontecimientos que han tenido lugar en México de 1940 a 1988. Aquí aparecen los hechos políticos, económicos y culturales de ese periodo en una visión amplia y panorámica pero que también concentra la atención, para presentar mayores matices de momentos determinados.

De principio a fin hay una profunda seriedad ante la responsabilidad que implica un trabajo de esta naturaleza y no hay nada escrito aquí cuya procedencia no se pueda ubicar. Me basé en libros, en revistas y periódicos, y en conversaciones con numerosas personas que me dieron su versión de diversos hechos. Yo mismo he sido testigo de buena parte de la época y no dudé en utilizar mis propias observaciones, aunque siempre con el apoyo de materiales publicados que moderaran mi subjetividad.

El sentido de la responsabilidad y la seriedad del tema no excluyen, en lo más mínimo, la posibilidad de una lectura ágil, fluida e incluso placentera. Con ese fin no desdeñé el humor, la ironía, ni chistes, chismes y rumores en boga. La realidad a veces es francamente hilarante, pero otras veces es bueno sonreír ante ella para no sucumbir en las dificultades.

También procuré eludir tablas, cifras excesivas, terminologías muy técnicas y notas al pie de página. En realidad, buena parte de este libro se ha hilvanado a través del uso estratégico de numerosas y diversas fuentes, cuya lista aparece en la bibliografía general; cuando el saqueo resultó franco y abundante, o la cita es directa, las obras se mencionan en el cuerpo del texto. Es, claro, por tanto, que este libro no añade gran cosa a los especialistas, aunque puede interesarles, pero un público amplio lo hallará útil y entretenido.

El libro está divido en sexenios y en cada uno de ellos procuré anotar lo más relevante de los distintos planos de la vida en México. Por supuesto, la naturaleza de la obra impidió tratar de abarcar demasiado y limitó los materiales. Por tanto, las omisiones pueden ser incontables, y por desgracia muchos sucesos importantes o interesantes apenas si están delineados. Por otra parte, el periodo en cuestión es muy reciente; muchas cosas siguen en la oscuridad y en otras las versiones suelen ser distintas; la información no se ha asentado aún en ciertos casos y por esa razón es posible también la existencia de algunas inexactitudes menores; éstas, por supuesto, son involuntarias y están abiertas a la rectificación.

El libro se presenta en tres volúmenes; el primero abarca de 1940 a 1970; el segundo, de 1970 a 1982, y el tercero va de 1982 a 1994.

Sinceramente creo que *Tragicomedia mexicana* puede ser de interés, y por eso, en esta nota inevitable, expreso mi gratitud a todas las personas que me

ayudaron, y en especial a Carlos Barreto, que me proporcionó libros y su colección de revistas; al Grupo Editorial Planeta, que me facilitó otros libros imprescindibles; a mis hijos Jesús y Andrés, que me ayudaron en la elaboración de fichas; por último, a mi hermano Augusto y a mi esposa Margarita, que leyeron el manuscrito y me hicieron muy buenas observaciones.

Tragicomedia mexicana 1 *La vida en México de 1940 a 1970*

Primera edición digital: julio, 2013

D. R. © 1990, José Agustín

Diseño de portada: Random House Mondadori / Andrés Mario Ramírez Cuevas

D. R. © 2013, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Random House Mondadori, S. A. de C. V.

Av. Homero núm. 544, colonia Chapultepec Morales,

Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11570, México, D.F.

ISBN 978-607-311-113-3

JOSÉ AGUSTÍN

BEST SELLER

TRAGICOMEDIA MEXICANA

La vida en México de 1970 a 1982

2

DEBOLSILLO

José Agustín nació en Acapulco en 1944. Poco menos de dos décadas más tarde comenzó a publicar, colocándose a la vanguardia de su generación. Fue miembro del taller literario de Juan José Arreola, quien le publicó su primera novela, *La tumba* , en 1964. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores y de las fundaciones Fulbright y Guggenheim. Ha escrito teatro y guión cinematográfico, ámbito en el que dirigió diversos proyectos. Entre sus obras destacan *De perfil* (1966), *Inventando que sueño* (1968), *Se está haciendo tarde (final en laguna)* (1973, premio Dos Océanos del Festival de Biarritz, Francia), *El rey se acerca a su templo* (1976), *Ciudades desiertas* (1984, premio de Narrativa Colima), *Cerca del fuego* (1986), *El rock de la cárcel* (1986), *No hay censura* (1988), *La miel derramada* (1992), *La panza del Tepozteco* (1993), *Dos horas de sol* (1994), *La contracultura en México* (1996), *Vuelo sobre las profundidades* (2008) *Cuentos completos* (2001), *Los grandes discos del rock* (2001), *Vida con mi viuda* (2004, premio Mazatlán de Literatura), *Armablanca* (2006) y *Diario de brigadista* (2010). Ha publicado ensayo y crónica histórica, destacando los tres volúmenes de *Tragicomedia mexicana* (1990, 1992, 1998). En 2011 la Asamblea Legislativa del D.F. le otorgó la Medalla al Mérito en las Artes por su trayectoria literaria; y mereció, junto con Daniel Sada, el Premio Nacional de Ciencias y Artes el mismo año.

JOSÉ AGUSTÍN

Tragicomedia mexicana 2

La vida en México de 1970 a 1982

DEBOLSILLO

A Andrés, Jesús y Agustín, ¡que les sea leve! y a Mercedes Certucha y Homero Gayosso

6. La casa de la risa (1970-1976)

EL PUTO LIMÓN

A fines de 1970 José Revueltas se hallaba una vez más en la cárcel y en México se incubaban profundos cambios en la conciencia colectiva, pero esto era algo que apenas se advertía. En la superficie todo parecía normal; a pesar de la dura prueba de 1968 se hallaban intactos el presidencialismo todopoderoso, el partido de Estado, las grandes corporaciones oficiales y privadas, y los mecanismos de control. Sin embargo, en mucha gente existía la impresión vaga de haber despertado de un sueño para enfrentar una realidad que antes se había soslayado; las grietas del sistema se percibían por doquier para quienes no se negaban a verlas y las huellas negativas del desarrollismo, o "milagro mexicano", eran ya perceptibles: allí estaba el deterioro del sistema, la devastación de la naturaleza, el desperdicio de recursos, la corrupción, la sobrepoblación, la injustísima distribución de la riqueza, la dependencia del exterior y el paternalismo antidemocrático, o "dictablanda", como también se le decía. Capas minoritarias, pero muy significativas, de la sociedad exigían una verdadera democracia, y por todas partes una efervescente voluntad de expresión pugnaba por abrirse paso. Como el régimen no atendió a fondo nada de esto, los acontecimientos políticos y contraculturales de 1968 generaron efectos silenciosos que se prolongaron durante muchos años.

Hasta cierto punto, el nuevo presidente tenía una relativa conciencia de todo esto, y se propuso acelerar cambios y reformas que reactivaran los procesos de crecimiento. Sin embargo, la manera como enfrentó estas nuevas necesidades del país a la larga resultó funesta para él y para todos.

Para la toma de posesión de Luis Echeverría se eligió el Auditorio Nacional de la ciudad de México, y aunque éste fue revitalizado con mucho dinero significativamente quedó igual de frío y desangelado que antes. La ceremonia pretendía simbolizar una suerte de "ruptura y continuidad", así es que fueron invitados cuatro viejos indios, que representaban "la reorientación del sistema", pero también estuvieron allí María Félix, "ataviada con fastuoso abrigo de leopardo", Henry Ford y la usual cargada de funcionarios, invitados, periodistas y colados. En su mensaje, el flamante mandatario dejó clara su voluntad de distanciarse de la administración anterior y reiteró los temas de su campaña: acercamiento a los jóvenes, diálogo, "apertura", crítica y autocrítica; además, reconoció la injusta distribución de la riqueza y expuso la necesidad de cambios, muchos cambios.

El para entonces ex presidente Gustavo Díaz Ordaz, que presenciaba lo que ocurría, posiblemente no daba crédito, y le seguía costando mucho trabajo digerir la metamorfosis de su sucesor, quien de ser un hombre tieso,

reservado y servil, se había convertido en un locuaz líder de los jóvenes. Más tarde, se dijo que Díaz Ordaz, todas las mañanas, antes de rasurarse se plantaba ante el espejo y se propinaba sonoras bofetadas, insultos y maldiciones "por haber elegido a Echeverría". Además de esta enérgica autocrítica, durante su aislamiento posterior Díaz Ordaz tuvo que lidiar con los fantasmas de Tlatelolco. "El 68 lo había lastimado", escribió José López Portillo, "se daba cuenta de todas las tensiones, preocupaciones y dolores contemporáneos e históricos que traía a cuestas".

Como una respuesta al 68, Echeverría presentó un gabinete de "gente joven", que a Daniel Cosío Villegas, editorialista de lujo de *Excélsior*, le pareció "de inexpertos", y más técnico que político. Por supuesto, el presidente se había apresurado a llevar a su gente a los altos puestos para tener el máximo poder posible desde un principio. De esa manera, Mario Moya Palencia pasó de las oficinas de la censura cinematográfica a la Secretaría de Gobernación, Hugo Cervantes del Río ocupó la también estratégica Secretaría de la Presidencia; Emilio Rabasa encabezó Relaciones Exteriores, Víctor Bravo Ahuja se instaló en Educación Pública; el consentido del jefe, Augusto Gómez Villanueva, naturalmente se encargó del Departamento Agrario, y José Campillo Sainz dio la marometa mortal de la iniciativa privada a la Secretaría de Industria y Comercio. Pero los verdaderamente jóvenes del equipo del presidente eran Fausto Zapata, Juan José Bremer, Francisco Javier Alejo, Carlos Biebrich, Ignacio Ovalle y Porfirio Muñoz Ledo. Todos ellos ocuparon puestos de gran importancia, aunque no llegaron a encabezar, en ese momento, secretarías de Estado.

Por otra parte, el ex suspirante a la presidencia Alfonso Martínez Domínguez pasó al Departamento del Distrito Federal, y para dejar claro que entre los cambios no se avecinaba una verdadera democratización del sistema, a la cabeza del Partido Revolucionario Institucional (PRI, o "RIP", como le decía ya el caricaturista Rius) quedó el amigo del presidente y notorio cacique Manuel Sánchez Vite, quien no sólo se deshizo en adulaciones inverosímiles a Echeverría, sino que en la oficina de Acción Electoral del partido oficial colocó a Luis del Toro Calero, conocido como el Padre de la Alquimia Electoral.

Como se ha visto, una de las metas iniciales del presidente consistía en neutralizar hasta donde fuese posible las grandes heridas del 68. De allí que de inmediato ordenara la liberación de los primeros presos políticos de 1968 (para junio de 1971 todos habían salido ya de la cárcel), y que Echeverría se dedicara a hacer campaña en contra de los que él llamaba los Emisarios del Pasado, que no era un grupo de rock sino nada menos que el ex presidente Gustavo Díaz Ordaz y los viejos políticos que desde un principio murmuraban y rezongaban en voz baja pues habían sido desplazados por los incipientes tecnócratas. En un principio pareció que de esta manera Echeverría tan sólo subrayaba sus ideas de renovación, pero después del 10 de junio se pudo ver que en realidad los Emisarios del Pasado (como más tarde la Liga 23 de Septiembre) podían ser muy útiles como chivos expiatorios de jugadas políticas represivas.

Además de la retórica en contra de la vieja guardia, y también como otro efecto más del 68, Echeverría ocupaba una buena parte de sus torrentes

declarativos en pregonar su afamada “apertura democrática”, que, como dejaron ver los nombramientos en el PRI, ni remotamente implicaba la verdadera democratización que exigía una parte de la sociedad, sino un relativo ensanchamiento de la libertad de expresión, así como abrir el abanico de la cooptación y las puertas del gobierno a los opositores que quisieran integrarse. Por tanto, muchos jóvenes, llamados “los aperturos”, aprovecharon la oportunidad y procedieron a exprimir briosamente las ubres del estado.

Pero muchos otros optaron por radicalizarse. La derrota de Tlatelolco les hizo pensar que la mejor vía para revolucionar el país consistía en la lucha armada a través de las guerrillas en las montañas, como había propuesto el Che Guevara, o a través de la guerrilla urbana, que incluía secuestros y asaltos bancarios bautizados como “expropiaciones”. Desde la década anterior, Genaro Vázquez Rojas ya se hallaba en la sierra guerrerense, en noviembre de 1966 había sido arrestado en la ciudad de México, y en abril de 1968 su grupo, la Asociación Cívica Guerrerense (ACG), formó un comando que logró rescatarlo. Genaro se fue a la sierra inmediatamente, rebautizó a su grupo como Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y creó comités de lucha clandestina. No obstante, la ACNR tardó en relacionarse a fondo con los campesinos guerrerenses y hasta diciembre de 1970 inició en forma sus actividades con el secuestro del millonario Donaciano Luna Padilla, por quien obtuvo millón y medio de pesos. Casi un año después, el 20 de noviembre de 1971, la ACNR secuestró a Jaime Castrejón Díez, rector de la Universidad Autónoma de Guerrero, por quien se pidió la liberación de nueve presos políticos (entre los que se encontraba Mario Menéndez, director de la aguerrida revista *Por Qué*), más dos millones y medio de pesos. El dinero se pagó a través del obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo, un avión militar llevó a los presos a La Habana y Castrejón fue puesto en libertad a principios de diciembre. Sin embargo, con todo esto el ejército apretó aún más las tuercas de la lucha antiguerrillera.

El auge de la guerrilla de Genaro Vázquez Rojas en realidad fue efímero, pues sólo duró unos meses, en los que obtuvo publicidad y difusión de sus comunicados. Entre fines de 1971 y principios de 1972 la guerrilla urbana, a su vez, trabajaba ya a gran presión y abundaban los secuestros y las “expropiaciones” de bancos, así es que el acoso del ejército en Guerrero se intensificó y Genaro Vázquez dejó la sierra. Para entonces la prensa lo denostaba con saña. Durante un tiempo vivió escondido en Cuernavaca, pero finalmente decidió reemprender la lucha y quiso regresar a Guerrero a través de Michoacán. Pero tuvo pésima suerte: su automóvil se estrelló contra un puente, Genaro se fracturó el cráneo y fue rematado de un culatazo, cuenta Carlos Montemayor, por un cabo de la tropa que llegó después al sitio del accidente.

Pero la guerrilla de Genaro Vázquez sólo era el primer capítulo de la continuación de las luchas del 68 a través de otros medios. Para esas fechas el también maestro guerrerense Lucio Cabañas se hacía notar con sus asaltos a cuarteles y guarniciones militares. Igualmente, cada vez más se oía hablar de la Liga 23 de Septiembre, que surgió para conmemorar que el maestro Arturo Gámiz García, a la cabeza de un pequeño grupo de estudiantes y maestros, había tratado de asaltar el cuartel de Ciudad Madera, Chihuahua,

el 23 de septiembre de 1967, tal como Fidel Castro trató de tomar el cuartel Moncada, de Santiago de Cuba, en 1953. En los años setenta, comandada por los hermanos David y Carlos Jiménez Sarmiento, la Liga ocuparía un gran espacio en los medios de difusión.

En la década de los setenta surgieron numerosos microgrupos más que se proponían hacer la revolución en México a través de la guerrilla urbana, como el Frente Urbano Zapatista (FUZ), el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), las Fuerzas Revolucionarias Armadas (FRAP), el Comité Estudiantil Revolucionario (CER), el Comando Armado del Pueblo (CAP), las Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución (FANR), la Unión del Pueblo Carlos Lamarca, la Liga Armada Comunista (LAC) y muchos más. Algunos de ellos apenas tenían siete u ocho miembros, entre los que no faltaba, como dice Elena Poniatowska, "un oreja de Gobernación". Con frecuencia enviaban a su militantes a China o Corea a recibir adiestramiento y era común una interpretación maoísta, frecuentemente sectaria, del marxismo. Casi todos se hallaban compuestos por jóvenes urbanos de clase media que de buena fe estaban dispuestos a sacrificar sus vidas para cambiar las condiciones de explotación y represión que se acentuaban en el país, y numerosos militantes fueron muertos, torturados y encarcelados, o simplemente "desaparecidos"; sin embargo, muchos también cayeron en formas muy rígidas de sectarismo y dogmatismo, nunca lograron exponer sus ideas con claridad, tendían a formas de "violencia revolucionaria" muy cercanas al fascismo y no faltaron los que se acostumbraron a obtener dinero fácil a través de las "expropiaciones", por lo que se despeñaron en formas no menos graves de corrupción. Entre las acciones más destacadas de la primera parte del sexenio se contaron los secuestros de Julio Hirschfeld Almada, a cargo del FUZ, donde militaba Paquita Calvo; de Terrence George Leonhardy, cónsul de Estados Unidos en Guadalajara; y de José Guadalupe Zuno, suegro del mismísimo presidente Echeverría; que fueron llevados a cabo en 1973 por las FRAP.

El furor guerrillero de los setenta por desgracia trajo consigo el aumento de la beligerancia y la barbarie del "aparato de control" con sus sistemas de espionaje, infiltración, brutalidades, torturas, asesinatos y desapariciones. A los métodos tradicionales (injurias, golpizas, inmersión en pozos de agua o excusados, descargas eléctricas en las áreas genitales o en la cabeza con la picana, o *shock baton* , agua mineral en las fosas nasales, amenazas de asesinato de seres queridos, violaciones, encierros prolongados e insalubres, ingestión de excremento, simulacros de ejecución y otras formas de tortura sicológica) después se añadió el acopio de recursos que Estados Unidos ponía en práctica en Chile, donde Salvador Allende procuraba, legalmente, instaurar un socialismo democrático y de rostro humano.

Las principales fuerzas represivas de esa época eran la Dirección Federal de Seguridad, la Policía Judicial Federal, la Dirección de Investigación para la Prevención de la Delincuencia (DIPD), la Policía Militar y la Policía Judicial de los distintos estados de la federación. Después, "inspirados" también por la experiencia chilena y entrenados por las fuerzas *ad hoc* de Estados Unidos, surgirían los grupos paramilitares antiguerrillas, como la Temible Brigada Blanca. Entre los miembros de estas corporaciones que más "se distinguieron" en las atrocidades de la lucha antiguerrillera se contaron Miguel Nazar Haro, Salomón Tanús, Jorge Obregón Lima, Francisco Sahagún

Baca y muchos agentes policiacos más.

Para el nuevo gobierno, no obstante, los problemas inmediatos más bien se hallaban en la economía. Era claro que el desarrollo estabilizador ya había dado de sí y que ya sólo serviría como *punch bag* de los economistas oficiales. Aunque el crecimiento económico había cerrado con fuerza en la década de los sesenta (el promedio fue de 6.9 por ciento del producto interno bruto, o PIB), en el principio del sexenio las "presiones inflacionarias" obligaron a que en diciembre aumentara el precio del azúcar, lo que generó alzas en otros productos.

Además, el nuevo gobierno arrancó con la cautela habitual de los principios de sexenio, y a lo largo de 1971 contrajo la inversión pública. Para contener el aumento de las exportaciones que desequilibraban la balanza de pagos, Hacienda se propuso bajar la tasa de crecimiento hasta cinco por ciento, pero se les fue la mano y ésta cayó hasta 3.4 a fin de año. También se decidió disminuir la circulación del dinero y por tanto se frenó la impresión de billetes.

Como, por otra parte, el sector privado procedió con cautela redoblada, ante un gobierno cuyos signos les parecían poco claros, también redujo sus inversiones y abrió un compás de espera, así que el primer año de gobierno se convirtió en el de la "atonía" o "estancamiento productivo", como los especialistas decidieron llamarle orwellianamente. Sin embargo, durante el primer año de gobierno todo eso parecía coyuntural, transitorio, pues se tenía confianza en que las cuestiones económicas se resolvieran por el simple hecho de que así había ocurrido en los tres sexenios anteriores.

Luis Echeverría Álvarez, significativamente, fue el primer mandatario de México que jamás pasó por un puesto de elección popular, y su carrera más bien se desarrolló en los laberintos burocráticos. Era un experto del "control", después de 12 años muy intensos como subsecretario y secretario de Gobernación. Conocía muy bien las entrañas del sistema y se dispuso a utilizar al máximo el sacrosanto poder presidencial. A fin de cuentas, como lo demostró ampliamente, no le interesaba conciliar ni equilibrar los intereses políticos de la familia revolucionaria; desde un principio hizo lo que quiso, con la autoridad que le daba, a falta de mejor legitimación, la fortaleza física que le permitía trabajar "jornadas de catorce horas sin ir al baño".

Desde un principio, Echeverría enarboló como modelo a Lázaro Cárdenas. Por tanto, para mitigar la nostalgia de los tiempos en que estuvieron de moda la ropa, las artesanías indígenas y todo "lo mexicano", dispuso que en las comidas y celebraciones presidenciales en vez de vino y licores "extranjerizantes" se sirvieran aguas de chía, de horchata o de jamaica, y en Los Pinos se colocaron muebles mexicanos y equipales para los invitados. La esposa del presidente, María Esther Zuno, aparecía en las fiestas ataviada con trajes de tehuana, en la más pura tradición de los años treinta, sólo que en 1971 la gente no recordó a Frida Kahlo sino a las meseras de los restoranes Sanborns, que solían vestir trajes autóctonos y que, a partir de ese momento, se les conoció como "las esthercitas". Por cierto, a la "primera dama" le gustaba que le dijeran, al estilo revolucionario, "la compañera Esther", y ella, a su vez, llamaba a su esposo y presidente por el apellido:

"Echeverría".

Doña Esther no tenía intenciones, como sus antecesoras, de pasar como Abnegada Madrecita Mexicana; ella también venía en plan de lucha y dispuesta a llamar la atención.

El presidente, por su parte, para que viesen que sus simpatías se hallaban con el pueblo campesino, a la menor provocación se ponía guayaberas, las cuales, como era de esperarse, rápidamente se impusieron entre los funcionarios, ya que éstos, con tal de complacer al gran jefe, no habrían dudado en ponerse pañales, como quizá los usaba el Señor. Esto era de considerarse porque Echeverría quería hacerlo todo, pero ya, y el tiempo no le alcanzaba, así es que casi no dormía, no comía ni iba al baño. "¡No mea!", exclamaban, admirados, sus subalternos, e incluso varios trataron de imitarlo en semejante violencia al cuerpo. José López Portillo reveló que él mismo en una ocasión contuvo la necesidad de orinar por más de 10 horas, a pesar de que "se le salían las lagrimitas".

Echeverría nunca paraba de hablar y de emitir estentóreas carcajadas. Le gustaba tener mucho público y con frecuencia citaba, desde temprano en la mañana, a equipos numerosos de funcionarios de varias dependencias, y los "acuerdos colectivos" duraban hasta la madrugada. Esas sesiones de trabajo eran tan caóticas y excesivas que López Portillo una vez mejor se puso a jugar futbolito con un zapato de Bernardo Aguirre, quien para evadir la abrumadora realidad de los acuerdos colectivos se quitaba el calzado y practicaba posturas de yoga.

López Portillo, que para entonces era subsecretario de Patrimonio, también reportó que una vez su jefe Horacio Flores de la Peña, llegó furioso después de una reunión sobre el cultivo del limón que, como ya era costumbre, duró eternidades. "Ahí estuvimos horas y horas, jode y jode, con el puto limón", se quejaba el secretario de Patrimonio. Por esa razón, cada vez que sonaba el teléfono de "la red", Flores de la Peña y López Portillo se miraban, resignados, y decían: "Ahí vamos otra vez con el puto limón".

A Echeverría le gustaba disponer de la gente a su arbitrio, y a menudo llamaba colaboradores a altas horas de la madrugada. Esos pobres jinetes de la patria llegaban a Los Pinos con la piyama bajo el traje y con chinguiñas en los ojos. Si no, el presidente invitaba gente pero nomás no la dejaba ir para no perder ese público cautivo. El historiador Daniel Cosío Villegas a su vez contó que, después de una invitación a comer en Los Pinos, Echeverría insistió en que se quedara a ver una película de promoción oficial que ni siquiera estaba terminada, y después tuvo que soportar varios acuerdos con todo tipo de burócratas que no cesaban de entrar y salir.

Cosío Villegas escribió que la política de diálogo del presidente en realidad fue un inmenso monólogo, y diagnosticó que Echeverría padecía exceso de locuacidad, que se creía predestinado y que su ansia de trascendencia lo hacía volcar sus mensajes no sólo a la nación, sino al mundo y a la Historia. Para colmo, agregó Cosío Villegas, el tono del mandatario era de predicador o, en el mejor de los casos, de maestro rural, siempre rico en antologables errores de gramática o, de plano, de congruencia. Quería quedar bien con

todos, especialmente con los jóvenes, pero rapidito; “sobre la marcha”, decía, “caminando seguiremos poniendo las ideas a caballo”.

Ante los grupos que reunía proclamaba sus grandes planes: un renacimiento económico, agrario, obrero, cívico y cultural; crearía parques industriales, daría el poder a los obreros y todas las facilidades a los jóvenes; además, apoyaría a la provincia y al campo con políticas de descentralización, estímulos fiscales y crediticios, para que los campesinos pudieran formar sus propios fideicomisos y explotar su propia riqueza.

Luis Echeverría fue el primer presidente mexicano que se acercó a los intelectuales, pues, antes de él, sólo Miguel Alemán había mostrado aprecio hacia los artistas. Echeverría, sin embargo, comprendió que en el nuevo contexto post 68 la alta inteligencia del arte, el pensamiento y la investigación vestiría muy bien a su gobierno, y la cultivó.

Uno de los primeros éxitos del presidente en este terreno fue la conquista fácil de Carlos Fuentes, quien no sólo se adhirió al nuevo mandatario sino que incluso hizo un gran proselitismo a su favor al compás del lema “Echeverría o el fascismo”. El escritor organizó una reunión entre Echeverría y Lo Más Destacado de la Intelectualidad de Nueva York, y, como premio, obtuvo el puesto de embajador de México en París; éste era uno de los sueños de los viejos intelectuales latinoamericanos, y ponía a Fuentes a la par de Pablo Neruda, Alejo Carpentier o Miguel Ángel Asturias.

Muchos se apuntaron con Echeverría, como José Luis Cuevas y Fernando Benítez, al igual que la China Mendoza; Ricardo Garibay aprovechó una audiencia, en la que el presidente lo salvó de apuros monetarios (con un grueso fajo de billetes que sin más sacó de un cajón de su escritorio mientras, de lo más *cool* , le decía “¿con esto te alcanza?”), y le pidió la oportunidad de “estar a su lado y poder ser testigo de los actos de gobierno”, lo cual complació mucho al presidente. Garibay, en efecto, obtuvo derecho de picaporte a la oficina presidencial hasta que, a fines de sexenio, hizo una crítica que no le gustó a Echeverría, quien congeló la relación. A su vez, Ricardo Martínez fue el pintor preferido del presidente.

Por otra parte, la gente de *Excélsior* , con Cosío Villegas como centro delantero, recibió regalos e invitaciones a las ordalías de agua de horchata y de jamaica. Los editorialistas de *Excélsior* le tomaron la palabra a Echeverría y se dedicaron a ejercer la libertad de expresión. Dirigidos por Julio Scherer García, Gastón García Cantú, Samuel I. del Villar, Froylán López Narváez, Antonio Delhumeau, Carlos Monsiváis, Jorge Ibargüengoitia, Vicente Leñero, Ricardo Garibay y Luis Medina, entre otros, conformaron el equipo de editorialistas y, junto a un cuerpo de reporteros de primera línea, convirtieron al *Excélsior* en el principal periódico del país y en buena medida revitalizaron el periodismo mexicano, que se hallaba en densos pantanos de manipulación, corrupción y falta de imaginación. Se dio un espacio diario a la cultura, lo cual era insólito en la prensa, salvo en el caso de *El Día* , y se dignificó en buena medida la sección de sociales. Por supuesto, la actitud crítica de *Excélsior* más tarde le acarreó problemas con el gobierno y con la iniciativa privada, que en más de una ocasión lo sometió a boicots para doblegarlo. Pero a principios del sexenio nada de eso ocurría aún y el periódico era un éxito.

Por supuesto, el brío principal venía de parte del historiador Daniel Cosío Villegas, quien muy pronto le tomó la medida a Echeverría y a su administración, y se divirtió enormemente criticándolos con artículos elegantes, inteligentes e irónicos. Entre muchas otras cosas, escribió que en la ciudadanía nadie creía que hubiera un verdadero diálogo, y ni siquiera un monólogo, sino muchos, pues a los del presidente había de añadir los de sus colaboradores. Esto irritó a Echeverría y se encargó de hacerlo saber a través de sus dudosos medios, por lo que Cosío Villegas juzgó necesario anunciar que renunciaba a seguir escribiendo. El secretario de Educación Bravo Ahuja entonces fue a visitar al historiador y le comunicó que su esposa, de modo vehemente, le había pedido que convenciese a don Daniel de que no suspendiera sus artículos. La esposa de Bravo Ahuja a fin de cuentas resultó ser el presidente mismo, quien de plano se bajó de su nube y acabó por tomar el teléfono para decirle al historiador: "siga escribiendo."

Por su parte, Cosío Villegas no sólo lo hizo sino que la Editorial Joaquín Mortiz le publicó *El sistema político mexicano* , una radiografía muy útil para conocer las entrañas de la vida política nacional y en la que por primera vez se sacaron a balcón los modos de operación del presidencialismo priísta, que por lo general sólo se conocían en las muy altas cúpulas. En este libro apareció la celebérrima definición: en México se vive "una monarquía absoluta, sexenal y hereditaria en línea transversal". Cosío denunció el tapadismo, la corrupción, la demagogia y la esquizofrenia (el gobierno por un lado y el pueblo por otro), y calificó al sistema mexicano como "una Disneylandia democrática".

Cosío Villegas invitó a la compañera María Esther y a Echeverría a comer a su casa, y en una de esas visitas asistieron también varios estudiantes de El Colegio de México, quienes "dialogaron" con el presidente, o sea, estoicamente lo escucharon perorar. "Mírelo", comentó la compañera Esther, "está encantado." Allí mismo Echeverría autorizó fondos para la elaboración de *La historia de la Revolución Mexicana* , que con el tiempo resultó una serie de 23 volúmenes, algunos de ellos excelentes.

Echeverría a su vez correspondió invitando a los Cosío a comer en Los Pinos, pero como la actitud crítica del historiador no cesaba a pesar de estas comidas, el presidente echó a andar fuertes ataques (o "golpes") en la prensa contra él e incluso promovió un libelo titulado *Danny, el sobrino del Tío Sam* . Más tarde Cosío Villegas llevó a comer con el presidente ya no a estudiantes sino a pesos-pesados del medio intelectual, como Octavio Paz, Víctor Urquidi y Julio Scherer. Por último, Cosío publicó la continuación sui géneris de *El sistema político mexicano* , titulada *El estilo personal de gobernar* . Este libro se concentraba en la personalidad de Luis Echeverría, a quien Cosío observó con penetración regocijante. El presidente ya no aguantó esta última estocada: enfureció al máximo y se suspendieron las invitaciones a comer. Todo esto contribuyó al estado de ánimo que llevó a Echeverría a derribar el *Excélsior* de Scherer en 1976.

Pero antes, *Excélsior* expandió sus actividades y financió la revista *Plural* , dirigida por Octavio Paz, la cual mereció que Tito Monterroso dijese que "era la prueba de que el espíritu pesaba más que la materia". *Plural* en lo más

mínimo hizo honor a su nombre y pronto conformó una mafia compuesta por Gabriel Zaid, Enrique Krauze, Alejandro Rossi, José de la Colina, Ulalume González de León, Julieta Campos, Salvador Elizondo, Juan García Ponce y unos cuantos más que lograron colarse a este grupo, elitista como pocos y tan hermético como los misterios de Eleusis. *Excélsior* también publicó una nueva *Revista de Revistas* , dirigida por Vicente Leñero, que pronto se ganó un bien merecido prestigio entre los lectores interesados en las cuestiones políticas y sociales.

La emulación que el presidente Echeverría hacía de Lázaro Cárdenas lo llevó a proclamar "la segunda etapa de la reforma agraria". En teoría se trataba no sólo de usar guayaberas sino de combatir la idea, aceptada por muchos, de que el ejido era un fracaso. Se planeaba aumentar la producción de los ejidos, colectivizándolos, y "sembrar todo lo sembrable", pues sólo así se lograría el sueño de todos los gobiernos mexicanos: autoabastecernos de productos agrícolas para detener la catarata de importaciones que desequilibraban inexorablemente la balanza de pagos. Sin embargo, pese a los esfuerzos iniciales, que permitieron impulsar en cierta medida el cultivo de maíz y frijol, Echeverría no pudo romper, porque nunca lo intentó en serio, las ya rigidísimas estructuras del campo, donde una minoría de neolatifundistas disfrazados de pequeños propietarios disponía de las mejores tierras, de sistemas de riego, y se llevaba las grandes ganancias, mientras los ejidatarios y los obreros agrícolas se empobrecían a tal punto que acababan emigrando a Estados Unidos o a las grandes ciudades. Para estas alturas, el daño estaba tan avanzado que al parecer ya nada podía corregir los sexenios de baja inversión, burocratismo y corrupción, y el abandono de inmensas regiones y rubros. De hecho, el desarrollismo había congelado los precios de garantía de los productos agrícolas, y las grandes empresas transnacionales desquiciaron la producción.

Por tanto, los fideicomisos en el campo llegaron como la idea salvadora. Ésta consistía en crear grandes centros "agrario-turísticos" que beneficiarían a los campesinos porque aportarían nuevas fuentes de trabajo (naturalmente, pero esto no se decía, sólo en calidad de peones de la construcción, y después como sirvientes, jardineros, meseros, empleados de baja categoría o de plano como subempleados: vendedores de seudoartesanías, de nieves, refrescos y cheves). A fines del sexenio anterior ya se habían expropiado 70 hectáreas de playa en Bahía de Banderas, Nayarit, y a partir de 1971 las huestes de Augusto Gómez Villanueva, comandadas por Alfredo Díaz Camarena, desplazaron a la gente del gobernador Gómez Reyes y procedieron a dilapidar y jinetear enormes cantidades de dinero. A la larga, Bahía de Banderas fue un fracaso escandaloso y Díaz Camarena acabó en la cárcel durante el gobierno de López Portillo.

No obstante, los complejos turísticos a costa de ejidatarios atrajeron el interés de los inversionistas y del gobierno, especialmente por el éxito que sí tuvo el fideicomiso de Cancún; este paraíso turístico resultó tan elitista que sólo la gente muy rica pudo disfrutarlo. En Cancún se vio con claridad que con estos proyectos los ejidatarios finalmente sólo eran explotados; muy de cerca veían una serie de lujos demenciales e inalcanzables, mientras que todo se encarecía aterradoramente y los rasgos de identidad se deformaban; muchas veces las raíces mismas se perdían porque los campesinos acababan

emigrando, lo cual agudizaba la sobrepoblación de las ciudades. Por cierto, todo el tiempo se rumoró que Echeverría "era el dueño de Cancún", su negocito particular al estilo del acapulcazo de Miguel Alemán a fines de los años cuarenta. Sin embargo, si en el campo las cosas no salían como él esperaba, pronto el presidente Echeverría pudo demostrar cuán ducho era en la política a la mexicana con la carambola de varias bandas que significaron los sucesos del 10 de junio de 1971. En Monterrey, el gobernador Eduardo Elizondo había impuesto a la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) una ley orgánica que conformaba el Consejo Universitario con tres representantes de los maestros y tres de los estudiantes, pero también con ocho de los medios de difusión, diez de los obreros, cuatro de las ligas de comunidades agrarias, uno del patronato pro UANL, uno del comercio, uno más de la industria, otro de los legisladores y cuatro de los profesionistas organizados. El dócil Congreso local, como era de esperarse, aprobó esta nueva e insensata ley en todas sus partes, así es que los estudiantes se pusieron furiosos y durante mayo Monterrey fue escenario de manifestaciones y paros. Ante esto, el presidente Echeverría envió al secretario de Educación, Víctor Bravo Ahuja, con instrucciones de que se derogara la ley, lo cual ocurrió el 5 de junio. Al gobernador Elizondo no le quedó más remedio que renunciar.

Sin embargo, las protestas estudiantiles de Monterrey ya habían generado repercusiones en otras partes, especialmente en la ciudad de México, donde los estudiantes normalistas anunciaron una manifestación de apoyo a sus compañeros de Monterrey para el día 10 de junio, jueves de Corpus. Como los sucesos de 1968 aún se hallaban muy vivos, muchos jóvenes capitalinos decidieron asistir.

Esta manifestación no fue autorizada por las autoridades. Además, el secretario de la Defensa Nacional, Hermenegildo Cuenca Díaz, dispuso que la policía capitalina se pusiera bajo las órdenes del ejército. De cualquier manera, la manifestación salió a las cinco de la tarde del Casco de Santo Tomás con dirección a la Escuela Nacional de Maestros. En el camino, los muchachos, entre porras y eslogans de rigor, pidieron la liberación de los presos políticos del 68 y criticaron los planes de "reforma educativa" del gobierno. Las fuerzas policiacas ordenaron que la marcha se disolviese, ya que no se había autorizado, pero los estudiantes siguieron adelante, en orden aunque en medio de una gran tensión, sin hacer caso a los contingentes policiacos que llegaron a custodiar a los manifestantes.

Sin embargo, en la avenida México-Tacuba de varios autobuses surgieron más de mil jóvenes fornidos, de pelo muy corto y tenis blancos, con macanas, kendos y armas de fuego, que arremetieron salvajemente contra los estudiantes ante la indiferencia de la policía y de los granaderos que no intervinieron en lo más mínimo incluso cuando los disparos se iniciaban y varios jóvenes caían muertos o heridos. Los estudiantes trataron de defenderse con los palos de las pancartas, con piedras y como pudieron, hasta que, en clara desventaja ante un contingente feroz, bien preparado y armado, procedieron a replegarse, pero descubrieron entonces que los gases lacrimógenos y los tanques antimotines del ejército les cerraban toda salida. De esa manera los agresores pudieron darse gusto masacrando estudiantes y persiguiéndolos por todo San Cosme hasta la avenida Hidalgo.

Para entonces el Zócalo se hallaba lleno de tanques, las fuerzas públicas eran visibles en distintas partes y de súbito allí estaba de nuevo la atmósfera ominosa de la matanza de Tlatelolco. Cuando los disturbios cesaron y manifestantes, halcones, policías y ejército se retiraron, oficialmente se reconoció la existencia de nueve muertos y numerosos heridos y arrestados.

Esa noche, el presidente Echeverría se mostró ultrajado; aseguró que no tenía que ver con nada de eso y dio a entender que "otras fuerzas" (los Emisarios del Pasado, o sea, Díaz Ordaz y su gente) se habían confabulado para desestabilizar al gobierno y debilitar la autoridad presidencial. "Si ustedes están indignados", reiteró, "yo lo estoy más". En una entrevista que esa misma noche concedió a Jacobo Zabludovsky en su noticiario *24 horas* , el presidente agregó que había ordenado una investigación a fondo, "caiga quien caiga", y condenó los actos "vandálicos, bárbaros, de esos grupos". Zabludovsky también entrevistó a Octavio Paz y a Carlos Fuentes, quienes dieron su apoyo a Echeverría.

Al día siguiente, la prensa había identificado a los jóvenes fornidos y pelicortos como "los halcones", un grupo paramilitar del mismo gobierno organizado por el coronel Manuel Díaz Escobar, a quien se atribuía la creación del famoso Batallón Olimpia que inició la matanza de Tlatelolco. Los periodistas informaron que los halcones se formaron para custodiar las instalaciones del metro y que entrenaban en San Juan de Aragón.

Autoridades y periodistas se lanzaron a buscar a los halcones, pero éstos habían desaparecido mágicamente, y ninguna dependencia oficial reconocía estar ligada a ellos. Díaz Escobar dijo que el grupo había dejado de existir desde "el primero de diciembre de 1970". En el metro explicaron que, en efecto, un tiempo los halcones se habían ocupado de la vigilancia, pero "ya no". Por su parte, Fidel Velázquez, líder de la CTM y experto en la creación de grupos de choque, dio otra de sus célebres muestras de cinismo al salir con que "los halcones no existen porque yo no los veo". En cambio, años después, el general Félix Galván, secretario de Defensa durante la administración de López Portillo, le reveló a Julio Scherer García que Manuel Díaz Escobar "formó, entrenó, jefaturó a los halcones", que fueron creados "para combatir a la Liga 23 de Septiembre". Más tarde el presidente Echeverría envió a Díaz Escobar a Chile como agregado militar, y éste, claro, sólo causó problemas al gobierno de Allende. Por último, Díaz Escobar fue ascendido a general. Por cierto, los gobiernos sucesivos nunca dejaron de utilizar veladamente a los temibles grupos paramilitares de jóvenes pelicortos, y sólo hasta las elecciones de 1988 éstos fueron volviendo a ser muy visibles pues para entonces se trataba de ostentarlos con ominosos fines intimidatorios.

La famosa investigación ("caiga quien caiga") que encargó el presidente jamás progresó, y pronto se vio que no llegaría a nada. En cambio, el 15 de junio Echeverría indirectamente sugirió quiénes eran los responsables de los sucesos del 10 de junio al pedir la renuncia de Rogelio Flores Curiel, jefe de la policía de la ciudad de México (cuya "disciplina" sería premiada después con la gubernatura de Nayarit), y del regente de la capital, Alfonso Martínez Domínguez, que hasta ese momento llevaba una impresionante carrera política, por lo que de nuevo se hallaba en las listas de los "presidenciables".

Martínez Domínguez, furioso, se fue a la banca hasta su rescate en el siguiente sexenio y tuvo que aguantar el estigma de que la gente le dijera "Halconso"; sin embargo, años después no se quedó con las ganas de revirar el golpe que le había cancelado sus ambiciones presidenciales: en una entrevista que estratégicamente concedió a Heberto Castillo para la revista *Proceso* , la cual por supuesto desmintió, dijo que Echeverría virtualmente lo encerró en Los Pinos todo el 10 de junio con el pretexto de discutir el aprovisionamiento de agua de la ciudad de México, aseguró que él mismo vio a Echeverría dar órdenes telefónicas de que la represión fuese dura y de que se quemaran o enterraran los cadáveres. Según él, sólo se enteró bien de los acontecimientos hasta que salió de Los Pinos.

Por su parte, Luis Echeverría dijo después a Luis Suárez que "estaba en juego la política de diálogo y apertura a los jóvenes y lo ocurrido parecía un reinicio de la represión". Y agregó: "Supe que entre los organizadores se hallaban unos muchachos, encabezados por Rafael Fernández T., que después fundaron el PST." Reveló también que en 1971 se hallaba "en medio de influyentes circunstancias" y que por tanto consideró necesario "jugársela de un modo u otro", lo cual explica que a fin de cuentas solamente aceptara la responsabilidad de no haber llevado la investigación a las últimas consecuencias (lo cual era obvio, ya que, de hacerlo, ésta habría tenido que llegar hasta él). Por su parte, José López Portillo dijo que "el día de Corpus el régimen expresó, otra vez con violencia, ahora equívoca, que no permitiría manifestaciones como las del 68".

En todo caso, a través de los sucesos del 10 de junio, Echeverría logró quitarse de encima a un gobernador que él no había impuesto y que no le simpatizaba; también eliminó a un presidenciable muy incómodo, y además frenó toda protesta estudiantil con la bandera disuasiva de otro Tlatelolco. Es muy probable, incluso, que a través de los "muchachos que después fundaron el PST", y que por supuesto él manejaba, haya alentado la manifestación para manipularla en todas direcciones. El presidente, en efecto, se la jugó, pero en ese momento ganó de todas todas. Con el 10 de junio se consolidó como presidente y los estudiantes ya no volvieron a movilizarse hasta 1986; apenas pudieron desahogarse pírricamente con la pedrada que Echeverría recibió en 1975 en Ciudad Universitaria.

Por otra parte, el 10 de junio se convirtió en un " pequeño 2 de octubre" en cuanto fue mitificado enérgicamente por los jóvenes mexicanos que, aunque no compartían las tesis de la guerrilla urbana o rural, se orientaban hacia las ideas de izquierda. Un efecto cultural de todo esto fue el auge que a principios de los años setenta empezó a tener la llamada "canción de protesta". Muchos jóvenes habían sido estimulados por el *boom* y el ascenso al poder de Allende, y volvieron los ojos hacia Latinoamérica. Así se aficionaron a la música de Violeta Parra, Víctor Jara, Facundo Cabral, Atahualpa Yupanqui, Mercedes Sosa, Intillimani y otros cantantes, compositores o grupos de corte neofolclórico, con su abundancia de bombos, quenas y otros tipos de flauta.

En México empezaron a esparcirse las "peñas", pequeños cafés o bares donde cantaban Óscar Chávez, Margarita Bauche, Julio Solórzano, Gabino

Palomares, Margie Bermejo, el Negro Ojeda y Guadalupe Trigo. De más está decir que Los Folkloristas, con René Villanueva y Gerardo Tamez, fueron los grandes pioneros de esta corriente, en la que también tuvo importancia el español Joan Manuel Serrat, con sus versiones musicales de poemas de Antonio Machado. Las peñas folclóricas fueron un fenómeno de clase media urbana y su profundidad como medio de protesta no fue mucha, pues con sentarse a oír temas sociales o latinoamericanistas muchos sentían que ya habían hecho su tarea revolucionaria. En un principio pareció que la canción de protesta chocaría fuertemente con el rock, pues en apariencia las posiciones no podían ser más opuestas: en esta esquina, la identidad latinoamericana; en esta otra, la infiltración-imperialista-y-colonialismo-cultural. Incluso, el escritor y rocanrolero. Sin embargo, en ambos casos se trataba de formas profundamente expresivas que no tenían por qué resultar antagónicas. Así había ocurrido a principios de los sesenta en Estados Unidos, cuando la corriente integracionista de Joan Baez y Pete Seeger con el tiempo se fusionó con el rock a través de Bob Dylan. Y algo semejante ocurrió aquí: folclor, canto nuevo, salsa, rock y jazz estrecharían sus lazos y darían pie a las innumerables fusiones de los años ochenta.

El rock y la contracultura, por su parte, habían encontrado un medio expresivo de primer nivel con la revista *Piedra Rodante* , dirigida por el publicista y después terapeuta junguiano Manuel Aceves, que bien pronto se alejó de la publicación matriz estadunidense y se hizo mexicanísima, con una planta de colaboradores que incluía a Parménides García Saldaña (ya había publicado sus libros *El rey criollo* y *En la ruta de La Onda*), el sacerdote Enrique Marroquín (autor de *La contracultura como protesta*), Óscar Sarquiz, Juan Tovar, Luis González Reimann, Jesús Luis Benítez (autor de la columna "De tocho un pocho") y Raúl Prieto como eminencia gris (quien de Nikito Nipongo pasó a Doctor Keniké con su columna "Chochos, bachas y arponazos").

La Piedra , como fue conocida, fue pionera en México del auge del formato tabloide, de la apertura sexual y del empleo de las "malas palabras" (que, como se vio, bien empleadas, podían ser ¡muy buenas!), además de que llevó a cabo provocaciones publicitarias muy divertidas, como su célebre anuncio de Chanchomona, la primera "minifábrica de pitos", cuyo eslogan era "Presta pa la orquesta", o el irreverentísimo anuncio de ropa que con la efigie de Emiliano Zapata proclamaba "Esto dice el gran jefe guerrillero: ¡moda y libertad!" Fuera de estas discutibles desmitificaciones, *La Piedra* se adelantó a su "tiempo mexicano" y, como era de esperarse, fue objeto de una fuerte campaña en contra a cargo de Jacobo Zabludovsky (vía *24 horas*), Roberto Blanco Moheno y, por supuesto, de la Secretaría de Gobernación, que acosó a la revista hasta que logró que ya no apareciera, a fines de 1971.

Pero antes, *La Piedra* reportó las aventuras psiquedélicas del psiquiatra Salvador Roquet, quien hacía terapias de grupo a base de alucinógenos (LSD, hongos *psylocibe* , peyote, ololiuqui) con proyecciones de películas (que iban de *Cuando los hijos se van* a cintas pornográficas) y rock a todo volumen; como también era de esperarse, Roquet terminó en la cárcel a principios de los setenta.

Piedra Rodante también alcanzó a cubrir con todos sus aspectos el festival

“de rock y ruedas”, que en septiembre de 1971 tuvo lugar en Avándaro, ante el escándalo nacional. El festival de Avándaro fue organizado por Eduardo López Negrete, Luis de Llano y otros jóvenes de mucho dinero que lograron la autorización de Hank González, gobernador del Estado de México, para llevarlo a cabo como un día y una noche de grupos de rock que culminaría con una sesión de ¡carreras automovilísticas! Los grandes grupos de rock, como Javier Bátiz y Love Army, se negaron a participar desde un principio porque los organizadores ofrecían solamente la ridícula cantidad de tres mil pesos de honorarios.

Los primeros en llegar a Avándaro fueron los rocanroleros que sí aceptaron participar y que de entrada protestaron por las pésimas condiciones de trabajo y el trato prepotente de los jóvenes ejecutivos del rock, que a quejas y peticiones delicadamente respondían “si no te gusta, lárgate” o “te vas mucho a la fregada”. Los organizadores creían que en realidad hacían un inmenso favor a los grupos al permitirles tocar, ya que la noticia del festival había relampagueado entre los chavos y se esperaba una asistencia enorme, además de que las sesiones se transmitirían por radio, se grabarían en audio para producir un disco y en video para la televisión, y se filmarían para el cine (Jorge Fons, Jaime Humberto Hermosillo y el superochero Alfredo Gurrola a la cabeza de sendos equipos cinematográficos).

La gente llegó en proporciones inimaginables; eran jóvenes de todas clases sociales, especialmente de la capital, congregados por la misma necesidad dionisiaca, listos para el inmenso recreo que sería el festival. Al caer la tarde ya había más de 100 mil asistentes. Poco después, un par de grupos echaron la paloma para calentar al público, y al caer la noche el festival se inició “formalmente” con los Dug Dugs, de Armando Nava, tensos aún por las discusiones con los jóvenes patrones. Los Dug Dugs descubrieron, por fortuna, que la gente respondía y había muchas ganas de pasarlo bien.

Para esas alturas casi todos los asistentes habían consumido fuertes cantidades de distintas drogas: alucinógenas (mariguana, LSD, hongos, peyote, silocibina, mescalina), estimulantes (alcohol, cocaína y anfetaminas) y depresivas, como los barbitúricos, aunque algunos también inhalaron solventes (cemento, tíner), pero, a fin de cuentas, la mariguana y el alcohol fueron las drogas más consumidas, seguidas por las anfetaminas. Con todo, los muchachos lograron hermanarse, y en general se puede afirmar que el festival, como debía ser, representó una fiesta dionisiaca notablemente inofensiva, si se toma en cuenta la ingestión de tanta droga y la disminución de la conciencia individual que ocurre en toda congregación de masas.

En realidad, todo habría estado muy bien de no haber sido por la pésima organización y el flagrante autoritarismo que se tradujo en numerosos problemas: fallas de los instrumentos, de amplificadores, de los micrófonos y de las bocinas. Esto se unió al hecho de que se planeó muy mal el espacio para el público: los que no podían ver bien, que eran muchos, empujaban a los de adelante y acabaron derribando las cercas que protegían el escenario; claro, las incomodidades menudearon. Además, una bola de locos tomó por asalto las torres de alta tensión, a pesar de la obvia peligrosidad, y no bajó de allí por más insistencias, primero, y amenazas, después. “Si no se bajan de las torres”, gritaba frenético un animador, “vamos a suspender el festival”. Ante

esto, los que sí veían bien se pusieron furiosos: cómo de que iban a parar todo si estaba tan padre. Empezaron los chiflidos, las mentadas de madre, y una lata salió volando hacia el escenario y le abrió la cabeza al requinto del grupo White Ink.

Sin embargo, los grupos, con fallas y todo, pudieron tocarle a un público que constituía un formidable espectáculo en sí mismo. El Epílogo y la División del Norte precedieron a los Tequila, que prendió fuerte al personal. Peace and Love, por consenso general, fue de lo mejor del festival. Pero las fallas de equipo arreciaron con El Ritual y un cortocircuito trajo la oscuridad total cuando tocaban los Yaqui. Fuera del relajo inevitable, y de que algunos pasados se caían en las infectas zanjas que hacían de "sanitarios", el festival siguió con luces de emergencia y con toda la gente en la cúspide de la intoxicación.

A las dos de la mañana el espectáculo lo dio una jovencita que, en una plataforma, se quitó la ropa al bailar: "¡mira, hijo, una encuerada!", dijeron todos, y los reflectores la encontraron. "¡Déjenla, déjenla!", se oía por doquier. "¿Andabas pacheca cuando te encueraste en Avándaro?", le preguntó, después, *Piedra Rodante* . "No sabes, maestro. Unos chavos primero me pasaron el huato de pastas. A mí no me gustan esas madres, pero como no había otra cosa me las empujé con media botella de Presidente. Uy, me puse hasta el gorro bien rápido. Luego me dijeron que unos tiras andaban rolando pitos, y de volada les pedimos. Me puse hasta la madre, loquísima, tú sabes, bien cruzada. Creo que me puse a bailar cuando se puso a tocar El Epílogo. No me dejé ni pantaleta ni nada, todita me desnudé. Uta, luego luego me llovieron los toques, hasta me aventaron un aceite, un *purple haze* . Pero no le llegué. También estaba allí el apoderado de Manolo Martínez y traía un garrafón de tequila chanchísimo, y me lo estaba pasando, así es que me puse todavía más loca."

Llovió en la madrugada y así continuó hasta el amanecer, cuando tocaba El Amor. A las ocho, para terminar, porque todo el equipo de sonido se derrumbó media hora después, Three Souls in my Mind logró el milagro de revivir y reencender a la muchedumbre, más de 200 mil asistentes. A pesar de la lluvia, las fallas y la organización, todos los viajes aterrizaron y el público acabó de lo más contento. Muchos de los jóvenes recorrieron más de 70 kilómetros a pie cantando, por todo el camino: "mari-mari-guana, mari-mariguaaaa-na".

Al día siguiente la prensa al unísono condenó al Festival de Avándaro en tonos escandalizados. Se dijo que fue "una colosal orgía" y "uno de los grandes momentos del colonialismo mental del tercer mundo". "Cuatro muertos", publicó *El Heraldo de México* , "224 casos de intoxicados, quemados, atropellados, fracturados y heridos; casas, autos y tiendas asaltadas; la destrucción de árboles, sembradíos y líneas telefónicas es el saldo del festival". En realidad los muertos fallecieron lejos de allí, sin la más mínima relación con el festival, y no hubo robos, ni asaltos, ni pleitos, ni devastación más allá de la basura que dejaron los participantes. En cambio, días después, en las fiestas patrias del 15 de septiembre, según cifras oficiales, hubo 21 muertos, 665 heridos y 275 arrestados, cuando en Avándaro, con todo y el impresionante consumo de droga, de la natación al desnudo y la liberalidad

moral, no hubo muertos, heridos o arrestados, y allí estuvieron todo el tiempo el ejército y la policía judicial federal. Sin embargo, mientras los muchachos se enorgullecían de su civilidad, Avándaro unió a México en su contra. Funcionarios, empresarios, comerciantes, profesionistas, asociaciones civiles y medios de difusión, además de las izquierdas y los intelectuales, condenaron a los chavos que compartieron la noche de su vida.

Si se permitió el festival para medir la fuerza de la contracultura en nuestro país, los resultados no gustaron a nadie, y el sistema se cerró más que nunca para impedir que prosperaran los movimientos contraculturales. Los arrestos de jipitecas se recrudecieron y la crujía F de la cárcel de Lecumberri se llenó de miles de jóvenes, de rock y de signos de la paz. Todo esto era inútil. Con el derrumbe, a base de represión, de los mitos de convergencia, en la nueva década el panorama cambiaría y los nuevos signos de los tiempos resultarían mucho más escalofriantes, no por culpa de la contracultura sino de los sistemas cerrados y viciados que la generaban.

La onda fue satanizada a tal punto que los jóvenes de clase media desertaron de ella y al final sólo los muchachos más pobres y marginados continuaron con la afición al rock mexicano, que debió recluirse en los llamados "hoyos fonquis", siniestros galerones en zonas paupérrimas, sin las mínimas normas de sanidad, donde los muchachos se hacinaban y oían a los grupos. Estos hoyos eran administrados por negociantes que explotaban al máximo a los músicos y a los chavos que asistían, los cuales ya habían sido atracados y humillados previamente por los agentes policiacos que nunca faltaban.

En los hoyos, con el tiempo, las máximas estrellas fueron Alejandro Lora y sus Three Souls in my Mind, que a lo largo de la época dejó de componer en inglés y creó las condiciones para que surgiera un verdadero rock mexicano, además de que dio expresión a los jóvenes marginados de las ciudades; éstos, a su vez, dejaron de ser "chavos de la onda" para convertirse en "chavos banda" a fin de la década.

La contracultura se manifestó también en el surgimiento de comunas, tanto en el campo como las ciudades, que buscaban vías alternativas de desarrollo al margen del sistema. Este fenómeno trajo consigo una fuerte conciencia ecológica que casi no existía en el México de principios de los setenta. También, a causa del deterioro de los grandes cultos, especialmente el católico, empezaron a proliferar las tendencias a canalizar la religiosidad natural a través de la meditación, el yoga y las doctrinas orientales, como el zen budismo (Ejo Takata abrió su legendaria escuela de zen por esas fechas). El Fondo de Cultura Económica, por su parte, inició la publicación de los libros de Carlos Castaneda, que revaloraban esencialmente el conocimiento mágico-ritual de los indios en un contexto contemporáneo, y también la edición subsecuente de los grandes clásicos académicos sobre los alucinógenos y las culturas indígenas, como los de R. Gordon Wasson, Richard Evans Schultes y Peter T. Furst. Las formas esotéricas, especialmente la astrología y la cartomancia, empezaron a popularizarse entre capas de la clase media, lo que preparó el camino para la difusión de vehículos oraculares antiquísimos como el *I Ching* , que había sido tan apreciado por los jipis.

Por desgracia, todo esto propició también la difusión entre la clase media de movimientos manipuladores y mercantilistas, como la dianética, o el auge de las sectas fanáticas como los testigos de Jehová o los mormones en los medios rurales, que en verdad disolvían las señas de identidad nacional (los testigos de Jehová, por ejemplo, prohibían a sus fieles cantar el himno nacional o rendir culto a la bandera). El Instituto Lingüístico de Verano (ILV), dedicado a traducir la Biblia en lenguas indígenas, a su vez empezó a ser denunciado por antropólogos y sociólogos como desestabilizador de las formas de vida ancestrales de las etnias.

Por otra parte, la literatura contracultural fue denominada, "de la onda" en el libro de 1970 *Onda y escritura en México* , de Margo Glantz. El término era erróneo, ya que esta narrativa no era una representación de la onda, sino un fenómeno literario y contracultural que abarcaba niveles mucho más complejos. Sin embargo, el término, reductivista y folclorizante, sirvió para que el Establishment cultural en México emprendiese una vigorosa campaña, claramente neoelitista, para desalentar esta forma literaria entre los jóvenes, que a través de ella habían recibido un fuerte estímulo para expresarse artísticamente. Esto contribuyó a la democratización de la cultura que por esas fechas empezaba a ser perceptible en nuestro país.

De cualquier manera, durante el periodo 1970-1976 la literatura contracultural dio obras interesantes, como *En la ruta de la onda* y *El rey criollo* , de Parménides García Saldaña; *Lapsus* , de Héctor Manjarrez; *Las jiras* , de Federico Arana, que obtuvo el premio Villaurrutia tan sólo para que, como dijo Salvador Elizondo, miembro del jurado, "existiese una constancia de que alguna vez hubo algo llamado literatura de la onda" y *Se está haciendo tarde (final en laguna)* , de José Agustín.

En el territorio de la contracultura también se debe incluir el fenómeno del cine en súper 8 milímetros, que entusiasmó a los jóvenes por sus bajos costos y porque no caía en las redes de la censura. Por ese motivo a través del súper 8 tuvimos un México distinto, auténtico, con los problemas reales; además, representaba un verdadero movimiento artístico altamente expresivo. La aparición del súper 8 se dio en 1968 cuando Óscar Menéndez filmó escenas del movimiento estudiantil. A partir de entonces, y especialmente en la primera parte de los setenta, surgieron varios grupos que crearon sus espacios en todo el país (Zacatecas, Durango, Guadalajara y Monterrey, especialmente) y sus propios concursos (el Luis Buñuel, el de la ANDA, y hasta uno de cine erótico). Los principales superocheros fueron Gabriel Retes, Paco Ignacio Taibo II, Sergio García, Héctor Abadie, Alfredo Gurrola, Rafael Montero y Óscar Menéndez.

En un principio, Luis Echeverría anunció que "viajaría poco", pero ya a fines de 1970, antes de cumplir un mes de gobierno, no pudo resistir la necesidad de que el mundo lo conociera y voló a Nueva York a participar en la asamblea general de las Naciones Unidas, y allí abogó por el ingreso de China en la ONU. Esto, que en sí no era una gran audacia a esas alturas, fue significativo porque dejó ver que México no se alinearía enteramente con Estados Unidos, como antes, sino que procedería a robustecer su independencia en las relaciones internacionales, y que se identificaría con los intereses del tercer

mundo. En México la iniciativa privada, que para nada quería sentirse "tercermundista", no vio esto con agrado, y después procedió a desvirtuar esta política con el argumento de que el presidente buscaba la secretaría general de la ONU o el premio Nobel de la Paz, lo cual, por otra parte, era plausible, así es que la campaña prosperó.

El viaje de Echeverría fue seguido por el establecimiento de relaciones con la República Popular China. Ésta, como cortesía, nos envió dos osos panda, que aquí fueron exprimidos al máximo por Televisa para darse "un toque tierno". A su vez, Echeverría correspondió con el envío de varios perros ixcuincli, ajolotes y otras mexicaneces, entre las que se incluía al embajador Eugenio Anguiano Roich, de 33 años, quien, para demostrar cuán joven era, de entrada declaró: "Yo no me azoto."

Además, Echeverría preparaba ya uno de sus proyectos más importantes, con el que esperaba dar el gran salto al superestrellato internacional: la elaboración, presentación y promoción de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados, que desde 1971 había encargado a Porfirio Muñoz Ledo, entonces subsecretario de la Presidencia, quien coordinó los trabajos de Ricardo Valero, Víctor Alfonso Maldonado, Horacio Flores de la Peña, Jesús Puente Leyva, Francisco Javier Alejo, Jorge Castañeda y Alfonso García Robles. La Carta era un documento importante que procuraba equilibrar las terribles desigualdades entre los países ricos y los pobres. Por desgracia, estaba condenada al fracaso, y las grandes potencias la ignoraron desde un principio, pues acatarla habría significado renunciar a la explotación de los países subdesarrollados. Es muy probable, por otra parte, que Echeverría fuese consciente de todo esto, y que más bien pensara en utilizar el documento para su promoción personal en el escenario internacional y para obtener fuerza como gran protagonista de los países del tercer mundo.

En 1972, Echeverría intempestivamente decidió aprovechar el foro de la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y Desarrollo (UNCTAD), que se celebraría en Santiago de Chile, para presentar el as de su baraja, la Carta de los Derechos y deberes, donde además podría acentuar sus rasgos cardenistas al saludar solidariamente al gobierno socialista de Salvador Allende. "Aquí se está gestando un aspecto de la liberación de Latinoamérica", dijo al llegar a Santiago con una impresionante corte que incluía a varios brillantes cineastas jóvenes que asistirían a una muestra cinematográfica. Todos trataron muy bien a los mexicanos, la Carta tuvo mucho éxito en la reunión de la UNCTAD y Echeverría se entusiasmó con la atmósfera revolucionaria que se respiraba en Chile y que posiblemente le recordó sus años de juventud cardenista; por tanto, invitó efusivamente a Allende para que visitara México y se regresó de lo más satisfecho.

A fines de 1972 Allende vino a México, sin saber que don Luis lo sometería a uno de los insensatos programas de trabajo que él acostumbraba, y a los modos del sistema mexicano que dejaron exhausto al buen mártir chileno. Según Cosío Villegas, más que anfitrión Echeverría parecía director de relaciones públicas y agente publicitario de Salvador Allende. Primero lo sometió a una muestra espectacular de la capacidad de acarreo priísta al recibirlo con multitudes tumultuosas. Después lo hizo participar en actos oficiales, ceremonias civiles, banquetes, excursiones e infinidad de entrevistas

con los medios de difusión. Allende, además, viajó por todo el país y en Guadalajara pronunció uno de sus mejores discursos, el cual sin querer hizo que su tono afable, sereno, mesurado, contrastara con el usual modo "agitatorio" y con las retóricas tiesas de los políticos mexicanos. Por cierto, este tono con el tiempo fue estratégicamente adoptado por los presidentes De la Madrid y Salinas de Gortari para proyectar una naturaleza humana que ni remotamente se podía comparar con la del presidente chileno.

Después, Allende rememoró uno de los días de su jira: "Saludé a cinco mil personas; estreché sus manos, recibí abrazos, pequeños golpes en la espalda. Muy gratos cuando son dos, cuando son veinte, cuando son cincuenta, pero *increíblemente pesados* cuando son más de quinientos... Después nos metimos en un mercado, y luego de reconocer que entre el presidente Echeverría y yo hay alguna diferencia de años, pues el presidente Echeverría camina a sesenta kilómetros por hora, y yo, como un viejo Ford, iba a cuarenta, le tuve que decir: 'Tomemos algo para refrescarnos.' Pero el problema no era refrescarnos, sino *descansar* ." De allí se subieron a un vagón del metro que, para no variar, iba llenísimo, "no se podía respirar", se dolió Allende. "Cuando creí que todo había terminado, el presidente Echeverría me dijo: 'Ahí están'. '¿Quiénes?' Eran siete hombres de la televisión, que me acribillaron a preguntas."

Con la visita de Allende, Echeverría terminó de ubicarse en una aterrorizante posición izquierdista, que si bien enfatizaba la independencia mexicana en las relaciones internacionales, puso en guardia a Estados Unidos e indignó a las derechas del país, que manifestaron su molestia en todos los tonos, y de esa manera ampliaron el abismo que se iba creando entre el presidente y las fuerzas vivas.

No obstante, Echeverría apoyó hasta donde pudo al gobierno socialista de Allende. Le facilitó petróleo y créditos, lo cual indignó aún más a la derecha, y cuando tuvo lugar el golpe de Estado de Pinochet, y Allende fue asesinado en el Palacio de la Moneda, dio instrucciones al embajador Gonzalo Martínez Corbalá para que abriera las puertas de la representación mexicana a los allendistas y envió un avión para rescatar a Hortensia Bussi, la viuda de Allende, y a otras personalidades de la izquierda chilena. Por último, para rematar su emulación de Cárdenas, rompió relaciones con la dictadura militar chilena. También como Cárdenas, Echeverría admitió y protegió a numerosos exiliados chilenos (y después de todo el cono sur), lo que fue criticadísimo por la derecha mexicana que farisaicamente se rasgaba las vestiduras porque "los extranjeros despojaban el pan y las oportunidades a los nacionales."

A partir de ese momento, Echeverría más que nunca se sintió el nuevo Cárdenas. Por cierto, Julio Scherer García reporta que en una ocasión le preguntó: "¿En verdad es muy inteligente el general Cárdenas, señor licenciado?, 'Es muy pendejo', me dijo. 'Pero muy culto, ¿no?" "Por supuesto que no, y deje de indagar. Cárdenas pertenece a una categoría privilegiada. Late la política en la yema de sus dedos, allí la siente y entiende, ¿comprende usted? Hay especies animales que conocen la dirección del viento, lo llevan en el lomo como una segunda piel. Así es Cárdenas." Y así creía ser él también, por eso dicen que la historia se repite como farsa.

Echeverría podía ser todo lo tercermundista que se quisiera, pero, a la hora de la *real politik* , tampoco quería desafiar excesivamente al "primer mundo" y dio todas las facilidades, incluyendo la libre importación de "artículos gancho", a la creciente industria maquiladora de la frontera norte, que para entonces ocupaba a 53 mil trabajadores y pagaba salarios por 1 300 millones de pesos. Esta cifra, sin embargo, era ridícula ante lo que las empresas habrían tenido que desembolsar en sus países de origen, donde los salarios eran, con justicia, más elevados. Por supuesto, las maquiladoras progresaban porque la mano de obra en México les resultaba extraordinaria mente barata y lucrativa. Para entonces en nuestro país se extendía la idea, que llegó a su culminación en el tratado de libre comercio (TLC) de Carlos Salinas de Gortari, de que el acceso a la economía internacional sólo nos era posible como abastecedores de mano de obra vergonzosamente barata, a expensas de la explotación de los trabajadores, o como exportadores de materias primas a precios también risibles, que es lo que siempre han querido los grandes países industriales. Todo esto ahondó la dependencia, justo cuando el nuevo gobierno presumía de "independiente".

En realidad, en esencia el gobierno de Echeverría continuó la tradición de favorecer a la iniciativa privada, pero, como López Mateos, quiso dar un aire progresista a su gobierno, y aunque su izquierdismo era más bien retórico, buscó satisfacer algunas necesidades populares que no hicieran peligrar los sacrosantos intereses privados. Con este fin logró que patrones, obreros y gobierno formaran una Comisión Tripartita, y ésta, a pesar de sus solemnes sesiones, tal como ocurrió cuando Ávila Camacho intentó algo semejante en los años cuarenta, no logró que los empresarios hicieran concesiones sustanciales, aunque sí obtuvo la creación del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit) y el Fondo de Fomento y Garantía para el Consumo de los Trabajadores (Fonacot), que servirían para proporcionar viviendas y facilidades de obtención de bienes de consumo a obreros y empleados de gobierno, aunque también se convirtieron en abismos de corrupción y en trampolines políticos; asimismo se llevaron a cabo correcciones a la casi inoperante ley del reparto de utilidades y se elaboró una nueva Ley del Seguro Social.

Ya picado, el presidente incluso se le adelantó a la CTM y sugirió la semana de 40 horas para los obreros, pero esto ni remotamente prosperó pues las relaciones entre el gobierno y la iniciativa privada ya se habían agriado en exceso. Los empresarios consideraron "cargas excesivas e injustificadas" las peticiones de gobierno, y empezaron a acusar al presidente de ser un populista irredimible y de simpatizar peligrosamente con los comunistas. Por tanto, procedieron a presionar para que se sintiese su fuerza.

En concreto, el sector privado inició la consabida fuga de capitales, la dolarización de la economía, la contracción de inversiones y todo el tiempo exigió alzas en los precios de bienes y servicios, cuando no las aplicó soslayadamente. Por su parte, ante la caída del salario real, más el aumento de la inflación a 5.4 por ciento y del déficit público a 31.7 por ciento, el gobierno dejó atrás la política de atonía y elevó el gasto público a 24.6 por ciento.

Todo cambió ante este aumento acelerado de la inversión. El dinero reapareció con fuerza y, con él, el consumo privado y las ganancias del capital. Claro que el fuerte gasto y los pocos ingresos hicieron que el déficit público se disparara aún más, ante lo cual, como siempre, el gobierno, incapaz de llevar a cabo una reforma fiscal profunda, para no tocar los intereses de las grandes empresas, recurrió al crédito extranjero, como siempre, con lo cual la deuda pública aumentó a más de mil millones de dólares (el 26 por ciento). Naturalmente, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) y demás instituciones crediticias internacionales afilaron su inconmensurable capacidad de usura, y el pago de intereses y "servicios" aumentó ¡en 32.6 por ciento! Para acabarla de amolar, el gobierno convirtió en deuda pública el ahorro interno que la iniciativa privada no utilizaba, lo cual significó ganancias magníficas y sin ningún riesgo para los banqueros por el solo hecho de ser intermediarios. Así, la iniciativa privada también ganaba sin invertir.

Ante una inflación que tendía a crecer, agravada por los aires "izquierdistas" del presidente, los obreros en 1972 iniciaron movilizaciones y huelgas que se incrementaron notablemente en 1973 y 1974. Por lo general, se luchaba por mejores condiciones económicas, pero también, cada vez más, por democratizar el aparato corrupto, vertical y muchas veces gangsteril del sindicalismo oficial, que, encabezado por el viejo Fidel Velázquez, cada vez más poderoso y lleno de mañas, sólo tendía a empeorar.

Fidel Velázquez, para entonces, libraba varias batallas a la vez: sabía que el presidente Echeverría no simpatizaba con él, y que, si se descuidaba, su archienemigo Rafael Galván podía quedar a la cabeza del movimiento obrero. Fidel ya se había reelegido cinco veces, sin contar los primeros cuatro años que dirigió la CTM en los años cuarenta, y los otros cuatro en que estuvo al lado de su viejo amigo: el lobo Fernando Amilpa. Tenía más de 70 años de edad y muchas voces pedían su retiro para que la gran central se renovara, además de que él era el paradigma del gran charro y representaba mejor que nadie las prácticas gangsteriles y antidemocráticas del sindicalismo oficial. "El que se mueve, no sale en la foto", era una de sus afamadas frases.

Ante todo esto, Fidel se defendía atacando. Si le decían que si no se cansaba y si no era hora ya de que se retirase, respondía: "Yo no me canso, no me aburro. ¡Me encanta el borlote!" Y, alerta a todas las turbulencias a su derredor, respondía engallado: "En la CTM y en el movimiento obrero se encontrará siempre un ejército dispuesto a la lucha abierta, constitucional o no, en el terreno que el enemigo nos llame, porque nosotros ya somos mayores de edad".

El gobierno sabía que las bravatas de Fidel siempre eran controlables, por más que fuese experto en organizar grupos de choque, pero, de cualquier manera, el secretario de Trabajo, Rafael Hernández Ochoa, se vio obligado a recordarle que "los mexicanos tenemos leyes a las cuales ajustarnos".

Para mostrar que de cualquier manera había comido gallo, Fidel Velázquez le declaró la guerra a Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, quien a fines de 1971 había pedido luchar por un sindicalismo auténtico, y solidaridad con

los conflictos obreros que en ese momento tenían lugar en Morelos y que abarcaban a Dina-Renault, Nissan, IACSA, Artemex, Textiles Morelos, Rivetex y Mosaicos Bizantinos. Velázquez ordenó que el IX Congreso de la CTM se hiciera en Cuernavaca el domingo 9 de octubre de 1972, y que sus huestes fuesen en plan de lucha. Temeroso de una provocación seria, Méndez Arceo suspendió los servicios religiosos en toda la ciudad, incluyendo su célebre homilía de la catedral. Fidel, por su parte, dijo que la reunión multitudinaria de cetemistas en Cuernavaca se hacía para protestar en contra de las actividades del clero político, encabezado por Méndez Arceo, que pretendía desquiciar al movimiento obrero y a las instituciones del país para alterar el orden establecido y la paz pública. "¡Sube, Fidel, sube!", gritaban sus seguidores, enardecidos, y el viejo lobo agregó que "bastaría una huelga general para paralizar al país y hacer valer sus derechos".

La posibilidad de que Luis Echeverría quisiese deshacerse de Fidel Velázquez era real. En un principio el presidente hizo críticas en contra de la gran burocracia obrera y también parecía alentar solapadamente a Rafael Galván, líder del Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (STERM), quien desde principios de los sesenta sostenía una lucha frontal contra Fidel Velázquez, pues la CTM controlaba el Sindicato Nacional de Electricistas, Similares y Conexos (SNESC) encabezado por Francisco Pérez Ríos. Tanto el SNESC como el STERM se disputaban la titularidad del contrato colectivo de trabajo con la Comisión Federal de Electricidad. En 1970 Fidel Velázquez dio un golpe muy importante al lograr que el STERM de Galván fuera expulsado del Congreso del Trabajo.

En 1971 la Junta de Conciliación y Arbitraje decidió en favor del SNESC y en contra del STERM. A partir de ese momento Rafael Galván se alió con el Movimiento Sindical Ferrocarrilero (MSF), creado por Demetrio Vallejo a su salida de la cárcel, y con el nombre de Insurgencia Obrera los dos grupos llevaron a cabo impresionantes marchas en la ciudad de México durante 1972. Ante esto, el gobierno promovió un pacto de unidad entre los dos grupos en pugna y así surgió el Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM), con Pérez Ríos y Galván a la cabeza. Sin embargo, la unión a la larga favoreció a la CTM, que con la complicidad de las autoridades pudo maniobrar a gusto para debilitar a Galván. Al poco tiempo Pérez Ríos murió y en su lugar quedó Leonardo Rodríguez Alcaine, pero fueron Arsenio Farell, director de la Comisión Federal de Electricidad, y Fidel Velázquez quienes se encargaron de orquestar un congreso ilegal del SUTERM que determinó la expulsión de Galván en 1975.

Galván creó entonces la Tendencia Democrática, y en abril de 1975 emitió su Declaración de Guadalajara, en la que rompió lanzas con el gobierno, anunció sus luchas contra el charrismo sindical y reinició las grandes movilizaciones, pues la Tendencia Democrática obtuvo un gran apoyo por parte de los electricistas de todo el país y de muchas fuerzas opositoras que para entonces se habían creado, como la Unidad Obrera Independiente (UOI) y el Frente Auténtico del Trabajo (FAT). El gobierno decidió aplastar entonces a los electricistas opositores, y en 1976 Echeverría de plano ordenó al ejército que interviniera ante la inminencia de una gran huelga electricista en todo el territorio nacional. Éste fue el inicio del fin de Galván y su Tendencia Democrática.

Las luchas de los electricistas por democratizar los sindicatos tuvieron amplias repercusiones, pues generaron otros movimientos laborales independientes a mediados del sexenio de Luis Echeverría. El control obrero fue tan terrible a partir de las grandes luchas de ferrocarrileros y maestros de fines de los años cincuenta, que en la siguiente década surgió una conciencia cada vez mayor de los sistemas bárbaros del charrismo y de la corrupción sindical. Ante el ejemplo de las luchas de Rafael Galván, apareció al poco tiempo una oposición obrera que se extendió bien pronto, como escribió Manuel Camacho Solís, "a las más diversas ramas industriales, comerciales, a los pequeños y grandes sindicatos, a ramas avanzadas de la producción, así como a sectores tradicionales de la industria". Así aparecieron los sindicatos universitarios, que después se volvieron verdaderos dolores de cabeza para el régimen, y hubo movimientos importantes entre los trabajadores nucleares, los telefonistas y los maestros.

En estos dos últimos casos más bien se trató de cambios para que todo quedara igual. En un principio, el de los telefonistas parecía un movimiento auténtico, pues el joven Francisco Hernández Juárez se lanzó contra Salustio Salgado, líder charro del Sindicato de Telefonistas de la República Mexicana (STRM) y logró una adhesión formidable que le permitió organizar un paro que se extendió a 40 ciudades. Echeverría no quiso acabar con Hernández Juárez, y que no interviniera fue clave para que se pudiesen llevar a cabo elecciones en el sindicato. De esa manera el joven líder, con todo y su barba, quedó en la secretaría general. Sin embargo, poco a poco fue acercándose a Fidel Velázquez y acabó despeñándose en un proceso irreversible de charrificación.

En cambio, el presidente Echeverría sí se encargó de dar una "ayudadita" a un grupo de maestros del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), que lidereaba Carlos Jonguitud Barrios. Las relaciones entre el cacique Manuel Sánchez Vite y el presidente, que en un tiempo habían sido amistosas, se fueron descomponiendo, y en 1972 Echeverría lo sacó de la presidencia del PRI y en su lugar quedó Jesús Reyes Heroles; no contento con eso, decidió desmantelarle el control del SNTE, que Sánchez Vite manejaba a través de Carlos Olmos, y dio la luz verde para que Jonguitud Barrios enviara un grupo, armado con metralletas, el cual tomó el SNTE y desconoció al comité ejecutivo. El secretario general Carlos Olmos, casualmente, acababa de presentar demandas de alza salarial. Dos años después, Jonguitud formó la Vanguardia Revolucionaria y se dejó "elegir" como "líder moral" de los maestros, que poco a poco se convertirían en el sindicato peor pagado del país. El desprestigio que acumuló el charro Jonguitud fue tal que en 1989 el presidente Salinas de Gortari se encargó de sacarlo de circulación para legitimarse con un supuesto proyecto de democratización de la vida sindical. Claro que Salinas tuvo mucho cuidado de poner a un comité ejecutivo igualmente manipulable y antidemocrático en lugar del de Jonguitud.

Por su parte, Joaquín Hernández Galicia, la Quina, "líder moral" de los petroleros, había encontrado la gallina de los huevos de oro. Desde sus *headquarters* en Ciudad Madero y a través del secretario general Salvador Barragán Camacho, la Quina se había enriquecido demencialmente, primero con la lucrativa venta de plazas, que en 1974 se cotizaban en 50 mil pesos.

Después obtuvo autorización para hacer todo tipo de negocios con Petróleos Mexicanos, lo que le permitió crear cooperativas de consumo y una cadena de empresas sindicales. Por si fuera poco, la Quina logró, *just for the sake of it* , el dos por ciento de todas las inversiones que hiciera Pemex, lo que le representó ingresos alucinantes. Por ejemplo, en 1971 se construyó la Refinería de Tula, un inmenso complejo industrial; además de participar ventajosamente en el contratismo, la Quina obtuvo 560 millones de pesos (446,400 dólares) sólo por dos por ciento de los 28 mil millones que costó la obra.

Por esos días de 1972 también había problemas en las universidades. En Puebla, el gobernador Rafael Moreno Valle enfermó y fue reemplazado por Gonzalo Bautista O'Farrill, conspicuo miembro de la oligarquía local. Desde que llegó, el nuevo gobernador le declaró una guerra sorda a la Universidad Autónoma de Puebla (UAP), dirigida por intelectuales miembros del Partido Comunista Mexicano (PCM), entonces ilegal, pero que empezaba a cobrar mucha mayor presencia en México a raíz del 68 y de los procesos de desestalinización y democratización que se dieron en los partidos comunistas de varias partes del mundo. Los conflictos entre el gobiernoalta burguesía y la UAP, que ya habían ocurrido en 1961, vinieron a ser el primer capítulo de una serie de querellas que se dieron en distintos estados de la república entre los gobiernos locales y las universidades controladas por izquierdistas.

En Puebla los problemas se agudizaron a raíz de un aumento de tarifas de los transportes urbanos, lo que generó protestas estudiantiles y manifestaciones que salían de El Carolino, el edificio central de la universidad ubicado en el centro de la capital poblana. El gobernador Bautista O'Farrill respondió con la represión abierta, y muchas balaceras tuvieron lugar. Las cosas empeoraron cuando Alejandro Jodorowsky filmó escenas "pánicas" de su película *El topo* en la basílica de Puebla. La iniciativa privada consideró esto como una profanación y organizó una misa "de desagravio" contra la "perversidad judía", pues, decían, Jodorowsky era "judío, comunista, masónico y homosexual"; el gobernador, por su parte, argumentaba que sus opositores de la UAP eran "un grupo de drogadictos, homosexuales, chantajistas"; y la iniciativa privada distribuyó volantes como éste que Carlos Monsiváis reprodujo después: "Madre de familia, si quieres que tus hijas sean unas prostitutas, mándalas al Carolino. Hermano de familia, si quieres ver a tus hermanos y hermanas presas de las drogas, mándalos al Carolino. Madre de familia: si quieres que tus hijos sigan la provechosa carrera del homosexualismo, mándalos al Carolino".

Los problemas se agudizaron en julio, cuando fue asesinado Joel Arriaga, maestro universitario, ex líder estudiantil y ex preso político del 68. Los estudiantes responsabilizaron al gobernador de este crimen, y Bautista O'Farrill respondió entonces con la muerte del también maestro Enrique Cabrera. Las movilizaciones estudiantiles arreciaron, al igual que la campaña de la oligarquía en contra de los comunistas. El primero de mayo de 1973 tuvo lugar una fuerte balacera que dejó el saldo de varios muertos. Ante las manifestaciones que se sucedieron, el presidente Echeverría decidió entonces retirar a Bautista O'Farrill de la gubernatura por la vía de la desaparición de poderes. La derecha poblana amaba a su gobernador, así es que organizó un paro del comercio y la industria, pero de cualquier manera Bautista se fue y

en su lugar quedó Guillermo Jiménez Morales. Sin embargo, Echeverría ya había visto a un sector empresarial intolerante y exacerbado, en plena acción opositora, lo que vendría a ser un anticipo de la guerra que la iniciativa privada declararía al presidente en la segunda mitad del sexenio.

En tanto, el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Pablo González Casanova, autor de *La democracia en México* y una de las mentes más lúcidas del país, se vio envuelto en conflictos que no pudo sortear. Es muy probable que Echeverría no simpatizara con él, pero es cierto que al presidente no le gustó nada que, poco antes, el rector de la UNAM hubiera protestado enérgica y públicamente por las reacciones de los gobernadores de Nuevo León y de Puebla ante sus universidades.

En todo caso, un día González Casanova constató pasmado cómo un grupo de seudoestudiantes se adueñaba de la torre de rectoría de la UNAM. Los líderes, Miguel Castro Bustos, un fósil universitario de pésima reputación, y el pintor ex jipiteca Mario Falcón no tenían tras de sí grandes masas como en 1968 sino que eran relativamente pocos, pero muy seguros de sí mismos dada la evidente protección que disfrutaban. Por supuesto, se hacían pasar por "muy revolucionarios" y pedían, en serio, que se les inscribiese en la facultad de Derecho mediante la revalidación de unas asignaturas "aprobadas en la Escuela Nacional de Maestros" y cursando unas cuantas materias que ellos mismos habían escogido. El rector consideró que las demandas eran demenciales y supuso que la policía sacaría a los invasores, pues se trataba de un delito de orden común. Sin embargo las autoridades se hicieron las locas con el pretexto de que no querían violar la autonomía universitaria. Mientras, Falcón se entretenía pintando deplorables murales del Che Guevara en rectoría y Castro Bustos se divertía de lo lindo. González Casanova envió a una pequeña comisión con el presidente y pidió la intervención de la fuerza pública. Echeverría dijo que sí, pero insistió en que le presentaran la petición por escrito, a lo cual el rector se negó, pues estaban muy abiertas las heridas que dejó la invasión del ejército en 1968 y él no quería verse como el responsable de una nueva entrada de la policía en el campus universitario. Por tanto, los porros se fueron cuando quisieron, y González Casanova fue criticado por "débil". Eso permitió que, unos cuantos años después, y aunque la ocasión en verdad era enteramente distinta, el rector Guillermo Soberón pidiese, y obtuviera, la entrada de las fuerzas públicas en la UNAM.

El lado oscuro de la "reforma educativa de Luis Echeverría" se propuso, y logró en gran medida, desmantelar de diversas maneras el brote de rebeliones estudiantiles como la de 1968. Con este fin todas las escuelas preparatorias salieron del centro de la ciudad de México y se esparcieron por todas partes. También surgieron las extensiones universitarias de Acatlán y Aragón, y se crearon los Colegios de Bachilleres y los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH).

Estos últimos, surgidos durante la rectoría de González Casanova, eran una alternativa para los miles de jóvenes rechazados de las escuelas preparatorias públicas y se proponían formar profesionales "críticos y comprometidos con el país mediante un moderno sistema de educación". Sin embargo, los CCH se volvieron un problema para el gobierno, pues estudiantes y maestros, bajo el influjo del 68, tendían a la conciencia política. El gobierno se preocupó

porque el 10 de junio de 1971, a escasos cuatro meses de su creación, el contingente de ceceacheros fue uno de los más numerosos y entusiastas de la manifestación.

A falta de mejores maneras de encarar este problema, el estilo personal de Luis Echeverría introdujo la alta violencia en los planteles. Los Castro Bustos, Falcones y demás porros disfrazados o no de "revolucionarios" eran cosa común en esos días. La violencia era terrible en muchas escuelas públicas, pero muy especialmente en los CCH, donde jóvenes con armas de fuego aterrorizaban a los estudiantes y las balaceras menudeaban. Muchos de ellos eran asistentes, "o madrinas", de los agentes policiacos, y otros eran muchachos muy contentos de recibir dinero, armas y luz verde para echar el relajo más oscuro del mundo. La infiltración de porros pagados y armados era solventada por funcionarios escolares o por nóminas gubernamentales ("los gastos confidenciales, por autorización presupuestal, están protegidos por sus propias partidas y su propio y también confidencial sistema de comprobaciones", escribió, impasible, José López Portillo), con su secuela de tráfico de drogas, violaciones, degradación y terror. Todo esto hizo que los CCH se hundieran en problemas e inercia educativa y poco quedó de su concepción original. A fines de los años setenta, los estudiantes de la ciudad de México, como se quería, se habían despolitizado y sólo volverían a movilizarse hasta 1986.

En cambio, los empleados y profesores de las universidades sí se politizaron. En 1972 se formó el Sindicato de Trabajadores y Empleados de la UNAM (STEUNAM), dirigido por Evaristo Pérez Arriola (conocido también como Charriola), Nicolás Olivos Cuéllar y Eliezer Morales, quienes crearon la Federación de Sindicatos de Trabajadores Universitarios (FSTU). Los líderes del STEUNAM chocaron con el rector Pablo González Casanova. En realidad, en un principio no parecía haber excesivos problemas, pues, aunque al sistema no le agradaba en lo más mínimo el surgimiento de un sindicato universitario, el rector era un hombre democrático y no lo objetaba. Sin embargo, las negociaciones se empantanaron y se enconaron por cuestiones menores, como la cláusula de exclusión que pedía el sindicato, y a la larga González Casanova optó por renunciar.

En enero de 1973 el STEUNAM fue reconocido oficialmente (años después, en 1977, se convirtió en STUNAM), y así se inició la expansión de los sindicatos universitarios en varios centros educativos. El para entonces ilegal Partido Comunista Mexicano (PCM), que carecía de influencia real entre los campesinos y la clase obrera, su medio idóneo, y que a partir de los años sesenta se pobló por jóvenes e intelectuales de clase media, en la década siguiente logró hacerse fuerte en varias universidades estatales, especialmente en las de Puebla, Sinaloa, Guerrero y Oaxaca; éstas trataron de convertirse en "universidades populares" y politizar a jóvenes, campesinos y obreros pobres, lo cual trajo consigo la furia de las oligarquías y sus gobiernos locales más los consiguientes, graves, conflictos sociales. Las universidades populares sin duda tuvieron aciertos, pues acogían muchos buenos planes culturales, pero también es verdad que las claras finalidades políticas enturbiaban notablemente la función educativa.

Después de los problemas de Puebla tuvieron lugar los de Sinaloa, donde se

vivía la pesadilla del grupo seudoestudiantil "los enfermos", que hacía honor a su nombre y que, como era la costumbre de la época, también se hacía pasar por "ultraizquierdista". Por cierto, por esas fechas en Sinaloa se vivía también la aparición de los jóvenes conocidos como los cholos, un fenómeno contracultural que, como los pachucos, venía de los chicanos de Estados Unidos, y el auge del narcotráfico. Durante la segunda mitad del sexenio de Luis Echeverría tuvo lugar el arresto de Alberto Sicilia Falcón, carismático cubano dedicado a la compraventa de cocaína y mariguana, el primer narcotraficante de peso pesado que se volviera legendario, como Arturo Durazo y Rafael Caro Quintero años después.

La vida en las escuelas públicas fue muy agitada durante el echeverrismo. Desde un principio, el presidente habló de una reforma educativa, y culminó sus discursos en la Ley Federal de Educación de 1973. La tal reforma, como dice Olac Fuentes Molinar, "no fue en ningún momento un proyecto coherente, ni en la teoría ni en la práctica, sino más bien un conjunto de medidas que obedecían a diferentes propósitos y que no se desviaron en lo esencial de las líneas seguidas en las décadas anteriores". Por una parte, el presupuesto educativo aumentó en catorce veces y eso permitió abrir nuevas escuelas, lo cual urgía. Sin embargo, la educación prosiguió su carácter vertical, paternalista y en el fondo, elitista, y los maestros, especialmente en las primarias y secundarias, padecieron como antes la corrupción sindical desaforada. Las escuelas privadas, por su parte, aumentaron y siguieron siendo consentidas por el gobierno. También se inició la tendencia a enfatizar los lados técnicos de la educación y se crearon 857 escuelas técnicas secundarias e institutos tecnológicos en todo el país, para que los jóvenes de escasos recursos se conformaran con aspirar a trabajos mal pagados en el gobierno o la iniciativa privada. Lo más relevante, y conflictivo, de la "reforma educativa" fue la elaboración del libro de texto gratuito con la participación de grupos interdisciplinarios que trataron de elaborar un texto no sólo al día, sino de avanzada. Cuando apareció, éste fue objeto de fuertes ataques, más virulentos aún que en época de López Mateos.

Como se ha dicho, Echeverría "logró la incorporación de la élite universitaria a la administración pública", para lo cual apoyó a El Colegio de México: a éste, en el siguiente sexenio, le brotó también su sindicato. No hay duda de que, al menos en teoría, el presidente se preocupó por el desarrollo de la ciencia y la tecnología, siempre postergado en nuestro país. Se buscaba una "autodeterminación científico-tecnológica". Desde diciembre de 1970 el presidente creó el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) para "planear, fomentar y coordinar las actividades científicas y tecnológicas"; se buscó también la obtención de recursos para programas, investigaciones y proyectos, y la dotación de becas para estudios de posgrado. Este nuevo organismo, dirigido por Edmundo Flores, recibió un apoyo definitivo por parte del presidente, pues la dependencia, para entonces dramática, en las patentes e innovaciones que se daban en el campo tecnológico permitía a las grandes transnacionales ganancias cuantiosas, además de que le daba una creciente influencia política en el país. La importación de tecnologías, sin considerar los costos económicos, ecológicos y culturales, siempre había sido protegida e incluso subvencionada por el Estado, además de que las empresas después la amortizaban mediante el cómodo y usual expediente de aumentar el precio de los productos.

Además del Conacyt, Echeverría propuso una ley sobre el Registro de Transferencia de Tecnología y el Uso y Explotación de Patentes y Marcas, y en 1973, otra ley para Promover la Inversión Mexicana y Regular la Inversión Extranjera, que levantaron ruidosas protestas de la Asociación Nacional de Banqueros y de las empresas transnacionales. Esta ley en sí no iba muy lejos, pero Echeverría la consideró Toda una Mexicanización. Por último, en 1973 también se elaboró un Plan Nacional de Ciencia y Tecnología para garantizar la anhelada autodeterminación, la cual, por supuesto, nunca se logró, pero, como dice Enrique Leiff, sirvió como "extensión de la apertura democrática" al generar un amplio debate sobre el tema entre la comunidad científica, lo cual para muchos ya era algo, aunque se tratara de mucho ruido y poquísimas nueces.

Hacia 1972, el presidente Echeverría ya había eliminado al jefe del Departamento del Distrito Federal y al de la policía capitalina, a dos gobernadores y, ya picado, también removió a Manuel Sánchez Vite, presidente del PRI. Para sustituirlo sacó un as de la manga y mandó llamar al máximo intelectual del régimen, Jesús Reyes Heroles, quien, para sorpresa de todos, desde un principio no se anduvo por las ramas y decidió poner en práctica las ideas de crítica que tanto pregonaba Echeverría. En junio de 1972 sorprendió a toda la banda revolucionaria al aludir a las conductas del presidente: "No debemos asustar inútilmente por desplantes verbales, por radicalismos de palabra, por pirotecnia ideológica", dijo. "No sembrar esperanzas falsas ni producir miedos innecesarios. Los deslices verbales cuestan muy caros. Se cobra lo dicho y lo no hecho, cuando, revolucionariamente, lo importante, más que decir, es hacer."

Si estas declaraciones sorprendieron a los priístas, éstos se quedaron pasmados cuando Reyes Heroles tampoco titubeó en dar su punto de vista sobre la campaña contra los Emisarios del Pasado: "Sí, la vieja política fue mala, pero supo coordinar intereses antitéticos, pudo superar condiciones en apariencia insuperables, salvaguardó varias veces la supervivencia nacional, nos permitió avanzar y gracias a ella hoy puede haber una nueva política". Echeverría no supo qué decir ni qué hacer ante esta franca transgresión de las reglas no escritas del sistema, las cuales estipulaban que el presidente era intocable; una vez que saliese se podía atacarlo y criticarlo, pero nunca cuando se hallaba en funciones. Echeverría aguantó el desplante, pero empezó a incubar resentimientos contra el nuevo presidente del PRI. Nadie sabía para entonces que apenas se trataba del primer capítulo de una pugna que daría mucho de qué hablar.

En ese 1972, con vistas a las elecciones de diputados del año siguiente, Echeverría modificó (una vez más) la ley electoral, con el fin de aumentar el mínimo de habitantes de los distritos electorales en un país cuya población crecía en una proporción desmedida. También se redujo a 21 años la edad mínima para ser diputado, y a 30 para las senadurías. Y se disminuyó, de 2.5 a 1.5 por ciento, el porcentaje de votación necesario para que los partidos políticos conservaran el registro y alcanzaran diputaciones plurinominales, que, además, aumentaron a 25. En buena medida esto se hacía para salvar a los partidos paraestatales Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) y Popular Socialista (PPS) que, se pensaba, difícilmente alcanzarían 2.5 por

ciento de la votación y corrían el riesgo de perder el registro. También se permitió a la oposición el acceso a los medios de difusión (al menos en teoría, pues en la práctica esto se abrió y se cerró según convenía al régimen), se le otorgó franquicia postal y telegráfica, y voz y voto en comités locales, distritales y en casillas electorales. Por supuesto, de más está decir que, como siempre, el gobierno conservó el control total de los mecanismos electorales para las consabidas necesidades de alquimia de las votaciones.

Con el camino allanado, las elecciones de 1973 resultaron más bien aburridas pues la aplanadora priísta, según las volátiles cifras oficiales, se llevó 70 por ciento de los votos. Sin embargo, esa vez hubo efectos notables: la decisión de disminuir a 1.5 por ciento el mínimo de votación para conservar el registro permitió que el PARM pasara de panzazo con 1.82 por ciento de los votos (y un diputado de mayoría). La ilusión de un juego democrático en el país se alimentó mejor con el fabuloso 3.61 que obtuvo el PPS, que le permitió tener varios diputados de partido. Por su parte, el PAN recogió más votos que nunca y el 14.60 de la votación que obtuvo provino en su mayor parte de estratos de la clase media de las ciudades. En el campo, como siempre, los votos fueron para el PRI. No obstante, Cosío Villegas consideró que el PRI no perdía el poder, pero sí terreno, y que el gobierno debería preocuparse seriamente por "este deterioro de su prestigio y efectividad". Don Daniel también conjeturó que, al parecer, sólo un desprendimiento del PRI podría dar lugar a un nuevo partido fuerte e independiente, lo cual, como se sabe, llegó a ocurrir en 1988. Por último, la abstención, del 34 por ciento, resultó escandalosa, y el mismo Cosío Villegas reflexionó que el abstencionismo no sólo era un fenómeno general sino deliberadamente provocado, pues sin duda sólo favorecía al régimen. De cualquier manera, el periodista y pescador de perlas Nikito Nipongo, alias Raúl Prieto, se lanzó entusiasmado a la formación del PAM, el Partido Abstencionista Mexicano, pues ése sí que ganaba siempre.

Pero la población no parecía muy interesada en cuestiones electorales; más bien se apasionaba aún por un fenómeno enteramente nuevo que había aparecido a fines de 1972: los siniestros "rumores desestabilizadores", que sin duda eran un corolario de la pugna creciente entre los ricos y Echeverría, y de las modernas tácticas importadas de Chile. En ese momento el rumor fue el del "sextrangulador". La clase media de la ciudad de México de pronto sólo hablaba de un misterioso sicótico que violaba y estrangulaba (o al revés, vaya uno a saber) a mujeres en los almacenes comerciales, primero del norte y luego del sur de la ciudad. El rumor creció y creció, generando la paranoia de la clase media. Otro rumor, claramente importado del cacerolismo chileno, fue el de la escasez. Corría la voz de que se acababan los alimentos y de que urgía adquirir, cuanto antes, todo lo que se encontrara en las tiendas. No faltaron las compras de pánico, pues el sistema de los rumores, uno de los recursos más detestables de las guerras sucias, funcionaba notablemente bien en México; la gente, clase media en especial, los acataba sin discusión y los transmitía con el placer morboso del chisme caliente y con el dudoso prestigio de "estar enterada". Carlos Monsiváis más tarde explicó que un grupo de mujeres, ligado a los grupos católicos ultraderechistas, iniciaba la operación mediante una "cuota mínima de llamadas telefónicas" que difundía el rumor como relámpago.

LA REVOLUCIÓN CULTURAL

Mientras Luis Echeverría avanzaba exitosamente en su proceso de descomponer el país, la cultura, por su propio vuelo, se desarrollaba de una forma notable. Ya que la cerrazón del sistema hacía que las principales aspiraciones políticas del 68 no se cumplieran, la sociedad mexicana, poco a poco, fue mostrando una voluntad de expresión nunca vista. En el teatro, por ejemplo, Emilio Carballido se preocupaba por recopilar los materiales de *Teatro joven de México* , antología exitosísima que incluyó a nuevos autores como Óscar Villegas, Pilar Campesino, Óscar Liera, Jesús González Dávila, Wilebaldo López y Alejandro Licona; al igual que Hugo Argüelles, Carballido también coordinaba talleres de escritores de teatro, de los que, en el siguiente sexenio, salió la llamada Nueva Dramaturgia Mexicana.

Vicente Leñero, por su parte, sucumbió ante el hechizo del teatro desde que, a fines de los setenta, Ignacio Retes le montó *Pueblo rechazado* , sobre el padre Lemercier y sus monjes psicoanalizados. El éxito de esta obra alentó la perseverancia de Leñero, quien se reveló como un autor mayor durante el sexenio de Echeverría. *Los albañiles* , *El juicio* y *Los hijos de Sánchez* , todas dirigidas por Ignacio Retes, tuvieron mucho éxito, pero también tuvieron que enfrentarse a la censura, pues mientras Echeverría peroraba de libertad de expresión, en la práctica las oficinas de "supervisión", eufemismo con que se disfrazaba a la censura, seguían tan cerradas como antes y sólo se fueron abriendo ante las luchas de gente como Leñero y Retes, que no se resignaban a esas formas inquisitoriales. Otras obras fuertemente censuradas en ese periodo fueron *Octubre terminó hace mucho tiempo* , de Pilar Campesino, y *Círculo vicioso* , de José Agustín.

Alejandro Jodorowsky, por su parte, cosechó grandes éxitos con su cómic "esotérico" *Fábulas pánicas* , que aparecía en el suplemento cultural *El Heraldo de México* ; también tuvo mucho éxito con su adaptación libérrima de *El juego que todos jugamos* . Pronto regresó al cine con *El topo* ; esta película entusiasmó en Nueva York al ex beatle John Lennon, quien patrocinó *La montaña sagrada* . Con este film Alejandro cerró su etapa mexicana, que ciertamente fue muy estimulante, y, ya como celebridad internacional, se concentró en la producción de *Dunas* , la gran novela de Frank Herbert, que a la larga no pudo filmar.

En realidad, durante los setenta el teatro se expandió en todos sentidos. En la ciudad de México, la clase media le agarró gusto a los refritos de éxitos de Broadway que Manolo Fábregas escenificaba en el teatro de su propio nombre. El teatro culto era puesto por los grupos universitarios, en los que el director Juan José Gurrola era maestro absoluto; por Bellas Artes, con su máxima estrella el director Julio Castillo; y por la Compañía Nacional de Teatro, que operaba en el teatro Jiménez Rueda. Los actores más destacados eran Ofelia Guilmain, Carlos Ancira, Sergio Bustamente, Juan Carlos Ruiz, Aarón Hernán, Carlos Bracho, Lilia Aragón, Héctor Ortega, Sergio Jiménez,

Eduardo López Rojas, Octavio Galindo, Sergio Ramos, José Alonso, Susana Alexander, Marta Aura y Luis Torner, entre muchos otros. Por cierto, Fanny Cano murió durante el sexenio de Luis Echeverría.

También se empezó a dar un teatro vilmente comercial, populachero, que explotó el nudismo incipiente y la comicidad alburesca, y que al poco rato llenó las carteleras con títulos de doble sentido. Este horror de teatro, por cierto, asaltó al cine con gran éxito comercial durante el sexenio de José López Portillo.

Cerca de estos engendros hay que ubicar a dos fenómenos teatrales que Carlos Monsiváis cronicó estupendamente: uno de ellos fue protagonizado en 1973 por Irma Serrano, quien logró un estreno rumbosísimo de (*of all plays*) *Naná* . "¡Puta Irma!", le gritaba el público. "¡Puta tu madre!", respondía la Tigresa, imperturbable, hasta que logró un silencio reverente cuando se descubrió el pecho, y pasmo primordial durante sus escenas "lésbicas" que nunca se habían visto tan explícitamente en el teatro mexicano. Para concluir, Irma Serrano "toda, toda se desnudó", como la encuerada de Avándaro.

Dos años después, el escándalo corrió a cargo de Isela Vega, quien la hacía en grande por aquello de que jalan más dos tetas que dos carretas; las de Isela eran bien concretas, y ella decidió lucirlas en los escenarios a través de una versión *ad hoc* de *Juegos de amor* , melodrama de Wilberto Cantón. En las representaciones, por lo general Isela sostenía ágiles intercambios de leperadas con el público, pero el clímax tuvo lugar en Tuxtla Gutiérrez, donde el respetable estaba bravísimo, "a nivel masturbatorio", amontonado junto al templete. "Que llego y que empieza la invasión de Mongo", relató Isela, "y que suben y siguen subiendo los hijos de la chingada. De repente llegó el derrumbadero, la feria del costalazo, cuerpo contra cuerpo y chingue a su madre el que se voltee. A los músicos los sacaron del escenario, les hicieron mierda los instrumentos. ¡Rájale! Yo me quise ir a un rincón, pero era inútil, y de pronto me vine a encontrar ya entre las sillas. Me seguía una bola y yo me caía y me levantaba y me destrozaban toda la ropa, como que les daba más ánimo el sonido de cada jalón. ¡Uta madre! Sólo el Chato y el Burgueño me defendían: '¡Déjenla, cabrones, sáquense!', decían, pero todos se abrían las braguetas y se me lanzaban en posición de firmes, y en el camino se iban quitando unos a otros. Eso sí fue un intento de violación colectiva. Ni a la Malinche, me cae. El Chato dice, yo de plano no me acuerdo, que uno me besaba las chichis, furioso, con un hijo-de-la-chingada-look muy grueso. Yo ya estaba completamente desnuda, excepto las botas. Hasta entonces llegaron los granaderos, y yo salí mentando madres. 'Pinches cabrones, así serán buenos.' Nunca la he visto tan fea." Por cierto, Carlos Monsiváis consideró que esta anécdota permitía ver hasta qué punto, en 1975, las "malas palabras" ya se habían extendido irreversiblemente en México. Años después ya ni siquiera los políticos las evitaban en sus declaraciones a la prensa.

El cine, por su parte, fue apoyado a fondo por el presidente Echeverría; su hermano Rodolfo había trabajado en muchas películas como Rodolfo Landa y después fue secretario general de la Asociación Nacional de Actores (ANDA). Rodolfo Echeverría era un auténtico hombre de cine y nadie vio como nepotismo su nombramiento de director del Banco Cinematográfico y cabeza virtual de toda la industria. Por si fuera poco, durante el viaje a Chile para

presentar la Carta de Derechos y Deberes de los Estados, Echeverría fue muy felicitado porque llevó *Reed. México insurgente* , una versión muy libre de la célebre obra de John Reed que dirigió el joven Paul Leduc y que tuvo mucho éxito. Sin embargo, en Chile ignoraban que esa película había sido seleccionada a último minuto. Dada la dureza de la censura en el cine, y de la tradicional estrechez mental de los productores privados, Leduc filmó su película en 16 milímetros, con un presupuesto mínimo; por supuesto, cuando la tuvo lista, las autoridades del cine se negaron a distribuirla comercialmente porque no se ajustaba a la historia oficial de la revolución. Leduc no se desanimó y exhibió *Reed* a críticos e intelectuales, quienes la consideraron obra mayor e iniciaron una campaña, en la medida de sus posibilidades, para que el sistema industrial reconsiderara. En eso estaban cuando Echeverría decidió ir a Chile, para lo cual le caía muy bien llevar obras artísticas de alta calidad y contenido social. *Reed* tuvo un éxito notable en Santiago y el presidente obtuvo muchas felicitaciones por el amplio criterio que mostraba al "promover obras de claro corte antioficial".

Encantado, Echeverría se pronunció entonces a favor del arte "de contenido social" y, como ya no había muralistas, decidió apoyarse en los cineastas. "Un cine que miente es un cine que embrutece", declamó, y ya en México ordenó que la industria cinematográfica produjese películas que "reflejaran la realidad".

Los productores privados "desconfiaron" del presidente, y sin más contrajeron la producción de sus bodrios usuales, lo que equivalió a una virtual huelga patronal. Los Echeverría crearon entonces nuevos organismos estatales, como las productoras Conacine y Conacite, además de distribuidoras y empresas promocionales, y lograron que algunos empresarios de otras ramas aceptaran perder dinero en el cine a cambio de ventajas en sus áreas de origen (y del *glamour* que implicaba rodearse de rutilantes estrellas y estrellitas, como Silvia Pinal, Claudia Islas, Isela Vega, Julissa, Angélica María, July Furlong, Macaria, Alma Muriel, Silvia Pasquel y otras). De esa manera, en el cine se inició lo que después se extendería a todo lo demás: la industria estatal se amplió y robusteció mientras las empresas privadas refunfuñaban, contraían inversiones y atacaban al gobierno. El cine oficial llegó a producir numerosas películas al año, muchas de ellas sumamente malas, o pretenciosas, pero también es cierto que se dio cabida a jóvenes directores talentosos que dieron nuevos aires al cine mexicano, como Leduc, Jorge Fons (*La sorpresa* , *Caridad* , *Los albañiles*), Arturo Ripstein (*El castillo de la pureza* , *El lugar sin límites*), Felipe Cazals (*Canoa* , *El apando*), Jaime Humberto Hermosillo (*La verdadera vocación de Magdalena*), Salomón Láiter (*Las puertas del paraíso*), Juan Manuel Torres (*La otra virginidad*), Gabriel Retes (*Chin Chin el teporocho*), Alfonso Arau (*El águila descalza*) y el chileno importado Miguel Littin (*Actas de Marusia*).

Ya hacia fines de sexenio, después de que en un par de ocasiones el presidente dedicara ácidos y humillantes regaños a Mario Moya Palencia, secretario de Gobernación, porque no se hacía suficiente "cine social", y de que Rodolfo Echeverría iniciara su romance y sus cómodos negocios con la actriz Daniela Rosen, hermana del director Arturo Ripstein, el presidente, más como venganza a los productores que por auténtica convicción, trató de crear cooperativas para que "los trabajadores fuesen los verdaderos dueños

de la industria cinematográfica"; sin embargo, esto nunca le salió bien y duró bien poco, pues en el siguiente sexenio el cine estatal perdería todo su vuelo popular (que, por primera vez en la historia, había dado trabajo a actores prietos y aindiados) y de hecho acabaría desmantelándose.

En la televisión, mientras en la Universidad Nacional lloraban por la carencia de un canal propio, el 11, del Instituto Politécnico Nacional (IPN) seguía sin potencia suficiente para que pudiera verse. El canal 13 de Francisco Aguirre nunca pudo despegar y al poco rato fue comprado por el gobierno, pues Echeverría comprendió la necesidad de contar con un canal estatal que en una medida mínima contrarrestara la influencia devastadora de la televisión comercial. Desde sus claustrofóbicos estudios de la céntrica calle de Mina, el canal 13, ya Corporación Mexicana de Radio y Televisión, por desgracia no logró encontrar una identidad propia, y al poco rato acabó copiando los modos de la televisión privada (que, como se sabe, a su vez copiaba los de la televisión estadunidense). Por otra parte, el canal 8, del grupo Monterrey (en este caso Televisión Independiente de México), durante un tiempo trató de penetrar en el medio y llevó a cabo algunos experimentos interesantes, como la serie *Comunicación* , de Miguel Sabido, pero en 1973 el grupo Monterrey de plano prefirió retirarse del área televisiva y TIM se fusionó con Telesistema Mexicano (los canales 2, 4 y 5) de los Azcárraga O'Farril-Alemán, con lo que nació el nuevo imperio monopólico, superprotegido, siempre impune, siempre devastadoramente desnacionalizador, ultraconservador, manipulador y paternalista, Televisa, esto es: Televisión Vía Satélite, pues la transmisión a través de microondas se volvió obsoleta con la llegada de los satélites de comunicación. Televisa se embuchacó también el canal 8, que, a partir de entonces, se convirtió en un espacio anodino para proyectar viejas series gringas y películas antediluvianas.

En la programación, además del impresionante peso político que adquirió Jacobo Zabludovsky con su programa *24 horas* , el caso más notable lo constituyó el éxito aparatoso y la institucionalización ulterior del programa en vivo, maratónico y de variedades, *Siempre en domingo* , que Raúl Velasco, para no variar, copió de un programa similar argentino (a su vez, el noticiario de Zabludovsky calcaba inmisericordemente los modelos de Estados Unidos). En un principio Velasco había intentado un periodismo televisivo ligado a la cultura: se encargó de reportear las reseñas cinematográficas, y luego, en el canal 8, hizo *Medianoche* , con la presencia de personalidades del arte, la intelectualidad y los espectáculos. Sin embargo, ya con *Siempre en domingo* , Velasco llevó al malinchismo a cimas insospechadas y promovió espectáculos cada vez más enajenantes. Además del éxito masivo de Zabludovsky y de Velasco (una mancuerna claramente complementaria), en los setenta se vio el auge de programas, siempre calcados de la televisión gringa, en los que se degradaba al público, como *Sube, Pelayo, sube* (que los cetemistas transformaron en "sube, Fidel, sube"). Los cómicos de moda fueron los Polivoces, imitadores, y también la pareja compuesta por Lechuga y Salinas, que trataron de dar un anémico aire político a sus intervenciones. El Loco Valdés ya iba en declive, pero Chespirito y compañía, con *El chavo del 8* , adquirió una popularidad tremenda que pronto llegó a Sudamérica, pues si el cine nacional había perdido su gran influencia en los países latinoamericanos, ésta fue readquirida por la televisión a través de las series cómicas y las inefables telenovelas, que en México cada vez ocupaban más y más horas de

programación, aunque sólo hasta el sexenio siguiente pasaron a los horarios pico de la noche y conquistaron al público adulto, masculino (no faltaban, para entonces, adustos editorialistas que las comentaban). El equipo compuesto por Ernesto Alonso y Raúl Araiza se embarcó en el proyecto de dignificar el género a través de las "telenovelas históricas" que eran verdaderas superproducciones y que en cierta forma compartían los aires de auge cultural que se iban dando por todas partes.

Por primera vez en México, en los setenta se pudo hablar de una televisión cultural. Durante el sexenio de Luis Echeverría realmente fue algo incipiente, pues fuera de los programas del canal 8, cuando éste aún pertenecía al grupo Monterrey, y de los del canal 11, que nadie veía, lo más importante fue la aparición en el ya estatal canal 13 del escritor Juan José Arreola, quien salía en el noticiario de la noche y hablaba y hablaba sobre los tópicos más diversos. Arreola, histrión nato además de ebanista literario, en sus comienzos fue un aire fresco en la televisión, pues llegaba con los atuendos más insospechados y con frecuencia verdaderamente se inspiraba y dejaba caer gotas de sabiduría y cultura que dejaban muy atrás los viejos programas monologales como el de "un solo hombre", de Humberto G. Tamayo. La aparición de Arreola en las pantallas chicas sería significativa en cuanto anticipó la impresionante e insólita presencia de escritores que se vio en la televisión mexicana a fines de los setenta y durante los ochenta.

Durante el echeverrismo se inició también el Festival Cervantino de Guanajuato, que programaba excelente música, teatro y otras formas artísticas. El Cervantino tuvo mucho éxito y se convirtió en una gran tradición cultural.

En la pintura, además del gran reconocimiento internacional de Rufino Tamayo y, en menor escala, de José Luis Cuevas, el gran acontecimiento fue el pintor Francisco Toledo, quien también se daba a conocer con fuerza en el extranjero gracias a su estratégico manejo de elementos indígenas, cargado de presencias de animales y atmósferas eróticas, en un marco de refinado figurativismo. En México, los pintores prestigiosos seguían siendo Xavier Guerrero, Juan O'Gorman, José Chávez Morado, Alfredo Zalce, Olga Costa, Jorge González Camarena y Gustavo Montoya, que pertenecían a la vieja guardia; y, en la "nueva", Gunther Gerzso, Luis Nishizawa, Feliciano Béjar, Ricardo Martínez, Benito Messeguer, Fanny Rabel, José Hernández Delgadillo, Francisco Icaza, los hermanos Pedro y Rafael Coronel, Vicente Rojo, Vlady, Francisco Corzas, Matías Goeritz, Manuel Felguérez, Alberto Gironella, Pedro Friedeberg, Roger von Gunten, Gilberto Aceves Navarro, Lilia Carrillo, Leonora Carrington, Remedios Varo y Felipe Ehrenberg; las jóvenes promesas en ese momento eran Arnaldo Coen, Alberto Donís, Javier Esqueda, Rodolfo Nieto y Armando Villagrán. En 1974 falleció David Alfaro Siqueiros, y su sepelio congregó a grandes personalidades, como Héctor J. Cámpora, presidente de Argentina de visita en México; por supuesto Luis Echeverría y parte de su gabinete, más Rufino Tamayo, que a partir de ese momento, sin duda, quedó a la cabeza de la pintura nacional.

Los años setenta fueron ricos en actividades literarias: por una parte surgió una vasta red de talleres literarios que se extendieron en todo el país como relámpago, pues en todo México se gestaba una extraordinaria necesidad de

expresión. En 1970, en Zacatecas, el muy joven poeta José de Jesús Sampedro formó el taller José Revueltas, que propició el desarrollo de escritores muy significativos, como Alberto Huerta, David Ojeda, Francisco Amparán, Gabriel Contreras y Jesús Díaz de León; éstos, sin residir en la ciudad de México, crearon publicaciones importantes (como la legendaria revista *Dosfilos* , surgida en 1974), ganaron premios nacionales e internacionales y fueron piezas clave en la descentralización cultural que a partir de ese momento arrancó con fuerza en México.

El poeta amotinado Óscar Oliva, entonces director de Literatura del INBA, y el novelista Miguel Donoso Pareja, tuvieron el buen tino de advertir la importancia de este fenómeno, comprendieron que otras ciudades estaban listas para algo semejante y formaron muchos talleres más en toda la república y numerosos en la ciudad de México. Esto condujo a la creación de premios de poesía, narrativa y ensayo mediante la conjunción del INBA y diversos gobiernos de los estados; con el tiempo, se prestigiaron mucho los otorgados por Aguascalientes (poesía), San Luis Potosí (cuento) y Durango (ensayo). A través de los talleres una insólita efervescencia comenzó a manifestarse en la creación literaria, y no fue extraño que también se formaran institutos culturales, privados, con énfasis en el análisis, la crítica y la creación de literatura. Las oportunidades de publicación aumentaron, así como el acceso a las revistas y suplementos literarios, que, antes del 68, se caracterizaban por su cerrazón. Ya era normal que la gente muy joven se diera a conocer. También surgieron, por primera vez en la historia, y con Armando Ramírez a la cabeza, escritores de los barrios muy pobres, marginales, que llamaron mucho la atención.

Todo esto, en realidad, eran manifestaciones de una revolución cultural. El viejo malinchismo (en realidad un elitismo inconsciente, ferviente, casi religioso y muy belicoso) se empezó a desvanecer, pues los nuevos autores sentían, por primera vez, que contaban con una tradición literaria que los respaldaba. Los escritores leían con entusiasmo a los clásicos literarios de todo el mundo y trataban de estar al día, pero muchos también apreciaban a los autores nacionales y comprendían que era ridículo establecer comparaciones, pues cada contexto cultural tenía sus propios valores y méritos sin que eso significara cerrarse, ni a lo de afuera ni a lo de adentro.

En cuanto a la profusión, era cierto que se producían muchas obras sin valor, pero lo cuantitativo no estaba reñido con lo cualitativo y por supuesto en los setenta aparecieron muchos autores más que estimables. Además, el hecho de que mucha gente escribiese sensibilizaba, humanizaba y desmasificaba a capas importantes de la sociedad; y era lo de menos que la mayor parte no se fuera a dedicar finalmente a la literatura, pues ésta, a fin de cuentas, siempre había tenido una selectividad natural que dejaba fuera lo prescindible.

Naturalmente, el Establishment, por naturaleza elitista, se alarmó ante esta efervescencia cultural. Muchos creían que tanto escritor en México era algo dañino, pues “bajaba el nivel de calidad”. Por esa razón se abrieron los espacios a los jóvenes, pero se fomentó un gusto por lo oblicuo, indirecto, oscuro y “culto”, y se desalentó la narrativa contracultural (satanizándola como “novela de la onda”), además del uso de formas coloquiales (por muy artístico y riguroso que fuese) y las temáticas que implicasen cualquier

relación con la realidad, especialmente del mundo juvenil; de esa manera se inició un proceso muy gradual de desaliento, y desprestigio consiguiente, de la narrativa en general, en favor del ensayo y la poesía. A fines de los ochenta, mientras la crítica del extranjero celebraba la excelente salud de la narrativa mexicana, en México la crítica del Establishment la ignoraba o de plano se decía que "era pésima".

En relación con esto, el suplemento *La Cultura en México* (cuya dirección pasó de Fernando Benítez a José Emilio Pacheco y luego a Carlos Monsiváis) en los setenta cambió de línea: redujo el interés por la creación literaria, especialmente la nacional, y enfatizó el ensayo, la poesía, la crónica y la crítica en todas sus formas. En 1975, este suplemento hizo una encuesta sobre la cultura en México; en ella, jóvenes intelectuales como Héctor Aguilar Camín, José Joaquín Blanco y Enrique Krauze coincidieron en "denunciar" la existencia de un "analfabetismo" basado en "la moda del socialismo y de la sexualidad desinhibida", así como de una banalización y vulgarización de la cultura; Evodio Escalante a su vez planteó que la vida intelectual se hallaba escindida y que el estado propiciaba la división en "ghettos" y prerrogativas; para las masas, concluía, la cultura consistía en la estupidización vía televisión. Por su parte, Carlos Monsiváis escribió: ''Se está en plena disolución de un magno proyecto de vida intelectual afirmado en el México independiente: el arte y la cultura son para todos, a condición de que éstos sean unos cuantos. *A la minoría siempre* ".

Por su parte, el poeta Octavio Paz, director de la revista *Plural* , además de demostrar que el nombre de su publicación no era más que un *whishful thinking* , pues pronto se volvió una fortaleza inexpugnable, publicó el ensayo "El escritor y el poder", en el que planteaba claramente que el sistema político mexicano "estaba en quiebra": el presidencialismo, decía Paz, se parecía a la dictadura de la antigua Roma, y el PRI, a su vez, era como los misioneros españoles, pues, además de no ser individual, el reclutamiento era jerárquico. "El PRI es una gigantesca burocracia, una maquinaria de control y manipulación de las masas", planteaba Paz, quien también criticó la supuesta "apertura democrática" y propuso: "La solución consiste en el nacimiento de un movimiento independiente que agrupe a todos los oprimidos y disidentes de México en un programa mínimo común". Más tarde, Paz vio que ese movimiento distaba en aparecer y entonces se adhirió las ideas de Cosío Villegas de que la única posibilidad de romper el monolitismo existente consistía en que el PRI volviera a escindirse. Para entonces, Paz aún representaba una importantísima voz crítica, pero ya desde entonces iba inclinándose hacia posiciones conservadoras. Posiblemente, el punto inicial de la "reconversión" de Octavio Paz tuvo lugar desde 1971, cuando el poeta Heberto Padilla fue arrestado en Cuba por "actividades contrarrevolucionarias", lo cual mostró la crudeza de la censura y el control del arte y la intelectualidad en la isla. En México, como en toda Latinoamérica, este escándalo dividió a los artistas e intelectuales: unos (Julio Cortázar, Mario Benedetti, Gabriel García Márquez) apoyaron críticamente al régimen cubano; otros (Paz, Mario Vargas Llosa) se opusieron y esto acabó con la adhesión entusiasta que en los sesenta los escritores por lo general habían ofrecido a la Cuba socialista.

Las décadas de los setenta y ochenta sin duda tuvieron a Octavio Paz como un

protagonista central, y es cierto que muy pocos han tenido contextos tan favorables para su expresión. Aunque era parte del sistema, y clara cabeza del Establishment cultural, en un principio Paz procuró distanciarse del gobierno y su tesis de que el intelectual debía mantenerse independiente del "príncipe" se hizo célebre. En las dos décadas publicó muchos libros, como *Topoemas* , *Renga* , *Pasado en claro* , *Vuelta* , *Kostas* , *Poemas* , *Prueba del nueve* , *Carta de creencias* , *Árbol adentro* , *El fuego de cada día* , *Posdata* , *Los signos en rotación* , *El signo y el garabato* , *Apariencia desnuda* , *Los hijos del limo* , *El mono gramático* , *Xavier Villaurrutia en persona y en su obra* , *El ogro filantrópico* , *In/mediaciones* , *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* , *Tiempo nublado* , *Pequeña crónica de grandes días* y varios más.

Durante el periodo presidencial de Luis Echeverría se publicaron numerosos libros de importancia; en poesía: *Poesía en movimiento* , antología de Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Homero Aridjis y José Carlos Becerra; *Alianza para vivir* y *Volver a casa* , de Alejandro Aura; *La dama de la torre* , de Elsa Cross; *No consta en actas* , de Juan Bañuelos; *Estado de sitio* , de Óscar Oliva; *Quemar las naves* , de Homero Aridjis; *El círculo del sueño* , de Elva Macías; *Poemas* , de Raúl Garduño; *Un (ejemplo) de gato pinto* , de José de Jesús Sampedro; *Nocturna palabra* y *Eternidad del polvo* , de Elías Nandino; *Adrede* , de Gerardo Deniz; y *La zorra enferma* , de Eduardo Lizalde.

De narrativa: *La noche de Tlatelolco* , obra magistral de Elena Poniatowska, que se volvió un libro clásico sobre el movimiento estudiantil de 1968; *El material de los sueños* , última gran obra de José Revueltas; *La casa que arde de noche* , de Ricardo Garibay, que ganó un importante premio en Francia; *Los días y los años* , de Luis González de Alba; *El grafógrafo* , de Salvador Elizondo; *El principio del placer* , de José Emilio Pacheco; *El tañido de una flauta* , de Sergio Pitol; *Movimiento perpetuo* , de Augusto Monterroso; *Chin-Chin el teporocho* , de Armando Ramírez; *La princesa del Palacio de Hierro* , de Gustavo Sainz; *El tamaño del infierno* , de Arturo Azuela; *Estas ruinas que ves* , de Jorge Ibargüengoitia; *El infierno de todos tan temido* , de Luis Carrión; *Los murmullos* , de Jorge Portilla; *Personas fatales* , de Jorge Arturo Ojeda; *Segundo sueño* , de Sergio Fernández; *Puerta del cielo* , de Ignacio Solares; y *Terra nostra* , de Carlos Fuentes, que obtuvo el premio Rómulo Gallegos, otorgado en Venezuela al mejor libro publicado en idioma español cada cinco años (por cierto, este *opus magnum* era tan voluminoso que Carlos Monsiváis bromeaba: "Si a Fuentes le dieron una beca para escribirlo, a mí me deberían dar otra para leerlo").

Otros libros importantes del periodo fueron *El sistema político mexicano* , *El estilo personal de gobernar* y *La sucesión presidencial* , de Daniel Cosío Villegas; *Mi testimonio, memorias de un comunista mexicano* , de Valentín Campa; *Memorias de un hombre de izquierda* , de Víctor Manuel Villaseñor; las *Obras* , de Lázaro Cárdenas; *La ideología de la revolución mexicana. La formación de un nuevo régimen* , de Arnaldo Córdova; *Tiempo mexicano* , de Carlos Fuentes; *El desafío de la clase media* , de Francisco López Cámara; *La realidad económica mexicana. Retrovisión y perspectivas* , de Leopoldo Solís; *El progreso improductivo* , de Gabriel Zaid; y *Onda y escritura en México* , de Margo Glantz.

En esos años, el medio literario se conmocionó con la muerte de Rosario

Castellanos, embajadora de México en Israel, entonces gobernado por Golda Meier. La gran escritora chiapaneca falleció, se dijo, a causa de un accidente eléctrico mientras se bañaba; sin embargo, desde ese momento muchas voces insistieron en que la autora de *Balún Canán* había sido asesinada, muy posiblemente por los servicios secretos israelíes.

Otro suceso que sacudió al medio artístico, y que mereció la primera plana de *Excélsior* tuvo lugar a fines de sexenio cuando Gabriel García Márquez regresó a vivir a México después de residir varios años en Barcelona (donde, por cierto, escribió con el cineasta Paul Leduc un guión frustrado sobre la mítica novela de Malcolm Lowry *Bajo el volcán*). Una noche, el celebérrimo Gabo asistió a una exposición en la ciudad de México. Era temprano cuando llegó y se sorprendió gratamente al encontrar a su viejo amigo Mario Vargas Llosa, quien era entrevistado por María Idalia. García Márquez abrió los brazos en par para estrechar al superestrella peruano, pero nunca imaginó que éste, en vez de abrazarlo, lo recibiría con un sólido golpe en la barbilla que lo envió al suelo; allí se encontraba aquél, adolorido y desprogramado, cuando Vargas Llosa le dijo: "Eso es por lo que le hiciste a Patricia en Barcelona", antes de seguir la entrevista como si nada hubiera pasado. García Márquez fue llevado a la calle por Elena Poniatowska y, sentado en la banqueta, el futuro premio Nobel trató de asimilar lo que había ocurrido.

Por el lado comercial, las fotonovelas se habían consolidado por completo y también surgieron nuevas revistas de tendencia erótica *softcore* ,como *Eclipse* , de Gustavo Sainz, y *Eros* , de James R. Fortson, que, como *Piedra Rodante* , sufrió el acoso de la censura. Fortson también editó *Dos: él y ella* , y la familia Ampudia, dueña de la vieja revista *Hoy* , sacó *Caballero* , que después obtuvo los materiales de su modelo total, la estadunidense *Playboy* . En el campo de la historieta, Rius entró en conflicto con los voraces editores de *Los Supermachos* , y como éstos cínica e impunemente le robaron el título, los personajes y la trama central, que despolitizaron en el acto, el caricaturista puso a la venta *Los Agachados* y demostró dónde estaba el talento y la valentía crítica. Por cierto, Rius siguió con sus libros de historieta didáctica (*Cuba para principiantes* , *Marx para principiantes*) que tanto éxito habían tenido, aunque en los setenta inició su viraje hacia el naturismo (*La panza es primero*). Los grandes éxitos en el terreno eran *Kalimán* y *El Payo* , además de las clásicas *La Familia Burrón* y *Lágrimas, risas y amor* . En la caricatura política el gran surgimiento fue Rogelio Naranjo, lúcido izquierdista con capacidades magistrales para el dibujo. Y también llamó la atención la revista *La Garrapata* , de donde saldrían espléndidos moneros como Magú.

La música popular carecía de los grandes mitos de antaño, pero Armando Manzanero seguía fuerte con sus canciones románticas, Marco Antonio Muñiz refrendaba su prestigio, y José José había despegado muy fuerte. La Sonora Santanera de Carlos Colorado no bajaba de popularidad, y se iniciaba la de Rigo Tovar. La vedette de moda era la acapulqueña Lyn May, y Mercedes Carreño, "pionera del nudismo", tuvo un tórrido romance con el escritor y cineasta Juan Manuel Torres, y por tanto intentó el salto cualitativo al cine "serio". La música ranchera tenía como cabeza a Tony Aguilar, con sus populares espectáculos ecuestres, en los que participaban sus hijos y su esposa Flor Silvestre; tras él se hallaban, muy fuertes, Vicente Fernández y

Manuel López Ochoa, pero ya había surgido también el fenómeno Juan Gabriel. Cornelio Reyna gustaba mucho en el norte y entre los que emigraban a Estados Unidos y se convertían en chicanos.

Éstos, en el imperio del norte, eran todo un acontecimiento. La década de los sesenta también los vio surgir como un importante movimiento contestatario que en los setenta se ramificó, se fortaleció y se convirtió en todo un complejo fenómeno cultural que abarcaba luchas políticas y manifestaciones literarias, teatrales, plásticas, cinematográficas e investigativas. En los años setenta en México no se entendía bien la importancia del movimiento chicano, y evidentemente hacían falta contactos y comunicación. El presidente Echeverría se entrevistó en varias ocasiones con líderes como César Chávez y Reies Tijerina, y esto fue sólo el inicio de una conciencia profunda de lo que implicaba, en todos los aspectos, la presencia de los chicanos para México y Estados Unidos. Más adelante, en círculos académicos y artísticos la cuestión chicana fue convirtiéndose en un tema de primera significación.

Si los chicanos adquirían muy poco a poco cierto rango en las preocupaciones del país, los indios continuaban en el abandono, la discriminación, la manipulación y la explotación, y si acaso eran útiles ocasionalmente como tapete demagógico. Por allí se encaminaba, por ejemplo, la creación del Consejo Nacional de los Pueblos Indígenas, así como los Consejos Supremos de las etnias, que, como señaló Guillermo Bonfil Batalla, apenas eran "membretes útiles sólo para la manipulación política a la mexicana". En efecto, estos consejos permitieron forjar la ilusión de que existía "una representación de los grupos étnicos" en los organismos priístas. Las principales demandas indígenas eran: recuperación, ampliación y control de sus recursos, la tierra con sus bosques, agua y subsuelo; créditos y adiestramiento para tratar materias primas; equidad, cese de la discriminación, del caciquismo, la represión y la manipulación; eliminación de intermediarios y agiotistas; dotación y prestación de servicios públicos; derecho a las lenguas propias y enseñanza bilingüe; defensa de la identidad étnica y de sus manifestaciones culturales. También se buscaban conquistas políticas: reconocimiento de los sistemas internos para elegir autoridades y representación étnica en los cuerpos legislativos. Por supuesto, estas demandas distaron de concederse, y más bien, al igual que en el caso de la ciencia y la tecnología, los especialistas como Bonfil Batalla se daban de santos porque al menos ya se podían plantear.

"SE VOLVIÓ LOCO AL FINAL DEL SEXENIO"

Como era usual en el régimen mexicano, desde un principio se empezó a especular en quiénes podrían ser los sucesores del presidente Echeverría una vez que éste concluyese su mandato. Una vez que Halconso Martínez Domínguez fue eliminado del mapa, los comentaristas especulaban que el secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, y el de la Presidencia, Hugo Cervantes del Río, eran los suspirantes más fuertes. Por supuesto, también se mencionaba a otros ministros, pero nadie sabía que, en 1973, Luis Echeverría había abierto la puerta grande del poder al verdadero tapado, su viejo amigo

José López Portillo, que entonces fungía como subsecretario de Patrimonio. Primero lo llevó a encabezar la Comisión Federal de Electricidad (CFE), el primer cargo ejecutivo que López Portillo desempeñaba en su vida; éste no tenía las más mínimas nociones del área, pero eso era habitual en el régimen. Fuera de colocar a su hermana Margarita en la nómina, López Portillo no hizo nada en la CFE, ni siquiera contribuyó a remediar la intensa pugna Pérez Ríos-Rafael Galván, pues al poquísimo rato no sólo saltó al gabinete, como secretario de Hacienda, sino que además resultó "presidenciable" por el alto mérito de ser cuate del presidente. Nadie creía que pudiera llegar a la grande, pero de cualquier manera ya estaba en el juego y no tardó en recibir las tradicionales "patadas por debajo de la mesa" que se daban los suspirantes para estorbarse mutuamente.

Ya secretario de Hacienda, López Portillo reconoció que, en la CFE, "carecía de experiencia directa, y mis conocimientos sobre las cuestiones de financiamiento, crédito, moneda, operaciones bancarias, manejos de déficits y sobregiros, eran indirectos y a veces marginales". A lo mucho, López Portillo gozaba de un flaco prestigio en materias de programación y planificación, lo cual lo ubicaba como un incipiente tecnócrata con pretensiones de jurista, escritor, pintor y atleta. Como era de esperarse, su nombramiento como secretario de Hacienda fue comentado y cuestionado, y no faltó quien especulara que si Echeverría lo colocaba en el gabinete sin tener la más elemental carrera pública sólo podía ser, por más irracional que pareciera, para convertirlo en presidente de la república. En todo caso, con el fin de acallar críticas, Echeverría declaró, en tono retador, "Las finanzas públicas se manejan en Los Pinos."

Ante el jefe, López Portillo se mostraba serio, solemne, vigilante, adulador y un poco tieso, exactamente como Luis Echeverría se había comportado ante Díaz Ordaz. Por tanto, obedeció al instante la primera instrucción presidencial: se compró una guayabera, se la puso, además, y se fue "al campo". Ya después procuró mostrar su estilo: la abundancia de eufemismos tecnocráticos para disfrazar realidades dolorosas. Por ejemplo, propuso unas "adecuaciones fiscales" que en realidad consistían en subir los precios de la gasolina y sus derivados, más los bienes y servicios públicos.

Echeverría estuvo de acuerdo, pero antes decidió "ponerlo a prueba"; esto es, lo aventó a "comparecer ante el Congreso". Estas comparecencias se conocían como "la pasarela". Y eran un invento de don Luis para simular cierta dinámica democrática, para dar algo que hacer al controladísimo poder legislativo, y también para divertirse al poner en aprietos a sus colaboradores, especialmente si aspiraban "a la grande". Así pues, Echeverría primero ordenó una campaña de ataques, a través de editorialistas y diputados del PRI, en contra del amigo que fue testigo de su boda, pero, en el momento oportuno, dio la "línea" definitiva, y el flamante secretario de Hacienda encontró en el Congreso el apoyo que necesitaba para vender la orwelliana idea de que con aumentos a los precios se lograría parar la inflación y, además, contener los rumores de una inminente devaluación del peso.

En realidad, la política económica del gobierno para esas alturas consistía en una fuerte inversión pública, la cual permitió un aumento de salarios

(moderado, por supuesto), que inició y sostuvo obras y que dilapidó grandes cantidades vía corrupción, pues ya se sabe que los buenos políticos no quieren que les regalen nada, sino "que los pongan donde hay".

Para entonces estaba claro que se debía sustituir el esquema del desarrollo estabilizador, pero el gobierno de Luis Echeverría nunca se decidió a reorientar el sistema de financiamiento, lo cual implicaba tocar los grandes privilegios de los grandes banqueros, la protección desmesurada de las grandes empresas, y llevar a cabo una profunda reforma fiscal. Esto no se hizo, y el resultado fue, como dijo Carlos Tello, un "desarrollo estabilizador vergonzante" que, como siempre, dependía en gran medida de los préstamos del extranjero, aunque los intereses y "el servicio" fueran cada vez más altos, y de la impresión desatinada de billetes. Es más, para no andarse con cuentos, Echeverría decidió que esta última se hiciera en México y ya no en la American Note Company, como se leía en los antiguos billetes. Por cierto, el de un peso era gris y color de rosa, y se le conocía también como "un varo", "un morlaco" o "un chucho"; el de 10 pesos era "un diego"; el de 50, un "ojo de gringa", porque era azul; el de 100, un "cuerito de rana"; el de 500, "un quiñón"; y los de mil, "milanesas" o "milagros"; la denominación más alta era de 10 mil, y esos billetes se veían poco, pues aún faltaba mucho para que "todos fuéramos millonarios" y pudiésemos hablar, tan quitados de la pena, de millones (o "melones" y "medios melones"). Circulaban mucho, pues se usaban, las monedas: quintos, dieces, veintes, pesetas y tostones.

Con el aumento de dinero, vía préstamos, y las alzas a la gasolina, los servicios y bienes públicos, los precios de los productos se dispararon. La inflación de 1973 fue de 12.1 por ciento y se debió, explicó Pablo González Casanova, al crónico estancamiento del campo, la contracción del sector privado, el acaparamiento de básicos y la especulación; además, a la "libertad" de la iniciativa privada de "hacer los precios", es decir, de fijarlos a su conveniencia; por último, la inflación se debió al aumento del circulante, los aumentos a los energéticos y claro, a la inflación mundial que había caído en países ricos y pobres. Por cierto, el abultado gasto público también provenía del ensanchamiento, después llamado "obesidad", del Estado, que inventaba fideicomisos y compraba todo tipo de empresas que el sector privado, debido a su contracción de inversiones, dejaba caer o que se negaba a crear a pesar de que se requerían. De esta forma, poco a poco el gobierno de Echeverría, como el de su sucesor, se fue caracterizando por el exceso de empresas paraestatales.

En 1972 el presidente había emprendido un viaje a Estados Unidos y a Japón. Obviamente, las visitas, a todo lujo y a cargo del erario le fascinaron a Echeverría, quien se veía como una Figura Decisiva en el Contexto Internacional; además, con el pretexto de "romper la dependencia de Estados Unidos", en 1973 se despachó el viaje "tricontinental", con destino a Canadá, Inglaterra, Francia, Bélgica, la URSS y China. Este viaje se volvió celebérrimo, pues el presidente llenó aviones con un séquito de numerosos funcionarios e invitados de todo tipo, además de conjuntos enteros de mariachis y pulcras indias que echaban tortillas y preparaban moles, pipianes, salsitas y todo tipo de suculencias, a fin de que los jefes de Estado de los países en cuestión pudiesen probar la auténtica cocina mexicana. La comitiva sultanesca de Echeverría por supuesto dio pie a comentarios burlones en

todos los países visitados (“ah, los corruptos mexicanos”) y a críticas muy intensas en el interior del país, pues la iniciativa privada (que no se caracterizaba por sus limitaciones en los gastos personales) vio muy mal el derroche nuevorriquista del presidente.

Las críticas a los excesos del viaje tricontinental no hicieron ninguna mella en Echeverría, quien, en 1974, llevó a cabo una extensa jira por Sudamérica: Perú, Argentina y Brasil, principalmente. El plato fuerte de este viaje fue el llamado “Jet de redilas”, pues el presidente decidió que la alta inteligencia nacional tuviera un “encuentro” con la intelectualidad argentina. A través de Juan José Bremer, secretario particular de Echeverría, y de Guillermo Ramírez, director en funciones del Fondo de Cultura Económica, más de 100 científicos, investigadores, poetas y narradores, subieron en un DC-8 de Aeroméxico y enfilaron rumbo a Buenos Aires.

El tedio de un viaje tan largo fue mitigado por generosísimas raciones de coñac Hennessy (XO para los consentidos), whisky Chivas Regal y botellucas de Cointreau, Drambuie y otros licores para los moderados y las damas. Al poco rato la inteligencia nacional iba de lo más contenta cantando el afamado himno de los antropólogos (“Nuestro rey Cuauhtémoc / estaba muy contento / le valía madre / todo aquel tormento”), hasta que finalmente bajó, o se arrastró, al llegar a Buenos Aires. Todos fueron arreados al hotel Sheraton, donde se iniciaron los pleitos porque el embajador Celso Delgado cometió la imperdonable torpeza de reservar habitaciones dobles y los ilustres invitados tenían que hospedarse en parejas. “¡No puede ser!, se oía, “¡dos en un cuarto como en congreso barato!” Para compensar la incomodidad de oír los efluvios alcohólicos, los ruidos gástricos y las doctas flatulencias de algún *roommate* , hubo cuentas abiertas para todos, sin contar con que los intes pidieron para sus chocolatitos y circularon los sobres “que calentaban billetes de 100 dólares”. El escritor José Agustín, afamado como naco y prángana, peló los ojos al ver que le pasaban 200 dolarucos, “pocos, porque aún era joven e inexperto”.

Todo mundo se lanzó a la Afamada Vida Nocturna Bonaerense, a beber buen vino y a entrarle a los bifes de los grandes restoranes, donde podían alternar, si su pedigrí o su hígado lo permitían, con Arsenio Farell, Jesús Reyes Heroles, Francisco Javier Alejo y otros jerarcas del sistema. Finalmente tuvo lugar el sesudo encuentro con los intelectuales argentinos en un inmenso salón que parecía páramo a la Emily Brontë (Juan Rulfo, por supuesto, andaba muy a gusto), donde los mexicanos ocupaban unas mesas, y los argentinos, otras. Ernesto Sábato se reventó un discurso, el intelectual presidente Echeverría otro, y no dejaron de circular los alcoholes para que los intelectuales pudiesen tener los debidos vasos comunicantes.

En el regreso a la patria, las botellas volvieron a circular de asiento en asiento hasta que el jet de redilas semejaba la cantina La Nochebuena a las horas pico. A la altura de Venezuela una tormenta despiadada sacudió al avioncito como si fuera poema de Nicolás Guillen y eso desvaneció la embriaguez colectiva. El piloto, por lo demás, era excelente; pronto remontó el peligro y se permitió una pequeña broma: “Por problemas de índole técnica”, avisó, “no va a ser posible la escala en Panamá”. “¡Nooo!”, protestaron los intes, y procedieron a dar palmadas de ritmo enérgico al exigir: “¡Fa-yucá!, ¡fa-yu-cá!,

¡fa-yu-cá!" Ante el clamor, el comandante de la nave aterrizó en Panamá y el personal intelectual corrió a las tiendas con los dólares calientes que habían sobrado del *shopping* bonaerense; de vuelta en el avión, la mayoría cargaba cajas voluminosas que la hacían sudar, achaparrarse al sostenerlas, y sufrir al tratar de meterlas "debajo de los asientos". Finalmente, en México, se llegó al hangar presidencial, que por supuesto estaba exento de molestas y corruptas revisiones aduanales, y todo mundo partió a casita con sus preciadas adquisiciones electrónicas.

Después del jet de redilas, el presidente Echeverría seguramente consideró que había viajado poco y, por tanto, entre 1975 y 1976, visitó Guyana, Senegal, Argel, Irán, India, Sri Lanka, Tanzania, Arabia Saudita, Kuwait, Egipto, Israel, Jordania y Cuba. Mucha gente se quejó de la desmesura de estos viajes, de los cuales no salió nada en concreto y todo quedó casi siempre en condición de meras probabilidades. Por cierto, Cosío Villegas consignó los productos que el presidente estaba listo a exportar: algodón, azúcar, cereales, semillas diversas, henequén, hilos, hilaza, prendas de vestir, calzado; productos químicos, farmacéuticos, eléctricos, electrónicos, metálicos; maquinaria de toda clase, equipos para transporte, minerales y abonos químicos.

En septiembre de 1973, un comando de la Liga 23 de Septiembre intentó secuestrar al magnate Eugenio Garza Sada, capo del grupo Monterrey. Los guardaespaldas repelieron el asalto y en la balacera murió el acaudalado industrial. Los secuestradores fueron atrapados y el presidente Echeverría asistió al sepelio de Garza Sada en Monterrey, y allí pudo constatar hasta qué punto se hallaban enconados los ánimos de los ricos mexicanos en contra del gobierno. Echeverría tuvo que soportar un ambiente adverso y un discurso pronunciado por Ricardo Margáin Zozaya, representante del grupo Monterrey, inusitadamente duro y virulento ("se ha propiciado desde el poder el ataque deliberado al sector privado, sin otra finalidad aparente que fomentar la división y el odio entre las clases sociales. Secuestros, atentados dinamiteros, asaltos bancarios, universidades convertidas en tierra de nadie, destrucción y muerte, eso es lo que tenemos que sufrir en carne propia"), que, además, fue transmitido varias veces en todo el país por Televisa con un gran despliegue, pues por primera vez en su historia el cuasimonopolio de la televisión también se hallaba en contra del gobierno y en plan retador. Echeverría prefirió guardar silencio ante esos ataques directos e insólitos, y regresó a la capital a fraguar jugadas de revancha. La guerra entre el sector privado y el presidente para entonces ya era franca, abierta, y auguraba lo peor.

El terrorismo nunca cesó durante la administración de Echeverría y sólo se amortiguó en el sexenio siguiente. Además de los secuestros de Hirschfeld, de José Guadalupe Zuno y del cónsul Leonhardy de Guadalajara (que, naturalmente, causó un escándalo en el país vecino), en 1974 falleció, cuando lo intentaban secuestrar, Hugo Margáin, hijo del ex secretario de Hacienda, y, ya en 1976, la Liga 23 de Septiembre, quizá con una patriótica intuición premonitoria de los males que se avecinaban, intentó secuestrar a Margarita López Portillo, hermana del entonces presidente electo. En esa acción murió David Jiménez Sarmiento; el líder de la Liga 23 de Septiembre se hallaba a punto de lanzar una bomba cuando una bala le atravesó la cabeza. El coche

de Margarita López Portillo, por otra parte, recibió 20 impactos de bala, y el suceso impactó al país. Sin embargo, Carlos Jiménez Sarmiento, a su vez hermano del líder de la Liga, después declaró que "el gobierno mismo los había pagado y patrocinado". En todo caso el mismo José López Portillo decía que los actos terroristas eran sospechosos de "mano negra", y que representaban un "todos contra todos". Siempre se especuló, por otra parte, que muchas de las supuestas acciones de la Liga 23 de Septiembre en realidad estaban orquestadas, con el fin de justificar acciones represivas (o de "mano negra"), por la "inteligencia mexicana", que para entonces también se entretenía formando grupos paramilitares como los que existían en muchos países latinoamericanos, compuestos por comandos antiguerrilleros entrenados en Estados Unidos y con permiso para matar, torturar y sembrar el caos. Los grupos terroristas sin duda existían, pero en la segunda mitad del sexenio el río se hallaba más revuelto que nunca.

Lucio Cabañas, en tanto, se hallaba bien activo en la sierra de Guerrero. Su Ejército de los Pobres era acosado por los federales, quienes aseguraban que el ex profesor guerrerense estaba ligado a los narcotraficantes y que asesinaba inocentes campesinos a través de su Brigada de Ajusticiamiento. Esta última ciertamente existía, y se encargó de asesinar a muchos delatores y a policías con fama de sanguinarios, pero era claro que Cabañas recibía apoyo de los campesinos y que por eso pudo eludir durante años el tenaz asedio del ejército, que, al igual que los judiciales, era odiado por el pueblo de la Costa Grande. No sólo eso: en sus mejores momentos logró tomar algunas poblaciones ejidales de la sierra y se convirtió en una fuerza auténtica, indudablemente sostenido por los campesinos guerrerenses. Por tanto, desde el centro se le ofreció amnistía total y un salvoconducto, pero él prefirió seguir luchando. En varias ocasiones se dijo que había muerto, pero esto sólo hizo que su leyenda creciese, y que los izquierdistas en general simpatizaran con él aunque no aprobasen sus métodos. El ejército, por su parte, poco a poco fue militarizando la Costa Grande guerrerense. Sitiaba y ocupaba pueblos enteros, encerraba a la totalidad de habitantes y desaparecía a muchos de ellos. Las torturas fueron cosa común, y con frecuencia a los soldados les daba por asesinar sospechosos mediante puntapiés en el vientre. Con el pretexto de impedir que los campesinos aprovisionaran a la guerrilla, se impusieron racionamientos draconianos que agudizaron el hambre eterna de la zona. La tropa inventó curiosas denominaciones para los desaparecidos, como "los marineros" (morían ahogados), "los aviadores" (los tiraban desde lo alto de los helicópteros), o "los mineros" (eran enterrados vivos). Al final, llegó a haber más de 20 mil soldados, que fueron comandados sucesivamente por los generales Solano Chagoya, Salvador Rangel Medina y Eliseo Jiménez Ruiz.

Las cosas se complicaron cuando apareció en escena Rubén Figueroa, zar del transporte, vocal del Río Balsas, y gran amigo del presidente Echeverría, quien, se decía, suspendió las obras del metro durante su mandato para favorecer los intereses de Figueroa en el transporte capitalino. Figueroa, por su parte, al estilo del viejo Gonzalo N. Santos, presumía de "tenerlos muy bien puestos", y por eso se dice que desde 1972 declaró: "Lucio Cabañas no es ningún guerrillero, y yo lo reto a que me secuestre; los camioneros podrían pagar un buen rescate por mí". Además de echarle brava al guerrillero, Figueroa se entretenía haciéndole la vida difícil al gobernador Israel

Nogueda, pero como éste “no era pieza” y el cacique transportista tenía grandes ambiciones, su dinero y la amistad con Echeverría le permitieron obtener la candidatura al gobierno de Guerrero en 1974.

Para festejar esta nominación, Figueroa dijo entonces que estaba dispuesto a entrevistarse con Cabañas, y, si éste accedía, le propondría que dejara las armas y que con su Partido de los Pobres participase en el juego legal del Estado de Guerrero (otras fuentes sostienen que Figueroa alardeó de que “él se encargaría de llevarlo de una oreja a la convención del PRI que lo nombraría candidato”). Ante esto, después de pensarlo mucho, Lucio accedió a la entrevista, sólo que el 4 de junio de 1974 no sólo se presentó sino que de pasada secuestró a Figueroa y lo paseó por toda la sierra hasta que el acaudalado cacique acabó como el más flaco de la caballada.

El ejército, comandado por el general Eliseo Jiménez Ruiz, se vio obligado a echar todo por delante para rescatar al amigo del presidente. El asedio fue temible, requirió grandes contingentes de soldados, recursos ilimitados, y significó miseria y pesares sin límites para los campesinos de la Costa Grande guerrerense, pues Jiménez Ruiz dejó caer su mano pesadísima sobre ellos para evitar que auxiliasen a la guerrilla; otros pueblos fueron sitiados, se les racionaron los víveres, y los arrestos y asesinatos resultaron cosa cotidiana. Lucio Cabañas anduvo huyendo durante junio, julio y agosto, pero las estrecheces y dificultades fueron demasiadas y el 8 de septiembre, tras un fuerte tiroteo, el ejército logró el rescate del candidato a gobernador. A partir de ese momento la persecución del Ejército de los Pobres se intensificó al máximo, y a fin de año, en el Ocotal, Lucio fue abatido con diez de los suyos. Para fines prácticos, con esto se terminó la guerrilla rural en México, y la urbana de hecho desapareció en poco tiempo, después de algunas acciones más, como el intento de secuestro de Margarita López Portillo.

Según el ejército, Lucio Cabañas “se había ligado para cometer sus actos delictivos a los grupos más negativos de la región, como caciques, agiotistas, talabosques y traficantes de drogas, a los que brindaba protección”. Tras la muerte de Lucio, el ejército continuó la ofensiva antiguerrillera para desmantelar cualquier rastro de oposición armada. Esto significó un nuevo castigo a los pueblos guerrerenses. Numerosos campesinos fueron “desaparecidos” y existen muchos reportes de que los soldados los encostalaban y les vaciaban sacos de calidra, que destrozaba los pulmones e impedía los gritos; después los enterraban en las barrancas o, con mucha mayor frecuencia, los tiraban desde helicópteros en el mar.

Esta campaña, con las desapariciones que implicaba, fue muy intensa en 1975, y no cesó del todo hasta que terminó el sexenio de Luis Echeverría. “En México no se ha dado información satisfactoria de más de 300 personas desaparecidas desde 1968, la mayoría campesinos, después de ser detenidas por fuerzas de seguridad”, planteó un informe de Amnistía Internacional de la época. Rubén Figueroa, ya gobernador, alardeó de que en Guerrero no había desaparecidos: todos estaban muertos.

La cuestión de los desaparecidos cobró relevancia nacional e internacional a partir de 1975. En ese año, el joven Jesús Piedra Ibarra fue arrestado en Monterrey, torturado y enviado a la ciudad de México. Hasta allí se supo de

él. Jesús era miembro de la Liga 23 de Septiembre, y fue perseguido por la policía a partir del asesinato de Garza Sada. Cuando se enteró del arresto, Rosario Ibarra de Piedra, madre del joven, fue a buscarlo a la capital, pues creía que su hijo era torturado en el Campo Militar Número Uno (el cual, decían, albergaba distintas clases de detenidos: estaban a los que sólo se les interrogaba e incomunicaba; en otro piso se hallaban a los que oficialmente se consideraba desaparecidos, pero no para el ejército; por último, estaban los que eran apilados en celdas subterráneas ardientes y llenas de humo). Doña Rosario no encontró a su hijo allí; procedió entonces a presentarse ante funcionarios, y después, en numerosas ocasiones, logró plantarse ante el presidente Echeverría, quien cortésmente la enviaba con alguno de sus subalternos. Pero ninguno de ellos le informaba si Jesús Piedra estaba vivo o no. "Es usted la mujer más tenaz que conozco", le tuvo que decir el director de la temible Dirección Federal de Seguridad, Fernando Gutiérrez Barrios. Rosario Ibarra de Piedra se fue politizando a través de la búsqueda de su hijo, y con el tiempo formó parte esencial del Comité pro Defensa de Presos, Perseguidos, Exiliados y Desaparecidos Políticos (CDPPEDP). Con base en la perseverancia y la limpieza de su lucha, doña Rosario adquirió una innegable autoridad moral y se convirtió en fuerza política de importancia desde que el trotsquista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) la postuló a la presidencia de la república en 1982 y, muy significativamente, en 1988.

En cuanto a Rubén Figueroa, este célebre cacique presumió de que "se había portado muy macho" durante su secuestro. "Quien me secuestró es un extraviado mental, sediento de publicidad sensacionalista, envenenador de mentes jóvenes", declaró una vez liberado, "comprobé que está ligado a traficantes de drogas. En la sierra encontré a un individuo de crueldad inaudita, un sujeto falaz y cobarde que ha hecho de la simulación, la mentira y la calumnia su única arma; con graves perturbaciones físicas, psíquicas y psicológicas", sic. "Mis compañeros y yo fuimos objeto de crueldad física y moral, de malos tratos y humillaciones, y sólo nos daban a comer sobras y mendrugos."

Una vez liberado, Figueroa se integró a su campaña, que de cualquier manera había arrancado (y podía seguirse) sin él. De entrada, escogió a Israel Nogueda para mostrar su poder, y se movió con su amigo el presidente a fin de que en enero de 1975 la Procuraduría del Distrito Federal girara orden de aprehensión en contra del gobernador, al que sólo le faltaban dos meses para concluir su periodo y ser uno de los poquísimos mandatarios de Guerrero que lograban gobernar los seis años enteros. Nogueda se enteró por la prensa de la orden de aprehensión en su contra, y pasmado voló a Los Pinos, donde pasó varias horas de antesala sin que Echeverría lo recibiera. Un día después, el Congreso votaba, una vez más, la desaparición de poderes en el estado de Guerrero. Nogueda cayó del poder, pero nunca se le aplicó la orden de aprehensión. Y, ya en abril de 1975, Rubén Figueroa tomó posesión de una entidad empobrecida y totalmente militarizada; después se convertiría en uno de los personajes más célebres del folclor político nacional.

En tanto, en Sonora también se avivaban los problemas. El gobernador Carlos Armando Biebrich había llamado la atención cuando, siendo diputado, y por recomendación de Echeverría, desde la tribuna apoyó la iniciativa de Gustavo Díaz Ordaz para que los jóvenes pudieran votar a los 18 años de edad. Ya

presidente, Echeverría lo nombró subsecretario de Gobernación. Como se ve, era uno de los jóvenes consentidos del mandatario, así es que no sorprendió, aunque muchos se escandalizaron, cuando éste sin más dispuso, en 1973, que se modificase la constitución de Sonora para que su protegido pudiera ser gobernador a los 33 años de edad. No hubo ningún problema, faltaba más, así es que el joven Biebrich tomó posesión. Echeverría le tenía tanto aprecio que en dos años lo visitó oficialmente en siete ocasiones, porque, entre otras cosas, el flamante gobernador organizaba los actos públicos tal como le gustaban al jefe: larguísimos, improvisados, con filas y filas de oradores, y "muchas decisiones sobre la marcha".

Sin embargo, con el tiempo Biebrich fue perdiendo el aprecio presidencial, a causa de que estableció estupendas relaciones con el empresariado y los ricos agricultores, y porque se peleó con Augusto Gómez Villanueva, brazo armado del presidente en cuestiones agrarias. Luis Suárez incluso planteó que Echeverría empezó a disgustarse con su favorito porque éste lucía flamantes y bien cortados trajes cuando el presidente andaba, claro, de guayabera. Prosperaron, por tanto, las inevitables invasiones de tierra, por lo que, en 1974, Biebrich acusó al Departamento de Asuntos Agrarios (es decir: a Gómez Villanueva) de "centralismo y burocratismo", y propuso una comisión que "resolviera los conflictos del Valle del Yaqui" (o sea: que frenase las invasiones). Echeverría aceptó en un principio, pero en ese momento se inició el derrumbe del joven gobernador, pues el presidente a fin de cuentas se inclinó por Gómez Villanueva.

En 1975 los predios de San Isidro (Valle del Yaqui) y San Ignacio (Guaymas) fueron invadidos. Biebrich no se anduvo con rodeos y por su cuenta ordenó al ejército que desalojara a los invasores, con el resultado de que en una tupida balacera murieron siete campesinos. En todo el país hubo protestas por la brutalidad de la represión. Para entonces, como era obvio, el presidente "ya no quería" a Biebrich, y por ende prosperaron movilizaciones y duros ataques contra el gobernador. Moya Palencia, secretario de Gobernación, pronto se comunicó con su antiguo subordinado y sin más le pidió la renuncia. Biebrich no daba crédito. Trató de hablar con el presidente, pero éste nunca contestó el teléfono y el joven gobernador no tuvo más remedio que presentar su renuncia.

Biebrich fue sustituido por Alejandro Carrillo Marcor, quien llevaba instrucciones de atacar inmisericordemente a su antecesor, ya que éste fue apoyado ruidosamente por el sector privado local. No sorprendió, por tanto, que en enero de 1976 se le acusara de robo, peculado, abuso de autoridad e incumplimiento del deber legal. Como en el caso de Nogueda, Biebrich no llegó a la cárcel, pero su suerte acabó de agudizar las antipatías de los agricultores neolatifundistas y de los empresarios sonorenses contra Echeverría. Como líder de ellos surgió Carlos Sparrow Sada, de la Cámara de Comercio de Ciudad Obregón, quien desde un principio adoptó una política de enfrentamiento. El belicoso presidente de la república a su vez procedió a la gran venganza: una gran afectación en el Valle del Yaqui que "culminaría su obra agraria", y que por supuesto no fue nada cardenista, sino caótica, pues sólo representó una fuente de conflictos inútiles: los agricultores no perdieron sus neolatifundios, los campesinos no mejoraron, el ejido no se fortaleció ni la economía agraria mejoró, sino que se enfiló al estancamiento más atroz,

además de que el país entero vivió momentos de verdadera inestabilidad, peligrosísima a fin de sexenio. De todo esto, el único resultado concreto fue burocrático y político: la Secretaría de la Reforma Agraria reemplazó al viejo Departamento Agrario, y Gómez Villanueva pudo figurar entre los aspirantes a la presidencia, para terror de la iniciativa privada y en especial de los agricultores del norte.

Es indudable que Echeverría y Gómez Villanueva toleraron, propiciaron o de plano orquestaron todo tipo de invasiones a través de "líderes" como Humberto Serrano y varios más, que eran todo lo contrario de Jacinto López, quien dirigió las invasiones agrarias a fines de los años cincuenta y que acabó en la cárcel. Los neoinvasores, por su parte, terminaban en la Cámara de Diputados o con premios semejantes. En el estado de Sinaloa, para no ir más lejos, solamente entre 1975 y 1976, cuando el narcotráfico crecía impune y espectacularmente, hubo más de 20 invasiones, además de la célebre expropiación del latifundio Montelargo, de la familia Elías Calles. Esta "política de las invasiones" sólo sirvió para crear *vendettas* políticas y para aumentar la confusión, pues muchas veces los mismos latifundistas, a través de guardias blancas, "invadían" terrenos ejidales o de comunidades indígenas. No era fácil, por tanto, deducir cuándo era auténtico un movimiento de inconformidad campesino (que los había, ya que en el campo la pobreza y marginación seguían sin resolverse) y cuándo se trataba de un movimiento preprogramado, como la invasión de Paseos de Taxqueña del periódico *Excélsior* en 1976. Por eso, a la larga, nadie, ningún campesino mucho menos, recordó a Echeverría como el Lázaro Cárdenas que pretendía ser. Por su parte, Jesús Reyes Heroles ante esto también dijo lo que pensaba abiertamente: "Condenamos la simulación del latifundio en pequeña propiedad, pero condenamos, por igual, que a simulación se responda con invasión".

Todo esto contribuyó a avivar los hipersensibles y fariseicos ánimos de los grandes empresarios que, a pesar de que ganaron el dinero que quisieron durante el sexenio de Echeverría, se tornaron cada vez más agresivos, pues habían descubierto que el presidente hacía mucho ruido, pero a la larga resultaba perfectamente manejable. Ya habían aprovechado las derechas muy bien la retórica izquierdista del presidente para fortalecerse y ampliar sus medios de presión. Por ejemplo, en 1973 había seguido la escalada de rumores y se esparció la idea de que la gasolina se acababa. Este rumor tenía sus bases pues desde unos años antes nuestro país importaba crudos; además, la gasolina se estaba convirtiendo en un problema internacional que motivó, un año después, el famoso embargo petrolero que la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) hizo al "primer mundo". A raíz del rumor, en las gasolineras se vieron colas desde la madrugada. El gobierno saltó a explicar que había suficiente gasolina, pero esto sólo precipitó el pequeño pánico que se creó y que se extinguió después de que una vez más se había probado cuán bien "respondía" el pueblo mexicano a los rumores. En 1974 el rumor en turno fue mucho más elaborado: se decía que el gobierno aplicaba vacunas esterilizadoras en las escuelas públicas con el pretexto de que eran contra la tifoidea; las vacunas, se añadía, no sólo esterilizaban sino que también producían inflamaciones y parálisis parcial en los niños, y destrucción de la matriz en las niñas. Esa vez el destinatario del rumor no era la clase media sino la popular, en la que prendió muy bien, ya que en las

escuelas con frecuencia se aplicaban diversas vacunas, todas necesarias, además de que un tema predominante del momento, proveniente de Estados Unidos, era el de la sobrepoblación, que llegaba a 3.5 anual en México. Muchas madres de familia cayeron en la histeria, ésta infectó a otras más y pronto iban en masa a sacar a sus hijos de las escuelas porque alguien les había dicho: "Hoy los van a vacunar".

La atmósfera contraria al gobierno, fomentada activamente por las derechas y propiciada por la inteligencia (en este caso más maquiavélica que nunca) estadunidense, se agudizaba conforme avanzaba el sexenio. En 1974, un grupo muy aguerrido del gran capital se reunió clandestinamente en Chipinque, Nuevo León; el tema era coordinar e intensificar la guerra sucia contra el presidente Echeverría y perfeccionar una campaña sistemática de propaganda reaccionaria. La noticia de esta reunión en Chipinque se filtró y escandalizó al medio político, pero el presidente no hizo nada. Era claro para entonces que ya empezaba a flaquear su ardor supuestamente revolucionario ante las incesantes presiones de quienes detentaban el poder económico y que podían poner de cabeza la economía. Por ejemplo, los rumores de una devaluación inminente no cesaron desde 1973 y con ello las compras crecientes de dólares para aceitarla.

En 1974 el producto interno bruto (PIB) bajó a 5.9 por ciento y la caída ya no se detendría a partir de entonces hasta los años de "abundancia" de 1978 y 1979; se supo, además, que los índices de "crecimiento" de 1972 (7.3 por ciento) y de 1973 (7.6) fueron artificiales, ya que habían sido generados por el aumento del gasto público y el endeudamiento (en tres años la deuda externa había crecido en un 61.6 por ciento). Ya casi no se conseguían créditos, y cuando los había los intereses eran más altos, por lo que el gobierno tuvo que restringir fuertemente el gasto público.

Viejos problemas revivieron entonces: hubo acaparamiento de frijol, trigo, arroz y otros básicos; la especulación de nuevo no tenía frenos y los precios subieron hasta que en 1974 la inflación llegó a 24 por ciento. Esto se tradujo en malestar obrero y el Congreso del Trabajo tuvo que emplazar a huelga para simular que hacía algo al respecto, ya que muchos sindicatos, independientes o no, protestaban ruidosamente y las manifestaciones ocupaban las calles cada vez con más frecuencia. Eso permitió que la iniciativa privada, cobijada bajo el "espíritu de Chipinque", se quejara de la agitación; Echeverría había convertido a México en "cabeza de playa del comunismo internacional", decían, y trataban de vender la idea de que las derechas venían a ser los paladines que se oponían al complot comunista. El clima internacional les favorecía: Estados Unidos se hallaba detrás de las numerosas dictaduras latinoamericanas, Chile había permitido la puesta en práctica de numerosos medios nuevos de desestabilización, y la crisis económica internacional de los años setenta hacía que los países ricos se endurecieran y procurasen que los países pobres pagaran todo.

Por si fuera poco, corrió la voz de que el presidente Echeverría "era pendejo". Y llovieron los chistes: era tan pendejo que si su esposa ocupara la presidencia él no podría con el Instituto de Protección a la Infancia; era tan pendejo que insistía en ser padrino de la graduación de sus anteojos; era tan pendejo que creía que la Quinta de Beethoven era la casa de campo de un rico

alemán; era tan pendejo que estudiaba para un examen de orina; era tan pendejo que al leer un discurso en las olimpiadas habría empezado diciendo "O, O, O, O, O", hasta que alguien le aclaró: "Señor, los aros olímpicos no se leen"; era tan pendejo que cuando quería saber si había cerillos en la cajita, se llevaba ésta al oído y agitaba la cabeza de un lado a otro; era tan pendejo que ni siquiera calificaba en los concursos de pendejos (o al revés: *era tan pendejo que su retrato apareció tras los escritorios de los funcionarios del gobierno de los pendejos*); ya entrados en estos metafísicos temas habría que mencionar un chiste de clara estirpe anarco-surrealista: durante el viaje a China, la compañera María Esther tuvo que empinarse para leer la placa de un monumento, lo que aprovechó Mao Tse-tung para metérsele entre las piernas; "¡escolta, escolta!", gritó entonces la compa María Esther; "escolta, pelo gluesa", le respondió el Gran Timonel. Los chistes fueron tantos que en 1976 circularon casetes que los recopilaban, y también se vendía la parodia de un supuesto discurso de Echeverría en las Naciones Unidas sobre la paciana cuestión de la chingada.

Por su parte, el presidente contribuía a todo esto al continuar con sus hábitos de las jornadas extenuantes, de llamar colaboradores en la alta madrugada, de recibir simultáneamente a enormes grupos y de hacerse seguir por una corte de secretarios de Estado, invitados y guaruras. Nada de esto ayudaba a rehabilitar la imagen pública que había adquirido en la calle: el Pelón era un pendejo. Ante esta gran ofensiva, en su cuarto informe, Echeverría pareció mostrar signos de desesperación cuando se permitió criticar a los "riquillos" que compraban dólares esperando una devaluación; eran "malos mexicanos", cuyos hijos se mataban en automóviles de alto precio corriendo en las carreteras a 140 kilómetros por hora.

En abril de 1974, ante la vecindad del cambio de poderes en Veracruz, el presidente aprobó que el candidato del PRI fuera Manuel Carbonell de la Hoz. La prensa ya difundía la noticia cuando Jesús Reyes Heroles, presidente del PRI, declaró: "Yo, como veracruzano, no he votado por él". Como era de esperarse, se armó un escándalo en el medio político, pues era la primera vez en la historia reciente que alguien se atrevía a parar un dedazo del presidente. Reyes Heroles presentó su renuncia, pero Echeverría no la quiso aceptar, y esa vez optó por ceder: retiró a Carbonell de la Hoz y aceptó que el nuevo candidato fuera Rafael Hernández Ochoa. Con esto los problemas amainaron, pero el incidente avivó la pugna entre los dos políticos.

En 1974 Echeverría se tragó el berrinche, pero un año después decidió desplegar todo su poder contra Manuel Sánchez Vite, cacique de Hidalgo, quien se movió para que Otoniel Miranda obtuviera la candidatura del PRI al gobierno del estado. El presidente lo permitió, pero Otoniel Miranda permaneció apenas 29 días en el poder, porque Echeverría lo sacó humillante y estrepitosamente de la gubernatura. Esa vez Reyes Heroles no dijo nada y, por su parte, Sánchez Vite fue desapareciendo de la cartografía política.

Sin embargo, poco le duró el gusto al presidente. Desde que inició su sexenio había tratado de mostrarse como el paladín de los jóvenes y, engolosinado con el "éxito" de Castro Bustos para debilitar al rector González Casanova, se le metió en la cabeza mostrar su control de la universidad. Por tanto, hizo que el rector de la UNAM, Guillermo Soberón, y el secretario de Educación, Víctor

Bravo Ahuja, lo "invitaran" a inaugurar los cursos universitarios en marzo de 1975. Mucha gente le advirtió que no fuera a Ciudad Universitaria, pero Echeverría desestimó las advertencias y se presentó en el Auditorio de Medicina. Allí se encontraban sus "agentes de seguridad" (los cuales, quizá por primera vez en su vida, llevaban libros bajo el brazo), pero también una multitud encolerizada de universitarios que había ido para hacer ver que no olvidaba la participación de Echeverría en los sucesos de 1968 o simplemente "a ver qué pasaba". El auditorio se hallaba repleto y afuera muchísima gente más trataba de entrar. El ambiente no podía estar más tenso.

Los estudiantes impugnaron a gritos al doctor Soberón cuando éste quiso pronunciar su discurso de inauguración. "¡Dígales fascistas!", le susurraba, sudoroso, Echeverría. Pero cuando él trató de hablar los insultos y las burlas arreciaron, así es que sólo él se oyó decir: "¡Así gritaban las multitudes fascistas, así no gritaban los jóvenes de Allende!" Si el presidente se sentía Allende y esperaba veneración por parte de los estudiantes mexicanos, éstos, allí mismo, le hicieron ver que nunca se habían tragado su "cardenismotercermundista". De pronto, los vidrios del auditorio estallaron a pedradas y ésa fue la señal del pánico. Todos trataron de salir de allí a como diese lugar. Afuera también había un desorden total. Echeverría avanzaba tan rápido como podía, tratando de no perder la galanura y seguido por sus guardias, cuando una de las incontables piedras que siseaban se impactó certeramente en la célebre calvicie del mandatario. La sangre le bañó la cara, el traje, y el presidente, rapidito, se metió en el primer auto que pudo. Ya en Los Pinos, expertos maquillistas se encargaron de borrar las huellas de la pedrada.

Ese día el presidente había invitado a comer, entre otra gente, a Julio Scherer García, director del periódico *Excélsior*, y éste de plano no acudió a la cita cuando supo lo que había ocurrido en Ciudad Universitaria. Echeverría lo mandó llamar y después contó que se había divertido mucho al ver sufrir a Scherer cuando, desde Los Pinos, "tuvo que dar instrucciones telefónicas sobre los titulares de la noticia de la pedrada". El presidente ignoraba que un joven fotógrafo y periodista de rock, Valentín Galas, había logrado tomar el momento exacto en que la piedra había golpeado al mandatario. Esa misma tarde Galas llevó la foto a *Excélsior* y al día siguiente Scherer la publicó en la parte más prominente de la primera plana.

Por su parte, Echeverría dijo a todos aquellos que tenían que escucharlo que todo había sido una acción perfectamente orquestada y prepagada por sus archienemigos, los Emisarios del Pasado, pues nunca le pudo entrar en la cabeza que todo eso hubiese sido un auténtico brote de repudio y resentimiento por parte de los jóvenes universitarios.

Echeverría tenía otras cosas en su abollada cabeza. Por ejemplo, lidiar con la ruidosa oposición que la iniciativa privada había iniciado en contra de la nueva versión del libro de texto gratuito, que también apareció en 1975. Como en épocas de López Mateos, la obra trataba de estar al día y había sido elaborada por un grupo de especialistas en las principales disciplinas del conocimiento. La ofensiva de las derechas se centraba en las fotografías de Lenin, Mao Tse-tung (después Mao Dze-dong), el Che Guevara y Fidel Castro que aparecían en el libro como lo que, para bien o para mal, fueron: decisivos

personajes históricos del fin del milenio que de ninguna manera podían hacerse a un lado. Desplegados, artículos editoriales y declaraciones a los medios fueron las bases de una intensa campaña frontal de empresarios y religiosos contra el libro de texto gratuito, que también incluyó secuestros de ejemplares, pintas en las calles, volantes y, por supuesto, rumores: se dijo que el gobierno arrancaría a los hijos de sus familias y que el comunismo se implantaría bien pronto. Ya picadas, las derechas criticaron ferozmente la nueva Ley de Asentamientos Humanos que, según el gobierno, trataba de "regular la brutal especulación en los predios urbanos" y que nunca llegó a nada, quizá porque los rumores en cuestión difundían que la ley no era más que "una socialización de los bienes raíces", y que el gobierno planeaba traer ejércitos de miserables a invadir y ocupar "las casas decentes". Como de costumbre, mientras más se procuró desmentir y negar esas necedades, más fuerte se esparcía el rumor. Para entonces el descrédito del presidente era irreversible.

Por si fuera poco, en ese año, el empresariado decidió prepararse mejor para enfrentar a Echeverría y formó una superélite llamada Comité Coordinador del Servicio Privado (CCSP), compuesta por la temible Asociación de Banqueros y las cámaras de industria y comercio. Después de varios reacomodos la agrupación se llamó Consejo Coordinador Empresarial (CCE), con la salida de la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (Canacintra) y el ingreso del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios (CMHN), comandado por Juan Sánchez Navarro. Dada la proximidad de la sucesión presidencial, Echeverría vio al CCE como un grupo de presión y procuró que fuese objeto de ataques desde diversos frentes. Con el tiempo, el Consejo Coordinador Empresarial se convirtió en la máxima representación del sector privado.

El fin del sexenio estaba a la vista y con él una avalancha de problemas políticos que convergían en las elecciones presidenciales y el cambio de gobierno. El panorama había cambiado en gran medida, nuevas fuerzas pugnaban por abrirse camino y había intentos serios por crear organizaciones políticas que representaran una verdadera oposición al régimen. Durante un tiempo mucha gente se entusiasmó por la posibilidad de que se unieran grandes personalidades como Heberto Castillo, uno de los líderes más importantes del movimiento estudiantil de 1968; Demetrio Vallejo, que finalmente salió de la cárcel; y escritores como Octavio Paz y Carlos Fuentes. Esta nueva organización política sin duda habría sido un verdadero trabuco izquierdista-intelectual, pero Fuentes se fue con el canto de las sirenas echeverristas, y Paz prefirió conservarse como concienciacríticaindependiente, así es que Vallejo y Castillo siguieron por su cuenta, con el apoyo de algunos ex participantes del 68 y de izquierdistas no marchistas. Todos ellos formaron el Comité Nacional de Auscultación y Coordinación (CNAC), que posteriormente se convertiría en el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT). Este nuevo partido no parecía tener prisa y antes de precipitarse a buscar su registro legal trató de consolidarse. El presidente Echeverría, como era de esperarse, buscó hacerlos bailar al ritmo de la "apertura democrática", esto es: cooptarlos y convertirlos en otro partido paraestatal más, como el PARM y el PPS, pero los pemetistas se mantuvieron firmes. Por tanto, el presidente recurrió a "sus jóvenes amigos" Rafael Aguilar Talamantes y Graco Ramírez para sacarse de la manga otro

partido “de izquierda”, el Socialista de los Trabajadores (PST), cuya denominación tan parecida a la del PMT buscaba crear confusión en el pueblo y canalizar disidencias hacia el sistema.

Por su parte, en 1975 el presidente Echeverría no pudo resistir la tentación de tratar de reelegirse. Ya que el de sufragio efectivo no servía para nada, el dogma de la no-reelección parecía inexpugnable, y desde Miguel Alemán ningún presidente se había atrevido a pretender perpetuarse otro periodo. Pero don Luis no se arredraba fácilmente y envió a sus propios emisarios a que “auscultaran”, y de esa forma preparasen, la posibilidad de la reelección. Sin embargo, una vez más Jesús Reyes Heroles tuvo los arrestos para detener en seco al presidente. “Aquellos aturdidos que pretenden la reelección”, declaró, “lastiman a la revolución, niegan nuestras instituciones y ofenden al revolucionario Luis Echeverría, dando lugar a un mal mayor que el que desean hacer aquellos que siniestramente la propalan”.

Ante esto, el presidente, cada vez más henchido de rencores hacia su gran ideólogo, no tuvo más remedio que desistir de reelegirse y mejor se concentró en emular al viejo Adolfo Ruiz Cortines a fin de “tapar al tapado” e innovar de pasada la gran tradición priísta del dedazo. Todos los observadores consideraban que Mario Moya Palencia, secretario de Gobernación, y Hugo Cervantes del Río, secretario de la Presidencia, eran los punteros de la sucesión y quienes contaban con más peso para influir en la decisión del dedo de la balanza. Sin embargo, un buen día el secretario de Recursos Hidráulicos Leandro Rovirosa Wade (según él “por su cuenta y riesgo” pero en realidad obviamente instruido por Echeverría) sorprendió a todos cuando dio una lista de ¡siete! “precandidatos” del PRI a la presidencia de la república. Ellos eran Mario Moya Palencia (Gobernación), Hugo Cervantes del Río (Presidencia), Augusto Gómez Villanueva (Reforma Agraria), José López Portillo (Hacienda), Carlos Gálvez Betancourt (IMSS), Luis Enrique Bracamontes (Comunicaciones) y Porfirio Muñoz Ledo (Trabajo).

La sorpresa fue tal que, al dar la noticia, Jacobo Zabludovsky se anotó un lapsus de antología cuando dijo: “El presidente Echeverría... *¡perdón!* El secretario de Recursos Hidráulicos dio una lista de los precandidatos del PRI a la presidencia...” Aún no cesaban las carcajadas cuando Echeverría dio su aval a su propia lista, y añadió: “Analícenlos, estúdienlos, hay democracia en México”. En el acto, se puso en primera fila para no perderse el gran espectáculo y ver cómo los grupos de cada suspirante se hacían pedazos, porque los siete seudotapados se la tomaron en serio y se movieron lo más que pudieron. López Portillo, por su parte, aseguró que él no quiso formar equipo alguno y que sólo se quedó mirando con Digno Rubor a quien finalmente decidiría todo.

Para reforzar la idea de que “había democracia en México” se decidió, como en épocas de Lázaro Cárdenas, formular un plan básico de gobierno que el futuro presidente tendría que ejecutar. Jesús Reyes Heroles, líder del PRI, encargado de prepararlo, pensó que la oportunidad era magnífica para atajar el dedazo presidencial y hacer real la prédica de una verdadera democracia. Tras las debidas consultas, anunció que el plan básico se presentaría en la gran convención del partido oficial y que ésta elegiría, a la vista de todos, al candidato.

La efervescencia política era sumamente intensa para entonces y aunque surgieron expectativas por la posible "elección democrática" los políticos más bien esperaban la designación tradicional y continuaron la lucha por la sucesión a través de los métodos habituales: grilla, tenebra y patadas debajo de la mesa. El sector privado desde un principio se manifestó en contra de Augusto Gómez Villanueva y Porfirio Muñoz Ledo por "izquierdistas" y excesivamente ligados a Echeverría. Gálvez Betancourt se sentía fuerte y se movía al máximo de sus posibilidades, pero ni él ni Bracamontes generaban grandes entusiasmos, por lo que, como antes, la atención se centraba en Cervantes del Río y en Moya Palencia, y este último parecía contar con el beneplácito de los hombres del dinero. Nadie daba grandes posibilidades a López Portillo, por su inexperiencia evidente.

Echeverría, sin embargo, buscaba alguien que le mereciera su "confianza", que le cuidara las espaldas (pues ya suponía que al dejar el poder sería criticadísimo) y que, de ser posible, pudiera manipularse debidamente para ensayar un nuevo maximato. El ideal, desde este punto de vista, parecía ser su viejo amigo José López Portillo, quien, además, era el más tapado de los siete destapados. Por tanto, lo fue preparando: un día, "sin que viniera al cuento", refiere López Portillo, "me enseñó todos los rincones de Los Pinos". También lo llamó para que asistiera a la entrevista que tuvo con el cha de Irán, y le encomendó que paseara a Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela. El 15 de septiembre las cosas se empezaron a aclarar para López Portillo cuando lo visitó Fausto Zapata, jefe de prensa del presidente, "para considerar los procesos de comunicación de la secretaría". López Portillo, que se entretenía en hacer declaraciones sobre la cuenta pública, dice que entendió que su amigo así le indicaba "estate quieto, ya no te expongas".

Por último, mientras los demás suspirantes y los observadores se quemaban las uñas para saber quién sería el Bueno, Echeverría llamó a López Portillo a Los Pinos y allí, con toda solemnidad, los dos interpretaron el siguiente sainetito: "¿Aceptaría usted la responsabilidad de todo esto?", preguntó Echeverría con un ademán que indicaba el despacho presidencial. "Sí, señor presidente. Acepto", respondió el secretario de Hacienda. "Bien. Entonces, prepárese usted", añadió Echeverría, "ya lo llamaremos cuando el partido concluya la organización y los sectores se pronuncien públicamente, pero no se lo diga usted a nadie, ni a su esposa ni a sus hijos".

El buen don Pepe se fue de allí "flotando". Por supuesto, no resistió comunicarlo a su querido hijo José Ramón, a quien después desgraciaría llamándole "el orgullo de mi nepotismo", ni a su querida Rosa Luz Alegría, la mujer que había logrado reactivar la pasión amorosa del quincuagenario. Por cierto, la doctora Alegría, "en sus tiempos", participó en el movimiento estudiantil de 1968, pero ya se había curado para entonces.

Reyes Heroles, por su parte, ya casi tenía su plan básico de gobierno y se esforzaba porque el candidato saliera de la convención, tal como se había anunciado. El lunes 22 de septiembre de 1975 se inició la gran asamblea esperadísima. El líder del PRI la presidía cuando le pasaron una tarjetita. Tenía que comunicarse en ese mismo momento con el presidente. Reyes Heroles supo al instante que Echeverría acababa de dar un "madruguete"; se

le había adelantado y ya había candidato. En esa ocasión Reyes Heroles ya no declaró que, como mexicano, no había votado por López Portillo, sino que demostró que en verdad había aprendido "a lavarse en agua sucia" y se disculpó ante la convención a pesar del coraje entripado que, según dicen, lo llevó a encerrarse varias horas en su despacho.

En efecto, Reyes Heroles fue a Los Pinos y encontró allí a los líderes de los sectores: Fidel Velázquez (CTM), Celestino Salcedo (CNC) y Óscar Flores Tapia (CNOP). Se dice que Echeverría les comunicó la noticia, y que después, cuando llegó López Portillo, le indicó: "Señor licenciado, los directivos de los sectores del partido están en la biblioteca y vienen a ofrecerle la candidatura". En todo caso, lo cierto es que a partir de ese momento López Portillo tuvo que enfrentar la feroz embestida de todos los priístas ansiosos por obtener un hueso en el siguiente sexenio, ritual conocido como "la carga de los búfalos" y que, toda proporción guardada, equivalía a la "invasión de Mongo" que a duras penas sobrevivió Isela Vega en Tuxtla Gutiérrez ("la furia del costalazo, cuerpo contra cuerpo, y chingue a su madre el que se voltee").

Pero hubo quienes se enteraron de antemano del dedazo. Julio Scherer García contó que a Ricardo Garibay y a él, por separado, Fausto Zapata de plano les dijo que serían "depositarios de un secreto que conoce media docena de personas" y de la "confianza expresa y total del presidente de la república". La comunicación de la noticia no era gratis: a Garibay se le pidió que escribiera un artículo sobre López Portillo para preparar el inminente dedazo; a Scherer, Zapata le sugirió que visitara, "desde ahora", al futuro presidente, que por cierto era primo del director de *Excélsior* . "Le digo al licenciado López Portillo que sé, naturalmente", dijo Scherer García. "Eso no", respondió Zapata, al instante. "¿Por qué, si sé?" "Usted se presenta en la secretaría de Hacienda con el ánimo de quien hace una visita de cortesía a su titular." "¿Tiene sentido?" "Así lo quiere el presidente Echeverría", remató Fausto Zapata, y después "sugirió" que *Excélsior* publicara una caricatura que "diera a entender" que López Portillo era el bueno. Scherer la encargó al dibujante Marino, quien dibujó a dos tapados; el Bueno era fuerte alto y erguido, y de la bolsa de su saco asomaba una de las patas de sus anteojos, lo cual, supuestamente, era "rasgo inconfundible de José López Portillo".

La designación de López Portillo sorprendió a los políticos, pero el sector privado se declaró satisfecho porque "los principales problemas del país eran económicos"; como se ve, los empresarios preferían ignorar que López Portillo no era economista y que, para esas alturas, según sus propias palabras, apenas "empezaba a aprender el honroso oficio de secretario de Hacienda". En todo caso, Echeverría había desquiciado las reglas no escritas del sistema; si bien él mismo no pasó por puestos de elección popular, sí había transcurrido la vida entera en la política y conocía el laberinto priísta muy bien; López Portillo, en cambio, practicó la abogacía y la docencia hasta los 40 años de edad "cuando se despertó su vocación por el servicio público". A principios del sexenio de López Mateos se inició en los Consejos de Planeación Económica y Social, y, de la mano de Luis Echeverría, su amigo de la infancia, fue ascendiendo vertiginosamente hasta que en escasos 15 años llegó a la cumbre. Sin hacer política, de la mano de la suerte y los amigos, López Portillo fue el primero en llevar a cabo ese tipo de ascensos fulgurantes, lo cual después se volvería monótono en los casos de Miguel de

la Madrid y Carlos Salinas de Gortari, la casta tecnocrática que en los años ochenta desplazó a la política y que llegó al poder a través de las reglas no escritas, las costumbres antidemocráticas de la política a la mexicana.

De cualquier manera, Echeverría tenía todas las intenciones de hacer sentir su peso y en el acto hizo movimientos que afectaban al candidato: sacó a Reyes Heroles del PRI y lo envió al IMSS; así se quitaba de encima a un elemento con personalidad propia que no le era nada grato, y podía poner a la que creía su gente en las posiciones clave del partido oficial: llevó a Muñoz Ledo a presidirlo y puso a Gómez Villanueva en la secretaría general con el fin de perfilarlo hacia el liderazgo de la nueva legislatura que ocuparía los escaños en 1976.

En tanto, López Portillo disfrutaba al máximo la embriaguez de la cargada, que le pareció "esa euforia organizada tan sabiamente por el partido". El virtual sucesor de Echeverría era nieto del escritor porfirista, más bien mediocre, del mismo nombre, y tenía sensibilidades artísticas que nunca desarrolló pero que le hacían considerarse pintor y escritor. Sus pinturas y sus libros eran deplorables, pero el futuro presidente de México logró que la cargada en pleno los considerara geniales, y así circularon *Don Q* y *Quetzalcóatl* , que por supuesto acabaron en los entrepaños de los funcionarios y arribistas, pues no se puede afirmar que éstos los hayan leído, ya no digamos disfrutado.

La vanidad de López Portillo era mayúscula (comparable a la de Echeverría, planteaba Scherer García, sólo que uno la ocultaba y el otro la ostentaba), y como todos le aplaudían y lo veían como semidiós, él estaba feliz y todo le parecía perfecto; el dedazo, por ejemplo, era ¡"un sistema sencillo de toma de decisiones"!, un "acuerdo consensual, y ello es democrático, porque opera con eficiencia después suscrita por el voto mayoritario"; el acarreo a su vez le parecía una "línea tradicional del partido", aunque aclaraba: "No son 'acarreados', son 'transportados por los propios hombres y las propias fuerzas del partido'"; también defendió el palomeo: "El PRI", dijo, "es el instrumento básico de un pacto implícito que culmina en un sistema peculiar de toma de decisiones". En su caso, como no había hecho política ni establecido alianzas, dado su ingreso de última hora en la carrera presidencial, propuso sólo unos cuantos candidatos y admitió que "los sectores del partido, dentro de su franja ideológica, manejaran sus expectativas para dar cohesión al sistema mediante el funcionamiento del pacto que lo explica"; como los jefes del PRI eran Porfirio Muñoz Ledo y Augusto Gómez Villanueva, las listas de diputados y senadores fueron elaboradas por ellos y el palomeo una vez más le correspondió a Echeverría con vistas a un control ulterior de esas fuerzas políticas.

Tanto Muñoz Ledo como Gómez Villanueva se encargaron de armar la campaña electoral de López Portillo, e inmediatamente lo enviaron a Nayarit para apoyar a Rogelio Flores Curiel, héroe del 10 de junio, quien se veía en dificultades ante la fuerza que por una vez mostraba el PPS. El PRI también se encargó de redactar los discursos del candidato, pero éste se los quitó de encima porque "le fascinaba improvisar". López Portillo se creía inspiradísimo, carismático, y se sobrevaloraba a tal punto que no le importaba tratar las cuestiones más delicadas apoyándose tan sólo en su "formidable

seguridad en sí mismo". Por esta razón al poco tiempo fue criticado y motivó ironías diversas en muchos viajes en los que improvisaba indiscriminadamente, sin orden ni concierto. "Cuando llego al micrófono no sé qué voy a decir, y cuando lo dejo no me acuerdo de lo que dije", reconoció, pues en verdad creía que su inspiración provenía del espíritu santo o de alguna supermusa o agencia del alma equivalente.

También quería mostrar su propio estilo personal; si Echeverría impuso la guayabera, él "lanzó" los cuellos de tortuga y las chamarras cazadoras de piel. Por supuesto, no podía competir con las capacidades anfetamínicas, y más bien ridículas, de trabajo de su viejo amigo, pero sí procuró mostrar que él también tenía superpoderes: además de escritor y pintor, desde un principio hizo ver que a sus 55 años de edad era el amo en equitación, tenis, karate, box, lanzamiento de jabalina y gimnasia. Deporte y cultura eran sus fuertes, y pidió "símbolos quetzalcoátlicos" como gran aportación a su campaña y, para competir con el "arriba y adelante" de Echeverría, urdió el lema "la solución somos todos" (que acabó en "la corrupción somos todos" al final de su sexenio). También era pródigo en citas citables de Heráclito, Platón, Aristóteles, Hobbes, Russell *et al.* para demostrar cuán culto era.

En las elecciones presidenciales de 1976 José López Portillo no tuvo candidato opositor. El Partido Acción Nacional (PAN) enfrentaba la peor de sus crisis internas y prefirió abstenerse de participar en los comicios; el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) y el Partido Popular Socialista (PPS) se alinearon, como era su naturaleza paraestatal, con el PRI, y sólo el viejo Partido Comunista Mexicano (PCM) presentó como contendiente a Valentín Campa, pero como el PCM no estaba registrado, nada de lo que hiciera contaba oficialmente. Por cierto, el Partido Comunista para entonces había sido afectado por las críticas antidogmáticas de José Revueltas (quien, a partir de 1968, creció enormemente en influencia e importancia) y también por la corriente eurocomunista de los partidos comunistas de Francia, Italia y España que luchaban por desestalinizarse y democratizarse.

Por tanto, sin nadie enfrente, López Portillo pudo dar riendas a la "improvisación". Después de que entró a caballo en San Juan del Río (emulando más al Charro Avitia que a Pancho Villa), empezaron los comentarios irónicos sobre el paquete de extravagancias del candidato, quien, con infinitas dosis de autoindulgencia, se perdonaba sus numeritos pues aducía que trataba de cortejar al pueblo y que entonces se volvía como "un pingüino que se hincha, salta, aplaude, se desliza".

Sin embargo, toda la atención pública que recibía y que le fascinaba se diluyó ante los numeritos internacionales del presidente Echeverría. En septiembre, desde su lecho de muerte, el anciano dictador español Francisco Franco negó el indulto a cinco terroristas vascos que fueron ejecutados. Echeverría decidió entonces escandalizarse al máximo. Como aún no había relaciones con España, el presidente mexicano rompió todo contacto con la península ibérica: cerró la atareada oficina de negocios, suspendió los vuelos de Iberia y las actividades de la agencia noticiosa EFE; además, pidió a las Naciones Unidas que expulsaran a España y que se suspendiesen las "relaciones económicas y las comunicaciones ferroviarias, marítimas, aéreas, postales, telegráficas, radioeléctricas, como la televisión, además de la ruptura de

relaciones diplomáticas con España". Echeverría incluso viajó a la asamblea general de la ONU, donde dijo que se hallaba allí para "librar una batalla en favor de los pueblos del tercer mundo".

Por supuesto, una vez que cesó el estupor ante su inusitado brío antifranquista, esta acción internacional de Echeverría sólo motivó burlas y comentarios irónicos tanto dentro como fuera del país. Democratízate democratizador, era el *leit motiv* de los comentarios. Si el presidente creía que con eso iba a merecerse la secretaría general de las Naciones Unidas (primero México, después el mundo) que tanto ansiaba, se equivocaba del todo.

Por otra parte, Echeverría instruyó al representante en la ONU para que se uniera a la gran mayoría del tercer mundo y votase a favor de la resolución "el sionismo es una forma de discriminación racial", con la cual Israel y Estados Unidos habían recibido una fuerte derrota internacional. Sin duda, Echeverría nunca previó la contundencia de la respuesta de los judíos, que presentaron una vigorosa protesta y que además eligieron a México para demostrar sus capacidades de represalia: en Tel Aviv, Nueva York y Washington tuvieron lugar manifestaciones en contra de nuestro país, y se organizó con rapidez y eficiencia un boicot turístico para que los judíos de todo el mundo se abstuviesen de viajar a México. Llovieron las cancelaciones en aerolíneas y hoteles. El sector privado se aterró por lo bien que se desempeñaba el boicot y decidió aprovecharlo, cuando menos, para seguir presionando al presidente. Ante la cascada de críticas Echeverría tuvo que enviar a Israel al titular de Relaciones Exteriores Emilio Rabasa con el fin de disipar "malentendidos". Allá, los israelíes, condescendientes, lograron que Rabasa declarara que el sionismo *no* era racismo, y después dijeron: "El malentendido entre ambos países debe olvidarse, perdonarse y entenderse."

En México no había cesado el alud de críticas por esa "diplomacia errática, sin rumbo", y todo se complicó más cuando se dijo que Rabasa había ido a Israel "a pedir perdón". El presidente se mostró ultrajado en su honor, que consideraba pedir perdón como la máxima ignominia. Por tanto, al regresar, Rabasa tuvo que declarar: "México no rectificó su voto al sionismo, simplemente lo explicó. Ni yo pedí perdón ni mucho menos lo hice a nombre del país". El pobre Rabasa acabó pagando los platos por este siniestro episodio y a fines de 1975 Echeverría le pidió la renuncia. Rabasa, uno de los pocos que había logrado navegar el sexenio en el gabinete, la tuvo que presentar, pero declinó el premio de consolación ofrecido: la senaduría por Tabasco. Alfonso García Robles, al fin alguien que sabía de esas cosas, lo reemplazó hasta el fin del periodo. A fines de diciembre Echeverría cerró el incidente con su célebre apotegma: "El mexicano nunca pide perdón."

Para entonces se había atenuado la locura del gasto gubernamental, pero también aumentaron los desocupados, y creció el desorden y la corrupción administrativa por la estrategia de "freno y arranque". La inflación disminuyó a 15 por ciento, pero seguía muy alta; se redujeron los ingresos de los trabajadores, pero también bajaron las importaciones y el déficit interno. Sin embargo, hubo que hacer fuertes pagos a los intereses de la deuda externa y para ello, claro, se contrataron nuevos créditos, cada vez más dolosos; la deuda externa creció en un 43 por ciento, y la interna, 36.8 por ciento. El

gobierno de Echeverría luchaba por evitar una devaluación del peso, mas esto ya era imposible pues para entonces la especulación contra la moneda era imparable y la fuga de capitales llegó a 460 millones de dólares ese año. El sector privado, por su parte, nuevamente contrajo sus inversiones y se dedicó a pegarle al peso como si fuera *punching bag* .

En tanto, José López Portillo seguía su campaña y cada vez lograba admirarse más a sí mismo. Pero también vio la realidad del país, a pesar de los incontables filtros del sistema, y se mostró "muy consternado" al darse cuenta, ¡hasta entonces!, de la miseria en que vivían los desprotegidos. "Lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer", sentenció, muy satisfecho, porque una vez más lograba reducir una realidad lacerante a una frase (ya lo había hecho con el movimiento estudiantil de 1968, que terminó en la fórmula "Crisis de la conciencia y conciencia de la crisis"). A lo largo de su costosísima campaña siguió con sus frases célebres y empezó a hablar de una "alianza para la producción".

Por esas fechas, el país se consternó con la muerte, a los 80 años de edad, de Daniel Cosío Villegas, quien fue enterrado con sencillez en el panteón Jardín, "acompañado por gente de El Colegio de México y algunos viejos amigos". Echeverría envió como representante a Víctor Bravo Ahuja, cuyas palabras "elogiosas, pomposas" representaron "la nota disonante", dice Enrique Krauze. El gobierno quiso enviar los restos a la Rotonda de los Hombres Ilustres, pero la viuda se negó "rotundamente".

En 1976 también murió José Revueltas. Desde su salida de la cárcel, en 1971, su salud se hallaba muy resentida y ya nunca pudo restablecerse del todo; los jóvenes izquierdistas del país se volcaron a rendirle homenajes constantes, que bien le caían después de décadas de obstrucciones y ninguneo. Su peso como figura nacional creció notablemente. Cuando murió, la izquierda, los militantes del 68 y muchos estudiantes lo fueron a despedir. Sin embargo, por esas fechas murió también Sara Ornelas, lideresa de los voceadores y acarreadora número uno del PRI. El candidato López Portillo decidió asistir "en paquete" al velorio de ambos cadáveres, que se hallaban en la funeraria Gayosso, a pesar de, o precisamente por, las diferentes connotaciones de las dos figuras. Cuando supieron esto, los dolientes de la muerte de Revueltas prefirieron sacar el cadáver del velatorio y lo llevaron a Ciudad Universitaria, adonde seguramente el candidato no iría. Así ocurrió. Esta falta de sensibilidad de López Portillo era comprensible, pues él se veía como un Intelectual y Escritor muy Superior a Todos los Existentes, por supuesto mil veces mejor y más importante que Arreola, Rulfo, Fuentes, ya no se diga que Revueltas, y por eso la literatura nacional nunca le interesó gran cosa; además, Echeverría había cortejado a artistas e intelectuales y él, siguiendo la ley no escrita del péndulo sexenal, se fue al otro extremo.

Pero la muerte de Revueltas no acababa de crear círculos concéntricos. Al día siguiente una multitud se reunió en el panteón para despedir el cadáver, y el presidente de nuevo envió al secretario Bravo Ahuja en su representación. Éste se dispuso a pronunciar otro de sus discursos "elogiosos, pomposos", pero los asistentes no se lo permitieron. El poeta Martín Dozal de plano le dijo que los gobiernos mexicanos habían encarcelado y reprimido a Revueltas y que para entonces era inadmisible que tratasen de incorporarlo al santoral

oficial; después le exigió que se fuera de allí, y Bravo Ahuja tuvo que hacerlo con su cohorte de guaruras. De esa forma, la muerte de José Revueltas resultó un acto político, como lo fue toda su vida, y una forma de resistencia al sistema.

Los conflictos arreciaban durante el fin del sexenio. En Nayarit el gobierno se las veía difíciles, y la candidatura de Rogelio Flores Curiel peligraba ante la popularidad que logró generar Alejandro Gastón Mercado, candidato del PPS, quien resultó vencedor en las elecciones. Era la primera vez que el PRI perdía una gubernatura y Echeverría, gran chofer del carro completo, no lo iba a permitir. Porfirio Muñoz Ledo, presidente del PRI, salió entonces con una maniobra ejemplar de grilla mexicana y convenció al líder del PPS, Jorge Cruickshank García, para que aceptara una senaduría por Oaxaca a cambio de que el PPS no impugnara el "triunfo" de Flores Curiel. Cruickshank aceptó y así se convirtió en el primer senador de oposición del país, pero Gastón Mercado, a quien mucho trabajo le había costado ganar las elecciones, montó en cólera y por supuesto se salió del PPS, formó su propia asociación política y después se unió al naciente Partido Socialista Unificado de México (PSUM), compuesto en su nave mayor por el Partido Comunista, que se disolvió después de siete décadas de existencia.

Y, por si fuera poco, explotó el caso *Excélsior* . Echeverría había hablado tanto de apertura democrática y de libertad de expresión que no pudo evitar que los periodistas y editorialistas de *Excélsior* lo criticaran con gran lucidez en muchas ocasiones, por lo que este periódico se convirtió en el más leído e influyente del periodo, además de que se ganó un buen prestigio en el extranjero. En 1972 el sector privado le retiró todos los anuncios, pero en ese momento el gobierno apareció como ángel de la guarda y cubrió la publicidad que los empresarios habían retirado. El director Scherer García sorteó ésa, pero ya no pudo cuando la ofensiva vino directamente de Echeverría. Éste, disgustado porque *Excélsior* no se prestaba al juego de simular una actitud crítica, hizo que Humberto Serrano, uno de sus pilares de la "segunda reforma agraria", invadiera el fraccionamiento Paseos de Taxqueña, que pertenecía a la cooperativa del periódico y donde se construían las casas que se sorteaban en las campañas de suscripción.

La invasión dio pie a que otro grupo de la cooperativa, encabezado por Regino Díaz Redondo, se opusiera a la dirección de Scherer; decían que perderían el fraccionamiento porque no se habían hecho bien las cosas; que ya estaban enemistados con el presidente y con el sector privado, y que los iban a aplastar. Este grupo contaba con el apoyo del gobierno y convocó a una asamblea extraordinaria para derribar a Scherer García y al gerente general Hero Rodríguez Toro. Los colaboradores del periódico a última hora decidieron responder con un manifiesto que se publicaría en la última página de la primera sección, "la más solicitada por los publicistas, donde se anunciaba El Puerto de Liverpool", para apoyar a la dirección y a la gerencia general, y para avisar que los firmantes no colaborarían con una dirección ilegítima. Las firmas eran, entre otros, de Heberto Castillo, Gastón García Cantú, Miguel Ángel Granados Chapa, Jorge Ibargüengoitia, Vicente Leñero, Froylán López Narváez, Enrique Maza, Luis Medina, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Carlos Pereyra, Abel Quezada y Samuel I. del Villar.

Sin embargo, este manifiesto nunca llegó a publicarse, pues los opositores lo retiraron de las máquinas en la madrugada y el 8 de julio la página en cuestión apareció en blanco. Ese mismo día tuvo lugar la asamblea. El control de la gente de Díaz Redondo era absoluto y los de Scherer mejor se retiraron. Habían perdido *Excélsior* . No obstante, el grupo de Scherer no se resignó a su derrota. Denunció la maniobra en todos los medios, se hizo oír en el extranjero, y, después, recurrió a la opinión pública para financiarse a través de acciones que pusieron a la venta. La entonces naciente sociedad civil los apoyó sin reservas y muy pronto, a pesar de enormes obstáculos y tras resistir todo tipo de presiones, lograron sacar la revista *Proceso* , cuyo primer número alcanzó a salir en noviembre de 1976, antes de que concluyera el periodo de Echeverría. El caso *Excélsior/Proceso* resultó sumamente importante en la vida del país, pues rompió con la costumbre de que las víctimas de arbitrariedades presidenciales prefirieran resignarse o reintegrarse al sistema; además, permitió que el público tuviera intervención directa en un caso político de esa naturaleza y fortaleció enormemente la libertad de expresión que, si bien seguía siendo condicionada, a partir de ese momento pudo ser ejercida por todo aquel que tenía la tribuna, la valentía y el sentido de responsabilidad para hacerlo. Por todo esto, el acto autoritario del presidente Echeverría a la larga le resultó una de sus grandes derrotas.

Esto se vio casi instantáneamente, pues del *Excélsior* también salieron otras publicaciones críticas. Manuel Becerra Acosta, otro de los altos directivos del periódico, no quiso integrarse a *Proceso* y con un grupo de colaboradores preparó el diario *Unomásuno* , que salió a fines de 1977 y que revolucionó los conceptos del diarismo nacional, así como *Proceso* también innovó en las revistas. Además de estas dos publicaciones, también surgió *Vuelta* , dirigida por Octavio Paz, quien se solidarizó con Scherer y dejó *Plural* en manos de la nueva administración de *Excélsior* .

En julio, en medio del escándalo en *Excélsior* , tuvieron lugar las elecciones presidenciales, que, naturalmente, resultaron aburridísimas, pues el candidato del PRI no tuvo oposición oficial. Estas condiciones extremadamente cómodas para el partido oficial significaron también una apatía mayúscula que se tradujo como abstención; de 26 millones de ciudadanos se empadronaron 24 y de éstos 17 votaron por el PRI. Esto es según las cifras oficiales, que siempre se maquillaban aunque fuese para no perder la práctica.

Para festejar su triunfo en las urnas, José López Portillo se fue de viaje a Estados Unidos y demostró que su brújula intuitiva no era tan buena como él creía pues conversó con Gerald Ford largo y tendido sobre Centroamérica, cuestiones migratorias y tráfico de drogas. López Portillo daba por sentado que Ford repetiría como presidente de Estados Unidos, pero, como se sabe, perdió las elecciones ante James Carter. De Washington, López Portillo voló a San José y a Caracas “para que se supiera que no perdía de vista a Latinoamérica”. En septiembre fue declarado presidente electo, y don José, cuyas patillas y cejas hacían recordar al Loco Valdés, se instaló en una casa de Coyoacán a esperar los larguísimos tres meses que faltaban y a planear los incontables planes que después presentaría. Su meta inmediata, como en tiempos de Ávila Camacho, era “restablecer la confianza” del sector privado y

calmar las aguas del país. Ya después él se encargaría de revolverlas como se le diera la regalada gana.

A partir de las elecciones, ya con un virtual presidente que les guiñaba el ojo, más el brioso apoyo de Estados Unidos y su oficina de espionaje, el sector privado aceleró la campaña contra el aún presidente Echeverría para satisfacer la antipatía que le causaba, pero fundamentalmente para mostrar su fuerza, y presionar y modelar la política del sucesor. La fuga de capitales y la compra de dólares prosiguieron con gran vuelo, y con ellas el reiterado rumor de una devaluación del peso. "La política económica de Luis Echeverría es incierta y contradictoria", se decía, y también que el corrupto presidente había comprado, a través del millonario mueblero Mario Vázquez Raña, la cadena periodística García Valseca, dueña de *El Sol de México* y los *Soles* del interior. También corría el rumor de que Echeverría era "prácticamente dueño de Cancún" y por supuesto que pretendía imponer un maximato por encima de José López Portillo.

Pero el rumor más siniestro anunciaba un golpe de Estado para el primero de septiembre, día del último informe presidencial. El rumor del golpe de Estado se esparció con fuerza inusitada y, lo que era peor, en ningún momento era cuestionado, sino que todo mundo parecía dar por un hecho que se instaurase una dictadura militar al estilo cono sur. La idea de un golpe de Estado, el retiro masivo de dinero, la compra de dólares y la perspectiva de una devaluación desquició a la clase media, que empezó a sentirse politizada al estilo cacerolista mientras hacía colas larguísimas para comprar dólares en los bancos. Pronto circuló, junto al del golpe de Estado, el rumor de que Echeverría daría "un autogolpe para perpetuarse", y los ricos ya no sólo se llevaron sus dólares sino también joyas y otros bienes suntuarios ya que también se rumoraba que el gobierno los incautaría.

Para esas fechas la clase media alta del país se desnacionalizaba a pasos agigantados; tenía dinero y lo gastaba alegremente, ya le estaba tomando gusto al buen vinillo y despreciaba, guaj, el pulque, que "era de nacos"; ya empezaba a darse sus vueltas por Europa y Estados Unidos cada vez que podía y desbordaba cines, teatros, clubes nocturnos. Los restoranes de lujo se llenaban de hombres y mujeres elegantes que hablaban de política y se ufanaban de "estar al tanto", de "saber cosas que no se publican", sin sospechar en lo más mínimo que eran sometidos a una intensa manipulación por parte del gran capital nacional e internacional, que, por supuesto, había obtenido ganancias extraordinarias durante el periodo de Echeverría.

En todo caso, la crisis económica había estallado con una virulencia inusitada: el gasto público se había contraído fuertemente en 1976, más aún que en 1975, y el PIB cayó a 1.7, el más bajo en muchísimo tiempo. Disminuyeron también los ingresos vía impuestos y el déficit fiscal, pero la deuda externa y la interna crecieron espectacularmente, al igual que los precios de todos los productos. La balanza de pagos fue favorable, pues, al no haber dinero, bajaron las importaciones y subieron un tanto las exportaciones, pero el pago de intereses aumentó en 41.6 por ciento. La fuga de capitales llegó a 1 884 millones de dólares y, por supuesto, arrasó con las reservas federales.

En marzo de 1976 se autorizaron los depósitos en dólares, lo que provocó una

reconversión de pasivos en moneda nacional a pasivos en dólares. En junio, el presidente declaró que el peso no se devaluaría, pues "el crédito del país y la firmeza de la moneda son hechos irrefutables", y añadió: "Los heraldos foráneos de la desconfianza y la catástrofe, y sus aliados internos que se dejan llevar por el egoísmo y la duda, han fracasado una vez más". Sin embargo, en agosto, en víspera del informe y del supuesto golpe de Estado, Echeverría tuvo que cambiar la paridad; según él, el peso no se devaluó ("esa palabra no", insistía), sino que simplemente se "puso en flotación hasta que el mercado determinara el nuevo valor de la moneda". El secretario de Hacienda, Mario Ramón Beteta, explicó, el 30 de agosto, que la "flotación" se debía a la fuga de capitales, al endeudamiento creciente y a la falta de competitividad en costos y precios en los mercados internacionales. Ese mismo día, el presidente ya había olvidado que "mantener la paridad es factor básico de confianza" y "pieza vital de la economía", y declaró: "México continuará su marcha ascendente por sobre las pequeñas piedritas en el camino que grupos oligárquicos o extranjerizantes quieren poner a la marcha popular".

El primero de septiembre Echeverría pronunció el informe más largo de la historia del país; no llegó a los récords de Fidel Castro, pero con 5 horas 43 minutos si bien no fue una marca sí fue un buen averaje, como dicen los cubanos; además, el presidente dejó el clásico auto negro descubierto y prefirió caminar al edificio del Congreso. Por supuesto, el tema principal fue la devaluación, que durante cinco años fue vista como la peor de las plagas y que para entonces era "una excelente medida" que serviría, como siempre se dice, "para aumentar las exportaciones". Los disciplinados priístas aplaudieron sin reservas, a pesar de que Echeverría advirtió: "Habrá unos momentos, unos días de desconcierto, se van a ajustar precios y salarios. Siempre hay un sector que en esas ocasiones gana más; los más ricos ganan más aunque tengan demasiado; necesitamos proteger a los obreros y a los jóvenes que estudian", añadió el preocupado presidente.

A partir del 2 de septiembre los aumentos de precios se generalizaron en casi todos los productos. Empresarios y comerciantes esperaban la devaluación con ansia y la aprovecharon al instante. Hubo infinidad de abusos, como era de esperarse, y el Congreso del Trabajo en el acto solicitó un aumento de 60 por ciento a los salarios y amenazó con un paro general para el día 28. Esto motivó que los salarios mínimos subieran 23.5 por ciento. Sin embargo, como también era de esperarse, el muy gastado gobierno también se incorporó a la escalada de precios y aumentó 10 por ciento sus bienes y servicios. "No subirá la gasolina", declaró, enfático, el presidente, y todos los pobres mexicanos se pusieron a temblar, pues para entonces sabían muy bien que si el gobierno anunciaba algo había que esperar exactamente lo contrario. Y, en efecto, en noviembre se elevó el precio de la gasolina-que-no-subiría, y una nueva ofensiva de alzas se dejó sentir en un México herido a fin de sexenio.

La devaluación obligó al nuevo equipo de Hacienda a viajar a Estados Unidos a acordar un convenio con el Fondo Monetario Internacional (FMI). Ya no había dinero y proseguía la fuga de capitales para presionar una nueva devaluación. Para entonces tres mil millones de dólares se hallaban ya en los bancos estadunidenses. El FMI por supuesto impuso las condiciones leoninas, usureras, que solía infligir a los pobres países miserables que caían en sus

garras. “Moderación salarial y ‘disciplina’ en el gasto” eran los eufemismos que se usaban para simular las exigencias de entrega paulatina de los recursos nacionales.

En tanto, el peso dejó de flotar y la paridad, después de dos décadas de no moverse de 12.50, se fijó en 19.70 “a la compra” y 19.90 “a la venta”, pues, no satisfechos con las ganancias que la devaluación les había generado, los financieros inauguraron en México el abuso de ganar 20 centavos más con cada transacción de dólares. En todo caso, la devaluación era de 58 por ciento. Las “presiones devaluatorias”, no obstante, continuaron, y en octubre el dólar llegó a valer 26.50, lo que obligó a ponerlo a flotar nuevamente hasta que se estabilizó entre 22 y 23 pesos.

De cualquier manera, Echeverría aparentaba no preocuparse por nada de eso. Eso sí, emitió un decreto de emergencia ¡para evitar el despilfarro oficial! Era la Ley de la Austeridad, que restringió los viajes de los funcionarios y que procedería contra quienes no acatasen sus reglamentos. “La ley de ninguna manera es para maniatar al próximo gobierno”, se explicó.

En septiembre inauguró las instalaciones del nuevo Colegio Militar en la salida a Cuernavaca, pues para esas alturas el presidente trataba con pinzas a los militares (no le fueran a hacer cierto el rumor de golpe de Estado que para entonces se fijaba en el 20 de noviembre, día de la vieja revolución mexicana) y uno de sus más deplorables dedazos de última hora consistió en la imposición del general Hermenegildo Cuenca Díaz, secretario de la Defensa, para la gubernatura de Baja California. El general Cuenca, infectado con las conductas del presidente, se había entercado en gobernar la entidad fronteriza, donde hubo una fuertísima oposición.

Echeverría también se autorregaló su Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTM), que se instaló en San Jerónimo para que le quedara cerca de casa. Supuestamente, el Centro se constituyó con el fin de “coordinar las acciones para evitar que los países en desarrollo, inducidos por la enajenación, seleccionen tecnologías e investigación científica en forma indiscriminada”. Sin embargo, aunque llevó a cabo algunas actividades meritorias, el CEESTM más bien fue el juguetito, montado a todo lujo, no faltaba más, con que el inminente ex grillaría y se entretendría, sin tener que esperar a que llegara su López Mateos a darle algo que hacer.

Además, Echeverría no mostraba la más mínima intención de resignarse a dejar el poder. En los últimos tres meses de su gestión recorrió el país de arriba abajo y en todas partes aclaraba que “no decía adiós, sino hasta luego” y que pronto lo volverían a ver “con su energía acostumbrada”. En octubre, el presidente fue a la capital de Nuevo León y allí pronunció un comentado, virulento y pírrico “regaño” contra el grupo Monterrey para “vengarse” de los insultos que le habían propinado durante el entierro de Eugenio Garza Sada. De Monterrey se fue a Baja California y a Baja California Sur, y de allí se paseó por Jalisco, Coahuila, Nayarit, Hidalgo, Tlaxcala, Tamaulipas, Veracruz, Sonora, Guanajuato, Querétaro, Oaxaca, Chiapas, Michoacán, Sinaloa, Tabasco, Quintana Roo y, por si fuera poco, repitió las visitas a más de diez de esos estados. Hablaba sin parar, minimizaba la devaluación, los rumores y la

agresividad del sector privado. “Pienso continuar ejerciendo influencia y apoyando con orientaciones al nuevo régimen”, de plano amenazaba. En noviembre, aclaró lo que esperaba de la próxima administración: “Un gran empuje creador, dentro de las mismas normas políticas y constitucionales del actual gobierno”.

Todo esto aterraba al país y seguramente fastidiaba al presidente electo que, en su casa de Moctezuma, fingía no oír nada, esperaba turno y echaba a volar la imaginación con la carta que escondía bajo la manga y que debía a su viejo amigo Jorge Díaz Serrano, quien, en 1965, incluso le había facilitado un coche y dinero en lo que López Portillo obtenía chamba en el gobierno. Díaz Serrano, en los años setenta, se había enriquecido como contratista de Petróleos Mexicanos, tenía una próspera empresa petrolera, Pemargo, e incluso se decía que era socio del político texano, y después presidente de Estados Unidos, George Bush.

Díaz Serrano se enteró de que varios especialistas estadunidenses afirmaban que México disponía de inmensos yacimientos petrolíferos inexplorados, así es que hizo sus averiguaciones. Advirtió que los ingenieros de Pemex creían que a partir de 1970 el petróleo mexicano sería tan escaso que habría que importarlo, a pesar de que en 1973 habían aflorado los pozos de Cactus y Sitio Grande, en Tabasco. En 1976 surgió el pozo Chac y Díaz Serrano se convenció, verdaderamente eufórico, de que había grandes yacimientos en la zona de Tabasco y de que era impostergable perforar en el mar, a pesar de las grandes dificultades técnicas y económicas. Todo esto lo comunicó a su viejo amigo el presidente electo, quien al instante convocó a los especialistas de Pemex, encabezados por el ingeniero Francisco Iguanzo, quienes insistieron que las reservas petrolíferas eran de 6 300 millones de barriles.

Díaz Serrano adujo que esas cifras eran incorrectas, que en realidad se contaba con 11 200 millones de barriles, por lo que Iguanzo se molestó y dijo que iría a contarle todo al presidente Echeverría. Por cierto hay quienes dicen que los ingenieros de Pemex sí sabían que las reservas eran mayores pero que, patrióticamente, se negaron a informarlo a Echeverría para que éste no dispusiese de un arma semejante. El mundo vivía entonces la gran crisis del petróleo y los países que lo poseían habían entrado en un auge que les hacía ganar dinero en cantidades demenciales. El poder del petróleo era tal que los países productores, agrupados en la OPEP, habían decretado un exitoso y ruidosísimo embargo petrolero a Estados Unidos y los países ricos.

Según Díaz Serrano, más tarde le correspondió acompañar a David Ibarra, secretario de Programación y Presupuesto en el inicio de la gestión lópezportillista, a visitar a la gente del FMI y a los grandes banqueros estadunidenses, quienes los trataban con insoportable arrogancia, pues sabían que México se hallaba en pésimas condiciones económicas; sin embargo, de pronto Díaz Serrano mostraba los planos de la “zona del cretácico Chiapas-Tabasco y las vastas posibilidades de reservas petrolíferas” y con esto al instante cambiaba la actitud de los financieros que “por arte de magia” se volvían buenos y corteses amigos. “Diez meses después”, contaba Díaz Serrano, “en otra visita al mismo banco la bandera de México estaba desplegada y en la acera nos esperaban los principales ejecutivos de la institución”.

Además de poner todas sus esperanzas en el petróleo, el presidente electo consentía sus furores tecnocráticos a través de su "sistema matricial", que, con todo y su horrenda denominación supuestamente era la panacea de la programación. Se trataba de "una proposición metodológica racional y satisfactoria", y consistía en "una matriz de dos entradas para ordenar en el espacio y en el tiempo fines, medios, acciones responsables, controles, cruces coincidentales, prioridades no como acciones excluyentes sino concurrentes a las que se asocian, subordinadas, las otras definiendo la eficacia, la eficiencia y la congruencia de todo en todo" (¡*sic* !). Con el auxilio de su hijo José Ramón y de Rosa Luz Alegría, López Portillo elaboró su "hermoso instrumento de planeación", pero, desde un principio, sus colaboradores más cercanos, de una forma u otra, y con toda la sutileza de rigor, ignoraron el tal "propósito metodológico" y durante el sexenio los incalculables poderes de la presidencia no lograron que los tecnócratas aplicaran el proyecto favorito del presidente. Sólo al final, Miguel de la Madrid hizo como que lo tomaba en cuenta para el Plan Global de Desarrollo, lo cual sin duda contribuyó para que el dedo de la balanza se inclinara en su favor.

Llegó el temido 20 de noviembre y no hubo ni autogolpe ni golpe de Estado, pero los banqueros, de cualquier manera, le pidieron a López Portillo que el gobierno, y no ellos, cerrara los bancos a partir de ese domingo hasta después de la toma de posesión; esto sin duda le caería como bomba a Echeverría, además de que contribuiría enormemente al pánico y el desorden del fin de sexenio. Según López Portillo, Mario Ramón Beteta y Miguel de la Madrid, secretario y subsecretario de Hacienda, más Ernesto Fernández Hurtado, del Banco de México, le plantearon la petición de los banqueros. "¿Se acabó el dinero en bancos, en Tesorería y en Casa de la Moneda?", preguntó el presidente electo. Le respondieron que no; según ellos, se trataba "de un problema de suministro". López Portillo asegura que se negó a cerrar los bancos y que en realidad ése fue su primer acto de gobierno.

Por su parte, ese mismo día Echeverría decretó la afectación de 137 135 hectáreas de agostadero en el Valle del Yaqui, al sur de Sonora. Éste era el corolario de los pleitos del presidente con los ricos neolatifundistas de Sonora, que cobraron más fuerza aún con la destitución de Biebrich, y que, liderados por Carlos Sparrow Sada, cabeza de la Cámara de Comercio de Ciudad Obregón y de "línea dura", habían estado llevando a cabo paros patronales y bloqueando carreteras con sus tractores y vehículos agrícolas como protesta por las invasiones que habían tenido lugar. "Aténganse a las consecuencias", les dijo Echeverría a fines de 1975. Los conflictos arreciaron a lo largo de 1976 y el presidente esperó el simbólico 20 de noviembre para repartir las primeras 100 mil hectáreas entre casi nueve mil sujetos de derechos agrarios, que, según los agricultores, no eran más que gente turbia acarreada de otras partes.

La expropiación del Valle del Yaqui cayó como bomba en el país, y se criticó con toda dureza a Echeverría porque la hubiese llevado a cabo a escasos diez días de que concluyera su mandato. Era, se decía, premeditación, alevosía y ventaja. Las cámaras de comercio de 51 ciudades decretaron un paro de protesta, dirigido por Andrés Marcelo Sada, líder de la Coparmex. Todo esto hizo que los rumores de golpe de Estado se incrementaran y que el sexenio

concluyese en medio de una agitación terrible. Como había amenazado, Echeverría gobernó hasta el último minuto. Ejercer un poder como el del presidencialismo mexicano le gustó tanto que se le volvió adicción, así es que en los sexenios siguientes no dejó de ser motivo de nuevos escándalos. López Portillo lo toreó con grandes dificultades, pero, de cualquier manera, en todo momento tuvo que sobrellevar uno de sus peores lastres: el origen de su presidencia, que no provino del pueblo, y ni siquiera del partido oficial sino de uno de los mandatarios más irresponsables de la historia del país. Por otra parte, López Portillo nunca pudo dejar de competir con su antecesor, y sus excesos en el uso del poder también se volverían emblemáticos de la corrupción y de la decadencia del sistema político mexicano.

7. Lo prometido es deuda (1976-1982)

LA MATRIZ DE DOS ENTRADAS

El primero de diciembre de 1976, José López Portillo, animoso, tomó posesión de la presidencia en un momento en que el país se hallaba en tiempos sumamente difíciles. Era consciente, dijo, de que se vivían condiciones "críticas, casi histéricas". Se cuidó mucho de no atacar a su antecesor, pero tuvo que pedir "una tregua" para enfrentar el panorama de inflación, recesión, devaluación, desempleo, desconfianza, así como la desestabilización de precios, salarios, utilidades y fisco con "rumores desequilibrantes".

En su informe, el nuevo presidente anunció su "alianza para la producción" que tendría lugar entre autoridades, patrones y obreros, así como inaplazables reformas política, fiscal y administrativa. Propuso el desarrollo del país en tres etapas: restaurar la economía durante el primer bienio, consolidarla en el segundo y "crecer aceleradamente en 1981 y 1982". Afirmó que sus prioridades serían el petróleo y los alimentos. Era insoslayable lograr la autosuficiencia alimentaria y utilizar los vastos yacimientos petrolíferos recién descubiertos; "el petróleo sería la palanca del crecimiento", pues el auge del mercado de productores generaría excedentes que impulsarían el crecimiento de México.

El nuevo presidente había declarado que él no era "ni de derecha ni de izquierda", pues "no le interesaban las geometrías políticas". Sin embargo, sus contactos en Hacienda con el sector privado, además de la ley no escrita del péndulo sexenal, hacían que casi todos lo ubicaran en la derecha. Él, por su parte, no contradecía a nadie. Por esas fechas los empresarios estaban crecidos, "ensoberbecidos", y, como en tiempos de Ávila Camacho, López Portillo pensaba que lo más urgente era "restaurar la confianza". Por tanto, se manejaba con una gran cautela en cuestión de definiciones. "Me silencié", relató después, "para poder moverme en el resbaloso terreno de la crisis, hasta reactivar todas las fuerzas económicas..." Ya picado, reconoció que había "tolerado manipulaciones".

Sin embargo, quiso hacer ver que no era insensible a los reclamos populares e incluso desconcertó a todos (y motivó algunas risitas socarronas) cuando, en plena toma de posesión, visiblemente se emocionó al pedir perdón a los desposeídos y marginados, e incluso lloró al asegurar que en beneficio de ellos "nos aliamos para conquistar, por el derecho, la justicia... Ésa es mi misión. No quiero otra". No faltó quien dijera que de un presidente pelón habíamos pasado a uno chillón.

De cualquier manera, el discurso de toma de posesión fue eficaz y aquietó notablemente el agitado panorama nacional. Los ricos del país concedieron la

tregua pedida, y el nuevo presidente, aún "asombrado de no asombrarse" se resignó a que más de cuatro mil políticos felicitadores le dejaran la mano en calidad de masa para tortillas. Sí advirtió, por supuesto, cuando el (al fin) ex presidente Echeverría clamó estentóreamente: "¡Viva López Portillo!" También se enteró de que Gustavo Díaz Ordaz dio la espalda ostensiblemente a Echeverría cuando éste lo quiso abrazar. "Ahora podemos respirar tranquilos", acababa de declarar Gustavito a la prensa.

Luis Echeverría se fue a rumiar la humillación a su Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTM) que a partir de ese momento funcionaría como sus *headquarters* . Si como presidente Echeverría pretendió lastimosamente equipararse con Lázaro Cárdenas, como ex también pretendía "estar atento al desarrollo del país para que no se perdieran las conquistas revolucionarias", es decir: para seguir ejerciendo control. Desde el CEESTM ese mismo día sin titubeos Echeverría utilizó "la red", que intercomunicaba a los altos funcionarios, y felicitó a su archienemigo Jesús Reyes Heroles, recién nombrado secretario de Gobernación. "Sé que lo harás muy bien", le dijo. "Por eso te hablé: para felicitarte y pedirte lealtad, colaboración." "Espera, Luis", atajó Reyes Heroles, "a quien debo lealtad y colaboración es al presidente López Portillo; él me nombró. Y a ti te voy a pedir que cuando quieras hablar conmigo no lo hagas por este medio".

Era público y notorio que Echeverría trataría de imponer un maximato, o, cuando menos, de seguir haciendo política hiperactiva a través de la gente que heredó a López Portillo: Porfirio Muñoz Ledo, en Educación; Hugo Cervantes del Río, en la Comisión Federal de Electricidad; Emilio Martínez Manautou, en Salubridad; Carlos Sansores Pérez, en el PRI; y Augusto Gómez Villanueva, jefe de la mayoría priísta en la Cámara de Diputados.

López Portillo sentía gratitud hacia su ex jefe, pero de ninguna manera estaba dispuesto a dejarse mangonear por él, y por eso puso a Reyes Heroles en Gobernación; éste, hijo de madre extranjera, a causa del artículo 82 constitucional, no podía ser presidente, y además tenía un prestigio sólido como intelectual y conocía los pasadizos, calabozos, cámaras y recámaras del sistema. Por su parte, López Portillo reconocía que "jamás había entrado, de lleno, en la práctica de la política-política" y que "no tenía suficiente experiencia".

Desde noviembre López Portillo había llamado a Reyes Heroles, a quien admiraba. "Mi hermano", dice que le dijo, "si quieres escribir te ofrezco un puesto de responsabilidad pero quieto, como Nafinsa. Si quieres ayudarme en serio, escoge entre Relaciones, Trabajo y Gobernación". Reyes Heroles, por supuesto, eligió Gobernación. "Yo confiaría en su talento y energía, pues el problema económico absorbería gran parte de mi atención. Acordamos tener pocos acuerdos", añadió, implacable, el recién presidente. Reyes Heroles, pues, contaba con facultades muy amplias para encargarse de los problemas "políticos-políticos" del país, y muy especialmente, por iniciativa propia y/o por valores entendidos, para detener en seco a Echeverría y desmantelar las posiciones de su gente. Poco a poco irían cayendo todos ante las jugadas del supersecretario.

El pobre Echeverría, por su parte, vio canceladas sus aspiraciones de obtener

el premio Nobel de la paz y las de ocupar la secretaría general de las Naciones Unidas. "¡Waldheim 14, Echeverría 0!", cabeceó muerto de la risa el vespertino de *El Diario de México* en diciembre de 1976. Desde entonces el ex presidente cosechaba sátiras tan sangrientas como oportunistas en los teatros capitalinos, como *Adiós guayabera mía* , y meses después se le seguían haciendo numerosos chistes: "Fraude en Bahía de Banderas, fraude en el Instituto del Café, fraude en todas partes. 'Ojalá agarren al culpable.' 'Está pelón.' 'No te pregunté quién era...'"

Para contrarrestar las herencias de Echeverría, López Portillo llevó a su gente al gabinete: su antiguo jefe, Guillermo Rossell de la Lama, ocupó Turismo; su viejo amigo Jorge Díaz Serrano, Pemex; Francisco Medina Rábago fue a dar a Agricultura; el *jeune* José Andrés de Oteyza se instaló en la secretaría de Patrimonio y Fomento Industrial; y el cuate de la infancia Arturo Durazo quedó como jefe de la policía capitalina. Para lidiar con las nuevas, "histéricas", condiciones se crearon más oficinas burocráticas: las de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, a cargo de Pedro Ramírez Vázquez, culpable de las obras arquitectónicas visibles por doquier; y las de Programación y Presupuesto, en realidad la vieja Secretaría de la Presidencia debidamente tecnocratizada. Esta dependencia fue el juguete preferido de López Portillo, quien puso allí a su hijo José Ramón, a Rosa Luz Alegría y a su ex alumno Miguel de la Madrid; todos bajo la dirección del secretario Carlos Tello. En Hacienda quedó Julio Rodolfo Moctezuma.

Estos dos últimos chocarían entre sí desde el primer instante. El presidente argüía que, "debido a su naturaleza astrológica de Géminis", buscó "un equilibrio dinámico, un gabinete económico disímbolo, destinado, desde el origen, a la lucha". En realidad, por una parte el recién mandatario era ya una avanzada de la tecnocracia que en los años ochenta se instalaría en el Estado mexicano; por la otra, López Portillo no podía dejar de ser medianamente consciente de cuestiones como la inadecuada distribución de la riqueza, la injusticia social y la cada vez más perceptible aspiración nacional de tener una verdadera democracia. "Soy la última oportunidad de la revolución mexicana", decía. López Portillo sabía muy bien que en las condiciones en que se hallaba no tenía más remedio que soportar los abusos del Fondo Monetario Internacional (FMI), ya que ni en sueños hubiera podido y querido declarar una moratoria; estaba en manos del sector privado y del gran capital estadunidense y no podía hacer gran cosa. Sin embargo, trató de poner un mínimo contrapeso al nombrar a los "estructuralistas-populistas" Carlos Tello y José Andrés de Oteyza en puestos clave del gabinete, quienes deberían mostrar su utilidad a la hora de la bonanza petrolera. En la otra esquina se hallaban los monetaristas-neoliberales: Moctezuma, De la Madrid y Gustavo Romero Kolbek, del Banco de México.

El nuevo presidente no se contentó con llevar a sus amigos al gobierno: también a sus familiares los puso "donde había". Además de que su hijo José Ramón y su "doncella casadera" (a la usanza china tradicional) Rosa Luz Alegría quedaron bien instalados en Programación, el primo Guillermo encabezó el Instituto Nacional del Deporte; la queridísima hermana ("no me la toquen") Margarita, también escritora, dirigió Radio, Televisión y Cinematografía (RTC), que se creó en exclusivo beneficio de la después llamada Pésima Musa; por último, Alicia López Portillo siguió siendo la secre

consentida de su hermano el presidente. Estas muestras flagrantes de nepotismo no gustaron a nadie, pero el mandatario desestimó las críticas y sólo hizo ver que su familia "era muy unida".

El presidente, su esposa e hijos se mudaron de lo más contentos a Los Pinos, al instante botaron los equipales y demás muestras del gusto cerril del antecesor y las reemplazaron con antigüedades francesas y cuadros "serios". En enero, doña Carmen Romano de López Portillo (la Muncy para los cuates) se fue con sus dos hijas a Washington a la toma de posesión de James Carter; por supuesto, también aprovecharon el viaje para ir de *shopping* . En mayo, la Muncy y la Yiyí se fueron a Europa (la Paulina las alcanzó después). Sin embargo, aún no asombraban los dispendios que hicieron célebre a doña Carmen, a quien, por cierto, en la calle se le empezó a decir la Tigresa, ya que la melena, las cejas y un estratégico lunar le daban cierta semejanza con Irma Serrano, quien, como se sabía, era la Única y Verdadera Tigresa.

Por su parte, el nuevo presidente (cuyo parecido con el Loco Valdés era notable) forró su despacho con fotografías suyas, especialmente a caballo, pues era claro que se amaba sobre todas las cosas. "Deportista, pintor, escritor, maestro, filósofo, planificador, orador, bailarín, cantador y charro", lo describió su primo Julio Scherer García. El presidente era feliz disertando ante el inevitable público cautivo, pues, como su viejo amigo Luis Echeverría, le encantaba hablar y hablar. También gozaba con las entrevistas que los medios le hacían ("la televisión se me da", decía, ufano), y se autocalificaba como Gran Comunicador. Cada pregunta que le formulaban en las conferencias de prensa ameritaba respuestas interminables en las que se remontaba al origen de las especies, con citas profusas de Hobbes, Heráclito y Locke. Como en la campaña presidencial, pronunciaba discursos improvisados que se alargaban y retorcían con digresiones sin fin, pues ya se sabe que él mismo reconocía que al principio no sabía qué iba a decir y que al final no podía recordar qué había dicho. El presidente creía en su inspiración y en su intuición, sobrevaloraba su inteligencia, y por lo general, también como su antecesor, tenía la idea de que siempre pronunciaba Verdades Históricas y Trascendentes que todo el planeta debía de asimilar; pero, bueno, esto era parte del "complejo de presidente".

Mientras su esposa y sus hijas paseaban, López Portillo empuñó el Timón de la Patria (las tormentas vendrían después) y en un principio decidió mostrarse muy drástico cuando el caricaturista Abel Quezada, recién nombrado director de Canal 13, se fumó unas metáforas y dijo que "la primavera al fin accedía al invierno" (era obvio que el invierno también había estado pelón). Al enterarse, López Portillo lo cesó fulminantemente. Quezada tenía cuatro días en el cargo, y su despido vendría a ser la primera muestra de los ceses caprichosos que caracterizarían al presidente y a su hermana durante todo el sexenio.

Después, López Portillo tuvo que ratificar el acuerdo que Echeverría había firmado con el Fondo Monetario Internacional. Allí se vieron las discrepancias entre los neoliberales y los estructuralistas del gabinete económico. Para Tello y De Oteyza firmar con el FMI en condiciones de extrema desventaja significaba la subsistencia vergonzante del desarrollo estabilizador y de controlar la inflación vía recesión; ellos proponían combatirla "a través de una baja de la demanda en vez de actuar sobre la producción". Moctezuma,

Ibarra, De la Madrid y Romero Kolbek aducían que, de no acatar las condiciones del FMI, no habría apoyo para el peso frente al dólar, no se obtendrían créditos ni habría capacidad de pago ni de inversión. López Portillo demostró cuán sagaz podía ser al salir con que se llevaría a cabo una "firma crítica" del convenio.

El convenio con el FMI, como era usual, imponía severas limitaciones a la economía, pues pretendía desmantelar pacientemente las defensas para ir tomando control paulatino de la economía, para fines prácticos, del país: el déficit fiscal no debería rebasar los 90 mil millones de pesos y el endeudamiento externo, no más de tres mil millones de dólares al año; no era posible emitir billetes para financiar el gasto público y había un compromiso de contener los salarios al mínimo posible y de liberar los precios gradualmente. Esto se pudo ver con los topes salariales y con el aumento, en diciembre de 1976, al azúcar y las tortillas, que sirvió de pretexto para que el sector privado subiera los precios en general y así deseara feliz navidad a los mexicanos.

Como en teoría el gobierno decía proteger a los más necesitados, fijó dos precios para el azúcar: 2.15 para el azúcar morena y 6 pesos para la refinada. Por supuesto, la morena desapareció al instante y sólo hubo existencias de azúcar blanca. En ese mismo sentido circuló la llamada reforma fiscal, que en lo más mínimo quiso meterse con los grandes capitales y se contentó con gravar, una vez más, los "artículos de lujo" y con liberar de los impuestos a los miserables que apenas ganaban dos veces el salario mínimo. Con estas medidas la conciencia social del régimen se apaciguó y pudo decir que no sólo "estaba al tanto de los problemas" sino que "daba pasos para resolverlos". De cualquier manera, la "protección a los desposeídos" y la "reforma fiscal" no gustaron nada a los señores del dinero porque "desalentaba la producción", así es que decidieron dar un apretoncito de tuercas al nuevo gobierno y se inició una discreta fuga de capitales.

No sorprendió tampoco que, ya en 1977, durante la horrenda "cuesta de enero" en la que los precios aumentaban *just for the sake of it* , de pronto el presidente se descubriera exclamando: "¡El dólar se nos fue de 20 a 24 pesos!" A través de los periódicos, López Portillo se enteró de que la nueva cotización había sido fijada en la frontera. "No hay quien me diga cómo se flotó a esa paridad simultánea en la ciudad de México y en la frontera. Hay algo raro en todo esto que no alcanzo a entender", dijo después el Gran Experto en Economía. Era evidente, sin embargo, que en esos momentos la paridad de la moneda mexicana no se fijaba ni en Los Pinos ni en Hacienda. Y eso no era todo: en Washington de nuevo se hablaba de golpe de Estado en México. "Está claro", se dolía el presidente, "que todavía carezco de capacidad de respuesta, y de que ni siquiera cuento con información adecuada." Más bien, era claro que lo tenían perfectamente bien agarrado.

López Portillo, que había ganado las elecciones sin competidores a la vista, también era el mandatario que llegaba al poder con menos fuerza. Aunque el país estaba herido, Luis Echeverría había tomado posesión con todas las palancas a la mano, pero López Portillo llegó a la presidencia con un programa económico sujeto a la usura del FMI, con un sector privado fortalecido, alevoso y presionante, y con la autoridad minada por las torpezas

de Echeverría.

No obstante, en febrero de 1977, el presidente había iniciado sus actividades internacionales al irse a presentar en Estados Unidos. Su único logro fue "convenir en seguir conviniendo", pero López Portillo se empezó a sentir como un gran estadista-de-talla-internacional. James Carter lo trató bien, "amable y hasta cariñoso", y, por eso mismo, López Portillo tendió a subestimarlo desde un principio, pues seguramente, parafraseando a Groucho Marx, debió pensar que si un presidente estadunidense lo trataba así seguramente era un imbécil. Esta temeridad de López Portillo sólo le generó un paulatino incremento de los golpes bajos por el lado financiero, y que cuatro años después el gobierno de Ronald Reagan lo sometiese, al igual que a Miguel de la Madrid, a vergüenzas sin límite. Un año después, en enero de 1978, James Carter correspondió la visita. Esa vez, el autocrítico López Portillo lo diagnosticó como "bueno, sincero e impreparado", lo cual supuestamente explica el irracional trato "seco, duro y franco" que dice que dedicó a su invitado, a quien, además, consideró "frívolo" porque en un discurso se permitió disertar sobre la "venganza de Moctezuma" que había padecido en un viaje anterior a nuestro país. A partir de esos momentos, las relaciones mexicano-estadunidenses no podían deparar nada bueno.

A principios del sexenio la economía del país era precaria. Simplemente no había dinero. El ingreso era insuficiente y los gastos, excesivos. De afuera, el dinero llegaba a cuentagotas, pues la deuda externa ya era preocupante. "Siento la economía como un globo restirado a punto de estallar", decía el presidente, quien también se quejaba de los capitalistas y lo que él llamaba "la teología empresarial": ésta exigía infraestructuras, subsidios, créditos y protecciones bajo el dogma de la "utilidad justa", que por supuesto implicaba todo menos justicia. No se les podía criticar, se quejaba, porque "se desalienta la inversión y el capital se fuga". Además, siempre declaraban utilidades bajísimas o de plano en ceros. "Doble contabilidad en todo el sistema", descubría el presidente. Eso sí, los empresarios se oponían a cualquier aumento de salarios; "son inflacionarios", decían. En enero de 1977 los mínimos subieron un triste 10 por ciento, y ese porcentaje quedó como tope salarial.

Pero allí estaba la esperanza del petróleo, que tanto promovía Díaz Serrano, director de Pemex. El 18 de marzo éste declaró que las reservas probadas eran de 11,160 millones de barriles, además de que era inminente una nueva "incorporación". La prensa extranjera calculaba las reservas mexicanas en 60 mil millones de barriles. Había ya 30 pozos exploratorios productores, 25 nuevos campos y cuatro extensiones de campos reconocidos. La zona de Chiapas-Tabasco era riquísima en yacimientos y las plataformas extractoras se alzaban en las aguas del Golfo. Díaz Serrano, rebosante de optimismo, declaró que planeaba duplicar la producción y la capacidad de refinación, además de triplicar la petroquímica. Noventa mil empleados y trabajadores, sin contar a los transitorios, proliferaban en los campos, plantas y oficinas de México, Houston, Nueva York, París, y, después, de Tokio y Río de Janeiro. El personal del sindicato era controlado por Joaquín Hernández Galicia, la Quina, quien se entendió muy bien con el presidente y con el director de Pemex. En julio de 1977 la Quina y Díaz Serrano firmaron un insólito acuerdo mediante el cual el sindicato obtendría 40 por ciento de las contrataciones

que hiciera Pemex, además de que la Quina podría subcontratar con otras empresas que al instante se encargó de crear a través de su socio Sergio Bolaños. De esa manera, las riquezas petroleras también fueron a dar a los bolsillos de los líderes, cuyas impresionantes fortunas se hicieron demenciales.

Sin embargo, el presidente planteaba que "era fundamental organizarnos para aprovechar esta oportunidad histórica. Tenemos que acostumbrarnos a administrar la abundancia". López Portillo confiaba en que únicamente el petróleo nos podría salvar de la carencia "inmediata de liquidez" y de paso de las "fallas estructurales"; por eso quería "infundir un poco la mística de grandeza" entre los mexicanos.

En el plano de la realidad, sin embargo, Jesús Reyes Heroles le insistía a López Portillo que el ex presidente Echeverría era un problema que se debía de empezar a enfrentar eliminando a sus herencias Augusto Gómez Villanueva y Porfirio Muñoz Ledo. A su vez, Echeverría iba a Los Pinos a todas horas, cuando no hablaba por la red, y despotricaba en contra del secretario de Gobernación. El ex presidente grillaba a todo vapor y López Portillo se desesperaba ante sus ires y venires. "Se mueve, me pide, me propone, aboga", decía. "Vino nervioso y litigante, se movió en exceso y la gente se alarmó."

Además de las molestias que causaba el inquieto ex presidente, y de que no había dinero, López Portillo tuvo que enfrentar diversas muestras de inconformidad. Desde diciembre, como en 1965, los médicos residentes de hospitales públicos se lanzaron a las calles para pedir el reconocimiento de su organización y mejores condiciones. El presidente dijo que le recomendaron reprimir las manifestaciones, pero que él decidió permitirlas; eso sí, custodiadas por nutridas e intimidantes fuerzas policiacas, a veces superiores en número a los que marchaban. Por cierto, López Portillo creía o se hacía creer que los comunistas estaban detrás de los jóvenes médicos.

El Partido Comunista Mexicano (PCM) después de décadas al fin trataba de existir históricamente, pero su fuerza no llegaba a tanto. No obstante, el surgimiento del sindicalismo universitario tendía a esparcirse hacia distintos sitios de la república, y en Oaxaca la izquierda había logrado controlar la Universidad Autónoma Benito Juárez (UABJO), cuyo rector era Felipe Martínez Soriano, que había formado el Movimiento Democrático Universitario (MDU) y que tenía ligas con el Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP). Las elecciones para nombrar autoridades derivaron en un intenso conflicto, que involucró al gobernador Manuel Zárate Aquino y a la derecha local. Aún no concluían las negociaciones cuando Zárate ya había ordenado al ejército que invadiera el campus, y la policía judicial arrestaba y encerraba en "casas de seguridad" a militantes de izquierda. A fin de cuentas esa insensata represión no resolvió los conflictos y el presidente decidió, como Echeverría ante los conflictos de Puebla de 1972, eliminar al primer gobernador de su sexenio.

Zárate Aquino fue reemplazado entonces por el general Eliseo Jiménez, el exterminador de Guerrero, quien pronto empeoró las cosas. Martínez Soriano a su vez perdió la rectoría de la UABJO y pasó a sacarse de la manga el

Frente Nacional Democrático Popular (FNDP), que después llevó a cabo la toma de varias embajadas de la ciudad de México.

En Zacatecas, casi al mismo tiempo, ocurrió algo similar: la universidad fue conquistada por la izquierda; el gobernador, la iniciativa privada, la prensa y la televisión comercial los combatieron con saña y el conflicto se fue ensanchando peligrosamente. Tanto en Oaxaca como en Zacatecas se llevaron a cabo votaciones que dieron la victoria a la izquierda universitaria, lo cual motivó que las fuerzas vivas presionaran al gobierno para que reprimiera.

En Sonora la agitación continuaba a causa de las expropiaciones de último minuto de Luis Echeverría. Un juez en materia administrativa otorgó amparo a los agricultores afectados y López Portillo tuvo que intervenir antes de que las cosas continuaran agriándose. En marzo de 1977, indemnizó a los neolatifundistas con 600 millones de pesos (más de 25 millones de dólares), una suma notablemente atractiva, por lo que, como a principio de los años cuarenta, resultaba un buen negocio ser expropiado y posteriormente indemnizado. De cualquier manera, y para mostrar un mínimo de fuerza, el presidente decidió hacer ver que sinceramente se preocupaba por la suerte de los campesinos pobres y declaró que, irreversible, la reforma agraria seguiría adelante, e, incluso, afirmó: “Hay latifundistas que deben ser afectados”. Regularización, culminación del reparto, incorporación del sector agrario a la “alianza para la producción”, justicia y eficiencia fueron las metas que López Portillo señaló para disgusto de la iniciativa privada y de Estados Unidos, por lo que el peso tuvo un nuevo “resbalón” frente al dólar.

Los problemas agrarios se agudizaron por esas fechas por una mala cosecha de trigo y sorgo, y las importaciones de alimentos no cesaban. Sin embargo, el gobierno contuvo toda acción al respecto hasta tener un plan maestro, que después se conoció como el Sistema Alimentario Mexicano (SAM) y que resultó un verdadero parto de los montes.

En tanto, la población de Baja California cada vez se mostraba más inconforme con la candidatura del general Hermenegildo Cuenca Díaz. El ex secretario de Defensa se había empecinado en gobernar ese estado, donde, por supuesto, él ni siquiera había nacido, y Echeverría, aún en el poder, se vio obligado a dar uno de sus célebres madruguetes para designarlo candidato cinco meses antes de lo usual. Esto ocasionó una campaña larguísima, plagada de críticas y protestas generalizadas de los bajacalifornianos y de los comentaristas políticos.

Sin embargo, como decía Gabriel García Márquez, “Dios existe y es revolucionario”, así es que el 17 de marzo de 1977 el general Cuenca Díaz murió sorpresivamente de un infarto, quizá debido a las presiones y tensiones de la campaña, y a la actitud autoritaria, conflictiva y bravera que Cuenca siempre mostró. La muerte del general fue recibida con alivio en todo el país; “murió por la patria”, se dijo, y el mismo López Portillo reconoció que recibió la noticia “con tal vez inocultable satisfacción”.

Por desgracia, él mismo se encargó de desgraciar a la entidad al designar como nuevo candidato a Roberto de la Madrid, alias Bob, un rico de la frontera célebre por su espectacular pochismo que lo hacía ufanarse de

hablar mejor el inglés que el español, y cuyo gran mérito político consistía en ser gran cuate del presidente.

Sin embargo, la primera gran prueba de López Portillo tuvo lugar cuando el Sindicato de Trabajadores de la UNAM (STUNAM) se lanzó a la huelga por mejoras económicas que rebasaran el tope salarial de 10 por ciento. El STUNAM contaba con una asociación sindical de maestros (SPAUNAM) y con un conato de federación nacional de sindicatos universitarios (SUNTU). El sindicalismo universitario, al parecer, había llegado para quedarse y no mostraba intenciones de acatar el juego de las simulaciones "democráticas", sino que pretendía luchar en serio por conquistas laborales. Por esta razón, el STUNAM levantó las simpatías de los escasos estudiantes interesados, de la Tendencia Democrática de Rafael Galván y de las fuerzas izquierdistas del país. Al gobierno le urgía pararlo en seco, primero a través de la nulificación de la huelga, y después mediante una legislación que contuviera a los trabajadores universitarios. La fiebre del sindicalismo independiente parecía extenderse, y poco después incluso se dieron brotes de sindicatos dentro de sindicatos.

Ante la inminencia de la huelga, el presidente se reunió con los secretarios de Gobernación, de Trabajo, de Educación y con el rector Guillermo Soberón para preparar una estrategia conjunta. El gobierno decidió endurecerse y dar una lección que obligara a acatar los topes salariales. La huelga estalló en junio, en medio de movilizaciones de la Tendencia Democrática y de huelgas en el Infonavit, Altos Hornos de México y en la Fundidora Monterrey. El gobierno la declaró inexistente y emprendió una intensa campaña en los medios para satanizar a los trabajadores universitarios "controlados por el Partido Comunista".

Los huelguistas se movieron en los sectores populares, realizaron colectas, distribuyeron volantes y organizaron dos grandes manifestaciones. Pero la fuerza del sistema fue aplastante, además de que Televisa le dio un apoyo total. El rector acordó ofrecer clases extramuros, además de "cátedras por televisión", lo que dio origen a la educación vía pantalla electrónica y al maridaje siniestro entre la UNAM y Televisa. Además, el sindicalismo oficial lanzó ataques virulentos a los huelguistas y la prensa controlada también se rasgó las vestiduras, así es que cuando el rector solicitó la intervención de la fuerza pública el presidente sin más ordenó el desalojo de Ciudad Universitaria y demás instalaciones de la UNAM. Era la primera vez que la policía penetraba en el campus desde 1968, y eso liquidó la huelga, que duró escasos trece días. El STUNAM no obtuvo absolutamente nada, fuera de la aparatosa humillación, y tuvo que admitir que el rector se sacara de una manga una charresca asociación de profesores (la AAPAUNAM) que eliminó en el acto al SPAUNAM.

López Portillo se fortaleció; la mano dura con el STUNAM gustó mucho a los empresarios, y éstos se pusieron de lo más contentos ante lo que parecía el alejamiento definitivo de Luis Echeverría. Esta posibilidad surgió gracias al inminente restablecimiento de relaciones diplomáticas con España, lógicas después de la muerte de Francisco Franco y de la conclusión del periodo de Echeverría. Por desgracia, López Portillo en lo más mínimo empezó bien las cosas pues, además del mal gusto de escoger el día 18 de marzo para liquidar

las relaciones, deliciosamente simbólicas, con la "República Española", el presidente decidió o accedió a utilizar las nuevas relaciones con España para ventilar sus pestilentes problemas políticos.

Como "era prioritario" desembarazarse de la molesta presencia de Luis Echeverría, al parecer Reyes Heroles tuvo la idea de enviarlo fuera del país en calidad de embajador. Sin embargo, para que esto no se viera tan mal, a la vez se pidió a Gustavo Díaz Ordaz que fuese el primer embajador mexicano en la "nueva España". De esa manera, dos ex presidentes se reintegrarían al servicio público. Díaz Ordaz aceptó a regañadientes, y desde un principio dejó ver que él también se había contagiado por las fiebres de Echeverría y que causaría serios problemas, además de que acabaría poniéndose unos moños increíbles. Por una parte, los reparos iniciales de Díaz Ordaz eran comprensibles, pues cualquiera podía darse cuenta de que el ex presidente estaba negado para la diplomacia, y más aún para algo que debía de tratarse con cuidado, e incluso con delicadeza, como era la reanudación de relaciones con España. Por su parte, Echeverría se disciplinó también a regañadientes y no tuvo más remedio que aceptar que lo sacaran del país. Esta noticia causó sensación, y el secretario de Relaciones Exteriores Santiago Roel se vio precisado a declarar: "El presidente quiere que lo dejen solo con los seis toros"; esto es, los seis años de su periodo.

La izquierda disparó fuertes críticas al gobierno por resucitar a Díaz Ordaz, y en una gran manifestación de protesta se coreó: "Al pueblo de España no le manden a esa araña." Por su parte, Díaz Ordaz ofreció una escalofriante conferencia de prensa en la torre de Tlatelolco y causó un escandalazo al mostrarse arrogante, provocador, bravero, resentido, y al dejar ver que Echeverría se había vuelto el centro de sus odios. "A mí me hicieron chistes por feo, no por pendejo", asestó.

Para ponerle mayor animación al asunto, Carlos Fuentes renunció a la embajada en Francia. Se dice que en realidad el nuevo gobierno no simpatizaba con él y que, a través de groserías y ninguneos, presionaba para que el escritor presentara su renuncia. En todo caso, Fuentes aprovechó la coyuntura y sin más declaró que no podría sentarse a la mesa con el Asesino de Tlatelolco. El presidente López Portillo se puso furioso ante esta nueva situación y, picado, le pidió a Echeverría que aceptara la embajada en París; sin embargo, el ex presidente la declinó y prefirió la representación de México en la UNESCO, también en la capital de Francia, y allá se fue. Pero el exilio no calmó los problemas que Echeverría causaba, y por eso López Portillo acabó por enviarlo como embajador de México en Australia, Nueva Zelanda y las Islas Fidji. El público festejó con carcajadas esta decisión, que equivalía enviar a Echeverría lo más lejos posible. Pero, como era de esperarse, ni esa ni ninguna distancia contendrían las ansias de protagonismo del ex preciso Echeverría.

En tanto, Gustavo Díaz Ordaz se fue a España. Nadie se imaginaba el numerito que iba a armar. Días después de presentar sus cartas credenciales al rey Juan Carlos, don Gustavito salió con el capricho de abandonar el puesto y regresar a México. "¿Lo han llamado de la secretaría, señor embajador?", le preguntaron sus colaboradores. "¡A mí no me ha llamado nadie!", replicó. "¡Me voy porque se me da la gana! ¡Y no me regresaré, no me despediré de

nadie, ni del rey!" Y, en efecto, el flamante embajador se largó majaderamente, lo cual fastidió al máximo a los españoles, y con razón.

Díaz Ordaz después se permitió escribirle al presidente. "Un árbol viejo ya no puede cambiar de lugar", le dijo, y también que "sus ojos ya no resistían la luz". De vuelta en México, el ex embajador dio una nueva conferencia de prensa en la que, más bravero que antes, repasó sus insultos a Echeverría. Y, luego, volvió a encerrarse. Casi dos años después, en julio de 1979, el ex presidente falleció. "Otro que murió por la patria", se dijo. En el entierro, Luis Echeverría se hizo presente y esa vez fueron los hijos de Díaz Ordaz los que le negaron el saludo; se dice incluso que una de las hijas quería abofetearlo.

Pero en 1977 los españoles se equivocaban si creían haber visto el lado digámosle folclórico de los gobiernos priístas. El presidente López Portillo aprovechó la reanudación de relaciones para visitar oficialmente España. Sin embargo, los gachupas estaban furiosos aún por las groserías de Díaz Ordaz y la visita presidencial encontró un clima helado. No hubo ni banderas ni gallardetes en las calles, pero sí excesivas e incomodísimas medidas de seguridad, lo que implicó un escaso contacto popular.

López Portillo no se preocupó: estaba de lo más contento de ir a España y, para empezar, se llevó a toda su familia (¡hasta a sus papás!), lo cual él mismo calificó como una "comprometida decisión". Después, en todas partes se dedicó a improvisar, para mostrar su inspiración y su erudición, pero los españoles consideraron que más bien se portaba como un "indiano suficiente", por lo que el mandatario mexicano reviró al decir que sus anfitriones eran "acartonados". Con la idea de "ser auténtico", López Portillo cosechó variadas burletas, especialmente cuando fue a Caparroso, el caserío de donde alguna vez habían salido sus ancestros y donde el presidente a toda costa quería quedar bien mostrando un verdadero furor gachupinista, lo cual fue criticadísimo aquí y allá. "Parecía que aspiraba al trono de España", se dijo en la prensa mexicana, que en general deploró la euforia excesiva y el nulo tacto político, ya no digamos diplomático.

La familia presidencial, en tanto, no dejaba de disfrutar las mieles del presupuesto nacional. Apenas regresó de España, la Muncy se fue a Estados Unidos con la Paulina y la Yiyí. Volvieron a tiempo para dar una discretita fiesta en la que se invitó a 150 gorrones de alto nivel; este reven fue el anuncio de los festejos de las bodas de los hijos del presidente, en los que se tiraría la casa por la ventana. La "primera dama" para entonces ya daba mucho que decir por sus dispendios faraónicos, por sus caprichos y por la prepotencia con que trataba a la gente, como cuando, en un viaje, primero amenazó con despedir a los pilotos de Aeroméxico porque en el avión no había el pollito frito que a ella tanto le gustaba, y después los obligó a aterrizar en Estados Unidos para que se lo consiguieran.

O lo relacionado con la música. Como era aficionada al piano, la música clásica mereció su atención (y buena dosis del presupuesto). Se criticó mucho que la Muncy en 1978 creara la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México, pues en ella había una franca mayoría de atrilistas extranjeros pagados con sueldos desorbitantes y, por supuesto, en dólares. Al parecer, al igual que Televisa, los clubes de futbol y su cuñada Margarita, doña Carmen

pensaba que “calidad” significaba no emplear mexicanos. Fernando Lozano era el director de la Filarmónica y el consen de la señora, que asistía con frecuencia al palco presidencial del Teatro de la Ciudad, donde escuchaba extasiada las obras de los Grandes Maestros, como, por ejemplo, el arreglo sinfónico de “Eres tú”, del grupo (español) Mocedades, que tanto le gustaba. Por cierto, se dice que, en esos casos, los eminentes atrilistas extranjeros fingían que tocaban o de plano se negaban a hacerlo.

Por su parte, José Fuentes Mares contaba que, en sus continuas visitas a España, la señora López Portillo no se tentaba el corazón para insultar o para meter en aprietos a los funcionarios de la embajada, como cuando a toda costa quiso ir al Teatro Real a sabiendas de que las localidades estaban agotadas; con enormes esfuerzos, y palancas de alto nivel, se le consiguió un palco, pero, para entonces, la Muncy ya no tenía antojo de ir al teatro y había que conseguirle entradas para ver *Superman* . En otra ocasión, doña Carmen mostró un fino dominio del estilo Díaz Ordaz cuando dejó plantado al alcalde de Sevilla en una cena oficial y mejor se largó de la ciudad, porque ya se había aburrido. Fueron tantos los desplantes autoritarios, el dispendio de nuevarrica y la insultante custodia que doña Carmen se convirtió en una leyenda por sus propios méritos y ahora es difícil saber qué tan ciertas son todas las historias que se cuentan de ella.

Nada de eso inquietaba entonces al presidente, quien aguardaba la elaboración de lo que resultó su máximo logro: la reforma política. Desde abril de 1977 el secretario de Gobernación Jesús Reyes Heroles había anunciado que ésta se proponía ensanchar las posibilidades de la representación política para captar el “complicado mosaico nacional”, para combatir la falta de credibilidad de los resultados electorales y para “abatir considerablemente las irregularidades que vivía la captación de la voluntad popular expresada a través del voto”. De no hacerse, concluyó Reyes Heroles, “la intolerancia sería el camino seguro para volver al México bronco y violento”.

Con esto se echó a andar la reforma política; vinieron después “foros de consulta” en todo el país con la participación de dirigentes políticos, politólogos, sociólogos y otros expertos. Además de participar en los foros, los intelectuales dieron su punto de vista a través de ensayos, ponencias, artículos editoriales o declaraciones, ya que el tema de la reforma alborotó a mucha gente. Sin embargo, la ley respectiva en su momento desechó la mayor parte de las propuestas y se confeccionó para las necesidades inmediatas del sistema. Se trataba de abrir un poco las válvulas de seguridad y permitir el juego abierto de nuevos partidos políticos de modo que el priísmo-presidencialismo no corriera ningún peligro y, en cambio, se ufanara de un mínimo barniz de democracia.

En diciembre de 1977 las cámaras aprobaron la Ley de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales, mejor conocida como la LOPPE. En concreto, ésta significó el registro legal del Partido Comunista Mexicano (PCM), fundado en 1919 y por tanto el decano de las organizaciones políticas mexicanas; del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), creado por el mismo gobierno con el fin de confundir y neutralizar al Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), al cual, para castigarlo por no entrar en el juego, se

le negó el registro. También se admitió, para contrarrestar al PAN, al Partido Demócrata Mexicano (PDM), heredero del movimiento sinarquista de los años cuarenta. Con el tiempo, también obtendrían el registro el trotsquista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Partido Social Demócrata (PSD).

La LOPPE elevó a 300 las diputaciones de mayoría relativa, y a 100 las de representación proporcional, o diputaciones de partido. No se modificó el mínimo de 1.5 por ciento de la votación para conservar el registro. Naturalmente, el gobierno y el PRI se reservaron el control absoluto de los organismos electorales. Héctor Aguilar Camín planteó que la LOPPE sólo serviría para regular el comportamiento de los partidos minoritarios, "en el supuesto de que siempre serán minoritarios". La ley, agregó, "reconoce la inoperancia del PPS como representación de la izquierda; la del PARM como donde se dirimen las disidencias internas del PRI; y, entonces, propone un nuevo reparto de la oposición. Se trata de debilitar al PAN y se introduce al PDM. Se da entrada al PCM, pero también al PST. Lo que ha hecho el gobierno es pulverizar aún más a las minorías y satisfacer las posiciones priístas en favor del 'carro completo' y 'de todas, todas'".

La reforma política fortaleció notablemente al secretario de Gobernación, y por tanto Luis Echeverría regresó a México, corrió a Los Pinos y echó pestes de Reyes Heroles. También abogó por sus queridos Augusto Gómez Villanueva y Porfirio Muñoz Ledo, quienes temblaban en la cuerda floja. Sin embargo, de nada sirvieron los oficios del ex presidente, y los echeverristas en el gobierno empezaron a desplomarse: al poco tiempo Rodolfo González Guevara sustituyó en el liderazgo del Congreso a Gómez Villanueva, quien fue nombrado embajador en Italia, lo cual significó que el servicio exterior continuara usándose como cementerio de dinosaurios, como limbo o antesala del infierno.

Además, en junio, otro echeverrista había caído aparatosamente: Alfredo Díaz Camarena fue apresado en Estados Unidos bajo los cargos de fraude en Bahía de Banderas y Puerto Vallarta. Después vinieron los encarcelamientos de Félix Barra, ex secretario de la Reforma Agraria; de Eugenio Méndez Docurro, ex de Comunicaciones; y de Fausto Cantú Peña, que había dirigido el Instituto Mexicano del Café en el sexenio anterior. Todos ellos fueron encarcelados entre 1977 y principios de 1978.

Con todo esto, más las francas críticas que el presidente le dedicó en su primer informe, se consideró que Echeverría dejaba de ser un problema mayor. No extrañó entonces que López Portillo, más fortalecido que nunca, se pusiera su máscara de padre severo y regañara impunemente a unos pobres estudiantes que, rechazados de las escuelas preparatorias, hicieron manifestaciones e interceptaron al presidente cuando viajaba por Veracruz. "Mi vieja resistencia a no ceder por la mala me incendió", explicó. "Muchos de mis problemas actuales se explican por ese afán macho de no ceder ante empujones."

Había otros inconformes, además de los estudiantes: por esas fechas, Rafael Galván y la Tendencia Democrática dieron una de sus últimas muestras de vida al montar un plantón permanente frente a Los Pinos, que finalmente fue

desalojado a la voz de “no se admiten presiones” (populares, pues si eran de los empresarios y financieros el gobierno ya no mostraba su afán macho). Y a fin de año la noticia fue la división en el sindicato de actores (ANDA): un grupo numeroso encabezado por Enrique Lizalde en un principio se opuso a la reelección del charro Jaime Fernández, hermano del Indio Fernández. Este grupo acabó formando el Sindicato de Actores Independientes (SAI) y llamó la atención no sólo por su lucha democratizadora y contra la corrupción sindical, sino porque en sus comienzos en el SAI coincidieron María Félix, Silvia Pinal, Ofelia Guilmain, Ofelia Medina, Gloria Marín, Claudia Islas, Irma Serrano, July Furlong, Julio Alemán, Joaquín Cordero, Óscar Chávez, Claudio Brook y otras estrellas connotadas. El gobierno, las productoras privadas y Televisa cerraron filas para apoyar a la ANDA, uno de los sindicatos más viejos de la CTM que había sido encabezado por Cantinflas, Jorge Negrete y Rodolfo Echeverría, sin que eso, en términos democráticos, significara gran cosa. Lizalde y sus actores independientes se movilizaron, pelearon y presentaron una gran perseverancia, pero no pudieron nada contra la muralla que se les oponía y contra el hecho de que el gobierno estaba empeñado en parar la oleada de sindicalismo independiente a como diera lugar. A fines de 1978 se inició la desbandada en el SAI y la crisis se precipitó en 1983, cuando 53 actores de los más fieles retornaron a la ANDA. En ese mismo año Alejandro Aura entonó el canto del cisne del SAI con la obra teatral *Salón Calavera* , y en diciembre de 1985 se extinguió el primer intento de crear un sindicato de actores independientes en México.

Pero las grandes noticias de fin de año fueron los cambios políticos en el gobierno. Ante “las presiones siempre existentes que piden decapitaciones”, López Portillo cortó dos, que, según él, le dolieron. Las dificultades entre Carlos Tello, de Programación y Presupuesto, y Julio Rodolfo Moctezuma, de Hacienda, habían crecido hasta empantanarse y el presidente, indignado, llamó a los dos para asestarles una regañada de profesor bilioso. Carlos Tello no quiso aguantar más ese tipo de desplantes y renunció. Y no sólo eso: al irse, denunció que el programa económico de Hacienda estaba asesorado por funcionarios del Fondo Monetario Internacional. Para “equilibrar”, López Portillo a su vez le pidió la renuncia a Moctezuma, quien, estupefacto, no tuvo más remedio que disciplinarse. En su lugar, el presidente puso a David Ibarra Muñoz, y en Programación quedó Ricardo García Sainz.

Poco después, finalmente le llegó el turno a Porfirio Muñoz Ledo, secretario de Educación. Un escueto boletín anunció su retiro, lo cual era algo que todos esperaban. Después de la caída de Gómez Villanueva, el mismo Muñoz Ledo había corrido a Los Pinos para pedirle al presidente “no ser el que sigue”. López Portillo asegura que dudó su decisión en el último instante; “no es imposible”, razonó, “que Reyes Heroles me haya manejado con exageración las actitudes de Porfirio”. En vista de eso, al poco tiempo devolvió a Muñoz Ledo a las mieles del presupuesto en calidad de asesor, primero, y de embajador en la ONU, después. Este cambio generó más movimientos: la SEP fue ocupada por Fernando Solana, a quien Jorge de la Vega Domínguez sustituyó en Comercio. Por cierto, poco antes, De la Vega, que iniciaba su mandato en Chiapas, había declarado que gobernaría la entidad “los seis años completos”, lo cual, como se ve, significaba que esperaba no hacerlo.

Estos cambios ocasionaron cascadas de comentarios. López Portillo no sabía

bien qué hacer ante la prensa crítica, especialmente las revistas *Proceso* y, en las antípodas, *Impacto* . También "lo desequilibraban", decía, los columnistas políticos, que estaban de moda con Manuel Buendía y su "Red Privada" encabezándolos. Para colmo, los secretarios de Estado, con Reyes Heroles como cuarto bat, solían apoyarse en reporteros, editorialistas y columnistas para bombardearse mutuamente y, así, los dardos críticos proliferaban en todas direcciones.

El presidente pronto empezó a cambiar de jefes de prensa como si fuera calcetines, y Rodolfo Landeros, José Luis Becerra y Fernando Garza ¡en un año! fracasaron en lo que López Portillo anhelaba: una prensa "que viese también lo bueno que hacía". Era cierto que muchos comentaristas eran sumamente críticos, pero también que una aplastante mayoría de los medios de difusión conservaba el tradicional estado de complicidad con el régimen como en los años felices del control total. López Portillo presumía que durante su administración se había acabado con la tradición de sobornar a los periodistas (lo que se conocía como "el embute" o "el chayote", que, como se sabe, inspiró el díptico "Sin mi chayo / no me hallo"), pero la verdad es que durante los tiempos de López Portillo los chayotazos continuaron alegremente en las oficinas públicas, y después la revista *Proceso* incluso llegó a publicar los diferentes mecanismos del chayote y las tarifas que manejaban la "caja chica del presidente", las secretarías de Estado, las distintas dependencias, los gobiernos de los estados y de los municipios por lo general a través de las "oficinas de prensa".

Más aún: Julio Scherer García, director de *Proceso* , a principios de los años noventa dio a conocer los entretelones del *affaire* Everardo Espino de la O, quien era amigo del presidente y de Miguel de la Madrid. En diciembre de 1976, López Portillo designó a Espino director del Banco de Crédito Ejidal (Banrural) y le indicó que la "caja chica" del presidente quedaría a su cargo. Esta caja en realidad era una cuenta secreta que permitía al presidente de la república hacer pagos ilegales para periodistas, para las campañas políticas del PRI y para todo tipo de gastos, cuyos recibos se hallaban "exentos de comprobación". Luis Echeverría tuvo su caja chica en la Lotería Nacional para la Asistencia Pública. Y De la Madrid, también en Banrural.

Para que la caja chica funcionara debidamente, López Portillo creó la Asesoría de Asuntos Especiales de la Presidencia, que se encomendó a Rodolfo Landeros. Banrural entonces daba el dinero necesario y la Asesoría de Asuntos Especiales entregaba los comprobantes correspondientes, que generalmente eran por eufemismos como "servicios prestados", "colaboración durante el mes", "gastos exentos de comprobación", "gastos contingentes", etcétera.

Everardo Espino y Rodolfo Landeros conservaron este "uno-dos" hasta 1980, cuando Espino fue retirado del Banrural y encabezó la Comisión Nacional de la Industria Azucarera (CNIA). Para entonces, Espino se había distanciado de su amigo Miguel de la Madrid y en las grillas de la sucesión presidencial cometió el error de inclinarse por Javier García Paniagua. Se decía que Espino de la O y la CNIA se dedicaban a causarle problemas a De la Madrid, por lo que, cuando este último ascendió a la presidencia con todo y su campaña de "renovación moral", a principios de 1983 ordenó el encarcelamiento de

Espino como responsable de peculado por 36 millones de pesos. Un año después Everardo Espino salió de la cárcel con una fianza y poco después fue declarado absuelto. Como no hubo ninguna rehabilitación, Espino entregó a Scherer García dos grandes cajas de cartón llenas de documentos confidenciales. "Haga con ellas lo que quiera", le dijo, y Scherer vio que tenía en sus manos una larga relación de la desviación de recursos para periodistas y campañas políticas del PRI que Banrural llevó a cabo entre 1976 y 1982.

Entre estos pagos ilegales de Banrural, que Scherer pormenorizó meticulosamente, destacaban los chayotazos a directores de periódicos y revistas, columnistas, reporteros, periodistas, fotógrafos, caricaturistas de la capital (*Excélsior* , *El Universal* , *Unomásuno* , *Novedades* , *La Prensa* , *El Heraldo* , *El Día* , *El Nacional* , *El Sol de México* , *Ovaciones* , *Diario de México* , *Cine Mundial* , *Siempre!* , *América* , *Quehacer Político*) y del interior de la república. También había dineros ilegales para la Central Nacional Campesina (CNC), para el Senado de la República, para las oficinas de prensa de las secretarías de Agricultura y Recursos Hidráulicos, de la Reforma Agraria y del PRI, para funcionarios de la Secretaría de Gobernación, para el presidente y el comité ejecutivo nacional del PRI, y para gente como José Antonio Zorrilla, Enrique Velasco Ibarra, Álvaro Echeverría Zuno y Manuel Marcué Pardiñas. Banrural-Asuntos Especiales también se encargaba de subvencionar a la Comisión Nacional de Turismo, el juguetito privado de Miguel Alemán, y daba fondos ocasionales a las distintas policías del país. Por supuesto, las partidas chayoteras de Banrural sólo eran una parte del dinero que el gobierno utilizaba para sus "gastos confidenciales".

En noviembre de 1977 apareció el periódico *Unomásuno* , llamado así porque sus promotores ganaban adeptos "uno a uno". El director Manuel Becerra Acosta encabezó a un grupo de colaboradores de *Excélsior* que no formó parte de la revista *Proceso* , y después relató que el diario se había financiado con "aportaciones de amigos", pero fundamentalmente con un crédito de 21 millones de pesos que otorgó Nacional Financiera, es decir: el gobierno, muy probablemente con la pequeña ayuda del secretario de Gobernación. La idea original consistió en formar una cooperativa, pero Becerra Acosta primero se hizo de 60 por ciento de las acciones y, después, de la casi totalidad. Esto irritó a muchos de los fundadores y de los colaboradores más importantes, lo cual ocasionó un severo desprendimiento que, en 1983, dio origen al periódico *La Jornada* . Posteriormente, Becerra Acosta fue perdiendo el control de la empresa, no pudo lidiar con las deudas que acumuló, y en 1989 el flamante gobierno de Carlos Salinas de Gortari con facilidad pudo obligarlo a vender el diario en un millón de dólares y a exiliarse en España.

Sin embargo, durante un buen tiempo *Unomásuno* fue un esfuerzo estupendo. El formato tabloide, al estilo *Le Monde* o *El País* , lo hizo distinguirse, al igual que el concepto "modular", que liberaba al lector de los fastidiosos "pases de página", y de la eliminación de las páginas editoriales al repartir los artículos correspondientes en las distintas secciones del periódico. Por primera vez en México, la sección cultural abarcó varias páginas y el suplemento *Sábado* , dirigido por Fernando Benítez, se distinguió en el acto. Otras aportaciones importantes fueron los moneros: Magú, creador de monstruos graciosísimos y de parecidos despiadados a los personajes públicos, El Fisgón, Ahumada, Helioflores y Sergio Arau. Estos moneros crearon un suplemento de

historietas que aventajó en años luz a las tradicionales secciones dominicales de "monitos" y tuvieron un gran éxito que contribuyó a la popularización del periódico. Entre los colaboradores destacaron Miguel Ángel Granados Chapa, Carlos Monsiváis, Héctor Aguilar Camín y Tomás Mojarro, que se hizo muy popular con sus columnas del "valedor". Por último, con el tiempo el nuevo diario se multiplicó en otras publicaciones, entre las que sobresalieron *Fem* , la primera revista feminista de importancia, y *Nexos* , dirigida primero por Enrique Florescano y después por Héctor Aguilar Camín; *Nexos* llegó a robustecerse a tal punto que pronto se convirtió en un temible centro de poder intelectual.

En 1977 Manuel Becerra Acosta se hallaba feliz con su periódico, pero Julio Scherer García a la larga se frustró. *Proceso* , creada en los últimos minutos del sexenio de Echeverría, pronto alcanzó un éxito extraordinario, y el paso consiguiente era expandirse hasta reobtener una publicación diaria. Reyes Heroles y varios prominentes políticos estaban dispuestos a apoyarlo, entre otras cosas porque querían contrarrestar el poderío de Luis Echeverría, quien, se decía, controlaba la cadena nacional encabezada por *El Sol de México* , además de que tenía peso, se decía también, en *El Universal* . En todo caso, Scherer García logró cimentar su proyecto periodístico, pero, cuando ya casi todo estaba listo, el corresponsal del *New York Times* Alan Riding dio la noticia; al día siguiente *Excélsior* la difundió en México y el gobierno, sacado a balcón, prefirió echarse para atrás.

En *Excélsior* , en tanto, la administración encabezada por Regino Díaz Redondo se anotó un éxito indiscutible con la columna "Red Privada" de Manuel Buendía Tellezgirón, quien la había iniciado en *El Sol de México* . Las columnas de Buendía eran extraordinariamente reveladoras, al grado de que mucha gente en un principio ni siquiera creía en la existencia física de Buendía y mucho menos en lo que decía su "Red Privada", pues en un medio tan hermético y controlado, como era el de la prensa, resultaba insólito lo que el columnista sabía y se atrevía a publicar. Era un hecho que casi todo el gobierno se acostumbró a filtrar noticias a Buendía, y como él mismo tenía un efectivísimo sistema de investigación periodística, escribía con una ironía filosa y disponía de un archivo privilegiado, casi nadie se quería perder la "Red Privada". Además de Buendía, José Luis Mejías también era leído a través de su columna "Los Intocables", y la planta de colaboradores se hizo fuerte con Margarita Michelena y Mauricio González de la Garza, quienes hacían un temible uno-dos.

En cuanto a *El Sol de México* , el periódico "a colores" que tuvo un fracaso en la capital equivalente a su éxito en el interior, pareció corroborarse que Luis Echeverría lo había comprado a través de su amigo el mueblero Mario Vázquez Raña cuando Mario Moya Palencia ocupó la dirección de *El Sol* , lo que motivó que un grupo de editorialistas, comandados por Emmanuel Carballo, renunciara por las dosis de censura que se hicieron presentes con la nueva dirección. Con el tiempo, Moya Palencia, el más notorio perdedor de 1975, reingresó al presupuesto como embajador ante las Naciones Unidas.

Al final del primer año del gobierno lópezportillista, las políticas fondomonetaristas hicieron que la inflación llegara a la increíble cifra oficial de 32.3 por ciento, la más alta en muchos años. Correspondientemente, los

salarios mínimos perdieron poder adquisitivo en un 14.8 por ciento y quedaron por debajo de los de 1974. Por supuesto, la devaluación de 1976 sólo sirvió para engordar los bolsillos de los especuladores, ya que las exportaciones ni siquiera mejoraron como se había previsto al devaluar. Como era de esperarse, en ese primer año el sector privado no quiso invertir, y, por si fuera poco, había que cumplir religiosamente los mandamientos del FMI: cero gastos, austeridad y ambiente funerario, además de liberar los precios de la iniciativa privada y de incrementar los del gobierno a partir de febrero de 1978. Por tanto, el presidente López Portillo hacía changuitos para que su gobierno pronto pudiera aprovechar el auge alucinante de los países productores de petróleo. Los nuevos yacimientos petrolíferos y los trabajos acelerados para la extracción de crudo, alimentados por préstamos cuantiosos, habían convertido a México en noticia en todo el mundo, y López Portillo se moría de ganas de mostrar al universo entero que era un estuche de monerías.

En tanto, en el interior de México los partidos de oposición, poco a poco, con lentitud morosa, ampliaban su radio de acción. A principios de 1978 el PARM se quejaba de que el gobierno lo había despojado de triunfos electorales legítimos en varios municipios de Tamaulipas, el único estado donde el PARM tenía una relativa fuerza. A fines de ese año las quejas provinieron del PAN, que reclamaba triunfos en Torreón y Monclova, Coahuila. Como las autoridades electorales se negaban a reconocer esas victorias, los líderes del PAN pidieron una audiencia con el presidente, quien de plano les indicó cómo se arreglaría la cosa: el PAN: podía quedarse con Monclova, pero Torreón definitivamente era para el PRI, ¿estaban de acuerdo o estaban de acuerdo? El PAN accedió, pero, eso sí, quiso dejar muy en claro que eso no significaba "que estuviera transando", a lo que comentó el sagaz presidente López Portillo: "Se subieron a la cama y quieren conservar la virginidad."

El 5 de febrero de 1978 "la República" se reunió en Querétaro y Jesús Reyes Heroles insistió en que no había que despertar al "México bronco, violento, mal llamado bárbaro". Pero la verdadera sorpresa allí fue la ausencia del presidente del PRI y de todo su comité ejecutivo nacional (CEN). De esa manera salieron a la luz pública las tupidas pugnas que sostenían Carlos Sansores Pérez y el secretario de Gobernación, ya que el presidente estaba "muy ocupado con las cuestiones económicas y las relaciones internacionales", y no tenía tiempo para la "política-política". Sin más, Sansores a todos comentaba que a López Portillo "no le interesaban los problemas políticos", lo cual no se hallaba lejos de la realidad, pues en esos días el presidente anotó en su "bitácora presidencial": "Voy a tener que intervenir con más atención y energía en aspectos que, en rigor, he minusvaluado: los famosos 'factores políticos', ese espectro misterioso de lo que en México se llama 'la Política'".

A la sombra de las luchas entre Reyes Heroles y Echeverría, el presidente del PRI, Sansores Pérez, ése sí ducho en la Política (mejor conocida como la Grilla), aprovechaba el río revuelto. Ese 5 de febrero demostró el control que tenía sobre el comité ejecutivo del PRI, e incluso se permitió despedir vergonzosamente a Luis Dantón Rodríguez, director del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES), pues fue el único miembro del CEN del PRI que asistió a la reunión de Querétaro. Poco después, ya picado,

Sansores Pérez tuvo el atrevimiento de ofrecerle, por sus pistolas, la gubernatura de Guanajuato al general Rafael Galván, secretario de la Defensa, lo cual alarmó al presidente. Sansores se movía tanto que por todas partes se le echaron encima, y empezó a crecer una fuerte exigencia, en gran medida auspiciada por Reyes Heroles, para que se le removiera de la jefatura del PRI; López Portillo no quiso hacerlo ("a empujones no me muevo"), y tan sólo intentó darle calambres a Sansores al colocarle a Gustavo Carvajal y a Rodolfo Landeros en el comité ejecutivo del PRI.

Para entonces el desorden se esparcía en el sistema político; ante la guerra entre Reyes Heroles y Sansores, más las intrigas que se movían en muchas direcciones, se creaba algo cercano a un mando débil. "Es evidente que se esperan decisiones del presidente y que si éste no las toma el vacío reclama sus privilegios y llena huecos", reflexionaba López Portillo cuando le recomendaban que "se pusiera duro" y cortara algunas cabezas de gobernadores o de ministros. "Confieso mi inexperiencia o mi falta de vocación para manejar el absurdo", decía, "me siento ridículo", agregaba, fastidiado ante los problemas. Además del desorden político, el sector privado apretaba las tuercas: los comerciantes se quejaban por las clausuras a establecimientos que fijaban precios como se les daba la gana, de nuevo se fugaba el dinero y se daban rumores de devaluación, además de que los trabajadores protestaban por el tope salarial y la inflación que no se detenía, y, por si fuera poco, la prensa crítica no parecía temerle mucho al presidente. Ante todo eso, en julio López Portillo convocó a su gabinete y regañó a todos "por su falta de solidaridad, lealtad, egoísmo y contradicciones", e incluso juramentó a varios secretarios de Estado por las filtraciones que se daban por todas partes, pero especialmente en el gabinete económico. Después de eso, aunque en lo más mínimo se contemplaba una devaluación, porque no hacía falta, López Portillo acabó aumentando "el desliz" del peso, el cual, más que flotar, claramente tendía a hundirse.

Las presiones contra el peso de ninguna manera eran gratuitas y en parte se debían a las molestias que en Estados Unidos se habían generado por la cuestión del gasoducto. El 18 de marzo de 1978, a través de Jorge Díaz Serrano, el gobierno festinó los avances de la industria petrolera. Gracias a los créditos obtenidos en el extranjero, y al empeño de los petroleros, la producción se había incrementado y se extraía ya un 80 por ciento más de barriles diarios de crudo. Las reservas probadas ascendían a 40 mil millones de barriles, pero las "probables" eran de la misma cantidad y las "potenciales" se calculaban hasta en 200 mil millones de barriles. Cuarenta plantas petroquímicas trabajaban ya, o se hallaban a punto de hacerlo. Y se anunció que el gasoducto estaba casi listo.

En 1977, por recomendación de Díaz Serrano, se había aprobado construir un gasoducto desde los yacimientos de Tabasco hasta la ciudad fronteriza de Reynosa, Tamaulipas. El gas que brotaba con el petróleo se quemaba en la superficie, y era mil veces mejor entubarlo y llevarlo a Estados Unidos, donde se podría vender a precios comerciales, había aducido Díaz Serrano, lo cual le pareció sensato al presidente. Las compañías estadunidenses interesadas parecían estar de acuerdo, y los dos gobiernos también, así es que sin más en 1977 se echó a andar la construcción del gasoducto, en medio de las críticas de la izquierda, la cual planteaba que una vez más los recursos no renovables

acabarían beneficiando a los gringos. “Ahora hasta les hacen su gasoducto”, decían. De cualquier manera, el tramo Cactus-Monterrey se completó pronto y los trabajos proseguían para llegar a la frontera cuando, inesperadamente, el país del norte salió con que se le disminuyera el precio. López Portillo decidió que no había razón para la rebaja y que el precio se quedaría en 2.60 dólares, tal como se había acordado. Como en 1978 López Portillo se sentía más fuerte, se puso machito: “Si les interesa, bien; si no, ni modo”.

El resultado inmediato fue que los dos países se mantuvieron firmes en sus posiciones. Estados Unidos terco en que se le rebajara el precio, *just for the sake of it* , y México en que no; el presidente dijo incluso que si los estadunidenses no querían el gas el ducto serviría para abastecer a la industria de Monterrey y de Coahuila: el gas sustituiría al combustóleo y el que ya había en el norte se podría almacenar también, como reserva, a fin de aprovechar el del sureste que llegaría a través del gasoducto.

Pasó el tiempo, Estados Unidos reconsideró y avisó que aceptaba el precio de 2.60. Esto debió terminar el conflicto, sin embargo, inexplicablemente, López Portillo se puso sus moños y dijo que ya no vendería nada, pues no quería ser acusado de “comprometer los recursos de la nación”. Por último, en octubre de 1979, “para aliviar las tensiones”, López Portillo no tuvo más remedio que dar el gas a Estados Unidos tal como se había acordado desde un principio. En 1979 el gasoducto ya se había inaugurado; era de 48 pulgadas de diámetro, tenía una longitud de 1 096 kilómetros y había costado más de mil millones de dólares. Sin embargo, el gasoducto no se llegó a utilizar y estuvo parado durante años.

Al sector privado no le gustó que no se vendiera el gas a los precios que Estados Unidos quería, y menos el viaje que el presidente emprendió, en la primavera de 1978, a la URSS y Bulgaria pues en él López Portillo declaró que “continuaría la reforma agraria”. En realidad, el presidente regresó fascinado ante los logros socialistas, especialmente en el campo. “Comunidades justas, orgullosas, con mística, voluntad, valor y sistema”, anotó en su “bitácora” al regresar, y también: “Volví a ver, a mi llegada, los pobrecitos ojos negros, abandonados, sumisos, sus manos sudadas… ¡Qué injusticia! ¡Qué mierda!” Era claro que, en medio de su cursilería, una parte del presidente se identificaba con los pobres pero, a fin de cuentas, López Portillo estaba vacunado para semejantes debilidades y prefería seguir “consintiendo que se le ubicara en la derecha”. El viaje a la URSS y Bulgaria fue criticado por las declaraciones sobre la reforma agraria, pero especialmente por lo costoso que había resultado. López Portillo no viajaba con los enormes séquitos de su predecesor, y esa vez dejó en casa a sus papás, pero, entre aviones, hoteles, comidas, regalos, espectáculos y chayotes para los invitados en el viaje a los países socialistas se había ido más de medio millón de dólares. La molestia de la gente con dinero naturalmente se tradujo en más rumores de devaluación, en otro empujón, discreto, de la fuga de capitales en agosto y en la continuación de los aumentos de precios, por lo que las centrales obreras se vieron obligadas a protestar para salvar su imagen ante sus agremiados. Además, en el zócalo se instaló un campamento de madres de desaparecidos y los médicos residentes del Hospital General hicieron otro paro, que fue reprimido.

López Portillo argüía que no le gustaba la "línea dura", pero que tampoco "iba a dejarse". Conforme avanzaba su administración más se convencía de que el Partido Comunista se hallaba detrás de todos los problemas sociales que surgían. No le cabía en la cabeza que las quejas de los pobres fuesen genuinas y prefería la insensata idea de que el PCM era omnipresente, con tantos o más recursos que el gobierno, tan eficaz que podía penetrar en todos los movimientos de inconformidad que se presentaban, si es que acaso no los originaba. En realidad, dijera lo que dijese, por esas fechas al presidente le agradaba la idea de verse como "gran represor", pues la derecha se lo aplaudía y entre su gente cobraba prestigio de "hombre fuerte".

Por eso solapó todas las atrocidades que se cometían en contra de un terrorismo que para esas alturas prácticamente ya no existía. La Liga 23 de Septiembre era "exterminada" con tanta frecuencia que mucha gente sospechaba que en realidad las fuerzas de control manejaban el membrete de la Liga para todos sus trabajos sucios. Ya no había guerrilla en el campo y el terrorismo urbano iba en franca salida, pero los retenes que el ejército había impuesto en varias carreteras del país no tenían para cuando acabar. Y seguía la Brigada Blanca, grupo paramilitar del gobierno compuesto por una "élite" de agentes de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), de la Policía Militar (PM) y de la Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD).

La Brigada Blanca era encabezada por Miguel Nazar Haro, de la DFS, Marcos Cavazos (DIPD), Florentino Ventura (Judicial Federal), Francisco Quiroz, Luis Montiel y Guillermo Álvarez (Procuraduría de Justicia Militar). Todos ellos disponían de su propio cuartel en el Campo Militar Número Uno, donde, se aseguraba, habían desaparecido cuando menos a 500 personas. Eran famosas las terribles arbitrariedades y las torturas de todo tipo que practicaban en sus *headquarters* , en los separos de la DIPD, en casas alquiladas y hasta en suites de hoteles abandonados, como el Papagayo, de Acapulco. Estas torturas, más los asesinatos y desapariciones de campesinos y opositores, fueron denunciadas sistemáticamente por Amnistía Internacional, la Federación Internacional de los Derechos del Hombre, el Movimiento Internacional de Juristas Católicos y por supuesto por el Frente Nacional contra la Represión y el Comité Nacional pro Defensa de Presos, Perseguidos, Exiliados y Desaparecidos Políticos de Rosario Ibarra de Piedra; sin embargo el gobierno de José López Portillo por lo general siempre se negó a admitir que sus guaruras hicieran algo malo.

Por cierto, en 1981, Miguel Nazar Haro, para entonces al frente de la Dirección Federal de Seguridad, fue acusado en Estados Unidos de ser cómplice de una banda de contrabandistas de autos de lujo que robaba en el sur estadunidense y vendía en México. El procurador de San Diego reveló incluso que la CIA y el FBI habían presionado para que se congelaran las acciones legales contra Nazar, pues éste era "la fuente de información más importante para el espionaje de Estados Unidos en México y Centroamérica". Esa vez Nazar tuvo que renunciar a la dirección de la DFS, y fue reemplazado por otro personaje temible del gangsterismo policial mexicano, José Antonio Zorrilla ("gente de Gutiérrez Barrios", escribió entonces José López Portillo, "por lo que quedo en sus manos"). Tanto Nazar como Zorrilla seguirían dando

mucho que hablar en los años ochenta y noventa.

Otro gran personaje de ese medio era el "general" Arturo Durazo, jefe de la policía capitalina y amigo de la infancia del presidente. Durante el gobierno de Echeverría, Durazo había sido comandante de la DFS encargado de la lucha contra la droga en el aeropuerto, lo que equivalía a poner la Iglesia en manos de Lutero, pues Durazo era un celebérrimo cocainómano y narcotraficante de peso completo. Desde que López Portillo fue declarado presidente electo, el gobierno de Estados Unidos le advirtió que Durazo, su querido cuatachón, estaba ligado fuertemente con el narcotráfico, pero el magnánimo López Portillo desestimó las advertencias y de hecho dio licencia a Durazo para que hiciera y deshiciera. Puesto "en donde había", el folclórico jefe de la policía procedió a amasar una fortuna demencial en sus seis años de servicio, en los cuales incluso recibió doctorados *honoris causa* . En el sexenio siguiente su encarcelamiento dio origen a una auténtica leyenda negra, pero en septiembre de 1978 Durazo declaraba que ya había consignado a 4 300 policías, agentes, jefes y empleados de la Dirección General de Policía y Tránsito (DGPT). "Es un nido de ladrones", se dolía el honrado Arturo, mejor conocido como el Negro.

Para esas alturas ya se había echado a andar el Plan Cóndor, el primer esfuerzo supuestamente conjunto entre México y Estados Unidos para contrarrestar la producción y tráfico de drogas, que en aquella época tenía como capital al estado de Sinaloa. A causa de las oscuridades anímicas de la nueva época, la drogadicción aumentaba en proporciones escalofriantes en todas partes, pero muy especialmente en el país del norte, y un nuevo, vastísimo mercado era cubierto por traficantes de distintas partes del mundo. El Plan Cóndor se inició desde principios del sexenio y consistía, en buena medida, en la fumigación de plantíos de mariguana con el complejo tóxico Paraquat, lo cual generó, a fines de los setenta, olas de pánico entre los doctos mariguanos de las universidades estadunidenses, que corrían a los laboratorios para el análisis riguroso de sus huatos.

Eran los inicios de lo que en los ochenta se volvería una verdadera histeria contra las drogas, promovida desde altos niveles gubernamentales, de México y de Estados Unidos, donde la cocaína, los barbitúricos y los tranquilizantes, además del legendario alcohol, era cosa común; por si fuera poco, el impresionante comercio de drogas era posible gracias a la complicidad si no es que a la diligencia de altos funcionarios civiles y militares que escasamente eran combatidos, pues muchas veces ellos mismos estaban a cargo del combate a la droga; de allí que éste, como después contra la histeria en torno al sida, tuviese fines más políticos que humanitarios. Poco a poco los narcotraficantes sustituían a los comunistas como máximos demonios de la humanidad, lo cual permitía continuar las grandes campañas manipuladoras y uniformadoras para enajenar a los pueblos.

En su segundo informe, y a diez años del movimiento estudiantil, el presidente López Portillo aludió a 1968 y por supuesto repitió aquello de la crisis-de-la-conciencia-y-conciencia-delacrisis que tanto le gustaba, y señaló que en 1968 "se abrió una época que todavía nos alcanza". Ya picado, insistió en que él "culminaría la reforma agraria" y que continuaría los subsidios. Anunció también su Plan Global de Desarrollo e informó que ya se habían

liquidado los préstamos que el FMI nos había asestado para salir de la crisis de 1976. Con dedicatoria a su viejo jefe, planteó que emitiría leyes para reglamentar la "desaparición de poderes" en los estados con el fin de evitar el ya tradicional abuso de ese recurso. También anunció la "impostergable" legislación sobre el derecho a la información, para lo cual se abrirían foros de consulta, que, como se sabe, sólo servían de escenario para especialistas con afanes protagónicos. Por último, López Portillo hizo ver que las cosas no sólo estaban en orden sino que se hallaban inmejorablemente perfiladas, por lo que se extrañó de que continuaran los rumores y la inestabilidad social promovida "por desnacionalizadores que se llevan el dinero". Como siempre, después del informe vino la usual lluvia de adhesiones y felicitaciones de los funcionarios y las corporaciones, pero la iniciativa privada se molestó: el presidente había sido innecesariamente agresivo con Estados Unidos, había hecho excesivas concesiones a la izquierda y trató con demasiada dureza a los pobrecitos multimillonarios que sólo protegían el patrimonio de sus hijos.

El 2 de octubre de 1978 más de 70 mil manifestantes se reunieron para corear "Tlatelolco no se olvida". Habían pasado ya diez años del movimiento estudiantil y 1968 se había convertido en un símbolo vivo, mito de liberación y democratización. En el interior del país 26 manifestaciones también conmemoraron la fecha. Las fuerzas izquierdistas del país comprendían que el contexto les era cada vez más adverso, y por eso el Partido Comunista Mexicano encabezó una coalición de distintas organizaciones marxistas. La meta era la unificación de la izquierda, lo cual se veía remoto, pero no tanto como diez años antes.

Continuaban las inconformidades obreras. Los electricistas se movilizaron pero al final acataron el tope salarial. Los maestros normalistas entraron en huelga, pero ésta no levantó tanto ruido como la de los radio operadores de navegación aérea, cuyo carácter estratégico hizo que el gobierno militarizara el servicio en lo que mediatizaba el conflicto. También estallaron problemas en el recién creado Instituto Nacional de Energía Nuclear (INEN) y los trabajadores, como era de esperarse, formaron un sindicato independiente, el SUTINEN, se opusieron a una iniciativa de ley presidencial que permitía a los extranjeros la explotación del uranio y postularon la unión de los dos sectores divididos del instituto: los "del agua pesada" y los del "uranio enriquecido". El SUTINEN llevó a cabo amplias movilizaciones y logró el apoyo del sindicalismo independiente, de las fuerzas de izquierda e incluso algún respaldo en el Congreso, lo cual le permitió obtener el registro legal de lo que acabaría llamándose Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN), bajo la dirección de Antonio Gesherson y Arturo Whaley. El SUTIN participaría activamente en la vida sindical y política del país en los años subsiguientes.

Los precios subían con tal vuelo que el presidente López Portillo se preocupó, y en vez de parar en seco al sector privado, recurrió a medidas que después la derecha calificó como abyecto populismo. Así creó el antecedente directo del Programa Nacional de Solidaridad de Carlos Salinas: la Coordinación General del Plan General de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados (Coplamar), que pretendía coordinar acciones entre las distintas entidades gubernamentales en beneficio de los pobres; de esa forma, Coplamar construiría escuelas con la SEP, hospitales con la SSA, instalaciones eléctricas con la CFE, etc. También

se robusteció el lado comercial de la Conasupo para que las mayorías empobrecidas adquiriesen productos un poco más baratos en las tiendas que después se conocieron como Conasupers. Con el mismo fin, se autorizó que los sindicatos oficiales, especialmente los del IMSS, del ISSSTE y de Hacienda, abriesen tiendas de precios más bajos y que después quedarían exentas de impuestos como el temible del valor agregado, o IVA. Esto tampoco gustó a la iniciativa privada, que se quejó de "competencia desleal" y no dejó de exigir la desaparición de los establecimientos de la Conasupo, lo cual ocurrió a fines de los años ochenta.

En tanto, el secretario de la Reforma Agraria, Jorge Rojo Lugo, no se hallaba a gusto en el cargo y pidió regresar a gobernar su estado, Hidalgo. López Portillo, buen amigo de los amigos, accedió y lo reemplazó con Antonio Toledo Corro. Si la designación de Rojo Lugo en la SRA era un indicio de que el presidente no tenía ninguna claridad con respecto al campo, sustituirlo con Toledo Corro resultó peor, pues éste era concesionario de la empresa estadunidense de tractores John Deere y no parecía ni remotamente el más indicado para el puesto; esto se pudo apreciar bien pronto: el 8 de agosto de 1978, López Portillo y Toledo Corro fueron a Cuautla a la conmemoración del natalicio de Emiliano Zapata. Los campesinos morelenses, de por sí molestos por sus precarias condiciones de vida, en todos los tonos increparon al presidente y al nuevo titular de la SRA. Las protestas estaban fuertecitas, y se dice que el presidente, consternado, exclamó: "¿Qué hago, Toledo? ¿Corro?", antes de salir, lo más rápido que pudo, del horrendo cine Robles de Cuautla.

Poco después, el presidente quiso demostrar que "iba en serio lo de llevar la reforma agraria hasta sus últimas consecuencias", lo cual significó apenas un parto de los montes: la expropiación de los latifundios de los caciques retirados Gonzalo N. Santos, en San Luis Potosí, y de Jesús Robles Martínez, en Hidalgo. Santos, furioso, prefirió "donar su predio", y después se vengó al mostrar un poco de la ropa sucia del sistema en sus inconcebibles y cínicas *Memorias* . Esta "culminación de la reforma agraria" sólo sirvió para que el líder de la Coparmex declarara: "El sistema revolucionario que nos rige no quiso hacer propietarios a los labriegos, y en cambio les dio la jalada del ejido. Los funcionarios han optado por un populismo suicida".

La ciudad de México, desmesurada y caótica ya para entonces, recibió, en buena medida, la atención del gobierno. Se echaron a andar nuevamente las obras del metro, o Sistema de Transporte Colectivo, y en agosto de 1978 se inauguró el tramo entre Tlatelolco y el Monumento a la Raza de la línea 3. Ya para entonces, también, las estaciones de correspondencia se volvían trincheras de sordas luchas cuerpo a cuerpo en las horas cumbre. Por su parte, el regente o gerente de la ciudad de México, Carlos Hank González, mereció el sobrenombre de Gengis Hank cuando, brutalmente, y sin la menor consulta a la ciudadanía, echó a andar los criticadísimos ejes viales, grandes vías automovilísticas "de un kilómetro de ancho", bromeaba Gabriel Vargas en la cada vez más crítica *Familia Burrón* .

Por los tales por cuales ejes viales don Gengis Hank destripó buena parte de la ciudad de México, y durante tres años la capital semejó el escenario de una guerra: hermosas avenidas con todo y su diversidad de árboles viejos se convirtieron en zanjas horribles e incomodísimas y en un caos de señalización

de tránsito, con los correspondientes embotellamientos. El DDF expropió predios con gran brío y, como sus indemnizaciones por lo general significaban sumas ridículas, mucha gente, con los amparos que obtuvieron, lograron numerosas suspensiones de obras. Sin embargo, el presidente siempre apoyó a Hank González y los ejes viales se hicieron a pesar de todo. Los primeros quince entraron en servicio en 1979 y dejaron ver la gran metamorfosis: el Distrito Federal, ya conocido como el Defe, el Defecante, el Detritus Defecal o Viet Hank, se convirtió en una "moderna ciudad texana". Los izquierdistas protestaron porque las obras beneficiaban a los automóviles, lo cual, por cierto, propiciaba la contaminación; en cambio, los pobretones de las brigadas de a pie, o de a pincel, enfrentaban trampas mortales al intentar cruzar las nuevas avenidas; por si fuera poco, los pobres ahondaban su vasallaje al llamado "pulpo camionero", la mafia de los dueños de autobuses urbanos. En 1980 se habían construido 133 kilómetros de ejes viales con un costo de 18 200 millones de pesos, los cuales sin duda enriquecieron a numerosos contratistas e intermediarios.

Gran parte de la población de la ciudad de México se sintió agraviada, pues nunca se les consultó en algo que los afectaba directamente; todo se resolvió, en el más puro estilo tecnocrático, en los escritorios de los temibles planificadores. Con el tiempo, la irritación de los capitalinos se fue incrementando hasta convertirse en franca inconformidad a mediados de los años ochenta.

Al menos, a principios de 1978, al cavar otras zanjas, obreros electricistas descubrieron, a un lado del Templo Mayor, a la Coyolxauhqui, la hija de la formidable Coatlicue y hermana por tanto del gran Huitzilopochtli. El antropólogo Eduardo Matos se hizo cargo de las excavaciones que descubrirían toda el área del Templo Mayor; de esa manera, anunció López Portillo, habría una plaza azteca paralela al zócalo árabe-español. "Los gemelos preciosos", rubricó el presidente. Sin embargo, pronto se pudo ver que de las dos plazas el tamaño e importancia de la española se comía con facilidad a la aztecota; además, las obras del Templo Mayor, con todo y su gran congelador disfrazado de museo, resultaron bastante feas y desangeladas, sin ganas ni, mucho menos, devoción. Pero así es esto del mestizaje. Con todo, el descubrimiento de la Coyolxauhqui por supuesto fue un acontecimiento histórico invaluable para nuestro país.

Por cierto, a finales de julio de 1979, tuvo lugar el II Congreso de Pueblos Indios, con 82 grupos étnicos que en 56 idiomas criticaron al régimen por la explotación, marginación y discriminación a las que siempre se les ha sometido. El presidente salió entonces con que los indios eran "una hipótesis imposible en el proyecto nacional", ni más ni menos. "Son raíces pero no pueden ser tronco", añadió después, sin que hubiese alguien allí que cuando menos le diera unas enérgicas bofetadas por exhibir tan feo racismo. "¿En cuál de los 56 idiomas hablarán?", se preguntó el ingenioso mandatario. Con semejante disposición de ánimo, no extrañó que para los indios el congreso se haya reducido a "un foro práctico para que expresaran su inconformidad"; aunque siguieran recibiendo el mismo maltrato.

Para compensar semejante y deplorable populismo-indigenista, poco después, en abril de 1979, se abrió el rumboso Perisur, el modernísimo *mall* comercial,

calcado inmisericordemente de los modelos estadunidenses. Al fin la clase alta mexicana pudo contar ya con la gringuez que exigía a gritos y que la hacía correr a Houston "a curarse un dolor de cabeza". Por cierto, unos cuantos años más adelante, durante la administración de Miguel de la Madrid, se construiría el hospital Humana, cuando menos tan caro como los de Houston o Rochester. También se inauguraría Reino Aventura, la Disneylandia de a peso, y llegarían las hamburgueserías McDonald's: no importaba que en Estados Unidos estos negocios fueran francamente populacheros, el equivalente de nuestras taquerías y loncherías; en México los ricos hacían colas de país socialista para comprar una *big mac* como si fueran los chiles en nogada de la tía de Fritz Glockner, que, como se sabe, son exquisitos.

Para entonces se advertía ya la proliferación del subempleo en la ciudad de México; apareció, entonces, una de sus flores más delicadas: los tragafuegos de las esquinas. Por unas monedas estos bárbaros de la pobreza, a la voz de yome-muero-donde-quera, hacían buches de gasolina para producir largas y sombrías llamaradas. Se hacía el chiste de que si los nuevos yacimientos de petróleo no hallaban clientes en el extranjero, los tragafuegos eran "el mercado natural". Por doquier aparecían las "marías" (ángeles de la ciudad, las llamó Elena Poniatowska), indias de distintas partes de la república que, con los críos a un lado y toda su miseria a cuestas, "vendían" dulces y chicles.

Avanzaba la calcutización de la capital, y el hacinamiento era cada vez más notorio, especialmente en las zonas céntricas, donde se formaba ya lo que sería un escalofriante despliegue de puestos "ambulantes" en los años ochenta, cuando llegaría, imbatible, la fayuca. Ciudad Nezahualcóyotl tenía ya cerca de tres millones de habitantes: 44 mil por kilómetro cuadrado; en Neza, o "Nezayork", como le puso Emiliano Pérez Cruz, la meta era vivir y largarse de allí cuanto antes. En la zona, 300 mil niños morían de desnutrición al año, había 3 272 expendios de bebidas alcohólicas y 111 escuelas. El 80 por ciento de la población era desempleado.

Por esas fechas, un equipo de investigadores mexicanos y extranjeros planteó que la ciudad de México padecía una de las contaminaciones ambientales más feroces del mundo; "equivale a la de Los Ángeles en los años sesenta o a la de Tokio a principios de los setenta", decían, y añadían que en las ciudades mencionadas se habían tomado medidas extremadamente rigurosas que en México ni siquiera se pensaban. Por cierto, ratificaron que los ejes de la carreta de Hank González contribuían a la contaminación.

Al fin había dinero, y José Andrés de Oteyza, secretario de Patrimonio y Fomento Industrial, decía feliz que "ya sonaban las arcas". En el transcurso de 1978 empezaron a llegar los mentados excedentes del mercado petrolero. López Portillo y su ala "estructuralista" no cabían de gusto; en el acto procedieron a gastar la lana en remediar los "cuellos de botella" que impedían el flujo de la producción y que hacían que "la infraestructura fuese insuficiente para el desarrollo".

Sonaban las arcas, pero el dinero del petróleo nunca llegó al pueblo. Al contrario, el gobierno dio a ver lo que entendía por "feliz navidad" cuando asestó alevosos aumentos a los precios de la gasolina y derivados justo

cuando se iniciaban las posadas y las vacaciones de fin de año. El sector privado, feliz, siguió el ejemplo y se elevaron los precios de transportes, tortillas, azúcar, básicos en general y demás productos del mercado. Para compensar un poco, el equilibrista presidente subió los aguinaldos a 40 días de salario mínimo; una mitad se pagaría en diciembre y la otra en enero, "pa ayudar en la cuesta".

En enero de 1979, la tradicional "cuesta" requirió equipos de alpinismo después de los despiadados aumentos del diciembre anterior; los precios habían agarrado vuelo, ya no iban a detenerse en mucho tiempo, y a esto el presidente le llamaba "crecimiento con inflación", como si así se cancelaran sus desoladores efectos.

Por otra parte, Estados Unidos presionaba insistentemente para que nuestro país ingresara en el Acuerdo General de Aranceles y Comercio, mejor conocido como GATT por sus siglas en, *of course* , inglés. Por desgracia, en la dolorosa práctica esto significaba que México se abriera, casi irrestrictamente, al comercio exterior, mientras que Estados Unidos, que controlaba el GATT, por lo general podría practicar un alevoso proteccionismo. Las presiones eran fuertes, y López Portillo mejor consultó a su gabinete. Las secretarías de Comercio, de Programación y Presupuesto, y el Banco de México estuvieron a favor del ingreso en el GATT; en contra se manifestaron Patrimonio, Hacienda y Agricultura. Es muy probable que para esas alturas don José ya hubiese decidido escurrir el bulto, heredárselo a su sucesor, y, en tanto, aprovechar el relajo que se había armado para sacarse de la manga más mentados "foros de consulta", que se volvieron muy populares en el siguiente sexenio y que, como se sabe, desde un principio sólo sirvieron para que el gobierno presumiera de libertad de expresión y para que los expertos pudieran exhibir sus conocimientos, ya que muy poco se tomaba en cuenta lo que se decía en ellos a la hora de las decisiones.

Y un papa visitó México por primera vez en la historia. Juan Pablo II, quien resultó un viajero empedernido. En uno de sus primeros *tours* sobrevivió a un atentado y eso motivó la aparición del "papamóvil", un horrendo vehículo de gran cabina de cristal a prueba de balas desde donde el pontífice podía ser visto por las multitudes de fieles.

Juan Pablo II llegó a México el 26 de enero y, como ya era su costumbre, lo primero que hizo fue postrarse y besar la tierra mexicana. La concurrida, y espontánea, recepción fue calificada de "monstruosa", quizá porque incluyó al presidente y a su sagrada familia. Las muchedumbres continuaron a lo largo del camino al Zócalo, donde las campanas repicaron durante diez estrepitosos minutos. Muchísima gente no pudo entrar a la misa solemne que ofició el papa. Éste, de allí, corrió a Los Pinos, donde conversó con el entendido López Portillo, quien, sin declararse creyente, estaba feliz pues seguía codeándose con los Hombres Importantes. Juan Pablo "es un político que quiere ubicar a la Iglesia en la historia moderna", se permitió comentar después. Al parecer al presidente no le preocupaban las rabietas de los viejos liberales jacobinos, que, se decía, eran cuchileados por el secretario de Gobernación.

Juan Pablo II recorrió buena parte del país, y por doquier fue asaltado por los fieles. El solo anuncio de su paso hacía que la gente saliera a la calle a la hora

que fuese. Sin duda, su presencia reactivó la identidad católica del pueblo mexicano y en algunos casos llegó a propiciar auténticos sentimientos religiosos. Sin embargo, los grandes medios de difusión y los intereses políticos y comerciales empañaron esta sana religiosidad natural. Los medios de difusión convirtieron el suceso en un show superespectacular. Televisa consideró al papa como su "artista exclusivo" y manipuló su imagen con un sofisticado fervor hipócrita; la Iglesia, por su parte, dio el visto bueno al validar las "bendiciones por televisión". Las grandes empresas se publicitaron mediante santurrones saludos al papa Natas, y el comercio también se lanzó al abordaje; pronto el mercado se saturó de retratos, pósters, libros, revistas, discos, álbumes, medallas y otros objetos conmemorativos, además de la usual parafernalia de culto. Todo esto hizo que los expertos señalaran la fusión de fe, tradición, comercio, show tecnológico y manipulación política e ideológica.

A partir de ese momento, la Iglesia católica se robusteció notablemente y procedió a ejercer su influencia en la política; en los años ochenta ya se hallaba sumamente encarrerada y en los noventa aterrizaría en el escenario de los acontecimientos nacionales. A cambio, el gran júbilo popular que encendió la primera visita de un papa a México vino a ser, quizá, la última gran manifestación del espíritu de los viejos tiempos. De cualquier manera, el segundo aire que obtuvo el catolicismo con la visita del papa más bien se sintió en la alta curia, pues entre el pueblo continuaban los avances de sectas como los mormones, los testigos de Jehová u otras igualmente extremistas en distintas áreas del país. Por otra parte, los curas de la Teología de la Liberación, en México encabezados por Sergio Méndez Arceo, bajaron el volumen de sus prédicas ya que no se les había dejado de atacar con fuerza desde fines de la década anterior; sin embargo, ya era real la existencia de un pequeño pero significativo sector de católicos izquierdistas o francamente marxistas.

Una vez que el pontífice se hubo ido, López Portillo designó a su secretario particular, Enrique Velasco Ibarra, para la gubernatura de Guanajuato. Además de que toda la campaña fue financiada por Banrural, lo cual violaba la ley, una vez gobernador Velasco Ibarra se desinteresó por completo de los asuntos guanajuatenses y dio tanto que decir (proclividad a las damas, irse a navegar en su yate), que Miguel de la Madrid con gusto lo retiró de la circulación en 1984.

Después, López Portillo finalmente se decidió y Carlos Sansores Pérez tuvo que entregar su estratégico puesto de líder del PRI al otrora coordinador de porros Gustavo Carvajal, quien resultaría otro caso. Sansores, por su parte, a regañadientes y conteniendo su belicosidad, aceptó la jefatura del ISSSTE que López Portillo le dio como premio de consolación y rito de salida, pero no paró de rumiar su descontento, hasta que, de plano, apoyó al PPS en las elecciones de Campeche. El enérgico presidente anotó: "Lo llamé, le dije, me dijo, y para afuera. Así de fácil". Era claro que López Portillo se había engolosinado al ejercitar el poder en su forma más burda: despidiendo gente. Escribió, por ejemplo: "Reuní al gabinete… A ver si entienden; si no, ¡*kaput*!" Después reflexionó: "Por cierto, es curioso que tenga fama de buena gente habiendo corrido o metido a la cárcel a tantos".

Pero quizá ni él mismo tenía una idea de lo que era capaz: en mayo de 1979 mostró su astucia con una carambola de mil bandas y sacó del gabinete a Reyes Heroles, a Santiago Roel (Relaciones Exteriores) y a Ricardo García Sainz (Programación y Presupuesto) un día antes de recibir a Fidel Castro en Cancún, donde, por si fuera poco, rompió relaciones diplomáticas con la dictadura de Anastasio Somoza y externó su apoyo a las guerrillas sandinistas de Nicaragua.

Jesús Reyes Heroles, "el profeta del pasado", según Julio Scherer García, era "apasionado, informado, mordaz; no había gastado a lo largo de su vida un minuto en el ejercicio físico, consagrado a la tensión de la inteligencia. Bebía hasta agotarse y conversaba más allá de la fatiga. Fumaba puros enormes. Tenía sentido del humor y una ilimitada capacidad para el desprecio". Reyes Heroles comparaba la política con la vida en un burdel, "y nadie que yo sepa busca la castidad en el burdel", sentenció. El presidente lo idealizó en un principio, pero después se dijo que "le había perdido la fe". Desde principios de año, López Portillo se quejaba del supersecretario de Gobernación: "Sigue manejando rarito la prensa... Me pregunto si se vale inducir ataques al presidente... Que si la carestía, que si Jesús... ¡Ah qué Jesús!" Por tanto, Reyes Heroles *kaput* , junto con Santiago Roel y Ricardo García Sainz, que ya lo tenían fastidiado.

Simplemente citó a los tres y les dijo: "Señores, a partir de hoy el profesor Olivares Santana sustituye al licenciado Reyes Heroles; el embajador Castañeda al licenciado Roel, y el licenciado De la Madrid al licenciado García Sainz. Espero su renuncia. Señores, muchas gracias". Así de fácil, como a él le gustaba decir. López Portillo aclaró después que Reyes Heroles "trabajaba poco y de mala gana" y que era "flojo, indiscreto y pontifical", pero que, sin embargo, reaccionó diciendo: "Muy bien, ¡muy bien! ¡Así deben ser las cosas!" Ya picado, López Portillo añadió también que Roel "se creía presidenciable y actuaba como tal"; era "frívolo en su futurismo". De García Sainz sólo dijo que "no pudo con el paquete". Por último, explicó que los destituyó un día antes de entrevistarse con Castro Ruz para hacer ver que podía cambiar gente importante de su equipo sin que nada ocurriera; eso sí, de paso aprovechó para llamar la atención y eclipsar a Fidel Castro con el anuncio de la ruptura de relaciones con la dictadura proestadunidense de Anastasio Somoza (cuyo fin, por lo demás, era inminente). Nadie esperaba el rompimiento con Nicaragua, y el recién nombrado secretario de Relaciones Exteriores Jorge Castañeda se llevó la gran sorpresa cuando el presidente lo anunció en Cancún. Por lo demás, pocos días después la revolución sandinista triunfó y Somoza salió huyendo, al estilo Batista, rumbo a Miami.

Por otra parte, el presidente previó que los comentaristas especularían si la retirada de Reyes Heroles no implicaba fortalecer al "maximalista" Luis Echeverría, a pesar de que éste ya tenía siete meses en las "lejanísimas Islas Fidji". Por tanto, unos cuantos días después, el 21 de mayo, Javier García Paniagua, subsecretario de Gobernación, habló en nombre de los tres poderes en un homenaje a Lázaro Cárdenas y aclaró las cosas: "Es ambición tan perversa como inútil intentar el retorno de la dirección política del país a manos ajenas a la responsabilidad presidencial", dijo. Más tarde, cuando lo nombraron presidente del PRI en 1981, García Paniagua fue más preciso: "El

licenciado Luis Echeverría tuvo su oportunidad histórica del primero de diciembre de 1970 al último de noviembre de 1976. Ni un minuto más, ni un minuto menos". Se dice también que el hijo del general henriquista y ex secretario de Defensa, Marcelino García Barragán, maniobró para que la Universidad de Guadalajara, a fines de 1979, retirara a Luis Echeverría el doctorado *honoris causa* que le había otorgado bajo la acusación de ser el autor intelectual del asesinato de Carlos Ramírez Ladewig, conspicuo dirigente de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG).

Luis Echeverría regresó a México "para votar en las elecciones", y, de pasada, para lanzarse contra las transnacionales, a las que culpó de la crisis devaluatoria de 1976. Después, le propuso a López Portillo que los ex presidentes fueran nombrados senadores vitalicios. "¿Cuándo puedo regresar a México?", preguntó, contrito, y su viejo amigo le respondió: "Cuando quieras, Luis, cuando quieras". En todo caso, Echeverría regresó a Canberra, pero en octubre de ese año ya había vuelto al país y se instaló en su CEESTM aunque sin renunciar al puesto, y al salario, de embajador. Como Reyes Heroles ya había chupado Faros en vez de sus usuales puros, ahora el centro de sus animadversiones era García Paniagua. En unos días Echeverría de nuevo era el centro de chismes y rumores, especialmente cuando se reunió con Jacobo Zabludovsky, por una parte, y con Carlos Monsiváis, por la otra, o, al menos, eso anotó López Portillo, quien, además, le tuvo que pedir que se midiera. Echeverría dijo que él no hacía nada malo, y añadió a Andrés de Oteyza, secretario de Patrimonio, en su lista negra. Como el presidente volvió a pedirle que se estuviera quieto, don Luis mejor volvió a salir del país a principios de 1980.

Las elecciones de julio de 1979 para elegir diputados fueron ganadas de calle por el Partido del Abstencionismo, que obtuvo 41.6 por ciento del padrón; el segundo lugar fue para el PRI, que sólo perdió cuatro diputaciones; éstas fueron para el PAN, que, después de la crisis de 1976, y dentro de su escuálido territorio, perdió posiciones. En cambio, se dijo, el arranque "legal" del Partido Comunista Mexicano (PCM) a fin de cuentas fue "sorprendente dentro de su modestia". En cambio, ni el PST ni el PDM ni los viejos PPS y PARM mostraron utilidad alguna.

Por otra parte, los espectaculares cambios en el gabinete delinearon el paisaje futurista del sexenio, que a esas alturas ya preocupaba. Hank González y Oteyza quedaban fuera de la triste competencia, que era encabezada por el amigo del presidente Pedro Ojeda Paullada (Trabajo) y el secretario de Comercio Jorge de la Vega Domínguez. A la mitad del camino entraban ahora a competir el secretario de Gobernación Enrique Olivares Santana y, especialmente, Miguel de la Madrid, de Programación y Presupuesto, ex alumno y "del equipo" del jefe. "La caballada está flaca", dijo Rubén Figueroa, el deslenguado gobernador de Guerrero, con respecto a los suspirantes.

Muchos se preguntaban si López Portillo no saldría con una solución parecida a la de Echeverría: introducir a su gallo a la mitad del sexenio para ayudarlo a llegar al momento cumbre, cuando toda la aparatosa maquinaria se echaba a andar y ya nada la detenía. De la Madrid, en todo caso, venía bien preparado para ocupar la silla y contaba con un entusiasta equipo de jóvenes

tecnócratas. Para empezar, logró que el presidente nombrara a Carlos Salinas de Gortari secretario del Gabinete Económico.

Por esas fechas un fuerte temblor tuvo lugar en las costas de Guerrero, y la sacudida, aunque leve, se sintió en el Distrito Federal. Esto motivó que el presidente López Portillo se ufanara porque, según él, "la ciudad de México está extraordinariamente bien construida". Para él, que ni en sueños podía imaginar el terremoto de 1985, más bien los problemas del país se daban entre los trabajadores.

En abril de 1979 los telefonistas habían ido a la huelga para romper el tope salarial; el gobierno ordenó la requisa de Teléfonos de México, y el primero de mayo los trabajadores marcharon vestidos de negro y rojo, los colores de huelga. En el desfile fueron notorias las protestas de muchos sindicatos, especialmente de burócratas: los de Salubridad, Correos y electricistas del SME destacaron por agresivos.

Los maestros disidentes de nuevo causaban problemas, y en esa ocasión, para contrarrestar al corruptísimo SNTE (controlado por el cacique Carlos Jonguitud y su Vanguardia Revolucionaria), el mismo gobierno alentó la creación de la CNTE, Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, siguiendo el feo patrón de usar siglas casi idénticas a las del organismo al que se oponen. Para empezar, la CNTE logró controlar la sección 22 y de allí en adelante nunca detendrían la oposición activa contra el charro Jonguitud, en especial en Oaxaca, Chiapas y Morelos. Los conflictos llevarían a diversos enfrentamientos, y éstos, al asesinato, en Oaxaca, 1981, del líder disidente Misael Núñez Acosta. Para entonces, la violencia en Oaxaca y Chiapas había aportado más de 100 muertos.

Por su parte, a fines de 1979 los petroleros reeligieron como secretario general de su SNTPRM a Salvador Barragán Camacho, que a partir de entonces lo sería por cinco y ya no por tres años. La convención del sindicato petrolero, además, creó la cartera de Obras Sociales y Revolucionarias, confeccionada a la medida del capo Joaquín Hernández Galicia, la Quina, naturalmente el único y verdadero líder "moral" del viejo gremio petrolero, quien seguía disfrutando como pocos la locura del oro negro. En 1979 el precio había arrancado a 17 dólares el barril, a mitad de año estaba a 24 y a fines llegó a los 30. Pemex contaba con 450 pozos productores, había iniciado ya la exportación del crudo *maya* , y vendía más de 300 millones de pies cúbicos de gas diarios al sur de Estados Unidos, además del crudo que también se entregaba regularmente a España y a Israel. Muchos países querían petróleo mexicano y surgían más yacimientos, como el del Paleocanal de Chicontepec, una cuenca de más de tres mil kilómetros cuadrados de extensión, informaba, de lo más contento, Jorge Díaz Serrano, director de Pemex.

Poco le duraría el gusto. A principios de junio, al sacar la tubería de perforación del pozo exploratorio Ixtoc I, en la sonda de Campeche, las válvulas de seguridad no pudieron actuar y se produjo una explosión pavorosa, que botó todas las herramientas y el equipo sumergible, y que fue seguida por un incendio espectacular. Se trataba de uno de los más graves accidentes de la historia petrolera, pero en medio del horror dominaba la

belleza. “El fuego consumía una buena parte del petróleo que surgía con fuerza”, narró Jorge Díaz

Serrano. “El Ixtoc estaba presente en medio de una mancha de 200 metros de diámetro. Brotaba soberbio, poderoso y desafiante. La fuerza del fluido del pozo levantaba la superficie del mar, cayendo a los lados en forma de espuma que inmediatamente se incendiaba y corría hacia la periferia del círculo de fuego.” Más de 30 mil barriles diarios brotaban, y se perdían, dijo Red Adair, el “bombero petrolero” a quien Díaz Serrano mandó llamar *forthwith* para solucionar el problema. El bomberito Adair se propuso taponear el pozo y desde un principio avisó que la operación sería lenta, por lo que también se emprendería una solución más rápida, consistente en “poner un arnés al pozo descontrolado”. Urgía controlar al Ixtoc. La inmensa cantidad de aceite que no se quemaba se dirigía a las costas del Golfo de México y mucha gente se preocupaba por los daños que pudiera causar al medio ambiente; la prensa armó un escándalo porque Pemex ocultó primero y dosificó después la noticia “para que no cundiera el alarmismo”, el cual, por supuesto, con esa política informativa se encendió aún más. Pemex utilizó un gran equipo para recolectar el aceite en las playas y aplicó materiales absorbentes en las bocas de estuarios y lagunas, además de un dispersante que, se aclaró, era “no tóxico y biodegradable”.

Al mes, el intento de poner un arnés al Ixtoc fracasó, a pesar de que en un momento el pozo pareció controlado e incluso Díaz Serrano avisó al presidente que “todo había salido OK”. Pero la tubería se rompió, el pozo expulsó al arnés y resurgió, furioso. Esa vez la gente de Pemex se encargó de encender el gas y reapareció el chorro de fuego. En el acto se procedió a perforar dos nuevos pozos direccionales, laterales, “de alivio”.

Para entonces, en Estados Unidos ya habían programado y echado a andar la histeria colectiva; Texas, especialmente, hervía de indignación por el aceite que irremediablemente llegó a sus playas, y se decía que México era incapaz de manejar el petróleo; por supuesto, de esa manera se apuntaban a enseñarnos cómo, si no es que a tomar control total de nuestra industria petrolera. Por último, Estados Unidos puso un ultimátum para que México controlara el Ixtoc. El gobierno aguantó la andanada siguiendo la política del avestruz, a la vez que se perforaban, a la máxima velocidad posible, los pozos direccionales; sistemáticamente se enviaban esferas de plomo de casi dos kilos, y así se llegaron a depositar cerca de 80 mil de ellas. Finalmente, el 23 de marzo de 1980, nueve meses después de iniciado el descontrol, se logró inducir la tubería en la boca del pozo y el Ixtoc finalmente fue sellado con un tapón de cemento. Se trató de una auténtica proeza, y todo mundo respiró en paz, aunque Estados Unidos aún se permitió exigir conversaciones “para cuantificar daños”, que, con justa razón, el gobierno mexicano se negó a entablar. La producción siguió a toda marcha; esto es, de crudo, que en 1979 representó más de 50 por ciento de las ventas al exterior. Al terminar ese año Pemex debía 25 por ciento de la deuda externa nacional, y la economía del país se petrolizaba a pasos kilométricos.

Por otra parte, en 1979 estaba en construcción la planta nucleoeléctrica de Laguna Verde, en el estado de Veracruz, y en junio se colocó la vasija nuclear. Con el tiempo, Laguna Verde se convertiría en un punto de convergencia de

los grupos ecologistas que empezaban a surgir y que desde un principio se opusieron a la planta nuclear. A fines de ese año se creó la Comisión Nacional de Energía Atómica para coordinar las actividades de Uranio Mexicano (Uramex) y el Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares (ININ).

López Portillo para entonces se hallaba convencido de "haber restaurado la economía". Los "cuellos de botella", claro, eran un obstáculo, pero allí estaban los excedentes petroleros para permitirnos "inversión, promoción y fomento". Había que crecer aceleradamente, y crear "puertos industriales" para pasar directo al mundo de la exportación. Esto hacía que valiera la pena aguantar las incomodidades de eso que llamaban "crecimiento con inflación".

En octubre López Portillo se sentía fuerte para hacer talacha internacional y promover su Plan Mundial de Energía, con el cual confiaba entrar de lleno en firmamento de los grandes líderes; no importaba que Echeverría no hubiese obtenido nada con su Carta de los Deberes y Derechos Económicos, el presidente se fue a Nueva York, y en las Naciones Unidas su plan encontró una atmósfera helada; para entonces ya le habían tomado la medida y nadie le reforzaba la conducta. En Washington la frialdad siguió, pero López Portillo no lo notaba. "Le hablé a Vance con franqueza brutal", alardeó, y añadió que ofreció su "modesto apoyo" en los tratados nucleares con la URSS. En México, el PRI acarreó grandes muchedumbres para recibir a su presidente que venía "de dejar muy en alto el nombre del país". López Portillo se complació porque la gente estaba tan contenta. "En general", decía, "todos están satisfechos con su presidente".

En realidad, para esas alturas México estaba implicado en varios acontecimientos internacionales. Por una parte, López Portillo había tenido que volar presto a Panamá a la ceremonia final de los convenios sobre el canal. Por otra, el gobierno sentía la obligación moral de intervenir en favor de Héctor J. Cámpora, el odontólogo que fue embajador de Argentina en México y que, tras de crear una pequeña "primavera de Buenos Aires", renunció a la presidencia de su país en favor de su jefe, el general Perón, quien, al morir poco después, fue sucedido por su esposa Isabel, lo cual propició un nuevo golpe de Estado y una de las más bárbaras dictaduras de la historia latinoamericana. Cámpora y su hijo pudieron asilarse en la embajada de México, pero los militares, o "gorilas", como también se les decía, se rehusaron a darles salvoconductos para que pudiesen salir del país; el noble ex presidente argentino se hallaba enfermo y agravó durante su encierro. A fin de cuentas, sólo salió para morir.

Por otra parte, desde mediados de año Estados Unidos, *sotto voce* , intercedió para que el gobierno permitiese la residencia en México del truculento cha de Irán con todo y su esposa Farah Diva y los millones de dólares que había saqueado en su país. López Portillo accedió y los Pahlavi se instalaron rumbosamente en Cuernavaca. Al parecer, la idea era que México sirviera de puente para que el cha pudiese pasar a Estados Unidos, donde por algo no lo admitían. Pronto resultó que necesitaba viajar a Nueva York "para curarse", lo cual armó un gran escándalo en Estados Unidos y en el Irán del ayatola Jomeini. Cuando el cha quiso regresar, en diciembre de 1979, el gobierno de México ya no le renovó la visa, y esto causó una profunda irritación en Estados Unidos. El cha fue a dar a Panamá y después a Egipto, donde murió.

Desde mediados de año habían reaparecido las salidas de capital y los rumores de "inminente devaluación del peso". Se compraban dólares en cantidades desproporcionadas. Por otra parte, en vista de la llegada de divisas vía el petróleo, la inversión privada se desató y pronto tomó vuelo, al grado que los secretarios de Programación, Miguel de la Madrid, y de Hacienda, David Ibarra externaron temores de sobrecalentamiento. "Yo no quería un crecimiento del ocho por ciento del PIB", dijo después López Portillo, "para mí fue una sorpresa". Después de las elecciones la fuga de dólares y los rumores disminuyeron un tanto, pero arreciaron al poco tiempo. El gobierno, entonces, emitió los "petrobonos", pero la banca privada, que promovía abierta y entusiastamente la compra de dólares, en un principio boicoteó los bonos gubernamentales; la fuga de divisas, por supuesto, continuó, pero en ese momento el presidente no se preocupaba demasiado: había dólares para-lo-que-quisieran.

Sin embargo, la inflación siguió imbatible en diciembre con el combustible que significó el aumento del azúcar; como éste no se autorizaba, el dulce fue acaparado y escondido hasta que, como siempre, el gobierno cedió. Mientras más cara resultaba la vida para el pueblo, eran mayores las ganancias de los ricos; y no sólo económicas. Hasta ese momento, la iniciativa privada había obtenido victorias insólitas, decía Carlos Pereyra; el gobierno le concedió "además de la impunidad económica... *a*] influencia omnímoda sobre la educación extraescolar y sobre una porción creciente de la educación escolar; *b*] la conducción de las técnicas despolitizadoras; *c*] las determinaciones últimas en materia de moral social y derechos de la mujer; *d*] el poder de voto sobre decisiones radicales del gobierno, lo que incluía la crítica permanente sobre los fundamentos de la acción gubernamental; *e*] el aparato, intacto, de la promoción de rumores; *f*] la descalificación instantánea de los proyectos nacionalistas".

LAS VACAS GORDAS

A mediados de 1979, Margarita López Portillo, ex alumna de Agustín Yáñez, autora de la novela *Toña Machetes* , poetisa, adicta a la brujería vulgar y hermana queridísima del presidente ("es mi piel, no me la toquen"), de nuevo dominó las noticias y los chismes. En esa ocasión, la Señora, como le decían, se permitió meter a la cárcel a 20 de sus colaboradores de la industria cinematográfica. Pero ésta sólo era una de sus hazañas.

Desde principios de sexenio, el presidente quiso competir con su antecesor, y si aquél nombró a su hermano Rodolfo Echeverría director del Banco Cinematográfico y por tanto de esa industria, López Portillo le confeccionó a su hermana la superdependencia Radio, Televisión y Cinematografía (RTC), con el control total de estos importantísimos medios. La diferencia estribaba en que Rodolfo Echeverría era actor y líder sindical, y conocía bien el medio cinematográfico, mientras que Margarita López Portillo era una advenediza en el estratégico territorio de los grandes medios de difusión; además, siguiendo las costumbres imperantes, se hizo de un equipo que igualmente

desconocía los medios y que causó infinidad de problemas.

La poetisa ofrecía, como carta de legitimación, su veneración a Sor Juana Inés de la Cruz, por lo que pronto fue conocida como la Pésima Musa. Además, doña Margarita era mujer de carácter, templada por el intento de secuestro que le hizo la Liga 23 de Septiembre, y no había nadie que la contuviera, dado el poderío que le confería ser hermana del presidente. Ni Reyes Heroles pudo con ella; de hecho, uno de los factores para que López Portillo "le perdiera la fe" al secretario de Gobernación se debió a que, durante el viaje a China y Japón, Reyes Heroles, que era cabeza formal de RTC, por su cuenta y riesgo despidió a Raúl Cardiel Reyes de Canal 13. Cuando regresó, doña Margarita montó en cólera. "A mí ningún perro me ladra en mi propia casa", le ladró, y no precisamente en vena poética, a Reyes Heroles.

Cardiel tenía apenas un mes en la dirección de Canal 13, o Corporación de Radio y Televisión, pero los directores allí se distinguían por su fugacidad, pues hubo siete en los seis años. Abel Quezada duró cuatro días en el puesto; María del Carmen Millán logró aguantar casi dos años, pero fue eliminada en favor de Cardiel; como a éste lo despidió Reyes Heroles, la Pésima Musa escogió a Alejandro Palma, quien importó al comentarista de Televisa Joaquín López Dóriga; éste, para abrir boca, a su vez expulsó de la televisión oficial a los escritores Elena Poniatowska, Eraclio Zepeda y Jorge Ibargüengoitia, y puso en práctica los trucos que aprendió en Televisa. Por tanto, al poco tiempo había creado un caos de dispendios, arbitrariedades y corrupción. Jorge Cueto, médico y hermano de un jefe policiaco, llegó entonces a la dirección del 13 y allí estuvo desde marzo de 1979 hasta enero de 1980, cuando le movieron el tapete y entró en su lugar el locutor y ovniólogo Pedro Ferriz. En septiembre de 1981 doña Margarita, de nuevo "extraordinariamente indignada", despidió a Ferriz por "las quejas recibidas". Machísima, anunció que ella misma dirigiría el canal, pero a los diez días dijo que siempre no, y puso a Claudio Farías, quien logró arrastrarse hasta el fin del sexenio.

Como puede verse, doña Margarita, como don José, creía que el poder se demuestra cortando cabezas. El escándalo en el cine se debió a esta inmadura idea de gobernar. La directora de RTC era asesorada por un grupo que incluía a Ramón Charles, Claudio Farías, Santiago Marugón, Humberto Enríquez y Benito Alazraki. Sólo este último tenía relación con el cine (él dirigió, vía Carlos Velo, la célebre película *Raíces* en los años cincuenta); los demás, como su jefa, escasamente sabían lo que ocurría en la industria cinematográfica. Eso sí, apoyaron con brío la nueva política oficial hacia el cine, que siguió las leyes no escritas del "pendulazo sexenal". Como Echeverría trató de crear un cine de corte popular y social, la iniciativa privada de hecho entró en huelga patronal y dejó de producir. El nuevo gobierno llegó, como en casi todas las áreas, dispuesto a satisfacer las concesiones que pedía el sector privado. El resultado fue que el cine estatal se contrajo al máximo y se desmantelaron todos los avances en favor de un cine artístico, de autor, y no vulgarmente comercial. Por supuesto las críticas y las quejas empezaron a menudear porque los empresarios volvieron a filmar sus películas inconcebiblemente degradantes, enajenantes y oligofrénicas. La contrarrevolución cinematográfica de Margarita López Portillo fue implacable y se agudizó conforme aumentaban las críticas y las protestas.

Como era de esperarse, Ramón Charles y su gente pronto chocaron con los funcionarios cinematográficos que venían de las administraciones anteriores: Carlos Velo y Bosco Arochi, del Centro de Cortometraje; Fernando Macotela, de la censura o "Dirección de Cinematografía"; además de Alfredo Joskowicz, Carlos Ortiz Tejeda y Jorge Durán Chávez. Las pugnas de éstos con Ramón Charles fueron terribles. Los "cineastas" aprovecharon una reunión para lanzarse contra Charles y compañía, pero no se sentían muy seguros y ni siquiera se atrevían a mencionar su nombre. "Una persona", decían, los estorbaba, los intimidaba continuamente, e incluso de plano los amenazaba con cesarlos o meterlos en la cárcel.

Margarita López Portillo no sólo apoyó a Charles sino que hizo buenas las amenazas y envió a los agentes policiacos para que con golpes, insultos e incluso torturas, arrestaran, el 26 de julio de 1979, a Macotela, Arochi, Velo y a quienes los apoyaban o no gozaban de las simpatías de Charles, como Rafael Corkidi o el escritor Jorge Hernández Campos. Los 20 fueron acusados de un fraude por más de cinco mil millones de pesos, que luego bajó a 500 y que finalmente quedó en cinco millones. Varios lograron salir durante las "averiguaciones"; otros lo hicieron después, al "reponer el dinero malhabido", y se dice que algunos de ellos tuvieron que vender autos y propiedades para salir de la cárcel. "Se regresan millones", decían los periódicos. Sin embargo, la directora de RTC decidió que cuando menos algunos de los acusados se convirtieran en chivos expiatorios que justificaran el asalto. De esa manera, Carlos Velo, Bosco Arochi y Fernando Macotela tuvieron que pasar una temporada en la cárcel, hasta que fueron liberados en 1985, ya en el sexenio siguiente. La mayor y más vil injusticia en esta "operación" consistió en el arresto de Carlos Velo, autor de *Torero* y *Cinco de chocolate y uno de fresa* , hombre honesto y técnico alejado de las politiquerías. Por su parte, Bosco Arochi contó que, al salir, el director del reclusorio le recomendó: "Dale las gracias a doña Margarita, porque ella habló para que tuvieras todas las atenciones... Dale también las gracias al subsecretario de Gobernación Fernando Gutiérrez Barrios. Y no hables con periodistas". Al salir, el chofer de la camioneta que lo llevó a su casa le dijo: "Entonces ya salió libre, ¿no?, ¿y a quién se echó?" "No, no me eché a nadie." "Qué buena onda, pos ora sí: a portarse bien."

Cuando, en marzo de 1982, el flamante edificio de la Cineteca Nacional ardió en llamas con todas sus volátiles cintas, muchos consideraron que el incendio era la culminación lógica de un sexenio que se propuso, y logró, obstruir por muchos años las posibilidades de hacer buen cine en México. No era exageración: durante la gestión de Margarita López Portillo el cine se caracterizó por su insólita mediocridad y vulgaridad. Si bien la censura saltaba cuando oía "groserías", cuando veía desnudos o "escenas peligrosas" en las películas que aspiraban a un mínimo de calidad, en cambio no le importaba que el "género" de "ficheras y albures" pasara del teatro al cine con su vil explotación del morbo a través de lo que llamaron "sexy-comedias". Productoras viejas y nuevas ganaron montañas de dinero con películas de un mínimo de inversión, pero que permitían el consabido jineteo de los créditos, pues si para entonces los bancos ya casi no prestaban a nadie, a ellos sí.

Fueron pocos los que lograron hacer buen cine durante el lópezportillismo:

Arturo Ripstein (*Cadena perpetua*) y Felipe Cazals (*Las Poquianchis*) lograron adaptarse a las nuevas circunstancias, al igual que Jaime Humberto Hermosillo, quien filmó una de las mejores películas del sexenio: *María de mi corazón* , con libreto de Gabriel García Márquez. El chileno Miguel Littin logró armar coproducciones internacionales para realizar *La viuda de Montiel* y *El recurso del método* antes de emigrar del país. Paul Leduc pudo filmar la excelente película *Mezquital, historia de un etnocidio* . Y Jorge Fons de plano se retiró al documental. Entre los nuevos cineastas, destacaron Alfredo Gurrola, ex superochero que adaptó novelas policiacas de Paco Ignacio Taibo II; y surgieron jóvenes directores como Rafael Montero, también del superocho; Marcela Fernández Violante, Juan de la Riva, Busi Cortés, Marisa Sistach, Gerardo Pardo y José Buil.

Como nunca cesaron las críticas por el siniestro cine que propició, Margarita López Portillo declaró: "No quiero pasar a la historia como la persona que ha protegido el cine fácil, denigrante, de pésima calidad, con el solo objetivo del lucro personal". Sin embargo, su idea de dignificar el cine resultó malinchismo puro: por una parte encargó una película sobre la revolución mexicana a un soviético bastante mediocre, y así Sergei Bondarchuck con dinero mexicano salió con el bodrio histórico *Campanas rojas* ; después, se decidió filmar la vida de Antonieta Rivas Mercado, la mecenas de los Contemporáneos, compa de José Vasconcelos y modelo del Ángel de la Independencia. Este proyecto fue encomendado a Carlos Saura, español, y a Jean-Jacques Carrière, francés, pero ninguno de ellos pudo hacer nada bueno ya que el tema les era completamente ajeno. Ésas fueron las "películas de aliento" del lópezportillismo, y no dejaron ni prestigio ni dividendos, y sí una nueva lluvia de críticas cada vez más indignadas que las lecturas de cartas y las "limpias" ya no pudieron contrarrestar.

El cine y la televisión estatal sufrieron en manos de Margarita López Portillo. Imevisión, además de sus célebres siete directores (más de uno por año) se caracterizó por la corrupción, los fraudes, dispendios de presupuesto, caos administrativo, ineficiencia profesional y feroces pugnas internas. La directora de RTC se interesó, e invirtió sus energías y su mejor voluntad, fundamentalmente en la televisión rural, o Televisión de la República Mexicana, que se expandió a lo largo del sexenio. Los fines de RTC eran educativos y en realidad la nueva infraestructura sirvió especialmente para las clases por televisión que se echaron a andar a partir de la huelga de la UNAM en 1977, y que después se convirtieron en las "telesecundarias". Por supuesto, todo esto no era más que un sucedáneo patético para las necesidades educativas del país, pero, dada la precariedad de todo el sistema de enseñanza, se consideró que "peor era nada". En 1982, RTC creó el canal 22, que abarcaba, más bien lastimosamente, tan sólo al Distrito Federal y, además, a través de la frecuencia ultra-alta, o UHF. Sólo los aparatos importados la captaban, por lo que la presencia del canal 22 fue más bien fantasmal. Ya en el sexenio siguiente, toda la red televisiva de RTC sirvió para el surgimiento del canal 7 de Imevisión.

En cambio, Pablo Marentes logró abrillantar el canal 11 del Instituto Politécnico Nacional (IPN), después de que, desde su creación, el único canal cultural mexicano apenas era captado por unos cuantos. Marentes fortaleció la señal del canal 11 y éste pudo verse no sólo en la capital sino en una

periferia cada vez más amplia. Además, la programación se modificó y se enriqueció con la presencia de elementos valiosos, que crearon un noticiario muy refrescante, un buen cine club y diversos programas que atendían la realidad nacional y el dinámico panorama de la cultura; destacó la presencia de la escritora y periodista Cristina Pacheco, que realizó *Aquí nos tocó vivir* , la de Froylán López Narváez, quien nos hizo ver, sabiamente, que "la rumba era cultura", y la del animador Luis Carbajo, quien, con *Buenos días* , fue conquistando adeptos que apreciaban sus reportajes, entrevistas y espectáculos que por lo general la televisión comercial soslayaba.

El nuevo canal 11 también dio cabida a muchos nuevos colaboradores que lograron dar un aire fresco a la pantalla chica. Era evidente que la fuerte necesidad de expresión y el consiguiente dinamismo cultural propiciaban condiciones sumamente favorables para el desarrollo creativo del medio electrónico que se dio en el siguiente sexenio. En realidad, durante el periodo de López Portillo la televisión cultural despegó con notable fuerza y, poco a poco, fue penetrando en numerosos sectores del público. Desde el periodo anterior se habían ido generando las condiciones para este fenómeno. El escritor Juan José Arreola, por ejemplo, se convirtió en un verdadero espectáculo en el canal 13. A partir de 1976, Margarita López Portillo benefició a su viejo maestro y Arreola, sin atender a la sabia máxima: *exposure kills* , apareció a todas horas. Esto motivó que otros escritores saltaran a la pantalla electrónica. El más notorio sin duda fue Octavio Paz, quien, con fanfarrias publicitarias apareció en las horas pico del canal 2, el de máximo público en todo el país, por lo que, al igual que Arreola, también resultó excesivamente *exposé* . Le siguió en rango Luis Spota, quien más bien hizo trabajo periodístico. En los canales 11 y 13 aparecieron, además de Cristina Pacheco, Emilio Carballido, Jorge Ibargüengoitia, Elena Poniatowska, Eraclio Zepeda, Miguel Sabido, Armando Ramírez, Ricardo Garibay y María Luisa Mendoza. Eso, sin contar a los numerosos invitados, entre los cuales sin duda Carlos Monsiváis fue siempre el más requerido.

En 1980 soplaron aires de cambio en Televisa cuando el hasta entonces reportero Ricardo Rocha pudo realizar su programa *Para gente grande* , una muy sui géneris revista cultural con artículos de fondo ilustrados con un fluido lenguaje de imágenes que los hacía muy accesibles. Había, además, números musicales, lecturas o escenificaciones de poesía y entrevistas extensas que Rocha llevó a cabo con celebridades de la alta cultura y de la cultura popular. Entre los colaboradores abundaron los periodistas y escritores, como Alberto Domingo, Luis Guillermo Piazza, Manú Dornbierer y Héctor Anaya, además de científicos, pintores, cineastas y periodistas. *Para gente grande* vino a ser un hito en la televisión cultural mexicana, de allí el éxito tan notable que tuvo. En el consorcio, el programa destacó porque era una idea original, no los refritos con que siempre salían.

Por otra parte, Televisa se expandió más que nunca durante el sexenio lópezportillista. Los convenios que estableció con Emilio Mújica, secretario de Comunicaciones, para las transmisiones vía satélite, le fueron totalmente favorables, pues obtuvo 46 estaciones para enlace con los satélites, mientras que la propia SCT se reservaba 34. Esta dependencia, además, dio autorización a Cablevisión (filial, claro, de Televisa) para que operase en el Distrito Federal "sin anuncios comerciales y pago por el servicio", pero la

publicidad no tardó en llegar, además de que los servicios por cable consistían en retransmitir vulgares y convencionales canales texanos, pues nunca ofrecieron las estaciones de cable de Estados Unidos. Para colmo de males, el servicio ni siquiera cubría toda la ciudad de México, sino sólo las partes "residenciales". Por otra parte, la radio poco a poco cobraba renovada importancia, a pesar de todas las predicciones de que el cine acabaría con este medio legendario. Además de las estaciones de música "clásica", Radio UNAM y XELA, a fines de los setenta Radio Educación, de la Secretaría de Educación Pública, destacó notablemente, en especial durante el tiempo en que la dirigió el editorialista Miguel Ángel Granados Chapa. Radio Educación dio buenos servicios informativos y reportajísticos, se abrió al rock, la salsa y la música folclórica, además de que procuró cubrir los acontecimientos de la "alta cultura". Bien pronto el público capitalino se acostumbró a escuchar esta radiodifusora, que así contribuyó a la expansión cultural de la época. La radio incrementó su presencia en todo el país a través de la frecuencia modulada, o FM, que paulatinamente fue predominando.

En la década siguiente, otras estaciones de AM y FM lograron dinamizar aún más la radio y, de hecho, este medio cobró una enorme importancia social, ya después, cuando varios programas abrieron sus teléfonos y micrófonos al público y de esa manera se convirtieron en vías de expresión de inconformidades y en sustancia de tomas de conciencia. Francisco Huerta, por ejemplo, tuvo tanto éxito con su programa *Voz pública* , que a fines de sexenio el gobierno lo suprimió. La apertura en la radio no llegaba a quienes mostraban una filiación izquierdista. A lo largo del periodo de López Portillo, la Universidad Autónoma de Guerrero (UAG), controlada por el aún Partido Comunista Mexicano, había pedido autorización para echar a andar Radio Universidad Pueblo; las autoridades de la Secretaría de Comunicaciones se negaron a otorgar la concesión, por lo que la UAG, en mayo de 1982, decidió ampararse e iniciar sus transmisiones, principalmente de música clásica y regional. Pero el gobierno estatal de Rubén Figueroa había declarado la guerra a la UAG, y a la izquierda en general, y por tanto a los pocos días un transmisor "pirata" bloqueó la señal de Radio Universidad Pueblo e interrumpió las emisiones. Más o menos eso era lo que ocurría en todo el país cuando algún organismo opositor al régimen, o que nada más pretendía crear difusoras culturales, solicitaba alguna concesión para transmitir: los permisos se extraviaban en los lodazales de la burocracia y, a la larga, no se concedían.

En la música "clásica", además de las costosas extravagancias de Carmen Romano de López Portillo y su Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México, se inició la Compañía Musical de Repertorio Nuevo, de Julio Estrada, y la Academia de Música del Palacio de Minería, de Jorge Velasco. En el periodo se estrenaron obras de Manuel Enríquez, Mario Lavista, Carlos Jiménez Mabarak, Daniel Catán, Miguel Alcázar, Francisco Núñez y Sergio Cárdenas. Debutaron Rosa Guraieb, Jorge Paz, Eduardo Angulo, Gustavo de la Torre, Jesús Escudero y Lilia Vázquez, entre varios otros. En 1982 la aparición de la revista *Pauta* , dirigida por Mario Lavista y editada por la UAM, resultó un gran acontecimiento.

En la música popular, entre 1976 y 1982 destacó Lupita D'Alessio; ella compuso e interpretó canciones que dejaban ver el nuevo aire de los tiempos, donde las mujeres ya no eran las abnegadas y sufridas mexicanas, sino que

ahora se quejaban por el machismo o porque los hombres no podían ser lo suficientemente "duros" cuando se requería. Lupita D'Alessio tuvo mucho éxito, pero no pudo competir con la popularidad de Verónica Castro, quien se fue a Argentina y acabó con el cuadro allá también; o de Lucía Méndez, las máximas nuevas estrellas femeninas.

La corriente neofolclórica perdió "mística", pero ganó en calidad y en ella triunfaron Tania Libertad, importada de Perú, y las mexicanas Eugenia León y Guadalupe Pineda, quien cantaba con el grupo La Nopalera. Marcial Alejandro también se fue perfilando como un espléndido compositor folclórico, y por supuesto continuó el gran éxito de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y el grupo cubano Irakere; todos ellos con frecuencia hacían giras mexicanas, al igual que el argentino Alberto Cortez. En 1982 falleció el compositor (o "cantautor", como les dio por decirles) Guadalupe Trigo, pero su viuda, Viola Trigo, siguió adelante. En 1981 el gran Pérez Prado llamó la atención al participar en el espectáculo *Son* , del rumbero Juan Ibáñez. En ese año Juan Gabriel celebró sus primeros diez años como compositor en la Arena México e inició así su estadía en los planos himaváticos de la canción hasta-cierto-punto-ranchera. En 1980 tuvo lugar el I Festival de Música Afroantillana, el III de Música y Danzas Autóctonas, organizado por el Cenidim (Centro Nacional de Investigación y Documentación Musical, creado en 1978), y el I de Tango, que permitió la presencia de Astor Piazzola y de Osvaldo Pugliese. En ese año, a su vez, el Teatro Blanquita, de Margo Su, cumplió 20 de darle al guapachá y al bataclán.

Por cierto, en la música popular, además del surgimiento del apotegma "la rumba es cultura" de Froylán López Narváez, la gran novedad fue la salsa, que causó sensación entre los guapachosos mexicanos. La salsa venía de Nueva York, Puerto Rico y Colombia (en Cali, 1976, Andrés Caycedo publicó su novela *Que viva la música* sobre el triunfo, cordial, de la salsa sobre el rock). "Es muy fácil bailar salsa", explicaron, años después, los moneros Jis y Trino, "tú nomás caminas para atrás, ¡y ya estás bailando salsa!" En México, la música tropical también se alió a los instrumentos eléctricos y electrónicos, especialmente los sintetizadores, lo cual implicó modificaciones sustanciales en el sonido. En nuestro país, Rigo Tovar cobró una fuerza muy grande desde principios de la década (a fines, ya se le había dedicado su debida película: *Rigo*) con su música tropical de aires eléctricos. La misma línea, hasta cierto punto, dio también el éxito a Chico Che y la Crisis, que también fue muy popular. Tras éste venía, fuerte, el Acapulco Tropical.

En el rock, el fin de los años setenta y el principio de los ochenta llevó a la cúspide al grupo Three Souls in my Mind, que logró sobrevivir gracias a los jóvenes marginados de los hoyos fonquis que para esas fechas comenzaban a organizarse en bandas. Alejandro Lora y el Three Souls dieron expresión a muchos jóvenes, criticaron gozosa e inteligentemente al gobierno y a todo el sistema en general; además, su música, sin perder la energía, se amplió y depuró, por lo que a principios de 1980 ya era, con mucho, el grupo de rock más importante que había en México. A fines de los setenta, sin embargo, llegaría a la ciudad de México el entonces Rodrigo González y después Rockdrigo, quien, con el Tri y Botellita de Jerez ya en los ochenta, sentaría las bases del rock rupestre.

En tanto, a fines de los setenta tuvimos manifestaciones punk a través de casos extremos como Paco Gruexxo, y de la "nueva ola" (new wave), con Ritmo Peligroso, entonces Dangerous Rhythm. Sombrero Verde, un buen grupo de Jalisco, desapareció por esas fechas, pero surgió Chac Mool, con sus búsquedas en la tradición musical de los indios. En el rock progresivo destacaron Manchuria y Anchorage. Otros grupos importantes de la época fueron Kerigma, Decibel, Size, Nuevo México y Hangar Ambulante. Seguían, impertérritos, los veteranos Javier Bátiz y los Dug Dugs, y el ex sinner Federico Arana formó Naftalina, con rocanroles de letras divertidísimas. La represión generalizada contra el rock no cedió gran cosa durante el lópezportillismo, y destacó la trampa fatal que la policía tendió a los jóvenes en Temixco, Morelos, 1980, cuando en vez de oír a Johnny Winter fueron vapuleados, heridos, saqueados y encarcelados. Desde ese año, también, apareció la excelente publicación *Melodía, diez años después* , dirigida por Víctor Roura y con colaboración de Juan Villoro, Rafael Vargas, Carlos Chimal y otros jóvenes muy brillantes. Por cierto, un grupo de poetas jóvenes (Alberto Blanco, Luis Cortés Bargalló, Ricardo Castillo) formaron el grupo las Plumas Atómicas a principios de los ochenta, y Alain Derbez creó el conjunto de jazz la Cocina, con Evodio Escalante, Rodrigo Morales, Mónica Mansour y el pintor Jazzamoart.

El panorama de la contracultura se había ensombrecido notablemente; después de que se desvaneció, a base de represión y satanización, el romántico y "utópico" sueño-de-paz-y-amor que proponían los jóvenes de los años sesenta, la dura realidad se asentó y el desencanto cobró formas inquietantes: los jóvenes se despeñaron en las complacencias enajenantes de la música disco, o, si no, mostraron su inconformidad a través del rock progresivo (música formalista, más bien fría, interiorista y refinada), o vía ruidoso metal pesado (heavy metal, o "simpatía por el diablo", que, con su estética ligada a la fantasía, a la barbarie, al erotismo, la muerte, los espectros y el satanismo, para bien o para mal era un reflejo del desolador paisaje moral de la pujante clase media del país), o mediante el rock punk, que vino a ser una manifestación de las condiciones agudizadísimas de opresión moral, cancelación de esperanzas e ilusiones y pobreza material en numerosos jóvenes de las ciudades. Su rechazo ciego y visceral al sistema los hizo simpatizar con el nazismo, y las suásticas fueron medio de identificación y provocación. El movimiento punk se dio en Inglaterra en la segunda mitad de la década, pero en México en un principio sólo afectó a relativamente pocos; sin embargo su influencia fue creciendo hasta que se manifestó en plena forma en los años ochenta.

En 1978 se iniciaron los exitosos festivales de blues, que nos permitieron disfrutar a legendarios maestros como Muddy Waters, Lightin' Hopkins y Willie Dixon, y que fueron suprimidos en 1982. También hubo festivales de jazz, con Chilo Morán y Juan José Calatayud, y nos visitaron Dizzy Gillespie, Chick Corea, Cal Tjader, Gary Burton y Gerry Mulligan. A lo largo de los setenta el jazz fue readquiriendo una gran popularidad, que ya no decrecería, entre los jóvenes e intelectuales. Aleación .720, Gerardo Bátiz y Eugenio Toussaint iniciaron sus actividades jazzísticas, que rendirían buenos frutos en los años ochenta, cuando el jazz en México se puso bueno.

Otro importante fenómeno que brotó de la contracultura de los sesenta fue la penetración gradual de pararreligiones, o "caminos de liberación", orientales o no, que trajeron además la reactivación de viejas escuelas esotéricas. A principios de los sesenta llegó a México el monje zen Ejo Takata, quien abrió una escuela para practicar zen budismo. El maestro finalmente se mexicanizó politizándose y se fue a hacer trabajo social al campo. El yoga, que se inició con relativa fuerza a fines de los años cincuenta cuando se fundó, proveniente de Venezuela, la Gran Fraternidad Universal, ganó numerosos adeptos en los sesenta y se consolidó entre la clase media de los años setenta. Llegaron diversas escuelas de meditación, siddhas, kundalinis, tántricas, trascendentales, etcétera, que daban *mantras* y distintas técnicas para meditar. Las visitas conferenciantes de muchos gurús y gurundangas eran ya algo frecuente en México.

También llegó la dianética, el negocio seudoespiritual que combinaba el detector de mentiras (en realidad el galvanómetro de C. G. Jung) y una jerarquía iniciático-fascista para los que "se liberaban" y caían en la transa. Por supuesto, viejos sistemas de adivinación prosperaron, como las lecturas de cartas o la astrología: a fin de la década se obtenían horóscopos y biorritmos computarizados. El *I Ching* se difundía paulatinamente, y aumentaban los lectores de los libros de Carlos Castaneda sobre el brujo yaqui Don Juan, que eran éxitos de librería en Estados Unidos y en Europa. También se difundió mucho *La mujer dormida debe dar a luz* , de Ayocuan, que señalaba a México y a Tibet como las capitales espirituales del mundo, y que después generó los libros popularísimos de Antonio Velasco Piña. Por supuesto, hubo un *boom* de limpias y actividades brujísticas.

Sin embargo, la literatura contracultural, bautizada arbitrariamente como "de la onda", siguió combatida con ferocidad, y fuera de Jesús Luis Benítez (*Las motivaciones del personal*) y de José Agustín (*Luz externa, Luz interna*), pocos la frecuentaron o la rondaron, como Juan Villoro (*La noche navegable*), o Gerardo María (*Fábrica de conciencias descompuestas*).

A lo largo de toda la década se expidieron continuos certificados de defunción de este tipo de narrativa, lo cual indicaba que esta literatura era un "cadáver lleno de vida".

Otros libros importantes de narrativa en el periodo 1976-1982 fueron *Palinuro de México* , de Fernando del Paso, que obtuvo el premio Novaro y el Rómulo Gallegos; *La cabeza de la hidra* , *Una familia lejana* y *Agua quemada* , de Carlos Fuentes; *Las muertas* , de Jorge Ibargüengoitia; *Las batallas en el desierto* , de José Emilio Pacheco; *Parejas* , de Jaime del Palacio; *Andamos huyendo Lola* , de Elena Garro; *Crónica de una intervención* , de Juan García Ponce; *De Zitilchén* , de Hernán Lara Zavala; *Al cielo por asalto* , de Agustín Ramos; *El vampiro de la colonia Roma* , de Luis Zapata; *Las posibilidades del odio* , de María Luisa Puga; *Cosa fácil* , de Paco Ignacio Taibo II; *Anónimo* , de Ignacio Solares; *Muertes de Aurora* , de Gerardo de la Torre; *Tantadel* , de René Avilés Fabila; y *De cómo Guadalupe bajó a La Montaña y todo lo demás* , de Ignacio Betancourt; entre otras obras interesantes.

También apareció la biografía de Daniel Cosío Villegas, de Enrique Krauze, y

Poesía y alquimia. Los tres mundos de Gilberto Owen , de Jaime García Terrés; *México hoy* , de Pablo González Casanova y Enrique Florescano; *La disputa por la nación* , de Carlos Tello y Rolando Cordera; *Amor perdido* , de Carlos Monsiváis; *Fuerte es el silencio* , de Elena Poniatowska; y *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo estado en México (1928-1945)* , de Luis Javier Garrido.

La poesía dio *As de oros* y *De otro modo lo mismo* , de Rubén Bonifaz Nuño; *Caza mayor* , de Eduardo Lizalde; *Tarde o temprano* , de José Emilio Pacheco; *Nuevo recuento de poemas* , de Jaime Sabines; *Personajes mirando la lluvia* , de Tomás Segovia; *Tres poemas* y *Bacantes* , de Elsa Cross; *Pasión por el oxígeno y la luna* , de Sergio Mondragón; *Cuaderno de noviembre* , de David Huerta; *Giros de faros* , de Alberto Blanco; *Pobrecito señor X/La oruga* , de Ricardo Castillo; *Donde habita el cangrejo* , de Eduardo Langagne; *Litoral de tinta* , de Verónica Volkow; *Ingobernable* , de Carmen Boullosa; *Hojas de los años* , de Marco Antonio Campos; *Destino arbitrario* , de Juan Bañuelos; *Ojo de jaguar* , de Efraín Bartolomé; y *Hemisferio sur* , de Alejandro Aura.

Además, en 1981 tuvo lugar, en Morelia, Michoacán, dominio de Cuauhtémoc Cárdenas, el primer Festival Internacional de Poesía, organizado por el poeta, diplomático y después ecólogo Homero Aridjis. En éste, Jorge Luis Borges recibió el premio Ollin Yolitzli y, en México, el 24 de agosto, cumplió 82 años de edad. El festival fue inaugurado por el presidente, quien, contagiado por los aires poéticos, dijo que, al terminar su mandato, se dedicaría a escribir y "se dejaría crecer la barba". Entre los participantes se contaron Joao Cabral de Melo, Allen Ginsberg, Michael Hamburger, Vasko Popa, Cinto Vitier, Gunther Grass, André du Bouchet, Seamus Heaney y los mexicanos Alí Chumacero, Marco Antonio Montes de Oca, Elías Nandino, Óscar Oliva, Tomás Segovia y otros pesos completos de la poesía nacional. El festival fue muy bien recibido y apreciado por el público, así es que decidió repetirse al año siguiente, 1982; sin embargo, la crisis económica obligó a cancelarlo. En 1983 se revivió, pero para entonces Octavio Paz lo boicoteó a fondo y el Festival Internacional de Poesía ya no sobrevivió.

En cambio, la Feria Internacional del Libro, que tuvo lugar por primera vez en abril de 1980 en el Palacio de Minería y que igualmente fue muy bien recibida, logró establecerse y consolidarse como un acontecimiento cultural de primera importancia que cada año, como el Festival Cervantino de Guanajuato, entusiasmaba a muchos.

En enero de 1980 el PEN Club y la UNAM organizaron los "Encuentros de generaciones", o "Los grandes y los chicos", en los que Octavio Paz, además de enfurecer cuando los infrarrealistas lo chacotearon sabrosamente, alternó con David Huerta, y Carlos Fuentes apareció con María Luisa Puga. De esta presentación José Buil, sorprendido por la solemnidad imperante, escribió una crónica que tituló "Querido Carlos, una impresión memorizada", en la que describía el traje, el reloj, los zapatos y la forma como el maestro Fuentes, muy *comme-il-fault* , pasaba una mano por las nalgas de su esposa. Por supuesto, en todo esto había una clara mala leche juvenil, pero también una evidente fascinación por el legendario escritor (ya se sabe, además, que las instituciones patrias con frecuencia tienen que sobrellevar semejantes desmitificaciones). Buil llevó su crónica a la revista *Nexos* , donde la

festejaron con grandes risotadas; no la habían acabado de leer cuando decidieron publicarla en la sección "Cabos sueltos".

Sin embargo, pronto llovieron las protestas de los grandes del Establishment cultural, que consideraron afrenta inaceptable cualquier burla a Fuentes. Henrique González Casanova abrió la ofensiva al considerar que la crónica era de una "bellaquería congénita". José de la Colina y Danubio Torres Fierro, del grupo de Octavio Paz, siguieron la campaña y, de pasada, aprovecharon para lanzarse contra la revista ("el chisme amarillista aparecido en la revista *Nexos* "), Alejandro Rossi supuso que Buil debía de ser puto; Huberto Batis propuso ¡un duelo! para solucionar el asunto, y Ricardo Garibay aseguró que Buil era un "lacayo de Fuentes que le hace publicidad". Por último, la revista *Nexos* aclaró que "por un error de la redacción se había colado la denostación a Carlos Fuentes", y, en privado, se le avisó a Buil: "Te vamos a dar un chingadazo, pero es leve".

En 1980 se organizó, en grande, el homenaje nacional a Juan Rulfo. Todo iba muy bien hasta que al viejo maestro se le ocurrió hacer una referencia, meramente anecdótica, a los militares y la corrupción. Rulfo nunca se imaginó que los altos mandos del ejército se irritarían como lo hicieron, y menos que el presidente López Portillo tuviera que "desagraviarlos" públicamente. En 1982 el homenaje nacional en gran escala fue para los Contemporáneos. En ese año surgió la Editorial Océano, que pronto se colocó en la primera línea, hasta que se transformó en la Editorial Cal y Arena a fines de los ochenta. Otra nueva, excelente, editorial fue la de Martín Casillas, pero ésta no logró sobrevivir. En cambio, en 1982 la Editorial Diana abrió sus mecanismos mercadotécnicos, con anuncios de televisión, para los libros mexicanos, y *Ciudades desiertas* , de José Agustín, se volvería el primer gran bestseller de narrativa nacional de los ochenta. Libros de Ángeles Mastretta, Héctor Aguilar Camín, Francisco Moreno y Laura Esquivel ampliarían ese camino a lo largo de la década.

Después de años de infinitos esfuerzos los escritores mexicanos lograban ser considerados por el gran negocio editorial; en cambio, José López Portillo obtenía constantes regalías de sus libros *Don Q* y *Quetzalcóatl* , que ya habían sido traducidos al "inglés, francés, italiano, alemán y servocroata", y que se habían convertido en las obras más vendidas y menos leídas de la historia. Por cierto, hasta mediados de sexenio el presidente condescendió a comer, en casa de Iván Restrepo, con "distinguidos intelectuales", entre los que se contaban los del afamado Ateneo de Angangueo: Manuel Buendía, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska y Miguel Ángel Granados Chapa, además de Fernando Benítez y Ricardo Garibay. Sin embargo, a fin de sexenio el Ateneo de Angangueo seguía criticando al presidente, y otros escritores lo irritaban profundamente. Mauricio González de la Garza, por ejemplo, que con frecuencia solía meterse con López Portillo y sus familiares, publicó un par de libros críticos que se vendieron mucho hasta que un día los policías federales sin más lo sacaron del país y lo depositaron en Estados Unidos, de donde no regresó hasta el siguiente sexenio. Otro que vendió mucho fue el economista de derecha Luis Pazos.

El presidente también montó en la cresta de la furia cuando se enteró de que una publicación cultural del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), *La*

Semana de Bellas Artes , había publicado un texto (que en este caso, por lo breve y aguerrido, bien puede llamársele textículo) titulado "La feria de San Marcos", en el que se insultaba con gran gusto a la esposa del presidente, doña Carmen Romano, alias la Muncy, y que se podía considerar benigno cuando sólo la trataba de gran puta. La autora, María Velázquez Pallares, que trabajaba en el INBA, una vez asistió a la feria de San Marcos, en Aguascalientes, y se repugnó ante la ostentación y prepotencia de doña Carmen Romano de López Portillo, por lo que escribió un texto visceral e injuriante; le salió muy mal, pero como tenía la virtud de la extrema brevedad, fue archivado. Poco después se necesitó un texto de una página y así "La feria de San Marcos" encontró el camino a la publicación pues en ese momento nadie reparó en la terrible caricatura de la Muncy. Sin embargo, después no faltó quien lo detectara sin mayor problema y que se lo contara a López Portillo, y éste creyó, o le hicieron creer, que el responsable de "la infamia" era el director del INBA, el *jeune* Juan José Bremer. Se dice que el presidente, agobiado por las espantosas tensiones a las que se hallaba sometido, y en la cúspide de la ira, abofeteó a Bremer, y ni siquiera le permitió la salida decorosa de la renuncia-por-motivos-de-salud sino que lo despidió conspicuamente. Bremer aguantó el chubasco y su disciplina a la no tan larga le valió el reingreso al sistema.

Pero tras el momento de la humillación, Bremer a su vez hervía de indignación y creyó, o le hicieron creer, que el responsable de sus desdichas era su ex jefe de Literatura, el escritor Gustavo Sainz, quien a mediados de 1981 se había ido a dar clases a la Universidad de Nuevo México con la insensata idea de que podía dirigir las oficinas de Literatura del INBA a control remoto. Bremer lo despidió tan pronto como vio que pasaba dos semanas de cada mes en Estados Unidos. Sainz, por su parte, reviró despotricando en contra de su ex jefe en la revista *Proceso* . Después vino la publicación de "La feria de San Marcos" y en el acto se pensó que Sainz había decidido vengarse encargándose de que el texto se publicara. El escritor, que nada había tenido que ver en ese asunto, fue criticadísimo, a pesar de que ya se había ido a vivir a Estados Unidos.

A fines del sexenio de López Portillo, la gran noticia en el mundo de la cultura fueron los premios Nobel que nos cayeron: el de la paz a Alfonso García Robles, por su trabajo diplomático en favor del desarme nuclear; y el de literatura a Gabriel García Márquez, colombiano y también mexicano, quien, después de que terminó *El otoño del patriarca* , había declarado que no volvería a escribir hasta que cayera el dictador chileno Augusto Pinochet pero después dijo que siempre no y publicó más de un millón de ejemplares de *Crónica de una muerte anunciada* . El premio Nobel llegó después y llenó de regocijo a muchísima gente.

En los suplementos culturales las grandes novedades del sexenio fueron *Sábado* , del periódico *Unomásuno* , dirigido primero por Fernando Benítez y, ya en el siguiente sexenio, por Huberto Batis, y *El Seminario de Novedades* , de José de la Colina. En la revista *Siempre!* , *México en la Cultura* era leidísimo, especialmente la sección "Por mi madre, bohemios", en la que Carlos Monsiváis con espléndida puntería seleccionaba citas citables de la gente pública en México, especialmente políticos, y las aniquilaba a continuación mediante devastadoras notas de la redacción, o "la R". *México*

en la Cultura dio preponderancia a la crítica en todas las ramas y a los estudios sociopolíticos, y se ocupó, con un tono y una actitud solemnemente antisolemne o intelectualmente punk, de los diversos niveles de la cultura. Con frecuencia se consentía pasmosas cantidades de mala leche, especialmente al referirse a los artistas y escritores mexicanos, más aún si éstos eran jóvenes y circulaban fuera de los búnkers de poder.

En noviembre de 1977 tuvo lugar la primera escisión del grupo, cuando Jorge Aguilar Mora, denso novelista (*Cadáver lleno de mundo* , *Si muero lejos de ti*), excelente poeta e intelectual brillante, escribió un ensayo "duro" sobre Octavio Paz; sin embargo, Monsiváis se negó a publicarlo, pues le aterraba la ira del jefe Paz. "No estamos preparados", le dijo a Aguilar Mora, quien contaba con el apoyo de Héctor Manjarrez, David Huerta y Paloma Villegas. Todos ellos a su vez se hallaban molestos desde antes porque Rolando Cordera, miembro de la aguerrida redacción, no había dudado en irse a chambear a Programación y Presupuesto; los disidentes renunciaron públicamente, y después Aguilar Mora dio detalles de lo ocurrido en la revista *La Mesa Llena* : "*La Cultura en México* , defensora de la crítica, practica la censura", escribió, "proclamadora de la disensión, no admite discusiones que ataquen los intereses de ciertos de sus miembros. Había que hablar mal de Octavio Paz en privado, pero no publicar una crítica contra su obra". El ensayo de Jorge Aguilar Mora con el tiempo se convirtió en el libro *La divina pareja* . Más adelante aún, el crítico Evodio Escalante, quien se dio a conocer con un ensayo sobre la obra de José Revueltas, *Una literatura por el lado moridor* , no resistió la tentación y, en *Tercero en discordia* , se sumó a la discusión.

Por otra parte, la salida del primer círculo monsivaíta motivó que el jefe Carlos se sintiera más compelido aún a decir algo acerca de las declaraciones que, de lo más quitado de la pena, Octavio Paz había hecho a Julio Scherer García. En una larga entrevista, Paz dijo que la izquierda mexicana sufría parálisis intelectual, era murmuradora y retobona, pensaba poco y discutía mucho, además de que no tenía ninguna imaginación. La derecha, por su parte, carecía de un proyecto nacional; para ella el país no era teatro de una acción histórica sino un campo de operaciones lucrativas. Había que prepararse para lo peor, decía, pues se vivía el ocaso de las utopías y las ideas se habían evaporado. Monsiváis discrepó en cuanto al papel de la izquierda, defendió sus luchas y planteó su convicción en el socialismo; dijo igualmente que la derecha tenía un proyecto visible: aumentar su poder, desmantelar los avances sociales del Estado, reducir las conquistas de los obreros y frenar el desarrollo de la sociedad civil.

La polémica siguió en las páginas de *Proceso* , y con el tiempo abrió dos claras bandas de poder, o minimafias, en la élite intelectual en México. Octavio Paz se fue despeñando en un conservadurismo proempresarial, fervientemente anticomunista, y la obsesión por denunciar las atrocidades socialistas lo llevaron a exigir la crítica a Cuba y Nicaragua antes de hablar de cualquier cosa. El deslizamiento de Paz a la derecha fue aceitado oportunamente por Televisa, que abrió su red nacional para que el poeta expusiera sus ideas, muchas veces lúcidas pero también obsesivamente anticomunistas; la suya era una cruzada con tintes religiosos, como el mismísimo comunismo que tanto denostaba. Un grupo creciente de jóvenes

empresarios y de gente de clase media alta se empezó a interesar por Paz y a comprar la revista *Vuelta* , cuya planta de colaboradores era siempre la misma (Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Ulalume González de León, Julieta Campos y Eduardo Lizalde, entre los nacionales), pues esta capilla no se abría ni en viernes santo. Se decía que la revista debía su nombre a que a casi todo aquel que llevaba colaboraciones se le decía: "Date una vuelta más adelante", por lo que sólo unos cuantos lograban penetrar a cuentagotas en el búnker de la cultura que descansaba en Paz.

Monsiváis, por su parte, consolidó una nueva "redacción", compuesta por Héctor Aguilar Camín, José Joaquín Blanco, Luis González de Alba y José María y Rafael Pérez Gay. Todos ellos se instalaron en la revista *Nexos* y la convirtieron en la sede de una nueva mafia o "centro de poder cultural". Poco a poco Monsiváis fue pintando su raya, y Héctor Aguilar Camín fue capo de *Nexos* a partir de la segunda mitad de los ochenta. Durante casi diez años los grupos de *Vuelta* y *Nexos* obtuvieron el pleno reconocimiento de la cúpula gubernamental y por tanto procedieron a repartirse los más fértiles territorios.

Sin embargo, para entonces la cultura en México se expandía notablemente sin que casi se notara, así es que los nuevos grupos ya no podían abarcar la totalidad de los espacios; varios de éstos surgían por sí mismos: talleres, pequeñas escuelas, grupos independientes; como había dinero, muchas dependencias gubernamentales abrieron oficinas culturales y se creó la especialidad de "promotor cultural". Casi todos los periódicos ya tenían páginas o secciones culturales, así como después, ya en los ochenta, abundaron las publicaciones financieras y económicas. Entre las secciones culturales más importantes se halló la que Edmundo Valadés, autor de *La muerte tiene permiso* y *Las dualidades funestas* , dirigió para *Excélsior* ; las planas culturales de Valadés eran rigurosas pero no excluyentes, y su catolicidad fue muy útil para contrarrestar el sectarismo de las mafias.

Sin embargo, a partir de los inicios de los ochenta se pudieron sentir dos tendencias al parecer antagónicas que en sus mejores momentos se equilibraban mutuamente: por una parte la cultura popular conquistaba más espacios y penetraba paulatinamente en casi todas las formas artísticas, como lo atestiguaba, por ejemplo, el grupo *Tepito: Arte Acá* , que, sin duda estimulado por el escritor Armando Ramírez, se distinguió especialmente en la pintura y las artes gráficas, y que despertó interés en Europa, especialmente en Francia. Pero mientras más avanzaba un arte ligado a las fuentes populares, también era visible una fuerte corriente neoelitista, que pretendía volver a las condiciones culturales de principios de los sesenta. Una clara intelectualización se hizo presente a través de la institucionalización de los lenguajes técnicos, que con frecuencia cambiaban términos por neologismos que designaban la misma cosa. La semiótica y el estructuralismo se combinaron con las indagaciones académicas sobre la cultura popular, las teorías de la información, la sociología de los medios de comunicación masiva, el estudio estructural de los mitos, el lacanismo y otras corrientes que fueron palancas efectivas para equilibrar las corrientes popularizantes que supuestamente "vulgarizaban" o "trivializaban" la cultura.

El teatro también obtuvo un gran impulso a fines de los setenta y durante

toda la década de los ochenta. Después de dos años de predominio de los directores sobre los autores, para esas fechas los dramaturgos mostraban una fuerza notable. Un grupo nuevo de escritores (muchas veces egresados de los talleres de Emilio Carballido y de Hugo Argüelles) empezó a destacar, silenciosamente, en el medio teatral. Víctor Hugo Rascón, Reynaldo Carballido, Alejandro Licona, Óscar Liera, Carlos Olmos, Jesús González Dávila, Miguel Ángel Tenorio, entre varios otros, añadieron sus esfuerzos a los de Óscar Villegas, Willebaldo López, Pilar Campesino y Eduardo Rodríguez Solís, quienes se habían dado a conocer a principios de la década. Todos ellos redondearon el trabajo de los grandes autores: Emilio Carballido, Sergio Magaña, Hugo Argüelles y Vicente Leñero, que continuaron muy activos.

Por otra parte, de la literatura pasaron al teatro exitosamente Juan Tovar y Hugo Hiriart. En la dirección, además de Juan José Gurrola, destacaron Julio Castillo, Ludwig Margules, Luis de Tavira y José Caballero. Felipe Santander inició la larguísima temporada de su obra política *El extensionista* , que duró más de tres años en cartelera. La intolerancia campeó en 1981, cuando una turba de fanáticos religiosos agredió y golpeó ¡en escena! a los jóvenes actores de la Universidad Veracruzana que representaban *Cúcara y Mácara* , de Óscar Liera.

Para compensar semejantes muestras de mala vibra, el público de la ciudad de México hizo largas y sorprendentes colas en el Palacio de las Bellas Artes para disfrutar las obras del Museo L'Hermitage, la colección Hammer o la exposición de Joan Miró de 1980. Si había cosas buenas, sin duda la gente acudía en grandes cantidades. A fines de sexenio se creó el Museo Nacional de Arte, con más de 700 obras plásticas prehispánicas, coloniales, del XIX y de la Escuela Mexicana de Pintura; el primer director fue el crítico Jorge Alberto Manrique. En las galerías de la ciudad de México, que ahora se abrían en el sur o en Polanco, exponían autores muy acreditados, como José Luis Cuevas, Vicente Rojo, Pedro y Rafael Coronel, Manuel Felguérez, Arnold Belkin, Pedro Friedeberg, Arnaldo Coen, Felipe Ehrenberg y Vlady; pero allí venían fuerte Arturo Rivera, Gabriel Macotela, Leonel Maciel, Rodolfo Nieto y los hermanos Miguel y Francisco Castro Leñero, entre varios otros. Sin embargo, los cambios interesantes en la pintura se darían en el siguiente sexenio, cuando causaron furor las nuevas formas de realismo, el posmodernismo y las aproximaciones a la mitología popular.

A fines de los setenta se vieron los avances inauditos de las transnacionales, cuyas marcas se volvieron prestigiantes, y si antes se solían pagar los anuncios, ahora el público era el que pagaba para lucir en la ropa las marcas internacionales. También empezaron a proliferar las camisetas con todo tipo de mensajes en inglés, algunos realmente esotéricos, que encontraron un conato de resistencia en las camisetas nacionales de mensajes gandallones como "100% chingón: hecho en México", "Sexi Cola" (por *Pepsi Cola*), "Coma Caca" (*Coca Cola*), "Cama Blanda" (*Carta Blanca*), o plantas de mariguana. Por cierto, los jóvenes empezaron a entusiasmarse por el uso de camisetas, con imágenes de rocanroleros, y de tenis, que en los ochenta se volvieron elaboradísimos y sumamente caros.

La clase media alta presumía sus autos del año (en México tres veces más

caros que en Estados Unidos, Japón y Europa) y toda la parafernalia electrónica que los acompañaba: equipos estereofónicos de alta potencia, llantas y rines de lujo. Empezaban a circular las primeras videocaseteras (en un principio y por más de diez años en México predominó el sistema "beta" y no el VHS, como en el primer mundo) y aparecieron los primeros videoclubes que trabajaban con cintas piratas y que con frecuencia incluían programación pornográfica *hard core* . Entre jóvenes pudientes siguieron de moda las carreras de automóviles en zonas alejadas del Periférico, acompañadas de generosas cantidades de Chivas Reagal y fuertes apuestas; a veces la policía los interrumpía, pero las cosas nunca pasaban a mayores.

Los chavitos le daban a los primeros juegos electrónicos, que aquí se conocieron como "las maquinitas" y que por lo general se hallaban en locales denominados *Chispas* . También llegaron las patinetas (Juan Villoro fue su cantor en *La noche navegable*) que pronto tuvieron virtuosos que las conducían de cabeza o mediante otras acrobacias. La clase media se aficionaba a los vinos y dejaba las cervezas para la pelusa, que les decía cheves, chelas o birrias en el norte. Por tanto, los mediocres vinos mexicanos empezaron a mejorar. Mucha gente salía de viaje a Europa o, mínimo, a Los Ángeles o Nueva York. Se volvió costumbre ir a Houston "a curarse un catarro", pasar las fiestas de independencia en las ruletas de Las Vegas (el líder petrolero Salvador Barragán fue descubierto un 15 de septiembre perdiendo deportivamente miles de dólares), ir a la frontera a "traer unos aparatitos" (el también líder obrero Joaquín Gamboa Pascoe fue sorprendido en el aeropuerto de la capital cargado de hornos de microondas, videocaseteras, televisores, etcétera), o las navidades en Vail, Colorado, donde pocos sabían esquiar, pero eso era lo de menos: los mexicanos eran codiciados por el comercio local, pues gastaban, al estilo López Portillo, en las más increíbles extravagancias.

La clase media nacional no podía permitirse lujos semejantes, pero sí se expandió culturalmente. Muchas mujeres, para fines de sexenio, habían logrado afirmar el movimiento feminista, que naturalmente seguía muchos pasos ya dados poco antes en Estados Unidos y en Europa occidental. Durante el cardenismo surgió un brote de mujeres interesadas en la política de izquierda, pero éste después se extinguió, y cuando se legisló el voto a la mujer prácticamente no había grupos organizados de mujeres. Ya en los sesenta una parte de la izquierda ilustrada favorecía, siguiendo el ejemplo de la revolución cubana, la "emancipación de la mujer", aunque en privado predomina el machismo-leninismo. Los jipis desde un principio también dieron por sentada la absoluta igualdad en los sexos, aunque, igualmente, el salto cualitativo de la teoría a la práctica fue muy difícil y se dio mucho sexismo entre ellos. Para entonces las luchas feministas se hallaban avanzadas en Francia y en Estados Unidos, y en los años setenta aparecieron las primeras militantes feministas mexicanas, sobre todo en el medio artístico e intelectual, o proveniente de la política o la contracultura. Pero, a pesar de la inevitable "enfermedad infantil del feminismo" y del carácter ideologizante o pararreligioso que también tenía el movimiento, cada vez era mayor la conciencia sobre los derechos de las mujeres.

Hacia fines de la década, la liberación femenina era un hecho, y una buena cantidad de hombres era proclive al complejo de culpa y a no interferir, si no

es que a ayudar, a las feministas; varios grupos se habían organizado ya; circulaban, poco a poco, las publicaciones, se emprendían estudios, se daban cursos, se escribían ponencias, se organizaban discusiones, mesas redondas y conferencias. En la política y en los campos profesionales también era una realidad creciente la presencia y la actividad de las mujeres. A fines del sexenio, tuvo lugar un congreso de escritoras que dejó constatar la consolidación del movimiento de liberación femenina, y hubo desde posiciones ultra radicales ("no necesitamos a los hombres para nada", "Los hombres son una subcategoría"), hasta las voces de las mujeres que no eran cuadros profesionales del feminismo pero que lo apoyaban con sabiduría y buen humor, como el Colectivo de la Rosa Mustia, compuesto por Elena Poniatowska, Silvia Molina y María Luisa Puga.

En todo caso, aunque no se extinguió, el machismo fue severamente cuestionado y diluyó su virulencia en alguna medida. Las luchas de las mujeres, por supuesto, han generado profundos cambios culturales que aún están en proceso y que son difíciles de prever en su totalidad.

El movimiento feminista siempre fue fuertemente respaldado por los homosexuales, que en la década de los setenta también lograron organizarse y constituir un "movimiento gay", o de liberación homosexual, en México. Como los movimientos de mujeres y jóvenes, en los años sesenta muchos grupos marginados obtuvieron conciencia de su condición, y con ello, fuerza para iniciar luchas en defensa de sus derechos. La llamada "liberación sexual" por fuerza tuvo que incluir la afirmación de los grupos de individuos con inclinaciones sexuales "no mayoritarias", como era el caso de los homosexuales, que prefirieron utilizar el coloquialismo estadunidense "gay" para contrarrestar las posibles resonancias peyorativas del término "homosexualidad", y para, en cierta forma, ostentar sus influencias. Hacia mediados de la década de los setenta ya existían organizaciones gay, que además tuvieron la conciencia y la sensibilidad de ligarse a las luchas populares de izquierda, por lo que recibieron el apoyo de buena parte de ésta, de Rosario Ibarra de Piedra y del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).

A partir de ese momento se hicieron comunes los mítines y las manifestaciones de homosexuales, algunas de ellas bastante coloridas y por lo general aguerridas, pues los grupos gay, entrenados a través de discriminaciones agresivas y abusivas, siempre supieron luchar.

Sin embargo, la tenacidad del movimiento gay no ha podido vencer del todo los prejuicios ancestrales y si bien obtuvo conquistas decisivas y ejerció influencias sumamente profundas, buena parte de la homosexualidad siguió enfrentándose a la discriminación, a los vejámenes y a chistes viles por parte de las autoridades, los patrones y buena parte de la sociedad. Los avances, no obstante, fueron notables, y el "auge gay" de fines de los setenta y principios de los ochenta estimuló las tendencias "unisex" en la moda, la eventual vuelta al pelo largo, que ocurrió a mediados de los ochenta; la popularización del uso del arete, ya visible en muchos jipis, entre los chavos; y, sobre todo, la aparición de una novela fuera de serie, *El vampiro de la colonia Roma* , de Luis Zapata, que ganó el premio Grijalbo, se vendió muchísimo, se convirtió en clásico gay en México y en Estados Unidos, y por si fuera poco, además

inició una briosa corriente literaria con temática homosexual a fines de los setenta y principios de los ochenta, con obras como *En jirones* , del mismo Zapata; *Las púberes canéforas* , de José Joaquín Blanco; *Utopía gay* , de Carlos Rafael Calva; *Octavio* , de Jorge Arturo Ojeda, o *Primer plano* , de Raúl Rodríguez Cetina.

El movimiento gay, en todo caso, pronto enfrentaría una temible ofensiva cuando, a principios de la década, en todo mundo se esparció la paranoia contra el sida (síndrome de inmunodeficiencia adquirida) que en un principio pareció dirigido directamente contra los homosexuales, pues se dijo y repitió que éstos eran los más proclives al contagio a través del coito anal (después salieron con que no, los heterosexuales también podían padecer la horrenda enfermedad y los besos prolongados, ya no se diga el viejo coito, también eran vía regia para el contagio). El pánico de adquirir el sida ciertamente fue muy oportuno para los gobiernos ansiosos de contrarrestar las tomas de conciencia de los años sesenta, y funcionó, parcialmente, para contener la revolución sexual y la liberación homosexual. Con la histeria antidrogas, que incluía la abominación del tabaco, se contuvo, hasta cierto punto, la expresión de las necesidades dionisiacas de la sociedad, pero la lucha contra las drogas, además de proporcionar los espléndidos villanos que fueron los narcotraficantes, nunca se llevó a fondo, pues además de que incontables buenas conciencias se hallaban coludidas, no se quiso eliminar del todo la posibilidad de contar con esas válvulas de escape.

A partir de la segunda mitad de los años setenta, en México, como en el primer mundo, se vivieron climas anímicos de progresiva oscuridad. Desde los mismos sesenta toda muestra de inconformidad política, económica y cultural había sido combatida tenazmente, pero a partir de los sesenta fue prioritario preservar el funcionamiento del sistema, y como la autocrítica, con su correspondiente acción correctiva, sólo se dio en los casos extremos e inevitables, más bien se llevaron a cabo espectaculares campañas para hacer ver que "las utopías habían muerto". Claro que por utopía se entendió todo aquello que pretendiese cambiar la naturaleza explotadora, represiva e inmadura del sistema; también es cierto que al certificar la defunción de algo que estaba bien vivo se empezaba a matarlo.

Tratar de invertir un gran esfuerzo para acabar con las esperanzas de cambios profundos, que por lo demás en buena medida estaban listos o eran concretables, fue catastrófico para la salud mental de la sociedad; de allí que se incrementaran las tendencias a la evasión de la realidad vía drogas como la cocaína, el alcohol, los tranquilizantes o los estimulantes. Sin embargo, la evasión de la realidad también se propiciaba a través de muchos medios de difusión, especialmente la televisión, de la publicidad, de entretenimientos insustanciales y que estragaban el gusto, y del cultivo del conformismo y el desinterés por todo aquello que implicase la posibilidad de tomas de conciencia.

Ya no se creía tanto en las Iglesias, ni en el gobierno, ni mucho menos en la policía, pero tampoco en los comerciantes, los industriales o los financieros, ni en las leyes, ni en el ejército, ni en muchas viejas costumbres y tradiciones. El sistema seguía desmoronándose y la explotación continuaba cada vez más cínica, al igual que el espíritu de lucro desmedido y las formas represivas.

Todo esto se tradujo en una pérdida de metas vitales, en una cancelación de ideales: ésa fue la muerte de las utopías, y con ella se abrió una nueva era. Desde principios de los setenta el cine, la música y la literatura dieron cuenta de la popularización del demonio, de nuevos espectros y monstruos, de archiasesinos patológicos, policías fascistoides, sexo sin erotismo, violencia sin límite, nueva barbarie y fetichización de la tecnología. Era visible que, entre otras cosas, ya no había una relación saludable con el lado oscuro de la naturaleza humana. Por supuesto, esto era contrastado en buena medida por el auge que se daba en la cultura y por la creciente conciencia social que se traducían en la formación, considerablemente rápida, de una sociedad civil.

Los punks dieron la más tajante y terrible muestra de estos estados de ánimo. A fines de los setenta, en México lo más cercano a los punks fueron las bandas, constituidas por jóvenes y jovencitos de las zonas más pobres de la ciudad de México, que fueron conocidos como chavos banda. La más célebre de la primera época fueron los Sex Panchitos, terror de las colonias Santa Fe y Tacubaya. Se contaba que en los principios había tres cabecillas que se llamaban Francisco, quienes echaron a andar la racha de violaciones, por lo que pronto se habló de la banda de los Sex Panchitos, que asaltaba las fiestas del rumbo y armaba batallas campales con cadenas, desarmadores, navajas, botellas y ocasionales pistolas. El ejercicio de la violencia se agudizó y los Sex Panchitos hacían bombas con material plástico y líquido para incendiar viviendas y gente. Se metían en las escuelas y raptaban jovencitas, las hacían inhalar cemento y después las violaban. Como los preparatorianos, también secuestraban autobuses y saqueaban bebidas alcohólicas, cigarros y cemento. En poco tiempo se habían hecho célebres y eran personajes infaltables en los pasquines policiales hiperamarillistas como *Alarma* , *Alerta* o el viejo *Magazine de Policía* . “En pocos meses se ganaron la fama a pulso”, se decía.

A fines del sexenio, la policía y los agentes de la DIPD iniciaron redadas bárbaras e intensas y apresaron a cientos de Sex Panchitos, que fueron acusados de asalto, robo, violación y asociación delictuosa. Varios de los jefes fueron a la cárcel, pero para entonces la leyenda de los Panchitos era tal que en el caló juvenil surgió la expresión “no hacer panchos”: no causar problemas. Pronto habían surgido nuevas bandas, como los Vagos, los Bucks, los Bomberos, los Verdugos, las Tías, las Tropi y las Capadoras. A casi todos les gustaba el cemento y oír al grupo de rock Three Souls in my Mind.

La policía continuó con las redadas y los abusos, por lo que los chavos banda empezaron a organizarse y formaron el Consejo Popular Juvenil. Ante esto, Arturo Durazo, jefe de la policía, les propuso que se volvieran espías de las fuerzas policiacas, pero los chavos banda se negaron, a la voz de “Con la tira, nel”, y ante el recrudecimiento de la represión no tuvieron más remedio que irse organizando y preparando en la medida de lo posible, por lo que los chavos banda darían de qué hablar a lo largo de toda la década.

Durante los años setenta el deporte, como siempre, estuvo muy animado; en las luchas siguieron los éxitos de Mil Máscaras, pero ya venían Lizmark, el Supermuñeco y una nueva generación de luchadores. En el box fueron las épocas del gran Púas, Rubén Olivares, quien llamó la atención también por sus cotorreos fantásticos con el Famoso Gómez y porque se lanzó, de buena fe, como candidato a diputado bajo las siglas del PST; hasta un libro le

escribió Ricardo Garibay, *Las glorias del gran Púas* . A fines del sexenio la gran atracción fue Pipino Cuevas, quien, por cierto, trabajó como actor en la obra de teatro de Vicente Leñero *Pelearán diez rounds* , en la que había un ring de box en el escenario; en una de las representaciones a Pipino se le pasó la mano y de un golpe mandó a Pepe Alonso al hospital. En el futbol, el Cruz Azul brilló enormemente, al igual que los Pumas. A fines del sexenio la gran noticia fue el éxito extraordinario de Hugo Sánchez en España, primero con el Atlético de Madrid y luego en el Real Madrid, ya en condición de superestrella y con su debido supersalario en dólares. El beisbol vio el fin de la gran carrera de Héctor Espino y el poderío de los Diablos Rojos de México; por cierto, el trío de comentaristas formado por el Mago Septién, Sonny Alarcón y Tony de Valdés se consolidó como un estupendo equipo que narraba las transmisiones de las “grandes ligas” con corrección, agilidad y erudición beisbolera. En este deporte también se dio un gran héroe internacional, Fernando Valenzuela, que acabó con el cuadro cuando debutó en 1981 y hechizó a los bateadores con su tirabuzón o *screwball* . Siempre pareció que Valenzuela daría el salto de gran lanzador a verdadero mito del deporte, pero esto nunca llegó a darse, y el final del Toro de Etchohuaquila fue patético.

LA GRAN CAÍDA

El país recibió el año 1980 con la horrenda noticia de que al fin entraba en aplicación el impuesto al valor agregado (IVA), el cual suplía al impuesto de ingresos mercantiles. A partir del primero de enero se cobró diez por ciento a todos los productos y se armó un lío. El gobierno explicó que el IVA serviría para "abatir la inflación", pero, como ya era costumbre, el nuevo impuesto hizo todo lo contrario. Desde el último día de 1979 los comercios habían reetiquetado alevosamente los precios de las mercancías, y a principios de enero lo volvieron a hacer de lo más quitados de la pena. Los comerciantes especuladores festejaron la aparición del IVA, pues primero aumentaban los precios, después aplicaban el nuevo impuesto como se les daba la gana, y luego retenían y jineteaban el dinero "recaudado". Desde un principio hubo protestas por el IVA y quejas de que su aplicación era confusa y arbitraria. En todo caso, el impuesto al valor agregado cayó como bomba, pues mucha gente ganaba poco y veía que los precios no habían parado de subir desde 1973. Numerosas voces exigieron la derogación del IVA, pero el impuesto no sólo se conservó sino que la siguiente administración lo subió a quince por ciento. Sin embargo, ante las quejas iniciales, el gobierno de López Portillo lo redujo a seis por ciento en algunos alimentos, pero tardó en especificar cuáles, así es que la confusión aumentó y motivó más alzas en los precios. De esa manera, la cuesta de ese enero fue más fuerte que nunca: a los aumentos en carne, leche, huevos, frijoles y el azúcar, que fue escondida hasta que se autorizó su precio, se vinieron los de casi todos los productos en todas las ramas. Más el IVA, que había llegado para quedarse.

Ante todo esto, el gobierno seguía la política del avestruz, y más bien se decía preocupado por los famosos "cuellos de botella". Por ejemplo, David Gustavo Gutiérrez, de Fertimex, planteó que no podía distribuir debidamente los fertilizantes porque los puertos y los ferrocarriles se hallaban atestados con los granos que importaba la Conasupo. Así pues, resultaba que se importaban alimentos porque no se producían, y no se producían porque no se fertilizaba, y no se fertilizaba por la importación de alimentos, con lo cual "se cierra el círculo de lo absurdo", decía Gutiérrez.

La situación en el campo era desoladora, ya que en 1979 había habido una sequía y una helada sin precedentes. En enero de 1980 hubo que aumentar la importación de granos de Estados Unidos, al que ya le estaba llegando el gas que tantos pleitos había causado. A Cuba, por otra parte, se le compraron 400 mil toneladas de azúcar. Para esas fechas, había tres millones y medio de solicitantes de tierra, 175 mil expedientes agrarios empolvados y una cantidad alarmante de ejidatarios famélicos y de campesinos que se iban de braceros a Estados Unidos. En el V Congreso Mundial de Sociología Rural se había hecho ver que la realidad agraria mexicana en los setenta consistía en la pauperización del campesino, la concentración del capital agrario en pocas manos, el fortalecimiento de las transnacionales y la agudización de la crisis productiva de distribución y del abasto de alimentos.

Por tanto, en marzo de 1980 José López Portillo dio a conocer su Sistema Alimentario Mexicano, o SAM. Desde inicios de su gobierno, el presidente había anunciado que sus grandes prioridades serían el petróleo y el campo. Allí estaba ya, pues, el gran plan maestro para lograr la autosuficiencia alimentaria que evitaría las terribles importaciones y compensaría en buena medida la maltrecha balanza de pagos. El SAM fue elaborado por un equipo de 200 investigadores coordinados por Cassio Luiselli Fernández, quienes revisaron cinco mil investigaciones elaboradas en los 20 años anteriores a fin de "localizar el potencial agropecuario". Este gran plan reconocía que 35 millones de mexicanos se hallaban en condiciones de desnutrición, y que 19 de éstos, de los cuales una tercera parte eran niños, registraban características de verdadera miseria.

Por tanto, el propósito del SAM era "resguardar la soberanía nacional a través de la autosuficiencia en granos básicos, el aumento de los ingresos de los campesinos y la elevación del nivel de toda la población". López Portillo confiaba en que, con este plan y los excedentes petroleros, México no tendría que importar granos básicos a partir de 1982, ni ningún otro producto del campo "a más tardar en 1985". Para ello, se pensaba impulsar la producción de granos, principalmente maíz y frijol, y el incremento periódico de los precios de garantía para que "los productores alcanzasen siquiera el salario mínimo". También se incluían programas de impulso a la ganadería y la pesca, y, sobre todo, "un gran plan publicitario" que restara influencia a los "nocivos productos de las transnacionales".

López Portillo en un principio trató de que sus subordinados se concentraran en hacer un éxito del SAM; en agosto de 1980 llevó a cabo una reunión nacional del SAM, en la que juntó a todo el gabinete, gobernadores y representantes de los poderes legislativo y judicial. El objetivo central era lograr una canasta básica de 28 productos, considerando el valor nutritivo de éstos, la potencialidad del país para producirlos y la capacidad de compra de la población. Para el presidente, "urgía cambiar los hábitos alimentarios de los mexicanos, inducir el cambio tecnológico, impulsar la organización campesina, adecuar la comercialización a partir de caminos y transportes suficientes, precios de garantía y subsidios selectivos, y promover agroindustrias con participación campesina".

El SAM llegó acompañado por la Ley de Fomento Agropecuario, escrita en partes sustanciales por el mismo López Portillo y que apoyaba la posible asociación de ejidatarios, comuneros, colonos y pequeños propietarios para la producción y la prestación de servicios. Los comentaristas políticos y los partidos de oposición de izquierda rechazaron la ley por "reaccionaria y contrarrevolucionaria", ya que preparaba la privatización del campo y debilitaba la propiedad social. Varios diputados del PRI protestaron también. El presidente les exigió disciplina y negó contemplar una privatización del campo. A fin de cuentas, los intensos y encontrados argumentos impidieron la aplicación de la ley, y el ejido siguió su lastimera existencia hasta 1992.

Todo esto conspiró contra el SAM. Había ya tantos intereses creados y tantos vicios en el campo que los buenos propósitos no servían de gran cosa; sólo en 1981 se logró algo semejante a la autosuficiencia, pero después las condiciones de hecho empeoraron; las críticas y la crisis de 1981 hicieron que

López Portillo desatendiera su Sistema Alimentario Mexicano, y el campo siguió peor que nunca. En 1983, el nuevo gobierno vio al SAM como un fracaso. A su vez, investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) indicaron que el SAM "trató de ser un programa asistencialista para los campesinos, y se convirtió en un gran negocio para los intermediarios". Otros, de plano, al final del sexenio calificaron a la de López Portillo como "administración profundamente antiagrarista y represiva".

Pero eso fue después. En 1980 López Portillo se sintió de lo más realizado con su Samcito y creía que ya había cumplido su destino histórico en relación con el campo, aunque se ofendió por tantas críticas, ya que él esperaba que el país entero se volcara en aplausos y reconocimientos a su esfuerzo. Después de esto, López Portillo sólo volvió a ponerse el sombrero agrario en 1981, cuando repartió cientos de hectáreas a cuatro mil familias de Ciudad Cuauhtémoc, Chihuahua, y títulos para proteger 27 millones de hectáreas de Gómez Palacio, Durango. El campo en México podía dar votos, no producir, se decía.

A principios de 1980 el presidente López Portillo se puso muy contento porque su ex alumno Miguel de la Madrid, secretario de Programación y Presupuesto, al fin le presentó el Plan Global de Desarrollo (PGD) que tanto esperaba. Era el "plan de planes" y el presidente armó una sesión especial el 15 de abril para que De la Madrid lo presentara a los secretarios de Gobernación, Comunicaciones y Educación Pública. De la Madrid, que sabía lo que se jugaba con el PGD, le pidió a Rosa Luz Alegría que se encargara de una parte de la exposición, así es que con un Plan Global de Desarrollo confeccionado al gusto del jefe, y con la distinción a la doctora Alegría, De la Madrid muy probablemente acabó por ganarse el dedazo por el que tanto había trabajado.

Tres secretarios de Programación se habían ocupado del famoso plan, otro de los proyectos "personales" del presidente, quien confiaba en que el PGD acallara las críticas al desempeño económico de su gobierno. Por esos días la Wharton Econometrics reiteró los rumores de que la economía mexicana se había sobrecalentado con el crecimiento de ocho por ciento que se alcanzó sorpresivamente en el año anterior: "se puede repetir la crisis de 1976", advertía la compañía estadunidense.

Por supuesto, el gobierno, lleno de entusiasmo triunfalista, presentó el Plan Global de Desarrollo como una casi panacea que corregiría los problemas nacionales del empleo, los precios, los salarios y el fisco. Sin embargo, muy pronto se vio que el PGD, como el SAM, no era más que un espectacular fracaso y un derroche de dinero. En 1982 los especialistas vieron que, en cuanto al empleo, el nuevo plan daba preferencia al subempleo: antes de 1976 un mexicano de cada tres tenía trabajo; en 1981, la proporción era de uno por cada cuatro.

Los precios, a su vez, no dejaron de subir y no había suficiente oferta de básicos, ya que éstos con frecuencia se acaparaban y se ocultaban; por supuesto, los aumentos se debían a la especulación y no, como debía ser, a los costos reales. Por si fuera poco, 90 por ciento de los ingresos del trabajador de salario mínimo se tenía que dedicar a la alimentación y la vivienda, pues

era claro, como decía Carlos Ramírez, que la riqueza sólo se repartía entre los especuladores y que la inflación significaba la apropiación del dinero por parte de los empresarios. Naturalmente, los salarios subían en una proporción infinitamente menor a la de los precios, y de 1977 a 1981 el salario real del trabajador había descendido en un 22 por ciento. En cuanto al fisco, los principales impuestos se aplicaban al trabajo y al consumo, y afectaban fundamentalmente a los trabajadores, pues el sector privado, además de declarar en ceros, disponía de infinidad de medios de rebajar, cancelar o mitigar los impuestos, además de que toda la riqueza acumulada durante el reciente auge petrolero seguía intocable.

De esa forma, la famosa "abundancia" lópezportillista de 1978-1980 únicamente lo fue para los que ya eran ricos. La economía se calentó y tuvo serios desajustes; la inflación retomó el ritmo galopante y golpeó en especial a las mayorías. De nuevo las riquezas eran injustamente repartidas, pero entonces era más dramático porque se hablaba de que habría "mucho dinero para todos". El famoso "crecimiento acelerado" se había logrado a base de inflación, desequilibres externos e internos, y de concentración de la riqueza en cada vez menos manos.

En 1981, Carlos Ramírez sintetizó el Plan Global de Desarrollo: "Es un documento parcial, limitado, incongruente, ambiguo, insuficiente, lleno de dudas, poco claro, y anuncia un retroceso en la participación del estado y en la protección de las clases menos favorecidas". Pero el gobierno para esas alturas ya no quería oír críticas. Éstas, sin embargo, se dieron en abundancia durante el IV Congreso de Economistas, que tuvo lugar en mayo de 1981, y al que no quiso asistir el presidente, pues se hallaba disgustado ante las críticas hacia su plan.

En el Congreso se propuso un proyecto popular ("restituir al estado el papel de aliado de las clases trabajadoras y ya no de los intereses económicos privados, a efecto de utilizar la fortaleza financiera derivada del petróleo para responder a los compromisos sociales soslayados"). Por intercesión del secretario de Programación, el presidente López Portillo envió en su representación al joven Carlos Salinas de Gortari, quien tajantemente descalificó a los economistas y dijo que el PGD no estaba a discusión y que ése era el único proyecto nacional. Y no sólo eso, Salinas aprovechó el foro para acusar a los críticos (como Carlos Pereyra, Armando Labra y Rolando Cordera) de acomodaticios. "Se parecen a los pasajeros que van a la cola del tren y que quieren estar en los primeros lugares", dijo. Y Ramón Aguirre Velázquez, también del equipo de De la Madrid, remató: "Cobran con la derecha y pegan con la izquierda".

De cualquier manera, el Plan Global, efectivamente, acabó en el fracaso total cuando, a partir de 1981, todo cambió: cayeron los precios petroleros, hubo escasez severa de divisas, las exportaciones prácticamente eran de puro petróleo, pues las demás se desplomaron, la deuda externa (o eterna, como empezó a decírsele) subió espectacularmente (en 1981 el pago anual de intereses y "servicio" era de ocho mil millones de dólares, o "mdd", como se tuvo que empezar a abreviar), las importaciones de bienes de consumo y capital subieron sin control, y el déficit comercial fue de más de seis mil mdd, más diez mil mdd de déficit en la balanza de pagos; la fuga de capitales, legal

e ilegal, fue escandalosa, además de que el fisco siguió inequitativo, y el peso, sobrevaluado.

Por otra parte, el Plan Global de Desarrollo fue la culminación de la fiebre de planeación del gobierno de López Portillo, en el que hubo Plan Nacional de Educación, Plan Nacional de Desarrollo Urbano, Plan Quinquenal, Plan Nacional del Sector Agropecuario, Plan de Desarrollo de la Industria Farmacéutica (que significó un inmediato aumento de precios en las medicinas), Plan de Ciencia y Tecnología, Plan del Sector Industrial, Plan de Energía, Plan Mundial de Energía, Plan Global de Desarrollo y el buen SAM. López Portillo era un *freak* de los planes, y las más de las veces éstos se hicieron para tenerlo contento; se echaron a andar, en el mejor de los casos, y después se olvidaron. En cambio, la aparatosa realidad de la sobrepoblación se hizo presente en el censo general de mediados de año; cuando, después de siglos, se dieron a conocer los resultados (aún no se "maquillaban", como en 1989), resultó que había 67.5 millones de habitantes aunque el gobierno se congratuló porque el índice de crecimiento demográfico al fin había disminuido de 3.6 a 2.5 por ciento al año.

Ya desde 1980, aunque aún se vivía "la abundancia", había en la atmósfera signos ominosos, como la advertencia de la Wharton Econometrics. Era evidente que en Estados Unidos se preparaban las medidas que tomarían para domesticar a México y para darle su merecido a un presidente iluso que creía tener autonomía e incluso influencia en asuntos internacionales y que en un despliegue inaudito de inconciencia se permitía desplantes inadmisibles. A causa del petróleo, México había adquirido notoriedad en el mundo, y cuando tuvo lugar la caída del cha de Irán muchos países pensaron que México podía reemplazar a Persia como potencia exportadora. Los japoneses enviaron a su primer ministro a México con el fin de obtener más petróleo, y López Portillo tuvo que negarlo, pues prácticamente todas sus exportaciones petroleras ya estaban asignadas (las cantidades mayores, a la reserva estratégica de Estados Unidos). Por esas fechas, el presidente mexicano se puso su frac y se fue de viaje a Francia, Alemania, Suecia y Canadá. En todos estos sitios el petróleo fue tema relevante, y López Portillo hizo una perseverante talacha para promover su Plan Mundial de Energía en medio de fracs, etiquetas anacrónicas, condecoraciones, óperas, cenas, discursos, galas y museos. Giscard d'Estaing, presidente de Francia, consecuentó al colega mexicano; el alemán Schmidt le dio por su lado; y Trudeau, el canadiense cuya esposa conoció bíblicamente a Mick Jagger, el cantante de los Rolling Stones, se portó cordial. El presidente mexicano viajó con una impresionante cohorte de invitados y periodistas, lo cual era otra forma de "chayotear". Apenas a un mes de haber regresado de Canadá y las Europas, López Portillo se desplazó a Costa Rica, donde firmó el Pacto de San José con Venezuela para proporcionar petróleo a Centroamérica y el Caribe con 30 por ciento de crédito (a principios de 1980 López Portillo había ido a Nicaragua para dar créditos de combustible a los sandinistas); también viajó a Brasil, Venezuela y Cuba, donde se permitió explicarle a Fidel Castro un mural de Portocarrero que el barbón comandante no alcanzaba a entender. "El mural es Cuba", reveló el docto presidente mexicano, quien se sentía tan bien en los foros internacionales que, con el presidente Bruno Kreisky de Austria, procedió a fraguar una reunión de pesos completos en Cancún.

"Como a buen géminis" al presidente "le gustaba viajar". Así es que al final de su periodo López Portillo se dio tiempo de armar una pequeña gira por España-Egipto-India-Emiratos Árabes Unidos-Grecia-Azores-Bermudas-Bahamas-y-Anexas. Después, en marzo de 1981 regresó a Washington, donde Reagan, ya presidente, acabó de medirlo y de ver que no era pieza. En septiembre volvió a ver al senil presidente de Estados Unidos y al de Canadá, Pierre Trudeau, en Grand Rapids, y allí López Portillo se puso a improvisar; "me salió bien", dijo, con la capacidad autocrítica que lo caracterizaba. Ése fue su último gran rol como Influyente Protagonista Internacional, pues en 1982 sólo la hizo en grande en Nicaragua. A final de año realizó un viaje absolutamente innecesario, incluso penoso, a la asamblea general de la ONU para insistir en sus propuestas petroleras y para quejarse amargamente por las fugas de capitales. El recibimiento fue más frío que la vez anterior, y el presidente mexicano, a quien "se le daban los medios", se vio obligado a no conceder entrevistas.

López Portillo se sintió más Gran Estrella Internacional que nunca cuando México, por primera vez en la historia, ingresó en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, con Porfirio Muñoz Ledo como representante. Después, el gobierno mexicano dio su visto bueno a Julián Nava, un dizque chicano que James Carter, como gesto amistoso, a última hora propuso como embajador de Estados Unidos en México; Nava no era nada del otro mundo, pero todos lo extrañaron, y mucho, cuando el gobierno estadunidense cambió al poco tiempo y el "actor" John Gavin fue nombrado embajador.

Además, los conflictos políticos seguían muy vivos. Por una parte, las manifestaciones de protesta eran ya cosa común, y por lo general causaban insoportables embotellamientos de tránsito en las zonas céntricas de la capital. Televisa inició entonces una campaña en contra de las movilizaciones, y Jacobo Zabludovsky incitó a los automovilistas a que, mediante bocinazos y luces encendidas, repudiaran las concentraciones populares de protesta por las molestias de tránsito que causaban (a las cuales sin duda contribuían los numerosos contingentes represivos que, con fines intimidatorios, acompañaban a las manifestaciones). Zabludovsky, a través de su programa *24 horas* , se había vuelto una influencia poderosísima, al grado de que se le consideraba un ministro sin cartera (tal como a Televisa se le llamaba la "virtual secretaría de Educación Pública"), pero esa vez tuvo que replegarse y aclarar que Televisa no estaba en contra de los derechos constitucionales, y que se oponía a las manifestaciones porque en ellas se cometían delitos como pintar muros, romper vidrios, robar misceláneas, secuestrar y pintarrajear camiones, lo cual, por supuesto, nunca ocurría. Por su parte, la Secretaría de Gobernación propuso que se utilizara la explanada del Monumento a la Revolución como "manifestódromo" para "evitar el caótico tránsito en la ciudad de México". Por supuesto, las fuerzas opositoras estuvieron en total desacuerdo.

También salieron a la luz las dificultades entre dos hombres del presidente: José Andrés de Oteyza, de la Secretaría de Patrimonio y Fomento Industrial, y Jorge Díaz Serrano, de Pemex, a causa del Plan de Energía que López Portillo aprobó en Guadalajara en la primera mitad de 1980. Díaz Serrano estaba

furioso porque tenía posiciones de privilegio que eran amenazadas: había pedido, y obtenido, mayor autonomía para sus tratos y la liberación de muchos trámites burocráticos, lo cual se traducía en menos posibilidades de que lo bloquearan; por tanto, consideraba que el plan de Oteyza era una camisa de fuerza, pues limitaba la exportación de crudo a 1.5 millones de barriles diarios y prohibía la venta de futuros y que más de 50 por ciento de la producción petrolera se contratase con un solo país. Díaz Serrano sin duda conservaba el aprecio y la confianza de su jefe, pero en el gabinete las escaramuzas eran tupidas por la cercanía de la sucesión, y todos se metían el pie, presidenciables o no. El conflicto entre Díaz Serrano y Oteyza pesó mucho un año después, cuando el director de Pemex pasó del yang al yin e inició su racha de pésima fortuna.

Entrado ya el segundo trienio, el tema de la sucesión presidencial flotaba en el aire y sólo el presidente fingía no darse cuenta de nada; "se habla de futurismo", anotó, "pero yo, salvo en los periódicos, no veo nada". El presidente quizá no veía nada porque, como había dicho Rubén Figueroa, la caballada estaba de lo más escuálida; o pocas veces se había formado un panorama tan mediocre, o finalmente se descubría que ésa siempre había sido la realidad de los desmitificados políticos mexicanos, sólo que nadie se daba cuenta. No obstante, el secretario de Gobernación Enrique Olivares Santana inútilmente buscaba adeptos para la grande, y López Portillo lo diagnosticaba como "paternal y conciliatorio", lo cual, en este caso, significaba eliminarlo de la competencia, pues el presidente ya había dicho que un joven debía sucederlo.

Por tanto, el tecnócrata secretario de Programación y Presupuesto Miguel de la Madrid estaba presupuestísimo y en plena actividad, y sólo López Portillo podía decir que "era más inteligente y que se había frenado después del PGD". Se frenaba tanto que, después de que Rosa Luz Alegría fuera nombrada secretaria de Turismo, insistió en que el presidente designara a su hijo José Ramón como subsecretario de Evaluación de la SPP. Según López Portillo, él se negó tajantemente. "Le advertí que tenía riesgos políticos para mí y para él", contestó después. A él lo atacarían por nepotista, y a De la Madrid por "halagar la vanidad de padre, para avanzar en la calificación política". Pero el antiguo discípulo porfió una y otra vez; "no hay otro", explicaba, y por supuesto López Portillo acabó nombrando a su hijo subsecretario de Evaluación y De la Madrid "avanzó en la calificación política", a pesar de que a don José le habían chismeado ("enemigos de Miguel") que el secretario de Programación consultaba sicólogos y a su equipo para encontrar la mejor manera de conducirse ante el Señor del Dedo.

En el juego también estaban Jorge de la Vega Domínguez, de Comercio ("discreto", calificó el presidente); Pedro Ojeda Paullada, de Trabajo ("trabaja seco y bien"); e incluso Díaz Serrano. La competencia se avivó un poco, no demasiado, en abril de 1978 cuando López Portillo, siguiendo la pésima costumbre de enviar cuates a las gubernaturas, puso a Antonio Toledo Corro a gobernar Sinaloa. La Secretaría de la Reforma Agraria quedó vacante, y a ocuparla llegó Javier García Paniagua, subsecretario de Gobernación, hijo del general henriquista Marcelino García Barragán, y quien desde un principio se perfiló como fuerte suspirante ("replegado y con buena prensa", dijo López Portillo, quien, a fines de noviembre de 1981, anotaría: "El futurismo empieza

ya a tomar cuerpo... Los secretarios me ven distinto. Se sonrojan con ciertas expresiones; cuidan otras. Hay soslayos. Pero en general están disciplinados. Alborotados, sin duda, pero respetuosos").

El ambiente se animó cuando el secretario particular de López Portillo reveló en una conferencia de prensa lo que a esas alturas todo mundo sabía: que la sucesión la resolvía el presidente. López Portillo, fastidiado, empeoró las cosas al declarar que el mandatario más bien era "el fiel de la balanza" en la sucesión presidencial.

Pero el verdadero escándalo se dio cuando Gustavo Carvajal, presidente del PRI, hizo declaraciones a la prensa y tachó de las listas de suspirantes priístas a José Luis Escobar, senador michoacano, y Gabriel García Rojas, de Zacatecas, que aspiraban a las gubernaturas de sus estados y que habían ido a ver a Luis Echeverría a su casa de San Jerónimo. "Se quemaron", explicó Carvajal. "Ya los besó el diablo. No es ése el camino para obtener una nominación. Se quemaron los que estuvieron en San Jerónimo." Esta operación fue bautizada al instante como *El beso del diablo* ; los periodistas se tiraron de la risa y exprimieron al máximo el incidente, hasta que la mordacidad llegó al presidente. Y López Portillo, que estaba a la altura de su funcionario, hizo que éste rectificara y resolvió que todo había sido "una carvajalada".

Los problemas con Luis Echeverría, ahora también conocido como el Diablo, nunca cesaban. Después de la carvajalada se contuvo un tiempo, pero en octubre regresó impetuoso a exigir que el gobierno le pagara renta por los edificios que ocupaba el Centro de Estudios del Tercer Mundo. También quería que los ex presidentes fuesen miembros de la directiva del PRI y senadores de por vida. Como no le hicieron caso, en febrero de 1981 procedió a publicar artículos en la primera plana de *El Universal* y en la revista *Siempre!* , lo cual sacó de sus casillas al presidente López Portillo. "No sé qué diablos pretende. Si hago algo, ridículo; si no lo hago, ridículo", se escandalizaba el mandatario. "Rompe todos los precedentes; se mueve, llama a mi gente y les hace compromisos oblicuos." Por tanto, envió a Olivares Santana a hablar con él, y Echeverría le dijo: "Haré lo que López Portillo quiera". Y siguió publicando sus artículos. Ante el alboroto, Porfirio Muñoz Ledo, Rodolfo Echeverría Ruiz e Ignacio Ovalle, que tenían fama de ser gente del ex mandatario, presentaron sus renuncias, las cuales no fueron aceptadas. López Portillo envió entonces a Mario Vázquez Raña como intermediario y Echeverría prometió que ya no escribiría; se callaría la boca y saldría del país.

Pero no lo hizo. Siguió publicando su serie de artículos *Habla Echeverría* , que en realidad eran interminables entrevistas reportajeadas de Fernando Moruga y Jorge Coca, en las que el ex dio su versión de lo acontecido en "sus tiempos" y de pasada atacó a Televisa, por lo que el virtual monopolio televisivo retiró su publicidad de *El Universal* . Por esas fechas, López Portillo fue entrevistado a su vez, y dijo, un tanto cantinflescamente: "Bueno, yo diría que si me pidieran en este momento un minuto de silencio sobre la ruptura supersónica del silencio, yo me levantaría a guardar un minuto de silencio". Ante esto, en abril de 1981, Echeverría suspendió sus colaboraciones. Se decía que López Portillo iba a sacarlo del país durante la sucesión presidencial.

Si Echeverría continuaba siendo ajonjolí de todos los moles, la familia del presidente también daba mucho de que hablar. El dispendio continuaba febrilmente, y a fines de 1979 la Muncy asombró con su shopping en Nueva York, adonde después llegaron Pepe y Paulina. Estaban preparándose para la boda de Carmen Chica, la Yiyí, quien, en octubre de ese año, se casó "en grande". Un festín lujosísimo tuvo lugar en el Casino Militar; allí, los novios avanzaron bajo un arco formado 246 por las espadas de los cadetes del Colegio Militar. La novia lució un vestido ostentosísimo, y en la fiesta circularon profusamente los vinos franceses y las champañas. Los regalos que recibió la Yiyí eran automóviles de lujo, viajes internacionales, terrenos, joyas y cuadros altamente cotizados. López Portillo en un momento pensó si ese despliegue de ostentación no sería demasiado. Pero el ataque de conciencia le duró poco y aceptó las consecuencias del pachangón al decir: "Opté por la naturalidad". También se dio cuenta de que los regalos eran faraónicos, y filosofó: "Se cumplió con una hermosa costumbre nacional, la del regalo que sólo se agradece".

Como todo había salido tan bien, López Portillo repitió el numerito en marzo de 1980, cuando su hijo José Ramón se casó en el Casino Militar también. Esa vez el presidente reflexionó: "Me permití autorizarla en grande. Era o la hipocresía del pequeño grupo o enfrente de todos los posibles invitados", los cuales, por cierto, nada más fueron 1 800, así es que la hermosa costumbre nacional del regalo volvió a brillar, y se demostró así que en el país no se perdían las tradiciones.

Después, en mayo de 1981, vino la boda de la Paulina, quien antes hizo enojar a papito porque se lanzó como cantautora y en 1980 sacó a la venta su disco *Paulina* , que a pesar de la fuerte promoción, no tuvo éxito. Por tanto, la joven prefirió casarse. Esa vez la fiesta fue en Los Pinos, con más de mil invitados, y de nuevo el dispendio fue tan escandaloso que el presidente lo tuvo que justificar al argüir que no quiso esconderse y prefirió hacer las cosas "a la luz del sol".

Pero López Portillo no sólo se acordaba de su familia. También tuvo algo para la doctora Rosa Luz Alegría, con quien continuaba sus travesuras amorosas. Se cuenta, por ejemplo, que iba a Colima de visita oficial, donde era atendido por la primera gobernadora que hubo en México, la escritora Griselda Álvarez; después de que se le despedía en el aeropuerto con grandes ceremonias, López Portillo fingía que abordaba el avión oficial y salía corriendo agazapado a una avioneta donde lo esperaba ya la doctora Alegría para ir a pachanguear a Manzanillo.

Ella supervisaba, evaluaba y comentaba gran parte de los trabajos de las secretarías de Estado a través del Sistema Nacional de Evaluación (SNE), de la subsecretaría de Evaluación de la SPP que encabezaba, lo cual le daba un gran poder. Los políticos, sin embargo, no parecían muy contentos con esta situación y el presidente se quejaba continuamente: "Siento alguna estructura", sic, "contra la participación y función que le he dado a la doctora Alegría", decía. "Celos y envidia de una parte, y defectos de trato de parte de ella, se reúnen para crear un ambiente desagradable, que espero superemos." Según él, la había distinguido con tan alto puesto para lograr "la integración

total de las mujeres a las responsabilidades públicas".

En agosto de 1980 Guillermo Rossell de la Lama fue designado candidato oficial a la gubernatura de Hidalgo, y su puesto como secretario de Turismo fue ocupado por Rosa Luz Alegría. López Portillo la ascendió "conciente de que la maledicencia levantará su perversidad". El presidente aseguraba a su público cautivo que el nombramiento de la doctora Alegría era una "decisión histórica", pues ella era la primera secretaria de Estado que había habido en el país.

En junio de 1980, las lluvias se habían demorado y una terrible sequía asolaba el país. Se dijo entonces que en Estados Unidos se llevaban a cabo experimentos de control de huracanes, y que éstos incluían una "ordeña", de modo que el agua que debería caer en México se precipitaba antes en el océano Pacífico. El año anterior la sequía había sido gravísima, y en 1980 las cosas eran lo mismo, así que el presidente López Portillo pidió a la Secretaría de Relaciones Exteriores que hiciese esa observación al gobierno estadunidense. Éste se rio de la idea; pero después suspendió los vuelos "cazahuracanes", y las lluvias cayeron en México. En ese mismo mes, en la capital fallaron las turbinas alemanas que había importado la Comisión Federal de Electricidad y durante varias semanas hubo apagones programados entre las ocho y nueve de la noche. Para entonces, la ciudad de México era un problema cada vez más grave.

Por ejemplo, en junio de 1980 se tuvo que ir cada vez más lejos a traer el agua, pues ya se había agotado la cuenca del río Lerma. Echaron a andar un sistema que bombeara el agua desde el río Cutzamala. "Otra hazaña de lo absurdo", dijo el mismo hombre que la había aprobado, cuando la gigantesca obra se inauguró en mayo de 1982; "costoso construir, costoso operar y costoso drenar. Pero no hay alternativa para este monstruo de ciudad". Otra obra costosísima para la capital fue el sistema de drenaje profundo.

En todo 1980 los obreros manifestaron su inconformidad porque la "abundancia" ni remotamente llegaba a ellos. Además del corrupto, gangsteril y antidemocrático sistema sindical mexicano, los precios subían y los salarios de los trabajadores siempre quedaban rezagados. En marzo se iniciaron los conflictos de Altos Hornos de México, que fueron seguidos por una huelga de los telefonistas; por supuesto, tan pronto estalló la huelga, el gobierno requisó la empresa, por lo que, en tres días, el sindicato cedió en sus demandas. Sin embargo, esto hizo que durante el desfile del primero de mayo los obreros mostraran su molestia con mantas y pancartas que atacaban al gobierno o que de plano insultaban al presidente. Después vino el conflicto laboral en El Colegio de México, del cual a la larga surgió el Sutcolmex, o Sindicato Único de El Colegio de México.

En junio arreciaron los problemas entre los maestros. Los disidentes de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) iniciaron una huelga porque no se les pagaba y para democratizar el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), caciqueado por Carlos Jonguitud, por lo que, a partir de junio, hubo varias de las manifestaciones que no le gustaban a Televisa. La CNTE expandía su influencia en Oaxaca, Chiapas, Morelos, Guerrero y el Distrito Federal, y su fuerza era cada vez mayor, por lo

que el presidente obligó a Jonguitud a negociar con ellos. Jonguitud sintió que perdía crédito como defensor de los trabajadores y para reconquistarlo procedió a atacar a Fernando Solana, secretario de Educación Pública. Las pugnas entre SNTE y CNTE se avivaron a principios de 1981, cuando fue abatido a tiros Misael Núñez Acosta, líder de la CNTE en el Estado de México. Se rumoró que Jonguitud lo había mandado eliminar. Y siguieron los plantones, las manifestaciones y las declaraciones, hasta que López Portillo tuvo que ofrecer un sobresueldo a los maestros y a la burocracia en general.

Tanta efervescencia obrera, iniciada en el sexenio anterior, era un problema serio para el gobierno, por lo que éste calladamente desplegaba su estrategia para contener la fiebre de sindicalización, que había generado incluso sindicatos dentro de sindicatos. En octubre de 1980 López Portillo propuso una iniciativa de ley para reglamentar las relaciones laborales entre las universidades e institutos de enseñanza superior y los trabajadores. Por supuesto, la iniciativa era una inmensa curva a favor del gobierno y los patrones, y así lo hizo ver al instante Nicolás Olivos Cuéllar, del Sindicato Único de Trabajadores Universitarios (SUNTU), que quedaba fuera de circulación; para él, la ley revelaba una tendencia general del gobierno a "impedir la organización de trabajadores", y a favorecer a la clase patronal. "Se quiere impedir", añadía, "la organización de los empleados agrícolas, de los bancarios, de los empleados de los municipios y gobiernos de los estados, entre otros". Los partidos Comunista Mexicano (PCM) y Socialista de los Trabajadores (PST) apoyaron al SUNTU, pero en contra estuvieron PRI, PAN, PPS, PDM y PARM, así que el 9 de octubre se aprobó la ley, que prohibió el sindicato nacional de trabajadores universitarios y obligó a que éstos formasen sindicatos gremiales o de institución.

Las acciones para desmantelar las luchas populares también se dieron en Acapulco, donde miles de campesinos paupérrimos se habían instalado en el llamado "anfiteatro" de la bahía, donde, en la primera mitad de los setenta, se había hecho famoso el Rey Lopitos. "Son un foco de contaminación", se decía con respecto a los invasores, "y afean la imagen de la capital del paisaje del mundo". Por tanto, el gobernador Rubén Figueroa se llevó a más de 25 mil familias a la llamada Ciudad Renacimiento. Ésta se hallaba a diez kilómetros de la bahía, y en realidad era el cinturón de la pobreza de Acapulco, que había crecido enormemente y andaba ya cerca del millón de habitantes fijos. Los más de 120 mil pobres que vivían en casuchas en el monte no se querían ir por nada del mundo, y Figueroa primero se disfrazó de cordero para sacarlos de allí.

"Mira, madrecita", le decía el gobernador a una vieja costeña, "allá abajo vivirán mejor, tendrán su propio terreno y podrán levantar su casa con facilidades". "No, a nosotros ya nadie nos engaña, ¿entiendes?", respondió ella, "y te hablo de tú, porque yo he ido a buscarte varias veces a Chilpancingo".

"Mira, buena mujer, no venimos a engañar a nadie ni a robarles sus tierras..." "Eso dices, pero luego le venden la tierra a los gringos, mientras a nosotros nadie nos ayuda." "Déjeme explicarle los beneficios del proyecto", terció Guillermo Carrillo Arena, quien después sería villano célebre y en ese momento encabezaba el Fideicomiso de Acapulco (Fideaca). "¿Y tú qué te

metes?", le increpó la mujer, "¿quién te llamó?" "¡Mira, vieja mitotera!", estalló Figueroa, "¡ya estuvo suave, están hablando con su gobernador, no con su pendejo! Y para que se les quite, los vamos a bajar a huevo, hijos de la chingada." Y, por supuesto, lo hizo. El ejército desalojó el anfiteatro y así se pudo inaugurar la flamante Ciudad Renacimiento. Por cierto, las agencias internacionales de defensa de los derechos humanos reportaron que 452 personas habían "desaparecido" durante la gestión de Figueroa, que concluyó en 1981. Él ya había dicho que en Guerrero no había desaparecidos políticos: todos estaban muertos.

Otro gran desalojo fue el Campamento Dos de Octubre, en Iztacalco, Distrito Federal, que había sido invadido por miles de pobres liderados por Francisco de la Cruz, quien formó la Unión de Colonos de Santa Cruz Iztacalco-Iztapalapa, hasta que las autoridades lo metieron a la cárcel en 1981. Éstas, a continuación, tomaron el campamento y echaron afuera a 1 500 familias; otras 5 000 quedaron en virtual estado de sitio y se despolitizaron a toda velocidad.

Al parecer, Francisco de la Cruz tenía nexos con el líder del PRI, Gustavo Carvajal, quien era muy criticado. En el Congreso, por ejemplo, Juan de Dios Castro, diputado del PAN, decía: "El PRI, con Carlos Madrazo demostró que no era capaz de tener dirigentes, con nuestro colega Lauro Ortega demostró que puede funcionar sin dirigentes, y con el actual líder, Gustavo Carvajal, demuestra que puede sobrevivir a pesar de sus dirigentes". El PRI, por su parte, se vio alevoso en Juchitán, Oaxaca, donde la COCEI, Coalición Obrero-Campesina-Estudiantil del Istmo era muy fuerte e hizo que Leopoldo de Gyves ganara la presidencia municipal en las elecciones de 1980. El PRI le escamoteó el triunfo, pero la gente de la COCEI tomó el palacio municipal, lo retuvo 33 días y logró que se anularan las elecciones. Cuando éstas volvieron a llevarse a cabo, en marzo de 1981, la COCEI ganó de nuevo y el gobierno a regañadientes aceptó que la izquierda tomara una presidencia municipal. Sin embargo, tres años después, una vez más el PRI estaba listo para el despojo.

Las grandes mayorías continuaban en condiciones difíciles. Después del fuerte arranque inflacionario, hasta junio la elevación de precios pareció estacionarse en 1.5 por ciento al mes. Sin embargo, a partir de ese momento los precios volvieron a subir. Tortillas, refrescos embotellados, azúcar (casi al doble), carnes, rentas y colegiaturas se fueron para arriba, a la vez que hubo una impresionante compra de granos en Estados Unidos.

El presidente decía preocuparse por la suerte económica de las mayorías, así es que promovió otras medidas que en el acto fueron calificadas como "populistas", a pesar de que se trataba de nuevos convenios entre la Coplamar y las secretarías de estado, que generalmente no conducían a gran cosa. Después se echó a andar la Coordinación de los Programas Básicos, que en teoría serviría para coordinar, fomentar y subsidiar a los industriales que produjesen para el pueblo, "pues las clases altas", decía el presidente, "ya tienen sus ofertas y proveedores". Esta Coordinación, como tantas medidas gubernamentales, a la larga tampoco sirvió de gran cosa. Para colmo, los subsidios se extraviaban en sus caminos laberínticos y escasamente llegaban a quienes los requerían. El mismo López Portillo decía: "La ineficiencia del país está llegando a extremos graves. No podemos orientar las sumas

tremendas de subsidios hacia las clases necesitadas. Ya sea por falta de sistemas, o porque las estructuras intermedias, viciosas pero eficientes, se chupan los beneficios. El encarecimiento de maíz-tortilla-azúcar, etcétera, es brutal. Tendríamos que hacer una tremenda revolución para sanear esto". Varios observadores pensaban que el problema residía en que la mayor parte de los planes "populistas" se orquestaban en los escritorios, en abstracto, sin bajar a la realidad a atender los problemas en su sitio y en su contexto; de esta forma, las sumas invertidas se quedaban atrapadas en la inmensa red de intermediación y corrupción.

Populismo y tecnocracia se encontraban continuamente durante el sexenio de López Portillo, que, en cuanto a engordar el estado al compás del "sistema mixto", siguió el camino del echeverrismo. Para fines de 1980 había 77 organismos descentralizados, 450 empresas con mayoría accionaria estatal, 54 con inversión minoritaria, y 199 fideicomisos y fondos. Todas estas empresas eran sumamente disímiles, como Altos Hornos de México, Teléfonos de México, Diesel Nacional (Dina), Compañía Industrial San Cristóbal, Publicidad Cuauhtémoc, Proquivemex, Jardines del Pedregal, Acciones Bursátiles Somex, Nylon de México, Cloro de Tehuantepec, Avantram Mexicana, Productora Mexicana de Fármacos, Vehículos Automotores de México, Indetel, Nacional Hotelera, Financiera Nacional Azucarera y muchas más. En numerosas ocasiones el gobierno las había adquirido al borde de la quiebra, cuando nadie las quería comprar, las creó por necesarias en áreas que no interesaban al sector privado o representaron maniobras políticas.

En todo caso, la adquisición de empresas por parte de los gobiernos de Echeverría y López Portillo a todas luces fue excesiva, como deja ver la heterogeneidad y la mera cantidad de entidades paraestatales. Por ejemplo, a fines del sexenio el gobierno compró 22.3 millones de acciones de Compañía Mexicana de Aviación (CMA), equivalente a 54 por ciento del capital social de la empresa. Al volverse el principal accionista, el Estado tuvo que absorber la deuda de la CMA, que era de 22 124 millones de pesos (mdp). Sólo de enero a marzo de 1982 Mexicana de Aviación había perdido 352.6 mdp, y el gobierno decidió fusionarla con Aeroméxico, que ya había sido adquirida por el Estado previamente. (Por cierto, esta absorción de deudas desde 1977 había adquirido características muy especiales mediante el mecanismo de "reparto de divisas", que consistía en que la empresa contrataba en dólares, los cuales entregaba al Banco de México para que éste los convirtiera en pesos. Tres años después la empresa tenía que pagar, compraba dólares a la tasa anterior y el banco central pagaba la devaluación ocurrida en ese lapso.)

En los años ochenta, la "obesidad estatal", como se le llamó, fue uno de los grandes caballos de batalla de los empresarios; dio cuerpo a toda la "mística" neoliberal y justificó en cierta medida las políticas de privatización de los ochenta y principios de los noventa. Naturalmente, la iniciativa privada buscaba ampliar sus poderes e influencias, pues no podía quejarse de que le fuera mal con el gobierno de López Portillo. En 1981 el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM reportó que las 69 empresas principales inscritas en la bolsa de valores habían aumentado sus ganancias en un 295 por ciento entre 1977 y 1981. Esas ganancias no habían sido por un aumento de la productividad ni de la eficiencia, ni por un incremento de las cargas de trabajo a los obreros; las ganancias se debieron fundamentalmente

por los aumentos injustificados de precios, que se traducían en una instantánea merma del poder adquisitivo de los salarios. Hasta ese momento, Banamex y Bancomer habían tenido ganancias de 3 000 mdp; Aurrerá las obtuvo en un 263 por ciento (1 151 mdp); el Puerto de Liverpool, en 280; Sanborns, en 237; el Palacio de Hierro, de 207; y la Eaton Manufacturera, que producía autopartes, nada menos que de 3 631 por ciento.

Por si no bastara, el 20 de noviembre el gobierno subió los precios de las gasolinas y sus derivados, aunque al día siguiente se echó para atrás y dijo que el aumento sólo era para la gasolina de mayor octanaje (la "súper" o "extra"), el combustóleo y el gas. De cualquier manera, a continuación subió el precio de la leche y, con éste, los de infinidad de productos, ya que cada vez que el gobierno subía sus precios, el sector privado entendía que se le daba luz verde para elevar los suyos, lo cual hacía sin demora, viniera al caso o no, por lo que el verbo "reetiquetar" se volvió sinónimo de una alteración impune de los precios.

A fines de 1980, mientras la carestía se disparaba en México para desear una feliz navidad a los ciudadanos, tuvo lugar algo que afectaría profundamente a nuestro país en los años inmediatos: las tasas bancarias internacionales de interés subieron de 6 a 20 por ciento, por lo que automáticamente la deuda externa mexicana se elevó a más de 34 mil millones de dólares. Sólo por los intereses, México tuvo que echar mano de cinco mil mdd programados para el pago de la deuda de corto plazo. En el acto, entre los financieros se insistió en que el gobierno debía devaluar el peso, pero el presidente López Portillo pensó que el petróleo aún lo cobijaba y se negó; "me voy con las minis", dijo, pues creía poder salir de problemas con aumentar "el desliz" de la moneda en el momento en que hiciera falta, aunque eso significara llevar a cabo auténticas minidevaluaciones. Sin embargo, pronto tendría que restringir los gastos de gobierno y se vería enredado en la crisis económica que lo llevó a la catástrofe.

Casi nadie advertía lo que iba a venir. A raíz de la crisis petrolera de mediados de los setenta, el gobierno de Estados Unidos se preparó a fondo para evitar una contingencia semejante. Por una parte, racionó la gasolina, cuyos precios se elevaron espectacularmente, y logró contraer la demanda y racionalizar el consumo, con lo cual fue preparando el descenso de los precios internacionales del petróleo. Por otra parte, procuró atraer el dinero de los países árabes, no tanto para la producción sino para fortalecer sus bancos; de allí las alzas de las tasas de interés, que resultaban muy atractivas para el ahorrador, pero devastadoras para los incautos que se habían endeudado.

Además, el nuevo gobierno estadunidense, que entró en funciones en enero de 1981 presidido por el ex actor Ronald Reagan, trajo consigo una economía salvajemente neoliberal, monetarista, en buena medida inspirada por la que Margaret Thatcher había implantado en Inglaterra un poco antes. Esta política económica (los publicistas gringos la llamaron "Reaganomics" y significaba un ajuste y puesta al día de las ideas de Milton Friedman y los Chicago Boys, que en buena medida ya se habían puesto en práctica en Chile y en otros países del cono sur) implicaba el manejo de un monstruoso déficit gubernamental que permitiera un rearme enérgico. Hubo también un recorte del gasto público, especialmente en programas educativos y sociales (por lo

que Reagan fue denominado el Robin Hood a la inversa, pues saqueaba a los pobres para favorecer a los ricos); y, asimismo: liberación de cargas fiscales; encarecimiento de los intereses de dinero (tasas de 6 a 20 por ciento), encarecimiento de las exportaciones y facilidades para sus importaciones, revaluación del dólar, y baja de las materias primas. De entrada, estas medidas hicieron que la inflación cediera gracias a las importaciones baratas, aunque el desempleo creció. Toda esta política económica vino acompañada de un espectacular despliegue de fuerza para poder intimidar a todos los países, pues se trataba de mostrar que Estados Unidos seguía siendo "el número uno" a través del uso de la violencia y de ejercer el viejo papel de policía internacional. Reagan recurrió a una propaganda tosca, esquemática, de tintes religiosos e histéricos para persuadir a su pueblo de los horrores del comunismo, de los ayatolas, del narcotráfico o del demonio en turno, pero esto más bien formó parte de toda una contrarrevolución cultural que se impuso enérgicamente y que llevó a los estadunidenses al más bajo nivel de conciencia de su historia.

De más está decir que todo esto afectó directa e inmediatamente a México en el momento en que el país se hallaba en medio de cuantiosas inversiones en proyectos, como los parques industriales, que estaban sin terminar, pero ya avanzados. Reagan inició su gobierno en enero de 1981 y arrancó entonces la política del neogarrote, que dedicó a México un denso capítulo. Para empezar, la administración de Reagan se negó tajantemente a que Fidel Castro participara en la gran cumbre de jefes de Estado en Cancún, que se celebraría a fines de 1981. Esta reunión había sido promovida inicialmente por Bruno Kreisky, presidente de Austria, y por López Portillo. El gobierno estadunidense de James Carter había planteado su deseo de que Castro no asistiese a Cancún, pero Reagan lo consideró una condición forzosa. Era o Cuba o Estados Unidos, por lo que en agosto de 1981 López Portillo tuvo que invitar al comandante cubano a Cozumel como premio de consolación. Por otra parte, en ese mismo mes se reinició la salida de capitales, y en Estados Unidos la prensa empezó a hacer fuertes críticas a la situación económica mexicana, que fueron seguidas por condenas a la corrupción, la simulación de democracia, el narcotráfico y demás. Era una campaña muy bien orquestada que tuvo su cenit en 1982-1983, y cuyo fragor no cesó hasta 1988. Se dijo también que el gobierno mexicano subsidiaba a los sandinistas y a la guerrilla salvadoreña, además de que surtía de armas a los dos. La ofensiva fue tan dura que un año después el presidente se dolía: "La política republicana del gran garrote ahorita se está expresando en toda su abierta brutalidad".

Pero López Portillo en ese momento no imaginaba nada de eso. El 5 de enero de 1981 se entrevistó con Reagan en Ciudad Juárez para intercambiar regalos y "buena voluntad". López Portillo regaló a Reagan sus libros y sus "símbolos quetzalcoátlicos", además del cuaco árabe Alamín, que antes había recibido de Justo Fernández. Reagan, por su parte, le ofreció una carabina 30.05 con mira telescópica, que en buen lenguaje simbólico bien podía significar: *te tenemos en la mira* , y un vino San Pascual. El tema del encuentro fue "la amistad". El mandatario mexicano habló lo que quiso, mientras su colega estadunidense fue afectuoso, pero parco, prudente y condescendiente. A partir de allí, Reagan siempre dedicaría sonrisas y delicadezas a López Portillo y a De la Madrid, mientras, al mismo tiempo, "la Casa Blanca" los tomaba de *punching bag* .

Por otra parte, a principios de 1981 en el sur de México se empezaron a formar campamentos de refugiados guatemaltecos que huían de la brutalidad de la dictadura militar de su país, pues ésta, en su lucha contra la guerrilla, arrasaba con los poblados del norte de Guatemala, principal escenario de las acciones revolucionarias. Durante varios años grandes cantidades de campesinos chapines siguieron cruzando la frontera, así es que no hubo más remedio que crear campamentos de refugiados; varios de ellos, por cierto, pedían asilo como perseguidos políticos. El gobierno mexicano tuvo una cauta pero fluctuante actitud ante este problema. Por una parte admitió a los refugiados y los protegió con los campamentos; por otra, no parecía simpatizar gran cosa con ellos, y se notaba. Con frecuencia deportaba a centenares, por lo que Amnistía Internacional en julio de 1981 pidió que cesaran las expulsiones. Para 1983 ya había 32 campamentos de refugiados en el extremo sur, y 35 mil de ellos fueron reconocidos oficialmente, pero había otros 28 campamentos con 65 mil refugiados que no eran reconocidos y que vivían en un infierno. Además, las tropas guatemaltecas llegaron a tener la temeridad de hacer incursiones en el territorio mexicano. Todo esto calentaba notablemente la frontera sur, lo que después aprovechaba Estados Unidos para argüir que la crisis de Centroamérica se desplazaba hacia México. Era evidente que el imperio también tenía mucho que ver en la cuestión de los refugiados.

En cuanto a los gringos, en marzo Reagan pidió el beneplácito para su embajador John Gavin, quien se convertiría en un insoportable procónsul y *México's worst nightmare* en los años subsiguientes. López Portillo dijo que encantado de la vida, y al instante ordenó que retiraran de la televisión los anuncios que el ex actor hacía de *Don Pedro* , un popular brandy hecho con algo de uva. En un principio López Portillo tuvo "buena impresión del embajador Gavin", pero, al final del sexenio, se negó a recibirlo cuando éste quiso despedirse de él.

Por esas fechas, Reagan, que ya había protestado por el "intervencionismo" mexicano en Centroamérica, dio las gracias y terminó toda intermediación diplomática de México entre Nicaragua y Estados Unidos, pues el gobierno de Reagan venía determinado a aplastar a los sandinistas, y ya no iba a tolerar interferencias de nadie en "su backyard". Así concluyó, para fines prácticos (las conversaciones de paz entre Nicaragua y Estados Unidos fueron bilaterales), la época activa de mediación mexicana en los problemas de Centroamérica, que se reactivaría después, acuciada por las circunstancias, con el grupo Contadora.

En el interior del país, a principios de 1981, mientras la imbatible inflación hacía que las cuestas de enero y febrero resultaran más penosas que nunca, el presidente López Portillo fortaleció notablemente a Miguel de la Madrid al designar a uno de sus más cercanos, Alfredo del Mazo, como gobernador del Estado de México, lo cual fastidió a Hank González y al poderoso grupo Atlacomulco de esa entidad. Es muy posible que para esas alturas, si no es que desde antes, López Portillo estuviera convencido de heredar el poder a De la Madrid. Desde 1977 había sido enfático al revelar que "se interesaba por un cambio de generaciones en los más altos puestos políticos del país", por lo que su sucesor debería tener unos 20 años menos que él. Consciente o

inconscientemente, durante el comienzo del sexenio lo tuvo a salvo en una subsecretaría, y a la mitad del camino lo pasó al gabinete. De la Madrid, por su parte, cultivó muy bien a su ex profe, lo cual no le era demasiado difícil por otra parte.

Obviamente para tapar a su ex alumno, el 5 de febrero López Portillo envió a Jorge Díaz Serrano a hablar por los tres-poderes-que-sólo-eran-uno en la IV Reunión de la República, en Querétaro, que se había vuelto una pasarela de presidenciables. En efecto, después de comparecer allí se vio a Díaz Serrano como un fuerte suspirante y él mismo se autosituó "a la cabeza de la carrera presidencial".

Poco antes, López Portillo cuenta haberle dicho al magnate petrolero: "En voz de la opinión pública se te menciona como una posibilidad visible para ser candidato a la presidencia de la república. No tengo mucho que decirte, pero es importante que lo sepas". Como Díaz Serrano ya lo sabía *muy bien* , se emocionó notablemente; y al ver que le encomendaban el discurso de Querétaro sin duda estuvo casi seguro de que ya la había hecho. Como buen muchacho, el ingeniero llevó el texto de su discurso al presidente, quien dice que le dijo: "Quiero que sepas que en este asunto no te voy a ayudar. El discurso tiene que ser sólo tuyo". Díaz Serrano lo tomó muy en serio, e incluso se iba a ensayar al auditorio. Se puso tan nervioso que hasta se le desprendió la retina. El ingeniero tenía motivos para inquietarse; poco después, la revista *Proceso* publicó un documento interno de la Secretaría de Programación y Presupuesto, firmado por José Ramón López Portillo, que denunciaba serias fallas de organización en Pemex, y naturalmente Díaz Serrano concluyó que De la Madrid había filtrado ese documento para darle una enérgica patada por debajo de la mesa que lo sacara del juego. Tenía que cuidarse, pues, no sólo de José Andrés de Oteyza, su jefe y ya declarado enemigo, sino también de De la Madrid y de sus huestes.

En marzo, mientras se incrementaba visiblemente la fuga de capitales con motivo de la sucesión presidencial, tuvo lugar un "enroque": Javier García Paniagua dejó la Secretaría de la Reforma Agraria a Gustavo Carvajal y ocupó la presidencia del PRI. Había ya demasiadas críticas de Carvajal, y su traslado a la SRA fue para quitarlo de encima a la hora de la sucesión. García Paniagua, por su parte, tenía fama de duro, enérgico y de no andarse con cuentos.

En el PRI se entraba en la recta final del tapadismo, pero el trotsquista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) de una vez ofreció la candidatura a la presidencia de la república a Rosario Ibarra de Piedra. Ella (para entonces dirigente de la Comisión Nacional pro Defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos, y del Frente Nacional contra la Represión) aceptó, aunque no militaba en el PRT, y en el acto pidió el apoyo de la izquierda para ser "candidata de unidad". Los demás partidos izquierdistas hicieron como que no oían nada pero, de esa manera, el PRT fue el primero en presentar una candidatura a la presidencia.

Pero la verdadera bomba vino a mediados de año, cuando Arabia Saudita, esquiroleando a favor de Estados Unidos, se negó a reducir su producción, como se había votado en la Organización de Países Exportadores de Petróleo

(OPEP). Esto precipitó la baja de los precios del petróleo. Al instante se exigió que México rebajara cuatro dólares por barril, que para entonces costaba 35.10. Díaz Serrano se reunió con sus expertos y concluyó que el precio debía bajar a 31.25. "Bueno", consintió López Portillo, "pero arréglate con el gabinete económico". El director de Pemex ordenó la rebaja y se presentó después en la reunión del gabinete económico convocada por el presidente López Portillo, en la que Oteyza, De la Madrid y De la Vega, furiosos, le reclamaron que hubiera actuado sin consultarlos. López Portillo planteaba que la caída de los precios del petróleo podía ser una catástrofe y Oteyza parecía llevar las riendas de la situación. "El petróleo no debe venderse a menor precio", dijo, y mostró las listas de los crudos venezolanos, algunos de los cuales estaban arriba de los 33 dólares.

A los dos días, Díaz Serrano fue a Los Pinos y López Portillo le dijo que había tomado la decisión de separarlo del puesto, por lo que el viejo amigo también *kaput* . Díaz Serrano, conmocionado, no lo podía creer; sintió "que la sangre le subía a la cabeza" y le dijo al presidente que "si seguía el consejo de los burócratas, éstos lo hundirían", que no se dejara llevar "por las intrigas de ese joven Yago". "Lo siento, pero ya es asunto resuelto", respondió López Portillo. El nuevo director de Pemex resultó Julio Rodolfo Moctezuma.

Díaz Serrano fue a curarse el coraje entripado de haber sido eliminado de la circulación cuando ya se veía casi toreando de lo más contento la carga de los búfalos. Después, López Portillo, un tanto mosqueado, le concedió un deseo, y Díaz Serrano se apuntó para una senaduría por Sonora, una embajada o una asesoría especial para crear la Secretaría de Energéticos.

La caída de los precios del petróleo, que arrastró a Díaz Serrano, fue el fin del gran sueño del petróleo; éste dejó de ser controlado por los vendedores y se volvió "un mercado de compradores". En México representó la salida del fugaz periodo de abundancia; la crisis apareció, e hizo que la de los ochenta fuese la década perdida. Por su parte, López Portillo entró en el tobogán, y su descenso lo convertiría en "un presidente devaluado". De entrada, significativamente, después de tres años de buena salud, el mandatario de pronto experimentó un "angustiante ahogo", además de espasmos, y en una reunión con Jorge de la Vega se le cerró el paso del aire, por lo que tuvieron que administrarle adrenalina. La fuga de capital se había reactivado, y de pronto se decía en el sector privado que la situación económica era grave. De nuevo había intriga y rumores.

En tanto, Pemex, con Moctezuma en el volante, a fines de junio subió en dos dólares el precio del barril y depuró la lista de clientes, lo cual provocó que éstos redujesen sus compras y que amenazaran con suprimirlas si persistían los aumentos. Estados Unidos, para no variar, "se preocupó", y sus empresas rechazaron el alza. Francia también se negó a pagar los dos dólares más por barril y de plano no aceptó el petróleo, por lo que López Portillo, encolerizado, se vengó ¡excluyendo a Francia de los proyectos de desarrollo de México! En el país, la iniciativa privada criticó al gobierno y de nuevo hablaba de "falta de confianza".

En julio el gobierno redujo su gasto público en cuatro por ciento. Los pagos de la deuda externa ya estaban encima: 5 476 millones de dólares de

intereses y 6 297 más de amortización. El dinero que no se iba por esa temible vía se fugaba en fuertes cantidades. Además, los banqueros pidieron una devaluación brusca, por lo que, "para que no se pierda la confianza", López Portillo adelantó una "mini" y aumentó el desliz del peso. Con esto, como era de esperarse, las exportaciones se abarataron, las importaciones se encarecieron, se liberaron impuestos y se aumentaron los subsidios. Pero siguió la fuga de capitales. Los financieros no podían explicarle al presidente experto en economía el porqué del fenómeno. Y la dolarización seguía incontenible: en 1981 aparecieron los mexdólares, una operación bancaria para captar los ahorros de los "desconfiados": se depositaba moneda nacional y el banco documentaba el dinero como dólares, por lo que los retiros se pagaban a la paridad del momento. Mucha gente compró mexdólares, y toda ella se puso a llorar al final del sexenio cuando, tras la nacionalización de la banca, el control de cambios fijó la paridad de 70 pesos para los mexdólares, y así los pagó, mientras que la cotización a partir de diciembre era de 150 pesos por dólar.

Como siguió el sacadero descontrolado de capitales y arreciaron las correspondientes exigencias de devaluación para redondear un buen negocio, López Portillo se vio obligado a emitir, con "rostro crispado y enseñando los puños", su célebre *dictum* : "Defenderé el peso como un perro". ¡Nunca lo hubiera dicho! A partir de ese momento le empezaron a decir el Perro, lo cual fue sumamente penoso, pues lo llevó hasta el inconcebible "elogio del perro" que López Portillo se consintió en *Mis tiempos* .

La ofensiva era fuertísima: sólo el 17 de junio salieron 150 millones de dólares, y el presidente, que sudaba frío, se hallaba tan impotente que instruyó a Romero Kolbek, director del Banco de México, para que ¡pidiera la colaboración de los banqueros!, los cuales, como era secreto a voces, urgían a todo mundo a que comprara dólares, "los desgraciados me están abandonando y eso no se vale", se quejaba López Portillo. "He aceptado, inclusive, hasta la afrenta de que me vean de derecha y pro empresarial, y ahora estos desgraciados especulan de forma inicua." Finalmente, en agosto, ante la proximidad del informe presidencial, las fugas se redujeron.

En cambio, se avivaron las pugnas por la conducción económica entre David Ibarra Muñoz, secretario de Hacienda, y José Andrés de Oteyza, de Patrimonio y Fomento Industrial. Ibarra le pedía a López Portillo que le diera manos libres para llevar la economía, y además lo presionaba para que se redujese sustancialmente el gasto público y que se devaluara el peso. Oteyza insistía en que continuara el crecimiento, y el presidente, fastidiado de la guerra sucia de los financieros, el sector privado y Estados Unidos, cada vez más tendía a inclinarse a las posiciones de su joven ministro "estructuralista". De entrada, se negaba rotundamente a devaluar, pero exigía que Hacienda y Sepafin coincidieran en las cifras, pues las proyecciones de déficit fiscal para ese año de cada dependencia eran diferentísimas (el déficit a la larga fue de 715 millones, como calculaba Hacienda).

En tanto, López Portillo se dio una escapada a Washington a principios de junio para reunirse con los presidentes de Estados Unidos y Canadá en Camp David. El de México esa vez no se sentía tan seguro por la caída de los precios del petróleo, pero no dejó de echar su rollo sobre Centroamérica: México

tenía “una posición privilegiada” en cuanto comunicador común en el área: todas las partes le tenían confianza y eso le permitía contribuir a la distensión. Pidió que Estados Unidos y la URSS no bipolarizaran el mundo, “los países débiles tenemos cosas que decir y no sólo ser sujetos de las conversaciones de los grandes”, afirmó.

De regreso, entre los horrores del sacadero de divisas, López Portillo se entretenía viendo los movimientos de los suspirantes. “Ninguno se mueve, ni opina”, decía; “pero sí sus partidarios o sus antagonistas. Pero todo es tan transparente y a veces tan ingenuo que conmueve”. Todos los días le llegaba algún chisme sobre ellos, y los medios se daban vuelo haciendo sus cábalas. “Si el que viene es como éste, ya la hicimos”, comentó el industrial Bernardo Garza Sada. Hacia principios de septiembre el presidente escribió que ya casi se había definido: si las necesidades del país eran políticas, de orden, y se requería una mano fuerte, se inclinaría por García Paniagua; si los problemas eran económico-financieros, el elegido sería De la Madrid. Pero esto era hacerse un poco el tonto, ya que, desde un principio, y especialmente en esos días, los problemas eran de dinero; como el orden público ni remotamente estuvo amenazado en algún momento, el camino ya estaba listo para el secretario de Programación y Presupuesto. Por tanto, López Portillo se lo comunicó abiertamente, si es que no lo había hecho desde antes. En realidad el presidente López Portillo hasta el último instante quiso conservar las formas y disfrazar el dedazo. “El PRI nominó a Miguel de la Madrid”, dijo años después. “Me encomendó, como es costumbre, el trámite.”

Miguel de la Madrid Hurtado era un abogado en la cuarentena cuando llegó a la cumbre. Siempre fue, al parecer, un niño aplicado, comedido y obediente, desde sus épocas de escuela lasallista hasta su posgrado en Estados Unidos. Cuando volvió a México ya se hallaba conectado con la gente adecuada y, como funcionario, de niño aplicado pasó a funcionario eficiente, y escaló puestos burocráticos de la Secretaría de Hacienda sin pasar, como sus antecesores, por algún cargo de elección popular. Era un tecnócrata con todas las de la ley y neoliberal-monetarista en cuestiones financieras. Su concepción de la vida no parecía ser muy profunda ni de grandes principios; su única mística aparente era la del “cambio” y “revolución” neoliberal, pero ésta, de por sí muy moderada, más bien parecía estar impulsada por el vuelo externo que por una pasión personal.

No se sabía bien qué veía López Portillo en su gris ex alumno y se llegó a decir que era hijo del primer, tormentoso, matrimonio de Margarita López Portillo. Lo cierto es que, al igual que su ex maestro, De la Madrid de pronto se halló en el carro del triunfo, y sin duda supo aprovechar muy bien las oportunidades hasta que finalmente López Portillo le materializó un sueño de poder que posiblemente nunca tuvo de joven.

El 25 de septiembre, el presidente citó a su ex discípulo en Los Pinos; desayunaron juntos, “para ultimar detalles”, hasta que a las nueve de la mañana llegó Javier García Paniagua, presidente del PRI, y López Portillo hizo un aparte para darle la noticia; “hosco, pero leal y resuelto, aceptó las cosas como irremediables y me protestó su lealtad”, anotó López Portillo (pero se dice que, más tarde, García Paniagua, pasmado aún, sombrío, se metió en su despacho, no quiso hablar con nadie, se quitó el saco, se puso una gorra con

visera y se sentó a ver televisión). A Los Pinos también llegaron Fidel Velázquez, como siempre por la CTM; Humberto Lugo Gil, por la CNOP; Víctor Cervera Pacheco, de la CNC; Luis M. Farías, líder de los diputados; y el de los senadores Joaquín Gamboa Pascoe. López Portillo dejó al "precandidato" con los jerarcas del priísmo y salió corriendo al crucero *Aliscafo* a recorrer el Caribe y el Golfo el fin de semana.

De la Madrid, en tanto, postulado por los tres sectores en una muestra de unidad revolucionaria, tuvo que aguantar un gentío que textualmente lo vapuleó. La gente se abría paso a puñetazos para estar cerca del nuevo preciso. Era la carga de los búfalos más desesperada de todos los tiempos, ya que se presentía el fragor de la crisis inminente y había que ampararse bajo el presupuesto para sortearla con comodidad. Una torre con cámaras de televisión se desplomó y De la Madrid tuvo que dar por terminado su discurso. Todo el día desfilaron los búfalos, y la CNOP y la FSTSE organizaron grandes manifestaciones de acarreados.

De la Madrid se instaló después en una casa en San Ángel, y mágicamente el lugar se llenó de mariachis, tamboras, conjuntos veracruzanos, marimbas y matracas que tocaban "Camino real de Colima", ya que el irremediablemente futuro presidente había nacido en el pequeño y hermoso estado del Pacífico. Los gentíos allí también eran inconcebibles. "Esto parece el metro en Pino Suárez", bromeaban los políticos, "Sí, es el carro de la revolución", decían. Se reportó que uno de los primeros que se apuntaron para visitar al candidato fue su amigo Porfirio Muñoz Ledo, quien, como buen embajador en la ONU que era, le dio una idea de cómo andaban las cosas por las Nueva Yorkes.

Por cierto, el mismo día 25 de septiembre de 1981, en que De la Madrid fue destapado y se provocó un hervidero, muy calladita y mañosamente Carlos Hank González, gerente, ¡perdón: *regente* !, de la ciudad de México, anunció la municipalización del transporte en el Distrito Federal. El llamado pulpo camionero daba un pésimo servicio en cuanto a eficiencia, limpieza y funcionalidad, según ellos, por "incosteabilidad"; siempre había que aumentar las tarifas antes de hablar cualquier cosa. El gobierno indemnizó a los permisionarios, quienes en el acto escondieron sus unidades. Uno de los más afectados fue Rubén Figueroa, quien tuvo que tragarse la bilis. Al sector privado no le gustó en lo más mínimo esa flagrante muestra de populismo estatista, pero no lo pudo execrar debidamente a causa del revuelo del destape.

A fines de agosto la asamblea del PAN eligió como candidato a Pablo Emilio Madero, nieto del presidente demócrata. El Partido Demócrata Mexicano (PDM), que obtuvo el registro para mediatizar al PAN, y heredero de los sinarquistas, después nominó a Ignacio Gollaz, quien tuvo una de las campañas más tristes de la historia del país. El paraestatal Partido Socialista de los Trabajadores (PST) no quiso verse tan obvio y, naturalmente con recursos públicos, se sacó de la manga la candidatura de Cándido Díaz, que fue de lo más olvidable. El Partido Social Demócrata (PSD) logró también el registro condicional y postuló a Manuel Moreno Sánchez, quien en 1963 se moría de ganas de ser el tapado. Por su parte, el Partido Comunista Mexicano (para entonces compuesto por "dinos": los viejos militantes o "dinosaurios"; y "renos": los más jóvenes o "renovadores") siguió su camino de rectificaciones.

En marzo de 1981 el XIX y último congreso en una votación muy apretada sustituyó el término "dictadura del proletariado" por "poder obrero democrático", se propuso una democratización mayor y permitió las corrientes de opinión. Al final se determinó llevar a cabo una política de alianzas para crear un frente común en las elecciones de 1982, lo cual sería un gran paso en la búsqueda ritual de la mítica unificación de la izquierda mexicana.

Por tanto, después renunció al viejo, e inexistente históricamente, membrete para convertirse en el flamante Partido Socialista Unificado de México (PSUM), que, como su nombre indicaba, logró agrupar a varias organizaciones revolucionarias, como el MAUS, la "ola verde" del Partido del Pueblo Mexicano (PPM) y el Movimiento de Acción Popular (MAP), compuesto por intelectuales (entre ellos Arnaldo Córdova, José Woldenberg, Gustavo Gordillo, Rolando Cordera) conocidos como "los mapaches", de quienes se decía que "eran la izquierda que el gobierno quería". Una vez constituido, el PSUM postuló a Arnoldo Martínez Verdugo. Por cierto, el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) no quiso integrarse a "La izquierda unificada", y el PRT, mucho menos.

Eran siete los candidatos a la presidencia según la reforma política de Reyes Heroles. Todo mundo, sin embargo, daba por descontado que, como siempre, la aplanadora del PRI arrasaría con facilidad a todos los demás juntos.

La candidatura de Miguel de la Madrid forzó enésimos cambios en el gobierno, ya que él procedió a acomodar a su gente. Ramón Velázquez sustituyó al candidato en Programación y Presupuesto; Carlos Salinas de Gortari ocupó la cabeza del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES); Eduardo Pesqueira quedó como coordinador, Emilio Gamboa como secretario particular del candidato; y Miguel González Avelar se encargó del manejo de la prensa. Manuel Bartlett, por su parte, fue nombrado coordinador de la campaña, y tuvo problemas inmediatos con el presidente del PRI, el rejego García Paniagua. Se dice que un día el mismo De la Madrid le pidió tres puestos en el PRI para colaboradores suyos, y que García Paniagua le retobó: "De una vez quédese con todos". En todo caso, el jalisciense protagonizó un nuevo enroque: Pedro Ojeda Paullada con gusto aceptó ser figura decorativa en el PRI mientras Bartlett hacía las jugadas, y, a petición de De la Madrid, García Paniagua pasó a la Secretaría del Trabajo y declaró al tomar posesión: "No sé sí estaré mucho tiempo aquí. Puede ser una semana, un mes, un año". Estaba tan molesto que no ejercía sus funciones, casi no iba a trabajar, por lo que no sorprendió que en diciembre, ¡en el día de los inocentes!, renunciara al cargo, por su "salud quebrantada". Lo suplió Sergio García Ramírez.

En medio del burlesque de la sucesión, algunos gobernadores daban de que hablar. Por ejemplo, el folclórico mandatario de Coahuila, Óscar Flores Tapia, escritor como López Portillo y célebre por su corrupción, fue demandado por "enriquecimiento inexplicable" por Armando Castilla, director del periódico *Vanguardia* , ante la Procuraduría General de la República y ante la comisión permanente del Congreso. Flores Tapia explicó que sí había hecho una gran fortuna, pero que ésta se debía ¡a las regalías que le dejaban sus libros! Durante un tiempo el sistema lo protegió, pero después lo amenazó con

mandarlo a la cárcel si no reponía 50 millones de pesos (mdp). “Es un perdón político de todos modos”, comentó el director de *Vanguardia* .

Pero el gran chisme fue protagonizado por el gobernador del Estado de México, Jorge Jiménez Cantú, del grupo Atlacomulco, quien se permitió ofrecer al presidente López Portillo el regalito de un súper rancho de 70 hectáreas y dos mil metros cuadrados de construcción con todo y torre de vigilancia. Todo iba bien hasta que al columnista del *Unomásuno* Miguel Ángel Granados Chapa se le ocurrió revelar la operación. López Portillo se sintió obligado a rechazar públicamente el regalo e incluso propuso una ley que convertía en delito que los funcionarios aceptaran regalos. De cualquier manera, a principios de 1982 el presidente se hizo el loco y aceptó una casa en Puerto Marqués, Acapulco, que le regaló el gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa. Se trataba de la Villa Marga Mar, que contaba con 3 325 metros cuadrados (más de 1 000 de construcción) y que se hallaba en terrenos federales. Por cierto, el generoso Figueroa le regaló otra casa, en el fraccionamiento El Morro, frente a la playa La Condesa. El presidente, que también podía ser espléndido, a su vez la regaló a Rosa Luz Alegría, y como ella también sabía de generosidades, se la pasó a su hermano Pedro.

En octubre, en medio de la agitación de la sucesión presidencial, tuvo lugar la inútil cumbre norte-sur de Cancún, que pasó sin pena ni gloria. Veinte jefes de Estado, los representantes de dos más y el secretario de las Naciones Unidas se reunieron a conocerse, a tomar el sol y a hablar de vaguedades. Todo pintaba mal desde los comienzos. En la comunidad internacional los bonos de López Portillo estaban bajos y nadie quería “reforzarle la conducta”; pero tampoco querían mostrarse desatentos, por el petróleo mexicano. Reagan se puso unos moños increíbles, evitó que fuera Fidel Castro, que hubiese compromisos formales y que asistiesen demasiados países. Así, cualquier idea espectacular de López Portillo tuvo que guardarse para otra ocasión y todo quedó, en el mejor de los casos, en la posibilidad de comunicarse sin agenda para distender el área centroamericana. Pero esto bastaba para don José, quien en verdad creía ser la única persona en el mundo que podía mediar con éxito en la crisis de Centroamérica. Bruno Kreisky, el presidente de Austria que inicialmente convocó también a la junta, en el último momento se rajó y dejó que todo fuese una cuestión mexicana, es decir: responsabilidad de López Portillo.

Ni Kreisky, ni el alemán Schmidt o el brasileño Figuereido asistieron a Cancún, pero sí los presidentes o primeros ministros de Inglaterra, Francia, Italia, España, Suecia, Yugoslavia, Japón, China, India, Bangla Desh, Filipinas, Arabia Saudita, Argelia, Tanzania, Nigeria, Estados Unidos, Canadá, Venezuela, Guyana y Mexicalpán de las Tunas. Reagan hizo el número de superestrella de llegar tarde a la reunión inaugural, y López Portillo, que presidía, empezó en punto y propuso que Pierre Elliot Trudeau fuese copresidente de la reunión. “Yo sé que el presidente de México tiene la capacidad de influir en la elección de su sucesor”, dijo Trudeau, “pero ignoro si en este caso puedo no aceptar”. “No”, respondió al instante López Portillo y todos rieron, pero quedó bien claro que los distinguidos visitantes sabían muy bien cómo era la política a la mexicana.

Durante la reunión, todos tuvieron el gran cuidado de no mencionar palabras

como “imperialismo”, en beneficio de Ronald Reagan, cuyas fuerzas de seguridad fueron estratégicamente escandalosas. López Portillo no pudo resistir la tentación de llamar la atención y sugirió oblicuamente algo que podría ser crítica a Estados Unidos. El embajador John Gavin, por supuesto, se lo reprochó sin demora. Al final se emitió un gris documento de conciliación y la cumbre terminó. El presidente de México se sintió muy satisfecho porque “se realizó sin incidentes”.

La cumbre de Cancún no mejoró en nada la devaluación política del presidente López Portillo, que iba tomando vuelo al despeñarse. Mientras, el candidato del PRI Miguel de la Madrid inició su campaña en Apatzingán, Michoacán, en donde, por cierto, el gobernador electo era Cuauhtémoc Cárdenas. El hijo del general Lázaro Cárdenas posiblemente en ese momento no tenía ni la más remota idea del papel que jugaría en el país a fines de los ochenta y los noventa. Con el eslogan “Renovación moral de la sociedad” la estrategia electoral de Miguel de la Madrid se centró en el tema de la corrupción, que no podía fallar pues era uno de los grandes deportes nacionales que daban mala fama al país; “La corrupción es traición a la patria”, decía. “Hemos llegado a extremos de cinismo. Hay quienes afirman que la corrupción es el lubricante del sistema”, añadió. Unos años después, columnistas estadunidenses, que claramente seguían línea de arriba, acusaron a De la Madrid de tener cientos de miles de dólares en bancos extranjeros. Lo cierto es que en concreto nunca se le probó nada al entonces candidato.

Sin embargo, en sus jiras de campaña presidencial, no falló que la secretaría de prensa del PRI y los gobiernos estatales distribuyesen los tradicionales chayotes, embutes o sobres, a los más de 50 periodistas que cubrían la campaña (sin contar camarógrafos, fotógrafos y técnicos): 34 de la prensa, 12 de la radio o de televisión y ocho de revistas. Los chayotes eran de sólo 14 mil pesos, lo cual generó una protesta airada de los periodistas, por lo que subieron a 25 mil; los gobiernos estatales dieron 20 mil o 30 mil más, y los-chicos-de-la-prensa se llevaron al final sus 75 mil pesos, y entre 300 mil y 600 mil (poco más de mil o dos mil dólares) durante toda la campaña. El PRI, con fondos públicos, gastaba al día 120 mil pesos, 840 mil a la semana y 3 millones 360 mil pesos al mes en sobornos a los periodistas.

Otros temas de la campaña, la mayor parte de ellos meramente enunciativos, fueron la sociedad igualitaria, la igualdad de las mujeres, mayor participación popular en las decisiones políticas, continuidad en la política exterior, planeación democrática, fortalecimiento de la reforma política, independencia económica, política y social, además de corregir la inflación, la desigualdad, los bajos salarios, la inseguridad, la injusticia, la contaminación, etcétera. Para nada se refirió a planes privatizadores.

Sin embargo, De la Madrid dejó ver sus verdaderas intenciones neoliberales al anunciar “un cambio de ruta”: rechazaría las políticas de “freno y arranque’’ (ya sólo serían de freno), no incurriría en el populismo de Yasabianquién y evitaría la inestabilidad cambiaria: se trataba de un realismo económico que corregiría la “economía-ficción”. Ante la falta de ahorro, insuficiencia de divisas y escasa eficiencia en la economía se requerían “cambios certeros, realistas y profundos”. Dijo también que habría libertad de

expresión de las ideas y que no habría "mordaza" a la prensa ni a los medios de difusión, lo cual se le tuvo que recordar para que eliminara la llamada "ley mordaza" que emitió al empezar su sexenio.

Por otra parte, ya como candidato a la presidencia, De la Madrid se mostró como un hombre sin chiste, sin brillantez, carácter o magnetismo, pero tranquilo, sensato, responsable y de buena voluntad; en el mejor de los casos un anodino y convencional padre de familia de clase media alta como muchos otros, con cierta sencillez, mesura y naturalidad. Él fue el primero que hizo a un lado la vieja retórica agitatoria priísta en favor de un discurso más suave, sin estridencias, pero también más cerca de la hipocresía que de la bondad. Esto por lo general le salía bien, pero otras veces, en sus apariciones en la televisión, parecía tieso, de naturalidad forzada y opacidad en los ojos como si hubiera ingerido algún fármaco.

Dadas las extravagancias, muchas veces delirantes, de Echeverría y de López Portillo, De la Madrid prefirió la discreción, que le iba bien. Nada de alardes de superhombre como don Luis o de romances tórridos como don José. En ese sentido, don Miguel llevaba el péndulo al otro extremo. Julio Scherer García señaló que Rosa Luz Alegría era la única a la que "De la Madrid distinguía con un ostensible beso en la mejilla", ya que, más bien, era un "señor de lejanías en su trato con señoras", lo cual parecía extenderse a algunos miembros de su equipo. En todo caso, desde un principio, el reluciente candidato y virtual presidente electo cuidó mucho que ni él ni su esposa Paloma Cordero ni sus hijos diesen alimento extra para chismes y chistes, ya que éstos sin duda aparecerían por sí mismos, como el de que el gobierno de Miguel de la Madrid iba a ser muy débil, porque "tenía huevos de Paloma".

El acarreo en los mítines de la campaña era vergonzoso, especialmente cuando se llevaba a los estudiantes de las primarias oficiales e incluso de jardines de niños a hacer interminables vallas al candidato del PRI; algunos terminaban insolados, como ocurrió en San Luis Potosí, el estado cuyo gobernador era Carlos Jonguitud, cacique y líder-morral de los maestros. Y en Mérida, a fines de 1981, se derrumbó la plaza de toros ante el exceso de acarreados que el PRI llevó al mitin de fin de campaña del general Graciliano Alpuche Pinzón, que, además de tener un nombre perfecto para *La Familia Burrón* , era candidato a la gubernatura de Yucatán. La capacidad de la plaza de toros de Mérida era de ocho mil y el PRI le retacó casi 30 mil acarreados que entraron en pánico cuando la plaza se derrumbó.

Por otra parte, a fin de año, el gobierno, a través de Banobras, tuvo que prestar 12 mil millones de pesos al grupo industrial Alfa, de Monterrey, cuyas deudas eran alarmantes. Una vez más se demostró, decía la revista *Proceso* , la política de López Portillo ante la iniciativa privada: "Si invierte, la subsidiamos; si pierde, le prestamos; y si quiebra, la compramos". Alfa formaba parte del poderoso grupo Monterrey, que en esa época estaba formado por Eugenio Garza Lagüera, Andrés Marcelo Sada, Eugenio Garza Botello, Bernardo Garza Sada, Rogelio Sada, Ramiro Garza y Alejandro y Jorge Chapa. Alfa era encabezado por Bernardo Garza Sada y en años recientes había tenido un periodo de expansión, pero después vino el derrumbe. Los 12 mil mdp que prestó el gobierno equivalió a tirarlos a la basura, pues en 1982 Alfa se retiró de la petroquímica, vendió sus empresas,

suspendió pagos y entró en la catástrofe financiera.

Para compensar un poco los dineros prestados al sector privado y las escandalosas fugas de dólares, el 15 de diciembre, nuevamente justo antes de las vacaciones de navidad, el gobierno argumentó que la sociedad mexicana era irresponsable y pueril pues gastaba demasiada gasolina. No había capacidad de refinación para las cantidades inconmensurables que el país podía tragarse. Por tanto, era "doloroso pero necesario" que la gasolina nova pasara de 2.80 a seis pesos por litro, y el dísel de uno a 2.50 por litro. Una vez más se subían los precios de los derivados del petróleo, pero en esa ocasión el público era responsable por derrochador, y el aumento alevoso de más del cien por ciento había sido "para corregir el abuso". De pasada, el desliz del tipo de cambio también tuvo un incremento, y la nueva "mini" acabó de encender la explosión de los precios en el fragor de la temporada navideña.

Con el inicio de 1982 empezó también la cuenta regresiva, en todos los aspectos, de José López Portillo. Por supuesto, los aumentos a las gasolinas y sus derivados representaron una escalada de la carestía y los descontentos se hicieron sentir. Hubo paros de transportistas y de bodegueros, amenazas de huelga médica en el IMSS y varias invasiones de tierras, que fueron reprimidas en el acto. Además, los maestros del SNTE salieron a manifestarse y el gobierno tuvo que requisar una vez más Teléfonos de México cuando los telefonistas hicieron una huelga. El presidente concedió entonces un aumento de 34 por ciento a los salarios mínimos, por supuesto insuficiente ante los aumentos de precios, que tuvieron un repunte con el pretexto de la subida de los mínimos.

Las presiones que buscaban una devaluación "macro" no cesaban ("el peso está excesivamente sobrevaluado", se argüía), pues los ricachones que adquirían dólares en grandes cantidades querían redondear el negociazo vía devaluación. El 5 de febrero, después de un índice inflacionario del cinco por ciento durante la terrible cuesta de enero, el presidente ya no dijo que "defendería el peso como un perro" pero sí pudo contener las lágrimas y suplicar: "No salgan, no traigan, ayuden al país, ayudémonos todos"). Nadie le hizo caso, como era de esperarse; la compradera de dólares continuó a ritmo escalofriante, y la devaluación no se hizo esperar.

Pero antes, el presidente acabó de depositar la gota que derramaría su cáliz. Los sandinistas nicaragüenses, que a duras penas sorteaban los acosos de Estados Unidos, acordaron otorgar en Managua la medalla César Augusto Sandino a López Portillo, quien sin duda se había portado muy cuate con ellos. El presidente mexicano aceptó y al instante se dejaron sentir fuertísimas presiones por parte del país del norte y de la oligarquía nacional para que no viajara a Managua.

El 15 de febrero de 1981 Manuel Clouthier, entonces líder del Consejo Coordinador Empresarial (CCE), fue a Los Pinos para externar la preocupación de los empresarios y los socios de Estados Unidos. Si fuese a Managua, dijo Clouthier a López Portillo, habría "desconfianza", desinversión, desestabilización y seguirían fugándose los capitales. El mismo día, el embajador John Gavin, entre eructillos de *Don Pedro* , visitó Los Pinos con el mismo fin. "Había un siniestro fondo amenazador" en el embajador

estadunidense, comentó después López Portillo, quien manifestó su extrañeza ante el reclamo e insistió en la soberanía mexicana. Tanto Gavin como Clouthier se fueron furiosos, y el presidente se quedó pensando que algo andaba muy mal; sin embargo, para amainar las cosas sólo se le ocurrió presentar un plan de pacificación del área durante su viaje. Y devaluar, para que el sector privado no le causara problemas mayores por su insistencia en ir a Managua cuando claramente el contexto lo hacía inapropiado.

El 16 y el 17 de febrero, como era de esperarse, se dio una brutal compra de dólares. Y el 17 tuvo lugar la devaluación, a pesar de que, como Echeverría en 1976, López Portillo prohibió emplear el verbo "devaluar" y dijo que, temporalmente, el Banco de México "se retiraba del mercado cambiario". La paridad, entonces, "sería fijada por las fuerzas del mercado". Fuesen manzanas o peras, la cotización del peso cayó de 28.50 a 46 por cada dólar. Por otra parte, el gobierno exigió a los banqueros información sobre quiénes sacaban dólares en grandes cantidades, "y para qué", pero los bancos se negaron tajantemente.

Además del "retiro del Banco de México", el gobierno estableció un control de precios que se anunció como "rígido", aunque, para no molestar demasiado a los señores del dinero, antes se aventó un aumento de 10 por ciento en todos los productos. Sin embargo, la devaluación había producido (incluso desde antes de su anuncio, pues la noticia se filtró al gran comercio) una inmediata y enérgica reetiquetación en las tiendas, por lo que el porcentaje de elevación en los precios sin duda era mucho mayor de 10 por ciento. Las autoridades no tuvieron más remedio que multar y clausurar numerosos establecimientos comerciales que al grito de "¡*holy cow*!" habían reetiquetado los precios con mayor cinismo.

Esto provocó protestas ruidosas del sector privado, del PAN y el PDM, de la Iglesia Católica y de todo el conglomerado de las "derechas" del país, que le perdieron todo el respeto a López Portillo, tal como seis años antes se lo habían perdido a Echeverría. Además de el Perro, y de el Pelón ("al Pelón le gusta la Mexicana Alegría"), como ya se le decía, algún ingenioso salió con el mortal acrónimo Jolopo, y se le quedó. Se hablaba tan mal de él que su hijo José Ramón, consternadísimo, le pidió que compareciese en la televisión para rehabilitarse. López Portillo quizá contempló la posibilidad de soltar dos o tres frases de Heráclito a las pantallas electrónicas, pero a fin de cuentas se negó. "Estoy ya, francamente, en el ocaso", dijo, con una alarmante tendencia a deprimirse y contemplar inmovilizado cómo las tormentas lo hacían perder el timón y hundir el barco. "Mis cualidades ya aburren y mis errores se han acumulado", rumiaba, "nadie cree en un presidente devaluado".

El histrión se asomaba en él de cualquier manera cuando aseguraba estar listo incluso al sacrificio personal si fuera necesario. "Si fuera útil que yo reconociera, lisa y llanamente, mi culpa, y con ello se solucionara el problema, lo haría de inmediato", le dijo a la prensa, y añadió: "lo que quiero, compatriotas, es ser útil; que no me lo impidan ni mis defectos, ni mis debilidades, ni mis errores. No quiero dramatizar, pero si descuartizándome ahí o crucificándome acá pudiera resolver los problemas de este país, no vacilaría ni un momento".

De cualquier manera, López Portillo se montó en su macho y se fue a Managua, a pesar de que el general Godínez, jefe del Estado Mayor, le sugirió que no lo hiciese, pues había amenazas e informes de atentados, además de que una bomba explotó en el aeropuerto de Managua y causó cuatro víctimas. Cuando menos, López Portillo pasó muy contento esos días en Nicaragua, pues lo recibió un formidable acarreo nica de 80 mil gentes, fue condecorado y todos lo apapacharon como a él le gustaba. Sin embargo, la visita a Nicaragua acabó de congelar las relaciones con Estados Unidos, que, a partir de ese momento, desató su poder en contra de López Portillo.

En el país del norte los periódicos echaban pestes de México y pintaban un inminente escenario de catástrofe, que establecía paralelos entre la situación de México y las de El Salvador y Guatemala. "Una crisis de confianza está amenazando la credibilidad del sistema unipartidista de la nación, México no es inmune a los levantamientos de Centroamérica", argüía la cadena televisiva ABC en Estados Unidos. El embajador John Gavin a su vez decía que en México los problemas amenazaban con desbordarse, pues las instituciones ya no eran tan confiables como lo parecían. Del norte groseras cantidades de ilegales mexicanos eran expulsados, y del sur seguían llegando refugiados. De hecho, se insistía, una crisis severísima era inminente y una revolución violenta estaba en puerta, se machacaba en Estados Unidos.

Correspondientemente, aumentó de una manera espectacular la demanda de bienes raíces de mexicanos en Estados Unidos. Las fugas de capital para entonces eran verdaderas sangrías y el presidente instruyó a José Andrés de Oteyza a que hiciera una lista pormenorizada de los sacadólares nacionales, y por si las dudas encargó otra más a Fausto Zapata. Y, en un secreto absoluto, le encomendó a Carlos Tello que procediese a estudiar y preparar una posible nacionalización de la banca. Pero eso parecía remoto. Más bien, por esas fechas el presidente compraba todos los dólares posibles, a sabiendas de que esos mismos se fugarían sin demora y de que en esos momentos cualquier intento de incrementar las reservas significaba entregarlas íntegras. López Portillo quería tener contenta a la iniciativa privada, para que "ya le pararan".

Pero el retiro de dólares ni remotamente se detuvo. Tan pronto como se reinició el desliz del peso, la compra de divisas regresó por sus fueros. "Nada se ganó con la devaluación", se quejaba el presidente, "y, contra mi decisión, seguimos perdiendo reservas". Los pagos al exterior eran escalofriantes y volvieron los rumores de golpe de Estado, sólo que en esa ocasión, significativamente, no prosperaron. Se rumoraba también que habría un referéndum para modificar la constitución.

Y se dijo que había un grave vacío de poder cuando, "en beneficio del candidato oficial a la presidencia", el presidente hizo los enésimos cambios en el gabinete. Jesús Silva Herzog, del equipo de De la Madrid, ocupó la Secretaría de Hacienda, ya que su anterior titular, David Ibarra Muñoz, se había "indisciplinado" al protestar por los aumentos salariales y por el porcentaje de la devaluación del peso (en su postrer enfrentamiento con José Andrés de Oteyza, Ibarra quería devaluar 46 por ciento, y Oteyza proponía un 42 por ciento). Por razones similares, Gustavo Romero Kolbek fue retirado del Banco de México y en su lugar quedó Miguel Mancera, que, entre otras cosas,

era tío del futuro presidente.

Con el ánimo de revaluar su maltrecha imagen, y para meter mano dura a la prensa crítica, "al cinco para las doce" el presidente puso a Francisco Galindo Ochoa en la Coordinación de Comunicación Social de la Presidencia, quien, para demostrar que no por nada tenía fama de duro, procedió con gusto a cancelar toda publicidad oficial en la revistas *Proceso* e *Impacto* , por "irrespetuosos, malintencionados, subjetivos, injuriosos y negativos". "Los periódicos son un negocio y el gobierno no tiene la obligación de dar publicidad y menos apoyar a quien está haciendo negocio con críticas, con ataques injuriosos al presidente", declaró Galindo Ochoa.

Esta medida golpeó duramente a *Proceso* , que recibía una buena carga de publicidad oficial, y que de súbito se quedó sin los anuncios del Crea, Radio Educación, Festival Cervantino, Canal 13 o Imevisión, Banrural, Pronase, RTC, INBA, Fonapas, IPN, SEP, Turismo Obrero, Colegio de Bachilleres, Cineteca Nacional, Comisión Federal de Electricidad, ISSSTE, SARH, SPP, Conacyt, Conasupo y demás. *Proceso* tuvo que liquidar su agencia de noticias para que el semanario sobreviviera. Sin embargo, de más está decir que pronto llegó la publicidad privada al rescate, las ventas se incrementaron y la revista de Julio Scherer García continuó siendo la más leída e influyente de la época.

Sin embargo, al poco tiempo las cosas se reanimaron cuando, en el día de la libertad de prensa, el legendario periodista Francisco Martínez de la Vega, le dijo al presidente, que lo acababa de premiar, que no satanizara a *Proceso* , pues "basta que se haga pública la hostilidad de una autoridad hacia algún órgano periodístico para que la existencia de ese órgano se vuelva casi imposible". López Portillo se puso furioso. A la voz de "fuera máscaras", preguntó "¿una empresa mercantil organizada como negocio profesional tiene derecho a que el Estado le dé publicidad para que sistemáticamente se le oponga? Ésta es, señores", prosiguió, encarrerado, "una relación perversa, morbosa, sadomasoquista: te pago para que me pegues. ¡Pues no, señores!" Además del hecho de que López Portillo no pagaba nada, pues se trataba de fondos federales, el caricaturista Naranjo dibujó, en *Proceso* , a un mexicano molido a golpes que le decía a López Portillo: "A mí tampoco me gusta pagar para que me peguen".

Por otra parte, en ese mismo año, a través del líder charro Nezahualcóyotl de la Vega, Galindo Ochoa también dejó caer la guadaña sobre *Opinión Pública* , un popular programa de Radio ABC en que Francisco Huerta daba voz a los habitantes de la ciudad de México que estaban más que dispuestos a expresar sus puntos de vista. A lo largo de los ochenta la radio expandiría su influencia a través de este tipo de programas.

El sangriento alboroto en torno a López Portillo atenuó un tanto con la erupción del volcán Chichonal, entre Tabasco y Chiapas, que durante varios días de marzo escupió cenizas y ocasionó incontables problemas en la región, considerada zona de desastre. A 200 kilómetros a la redonda cenizas y arena cubrían todo, y la "pantalla de ceniza" se fue expandiendo hasta afectar los climas del planeta.

En mayo, los financieros exigían una nueva devaluación; la fuga de capitales, por supuesto, no bajaba. La producción se había retraído pues muchas empresas preferían especular con la moneda; de hecho, había ya empresarios que preferían comprar dólares aunque sus empresas padecieran por falta de dinero. Eran los "empresarios ricos de empresas pobres", les decía el presidente. Y el dinero se iba como relámpago. A fines de junio se logró, a duras penas, obtener un crédito sindicado de 2 500 millones de dólares.

No cesaban las peticiones de aumentos de precios; por ejemplo, en mayo los industriales del aceite exigieron la elevación de sus productos, pues "su ganancia disminuyó un poco". El gobierno, desesperado, les pidió entonces que limitasen sus utilidades para no lesionar a las clases populares, pero como respuesta los comerciantes ocultaron el aceite hasta que se autorizó un aumento de 24.5 por ciento. El nuevo aumento no satisfizo para nada a los productores y como otra vez dejaron de abastecer el mercado, pronto recibieron un subsidio de la Secretaría de Comercio.

En cambio, no se pudo contener el escándalo de la Colina del Perro. Un día, el diputado del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) Carlos Sánchez Cárdenas pidió en el Congreso que "el presidente López Portillo explique al pueblo de México por qué están utilizando cientos de millones en la edificación de mansiones para él y su familia utilizando recursos del gobierno federal". En la colonia Lomas de Vistahermosa, del fraccionamiento Bosques de las Lomas, en Cuajimalpa, se levantaban cuatro casas de 13 mil metros de construcción y materiales de lujo, de estilo colonial californiano, con techos de dos aguas, ventanas al estilo colonial y grandes terrazas. La superficie del terreno era de 110 mil metros cuadrados. Un contingente de soldados custodiaba el conjunto.

En un principio, no se sabía a quién pertenecían, pero pronto vieron que doña Carmen Romano con frecuencia iba a inspeccionar los trabajos. A raíz de la denuncia de Sánchez Cárdenas, que fue recogida profusamente por el circuito del chisme político, mucha gente fue a Cuajimalpa a conocer las casas de López Portillo, que rápidamente fueron conocidas como la Colina del Perro. Una de las casas era para don José, otra para su esposa la Tigresa o la Muncy, otra más para una de las hermanas, y la última, para la mamá.

El terreno, contó López Portillo, le salió barato ("el dueño no quiso hacer negocio con el presidente"): más de 17 millones de fines de 1980 (600 mil dólares); además, para su buena suerte, a principios de 1981 el regente Carlos Hank González le ofreció, para construir, un crédito de más de 200 millones de pesos, "y sumas complementarias". Hank, como era valor entendido, nunca le cobró, y López Portillo tampoco se preocupó por pagar; "se lo debemos", reconoció, eso sí. Fue tan criticado y vilipendiado a causa de la Colina del Perro que, en 1985, el para entonces ex presidente prefirió donar las cuatro casas al Fondo Nacional de Reconstrucción que se creó a raíz del terremoto de 1985. O eso dijo. En todo caso, no lo hizo contento. "Todos los ex presidentes", se quejó, "han salido de la casa de gobierno a casas suficientes para ellos y para su familia, sin que, hasta ahora, hubiera llamado la atención ni despertado la crítica". Esto podría ser verdad, pero también que, en todo caso, López Portillo fue más ostentoso; él mismo

reconoció que las casas le saltaban a la vista, con toda su suntuosidad, a todo aquel que transitaba por la carretera México-Toluca.

Por esas fechas, la revista *Proceso* balconeó a otros funcionarios que se habían construido mansiones ostentosísimas. El caso de nuevorriquismo más grotesco era el de Arturo Durazo, jefe de la policía del Distrito Federal, con su réplica del Partenón en Zihuatanejo, Guerrero, que costó 700 millones de pesos y que se alzaba en un terreno de 20 mil metros frente a la playa La Ropa. La parte delantera mostraba un estilo griego; la trasera, moderno. Había muchas estatuas "griegas" y lujos verdaderamente insultantes; "es un homenaje al mal gusto", se decía, y eso que aún se ignoraba que Durazo tenía otra casa de lujos ridículos en las faldas del Ajusco. Carlos Hank González también fue noticia con su caserón de ¡New Canaan, Connecticut!, que tenía 20 habitaciones, nueve chimeneas de mármol, albercas interconectadas por fuentes y cascadas, baños en mármol, con llaves con placas de oro y plata. La casa le costó al profesor, en riguroso *cash* , 875 mil dólares, más un millón de remodelación.

Por su parte, aunque acabara noqueado y revolcado, don José, además de recibir incontables y aburridos homenajes públicos durante su gestión, por el hecho de ser presidente de la república tuvo su nombre en calles, avenidas, colonias, carreteras, centros culturales, casas de gobierno, teatros, presas, plantas eléctricas, complejos deportivos, escuelas, museos, parques, etcétera; en numerosas ciudades del país y en la capital, naturalmente. Por ejemplo, el rector de la Universidad de Colima declaró maestro emérito a López Portillo en 1980 y poco después obtuvo una diputación por el buen puntacho.

Sin embargo, en la primavera y el verano de 1982, el presidente se consintió despeñarse en la depresión y el derrotismo. "Ya no soy la voz de la esperanza, sino la del tropiezo", decía, "ya no tengo expectativas, es como flotar, vivir, estorbar", agregaba. "Tengo una sensación de vacío, de caída constante que no cesa ni de día ni de noche, me siento inmolado, estoy profundamente triste, nada bueno que ofrecer, ¡nada! Ojalá que la gente no note lo profundamente herido que estoy." En parte se consolaba pensando que aguantaba todos los golpes con tal de salvar las elecciones y "la estructura política del país". Esto, por otra parte, lo logró, pues si bien se hallaba devaluado ante la sociedad, en el gobierno, por su condición de presidente, contaba con la disciplina ciega de los priístas y de sus satélites.

En tanto, ante la paliza a su jefe, el candidato Miguel de la Madrid practicaba eficientemente la política del avestruz, e, imperturbable, seguía su campaña, que, por cierto, costaba una fortuna. Esta campaña presidencial se había diseñado con lo que se consideraba el más *up-to-date* , sofisticado, ¡modernísimo!, sistema de publicidad y propaganda, ¡exactamente como en Estados Unidos! Sí, se trataba de vender la imagen de De la Madrid como si fuera producto comercial, con una presencia más aburridora que impactante en los medios: prensa, radio, cine y especialmente la televisión.

Todos los canales públicos y privados fueron saturados de anuncios del PRI y de De la Madrid con sus lemas "Renovación moral", "Sociedad igualitaria", etcétera. Se trataba, decía la investigadora Florence Toussaint, de un manejo "ventajoso e impune de todo el tiempo en los canales estatales"; y, en efecto,

los canales 11 y 13 anunciaban a De la Madrid a todas horas, mientras apenas dedicaban una atención mínima a la oposición; una quinta parte (seis minutos) de los noticiarios de los canales estatales, cuya duración era de 27 minutos, consistía en escenas promocionales de Miguel de la Madrid; sin embargo, Pablo Emilio Madero (PAN) aparecía un minuto; para Rosario Ibarra de Piedra (PRT) y Arnoldo Martínez Verdugo (PSUM) había 20 segundotes por cabeza; al candidato del PDM Ignacio Gollaz algunas veces le tocaban 15 segundos, pero Cándido Díaz (PST) y Manuel Moreno Sánchez (PDM) generalmente eran ignorados. Además, sólo De la Madrid aparecía en la pantalla; los opositores eran mencionados en la narración fuera de cuadro. Por su parte, en el noticiario estrella de Televisa, *24 horas* , De la Madrid ocupaba casi tres minutos del tiempo informativo y un minuto más como inserción pagada. A la oposición le tocaba ¡nada!, porque el PRI también obtenía carro completo en Televisa. Por si fuera poco, de su propio pecunio, la empresa contribuyó con "15 minutos en campaña", un programa semanal a horas pico que era conducido por Ricardo Rocha, quien, pobre, también realizaba "El reto de Miguel de la Madrid", entrevistas semanales al presidente y a funcionarios públicos.

En 1981 y 1982 la policía capitalina misma se encargó de custodiar las pegas de grandes anuncios de De la Madrid/PRI en los tableros publicitarios que se hallaban en las zonas estratégicas de la ciudad de México y que pertenecían a distintas agencias de publicidad. Éstas no pudieron quejarse con el regente Carlos Hank González porque precisamente a él se le había ocurrido el asalto a los *billboards* . Algo similar ocurría en todo el país: con frecuencia que rayaba en rutina, los fondos y bienes municipales, estatales o federales eran desviados para las distintas campañas priístas, pero la presidencia iba por delante y devoraba todo. Equipo técnico, personal, servicios y recursos líquidos pasaban de las entidades gubernamentales a las campañas priístas.

Y llegaron los cierres de campaña, entre los que destacó el del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), la izquierda amplia, que reunió a 100 mil simpatizantes en el zócalo de la ciudad de México. Las elecciones tuvieron lugar el 4 de julio y fueron de lo más tranquilas. El gobierno había instalado un moderno centro de cómputo que permitiría obtener cifras preliminares, ya que era ridículo y una fuente de descrédito el que la Comisión Federal Electoral (CFE) tardase una semana en proporcionar resultados de las elecciones; como se sabía, esto no podía ser de otra manera, ya que los alquimistas requerían ese tiempo para maquillar las cifras según las necesidades inmediatas del régimen.

Sin embargo, al finalizar el día 4, el secretario de Gobernación y presidente de la CFE Enrique Olivares Santana, sin ofrecer cifras ni nada en que apoyarse, salió con que Miguel de la Madrid había ganado las elecciones. "Fue un triunfo inobjetable, amplio y legítimo", cantó el PRI, pero los demás partidos se quejaron de fraude electoral (robo y relleno previo de urnas, falsificación del padrón, presencia del ejército y la policía para intimidar a la población y para "orientar la votación hacia el PRI"); "Las elecciones fueron una muestra más de la inmoralidad dentro de un sistema corrupto que atropella la voluntad popular", dijeron los del PAN, y el PRT denunció la manipulación de la información por parte del gobierno.

La CFE pronto dio sus resultados: con una abstención que bajó de 41.6 a 27 por ciento, Miguel de la Madrid, candidato del PRI, PARM y PPS, sería presidente de México con un supuesto 74.43 por ciento de la votación total; el nieto de Francisco Madero, del PAN, obtuvo el lejanísimo 14 por ciento; a Martínez Verdugo, del flamante PSUM, se le concedió 5.81 por ciento; al PPS le regalaron 2.25, y 2.05 por ciento a doña Rosario Ibarra, del PRT, por lo que ambos conservaron el registro, al igual que el PDM, con Ignacio Gollaz, y el PST, con Cándido Díaz Cerecero, que pasaron de panzazo con 1.67 y 1.59 por ciento respectivamente. En cambio, el PARM y el PSD perdieron el registro pues no llegaron ni al uno por ciento de la votación.

Por otra parte, el PRI acaparó 299 curules del Congreso, y el PAN sólo obtuvo una, lo cual significó un retroceso pues en las elecciones anteriores había ganado cuatro diputaciones. Sin embargo, en su conjunto la oposición ganó más votos que nunca (25 por ciento, casi seis millones de sufragios), que significaron 100 diputaciones de partido, o representación proporcional.

El embajador estadunidense John Gavin se permitió comentar: "Sus comicios, como dijo el presidente López Portillo sobre los de El Salvador, fueron un espectáculo maravilloso". Los corresponsales extranjeros ironizaron también sobre las elecciones a la mexicana y la revista *Proceso* resumió así las irregularidades: "Duplicaciones de credenciales de elector, expulsión o no admisión de los representantes de los partidos de oposición en las casillas, urnas que al ser instaladas ya llevaban boletas a favor del PRI; grupos de militares y policías organizados para votar en bloque bajo la supervisión de un oficial; caciques que obligaban, bajo amenaza, a campesinos a votar por el PRI; insuficiencia de boletas, alteración del padrón electoral; presidentes municipales que en sus oficinas llenaron urnas con votos para el PRI, representantes sindicales que obligaron a sus agremiados a votar a favor del Constitucional".

Ya que éstas eran las primeras elecciones presidenciales regidas por la Ley de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales (LOPPE), los especialistas consideraron que la "reforma política" había permitido que los votos de la oposición se atomizaran, por lo que el pueblo que los emitió no obtuvo mayor peso político ni más representación en el Congreso; además, la LOPPE permitía la proliferación de partidos de membrete para confundir a los electores y frenar la democratización del país. Era evidente, además, que el país se derechizaba, lo cual permitía decir que el PAN era el gran vencedor de las elecciones de 1982.

Por cierto, el día de las elecciones, el ex presidente Luis Echeverría escandalizó una vez más a la "clase política" al atacar duramente a Jesús Reyes Heroles, que había dirigido la tesis profesional de Miguel de la Madrid y que recién había sido designado secretario de Educación Pública: "Saldremos adelante", dijo Echeverría, "gracias a esa apertura que el presidente López Portillo ha iniciado; el señor presidente, porque el licenciado Reyes Heroles, desde la Secretaría de Gobernación, empezó a divulgar subrepticiamente que él era el autor de la reforma política, estaba cometiendo un acto de traición. Como ustedes recuerdan empezó a decir que él era el dirigente político del país, y que él empezó a llevarla a cabo... Él se

tomaba unas copas, comenzaba en la oficina a la una de la tarde, se tomaba el primer whisky y empezaba a decir cosas... Y en la tarde ya ideaba cosas visionarias y estructuraba persecuciones contra quienes consideraba sus enemigos...".

Ya como presidente electo, Miguel de la Madrid empezó a tomar posiciones y nombró a Humberto Lugo Gil para encabezar la Cámara de Diputados y a Miguel González Avelar la de Senadores. También designó a Enrique González Pedrero como inevitable gobernador de Tabasco.

Una vez que se hubo aclarado lo que todos sabían de antemano, la compra de dólares continuó con gran fuerza, mientras la nueva legislatura daba carpetazo a la propuesta de despenalizar el aborto que hizo el Consejo Nacional de Población a través de Guadalupe Rivera Marín, hija de Diego Rivera. Se comentó que la propuesta se había desechado porque el presidente electo la reprobaba. Asimismo, mágicamente habían sido borradas del mapa la ley inquilinaria, la reglamentación al derecho a la información y la semana de 40 horas. "Son sueños de opio", había dicho, impunemente, el líder del Congreso.

Nada de eso podía ser visto con la perspectiva adecuada a causa del desorden en las finanzas debido a las escalofriantes fugas de capital. El gobierno vendía petróleo anticipado, recontrataba deudas de corto plazo y trataba de sacar dinero de donde fuese. Jesús Silva Herzog, secretario de Hacienda, hizo uno de los que serían innumerables viajes para conseguir créditos. Pero en Estados Unidos se desarrollaba una campaña intensísima en contra del gobierno de México; la televisión y la prensa se mofaban de las elecciones y no hablaban más que de la corrupción y del peligro de una revolución peor que las de Centroamérica. A fines de julio, para colmo de males, el embajador John Gavin apareció en un programa de la cadena CBS, transmitido de costa a costa, en el que se criticó duramente a México.

Y, para no variar, justo cuando el secretario de Hacienda acababa de declarar: "La crisis está superada", el 2 de agosto se elevaron los precios de las gasolinas, dísel, electricidad y las tortillas. Los aumentos de precios desataron una compra desaforada de dólares, pues para entonces a todo aquel que tenía un poco de dinero en los bancos le decían: "Compre dólares, compre dólares". Resultó que de febrero a junio se fugaba un promedio de 12 millones de dólares *diarios* ; sólo en la semana santa se vendieron 200 mdd, por lo que el gobierno se veía obligado a adquirir divisas que se vendían casi al instante y que vaciaban las reservas. En el primer trimestre de 1982 las fugas fueron por 2 200 mdd, y en el mes de junio de 4 208 millones de dólares más.

Tres días después de los aumentos de las gasolinas, además, se determinó una suerte de control de cambios a través de una doble paridad: un dólar "preferencial" o "controlado", con precio fijo de 65 pesos, para las deudas públicas e importaciones; y un dólar "libre", a 85 pesos, fijado por los bancos, para todos los demás. Por último, como castigo a los "malos mexicanos que no confiaban en el país", los mexdólares se pagarían al precio del dólar controlado. Todos los que tenían ahorros en mexdólares se pusieron furiosos y nada de esto resultó fácil de entender para mucha gente, pero sí que había

una nueva devaluación y que los precios volvían a reetiquetarse.

Pero la verdadera bomba tuvo lugar el día 15 de agosto. Ya nadie quería prestarle a México. Ni siquiera renovando deudas a corto plazo fue posible obtener un centavo. El gobierno mexicano se quedó sin liquidez y, como tenía encima los pagos de la deuda externa, propuso a Estados Unidos una venta anticipada de petróleo para poder pagar los vencimientos inmediatos. De pronto, Jesús Silva Herzog (Hacienda), José Andrés de Oteyza (Sepafin) y Julio Rodolfo Moctezuma (Pemex), que se hallaban en Washington, recibieron la noticia de que Estados Unidos prestaría el dinero sólo si México reducía diez dólares el precio del petróleo. Los negociadores telefonearon a López Portillo para comunicarle la decisión de los estadunidenses, y el presidente, una vez que se repuso de la conmoción, decidió que allí moría Sansón con todos los filisteos y dio órdenes a sus secretarios de Estado de que "dieran las gracias" y se regresaran a casa, porque, a la voz de debo-no-niego-pago-no-tengo, el lunes siguiente el país se declararía en suspensión de pagos.

Los financieros estadunidenses se pusieron a temblar, pues varios bancos entrarían en una crisis severa si México suspendía sus abultados pagos (México debía dinero a los bancos Chase Manhattan, of America, Chemical, First National City, of Montreal, Canadian Import, Bankers Trust, European American, of Tokyo, of Japan, Mitsubishi y Mitsui), además del pésimo ejemplo que se daría a los países deudores del tercer mundo. Por supuesto, en el acto se acordó otorgar el préstamo de mil millones de dólares que se pedía, no sin antes imponer lo que López Portillo llamaba "intereses y otras usureras ventajillas", y que en realidad implicaba, primero, entregar petróleo a la reserva estratégica estadunidense en cuotas mensuales durante cinco años hasta completar 110 millones de barriles al precio de 24 dólares, a fin de cuentas siempre sí, 10 dólares más abajo del precio de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP); a esto se le llamó "un descuento especial de México". Por si fuera poco, Estados Unidos se cobró por adelantado los intereses correspondientes. México tuvo que aumentar su producción y en septiembre exportó 1 730 millones de barriles, 730 millones más de los que se habían vendido en enero. Todo esto, naturalmente, preocupó a la OPEP.

De cualquier manera, la noticia del amago de moratoria causó una sorpresa mayúscula en todo el mundo; aún estaba fresco el recuerdo del embargo de la OPEP y los países ricos tuvieron una premonición de lo que podría ocurrir si los países pobres formasen un club de deudores y suspendieran sus pagos colectivamente.

Animado por esta tardía inyección de energía, López Por tillo cobró ánimos para mostrar la carta que tenía bajo la manga y en la que trabajaban sigilosamente sus leales Carlos Tello, José Andrés de Oteyza, José Antonio Sbert, Carlos Vargas y José Ramón López Romano: la nacionalización de la banca, que implicaría el retiro de la concesión estatal a los banqueros, reunidos en la Asociación de Banqueros, con su correspondiente indemnización. Los bancos cambiarían entonces su razón social y de privados pasarían a instituciones nacionales de crédito. Esto vendría acompañado de un control de cambios, que era tabú en las sociedades capitalistas. Se eliminaría la flotación del peso, y la paridad sería doble y fija: la

"preferencial", a 50 pesos por dólar, con la que se pagaría la deuda externa, y la "ordinaria", a 70. Quedaría prohibida la salida de monedas y metales preciosos en cualesquiera de sus formas; sólo se venderían dólares a los viajeros en una cantidad limitada y mediante declaración escrita: seis mil por motivos de salud, tres mil por cuestiones de trabajo y 500 para el turismo. Toda importación sería bajo permiso previo y se permitiría la exportación hasta después de abastecer el mercado nacional.

Hasta el 31 de agosto López Portillo envió a su hijo José Ramón para que le informara y diese detalles de todo a Miguel de la Madrid, quien muy probablemente se fue de espaldas, pasmado, y se molestó pues todos sus tecnocráticos planes se trastocaban en buena medida y había que trabajar a marchas forzadas para integrar la nueva *data* en los programas de sus computadoras.

El primero de septiembre, López Portillo reunió a todo el gabinete antes del informe presidencial, y allí mismo les informó que ese día anunciaría la nacionalización de la banca y el control de cambios, lo que causó una sorpresa enorme en la mayoría de los presentes. Miguel Mancera, director del Banco de México, había tenido serias dificultades con el presidente, por lo que fue marginado de los asuntos económicos desde el 5 de agosto; poco antes había dicho a los banqueros que renunciaría si se estableciera un control de cambios "por mínimo que fuera", así es que se vio obligado a protestar por la sorpresita que había preparado el presidente, quien unos cuantos días después lo retiró del cargo.

Durante su último informe, López Portillo soltó las lágrimas una vez más al reconocer que no le había podido cumplir a los desposeídos del país, lo cual en esa ocasión no conmovió a nadie y sólo motivó vitriólicos comentarios, y después sacudió a todo el país al anunciar la nacionalización de la banca y el control de cambios generalizados: "Soy responsable del timón, pero no de la tormenta", se justificó. "Apostar contra el peso se volvió el mejor de los negocios. Que no se hagan ahora los niños chiquitos engañados; bien saben a dónde se fue la abundancia." Denunció que había 14 mil millones de dólares de cuentas de mexicanos en Estados Unidos, 30 mil mdd más contratados en bienes raíces, más otros 12 mil en mexdólares, lo que sumaba 56 mil millones de dólares fugados, mientras que, continuaba López Portillo, el total de la inversión extranjera, a lo largo de la historia de México, apenas era de 11 mil millones de dólares, de los cuales ocho mil eran estadunidenses. Dijo también que daría a conocer una lista de los que se habían llevado sus dólares a Estados Unidos.

La crisis se debía, indicó, a la depresión económica internacional, al proteccionismo desmesurado de los países industrializados, a la caída de los precios de los productos de exportación, a la fijación de las tasas de interés más altas de la historia, a la severa restricción de crédito, a la baja en el turismo, muy especialmente a las fugas de capital, y a los grandes males internos: la conciliación de la libertad de cambio con la solidaridad nacional; la concepción de una economía mexicanizada, como un derecho de los mexicanos, sin obligaciones correlativas; y el manejo de una banca concesionada sin solidaridad nacional y altamente especulativa. "Ya nos saquearon", exclamó, "¡no nos volverán a saquear!"

El ambiente de todo el sexto informe fue helado, y los priístas aplaudieron a López Portillo hasta que anunció la nacionalización de la banca. En general, predominó un silencio hostil. Las cámaras habían sido nombradas o palomeadas directamente por Miguel de la Madrid y se hundieron en el estupor ante el vuelo que empezó a cobrar el informe. Sólo lo que podría considerarse aún "izquierda" del PRI se mostró contenta con la medida. Para los demás, sin embargo, era más importante preservar la cohesión disciplinaria del sistema político mexicano, y nadie dijo nada. Un día después, el PRI puso en acción su formidable poder de acarreo y, con las bases de la CTM, la CNC, la CNOP y el ISSSTE, armó una impresionante manifestación de apoyo al presidente, que ahora resultaba un héroe revolucionario.

Por supuesto, la nacionalización o "estatificación" de la banca causó un revuelo extraordinario desde el momento en que el presidente la anunció. Los banqueros, antes que nadie, pegaron de alaridos por lo que consideraron un vil despojo, al cual llamaron "estatización"; por tanto, los puristas se apresuraron a corregir: de existir semejante término, en todo caso sería "estatificación". El PAN y el PDM al instante se opusieron también, pero quizá los más furiosos, además de los afectados, fueron los que detentaban los 12 mil millones de mexdólares, pues a ellos se les pagarían 70 pesos por cada dólar y no los 85, 90 o 100 que daban las casas de cambio de la frontera por cada dólar.

Emilio Azcárraga, dueño de Televisa, indignado, fue a quejarse con Margarita López Portillo, cacica de RTC. "El pueblo votó el 4 de julio por un país libre", casi le gritó, "y de repente se le lleva al totalitarismo, al socialismo y al comunismo. Eso significa la nacionalización de la banca". Después exigió, y obtuvo, que la Secretaría de Hacienda declarara que el país no iba al socialismo y que las tres mil empresas de la banca se pondrían en subasta o indemnizarían a los banqueros. De igual manera, la iniciativa privada y las derechas, una vez que se repusieron de la impresión y de que vieron que no habría medidas más extremas, protestaron belicosamente, y si no llegaron más lejos fue porque sabían que en tres meses el panorama cambiaría.

La Asociación de Banqueros publicó un manifiesto, firmado por su presidente Carlos Abedrop, en el que se planteaba: la nacionalización de la banca era innecesaria, la conducta de los banqueros siempre fue patriótica y solidaria con los más altos intereses del país; no opondrían resistencia pero ejercerían sus derechos legales. Sin embargo, no lo hicieron. Ni siquiera se dignaron a hablar con López Portillo, y decidieron esperar a De la Madrid.

La Cámara de Comercio de Monterrey y 34 organizaciones empresariales anunciaron la realización de un paro patronal, pero en el acto les hicieron ver que no era necesario esforzarse tanto y lo pospusieron, pero ya nunca lo llevaron a cabo. La Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco) a su vez planteó que se debía impedir que el estado fuese dueño de las empresas de la banca. La nacionalización y el control de cambios, decía, además de actos ilegales y antidemocráticos, eran parte de un plan maquiavélico para llevar a México al socialismo, y la Asociación de Banqueros había sido el chivo expiatorio de la crisis económica del país. Por si fuera poco, añadió, el gobierno usaba al canal 13 para agredir y fomentar ataques a

la iniciativa privada, así como para promover "la comisión de delitos y la ruptura del orden público". Los dirigentes empresariales habían sido sometidos a vigilancia permanente, agregó. La Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (Canacintra) exhortó a protestar mediante la colocación de crespones negros en los comercios, negocios, industrias, automóviles y casas habitación.

Llovieron los desplegados patronales, y don Halconso Martínez Domínguez, a quien López Portillo había rescatado de la otra banca con la gubernatura de Nuevo León, salió al quite al especificar, "categóricamente y autorizado por el presidente", que la nacionalización de la banca era "totalmente ajena a cualquier posición política e ideológica. No hay razón alguna para suponer que sea camino al socialismo y mucho menos al comunismo". Monterrey hervía en fiebre "anticomunista" a través de una campaña patronal en periódicos, televisión y volantes ("socialismo o libertad", "Los que saquearon al país son los que se apoderaron de los bancos", "Estatizar la banca fue un exceso de poder, de forma caprichosa e injustificada"). "¡Esto no puede permitirlo Ronald Reagan!", se decía, y pronto surgió un Movimiento de Libertad y Solidaridad para movilizar a la ciudadanía.

A favor de la nacionalización estuvieron muchos izquierdistas y comentaristas críticos, el PPS, el PST, el PARM, pero también el PSUM, el PMT y el PRT, que se fueron con la finta; "México es diferente. Todo", decía, extático, Heberto Castillo. Como él, muchos creían vivir un preámbulo revolucionario, lo cual, por supuesto, era lo más alejado de la realidad. El sistema estatal de radio y televisión apoyó la medida con energía y el canal 13 llenó su programación con páneles de discusión, emisiones propagandísticas, encuestas y demás. En las escuelas oficiales se explicó, glorificó y machacó la nacionalización de la banca. Por supuesto, mucha gente del gobierno apoyaba la medida, pero esto era muy relativo, pues se sabía que todo el barullo bien podía durar sólo los tres meses de "interregno" y que después habría que alinearse, disciplinarse y adaptarse al estilo personal del tlatoani en turno. Por tanto, más bien predominó la cautela entre muchísimos priístas y funcionarios.

La gente de De la Madrid se hundió en el silencio. Estaba en contra, naturalmente, aunque sólo Silva Herzog lo mostrara, pues éste al instante presentó su renuncia, que no fue aceptada. Pero todos se disciplinaron, hasta que tuvieron problemas con Carlos Tello, para entonces supersecretario-de-Economía. Entonces sí se manifestaron en contra de la nacionalización de la banca y del control de cambios. Se reunieron con Miguel Mancera, que había sido retirado de su cargo en el Banco de México, y protestaron porque no habían sido consultados para algo tan importante, a lo cual López Portillo respondió que no les dijo nada porque se habrían opuesto, y como de cualquier manera iba a hacerlo era preferible presentar un hecho consumado. La verdad era que la nacionalización de la banca los había agarrado como el Tigre de Santa Julia; ésta nunca se contempló en el diseño global de los delamadridistas porque no había ningún indicio de que López Portillo, que era bastante barco, saliera con un coletazo de ese calibre.

Los problemas con Tello se dieron porque el secretario de Hacienda, Silva Herzog, al ver que lo de la banca no tenía remedio, por instrucciones de De la

Madrid propuso que se debía considerar que en los bancos sólo cambiaban los dueños, porque todo seguiría igual que antes: lo importante era negociar una carta de intención ("de rendición", también se decía) con el Fondo Monetario Internacional (FMI), que por supuesto exigiría liberación de precios, represión de salarios, menor participación estatal, baja en el gasto público, apoyo irrestricto al capital privado y apertura de fronteras con o sin el GATT. Silva Herzog, esto es De la Madrid, como el FMI, recomendaba más reservas monetarias, más exportaciones de petróleo, baja del déficit fiscal, del comercial y de la balanza de pagos; menos burocracia, menor circulante, escasa inversión pública y despidos por todas partes. El joven Silva Herzog tuvo que hacer un viaje relámpago a Estados Unidos y obtuvo una prórroga de 90 días para los compromisos mexicanos.

Carlos Tello se encontraba en el momento estrella de su vida. Fugaz, pero indeleblemente, vivió el gran sueño de ser nombrado director del Banco de México con poderes de supersecretario y gran orquestador, y pensó que México se encontraba en vías de una reforma económica que rescataría el proyecto nacional de desarrollo, sepultado por la especulación, la fuga de capitales, la crisis financiera y la conducción económica del gobierno. Anunció bajas a las tasas de interés y se concentró en los reglamentos de los decretos presidenciales. Su propósito inmediato, al tratar con la gente de De la Madrid, era lograr que la nacionalización de la banca y el control de cambios quedaran al margen de cualquier negociación con el FMI, y, de ser posible (pero eran "sueños de opio"), tratar de crear una nueva estrategia que reorientase la economía hacia una mayor producción y empleo, que procurara la satisfacción de las necesidades básicas de la población, la redistribución del ingreso entre pueblos y regiones, el mantenimiento de la soberanía, y el fortalecimiento de la independencia económica y de las libertades democráticas.

A fines de septiembre, López Portillo tuvo que quejarse por los ataques del equipo del presidente electo, que parecían coaligados con los del sector privado. Después del primero de septiembre tuvo un periodo breve de euforia y sensación de poder y realización, pero después los acontecimientos resultaron demasiado. De la Madrid le pidió que renunciara a llevar a la práctica muchas iniciativas que iban implícitas en la nacionalización de la banca, como la ley orgánica del Banco de México, o las reformas al código penal. López Portillo no presentó ninguna resistencia, ya se le había ido todo el aire y sólo quería que se acabara la pesadilla y largarse de allí, incluso pensaba en pedir un puesto adecuado a su condición de ex. Accedió a todo lo que le pidió De la Madrid (quien después sería llamado Miguel de la Madriza o Mickey Mouse), menos a no elevar a rango constitucional su Hazaña Pírrica de Nacionalizar la Banca, pero cedió en las famosas listas de sacadólares de Fausto Zapata, que se habían anunciado y eran esperadas como gran alimento para el circo; De la Madrid le pidió que no se dieran a conocer, "para no dividir a los mexicanos", y así ocurrió. Las listas se hallaban en siete cajas de documentos y microfilms. "No cubre todo el horizonte, pero sí es una muestra muy concreta", dijo el presidente al entregarlas a Miguel González Avelar, líder del Senado, quien ya tenía instrucciones de despacharlas *ipso facto* . Las listas acabaron finalmente en el Archivo General de la Nación, para alguna investigación que se emprendiese en los años post-PRI.

Era definitivamente cierto que los bancos privados habían encabezado las acciones contra el gobierno al promover incansablemente las fugas de dólares. Además, su funcionamiento dejaba mucho que desear. Por regla general se pagaba muy poco al que depositaba y se cobraba excesivamente al que lograba obtener préstamos, pero esto implicaba dificultades para muchos insuperables pues para ser sujeto de crédito había que ser rico o, muchas veces, contar con recursos superiores a lo que se pedía prestado. Los pagos de intereses eran por adelantado, y se tenía que abrir una cuenta de cheques en el banco y depositar en ella una cuarta parte del préstamo. Por supuesto, se requerían propiedades que ampararan la cantidad facilitada, y los intereses eran de 50 por ciento en 1982. Además, las cuentas de cheques no generaban dividendos, pero si bajaban de 10 mil pesos había que pagar una comisión de 800 pesos mensuales por gastos de administración. Además, los escasos créditos que los bancos otorgaban por lo general eran a sí mismos, esto es: a las poderosísimas empresas que ellos mismos poseían. Créditos para casas habitación o para automóviles eran prácticamente imposibles, y los gerentes bancarios solían reír cuando algún incauto los pedía. “No somos hermanas de la caridad”, era uno de sus lemas favoritos.

En realidad, desde muchos años antes, la banca privada había logrado una coincidencia de enfoques y de políticas económicas con el Banco de México, y ésta por supuesto correspondía con lo que propugnaba el Fondo Monetario Internacional (FMI) y las autoridades financieras estadunidenses. Se decía que los funcionarios del Banco de México con pago del Estado estudiaban en Estados Unidos, donde se les lavaba el cerebro con las doctrinas monetaristas-neoliberales-friedmanianas, por lo que a ellos también se les conocía como “Chicago boys”.

Desde 1965, Leopoldo Solís hacía ver que, debido al “factor ambiental”, es decir: al hecho de que los principales inversionistas eran también los principales financieros y ahorradores, la banca privada dominaba al Banco de México, pues los grupos financieros actuaban en bloque y pedían imponer innumerables medidas económicas que les favorecían. Los bancos eran dueños de la mayoría de las acciones de 500 de las empresas más importantes y rentables que se centraban en la industria, las telecomunicaciones y numerosas ramas más. El Banco Nacional de México (Banamex), de la familia Legorreta, para no ir más lejos era accionista de 120 empresas industriales, comerciales y de servicios, seis de telecomunicaciones, 13 de la rama química, 10 de materiales de construcción, 11 de minería, cuatro electrónicas y seis de metales, además de participar en 25 financieras y aseguradoras, 16 empresas “en apoyo al grupo” y 15 “varias”. El otro gigante, el Banco de Comercio, o Bancomer, era accionista de 160 empresas de distintos giros, poseía 121 millones de acciones y, a través de Seguros Bancomer, de 20 millones más. El banco también era dueño de seis empresas de autopartes y cinco electrónicas, se hallaba asociado con los cinco grupos industriales más poderosos del país y era gran accionista de Nacional Financiera y copropietario de tres firmas de bebidas alcohólicas y cuatro de materiales de construcción. Los ejecutivos de bancos como Serfin (ligado al grupo Monterrey) o Comermex (del grupo Chihuahua) o Continental (de Carlos Abedrop) encabezaban los consejos de administración de más de 150 empresas de primera importancia y sus nombres aparecían en todas partes

donde había mucho dinero. Años después Agustín Legorreta, de Banamex, diría que eran 300 los industriales ("un número muy cómodo"), que manejaban a su entero gusto las finanzas del país.

Entre los grandes banqueros, además de Legorreta y de Espinosa Iglesias (Bancomer), se hallaban Eloy S. Vallina, del grupo Chihuahua; Gastón Azcárraga, de Televisa; Bernardo Quintana, de ICA; Alberto Bailleres (Cremi); más Alfredo Aboumrad, Jorge Espinosa, Carlos Abedrop, Crescendo Ballesteros, Prudencio López, Carlos Prieto, Aarón Sáenz Garza, Juan Manuel Sánchez Navarro y otros, que figuraban en el Consejo de Hombres de Negocios, en el Consejo Coordinador Empresarial, en la Sociedad de Fomento Industrial, en la Asociación Nacional de Importadores y Exportadores (ANIERM) y en casi todas las cúpulas empresariales. A fin de cuentas la nacionalización de la banca resultó una acción desafortunada, no porque fuese una abominación socialista, sino porque representaba una reacción incongruente, desesperada, y, en el fondo, visceral; el mismo presidente López Portillo jamás contempló una medida "socializante" de esa naturaleza, y si la llevó a cabo, por más irracional y riesgosa que resultara, fue por su "afán macho" de "no dejar que lo empujaran" y para mostrar un mínimo de fuerza ante una iniciativa privada que lo había tomado de botana. Era inútil a todas luces porque tenía lugar en el último suspiro del sexenio, ya que se daba por descontado que Miguel de la Madrid la revertiría tan pronto tomase el poder para recuperar "la confianza" de los inversionistas. Era incongruente porque acabó dando un tinte "izquierdista" a un gobierno que únicamente lo fue en el servicio exterior, pues en el interior, a pesar de los "populismos", fue, como los anteriores gobiernos priístas, política y económicamente pro empresarial, sólo que tan débil e irresponsable que hizo todo tipo de concesiones a la clase a la que favorecía, la cual a su vez le perdió todo respeto y cada vez exigió más ventajas. Además, el supuesto izquierdismo tanto de Echeverría como de López Portillo sólo sirvió para desacreditar las posiciones de izquierda en general y para derechizar a México. Por supuesto, fue inútil para él y especialmente para el país, y a la larga sólo robusteció a quienes se oponía, pues, como era de esperarse, De la Madrid indemnizó a los banqueros, les ofreció un 34 por ciento de la banca, les permitió abrir casas de bolsa y de cambio, con lo que ganaron sumas demenciales, y finalmente Carlos Salinas de Gortari reprivatizó la totalidad de la banca en beneficio de la misma oligarquía.

Ante las ásperas dificultades económicas del fin de sexenio, se creó el Fondo Nacional de la Solidaridad para juntar dinero y ayudar al pago de la deuda externa, pública y privada, que en esos momentos ascendía a la alucinante cifra de 76 mil millones de dólares. Con aportaciones de organizaciones obreras (destacaron las sumas aportadas por la Quina y los petroleros, el SUTERM y otros sindicatos), campesinas, populares, profesionales, e incluso de niños de las escuelas públicas, se juntaron 300 millones de pesos. "No es una aportación significativa", comentó el presidente, "pero permite una movilización solidaria que une al país". En medio de estas campañas se lanzó la idea de nacionalizar Televisa y de reglamentar que las acciones de las empresas fuesen nominativas y no anónimas, pero, por supuesto, no hubo nada de eso.

Por su parte, los empresarios opusieron el Fondo del Desprestigio, cuyo fin

era colectar recursos e ideas para denostar la nacionalización de la banca y al aún presidente López Portillo, quien para octubre y noviembre era llamado "dictador, comunista, sinvergüenza, perro chillón, frívolo y corrupto". De este contexto salió el mejor chiste de la temporada: "Con López Portillo, lo prometido es deuda". Además, la iniciativa privada organizó en todo el país las conferencias "México en la libertad", con el propósito de echar leña a la histeria anticomunista y pestes contra Jolopo, quien fue insultado con mayor fruición en Monterrey, Puebla, Mérida y Torreón. Entre los funcionarios y los políticos no se hablaba para nada de esto.

Para esas fechas, ya había surgido un impresionante mercado negro de dólares que operaba abierta e impunemente en el aeropuerto y que cotizaba al dólar por encima de los 100 pesos. Personas tan voraces como bien vestidas, cargadas de billetes, asaltaban prácticamente a los turistas y viajeros para comprarles dólares, pues no ignoraban que, casi con seguridad, el nuevo gobierno devaluaría aún más la moneda y seguirían los espléndidos negocios. Así se redondearía el proceso de fortalecimiento inaudito del sector privado y de debilitamiento del presidente.

En la frontera norte proliferaban ya las casas de cambio y las tiendas que aceptaban pesos a 85, 90, 100 o más por dólar. Restauranteros, armeros, comerciantes de electrónica y hasta gente con expendios de tamales rápidamente abrieron casas de cambio, que resultaban un negociazo pues en México prácticamente no se vendían dólares. Por ejemplo, en San Isidro, California, frente a Tijuana, a principios de 1982 existían sólo dos casas de cambio, pero en octubre ya había 48; era de lo más fácil abrirlas y tener largas colas de mexicanos que a duras penas lograban pasar los puestos de migración y aduana y sus estrictas, exageradas y humillantes revisiones. A veces llegaba gente muy elegante con gruesos portafolios que no se formaba y simplemente tocaba la puerta. "Quiero 10 mil dólares", se le oía decir, y entraba sin demora.

Por supuesto, pronto las casas de cambio de la frontera norte se encargaban de fijar la paridad del peso. "La paridad oficial es ficticia", decían, "de nada sirve. Ningún banco mexicano vende dólares, ni al precio oficial ni a ningún otro". Las tiendas K Mart, Penneys, Sears, Woolworth y demás también aceptaban pesos a la misma paridad y hacían grandes ofertas para atraer más y más compradores. Por supuesto, los comercios del lado mexicano vendían muy poco, salvo las gasolineras, pues el combustible salía tan barato que los gringos cruzaban la frontera para aprovechar la ganga que era México para quienes tenían dólares.

Mucha gente especulaba de lo más contenta con la paridad. Los que tenían dólares los vendían con excelentes ganancias. Los que no, pasaban la frontera a todas horas a adquirirlos, para resolver necesidades o hacer un "negocito" con la próxima devaluación. Todo esto motivó tales desórdenes que la frontera se volvió una suerte de zona de desastre. En el lado estadunidense, en tanto, había una fuerte campaña de prensa y televisión contra el control de cambios, y México y su presidente eran el demonio en turno.

En octubre, la Secretaría de Hacienda y el Banco de México autorizaron el establecimiento de casas de cambio y de bolsa en la faja fronteriza y en las

zonas libres del noroeste. Jesús Silva Herzog se apresuró a declarar que eso no significaba una relajación del control de cambios, ni representaba una nueva devaluación ni era un paso hacia el levantamiento del control cambiario.

Mientras tanto, el presidente veía que su Estado Mayor Presidencial incrementaba severamente las medidas de seguridad, pues para entonces temían un atentado más que nunca. Por tanto, buscaron, y consiguieron, muchos hombres pelones, cejudos y patillorones para que rodearan y camuflasen al presidente. También se apostaron francotiradores en las azoteas de todos los rumbos por donde circulaba el devaluado López Portillo.

Pero más bien él se preocupaba, dentro de la concha que había cultivado, por la horrenda crisis en que había caído. La inflación había pasado el 50 por ciento en el otoño, cuando aumentó espectacularmente hasta llegar a 100 por ciento a fin de año. Fidel Velázquez, de la CTM, amenazó con una huelga general, pero naturalmente no hizo nada. Ya no había dinero en las reservas y había que tratar con el Fondo Monetario Internacional (FMI). Como decía el Piporro: "Qué bonito acabaron, igual que empezaron".

Jesús Silva Herzog encabezaba las negociaciones con el FMI, y, se decía, primero informaba y consultaba a De la Madrid, y después a López Portillo. De cualquier manera, las condiciones del FMI eran durísimas: liberación de precios y de importaciones, aumento de precios y tarifas del gobierno, restricción severa de salarios, reducción del gasto público, baja en la producción, despidos y "flexibilidad para devaluar el peso". Con estas medidas, el FMI garantizaba que se sanearía la economía mexicana, aunque "sin duda se requerirían grandes sacrificios para salir de la crisis". Los tales sacrificios no iban a ser, por supuesto, para el Fondo Monetario Internacional, ni para el sector privado, sino, una vez más, para los desposeídos que hacían llorar a López Portillo. En esa ocasión la clase media también resultaría afectada y se daría el fenómeno de "los nuevos pobres".

El FMI, por el contrario, con la carta de intención lograba la realización de todos sus planes, consistentes en promover y atizar las fugas de capital para corroer la estabilidad del gobierno mexicano. A Estados Unidos y al Fondo Monetario Internacional les interesaba parar en seco el despegue económico de México, que, con todo, era una realidad. "Dos son muchos en mi nube", dijo el primer mundo, incapaz de admitir que México se colara en plano de igualdad a las grandes ligas; su destino tenía que ser proporcionar materia prima y mano de obra barata, ser una gran maquiladora; de ser así se le admitiría por la puerta de servicio en el banquete del desarrollo, como ocurrió en tiempos de Salinas de Gortari.

La campaña de desestabilización del gobierno de López Portillo, que tan bien resultó, y cuyo propósito, pues, era contener el ritmo de expansión de México, fue orquestada por las autoridades financieras estadunidenses, el FMI, el Banco Mundial, los banqueros de Estados Unidos y de México, y los diarios *Wall Street Journal* , *Journal of Commerce* , *Financial Times* y *The Economist* . En México, fue aplicado, claro, por los financieros, empresarios y comerciantes, y por la clase media urbana, siempre proclive a caer en manipulaciones que desestabilizaban porque, de entrada, generaban un

estado de ánimo de desasosiego y se convertían en vía regia para todo tipo de epidemias síquicas. Por su parte, como el gobierno de Reagan execraba la política exterior de México, que López Portillo condujo personalmente, no dudó en participar, con inspiración e imaginación, en la desestabilización del gobierno de López Portillo.

No extrañó gran cosa que se hablara de vacío de poder, pues a partir de fines de octubre López Portillo decidió "flotar", y, para que no lo fueran a comparar con Echeverría al final del sexenio, cerró la boca, redujo sus actividades y presentaciones, dejó que las cosas siguieran su curso y accedió a todo lo que le pidió De la Madrid. Cada vez más aislado, ya sólo esperaba que el tiempo pasara para poder largarse de todo eso. Eso sí, no quiso mudarse de Los Pinos hasta el último instante, lo cual fastidió de nueva cuenta a Miguel de la Madrid, que necesitaba readaptar o acaso exorcizar la mansión.

López Portillo terminó su gestión en las peores condiciones. Tan pronto como pudo, se fue a Italia con su hijo José Ramón y la distancia sin duda le ayudó a digerir las críticas, burlas, insultos y chistes que se le hicieron durante mucho tiempo. Se volvió sinónimo de corrupción, y pronto Margarita Michelena bautizó a los gobiernos de Echeverría y López Portillo como "la docena trágica". Ambos, por supuesto, se lo merecieron, y tuvieron que cargar con la ignominia. Mucha gente, de todos los ámbitos, incluso pidió que se les metiera en la cárcel. No extrañó, entonces, que en 1988, en momentos álgidos y sumamente peligrosos de la vida nacional, como advertencia de lo que podría contar si llegase a ser necesario, López Portillo publicara su "biografía y testimonio político" *Mis tiempos* , en el que mostró que los años habían pasado pero que él no los había asimilado en lo más mínimo.

Echeverría siempre volvió a la carga con diversas provocaciones en los años siguientes, y López Portillo prefirió el anonimato y trató de no hacer ruido, pero aun así causó escándalos, como cuando publicó una plana completa en varios periódicos mexicanos que decía "*¡¡¡¿¿¿Tú también, Luis???!!!*", o cuando, a fines de los años ochenta (la Alegría había quedado atrás), fue visto en una ciudad texana con la conocida estrella del nudismo Sasha Montenegro gastando dinerales de lo más quitado de la pena.

En todo caso, las condiciones del país después de los gobiernos de Echeverría y López Portillo resultaron las más severas de la historia reciente. Se había iniciado ya la década perdida y la crisis, terrible, se instaló en México. Si para entonces el sistema había dado muestras de desfallecimiento, a partir de diciembre de 1982 se precipitaría hacia la sacudida mortal que resintió en 1988 y cuyo clímax sería, precisamente, "la caída del sistema".

Tragicomedia mexicana 2 *La vida en México de 1970 a 1982*

Primera edición digital: julio, 2013

D. R. © 1992, José Agustín

Diseño de portada: Random House Mondadori / Andrés Mario Ramírez Cuevas

D. R. © 2013, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Random House Mondadori, S. A. de C. V.

Av. Homero núm. 544, colonia Chapultepec Morales,

Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11570, México, D.F.

ISBN 978-607-311-114-0

JOSÉ AGUSTÍN

TRAGICOMEDIA MEXICANA

La vida en México de 1982 a 1994

3

DEBOLSILLO

José Agustín nació en Acapulco en 1944. Poco menos de dos décadas más tarde comenzó a publicar, colocándose a la vanguardia de su generación. Fue miembro del taller literario de Juan José Arreola, quien le publicó su primera novela, *La tumba* , en 1964. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores y de las fundaciones Fulbright y Guggenheim. Ha escrito teatro y guión cinematográfico, ámbito en el que dirigió diversos proyectos. Entre sus obras destacan *De perfil* (1966), *Inventando que sueño* (1968), *Se está haciendo tarde (final en laguna)* (1973, premio Dos Océanos del Festival de Biarritz, Francia), *El rey se acerca a su templo* (1976), *Ciudades desiertas* (1984, premio de Narrativa Colima), *Cerca del fuego* (1986), *El rock de la cárcel* (1986), *No hay censura* (1988), *La miel derramada* (1992), *La panza del Tepozteco* (1993), *Dos horas de sol* (1994), *La contracultura en México* (1996), *Vuelo sobre las profundidades* (2008) *Cuentos completos* (2001), *Los grandes discos del rock* (2001), *Vida con mi viuda* (2004, premio Mazatlán de Literatura), *Armablanca* (2006) y *Diario de brigadista* (2010). Ha publicado ensayo y crónica histórica, destacando los tres volúmenes de *Tragicomedia mexicana* (1990, 1992, 1998). En 2011 la Asamblea Legislativa del D.F. le otorgó la Medalla al Mérito en las Artes por su trayectoria literaria; y mereció, junto con Daniel Sada, el Premio Nacional de Ciencias y Artes el mismo año.

JOSÉ AGUSTÍN

Tragicomedia mexicana 3

La vida en México de 1982 a 1994

DEBOLSILLO

A Andrés, Jesús y Agustín, ¡que les sea leve! y a Mercedes Certucha y Homero Gayosso

8. La caída del sistema (1982-1988)

HUEVOS DE PALOMA

En diciembre de 1982 México parecía hallarse en uno de los peores momentos de su historia. Todo el país efervescía a causa de la sorpresiva y noqueadora nacionalización de la banca y el control de cambios. Las cosas no se pusieron peores, y más cardiacas, porque el sexenio estaba a punto de concluir, pero, eso sí, la iniciativa privada se vistió con su casaca anticomunista y se desgañitó insultando al presidente José López Portillo, quien de Don Pepe pasó a López Porpillo, Jolopo o El Perro, y fue tema de incontables chistes y burlas. En tanto, todo el mundo esperaba el fin del sexenio. Sin duda, se pensaba, las cosas tendrían que mejorar a partir del primero de diciembre. Oh, ilusos.

Finalmente llegó el día esperado y, como de costumbre, la atención se concentró en la toma de posesión del presidente, a saber, Miguel de la Madrid Hurtado. López Portillo entregó la banda presidencial y todos respiraron, aliviados. Tan pronto como pudo se fue a Roma con su hijo José Ramón, a quien le había arreglado un alto puesto en la FAO, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

En su discurso de toma de posesión, De la Madrid se engolosinó pintando un panorama desolador como astringente para el rigidísimo plan de austeridad que recetó después. “Vivimos una situación de emergencia”, dijo, con tono dramático. “No permitiré que la patria se nos deshaga entre las manos”, añadió. Desde su punto de vista, la situación era tan grave que estaba en entredicho la continuidad del proceso de desarrollo e incluso “la viabilidad del país como nación independiente”. Desde 1932 no se vivían condiciones semejantes. Además, la crisis no era circunstancial ni meramente financiera, ni la capacidad productiva se mantenía sana (como aducía López Portillo) sino que era profundísima; se debía a graves problemas estructurales surgidos desde antes y era parte de una gran crisis internacional, de la que ningún país se salvaba. “La crisis se manifiesta”, precisó, “en expresiones de desconfianza y pesimismo en las capacidades del país para solventar sus requerimientos inmediatos, en el surgimiento de la discordia entre clases y grupos, en la enconada búsqueda de culpables y crecientes recriminaciones, en sentimientos de abandono, desánimo y exacerbación de egoísmos individuales o sectarios... Éste es el panorama nacional”, asestó.

A fines de 1982 las cifras eran desoladoras: el producto interno bruto (PIB) se había desplomado a 0.5, la inflación subió a un inconcebible 100 por ciento; la deuda externa rebasó la cifra escalofriante de los 100 mil millones de dólares, sin contar intereses y servicio a tasas elevadas. Los precios del petróleo seguían a la baja y ya no ofrecían esperanzas de salvación, como seis años

antes. Por otra parte, a cambio de cinco mil millones de dólares el Fondo Monetario Internacional (FMI) nos impuso condiciones draconianas que De la Madrid presentó como mal menor y medicina dolorosa pero necesaria que requería el sacrificio de todo el pueblo.

Las recetas del FMI dieron cuerpo a un Programa Inmediato de Reordenación Económica (PIRE), que supuestamente contendría la inflación y reduciría el déficit público y el externo. Para empezar, el peso se devaluó en más de 100 por ciento y de 70 pasó a 150 por un dólar; además, entró en flotación, con un "desliz", o microdevaluación, de 13 centavos diarios. A partir de esta devaluación el pobre pesito ya no dejó de hundirse. Además, las tasas de interés se dispararon a más de 100 por ciento, con lo que se arruinaron quienes debían a los bancos.

La nueva administración inició una severa reducción del gasto público, que dejó a muchos burócratas en el desempleo; eliminó programas como el SAM, Coplamar, Fonapas y Pronaf; y contuvo férreamente los salarios, aunque no precisamente los de los altos funcionarios, quienes, a la voz de "¿crisis?, ¿cuál crisis?", se sirvieron los sueldos con pala mecánica, según ellos para "evitar la corrupción". En diciembre los secretarios de Estado ganaban 500 mil pesos (33 mil dólares) al mes; y los subsecretarios, 250 mil, pero a los cuatro meses volvieron a atacarse con otros 200 mil, retroactivos además. También aumentaron los salarios de oficiales mayores, secretarios particulares, directores y coordinadores generales hasta en 160 por ciento. En cambio, los obreros pidieron 100 por ciento de aumento salarial y se les concedió 15, al igual que a las infanterías de la burocracia. Los precios subieron sin piedad, y el gobierno mismo puso el ejemplo al elevar sus tarifas de gasolina, electricidad, teléfono, agua y de todos sus demás servicios. Como era de esperarse, los precios de los productos también se elevaron al instante en la proporción de la devaluación del peso, o más, pues se adujo que los insumos se habían encarecido terriblemente. Por si fuera poco, muchos productos escasearon y otros de plano desaparecieron, como la pasta de dientes, así es que a principios de 1983 mucha gente tuvo que lavarse la boca con jabón, bicarbonato o ceniza de tortilla. También subieron los impuestos, y el del valor agregado (IVA) engordó del 10 al 15 por ciento. Además, al ponerse en efecto las nuevas tasas, se le dio otro empujón a los precios.

El nuevo gobierno estaba bien consciente de los estragos que causaría su programa de shock para contener la crisis. Un periodista ingenioso plantó una grabadora en una reunión privada del flamante secretario de Comercio Héctor Hernández en la que éste, fría, casi orgullosamente, informó a un grupo de diputados que 1983 se caracterizaría por el nulo crecimiento del PIB y el estancamiento de la industria, debido al alza de las tasas de interés, la devaluación y los aumentos fiscales. Además, dijo, era una ilusión pensar en un control de precios.

A fines de diciembre de 1982 el gobierno devolvió 34 por ciento de las acciones de la banca nacionalizada a sus antiguos propietarios, además de que les dio prioridad en el establecimiento de casas de cambio en la frontera mexicana, en las grandes ciudades y en los centros turísticos. Estas casas de cambio resultaron minas de oro. Por si fuera poco, en agosto de 1983, el gobierno los indemnizó, a través de bonos pagaderos a partir de 1986, con

casi 100 mil millones de pesos, que se convirtieron mágicamente en 140 mil con unos intereses que se sacaron de la manga. Además, el gobierno absorbió la deuda de ocho mil millones de dólares de los bancos privados con el extranjero. La iniciativa privada (IP) declaró que todo eso era insuficiente: "Es apenas una cuarta parte del valor comercial de los bancos", se quejó José María Basagoiti, de la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex).

Los cúpulos de la iniciativa privada no sólo estaban fuertes sino engallados. Se habían quedado picados y con ganas de seguir las guerras de conquista. El Consejo Coordinador Empresarial (CCE) y las cámaras patronales dieron la bienvenida al nuevo gobierno con frialdad. El mensaje era: sigue la desconfianza. Después, la IP lo caló mediante duras críticas a los planes de reordenación económica y de plano preguntó airada si el partido en el poder pretendía "llevar a México al totalitarismo". De la Madrid amenazó entonces con la disolución de las cámaras patronales "porque no cumplen con los requisitos que fija la ley". Los patrones bajaron el volumen de sus quejas, pero unos meses después organizaron las reuniones "México en la libertad", en las que muchos grandes empresarios se manifestaron en contra de "la conspiración estatal para imponer el socialismo".

Mientras tanto, a partir de diciembre de 1982, en el estado de ánimo de la población avanzaba una visión desoladora del futuro inmediato, aderezada con la frustración, ya que la promesa de un progreso material debido al auge petrolero se convirtió, para las clases populares, en una carestía despiadada, en falta de trabajo y en la imposibilidad de acceder a los paisajes idílicos que presentaba la televisión. Para las capas medias, la crisis representó el fin del sueño de ser un nuevo rico y la realidad aterradora de ser un nuevo pobre.

Pero esto no parecía preocupar demasiado al presidente, quien vivía su propio sueño y formó un gabinete con los políticos jóvenes de su propio equipo, aunque incluyó algunos nombres significativos. En la Secretaría de Educación, por ejemplo, puso a Jesús Reyes Heroles para distanciarse del ex presidente López Portillo. En Hacienda siguió Jesús Silva Herzog, quien se había encargado de negociar con el Fondo Monetario Internacional. Por otra parte, la Procuraduría General de la República fue para Sergio García Ramírez, destinado a dar alguna credibilidad a los planes anticorrupción de la "renovación moral", al igual que la Contraloría General de la República, que no existía en México desde la época de Álvaro Obregón; teóricamente ésta sería un mecanismo de auditoría para cazar funcionarios corruptos, y fue encomendada a Francisco Rojas, uno de los jóvenes tecnócratas del equipo de De la Madrid en Programación y Presupuesto (SPP).

A la cabeza de éstos estaba Carlos Salinas de Gortari, quien saltó de la Dirección Política, Económica y Social de la SPP al Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES) del PRI, y de ahí a la estratégica Secretaría de Programación y Presupuesto, que había desplazado a Gobernación como gran trampolín para llegar a la presidencia. Los demás miembros del equipo eran Emilio Gamboa Patrón, que siguió siendo secretario particular de De la Madrid y con el tiempo se volvió un personaje clave del sexenio; Ramón Aguirre Velázquez, Ramoncito, quien se quedó a cargo del Departamento del Distrito Federal; Eduardo Pesqueira, que dirigió

el Banco Nacional de Crédito Rural (Banrural); y Manuel Alonso, director de Comunicación de la Presidencia. Todos ellos constituían la Familia Feliz. Pronto se vería que en ésta predominaba el grupo de Carlos Salinas de Gortari, que tenía una gran influencia sobre el presidentito y en el cual participaban activamente Emilio Gamboa, Manuel Camacho Solís y el silencioso francés, hijo de españoles, Joseph-Marie Córdoba Montoya, quien en 1985 mágicamente se convirtió en mexicano.

Se trataba de un gabinete de jóvenes que no había pasado por puestos de elección popular ni por las posiciones políticas en el partido oficial. En el acto fueron diagnosticados como una casta de tecnócratas que sin hacer la habitual talacha política se coló hasta lo más alto de la élite gobernante. Esto preocupó a los políticos, quienes se quejaron de que los tecnos los desplazaban y de que ya se habían metido hasta la recámara, lo cual implicaba que la base de reclutamiento del gobierno se había desplazado del PRI hacia el sector financiero de la alta burocracia, con un correspondiente estrecha miento de las carreteras de acceso al poder. Perdió importancia "el camino electoral", es decir, los puestos en los gobiernos municipales, en la burocracia de los estados, los sectores del partido, la Cámara de Diputados, el Senado y las gubernaturas. En el gabinete de Miguel de la Madrid 60 por ciento de los secretarios ascendió por la vía burocrática y sólo 30 por ciento, por la electoral.

Eran los tecnócratas, que estaban orgullosos de sus maestrías y doctorados en universidades estadunidenses, el circuito Ivy League de Harvard, Yale y Princeton; varios de ellos eran economistas que habían pasado por el sector financiero y favorecían el libre mercado, el adelgazamiento del Estado, las privatizaciones y la globalización. Le tenían fobia al populismo y al estatismo, que era lo anticuado, lo *out* , lo *démodé* .

Esta casta de tecnócratas hizo cierta la deprimente profecía de Richard Lansing, un secretario de Estado de Estados Unidos que a fines de la década de 1910 recomendó: "Tenemos que abandonar la idea de poner en la presidencia mexicana a un ciudadano americano, ya que nos llevaría otra vez a la guerra. La solución es abrirles a los jóvenes mexicanos las puertas de nuestras universidades y educarlos en el respeto al liderazgo de Estados Unidos. Con el tiempo esos jóvenes se adueñarán de la presidencia".

A principios de sexenio los tecnócratas aún hablaban de economía mixta, rectoría del Estado y nacionalismo revolucionario, pero, aunque no lo proclamaban orgullosamente, como lo harían poco después, se proponían cambiar al país e integrarlo a la mística neoliberal de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Sin embargo, en lo más mínimo pretendían cambiar el sistema político, ya que el presidencialismo autoritario les facilitaba sus proyectos, aunque, claro, solían decir lo contrario. Varios de ellos eran juniors, hijos de altos funcionarios (Salinas, Silva Herzog, Beteta, Bartlett), y conocían bien las leyes no escritas del régimen, sus pasadizos y mazmorras más pestilentes; estaban dispuestos no sólo a preservar sino a fortalecer los rasgos más atrasados del sistema político mexicano: la simulación de la democracia y el correspondiente culto a las formas; el autoritarismo y el paternalismo, la cooptación y la represión, y por supuesto la corrupción generalizada con discretos toques de gangsterismo.

Miguel de la Madrid Hurtado, el capitán de la nave monetarista, se abrió paso en la política un poco porque las circunstancias lo pusieron en los sitios correctos. Nació en Colima, en una familia de clase media; siempre fue un estudiante modelo, de cuadro de honor, y naturalmente se graduó como licenciado en Derecho en la UNAM. Sin embargo, gracias a su tío Ernesto Fernández Hurtado, entró a trabajar en el Banco de México y obtuvo una beca para estudiar una maestría en Administración Pública en la Universidad de Harvard. Al regresar consiguió empleo en la Secretaría de Hacienda, y ahí estaba, haciendo talacha, hasta que José López Portillo, su viejo maestro de la Facultad de Derecho, fue nombrado titular de la secretaría.

Tenía 48 años de edad cuando tomó el poder, después de vencer en la lucha por la sucesión presidencial gracias a su capacidad de darle por su lado y de "adivinarle el pensamiento" a López Portillo, pero días antes de la toma de posesión mandó a Carlos Salinas de Gortari, eminencia gris del nuevo presidente y flamante secretario de Programación y Presupuesto, a hablar con el hijo de López Portillo: "En lo personal, amistad", le dijo. "Pero en lo político, tendremos que fregar a tu padre." Después, De la Madrid solapó y promovió las virulentas campañas contra López Portillo, a quien no se bajó de populista, estatista y paradigma de la corrupción. La ira contra López Portillo fue nacional: en Campeche derribaron su estatua y en otras partes retiraron su nombre de las calles que lo tenían. Si lo veía en la calle con su nueva esposa Sasha, Montenegro, la gente lo abucheaba.

Sin embargo, en lo esencial De la Madrid protegió y cuidó las propiedades de su ex jefe. En febrero de 1983 el abogado Ignacio Burgoa promovió un juicio por peculado en contra del ex, pero fue detenido en seco. Además, la Procuraduría General de la República le negó al Partido Acción Nacional (PAN) las declaraciones de bienes de López Portillo, de su hijo y de algunos de sus ministros. Igualmente, cuando el mismo PAN pidió en el Congreso una comisión que investigara las casas de la Colina del Perro, la aplanadora priísta ejerció el mayoriteo para desechar la propuesta.

De la Madrid era un hombre de serenidad aparente que a veces parecía inducida artificialmente. En un principio, para contrastar las extravagancias echeverristas y lópezportillistas, quería dar la imagen de sobriedad, austeridad y cierta modestia. Por ejemplo, pidió que no se le aplaudiera cada dos minutos durante su toma de posesión y en los informes de septiembre, como solían hacer los respetables lambiscones que se hallaban presentes. Esta "sugerencia" se cumplió hasta 1988, cuando se rompieron todos los usos. También prohibió que le pusieran su nombre, o el de su esposa, a las calles de cualquier población mexicana. Pero esto sólo se observó un tiempo, ya que después abundaban las calles, avenidas, colonias, escuelas y hospitales Miguel de la Madrid en todo México. Julio Scherer García decía que era inteligente, claro, de buenas maneras, "la corrección no lo abandonaba ni un minuto", aunque también un "señor de lejanías en su trato con las señoras". Eso sí, como su esposa se llamaba Paloma Cordero, se decía que don Miguel sería un presidente débil, porque tenía huevos de paloma.

LA RENOVACIÓN DEL MORRAL

En enero de 1983, para desolación de la izquierda del país, Sergio Méndez Arceo, que ya había cumplido 75 años de edad, tuvo que dejar el obispado de Cuernavaca, lo cual motivó el regocijo de mucha gente que lo detestaba (la escritora Margarita Michelena, quien lo bautizó como El Obispón Rojo, a la cabeza del *hate club*). Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal de Las Casas, que también se adhería a la Teología de la Liberación, pasó a ocupar el influyente papel de don Sergio en la política nacional. Otros obispos afines eran Arturo Lona, de Tehuantepec; Hermenegildo Ramírez, de Huautla; Serafín Vázquez, de Ciudad Guzmán; y Sergio Obeso, de Jalapa.

Por su parte, Jesús Posadas Ocampo, hasta entonces obispo de Tijuana, fue enviado a Cuernavaca en calidad de *terminator* e impuso la línea dura para desmantelar la red de curas izquierdistas de Morelos, lo cual logró en una gran medida, aunque no pudo doblegar a algunos sacerdotes seguidores de don Sergio, como los padres José Luis Álvarez, José Luis Calvillo, Filiberto González, Rogelio Orozco y Baltazar López Bucio. Desde que el papa Juan Pablo II visitó México, y López Portillo lo invitó a Los Pinos, la curia católica cada vez intervenía más abiertamente en los asuntos políticos del país. ¿No lo hacía así la Iglesia en Polonia o Nicaragua? Era su deber "hacer oír nuestra voz de pastores en los momentos críticos", aducía el Episcopado. Y sí que lo hicieron a partir de 1983.

A principios de año murió Miguel Alemán, a quien el nuevo gobierno santificó al instante. Se decretó duelo nacional el lunes 16 de marzo, con bandera a media asta y homenaje en el Senado. Tras un solemnísimo cortejo, Manuel Bartlett, secretario de Gobernación, pronunció un discurso fúnebre en nombre del gobierno. Hasta el más desatento podía ver que la nueva administración claramente se identificaba con Alemán, quien formó un gobierno de jóvenes universitarios que habló de modernizar al país, abrió las puertas al capital extranjero y favoreció a una casta de grandes empresarios. Era obvia la afinidad con el alemanismo, aunque mucha gente también identificaba a los tecnócratas con los positivistas de Porfirio Díaz.

El gobierno de De la Madrid aseguraba que una de las causas estructurales de la crisis era la corrupción, extendida por todo el país y en todas las clases sociales. El lema de campaña de De la Madrid fue "por la renovación moral de la sociedad", y repetidas veces prometió que combatiría frontalmente la notoria corrupción mexicana. Desde que era candidato encargó a Francisco Rojas que elaborara estudios y después lo mandó a dirigir la Contraloría General de la Federación.

De la Madrid formó un nuevo equipo con Samuel del Villar a la cabeza de Sergio García Ramírez, Fernando Baeza y Victoria Adato. Ellos elaboraron la Ley Federal de Responsabilidades de Servidores Públicos, que entró en vigor a principios de 1983 y que tipificaba las conductas corruptas y obligaba a los ofensores a resarcir hasta con dos terceras partes más el daño causado. También se prohibía nombrar o promover en áreas de influencia a parientes hasta en cuarto grado consanguíneo, civil o por afinidad. Pero en realidad esta disposición prácticamente nunca se aplicó, y más bien sirvió para

asestarle otro piñazo al ex presidente López Portillo, quien durante su gestión repartió altos y jugosos puestos entre buena parte de su familia. “Respondo por los parientes míos que realizan una función pública”, dijo, eso sí, y después, picado por las críticas, llamó a su hijo “orgullo de mi nepotismo”. Otro que no cantaba mal las rancheras era Óscar Flores Tapia, quien aseguraba que para gobernar Coahuila sólo se requería “un buen presupuesto y una media docena de hijos como los míos”. Como complemento, se estableció que los funcionarios perderían el hueso si no declaraban sus bienes al tomar posesión de su cargo, anualmente y al concluirlo. Esta disposición se cumplió con más agujeros que una red, y las autoridades desde un principio se negaron a dar informes sobre los bienes de los funcionarios.

A fin de cuentas, a pesar de todo lo que dijo, y de los millones gastados en propaganda, De la Madrid no quiso combatir la corrupción a fondo, y ésta no se contuvo sino que creció hasta llegar a niveles inconcebibles durante el sexenio siguiente. Para no ir al fondo de las cosas, el presidente pretextaba que el problema principal de México era el económico, por lo que la política y la moral resultaban cuestiones de segundo orden, así es que éstas siempre quedaban para después y el célebre apotegma de Gonzalo N. Santos, “la moral es un árbol que da moras”, seguía en pie. O como dijo Gabriel Zaid: “En México, la honestidad es tragicómica. Hay que disimularla para no causar lástima”.

En cambio, la renovación moral sí resultó útil para la caída de varios chivos expiatorios que fueron a dar a la cárcel acusados de fraude, peculado o alguna otra forma de corrupción. Uno de los primeros en caer fue Miguel Lerma Candelaria, ex subdirector del Banrural, asesor de De la Madrid y diputado federal, quien fue acusado de fraude, defraudación fiscal y cohecho por casi 400 mil millones de pesos. Lerma, que tenía 24 cuentas bancarias en Estados Unidos, huyó a ese país, y las autoridades nunca hicieron un gran esfuerzo por arrestarlo. Otro caso, ligado con el anterior, fue el de Everardo Espino de la O, ex director de Banrural y de la Comisión Nacional de la Industria Azucarera, quien fue detenido en medio de un escándalo de los medios, bajo la acusación de peculado (“lavado o no lavado, huele a peculado”) por 38 millones de pesos que, se dijo, se desviaban de los fondos públicos. Pero esos fondos no eran para Espino, sino que correspondían a sobornos y regalos a periodistas, caricaturistas, columnistas, editorialistas, fotógrafos, reporteros, directores y dueños de periódicos; también para las campañas políticas del PRI y para los grupos paleros de la oposición. Banrural fue la “caja chica” del gobierno de López Portillo y también del de Miguel de la Madrid.

“El centro de la corrupción del sistema es la Presidencia de la República, la ocupe quien la ocupe”, afirmó, enfático, Espino de la O, quien obtenía el dinero de Banrural, pero pedía comprobantes para su contabilidad interna y tuvo mucho cuidado de guardar copias de todos los recibos y cheques nominales que cobraban los periodistas, entre los cuales se contaban Manuel Mejido, Miguel Reyes Razo, Mauricio González de la Garza y muchos más. Sin embargo, las desdichas de Espino de la O no sólo vinieron del manejo de esas partidas secretas, que estaban autorizadas por el presidente, sino del hecho de que, a fines del sexenio lópezportillista, Espino creó una oficina especial para investigar las denuncias de corrupción en la Unión Nacional de

Productores de Azúcar (UNPASA), que con la mano derecha contrabandeaba al extranjero el azúcar producido en México y con la izquierda importaba el dulce para el país. Miguel de la Madrid y sus *boys* siempre dieron por sentado que esa oficina se había creado para promover la candidatura de Javier García Paniagua, en cuyo grupo político participaba Espino de la O, y para atizarles patadas por debajo de la mesa. Ya presidente, De la Madrid no quiso escuchar sus explicaciones y en vez de nombrarlo asesor, como se había mencionado, le envió auditores de la Contraloría General. En mayo, la PGR lo arrestó y lo mandó a la cárcel. Al cabo de cinco años, en junio de 1988, finalmente fue absuelto. Cuando salió, Everardo Espino de la O juntó todas las copias de recibos y de cheques que tenía, las metió en dos grandes cajas de cartón y se las llevó a Julio Scherer García, director de la influyente revista *Proceso* . "Haga con ellas lo que quiera", le dijo, y Scherer elaboró un minilibro, *El poder. Historias de familia.*

Otros casos notorios de funcionarios sacrificados fueron el de la ex diputada Lidia Camarena, acusada de defraudar a Productos Pesqueros Mexicanos; Leopoldo Ramírez Limón, ex director del Monte de Piedad; y el del corruptísimo ex gobernador de Morelos, Armando León Bejarano, quien pudo huir a Costa Rica y ahí se quedó. Sin embargo, los casos de funcionarios encarcelados que causaron el máximo escándalo fueron los de Díaz Serrano y Arturo Durazo, ambos amigos cercanos de López Portillo, y los dos sumamente útiles para distraer la atención de los aumentos de precios, las privatizaciones que empezaban y la apertura cada vez más indiscriminada al capital extranjero.

Jorge Díaz Serrano adquirió tal relevancia como piloto del auge petrolero que pronto se perfiló como fuerte suspirante a la presidencia, por lo que automáticamente se volvió enemigo frontal de Miguel de la Madrid. Ambos se dedicaron jugadas duras. Una vez presidente, De la Madrid aprovechó la primera oportunidad que tuvo para quitárselo de encima. Enrique del Val Blanco desempolvó el caso de los barcos Abkatum y Cantarell, lo llevó a Francisco Rojas y éste a su vez corrió a presentarlo al presidente. En junio, la Contraloría presentó una denuncia ante la PGR en contra del senador por el fraude cometido en abril de 1980 al comprar esos buques gaseros a una firma fantasma y por un precio 34 millones más alto del fijado por los Astilleros Boelwart. Según la PGR, el director de Pemex había ordenado una investigación, pero después la suspendió y preparó documentos que justificaran la compra.

Díaz Serrano aseguraba que la operación fue legal: los astilleros habían vendido los barcos a una compañía facultada para revenderlos. No habría otros como ésos en dos años, así es que, en esas condiciones, habían salido baratos, 80 millones de dólares cada uno, y eran una chulada, calidad *state-ofthe-art.* Como era senador por Sonora, tenía inmunidad, así es que primero había que desaforarlo. La Sección Instructora del Congreso inició una investigación, y en vía de mientras el ingeniero ya no pudo salir del país ni "alterar su patrimonio" y fue sometido a una vigilancia hollywoodense a cargo de José Antonio Zorrilla, de la Temible Dirección Federal de Seguridad (TDFS), y Manuel Ibarra, de la Siniestra Policía Judicial Federal (SPJF), quienes instalaron reflectores de 15 mil watts para iluminar la casa del senador, helicópteros vigilantes y la tecnología más sofisticada para el

bugging . Finalmente una sesión extraordinaria del Congreso le retiró el fuero. Como ya no tenía inmunidad, Díaz Serrano fue arrestado, enjuiciado y sentenciado a cinco años de prisión, más el pago de 54 millones de dólares. Él siempre se consideró un chivo expiatorio de la renovación moral de Miguel de la Madrid. “La inexperiencia política del presidente y la mala fe de algunos de sus colaboradores cercanos, ansiosos de saldar cuentas personales con el gobierno anterior, nos hizo precipitarnos y caer en la trampa”, explicaba.

Por su parte, la dirigencia del Sindicato Nacional de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (SNTPRM) sentía calambres todos los días. Joaquín Hernández Galicia, la Quina, jefe absoluto y cacique paternalista, sabía muy bien que los nenes del nuevo gobierno la traían contra los líderes sindicales, un poco por chocantez clasista, pero especialmente porque requerían obreros dóciles para su proyecto. La Quina sabía que la renovación de las moras era una puerta magnífica para llegar a él, pues se había enriquecido más allá de toda proporción a través de convenios demenciales, como el famoso dos por ciento del monto total de cualquier inversión de Petróleos que recibía el sindicato “para obras sociales” y la autorización para contratar obras de Pemex.

Para curarse en salud, la Quina y su compa el senador Salvador Barragán Camacho decidieron adelantarse a la “renovación moral” y sacrificar a uno de sus hombres, Héctor García Hernández, mejor conocido como el Trampas, quien en el nombre llevaba la fama y ya había amasado una bonita fortuna personal de cinco millones de dólares. Cuando le expusieron la situación, al Trampas no le gustó nada tener que fletarse. Accedió, a regañadientes, pero, cuando vio que las cosas iban en serio al ser expulsado del SNTPRM y acusado ante la PGR por un fraude de 985 millones de pesos desviados de los fondos sindicales, se escapó y, escondido, le envió una carta al presidente en la que denunciaba a la Quina y a Barragán como los grandes corruptores de Pemex; él personalmente, aseguraba, había entregado a la Quina más de 20 mil millones de dólares en los últimos diez años, especialmente a partir de 1980, cuando se le comisionó para cobrar una parte del dos por ciento de todas las obras de Pemex. El Trampas se hallaba escondido en McAllen cuando, para su absoluta sorpresa, hasta allá fueron los hombres de la Quina, quienes lo secuestraron, lo regresaron a México y lo entregaron a la policía de Tampico, así es que García Hernández finalmente fue a dar a la cárcel, desde donde denunció cada vez que pudo a sus viejos compas Joaquín y Chava.

Sin embargo, los conflictos entre el sindicato y el gobierno distaban de haberse solucionado. Como era de esperarse, la Quina no se pudo entender con Mario Ramón Beteta, el director de Pemex, y los golpes mutuos se volvieron públicos a partir de la explosión de San Juanico a fines de 1984. Poco después el líder declaró que 40 por ciento de las refinerías del país peligraba por falta de mantenimiento y por la negligencia del director de Pemex. “No somos rateros ni sinvergüenzas. Tampoco estamos enojados”, añadió la Quina. Como respuesta, la SPP filtró que Sergio Bolaños, el socio y prestanombres de Joaquín Hernández Galicia, tenía tanto dinero que compró la casa de Carlos Trouyet en las Lomas de Chapultepec en 500 millones de pesos. Quiso entonces que sus hijos estudiaran en el Colegio Hamilton, pero no los admitieron, así que al instante Bolaños compró la escuela por 150

millones de pesos. En 1985 adquirió una casa en Vail, Colorado, y a la inauguración asistieron Gerald Ford y Frank Sinatra. A los paisanos que invitó, Bolaños les disparó el boleto en primera clase y todos los gastos en rigurosos hoteles de cinco estrellas. En 1986 se compró su *château* , ¡cómo chilangos no!, en las afueras de París, y también se hizo célebre porque para transportarse de su casa a su oficina, que estaba a unas cuantas cuadras, se iba en helicóptero.

Las revelaciones de las extravagancias multimillonarias de su socio pusieron frenético a la Quina, quien a finales de sexenio criticaba todo. De Pemex pasó al partido oficial ("si votaran los que ahora no votan, lo harían en contra del PRI") y luego al gobierno en general. Decía que el país estaba mal administrado. "Nunca saldremos de la crisis", rezongaba: "al contrario, nos metemos más en ella, aunque se quiera desviar la realidad con publicidad". También se peleó con Carlos Salinas de Gortari, porque éste suprimió la capacidad de contratar obras de Pemex que tenía el STPRM. A fin de sexenio pidió que Mario Ramón Beteta, para entonces gobernador del Estado de México, fuera desaforado y sometido a juicio político por defraudar al gobierno, pero el PRI mayoriteó y el proyecto de dictamen fue rechazado.

Los golpes espectaculares de la dupla Contraloría-Procuraduría no lograban distraer a los trabajadores, que, noqueados por las incesantes alzas de precios, reclamaban aumentos salariales. La cúpula obrera se vio en una situación muy incómoda. Aunque se había sometido, como siempre, al tope salarial del plan de austeridad ("no nos queda más que aguantar", suspiraba Napoleón Gómez Sada, presidente del Congreso del Trabajo), se veía obligada a protestar para no perder todo contacto con las bases obreras, que padecían los efectos más devastadores de la crisis, además de que los líderes tenían que protegerse de alguna manera de las posibilidades de desmantelamiento sindical.

En las calles de la ciudad de México se multiplicaban las manifestaciones de protesta e inconformidad, con el consiguiente congestionamiento del tránsito vehicular que tanto fastidiaba a Jacobo Zabludovsky en su noticiario *24 horas* . Primero, el Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM) se lanzó a la huelga por un aumento de 100 por ciento, y fue seguido por el de la Universidad Autónoma Metropolitana. Al poco rato seis universidades, incluyendo la Pedagógica, el INBA y varias escuelas del interior, se declararon en huelga. El rector de la UNAM, Octavio Serrano, optó por la línea dura e ignoró las incontables marchas y el plantón que el STUNAM armó en el zócalo. En un principio propuso un aumento de 1 700 pesos mensuales, pero como fue rechazado, lo retiró en el acto, y después de hacerla de emoción ofreció 50 por ciento de los salarios caídos, pero ningún aumento. Indignado, el sindicato arreció las marchas, organizó una gran manifestación con un gran apoyo de toda la izquierda a fines de junio e hizo otro plantón, esa vez ante la Secretaría del Trabajo. El rector, monitoreado por el gobierno, no cedió, y en julio el STUNAM se vio precisado a levantar la huelga con cero aumento y 50 por ciento de los salarios caídos. Fue parecido el caso de la huelga del SUTIN (Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear). El mensaje era claro: no se tolerarían las inconformidades obreras y, si se iban a la huelga, el gobierno aprovecharía para requisar o privatizar las empresas. Los trabajadores se alineaban o se alineaban.

No eran tiempos para la izquierda. El flamante Partido Socialista Unificado de México (PSUM) se había quedado paralizado ante la crisis. Fue fundado en 1981 como un serio intento por lograr el sueño de una izquierda unificada y congregó al viejo Partido Comunista Mexicano (PCM), como tronco central; al Partido del Pueblo Mexicano (PPM), surgido de una escisión del Popular Socialista (PPS); al Movimiento de Acción Política (MAP), con sus afamados mapaches, los intelectuales por cuales Arnaldo Córdova, José Woldenberg, Rolando Cordera y Carlos Pereyra; al Movimiento de Acción y Unidad Socialista (MAUS); y al Partido Socialista Revolucionario (PSR). Ni el Mexicano de los Trabajadores (PMT) ni el Revolucionario de los Trabajadores (PRT), trotskista, quisieron integrarse en la "izquierda unificada". Como los eurocomunistas, el PSUM había renunciado al dogma de la dictadura del proletariado en favor del "poder democrático obrero" y criticaba el socialismo real de la URSS y su bloque. Tampoco se consideraban ya la vanguardia de vanguardias o la conciencia esclarecida del proletariado. Al nuevo partido le tocó desarrollarse en el contexto de la crisis económica y buena parte del tiempo la ocuparon discutiendo cómo caracterizarla y enfrentarla. Un poco después, el PSUM entró en su propia crisis a causa de una pugna por la dirección entre Pablo Gómez, que venía del PCM, y Alejandro Gascón Mercado, del PPM, quien finalmente se salió del partido con sus seguidores.

A fin de año, el PSUM fue puesto a prueba en Juchitán, donde se había unido a la Coalición Obrero Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI) y juntos ganaron las elecciones municipales con Leopoldo de Gyves como candidato. El gobernador de Oaxaca Pedro Vázquez Colmenares y el Congreso local, que nunca aceptaron la victoria coceísta, declararon desaparecidos los poderes en Juchitán. Después, los soldados y la policía tomaron el pueblo por sorpresa, con el pretexto de que la COCEI almacenaba armas y explosivos, y desalojaron violentamente la presidencia municipal, ya que encontraron resistencia por parte de los coceístas. La represión fue feroz, pues el gobierno quería aprovechar el vuelo para aplastar a la COCEI de una vez por todas, y culminó con las órdenes de aprehensión de 41 coceístas, incluyendo a siete líderes. De Gyves tuvo que pasar a la clandestinidad durante un tiempo.

Por su parte, y para consternación de muchos, el Comité Nacional del PMT acusó de indisciplina, desvío de fondos, violación de estatutos y de anteponer sus intereses personales a Demetrio Vallejo, el gran héroe ferrocarrilero de 1958. Era un desmadre, decían sus compañeros, y finalmente no se tentaron el corazón para destituirlo del comité nacional. Con esto, Heberto Castillo, a su vez héroe del 68 y creador de la tridilosa (un invento que eliminaba el desperdicio del concreto), quedó como líder indiscutible. A la sombra de la reforma política, el PMT pidió su registro legal para participar en las elecciones de 1982, pero se le negó, porque era obvio que no iba a alinearse con el gobierno. Heberto Castillo contaba que en dos ocasiones Echeverría trató de cooptarlo: en 1972 lo invitó a ingresar en el PRI y le ofreció buenos huesos para él y su gente; al año siguiente lo mandó golpear (tres costillas rotas) e inmediatamente después lo sacó del hospital para invitarlo a cenar, "caray, ingeniero, mire cómo me lo dejaron", y le propuso la compra de grandes cantidades de tridilosa para 100 mil casas del Infonavit, con lo que el ingeniero obtendría ganancias de 70 millones de pesos al año. El PMT obtuvo el registro legal en 1984, después de muchas jugarretas de la Secretaría de

Gobernación, y compitió en las elecciones de 1985. Fue la única vez que lo hizo, pues en 1987 se integraría al Partido Mexicano Socialista (PMS), que a su vez formaría parte en 1988 del Frente Democrático Nacional (FDN), el cual se transformó en el Partido de la Revolución Democrática (PRD) en 1989.

En las antípodas, el Partido Acción Nacional (PAN) poco a poco aumentaba su fuerza, especialmente en las regiones del norte del país. Sus triunfos durante el sexenio empezaron en San Luis Potosí, donde se coaligó con el Partido Demócrata Mexicano (PDM) y con el Frente Cívico Potosino, y obtuvo la presidencia municipal con la candidatura del popular oftalmólogo Salvador Nava. Éste ya había sido presidente municipal de San Luis Potosí en 1958, cuando arrasó como candidato independiente; después quiso ser gobernador: en un principio le dieron alas en el PRI, pero al final le dijeron que siempre no. Nava formó entonces el Partido Demócrata Potosino y se lanzó por su cuenta. No le dieron la menor oportunidad y el sistema le cargó la mano: urdió un grosero fraude electoral, se reprimieron violentamente las protestas navistas y, por si fuera poco, el doctor fue a dar a la cárcel. Por lo tanto, a partir de 1963, Nava mejor se olvidó de la política y se dedicó a su profesión, hasta que 20 años después volvió a ganar la presidencia municipal a pesar de que Carlos Jonguitud Barrios, cacique de los maestros del SNTE y gobernador de San Luis, trató de impedirlo por todos los medios y después no paró de hacerle la guerra sucia.

Al PAN le favoreció la impopularidad del régimen debida a la crisis, pero la verdad es que, a partir de 1983, este partido emergió cada vez con más fuerza, y no sólo "cachó votos" sino que empezó a cosechar los frutos de su trabajo como oposición que inició desde los años cuarenta. En todo caso, a mediados de 1983 el PAN sorpresivamente ganó las alcaldías de Durango, con Rodolfo Elizondo; de Ciudad Juárez, con Francisco Barrio; y de Chihuahua, con Luis H. Álvarez. También obtuvo otras seis ciudades chihuahuenses y Guanajuato, coaligado con el Partido Demócrata Mexicano (PDM). Después caerían Monclova y Hermosillo.

Era evidente que algo serio ocurría, y en el PRI todos se preocuparon, aunque Adolfo Lugo Verduzco iluminó al país con su afirmación: "En las elecciones se gana o se pierde". Claramente, el avance panista los había agarrado como al Tigre de Santa Julia, a pesar de que era de esperarse que más temprano que tarde la crisis tenía que favorecer a la oposición. El presidente De la Madrid permitió que se respetase la mayor parte de los triunfos del PAN, pero sus ímpetus democratizadores, si deveras los tuvo, duraron poco, pues en septiembre ya se había echado para atrás en Baja California. Se decidió que, a como diera lugar, ahí no sucedería lo mismo que en Chihuahua y Durango. A pesar de que Acción Nacional aseguró que Héctor Terán había ganado la gubernatura, la primera del PAN, y Eugenio Elorduy la alcaldía de Mexicali, los alquimistas hicieron lo suyo y se impuso como gobernador a Xicoténcatl Leyva Mortera, otro amigo del presidente De la Madrid. Ah pa amiguitos, exclamaron en Baja California. El PAN protestó, pero el gobierno no cedió; para entonces ya estaba encarrerado en el arte de inventar su propia realidad y de esperar, además, que todos la aceptasen sin chistar, así es que el PRI también le trampeó al PAN las elecciones de Matamoros, Culiacán y Puebla.

Buena parte del éxito del PAN se debía al apoyo de la Iglesia católica. Los

obispos Manuel Talamás, de Ciudad Juárez, y Adalberto Almeida, de Chihuahua, claramente criticaron al PRI y promovieron al PAN. A ellos se agregarían después Luis Reynoso Cervantes, obispo de Ciudad Obregón, y Carlos Quintero Arce, de Hermosillo, al igual que Genaro Alamilla, del Episcopado. También había contribuido el empresario Eloy Vallina, cabeza del grupo Chihuahua, que se hallaba furioso con el gobierno desde que le estatizaron su Multibanco Comermex, por lo que dio apoyo económico a los candidatos del PAN.

A pesar de que los triunfos panistas manifestaban serios descontentos de la población, el gobierno insistía en que estaba haciendo lo correcto; por dolorosa que fuera, ésa era la única ruta posible. Toda crítica al respecto era inútil; es más, quien *indujera dudas* sobre el destino nacional era un traidor a la patria, advirtió el presidente. Esta declaración no extrañaba porque Adolfo Lugo Verduzco, presidente del PRI, había dicho que las medidas económicas del gobierno eran "los Nuevos Sentimientos de la Nación", con lo cual De la Madrid, que se decía fan de don Chema Morelos, quedó muy satisfecho. A mitad de año, el presidente presumía su gran logro y esperaba que todo el mundo lo felicitara: ¡había evitado la hiperinflación!

Sin embargo, la realidad se empeñaba en contradecir al buen don Miguel. En marzo habían vuelto a subir, en 100 por ciento, las tarifas de la gasolina. También hubo aumentos de 233 por ciento en telégrafos, de 120 por ciento en la electricidad y ¡de seis mil por ciento en correos! Poco después, el Departamento del Distrito Federal ("no podía rezagarse") aumentó en un 100 por ciento el impuesto predial y en 60 por ciento los servicios de tránsito: tenencias, licencias, placas y demás. Consecuentemente, los agentes de tránsito también aumentaron la tarifa de las mordidas. Ante el ejemplo oficial, casi todos los productos volvieron a reetiquetarse, los aumentos de precios se generalizaron y de nuevo se dio la especulación y el acaparamiento.

En realidad todo esto fue el marco para la cabal liberalización de precios que exigía el Fondo Monetario Internacional. Se suponía que 300 productos estaban sujetos a control, pero éste no se aplicaba porque no había personal suficiente para vigilarlo, o al menos eso pretextaba la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial (Secofin). Así es que, para fines prácticos, se trataba de una virtual liberalización de precios. No es de extrañar entonces que la revista inglesa *Euromoney* otorgara el título de Ministro de Finanzas del Año a Jesús Silva Herzog, lo cual se leyó como palmaditas en la cabeza a la docilidad con que México satisfacía las exigencias del FMI. "Suceda lo que suceda, México cumplirá sus obligaciones financieras", se ufanaba Silva Herzog. En tanto, por no dejar, seguía la fuga de capitales y a la mitad de 1983 los bancos estadunidenses reportaban ya depósitos provenientes de México por más de dos mil millones de dólares.

Por supuesto, esta cifra estaba maquillada, pues una vez que los tecnócratas tomaron el poder demostraron capacidades mágicas para modificar las cifras a su conveniencia, y así desde los reportes económicos hasta los demográficos se ajustaban a las necesidades del régimen. El periodista Carlos Ramírez, en ese entonces en *Proceso* , reveló que Carlos Bazdresch, del Banco de México, andaba muy preocupado porque las cifras oficiales de la institución indicaban un aumento de 24 por ciento en los precios, algo que por ningún motivo podía

reconocerse públicamente. Después de una discreta rasurada, se anunció que los precios habían crecido 10 por ciento, así es que "el 14 por ciento restante se lo comieron y no les hizo daño", dijo Ramírez. Esta política no sólo se mantuvo, sino que después llegó a extremos insufribles durante el gobierno de Salinas de Gortari.

De cualquier manera, el equipo salinista de Programación y Presupuesto dio a conocer su Plan Nacional de Desarrollo (PND), vástago del que el mismo equipo había redactado en 1979, que de entrada reiteró que en el corto plazo no existían bases materiales para lograr la mejoría de los niveles de vida de la población y que el comportamiento real de la economía había distado mucho de lo previsto. Las razones de la crisis, se insistió, eran estructurales: insuficiencia de ahorro interno, falta de competitividad del aparato productivo nacional y desequilibrios en el patrón de desarrollo entre agricultura, industria y comercio. Como receta a estos males el PND propuso un nuevo modelo de desarrollo con la apertura comercial unilateral y la reducción de la participación del Estado en la economía. El objetivo principal consistía en elevar el ahorro interno como palanca para un crecimiento acelerado, sostenido con tasas superiores de seis por ciento anual a partir de 1985. Se esperaba que ante la competencia extranjera las empresas mexicanas realizarían una "reconversión" tecnológica, se modernizarían e incrementarían su productividad. Así se lograría frenar las importaciones, aumentar las exportaciones, equilibrar la balanza de pagos y depender cada vez menos del usurero crédito externo.

Sin embargo, las medidas de corto plazo sólo corroboraron las que había implementado el PIRE; reducción de la inversión y del gasto de gobierno, restricción de los créditos, reducción de los salarios reales, alza de precios y tarifas oficiales, liberalización de precios en general y subvaluación del peso. De cualquier manera, por no dejar, la iniciativa privada calificó al PND de "estatizante". Es verdad que con estas disposiciones el ahorro interno aumentó, pero la realidad fue que el sexenio terminó con crecimiento cero, y no de seis por ciento a partir de 1985, como alegremente pronosticaba el PND.

En lo concreto, el PND implicó el arranque oficial de los planes de privatización de empresas estatales, que sumaban 1 115 en 1983. Ciertamente las había en exceso (Echeverría y López Portillo compraron la mayor parte durante la docena trágica). Para empezar, se vendieron las compañías automovilísticas Vehículos Automotores Mexicanos (VAM) y Renault por 4 500 millones de pesos a empresas de Francia, pero no sin que antes el gobierno absorbiera la deuda de 16 millones de pesos. En cierta forma, así se estableció parte de lo que después sería el patrón de las privatizaciones: en casi todos los casos el gobierno asumía déficit y deudas de las empresas, y después las vendía "limpias" y a precios bajos.

La privatización era parte medular del proyecto delamadridista. Representaba adelgazar al Estado para reducirlo a las proporciones adecuadas a un mercado libre. Para el gobierno de De la Madrid además significaba obtener ingresos a la vez que se deshacía de los gastos de mantenimiento de numerosas empresas. Sin embargo, como se sabe, el riesgo de la concentración de la riqueza era una constante en las privatizaciones, además

de que nada garantizaba que los grupos privados resultasen mejores administradores que el Estado, especialmente en México, donde la IP se había caracterizado por su pobreza de ideas y carencia de imaginación y creatividad, por lo cual siempre iba a la zaga en cuanto a adelantos y nuevos sistemas.

En tanto, el peso perdía su valor, y paulatinamente se fueron eliminando las viejas monedas que circularon durante tanto tiempo: quintos, dieces, veintes, pesetas y tostones, pero también las de un peso y de 5, 10 y 50 pesos dejaron de existir. En 1988 la moneda de más baja denominación era de 100 pesos, y las había de 200, 500, mil y de cinco mil. Circulaban billetes de cinco mil, 10 mil, 20 mil y 50 mil. Después aparecerían los de 100 mil, cuando todos éramos millonarios y un melón era cosa de risa, cualquiera lo tenía, pero, eso sí, nunca hubo billetes de un millón de pesos.

Tan pronto como empezó el sexenio, el presidente De la Madrid envió una iniciativa de ley que mediante penas a la difamación abría la posibilidad de encarcelar a periodistas y a escritores. El medio intelectual en pleno protestó ante esta "ley mordaza", por lo que De la Madrid retiró su sonda y desistió de sus intentos de frenar la libertad de expresión que con tantos esfuerzos se estaba conquistando.

En la prensa, lo más notable fue la escisión que tuvo lugar en el periódico *Unomásuno* a fines de 1983. Los subdirectores Carlos Payán, Miguel Ángel Granados Chapa y Carmen Lira, más Héctor Aguilar Camín y Humberto Musacchio, renunciaron a la empresa seguidos de un fuerte contingente de articulistas y reporteros. Los renunciantes se quejaban de que la dirección del diario se había vuelto conservadora y antisindicalista, pero especialmente de que ya eran más sociedad anónima que cooperativa; el director general, Manuel Becerra Acosta, tenía 60 por ciento del periódico y le pedían que retomara el espíritu cooperativo mediante "la redistribución del capital". Como respuesta, Becerra Acosta compró el resto de las acciones.

Ante esto, el grupo de periodistas que renunció se puso a trabajar intensamente en la creación de un nuevo diario, convocó el apoyo público, subastó cuadros donados por pintores célebres y vendió acciones, además de que obtuvo los apoyos necesarios en las altas esferas. Así es que en septiembre de 1984 apareció *La Jornada* , dirigida por Carlos Payán Velver, con el consabido tamaño tabloide y tintas más pesadas, que iban a tono con el espíritu dark de los tiempos. Desde un principio *La Jornada* tuvo mucho éxito y se volvió el periódico preferido de los sectores progresistas, ligados a la cultura, y de los jóvenes. En poco tiempo el nuevo diario se volvió muy influyente en la vida nacional.

Menos espectacularmente, pero con mucha eficacia, progresaban *El Financiero* y *El Economista* , periódicos centrados en la información económica, aunque el primero pronto se volvió de carácter más amplio y durante el salinato jugaría un papel destacado en la vida nacional. Con la crisis y un proyecto de concentración de la riqueza, la economía estaba de moda. Así como en los setenta brotaron las páginas, secciones y suplementos culturales, en los ochenta los periódicos ampliaron sus secciones de economía o abrieron páginas o suplementos de finanzas. No sorprendió entonces que la

revista estadunidense *Town and Country* dedicara un número entero a los nuevos multimillonarios mexicanos, los que se beneficiaban con la crisis y a quienes la revista llamaba *the mighty Mexicans* .

En 1986, la PGR, azuzada por Gobernación, se lanzó contra las publicaciones que "ofendían el pudor y la decencia" y que incitaban a la práctica de "actos licenciosos, lúbricos, contrarios a la continencia y las buenas costumbres". Cincuenta publicaciones fueron declaradas ilícitas, como *Curvas, curvas y más curvas* , *Vaquera erótica* , *El llamado del sexo* , *Pimienta* , *Picante* , *Furia carnal* y *Deseo y pasión* , pero también *Alarma* y *Valle de lágrimas* , que eran amarillistas y morbosonas pero no precisamente porno. En realidad, el gobierno montó la ofensiva antipornográfica para someter a Publicaciones Llergo, dueña de las dos revistas y de *Impacto* , a la que el gobierno ya había retirado toda la publicidad oficial. Esta revista de derecha, dirigida por Mario Sojo Acosta, criticaba duramente al gobierno, pero en especial al presidente y a Manuel Bartlett, el secretario de Gobernación. De Miguel de la Madrid decía que tenía "el grado más bajo de popularidad", y que prefería " cobijar a sus amigos en vez de cumplir con la nación"; a Bartlett lo definía como "soberbio, puritano, ambicioso, controlador, inquisidor, fariseo, autoritario, intolerante, represor, ciempiés con muletas, maniobrero, intrigante, perverso y aspirante al delfinato". No es de extrañar entonces que un juez civil decretara el embargo de los bienes de la empresa y que la policía judicial montase un impresionante operativo para llevarlo a cabo. Finalmente, los dueños de la revista despidieron a Sojo e *Impacto* disminuyó sus críticas.

Por su parte, el millonario Mario Vázquez Raña, socio de Luis Echeverría y dueño de *El Sol de México* , en 1986 se embarcó y puso 41 millones de dólares por 95 por ciento de las acciones de la United Press International (UPI). Nunca dejó de tener infinitos problemas. Grandes diarios, como el *New York Times* , le cancelaron los servicios; los principales elementos de la agencia renunciaron; tuvo que cambiar varias veces de director; y al final desistió de sus intentos de conquistar el mercado gabacho. Como los ratoncitos del futbol, los titanes empresariales mexicanos no eran pieza entre los grandes tiburones internacionales.

En 1984, Carlos Fuentes obtuvo el premio Nacional de Letras y para festejarlo sostuvo un edificante debate con Gastón García Cantú. Primero, el novelista acusó a García Cantú de "fantasioso fariseísmo, subjetivismo colindante con la estupidez política, demagogia nauseabunda y subdesarrollada". El historiador replicó que Fuentes era un "eterno descubridor de Xochimilco" y que de "semidiós del desarrollo había pasado a Sandino de Harvard". "Hipócrita", disparó el novelista, "abyecto, cursi, hipócrita, soberbio, gritón, vanidoso, estridente, anticuadito, recoleto, votivo y vocativo".

Pero si el maestro Fuentes creía haber visto todo, le faltaba aún la crítica demoledora, publicada en 1987, primero en Estados Unidos y luego en la revista *Vuelta* , con el título "La comedia mexicana de Carlos Fuentes", en la que el historiador de moda Enrique Krauze lo descalificó como novelista, como ensayista y como personaje público; le reprochó su adhesión a Luis Echeverría, su vida frívola, su apoyo a los sandinistas, sus actitudes histriónicas y especialmente que distorsionara el tema de México frente al

público estadunidense “con credenciales que no ha querido o sabido ganar”. Fernando Benítez, quien para entonces había considerado inútil seguir con Becerra Acosta en el suplemento *Sábado* y pasó a dirigir *La Jornada Semanal* , se puso furioso, calificó a Krauze de “gloria municipal” y a su texto de “libelo”. Los dos sostuvieron después un intercambio de artículos que se fueron haciendo conciliatorios. Sin embargo, el hecho de que Octavio Paz, director de *Vuelta* , en un principio no se deslindara de las críticas de su pupilo, terminó de separar a los dos grandes intelectuales y a partir de ahí Fuentes estrechó su alianza con Gabriel García Márquez y, en México, con el grupo Nexos; de Krauze sólo dijo que era “una cucaracha ambiciosa”.

En 1984, Octavio Paz cumplió 70 años de edad y todo el año recibió homenajes, que incluyeron una serie de programas de televisión (*Conversaciones con Octavio Paz*) que se transmitían cuatro veces a la semana y en los que el poeta pontificaba frente a altos intelectuales que lo escuchaban arrobados; también hubo interminables mesas redondas en su honor en todo el país y toneladas de textos laudatorios en las publicaciones culturales. El 6 de octubre los homenajes culminaron con el premio de los libreros alemanes que fue entregado en la Feria del Libro de Franckfort; la ceremonia fue transmitida por Televisa, pues Paz se había vuelto tan adicto al monopolio de Emilio Azcárraga, que muchos le decían “Pazcárraga”. Don Oct aprovechó la tribuna para criticar al Grupo Contadora, pero en especial para atacar virulentamente a los sandinistas, “cuya revolución”, dijo, “fue confiscada por una élite de dirigentes. Los sandinistas buscan instalar una dictadura burocrático-militar”, aseguró. En México, mucha gente, especialmente jóvenes de izquierda, se indignó y lo manifestó a través de declaraciones, cartas y desplegados, e incluso en una marcha se quemó la efigie del poeta. Él, ultrajado, se quejó de “ linchamiento” y sus amigotes también pusieron el grito en el cielo.

Paz también se engolosinaba al insultar a los demás. De Pablo Neruda decía que “el estalinismo se apoderó de su espíritu porque se alimentaba de su egolatría y de su inseguridad psíquica”, además de que “el sueldo le permite ofrecer mesa y cantina libre a una jauría que adula su resentimiento”. Al pobre de Gregorio Selser le asestó: “No tengo establos, pero si los tuviera Selser ocuparía su lugar en el pesebre de los burros”. A Fernando del Paso le sugirió que se comprara anteojos y le recomendó: “Guarde sus tijeras melladas y esconda las uñas rotas”. También vapuleó una vez a Arnaldo Córdova, quien había dicho “cultura moderna” pero el poeta oyó “pintura soviética”. Acusó a Carlos Monsiváis de tener un discurso deshilvanado, confuso, profuso y difuso, además de que era un “pepenador”. “No es hombre de ideas, sino de ocurrencias”, diagnosticó. Por último, Emmanuel Carballo lo acusó de saquear las ideas de Rubén Salazar Mallén y de Samuel Ramos en *El laberinto de la soledad* sin darles el debido crédito. “No estoy contra el plagio”, respondió Paz, y para mostrar que no se andaba con cuentos tampoco le dio crédito a Paul Valéry al añadir: “Ya se sabe que el león se alimenta de corderos”. En 1988, después de las elecciones y la caída del sistema, Paz publicó un artículo que supuestamente debía de poner punto final a todas las discusiones, pero mucha gente lo rebatió, desde Luis Javier Garrido hasta Adolfo Gilly. Como respuesta, en un solo artículo Paz fulminó a todos, hasta a Superbarrio, quien mejor lo retó a unas luchitas. El maestro ya no habló de linchamientos, pero, a partir de entonces, le bajó el volumen a su prédica

política. En el sexenio delamadridesco publicó *Tiempo nublado* , una recopilación de textos políticos, y *Las trampas de la fe* , un estudio muy polémico sobre Sor Juana Inés de la Cruz, donde el león de nuevo se alimentó de corderos.

En los ochenta, la revista *Vuelta* , de Octavio Paz, se llenó de anuncios y se puso de moda entre la clase media alta que quería ilustrarse. Con Enrique Krauze como subdirector, la revista contó con las colaboraciones de grandes estrellas internacionales y de los mexicanos Gabriel Zaid, Salvador Elizondo, Ulalume González de León, Julieta Campos y Juan García Ponce; después se abrieron las puertas a Christopher Domínguez, Fabienne Bradu y Aurelio Asiáin. Verdaderas legiones de jóvenes intelectuales hacían cola o se daban "su vuelta" para ver si les daban chance de entrar en el grupo, pues la revista se volvió un poderoso centro de poder intelectual; contaba con el apoyo del gobierno y de Televisa, su influencia se extendía a otras publicaciones y después montó su propia editorial.

Su archienemiga era la revista *Nexos* , de Héctor Aguilar Camín, que se inclinaba más a la política y a las ciencias sociales; el subdirector era Rafael Pérez Gay y en la banda participaban Rolando Cordera, José María Pérez Gay, Enrique Florescano, José Woldenberg, José Joaquín Blanco, Sergio González Rodríguez y Fernando Solana. Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska eran de casa. *Nexos* también se llenó de anuncios, se leyó mucho e igualmente constituyó un polo de poder intelectual, pues controlaba además el suplemento de *La Jornada* y el de *El Nacional* , la editorial Océano y después Cal y Arena; a fines de sexenio tuvieron su programa, *Nexos* , en la televisión estatal. Aguilar Camín, que además estaba casado con la novelista de moda Ángeles Mastretta, era amigo del presidente De la Madrid y lo acompañaba en algunos de sus viajes, pero especialmente se hallaba cerca de Carlos Salinas de Gortari y su grupo compacto. Así las cosas, el poder de *Nexos* era el dolor de cabeza de *Vuelta* , aunque en el fondo los extremos se tocaban y ambos grupos coincidían en el elitismo y en la proximidad e influencia en el gobierno, especialmente durante el sexenio de Salinas. Durante el delamadridato, Octavio Paz tendía a pintar su raya ante el gobierno; por eso los del PAN decían que el poeta al fin había llegado a sus posiciones. Sin embargo, Paz se alineó con Salinas desde el comienzo del sexenio, y fue entonces cuando las grandes mafias chocaron con fuerza y ambas salieron perdiendo.

Por su parte, Juan Rulfo también llegó al esplendor de su gloria durante el gran homenaje nacional que en 1980 le dedicaron las oficinas culturales del gobierno, y que motivó una adhesión impresionante del medio cultural. Por desgracia, al maestro se le ocurrió recordar la frase de Álvaro Obregón y lema priísta "Nadie resiste un cañonazo de 50 mil pesos". El ejército, en el colmo de la hipersensibilidad, decidió sentirse agraviado y se quejó, por lo que el presidente, de lo más incómodo, tuvo que darle un coscorrón al gran escritor para calmar a los militares. En 1986, Juan Rulfo murió de cáncer pulmonar a los 68 años de edad; el medio cultural y las autoridades lo canonizaron al instante, un alud extraordinario de homenajes se dejó venir y desde entonces la nueva ánima de Sayula sigue aterrorizando a los estudiantes mexicanos. Por otra parte, un año antes había fallecido, pero ni remotamente recibió tantos homenajes, Luis Spota, el primer bestseller

mexicano, autor de *Casi el paraíso* y de numerosas novelas sobre políticos.

El poeta Juan Bañuelos se vio muy bien en 1984 cuando obtuvo el premio Chiapas. De cara al gobernador Absalón Castellanos Domínguez, notorio cacique y gran represor, Bañuelos denunció los cacicazgos, a la oligarquía chiapaneca y al sistema, y al final donó los 250 mil pesos del premio a los indios de Chiapas a través del obispo de San Cristóbal de Las Casas, Samuel Ruiz. Otro acontecimiento festejado fue el nombramiento de José Emilio Pacheco como el miembro más joven de El Colegio Nacional, en el que figuraban ya Carlos Fuentes, Salvador Elizondo y Antonio Alatorre. "Entre las ruinas del país, la cultura sigue en pie", dijo Pacheco en su discurso de ingreso.

En 1983 llegó la poderosa Editorial Planeta y, para abrir boca, adquirió la mayoría de las acciones de la Editorial Joaquín Mortiz. En Argentina había comprado Sudamericana y Seix Barral, en España. El Fondo de Cultura Económica (FCE) publicó las cuatro partes de las *Memorias* de José Vasconcelos, quien a su vez claramente inspiró la serie Lecturas Mexicanas, que la Secretaría de Educación Pública produjo con el FCE. En un principio se trató de publicar 100 libros indispensables en bellas y bien hechas ediciones con tirajes de 50 mil y 100 mil ejemplares que se vendían baratísimos en los puestos de periódicos. El público agradeció el esfuerzo y la serie fue un éxito, aunque hubo quejas porque Jaime García Terrés, director del FCE, se agandalló al excluir los libros de los autores que no eran de su agrado, como Juan José Arreola o Emmanuel Carballo. Después, la Subsecretaría de Cultura de la SEP, conducida por Martín Reyes, hizo a un lado al Fondo de Cultura y publicó una segunda serie, con una selección más abierta que incluyó los libros estimables que se publicaron a partir de los años sesenta. En los noventa hubo una tercera serie de Lecturas Mexicanas, aunque los libros dejaron de venderse en los puestos de la calle, subieron de precio y se redujeron considerablemente los tirajes.

Entre los libros de poesía publicados entre 1983 y 1988 son memorables *Memoria del tigre* , de Eduardo Lizalde; *Los trabajos del mar* , de José Emilio Pacheco; *Bacantes* , de Elsa Cross; *Hemisferio sur* , de Alejandro Aura; *Ciudad bajo el relámpago* y *Música solar* , de Efraín Bartolomé; *Cantata a solas* , de Tomás Segovia; e *Incurable* , de David Huerta. De narrativa: *Pasaban en silencio nuestros dioses* , de Héctor Manjarrez; *Antonia* , de María Luisa Puga; *Tiempo transcurrido* , de Juan Villoro; *La casa junto al río* , de Elena Garro; *Cerca del fuego* , de José Agustín; *En jirones* , de Luis Zapata; *Gringo viejo* y *Cristóbal Nonato* , de Carlos Fuentes; *Otilia Rauda* , de Sergio Galindo; *Entrecruzamientos* , de Leonardo da Jandra; *Camera lucida* , de Salvador Elizondo; *Mejor desaparece* , de Carmen Boullosa; *Los nombres del aire* , de Alberto Ruy Sánchez; y *El Rayo Macoy* , de Rafael Ramírez Heredia. *Morir en el Golfo* , de Héctor Aguilar Camín, fue un gran éxito de ventas, al igual que *Arráncame la vida* , de Ángeles Mastretta, *Las niñas bien* , de Guadalupe Loaeza, y *Como agua para chocolate* , de Laura Esquivel, que resultó un espectacular bestseller internacional en los noventa.

En los ochenta fue notable el surgimiento de escritoras que, además, tenían un gran éxito. Con Elena Poniatowska a la cabeza, habían destacado Ángeles Mastretta, Laura Esquivel, Guadalupe Loaeza, Carmen Boullosa, María Luisa

Puga, Silvia Molina, Ethel Krauze, Aline Petterson y Malú Huacuja. También prosperó la novela histórica, género en el que *Noticias del imperio* , de Fernando del Paso, la hizo en grande, pues tuvo altas ventas y el reconocimiento exaltado de la crítica. Fue muy notorio igualmente el auge de la novela negra o policiaca, en la que Paco Ignacio Taibo II era el máximo exponente.

Aparte del apoyo de su manager, Enrique Krauze se había sentido fuerte como para echarse una sopita con Carlos Fuentes porque en 1985 llegó al estrellato con *Por una democracia sin adjetivos* , ensayo en el que planteaba que México no podría salir de la crisis económica sin resolver la crisis política. Otro texto exitosísimo fue *Vecinos distantes* , en el que el corresponsal del *New York Times* y pedante de tiempo completo Alan Riding vio a nuestro país como un exótico *Mexican curious* . El libro político más radical de todos fue *Exaltación de ineptitudes* , en el que Rafael Ruiz Harrell concluyó que el sistema político no estaba diseñado para gobernar, sino para conservarse en el poder, de ahí su ineptitud. "Creo que, en general", escribió, "nuestros gobernantes son seres amorales, hipócritas, incapaces de afecto por los demás, profundamente irrespetuosos y tan infinitamente egoístas que no reconocen más reglas o principios que los de su ambición personal. Lidiamos, pues, con delincuentes irremediables".

"ERO GROSERO, ERO MARRANO"

En 1984, Estados Unidos avanzaba cada vez más en su proyecto de domesticar a México. Nuestros vecinos tomaron a nuestro país como *punch bag* y mediante insultos, humillaciones y golpes incesantes nos fueron confeccionando de acuerdo con sus necesidades, pues México se había vuelto un asunto de "seguridad nacional" para ellos. A partir de la crisis del petróleo, Estados Unidos naturalmente desplazó su vista hacia los yacimientos mexicanos, tan convenientemente abundantes y próximos, e inició un proceso gradual para asegurarlos mediante el alineamiento de México a sus políticas.

Por supuesto, las medidas económicas del FMI estaban diseñadas con ese propósito, y lo cumplían eficazmente. A partir de 1983 era evidente la lastimera dependencia de México hacia Estados Unidos. Además, el colonialismo cultural por sí mismo estaba muy avanzado entre los ricos y la alta clase media (que, a su manera, también hablaba cada vez más espanglés, como los chicanos). El proyecto de "moldear a México" implicaba la gradual integración de nuestra economía a la de Estados Unidos, el incremento de la industria maquiladora (es decir, del uso casi regalado de la fuerza de trabajo de los mexicanos pobres), y pesadas presiones para que se diera un bipartidismo a imagen y semejanza del gabacho, con PRI y PAN como las dos caras de la moneda.

El gobierno de Ronald Reagan venía inflamado de una mística en la que se autopromocionaba como el arcángel del Bien que luchaba en contra del Mal representado por el comunismo, Fidel Castro, Nicaragua, Irán, Irak y los

guerrilleros y terroristas. Con este brío, tan fundamentalista y maniqueo como el de los ayatolas, Reagan de pasada se esforzaba por imponer el neoliberalismo en todo el mundo, tal como se había ensayado en Chile y se había puesto en práctica en la Inglaterra de la machorra Margaret Thatcher. México había caído redondito en las trampas de Estados Unidos, y aunque ahora el presidente Miguel de la Madrid parecía dispuesto a hacer lo que le dijesen, no estaba de más darle coscorrones frecuentes para que no fuera a indisciplinarse. De hecho, mientras más sumiso era, peor lo trataban.

Por esta razón, De la Madrid no dudó en formar parte del Grupo Contadora, que se constituyó en 1983, en la isla panameña del mismo nombre, integrado por Venezuela, Panamá, Colombia y México, como un urgente muro de contención ante la política bravera de Estados Unidos hacia toda Latinoamérica. Los sandinistas eran el blanco favorito, y Reagan estaba dispuesto a acabarlos a como diera lugar.

México rompió su vieja tradición de no formar grupos y participó activamente en Contadora, que resultó muy útil para evitar el avasallamiento de Nicaragua. En público, Estados Unidos dio su visto bueno a la aparición del grupo, pero por debajo del agua desde un principio trató de desacreditarlo, desestabilizarlo y disolverlo, en especial cuando el grupo propuso un Acta de Paz que pedía el retiro de todos los países extranjeros de Centroamérica y que fue avalada por el Mercomún Europeo y los pacifistas de todo el mundo. Esto le dio autoridad moral a Contadora y Estados Unidos tuvo que aceptarlo, aunque no cesó en sus intentos por eliminar al grupo o cuando menos neutralizarlo. Para ello se sirvió de Honduras y de El Salvador, sus penosos incondicionales en Centroamérica; y de Costa Rica y Guatemala, que no querían cederlas tan fácil. En 1984 Miguel de la Madrid emprendió un viaje "austero" (una comitiva de siete altos funcionarios) a Colombia, Venezuela, Brasil y Argentina para buscar apoyos al Grupo Contadora, que funcionó eficazmente hasta 1985 y después empezó a debilitarse.

Por si no bastaran las embestidas e intromisiones de Estados Unidos, en la frontera sur el ejército guatemalteco de lo más quitado de la pena con frecuencia se adentraba en territorio nacional para atacar los campamentos de refugiados que habían huido de Guatemala por la intensidad de la guerra. México no cayó en la provocación, aunque el ejército impuso un "cordón de seguridad" y declaró a Chiapas, Campeche, Tabasco, Yucatán y Quintana Roo como áreas de seguridad nacional. Los refugiados llegaron a ser decenas de miles. Durante un buen tiempo vivían hacinados en barracas en la máxima miseria, sin servicios, y aun así muchos permanecieron en México durante años. Algunos, claro, se arraigaron y se quedaron. El gobierno no los consideraba asilados políticos, sino "trabajadores migratorios".

Lo del sur era molesto pero en el norte estaba lo duro. En marzo de 1984 Miguel de la Madrid visitó Washington ("fue a rendir su informe", se dijo en México), donde el presidente Reagan lo trató con cordialidad protocolaria, pero la prensa y la televisión lo vieron con frialdad. El periodista Jack Anderson, incluso, le recetó dos de sus leídas columnas con la acusación de haber desviado 162 millones de dólares de fondos federales a su cuenta personal en Suiza. El gobierno mexicano se mostró escandalizado, pero no dijo nada. Más tarde, Anderson sugeriría que la información se la había

proporcionado el columnista estrella Manuel Buendía. Por otra parte, nunca se probó que De la Madrid tuviera obesas cuentas bancarias en Suiza.

Poco después, el Congreso de Estados Unidos aprobó la Ley de Reforma y Control a la Inmigración, conocida como Simpson-Mazzoli por el nombre de quienes la propusieron, que ponía en la mira a los cientos de miles de ilegales mexicanos en Estados Unidos. La aprobación de la ley dio foro a numerosas y despiadadas críticas a México, al que pintaban al borde del abismo, envilecido en la corrupción y el autoritarismo. Se dijo que, de entrada, un millón y medio de mojados serían deportados en masa, lo cual naturalmente no ocurrió, pero el país se aterrorizó ante la perspectiva del retache masivo de millón y medio de aspirantes al salario mínimo. A partir de ese momento, los medios de difusión estadunidenses continuaron machacando la campaña de que México se acercaba a la revolución o a la guerra civil.

El embajador John Gavin llegó a convertirse en la máxima pestilencia de los años recientes. Desde antes de llegar a México había dicho que la política mexicana era desastrosa. Después de eso ya no sorprendieron sus continuas e ilegales intromisiones en la vida mexicana. Causó un escándalo cuando, en 1984, se reunió en la casa del cónsul estadunidense de Hermosillo con el obispo Carlos Quintero Arce y con gente del PAN, incluyendo a su estrella sonorense Adalberto Rosas, cuyo nombre era un auténtico albur, pues era conocido como el Pelón Rosas. El gobierno se escandalizó. “Es una conjura contra México”, dijeron. “Fue un oscuro cónclave de reaccionarios”, añadió Adolfo Lugo Verduzco, gran jefe del PRI. Pero Gavin no hizo el menor caso y aseguró que las acusaciones de que formaba parte de una conspiración, además de difamatorias eran falsas. En 1984 lo entrevistó el grupo 20 Mujeres y un Hombre, y Gavin consideró “estúpidos” a quienes criticaban a Reagan acusándolo de apretar las tuercas del proteccionismo cuando a los demás les exigía apertura total. “No hay proteccionismo, Estados Unidos es el mercado más abierto del mundo”, afirmó —cuando ocurría exactamente lo contrario; de ahí las críticas—, y el embajador aprovechó el viaje para exigir que México admitiera ya, sin condiciones, la inversión extranjera. El procónsul decía también que mientras en Estados Unidos todo marchaba bien, en México sólo había líos y conflictos que podían evitarse si nuestro país firmaba un tratado comercial con los vecinos del norte, algo parecido al famoso Tratado de Libre Comercio que después promovería Carlos Salinas de Gortari.

En otras ocasiones justificó el despojo de territorios nacionales durante el siglo pasado, y después, ya en 1985, el embajador Gavin pidió a los turistas estadunidenses que no viajaran a México, porque la inseguridad era terrible: asaltaban en las carreteras, atracaban en las ciudades, los policías eran corruptos y andaban al acecho, además de que la contaminación y la sobrepoblación hacían insoportable a la ciudad de México. Como el pésimo actor que siempre fue, nos dedicó varios numeritos. Uno célebre fue cuando, en 1985, las agencias internacionales difundieron la versión de que Gavin sería retirado de México. El embajador convocó a una conferencia de prensa en la que, de pronto, sonó un teléfono, convenientemente colocado junto a don John. ¡Era nada menos que Ronald Reagan, quien le suplicaba que continuara en su puesto! “Me siento muy honrado, señor presidente”, accedió Gavin. “Cómo no. Hasta luego. Igualmente.”

Todo el tiempo se la pasaba insultando a la prensa mexicana, a la que no bajaba de irresponsable y maliciosa, así es que logró unificar a gran parte del país en su contra. En todas partes se le acusó de antidiplomático, intervencionista, insolente, prepotente, y se exigía a De la Madrid que lo expulsara del país. A Gavin no le preocupaba nada de eso y, como doña Borola Tacuche de Burrón cuando era niña, su actitud parecía decir: "Ero grosero, ero marrano, y qué y qué." Finalmente fue reemplazado en 1986 por Charles Pilliod Jr., ex presidente del emporio llantero Good Year Tire, quien sin más admitió que en 1977 había hecho "pagos ilegales", es decir, sobornó, por 134 mil dólares, a la Cámara Nacional de la Industria del Hule para que decidiera a favor de la "aprobación gubernamental a un aumento de precios en los neumáticos". Por su parte, Estados Unidos asestaba golpes consistentes a México. En 1983 provocó una baja sustancial en el precio del gas mexicano y además disminuyó sus compras a la mitad. Después, impunemente, practicó el proteccionismo que no toleraba en otros países y obstaculizó las importaciones de varios productos nacionales, principalmente carne y cítricos. Luego vino la ley Simpson-Mazzoli, que era un verdadero descontón a nuestro país. Y, por último, en menos de seis meses aumentaron cuatro veces las tasas de interés, con lo cual se tuvo que pagar mil millones de dólares extras por la deuda. Sin embargo, si los mexicanos creían haber visto todo, aún les faltaba contemplar los berrinches que armarían los estadunidenses a causa del asesinato de Enrique Camarena.

Un resultado casi inmediato de la crisis fue el explosivo incremento de la delincuencia y la inseguridad en general. Aunque las cosas no llegaban al nivel apocalíptico que clamaba John Gavin, la verdad fue que el desempleo, la falta de oportunidades y la carestía galopante hicieron que crecieran los robos, asaltos, secuestros y todo tipo de fraudes y peculados. Las cosas empeoraron en los noventa, pero en los ochenta ya eran críticas. Como no había lana la gente se la procuraba como podía, cada quien a su manera y según su cultura. Con esto también prosperó el ramo del guarurismo, pues los ricos buscaron escoltas que los protegieran, y los negocios de alarmas, de blindaje de autos y de vigilancia también se beneficiaron. Se incrementaron las fuerzas policiacas. Por supuesto, en vez de tratar de elevar la producción y con ello el empleo, el gobierno se preparó para el conflicto social y la represión. De entrada, el jefe de la policía del DF, Ramón Mota Sánchez, se sacó de la manga la Fuerza de Tarea, los Zorros. Eran los rambos mexicanos y estaban fascinados con su *look* : overol, botas, gran cinturón, chaleco blindado y gorra con visera; todo de negro. Después vendrían otros tiras más rambescos aún, conducidos por perros doberman.

En enero de 1984, la Secretaría de Gobernación de Manuel Bartlett elaboró el Plan Nacional de Seguridad Pública, que se proponía la moralización y la modernización de los cuerpos policiacos, la coordinación de las numerosas variedades de policías y la incorporación de los ciudadanos en la planeación de la seguridad pública. Pero todo esto quedó en buenas intenciones: la delincuencia siguió creciendo y la policía también. Poco a poco, los comercios pequeños y medianos de las grandes ciudades instalaron rejillas metálicas o gruesos alambrados para protegerse de los interminables atracos, y ese paisaje urbano se volvió habitual.

La policía se divertía mucho llevando a cabo redadas en las grandes ciudades del país y muy especialmente en la de México. La mayor parte era contra las bandas juveniles, pero también en contra de los contrabandistas, ya que la fayuca y el consiguiente ambulantaje crecían rápidamente. Otras veces la policía asaltaba fiestas de chavos o conciertos y toquines de rock. También tomaban por asalto partes de la ciudad célebres por los robos y la venta de mercancía chueca, como Tepito o la colonia Buenos Aires. Las redadas se hacían sin orden judicial y se caracterizaban por las golpizas y la brutalidad deliberada de la autoridad, por los atracos viles y por las detenciones arbitrarias que después dejaban buenas mordidas en los juzgados. En Juárez, Tijuana, Monterrey, Torreón, Culiacán, Guanatos, León, Puebla, Tuxtla Gutiérrez y otras ciudades las redadas fueron comunes. En el DF las zonas pobres las padecieron, pero especialmente el tianguis del Chopo, la zona rosa, Ciudad Nezahualcóyotl y las colonias Agrícola Oriental, Vicente Guerrero, Porvenir, Granjas México, Adolfo López Mateos, Caracol, Asociación Civil y Escuadrón 201.

En mayo, la nación se conmocionó ante el asesinato, fríamente planeado, del columnista Manuel Buendía, quien apenas entraba en un estacionamiento de la zona rosa cuando un joven le disparó por la espalda y sin perder tiempo huyó en una motocicleta que lo aguardaba y que pudo sortear el denso tránsito vespertino. Manuel Buendía TellezGirón tenía un largo historial en el periodismo mexicano; escribió en *El Día* en los sesenta, pero en los setenta causó sensación con su columna "Red Privada", que primero apareció en *El Sol de México* y después pasó al *Excelsior* , donde se volvió la más leída e influyente de México porque nunca había habido algo así. Buendía inició el auge de las columnas periodísticas que obtenían información confidencial y que disponían de una cultura política de primer orden para procesarla. Buendía llegó a ser muy prominente, pues tenía un valor extraordinario. Con los datos en la mano, y una ironía devastadora, denunciaba a la CIA, al narcotráfico, a la Iglesia, a los Tecos de Guadalajara y la extrema derecha, a la cúpula financiera y empresarial, y por supuesto al gobierno, empezando por el presidente. Era consciente del peligro que corría y andaba armado, de ahí el eficiente profesionalismo de su ejecución.

Desde un principio las sospechas recayeron en José Antonio Zorrilla, titular de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), quien en febrero de 1984 le puso una custodia a Buendía que lo seguía a todas partes y que acabó fastidiándolo. Zorrilla fue el primero en llegar, con los comandantes de la DFS Juventino Pardo y Roberto Estrella, al escenario del crimen, pero al poco rato se presentó la Policía Judicial del Distrito Federal (PJDF), que alegó jurisdicción sobre el caso. Para evitar discusiones, Juventino Pardo encañonó con su pistola la sien derecha del comanche de la PJDF y lo obligó a retirarse con toda su gente. A continuación, la DFS movió el cadáver, eliminó pruebas y saqueó los archivos del periodista, además de que más tarde secuestró a los testigos oculares del asesinato con el pretexto de protegerlos.

El gobierno condenó enfáticamente el crimen. El presidente asistió al sepelio y ordenó que se investigara hasta el final, como siempre, "cayera quien cayera". Pero la famosa investigación nunca progresó, la DFS se hizo la loca y las cosas siguieron estancadas a pesar de las protestas incontables de

periodistas, intelectuales y de una sociedad civil que empezaba a expresarse. A fines de sexenio, De la Madrid nombró un Investigador Especial del Caso Buendía, y después se pretendió dar carpetazo al asunto al arrestar, consignar, enjuiciar y condenar a Zorrilla, quien ya había dejado la DFS y había sido postulado como candidato del PRI a diputado federal por Hidalgo. Como asesino material se procesó y condenó a Rafael Ávila Moro, chavo de la familia del ex presidente Ávila Camacho metido a tira y a rocanrolero. Por cierto, durante su estancia en el reclusorio, Ávila Moro le dio duro al rock de la cárcel.

Es casi seguro que José Antonio Zorrilla estuvo involucrado en el asesinato de Manuel Buendía, pero en todo caso fue el operador y no el principal autor intelectual. El secretario de Gobernación Manuel Bartlett, jefe directo de Zorrilla, difícilmente pudo ser ajeno al asesinato, y cuando menos solapó la escandalosa eliminación de pruebas que el entonces director de la DFS llevó a cabo. Una hipótesis en boga planteaba que Bartlett encargó el asesinato a Zorrilla porque el periodista había obtenido información sumamente confidencial y comprometedora que involucraba al secretario de Gobernación con el narcotráfico, el cual crecía de lo más quitado de la pena porque había comprado a grandes figuras del poder judicial, del gobierno y del ejército delamadridista; también se decía que la información filtrada al columnista implicaba escandalosamente al presidente De la Madrid, el cual, como insinuaba el columnista Jack Anderson, también era un sospechoso de primera importancia.

Si con la ejecución de Buendía se buscaba frenar el ejercicio de la libertad de expresión, que desde los años setenta muchas veces se traducía en críticas al gobierno, este fin falló rotundamente, pues a partir de 1985 cada vez fue mayor y más influyente la cantidad de periodistas e intelectuales que ejercía la libertad de expresión en los libros, la prensa y la radio. En todo caso, el asesinato de Manuel Buendía fue uno de los primeros síntomas graves de la descomposición del régimen priísta, que de nuevo optaba por el asesinato para dirimir conflictos.

Después vino el Afamado Caso Durazo, el segundo gran escándalo de la Renovación Moral. En enero, el "general" Arturo Durazo Moreno, durante años comandante encargado de la lucha contra las drogas, ex director de la Dirección de Policía y Tránsito del Distrito Federal y amigo de la infancia de José López Portillo, fue acusado por la Contraloría General de la Federación de evasión fiscal, acopio de armas y despojo. La acusación en realidad era benigna. Desde siempre se sabía que Durazo era una bala perdida y con una mínima investigación pudo ser acusado de tráfico de drogas, asesinatos, estafas, fraudes, extorsiones, peculados, contrabando, nepotismo, torturas, *vendettas* y transas surtidas. Para no ir muy lejos, a él se le atribuía el despiadado asesinato de un grupo de narcotraficantes colombianos cuyos cadáveres fueron arrojados al río Tula. Era un feroz cocainómano, más aun que Freud, Sherlock Holmes y Mauricio Garcés juntos, y con frecuencia tenía que ir con los médicos deshollinadores para que le limpiaran la nariz. También era coleccionista de armas, de autos lujosos, de caballos y de monedas de oro. Obtuvo dinero en cantidades alucinantes.

Se hicieron célebres sus palacetes que quintaesenciaban lo ridículo, como el

Partenón en Zihuatanejo, 20 mil metros cuadrados rigurosamente despojados a los ejidatarios de la zona, que tenía un lago interior con olas mecánicas y cascadas, albercas, discoteca para mil parejas, ¡doce elevadores para subir al primer piso!, sala de automóviles de colección, caballerizas, esculturas griegas y su debido helipuerto. Valía tres millones de dólares. "Yo tengo derecho a tener casa en Zihuatanejo, ¿no?", argumentaba; "si la tienen los pobres, ¿por qué yo no?" En el Ajusco edificó la Colina del Negro, un verdadero castillo con hipódromo, cortijo, lagos artificiales, albercas, discoteca, canchas de tenis, campo de futbol, juegos infantiles y helipuerto. Según Durazo, la adquirió con enormes sacrificios. "Hubieras visto a mi señora llevando la carretilla", decía.

En diciembre de 1982 desapareció del escenario público y se rumoró que sentía pasos en el tejado y había huido a Los Ángeles o a Puerto Rico. Así es que cuando se ordenó su aprehensión no se hallaba a la vista. Estuvieron apunto de atraparlo en Brasil pero lo salvó un pitazo, que le costó la módica suma de diez millones de pesos. Finalmente, la policía estadunidense lo capturó en junio de 1984 cuando llegaba a San Juan, Puerto Rico, procedente de Brasil, en un avión particular. El *New York Times* reveló entonces que, desde antes de que tomara posesión, funcionarios de Estados Unidos habían advertido a López Portillo que su cuatazo del alma, el Negro Durazo, tenía nexos con el narcotráfico internacional. Pero don Pepe no hizo el menor caso; al contrario, le dio rienda suelta y una virtual licencia para matar. Durazo fue trasladado a Los Ángeles, donde los gringos lo retuvieron el tiempo que quisieron para exprimirle toda la información posible y nomás por no dejar. El juicio de extradición se llevó más de un año y Durazo finalmente fue encerrado en México en 1985. Su juicio fue un parto de los montes porque se redujo a la acusación de acopio de armas, así es que no duró mucho en la cárcel.

El caso Durazo fue un escándalo de los medios, especialmente cuando José González González, guarura mayor o jefe de ayudantes de don Arturo, se metió a escritor y con Editorial Posada publicó *Lo negro del Negro Durazo* , que rápidamente vendió medio millón de ejemplares y le dejó regalías por catorce mil millones de pesos. En el libro González contó cínicamente torturas, extorsiones, asesinatos, trata de blancas, por supuesto tráfico de drogas y dispendios faraónicos de su chif. González González de lo más quitado de la pena admitió que él mismo había cometido más de cincuenta por órdenes de Durazo.

El primero de mayo tuvo lugar el tradicional desfile que las centrales obreras escenificaban cada año para cuadrársele al presidente en turno. En 1984 eran 600 mil los desfilantes, y De la Madrid fue flanqueado en el balcón presidencial por Fidel Velázquez y Homero Flores, del sindicato de pilotos aviadores y entonces presidente del Congreso del Trabajo. Desde un principio se pudo ver que la crisis había enfurecido a los obreros, quienes blandían mantas con críticas al gobierno ("¡Basta! ¿Cuándo se pondrá fin a la injusticia?"). De pronto, un contingente de la Secretaría de Hacienda se desprendió del desfile ("Señor presidente, el pueblo no cree en el gobierno"), se plantó frente al balcón presidencial y se puso a gritar: "¡Huelga, huelga!" Los sacaron de ahí en el acto, pero entonces aparecieron los independientes (SIITUAM, STUNAM, SUTIN, SUTERM, PRT, FAT, FNR y demás fiebre de

siglas), a quienes no pudieron parar, y que llegaron al zócalo a la voz de “Ojo por ojo, diente por diente, que chingue a su madre el presidente”. Ni las bandas musicales ni los alaridos de los animadores, que en ese momento entraron en acción, los pudieron acallar.

Desfilaban las preparatorias populares cuando una bomba molotov salió volando y estalló a las puertas del palacio presidencial. El mandatario y los funcionarios que lo acompañaban se pusieron sumamente nerviosos. La televisión dejó de transmitir. Y a pesar de todo, el desfile siguió (“No queremos goles, queremos frijoles”), hasta que otra bomba molotov salió volando y esa vez estalló en el mismísimo balcón presidencial. Los embajadores de Cuba y de Brasil se chamuscaron; Ricardo García Sainz y Juan Miranda salieron con las cejas y el pelo quemados. Alejandro Carrillo Castro corría con el pantalón en llamas. Todos huyeron de ahí, en medio de la confusión. El gobierno optó por la política del avestruz y no dijo nada; la prensa minimizó los hechos y la televisión los ignoró. Finalmente, arrestaron a varios chavos de las prepas populares y clausuraron el aguerrido plantel de Tacuba.

Los trabajadores tenían razones para indignarse. El derecho de huelga peligraba, como lo demostraba el caso de los telefonistas —que se lanzaron a la huelga por un aumento salarial—, pues el gobierno requisó la empresa y los huelguistas tuvieron que trabajar de cualquier manera. A los electricistas no les fue mejor, y el patriarca del charrismo, Fidel Velázquez, andaba a la greña con Adolfo Lugo Verduzco, presidente del PRI, porque se le marginaba y se le regateaban sus tradicionales cuotas de poder en el sistema.

Era imposible evitar que los trabajadores pidieran aumentos, ya que, conforme a lo previsto, los salarios seguían estacionados, pero los precios de los productos no cesaban de aumentar, como ocurrió justo en semana santa, cuando los ciudadanos se disponían a vacacionar. Ante esto, el presidente De la Madrid, impertérrito, declaró en Hermosillo que continuarían los ajustes periódicos a los precios. “No es tiempo de ofrecer comodidades y alivios”, advirtió. Y sin embargo, el gobierno no cesaba de favorecer a los empresarios. En noviembre de 1984 se reprivatizó el sistema financiero nacional a través de un reglamento de banca, instituciones de crédito, aseguradoras e instituciones de finanzas, que permitió la desvinculación de la banca de las sociedades de inversión y de las organizaciones auxiliares de crédito. De esta forma, las casas de bolsa pudieron controlar la actividad financiera y se transformaron en una virtual banca paralela.

En su afán de contrastarse con el gobierno anterior, que se caracterizó por continuos cambios caprichosos en los altos niveles burocráticos, Miguel de la Madrid procuraba mover lo menos posible a su gente. Sin embargo, quitó a Horacio García Aguilar de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH) para poner a Eduardo Pesqueira, el divertido gordito de la Familia Feliz. Por cierto, Carlos Salinas de Gortari, perfilado ya en la carrera futurista, era el paladín de la política de austeridad, y promovía a tal punto los recortes al presupuesto que se le empezó a decir Salinas Recortari. El chaparrito, calvo y orejón secretario de Programación podía ser sumamente belicoso y experto en el arte político de decir una cosa y hacer otra, a veces simultáneamente, como cuando en una comparecencia ante el Congreso,

alardeaba de que ya no habría más "consentimientos" para los periodistas en el momento mismo en que su jefe de prensa repartía el invencible soborno, o chayotón.

Mientras el PRI anunciaba una democratización "a fondo" y amplias consultas para generar la democracia interna (y a la vez exigía que todo trabajador del Estado por fuerza perteneciera al partido oficial), el PAN continuaba dando calambres al PRI-gobierno. Para empezar se llevó dos alcaldías más en Puebla, y después se empezó a llenar de empresarios, como Fernando Canales Clariond, Manuel Clouthier, José Luis Coindreau, además de Eugenio Elorduy, Francisco Barrio, Francisco Villarreal y Rodolfo Elizondo, lo cual fue mal visto por los viejos panistas. Más tarde, el PAN fue objeto de críticas por la reunión de sus líderes en Hermosillo con John Gavin y el arzobispo Quintero Arce. Finalmente, una delegación panista asistió a la convención del Partido Republicano, lo que motivó críticas más acerbas aún, empezando por los del PRI, que a su vez habían enviado observadores a la convención de los demócratas. Ante los fraudes electorales, el PAN cada vez adoptaba una defensa más activa y buscaba respaldo en el extranjero. El presidente del partido, Pablo Emilio Madero, se esforzaba por que las elecciones fueran vigiladas por observadores y para que la prensa extranjera las difundiese en Europa y Estados Unidos. Estaba dispuesto a aceptar apoyos de los grupos conservadores de Estados Unidos, donde se veía con simpatía un bipartidismo en México.

El 19 de noviembre, los habitantes del norte de la ciudad de México ensordecieron y se sobresaltaron ante la terrible explosión que ocurrió en la Terminal de Gas Licuado de Pemex de San Juan Ixhuatepec, o San Juanico, ubicada en la densa zona urbana del Estado de México colindante con el norte del Distrito Federal. Era la mayor catástrofe industrial en lo que iba del siglo, y hubo 452 muertos, 4 248 heridos y 2 000 desaparecidos; 90 casas destrozadas, 37 arruinadas y miles de damnificados ("son ridículas las cifras oficiales" decían en San Juanico, "la verdad es que murieron miles"). La tragedia fue terrible y, sin embargo, el sensible presidente De la Madrid no se dignó a presentarse en San Juanico para solidarizarse con los sufrientes. Por su parte, Mario Ramón Beteta se apresuró a presentar un peritaje en el que Pemex no sólo no era responsable del accidente, sino resultaba ¡una víctima más que requería indemnización!

Era inútil que Pemex se curara en salud. La explosión se había debido al deficiente mantenimiento de los sistemas de seguridad de la planta, especialmente de las válvulas que regulaban la sobrepresión del gas y los *interlocks* , que realizaban múltiples funciones en caso de emergencia. La Comisión Mixta de Seguridad e Higiene había levantado actas en septiembre, octubre y noviembre, y en ellas se reiteraba la urgencia de corregir múltiples fallas de la planta. Como era habitual en esos casos, ni la dirección de Pemex ni el sindicato de la Quina les hicieron el menor caso. "Si concediéramos todas las peticiones de los comisionados", decían en Pemex, "no habría presupuesto suficiente". Y menos con los desvíos y los implacables recortes presupuestarios de Salinas Recortari, que se habían traducido en desinversión en los sistemas de protección y mantenimiento de las dependencias y empresas estatales y paraestatales. Era urgente corregir las fallas que existían en numerosas instalaciones de Pemex en todo el país para

evitar la repetición de catástrofes de ese tipo, y, sin embargo, Pemex no mostraba ningún interés; en cambio, no se medía en gastos en las oficinas, salas de juntas y demás instalaciones de los altos ejecutivos, que eran lujosísimas.

A principios de sexenio se pensó que la situación mejoraría en el cine, ya que De la Madrid nombró a Alberto Isaac, caricaturista y cineasta, director de la industria. Pero de nada 62 servía una persona idónea si no había dinero ni voluntad de apoyar verdaderamente al cine mexicano. Para participar en el concurso de cine experimental de 1983 los cineastas tuvieron que financiar la mayor parte de los elevados costos de cada película con ahorros, préstamos, subvenciones públicas y privadas, y hasta con rifas. Todo el que quería hacer cine tenía que conseguir dinero como pudiese, porque el Estado contrajo sus producciones al mínimo. Aun así, se dieron valiosas películas independientes, como *Frida* , de Paul Leduc, que inició la moda de Frida Kahlo y colocó a Ofelia Medina en la cumbre. *Los motivos de Luz* , de Felipe Cazals, a su vez creó un escándalo, pues Elvira Luz Cruz presentó una demanda contra la película por la manera en que habían presentado su caso. Luis Mandoki tuvo éxito con *Motel* y fue cooptado por Hollywood. Y Alberto Cortés debutó en grande con *Amor a la vuelta de la esquina.* También fueron notables *Nocaut* , de José Luis García Agraz; *Vidas errantes* , de Juan Antonio de la Riva; *Deveras me atrapaste* , de Gerardo Pardo; y *Adiós ídolo mío* , de José Buil. Un hecho notable del periodo fue la incorporación de la Universidad de Guadalajara a la cinematografía: primero importó de la capital a Emilio García Riera, como investigador, y después a Jaime Humberto Hermosillo, como cineasta. El cine privado a su vez siguió de lleno en las películas populacheras de desnudos y albures, y empezaron las de mexicanos en Estados Unidos y de narcotraficantes, con heroínas como Rosa Gloria Chagoyán. La película más exitosa del cine comercial fue *El milusos* , que afianzó a Héctor Suárez en el superestrellato.

En el teatro, uno de los grandes acontecimientos del sexenio fue *De la calle* , de Jesús González Dávila, quien con ella entró en las grandes ligas de la dramaturgia mexicana. La obra fue dirigida por Julio Castillo, que falleció el 19 de septiembre de 1988 cuando 70 mil manifestantes, con Cuauhtémoc Cárdenas a la cabeza, marchaban al zócalo en conmemoración del terremoto. Otro acontecimiento fue *Rosa de dos aromas* , de Emilio Carballido, la cual tuvo un éxito increíble que duró más de diez años en el teatro Coyoacán, con parejas de actrices que cambiaban periódicamente. Hugo Argüelles se puso gruesísimo con *Los gallos salvajes* , en la que presentó un conflicto homosexual entre un padre y su hijo. Y Juan Tovar estuvo muy activo con *Las adoraciones* y *Manga de clavo.* Otras obras importantes fueron *Salón Calavera* , de Alejandro Aura; *Tina Modotti* , de Víctor Hugo Rascón Banda; *Trece señoritas* y *Cocinar hombres* , de Carmen Boullosa; *Pelearán diez rounds* , de Vicente Leñero, que tenía un ring en escena y en la que Pipino Cuevas sin querer le daba severas madrizas al pobre de José Alonso; *Martirio de Morelos* , también de Vicente Leñero, que desmitificaba al buen José María Morelos; *Noche decisiva* , de Héctor Mendoza; y *Las dos Fridas* , de Abraham Oceransky, también sobre Frida Kahlo. En los ochenta se consolidaron como directores Luis de Tavira y José Caballero. Una revelación sensacional fue Jesusa Rodríguez, directora, autora, actriz, productora y empresaria. A fines de la década abrió junto con la compositora y cantante Liliana Felipe el bar El

Hábito, en lo que había sido el teatro de Salvador Novo en Coyoacán, y tuvo un éxito extraordinario con sketches y parodias hilarantes sobre la realidad nacional; también Alejandro Aura y Carmen Boullosa abrieron El Cuervo y posteriormente El Hijo del Cuervo.

Fue recompensante el surgimiento de un buen teatrobar político que contrastaba con obras temporaleras como *¡Tú también, güey?* , con Alberto Rojas, el Caballo; *El juicio del Negro que lo tiene Durazo* , con Kiko y Karlo; o *La corrupción desde los aztecas a El Partenón* , con Kippy Casado. Estaba mejor *Agarren a López Porpillo* , de Jesús Martínez, Palillo, donde el viejo cómico soltaba sus tradicionales imprecaciones: "Desgraciados apátridas, encueradores de la economía política, buitres y vampiros, tenían que ser del PRI, donde hay PRI hay corrupción, ahí están los eternos enriquecidos, políticos abyectos, méndigos, móndrigos, esdrújulos, archipiélagos, cafiaspironómicos, pitufos y jotos".

En la pintura, Rufino Tamayo fue la máxima estrella y sus cuadros se vendían por cientos de miles de dólares en Estados Unidos. Desde los años setenta, el maestro se moría de ganas de tener un museo y le ofreció a Luis Echeverría 200 cuadros de su colección particular para iniciarlo. Echeverría primero dijo que sí pero luego se hizo el occiso, y se cuenta que Tamayo, furioso, tenía ganas de quemar los Picassos, Mirós, Mattas, De Chiricos y demás cuadros de grandes autores de su donación, valuada en 11 millones de dólares. En el siguiente sexenio José López Portillo tampoco quiso, así es que el pintor dejó en paz al gobierno y logró que Televisa, sensibilizada por los baños de cultura que le daba Octavio Paz, financiara el museo tal como él lo exigía, en el Bosque de Chapultepec y frente al Museo de Antropología. En 1982 se inauguró con transmisión en vivo por la televisión y se convirtió en el museo más promocionado del mundo, con anuncios espectaculares en todos los medios. Sin embargo, en 1986 Tamayo consideró que Emilio Azcárraga se había apropiado de sus donaciones en vez de que fuesen patrimonio público; se fue a quejar con Miguel de la Madrid, quien presionó para que Televisa renunciara a la concesión del museo, y a partir de entonces éste fue administrado por el Estado. Televisa, picada, a través de su fundación cultural creó otro museo, cerca del Tamayo, el Centro Cultural Arte Contemporáneo, que inexplicablemente se cerró en 1998.

También hubo exposiciones sonadas de Gironella, José Luis Cuevas, Rodolfo Nieto, Arnaldo Coen, Arturo Rivera, Vlady, Federico Cantú, Leonel Maciel, Gabriel Macotela, Ricardo Rocha, Enrique Guzmán y Nahum B. Zenil. Un gran acontecimiento del periodo fue el gran homenaje de 1986 a Diego Rivera en su centenario. La casi totalidad de la obra del célebre pintor lesbiano y antropófago ocupó todos los pisos y la mayor parte de los salones del palacio de Bellas Artes. Diariamente había colas interminables para ver la exposición, que también se presentó en Detroit, Filadelfia, Madrid y Berlín.

Por desgracia, en 1988 el grupo Pro Vida, la organización ultraderechista dirigida por Miguel Serrano Limón, boicoteó la exposición de collages de Rolando de la Rosa, porque en uno de ellos la Virgen María tenía la cara de Madonna y, en otro, en vez de Jesús, Pedro Infante encabezaba la última cena. Pro Vida logró que el Museo de Arte Moderno retirara la muestra y que renunciara el director Jorge Alberto Manrique.

"YA NOS ESTAMOS RECUPERANDO"

En diciembre de 1984 también se supo que el ejército había ocupado el rancho El Búfalo, una inmensidad de terreno dedicado al cultivo de mariguana. Casi ocho mil campesinos trabajaban allí y todos los días entre seis y diez grandes camiones Thorton salían, repletos de yerba, y circulaban tranquilamente por Chihuahua rumbo a Estados Unidos. Después se supo que este rancho pertenecía a Rafael Caro Quintero, uno de los capos del narcotráfico. Sus "amigos" entre las autoridades le avisaron a tiempo y, cuando el ejército llegó a El Búfalo, todos los responsables habían huido.

Rafael Caro Quintero sería protagonista estrella de 1985. Alentado por el alucinante mercado estadunidense (donde la drogadicción se hallaba muy extendida y generaba nuevas sustancias de moda, como el éxtasis, el crack y otras sumamente adictivas), Caro Quintero, miembro de una familia de traficantes sinaloenses, en 1982 expandió sus actividades con dos grandes siembras simultáneas en Valle del Yaqui y Caborca, Sonora, que le permitieron dominar el mercado del noroeste del país y el acceso directo a Estados Unidos. Después adquirió El Búfalo y llegó a producir 50 millones de toneladas de mariguana que le dejaron otros tantos millones de dólares. Caro compró negocios para lavar dinero, compró jets y por supuesto compró también a mucha gente, pues, como él decía, "tenía amigos en la Policía Judicial, la Federal de Seguridad, la Procuraduría General, Gobernación, Aduanas y la Defensa Nacional". A mediados de los ochenta era uno de los tres grandes del narcotráfico, junto con Ernesto Fonseca, conocido como Don Neto, y Miguel Félix Gallardo. A los tres les gustaba mucho Guadalajara, que crecía a toda prisa y tenía de todo, y donde el gobernador Enrique Álvarez del Castillo era cuate. Caro Quintero compró una antigua casa de Rubén Zuno Arce, cuñado del ex presidente Echeverría, y la convirtió en sus *headquarters* , donde las 24 horas había matones con metralletas.

Precisamente en Guadalajara, Enrique Camarena Salazar, alias Kiki, agente de la DEA (Drug Enforcement Agency, la super-dependencia estadunidense contra las drogas) seguía la pista de Caro Quintero. Se dice que, con el piloto Alfredo Zavala, Camarena localizó los grandes plantíos de El Búfalo e informó a la policía mexicana de la existencia del rancho. En todo caso, el 7 de febrero de 1985 Kiki Camarena y Alfredo Zavala salían del consulado estadunidense cuando fueron interceptados por agentes de la policía judicial. Les dijeron que "el comandante" quería verlos, pero en realidad los llevaron a la casa de Caro Quintero y ahí los interrogaron, los torturaron y los asesinaron.

La DEA se puso frenética ante la desaparición de Camarena y pasó a la histeria cuando se enteró, primero, de que el comandante Armando Pavón Reyes, encargado de localizar los cadáveres de Camarena y Zavala, supo que Caro Quintero pensaba huir del país. El 17 de febrero lo alcanzó en el aeropuerto de Guadalajara cuando ya tenía un pie en la escalerilla de su avión particular. Sin embargo, Caro y su gente mostraron sus credenciales de la

Federal de Seguridad, rigurosamente firmadas por su director, José Antonio Zorrilla, y después Caro extendió un cheque por 60 millones de pesos a Pavón, quien lo dejó escapar a Costa Rica. La DEA acabó de enfurecerse cuando, en marzo, al fin localizaron los cadáveres, supuestamente enterrados en el rancho El Mareño, de Caro Quintero, y vieron que Kikirena y Zalfredo habían sido torturados. La DEA pronunció: "Nunca olvidaremos esto".

Como primera respuesta al asesinato de Camarena, además de las ruidosas protestas, a mediados de febrero Estados Unidos ya había puesto en práctica la Operación Intercepción, que significó una revisión extrema, desproporcionada, tortuguista, en los puentes fronterizos, atascados de colas larguísimas de automóviles y peatones que trataban de pasar al otro lado con la espalda seca. Siguió una fuerte campaña en los medios en la que se santificaba a Camarena y se condenaba la Insoportable Corrupción Mexicana (ICM). Bajo semejante presión, a las autoridades de México no les quedó más remedio que hacer algo, así es que en abril ya habían arrestado a Caro Quintero en Costa Rica y poco después cayó Don Neto, quien en los últimos tiempos había repartido casas, fincas, aviones, autos lujosos y miles de millones de dólares a los altos comandantes de la DFS con la esperanza ilusa de salvarse. Pero eso era imposible debido a la tremenda presión de los gringos. También cayeron los comandantes Pavón Reyes y Florentino Ventura, quien se "suicidó" en la cárcel. Y, por último, desapareció la mismísima Dirección Federal de Seguridad y una buena cantidad de comandantes y agentes fueron despedidos.

La DEA insistía en que Caro y Don Neto eran meras herramientas y filtró la noticia de que el general Juan Arévalo Gardoqui, secretario de la Defensa, y Manuel Bartlett, de Gobernación, se hallaban implicados. Más tarde secuestró impunemente a Humberto Álvarez Macháin, médico de Caro Quintero, y se lo llevó a Estados Unidos para enjuiciarlo. Con el tiempo también tuvieron en sus cortes a Rubén Zuno Arce.

A partir del asesinato de Camarena y la caída de los primeros capos, más bien modestos en comparación con los que vendrían después, Estados Unidos utilizaría al narcotráfico como vía para presionar e irse metiendo cada vez más en nuestro país, especialmente cuando, a fines de los ochenta, el imperio se arrogó el derecho de "certificar" la lucha de otros países contra las drogas.

En marzo, la clase política se sacudió ante la muerte de Jesús Reyes Heroles, secretario de Educación Pública, ex presidente del PRI, ex ministro de Gobernación, ideólogo número uno del régimen, tan influyente y poderoso que en varias ocasiones no titubeó en enfrentarse a Luis Echeverría y a José López Portillo. Víctima de un cáncer pulmonar (era un fumador empedernido y un gran bebedor). Reyes Heroles había anunciado una "revolución educativa" y la descentralización de la educación, lo que de entrada le mermaría poderes al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), encabezado por el cacique Carlos Jonguitud Barrios. Por lo tanto, las cosas no eran fáciles, así es que Reyes Heroles no alcanzó a hacer nada. Fue sustituido por Miguel González Avelar, uno de los hombres del presidente y fanático de "la rosa más oral", es decir, de los palindromas.

La educación presentaba un panorama deprimente. Para empezar, el gasto

gubernamental en ese campo era uno de los más bajos del presupuesto, por lo que Reyes Heroles decía: “Ahora los secretarios de Educación somos los mendigos del gabinete”. Debido a la escasez de recursos las instalaciones de las escuelas eran pésimas y tenían terribles carencias en el equipo educativo. Era tan poco el dinero que muchas escuelas oficiales de plano cobraban, con lo que languideció la gratuidad de la enseñanza básica. Además, la escolaridad era muy baja y se daba una alta deserción en todas las etapas educativas. Había desniveles dramáticos entre la educación urbana y la rural, que se hallaba trágica y estratégicamente más atrasada. Los planteles eran insuficientes, en especial de secundaria hacia arriba, y cada vez era más difícil acceder a la educación universitaria. Un grupo de investigadores que elaboró un documento en 1986 presentó estas conclusiones: 18 millones de mexicanos no habían iniciado o concluido la primaria, 336 mil niños no tenían acceso a ella y un millón 600 mil alumnos la reprobaban anualmente; la secundaria no preparaba para una buena educación superior ni para la integración en los trabajos; la preparatoria atendía a menos de 20 por ciento de los jóvenes que debían cursarla y las universidades seguían con modelos académicos del siglo XVII combinados con la corrupción de los tiempos priístas. En resumen, la educación en México también se hallaba en crisis y en varios aspectos había retrocesos. Por último, los salarios de los maestros eran una vergüenza y el sindicato, el SNTE, el más grande de América Latina, era totalmente charro, al igual que su cacique Carlos Jonguitud Barrios.

Sin embargo. De la Madrid seguía diciendo que el país ya se estaba recuperando y todo iba bien. Para él, al menos, porque las plantas bajas y el subsuelo de la sociedad fueron puestas en la lona por los aumentos de precios (de un 75 por ciento) que siguieron a la fijación de nuevos salarios mínimos, los cuales se incrementaron 30 por ciento. El PIRE, que era de acción inmediata se volvió PERE (Programa Extendido de Recuperación Económica); ya iba en su tercer año, y apenas a fines de 84 y a principios de 85 parecía tener algún éxito, naturalmente a costa de las capas media y baja. Pero después vino un fuerte descenso en los precios del petróleo y Salinas Recortari impuso un severo recorte de 400 mil millones de pesos al gasto público, que vino acompañado de otra minidevaluación, pues se aceleró el desliz del peso de 17 a 21 centavos diarios. Esto desató el mercado negro de dólares en todo el país. El centro de operaciones era el aeropuerto de la ciudad de México, donde se manejaban hasta diez millones de dólares al día. Ante la pasividad de las autoridades, el mercado negro operaba también en hoteles, restoranes, importadoras y exportadoras, y hasta en la calle o en los tianguis de fayuca callejera. La cotización siempre era alrededor de un 20 por ciento superior a la oficial.

A los pocos meses reapareció don Carlos con las tijeras y le tumbó otros 300 mil millones de pesos al presupuesto, sobre todo en proyectos de inversión, “para evitar una recaída en la recuperación”, que también afectó los programas sociales. No faltaron las presiones especulativas y en la frontera el dólar se vendió a 330 pesos. La cotización oficial era de 245, y para remediar el desfase las autoridades financieras se sacaron de la manga un dólar “superlibre”, que para fines prácticos se cotizaba al gusto de los especuladores. De esa manera había una cotización controlada (228 por dólar) para el gobierno y empresas prioritarias; una “libre” (245), para el público, y, como en las luchas, una “superlibre” (330), que al poco tiempo se

tragó a la libre y se volvió la paridad real.

En junio, el presidentito De la Madrid se fue de viaje. Ya se estaba cansando de las austeridades y posiblemente envidiaba los viajes califescos de López Portillo, así es que armó su jet de redilas al estilo Luis Echeverría. El viaje fue a Bélgica, España, Francia, Inglaterra y Alemania Federal, supuestamente para ampliar exportaciones, estimular el turismo (claro, el de mexicanos a Europa) y captar divisas (gastándolas). Llevó varias exposiciones, películas y programas para dar una probadita de cultmex a los europeos.

Llegaron las elecciones. Se había admitido al Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) y readmitido al Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), que compitieron con el Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Socialista Unificado (PSUM), Popular Socialista (PPS), Socialista de los Trabajadores (PST), Demócrata Mexicano (PDM), Acción Nacional (PAN) y Revolucionario Institucional (PRI). Como de costumbre, el PRI fue por el carro completo, pues ya todo se había preparado para que así ocurriera. El ensayo tuvo lugar a principios de año en Coahuila, donde el PRI se llevó todo; el gobierno orquestó un descarado fraude electoral y sólo le dio un municipio al PAN y otro al PARM. Hubo balaceras, tomas y quemas de alcaldías, bloqueos de carreteras y puentes fronterizos; el gobernador José de las Fuentes Rodríguez, alias el Diablo, fue apedreado, y el ejército tuvo que patrullar Piedras Negras, Monclova, Saltillo y Acuña.

En julio de 1985 el PRI se sirvió con la cuchara grande. Además de contar con la complicidad de la Comisión Federal Electoral (CFE), con todos los recursos del gobierno y con una difusión aplastante en los medios, se permitió el viejo uso de las urnas madrugadoras (abiertas antes de la hora prevista) o embarazadas (rellenas previamente), carruseles de votantes, "tacos" de votos, votantes sin credencial, cierre anticipado de casillas, robo de urnas, etcétera etcétera. Después, la CFE manipuló las cifras a su conveniencia para "elegir su oposición"; dio más presencia a los partidos satélites (PST, PPS, PARM), o muy débiles (PDM), para restarle fuerza a la oposición auténtica: el PAN y los partidos de izquierda (PSUM, PMT, PRT). El PAN obtuvo sólo seis diputaciones de mayoría y 32 plurinominales; al PSUM, PDM y PST les dieron doce pluris, al PARM nueve y al PST, doce. De esa manera, el PRI una vez más tuvo el control casi total de la Cámara de Diputados y absoluto en la de Senadores. El Colegio Electoral sesionó ejerciendo el peso de la mayoría priísta y por tanto el aburrimiento sólo se desvaneció cuando el diputado panista Pedro Arellano dijo que "la renovación moral había acabado en renovación del morral", y que Miguel de la Madrid era uno de los grandes saqueadores del país. Criticar al presidente era tabú y los priístas armaron un escándalo, "¡cállenlo!, ¡bájenlo!", gritaban furiosos. "Se suplica al orador se sujete al tema", pidió el presidente del Colegio, pero Arellano ya había agarrado vuelo y despotricaba contra "las marranadas del partido oficial". Sus propios compañeros tuvieron que bajarlo de la tribuna.

En los años ochenta avanzó espectacularmente la conciencia ecológica en México, ya que el deterioro ambiental era cada vez más visible y alarmante. El presidente mismo reconoció que el país seguía en un proceso de desertificación, pues se perdían 400 mil hectáreas de bosques y selvas cada año, además de que se había deteriorado la atmósfera "por la contaminación

industrial y por la falta de responsabilidad de autoridades y empresarios"; el problema ecológico se había convertido en una demanda política. Por eso se creó la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (Sedue), la cual quedó a cargo de Marcelo Javelly Girard. Se emitió una Ley de Protección al Ambiente que, entre otras cosas, exigía la instalación de equipos anticontaminantes en industrias y vehículos, pero en un principio no se aplicó, supuestamente por razones económicas; como siempre, las pobres empresas estaban muy gastadas y no les alcanzaba para equipos tan caros. De esa manera, se combatió a la contaminación mediante declaraciones, buenas intenciones y planes de escritorio, en el mejor de los casos. No se llevaban a cabo acciones concretas porque no se querían afectar intereses, así es que la flamante dependencia se convirtió en un laberinto burocrático más. Como la realidad no entendía razones políticas, los problemas se magnificaban. Por lo tanto, surgieron organizaciones como la Alianza Ecologista Nacional, el Movimiento Ecologista, el Grupo Sobrevivencia, la Asociación Oyameyo y el publicitado Grupo de los 100, de Homero Aridjis.

Las organizaciones ecologistas, que representaron una de las primeras manifestaciones de la sociedad civil, llevaron a cabo sus propios estudios y se alarmaron ante la pasividad gubernamental. Corroboraron entonces que el aire se descomponía aceleradamente, el agua presentaba impurezas, los mantos se reducían y se disparaban las enfermedades parasitarias y de los ojos. En 1985 la visibilidad del Distrito Defecal se había reducido de doce a tres kilómetros, no se recolectaba 36 por ciento de la basura y los ruidos excedían los 120 decibeles, cuando el máximo asimilable era de 85. Los problemas eran incontables. De más está decir que las autoridades no vieron con buenos ojos el surgimiento de los grupos ecologistas, porque la mayor parte era incooptable, no se dejaba manipular y no dejaba de presionar con sus denuncias. Ante ellos, la Sedue argumentaba: "La contaminación es un problema grave, pero secundario. La gente se muere por falta de alimento y agua, y no por el esmog".

A principios de 1985 la situación empeoró con las inversiones térmicas. El valle de México, rodeado de montañas, no permitía la fácil salida de contaminantes. En la mañana, cuando el sol ascendía, el aire caliente se elevaba y el frío ocupaba su lugar, pero, arriba, la capa de aire cálido se convertía en una especie de gran tapa que impedía la dispersión de los gases y los humos. Éstos a su vez se hacían densos cuando no había vientos, lo cual era frecuente en invierno por la orografía del valle. De esa forma, las inversiones térmicas convertían a la ciudad en una cámara de gases.

Ante esta calamidad, no sorprendió que Marcelo Javelly fuera removido de la Sedue y sustituido por Guillermo Carrillo Arena, cuyo *highlight* curricular era haber dirigido el Fideicomiso de Acapulco y la construcción de Ciudad Renacimiento, el ghetto donde el gobernador Rubén Figueroa concentró a los invasores del anfiteatro de la bahía de Acapulco. A Carrillo Arena le tocó enfrentarse a los damnificados del temblor.

El 19 de septiembre de 1985, a las 7:19 de la mañana, México vivió la eternidad del instante cuando tuvo lugar el terremoto más devastador de la historia del país. Para no variar, el epifoco se localizó en las costas guerrerenses y la intensidad fue de 7.8 puntos en la escala de Richter.

El movimiento telúrico cimbró a buena parte del país, pero en la ciudad de México tuvo sus efectos más devastadores, especialmente en la zona céntrica, Tepito, Tlatelolco y la colonia Roma. Hubo 3 500 muertos, según cifras oficiales, y miles de heridos, desaparecidos y damnificados. Cayeron 250 construcciones, otras 50 quedaron a punto de desplomarse y más de mil resintieron serias fallas de estructura. Sucumbieron los hoteles Regis, Versalles, Continental, Principado, De Carlo, Romano y Montreal; y quedaron muy dañados el Del Prado (con el mural de Diego Rivera), Presidente y Chapultepec. Se desplomó el edificio Nuevo León de Nonoalco-Tlatelolco y otros de la unidad quedaron muy maltrechos, al igual que numerosos hospitales y clínicas, especialmente el Centro Médico y el Hospital General. También tuvieron daños gravísimos los edificios públicos de Marina, Comunicaciones (con los murales de Juan O'Gorman), Comercio, Trabajo, Reforma Agraria, Procuraduría de Justicia del DF, CNOP, Gobernación y Salubridad. Cayeron o resultaron dañadas numerosas escuelas públicas (un millón de niños se quedó sin clases), estaciones del metro, centros de espectáculos y de cultura, comercios, restoranes, edificios de departamentos, vecindades. El pavimento se levantó en partes de la ciudad y cayeron postes, cables eléctricos y telefónicos. Se suspendió la luz, el agua y el transporte. Televisa dejó de transmitir unas horas porque uno de sus edificios cayó con todo y su inmensa antena. Teléfonos, telégrafos y télex quedaron inutilizados, y los chilangos, incomunicados, enviaban incontables mensajes por la televisión para avisar a sus familiares en qué condiciones habían quedado.

El regente Ramón Aguirre Velázquez, y los secretarios Bartlett (Gobernación), Arévalo Gardoqui (Defensa), Miguel Ángel Gómez Ortega (Marina), Daniel Díaz Díaz (Comunicaciones) y el director Ricardo García Sainz (IMSS) dieron una conferencia de prensa. La ciudad de México fue considerada zona de desastre. Arévalo anunció la aplicación del plan de emergencia para socorrer damnificados y evitar pillajes. Bartlett aseguró que la situación estaba controlada. El presidente De la Madrid, por su parte, hizo un recorrido por las zonas más devastadas y declaró: "Estamos preparados para atender esta situación y no necesitamos recurrir a ayuda externa. Agradecemos las buenas intenciones, pero somos autosuficientes". Un día después reconoció que la tragedia había rebasado los esfuerzos del gobierno. "No podemos hacer lo que quisiéramos con la rapidez que también deseáramos, sobre todo para salvar vidas", dijo en un mensaje televisado.

Pero en realidad el gobierno no supo qué hacer. Es verdad que llegaron los soldados, pero llevaban metralletas "en vez de picos y palas", como asentó Elena Poniatowska, y se dedicaron a acordonar las calles para impedir que la gente saliera. Con todo y eso lo esencial del rescate lo llevó a cabo la misma población de la ciudad, que no esperó las acciones oficiales. Miles quedaron atrapados entre los escombros y se formaron de inmediato grupos de socorristas que arriesgaron su vida y se metieron entre las ruinas y los escombros para rescatar gente sepultada; eran los famosos "topos". Un extraordinario, inesperado y oportuno sentimiento de solidaridad se dio entre muchos habitantes de la ciudad de México. Se formaban cadenas humanas para salvar a las víctimas; los taxis y peseros llevaban gratuitamente a los damnificados; médicos, enfermeras, plomeros y carpinteros ofrecieron sus servicios. La gente se repartía cobijas y ropa, improvisaba campamentos y

métodos de salvamento, llevaba palas, gatos hidráulicos, tanques de oxígeno y todo tipo de herramientas. Se ayudaba mutuamente de una forma responsable y se organizaba con eficacia y sin perder tiempo.

Esa noche, la ciudad de México, a oscuras y silenciosa, era algo extrañísimo, jamás visto, escenario de ciencia ficción o imagen de pesadilla. Al día siguiente volvió a temblar, a las 19:40 horas, con una intensidad de 5.6 en la escala de Richter, y esa vez cundió el pánico en mucha gente. Otros 50 edificios se desplomaron y se vino abajo lo que ya estaba apuntalado. Nuevamente se fue la luz y las fugas de gas proliferaron. Todos salieron espantadísimos a la calle con una sensación apocalíptica y con los nervios erizados. Se instalaron campamentos de damnificados en muchas calles de la ciudad y esto no le gustó nadita al gobierno que, exasperado, veía que la situación se le iba de las manos. Era un auténtico "vacío administrativo y de autoridad en el gobierno del DF en esta catástrofe", observó un socorrista francés. El presidente De la Madrid finalmente aceptó la ayuda humanitaria del extranjero, pero ésta no siempre llegó a quien la necesitaba, sino que se la quedaban los buitres de la burocracia.

Por su parte, Guillermo Carrillo Arena, titular de la Sedue, desde un principio causó problemas en vez de solucionarlos. Veía a los damnificados como enemigos políticos, no le gustaban los campamentos en las calles y pretendía demoler 23 edificios de Tlatelolco, precisamente los que habían iniciado una lucha por la autoadministración. Trataba de escamotear las indemnizaciones lo más posible y evadir la construcción de viviendas. Su trato con los damnificados era prepotente e insultante. Ellos, por lo tanto, se organizaron y surgió la Coordinadora Única de Damnificados, la cual reunió a 26 grupos de distintas partes de la ciudad y organizó una manifestación de 30 mil víctimas del terremoto que se dirigió a Los Pinos. Exigían la renuncia de Carrillo Arena y la solución de sus apremiantes problemas. En vez de eso, obtuvieron un terrible acoso policiaco y acciones intimidatorias y de provocación, además de que el PRI, aturdido por la movilización espontánea, masiva y autónoma de la sociedad, no pudo organizar ni mucho menos conducir la adhesión popular a las labores de rescate y auxilio de damnificados. Al contrario, se movió para desmovilizar a los grupos espontáneos de ayuda, destruía la propaganda de los damnificados y distribuía volantes que decían: "Malos mexicanos pretenden desorientarnos. Rechacemos cualquier actitud que ponga en peligro la vida de nuestros hijos y familiares". Por su parte, Carrillo Arena amenazaba con actuar contra los "líderes sedicientes que luchan por intereses inconfesables". Naturalmente, entre los damnificados creció un fuerte sentimiento antipriísta y antigobiernista. Con el tiempo, el gobierno trató de minimizar la situación, pero no dejaban de salir situaciones escandalosas, como cuando se descubrió que la gran mayoría de los edificios caídos o dañados, especialmente los oficiales, habían sido construidos en tiempos recientes con materiales de baja calidad para cometer diversos fraudes o para abatir costos. O el caso de las costureras de San Antonio Abad, cuya explotación despiadada (condiciones de trabajo infrahumanas, bajísimos salarios e inexistentes medidas de seguridad en talleres-bodegas semiclandestinos) salió a la superficie a causa del temblor y le dolió a toda la sociedad.

El gobierno se movió con una lentitud exasperante y errática en todo lo

relacionado con el sismo. Desde las primeras horas, en las que la maquinaria pesada no llegaba a las acciones de rescate, hasta el momento de enfrentar los efectos, el terremoto sacó a los tecnócratas de su software y sus organigramas.

Ellos, Que Habían Previsto Todo, jamás se imaginaron que un terremoto se volvería mítico y que de entrada significaría el acta de nacimiento oficial de la sociedad civil mexicana, esa señora que tanta importancia adquiriría a mediados de los noventa. Para Carlos Monsiváis, en 1985 la ciudad de México conoció una toma de poderes, "que trascendió con mucho los límites de la mera solidaridad", y significó "la conversión de un pueblo en gobierno y del desorden oficial en orden civil".

El terremoto se volvería un lazo de unión y punto de partida de mucha gente que ya no creía en el gobierno y generó organizaciones urbanas muy combativas. Además de la Coordinadora Única de Damnificados (CUD), aparecieron la Coordinadora de Luchas Urbanas (CLU), la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup), la UVyD (Unión de Vecinos y Damnificados 19 de sep) de Alejandro Varas, Fernando e Ignacio Betancourt, y la Asamblea de Barrios (AB). De este entorno surgió también Superbarrio, un luchador social, enmascarado como en la lucha libre, que con gran sentido del humor aparecía en los movimientos populares a fines de los ochenta.

La ciudad se hallaba devastada. Todos coincidían en que semejaba haber vivido un bombardeo. El presidente decretó entonces una expropiación de predios urbanos para poder llevar a cabo la reconstrucción, pero la iniciativa privada, que en ningún momento se había distinguido por su solidaridad, se molestó; eso era populismo, estatismo, socialismo, decía, así es que se reinició con fuerza la salida de capitales y consecuentemente el dólar superlibre aplastó al pobre peso. A finales de octubre la moneda estadunidense se cotizaba a 450 pesos. Ciertamente, el temblor representó un problema adicional para los planes económicos del gobierno, que de por sí andaba tambaleante desde el segundo trimestre de 1985 y ahora se veía obligado a gastar dos billones de pesos para la reconstrucción, además de los religiosos pagos al extranjero: diez mil millones de dólares de intereses de la deuda externa y cinco billones de pesos de la interna.

Un tema discutidísimo a mediados de los ochenta fue la deuda externa. Como casi todas las naciones del tercer mundo, la mayor parte de los países latinoamericanos, con México, Brasil y Argentina a la cabeza, debían decenas de miles de millones de dólares al FMI y a los centros financieros internacionales. Entre intereses y el "servicio", las deudas crecían al punto en que resultaban impagables, porque nunca se liquidaba el capital y los abonos apenas cubrían los intereses y el servicio. Era un círculo vicioso semejante al de las tiendas de raya de las viejas haciendas mexicanas. Si un país, como México, por sus propios errores y con la pequeña ayuda de sus vecinos, se quedaba sin dinero y caía en las trampas del Fondo, a la larga pagaba cantidades superiores al monto del capital, pero la deuda no sólo no se liquidaba, ni siquiera disminuía, sino que había aumentado. Por eso se decía que más que deuda externa era deuda eterna, usura vil que habría fulminado a don Ezra Pound.

En Cuba, Fidel Castro había hecho estudios pormenorizados para demostrar que las deudas latinoamericanas y del tercer mundo eran literalmente impagables, por lo que urgía la unión de los países deudores. Una moratoria conjunta de todos ellos sería un golpe terrible para el primer mundo. Otros mandatarios buscaban fórmulas para amainar el peso terrible de la deuda. El más famoso fue el carismático presidente peruano Alan García, quien le pintó su raya al FMI y pagó conforme podía y no como le exigían. Por su parte, Raúl Alfonsín, presidente de Argentina, proponía una acción integrada de los deudores latinoamericanos para negociar mejores condiciones. Argentina se había negado a cumplir algunas exigencias muy alevosas del FMI y por eso tenía problemas para recibir créditos. "No hay soluciones individuales", le quiso hacer ver a Miguel de la Madrid cuando visitó México en 1985, pero, como era de esperarse, De la Madrid era el Niño Bueno del FMI y se mostró reacio a cualquier club de deudores y en cambio favoreció la negociación unilateral. Por esos días 50 mil manifestantes marcharon por la ciudad de México para exigir una moratoria en los pagos de la deuda. Los partidos de izquierda, muchos intelectuales y algunos empresarios y funcionarios se inclinaban por algo semejante. El gobierno, a través del secretario de Hacienda Jesús Silva Herzog, dio una negativa rotunda a la moratoria. Además, después de varios años de intensas presiones de Estados Unidos, en 1985 México finalmente ingresó en el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT).

Como premio, se permitió que en octubre se reestructurara la deuda y el plazo para pagar 48 700 millones de dólares, la mitad del total, se extendió de seis a catorce años, además de que se concedieron nuevos créditos. Se exigió mayor austeridad sobre la austeridad, es decir, mayor pobreza de los pobres, pero a cambio el FMI puso a México como ejemplo ante el resto del mundo y Estados Unidos lo eligió para iniciar el Plan Baker, que implicaba aflojar las riendas a los que se portaran bien, pues prestaba más dinero con el fin de que los países endeudados pudieran cumplir sus compromisos con el exterior en "un marco de crecimiento económico interno".

El gobierno de México se abría unilateralmente, ansioso de participar en la globalización. En los dos primeros años delamadridistas se autorizaron 101 nuevas empresas de Estados Unidos con una inversión de 100 por ciento. Con esto, la inversión extranjera, principalmente estadunidense, controlaba la totalidad de la producción de automóviles, alimentos procesados y la manufacturación de caucho y hules sintéticos. Además, dominaba la producción de medicinas, autopartes, aparatos electrónicos, jabones, detergentes, cigarros, el sector moderno de la rama textil y las agencias de publicidad, y participaba en la siderurgia. Con De la Madrid la inversión extranjera entró en los bienes raíces, en los hoteles y en instalaciones turísticas en casi 50 millones de metros cuadrados de playas y fronteras, supuestamente "zonas prohibidas". Además, las filiales de las grandes transnacionales eran las importadoras y exportadoras más importantes del país. En 1985, grandes negocios, como Anderson Clayton, Purina, Celanese, Cigarros la Moderna y Spicer, obtuvieron ganancias de 80 a 500 por ciento, que en su mayor parte se repatriaban. A pesar de que estas compañías obtenían subsidios, apoyos y mano de obra barata, eran renuentes a introducir la tecnología de punta y a presentar en el mercado nacional sus

goodies más avanzados y sofisticados; al contrario, muchas veces nos traían tecnología obsoleta o nos asestaban productos que estaban prohibidos en sus países.

A finales de 1985, nuevamente se aprovecharon las fiestas de diciembre para elevar los precios de la gasolina y derivados del petróleo, de la luz, teléfonos y demás servicios públicos, que, como siempre, fue la señal de aaaa¡rrrancan! para que los comercios también elevaran los precios de sus productos.

En los ochenta, la radio siguió convirtiéndose en un espacio más abierto, a pesar de los intentos de censura del gobierno. Los noticiarios radiofónicos aumentaban en importancia y surgían los locutores estrella. Sin embargo, el público lamentó muchísimo que el director de Radio Educación, Héctor Murillo Cruz, consentido de Mickey de la Madrid, desvirtuara la línea de la estación como una mínima alternativa en la radio comercial. Para compensar, progresó notablemente Rock 101, dirigida por Luis Gerardo Salas, que dio un mínimo espacio al nuevo rock mexicano en medio de una programación de rock alternativo. Para entonces la frecuencia modulada (FM) había acabado de imponerse en todo el país sobre la vieja AM.

El rock en México cobró un gran impulso en los ochenta con el surgimiento del rock rupestre, un rock pobre, sin recursos, pero mexicanísimo y que expresaba verdaderamente a los nuevos jóvenes del país. El principal exponente fue Rockdrigo González, quien llegó de Tampico para cantar en calles, metro y autobuses del DF, hasta que encontró una gran respuesta por parte de los chavos, quienes lo convirtieron en su gran héroe cultural. Rockdrigo murió cuando el edificio donde vivía cayó durante el terremoto del 85, por lo cual el personal dijo que había muerto de “un pasón de cemento”. Canciones como “Metro Balderas”, “Oh yo no sé” y “Vieja ciudad de hierro”, del disco *Hurbanoistorias* , quedaron como grandes clásicos de una música que era tan roquera como mexicana. A principios de los ochenta, el legendario grupo Three Souls in my Mind se convirtió en el Tri, se consolidó como el grupo base de la banda nacional y a partir de ahí inició su decadencia. Botellita de Jerez también resultó muy divertido, mexicanísimo y provocativo con su guacarrock, y le fue tan bien que pudo abrir un superhoyo roquero llamado Rockotitlán. Otros buenos roqueros fueron Cecilia Toussaint y Arpía, Jaime López, la Camerata Rupestre, Nina Galindo, Rafael Catana y Fausto Arreguín. Por su lado, Guillermo Briceño y Jorge Reyes, ya sin Chac Mool, siguieron su desarrollo sin prisas pero sin pausas, y de España nos llegó la superblusera Betsy Pecanins, quien cantó en el Festival de Blues de 1983, donde también la hicieron el gran Taj Mahal y Papa John Creach.

En la segunda mitad de la década cambió el panorama con la llegada de grupos que se volvieron muy populares en los noventa, como Maldita Vecindad y los Hijos del Quinto Patio, Santa Sabina, con la sensacional Rita Guerrero, y Caifanes, ex Insólitas Imágenes de Aurora. En 1987 y 1988 hubo discos de MCC (Música y Contra Cultura), de Jorge Reyes y su etno-rock *(Comala* y *Viento de navajas)* , de Cecilia Toussaint y de Margie Bermejo; Maldita Vecindad y Trolebús cantaban en mítines y manifestaciones de izquierda, Álex Lora celebró los 20 años del Tri y gustaron mucho las giras de los españoles Joaquín Sabina, Miguel Ríos y los Toreros Muertos, y del argentino Charly García.

El rock mexicano había logrado rebasar muchas de las obstrucciones del sistema, reconquistó a la clase media y claramente ampliaba sus influencias, por lo que Televisa se alarmó (eran grupos que no controlaba y que daban una visión contracultural, alternativa a la del sistema), así es que urdió la campaña "rock en tu idioma", que aprovechó el interés creciente por los nuevos grupos nacionales y lo canalizó hacia grupos inanes, como los mexicanos Timbiriche, Cristal y Acero, los argentinos Soda Stereo y Enanitos Verdes, o los españoles Hombres G, en vez de promover a Rockdrigo, al Tri o a Botellita. Con esto, el naciente rock mexicano quedó fuera del gran sistema industrial y volvió a la marginalidad, otra vez sin acceso a las grandes disqueras, a la radio comercial o a la televisión privada.

Televisa también exprimió al máximo la moda del rock cantado por niños, que tuvo mucho éxito con los españoles Parchís y los puertorriqueños Menudo. México contribuyó a su vez con la creación de Timbiriche, que en un principio era de chavitos y que después se volvería establo de estrellas juveniles como Sasha, Bibi Gaytán y Thalía, esta última actriz, junto con Adela Noriega, de la exitosa telenovela *Quinceañera* . Sin embargo, la gran estrella musical de los ochenta resultó Luis Miguel y, tras él, Yuri, Daniela Romo, Flans, Emmanuel y Mijares.

En la música ranchera, Vicente Fernández y Antonio Aguilar apoyaron las carreras artísticas de sus hijos, pero la super-potencia era Juan Gabriel, cuya fertilidad melódica había producido canciones que penetraron hasta lo más hondo del gusto mexicano. Lola Beltrán ya moraba en los espacios míticos y recibió la medalla de Bellas Artes en París. Para esas fechas, cada vez se escuchaban más canciones norteñas, como las de los Tigres del Norte o los Alegres de Terán, pues cada vez eran más los mexicanos que trataban de hacerla en el sur de Estados Unidos. Por otra parte, mientras en Yucatán se celebraba el bambuco y el centenario de Ricardo Palmerín, en la capital Guadalupe Pineda tuvo mucho éxito desde principios del sexenio, al igual que la peruana Tania Libertad, y Eugenia León, quien ganó el Festival de la Organización de Televisión Iberoamericana (OTI) de 1985 con una rola de Marcial Alejandro, pero ambos tuvieron que soportar los abucheos del público "progresista", al cual no le gustó que participaran en el festival de Televisa, como tampoco aceptó que Jaime López y Cecilia Toussaint aparecieran en programas del consorcio.

Por otra parte, en el periodo fallecieron Chava Flores, Acerina y Carlos Colorado, el director de la célebre Sonora Santanera.

En la música clásica el sexenio se inició con la muerte de un gran violinista, Hermilo Novelo, y concluyó con la de otro, Henryk Szeryng, mexicano de origen polaco y gran estrella internacional. En medio de eso, Federico Álvarez del Toro estrenó, en su Chiapas natal, *El espíritu de la tierra* y después la cantata *Uilotl-Mut.* El Cuarteto Latinoamericano grabó a Jiménez Mabarak, Moncayo, Revueltas, Chávez y Enríquez, y empezó a prestigiarse en el extranjero. Entre 1983 y 1988 surgieron compositores jóvenes como Javier Alcaraz, Víctor Manuel Medeles y Eugenio Delgado. También se dieron a conocer Alida Velázquez, Gloria Tapia, Lucía Álvarez y Lilia Vázquez. Mario Lavista presentó su *Música electroacústica mexicana* y *Dos nocturnos*

basados en poemas de Rubén Bonifaz Nuño y de Álvaro Mutis. En 1986 hubo homenajes a Manuel Enríquez y a Carlos Jiménez Mabarak, pero también murió la pianista Alicia Urreta. Por su parte, los cantantes Miguel Cortés, Margarita Pruneda, Adriana Díaz de León, Ernesto Zender y Estrella Ramírez seguían los pasos de Francisco Araiza y Ramón Vargas, quienes ya eran muy conocidos en Europa.

En los ochenta, los niños estaban clavadísimos con los juegos electrónicos que había en todas partes, y los riquillos con los de computación, porque las computadoras caseras empezaron a expandirse en todo el país, primero el sistema Apple y finalmente el IBM. También les gustaban las pequeñas máquinas con pila para todo tipo de juegos. O el Atari, el Nintendo y el Sega, que también causaron furor, al igual que las patinetas, de las cuales se llegaron a vender modelos y aditamentos carísimos. O los minimuñecos de partes movibles, estadunidenses por supuesto; primero "la gente aventurera" y después los héroes de *La guerra de las galaxias* , *He-Man* o los belicistas *GI Joe.* Las niñas, por su parte, enloquecían con las incontables variedades de Barbies con sus vestuarios, mobiliarios, casas y demás parafernalia. Para los chavitos pobretones estaban las imitaciones baratas de Corea o Hong Kong, adquiribles en los numerosos puestos de fayuca que proliferaban en el país; también estaba el "rascahuele", y por supuesto las "maquinitas" electrónicas, que las había por todas partes y se dedicaban a exprimirles el escasísimo dinero a los chamacos a cambio de sumergirlos en un mundo penumbral "del futuro". Por supuesto, siempre estaban al pie las cascaritas, que sólo requerían un balón. O las arquetípicas canicas.

Los chavitos leían las historietas de superhéroes: *El Hombre Araña* (y la Mujer Rasguña) y *Los Cuatro Fantásticos* fueron muy populares en los ochenta, al igual que las caricaturas *Matzinger* , *Los Thundercats* y *Los pitufos* , que causaron estragos e incluso fueron acusados de satanismo; también llegaron las lacrimógenas caricaturas para niñitos, como *Heidi* , *Remy* o *Candy.* Eran populares *En familia con Chabelo* , a quien para entonces ya le decían Chabuelo, y *Odisea Burbujas.* A fines de la década, varias escuelas se escandalizaron con las estampitas gringas, sumamente punk, llamadas *Garbage Pail Kids* , en las que los personajes vomitaban, defecaban o hacían finezas de ese tipo. Las frases de la época fueron "no inventes" y "en buena onda", que después se volvió "en buen plan".

En cuanto a los adultos, muchos empezaban a dejar de fumar acuciados por las campañas antitabaco que venían de Estados Unidos y que aducían que fumar causaba cáncer, trastornos en el embarazo, desintegración prepuciana o desvanecimiento del punto G. Después se prohibieron los cigarros en muchos sitios públicos. En cambio, no se dejó de beber. Las cervezas seguían igual de buenas que siempre y se mejoraba el gusto por el vino, cuyo uso claramente se expandía. El ron volvió a desplazar al brandy en las bebidas para mezclar, pero lo más notable fue el auge paulatino del tequila, especialmente los buenos reposados. Los Cuervo y Sauza, incluso el Hornitos, estaban *out* ; la onda eran los Herradura, Tequileño, Centinela, Don Julio o Cazadores, entonces difíciles de encontrar, incluso en Guadalajara. El gusto por el tequila se dio al mismo tiempo en los sectores ilustrados del personal contracultural mexicano y extranjero, especialmente en Estados Unidos, donde el coctel Margarita fue el caballo de Troya de la invasión jalisciense,

sólo que durante mucho tiempo los pobres gringuetes bebieron un tequila muy muy malo. En los noventa, el tequila llegaría a las clases altas y en los bares había listas de cientos de distintas marcas que para entonces se producían.

En los ochenta también llegó el gusto por los sushis y la comida japonesa. Se extendían los McDonald's y otras firmas de comida chafarra, especialmente las de pizzas, pero los tacos y los antojitos mexicanos continuaban imbatibles, si acaso el pambazo se volvió raro de encontrar. La nueva moda en los tacos fueron los "hawaianos", es decir, al pastor, o "de trompo", con piña. En las casas de la clase media cada vez se consumía más yogurt y granola, al igual que alcachofas, berenjenas, germinado de soya y coles de Bruselas.

En las casas ya casi no había linóleos ni candiles y quedaban pocos roperos y vitrinas; en cambio se multiplicaban las alfombras, tapetes, lámparas y los clósets. No faltaba por ningún motivo la televisión, hasta en las casas de intelectuales de la nueva vieja ola, y se pusieron de moda los hornos de microondas. En las grandes ciudades llegaron los mercados sobre ruedas y el ambulantaje. La mayor parte de la gente vivía en departamentos o condominios, pues las casas resultaban carísimas y sólo eran relativamente accesibles en las afueras, en los fraccionamientos que no paraban de surgir, usualmente en tierras despojadas a campesinos, o en las viviendas del gobierno, que solían ser casas minúsculas de techos bajísimos, como palomares.

En casi todo el país se advertía un crecimiento acelerado, pero especialmente en la ciudad de México, que de pronto se había llenado de combis comprimepasajeros, ya que viajaban doce o más en vehículos para ocho personas, con choferes campeones de la mala vibra y el agandalle. Las combis proliferaron rápidamente y brotaron en casi todas las ciudades del país, sólo en Tijuana utilizaban grandes camionetonas *station wagon* . El metro, por su parte, era el medio de transporte más usado y a las horas pico en las estaciones Hidalgo, Pino Suárez o Balderas tenían lugar intensas guerras de trincheras entre los que subían y los que bajaban de los vagones. Era un espléndido símbolo de México, ya que en el metro era tanta la gente que entre todos se sostenían y podían soportar las más extremas incomodidades. Por esas fechas se inició la construcción del metro en Monterrey, donde, por cierto, además de la macroplaza, el gobernador Halconso Martínez Domínguez levantó una enorme estatua del octogenario lobito Fidel Velázquez.

En los ochenta predominó una moda muy flexible. Las muchachas usaban chalecos estampados con flores al frente, ballerinas, mallones, blusones largos, playeras "ombligueras" o tops brillantes para ir a bailar; para las fiestas se estilaban las faldas largas, tipo Chanel, con estampados. Los pantalones volvieron a ser rectos y siguieron de moda los de mezclilla, "de diseñador", pero ahora eran stretch y también se estilaron los de tipo pescador y tres cuartos. Volvieron las minifaldas, plisadas o de mezclilla, con cinturones anchos y hebilla grande. Se usaban los sacos largos, holgados, a veces más largos que la minifalda. O conjuntos de chamarra y falda de piel. Los zapatos tendían a ser bajos con punta delgada o altos con tacón de aguja o botas altas hasta los muslos. Las medias, caladas o con figuras. Se estilaba

el pelo esponjado, en capas, y el maquillaje era muy cargado, con sombras tipo arcoíris. También se puso de moda la bisutería de fantasía, aretes largos, collares de cuentas, diademas y moños, además de lucidores lentes oscuros de armazón grande. Por su parte, los hombres rescataron las corbatas delgadas y el traje cruzado con pantalones con pliegues, usualmente holgados. Los tenis se pusieron de ultramoda y había modelos que pesaban varias toneladas y que casi costaban lo que un auto de cuatro cilindros.

Los jóvenes, como rasgo de contracultura, empezaron a usar pantalones de mezclilla desgarrados, aretes en la oreja y camisetas enormes, talla extra grande, negras y con estampas de grupos de rock, especialmente de heavy metal o jevi mechas. En todo caso, avanzaba la informalidad y cada vez era más común ver gente sin corbata o con ropa "informal", incluso políticos o ejecutivos. La gente se expresaba más libremente, con menos fórmulas convencionales y mayor uso del habla coloquial y de las llamadas "malas palabras", que se volvieron comunes.

Los ochenta fueron tiempos oscuros. El sistema insistía en que "las utopías" habían muerto y se vivía el "fin de la historia". Coexistía la fetichización de la alta tecnología con nuevas formas de barbarie. Para los oligarcas era el capitalismo salvaje, y para los más miserables el "no hay futuro". "La ausencia, el vacío de ética es uno de los signos del vacío existencial del hombre contemporáneo y de nuestra sociedad", reflexionó Juliana González. "Hemos vivido una tradición que ha perdido ya sus fuentes vivas. Creo que vivimos una moral acartonada, represiva o negativa, o bien una disolución moral en todos los campos de la vida, y no digamos en lo político, donde hay un divorcio terriblemente peligroso de la ética."

"CULEEEERO"

A principios de 1986, el secretario de la Sedue, Guillermo Carrillo Arena, no salía de sus pleitos con los damnificados del terremoto y era criticadísimo por todas partes. Los partidos de izquierda (PSUM, PMT y PRT) pidieron que se le sometiera a un juicio político, así es que el presidente se hartó y le quitó la chamba. Carlos Salinas de Gortari, supersecretario de la SPP, persuadió al presidente para que reemplazara a Carrillo Arena por Manuel Camacho Solís, connotado intelectual de El Colegio de México, hasta entonces subsecretario de la SPP y uno de sus colaboradores más cercanos. Camacho Solís era muy trucha, pero esa área quedaba fuera de sus especialidades. Al tomar posesión, la prensa le preguntó: "¿Sabe usted lo que es la ecología?" "Este..., pues sí", respondió, "pero les pido de manera amistosa que veamos estos asuntos en los próximos días". Después dijo que el problema de la contaminación de la ciudad de México era preocupante pero no para causar alarma, y que, además, no era de su exclusiva incumbencia sino que le competía también al Departamento del Distrito Federal y al Sistema Nacional de Asistencia Civil y al Programa de Contingencias de la Secretaría de Gobernación. Propuso entonces un Plan Ecológico de 100 Acciones, que contemplaba la suspensión de clases en invierno, el traslado de la refinería de Azcapotzalco, un horario escalonado de negocios, escuelas y oficinas públicas, sacar de la circulación a

400 mil carcachas, reubicar empresas altamente contaminantes y controlar los vehículos con calcomanías para restringir la circulación.

Casi nada de esto se aplicó, pues se afectaban muchos intereses, pero el plan fue preámbulo de la Ley General de Equilibrio Ecológico, que en lo concreto significó un incremento espectacular en el presupuesto para combatir la contaminación: de 7 500 millones de pesos en 1986 a 809 mil millones de pesos dos años después. También se empezó a monitorear la atmósfera con los Índices Metropolitanos de la Calidad del Aire, o imecas, que, según los ecologistas, eran esotéricos de tan confusos y, según Rafael Barajas, el Fisgón, y Carlos Monsiváis, en realidad eran un antiguo pueblo indígena, como los aztecas. Cien imecas era el nivel tolerable, 200 indicaban alta peligrosidad, y de 300 a 500 entraban las fases de emergencia. Poco después, en 1988, se vio que todos los días del año se rebasaban los límites y en más de diez se llegó muy cerca de los 300. De cualquier manera, la Sedue reiteraba que no eran alarmantes los altos niveles de infición. Por otra parte, los grupos ecologistas manifestaron sus sospechas de que, como en la economía, se maquillaban los imecas.

A menos de un año de tomar posesión, Manuel Camacho Solís aseguraba que había disminuido sustancialmente la cantidad de plomo, dióxido de azufre, partículas suspendidas y bióxido de carbono. Sólo el ozono no cedía. Sin embargo, al instante lo contradijeron los grupos ecologistas nacionales y los especialistas ambientales de Canadá. A fines de la década, la contaminación causaba numerosos problemas respiratorios y cardiovasculares, irritación de los ojos, mareos y dolores de cabeza.

El nuevo titular de la Sedue toreaba los problemas de la contaminación, pero sí comprendía el valor político que la ecología ya tenía en Europa y que sin duda tendría en México también, así es que tuvo cuidado de alentar a Jorge González Torres, un ex priísta que no la había hecho y que se moría de ganas de pilotear un partido paraestatal, en la creación del Partido Verde, que después sería el Partido Verde Ecologista Mexicano (PVEM).

Camacho Solís formaba parte del grupo compacto salinista, con Emilio Gamboa, Jaime Serra, Pedro Aspe, Luis Donaldo Colosio, Rogelio Montemayor, José Ángel Gurría, Otto Granados, Patricio Chirinos y Joseph-Marie Córdoba Montoya. Estos últimos se encelaron por los éxitos de Camacho y poco a poco el equipo se fue dividiendo en dos bandos antagónicos. Por su parte, Carlos Salinas *joggeaba* la carrera futurista con gran empeño. Las pugnas por la sucesión presidencial eran intensas entre los otros suspirantes más notorios: Manuel Bartlett, el secretario de Gobernación, y Jesús Silva Herzog, de Hacienda y Crédito Público, a quien los "observadores" le atribuían la delantera. Por su parte, Adolfo Lugo Verduzco, el presidente del PRI, también suspiraba, pero De la Madrid lo sacó del juego en octubre de 1986. En cambio, el que entró en la carrera sucesoria con gran fuerza fue Alfredo del Mazo, gobernador del Estado de México, quien en abril de 1986 pasó a reemplazar en la Secretaría de Energía, Minas e Industrias Paraestatales (SEMIP) a Francisco Labastida Ochoa, nombrado prematuramente candidato a la gubernatura de Sinaloa para suplir a Antonio Toledo Corro. El estado estaba infestado de narcotraficantes, policías y militares, la violencia se daba a la vista de cualquiera y las libertades se

hallaban severamente restringidas.

Alfredo del Mazo era un hombre tan cercano al presidente Miguel de la Madrid que éste decía: “Es como el hermano que nunca tuve”. Estas afirmaciones, más el hecho de que don Mickey le diera personalmente la bienvenida al gabinete en una ceremonia en Los Pinos, hicieron pensar a los políticos y expertos que Del Mazo era el tapado. Tanto De la Madrid como López Portillo habían entrado en el gabinete hasta el cuarto año del sexenio para evitar un desgaste prematuro y para taparlos como era costumbre. En todo caso, se consideró que por lo menos era el “caballo negro” de la sucesión. Del Mazo engrosaba la banda de los juniors, pues su padre, Alfredo del Mazo, también fue gobernador del Estado de México y secretario de Recursos Hidráulicos. Padre e hijo eran conspicuos miembros del influyente grupo Atlacomulco (o “Atracomucho”, como le decían), encabezado por el poderoso profe Carlos Hank González. Además, Del Mazo se hallaba muy cerca de Fidel Velázquez, quien ya antes lo había nombrado director del Banco Obrero.

Todo esto apasionaba a los grillos, pero en 1986 el tema dominante era el futbol. No nada más porque Hugo Sánchez era la gran sensación, sino por el Campeonato Mundial de 1986. Originalmente, la sede de esa Copa Jules Rimet era Colombia, pero los colombianos adujeron estar muy gastados y se echaron para atrás, así es que la Federación Internacional de Futbol (FIFA) adjudicó la sede por segunda vez a México, que decidió asumir los gastos del Campeonato a pesar de la crisis económica, o quizás a causa de ella. El Campeonato Mundial era una oportunidad en bandeja de plata para introducir nuevos métodos de control y de manipulación de las masas.

Los genios del diseño, alentados por Televisa, nos quisieron dejar ir como mascota, agárrense, un chile jalapeño de nombre Pique, que, dotado de un bigotazo, gran sombrero y discreta panza cervecera, copiaba el estilo estereotipante de los dibujos animados de Hollywood, tipo Pancho Pistolas o Speedy González. Además, la mascota era una mina de albures, como se vio cuando el diseñador Rafael López Castro exclamó: “¿Un chile con bigote? ¡No mamen!” Las críticas de diseñadores, publicistas, editorialistas, comentaristas, sociólogos y demás fueron crueles, y mejor cambiaron de mascota.

Desde febrero de 1986 el gobierno montó un intimidante aparato de seguridad que costó la suma módica de tres mil millones de pesos y que incluía personal especializado, equipos sofisticados de vigilancia, detección y comunicación, vehículos, fuerzas policiacas y de choque. En abril, una madrugada los granaderos y los Zorros (la Fuerza de Tarea) desalojaron del zócalo a los huelguistas de hambre, a los pintores de brocha gorda, plomeros y demás desempleados que ahí ofrecían sus oficios, así como los sempiternos plantones asentados allí. Se trataba de poner la basura debajo del tapete para que México se viera *clean* a los ojos del extranjero, pero también de poner en práctica un impresionante aparato represivo para intimidar ya no a los opositores sino a toda la sociedad. Los tecnócratas sabían que la inhumanidad de sus políticas podía generar disturbios sociales y con cualquier pretexto hacían fintas represivas para atemorizar a la población.

El sábado 31 de mayo, desde las seis de la mañana ya había aficionados en el estadio Azteca que se encontraron con un despliegue de tanques y soldados dentro y fuera del estadio y, para entrar, con cuatro puestos de revisión exhaustiva. A las 10 de la mañana el público abarrotaba el estadio y no paraban las porras "¡Mé-xi-có, Mé-xi-có!" A las 11 y media un animador anunció la llegada del señor presidente don Miguel de la Madrid Hurtado y entonces se inició una rechifla que agarró tal vuelo que acabó combinada con una gran "ola" de todo el público. El locutor, impertérrito, avisó que venían los honores de ordenanza al presidente, lo cual ameritó otra rechifla, más fuerte que la anterior. De la Madrid, con una sonrisita nerviosa, alzó una mano, con lo que creció la rechifla y se empezó a escuchar, cada vez más fuerte, que le gritaban "¡culeeeero, culeeeero!" Cuando Guillermo Cañedo, vicepresidente de la FIFA, mencionó a De la Madrid, otra rechifla ensordecedora se convirtió en "culeeero" y no dejó que se le oyera. Tampoco pudo hablar João Havelange, presidente de la FIFA, ni, por supuesto, el mismo De la Madrid, cuyo discurso duró menos de un minuto porque el estadio Azteca retumbaba de los chiflidos, abucheos y gritos de "culero". El estruendo era tal que parecía que la selección nacional hubiera metido el gol de la victoria en la final del campeonato.

Desde el inicio del Mundial, pero especialmente a partir de la victoria de México contra Bélgica, la gente se desbordó en las calles a festejar. Cientos de miles se apoderaron de la columna del Ángel de la Independencia y el gobierno creó varios pachangódromos en distintos sitios de la ciudad. Allí la gente bailaba, se emborrachaba, veía los shows patrocinados expeditamente por el gobierno y echaba el relajo del siglo. Cuando México obtenía una victoria, familias enteras salían al encuentro de los automóviles y bailaban encima de los toldos en medio de porras "¡Mé-xi-có, Mé-xi-có!"

La selección mexicana logró llegar a cuartos de final y fue descalificada por Alemania en un anticlimático tiempo extra con tiros penales. En la final, Argentina derrotó a los alemanes. La euforia mundialista llevó al gobierno a otorgar la orden del Águila Azteca a Bora Milutinovic, el entrenador de la selección. Sin embargo, Teleméxico, la empresa creada con 75 por ciento de Televisa y 25 del gobierno, fue criticadísima, pues la transmisión internacional tuvo muchas fallas de imagen y de sonido. La prensa extranjera no nos bajó de irresponsables subdesarrollados incapaces de manejar grandes acontecimientos mundiales.

En pleno mundial de futbol, Jesús Silva Herzog renunció a la Secretaría de Hacienda, la cual timoneaba desde el último año de López Portillo. Silva Herzog había destacado por sus numerosos viajes para negociar la deuda eterna y se hizo popular entre la clase media alta, que para entonces era fan de Octavio Paz. Era el puntero en la carrera por la presidencia, pero fue derrotado en las vencidas que se echó con Carlos Salinas de Gortari, quien diseñaba la política económica y patrocinaba mayores austeridades. Silva Herzog a su vez planteaba que la severa disminución de divisas hacía imposible darle servicio a la deuda, y perdió cuando pidió la unión del gabinete económico para negociar con más firmeza con el FMI y los bancos; todos se le fueron encima y De la Madrid le pidió la renuncia. Se cuenta que Silva Herzog se puso lívido y la presentó con carácter de "irrevocable", lo

cual, a su vez, enfureció al presidente, quien dio luz verde para que le pegaran duro al ex secretario de Hacienda. El periódico *El Nacional* lo criticó en un editorial y ésa fue la señal para que las plumas periodísticas al servicio del gobierno lo pusieran plano. Incluso lo acusaron de traidor.

La caída de Silva Herzog fue comentadísima, y los juicios se dividieron en favor y en contra; levantó múltiples interpretaciones y algunos financieros se alarmaron en el extranjero, pues pensaron que México variaría su política económica, por lo que James Baxter, el secretario del Tesoro de Estados Unidos, los tuvo que calmar. Todo esto en cierta medida pavimentó el camino de la renegociación de la deuda que se inició en junio de 1986 cuando se llegó a un acuerdo con el FMI para negociar con los bancos acreedores y sobre todo para recibir 3 641 millones de dólares. Sin embargo, el gobierno mexicano tenía que luchar contra el gran descrédito que padecía en el extranjero. "Prestarle a México ya no es negocio, darle dinero es pagar para hundirnos", decían los banqueros. "Cien veces se ha dicho que México estaba al borde del precipicio. Hoy ya se hundió", asestó *L'Express* por esas fechas. "México parece estar a punto de ser arrollado por su propia ineficiencia, contaminación, pobreza y corrupción: es un país que se pudre", añadió *Newsweek* , que consideraba a De la Madrid como un "tecnócrata tímido, indeciso y poco efectivo". Por lo tanto, el presidente contrató, y no precisamente baratas, a dos agencias de relaciones públicas y asesoría económica para mejorar la imagen de México en Estados Unidos.

Pero, otra vez, urgía el dinero. Los precios del petróleo bajaron hasta 11.25 dólares por barril de crudo y todos los planes se fueron a la lona. Salinas de Gortari anunció otro recorte de 500 mil millones de pesos al presupuesto, bajaron las reservas internacionales y la captación de los bancos, y las tasas de interés subieron a 130 por ciento. Aumentó la taxación, vía Impuesto Especial sobre Producción y Servicios (IEPS), que gravó gasolinas, teléfono, tabacos y bebidas alcohólicas. Para mayo habían vuelto a subir los precios de las tortillas, el pan y las autopistas. Héctor Hernández, secretario de Comercio, reconoció que, salvo en los básicos, se eliminaba todo control de precios. A cambio, los salarios mínimos aumentaron 25 por ciento; una cuarta parte de la industria nacional aseguró no estar en condiciones de otorgarlo, pero de la reetiquetación de precios no hubo escapatoria. De cualquier manera, decían los obreros, el aumento servía para un carajo. La CTM daba cifras abismales: el peso se había devaluado 325 por ciento, la fuga de capitales durante el sexenio ascendía a casi 15 mil millones de dólares y las reservas se habían desplomado de ocho mil a 4 400 millones de dólares. Las cosas se habían puesto tan duras que De la Madrid le declaró la guerra a la palabra "crisis". "Hay que hablar de avances y programas. No hablen de la crisis", tiró línea a los 31 gobernadores y al gabinete legal en el Salón Carranza de Los Pinos.

Ante la dura situación, el gobierno trató de echar a andar un programa de abasto popular que ofreciera carne, pescado, tortillas, verduras y leche a precios inferiores a los de la calle, pero los comerciantes no aceptaron esa medida populista. Después se eliminaron los subsidios y se liberó el precio de la tortilla, que de 45 pesos el kilo llegó a venderse hasta en 600. Para compensar, Héctor Hernández Cervantes se sacó de la manga los tortibonos, unos vales para comprar las tillas a precio más bajo, que después se

convertirían en célebre anzuelo para que el PRI pescara votos.

Desde 1983 el gobierno de Miguel de la Madrid había propuesto un Programa Nacional de Alimentación (Pronal), que, como el SAM de López Portillo, pretendía obtener la "soberanía alimentaria" mediante el fomento de la producción interna de alimentos y el aumento de la productividad. La realidad era que el mismo secretario de Agricultura, Horacio García Aguilar, reconocía que se incrementaban "los cultivos de exportación para que con las divisas que se obtengan compremos los alimentos que nos hagan falta". La industria alimentaria, controlada por transnacionales, operaba a 50 por ciento de su capacidad, había escasez de materias primas y 60 mil empresas no tenían dinero ni cómo obtenerlo. Por si fuera poco, la burocracia agraria (SARH, SRA, Banrural, Conasupo, Fertimex, Anagsa, Pronagra, más empresas paraestatales, fideicomisos y patronatos) devoraba todo, y de cada peso dedicado al campo sólo llegaban 30 centavos. La situación era tan dramática que no extrañó que en 1986 se dieran nuevas invasiones de tierras en Chiapas, Jalisco, Michoacán y Sinaloa, que naturalmente fueron desalojadas mediante operativos represivos de la policía y el ejército.

La economía del país seguía en plena crisis. El PIRE no había servido de gran cosa, ni el PERE, así es que Carlos Salinas de Gortari lo reemplazó con el PAC, Programa de Aliento y Crecimiento, supuestamente antirrecesivo, que además de los mandamientos neoliberales, recogía elementos de planes como el Austral de Argentina y el Tropical de Brasil, pero sin llegar a la congelación de precios y salarios o a la emisión de una nueva moneda (el azteca). El PAC, como el PIRE, se proponía bajar la inflación a través de "un crecimiento sostenido con estabilidad", defender las actividades productivas y el empleo, sanear las empresas privadas, alentar la inversión, producir alimentos, lograr un tipo de cambio "competitivo", precios "realistas" y una liberalización gradual de la economía. Al PAC le fue peor que al PIRE, pues en 1986 y 1987 la inflación rebasó la cifra terrorífica del 100 por ciento.

Los partidos de oposición comentaban que era posible reunirse con Miguel de la Madrid y exponerle puntos de vista. El presidente los escuchaba, pero no les hacía el menor caso. "De ninguna manera pienso yo que voy a convencer a ustedes de mis razones", argumentaba, "ni tampoco creo que ustedes piensen que me van a convencer". No, pos sí. "Parece una charla con un televisor", decía Heberto Castillo, "nosotros hablamos y nos contesta la tele". Por tanto, De la Madrid nunca escuchó las razones del PAN y se metió en la bronca del "fraude patriótico" en las elecciones de Chihuahua para nombrar gobernador, 67 presidentes municipales y 14 diputados locales en 1986.

También había elecciones en Durango, Michoacán, Zacatecas y Oaxaca, pero las de Chihuahua concentraron toda la atención, ya que desde el principio el gobierno se había propuesto dar un golpe duro al PAN para frenar la fuerza que estaba teniendo en ese estado, pues en las elecciones federales de 1985 se llevó cinco de las diez diputaciones, además de que ya gobernaba en la capital y las seis ciudades más importantes. Pero los priístas no querían perder "la primera gubernatura" (en realidad antes ya habían perdido la de Nayarit y muy probablemente la de Baja California); en especial, decían, era vital no ser derrotados por "la reacción". Por el bien de la patria había que parar al PAN, y por eso el de Chihuahua fue llamado el "fraude patriótico".

El PAN eligió como candidato a su mejor carta, Francisco Barrio, el edil de Ciudad Juárez. El PRI a su vez designó a Fernando Baeza Menéndez y se preparó para un triunfo aplastante. Se reformó la ley electoral para confeccionarla aberrantemente a las necesidades del fraude; se manipuló el padrón y se suprimió a 15 por ciento de electores; después éste se entregó lo más tarde posible a la oposición y la ubicación de las casillas sólo se publicó una sola vez. Además se negó el registro a 92 representantes del PSUM, con lo que el PAN no pudo contar con el aval de las actas de otro partido, como había ocurrido un año antes en las elecciones federales. Por último, el PRI también envió a sus solicitados alquimistas, dirigidos por Óscar Saúl.

El 6 de julio, en Chihuahua había fuertes contingentes militares, en vehículos y a caballo. Circulaban también volantes apócrifos en los que el PAN supuestamente indicaba no votar. Después, hubo numerosas urnas rellenas, carruseles de votantes, suplantación de representantes de la oposición, expulsión de panistas, compra e inducción del voto, votación masiva de militares, arbitrariedades de los funcionarios de casilla y otras lindezas de ese tipo. Esa noche, con apenas 27 actas computadas, el delegado Manuel Gurría Ordóñez proclamaba el triunfo aplastante del PRI con el tradicional carro completo; casi todos los medios de comunicación lo dieron por sentado y así lo difundieron. A los dos días el presidente De la Madrid avaló la victoria de Baeza, quien, por su parte, se mostraba prudente y razonable, “las tendencias me favorecen”, decía. Como era costumbre, las autoridades electorales tardaron más de una semana en dar resultados oficiales, pues ya se sabe que los procesos alquímicos se llevan su tiempo. Finalmente se anunció que el PRI prácticamente había obtenido todas las posiciones en disputa y que Fernando Baeza Meléndez había derrotado, dos por uno, a Francisco Barrio, quien denunció un “atropello atroz al pueblo de Chihuahua”, y exigió la anulación de las elecciones.

Luis H. Álvarez, alcalde panista de la capital del estado, inició una huelga de hambre, acompañado por Francisco Villarreal, un acaudalado empresario, y el médico Víctor Manuel Oropeza, y la sostuvo durante mucho tiempo, pero al final mejor la suspendió cuando ya se estaba poniendo muy malito. En general, la reacción de los panistas chihuahuenses fue lenta pero adquirió una fuerza enorme. Bloquearon calles, carreteras y los puentes internacionales, hicieron manifestaciones de decenas de miles y salieron a las calles de Juárez, Ciudad Cuauhtémoc, Nuevo Casas Grandes, Parral, Camargo, Delicias y de la capital para gritar “¡de-mo-cra-cia!”, a pesar de que las ciudades estaban ocupadas por el ejército, de que las fuerzas militares se redoblaron ante las protestas y de que el gobernador Saúl Hernández Herrera amenazó con aplicar el peso de la ley contra los panistas, porque el gobierno y el PRI siempre alegaron una absoluta legalidad en los resultados de las elecciones y en sus modos de operar. Por cierto, las luchas del PAN fueron apoyadas por los partidos de izquierda PSUM, PMT y PRT, y por activistas de derechos humanos, que por primera vez se unieron con grupos derechistas y ultraderechistas que también apoyaban al PAN. Todos pedían la anulación de elecciones. Un grupo de intelectuales, con Octavio Paz, Enrique Krauze, Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska (más el “grupo Chihuahua de la literatura”, compuesto por Carlos Montemayor, Ignacio Solares y Víctor Hugo Rascón Banda), publicó un manifiesto en favor de la anulación de las

elecciones.

Los obispos de Chihuahua también denunciaron el fraude electoral, y el arzobispo Almeida y Merino ordenó la suspensión de cultos como protesta. Esto aterrorizó a Manuel Bartlett, quien fue a pedir la ayuda del nuncio apostólico Girolamo Prigione. Éste le hizo el paro y logró que el papa Juan Pablo II revocara la suspensión de cultos en Chihuahua. Sin embargo, muchas organizaciones religiosas de todo el país apoyaron a los obispos de Chihuahua y, con ello, al PAN. Para entonces el Fraude Patriótico era noticia internacional y fue muy difundida una fotografía en que el ejército, ante reclamos de los panistas, quemaba tres urnas. Las agencias de noticias y los medios de difusión de Estados Unidos reportaban con relativa asiduidad la resistencia de los chihuahuenses ante "el fraude descarado".

El presidente y el secretario de Gobernación se endurecieron y no quisieron ceder ante las presiones que les llovían. De la Madrid lo pagó bien pronto. En agosto viajó a Washington, nuevamente a reportarse, y no encontró más que protestas y mítines por donde iba. Además, el *Washington Post* publicó un desplegado de toda una plana (costaba 30 mil dólares), de un tal Consejo para la Seguridad Norteamericana, que pedía la anulación de las elecciones en Chihuahua. Al regreso del presidente, el PAN fue acusado de traidor a la patria por sabotear las conversaciones Reagan-De la Madrid, tan importantes para la paz mundial. Durante su informe del primero de septiembre, De la Madrid insistió en que las elecciones de Chihuahua se habían realizado "con respeto a la ley". Agregó: "No ignoramos que en las elecciones aún se dan deficiencias que debemos corregir. Pero esto no puede ser pretexto para incitar al desorden, intimidar a los ciudadanos o realizar actos de violencia". (También insistió en que su política económica seguía siendo la única correcta, a pesar del aumento en la inflación y de la caída del PIB. Si las cosas estaban tan mal era por la caída de los precios petroleros.) Por supuesto, el presidente siguió montado en su macho y asistió a la toma de posesión del nuevo gobernador, custodiado, eso sí, por un impenetrable cerco militar, mientras afuera 30 mil manifestantes le gritaban a Baeza "¡usurpador!" Otro gran centro de atención fue la flamante Corriente Democrática del PRI. En mayo, después de la XII Asamblea Nacional, Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, ambos con un futuro nada halagüeño en el sexenio de De la Madrid, se habían encontrado de casualidad cuando buscaban su coche. "Nos hablamos", se dijeron.

Cuauhtémoc Cárdenas no mostró grandes inquietudes políticas durante mucho tiempo. Lo más relevante fue su apoyo entusiasta a la Guatemala de los años cincuenta, cuando él tenía veinte de edad, y su participación, bastante activa, en el Movimiento de Liberación Nacional diez años después. Hasta la muerte del general Lázaro Cárdenas en 1970, Cuauhtémoc en cierta medida vivió a la sombra de su padre. Pero en los años setenta, cuando ingresaba a la cuarentena, a Cuauhtémoc lo infectó el vicio de la política priísta y buscó la gubernatura de Michoacán. Se dice que Echeverría le dio alas, así es que él hizo su talacha en el estado. Sin embargo, don Luis después se hizo el loco, como acostumbraba, y designó candidato a Carlos Torres Manzo. A diferencia de Echeverría, López Portillo simpatizaba con Cuauhtémoc y lo impulsó para senador, primero, después lo nombró subsecretario Forestal y de la Fauna en la SARH, y finalmente le dio luz verde

en sus aspiraciones a gobernar el estado de su padre. La mayor gloria de Cárdenas en Morelia fue el primer Festival Internacional de Poesía, que estuvo bueno. En cambio, se vio puritano y aferrado al cerrar burdeles, impedir las peleas de gallos y no permitir la venta de bebidas alcohólicas los fines de semana. Sin embargo, siempre contó con el apoyo de la gran mayoría de los michoacanos, como luego se vería en las elecciones presidenciales de 1988.

Por su parte, Porfirio Muñoz Ledo entró en la política desde muy joven, pero llegó a la cumbre con Luis Echeverría. Fue aspirante a la presidencia, jefe del PRI y secretario de Trabajo y de Educación. López Portillo lo consideró gente de Echeverría y lo retiró de la SEP, pero después lo pensó mejor y lo envió a las Naciones Unidas. Muñoz Ledo se hallaba bastante contento en Nueva York cuando lo mandaron a la banca. Miguel de la Madrid, su viejo amigo de la Facultad de Derecho, ya no le ofreció nada y Porfirio, de pronto, se quedó suspendido en el vacío.

Los dos se conocían poco, pero esa vez Cuauhtémoc, que aún era gobernador de Michoacán, no dudó en llamar al ex embajador en la ONU. Los dos invitaron después a Ifigenia Martínez, Gonzalo Martínez Corbalá, Leonel Durán, Rodolfo González Guevara, César Buenrostro, Carlos Tello, Severo López Mestre, Jacinto Mújica y Armando Labra, y empezaron a reunirse para hablar de la situación política, de la toma del sistema por la casta tecnocrática, del "abandono de los ideales revolucionarios" y de la sucesión presidencial en puertas, de la que de plano estaban *out* .

En agosto, el periódico *Unomásuno* los balconeó y los bautizó como una "corriente democrática" del PRI, pues buscaban que los candidatos a puestos de representación popular fueran electos democráticamente y ya no mediante el dedazo delamadridesco. El periódico mencionaba también a Silvia Hernández, Juan José Bremer, Augusto Villanueva, Vicente Fuentes Díaz y otros priístas que la habían hecho durante el echeverriato y que después se reintegraron al redil. De todos se dijo que buscaban chamba. "Cesantes políticos de México, uníos", bromeaban. Adolfo Lugo Verduzco, presidente del PRI, declaró que toda manifestación de los militantes del partido debía encauzarse a través de los sectores, y Fidel Velázquez dijo que los de la Corriente eran unos oportunistas, rompían la disciplina, atentaban contra "la unidad revolucionaria" y debilitaban al Estado, así es que tanto Muñoz Ledo como Cárdenas se reunieron con Miguel de la Madrid, quien aseguró comprenderlos; "algo se puede hacer", dijo, y los remitió con Lugo Verduzco; él a su vez tampoco se les opuso y sugirió que ellos mismos dijeran cómo hacerle. La Corriente Democrática (CD) redactó entonces su primer documento.

Adolfo Lugo Verduzco fue enviado a la gubernatura de Hidalgo, de donde era cacique, y como presidente del PRI entró Jorge de la Vega Domínguez, quien había jurado que sería gobernador de Chiapas "los seis años enteros". De la Vega, severamente monitoreado por el equipo presidencial, llegaba a operar la sucesión y a tratar de contener a los suspirantes, que ya estaban bien encarrerados; todo sería "en el tiempo que marca nuestro calendario electoral, no antes, no después", anunció a la temible cargada de búfalos priístas cuando rindió protesta en el Teatro del Bosque. De la Vega también

se mostró cordial y comprensivo con la CD, pero ésta pronto se dio cuenta de que le estaban dando largas y se dedicó a hacer proselitismo en todo el país.

En octubre, la lucha sucesoria se abrió "oficialmente" cuando el líder del PRI en el DF, Jesús Salazar Toledano, alias Chaplinijo, obviamente con línea presidencial destapó a cuatro secretarios de Estado y distinguidos priístas como posibles candidatos del partido oficial a la presidencia: Manuel Bartlett (SG), Carlos Salinas de Gortari (SPP), Alfredo del Mazo (SEMIP) y Miguel González Avelar (SEP), pero este último después dio a entender que no tenía ninguna esperanza de obtener el dedazo y que estaba en la lista para tapar al tapado. Más tarde, se añadieron otros tres distinguidos priístas como suspirantes "oficiales": Ramón Aguirre Velázquez (SSF), quien se la tomó muy en serio; también le puso ganas Eduardo Pesqueira (SRA); y el procurador Sergio García Ramírez fue visto como el caballo negro de la contienda.

El cuasibróder Alfredo del Mazo en verdad quería ser presidente y se empezó a promover como campeón de la mentada reconversión industrial, en teoría una modernización de la industria que contemplaba aumentar la eficiencia y la productividad, introducir innovaciones tecnológicas y optimizar equipos; tampoco podía faltar la consabida apertura al capital extranjero, mayores facilidades a los exportadores, la "depuración" de paraestatales con el riguroso traslado al gobierno de los pasivos y naturalmente con una "reorganización de las relaciones laborales". En realidad, era la misma gata de todo el sexenio, la del Plan Global de Desarrollo, la del "cambio estructural", pero ahora se utilizaba el horrendo tecnicismo "reconversión". En la práctica, esta política había significado ya el despido de cientos de miles de obreros por lo que los contratados tenían mucha más carga de trabajo y menos prestaciones, y por supuesto requerían nuevos sistemas. En la industria automovilística, por ejemplo, la modernización había significado 25 mil trabajadores despedidos.

Por cierto, a fines de 1986, el gobierno seguía "reduciendo su obesidad", es decir, había privatizado 660 empresas paraestatales de las más de mil que había en 1982. En los medios bursátiles, los inversionistas pagaban entre 35 y 45 centavos por cada peso de las paraestatales en venta, por lo que se podían comprar hasta en 65 por ciento menos de su valor, porque el Estado tenía prisa por venderlas y entonces las malbarataba. Los expertos decían que el gobierno no estaba preparado para vender empresas ya que sólo sabía comprarlas. En cuatro meses se recababa la información, se analizaba y se ponía a la venta otro paquete de paraestatales. Muchas de ellas funcionaban bien y generaban buenas utilidades, pero la Secretaría de Comercio explicaba: "No se venden porque sean mal negocio, sino porque no son prioritarias". Por otra parte, algunas empresas embotelladoras, cementeras, electrodomésticas, petroquímicas, hoteleras o de autopartes regulaban la competencia en su ramo y ejercían un virtual control de precios.

La carestía continuaba imbatible mientras el gobierno seguía apoyando a los ricos, ahora con el Fideicomiso para la Cobertura de Riesgos Cambiarios (Ficorca), que asumía hasta 63.5 por ciento (11 801 millones de dólares) de la deuda externa privada, y con los pagarés de la Tesorería de la Federación (pagafes), que con el fin de que no los afectaran las devaluaciones se compraban y se vendían en pesos pero con denominación en dólares. "El

gobierno no puede evitar que se deteriore el nivel de vida de las grandes mayorías, porque en eso consiste precisamente la crisis", reiteraba De la Madrid. En lo que iba del año ya habían subido otra vez todas las cosas. A fin de año los salarios mínimos aumentaron en un 25 por ciento, aunque los expertos indicaban que se requería un incremento de 71 por ciento para que recuperaran su valor adquisitivo, sin contar con que los economistas demostraron que por cada peso que subían los salarios, los precios se elevaban dos.

Los estragos de la crisis habían generado la consolidación de una economía paralela, subterránea, con variadas y sorprendentes formas de subempleo, cuya magnitud fluctuaba entre 25 y 35 por ciento del PIB y que evadía el pago de impuestos. De ésta formaba parte la venta de productos de contrabando o piratas, el mercado negro de divisas, los trueques de bienes y servicios, los trabajos de inmigrantes ilegales; el trabajo doméstico, la prostitución, el tráfico de drogas, tabaco y alcoholes; las operaciones financieras por fuera de los mercados institucionales; la compraventa de autos, terrenos y casas no reportada; la aparición de tragafuegos, lavaparabrisas y actos circenses en las calles; así como la venta de todo tipo de cosas en los altos de las grandes avenidas. Según cálculos oficiales, esta economía subterránea significaba no obtener un 26 por ciento de ingresos tributarios. El gobierno la toleraba por distintas razones, pero muy especialmente porque al hacerlo obtenía una formidable clientela política para el PRI a través de lideresas como Guillermina Rico y Alejandra Barrios, quienes, of cors, se enriquecieron espectacularmente.

Por otra parte, a fines de 1986 la Universidad Nacional Autónoma de México volvió a ser escenario de un gran movimiento estudiantil. El 11 de septiembre, en plenas vacaciones, el Consejo Universitario aprobó las reformas emanadas del documento *Fortaleza y debilidad de la Universidad Nacional* , en el que el rector Jorge Carpizo planteaba que la UNAM era gigantesca y estaba mal organizada, con una estructura obsoleta; era necesaria una reforma profunda para corregir la coexistencia de áreas de excelente nivel académico, los institutos, con otras de bajísimo nivel, las facultades. Las reformas consistían en crear exámenes departamentales, otorgar el pase automático sólo a los que tuvieran ocho de promedio y no hubieran reprobado ningún año, reducir (y subir de precio) los exámenes extraordinarios que podían presentar los reprobados, aumentar la cuota de inscripción y el costo de los servicios. Las reformas fueron aprobadas a pesar de las protestas de los consejeros estudiantiles, así es que a fines de octubre se creó el Consejo Estudiantil Universitario (CEU), el cual pidió la derogación de las reformas carpicianas. Defendía el pase automático de los alumnos que habían aprobado la preparatoria en las escuelas de la UNAM porque "la Universidad no puede desconocer una educación que ella misma imparte" y también la cuota simbólica de 200 pesos, porque la Constitución amparaba la gratuidad de la educación. Decía también que la política educativa tendía a volverse más autoritaria conforme aumentaban los recortes presupuestales de la SPP, y recomendaba que la UNAM exigiera un aumento de 100 por ciento al subsidio en vez de la solución de moda: recortar. Los consejeros además se quejaban de la falta de becas, de la insuficiencia de las bibliotecas, del cierre de las cafeterías universitarias y de la clausura de los dormitorios estudiantiles. Querían una universidad de masas y gratuita, lo cual no se reñía

con la excelencia si se contaba con recursos, y no creían que la educación universitaria tuviera que "reconvertirse" y ser selectiva y de alto costo para tener un alto nivel académico, como se infería del proyecto del régimen.

El rector Carpizo tuvo que parar la aplicación de las reformas ya aprobadas, pues advirtió que el CEU contaba con la adhesión de la gran mayoría de los jóvenes universitarios y una gran capacidad de movilización y de convocatoria. En noviembre las autoridades hicieron concesiones menores, para dorar la píldora, pero los ceuístas aumentaron las marchas, amenizadas por el grupo de rock Maldita Vecindad y los Hijos del Quinto Patio entre varios otros; mientras el presidente De la Madrid echaba a la basura los viajes austeros en favor de los faraónicos con su debido recibimiento de miles de acarreados; a mediados de diciembre eran ya más de 50 mil los estudiantes y simpatizantes izquierdistas que manifestaban y echaban un relajazo, "¡el que no brinque es porro!", gritaban, y ahí iban todos dando de brincos. "Aplaudan aplaudan, no dejen de aplaudir, el pinche Carpizo se tiene que morir", decían los aguerridos chavos del CCH Oriente. Las mantas pedían 100 por ciento de aumento al subsidio universitario, educación gratuita, derogación de las reformas y un gran congreso resolutivo. Significativamente, los estudiantes no se metían ni con el presidente, el gobierno o el PRI, no impugnaban las condiciones usureras de la deuda externa ni la política privatizadora, además de que la mayoría de los líderes no militaba en ningún partido político, por lo que se descartaba la mano negra en el conflicto.

El gobierno desechó la línea dura por muchas razones: era muy fuerte el peso mítico de 1968, el CEU tenía una base estudiantil solidísima que podía convocar la adhesión de mucha gente inconforme, el presidente y el régimen habían sido repudiados severamente durante el terremoto y el Mundial de Fut, la crisis económica se había recrudecido con el consiguiente malestar popular y por si fuera poco ya habían llegado los tiempos del dedazo presidencial. Rectoría entonces reconoció que "eran válidos los argumentos para adecuar las primeras medidas" y aceptó crear una comisión de autoridades y estudiantes para analizar la reforma en sesiones públicas y transmitidas por Radio Universidad.

El diálogo tuvo lugar en enero de 1987 en el legendario auditorio Che Guevara de Filosofía y Letras, lleno en su totalidad de ceuístas. La comisión de rectoría, encabezada por José Narro Robles y Mario Ruiz Massieu, chocó al instante con los líderes del CEU Carlos Imaz, Imanol Ordorica, Antonio Santos, Guadalupe Carrasco, Juan Rivera y María del Carmen López, quienes se mostraron inteligentes, seguros, naturales, directos y concisos, con altas capacidades irónicas y una preparación muy sólida; veían con toda claridad las tácticas legalistas, formalistas y autoritarias de rectoría, las desmenuzaban con cuidado de cirujano y después se pitorreaban de ellas. En realidad siempre derrotaron fácilmente a los representantes de rectoría y al que se les puso enfrente, como cuando Imaz y Ordorica se comieron vivo al doctorcito Ignacio Burgoa en el programa de televisión de Ricardo Rocha.

Finalmente, rectoría propuso suspender los aumentos en los pagos de inscripción y servicios, y bajar a siete el promedio para el pase automático, pero el CEU reviró con una contrapropuesta en la que urgía a la realización del Congreso General Universitario resolutivo, con la participación de todos

los sectores de la UNAM, para discutir el rumbo y el proyecto de la Universidad Nacional. La última sesión tuvo lugar el día 16 en el Che Guevara más repleto que nunca porque rectoría llevó a sus porros de Voz Universitaria, un grupo que se había sacado de la manga para simular apoyo estudiantil. En 15 minutos la Comisión de Rectoría analizó y desechó la contrapropuesta del CEU, y planteó que sólo el Consejo Universitario, la máxima autoridad de la UNAM, podía convocar a un congreso. Ambos lados se acusaron de intransigencia, pero Narro y Ruiz Massieu se pusieron furiosos cuando Imanol Ordorica dijo que ante la poca seriedad de la reunión el CEU se retiraba, así es que los ceuístas se fueron cantando "¡CEU, CEU!" "¡Que quede constancia dónde está la UNAM!", gritó Narro, y todos los representantes de rectoría se echaron un goya, la porra de la UNAM.

El CEU armó una manifestación de 100 mil gentes, y la huelga estalló el 29 de enero. Rectoría sacó sus triques y el CEU colocó las banderas rojinegras sin ningún dramatismo. Después propuso la reanudación del diálogo, pero ahora con el Consejo Universitario, y realizó marchas por distintos rumbos de la ciudad que culminaron con otra gran manifestación de más de 200 mil simpatizantes. Carpizo, por su parte, anunció que el gobierno había aumentado el subsidio a la Universidad en un 121 por ciento, con lo que se satisfacía esa demanda estudiantil. Después se deshizo de Voz Universitaria, su brazo armado, e inició una consulta sobre los mecanismos para realizar un congreso general. El Consejo Universitario finalmente aprobó por mayoría calificada la suspensión de las reformas y la realización del congreso, cuyas resoluciones serían asumidas por la más alta autoridad de la UNAM. Los estudiantes del CEU discutieron agriamente sobre si debían continuar la huelga; en un principio votaron por mantenerla, pero después, a los 20 días de iniciada, la levantaron. Entraron entonces en operación las tortuosas discusiones sobre los mecanismos del famoso congreso, que tardó años en hacerse y resultó un parto de los montes.

El gobierno trató a los estudiantes con pinzas por el trauma de 1968, pero reiteró que usaría la mano dura con las protestas obreras cuando aplastó la huelga de los electricistas en demanda de un aumento de emergencia que tuvo lugar en marzo de 1987. Para empezar, se negó a negociar, después "intervino administrativamente" la empresa, declaró inexistente la huelga y requisó la Compañía de Luz y Fuerza. La huelga sólo duró cinco días, pues el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), a pesar de que llevó a cabo grandes movilizaciones, se quedó sin el apoyo del Congreso del Trabajo. En esa ocasión, Carlos Salinas de Gortari, titular de la SPP dijo que cerraría las empresas que se declararan en huelga, y eso fue lo que ocurrió con Aeroméxico. Tan pronto los trabajadores de la aviación (SNTAS) se pusieron en huelga, con el apoyo de las y los sobrecargos y la neutralidad de los pilotos, el gobierno declaró la quiebra de la aerolínea. Se liquidó entonces a todos los trabajadores, se creó Aerovías de México (otra vez Aeroméxico) y luego se recontrató a 60 por ciento de los que habían sido liquidados, que ahora cobraban menos y habían perdido prestaciones a cambio de más trabajo y autoritarismo. Pero así era eso de la privatización. Los patrones aprovechaban la cercanía del destape presidencial y presionaron en favor de reformar el artículo 123 de la Constitución para "modernizar" los procedimientos de huelga; también querían reformar el artículo 27 para privatizar los ejidos, limitar el llamado "sector social" de la economía y la

privatización de la banca, de Teléfonos de México y de Pemex. No se imaginaban en ese momento que pronto verían rebasadas sus expectaciones. En 1985, el secretario de Comunicaciones (SCT), Daniel Díaz Díaz invitó a 40 gorrones a Cabo Cañaveral, Florida, para apreciar el lanzamiento del vehículo espacial Discovery que, ya en el espacio, desprendió el Morelos 1, el primer satélite mexicano de comunicaciones, que en noviembre fue seguido por el Morelos 2, en cuyo cohete impulsor viajaba Rodolfo Neri Vela, funcionario de la SCT, quien así se convirtió en nuestro "primer astronauta". Científicos, intelectuales y comunicólogos cuestionaron el uso legal y práctico de los satélites Morelos, pues no había suficientes estaciones para recibir las señales, ni programas para su aprovechamiento, así es que en un principio los beneficiarios del costosísimo proyecto fueron Televisa, para no variar, y los usuarios de antenas parabólicas.

A mitad de la década, las zonas ricas de las ciudades mostraban un nuevo paisaje urbano compuesto de parabólicas, que ciertamente eran caras, por lo que se volvieron un inmediato símbolo de estatus. A través de ellas se podía tener una programación estadunidense muchas veces sin comerciales y con énfasis especial en los canales de películas y de deportes. Las opciones eran muchas, pero de cualquier manera la programación no variaba gran cosa. Por esas fechas se extendieron también las redes de televisión vía cable, con Cablevisión, de Televisa, que después compitió con Multivisión. Igualmente, proliferaron los videoclubes, que del DF se regaron por todos los rincones de la república. En un principio, los clubes de video trabajaban con cintas piratas. El gobierno, presionado por Televisa, pronto legisló en contra de la piratería y la mayor parte de los clubes se legalizó. De nuevo el gran beneficiado fue el consorcio de la televisión privada, que armó una distribuidora de casetes, Videovisa, y una red de franquicias que se llamó Videocentro. Videomax fue otra distribuidora legalizada y en torno a ella se creó un grupo de videoclubes llamados "independientes". Como Televisa no logró sacarlos del mercado, al final optó por venderles parte de su material, lo cual fue pésimamente visto por los dueños de los Videocentros, que hasta ese momento tenían la exclusividad de las películas de Videovisa. También fue legalizada la distribución de videocasetes pornográficos, que, curiosamente, también pasaban por la censura de Gobernación, quizá para que los censores se entretuvieran viendo "actos licenciosos, lúbricos, contrarios a la continencia y las buenas costumbres", porque quién sabe qué les censuraban.

Con la novedad del cable y de las parabólicas llegaron también los videoclips, ese nuevo género que fusionó música y video y que en un principio en México sólo se exhibía por cable; los clips se hicieron muy populares y pronto pasaron a los canales masivos de VHF, pero a doña Paloma Cordero de De la Madrid, la primera dama del país, no le gustaron y los condenó, por lo que regresaron a los canales de cable. Sin embargo, los videoclips habían llegado para quedarse y bien pronto los cantantes locales grabarían los suyos.

La televisión seguía claramente controlada por Televisa.

Además de su incursión en la televisión vía cable y en los videocasetes, Televisa se incorporó a los aires culturales que se daban en los canales estatales 13 y 11, pasó su canal 8 al 9 y lo convirtió en educativo-cultural con el eslogan "la alegría de la cultura", pues en teoría quería eliminar el carácter

aburrido, solemne e intimidatorio que muchas veces presentaban los actos culturales. El canal cultural de Televisa fue un fuego de pradera, pues no duró gran cosa ni llegó a crear series memorables.

No le iba mal a Televisa. Además de sus popularísimas telenovelas (*El maleficio* acaparó la atención hasta de los doctos varones), Verónica Castro tuvo un éxito inmenso con *Mala noche, no* , en la que se confirmó como una conductora fresca, graciosa y carismática; Héctor Suárez también atrapó al público con su programa *Qué nos pasa* , cuyos personajes, como el No Hay, fueron popularísimos. También fue un éxito *El mundo de Luis de Alba* , donde el cómico creó su inane personaje el Pirruris y logró que medio mundo se la pasara diciendo "¿ves?", "o sea" y "oyes". Por su parte, Ricardo Rocha la hizo en grande con sus programas *Para gente grande* y *En vivo* , que duraba toda la madrugada. A mediados de los ochenta, Televisa transmitía 21 335 horas al año, contaba con 61 repetidoras en el país, llegaba ya vía satélite a Estados Unidos a buena parte de Canadá, Latinoamérica y Europa. Era dueña de Spanish International Network (SIN), de Univisión y Galavisión (que dominaban al público de habla hispana en Estados Unidos), de empresas de televisión por cable, de productoras de televisión y de cine, de teatros (que se desplomaron durante el terremoto), de estaciones de radio, de equipos de futbol (el América por delante), de aerolíneas para ejecutivos, de todo lo relacionado con los videocasetes, de editoriales y revistas, de grabadoras de discos, de dibujos animados, hoteles, inmobiliarias y centros nocturnos.

Le iba tan bien a Televisa que a mediados del sexenio delamadridista se lanzó a la conquista de Estados Unidos. Emilio Azcárraga y Jacobo Zabludovsky viajaron a Nueva York, desde donde coordinarían las actividades del consorcio en el país del norte a través de su empresa. En México, por lo tanto, hubo grandes reacomodos. Se habló, incluso, de una apertura, una "primavera de Praga" en el gran consorcio. Sin embargo, como era de esperarse, los gringos pararon en seco a los emprendedores mexicanos. La cobertura de las elecciones de Chihuahua de 1986 que había hecho *24 horas* francamente indignó a muchos estadunidenses y al público de habla hispana en Estados Unidos, ya que toda la prensa y la televisión gringas habían denunciado ampliamente el llamado Fraude Patriótico del PRI. Por lo tanto, como en el caso de la UPI de Vázquez Raña, numerosos reporteros decidieron renunciar: "La presencia de Zabludovsky pone en peligro la objetividad y la independencia de las noticias por su servilismo al partido gobernante de México", argumentaron. Además, Estados Unidos no iba a permitir que los mighty Mexicans dominaran el mercado televisivo de habla hispana en su territorio y acusaron al emporio de prácticas monopólicas, así es que Azcárraga y Zabludovsky plegaron sus alas y se retacharon a México, donde, para sentir de nuevo el poder irrestricto, acabaron con todo aire "primaveral" de Televisa, si es que acaso lo hubo. Don Jacobo hizo a un lado a Guillermo Ochoa y su programa *Nuestro mundo* , repuso *24 horas* y asestó a los televidentes nacionales las "Econoticias", su versión de la CNN, la estación de cable que sólo transmitía noticias.

Por su parte, en 1985, Imevisión, del Instituto Mexicano de Televisión, creció hasta convertirse en una gran empresa estatal que abarcaba el canal 13, el nuevo canal 7 y el canal 22. Éste sólo se veía en la ciudad de México a través de la frecuencia ultra alta (UHF) y después se volvería un canal cultural. En

realidad, para la creación de la nueva empresa no se invirtió casi nada y sólo se conjuntó la infraestructura ya existente. El canal 7 se inició en abril de 1985 y en teoría era nacional, aunque no llegaba a muchas partes de la república. Surgió de los vestigios de Televisión de la República Mexicana (TRM), que había sido el juguete preferido de Margarita López Portillo en el sexenio anterior y se destinaba a un público rural y estudiantil de bajísimos recursos. En un principio se veía mal y pasó sin pena ni gloria, pero poco a poco se fue dando a conocer. La Unidad de Televisión Educativa y Cultural (UTEC) de la SEP se encargó de producir programas para la nueva corporación y contrató a cineastas como Paul Leduc, Arturo Ripstein, Jorge Fons y Alberto Cortés.

En la televisión estatal se dio un auge de televisión cultural que por desgracia abortó durante el gobierno de Salinas. En el 11 era lo debido, pero en Imevisión, dirigida por Pablo Marentes, se dio la grata sorpresa de programas como *A capa y espada* , *Tianguis* , *Los barrios* , *Letras vivas* , *Hoy en la cultura* , *En su tinta* y *La almohada* , que dieron espacio a escritores e intelectuales como Armando Ramírez, Ángeles Mastretta, Germán Dehesa, Ricardo Garibay, María Luisa Mendoza, Agustín Ramos, Francisco Prieto, Rafael Ramírez Heredia, Cristina Pacheco, Julio Derbez y José Agustín. Un grupo de jóvenes inquietos quería hacer cosas buenas, pero, por desgracia, la situación económica de la corporación eternamente coqueteaba con la quiebra y vivía en medio de déficit y deudas.

En los ochenta hubo avances en la lucha contra el mal de Parkinson, y los doctores René Drucker Colín e Ignacio Madrazo Navarro desarrollaron una técnica para trasplantar células fetales al cerebro del paciente a fin de estimular la producción de dopamina. Por desgracia, se extendió en proporciones alarmantes el virus de inmunodeficiencia humana (VIH), que transmitido a través del contacto sexual, de transfusiones o de jeringas infectadas, creaba el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida), el cual significaba una caída fatal de las defensas del organismo. El primer caso en México se detectó en 1981, pero en 1988 ya eran más de tres mil. Las muertes por sida aumentaban progresivamente; primero ocurrían entre homosexuales, pero después en heterosexuales y también cada vez más entre mujeres, niños y gente muy pobre. Los enfermos de sida muchas veces eran rechazados o agredidos por sus familiares, amigos y vecinos, e incluso por sus parejas; eran discriminados en los hospitales (en los públicos aducían que “no había camas”, y en los privados “se reservaban el derecho de admisión”). Para colmo, un buen tratamiento era carísimo: en 1987 costaba 20 mil dólares al año; el frasco de 100 cápsulas (y había que tomar seis al día) de A25, el mejor antiviral, simplemente valía 180 dólares. Además, los infectados de VIH eran despedidos u hostigados en los sitios de trabajo, y Televisa, Pemex, los bancos Nacional de México, Serfin e Internacional, aseguradoras, aerolíneas, universidades y muchas empresas o dependencias gubernamentales se destacaron por la violación a sus derechos humanos. Ante esta situación, surgieron las organizaciones para combatir al sida y en favor de los infectados. Se creó el Consejo Nacional para el Sida (Conasida) y aparecieron asociaciones civiles como la Fundación Mexicana contra el Sida, los grupos Acción Metropolitana, Cálamo, Rock y Sida, el Círculo Cultural Gay y la Guerrilla Gay. Se trató de crear conciencia sobre el mal y se prepararon campañas de prevención a través del uso del condón, pero éstas fueron

sistemáticamente combatidas y bloqueadas por la Iglesia católica y asociaciones ultraderechistas como el grupo Pro Vida. Televisa, por ejemplo, se negó a participar en las campañas preventivas.

A fines del sexenio, el sida había hecho estragos en el medio artístico: murió Julio Haro, inteligente y divertidísimo creador del grupo de rock El Personal, y dibujante de la tira "Gay Lussac, el azote de los bugas"; también fallecieron el roquero del grupo MCC Mario Eduardo Rivas, el novelista Nelson Oxman, el poeta Arturo Ramírez Juárez, el dramaturgo Óscar Liera, el director de teatro Gustavo Torres y su pareja el bailarín Arturo Gómez, y José Cuervo, pintor y escenógrafo. Los grupos gay, que se iniciaron en los setenta y mediante esfuerzos notables iban logrando que la sociedad poco a poco respetara sus derechos, tuvieron un enemigo formidable en el sida, pues entre las primeras víctimas se hallaron numerosos gays y desde un principio el sistema relacionó el mal con las actividades homosexuales y la promiscuidad sexual. Por lo tanto, los grupos gay concentraron una gran parte de sus esfuerzos en combatir el sida y en denunciar la discriminación que se daba entre las víctimas. Desde 1982 iniciaron sus marchas gay, imaginativas y divertidas, que después fueron "lésbico-gay".

Por otra parte, en los ochenta el movimiento punk llegó a México, aunque con variaciones al modelo original. Para entonces ya había chavos muy pobres que, orgullosos, proclamaban: "Nuestro rey Cuauhtémoc fue el primer punk mexicano". Los punks aztecas eran nómadas urbanos cuyo punto de unión era el rock y la facha. Les gustaba salir a rolarla por la ciudad en busca de aventura y para lucir el pelo pintado de colores, engominado para formar puntas de estrella, o cabeza de maguey, o rapado a la mohicana. Con semejante fachada, los punks llamaron mucho la atención e inevitablemente fueron objeto del amarillismo de los medios. La gente los rechazaba o se burlaba de ellos. Por lo general no armaban escándalos y su manera de vestir y de peinarse era su proclama para mandar a todos a la chingada. No tenían una manera específica de pensar, salvo la idea de que nada valía la pena porque el apocalipsis había llegado. De cualquier forma, la policía nunca dejó de hostigarlos y de arrestarlos por la mera apariencia.

En los ochenta también continuó con gran fuerza el fenómeno de las bandas. Como los punks, los chavos banda ya no creían en nada, ni en la familia, la escuela, el trabajo, la religión, el gobierno los medios de difusión. No es de extrañar entonces que se vieran pintas con el lema punk: "No hay futuro". Como todo se les cerraba y se les deparaba el último escalón social, las bandas canalizaron su energía juvenil en una extrema violencia. Ya no se trataba nada más de navajas, cinturones y cadenas, como a fines de los años cincuenta, sino que abundaban las pistolas y en las batallas podía haber muertos. Las bandas se hallaban compuestas por muchos chavitos. Casi todos venían de familias miserables con incontables problemas y mucha violencia, por lo que los niños salían de casa lo antes posible. Dentro de la banda había que probarse a golpes y aprender a atracar. Volverse el machín, y aquí el término no significaba "macizo", sino el jefe de la banda, que era eminentemente machista. Todos recibían un apodo, lo que equivalía a una iniciación, una nueva identidad (yo soy la banda) y todos se ponían locos con cemento, tíner, mariguana, alcohol, pastillas y lo que hubiera. Usaban aretes, pantalones pegados, chamarras negras, y las chavas se maquillaban con

untuosidad fellinesca.

Por supuesto, la policía los combatió con ferocidad. Las redadas se volvieron comunes en las fiestas de los barrios pobres. Después de repartir golpes y de su acostumbrada práctica de picarles las nalgas con alfileres, los policías saqueaban las escasas pertenencias de los chavos, los montaban en autobuses urbanos y los llevaban a la delegación policiaca, donde, para empezar, los acusaban de haberse robado los autobuses en que los acababan de transportar; naturalmente, unos no salían hasta que alguien llegaba con la multa y/o mordida; otros eran consignados y tenían que salir bajo fianza, si es que no los acusaban de delitos contra la salud.

Entre los punks y las bandas, a fines de los años setenta, aparecieron los cholos en la costa suroeste de Estados Unidos; eran los herederos directos de los pachucos y de los chicanos, y de ellos vino la idea del barrio como territorio sagrado, el uso del paliacate en la frente, casi cubriendo los ojos, los pantalones muy guangos y sombrero. También heredaron la reverencia por el pasado mítico: Aztlán, los aztecas y una religiosidad profunda cuyo centro era el culto a la Virgen de Guadalupe. De los chicanos también tomaron el gusto por la expresión a través de la pintura mural, que derivó en la práctica de los placazos, los cuales podían ser elaborados murales o grafías casi indescifrables. Como suele ocurrir, en poco tiempo los hubo en Tijuana, Ciudad Juárez, Culiacán, Mazatlán y Guadalajara. Los cholos podían ser violentos y consumían drogas; la pobreza impidió que se aficionaran a la heroína, pero, como las bandas, le entraron al alcohol, la mariguana, los inhalantes y las pastillas. Por otra parte, crearon un espanglés sensacional, rico en coloquialismos inéditos y en giros idiomáticos. Como todos sus hermanos contraculturales, padecieron represiones incesantes, así como incomprensión y desprecio por parte de la cultura institucional. En Ciudad Juárez, el entonces presidente municipal Francisco Barrio salió con su programa “barrios unidos con Barrio”, con el que, sin dejar de reprimirlos, quiso manipular a los cholos, integrarlos al sistema y despojarlos de sus rasgos culturales para que lo apoyaran a él y al PAN.

En México, la capital de la contracultura se localizó en el tianguis del Chopo, que se inició en octubre de 1980 como “un canal de comunicación” para el intercambio y la venta de discos, libros y revistas rocanroleras en la calle, frente al legendario Museo del Chopo. Desde un principio tuvo un gran éxito, pues fue un inmejorable punto de reunión para los chavos que oían rock en México y que podían intercambiar discos, además de que, al menos en las dos cuadras que comprendía el tianguis, se podía circular libremente con las fachas más locas del mundo. Abundaban los tatuadores, los discos, cintas y videos pirata, y ahí estaba la ropa, la indumentaria, la parafernalia, las revistas y fanzines para punks, metaleros, posjipis, darks, tecnos, rastas y machines de todo tipo. Para no variar, el tianguis del Chopo tuvo que soportar muchos acosos de los vecinos más azotados, de los periodistas antichavos y de la policía, que, si no hacía redadas, acechaba por los alrededores. Con el tiempo, el museo retiró el apoyo al rock y al tianguis, y éste tuvo que mudarse por distintos sitios de la ciudad hasta que finalmente quedó junto a la estación de ferrocarriles de Buenavista.

En las olimpiadas de 1984, Raúl González se llevó la medalla de oro e impuso

una nueva marca en la caminata de 50 kilómetros; Ernesto Canto, por su parte, obtuvo la medalla de oro en la de los 20 kilómetros. Esos dos primeros lugares fueron suficientes para que el país, tan necesitado de triunfos, se sintiera gratificado. En el beisbol, Fernando Valenzuela hizo un papel francamente notable en las ligas mayores de Estados Unidos en los ochenta e incluso lanzó un juego sin jit ni carrera, aunque no llegó a acabar con el cuadro como en un momento pareció que lo haría. Con menor espectacularidad, el también lanzador zurdo Teodoro Higuera se desempeñó muy bien con los Cheleros de Milwaukee. El de 1986 fue un buen año para él y para el gordito Valenzuela, pues los dos lograron ganar 20 juegos en la temporada, y en el juego de estrellas Higuera ponchó a tres bateadores seguidos; Valenzuela, a cinco.

En 1988, el futbol nuevamente fue noticia cuando se descubrió que varios jugadores de la selección nacional juvenil habían falsificado sus actas de nacimiento. La FIFA los cachó y castigó a México excluyéndolo de toda competencia internacional durante dos años, incluyendo el mundial de Italia. "No sabíamos", se justificaron los jugadores, "los dirigentes hicieron todo". De cualquier manera fueron un oprobio nacional, el público los insultó en todos los tonos y los niños les gritaban "¡cachirules!" cuando los veían.

LA CAÍDA DEL SISTEMA

El PAN vivió una transformación sustancial a principios de 1987, cuando Luis H. Álvarez contendió con Pablo Emilio Madero por la presidencia del viejo partido conservador. Álvarez, cuyos bonos se hallaban muy altos por la resistencia en Chihuahua, pidió al Consejo Nacional del PAN que le diera su voto para lograr "la radicalización de Acción Nacional". Esta estrategia de Luis H. Álvarez, cuyo asesor y redactor de discursos era el ex periodista yucateco Carlos Castillo Peraza, se convertiría en el programa del PAN durante los diez años siguientes. "Podemos abrirnos a todo diálogo, a toda alianza, a toda opción, en la medida en que sólo puede ser factor de cambio quien sea capaz de convocar y encabezar un esfuerzo plural de solidaridad", sentenció el dúo Álvarez-Castillo Peraza.

El 21 de febrero Luis H. Álvarez fue electo presidente del PAN, y con él ascendieron los que para entonces eran llamados "bárbaros del norte", un grupo de empresarios entre quienes se contaban Manuel J. Clouthier, Francisco Barrio, Ernesto Ruffo Appel, José Luis Coindreau, Rodolfo Elizondo Torres, Guillermo Prieto Luján, Adalberto Rosas, Vicente Fox Quesada y Carlos Medina Plascencia. Los panistas tradicionales, encabezados por Pablo Emilio Madero, el nieto de don Francisco I., quedaron inconformes ante los cambios, pues creían que los principios básicos del PAN estaban a punto de ser desplazados por un nuevo pragmatismo. Los neopanistas, como también fueron llamados, desdeñaron la oposición de los viejos militantes y los identificaron como "doctrinarios", con lo cual implicaban rigidez y obsolescencia.

"La caballada del PAN está gorda, no como la del PRI, que está escuálida

porque está integrada por amorales ladrones de votos, como Bartlett, y juniors, como Salinas y Del Mazo. Son puros sifirios que no pegan el tiro", dijo Manuel Clouthier, quien buscaba intensamente la candidatura del PAN a la presidencia de la república. Otros que sonaban eran Francisco Barrio, Fernando Canales Clariond, Rodolfo Elizondo Torres y Adalberto Rosas, todos ellos neopanistas. El único contendiente por parte de los doctrinarios era Jesús González Schmall. Finalmente, la tendencia de Luis H. Álvarez y los empresarios fue la que triunfó y en la segunda mitad del año el candidato del PAN a la primera magistratura del país fue el sinaloense Manuel J. Clouthier, quien había destacado a fines del sexenio anterior como el líder del Consejo Coordinador Empresarial, que se opuso a José López Portillo y después, cuando perdió, a la mala —decía él—, las elecciones por la gubernatura de Sinaloa.

En el campo de la izquierda, la noticia de 1987 fue la "fusión de la crisis", que conjuntó al Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y al Mexicano de los Trabajadores (PMT) en el Partido Mexicano Socialista (PMS), cuya meta inmediata era enfrentar la lucha electoral más eficazmente. Ambos partidos hasta ese momento se habían desarrollado con más pena que gloria, pero juntos sumaban 15 alcaldías y 20 diputaciones federales. Aunque esta fusión se logró entre negociaciones cupulares, con escasa participación de las más bien famélicas bases, en agosto el nuevo partido decidió abrir su elección de candidato a la presidencia a todo el que quisiera votar, militante del PMS o no, y Heberto Castillo le ganó al escritor Eraclio Zepeda, al dirigente chihuahuense Antonio Becerra y a José Hernández Delgadillo. Por su parte, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) no quiso entrarle a la fusión y lanzó como candidata, por segunda vez, a Rosario Ibarra de Piedra, la gran luchadora social.

En el PRI, en tanto, la aparición de la Corriente Democrática causaba un fuerte impacto y se oían más críticas. Los obreros y campesinos, a través de sus sectores corporativos, se quejaban de que cada vez les hacían menos caso. "Nos tienen marginados en el reparto de gubernaturas, senadurías, diputaciones federales y locales, y presidencias municipales", decían. "Ahora los cargos de la administración pública se distribuyen entre amigos, compadres y condiscípulos." Es decir, entre los tecnócratas y su banda. La CTM contaba con tres gobernadores, 13 senadores, 55 diputados federales, 65 legisladores locales, 200 alcaldías y 450 síndicos y regidores. Pero, hombre, quería más, y exigía que la pelaran en la lucha por la grande, en la que estaba con Alfredo del Mazo.

Las luchas por la sucesión eran muy intensas, especialmente entre Salinas, Bartlett y Del Mazo. Se decía que el secretario de Gobernación era un experto en intrigas, y que su control del espionaje político le había permitido obtener información clave sobre todo el sistema. Se rumoraba que Bartlett tenía fotografías del presidente en situaciones muy comprometedoras para el paladín de la renovación moral. Por cierto, se contaba que De la Madrid estimaba tanto a su secretario particular que un día, bromeando, le colocó la banda presidencial. "No me la ponga si no va en serio", le dijo al instante Emilio Gamboa.

El presidente De la Madrid jugó a tapar a su candidato. La aparición de la

Corriente Democrática lo obligó a simular burdamente cierta democracia interna, por lo que tres presidenciables de los destapados por Jesús Salazar Toledano (Del Mazo, Bartlett y Salinas) tuvieron como pasarela sendas comparecencias ante la Cámara de Diputados. Después vinieron unas "jornadas de análisis", o minipasarelas, en las que aventaron a más suspirantes para hacer bulto.

En tanto, Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y sus amigos seguían promoviendo una elección abierta y democrática para la candidatura del PRI a la presidencia. La idea de una corriente democrática en el partido oficial sin duda había atraído a los medios y los analistas recordaban que Daniel Cosío Villegas había escrito que el fin del partido oficial tendría que venir de una escisión del PRI.

Por tanto, en marzo, el PRI organizó su "asamblea de la unidad", la XIII, en la que De la Madrid, emulando a López Mateos, juntó a Luis Echeverría y a José López Portillo, quienes se dieron un fariseico abrazo mientras a la sorda algunos presentes silbaban y gritaban "¡ladrón!". Los dos habían sido estigmatizados por los tecnos, y a sus sexenios se los conocía como la Docena Trágica. Sin embargo, además de embarcar a los ex presidentes, la asamblea fue clave por varias razones. Primero, en la estratégica mesa de economía, Pedro Aspe, subsecretario de la SPP, fue enviado por Carlos Salinas de Gortari para que lidiara contra Ifigenia Martínez, de la CD, y contra Armando Labra, los que proponían una política de deuda externa ajustada a los intereses y prioridades nacionales y no a las necesidades de Estados Unidos y del gran capital internacional. De esa forma, el PRI abandonó su programa histórico y adoptó el neoliberal de la SPP y del presidente. "Ahí se consolidó la candidatura de Salinas", escribió después Carlos Ramírez.

Más ostensiblemente, la XIII asamblea sirvió para romper con la Corriente Democrática. "No toleraremos que se invoque la democracia para trastocar nuestra actividad partidista. Ni quinta columna ni caballos de Troya", advirtió Jorge de la Vega Domínguez, el presidente del PRI. "Lucharemos unidos contra nuestros adversarios de afuera; los de adentro, si los hay, tienen las puertas abiertas para actuar en donde más convenga a sus intereses personales."

Cuauhtémoc Cárdenas replicó al instante que la XIII asamblea había optado por "mantener, para la selección de candidato a la presidencia de la república, el esquema tradicional. Eso está muy claro". Después acusó a De la Vega de "autoritarismo, antidemocracia e intolerancia" que impedía "una colaboración digna y respetuosa". Porfirio Muñoz Ledo también le entró al quite, por lo que el Comité Ejecutivo Nacional, azuzado por Fidel Velázquez y por Héctor Hugo Olivares, de la CNC, amenazó con expulsar a los indisciplinados. Éstos no se arredraron y siguieron las críticas, que motivaron intimidaciones de todo tipo: intervención de aparatos telefónicos, presiones a los medios para que los atacaran y obstaculización de reuniones públicas, en las que no faltaban los provocadores. Los democratizadores se habían convertido en enemigos del régimen. Por esos días, Pedro Ojeda Paullada asistió a una comida que Manuel Moreno Sánchez les ofreció a Cuauhtémoc Cárdenas y a Porfirio Muñoz Ledo en su rancho Los Barandales. Los periodistas le preguntaron si simpatizaba con la Corriente Democrática. "Yo

vine a una comida que cada año organiza mi amigo Moreno Sánchez", respondió. "No", le replicaron, "ésta es una comida de reconocimiento a la CD". "¡Ah, qué cabrones!", respondió el ex presidente del PRI, "me llevaron al baile".

Mientras, Luis Martínez Villicaña, el nuevo gobernador de Michoacán, se encargaba de desmantelar las redes cardenistas en el estado y despidió a tres mil funcionarios de la anterior administración, el líder del Frente Juvenil Revolucionario, Alejandro Rojas, y sus principales colaboradores fueron destituidos, por lo que en el acto armaron una marcha contra la política económica gubernamental y la antidemocrática dirección del PRI. Por su parte, Alfonso Corona del Rosal y otros matusalénicos priístas como Leopoldo Sánchez Celis, hablaron de formar una "corriente opositora" dentro del Revolucionario Institucional. Otras defecciones tuvieron lugar, como la de Ricardo Valero, viejo izquierdista, quien de subsecretario de Relaciones Exteriores fue enviado como embajador a Moscú y ahí De la Madrid lo destituyó sorpresivamente, quizá porque se había dado cuenta de sus simpatías por la CD. A su regreso, Valero también se unió a Cárdenas y Muñoz Ledo.

A mediados de junio Miguel de la Madrid ordenó la realización de "audiencias públicas" para que la ciudadanía participara en las reformas a la ley electoral, que había quedado en entredicho después de las broncas del año anterior. Cumplida burocrática y manipuladamente la "consulta", De la Madrid envió al Congreso una iniciativa de reformas a la Constitución para un nuevo código federal electoral, que fue severamente cuestionado por la oposición, ya que una vez más estaba confeccionado a la medida del régimen y de nuevo el gobierno conservaba el control de los principales mecanismos electorales. PAN, PDM, PSUM, PMT y PRT se unieron para presentar una contrapropuesta, que fue bloqueada al instante por el PRI, el cual después, en diciembre, recurrió al mayoriteo y aprobó la nueva ley.

Para dar la pala democrática, el PRI finalmente presentó una lista oficial de suspirantes: Carlos Salinas de Gortari (SPP), Manuel Bartlett Díaz (SG), Alfredo del Mazo (SEMIP), Ramón Aguirre Velázquez (DDF), Sergio García Ramírez (PGR) y Miguel González Avelar (SEP). A estos "distinguidos priístas" se les preparó una magna pasarela que se extendía durante una serie de desayunos en el edificio del PRI. En lo que se reventaban los huevos rancheros y la machaca eran "sopesados" por el CEN del PRI, su Consejo Consultivo, los líderes estatales del partido y los medios de difusión. Todos los precandidatos elogiaron impúdicamente al presidente De la Madrid y prometieron continuar y profundizar su obra histórica. Como nadie dijo nada interesante, por aquello de que "el que se mueve no sale en la foto", los periodistas se entretuvieron interpretando la manera en que los suspirantes habían llegado al edificio del PRI, qué tanta porra llevaban, cómo oscilaba el aplausómetro y cosas por el estilo.

Pero este homenaje a los métodos de Luis Echeverría por supuesto era una farsa, pues para entonces Carlos Salinas de Gortari ya sabía que él era el Bueno. Posiblemente lo supo desde siempre, pues pudo hacer callados preparativos en distintas áreas del gobierno desde antes del destape. Fue un dedazo meticulosamente orquestado, en el que ya no importaron las

necesidades políticas del sistema sino llevar a fondo el gran viraje hacia el neoliberalismo que se fue preparando a lo largo de esos cinco años. México tenía que dejar el "nacionalismo revolucionario" y "entrar en la globalización". Sólo Salinas garantizaba este cambio, que jamás se expuso a los votantes, porque él era artífice del proyecto desde el principio, cuando Miguel de la Madrid recurría a brujos y oráculos para que López Portillo lo agasajara con el Gran Dedo. Incluso el ex presidente comentaba: "A Miguel lo tienen dominado Salinas y el francés". Los demás que parecían rifarla en la carrera sucesoria, Bartlett y Del Mazo, no tenían la menor oportunidad: uno por intruso y otro por *latecomer* en la Casta Tecnocrática. Salinas era el principal sostén de De la Madrid, y además contaba con la complicidad de su cuate Emilio Gamboa, el secretario del presidente, quien lo tenía al tanto de todo lo que ocurría en Los Pinos. Por eso, cuando lo destaparon, algunos dijeron que en realidad Salinas se estaba reeligiendo.

Según él, se hallaba en su despacho cuando, a las nueve quince de la mañana, zas, le habló Jorge de la Vega y luego el presidente Miguel de la Madrid y le dijeron que él era Aquél. "Mi padre se levantó llorando, me abrazó y apenas alcancé a decirle: '¡Ya la hicimos!, nos tardamos veinticinco años pero llegamos'." Por su parte, el presidente De la Madrid, fiel a las formas, se mostró "sorprendido" cuando "mis compañeros de partido fueron tan amables en comunicarme la decisión de los tres sectores".

La verdad es que el día del destape fue muy divertido. En la mañana del 4 de octubre de 1987 Alfredo del Mazo, sacadísimo de quicio porque finalmente supo que su casi her mano no lo había escogido, inició el relajo cuando felicitó por la radio a Sergio García Ramírez por su elección como candidato priísta a la presidencia. La finta corrió con buena suerte en un principio, así es que varios incautos, entre ellos Pedro Ojeda Paullada, corrieron a incorporarse a la cargada que crecía en casa del procurador, quien, muy prudente e institucional el hombre, no decía nada, pues no había recibido notificación alguna del presidente, pero sin duda tuvo en sus manos la posibilidad de armar un lío fenomenal de haber caído en la provocación. A mediodía, De la Vega, desde el edificio del PRI, anunció que el único y verdadero candidato del PRI era Salinas de Gortari, por lo que los búfalos abandonaron a García Ramírez y corrieron a cargarse con el chaparrito de Programación y Presupuesto, quien, para que vieran que no era tan tecno, declaró que haría política, "mucha política moderna". What?, se preguntaron los prinosaurios, inquietos, ¿qué ser eso de política motherna? Salinas tenía 39 años de edad, vendría a ser el segundo presidente más joven que ha tenido México y sería el adalid de la modernidad en plena posmodernidad.

Sin embargo, muchos priístas, además de la Corriente Democrática, distaban de estar contentos. Fidel Velázquez, por ejemplo, no ocultó su descontento. "¿Por qué se va?", le preguntaron al ver que se retiraba, furioso, del PRI. "¡Me voy porque se me antoja!", escupió. "Pues si no era nuestro candidato, ya lo es ahora", asentó, salomónico, Leonardo Rodríguez Alcaine, el líder de los electricistas del SUTERM, mejor conocido como la Güera. O Hank González, quien poco después declaró que "el sistema se estaba debilitando". O la Quina, que había tenido varios choques con Salinas. No se diga la gran cantidad de bartletistas y delmacistas que acabaron como el perro de la carnicería, o las mantas que se quedaron enrolladas frente a la casa de

Ramón Aguirre, quien le puso empeño al espejismo de ser presidente. “Miguel de la Madrid se salió con la suya”, escribió después Gabriel Zaid, “pero provocó lo que se temía: la insubordinación extendida en todo el sistema, que en extremos llegó a la ruptura abierta”.

En tanto, Cuauhtémoc Cárdenas ya se hallaba en conversaciones con los agónicos partidos Popular Socialista (PPS) y Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), ambos insatisfechos con el dedazo a favor de Salinas de Gortari. El PARM nominó a Cuauhtémoc como su candidato a la presidencia sin ninguna dilación. Después de algunos estira-y-afloja el PPS se adhirió a la candidatura de Cárdenas, al igual que el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), el cual, al hacerlo, adoptó el kilométrico nombre de Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), que pronto fue reducido a “el Ferrocarril”. A la cabeza de este partido se hallaba uno de los campeones mundiales del oportunismo y el folclor, Rafael Aguilar Talamantes, quien no dudó en ver qué sacaba de ese insólito complejo de grupos políticos paraestatales que se formó en torno a Cuauhtémoc Cárdenas y que se denominó Frente Democrático Nacional (FDN), con grupos como Unidad Democrática, Poliforum, Movimiento al Socialismo (MAS), Punto Crítico, la Asamblea de Barrios (cuyo candidato, Superbarrio, declinó en favor de Cuauhtémoc) y otros grupos de la izquierda independiente. Más tarde se integrarían en el FDN el Partido Social Demócrata (PSD), de Luis Sánchez Aguilar; el Verde, el Liberal, Fuerzas Populares y el Consejo Obrero Campesino de México, entre otros.

Se trataba de un frente muy frágil, obviamente temporal, pero que hubiera sido inimaginable un año antes. En ese momento, el PMS y el PRT decidieron seguir por su cuenta. Cuauhtémoc Cárdenas inició su campaña a finales de noviembre en Morelia, Michoacán, donde el gobierno de Luis Martínez Villicaña le había declarado la guerra. Rosario Ibarra de Piedra (PRT), Heberto Castillo (PMS), Manuel Clouthier (PAN) y Carlos Salinas de Gortari (PRI) también hacían campaña por todo el país. A ellos se añadió, fantasmalmente, Gumersindo Magaña Negrete, postulado por el Partido Demócrata Mexicano (PDM).

La política tomaba un cariz nuevo y sorprendente cuando ocurrió el crack de la Bolsa. A pesar de que en 1979 y 1981 tuvieron lugar auges artificiales y sus correspondientes derrumbes en la Bolsa Mexicana de Valores (BMV), el gobierno de Miguel de la Madrid desde un principio fomentó una banca paralela a través de las casas de bolsa, que empezaron a captar gran parte del ahorro y relegaron bien pronto a la banca nacionalizada. Las casas de bolsa hicieron crecer a la BMV, cuyo Índice de Precios y Cotizaciones se elevó de 676 puntos a fines de 1982 a 47 101 en 1986. Sin embargo, lo bueno vendría en 1987.

Desde enero la Bolsa fue creciendo espectacularmente hasta que en octubre ofrecía rendimientos de un inconcebible 690 por ciento y un múltiplo de 22 veces. “Descontada la inflación, los especuladores ganaban, sin despeinarse, 596.9 por ciento, aunque no hubiera sustento alguno con los números de las empresas. La irracionalidad había llegado a su clímax”, escribió Alberto Barranco. A nadie le interesaba comprar dólares, ahorrar en la banca nacionalizada o invertir su dinero en algo productivo si las ganancias de la

BMV eran tan elevadas y se obtenían en días o semanas. La codicia se despertó entre mucha gente que sabía muy poco de asuntos bursátiles y que depositó su fortuna en las casas de bolsa. Lo mismo ocurrió con varias empresas. Corrió muy fuerte la voz del auge de la BMV, alentado por el gobierno; los empleados de la banca nacionalizada recomendaban a sus clientes que invirtieran en la Bolsa de Valores. "Hay ganancias del 300, 400 y hasta 700 por ciento", decían. El presidente mismo dijo que el boom bursátil era una muestra de la "confianza recuperada" y de la efectividad de su política económica. Teníamos 16 millones de dólares de reservas; ¿cómo la veíamos?

Después, la clase media también le entró a la fiebre especulativa. Todos querían invertir poco y ganar mucho (*ya* , ahora mismo) en la economía casino. En 1982 había 66 mil inversionistas en la BMV, pero en septiembre de 1987 ya eran 417 mil. Mucha gente puso lo que aún conservaba, otros hipotecaron o vendieron sus casas y automóviles. Las cosas estaban tan calientes que el 5 de octubre, un día después del destape de Salinas de Gortari, la BMV ganó 26 677.53 puntos en la primera media hora, por lo que la Comisión Nacional Bancaria tuvo que suspender las actividades para imponer el orden.

Dos semanas después, el día 19 se convirtió en lunes negro, cuando tuvo lugar una esperable "toma de utilidades" y la BMV perdió 24 000 puntos y otros tantos el martes 20. El pánico cundió en la Bolsa y todos querían vender, pero las acciones se habían depreciado trágicamente y además nadie compraba. Más de 180 mil inversionistas perdieron de golpe su dinero, y muchos presentaron demandas, que no prosperaron, y formaron una asociación de Damnificados de la Bolsa, pues la defraudación fue por más de 40 billones de pesos. La operación había salido redonda y con ella Los Que No Nos Volverían a Saquear acabaron de desplumar a los incautos que habían conservado o que consiguieron dinero. Inversiones multimillonarias se redujeron a polvo y más de 100 mil "inversionistas" se retiraron de las casas de bolsa, pero éstas, especialmente las de los hermanos Eduardo y Agustín Legorreta, Operadora de Bolsa e Inverlat, habían ganado cantidades demenciales ("Es fabuloso el negocio bursátil", decía Eduardo Legorreta, quien año y medio después iría a la cárcel por defraudar a sus clientes). Por si fuera poco, la especulación se trasladó al mercado cambiario, las tomas de utilidades se utilizaron en compras masivas de dólares y la fuga de capitales fue de 2 500 millones de dólares, por lo que el peso se devaluó 30 por ciento. Más ganancias para los grandes especuladores.

Con la devaluación se disparó la inflación, que ese año llegó a niveles récord: casi 10 por ciento en noviembre y 14.8 en diciembre. Con esto los planes económicos del gobierno se vinieron abajo. El gobierno había respirado en agosto, cuando la renegociación de la deuda finalmente se tradujo en créditos por 7 700 millones de dólares y Miguel de la Madrid presumía de que contaba con 16 mil millones de dólares de reservas internacionales, pero todo se había descompuesto nuevamente y, como cuando iniciaba su administración, tuvo que recurrir a un programa de emergencia llamado Pacto de Solidaridad Económica (PSE) con una cruel ironía, pues de pacto tenía poco, ya que fue impuesto por las autoridades a obreros y patrones, y de solidaridad tenía menos, porque golpeaba durísimo a los más pobres. Con el PSE los salarios

subieron en un 20 por ciento, que quedó de tope, pero también se congelaron el tipo de cambio y los precios de garantía, aumentaron los impuestos, bajó el gasto público y desaparecieron los estímulos a la inversión. El propósito era parar la inflación, pero antes el PSE la alimentó con nuevos aumentos devastadores a las gasolinas y a los servicios públicos, incluyendo los transportes, lo que trajo consigo, una vez más, una elevación generalizada de los precios. Ese año la inflación llegó a 159 por ciento.

A principios de 1988 la ciudad de México se ensombreció un día de invierno en que, debido a la contaminación, amanecieron muertos muchos pájaros en las Lomas de Chapultepec. Aunque se hizo el chiste de que el regente Ramón Aguirre Velázquez había declarado que los pájaros murieron de cansancio, la verdad es que ese año la capital llegaría a ser declarada zona de emergencia ambiental a causa de los altos índices de ozono, el cual propiciaba el deterioro del sistema respiratorio. “Hacer ejercicio en el DF puede causar daños permanentes”, advirtió, muy serio, el doctor Rubén Shturman. Homero Aridjis por su parte denunció que no servía la mayor parte de las estaciones de monitoreo atmosférico. “El presupuesto de la Sedue en ecología es mínimo”, explicó, “pero en la vivienda es alto, porque ahí están los negocios.” La contaminación también avanzaba en Monterrey, Guadalajara, Tijuana, Ciudad Juárez y Puebla, que crecían aceleradamente.

El candidato del PRI entró con pie izquierdo en su campaña presidencial, especialmente después de la devaluación posterior a la debacle de la Bolsa de Valores. Todo el mundo le presentaba quejas y él trataba de verse muy motherno. “A mí no me ofende la verdad”, decía. Para que vieran que iba en serio con la “modernidad”, en Tabasco repudió el “arcaico” sistema de acarreo priísta. Sin embargo, en San Pedro de las Colonias, La Laguna, Salinas fue recibido entre abucheos e insultos e incluso, como a Luis Echeverría en CU, le tiraron varias piedras. El PRI se quejó ruidosamente e inculpó al Frente Democrático Nacional.

“No prende la campaña”, decían en el PRI, donde aumentaban las presiones para sustituir al candidato. Y la campaña no prendía porque Salinas de Gortari no ayudaba gran cosa. Era demasiado bajo de estatura, calvo irremediable y orejón, por lo que en sí mismo constituía una caricatura y le ahorraba mucho trabajo a los moneros. “Como que no parece presidente”, decía, pensativo, el doctor Elías Corral.

A partir de enero de 1988 se reforzó la campaña con un gasto ilimitado en propaganda y publicidad, pues para entonces Salinas decía que siempre sí eran buenos los acarreos. Además, la gran mayoría de los medios estuvo a su servicio. Expertos en “imagen” lo presentaron como una mercancía atractiva, hasta donde les fue posible, y la televisión bombardeó inmisericordemente a la pobre nación durante meses con la pelona del candidato; en cambio, a Cárdenas y a Clouthier los medios no les hacían el menor caso, salvo para insultarlos, incluso Zabludovsky presentó en *24 horas* a dos “hijos” del general Cárdenas que criticaron la “traición” de Cuauhtémoc al PRI. Salinas también contó con todos los recursos del gobierno federal y de los estatales, y con aportaciones importantes de miembros de la iniciativa privada, aunque esa vez no se pasó la charola como lo harían en 1993. Las calles de las ciudades se inundaron con tableros, carteles, banderolas y demás

parafernalia electoral. La presencia de Salinas de Gortari durante la campaña presidencial de 1988 fue tan excesiva que a la larga funcionó en sentido opuesto y le quitó simpatías y votos al PRI. El muy anodino lema, "Que México hable", tampoco ayudó. Además, la campaña priísta sufría muchos tropiezos: salvo los acarreados, iba muy poca gente y en todas partes se quejaban. También insultaron a Salinas en Guerrero y Michoacán. Ante eso, y los avances de Cuauhtémoc Cárdenas, Salinas de Gortari cambió su retórica de campaña por el populismo que tanto detestaba ("No me pidan la privatización del ejido, porque entonces los ejidatarios podrían pedirme la desaparición de la pequeña propiedad"), así es que se metió entre la gente, se declaró centroizquierdista y de lo más tranquilo se adueñó de las consignas de la oposición ("¡el que no brinque es cardenista!").

Por su parte, Cuauhtémoc Cárdenas empezó despacio, pero a finales de febrero fue recibido con un entusiasmo extraordinario en La Laguna, zona cardenista por excelencia; después, en la Universidad Nacional hubo grandes controversias sobre si podía o no hacer campaña en la Autónoma de México: el rector Jorge Carpizo no quería, pero tuvo que ceder, y Cuauhtémoc finalmente llegó a Ciudad Universitaria, le fue muy bien y a partir de entonces las universidades fueron su territorio natural; paulatinamente su campaña fue cobrando más fuerza y cada vez eran mayores las multitudes que iban a los mítines del FDN en Morelos, Oaxaca, Jalisco, Estado de México, Veracruz, Colima, Baja California y otras partes del país. En junio, la candidatura de Cárdenas era ya un fenómeno muy visible que empezó a inquietar a los tecnos de Salinas, quienes todo el tiempo habían menospreciado al FDN y después empezaron a decir que Cuauhtémoc era "populista" y "añoraba el pasado", a la vez que arreciaba la guerra sucia con carteles apócrifos y volantes con consignas burdas ("Vota por Cárdenas por un gobierno marxista-leninista").

La fuerza de la campaña de Cárdenas se consolidó cuando Heberto Castillo, del PMS, haciendo un sacrificio monumental cedió a las presiones de sus camaradas y declinó su candidatura en favor de Cuauhtémoc, con lo que llegaron a cuatro los registros electorales que conjuntaba el Frente Democrático Nacional. La sociedad mexicana, que se transformaba en civil, desde un principio resintió los efectos de las devastadoras políticas delamadridistas y las rechazó con toda claridad a partir del terremoto de 1985 y un año después, en el Mundial de Futbol; finalmente, el fraude electoral en Chihuahua, el crack bursátil y el Pacto de Solidaridad cimentaron el repudio al gobierno y sus vicios antidemocráticos. Esta corriente de inconformidad fluyó derechita al hijo del general, quien cerró su campaña con el zócalo repleto con más de 200 mil simpatizantes.

Manuel Clouthier también tuvo una campaña que fue creciendo, especialmente en el norte, donde había un gran descontento hacia el PRI, por lo que se habían llevado a cabo numerosas acciones de resistencia civil. En la capital organizó una "cadena humana" que juntó a 100 mil panistas en las calles y, al final, Maquío cerró en grande en Mérida, Guadalajara y en el zócalo de la ciudad de México. Ante esto, el PRI recurrió a todas sus formas de seducción, coacción, chantaje y extorsión para acarrear cautivos al cierre de campaña de Carlos Salinas de Gortari, que no logró superar al del FDN y terminó rapidísimo. De cualquier forma, Jorge de la Vega Domínguez pronosticó que el PRI obtendría 20 millones de votos.

Desde mayo se fueron acumulando los signos de fraude electoral en todo el país. Para empezar, la nueva ley seguía permitiendo al PRI-gobierno ser juez y parte de los comicios, pues controlaba la Comisión Federal Electoral (tenía 19 votos contra 12 como máximo de toda la oposición junta) y también casi todas las casillas; además el padrón se alteró en un 30 por ciento (se encontraron 72 empadronados en la casa de Ramón Aguirre Velázquez, por ejemplo) y se diseñaron casillas "bis", especiales para operaciones chuecas; también circulaban miles de boletas electorales previamente marcadas a favor del PRI, se les recogían credenciales electorales a los que se dejaban, se compraban votos con los tortibonos, la leche de Conasupo y a veces con dinero, los sindicatos presionaban a los trabajadores para que votaran por el PRI, se prepararon acarreos de votantes, los medios de difusión favorecían alevosamente al partido oficial, se gastaron más de dos billones de pesos en las campañas priístas y se publicaron encuestas, aunque éstas aún no tenían mucho peso, según las cuales Salinas ganaría con 65 por ciento de los votos.

Por supuesto, todos los partidos de oposición denunciaron esos preparativos fraudulentos y la recién creada Asamblea Democrática por el Sufragio Efectivo (Adese), una organización no gubernamental de las varias que habían surgido, imprimió un instructivo para contrarrestar las tentativas de fraude. El presidente De la Madrid, airado, rechazó "tajantemente" esas imputaciones; "no se vale, con propósitos de táctica electoral, manchar con profecías anticipadas e infundadas de fraude a los mexicanos", dijo, con su gran estilo. "Derrotaremos la subcultura del fraude", declaró a su vez, displicente, el candidato Salinas. Además, la Secretaría de Gobernación se ufanaba de que había adquirido un modernísimo sistema de cómputo cibernético que costó 17 millones de dólares y que permitiría tener resultados preliminares minuto a minuto y no hasta una semana después de las elecciones, como siempre se hacía para arreglar las cifras a conveniencia.

Las elecciones se ensombrecieron con los asesinatos de Francisco Javier Ovando, colaborador muy cercano de Cuauhtémoc Cárdenas y secretario de Acción Electoral del FDN, y de Román Gil Heráldez, su asistente, unos días antes del 6 de julio. Ovando había reunido una impresionante documentación de los mecanismos de alquimia electoral que preparaba el gobierno, había sufrido acosos constantes desde la llegada de Luis Martínez Villicaña al gobierno de Michoacán, y llevaba consigo importantes documentos electorales del FDN cuando fue ejecutado. El gobierno se apresuró a decir que el asesinato no tenía connotaciones políticas, como aseguraban Cuauhtémoc Cárdenas y el Frente. Fidel Velázquez, por su parte, dijo que se trataba de "una riña de cantina". Después se dijo que las ejecuciones habían sido ordenadas por Raúl Salinas de Gortari.

El 6 de julio la gente salió a votar en grandes cantidades y, salvo algunos incidentes, la jornada transcurrió con tranquilidad. Cuauhtémoc Cárdenas escandalizó a muchos cuando anunció que había votado por Superbarrio, porque "era un luchador", lo que ciertamente fue un buen puntacho. A su vez, Salinas, rodeado de corresponsales extranjeros, fue reprendido por un funcionario de casilla porque no llevaba una identificación. Era mediodía y el candidato del PRI se veía contentísimo. Sin embargo, conforme transcurrió el día su optimismo se evaporó. Por una parte, se acumulaban las denuncias de

irregularidades: carruseles, votación de uniformados en grupo, inducción descarada del voto, urnas embarazadas, tacos de votos, ratón loco, operación Manitas, uso de tinta no indeleble, expulsión de representantes de la oposición, muertos que votaron y casillas sobrecargadas en las zonas opositoras para que hubiera colas larguísimas todo el día.

Poco después de las seis de la tarde, cuando se suponía que la información fluiría "minuto a minuto", el secretario de Gobernación Manuel Bartlett informó a los comisionados de la CFE que el modernísimo sistema de cómputo "se había caído", así es que se suspendía la información de los resultados electorales hasta las 10 de la noche. Todos se quedaron atónitos y nadie se tragó semejante patraña. Después se supo que los primeros resultados de las casillas, que venían del DF y del Estado de México, favorecían espectacularmente a Cuauhtémoc Cárdenas. Los mapaches de Gobernación se aterraron. El gobierno no estaba preparado para una situación de ese tipo, pues se hallaba segurísimo de ganar con todo lo que ya había mapacheado y porque nunca llegó a creer que Cárdenas resultase un peligro. Se dice que Joseph-Marie Córdoba, con Patricio Chirinos, Fidel Herrera y Marco Antonio Bernal, tomó control de la situación, ordenó la desconexión del sistema y que ese cuarto fuera resguardado por una guardia feroz, en lo que veían la magnitud del daño y preparaban la alquimia necesaria.

Para sorpresa de todos, los candidatos de oposición Cárdenas, Clouthier y Rosario Ibarra de Piedra ("el comunismo, la derecha y el trotskismo", los calificó Jacobo Zabludovsky), se unieron y esa noche llevaron a Gobernación un *Llamado a la legalidad* en el que denunciaron el fraude. Bartlett, conciliador, les dijo que entendía su suspicacia pero que ahora sí ya iba a funcionar el sistema, sin embargo, en la madrugada se vio amenazador al acusar a los tres candidatos de presentar quejas infundadas.

En el edificio del PRI se había preparado una "verbena popular", un superpachangón para festejar la victoria, en la que se reunió a "las bases" y a los jerarcas del PRI, pero pronto flotaron los rumores del desastre y los ánimos se aplastaron. Salinas, a quien esperaban fervientemente, nunca llegó, pero a la una y media de la mañana Jorge de la Vega Domínguez proclamó sin empachos "el triunfo rotundo, contundente, legal e inobjetable" de Carlos Salinas de Gortari, quien, al día siguiente, muy serio y, también sin cifras, en cinco minutos anunció que "había alcanzado la victoria nacional en la elección presidencial" y que "las oposiciones muestran fuerza mayoritaria en varios distritos del país". Con ello, añadió, terminaba la época de "partido prácticamente único". Para entonces se sabía que el FDN había arrasado en el Distrito Federal y que los petroleros habían votado por Cuauhtémoc, al igual que muchos militares. La CFE seguía sin dar cifras.

El PAN aseguraba haber ganado en Jalisco, Sonora, Sinaloa, Chihuahua y San Luis Potosí. El FDN se adjudicó la victoria en Michoacán, Morelos, Guerrero, Oaxaca y Estado de México, y proclamó el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas (40 por ciento) sobre Manuel Clouthier (26 por ciento) y Carlos Salinas de Gortari (26 por ciento). Esas cifras sin duda eran "tácticas", pero el PRD estaba seguro de que Cuauhtémoc había ganado. La verdad es que ni él mismo ni nadie en el FDN, y muy pocos en México, habían imaginado esa victoria y por tanto ellos tampoco estaban preparados. A lo más pensaban que

en 1988 avanzarían mucho y que en 1994 presentarían la gran batalla. De cualquier manera, el PRT avaló las cifras del Frente, y Clouthier declaró que ante la gravedad de las irregularidades no se podía saber quién ganó, pero implícitamente dio su anuencia a Cárdenas y anunció medidas de resistencia civil. Maquío tenía el control en esos momentos y la dirección del PAN no dijo nada.

Por su parte, la CFE rompió su silencio el viernes 8 cuando aseveró que las tendencias favorecían al PRI, que ganaba con 47 por ciento de los votos; al FDN le atribuyó 27 por ciento y al PAN, 20. Como respuesta, al día siguiente el zócalo casi se llenó con una multitud que proclamaba la victoria de Cárdenas. "¡Cárdenas presidente!", coreaban, o si no: "Ay, Cuauhtémoc, no te rajes", "20 millones de votos jajajá" y "Sacaremos al pelón de las orejas". Ahí Cárdenas dijo que la consumación del fraude equivaldría, técnicamente, a un golpe de Estado.

Como siempre, hasta una semana después de las elecciones la CFE dio los resultados oficiales, idénticos a los que había revelado Bartlett a los corresponsales extranjeros un día antes: 50 por ciento (diez millones de votos) para Salinas de Gortari, 31 por ciento (seis millones) para Cuauhtémoc Cárdenas, y 17 por ciento (tres millones) para Maquío Clouthier. El PDM y el PRT perdían el registro y el Frente Democrático no pudo hacerse de 37 distritos del Distrito Federal porque no postuló candidatos comunes, salvo Cárdenas, así es que el PRI se embuchacó esas curules. Salinas también fue superado por Cuauhtémoc en Michoacán, Estado de México y Morelos, y el PRI dejó de ser mayoritario ahí y en Baja California, Colima, DF, Guanajuato y Jalisco. Además, Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez ganaron las dos senadurías del DF por encima de los candidatos de la CTM; sumando los dos de Michoacán, el FDN tenía cuatro senadores. Era la primera vez que una verdadera oposición llegaba al Senado y todo el sexenio Porfirio traería de cabeza a la mayoría priísta. Para el Institucional eran 249 distritos, 31 para el PAN y 20 para los partidos del FDN. De cualquier manera el PRI conservaba la mayoría en la Cámara de Diputados con 256 curules contra 244 de toda la oposición junta. PARM, PPS y PFCRN estaban felices, pues poco antes vivían una existencia lastimera y ahora tenían una cantidad de diputaciones que no hubieran previsto ni en sus sueños más delirantes.

No obstante, el FDN y el PAN al instante desconocieron los resultados y pidieron limpieza en el recuento o la anulación de las elecciones. Clouthier se lanzó al interior del país para formar Comités de Defensa y preparar un referéndum. Por su parte, el sábado 16 de julio Cuauhtémoc Cárdenas volvió a llenar el zócalo capitalino con más de 300 mil simpatizantes. Aseguró que él no se saldría de la ley. Rechazó la violencia, pero añadió que se pelearían los triunfos obtenidos y que llegaría "hasta donde el pueblo lo pida". De ahí él también se fue a provincia y reunió grandes multitudes en Morelos, Guerrero, Veracruz e Hidalgo, ya que su estatura había crecido enormemente. En tanto, el gobierno pidió, y obtuvo, el reconocimiento de Salinas como presidente electo a Estados Unidos, España, Cuba, Nicaragua, la URSS, China y otros países. También se inició una campaña para identificar a Cárdenas y al FDN como violentos, de ambiciones desmedidas y retrógrados.

La gente estaba prendidísima ante una situación que cada vez se ponía más

cardiaca, pero que era absolutamente inédita. Al día siguiente de las elecciones, los periódicos, en especial *La Jornada* , volaron desde temprano y se escuchaban los noticieros radiales, porque la falta de credibilidad en Televisa era total (por cierto, a raíz de las elecciones Televisa suprimió a Lázaro Cárdenas de la telenovela histórica *Senda de gloria*). Por otra parte, la prensa extranjera cubría ampliamente la situación en México y daba cuenta de todo lo que olía a fraude electoral. Los corresponsales extranjeros se volvieron importantísimos y por lo general el gobierno les daba las noticias antes que a los medios nacionales.

Los intelectuales orgánicos del grupo Nexos se apresuraron a urgir al FDN a que "festejara sus triunfos". "Las elecciones fueron limpias, los del FDN tómense sus ecuaniles", declaró Héctor Aguilar Camín, y Raúl Trejo Delarbre opinó: "Salinas ganó, pero no en el margen que se le atribuye". Todos ellos querían que el FDN depusiera su actitud de "todo o nada" y se pusiera a negociar. El poeta del libre mercado, Octavio Paz, dijo a su vez que Carlos Salinas era uno de los jóvenes inteligentes del PRI y que representaba la modernización; Cárdenas era el todo-o-nada y el FDN el populismo, el culto al Estado y el regreso al patrimonialismo. En contra del fraude hubo excelentes artículos de Luis Javier Garrido, Pablo González Casanova y Adolfo Gilly.

En efecto, se habían iniciado conversaciones privadas entre el gobierno y el FDN, pero se suspendieron al poco rato pues Manuel Camacho Solís, el "concertador" estrella del salinismo ofrecía más senadurías y diputaciones; todo menos la presidencia. Por cierto, para que se moviera mejor, Camacho fue colocado en la secretaría general del PRI y al instante tomó control del partido. De la Vega siguió en la presidencia como figura decorativa.

Por el lado del PAN, Clouthier era firme en su lucha contra el fraude, pero Camacho Solís encontró más receptivo al presidente del blanquiazul, Luis H. Álvarez, y a su eminencia gris, Carlos Castillo Peraza. Con ellos se fraguó una alianza entre el salinismo y el PAN que resultaría determinante para el país en los años siguientes. A cambio del reconocimiento de Salinas como presidente y del apoyo en el Congreso a las reformas neoliberales, el nuevo gobierno iría cediendo gubernaturas al PAN; además, se decía, el acuerdo incluía la alternancia: la presidencia para el PAN en el año dos mil. Esto se conservó en la máxima reserva, pero Luis H. Álvarez lo dejó entrever al decir: "La política es el ámbito del avance gradual. Tenemos que ser capaces de negociar y aceptar fórmulas de transición, parciales y provisorias".

En tanto, avanzaba impertérrita la aplanadora de legalización del fraude. El Tribunal de lo Contencioso Electoral (Tricoel) rechazó como infundados o improcedentes casi todos los recursos de queja presentados, por lo que poco después renunció Emilio Krieger Vázquez, pues el Tricoel, dijo, "se había convertido en un hipócrita barniz legalista que no legitimaba nada, ni aportaba nada al proceso de democratización de México". Por su parte, la Comisión Federal Electoral repartía constancias de mayoría como si fueran barajas, ante la protesta indignada de los comisionados de la oposición. Todos los casos fuertemente impugnados se aprobaban por mayoría mecánica. Ni Salinas ni De la Madrid decían nada, pero el PRI se endureció. "Lo que buscan es provocar la ruptura del orden público", declaró Jorge de la Vega, y ante eso los priístas despotricaron contra "la contrarrevolución y la

antipatria", aseguraron que "miles de ciudadanos estamos dispuestos a defender la voluntad mayoritaria de los mexicanos" y Fidel Velázquez pidió mano dura contra la oposición.

El Colegio Electoral se constituyó a mediados de agosto entre negociaciones frenéticas que cuando menos evitaron que el ejército custodiara las inmediaciones del palacio legislativo, como había pedido el PRI, y desde un principio resultó un relajo nunca visto. El Revolucionario Institucional no quería ceder en ningún caso para no perder la exigua mayoría. A su vez, la oposición (PAN y FDN unificados) no estaba dispuesta a que la grillaran. Mientras las galerías aullaban y Manuel Camacho Solís se daba sus vueltas para monitorear todo, pronto empezaron los gritos, los insultos, los trapitos al sol, los pleitos por los micrófonos y los asaltos al presídium. De nada servía mostrar evidencias, presentar testimonios o invocar la Constitución, pues "la ley es la ley aunque sea anticonstitucional", respondían los priístas.

Uno de los más acalorados puntos de discusión fue el de la presentación de los paquetes electorales cada vez que se requerían, especialmente los de 25 mil casillas de las que no había información. El PRI se negó rotundamente y mayoriteó para evitarlo. Los paquetes se hallaban en los sótanos del edificio y el domingo 21 los panistas trataron de tomarlos; bajaron muy decididos, pero los soldados que los custodiaban lo impidieron con las armas al pecho. El Colegio Electoral se declaró en sesión permanente. Ante la premura del tiempo, se aprobaron dictámenes en paquete, pero los tumultos continuaron; la oposición recurrió entonces a darle la espalda a los oradores del PRI; Vicente Fox, del PAN, se puso unas grandes orejas para burlarse de Salinas, y Jaime Enrique Félix, del FDN, ocupó sus cinco minutos en tribuna para quedarse callado; "a las razones no se les hace caso", dijo, "ojalá mi silencio tenga fuerza". "¡Bájate, payaso!", "¡Mamón!", le gritaban varios priístas anónimos pero muy gandallas que después fueron conocidos como "el Bronx". El guerrerense Félix Salgado, del FDN, tiró cientos de boletas semidestruidas desde lo alto de la tribuna. El PRI se quedó paralizado, mientras las porras del FDN rugían "¡20 millones de votos, jajajá!" y "¡Repudio total al fraude electoral!" Se tuvo que cantar el himno para restablecer el orden y después se decretó un receso de 30 minutos. "¡30 minutos, jajajá!", coreó la gayola, por lo cual se impidió el acceso al público a las sesiones. En las afueras de San Lázaro siempre hubo plantones, manifestaciones y grandes gentíos. Finalmente, el poder del mayoriteo se impuso y la Cámara de Diputados se instaló tal como lo había determinado la Comisión Federal Electoral (PRI: 256; oposición, 244), naturalmente con el voto en contra de la oposición en pleno.

Esta atmósfera de desorden total se extendió al informe presidencial, en el cual nadie le hizo caso a Miguel de la Madrid cuando presumía de su adelgazamiento del Estado y de las privatizaciones, a causa de la gritería y el duelo de insultos. El FDN lo interpeló en doce ocasiones hasta que Porfirio Muñoz Ledo, ya senador, exigió explicaciones por el monumental fraude del 6 de julio, tras lo cual Heberto Castillo y él encabezaron el retiro del FDN del recinto. Los priístas odiaban a Muñoz Ledo como a nadie y Miguel Barberena le apretó el cuello, Borge Martín le gritó en la cara, Xicoténcatl Leyva le tiró un puñetazo y todos lo insultaron, delirantes de furia. Por si fuera poco, los legisladores panistas mostraron boletas electorales; "¡fraude, fraude!",

gritaban. “¡Mé-xi-có, Mé-xi-có!”, contragritaron los priístas, como si estuvieran en el Mundial de 1986, aunque esta vez nadie le cantó “culero” al presidente. El toque final lo dio Fidel Velázquez, quien dijo: “Quisieron interpelar y se la interpelaron”. Al día siguiente el gobierno y la iniciativa privada acusaron al FDN de violencia, intolerancia, infantilismo, insulto y provocación.

El 8 de septiembre el PRI presentó un dictamen, elaborado por Joseph-Marie Córdoba, que declaraba presidente electo a Carlos Salinas de Gortari. Era un típico albazo y la oposición, indignada nuevamente, abandonó la sesión bajo una lluvia de insultos. Regresó al poco rato y tomó la tribuna. Quería evitar que se leyera el dictamen. Durante el día 9 más de 65 oradores peroraron hasta la madrugada y el 10 los priístas tuvieron que hacer una valla compacta para que José Murat pudiera leer el dictamen a toda velocidad. Para entonces los diputados se entretenían haciendo avioncitos, se insultaban y se jaloneaban, hasta que el Frente abandonó definitivamente la sesión y el PRI volvió a mayoritear; declaró válidas y legales las elecciones y a Carlos Salinas de Gortari, presidente electo, lo cual fue festejado por la IP con un buen aumento de precios de 50 por ciento en casi todos los productos.

“Será legal, pero es ilegítimo”, dijo mucha gente. Cuauhtémoc Cárdenas por su parte protestó y volvió a llenar el zócalo, donde pidió la renuncia de Salinas y anunció la creación “del partido que nació el 6 de julio”. Después se lanzó de nuevo al interior. Mucha gente le reprocharía que no hubiera actuado con más beligerancia y que no haya recurrido a la resistencia civil o a formas más imaginativas y efectivas de lucha, pero él argüía que el gobierno tenía todo el poder y esperaba la menor oportunidad para aplastar al movimiento, de ahí que decidiera no salirse de la legalidad por ningún motivo.

Se vivían días muy tensos. Además de Ovando y Gil, cuatro jóvenes del FDN fueron asesinados, un delegado del PFCRN fue apuñalado, los halcones arremetieron contra grupos de ciudadanos que gritaban vivas a Cárdenas en la noche del Grito de Independencia, la policía golpeó a grupos de costureras que iniciaban una marcha, fue desalojado el plantón que el PAN había instalado en el Ángel, el local del CEU fue allanado y saqueado, y un mitin cardenista fue atacado ferozmente en Tabasco.

Aún no terminaban los festejos de los católicos por la beatificación del Padre Pro (que tuvo lugar precisamente el día del aniversario de la muerte de Plutarco Elías Calles) cuando, como respuesta inmediata al 6 de julio, el gobierno creó la Asamblea de Representantes del Distrito Federal (ARDF), la primera medida encaminada a que la ciudad de México tuviera autonomía y pudiera elegir a sus gobernantes. El 6 de octubre empezó a sesionar el Colegio Electoral de la ARDF y por supuesto el PRI se quedó con la mayoría, pues mediante un procedimiento kafkiano con 28 por ciento de los votos en el DF obtuvo 51 por ciento de los representantes en la Asamblea. En esa ocasión no hubo desórdenes como en el Congreso.

Para colmo de infortunios, el huracán Gilberto arremetió con una violencia increíble contra Cancún y todo Quintana Roo fue declarado zona de desastre. Después causó grandes destrozos en Campeche y Tamaulipas antes de lanzarse contra Monterrey, donde el río Santa Catarina atrapó a 200 personas

y a cuatro autobuses. Para que no los volvieran a acusar de insensibles, De la Madrid se fue a Quintana Roo y Salinas a Monterrey y a Tamaulipas.

El presidente De la Madrid, que no había abierto la boca desde el día de las elecciones, se puso las cananas y advirtió a sus adversarios políticos, a "los académicos de cubículo" y a "los especuladores de café" que no dejaría "que manos extrañas, ni de la reacción de derecha ni de la reacción de izquierda, le quiten poder a la Revolución Mexicana". A partir de ese momento no paró de hablar. Toda la discreción que guardó a lo largo de su sexenio se esfumó en los últimos dos meses. En noviembre se fue de viaje a Uruguay, de ahí pasó a Brasil y, sorpresivamente, saltó a Cuba, donde sin grandes dificultades convenció a Fidel Castro de que asistiera a la toma de posesión de Salinas. En Uruguay ya había asegurado la presencia del presidente argentino Raúl Alfonsín y del colombiano Virgilio Barco. Regresó contentísimo con esos regalos para su pequeñito y ordenó una serie de autoevaluaciones de las oficinas de gobierno que por supuesto resultaron autolaudatorias. Todo había salido requetebién. "El balance sexenal, en lo agropecuario, es irrebatiblemente positivo", decía De la Madrid, a pesar de que la misma CNC sostenía que 40 por ciento de los campesinos vivía en la miseria extrema, 60 por ciento se hallaba desocupado, 9.5 millones no tenían acceso a los servicios de salud, 30 mil comunidades rurales no disponían de servicios educativos y 68 por ciento de la población del agro se hallaba desnutrida. Además, había aumentado 15 por ciento la importación de básicos como granos, oleaginosas y leche en polvo.

El 30 de noviembre concluyó un sexenio terrible, la parte medular de la década perdida. El PIB bajó a 0.5 por ciento en los seis años. El dólar, que empezó a 150 pesos acabó en 2 300. Entre 1983 y 1988 México había pagado 88 588 millones de dólares de la deuda externa pero aún debía 103 mil millones de dólares. Eso sí, Estados Unidos concedió un préstamo de 3 500 millones de dólares más como apoyo al nuevo gobierno, por lo que Salinas dijo que esa lana era responsabilidad de su administración. Las tasas de interés cerraron a 40 por ciento y en 1988 la inflación fue de 52 por ciento, pero un año anterior había sido de 159 y todo el sexenio hizo estragos, pues los precios aumentaron 4 400 por ciento. Además, el déficit fue de 1 600 millones de dólares, el desempleo llegó a una tasa de 12 por ciento, el deterioro salarial fue de 54 por ciento y el mercado interno cayó en más de 50 por ciento. Era el balance económico más negativo desde 1929.

En cambio, las ganancias empresariales fueron superiores a las de la época del auge petrolero: casi seis billones de pesos de utilidades para 111 empresas, entre las que se contaban Celanese, Televisa, Kimberly-Clark, Peñoles, Aurrerá, Cervecería Moctezuma, ICA, Cementos Tolteca, VISA, Alfa, Herdez, Spicer, Industrial Minera México y Bimbo. La crisis le resultó extraordinariamente redituable también a las casas de bolsa y a las empresas extranjeras que llegaron con el nuevo modelo de economía abierta atraídas por la mano de obra baratísima y el trueque de deuda externa por inversión, los llamados SWAPS.

A fines de 1988 el sutil financiero Agustín Legorreta dijo primero que el salario mínimo de ocho mil pesos (menos de cuatro dólares) alcanzaba para que viviera bien una familia, y luego reveló que eran 30 los millonarios ("un

número muy cómodo") que manejaban el país, todos miembros del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios. Entre ellos poseían 60 por ciento de los certificados de la Tesorería (cetes), los bonos de deuda interna, que les permitieron ganar 30 billones de pesos de intereses en cinco años y los constituyó como una de las principales fuentes de financiamiento del déficit del sector público, por lo que resultaban vitales para el gobierno. Los activos de sus empresas representaban 40 por ciento del producto interno bruto y entre ellos se llevaron casi cuatro billones de pesos de utilidades en el sexenio. Eran los verdaderos amos del país y entre ellos estaban Gilberto Borja, Bernardo Garza Sada, Carlos Slim, Jerónimo Arango, Antonio Ruiz del Valle, Juan Sánchez Navarro, Emilio Azcárraga y Miguel Alemán, además, claro, de Agustín Legorreta y su carnal Eduardo. A estos señores les había ido bien con Miguel de la Madrid y sabían que Salinas de Gortari los haría aún más ricos.

Al final del sexenio de Miguel de la Madrid se vivía una gran tensión y muy pocos veían con esperanza los años venideros. El estado de ánimo colectivo era oscuro. En el mejor de los casos se esperaba que los años de crisis se convirtieran en una transición que efectivamente pusiera al día al país y se pudiera revertir un poco la concentración de la riqueza que prevalecía hasta ese momento. Se esperaba que las políticas de apertura, privatización y adelgazamiento del Estado en verdad frenaran la corrupción y revitalizasen al mercado para que la productividad se reactivara. Se esperaba también que Carlos Salinas de Gortari ahondase el proceso democrático y abriera el sistema priísta que claramente se había resquebrajado, que las reformas económicas fuesen de la mano de las políticas. Es decir, el país le daría su oportunidad a Salinas de Gortari. Pobre de él si no la aprovechaba.

9. El espejismo (1988-1994)

EL PEQUEÑO CÉSAR

El primero de diciembre de 1988 fue un día muy tenso. Desde temprano se desplegaron impresionantes fuerzas de seguridad en torno al palacio legislativo de San Lázaro. Numerosos policías de todas las corporaciones y contingentes de militares se ubicaron en los sitios estratégicos, se levantaron muros de contención en muchas calles y para llegar al Congreso había que pasar un laberinto de retenes. Por doquier la policía y el ejército bloqueaban el paso de los que querían protestar por la toma de posesión de Carlos Salinas de Gortari. De cualquier manera, de uno en uno ("la Operación Hormiga"), muchos simpatizantes de Cuauhtémoc Cárdenas lograron llegar hasta San Lázaro.

A esas horas los representantes de la oposición le hablaban a un público que no les hacía el menor caso, pues llegaba, se saludaba y hacía un ruidero. Marcela Lombardo, la hija del viejo jefe Vicente Lombardo Toledano, lo hizo en nombre del Frente Democrático Nacional (FDN). "Hoy es un día aciago", se lamentó. "Carlos Salinas no llega como resultado de la decisión mayoritaria, que se expresó a favor de otro candi dato, Cuauhtémoc Cárdenas. Todo poder público que no emane del pueblo es ilegítimo", afirmó, pero a continuación Juan Vicencio Tovar dejó ver hacia dónde se inclinaría su partido, el de Acción Nacional (PAN), al plantear que Salinas podía legitimarse "en el ejercicio del bien común".

Casi a las 11, Miguel de la Madrid fue saludado con rechiflas de la oposición y porras de los priístas. Los del PAN levantaron carteles que decían: "MMH, sexenio de fraudes." Más tarde llegó Carlos Salinas y los del FDN estallaron en abucheos. "¡Sólo el pueblo legitima!", gritó Jorge Martínez Almaraz y los del Frente salieron ruidosamente del salón, haciendo la V mientras los priístas gritaban: "¡Méxicó, Méxicó!" Los panistas alzaron sus carteles y los del PARM le dieron la espalda a Salinas antes de irse. Los invitados de honor, los presidentes Fidel Castro (Cuba), Raúl Alfonsín (Argentina), Manuel Esquivel (Belice), Virgilio Barco (Colombia), José Simón Azcona (Honduras), José Napoleón Duarte (El Salvador) y Daniel Ortega (Nicaragua) no daban crédito a la fenomenología del relajo que presenciaban, al igual que George Schultz, secretario de Estado de Estados Unidos. También llamaron mucho la atención los ex presidentes Luis Echeverría y José López Portillo y seis altos y ensotanados jerarcas de la curia católica, encabezados por el nuncio Girolamo Prigione y Adolfo Suárez Rivera, del Episcopado, lo cual anunciaba la pronta normalización de relaciones entre las Iglesias y el Estado mexicano.

Socorro Díaz, presidenta de la asamblea, deleitó a la concurrencia cuando declaró a Salinas "Presidente Constitucional de los Estados Unidos de la

Palabra", y después el flamante ejecutivo anunció "tres grandes acuerdos nacionales": la ampliación de la vida democrática (una nueva reforma electoral); la recuperación económica ("la prioridad ya no será pagar, sino volver a crecer") y el bienestar popular. Sin embargo, avisó que se mantendría la austeridad, se seguirían privatizando paraestatales no prioritarias, proseguirían los pactos y continuaría la apertura al capital extranjero. No habría moratoria, pero se endurecería la negociación del pago de la deuda; la iniciativa privada era vital y se generaría un ambiente propicio para la inversión, pero Salinas también se comprometió a "luchar frontalmente contra la pobreza y la marginación", para lo cual contaba con un Programa Nacional de Solidaridad Social. También aludió a las elecciones al explicar que "tácticas preelectorales de algunos opositores y deficiencias en el mecanismo oficial de información, no explicadas a tiempo por autoridad competente, contribuyeron a dejar dudas en algunos grupos sobre el resultado de la elección". ¡Zas!, dijeron todos y se volvieron a ver a Manuel Bartlett, recién nombrado secretario de Educación.

Al terminar, los panistas volvieron a mostrar sus carteles y se reinició el relajo. Afuera de San Lázaro había ruidosas protestas y los cardenistas abuchearon a De la Madrid y a Salinas cuando salieron. Se suponía que después de la ceremonia habría un desfile militar, algo jamás visto en una ocasión semejante y que se leyó como mensaje de intimidación, pero éste no duró ni media hora porque la tensión arreciaba, ya que parte del público del desfile gritaba "¡fraude!" y "¡que renuncie!" Además, grupos de cientos de personas avanzaban por las calles del centro sin intimidarse ante las fuerzas policiacas, que a duras penas los desviaban. Pronto se dieron enfrentamientos en el Eje Central, Corregidora, frente a Palacio y en todo el zócalo; también en Madero, Cinco de Mayo y Reforma hubo fuertes choques entre manifestantes y policías, granaderos, tiras bancarios, zorros y soldados, que recibían rechiflas por todas partes. Ese día hubo cientos de heridos.

El FDN hizo un mitin, al que acudieron miles de personas, en el Hemiciclo a Juárez, en el que Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y Rosario Ibarra de Piedra desalojaron su frustración por medio de discursos. Ahí llegó también Manuel J. Clouthier, quien anunció la formación de un gabinete paralelo. Los frentistas después instalaron un custodiadísimo plantón en el Ángel de la Independencia, y de ahí salió una marcha del silencio hacia la Secretaría de Gobernación. Por su parte, 15 mil panistas marcharon por la Avenida de los Insurgentes; "¡farsantes!", gritaron al pasar por el Registro Federal de Electores; y "¡ésos son los que roban la nación", frente a la Contraloría. "¡Mientes Pelón, perdiste la elección!", coreaban con entusiasmo todo el tiempo, y Maquío calificó al gobierno como "de facto, ilegal e ilegítimo".

El gabinete del nuevo gobierno dio mucho de qué hablar y fue calificado como "de duros e inmaduros". Por una parte estaban los veteranos, como Fernando Gutiérrez Barrios, el gobernador de Veracruz, quien agasajó como nadie a Salinas durante la campaña, además de que conocía muy bien a la izquierda, pues hasta era valedor de Fidel Castro. Salinas lo ubicó en Gobernación para que lidiara con el FDN, pero le quitó funciones y poder para maniatarlo. Otro duro, Arsenio Farell, repitió en Trabajo y Previsión Social para desolación de los obreros. En cambio, causó gran sorpresa el nombramiento, en Turismo,

del profe Carlos Hank González, quien se alió con Salinas muy a tiempo. Igualmente sorpresivo fue que otro duro, Javier García Paniagua, encabezara la Secretaría de Protección y Vialidad del DF. Con todos ellos el mensaje era claro: el nuevo gobierno no dudaría, si el contexto lo demandaba, en recurrir a la mano dura.

Por otra parte se hallaban los jóvenes tecnócratas del primer círculo, como Manuel Camacho Solís, el supernegociador, quien fue nombrado regente del Distrito Federal; o Pedro Aspe, que aterrizó en Hacienda mientras Jaime Serra Puche lo hacía en Comercio. Patricio Chirinos ligó boleto en la Secretaría de Ecología y Desarrollo Urbano y otros viejos amigos fueron a dar a posiciones menos prominentes: Emilio Gamboa al Infonavit, Emilio Lozoya al ISSSTE y Otto Granados a Comunicación de la Presidencia. En cambio, Ernesto Zedillo ligó la Secretaría de Programación y Presupuesto; Luis Donaldo Colosio, la jefatura del PRI; María de los Ángeles Moreno fue a dar a Pesca; y la joven María Elena Vázquez Nava encabezó la Contraloría. Por encima de todos estaba el tenebroso José María Córdoba Montoya, para quien se creó el cargo de Coordinador de la Presidencia, y de la Vida Nacional se podría añadir, pues el francés concentró tal poder que después muchos lo consideraban como un vicepresidente, primer ministro o de plano el verdadero poder tras *la chaise* .

El capo indiscutible de la banda por supuesto siempre fue el chiquito pero picoso Carlos Salinas de Gortari, quien nació el 3 de abril de 1948 en la ciudad de México. Su padre, Raúl Salinas Lozano, fue funcionario prominente y llegó a secretario de Industria y Comercio en el sexenio de López Mateos; un tiempo se esforzó por obtener el dedazo, pero vio que no tenía la menor posibilidad y entonces se equivocó de candidato, así es que fue a dar a la banca durante años. Don Raúl no sólo se casó por poder con su esposa, Margarita de Gortari, sino que decidió que sus hijos fueran estudiantes de 9.5, deportistas y cultos. Tuvo cinco: Raúl, Carlos, Adriana, Enrique y Sergio Salinas de Gortari. A los dos mayores les desarrolló la pasión por el poder político, y Raúl y Carlos siempre fueron muy unidos desde que los hermanitos ejecutaron a una sirvienta cuando jugaban a las guerritas. “¡Yo la maté! ¡Soy un héroe!”, exclamó el pequeño Carlos, entonces de tres años de edad, y Papá Raúl tuvo que mover todas sus influencias para que su hijo no tuviera problemas. Carlos y Raúl fueron miembros de la Asociación Nacional de Charros y compitieron en concursos hípicos de Europa, Estados Unidos y en los Juegos Panamericanos. También tomaron clasecitas de boxeo con Kid Azteca y, adolescentes, viajaron a Europa con la única compañía de un amigo de su edad. Después, en la universidad, eligieron distintas carreras (economía e ingeniería) y Carlos se hizo amigo de Manuel Camacho Solís, José Francisco Ruiz Massieu y Emilio Lozoya Thalmann, y formaron el grupo Política y Profesión Revolucionaria; sin embargo, los demás les decían los Toficos, porque eran “uy, qué ricos”. Se contaba que desde entonces se propusieron llegar a la presidencia.

Carlos Salinas se licenció de economista en 1971 e hizo su posgrado en la Universidad de Harvard, pero, a través de su hermano, tuvo relación con Hugo Andrés Araujo y Alberto Anaya, que fueron tremendos maoístas, además de alumnos de Adolfo Orive, fundador de Política Popular e hijo de Adolfo Orive Alba, quien fue ministro durante el alemanismo. Los hermanos Salinas

vivieron su primavera maoísta y se decía que cuando menos Raúl apoyó económicamente a sus amigos de Política Popular y de Línea de Masas en los años setenta, cuando era director de Caminos Rurales de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas. Se decía también que los hermanos Salinas habían sido "observadores" de varias acciones de Orive y de Hugo Andrés Araujo; estaban, pues, familiarizados con el mundo y la retórica de la ultraizquierda. Salinas también conocía bien las leyes no escritas de la política a la mexicana y sus esotéricos mecanismos de poder, y a esta explosiva combinación de acelere maoísta y de grilla mexicana, añadió después el neoliberalismo militante y belicoso, tipo Thatcher o Reagan. El resultado fue un estilo personal de gobernar tan agresivo como corruptor, que mezclaba lo más viejo y viciado del sistema con neoliberalismo *high tech* .

Sin embargo, antes que nada, Salinas necesitaba afianzarse en el poder y para ello recurrió a grandes golpes que excitaron el morbo del público. El más espectacular fue una carambola de varias bandas cargada de densos mensajes. Desde 1984 Salinas había chocado con Joaquín Hernández Galicia, el "líder moral" de los petroleros, al suprimir la capacidad que tenía el sindicato para contratar obras de Pemex. Después, el entonces ministro de la SPP le filtró al periodista Manuel Buendía datos de las riquezas alucinantes de la Quina y sus compas Salvador Barragán Camacho y Sergio Bolaños. Como respuesta se dice que la Quina mandó publicar el pasquín *Un asesino en la silla* , en el que se denunciaba la muerte de la sirvienta a manos del niño Salinas de Gortari. Al igual que los demás líderes obreros, la Quina le iba a Alfredo del Mazo en la carrera presidencial y enfureció cuando el dedazo fue a favor de Salinas. "No podemos decir que somos los primeros en su precandidatura", le soltó después al baldo Salinas, "sino, sencillamente, así como suena, sencillamente, que es nuestro candidato", y agregó: "El partido se la está jugando con usted". Salinas invocó entonces nada menos que a Plutarco Elías Calles al revirar: "En México se acabaron los caudillos y caciques. Sólo perduran las instituciones". A partir de entonces se rumoró que la Quina calladamente apoyaba a Cuauhtémoc Cárdenas, por lo que el candidato del PRI le advirtió: "Las cosas que se hacen contra mi partido tendrán que atenerse a las consecuencias", y después, ya jefe de la policía capitalina, Javier García Paniagua declaró: "El gobierno siempre ha dado un trato a los disidentes y otro, muy distinto, a los infidentes".

En la mañana del 10 de enero de 1989, varios vehículos militares bloquearon las calles y un centenar de comandos, llevados desde la ciudad de México, tomó por asalto la casa de la Quina, en Ciudad Madero, Tamaulipas. Nadie vio a agentes vestidos de civil. A balazo limpio unos soldados saltaron las bardas y los demás entraron por la puerta principal, que fue abatida con un bazukazo al estilo 1968. Con precisión (y muchos disparos y culatazos) sometieron a los incautos que esperaban audiencia y a la gente de la Quina, que no presentó la menor resistencia. De todos modos, los soldados gritaban "¡no se muevan, hijos de la chingada!", disparando al aire, y luego arrestaron a Hernández Galicia, que todavía andaba en camiseta, calzones (tarzaneras en su caso) y pantuflas. Con 20 de los detenidos fue llevado a un avión militar que lo transportó en el acto a la ciudad de México. En tanto, los soldados bajaron de los vehículos 20 cajas con ametralladoras y municiones, y las apilaron (o "las sembraron", como se diría después) en el recibidor. El operativo se realizó con eficacia en 25 minutos y el ejército se retiró. Poco después, un camión

militar llevó a la agencia del ministerio público federal de Tampico el cadáver de Antonio Zamora Arriola, muerto de un tiro a quemarropa supuestamente durante la toma de la casa de la Quina, aunque nadie vio cuando ocurrió esto.

Al mismo tiempo, el ejército asaltó a balazos la casa de Salvador Barragán Camacho en la ciudad de México. No lo encontró, pero el buen Chava se impresionó tanto que tuvo que ser hospitalizado. También arrestaron a José Sosa Sosa, líder en turno del sindicato petrolero, y a Sergio Bolaños, el socio y prestanombres de la Quina.

La versión oficial de la Procuraduría General de la República (PGR) estableció que se habían recibido denuncias de acopio de armas en la casa de Joaquín Hernández Galicia y que agentes de la PGR fueron a constatarlas, apoyados por la tropa. Al llegar a la casa fueron recibidos a balazos por los guaruras de la Quina y en la tupida balacera murió el agente Zamora Arriola. Además, se encontraron 200 ametralladoras Uzi y 25 mil cartuchos.

La noticia del arresto de la Quina causó conmoción. Los petroleros protestaron en el acto con manifestaciones en Ciudad Madero que llegaron a reunir hasta a 10 mil personas durante unos días. En la ciudad de México también hubo conatos de protestas y el ejército tomó la refinería 18 de Marzo. Los líderes obreros se molestaron en un principio y Fidel Velázquez se quejó por el allanamiento, pero Salinas lo mandó llamar y el senil líder se dejó convencer, así es que a los dos días la CTM y el Congreso del Trabajo desconocieron al cacique petrolero. En tanto, se inició a toda prisa el desmantelamiento del imperio quinista. Empezaron a caer todos los funcionarios incondicionales del líder en Ciudad Madero, Tampico y en el STPRM. Nadie defendió a la Quina, ni el Rayo Macoy, sólo el pobre de Guillermo Ochoa, quien por hacerlo perdió su programa matinal en Televisa. Después, Salinas, Arsenio Farell, secretario de Trabajo, y Fernando Gutiérrez Barrios, de Gobernación, impusieron como nuevo líder nacional al sumiso ex quinista Sebastián Guzmán Cabrera, quien ya estaba jubilado, pero a quien se reinstaló en *fast track* , faltaba más.

En general, la población se impresionó por la contundencia del golpe de Salinas, que fue seguido por una intensa campaña de apoyo y en todos los medios se presentó como un intento en serio por limpiar al sindicalismo de los cacicazgos premodernos. Como en 1946, cuando Miguel Alemán aplastó a los petroleros, la iniciativa privada aplaudió "la enérgica acción del presidente", y aunque algunos dijeron, aterrados, "¡estamos en manos de gángsters!", muchos opinaron que, parafraseando el viejo chiste, el presidente "era enano pero con unos güevotes". En general, la operación le salió redonda a Salinas, quien se vengó, se quitó de encima a alguien que le habría dado incontables problemas, envió el aviso de que no titubearía en recurrir a la represión brutal vía ejército, y, lo más importante, se empezó a "legitimar".

Al mes del golpanazo a la Quina, Salinas enguantó la mano dura y ordenó el arresto de Eduardo Legorreta, dueño de Operadora de Bolsa, hermano de Agustín Legorreta, de Inverlat, e hijo del dueño del Banco Nacional de México. Desde principios de 1988 la Procuraduría había investigado las denuncias en contra de las casas de bolsa a raíz del crack bursátil de 1987 y descubrió que Operadora de Bolsa; Mexval, de Isidoro Rodríguez; Inversora

Bursátil, de Carlos Slim; Abaco, de Jorge Lankenau; y Casa de Bolsa México, de la familia Autrey; compraban y vendían certificados de la Tesorería (cetes) o contrataban préstamos de cetes con títulos de emisión vencida, es decir, sin ningún valor. También vendían acciones a precios infladísimos que después caerían estrepitosamente, o hacían retiros de fondos sin autorización del cliente, alteraban los registros contables, evadían los reportes al Banco de México o a la Comisión Nacional de Valores, hacían firmar contratos en blanco y mil transas más.

Por tanto, la PGR pidió la consignación de Legorreta y de varios funcionarios de casas de bolsa, pero el entonces secretario de Hacienda, Gustavo Petriccioli, nunca pidió la acción penal, como le correspondía. Primero se hizo el loco, pero después manifestó que arrestar financieros desalentaría la inversión y por tanto los solapó hasta el final del sexenio delamadridista. Sin embargo, para que no se dijera que nada más la agarraba con los líderes obreros corruptos, sino que era parejo, Salinas indicó a Pedro Aspe, secretario de Hacienda, que pidiera la acción penal contra el dueño de Operadora de Bolsa, por lo que el 13 de febrero y sin bazukazos de por medio, Legorreta fue arrestado con uno de sus ejecutivos y dos funcionarios de Mexval. Algunos empresarios protestaron, como Eduardo García Suárez, de la Concanaco, quien amenazó: “Con la misma velocidad con que metan gente a la cárcel saldrán las divisas”, pero el gobierno tranquilizó a la IP. El escándalo fue “más terso” esa vez, pero mucha gente se excitó ante lo que parecía ser una seria campaña contra la corrupción. Oh, ilusos. Naturalmente, Legorreta estuvo poco tiempo en el reclusorio y pronto volvió al “fabuloso negocio de las casas de bolsa”.

El siguiente golpe, coyuntural, ocurrió en abril y cayó sobre el senador y ex gobernador de San Luis Potosí Carlos Jonguitud Barrios, líder vitalicio de Vanguardia Revolucionaria, asesor permanente y cacique definitivo del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE). Desde principios de año los maestros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) y otros grupos magisteriales independientes habían iniciado grandes movilizaciones para obtener mejores salarios y una verdadera democracia sindical. Jonguitud estuvo en contra de ellos, naturalmente, pero no pudo contener las protestas de los maestros, quienes hicieron paros y manifestaciones impresionantes en todo el país. La SEP, encabezada por Manuel Bartlett, en abril ofreció un aumento salarial de 10 por ciento, el cual fue aceptado por el SNTE pero rechazado por los disidentes, y éstos se fueron al paro el 17 de abril. Bartlett amenazó con despedir a los huelguistas. Como respuesta, éstos armaron una manifestación de más de 100 mil simpatizantes en el zócalo capitalino. Era el momento oportuno para deshacerse del viejo cacique, así es que el domingo 24, temprano, Salinas mandó llamar a Jonguitud a Los Pinos y éste, en menos de media hora, demudado, firmó la renuncia a todos sus cargos sindicales, y para que no quedara duda de la autoría del golpe, la Dirección de Comunicación Social de la Presidencia informó escuetamente la renuncia del profesor.

Fernando Gutiérrez Barrios, secretario de Gobernación, concentró en Bucareli a Refugio Araujo del Ángel, secretario general del SNTE, y lo hizo pedir una licencia limitada al cargo. En Bucareli también ungió como nueva lideresa a Elba Esther Gordillo, quien de trotskista había pasado a protegida

de Jonguitud y luego a cacique de la sección 36. A la vez, el gobierno dio la orden de arraigar y trasladar al DF a los secretarios generales del SNTE de todo el país, lo cual se hizo con un espectacular despliegue de autoridad para disuadir cualquier resistencia al golpe. En un ambiente helado y tenso, se llevó a cabo el XV Congreso del SNTE y Elba Esther Gordillo tomó el control del sindicato. Nuevamente un cacique poderoso era removido desde arriba, pero en vez de impulsar la democracia interna de los sindicatos, el presidente impuso a un nuevo líder tan dúctil como el anterior. Como era de esperarse, esto no solucionó la huelga magisterial y sólo hasta que se acercó el día del maestro, los disidentes aceptaron el ofrecimiento de una alza salarial de 25 por ciento y levantaron su movimiento.

Otro cacique sindical abatido fue Venus Rey, quien cayó por su propio peso después de treinta años de reelegirse. A fines de 1988, el viejo líder del Sindicato Único de Trabajadores de la Música (SUTM) le había encargado a Wallace de la Mancha, el temible brazo armado de la CTM, la represión violentísima de un grupo de músicos opositores, lo que propició que una asamblea extraordinaria desconociera al trombonista Venustiano Reyes y eligiese a Jaime Mora, un líder nuevo sin ligas con el PRI. Como esta remoción no fue controlada por el gobierno, la Secretaría de Trabajo (STPS) no reconoció al nuevo comité ejecutivo y sostuvo a Venus hasta que Fidel Velázquez arregló todo a su manera. Obligó a renunciar al viejo líder en una asamblea grotesca que se sacó de la manga e impuso como secretario general a Federico del Real, a quien nadie conocía, pero que al instante fue reconocido por la STPS. Jaime Mora y sus seguidores protestaron todo lo que quisieron, pero no sirvió de nada, y durante años montaron un plantón musical que animó la esquina de Reforma e Insurgentes.

Otro gran golpe publicitario de Salinas fue la renegociación de la deuda. Desde su toma de posesión Salinas advirtió que buscaría mejores condiciones, y la comunidad financiera internacional se sacudió ante la posibilidad de una moratoria, así es que el presidente explicó que no dejaría de pagar, pero que el país necesitaba crecer, pues “un cliente muerto nunca pagará”.

Después, en los primeros días del sexenio, se firmó el Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico (PECE), que sustituyó al PSE; era la misma receta neoliberal, sólo que ahora prometía “una nueva era económica que México se merece”. Pero eso sería “después”, porque, antes que nada, el PECE aumentó un peso al deslizamiento diario de la paridad y elevó los precios de la luz, teléfono, agua, predial, gas, ferrocarriles, carreteras, autobuses y servicios públicos, además de los principales productos básicos. Los incrementos fueron en una proporción de 35 a 50 por ciento, así es que la elevación a los salarios mínimos de 8 por ciento definitivamente fue cruel. Todo era igual que antes y los centros financieros se tranquilizaron. Además, Pedro Aspe Armella (SHCP) y Ernesto Zedillo Ponce de León (SPP) con toda claridad indicaron que en lo inmediato habría que recurrir al ahorro interno y que continuaría la austeridad y la contención del gasto público. Admitieron, como Salinas, que se pagaba una cantidad desmesurada por la deuda externa y Aspe reconoció que en todo el sexenio no se cubriría un solo centavo del principal. A lo largo de la primera mitad de 1989 Salinas abundó en el tema de la deuda, pidió la unidad nacional para renegociarla y fue centro delantero de una intensa campaña para que la población rechazara la forma en que se

había venido pagando.

La verdad era que Aspe, acompañado por los subsecretarios José Ángel Gurría y Guillermo Ortiz o por el director del Banco de México, Miguel Mancera, iba y regresaba de Estados Unidos, Japón y Europa. Les reiteraba a los acreedores que, por cumplir las exigencias de los bancos, México padeció un terrible deterioro en la economía y en el bienestar; entre 1981 y 1988 el PIB no se alzó de la tasa cero, el producto por habitante cayó en 15 y 20 por ciento, el salario disminuyó 50 por ciento y el déficit de empleos llegó a cinco millones. Por tanto, los negociadores mexicanos pedían una reducción de 55 por ciento de la deuda y que los pagos fueran de 2 por ciento del PIB. No era ningún secreto que al gobierno le urgía el dinero, porque ya se le estaban acabando las reservas y tenía en puerta los pagos del servicio de la deuda.

Por supuesto, los banqueros internacionales no se conmovieron y trajeron dando vueltas a Aspe, Ortiz y Gurría. En julio las negociaciones parecían perdidas, así es que Salinas se jugó la carta de la suspensión de pagos. Aspe retiró todos los fondos mexicanos en Estados Unidos, previendo que los congelasen, como habían hecho recientemente con los de Ecuador, y los transfirió a bancos japoneses y europeos. Después, se retiró de las negociaciones "para hacer consultas". A los centros financieros no les gustó la idea de una moratoria pero aun así no cedieron, así es que el presidente George Bush tuvo que intervenir y los banqueros aceptaron hacer algunas concesiones y llegar a un acuerdo, que finalmente se firmó el 23 de julio con el Comité Asesor de Bancos, representante de 500 instituciones crediticias de todo el mundo. Era bastante complicado. Los acreedores podían elegir una o la combinación de tres opciones: una reducción de 35 por ciento del principal, fijar la tasa de interés en 6.25 por ciento o dar nuevos préstamos a 15 años con siete de gracia. Lo que seguía era negociar con cada uno de los bancos, lo cual concluiría varios meses después. En vía de mientras, se concedió un crédito puente por dos mil millones de dólares para que el gobierno salinista respirara.

Era un acuerdo importante, pero ni remotamente cubría las necesidades del país. El experto del MIT Rudiger Dornbusch consideró: "El nuevo acuerdo, más que a una real reducción, se parece a una reestructuración de la deuda, en la que se alargan los periodos de pago, se bajan las tasas de interés y se ofrecen nuevos préstamos". Esos nuevos préstamos, por otra parte, significaban mayor endeudamiento, lo cual se había prometido evitar.

Con todo y eso. Salinas hizo el teatro de su vida. En un mensaje televisado proclamó la renegociación como "un gran momento para nuestro país, producto de un esfuerzo sin paralelo", y añadió: "Hemos resuelto el problema de la carga excesiva de la deuda que pesaba sobre los hombros de los mexicanos". La crisis empezaba a quedar atrás y la prosperidad estaba a la mano. La renegociación era tan trascendente para la concordia de los hombres y las naciones que Salinitas, como le decía Manú Dornbierer, pidió que cada mexicano le dijera a sus hijos que el futuro sería difícil, pero que ahora estábamos capacitados para enfrentarlo, y pidió también que nos pusiéramos de pie y en el recinto más sagrado del hogar cantáramos el himno, aunque no aclaró si el mexicano o el de Estados Unidos, y no lloró para que no lo fueran a comparar con Jolopo.

El gobierno, que hacía un uso estratégico de la publicidad y los medios, exprimió la ocasión al máximo. Los priístas elogiaron a Salinas como uno de los grandes patriotas de todos los tiempos y todas las dimensiones paralelas. Los desplegados de apoyo inundaban los periódicos, como en las viejas épocas en que todo el mundo se cuadraba con el preciso, quien, por su parte, aprovechó lo que en su realidad virtual se había convertido en una victoria de proporciones epopéyicas y criticó a la oposición porque no se le había ocurrido algo semejante. Se mostró tan eufórico, y como lo de las tres opciones no era muy claro que digamos, que muchos creyeron que ya estaba ahí la lana. Todo tipo de empresarios voló a las instituciones de crédito a pedir su parte. La Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Central Campesina Independiente (CCI) también se apuntaron, y varios políticos dieron doctos consejos sobre cómo utilizar el dinero. Por tanto, Pedro Aspe tuvo que hacer aclaraciones y aguar la fiesta: no había dinero por el momento e ignoraba cuándo caería; se trataba de una mera oportunidad no garantizada para recuperar el crecimiento, así es que no se relajaría la austeridad y la disciplina.

Finalmente, en enero de 1990 terminaron las negociaciones con los bancos acreedores. Casi la mitad optó por la tasa fija de interés; los demás eligieron la reducción del capital y 10 por ciento escogió dar dinero fresco. Para fines prácticos, la renegociación de la deuda había logrado una rebaja de 5 800 millones de dólares, lo que no estaba mal, pero era una inyección de morfina en un caso de cáncer.

Salinas de Gortari lo sabía, tenía un poco de dinero para un rato y había que hacer algo, ya que las inversiones extranjeras no llegaban, a pesar de la renegociación de la deuda, y las privatizaciones se tomarían su tiempo. Fue entonces cuando Salinas y Córdoba rescataron la idea del acuerdo de libre comercio con Estados Unidos que Ronald Reagan había propuesto machaconamente a través del ex embajador John Gavin. De la Madrid no quiso, pero las presiones eran muy fuertes e inició conversaciones al respecto que desde 1986 fueron regulares y cada vez más frecuentes. Cuando Salinas entró, Bush insistió en un acuerdo de libre comercio, pero don Carlos no quiso. Era algo que estaba fuera de sus planes, porque ni en su campaña electoral ni en el Plan Global de Desarrollo hubo referencia alguna a un libre comercio entre México y Estados Unidos. Sin embargo, a principios de 1990 Salinas veía muy inquieto que la nueva y computarizada casta de inversionistas prefería las bolsas de valores del sudeste asiático o los nuevos mercados de Europa oriental. De alguna manera había que atraerlos a México o la situación se iba a poner muy difícil en el futuro inmediato. Las privatizaciones iban a dejar dinero y darían buena imagen ante los centros de poder, pero con un tratado de libre comercio "llegarían más divisas al país y se reactivaría la economía".

Por tanto, Salinas le propuso al presidente estadunidense un acuerdo de libre comercio con México y, para seducirlo, como si hiciera falta, añadió que así se formaría un poderoso bloque económico en América del Norte que le daría calambres a la Unión Europea y a Japón. A Bush, claro, le encantó la idea porque le estaban poniendo la fuerza de trabajo de un país al alcance de la mano. No por nada el vicepresidente Al Gore dijo algunos años después que el

TLC era tan ventajoso para Estados Unidos como la compra de Luisiana o de Alaska. En febrero de 1990, en medio del secreto absoluto, José María Córdoba y Jaime Serra Puche, secretario de Comercio, se lanzaron a Washington a conversar con Robert Mossbacher y Carla Hills, del Departamento de Comercio, y también con James Baker, el secretario de Estado. A partir de ese momento, las conversaciones siguieron sin pausas y en riguroso secreto hasta que Estados Unidos decidió filtrar la noticia. Salinas prefirió dejar que se supiera todo y dijo: "La pregunta clave es dónde queremos que trabajen los mexicanos, en México o en Estados Unidos. Yo prefiero exportar bienes que fuerza de trabajo". En junio de 1990 el presidente mexicano viajó a Washington y añadió: "No queremos llegar tarde a la cita con el nuevo siglo. Queremos ser parte de la comunidad global".

A partir de ese momento se formalizaron las conversaciones entre Carla Hills, el canadiense Michael Wilson y Jaime Serra Puche, debidamente piloteado por José María Córdoba, para elaborar un borrador inicial de lo que sería el Tratado de Libre Comercio, que se conoció como TLC o telecé, en México, y NAFTA (North American Free Trade Agreement) en Estados y Canadá, y que debería estar listo en 1991 para iniciar las negociaciones oficiales. Si todo salía bien, el TLC estaría negociado, aprobado, inicializado, firmado y ratificado por los órganos legislativos de los tres países para fines de 1992, antes de las elecciones presidenciales, con las que Bush pretendía reelegirse. Por su parte, Carla Hills resultó, como se preveía, una negociadora dura que pronto amaestró a Jaime Serra Puche. "¿La negociación se dará con base en una reciprocidad relativa, matizada por la asimetría?", preguntó una vez el empresario mexicano Jacobo Zaidenweber. "La negociación todavía no empieza", cortó bruscamente Carla Hills, "¿verdad, brother?", añadió dirigiéndose a Serra Puche, quien asintió mansamente.

Desde un principio se habló de un acuerdo entre México, Estados Unidos y Canadá, pero al gobierno de Brian Mulroney le costó entrarle porque en su país había visibles descontentos por la forma en que se había desempeñado el libre comercio con los estadunidenses, y ése fue el inicio de una discusión intensa y profunda en los tres países. En México la idea del TLC fue aplaudida por la cúpula de hombres de negocios, el PAN y los intelectuales de *Nexos* y *Vuelta* porque atraería inversiones al país, aumentarían los empleos, regresarían capitales fugados, entraríamos a la modernidad posmoderna y nos colocaríamos de golpe en el *first world* . Por supuesto, el TLC fue denostado por la oposición de izquierda, por muchos investigadores y por los sectores nacionalistas, que para entonces empezaban a comparar a Salinas con Antonio López de Santa Anna, el gran vendepatrias, pues eran los ricotes gringos y mexicanos los únicos que se beneficiarían, decían; la asimetría era insalvable y la industria nacional nunca podría competir con la de Estados Unidos, como había demostrado el intento de Televisa de penetrar en el país del norte a fines de los ochenta. México, resumían los críticos, sería una gran maquiladora, pues acabaría vendiendo mano de obra con sueldos de miseria. Era entrar en el primer mundo por la puerta de servicio y un insulto a los países latinoamericanos, nuestros aliados naturales. Además, se trataba de un hecho tan trascendente que cuando menos merecía un plebiscito.

En Estados Unidos, los principales opositores al TLC fueron los obreros de las grandes centrales, como la AFL-CIO, pues aducían que con los miserables

salarios al sur de la frontera una gran cantidad de empresas estadunidenses se instalaría en México, lo que dejaría sin empleo a los trabajadores gringos, además de que las condiciones laborales en nuestro país eran deplorables y los obreros estaban atrapados en las corporaciones oficiales. También se opusieron las organizaciones ecologistas y de los derechos humanos, las que consideraban que las leyes mexicanas no protegían debidamente el medio ambiente de la alta industrialización, además de que privaba la tortura, la corrupción, la impunidad y las violaciones a los derechos humanos. Asimismo, muchos agricultores se opusieron al TLC, pues según ellos el ejido era un subsidio y ellos no gozaban de ningún apoyo federal. Todo esto se manifestó cuando Bush pidió al congreso de su país que diera vía rápida (*fast track*) al TLC, pues para entonces México se había convertido en un asunto de política interna de alta importancia para los estadunidenses. Por tanto, el presidente mexicano se vio obligado a invertir enormes cantidades de dinero en publicidad y cabildeo en Estados Unidos en favor del TLC. Se contrataron agencias de publicistas, de relaciones públicas y a connotados cabilderos del congreso. No se escatimaban los gastos. El TLC se convirtió en noticia internacional de primera plana, pues la unión comercial de los tres países afianzaba a Estados Unidos como la gran potencia del mundo.

En tanto, como seguía sin haber dinero, el gobierno se propuso privatizar todo lo posible para hacerse de recursos. Además, la privatización era dogma, columna vertebral del proyecto neoliberal, pues "mejoraría la eficiencia del gobierno y disminuiría el tamaño del Estado". Miguel de la Madrid ya había vendido las empresas estatales de la petroquímica "secundaria", de los ramos automovilístico y farmacéutico, de la industria manufacturera (textiles, cemento, electrodomésticos, refrescos) y casi se había retirado del turismo. Salinas, por su parte, aceleró el proceso, así es que de las 1 115 empresas estatales que había en 1983, diez años después sólo quedaban 213.

En agosto de 1989, otro golpe presidencial, éste claramente simbólico, sacudió al país. Como en 1906, los obreros de la Compañía Minera de Cananea se pusieron en huelga en busca de un aumento salarial de 60 por ciento y de prestaciones, y como respuesta el gobierno declaró en quiebra a la empresa, que trabajaba con números negros, porque ésta no había enfrentado "compromisos de pago ya vencidos". El ejército tomó las instalaciones de la mina y más de 20 dirigentes fueron arrestados. Se liquidó a todo el personal y luego se le recontrató en condiciones desventajosas. El recurso de quebrar empresas fue de los favoritos del salinismo, que se volvió "experto en quiebras instantáneas". Por lo general, en un día los jueces estudiaban, redactaban, dictaban, listaban y publicaban las sentencias de cada caso y llegaron a legalizarlas en 25 minutos, como ocurrió con el ingenio azucarero de El Mante. Más de 30 empresas fueron declaradas en quiebra antes de ser vendidas.

Compañía Mexicana de Aviación siguió los pasos de Aeroméxico, que había sido privatizada en 1988 y que durante casi dos años le pagó 1 700 pesos mensuales, simbólicos pero obligatorios, a sus pilotos "en lo que se componían las finanzas de la empresa". Mexicana pasó al grupo Xabre, que la vendió a Aeroméxico, y las dos empresas se fusionaron bajo el control del después fugitivo Gerardo de Prevoisin. Esa vez la desincorporación no se dio por venta ni por quiebra sino a través de una ampliación de capital, en la que

el gobierno diluyó su participación y quedó como socio minoritario. En medio de todo esto surgieron nuevas aerolíneas, como Aviacsa, que pertenecía al gobernador de Chiapas Patrocinio González Garrido, o Transportes Aéreos Ejecutivos (TAESA), del hijo de Carlos Hank González, Carlos Hank Rhon, que prosperó gracias a que apenas invertía en el mantenimiento de los aviones y pagaba sueldos de miseria, lo que le permitía ofrecer tarifas más bajas a pasajeros dispuestos a jugarse la vida con tal de ahorrarse unos pesitos. TAESA, o Chafesa, fue la aerolínea consentida del régimen y los funcionarios usaban sus aviones para viajes personales, como hizo Carlos Salinas de Gortari recién salido del gobierno y en busca de la dirección de la Organización Mundial de Comercio.

La Compañía Minera Real del Monte fue vendida a los hermanos Autrey y su Grupo Acerero del Norte, dueño de la Casa de Bolsa México, de Aeromar y de Altos Hornos de México, que también se privatizó. Después, para el inmenso regocijo de los grandes tiburones de la empresa, en septiembre de 1989, a la vez que se iniciaba con gran éxito la telefonía celular, se anunció la venta de Teléfonos de México.

Para empezar se inició una gran campaña de descrédito contra Telmex, lo cual no era nada difícil porque, en efecto, el servicio telefónico en México era siniestro. Después se procedió a mejorar la capacidad tecnológica de la empresa, y también su situación financiera, para que resultara más atractiva a los compradores. Se negoció también con el Sindicato de Telefonistas (STRM) y el líder Francisco Hernández Juárez de pronto vio fascinado que el nuevo presidente lo invitaba con frecuencia y lo trataba muy bien. Lo llevó a un viaje a Washington y ahí el líder requirió unos tenis para salir al *jogging* con los tecnócratas, así es que le dieron un grueso fajo de billetes de 100 dólares para que fayuqueara a gusto. No es de extrañar entonces que Hernández Juárez aceptara dócilmente la modificación de 50 cláusulas del contrato colectivo, entre ellas la eliminación de 57 acuerdos laborales y la reducción del número de categorías de trabajo de 1 000 a 140. El anzuelo para la aquiescencia del líder se basó en la promesa de que el STRM sería dueño de un pequeño paquete de acciones de la nueva Teléfonos de México.

Luego la empresa fue transferida de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (SCT) a la de Hacienda (SHCP), la cual derogó el impuesto al consumo en los servicios telefónicos, con lo cual Telmex pudo aumentar sus ingresos entre un 68 por ciento en el servicio local residencial y un 100 por ciento en la larga distancia comercial. En cambio, se creó el Impuesto por Prestación de Servicios Telefónicos (IPST), que equivalía a 29 por ciento de los ingresos de la empresa, pero durante cinco años ésta podía deducirlo del impuesto sobre la renta, retener 65 por ciento del IPST y acreditarlo como inversión; es decir, en vez de que el impuesto fuera aplicado al gasto público, como mandaba la Constitución, de hecho era devuelto a Telmex. Por si fuera poco, y como ya era usual en las privatizaciones, una gran parte de la deuda externa de la compañía fue absorbida por el gobierno. También se fusionaron Telégrafos Nacionales y la Dirección de Telecomunicaciones de la SCT para constituir Telecomm, que en el acto vendió la red federal de microondas a Teléfonos de México para que ésta pudiera operar los sistemas de larga distancia sin problemas, sin contar que la venta incluía 20 subsidiarias de Telecomm, todas con activos importantes y finanzas saludables.

Para que este paquete fuera un verdadero banquete, se estableció un increíble "periodo de ajuste" a fin de que Telmex tuviese el virtual monopolio de los servicios telefónicos hasta 1996, pues sólo entonces la larga distancia se abriría a la libre competencia. Más aún: se reestructuró el sistema de acciones para que la empresa pudiera ser controlada por un solo individuo, mexicano eso sí, y por último se modificó el título de concesión, de modo que los compradores pudieran tener la empresa hasta el año 2026, pero después podrían renovar la concesión por 15 años más, hasta 2041, los que, contados a partir de 1990, sumaban nada menos que 51 años para que los nuevos dueños exprimieran a su gusto Teléfonos de México. Como pilón, se permitió una auténtica "licencia para matar", pues la empresa podía aumentar las tarifas mensualmente durante 1991 y de forma trimestral de 1992 a 1996 sin ningún control y al margen de los supuestos pactos económicos. Obviamente, una vez que se legalizó la privatización, los nuevos dueños incrementaron las tarifas en un 150 por ciento durante los primeros dos años.

Estas condiciones, que sólo eran las más notorias entre muchas otras, resultaban tan favorables que convertirían a Telmex en la empresa más redituable del mundo. Con el argumento de que se buscaba la modernización y de que se pretendía "aliviar la presión que implicaba un programa de cuantiosas inversiones", las ventajas para los compradores rebasaban cualquier precedente y era el negocio de negocios. A fines de 1990 tres grupos pujaban por comprar Teléfonos de México: Gentor, Accival y Carso, de Carlos Slim Helú, conjuntamente con Seguros de México, Southwestern Bell International y France Cable et Radio. A través de procedimientos notoriamente turbios, el ganador fue Carlos Slim, quien con sólo 442.8 millones de dólares se hizo del control de Telmex, cuyo valor oficial era de más de siete mil mdd. Por cierto, el gobierno accedió a que Slim pagara a plazos una parte ¡con las ganancias que obtuviera al usufructuar la empresa!

Por supuesto, hubo numerosas protestas por la forma en que se había llevado a cabo la privatización, pero éstas fueron ignoradas. En 1991, la revista estadunidense *Business Week* señalaba que "para preparar el libre comercio, Salinas se vuelve a sus amigos de la infancia... Rumores y alegatos de amiguismo rondan por todo el proceso de administración". Carlos Slim Helú, de origen libanés, se inició en los negocios a los veinticinco años de edad con una compañía refresquera y la casa de bolsa Inversora Bursátil y después creó el grupo Carso, una combinación de su nombre y el de su esposa, Soumaya, heredera de Zapatos Domit. Slim expandió sus inversiones, compró numerosas empresas, entre ellas los restoranes Sanborns, y en los años ochenta ya era un magnate de grandes riquezas. A partir de 1989 se convirtió en el empresario consentido de Carlos Salinas de Gortari, quien desde un principio decidió cederle Teléfonos de México. Ya con el control de Telmex, en sólo tres años Slim había duplicado su capital de 3 700 a 6 600 millones de dólares y el *hit parade* de ricachones de la revista *Forbes* lo ubicaba como el cuarto hombre más rico del mundo; su familia ocupaba el lugar 12 entre las más grandes fortunas familiares. Con Teléfonos de México Slim ganó dinero en proporciones desmesuradas, entre otras cosas porque la empresa subió sus tarifas cada vez que quiso. Como se trataba de un monopolio, nadie podía hacer nada. Las quejas superaron todos los récords y el servicio fue pésimo, peor aún que cuando era paraestatal, por lo que en 1996, cuando se abrió la

larga distancia a la competencia, Telmex tuvo que enviar de regalo a muchos de sus clientes un disco con canciones de amor que en esencia decían “te golpeé todo lo que quise, me porté como un canalla, pero ahora sí voy a cambiar y a ser bueno; quédate conmigo, mi amor”.

El programa de privatizaciones también incluyó a la banca. Hasta ese momento el Estado concesionaba a particulares la prestación del servicio, pero la concesión podía revocarse, y eso fue lo que hizo José López Portillo en 1982 cuando, a la voz de “ya no nos volverán a saquear”, nacionalizó los bancos. El 34 por ciento fue devuelto a sus ex dueños por Miguel de la Madrid, y Salinas, por su parte, siempre defendió la banca nacionalizada y al tomar posesión prometió fortalecerla, porque era “una actividad estratégica de la economía nacional”. Sin embargo, en mayo de 1990 decidió que la banca ya sólo era “una importante actividad” y anunció que sería privatizada para hacerla “más eficiente y competitiva” y ¡“con más capacidad para detener las fugas de capital”! Dado el acelere privatizador del pequeño presidente, este anuncio no extrañó mucho, pero motivó protestas intensas por parte de la izquierda. ¿Qué sigue después?, se preguntaban, ¿Petróleos Mexicanos?

Era de esperarse que la iniciativa privada se entusiasmara con el botín que significaban 18 bancos múltiples, 4 500 sucursales (40 de ellas en el extranjero), 200 mil empleados sin derecho a huelga y 40 millones de cuentas anuales. Así fue. Los dueños de casas de bolsa, los empresarios y financieros de Monterrey y los ex banqueros se apuntaron en el acto a competir por los bancos, pero la iniciativa del ejecutivo motivó fuertes resistencias de la oposición en el Congreso, al punto de que los diputados del PRD, PARM y PAN se declararon en “huelga” y se negaron a asistir a varias sesiones. Sin embargo, una vez más en el último momento el PAN volvió a unirse con el PRI, y el PRIAN aprobó las modificaciones a la Constitución, que reemplazaban el sistema de concesiones por el de “autorizaciones”, con lo cual la privatización adquirió la máxima garantía jurídica. Después se creó el Comité de Desincorporación Bancaria, dependiente de la SHCP, con el subsecretario Guillermo Ortiz como gran timonel, y se decidió vender los bancos en cinco grandes paquetes, lo cual tuvo lugar entre junio de 1991 y marzo de 1992. Por supuesto, antes los bancos fueron “saneados”; es decir, puestos en condiciones óptimas para que resultaran un negociazo, y se aclaró que se venderían a las ofertas más altas.

El banco más codiciado era el Nacional de México (Banamex), fundado en 1884 y manejado por la familia Legorreta hasta 1982. Era el más importante de todos, con agencias en varias ciudades de Estados Unidos y oficinas en Europa, Japón, Sudamérica y Las Bahamas. Su venta constituyó “una de las mayores operaciones de compraventa del mundo”, dijo el no menos pequeñín Guillermo Ortiz, y Banamex fue adjudicado, por 9.7 billones de pesos (2.62 del capital contable), a Roberto Hernández y Alfredo Harp Helú, de la casa de bolsa Acciones y Valores (Accival). El segundo banco en importancia, el de Comercio (Bancomer), fundado por William Jenkins y administrado durante muchos años por Manuel Espinoza Yglesias, presentó un empate entre los regiomontanos del grupo OBSA y Eduardo Garza Lagüera, de VAMSA, el brazo financiero de VISA, del notorio grupo Monterrey. Finalmente, Bancomer se vendió a esta última por 7.7 billones de pesos (bdp), que representaban el 2.88 del valor contable del banco. El gran perdedor fue

Espinoza Yglesias, quien no estaba en la mafia del presidente Salinas.

Otros bancos que se vendieron por billones de pesos fueron Serfin, que esa vez sí obtuvo el grupo OBSA, encabezado por Adrián Sada y Octavio Igartúa, por 2.8 bdp; el Comercial Mexicano (Comermex), que por la módica suma de 2.7 bdp se llevó el grupo Inverlat, de Agustín Legorreta y Enrique Robinson Bours; el Mexicano Somex fue adjudicado por 2.6 bdp al grupo Creel, de Eduardo Creel y Vicente Ariztegui, que dos días después renunció a la compra, por lo que Somex fue otorgado al grupo Inverméxico, de Miguel Somoza y Carlos Gómez, por 1.87 bdp; esto creó críticas entre la iniciativa privada que externó sospechas de una operación turbia. El Banco Mercantil del Norte fue a dar al grupo Maseca, de Roberto González Barrera, cuatazo e incondicional del presidente, quien de hacer tortillas pasó a megamillonario; el Internacional (Bital) se lo llevó Antonio del Valle, del grupo Prime; y el Banco del Atlántico fue para Alonso de Garay y su grupo Bursátil Mexicano.

Nuevos banqueros resultaron también el jalisciense Raymundo Gómez (Cremi), los poblanos Marcelo y Ricardo Margáin (Banorte), Hugo Villa Manzo (Banco del Centro), Eduardo Carrillo (Promex), Roberto Alcántara (Bancrecer) y Rodolfo Esquer (Banoro). Por su parte, José Madariaga Lomelín, de Probursa, se quedó con el viejo banco de la comunidad judía, el Mercantil de México; Julio César Villarreal y Policarpo Elizondo, del regiomontano grupo Vitro, compraron Banpaís, pero después incorporaron a Isidoro Rodríguez, alias el Divino, quien resultó el verdadero dueño y con el tiempo causó un gran escándalo cuando fue perseguido por la justicia y apresado en España por defraudador; otra fichita a quien unos años más tarde arrestaron con guante blanco por sus movidas fue el también regiomontano Jorge Lankenau, quien se agenció la Banca Confía. El comprador más criticado fue el tabasqueño Carlos Cabal Peniche, quien se quedó con el Banco de Cédulas Hipotecarias (BCH). En ese momento lo acusaban de ser prestanombres de la familia De la Madrid, pero después, cuando huyó del país, resultó uno de los más temibles rateros financieros, muy ligado al presidente Salinas de Gortari y al PRI.

Como se puede ver, entre los compradores había gente muy dudosa. Además, la reprivatización de la banca favoreció enteramente a dueños de casas de bolsa, que formaron poderosísimos grupos financieros compuestos por aseguradoras, arrendadoras, sociedades de inversión y empresas de factoraje, precisamente lo que Pedro Aspe aseguró en un principio que se evitaría. En realidad, como hizo ver Carlos Ramírez, el presidente aprovechó la reprivatización para “crear una clase bancaria afín al proyecto transexenal de Carlos Salinas”. Como en el caso de Teléfonos de México, muchos de los nuevos banqueros se dedicaron a entrarle duro a la especulación financiera, la afamada “economía casino”, y a hacer negocios discutibles, si no es que francamente ilegales. Ya en 1991, cuando apenas se habían vendido tres paquetes de bancos, fueron responsables del llamado “agosto negro” al fijar altas tasas de interés que cambiaban de banco a banco y que eran sumamente abusivas, pues, en promedio, la tasa activa (para préstamos) era de 35 por ciento, mientras que la pasiva (para depósitos) resultaba de 21 por ciento, lo que implicaba un negociazo. Además, concedieron créditos, muchas veces a ellos mismos, que rebasaban sus reservas, así es que para tener liquidez se lanzaron a comprar certificados de la Tesorería (cetes), lo que elevó las tasas

de interés de 184 éstos a más de 50 por ciento y las bancarias a más de 70 por ciento. Por tanto, los créditos se congelaron y se suspendieron durante un tiempo, a pesar de que el Banco de México inyectó ocho billones de pesos para dar liquidez a los bancos y para contener la ola especulativa.

Los nuevos banqueros constituyeron un oligopolio, se dedicaron a ganar dinero lo más pronto posible para recuperar sus inversiones y establecieron la práctica de que los ahorradores ganaran cada vez menos y los deudores pagaran cada vez más, gracias a que la tasa pasiva, la de los depósitos, en promedio siempre fue diez puntos porcentuales menor a la de la activa, la de los deudores. Los créditos eran caros, es casos y llegaban al nivel de la usura, porque cobraban intereses sobre los intereses. También cobraban desproporcionados servicios de intermediación, redujeron sus gastos y constriñeron los salarios de sus empleados. En 1992, Banamex ganaba más que Citicorp, la organización bancaria más poderosa de Estados Unidos, y en 1994, a tres años de la privatización, Somex había aumentado sus utilidades netas en 208 por ciento y Bancrecer en 400 por ciento, por lo que ya habían recuperado 100 por ciento de su inversión.

Esta situación afectó a todos los que tenían tratos con los bancos y los primeros en resentirla fueron muchos agricultores de Jalisco, Nayarit y Colima, quienes en 1993, indignados porque pagaban y pagaban y aun así seguían debiendo más de lo que les habían prestado, formaron El Barzón, una organización de deudores encabezada por el joven Maximiano Barbosa Llamas para defenderse de la usura vil a la que eran sometidos. Al parecer, decían, “nosotros debemos pagar la factura de la reprivatización”. Las autoridades reprimieron al máximo a El Barzón y encarcelaron a sus líderes, pero los agricultores no desmayaron y la organización se expandió relampagueantemente en 1995, después de la nueva y gravísima crisis económica que, como en 1983, incrementó las tasas de interés a más de 100 por ciento y desquició por completo a la clase media y a todo usuario de tarjeta de crédito que se había endeudado con los bancos. Con esto, a pesar de la intensa represión en su contra, El Barzón se convirtió en un poderoso factor político. Con el tiempo, la banca privada se manejó con tal codicia e ineficiencia que el gobierno de Ernesto Zedillo quiso llevar a cabo un “rescate financiero”, que indignó a la población, por ¡65 millones de dólares! con cargo a los contribuyentes.

Las privatizaciones también tuvieron otro momento estelar con las carreteras. Desde un principio, Salinas declaró, orgulloso, que proyectaba poner en servicio seis mil kilómetros de caminos “de primer mundo” a lo largo del sexenio. Sería “el programa de autopistas más importante del mundo”, declaró después Andrés Caso Lombardo, secretario de Comunicaciones y Transportes. Sin embargo, los empresarios no se entusiasmaron porque no veían muy rentable el proyecto, así es que el gobierno prometió que daría todo tipo de facilidades, lo cual implicaba fijar cuotas de peaje de cinco a diez veces más caras de las que se cobraban en Estados Unidos. En febrero de 1989 se abrió la primera convocatoria para construir 18 kilómetros entre Guadalajara y Tepic; al poco rato se iniciaron los trabajos para un tramo de la carretera México-Toluca y, en agosto, los de la Autopista del Sol, entre Alpuyeca y Acapulco, y la de Guadalajara-Chapala.

En toda la república se construyeron autopistas privadas, de Baja California a Yucatán y Quintana Roo, pero en todas partes hubo problemas. “Nos faltaba experiencia en todo esto. Ni el gobierno, ni los contratistas, ni los inversionistas, ni los banqueros la tenemos”, reconoció el director de Caminos y Puentes Federales, Gustavo Petriccioli, quien a fin de sexenio buscaba ya mecanismos financieros para transferir fondos federales a los constructores de carreteras, porque las cosas no salieron como se esperaban. El problema principal fue que se fijaron cuotas excesivamente altas en todos los casos, por lo que pocos automovilistas las usaban y los transportistas de plano prefirieron usar las viejas carreteras. En muchas partes hubo protestas, bloqueos de las vías, pero las cuotas no bajaron, ya que en la mayoría de los casos los costos de construcción se habían calculado tan mal que habían resultado del doble de lo previsto.

La carretera privada más publicitada fue la Autopista del Sol, que Salinas inauguró orgullosamente en 1993; sin embargo, las cuotas eran tan caras que hubo ocasiones en que resultaba más barato el boleto de avión, por lo que de los 10 mil vehículos que se esperaban cada semana apenas transitaban 1 200. No extrañó entonces que la flamante vía, con todo y su espectacular puente en el río Mezcala, por lo general se viera desierta. Al igual que con la banca, después de la crisis de 1995, el gobierno de Ernesto Zedillo también diseñó otro “rescate financiero” para los constructores de carreteras, que por supuesto fue criticadísimo.

Salinas de Gortari captó 23 mil millones de dólares con la privatización de 258 empresas. Además de las mencionadas destacaban Altos Hornos de México, Dina, Tabamex, Química Flúor, Estructuras de Acero, Tubacero, Fertilizantes Mexicanos y varios ingenios azucareros importantes, pero otra privatización comentadísima fue la de la televisión estatal.

A fines de marzo de 1992 se supo que el Canal 13 sería desincorporado, pero el anuncio oficial lo hizo la Secretaría de Hacienda hasta noviembre. Se trataba de un paquete de medios que incluía a Corporación Mexicana de Radio y Televisión, compuesta por los canales 13 y 7 con sus respectivas redes nacionales, además de Impulsora de Televisión del Centro, Corporación Televisiva de la Frontera Norte, Corporación Televisiva del Noroeste, Compañía de Televisión de la Península, Compañía Mexicana de Televisión de Occidente, Televisión Olmeca, Televisora Mexicana del Sur, Impulsora de Televisión de Chihuahua, Compañía Operadora de Teatros (COTSA, la red oficial de salas cinematográficas), los Estudios América, el periódico oficial *El Nacional* , la agencia Notimex y el Canal 22. Estos tres últimos después fueron retirados del paquete.

A principios de 1993 ya se habían apuntado cuatro grupos de compradores. El más fuerte e idóneo parecía ser Medcom, compuesto por Joaquín Vargas (de Multivisión, que transmitía por cable; Stereorey, Globo Stéreo y Multiradio Digital), Clemente Serna (de Radio Red, Radio Programas de México y el canal 6 de Guadalajara) y Adrián Sada (del grupo Monterrey). También se le daban posibilidades al grupo GEO, del guadalajareño Raymundo Gómez. Después venía Cosmovisión, un heterogéneo grupo encabezado por Javier Pérez de Anda, y hasta la cola quedaba el Grupo Televisora del Centro,

encabezado por Ricardo Salinas Pliego (de la red de tiendas Elektra) y la familia Aguirre, dueña de la cadena Radio Centro, pero los Aguirre finalmente se pasaron a Cosmovisión, por lo que Salinas Pliego se quedó a la cabeza del grupo. Sus planes consistían en "mantener estricta colaboración con el gobierno y obedecer las direcciones de comunicación social de las secretarías de Estado".

En julio de 1993 la gran sorpresa fue cuando el grupo de Ricardo Salinas Pliego, que no tenía ninguna experiencia en los medios de difusión, ganó la subasta al ofrecer 645 millones de dólares, superiores en 30, 45 y 60 por ciento a las ofertas de Cosmovisión, Medcom y GEO. Salinas Pliego explicó que obtuvo el dinero mediante un crédito sindicado de varios bancos, pero apenas tres días antes de la entrega de su postura aún no lo tenía. "Luego le doy nombres", le contestó Salinas Pliego a Pedro Aspe cuando éste le preguntó si ya tenía socios, y "en ésas ando", le dijo a Rafael García Rosas, director de la Unidad de Desincorporación de Hacienda. Después se supo que Raúl Salinas de Gortari, el Hermano Incómodo del presidente, le había pasado 30 millones de dólares a su tocayo de apellido.

De entrada, Salinas Pliego dejó ver que su estilo de programación sería como el de Televisa, de entretenimiento, pues "qué caso tiene hablar de programas de calidad", y aseguró que la independencia frente al gobierno no significaba ningún tipo de crítica sino "ayudar a que las cosas estén mejor en lo económico y en lo social". También profesó su admiración por Carlos Salinas de Gortari y su política económica y se manifestó porque las mujeres no salieran de sus casas, porque dejaban "el nicho abandonado". La nueva empresa se conoció como Televisión Azteca y en realidad modificó poca cosa el formato que ya tenían los canales 13 y 7, es decir, continuó sobre las líneas de Televisa, con la salvedad de que compró varias telenovelas brasileñas que estaban mejor hechas y eran más audaces que las mexicanas. Fuera de esto, no había una gran diferencia entre las dos televisoras, pero al público le gustó que la televisión ya no fuese un virtual monopolio y TV Azteca fue viéndose cada vez más, por lo que a fin de sexenio ya era notoria la famosa "guerra de las televisoras".

Un gran golpe publicitario más de Carlos Salinas de Gortari fue la creación del Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol), que le resultaría extremadamente útil para todo tipo de carambolas de muchas bandas. Su nombre fue una oportunista apropiación del movimiento Solidaridad de los obreros polacos de los años ochenta, que luchó contra el régimen prosoviético y que incluso llevó al líder Lech Walesa al gobierno de su país. Con esto, Salinas pretendía disfrazarse de moderno reformador democrático preocupado por las carencias del pueblo, a la vez que también tendía un puente con sus épocas ultraizquierdistas, pues buena parte de los artífices y funcionarios de Pronasol fueron viejos militantes de izquierda, maoístas y teóricos de la guerrilla que no resistieron los cañonazos de miles de pesos.

Salinas le dio tanta importancia al Pronasol que su puesta en marcha, con Carlos Rojas Gutiérrez (hermano del director de Pemex, Francisco Rojas) a la cabeza, fue el primer acto de gobierno de Salinas el 2 de diciembre de 1988. "VAMOS a iniciar de inmediato los trabajos", dijo el flamante e ilegítimo presidente a su gabinete, a varios alcaldes y a un grupo de acarreados

indígenas de varias etnias. “He querido que no sólo pongamos en marcha un programa y firmemos un acuerdo, sino que arranquen ya obras concretas porque la necesidad de los mexicanos no puede esperar.”

En teoría, el objetivo del Pronasol era atender a los grupos marginados mediante recursos para obras de todo tipo que hicieran falta. Era evidente que esos grupos y la nación entera se beneficiarían mucho más con un aumento de la productividad, la creación de empleos, incrementos de salarios y precios justos; es decir, con una distribución de la riqueza más equitativa, pero como esto iba en contra de los planes macroeconómicos (los altos precios y salarios bajos del PECE, el control de la inflación y el pago de la deuda externa), Salinas prefirió dar recursos selectivamente, lo cual se convirtió en un factor de cooptación y corrupción, y por supuesto en un gran vehículo electorero.

Precisamente las primeras obras del Pronasol fueron en áreas donde Cárdenas y el Frente Nacional Democrático habían obtenido una alta votación. El ejemplo más publicitado fue el de Chalco (“la cuna de Solidaridad”) en el Estado de México, que votó en contra del PRI en 1988 y que Salinas consideró como “una preocupación personal”. El presidente lo visitó en octubre, pasó una noche ahí y anunció un gran proyecto que dotaría al pueblo de 105 billones de pesos en electricidad, agua potable, casas de cultura, campos deportivos, centros comerciales, biblioteca, estación de bomberos y plaza pública. El 11 y 12 de enero de 1989, el pequeño presidente inauguraba ya las obras de electrificación y agua potable.

A partir de ahí, Pronasol llegaba a los municipios de la oposición y se adelantaba a las autoridades locales pavimentando calles y construyendo escuelas y hospitales. Ante las grandes cantidades que se daban al Programa, los 35 presidentes municipales del PAN se quejaron de que se invadía su jurisdicción, pues Solidaridad, con un ruidoso aparato promocional, hacía las obras que les correspondían a ellos y que no podían llevar a cabo a causa de sus enclenques recursos. En el Presupuesto de Egresos de 1991 Pronasol manejaba 14 billones de pesos, mientras que los estados y sus municipios, todos juntos, disponían de 18 bdp. Nadie sabía con exactitud las cantidades que manipulaba Pronasol, que se iba haciendo poderosísimo. Fue objeto de una publicidad cuidadosamente diseñada, y se fortaleció tanto que muchos creyeron que se convertiría en un partido político confeccionado a la medida de Salinas para reemplazar al cada vez más patético PRI. La palabra Solidaridad se aplicaba a mercados y escuelas, y se volvía omnipresente, pero los gobiernos estatales y municipales perdían autonomía. Algunos coordinadores equivalían a vicegobernadores, como en el caso de Manuel Cavazos en Tamaulipas, mientras en Coahuila el gobernador Eliseo Mendoza Berrueto (quien, por cierto, decía “Tesorito” a su secretario de Finanzas) veía, impotente, que Rogelio Montemayor hacía lo que quería en el estado. Por su parte, Carlos Rojas muchas veces hacía lo que le correspondía a Ernesto Zedillo, el secretario de Programación y Presupuesto.

Además de las obras, se repartía la lana con un trato preferencial a quien fuera amigo, aunque otros la necesitaran mucho más. Por supuesto, estas dádivas de Pronasol generaban complicidades que se traducían en “pronavotos” en las elecciones. Después del proceso electoral de 1991,

cuando el PRI arrasó y Salinas de Gortari tuvo todo el poder, Pronasol no se volvió partido pero sí una supersecretaría de Estado, la de Desarrollo Social, en la que Salinas puso a su incondicional Luis Donaldo Colosio y lo perfiló al dedazo. Con esto, el Programa Nacional de Solidaridad se siguió burocratizando y deteriorando. Se empezaron a dar muchos casos de insuficiencia o desvío de fondos, y varios alcaldes huyeron, prófugos de la justicia. Muchas obras se quedaban en cascarones o se construían tan mal que no podían entrar en servicio. Innumerables promesas se quedaban sin cumplir, pero todo se reactivaba mágicamente cuando se acercaban las elecciones locales y, especialmente, las presidenciales de 1994.

Por otra parte, no dejó de verse como simbólico el incendio que tuvo lugar en el palacio legislativo de San Lázaro en mayo de 1989; en todo caso, era una metáfora de las luchas que tenían lugar entre los partidos políticos. A principios de año el Frente Democrático Nacional (FDN) se desintegró, como se esperaba. La situación había cambiado y el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el Popular Socialista (PPS) y por supuesto el Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN) más rápido que de prisa volvieron a su condición de partidos paraestatales, pero más repuestitos. La Corriente Democrática, el PMS y muchos de los grupos independientes que le entraron al FDN se unieron y pronto formaron el Partido de la Revolución Democrática (PRD, Perredé o Pedorré, como le decían los gandallas), que reconoció a Cuauhtémoc Cárdenas como su máximo líder. El eje central del nuevo partido era la recuperación de "la herencia ideológica y moral" de las grandes luchas populares, especialmente la revolución mexicana, lo cual, para esas alturas, era un anacronismo, pues la pobre revmex tenía rato de haber fallecido e incluso José López Portillo ya había dicho que él fue "el último presidente de la revolución".

El PRD era un partido "nacionalista y progresista" y su emblema fue un "sol azteca", primero negro y blanco, y luego amarillo, ya que Gobernación se negó a que también usara los colores nacionales, como pretendían los perredistas, porque ése era privilegio exclusivo del RIP. Eso sí, el PRD obtuvo registro inmediato ya que utilizó el del PMS y Gobernación no pudo hacer sufrir al nuevo partido con fatigosos y ridículos requerimientos para registrarlo oficialmente.

Desde un principio el PRD se convirtió en el centro de los odios de Salinas y de sus engallados pupilos; era un verdadero encono que se transmitió fácilmente a las bases priístas de todo el país, así es que se inició una guerra sucia que, entre otros macabros detalles, significó más de 400 militantes del PRD asesinados. Desde que, en julio de 1988, murieron Ovando y Gil, y de que, en diciembre de ese mismo año, "desapareció" José Ramón García, miembro del PRT que se había integrado en el Frente Democrático Nacional en Cuautla, Morelos, no pararon las muertes de perredistas en todo el país, sobre todo campesinos pobres, por lo que Cuauhtémoc Cárdenas decía que "el PRD ponía los muertos". Sin embargo, precisamente cuando el gobierno desataba la violencia contra el PRD, se incrementó la campaña para mostrar al nuevo partido como "violento". Era el viejo truco del ratero que grita: "¡Al ladrón, al ladrón!" Cárdenas, por su parte, seguía recorriendo el país, y, como senador, Porfirio Muñoz Ledo resultó un acontecimiento, pues él solito tenía de cabeza a la aplastante mayoría de senadores del PRI con un gran ingenio y

conocimiento de las leyes escritas y no escritas del sistema.

El PRD tenía grandes esperanzas de ganar las elecciones para renovar el Congreso local en Michoacán, ya que Cuauhtémoc había arrasado en 1988. Uno de los primeros actos de gobierno de Salinas fue despedir del gobierno de Morelia a Luis Martínez Villicaña, como castigo por esa votación. El PRI se preparó para ganar a como diera lugar y el resultado fue un fraude electoral que ni siquiera se trató de ocultar gran cosa. Como siempre, la ley electoral favorecía al PRI y el gobierno era la autoridad en los comicios. En éstos hubo las consabidas rasuradas de padrón electoral, robos de urna, interminables carruseles de votantes, credenciales falsificadas, alteración de actas y demás, pero en esa ocasión varias casillas fueron asaltadas a punta de balazos. Era como 50 años antes, sólo que ahora desde temprano el PRI se dedicó a presentar denuncias de "irregularidades del PRD", que culminaron en una acusación contra Cuauhtémoc Cárdenas, quien asistió a los comicios, y de pasada a la prensa, que no se tragaba las trampas descaradas del PRI. En la noche, éste se apresuró a declarar su triunfo en un tercio de los 18 distritos electorales. Después, en las mesas distritales la alquimia recurrió a los milagros más portentosos y la mayoría mecánica hizo el resto para que el Institucional se quedara con la mayoría, a pesar de las protestas de los perredistas y de los observadores que asistieron a la elección.

La guerra de Salinas contra Cárdenas y el PRD nunca cesó y no permitió ninguna concesión. El presidente diría después del PRD: "Ni los veo ni los oigo". En 1990, los perredistas tenían también grandes esperanzas de obtener numerosas victorias en el Estado de México, donde, como en el Distrito Federal, Morelos y Michoacán, el Frente Democrático Nacional había tenido importantes triunfos, por lo que también cayó el gobernador Mario Ramón Beteta. Sin embargo, la aplanadora priísta volvió a entrar en acción y mediante todo tipo de operaciones alquímicas armadas por el gobernador interino Ignacio Pichardo Pagaza, del grupo Atlacomulco, no hubo nada para el PRD. El fraude más notorio tuvo lugar en Tejupilco, donde los perredistas no quisieron ceder y armaron un plantón en el palacio municipal, además de organizar mítines, marchas y una caravana al Distrito Federal. El gobierno decidió darles un escarmiento. En un gran mitin en diciembre, los granaderos lanzaron gases lacrimógenos, dispararon desde distintas partes y después le dieron una golpiza a los perredistas, especialmente a las mujeres. Todo el poder del salinismo se movió para que la prensa nacional, encabezada esa vez por el periódico *Unomásuno* , acusara al PRD de iniciar la violencia, de haber asesinado a dos policías y a un civil, y de herir a 22 "guardias inermes". Esa vez se responsabilizó de los acontecimientos a Heberto Castillo, quien hablaba en el mitin cuando se inició la golpiza, y se publicaron profusamente fotografías en las que hombres armados con metralletas tenían puestas camisetas con las siglas del PRD.

Además de estas lindezas, Salinas se dedicó a cooptar a todo perredista que se dejara, y así hizo defeccionar al líder sindical Evaristo Pérez Arreola, mejor conocido como Charriola, y al viejo comunista Arturo Martínez Nateras. Otra cooptación muy sonada fue la de Ignacio Castillo Mena, uno de los miembros del Comité Ejecutivo Nacional del PRD, quien fue premiado con la embajada en Ecuador. A muchos que no se dejaban cooptar, con frecuencia se les enviaba a la cárcel, como fue el caso del alcalde de Aguililla, Michoacán, a

quien se acusó de narcotráfico; después lo soltaron por sobreseimiento de causa, pero el daño ya se había hecho. Muchos de los que protestaron por los fraudes electorales de Michoacán, Guerrero y Estado de México también fueron a la cárcel y otros acabaron asesinados.

Desde 1989 se hizo famosa la "democracia selectiva" del gobierno, pues, simultáneas a las elecciones de Michoacán, tuvieron lugar las de Baja California Norte, en las que Salinas, vía Luis Donaldo Colosio, presidente del PRI, reconoció la victoria de Ernesto Ruffo, el primero de los gobernadores panistas. La candidata del PRI, Margarita Ortega, a principios de año fue destapada personalmente por Salinas, por lo que ella y los priístas bajacalifornianos confiaban en que la aplanadora haría lo suyo y ganarían el estado, pero, el día de la elección, los del PRI fueron poniéndose cada vez más sombríos al ver que la votación favorecía claramente al PAN, Ruffo proclamó su triunfo en la noche, con casi 80 por ciento de las actas, y éste fue avalado por las radiodifusoras del otro lado de la frontera, que anunciaron la victoria del PAN. De cualquier forma, Margarita Ortega y el PRI también dijeron ser vencedores.

Para su desgracia, llegó la línea del centro y la pobre candidata tuvo que reconocer que "la tendencia no le era favorable", lo cual fue admitido casi al mismo tiempo en transmisión nacional por Luis Donaldo Colosio. Felices, los panistas salieron a las calles a festejar su triunfo, mientras los del PRI se morían de rabia, pues nomás no podían admitir que les bajaran el botín; entre mueras a Colosio, avisaron que no dejarían el poder y que, incluso, "se levantarían en armas". Detestaban "al centro" y a los "chilangos" ("autoritarios, prepotentes, sabelotodos y gandallas" era lo menos que les decían), pues a lo largo de los años ochenta en muchos estados de la república, especialmente en los del norte, creció una intensa fobia contra los capitalinos y era común el lema "haz patria, mata a un chilango". Esa vez nada les sirvió. Los priístas locales se quedaron con el coraje entripado, Salinas se mantuvo firme y Baja California fue para el PAN.

De esta manera se consolidó la alianza entre el PAN y el gobierno, que surgió desde la mañana del 6 de julio de 1988, cuando Manuel Camacho Solís se presentó en el edificio de Acción Nacional para convenir con Luis H. Álvarez que ni el PRI ni el PAN adelantaran declaraciones de triunfo hasta no contar con datos confiables (lo cual, por cierto, fue violado esa misma noche por el PRI). Pero, en realidad, lo que le interesaba a Camacho era establecer conversaciones sobre un "gobierno de transición" entre los dos partidos en el sexenio que arrancaría el primero de diciembre. Aunque la militancia antipriísta de Manuel J. Clouthier pareció polarizar un tiempo al PAN y al PRI, pronto Álvarez envió señales a Salinas de que le interesaban las conversaciones, así es que desde fines de noviembre, mientras Maquío vociferaba contra el gobierno, Camacho Solís se reunía con los panistas para detallar el proceso de legitimación de Salinas por parte del PAN a cambio de cogobernar y de obtener territorios gradualmente.

En el segundo día de gobierno, el nuevo presidente recibió en Los Pinos a quienes después serían sus grandes compas: Luis H. Álvarez, Diego Fernández de Cevallos y Carlos Castillo Peraza. Manuel Clouthier murió sorpresivamente en un accidente automovilístico en 1989 y se rumoró mucho

que se había tratado de un asesinato político. En 1998 la familia Clouthier aseguró que fue un asesinato. En todo caso, con su muerte, se fue la máxima figura del PAN que había luchado contra el fraude electoral de 1988. Por tanto, Baja California fue entonces el primer producto de la alianza. Después vendrían los reconocimientos a los triunfos de Carlos Medina Plascencia como presidente municipal de León, Guanajuato, y de Ana Rosa Payan en Mérida, Yucatán. Pero la luna de miel tuvo lugar en la reforma electoral de 1989, cuando el PAN apoyó enteramente al PRI y de esa manera ambos impidieron una verdadera reforma que posibilitara la transición a la democracia.

Ya que las elecciones federales de 1988 habían sido impugnadas severamente, desde su toma de posesión Salinas anunció que se llevaría a cabo una reforma electoral que dejara atrás toda sospecha y, efectivamente, en el periodo legislativo de 1989 se iniciaron las discusiones. La reforma era esencial, pues si el gobierno dejaba de controlar, como siempre, el proceso electoral, si se modificaban los mecanismos para impedir los fraudes, si los comicios eran limpios, pues, se daba por descontado que en las elecciones de 1991 el PRI perdería la mayoría en el Congreso y entonces sí podría darse una transición a la democracia. Para ello se requerían, por ejemplo, autoridades y tribunales electorales independientes, que se alzara un padrón electoral sin trampas, que se suprimiera la autocalificación de los congresistas y que se prohibiera el voto corporativo, entre otros requerimientos urgentes.

Sin embargo, el gobierno, vía PRI, ofreció ceder lo que quisieran pero se aferró a conservar a toda costa el control del proceso electoral. El PRD convocó entonces a los demás partidos a formar un bloque opositor que enfrentara al PRI. El PAN y el PARM, que ya habían presentado proyectos de reforma, aceptaron. El PFCRN y el PPS decidieron cargarse con el PRI. Para reformar la Constitución se requería una mayoría de dos tercios del quórum de congresistas y, para lograrla, el PRI tenía que unirse con los minipartidos, o con el PAN, pero esto parecía imposible.

Todo indicaba que el PAN estaba firme en su oposición a una reforma confeccionada por el PRI-gobierno y el bloque opositor presentó una resistencia que parecía infranqueable. Mucha gente, feliz, comentaba que al fin había algo semejante a una división de poderes en México. Las negociaciones se empantanaron y el Congreso tuvo que ir a un periodo extraordinario, pero en éste tampoco se dio la reforma y todo parecía cerrado cuando el 15 de octubre de 1989 explotó la noticia de que el PAN votaría a favor de las propuestas del PRI. Nadie podía creerlo. Se supo entonces que el 10 de octubre el PAN había tenido conversaciones directas con Salinas de Gortari, quien supuestamente les prometió que si votaban con el PRI, la ley reglamentaria de las reformas constitucionales se basaría en la propuesta del PAN.

Los líderes de Acción Nacional, que “confiaban en la palabra del presidente”, presentaron una “carta de intención” en la Secretaría de Gobernación en la que trataban de conciliar lo más posible sus posiciones con las del PRI y las del PRD. Gobernación respondió que aceptaba todo siempre y cuando no perdiera el control de las elecciones y otros “puntos irrenunciables”. Salvo cuatro de sus diputados, el PAN estuvo de acuerdo y votó con el PRI una

reforma electoral que no cancelaba las dudas sino que las incrementaba, pues daba ventajas adicionales al régimen, además de que pospuso la posibilidad de la transición a la democracia y vitaminó el autoritarismo de Salinas.

En julio de 1990 los dos partidos también aprobaron juntos el nuevo Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (Cofipe), aunque en esa ocasión ya no fueron cuatro los panistas que votaron en contra, como en octubre de 1989, sino más de 20. El Cofipe convirtió a la Comisión Federal Electoral (CFE) en Instituto (IFE), que era la máxima autoridad, naturalmente presidida por el secretario de Gobernación, quien con doce miembros más del ala oficial contra ocho de la oposición, dominaba el consejo general. Por tanto, el régimen continuó con el control de las elecciones. También conservó la autocalificación y, además, se permitió una increíble "cláusula de gobernabilidad" que permitía la sobrerrepresentación: el "partido mayoritario" sería el que obtuviera 35 por ciento de la votación nacional y el mayor número de constancias de mayoría, por lo que mágicamente recibiría curules gratis hasta lograr la mitad más uno, 251, con lo cual ya podría mayoritear; también se prohibía el registro de candidaturas comunes (como la de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988), las coaliciones resultaban poco funcionales y quedaban fuera los senadores de partido. Lo positivo fue una credencial única de elector con fotografía y la eliminación del voto corporativo. Naturalmente, Salinas de Gortari consideró "un triunfo" al Cofipe, porque le representaba grandes ganancias a él, al PRI, al PAN e incluso a los partidos paraestatales, que con la ley nueva obtendrían más diputaciones proporcionales. Sólo para el PRD el Cofipe representó pésimas noticias, y para el proceso democrático también, claro, que ahora dependía de las necesidades políticas del presidente y de la idea de gradualismo que adoptara el PAN. Todo esto preparó el triunfo avasallador del PRI en las elecciones de 1991.

El bravero presidente Salinas de Gortari decidió vengarse de su derrota en 1988 y de pasada quitarse de encima la posibilidad de otro bloque opositor con un congreso completamente a su favor para que las reformas a la Constitución que tenía contempladas pudieran hacerse sin problemas. Por tanto, optó por volver impunemente a los viejos tiempos del "carro completo" para carcajearse de las esperanzas de que hubiera democracia en México. De entrada, se maquilló el censo de población desde principios del sexenio, a fin de confeccionar un padrón electoral adecuado. No contento con eso, el Registro Federal de Electores se permitió borrar del mapa a otros cuatro millones de habitantes debidamente empadronados. Por supuesto, el gobierno puso los recursos de las secretarías de Estado al servicio del PRI, y casi todos los medios de difusión, especialmente la televisión, hicieron lo suyo favoreciendo a los candidatos oficiales. Por si fuera poco, se gastaron sumas estratosféricas en publicidad y propaganda.

Sin embargo, la estrategia gubernamental se centraba en el Programa Nacional de Solidaridad. "Sabemos que puede ser que tenga una repercusión electoral", dijo Carlos Rojas, jefe máximo del Pronasol. Conforme se acercaban las elecciones, Solidaridad gastó miles de millones e incrementó las obras en todas partes. Pavimentación, drenaje, centros de salud, unidades habitacionales, leche gratuita, parques, caminos, áreas deportivas, títulos de propiedad, escrituras simbólicas y programas de empleo aparecieron en

Nuevo León, Baja California, Chihuahua, Jalisco, Michoacán, Durango, Morelos, Guerrero, Oaxaca y en otras entidades donde la oposición panista o perredista podía tener éxito. En 1991, seis de cada diez pesos que gastó el gobierno federal se canalizaron al Pronasol y por supuesto los candidatos priístas se encargaron de hacer ver que la terminación o la continuación de las obras dependía del voto al PRI.

El mismo Salinas de Gortari encabezó la campaña priísta con un brío infatigable, y a mediados de 1991 inauguró obras, plantó árboles, viajó por todo el país, conversó con campesinos, almorzó con alcaldes y pronunció horas y horas de discursos en las que se autoelogió al máximo. "Es mucho lo que hemos logrado", decía, eufórico, "hemos reiniciado el crecimiento y respondemos solidarios a las necesidades de justicia. Nuestros esfuerzos están dando resultados, han quedado atrás los tiempos de inflaciones que en un solo mes se acercaban a las que hoy tenemos en un año". Por supuesto, le echaba porras al PRI, que ofrecía "democracia en su más amplia proyección social" y "un trabajo moderno para fortalecer la unidad de los mexicanos". Tenía especial cuidado en retratarse con alcaldes de la oposición, sobre todo con los perredistas que accedían. En mayo anunció un aumento salarial de 25 por ciento a los maestros, y en junio y julio taloneó para obtener premios internacionales en sus visitas a Estados Unidos y Europa, y cerró su promoción internacional con la primera Cumbre Latinoamericana, en Guadalajara, donde reunió a 21 jefes de Estado de América Latina, España y Portugal, con Fidel Castro y el rey Juan Carlos como máximas estrellas.

Con todo este despliegue, más, por no dejar, las tradicionales "irregularidades", el 18 de julio (el día en que tuvo lugar un golpe de Estado en la URSS) el PRI aplastó a la oposición en las elecciones de diputados y senadores federales; obtuvo, además, seis gubernaturas y los integrantes de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal. No sólo recuperó los votos del Distrito Federal, y de los estados de México, Morelos y Michoacán, que en 1988 habían favorecido al FDN, sino también los de Jalisco, Nuevo León, Chihuahua, Guanajuato y otros bastiones panistas. Nadie se esperaba la vuelta del carro completo y los mismos priístas reconocieron que "el triunfo electoral que obtuvimos fue mucho mayor al que esperábamos". La oposición no daba crédito y sólo alcanzaba a mascullar que había vuelto la aplanadora y que a Salinas se le había pasado la mano. "Están haciendo tiempo porque les asusta su propia votación", dijeron después, cuando, como de costumbre, el Instituto Federal Electoral se tomó una semana en dar los resultados oficiales. "No hay retrasos", decía Emilio Chuayffet, director del IFE, a quien apodaban la Cimitarra o el Puñal Turco, "hemos cumplido con eficacia técnica y con observancia de la ley". De la votación, 61.4 por ciento fue para el PRI, 17.7 para el PAN y 8.3 para el PRD. El PFCRN (4.3), el PARM (2.1) y el PPS (1.8) conservaban el registro, pero ni los viejos PDM y PRT, ni los nuevos paleros Partido Ecologista Mexicano (PEM) y Partido del Trabajo (PT) alcanzaban el 1.5 para seguir haciéndola, aunque, claro, en 1994 resucitaron milagrosamente.

La nueva legislatura, por tanto, quedaba dominada por el PRI, que tenía 321 diputados (290 de mayoría relativa y 31 "proporcionales"), por lo que con el apoyo de unos cuantos diputados de los partidos paraestatales, o del PAN, podía alcanzar las dos terceras partes requeridas para hacer los cambios que

Salinas se proponía seguir asestándole a la pobre Constitución. El PAN obtuvo diez diputaciones de mayoría, 79 plurinominales y la senaduría de Baja California. Al PRD le dieron 41 pluris; al PFCRN, 23; al PARM, 15; y al PPS, 12.

Los partidos de oposición, muchos articulistas y politólogos insistieron en que el triunfo del PRI había sido fraudulento, sólo que en esa ocasión era mucho más difícil de probar. Sin embargo, también estuvieron de acuerdo en que de cualquier manera la votación, a pesar de la abstención de 40 por ciento, había dado un nuevo aire al PRI y un espaldarazo a Salinas. Las impugnaciones que presentaron el PAN y el PRD fueron barridas por la mayoría aplastante del PRI en el colegio electoral, pero las mieles del triunfo se amargaron con los casos de Guanajuato y San Luis Potosí, donde, como en Sonora, Colima, Campeche y Querétaro, también hubo elecciones para gobernador.

En Guanajuato, el PRI presentó como candidato a Ramón Aguirre Velázquez, el ex regente del DF y amiguísimo de Miguel de la Madrid. A Ramoncito no lo querían en Guanajuato porque lo habían impuesto, ya que los priístas daban por sentado que su candidato sería Ignacio Vázquez Torres. De cualquier forma, Aguirre peleó duro por la nominación. Salinas lo había nombrado director de la Lotería Nacional y desde ahí repartió ambulancias a los 46 municipios de Guanajuato, aunque no tuvieran delegación de la Cruz Roja. Otras veces regalaba unidades quirúrgicas móviles y daba aportaciones a hospitales y asilos. A fin de cuentas, Aguirre logró que el PRI local lo aceptara a regañadientes. El PAN, a su vez, lanzó a su carta más fuerte, el diputado Vicente Fox Quesada, quien, con su carisma y personalidad abierta y dicharachera, había conjuntado un apoyo extraordinario de las fuertes y bien organizadas bases panistas del estado, las cuales lo veían como el único y verdadero sucesor de Manuel Clouthier. Vicente Fox, cuya madre era española, trabajaba como alto ejecutivo de la Coca Cola cuando el mismo Clouthier lo reclutó para el PAN. El PRD, por su parte, aunque no tenía fuerza en Guanajuato, postuló a Porfirio Muñoz Ledo, quien pidió licencia en el Senado. Los senadores priístas suspiraron aliviados, pues el fundador del PRD los había tenido en jaque durante medio sexenio y se había divertido como enano haciéndolos sufrir cada vez que quiso. Porfirio ni siquiera era guanajuatense, pero tenía una casa en el estado y afirmó que lo era, "por derecho de sangre", y finalmente logró que Salinas ordenara que lo registraran.

Sin embargo, el candidato más fuerte era Fox, que había votado por las reformas a la Constitución en materia electoral y en favor del Cofipe. Desde un principio se puso su yelmo y su armadura. "Estoy absolutamente preparado para ir hasta donde los ciudadanos quieran, mediante la resistencia civil, activa, la no violencia, con plantones, mítines, meterme a Los Pinos, ir a deshacer el TLC, ir a gritar a donde sea. En esto he señalado, como el grito cristero que utilicé el día de mi elección como candidato y que creo que sigue siendo válido: si avanzo, síganme; si me detengo, empújenme; si retrocedo, mátenme." Ante esto, el PRI presentó un documento supuestamente panista, *Domus 91* , que provocaría "la desestabilización del estado" después de los comicios. También dijeron que el PAN había creado "campos de entrenamiento de guerrilleros". "Es una ramonada", comentó Fox, y el PAN reviró con una acusación por difamación contra Aguirre.

Era la lucha electoral más disputada en la historia de Guanajuato. Los mítines de Fox eran encendidos. En León encabezó una marcha de 20 mil personas que recorrieron cinco kilómetros hasta el centro de la ciudad. Sus cierres fueron muy concurridos, y la gente salía a la calle a saludarlo. Muñoz Ledo también presentó una campaña muy intensa, en la que no se cansaba de denunciar el "contubernio PRI-PAN". Como Guanajuato era un estado tradicionalmente católico, repartía fotos en las que aparecía con el papa Juan Pablo II. Los campesinos más pobres lo seguían en las áreas rurales y aunque no iba mucha gente a sus mítines, también eran muy animados.

Por su parte, Ramón Aguirre tiraba dinero en su campaña, en la que invirtió, según Fox y Porfirio, no menos de 60 mil millones de pesos. El PRI adujo haber gastado "cinco mil" mdp. El acarreo priísta era en grande e incluía camisetas, bolsas, mandiles, gorras, llaveros, lonches y, claro, rigurosa lista de asistencia. León, Celaya y Salamanca se quedaban sin transporte público, pero los cierres de Aguirre no prendían, a pesar de que los priístas recurrían otra vez al cohecho, la intimidación, el chantaje y la utilización de las obras públicas como ardides de campaña. No quedaba espacio para más pintas con el nombre de Ramón, ni postes para colgar carteles. El bombardeo de mensajes radiofónicos, espots televisivos y páginas de los diarios con sus declaraciones y fotografías era incesante.

La "ingeniería electoral" del PRI abarcaba la reestructuración territorial del partido y la reunión-desayuno con sus electores y su acarreo a las casillas. Era la Operación Tamal. Utilizaban su "capacidad de gestoría", o sea el uso indiscriminado de recursos, obras públicas y actos de gobierno a favor del PRI.

Ofrecían servicios urbanos, despensas, pozos de agua, caminos, escuelas, clínicas. Ramón prometió la regularización de predios urbanos a colonos de las áreas suburbanas del estado, además de que Salinas entregó escrituras y anunció un histórico programa de regularización a un mes de las elecciones. Hank González, secretario de Agricultura, a su vez anunció en Pénjamo inversiones en el campo por un billón 273 mil millones de pesos siete días antes de los comicios.

Las encuestas finales, debidamente preprogramadas, anunciaban el triunfo del PRI con 42 por ciento, 27 para el PAN y tres para el PRD. El 18 de agosto las elecciones fueron muy tranquilas, con abundante afluencia de votantes en las casillas y finalmente vinieron los resultados, que dieron 53 por ciento de la votación a Ramón Aguirre Velázquez, más la senaduría, 15 diputaciones federales y locales al PRI. Al PAN le dieron 39 por ciento, tres diputaciones federales y tres locales, y al PRD, y siete por ciento. "Hicieron una marranada", declaró Vicente Fox Quesada y esa misma noche Porfirio Muñoz Ledo avaló su triunfo y le alzó la mano. El martes 20 Fox reunió a 20 mil simpatizantes en la plaza principal de León, grandes muchedumbres en Irapuato y Silao, y de nuevo en León, el jueves 22, juntó a 30 mil. Todos cantaban: "No queremos a Ramón", mientras Fox anunciaba acciones de resistencia. El PAN adujo que la Comisión Estatal Electoral había dado 350 mil votos falsos a Aguirre, que hubo 500 "casillas zapato" (en las que el PRI ganó 100 por ciento de los votos), impugnó 700 casillas y enlistó muchas

anomalías. Por su parte, Luis H. Álvarez, líder nacional del blanquiazul, avisó que recurriría a todas las instancias nacionales e internacionales; para el PAN, explicó, era vital su victoria en Guanajuato y de su reconocimiento dependería cómo se comportaría su partido ante el gobierno; sin embargo, las autoridades electorales, que tardaron más de una semana en dar los resultados finales, se montaron en su macho y declararon ganador a Ramoncito.

No obstante, el pobre Aguirre nunca pudo disfrutar la gubernatura en la que tanto había invertido, a causa de que la prensa extranjera, especialmente la de Estados Unidos, se hizo eco de las protestas de los panistas y criticó la elección fraudulenta de Guanajuato. Por otra parte, la alianza que Salinas había hecho con el PAN lo obligó a desconocer a Aguirre, a quien, además, no le perdonaba que se hubiera creído presidenciable, lo que lo había llevado a talonear con ganas la posibilidad de ganarse el dedazo de su cuate Mickey de la Madrid en 1988. El resultado de estos factores fue que desde el 20 de agosto Salinas le propuso al PAN llevar a cabo nuevas elecciones en Guanajuato con la condición de que Fox no repitiera como candidato. El PAN se negó. El rencoroso presidente detestaba a Fox porque éste, en las aguerridas sesiones para calificar las elecciones presidenciales de 1988, se puso dos boletas electorales como grandes orejas y así tomó la palabra en la tribuna. Fox ignoraba que el orejudo y chaparrito Salinas presenciaba las sesiones del colegio electoral por circuito cerrado y que enfureció cuando vio que lo ridiculizaban. “Y éste, ¿quién se cree que es?”, exclamó, y desde entonces detestó al ex ejecutivo de la Coca Cola.

Como las protestas panistas crecían en Guanajuato, las críticas de la prensa extranjera arreciaban. Todo parecía repetir la situación de Chihuahua en 1986. En los primeros días de septiembre el historiador Enrique Krauze publicó un artículo en el *Wall Street Journal* en el que pedía nuevas elecciones e inmediatamente después un editorial del diario neoyorkino hizo la misma sugerencia. Salinas era extraordinariamente sensible a la prensa estadunidense, a la que había cortejado con grandes cuidados, así es que Otto Granados, secretario de Comunicación Social de la Presidencia se reunió con los corresponsales extranjeros en México y les dio la noticia de que el presidente en persona había ordenado la caída de Aguirre. Salinas ya había conferenciado con Fernando Gutiérrez Barrios, el secretario de Gobernación, y con Luis Donaldo Colosio, del PRI, y les avisó que Aguirre tenía que sacrificarse. Cuando el pobre Ramoncito fue notificado hizo el berrinche de su vida; no quería obedecer pero lo obligaron a disciplinarse. No bien acababa de ser nombrado gobernador electo, el 11 de septiembre anunció “la decisión más difícil de su vida” y renunció a gobernar Guanajuato.

Los priístas se indignaron como nunca. “Primero nos lo impusieron como candidato y ahora lo obligan a renunciar”, decían. Pero su ira creció aún más al enterarse de que Salinas, 206 para cumplir sus tratos con el PAN, nombró gobernador interino a Carlos Medina Plascencia, hasta entonces presidente municipal panista de León, quien convocaría a nuevas elecciones “en el momento oportuno”. A este arreglo se le llamó “concertacesión” y fue la más famosa de todas. Era evidente que para Salinas no importaban las contiendas electorales ni las decisiones populares emanadas de ellas, pero eso era lo de menos porque en el extranjero lo aplaudieron como el audaz presidente capaz

de revertir los vicios electorales de los prinosaurios.

Lo de San Luis Potosí también fue un escándalo. Ahí había un gran entusiasmo porque el popularísimo doctor Salvador Nava, que tenía 77 años de edad y había sido dos veces alcalde de la capital potosina y candidato a la gubernatura en 1961, aceptó volver a ser candidato si toda la oposición independiente lo apoyaba. Los navistas lograron entonces el milagro de que el PRD, el PDM y el PAN, con reticencias, se unieran al Frente Cívico Potosino, la vieja organización política del oftalmólogo, y todos juntos formaron la Coalición Democrática Potosina (CDP), que postuló a Nava. Éste era un luchador tan respetado que cuando fue al hospital, a causa de cáncer en la próstata, el "solícito" presidente Salinas lo fue a visitar. El PRI, por su parte, nombró candidato a Fausto Zapata Loredo, que había sido el jefe de prensa y operador de muchas intrigas de Luis Echeverría. Zapata fue nombrado "candidato de unidad", ya que las bases priístas potosinas querían a Gonzalo Martínez Corbalá, el ex embajador en el Chile allendista.

Como en Guanajuato, la contienda electoral en San Luis Potosí fue la más reñida y áspera de la historia del estado. Y al igual que Aguirre, Zapata gastó una fortuna en publicidad, propaganda y en los consabidos acarreos. Su estrategia electoral consistió en acusar a los navistas de violentos. Éstos, a su vez, se concentraron en el pasado echeverrista del candidato del PRI. Trabajaron muy duro y lograron que la figura de Nava rebasara la capital y se expandiera por todo el estado, al punto de que el Consejo Estatal Electoral decidió que no apareciera el apellido Nava en las boletas electorales bajo el logotipo de la CDP. Las elecciones del 18 de agosto fueron muy concurridas, pero a las dos horas ya abundaban las denuncias de irregularidades. Esa misma noche, Zapata se declaró triunfador. Nava dijo que él iba adelante en la votación y decidió no avalar ninguna decisión de las autoridades electorales, porque de ellas emanaba gran parte del fraude, así es que anunció que recurriría a una intensa resistencia pacífica para impedir que Zapata tomara posesión y para no dejarlo gobernar en caso de que asumiera el cargo.

Las protestas empezaron el 25 de agosto con gran fuerza. El zócalo se llenó de navistas que repudiaban a Zapata. Después vino una manifestación silenciosa y se festejó que el alcalde panista de la capital potosina proclamó que sólo reconocería a Nava como gobernador. Un grupo de aguerridas mujeres armó un plantón permanente en el palacio de gobierno, organizó una colecta para comprar un boleto de ida para Zapata y cuando el gobernador Leopoldino Ortiz Santos quiso rendir su último informe cientos de cacerolas resonaron durante cuatro horas y las mujeres le tiraron todo tipo de objetos. Los mítines tenían lugar cada tercer día. Dada la "renuncia" de Ramón Aguirre en Guanajuato, Zapata no estaba seguro de su suerte, así es que se fue a Los Pinos, donde Salinas lo felicitó por su triunfo electoral. Sin embargo, para desazón de Zapata, poco después el secretario de Gobernación Gutiérrez Barrios llamó a Nava y lo llevó a Los Pinos. El presidente lo trató muy bien, pero no pudo grillarlo, así es que al salir de la entrevista Nava anunció que continuaría la resistencia civil y anunció que caminaría hasta la ciudad de México, en cuyo zócalo leería un mensaje a la nación, el cual empezó a conocerse como "el segundo Plan de San Luis".

El apoyo a Zapata pareció fortalecerse cuando Salinas asistió personalmente a la toma de posesión del nuevo gobernador, mientras que, esa noche, Nava reunió a una multitud y tomó protesta como gobernador moral y legítimo de los potosinos. “Nuestro objetivo será impedir que el usurpador pueda gobernar”, dijo, “es imposible gobernar a un pueblo contra su voluntad”. Al día siguiente, las mujeres navistas impidieron que Zapata pudiera entrar en el palacio de gobierno. En realidad, nunca pudo hacerlo, a pesar de que ofreció incorporar a los navistas a su gobierno. Mientras, Nava inició su caminata a la ciudad de México y cada día aumentaba el número de simpatizantes y reporteros que lo acompañaban. Parecía una empresa inútil porque Salinas anunció que “no tomaría decisiones bajo presión”. Sin embargo, a los 14 días de no entrar en su despacho en el palacio de gobierno, y mientras Nava avanzaba rumbo a la ciudad de México, Zapata fue convocado a Los Pinos y el 9 de octubre presentó su renuncia.

Los navistas estallaron en júbilo. “¡Lo tumbamos, lo tumbamos!”, gritaban en las calles mientras los automóviles hacían sonar sus bocinas. Los priístas, en cambio, se pusieron furiosos y el líder del congreso local, Teófilo Torres Corzo, aterrado, le lloriqueaba a Luis Donaldo Colosio: “Aquí está peor que en Guanajuato. Los diputados me quieren renunciar”. En efecto, parecía que los priístas no aceptarían la decisión del centro e incluso 150 de ellos tomaron el Congreso para que no se consumara la decisión; “¡soberanía, soberanía!”, gritaban. Sin embargo, el poder presidencial se ejerció y por diez votos a favor, tres en contra y siete abstenciones, los diputados locales aceptaron la renuncia de Fausto Zapata. Para entonces se supo que el gobernador interino sería Gonzalo Martínez Corbalá y como por arte de magia los priístas dejaron de protestar y procedieron a cargarse con el ex embajador en Chile. Ese mismo día, Nava regresó a San Luis y fue recibido como héroe por miles de simpatizantes. Pero el viejo doctor enfrió los ánimos cuando declaró que había que organizarse para ganar las elecciones extraordinarias. Por desgracia, ya no pudo volver a ser candidato, porque falleció al poco tiempo. Martínez Corbalá, por su parte, logró calmar la situación y se tomó su tiempo para convocar a las nuevas elecciones, pero cuando anunció que pretendía ser candidato, los potosinos se indignaron y no permitieron que, para fines prácticos, se reeligiera, lo cual fue una pésima noticia para Carlos Salinas de Gortari, quien para esas alturas se había convencido de que él sí podría hacer lo que ningún presidente desde Álvaro Obregón: reelegirse.

Ya con un poder inaudito, con el PAN aquiescente y un Congreso totalmente a su favor, Carlos Salinas de Gortari pudo llevar a cabo sus planes mayores. Además del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, con el que México “entraría en el primer mundo”, desde el tercer informe anunció lo que todos sabían: se modificarían las relaciones con las Iglesias y la situación en el campo “para acabar con las simulaciones”. Salinas había trabajado cuidadosamente sus relaciones con la Iglesia católica, que desde la visita del papa Juan Pablo II en 1979, había ido fortaleciendo su poder y durante las elecciones de Chihuahua en 1986 representó un factor político de gran importancia. Por tanto, Salinas trató de formalizar su alianza con la curia católica mediante las relaciones entre el Estado y las Iglesias, lo cual ya habían pedido el PAN, el PDM y el PSUM-PMS-PRD mucho antes.

Desde la campaña electoral, José María Córdoba Montoya, el cuasivicepresidente, estableció contactos con la alta jerarquía católica, especialmente con el nuncio Prigione, quien parecía proclive a colaborar con el régimen (después de todo, hombre, su apellido empezaba con PRI), a cambio, claro, de sustanciales concesiones. Durante la toma de posesión de Salinas causó sensación la presencia de los altos prelados católicos, lo que se leyó como el aviso de que el régimen borraría la afamada raya que lo distanciaba del clero, la cual venía de las épocas de Benito Juárez, pasando por las guerras cristeras; para entonces era un evidente anacronismo pero formaba parte de la mitología de los gobiernos de la revmex. No sorprendió entonces que, después, el secretario de Gobernación dijera: "La Iglesia existe y es una realidad que hasta los ciegos ven". En 1990 eran intensas las negociaciones secretas entre la curia y el gobierno para que Juan Pablo II volviera a México como preludio de las modificaciones al artículo constitucional 130 y del establecimiento de relaciones entre México y el Vaticano.

En febrero de 1990 Salinas nombró a Agustín Téllez Cruces, ex presidente de la Suprema Corte, como su representante personal ante el Vaticano, y el 6 de mayo Juan Pablo II volvió a México a bordo de un jumbo 767. El mandatario mexicano lo recibió acompañado de Prigione, el cardenal Ernesto Corripio Ahumada y la alta jerarquía eclesiástica. El papa declaró que había llegado "a postrarse ante la prodigiosa Virgen de Guadalupe", lo cual hizo al instante a bordo de su afamado y blindado papamóvil, y en medio de un aparatoso dispositivo de seguridad. Miles de fieles lo vieron pasar fugazmente y le gritaban: "¡Juan Pablo Segundo, te quiere todo el mundo!" En la basílica, el papa Karol Wojtyla representó el número más fuerte que había preparado para México: la beatificación del buen Juan Diego, de los tres Niños Mártires de Tlaxcala y del cura José María de Yermo y Parres.

Después, el papa se entrevistó e intercambió regalos con el devoto presidente mexicano y, con un guiño de complicidad, se montó en su helicóptero y aterrizó en el papódromo que se le construyó en Chalco, la capital del Pronasol, bien lejos de las zonas populares y jodidonas con su chusma, pero con un show que incluía a Lola Beltrán, Guadalupe Pineda y la Orquesta Sinfónica del Estado de México. Estuvo rete bonito, dijeron los Caballeros de Colón, las Mercedarias del Santísimo Sacramento, la Orden Adoratriz del ídem, las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres, y demás católicos, que sumaban casi un millón de buenas conciencias. Otro tanto de gente lo recibió en Veracruz. El papa viajó también a Jalisco, donde el gober Guillermo Cosío Vidaurri no le soltaba las manos mientras se declaraba catoliquísimo; "mal haría yo en negarlo", decía. El Papa pasó por Aguascalientes y en Durango visitó, muy rápido, a los presos mientras los también reverentes guardias del Estado Mayor Presidencial ordenaban: "Dejen entrar puro periodista selecto, ¡los demás a la chingada!" Visitó Chihuahua, y el gobernador Fernando Baeza se hincó y le besó la mano, pues para entonces todos los altos funcionarios mexicanos eran mothernos católicos. Después el Papa se fue a Monterrey, Tuxtla Gutiérrez, Villahermosa y Zacatecas, y ocho días después de su llegada, regresó a Roma. En 1993 volvió a México, pero sólo visitó Yucatán.

La segunda visita del Papa no fue tan espectacular como la de 1979 y en todas partes hubo menos gente. Los pobres siempre estuvieron lejos, bien vigilados por los dispositivos de seguridad, y cerca del pontífice estuvo la gente rica: empresarios, políticos con sus familias enteras, las grandes agrupaciones religiosas y los nenes de las escuelas privadas. La legitimación que le ofreció a Salinas de Gortari fue tremenda, pero también dejó ver que la Iglesia católica sacaría todo el provecho posible de la nueva situación, pues quedó claro que la segunda visita papal era para iniciar "una nueva etapa de evangelización".

Año y medio después, a fines de 1991, el PRI, a través de Mariano Palacios Alcocer, ex gobernador de Querétaro, manejado por José María Córdoba Montoya, presentó su iniciativa para crear una nueva situación jurídica de las Iglesias que cambiaría la Constitución en sus artículos 3, 5, 24, 27 y 130. Se legalizaron las escuelas de religiosas, aunque la educación siguió laica; se abolió la prohibición de establecer órdenes monásticas, se permitieron las manifestaciones de culto fuera de los templos, se admitieron las asociaciones religiosas que, sujetas al régimen fiscal, podían poseer o administrar bienes, y se dio personalidad jurídica a las Iglesias, con derecho a votar para los ministros de culto. Por supuesto, la iniciativa priísta fue aprobada por las dos cámaras por mayoría abrumadora, y los altos prelados, con Girolamo Prigione a la cabeza, se declararon "muy contentos".

El siguiente capítulo de la nueva relación Estado-Iglesias tuvo lugar en septiembre de 1992, cuando se establecieron relaciones diplomáticas con el Vaticano. El omnipresente José María Córdoba se encargó de las negociaciones, pero al final hubo un punto de fricción: la Santa Sede pedía que el nuncio Prigione fuese decano de los embajadores en México, en vez de quien realmente lo era, el cubano José Fernández de Cosío, pero el gobierno de México, en la carta que pedía el establecimiento de las relaciones, incluyó un párrafo en que señalaba que el nuncio sería un embajador más y que no podía ser decano. El cardenal Ángelo Sodano se indignó y mandó llamar a Prigione, y éste, de regreso en México, fue a quejarse con Salinas, quien dijo hombre, si ése es el problema pues suprimimos el párrafo. El Vaticano aceptó esa típica solución a la mexicana y acreditó como embajador a Enrique Olivares Santana, ex secretario de Gobernación y curiosamente un célebre masón de grado 33.

En noviembre de 1991, encarrerado, Salinas envió al Congreso su iniciativa para modificar el artículo 27 de la Constitución que, por cierto, satisfacía los requerimientos que en 1990 el Banco Mundial había hecho a México y también las condiciones que Estados Unidos establecía para firmar el Tratado de Libre Comercio. Con ella se daba por terminado el reparto agrario y se permitía que los ejidatarios pudieran asociarse y rentar o vender los ejidos a nacionales o extranjeros. Para fines prácticos era la privatización del ejido, algo que el PAN siempre había pedido, y si la normalización de las relaciones con las Iglesias fue aprobada casi unánimemente, los cambios al artículo 27 motivaron una fuerte oleada de protestas, en especial de los grupos agrarios, como la Coordinadora Nacional Plan de Ayala, la Unión Campesina Democrática, la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios, el Consejo Agrario Permanente, la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos, y

por supuesto el PRD, el PPS, los investigadores de cuestiones agrarias y los intelectuales de izquierda. Todos ellos anticipaban que la mayoría de los ejidatarios y comuneros, por su pobreza y el escaso apoyo que obtenían del gobierno, acabaría vendiendo o rentando las tierras y que éstas quedarían en manos de muy pocos propietarios, por lo que favorecía a los latifundistas, a las transnacionales y a los narcotraficantes, además de que propiciaría la migración de miles de campesinos a las grandes ciudades y a Estados Unidos.

En efecto, los recursos del Estado hacia el campo se habían reducido notablemente. José Luis Calva aseguraba que había cuatro millones de campesinos pobres, cuyo poder de compra había disminuido, pues los precios reales del maíz habían tenido una pérdida de aproximadamente 50 por ciento. "El resultado de este desaliento originado por el mismo gobierno es que más de un millón de productores han caído en la insolvencia, que cientos de miles hayan abandonado sus campos y que la cosecha de granos básicos por habitante sea hasta en 34.9 por ciento inferior a la de hace diez años", exponía el investigador; "actualmente, más de 25 por ciento de la infraestructura hidroagrícola se encuentra inhabilitada por falta de inversiones de mantenimiento. No estamos en un proceso de modernización de la agricultura sino de desmodernización. No es necesaria ninguna reforma para sacar adelante el campo y hacerlo que, incluso, genere excedentes exportables. Lo único que deben darse son los recursos que siempre ha negado el gobierno". Cuauhtémoc Cárdenas también protestó airadamente. En cambio, Mateo Zapata, el hijo del buen Miliano, apoyó las reformas. "Mi padre", dijo, "quería que se diera la propiedad de la tierra a los campesinos".

El presidente Salinas estuvo de acuerdo; dijo que admiraba tanto a Zapata que a uno de sus hijos le puso Emiliano, y que el gran luchador morelense estaría de acuerdo con la reforma. "Hoy, la posición reaccionaria está en pretender repetir y congelar las formas y las maneras del pasado para el campo", asestó don Carlos, con las cananas puestas. "El inmovilismo es conservadurismo", sentenció. Carlos Hank González, secretario de Agricultura, y Maximiliano Silerio Esparza, líder de la CNC, lo aplaudieron entusiasmados. Y Luis Téllez, considerado uno de los funcionarios más antiagraristas, consideró que con los cambios el campo se convertiría en "un buen negocio", aunque no aclaró para quién. La discusión se cerró con la amplia mayoría de 387 votos del PRI, el PAN y de una parte del PFCRN y del PARM que aprobaron las modificaciones al artículo 27 en diciembre de 1991 y acabaron de sepultar a la revmex; 50 diputados se pronunciaron en contra. "¡Payasos, payasos!", les gritaron los priístas.

Salinas cerró su tercer año de gobierno ("el del mesías", como se le llamaba) con un poder que, desde Luis Echeverría, ninguno de los presidentes mexicanos había tenido. El sistema priísta se desmoronaba, pero al presidente sólo le interesaba su para entonces claro proyecto transexenal. Ese año, ante un grupo de empresarios japoneses, el Ángel de la Dependencia, José Ángel Gurría, había anunciado que el grupo salinista contemplaba retener el poder cuando menos 24 años, o sea, hasta el 2018. Salinas y su *gang* estaban seguros de lograrlo. La ilegitimidad de origen se había evaporado, y mediante un hábil y costoso manejo de la publicidad y la propaganda, el presidente no sólo era muy popular en México sino en todo el mundo, pues Salinas llevó a cabo una carísima campaña para ganarse a los medios extranjeros. Los de

Estados Unidos aceptaron y difundieron con gusto la imagen de "un joven firme y dinámico que revoluciona su país". Nada más en Estados Unidos, el gobierno de Salinas gastaba más de 11 millones de dólares al año en relaciones públicas, y éstos se incrementaron en 1992 y 1993, cuando vino el cabildeo duro para la aprobación del TLC.

Por dinero no paraba la cosa; no había para el pueblo, pero abundaba para los gastos del presidente, quien, para asegurar la lealtad de los políticos, con frecuencia daba bonos extra, "de productividad y cumplimiento laboral" o "de desempeño", además de aguinaldos escandalosos, a todos los funcionarios de nivel superior, cuyos salarios de por sí eran elevadísimos. "Pasa a ver a Justo", les decía a los que acordaban, pues Justo Ceja, su secretario particular, era el que repartía los cheques. Fue célebre cuando se supo que a los diputados, oposición incluida, se les pichó un ostentoso reloj Rolex por cabeza (todos se lo embuchacaron, por supuesto), y después, Mario Ruiz Massieu, al ser enjuiciado en Estados Unidos, reveló las cantidades alucinantes con las que se mochaba don Carlos, quien, trimestral, semestral o anualmente, hacía gran uso de su "caja chica" y de la partida secreta que, por ley, podían manejar discrecionalmente los presidentes mexicanos desde tiempos de Venustiano Carranza, quien no por nada inspiró el verbo carrancear.

Al final de su sexenio Salinas de Gortari había gastado cerca de mil millones de dólares de su partida secreta, casi el triple de lo que utilizó Miguel de la Madrid. Su promedio anual de gastos secretos era de 143 mil millones de dólares, lo cual significa que cada día Salinas podía gastar 390 mil dólares, sin contar con sus honorarios, que eran de 60 mil dólares anuales. Esto era lo que reconocía oficialmente la Contaduría Mayor de Hacienda, pero vaya uno a saber las cantidades reales que manejaba el pelón sin que nadie las fiscalizara. Por si fuera poco, además de esto, la presidencia disponía de un presupuesto anual de "erogaciones especiales", aun más secretas que las de la partida secreta, la cual, reveló Pablo Gómez, "podría ser usada para entregar dinero a cuenta de favores o premios de desempeño por actividades políticas, y para la creación de un fondo personal o familiar del presidente".

Mientras Salinas gozaba su poder y se la pasaba suave con la actriz de telenovelas Adela Noriega, los salinistas se presentaban como "la generación del cambio", los jóvenes que luchaban contra la corrupción de los viejos políticos. Desde un principio se manejó la idea de que en el poder mexicano existían los tecnos y los dinos, es decir, los tecnócratas salinistas y los dinosaurios o prinosaurios, pero en realidad no había grandes diferencias entre unos y otros, pues los tecnos utilizaban todos los viejos recursos del corrupto autoritarismo priísta, sólo que ellos estaban en el poder y pertenecían a una casta que podía vender la imagen de que eran los emisarios de la modernidad que llevaría a México al primer mundo, abatiendo todos los viejos e inservibles mitos nacionales y las simulaciones. Por eso, y también a causa del pasado ultraizquierdista de los hermanos Salinas y de varios de sus colaboradores, los tecnos decían ser los verdaderos revolucionarios, mientras que las izquierdas que protestaban por el autoritarismo y la venta del país eran los reaccionarios. Con facilidad utilizaban la retórica izquierdista, e incluso se apropiaban tranquilamente de los lemas de las luchas populares (¡Duro, duro, duro!). Sumisos con los más poderosos (Estados Unidos, por

ejemplo), eran agresivos y prepotentes con los más débiles, como ricos y braveros niños consentidos, y pusieron de moda la intolerancia pendenciera entre sus seguidores, especialmente entre la prensa salinista. Los políticos del grupo compacto se caracterizaban porque hacían *jogging* , usaban zapatos Timberland, relojes Casio y gustaban del tenis. Sin llegar a los extremos de López Portillo, Salinas mismo presumía de su condición física y en sus *headquarters* de Agualeguas participaba en los "maratones familiares". Agualeguas, por cierto, se puso de moda; se le inyectó dinero de Pronasol y se construyó un aeropuerto para que los Salinas tuvieran acceso rápido al pequeño pueblo de Nuevo León donde se había instalado la familia.

En 1991, Salinas de Gortari presumía de que había compuesto la economía del país. Después de la renegociación de la deuda, que si no fue un gran alivio sí rindió importantes dividendos publicitarios, obtuvo 23 mil millones de dólares con la privatización de las empresas paraestatales. Aseguraba que el desempleo se había abatido ("es un mito genial", dijo después el secretario de Hacienda Pedro Aspe, lo cual hizo que estallaran las carcajadas en todo México). Además, como buen neoliberal, con los pactos económicos concentró sus esfuerzos en bajar la inflación, que en 1987 había sido de 160 por ciento; en 1989 fue de 19.7, subió a 29.8 en 1990 y al final del año siguiente cerró en 18.8. El ideal salinista era que la inflación fuese de un dígito, "como en los países del primer mundo", lo cual logró a fines de 1993. Wall Street lo amaba y los hombres de las finanzas internacionales se ufanaban de que por fin había un líder mexicano "con el que se podía hablar", ya que la inversión externa subió 98 por ciento, especialmente a través de las maquiladoras. La Bolsa Mexicana de Valores (BMV) se volvió clave para la economía nacional. A los inversionistas no les interesaba la producción sino la alta especulación, que estaba exenta de impuestos para que fluyeran divisas como en los países del sudeste asiático. Las tasas de interés mexicanas eran más altas que las estadunidenses, por lo que en 1991 ingresaron 16 mil millones de dólares y durante 1992 y 1995 aumentaría aún más la inversión foránea. También se le quitaron tres ceros a la moneda y aparecieron así los "nuevos pesos", lo que nos quitó la ilusión de que todos éramos millonarios, pues por arte de magia un melón volvió a ser tan sólo una milanesa.

Las cifras macroeconómicas le cuadraban al gobierno mexicano y el producto interno bruto fue de 3.3 en 1989, 4.4 en 1990 y 3.6 un año después. Sin embargo, como en las épocas del desarrollo estabilizador, este crecimiento no se traducía en bienestar para el pueblo, que veía cómo, a través de los supuestos pactos económicos, los salarios eran sujetos con un control férreo y jamás alcanzaban a los precios, los cuales subían sin parar. Todos se alegraron en 1991 cuando el IVA bajó de 15 a 10 por ciento, pero el gusto se nubló ya que, el mismo mes, tuvieron que pagar 55 por ciento más por la gasolina. También subieron los precios de luz, gas, teléfonos, transportes, agua y servicios públicos, lo cual, como siempre, trajo consigo la reetiquetación de prácticamente todos los productos. Por si fuera poco, Lolita (es decir, Dolores, como los muy chistositos de la SHCP llamaban a los impuestos) se puso más brava que nunca, hacía campañas aterrorizantes en los medios y el subsecretario de Hacienda, Francisco Gil Díaz se volvió el Gran Villano. Se inventaron los recibos y facturas impresos en talleres autorizados por la SHCP y las cajas registradoras fiscales, que anotaban todas las operaciones de los comerciantes y costaban 1 950 pesos anuales por

derecho de uso. El contribuyente siempre era visto con extrema desconfianza y se prefería la intimidación. Era el famoso terrorismo fiscal. Se aprobó mandar a la cárcel al que gastara más de lo declarado, se limitaron los viáticos, los gastos de viaje y la renta de coches, se incrementó el proceso de selección para fiscalizar "personas físicas", el DDF y los gobiernos estatales entrecruzaron información para "comprobar el correcto cumplimiento de las obligaciones fiscales" y se estableció un permanente proceso de detección de fuentes de ingreso. En la fachada económica todo se veía bien, pero, como en las épocas de Miguel de la Madrid, el dinero nunca llegaba a las grandes mayorías del país. Pero eso, por supuesto, no le inquietaba a Salinas, quien al terminar su primer trienio de gobierno acariciaba la idea de la reelección. En 1991, un grupo de agricultores de La Laguna (*of all places*) salió con que don Charlie era tan buen presidente que debería seguir gobernando cuando menos otros seis años y Fidel Velázquez socarronamente dijo hombre, eso estaría muy bien. José María Córdoba Montoya hizo distribuir un dossier con información sobre la reforma que hizo Plutarco Elías Calles para la reelección de Álvaro Obregón y se trató de persuadir a los grupos de poder, pero éstos se negaron a que el presidente violase el sacrosanto dogma de la no-reelección. Ni siquiera el ex presidente De la Madrid dio el visto bueno. Salinitas no decía nada, hasta que, como en tiempos de Echeverría, el secretario de Gobernación, Fernando Gutiérrez Barrios, declaró que el presidente en lo más mínimo pretendía reelegirse. Como esa puerta se le cerró, Salinas tuvo que prepararse para el ritual del dedazo, el cual le permitiría imponer a un sucesor que garantizara la continuación de El Modelo y que, por supuesto, lo protegiera y lo cubriera. Sólo esperaba que el Tratado de Libre Comercio tuviese buen fin.

En 1991 las cámaras estadunidenses se enfrascaron en intensas batallas legislativas en las que México era puesto como lazo de cochino, y finalmente votaron porque el tratado tuviera vía rápida a condición de que se incluyesen los derechos de los trabajadores y del medio ambiente. "Ahora que fervientemente debatimos el *fast track* ", dijo, por cierto, el diputado Marcy Kaptur, "¿se dan cuenta de que en el congreso mexicano no ha habido debate alguno?" Era claro para entonces que los tiempos del tratado habían quedado atrapados en las elecciones de Estados Unidos y resultaba inevitable que se convirtiera en tema electoral, lo cual perturbaba a Bush porque su popularidad había decrecido sensiblemente. Lo ideal para los tres gobiernos era que el TLC quedara concluido antes de los comicios de Estados Unidos. Si no había sido ratificado para entonces, la nueva constitución de las cámaras podría causar muchos problemas. Por tanto, a partir de ese momento las negociaciones entre Carla Hills, Serra Puche y Michael Wilson cobraron rapidez y se pensó que el TLC podría firmarse en la primavera de 1992. Salinas se veía confiado. "Al que más le interesa el tratado es a Estados Unidos", decía, tan campante, pero algunos periódicos estadunidenses aseguraban que la no aprobación del TLC sería la ruina del presidentito mexicano.

México, muchas veces adelantándose a las peticiones estadunidenses, había iniciado la modificación de las leyes de protección industrial, de patentes y marcas, y de inversiones extranjeras; abrió áreas vedadas como la banca, las casas de bolsa, los seguros y las carreteras; convirtió más de 50 productos petroquímicos básicos en secundarios y permitió que una empresa de Estados

Unidos perforara pozos petroleros en la Sonda de Campeche. Carla Hills también había obligado a los mexicanos a ceder en la creación de la Subcomisión Negociadora de Energéticos, se opuso a que fuéramos considerados "país en desarrollo" y no tomaba en cuenta las mentadas "asimetrías", además de que se negó a que Estados Unidos se abriera a los cítricos y los aguacates mexicanos. "Exporten guacamole", dijo. La Hills quería más, así es que pasó 1991 y no hubo borrador del TLC "con corchetes", es decir, un resumen de las posiciones de los tres países que sería la base de negociación. Los corchetes, que contenían los desacuerdos, eran cientos (los más importantes, energía y agricultura) y se volvieron el gran obstáculo del TLC. Las presiones principales se centraron en la cuestión del petróleo y la electricidad, que Estados Unidos quería abrir lo más posible. México presentó entonces sus cinco "no": no a inversión en áreas básicas, a contratos de riesgo, a cláusulas de seguridad, a la importación de gas y a las gasolineras estadunidenses.

Por si fuera poco, ante la cercanía de las elecciones de noviembre de 1992, William Clinton, candidato presidencial del Partido Demócrata, como venganza porque Salinas siempre apostó por Bush y por presiones de su partido, la agarró contra el TLC ya que se habían omitido los controles ambientales, las políticas de protección de los trabajadores mexicanos y los incentivos para que la industria estadunidense no se fuera a México por los bajísimos salarios. Salinas estaba seguro de que George Bush se reelegiría, incluso lo acompañó a una jornada electoral en Estados Unidos, pero las encuestas cada vez más favorecían a Clinton, así es que José Córdoba Montoya mejor se lanzó a establecer contactos tardíos con los demócratas. Ante la premura del tiempo, Salinas hizo más concesiones y aprobó que las compras de Pemex y de la Comisión Federal de Electricidad se abrieran a 100 por ciento y que no se produjeran en México más automóviles de Europa y Japón. Sólo así, después de varios días de encierro en el hotel Watergate, en agosto de 1992 terminaron las negociaciones. A fin de año los tres presidentes firmaron el tratado y sólo quedaba pendiente la ratificación por parte de los congresos. Sin embargo, Bush perdió las elecciones estadunidenses, lo cual puso a temblar a Salinas, y William Clinton, el nuevo presidente, famoso porque se opuso a la guerra de Vietnam, porque reconoció haber fumado mariguana "sin darle el toque", porque tocaba saxofón y por sus líos de faldas, como era de esperarse anunció que pensaba revisar el TLC. El orgulloso gobierno mexicano dijo entonces que el tratado estaba concluido y que no aceptaría renegociarlo. No pretendía hacerlo, repuso Estados Unidos, pero sí le añadiría unos acuerdillos paralelos que salvasen las omisiones en cuanto a "medio ambiente y derechos laborales". Ta bien, pues, dijo Salinas, y para su fortuna el TLC se le fue volviendo cada vez más importante a Clinton, quien al final terminó apoyándolo con toda su fuerza.

A lo largo del sexenio la inseguridad siguió creciendo a extremos alarmantes en todo el país, pero especialmente en la ciudad de México. A causa de la rigidez de las políticas económicas de austeridad, que no disminuyó a pesar de que en 1992 el gobierno alardeaba de haber remontado la crisis y de haber entrado en el crecimiento, mucha gente que no tenía trabajo se pasó a la delincuencia. Los asaltos menudeaban en todas partes: en las calles, en los cajeros automáticos de los bancos, en los automóviles detenidos por los semáforos, en el metro, en las combis, en los autobuses, en los taxis,

especialmente los ecológicos, en las casas y en los pequeños negocios.

A fin de sexenio, todo chilango que no había sido atracado esperaba empavorecido que le tocara, porque en los asaltos, además, predominaba la violencia. Los ricos compraban sofisticados sistemas de seguridad y contrataban guaruras, sobre todo cuando se inició una racha de secuestros que llegó a ser un problema gravísimo en muchas partes, especialmente en los estados de Guerrero y de Morelos. En este último, una vez que tomó el poder Jorge Carrillo Olea, todo indicaba, y se corroboró en 1998, que la misma policía judicial estatal era la encargada de secuestrar no sólo a millonarios sino a cualquier persona que aún tuviera un poco de dinero. Muchos potentados tuvieron que pagar millones de dólares por sus rescates, entre ellos Fernando Senderos, de Resistol; Joaquín Vargas Guajardo, de Multivisión; Jorge Espinosa Mireles, de Printaform; Juan Bosco Gutiérrez Cortina, de Gutsa; y el financiero Juan Robinson Bours. En marzo de 1993, los ricachones se pusieron a temblar cuando se descubrió una lista, bien documentada, de 100 secuestrables y, en 1994, el dramático plagio del supermillonario Alfredo Harp Helú, de Accival-Banamex, contribuyó a la inestabilidad anímica de todo el país, la cual se había iniciado con el levantamiento de Chiapas en enero y con el asesinato de Luis Donaldo Colosio en marzo.

A principios de sexenio fue un escándalo que la escolta de Javier Coello Trejo, subprocurador antinarcóticos de la PGR, de febrero a agosto de 1989 se dedicó a circular por el sur de la ciudad en una suburban sin placas para localizar a bellas jovencitas de clase media que circulaban con sus novios. Los guaruras detenían a la pareja, golpeaban y metían al hombre en la cajuela de su propio auto y después violaban a las muchachas en áreas abiertas, las Fuentes Brotantes, el Convento de Santa Úrsula y el Club de Golf de Tlalpan. Eran grupos de ocho, que se tomaban hasta cinco horas para turnarse y violar a las jóvenes repetidas veces. Después desvalijaban el automóvil, retiraban dinero con las tarjetas de crédito y abandonaban a las víctimas en medio de amenazas. Doce de ellas presentaron demandas e identificaron a los agentes de la PGR que las habían violado, pero Coello Trejo aseguró que sus guaruras eran “buenos elementos” y los protegió hasta donde pudo. Sin embargo, la Subprocuraduría de Investigación y Lucha Contra el Narcotráfico desapareció, y el voluminoso policía fue nombrado procurador del consumidor, supuestamente para intimidar a los comerciantes abusivos con un Fiscal de Hierro. Sin embargo, al poco tiempo, la pésima reputación lo hizo caer para no levantarse.

En 1989 fue capturado Miguel Ángel Félix Gallardo, gran capo de Sinaloa, quien se había iniciado desde los años sesenta en el tráfico de drogas bajo la protección del entonces gobernador Leopoldo Sánchez Celis. Gallardo se asoció con Ernesto Fonseca, Don Neto, y a los dos les fue muy bien durante el gobierno de Antonio Toledo Corro. A raíz de la Operación Cóndor se mudaron a Guadalajara y desde el asesinato de Camarena la Drug Enforcement Agency (DEA) estadunidense exigió su captura, pero el Hombre Más Buscado del Mundo circulaba en Culiacán a la vista de todos en calidad de gran empresario, accionista y asesor del Banco Mexicano Somex. En 1981 había sido arrestado, pero en dos días fue puesto en libertad. Sin embargo, por más dinero que repartió en 1989 no pudo evitar que un espectacular operativo lo

capturase en el centro de Culiacán.

En 1991, un avión de la DEA informó que una avioneta cargada de droga había entrado en territorio mexicano, así es que de Mérida despegó un avión King Air de la Procuraduría General de la República para interceptarla y la alcanzó cuando aterrizaba en una pista clandestina de Llano de la Víbora, municipio de Tlalixcoyan, Veracruz. Desde el aire, los agentes de la PGR vieron que ahí se encontraba un destacamento del ejército con barriles de turbosina para reabastecer el combustible de la avioneta. Cuando el avión de la PGR aterrizó, fue recibido a balazos por la tropa. Los agentes respondieron el fuego y en el tiroteo murieron siete judiciales y un soldado fue herido, mientras los narcos se escaparon sin mayor problema. La PGR y la Secretaría de Defensa dijeron que se había tratado de "una confusión", pero no explicaron qué hacía la tropa en una pista clandestina con barriles de combustible, por qué recibieron a tiros a la PGR, por qué lograron escapar los narcos perseguidos y qué pasó con la droga que fue desembarcada. Apenas dos semanas antes el ejército también había recibido a una avioneta de narcos que aterrizó en Carlos Carrillo, Veracruz, y a cartucho cortado impidió que la PGR investigara.

En la costa del Pacífico surgió la guerra entre los narcos. Tras la captura de Miguel Félix Gallardo, Héctor el Güero Palma, que tenía fama de sanguinario, se unió con Joaquín el Chapo Guzmán y los dos se dedicaron a asesinar espectacularmente, a la vista de todos, a sus enemigos y a quienes les estorbaban. Se deshicieron de su mayor amenaza. Manuel Salcido Unzueta, el Cochiloco, a quien bañaron con más de 100 balas de metralleta en Guadalajara. Sin embargo, su gran rivalidad era con los hermanos Arellano, quienes, como sobrinos de Félix Gallardo, decían tener interés en la zona. La guerra entre ellos escaló al punto en que los Arellano ordenaron los terribles asesinatos de la esposa y los hijos del Güero Palma, por lo que éste envió a la discoteca Christine de Puerto Vallarta un camión Thorton de redilas, del cual descendieron 50 hombres de negro, con chalecos antibalas, granadas, cartucheras y rifles R15 y AK-47, los famosos cuernos de chivo. La gente del Güero rodeó la discoteca y un grupo entró en el local, mostró credenciales de la Policía Judicial Federal 227 y durante ocho minutos descargó más de mil balas sobre los asistentes. Querían acabar con Ramón y Javier Arellano, que ya llevaban tres noches reventándose en la discoteca; los hermanos alcanzaron a esconderse en el baño y salieron por el ducto de aire acondicionado cuando terminó la balacera, que dejó seis muertos y tres heridos graves.

Francisco, el hermano mayor de los Arellano, se disfrazaba de "buen empresario que arriesga con fe y sin miedo" y era dueño de la discoteca Frankie O de Mazatlán, "la más grande del mundo", a la cual, aunque era conocida como *Narkie O* , iba a reventarse con frecuencia el campeón Julio César Chávez, a quien Francisco llamaba "su casi hermano". En 1993 la PGR lo capturó en Tijuana, lo cual fue considerado como "un triunfo de México" por el procurador en turno. Sin embargo, Benjamín, Ramón y Javier siguieron traficando cocaína, heroína y mariguana. Se decía que en realidad todos ellos trabajaban para un jefe secreto y poderosísimo que controlaba banqueros y negocios legítimos para lavar dinero; quizás eso explique por qué nunca se hizo un gran esfuerzo por capturarlos. En cambio, con el tiempo tanto el

Güero Palma como el Chapo Guzmán perdieron el escudo protector y fueron a dar a la cárcel.

El cártel de Ciudad Juárez era encabezado por Amado Carrillo, quien, como monarca oriental, era llamado el Señor de los Cielos, porque su poder era inmenso; también se hallaba ligado al cártel de Cali y controlaba la introducción de cocaína en la parte central de Estados Unidos. Carrillo ascendió al poder a la muerte de Rafael Aguilar Guajardo y dominaba Chihuahua, Coahuila y Sonora y los importantes cruces fronterizos de Ciudad Juárez y Ojinaga. En 1989 fue arrestado, pero el juez lo dejó ir sin mayor problema porque entonces no era tan famoso. Después la PGR armó una intensa cacería en su contra, pero siempre pudo huir, así como escapó a un atentado en el restorán Bali Hai de la ciudad de México, en el que murieron cinco personas. Finalmente, en el sexenio de Zedillo, fue asesinado por los cirujanos plásticos que le estaban construyendo una apariencia totalmente distinta en una clínica cuyo abogado era el jefe Diego Fernández de Cevallos.

Por su parte, además de comer con Raúl Salinas, Juan García Ábrego, el temible amo del cártel del Golfo, heredó y superó a su tío, Juan Nepomuceno Guerra, el Padrino de Matamoros, que había caciqueado la región; Juan empezó contrabandeando mariguana al sur de Estados Unidos y después se conectó con los narcos colombianos de Cali para traficar también cocaína y llegó a introducir hasta 350 mil toneladas al año en Estados Unidos. Para su desgracia, obtuvo demasiada notoriedad; el gobierno gringo lo puso en la lista de los diez hombres más buscados y el de México ofreció una recompensa de tres millones de nuevos pesos al que diera información que facilitara su captura. García Ábrego empezó a negociar su rendición; no se entendió con el gobierno de Zedillo y finalmente se puso de acuerdo con el de Estados Unidos, el cual lo arrestó y lo metió a la cárcel en 1996.

El narcotráfico se robusteció a lo largo del sexenio y pronto se empezó a hablar de narcopoder, narcopolítica o de la colombianización del país. El dinero del narco estaba en todas partes y corrompía a una larga cadena de funcionarios. El negocio de la cocaína era alucinante. El productor vendía el kilo en Colombia a dos mil dólares al mayoreo y 2 800 al menudeo; el transportador la llevaba de Colombia a Estados Unidos vía México y subía el precio a 10 o 20 mil dólares; el distribuidor final, a su vez, vendía el kilogramo al público a 15, 20, 40 o hasta 60 mil dólares. Además de Miguel de la Madrid, Manuel Bartlett, Enrique Álvarez del Castillo y Juan Arévalo Gardoqui, la DEA y los medios de Estados Unidos señalaron a Emilio Gamboa, Manlio Fabio Beltrones, Jorge Carrillo Olea, Francisco Labastida, José María Córdoba y a Raúl y Carlos Salinas de Gortari entre los altos funcionarios ligados al narcotráfico.

Otro tema crucial fue el de los derechos humanos. Las primeras organizaciones no gubernamentales (ONG) del país, así como Amnistía Internacional, hicieron repetidas denuncias de violaciones a estos derechos fundamentales, pero el gobierno las rechazaba y aducía que en México no ocurría nada. Por ejemplo, en 1989 las autoridades presentaron un extenso documento a la ONU en el que se presumía que el país fue “limpio” en derechos humanos durante el sexenio de Miguel de la Madrid. Sin embargo, Amnistía Internacional (AI) y la Academia Mexicana de Derechos Humanos

(AMDH), a través de Mariclaire Acosta, les tuvieron que recordar que, en el sexenio delamadridista, Manuel Buendía fue asesinado por funcionarios públicos al servicio del Estado y que éste fue el caso más notorio de los 33 periodistas muertos durante ese periodo. Amnistía Internacional hizo denuncias pormenorizadas de centenares de violaciones de los derechos humanos de detenidos, presos y ciudadanos en general a lo largo del país, pero el gobierno las descalificó por "no demostradas e inaceptables" y "aseveraciones partidarias o unilaterales".

En mayo de 1990, el país se sacudió con el asesinato de Norma Corona Septién, presidenta del Comité de Derechos Humanos de Sinaloa, quien fue abatida por sicarios en pleno centro de Culiacán a causa de las denuncias que había hecho de ejecuciones, desapariciones y torturas a cargo de las policías federal y estatal ligadas al narcotráfico. Apenas una semana antes de su asesinato, Norma Corona había logrado que el Congreso local aprobara una iniciativa de ley para castigar la tortura y para limitar las funciones de la policía judicial estatal. En 1991 se consignó como autor intelectual del crimen a Mario Alberto González, ex comandante de la PJF en Sinaloa, que para entonces tenía sede en Acapulco.

Un mes después del asesinato de Norma Corona, el presidente Salinas de Gortari creó la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) para llevar a cabo acciones de prevención, atención y coordinación que salvaguardaran los derechos humanos. La CNDH fue presidida por el ex rector de la UNAM Jorge Carpizo, quien fue así el primer ombudsman mexicano; para lograr alguna credibilidad, Carpizo aclaró que no militaba en ningún partido político. Explicó también que la CNDH recibiría denuncias, abriría expedientes, analizaría pruebas y emitiría recomendaciones públicas a cualquier autoridad acusada de violar los derechos humanos.

La creación de un ombudsman y de la CNDH fue recibida favorablemente, pero se lamentó muchísimo que la Comisión no fuera autónoma, pues dependía directamente del ejecutivo; por más que Carpizo hablara de apartidismo y de imparcialidad, su conexión tan directa con un presidente como Salinas era preocupante; el autoritarismo de don Carlos necesitaba operar en la impunidad y había creado la Comisión para lavar su imagen en el extranjero, ya que el tema estaría en la agenda de las negociaciones del TLC con Estados Unidos y Canadá.

Además, resultó que la CNDH no podía intervenir en problemas políticos, laborales y jurisdiccionales, a pesar de que las elecciones eran fuente de severas violaciones a los derechos humanos, y de que el derecho de asociación seguía mermado por el corporativismo, que inscribía automáticamente a muchos trabajadores en el partido oficial; asimismo, todo lo que era competencia del poder judicial quedaba vedado para la CNDH, cuando en México este poder era otro de los principales generadores de violaciones a los derechos humanos. Finalmente, aunque el nuevo organismo sirvió para que al menos quedara constancia de muchas arbitrariedades y de que algunas veces su actuación resultara decisiva en importantes problemas nacionales, pronto se vio que muchos gobernadores y funcionarios en general eran renuentes a acatar las recomendaciones o, de plano, no les hacían el menor caso. Por tanto, las organizaciones no gubernamentales de defensa de

los derechos humanos, que brotaron por todas partes del país, y las internacionales también, siguieron considerando que la tortura era una práctica institucionalizada en México, parte de las leyes no escritas del sistema y ejecutada desde los niveles más bajos de las policías hasta los mandos medios y superiores. A fin de sexenio los defensores de los derechos humanos se habían multiplicado en el país y configuraron una Red Nacional de Organismos Civiles de Derechos Humanos (que jugó un gran papel después del levantamiento zapatista de Chiapas en 1994), entre cuyos miembros se hallaban el Centro Fray Bartolomé de Las Casas, el Centro Binacional de Derechos Humanos, Conpaz, Enlace y la Comisión Mexicana de Promoción y Defensa de los Derechos Humanos.

Estas organizaciones se volvieron parte medular de la sociedad civil, al igual que las ecologistas, ya que el medio ambiente continuaba deteriorándose, especialmente en grandes ciudades, como la de México, Monterrey, Guadalajara, Juárez, Tijuana, Acapulco, Puebla y León. A las ya existentes, se sumaron Espacio Verde, Grupo de Estudios Ambientales y la delegación mexicana de Greenpeace. En Acapulco, los grupos ecologistas lograron salvar el gran parque del Papagayo que había sido destinado a un *mall* comercial. Y en la capital, desde el inicio del sexenio el regente Manuel Camacho Solís anunció un programa que se proponía reducir más de un millón de contaminantes, lo cual fue seguido al año siguiente por el programa Hoy No Circula, que sacó de la circulación diaria a 500 mil vehículos, además de que contempló el retiro de autos contaminantes, la conversión de gasolina al gas en carros de carga y transporte, el reparto nocturno de mercancías, reforestación y ampliación del metro. Sin embargo, la ciudad de México no dejó de crecer y pronto casi todo quedó en buenas intenciones. Los chilangos compraron más de 600 mil autos en sólo dos años y los índices de contaminación no bajaron, continuaron los días de contingencia ambiental y se tuvo que crear el Doble Hoy No Circula, que sacaba de la circulación a los autos durante dos días a la semana.

En 1991 Carlos Salinas hizo mucha alharaca cuando finalmente cerró la refinería de Pemex en Azcapotzalco, pero de cualquier manera aumentó la cantidad de ozono en el aire y todos los días se rebasaba el nivel tolerable. También se sustituyó el combustóleo por gas LP en 80 por ciento de las termoeléctricas, pero el 16 de marzo de 1992 brotó el pánico cuando se midieron 398 imecas en la ciudad de México. Eran aterrorizantes esos niveles de contaminación y varios capitalinos circulaban con tapabocas. Camacho le echó la culpa a los ciudadanos. “Yo ya hice lo mío”, dijo. Los planes de contingencia ambiental marcaban la fase II a partir de los 300 imecas, que pararía a 50 por ciento de la industria; la III, a los 400, y a los 500 imecas vendría la alarma total y un plan de emergencia suspendería o restringiría las actividades laborales, educativas y comerciales. En tanto, nuevas organizaciones ecologistas, como los Guerreros Verdes, surgían en todo el país.

Los controles del medio ambiente eran muy endebles en México, y esto se vio claramente en 1992 en la ciudad de Guadalajara. Primero, los técnicos de Petróleos Mexicanos detectaron una fuga de gasolina en el poliducto sur, proveniente de Salamanca, pero no la arreglaron. Por tanto, pocos días después, en el sector Reforma y en varias colonias del oriente y del sureste de

Guadalajara en las alcantarillas fluía una mezcla de agua y gasolina y emanaban olores "como de gas", decía la gente, alarmada, que pidió la inmediata solución del problema. Las autoridades ordenaron mediciones de explosividad y consideraron que no había peligro. Al día siguiente, miércoles 22 de abril a las 10 de la mañana, ocurrió la primera de las diez pavorosas explosiones que destruyeron más de 13 kilómetros de calles, devastaron más de 20 manzanas y causaron más de 200 muertes, 1 800 heridos y la desaparición de muchas personas.

El horror de las explosiones y la negligencia oficial causaron una oleada de indignación en Guadalajara y en todo el país, pero primero el gobierno trató de escurrir el bulto. A las dos horas de la catástrofe, Pemex ya había culpado a una fábrica de aceite. Por su parte, el presidente viajó esa misma noche a Guadalajara y, cuando le preguntaron por las causas del accidente, le echó la pelota a Guillermo Cosío Vidaurri. "Esa información se las dará el gobernador", dijo. Éste, a su vez, responsabilizó al alcalde, "a él le corresponde atender este tipo de acciones de su municipio", así es que a Enrique Dau no le quedó más remedio que "pedir licencia" y dejar la presidencia municipal. La Procuraduría de la República se encargó de investigar la causa del accidente y antes que nada exoneró a Francisco Rojas, director de Pemex, a Patricio Chirinos, quien hasta tres semanas antes había sido secretario de Desarrollo Urbano y Ecología, y al gobernador. En cambio, consignó al ex alcalde Dau, a tres jefes de la planta almacenadora y a tres funcionarios del municipio. Como el clamor popular continuaba en todo el país, el gobernador Cosío Vidaurri también fue sacrificado. Sin embargo, las explosiones ya habían sacudido las conciencias en Jalisco, donde, como en la ciudad de México después del terremoto, la catástrofe fue el detonador de una aguda insatisfacción hacia los gobiernos priístas. A principios de ese año había habido elecciones en el estado, en las que el PRI se sirvió con el cucharón y se llevó 106 de los 124 municipios en pugna. Acción Nacional se inconformó y organizó una marcha a la ciudad de México, por lo que rápidamente les dieron dos alcaldías más. Sin embargo, después de las explosiones el PAN conquistó la presidencia municipal de Guadalajara y la gubernatura del estado.

El PAN vivía su gran idilio con Salinas. A mediados de 1992 tuvieron lugar las elecciones de Chihuahua pero, a diferencia de seis años antes, esa vez el gobierno sin dilación reconoció el triunfo de Francisco Barrio, el candidato panista a gobernador, y la mayoría del PAN en el Congreso estatal. José de Jesús Macías fue el candidato que el PRI puso para perder.

En cambio, continuaba rabiosa la guerra contra el PRD. En enero de 1992 los perredistas del sur de Veracruz y de Tabasco, inconformes con los resultados electorales de fines del año anterior, marcharon hasta el zócalo capitalino encabezados por Andrés Manuel López Obrador y lograron que Salinas ordenara la renuncia al gobernador tabasqueño Salvador Neme Castillo. Después, simultáneas con las de Chihuahua, vinieron las elecciones de Michoacán. En el PRD Cristóbal Arias sostuvo una pugna vergonzosa con Roberto Robles Garnica por la candidatura. Cuauhtémoc Cárdenas apoyó a Arias, y Robles Garnica, que había sido presidente del PRD, furioso, se regresó al presupuesto oficial. El PRI, por su parte, lanzó a Eduardo Villaseñor, un porcicultor recién metido a la política; a los priístas

michoacanos no les gustó esta imposición, pero se disciplinaron, a regañadientes. Como se trataba del estado cardenista por excelencia, el Partido de la Revolución Democrática echó toda la carne al asador para que ganase Arias, pero Salinas, que era obcecadito, no estaba dispuesto a ceder ante sus archienemigos, y el PRI, con una alquimia descarada, ganó las elecciones para gobernador al dos por uno y con carro completo en las diputaciones locales. Los perredistas, en el colmo de la indignación, organizaron mítines, plantones, bloqueos de carreteras, tomas de alcaldías y otros actos de desobediencia civil, por lo que Villaseñor tuvo que tomar posesión en medio de extremas medidas de seguridad. "No lo vamos a dejar gobernar", anunció el PRD. Y así fue. En octubre, Villaseñor fue citado en Gobernación y Gutiérrez Barrios le pidió la renuncia. "Ah, no", dijo Villaseñor, "sólo que me lo diga el señor presidente". Por tanto, Salinas lo llamó a Los Pinos. El PRD aceptó todo con la promesa, que no se cumplió, de que habría nuevas elecciones en diciembre de 1992.

En todo caso, a fines de ese año Salinas avanzaba en la edificación de un poderío transexenal y había colocado en gubernaturas clave a sus cuates más cercanos que estaban fuera de la sucesión. La avanzada la constituyó su primo Patrocinio González Garrido, quien obtuvo el dedazo de De la Madrid para caciquear Chiapas. Después vendrían, entre los más notorios, Sócrates Rizzo García (Nuevo León), Rogelio Montemayor (Coahuila), el esotérico y maharishimaheshiano Manuel Cavazos (Tamaulipas), Otto Granados (Aguascalientes), Patricio Chirinos (Veracruz) y Diódoro Carrasco (Oaxaca).

Para esas alturas, el presidente Salinas se hallaba preocupado porque ni él ni sus *think tanks* habían logrado evitar que su gobierno fuera identificado, irreversiblemente, como neoliberal; por tanto, durante el quincuagésimo octavo aniversario del PRI, en marzo de 1992, don Carlos el Ideólogo le cambió, una vez más, la doctrina al PRI. Con paciencia didáctica explicó a los priístas que el partido oficial de ninguna manera era "estatista absorbente" ni "neoliberal posesivo"; no, hombre, ¡era liberal social!, y en diez puntos demostró que el liberalismo social era la única y verdadera panacea que garantizaba la defensa de soberanía, *if you know what I mean* , el Estado, la solidaridad, la libertad, la justicia social, la democracia, la educación, el campo, los indígenas, la alimentación, la vivienda, la calidad de vida y la salud; hasta las hemorroides curaba. Al final aprovechó para echarle porras al presidente del PRI, Luis Donaldo Colosio, lo que se interpretó como señal de que el Hombre del Pelo Afro era el tapado.

Esta idea se fortaleció cuando, al poco tiempo, Salinas puso a Colosio en la supersecretaría de Desarrollo Social, que suplió a la de Desarrollo Urbano y Ecología e incluyó al Instituto Nacional de Ecología y a la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente. Sin embargo, el verdadero poder de la nueva dependencia residía en que controlaba el Programa Nacional de Solidaridad, con sus recursos casi ilimitados y su conexión directa con el control político, por lo que Colosio parecía perfilarse hacia la dirección del dedazo.

Otro cambio importante fue cuando Salinas sacó del gabinete y de cualquier ilusión futurista a Manuel Bartlett y lo envió a la gubernatura de Puebla, por lo que llevó a Ernesto Zedillo de Programación y Presupuesto a Educación

Pública. En poco tiempo el nuevo secretario de la SEP armó un escándalo cuando encargó a Héctor Aguilar Camín y a Enrique Florescano la edición de nuevos libros de texto gratuitos, los de historia para cuarto, quinto y sexto grado de primaria, por la módica suma de 160 mil nuevos pesos (más de 500 mil dólares). Los connotados intelectuales atendieron en el acto la propuesta y a su vez llamaron a un grupo de historiadores para que redactara los libros por 10 mil varos por capítulo. En sólo tres meses autores y editores tuvieron listos los libros, que fueron impresos sin concurso, junto con las guías para los maestros, por la Editorial Santillana, del poderoso consorcio español Multimedia Prisa, dueño de impresoras, editoriales, cadenas de radiodifusión y periódicos, entre ellos el diario madrileño *El País*.

Los nuevos libros de historia en el acto fueron considerados "una vasta operación de revisión ideológica". En ellos desapareció el Pípila, junto con Jacinto Canek, Gonzalo Guerrero y Felipe Carrillo Puerto. También se rebajaron las alturas míticas de los Niños Héroes, Zapata y Villa, mientras que Juárez resultó un abogado de tiempos de la Reforma. En cambio, revaloraron a Agustín de Iturbide; Antonio López de Santa Anna; con mucho, mucho cariño a Porfirio Díaz, ay qué tiempos señor don Simón; y le dieron *shine* a los pedestales de Plutarco Elías Calles y Miguel Alemán. La pérdida de más de la mitad de territorio nacional ya no fue por un despojo de Estados Unidos, sino que se debió a la desunión de los mexicanos. Además, cantaban las glorias a Salinas por su proyecto económico, el Programa de Solidaridad, el Tratado de Libre Comercio y porque estaba guapísimo: ¡era un cromo! Las críticas llovieron por todas partes. Se dijo que los libros estaban hechos al vapor, sin rigor, y que parecían más bien cápsulas informativas. También se quejaron los comentaristas e intelectuales, pero especialmente los maestros, que en varios lugares se negaron a usarlos. Por si fuera poco, el ejército se puso furioso porque lo responsabilizaban de la matanza de Tlatelolco. Todo parecía indicar que, con esos libros, Ernesto Zedillo acababa de sepultar cualquier posibilidad que pudiese tener de aspirar a la presidencia.

LA CULTURA DESCANSA EN PAZ

Carlos Salinas de Gortari, que se preciaba de saber quién era Gramsci, decidió considerar al medio cultural con atención especial y lo incluyó en las alianzas que debía establecer. Por tanto, uno de sus primeros actos de gobierno, en los primeros días de diciembre de 1988, fue la creación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), que se levantó sobre la infraestructura de la vieja subsecretaría de Cultura de la SEP. Aunque era un órgano desconcentrado de la Secretaría de Educación, el Conaculta fue visto como una especie de ministerio de Cultura, pues además de las funciones de su antecesora, estaba a cargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), del Instituto Mexicano de Cinematografía (Imcine), del Fondo de Cultura Económica (FCE), de Radio Educación, del Fondo Nacional para las Artesanías (Fonart), de Educal y del Festival Internacional Cervantino. Sin embargo, los institutos de Radio y Televisión, por su importancia en la comunicación y manipulación masiva, siguieron adscritos a la Secretaría de Gobernación.

Los grandes intelectuales del Establishment, como Octavio Paz, Carlos Fuentes y Héctor Aguilar Camín, aplaudieron entusiasmados la creación del Consejo, pues en éste, aunque presumía de plural y descentralizador, los grupos de poder intelectual disfrutaban de una influencia decisiva. Que la concepción salinista de la cultura tenía fines de manipulación política se advirtió en los primeros días de enero, cuando el director del Conaculta, Víctor Flores Olea, personalmente telefoneó a los miembros más destacados del medio artístico y cultural para que apoyaran el arresto de la Quina mediante la firma de "telegramas" a los que se les dio una gran difusión. Después, en marzo de 1989, se creó el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), cuya labor consistía en repartir sustanciosas becas para los escritores y artistas. El poeta Octavio Paz se hallaba especialmente complacido, pues Salinas había hecho realidad lo que él, a la cabeza de más de 20 intelectuales, había pedido en 1975 a través de la revista *Plural* : que se creara un fondo de estímulo a la creación artística con becas que los mismos artistas otorgaran. Echeverría no quiso en ese momento, pero quince años después Salinas hizo el regalito. "Por primera vez", dijo Paz, "los escritores y los artistas tendrán la posibilidad de dirigir y orientar la cultura viva de México, tanto en la provincia como en la capital". Sí, cómo no.

Era el Pronasol de la cultura, un claro mecenazgo con su correspondiente paternalismo y tufo de cooptación, pero la condición de los escritores y artistas por lo general era tan miserable (a no ser que se diesen sus vueltas por la revista *Vuelta* o que se anexaran a *Nexos*), que medio mundo se apuntó cuando salieron las convocatorias del Fonca. En agosto de 1989 se dieron las primeras becas, anuales y de tres millones de pesos al mes (mil dólares aproximadamente). Por supuesto el grupo Vuelta se sirvió con la cuchara grande, ya que fueron becados Marco Antonio Montes de Oca (a

quien se conocía ya como Montes Beca), Salvador Elizondo, Inés Arredondo, Gerardo Deniz y Fabio Morábito. El grupo Nexos se vio más discretón y sólo la pidió, y la obtuvo, José María Pérez Gay. Por supuesto, hubo infinidad de protestas (la revista *Proceso* cabeceó: "30 ganadores, 1 538 dolidos o resentidos"). Por tanto, se otorgaron cinco becas más.

Poco después el Fonca decidió que, además de las becas a los artistas ya reconocidos, las cuales fueron bautizadas como de "pantalón largo", se darían 50 más a jóvenes creadores (de "pantalón corto") y también ocho a grupos artísticos y 25 a intérpretes, ejecutantes y realizadores de teatro, danza y música. En 1992 el Fonca se sacó de la manga otras variaciones: becas para proyectos y coinversiones culturales y para escritores de lenguas indígenas. Para entonces el Fonca había aumentado su capital y, a los cinco mil millones de pesos que puso Salinas en un principio, se incorporaron cinco mil más. Se suponía que la iniciativa privada proporcionaría dineros para el Fondo, pero, a pesar de que las aportaciones eran deducibles de impuestos, la mayor parte de los empresarios no quiso entrarle con su cuerno.

Lo bueno vino a fines de 1993, cuando Salinas aventó más lana y se puso con 25 millones, entonces de nuevos pesos, para la creación del Sistema Nacional de Creadores (SNC), similar al de Investigadores (SNI). En éste las becas se aumentaron a tres años, que podían extenderse por tiempo indefinido, y también fueron de pantalón largo, pero llegaron las de "eméritos" para los consagrados. El Fonca seguiría dando las de jóvenes y las demás. En diciembre se dieron las nuevas becas, ahora mucho más jugosas; las de los eméritos fueron 60, de tres mil dólares y de por vida, además de que podían compartirlas con otras y seguir cobrando en las instituciones a las que estuvieran adscritos; todos los que hubiesen recibido los premios nacionales la recibirían automáticamente; pero también, lo que motivó la indignación general, los mismos jurados antes que nada se las otorgaron a sí mismos con el pretexto de que habían sido postulados por instituciones como la Academia Mexicana de la Lengua y la UNAM. Entre ellos se hallaban Manuel Barbachano Ponce, Jaime García Terrés, Emilio Carballido, Federico Silva, Fernando del Paso, Ramón Xirau, Salvador Elizondo, Elena Poniatowska, Eduardo Lizalde, Rafael Coronel, Luis Nishizawa, Ángela Gurría, Vicente Leñero, Héctor Mendoza, Mario Lavista, Teodoro González de León y Pedro Ramírez Vázquez. También les tocaron sus becotas de por vida a Carlos Monsiváis, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Andrés Henestrosa, Tito Monterroso, Margarita Michelena, Raúl Anguiano y Francisco Toledo. Varios de ellos eran premios nacionales y entraron automáticamente.

Las protestas llovieron, especialmente porque buena parte del dinero iba a dar a quienes ya lo tenían en abundancia, como Pedro Ramírez Vázquez, Ricardo Legorreta, Teodoro González de León, Abraham Zabludovsky, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Gabriel García Márquez, José Luis Cuevas o Francisco Toledo. Salvo Fuentes y García Márquez, que donaron sus becas a la Universidad de Guadalajara, los demás se embuchacaron la lana de lo más tranquilos; Ricardo Garibay la rechazó, porque no le tocó ser emérito, pero después le dieron gusto y ya no dijo nada. Con el tiempo, la mayoría de los que protestaron también recibió su beca.

Como uno de los propósitos del Conaculta consistía en descentralizar la

cultura, pronto empezaron a surgir réplicas en la mayoría de los estados de la república, que fueron llamadas generalmente "institutos de cultura"; éstos tenían una estructura semejante y también salieron con sus Foncas y sus becas de pantalón largo y corto. Fue lo que se conoció como "descentralización centralizada".

En 1990, el presidente Salinas tuvo que darle algo que hacer a su antecesor Miguel de la Madrid para que no se le fuera a ocurrir crear problemas, así es que, para consternación del medio editorial, lo colocó a la cabeza del Fondo de Cultura Económica, y este nombramiento fue ratificado después por Ernesto Zedillo. El medio cultural no sabía qué había hecho para ser objeto de semejante agravio; quizás era el karma por haber aceptado las becas, porque don Mickey no tenía nada que hacer en la noble institución creada por Daniel Cosío Villegas. Sin embargo, al ex presidente le gustó la chamba y ahí se quedó. Por supuesto, el pobre Fondo de Cultura Económica entró en una de sus etapas más deslucidas, como cuando Díaz Ordaz quitó a Arnaldo Orfila Reynal de la dirección del FCE e instaló a Salvador Azuela.

Por otra parte, una de las ventajas que tuvo la superpromoción de Carlos Salinas en el extranjero fue que puso a México en uno de los aparadores de moda en el mundo, lo cual se tradujo en importantes programas culturales dedicados a nuestro país, como la Feria del Libro de Francfort y el Festival Europalia, de Bélgica; *Belles étrangères* , de Francia, y *Die Hören* , de Alemania. También sonó mucho la gran muestra *Esplendor de treinta siglos* , que tuvo lugar en Nueva York y después pasó a otras ciudades estadunidenses. Por otra parte, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, creada en 1987, continuó expandiéndose y pronto opacó a la de la UNAM en el palacio de Minería de la ciudad de México, que de cualquier manera no dejó de ser muy concurrida. En Guadalajara, la FIL se convirtió en un orgullo de la ciudad con la presencia de editores de numerosos países, presentaciones de libros, variadas actividades literarias, homenajes a escritores destacados y el otorgamiento de los premios Juan Rulfo de Narrativa y Fernando Benítez de Periodismo.

Durante el sexenio de Salinas, la literatura mexicana estuvo muy activa y se publicaron *Tinísima* , de Elena Poniatowska; 243 *Antes* , de Carmen Boullosa; *Demasiado amor* , de Sara Sefchovich; *La vida conyugal* , de Sergio Pitol; *Un hilito de sangre* , de Eusebio Ruvalcaba; *Madero el otro* , de Ignacio Solares; *Los muchachos locos de aquel verano* , de Gerardo de la Torre; *Huatulqueños* , de Leonardo da Jandra; *Silenciosa sirena* , de Jorge López Páez; *El naranjo* y *Diana o la cazadora solitaria* , de Carlos Fuentes; *El México de Egerton* , de Mario Moya Palencia; *La lejanía del tesoro* , de Paco Ignacio Taibo II; *El coro en la luz* , de Jorge Portilla; *Réquiem por un suicida* , de René Avilés Fabila; *La hermana secreta de Angélica María* , de Luis Zapata; *Dos horas de sol* , de José Agustín; *El gran pretender* , de Luis Humberto Crosthwaite; *La guerra de Galio* , de Héctor Aguilar Camín; *La imposibilidad de todas las cosas* , de Hugo Hiriart; *Inmaculada* , de Juan García Ponce; *Llamadas nocturnas* , de Rafael Pérez Gay; y *El disparo de argón* , de Juan Villoro. La gran revelación fue Enrique Serna con *Uno soñaba que era rey* , *Señorita México* y *Amores de segunda mano.* También llamó la atención la novela colectiva *El hombre equivocado.* Y se expandió la literatura infantil, con Francisco Hinojosa como gran maestro y *El profesor Zíper y la fabulosa guitarra eléctrica* , de Juan

Villoro, como la obra más exitosa.

Entre los libros de poesía destacaron *Música lunar* , de Efraín Bartolomé; *Cinco veces* y *Fuentes* , de Alejandro Aura; *El diván de Antar* y *Moira* , de Elsa Cross; *La ciudad de la memoria* , de José Emilio Pacheco; *Balanza de sombras* , de Antonio Deltoro; *Dejar de ser* , de Ricardo Yáñez; *Habla Scardanelli* , de Francisco Hernández; *Vuelo de sombras* , de Silvia Tomasa Rivera; *Cantos para una exposición* , de Eduardo Langagne; *De lunes todo el año* , de Fabio Morábito; *A la salud de los enfermos* , de Juan Domingo Argüelles; y *La edad del bosque* , de Jorge Esquinca. Christopher Domínguez generó polémicas con su *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX* y causó sensación el ensayo sobre erotismo *La llama doble* , de Octavio Paz.

En agosto de 1990 Paz organizó el encuentro internacional "El siglo XX: la experiencia de la libertad", con el apoyo de sus opulentos amigos de Televisa, Benson & Hedges, IBM, Casa Domecq, Petróleos Mexicanos y otros anunciantes de su revista. Enrique Krauze, subdirector de *Vuelta* , anunció que habían invitado a 30 grandes intelectuales del extranjero, la mayor parte de Europa del Este, que cobraron cinco mil dólares y recibieron atención de cinco estrellas. Era personal intelectual famoso por sus posturas anticomunistas, ya que uno de los propósitos del Encuentro *Vuelta* era celebrar la aparatosa derrota del socialismo; el muro de Berlín había caído un año antes y Gorbachov, en la Unión Soviética, se afanaba en su *perestroika* y su *glásnost* para incorporar a la URSS al capitalismo. Procesos semejantes se daban en la Europa del Este. Además del acta de defunción del socialismo, también era notable la propensión a exaltar la "economía de mercado", lo cual significaba un obvio espaldarazo al régimen de Salinas. Por cierto, entre sus temas, el encuentro rehuía discutir la situación mexicana, especialmente en cuanto a la democracia. También se invitó a 17 intelectuales locales, entre los que se hallaba el marxista Adolfo Sánchez Vázquez, quien, con el griego Cornelius Castoriadis, era el *token* para dar un aire de pluralidad y diálogo entre opuestos. Krauze divirtió a todos cuando aclaró que se trataba de un "pluralismo sin antipluralistas"; también explicó que no llamaron a Carlos Fuentes o a Gabriel García Márquez porque "no invitamos a intelectuales que defienden a dictaduras comunistas".

El encuentro consistió en doce mesas redondas en un estudio cerrado de Televisa San Ángel. No se abrió al público, porque "no quiero que el diálogo vaya a romperse con la gritería del público; se trata de evitar el asambleísmo", dijo Krauze. Pero, eso sí, se transmitieron por un canal de Cablevisión y los periodistas pudieron cubrirlo por la televisión desde el salón de un hotel, pues se trataba de tener el mínimo contacto con cualquier tipo de gente. Octavio Paz fue un moderador inmoderado que regañaba al que decía algo que no le gustaba y que, como grillo asambleísta, siempre se reservó la última palabra. Cuando el moderador era Krauze, desde el escaso público Paz acaparaba la palabra para corregir, aprobar o desaprobar a los demás. "Asistimos al fin del socialismo real y también al fin del marxismo. Para que haya libertad es necesario el mercado", decía el poeta, inspirado. Durante las sesiones se cantaron loas al libre mercado y al gobierno del modernizador Salinas, con las discrepancias de Castoriadis, Sánchez Vázquez y Monsiváis, y, como todo iba muy bien, Televisa accedió a que la transmisión saliera del cable, que la limitaba enormemente, para que pudiera iluminar al gran

público a través del canal 5, con cobertura nacional.

Fue entonces cuando todo se echó a perder. El novelista Mario Vargas Llosa, que venía de competir, y perder, por la presidencia de Perú, habló de las dictaduras latinoamericanas, y Paz se molestó porque entre ellas Varguitas incluyó a México. "No hemos tenido dictaduras militares desde hace más de medio siglo. Hemos tenido, sí, la hegemonía de un partido", corrigió. Vargas Llosa entonces sacó de sus casillas al poeta del libre mercado cuando asestó: "La dictadura perfecta no es el comunismo, no es la Unión Soviética, no es Fidel Castro, es México, porque es la dictadura camuflada". "Quizás hay que llamarla dictablanda", sugirió Krauze. "Hemos padecido la dominación hegemónica de un partido. Ni dictadura ni dictablanda. Es un sistema peculiar", terqueó Paz, pero México ya había sido calificado como dictadura en transmisión nacional y a horarios pico. Poco después, en una conferencia de prensa, Vargas Llosa ratificó su caracterización del régimen mexicano y afirmó que don Oct se había excedido en sus objeciones.

Paz estaba furioso. En un coctel posterior siguió increpando a su viejo y neoliberal amigo. Vargas Llosa intentó responderle, pero vio que el enojo del poeta era mayúsculo y mejor se fue de ahí. "Lo que dice Mario es inexacto. Ya no está en campaña", decía Paz. Al día siguiente, en vez de participar en otra mesa redonda, Varguitas hizo sus maletas, tomó un avión y se regresó a Londres. Se comentó muchísimo que su partida se debió a presiones de Televisa y del gobierno mexicano. Todo esto echó a perder el Encuentro *Vuelta.* A los dos días las siguientes mesas se pospusieron o se cancelaron y todo se tuvo que modificar. Paz seguía molesto porque el novelista había acaparado la atención, pues en varias publicaciones internacionales éste insistió en que México era la dictadura perfecta. El presidente Salinas de Gortari sólo comentó que Vargas Llosa era un "buen novelista", pero varios funcionarios arremetieron contra el peruano. El medio cultural, por su parte, fue profuso en críticas a Paz y al encuentro: intolerancia, autoritarismo, dogmatismo, demagogia, voluntad inquisidora, pontificación, filiación e interés por el poder fueron algunas de las críticas. Arnaldo Córdova protestó porque no lo dejaron hablar; "todavía estoy preguntándome por qué diablos me invitaron", dijo. Carlos Monsiváis tuvo que presentar por escrito la réplica que no le permitieron y Víctor Hugo Rascón Banda, para acabar pronto, dijo que el Encuentro de *Vuelta* era "una vuelta a la Edad Media". Por su parte, Gabriel García Márquez, calificado por Paz de "patología ideológica", aclaró: "Es un error de diagnóstico". Y Luis Cardoza y Aragón consideró: "El de Paz es un pensamiento totalitario".

Por fortuna, Octavio Paz pudo compensar su iracundia cuando, en octubre de ese mismo 1990, obtuvo el Premio Nobel de Literatura después de años de estar nominado y cuando se creía que esa pluma nunca adornaría su penacho, tal como había ocurrido en el caso de Jorge Luis Borges. Naturalmente, todo el mundo se alegró y el poeta fue celebradísimo.

Sin embargo, en 1992, don Octavio hizo el berrinche del siglo cuando sus archienemigos de la revista *Nexos* también organizaron su encuentro internacional con el apoyo de la Universidad Nacional Autónoma de México y el Conaculta. Éste fue llamado el "Coloquio de invierno" y tuvo lugar en Ciudad Universitaria con la presencia, como estrellas máximas, de Carlos

Fuentes y Gabriel García Márquez, quienes habían sido ignorados ostensiblemente en el Encuentro *Vuelta.* El rector José Sarukhán y Víctor Flores Olea, junto con Héctor Aguilar Camín, director de *Nexos* , anunciaron oficialmente el coloquio, al cual se invitaron a 57 extranjeros (Fernando Savater, Gabriel García Márquez y Régis Debray, entre los más destacados) y a 25 nacionales que cobraron mil dólares cada uno. A falta de algo mejor, se dijo que el evento sería transmitido por el canal 22, que a esas alturas ni siquiera operaba.

Claramente se vio que el Encuentro *Nexos* se inclinaba hacia la socialdemocracia, a diferencia de la orientación neoliberal del de *Vuelta* , y que la mayoría de los participantes mexicanos eran intelectuales de la burocracia de la UNAM y de El Colegio de México, de la diplomacia, los medios de difusión gubernamentales, el PRI, la presidencia de la república y hasta el Pronasol. Esto se debía a que el grupo Nexos se hallaba ligado íntimamente al gobierno, de ahí que muchos los consideraran los intelectuales orgánicos del régimen. En el coloquio destacaron Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, quien no leyó ni discurso ni conferencia sino un relato que fue muy bien recibido. Los demás leyeron sus aburridos rollos y todo transcurrió sin que el mundo se conmoviera. Sin embargo, el presidente Salinas recibió a los intes, muy satisfecho porque abundaron las defensas a sus políticas.

Pero Octavio Paz nunca paró de hacerla de tos. Desde un principio se quejó iracundo porque lo habían invitado "tardíamente" y no quiso asistir; además, como solía palomear todo lo que ocurría en la cultura, protestó porque no invitaron a sus cuates Enrique Krauze, Gabriel Zaid, Homero Aridjis y Jorge Hernández Campos. Sin embargo, su objeción principal era que, además de la "obstinada defensa de Cuba", la UNAM y el Conaculta habían traicionado su misión al tomar partido por un grupo con fondos de los contribuyentes. Renunció al Fondo Nacional de las Artes y acusó al Conaculta de burocrático, parcial, favoritista, cooptador y neutralizador de voces independientes, y de practicar un mecenazgo que equivalía a castración. Aparte de que varios de estos calificativos se aplicaban muy bien a él, no mencionó que gran parte de sus amigos controlaban las comisiones que otorgaban las becas en el Fonca, por lo que otros de sus seguidores las habían obtenido sin mayor problema.

No contento con eso, el poeta nobelado se fue a quejar con el presidente y logró que éste hiciera renunciar a Víctor Flores Olea del Conaculta, quien fue reemplazado por el hasta entonces director del INBA Rafael Tovar y de Teresa. Flores Olea fue nombrado asesor presidencial, pero a partir de ahí se fue distanciando del gobierno. A continuación, Paz declaró la guerra al grupo Nexos. En *Vuelta* publicó un texto hilarante, "La conjura de los letrados", y con el apoyo de Krauze, Zaid, José de la Colina y Adolfo Castañón, acusó a sus archienemigos de una "vasta maniobra para apoderarse de los centros vitales e institucionales de la cultura mexicana", ya que, además de su revista, tenían su programa de televisión, el nuevo canal cultural, la Editorial Cal y Arena, y se habían infiltrado en la UNAM, El Colegio de México, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto Nacional Indigenista. Acusó a Héctor Aguilar Camín de ser un cacique como Fidel Velázquez, lo cual vino a ser una enésima proyección. Por último, Paz aseguró que el presidente Salinas estaba bien en lo económico y en lo político, "pero falta que la democracia y el

pluralismo lleguen a la cultura". Los de Nexos esquivaron el pleito. Aguilar Camín hizo declaraciones, pero era obvio que no quería meterse con el premio Nobel. El resultado fue que, a causa de estos pleitos de lavadero, tanto *Vuelta* como *Nexos* se vieron muy mal, perdieron la credibilidad que aún tenían, quedaron lastimados y ya nunca pudieron reponerse.

Paz se quejaba de que Salinas le había regalado a Nexos todo un canal de televisión, el 22, ya que José María Pérez Gay fue nombrado director de ese nuevo espacio cultural. En un principio, como toda la televisión estatal, el canal 22 fue puesto en venta, pero nadie se interesó en comprarlo porque su tecnología era obsoleta. Fue entonces cuando Héctor Aguilar Camín y Carlos Monsiváis en sólo cinco días, a principios de 1991, convocaron a 900 intelectuales y artistas quienes, en una carta abierta, pidieron que el canal no se vendiera y en cambio se convirtiese en cultural. Con la misma rapidez con que se juntaron los firmantes, Salinas respondió favorablemente a la petición.

En un principio, el canal 22 apenas era visto. Se hallaba en la frecuencia Ultra Alta (UHF), que requería una antena especial para poder recibirse, y eso sólo en la ciudad de México. Sin embargo, fue fortaleciéndose poco a poco. Pronto pudo transmitirse a través de la televisión por cable y, como ésta se popularizó, eso amplió su cobertura a muchas partes del territorio nacional. Como su presupuesto era escaso, el nuevo canal cultural prácticamente no producía, así es que el dinero se iba en nómina y en comprar material extranjero. Sin embargo, por lo general las series culturales fueron muy bien elegidas y se logró una programación sumamente buena, aunque el material nacional era casi inexistente. Por su parte, Pérez Gay hizo muy bien en no convertir al 22 en un apéndice de su grupo y de sus criterios estéticos, sino que lo abrió a todo lo que resultara interesante y de gran calidad, por lo que a fines de sexenio el canal 22 era ya muy apreciado por el público. Para entonces empezó a transmitir, también en la banda UHF, el Canal 40, que igualmente amplió su cobertura a través del cable y se convirtió en una opción que empezó a gustarle al público.

En la televisión comercial la gran novedad fue la aparición, a mediados de sexenio, de TV Azteca con sus canales 7 y 13, que tuvieron mucho éxito con sus telenovelas brasileñas y con cómicos como Ausencio Cruz, con su personaje Margarito, y el temible Víctor Trujillo, creador de Brozo el Payaso Tenebroso y la Beba Galván. También fue un éxito la tremenda serie estadunidense de dibujos animados *Los Simpson.* Con esto, TV Azteca inició la competencia con Televisa, la cual, en el sexenio siguiente, se convirtió en la famosa y feroz guerra de las televisoras que ocupó mucho espacio en los medios. En tanto, Televisa veía que muchas de sus estrategias habían envejecido, Jacobo Zabludovsky y Raúl Velasco interesaban cada vez menos a la gente y la credibilidad de la empresa naufragaba. El Tigre Emilio Azcárraga, sin embargo, seguía considerándose "un soldado del presidente" y además pronunció su famoso lema: "Los jodidos siempre estarán jodidos". Entre los actores de las telenovelas de Televisa destacaron Salma Hayek, que después la hizo en Hollywood, Adela Noriega, Ana Colchero, Edith González, Thalía y Eduardo Palomo.

Mientras Lupita Jones conquistaba el título de Miss Universo de 1990, tan criticado por las feministas, y no resultaba precisamente una sumisa perita en

dulce, en 1991 un gran acontecimiento fue el eclipse solar que ocurrió a mediados de año y que pudo observarse en la parte central de la república, incluyendo la ciudad de México. Muchísima gente quedó deleitada con el fenómeno (salvo los pobres que fueron a Teotihuacán, donde se nubló y llovió) a pesar de que Televisa aprovechó la ocasión para armar una intensa campaña manipuladora que remachaba la minoría de edad de la población, pues se argüía que era peligrosísimo ver el eclipse directamente (como si a alguien se le fuera a ocurrir), ni siquiera era apropiado contemplarlo con filtros protectores, por lo que insistían en que todo mundo debía presenciarlo ¡por la televisión!

En la música popular la gran novedad era la onda grupera, una fusión de música norteña y tropical, y de pronto varios grupos musicales conquistaron al gran público, en especial los Bukis, Bronco, los Temerarios, la Banda Machos y, a fin de sexenio, El Mexicano. Ligada a la onda grupera, que impuso el baile de la quebradita, siguió el auge de los músicos norteños, los Tigres del Norte en especial, y, como reflejo del crecimiento indetenido del narcotráfico en México, empezaron a pulular los corridos que narraban las aventuras, venganzas y violencias de los grandes capos y de los personajes más relevantes del mundo de las drogas, especialmente el reverenciado santo Malverde.

En la canción ranchera, llegó la consagración definitiva de Juan Gabriel y se inició el éxito de Alejandro Fernández, cuyo padre, Vicente Fernández, seguía muy poderoso, al igual que Lola Beltrán. También tuvo éxito Pedro Fernández, el de "la mochila azul" (*no kin* con Papá Vicente y el Joven Alejandro) y, después, Lucerito, que se pasó a las rancheras ya como Lucero. En la música tropical, el gran acontecimiento fue el dominicano Juan Luis Guerra y su 4.40, que inundó a México y a Europa de merengue. El de las baladas fue el imperio de Luis Miguel, quien tuvo un éxito tremendo con viejos boleros; también la hicieron Christian Castro, hijo de Verónica Castro, y Laura León.

En el rock comercial, el gran éxito fue la briosa regiomontana Gloria Trevi, quien, como estaba buenísima, manejaba una estrategia sexual que no llegaba a la audacia de Madonna en Estados Unidos y se quedaba en algo pudibundo que pudiera pasar por los circuitos comerciales. También pegaron fuerte Alejandra Guzmán, hija de Enrique Guzmán y Silvia Pinal, Thalía y Bibi Gaytán, quien se volvió la musa de los intelectuales del suplemento cultural *Sábado.* Maná, al igual que Magneto, despegaron fuerte. Por cierto, Laureano Brizuela fue acusado de fraude y resultó una de las víctimas del terrorismo fiscal.

El rock mexicano fue dominado fácilmente por la tríada compuesta por Caifanes, Santa Sabina, con Rita Guerrero, y Maldita Vecindad. Café Tacuba también la empezó a hacer en grande. Otros grupos importantes fueron Real de Catorce, Tex Tex, Oxomaxoma, Fobia, Mamá-Z, los Amantes de Lola, Sangre Azteca y El Personal. Sin embargo, la gran novedad durante el periodo fue que al fin se permitió que grandes roqueros internacionales tocaran en México, y así se pudo ver y oír a los Rolling Stones, Pink Floyd, Bob Dylan, Paul McCartney, David Byrne y muchos más, quienes tocaban en el Palacio de los Deportes (mejor conocido como palacio de los Rebotes por su

pésima acústica), el Autódromo, el Auditorio Nacional o el Teatro Metropolitan. Eso sí, los precios de taquilla eran carísimos, casi el triple de lo que costaban en Estados Unidos o Europa, además de que los conciertos eran custodiados por cantidades desmesuradas de guardias de seguridad, que se portaban con un despotismo insufrible y pretendían que los chavos no bailaran y, de hecho, que no se movieran para nada.

La contracultura conservaba al rock como centro de convergencia y en los noventa tomó la forma de los chavos dark, o darketos, cuya característica central era el desencanto y, claro, se vestían de negro. Continuaban los punks, con el pelo en punta y de colores, y las bandas, pero ahora había rastas, los seguidores locales del jamaiquino Rastafari. Los chavos de clase media se consideraban de la Generación X. Se daba mucho la ropa desgarrada, en especial en muslos y nalgas, y a fines del salinismo los chavos se empezaron a dejar el pelo casi rapado. También aparecieron las perforaciones para ponerse aros ya no sólo en las orejas sino en las tetillas, las aletas de la nariz, los pezones o los genitales, mientras proliferaban los tatuajes en todo el cuerpo. Los más ricarditos le entraban al éxtasis y a los *raves* .

Los nuevos caricaturistas, atrincherados en la contracultura, surgieron en Guadalajara: Jis, Trino y Falcón, creadores de *La Croqueta* , que después se dividieron, por aquello de que cuando tres viajan juntos uno se queda solo. Jis y Trino causaron sensación con *El Santos y la Tetona Mendoza* . Su gran éxito se dio en *La Jornada* , por lo que coincidieron con sus moneros, que fueron muy importantes en los ochenta y que en los noventa también se dividieron, después de publicar *El tataranieto del Ahuizote.* Un verdadero acontecimiento fue la aparición de *El Gallito Inglés* , que en el nombre llevaba la fama y que presentó dibujos e historietas influidos por las atmósferas punk, góticas y gandallonas. El director era Víctor del Real y con él colaboraban José Quintero, Clément, Ricardo Peláez y Frick.

En la prensa roquera-contracultural aparecieron *Atonal* , dirigida por Arturo Saucedo, *Corriente Alterna* , de Sergio Monsalvo, y *La Mosca en la Pared* , de Hugo García Michel. Las publicaciones populacheras fueron *Conecte* , *Simón Simonazo* , *Banda Rockera* y *Códice Rock* , editada por el Tianguis del Chopo, que seguía como centro máximo de la contracultura mexicana. Ésta se extendía, los fines de semana, a los tianguis del zócalo de Coyoacán y de Tepoztlán. También aparecieron la aguerrida *Generación* , dirigida por Carlos Martínez Rentería; *La Pus Moderna* , de Rogelio Villarreal; *Graffiti* , de José Homero; *La Regla Rota* , *La Guillotina* y *Moho.*

En la prensa nacional, a principios de sexenio el salinismo se tragó al periódico *Unomásuno* que se había endeudado hasta el límite. Otto Granados, jefe de Comunicación Social de la Presidencia, persuadió al director Manuel Becerra Acosta y éste aceptó un millón de dólares a cambio del diario y de que se exiliara en España. La nueva dirección, encabezada por Luis Gutiérrez, se adhirió a la línea que había inaugurado el diario oficial *El Nacional* , mejor conocido como *El Naci* , bajo la dirección de José Carreño Carlón: un periodismo bravero que respondía a los intereses del salinismo y que criticaba con ferocidad a Cuauhtémoc Cárdenas y al PRD. En la prensa cultural destacaban *Sábado* , del *Unomásuno* , dirigido por Huberto Batis; *La Jornada*

Semanal en forma de revista y piloteada por Roger Bartra, y la sección cultural de *El Universal* , de Paco Ignacio Taibo I. Por su parte, *El Financiero* adquirió mucha credibilidad por su sobriedad y objetividad, y por las columnas de Carlos Ramírez, quien se convirtió en el gran heredero de Manuel Buendía. Otro gran editorialista fue Luis Javier Garrido.

La gran novedad periodística ocurrió en 1993 cuando los dueños de *El Norte* , de Monterrey, conquistaron la capital con su diario *Reforma* , que desmanteló la mejor planta de los periódicos más importantes con cañonazos de excelentes salarios y así se hizo de supercolaboradores, como Lorenzo Meyer, Gabriel Zaid y Miguel Ángel Granados Chapa. Germán Dehesa, Guadalupe Loaeza y Alberto Barranco fueron otros colaboradores que la hicieron fuerte en *Reforma* , aunque el suplemento cultural se ofrendó salomónicamente a los grandes grupos de poder: *Vuelta* y *Nexos* . En el interior destacaron *Siglo XXI* , de Guadalajara, y *El Sur* , de Acapulco.

Por otra parte, en las artes plásticas la gran noticia fue la muerte del último de los grandes, Rufino Tamayo, lo que elevó a Francisco Toledo al primer lugar del *hit parade* de la pintura mexicana con reconocimiento internacional, en el momento en que Frida Kahlo se volvía moda en todo el mundo, ya que desde 50 años antes anticipó el feminismo y el estado de ánimo dark y punk de los noventa. En tanto, otros se iniciaban con éxito, como el regiomontano Julio Galán o Alejandro Colunga, jalisciense. Rafael Cauduro, desde Cuernavaca, llamó mucho la atención, al igual que Martha Pacheco y La Quiñonera, formada por los hermanos Héctor y Néstor Quiñones. Las nuevas potencias en el mundo de la pintura fueron Guillermo Sepúlveda y el flamante Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey (Marco), con sus premios anuales de 250 mil dólares, y, en la capital, la Galería de Arte Mexicano (GAM). Todos ellos impulsaron el llamado neomexicanismo. También fue notable el auge de las subastas, que antes casi no existían, y el hecho de que muchos multimillonarios del salinismo se volvieran grandes coleccionistas, como Carlos Slim o Eugenio Autrey, lo cual motivó que pintores como Galán, Colunga y Arturo Rivera resultasen muy cotizados. En la escultura, el gran triunfador fue el chihuahuense Sebastián, quien acaparó los pedidos.

La fotografía en México logró avances entre 1988 y 1994. Además de la aparición de revistas como *Cuartoscuro* , de Pedro Valtierra, y *Luna córnea* , de Pablo Ortiz Monasterio, destacó la Primera Bienal de Fotoperiodismo y la creación del Centro Nacional de la Imagen, de Conaculta. Los fallecimientos también se hicieron presentes en esta área y fue muy lamentado el de Lola Álvarez Bravo, pero siguieron activos Héctor García, Enrique Metinives, Nacho López, Aarón Sánchez, Valtierra, Ortiz Monasterio, Enrique Bostelman, Eniac Martínez, Rogelio Cuéllar, Frida Hartz, Fabrizio León y los legendarios Hermanos Mayo. Además, aparecieron jóvenes prometedores, como Ulises Castellanos, Ángeles Torrejón, Silvia Calatayud, Marco Antonio Cruz, Carlos Ramos Mamahua, Víctor Mendiola, Ernesto Lehn y Tuilio Rodríguez.

Al principio del sexenio el cine mexicano parecía agonizar, como durante los doce años anteriores. Sin embargo, tal como ocurrió a principios del echeverrismo con *Reed. México insurgente* , de Paul Leduc, la película de Jorge Fons *Rojo amanecer* fue el factor del cambio. Su tema era el movimiento estudiantil de 1968 y la matanza de Tlatelolco, así es que, como

siempre, la censura prohibió su exhibición. Sin embargo, el guionista Xavier Robles protestó públicamente con gran energía y logró el apoyo del medio cultural, por lo que la Secretaría de Gobernación tuvo que autorizarla. Para sorpresa de todos, *Rojo amanecer* fue un gran éxito de taquilla y obtuvo premios importantes en el extranjero, por lo que se desenlataron otras películas que también resultaron muy eficaces, como *La tarea* , de Jaime Humberto Hermosillo, y *Danzón* , de María Novaro, ambas con María Rojo, quien se convirtió en la gran estrella de cine del sexenio, tal como Ofelia Medina lo fue en los ochenta.

En el extranjero se empezó a hablar de un nuevo cine mexicano y tuvieron éxito *Sólo con tu pareja* , de Alfonso Cuarón; *Cronos* , de Guillermo del Toro, ambos cooptados por el cine estadunidense; y *Dos crímenes* , de Roberto Sneider. También pegaron *La mujer de Benjamín* , de Carlos Carrera; *El bulto* , de Gabriel Retes; y *Cabeza de Vaca* , de Nicolás Echeverría. Pero el supertaquillazo en México y en todo el mundo fue *Como agua para chocolate* , de Alfonso Arau, lo cual hizo que la novela de Laura Esquivel fuera un bestseller internacional y que él ingresara en el cine de Hollywood.

En el teatro, decreció la intensidad de los años ochenta y murieron Rafael Solana, Luis G. Basurto, Jesús Sotelo Inclán, Óscar Liera y Sergio Magaña, quien poco antes había estrenado Los *enemigos* y *La última Diana* . Emilio Carballido continuó con las funciones exitosísimas de *Rosa de dos aromas* y Hugo Argüelles fue objeto de homenajes por sus 40 años de actividad teatral y los festejó con las puestas en escena de *El retablo del gran relajo* , *Nuestra señora del Hueso* y *Las hienas se mueren de risa* , que fueron seguidas por *La tarántula art nouveau de la Calle del Oro* . Otro gran homenajeado a fines de sexenio fue Héctor Mendoza, quien vio representada su obra *Juicio suspendido* . Siguieron muy activos Vicente Leñero (*Hace ya tanto tiempo*), Juan Tovar (*Las adoraciones*), Víctor Hugo Rascón Banda (*Homicidio calificado* y *El caso Santos*), Carlos Olmos (*El eclipse* y *Final de viernes*), Sabina Berman (*Entre Villa y una mujer desnuda*) y Hugo Hiriart (*Intimidad*), Ignacio Solares (*El gran elector* , *El desenlace* y *Tríptico*). También surgieron nuevos autores, como Estela Leñero, hija de Vicente Leñero (*Las máquinas de coser* , *Insomnio*), Mauricio Jiménez (*Lo que cala son los filos*), Leonor Azcárate (*Un día nublado en la casa del sol*), Adrián Sotomayor (*A la indecible persona*), Jaime Chabaud (*El ajedrecista*), David Olguín (*La puerta del fondo*), Mauricio Pichardo (*Campo de pluma*) y Antonio Serrano, quien la hizo con *Sexo, pudor y lágrimas* . Entre los directores más prestigiados se hallaban Luis de Tavira y Ludwik Margules.

En la danza, fueron muy lamentadas las muertes de Ana Mérida, hija del pintor Carlos Mérida, y de Raúl Flores Canelo, el alma del Ballet Independiente. Siguieron en acción Guillermina Bravo, quien, con el Ballet Nacional de México montó *Sobre la violencia* , inspirada en *Ifigenia cruel* de Alfonso Reyes; Federico Castro (*Dinámica de poder*); y Luis Arreguín (*La vida genera danza*); además de Guillermo Arriaga, Pilar Urreta, Rossana Filomarino, Adriana Castaños, Evelia Beristáin, Rodolfo Reyes, Jaime Blanc, Marco Antonio Silva, Miguel Ángel Añorve y el viejo Ballet Teatro del Espacio, de Gladiola Orozco. También llamó mucho la atención el grupo Antares, de Sonora, con sus coreografías *Yo hubiera o hubiese amado* y *Azul cobalto* , y entre los bailarines más destacados se hallaban Claudia Lavista, Laura

Morelos y Carlos Ocampo. Por cierto, la Academia de la Danza —al igual que la de Teatro, La Esmeralda y otras escuelas artísticas—, a fin de sexenio fue instalada en el ultraelitista Centro Nacional de las Artes (CNA), construido en los terrenos de los Estudios Churubusco e inaugurado por el presidente Salinas cuando aún se hallaba a medio construir.

El box, como siempre, siguió dando campeones mundiales, como Gilberto Román, supermosca, quien no se apartaba del estereotipo ("El licor, las drogas y las mujeres van de la mano de todo boxeador"), o Humberto Chiquita González (con ese nombre tenía que ser minimosca) y Miguel Ángel González. Pero el que llamó más la atención fue Jorge Páez, el Maromero, todo un espectáculo con su pelo cuasipunk con recortes de figuras y sus calzones-falda. El Maromero también se distinguió por su apoyo al PRI, aunque no tanto como Julio César Chávez, sonorense avecindado en Sinaloa, uno de los más grandes boxeadores que ha dado México. Ganó seis campeonatos mundiales en cuatro categorías: ligero, superligero, superpluma y welter. Durante mucho tiempo se conservó invicto, acumulando nocauts (los japoneses lo llamaron Mr. Knock-out y los franceses, El Mejor Boxeador del Mundo), aunque varias veces se enfrentó a retadores que eran "bultos", es decir, que podían ser vencidos fácilmente. Su momento estelar fue la llamada Pelea del Siglo, en la que derrotó al puertorriqueño Macho Camacho, y su declive empezó cuando conservó el título pero no pudo vencer a Pernell Whitaker en 1993.

Julio César vivió en medio de escándalos, sobre todo porque era el consentido de los gángsters: el presidente Salinas, para empezar, pero también de afamados narcotraficantes como el Chapo Guzmán, el Güero Palma y los hermanos Arellano, en especial Francisco, el mayor, en cuya discoteca Frankie O, Julio César hacía exhibiciones de box: por cierto, los dos también planearon construir un hotel de ultralujo, el Julio César Palace, pero finalmente desistieron. El apoderado del boxeador, Ángel Gutiérrez, estaba muy ligado a los Arellano y fue muerto a balazos en Cancún. "Pobrecito", se condolió Chávez, quien, además, le regaló un cinturón de campeonato, valuado en 40 mil dólares, a Mario González, ex comandante de la judicial y a sueldo del Güero Palma. "Yo no tengo necesidad de andar en esas chingaderas", se defendía el campeón, "todo lo que he ganado ha sido a base de chingadazos y de sacrificios". Al final, Chávez tuvo que andar toreando a la justicia y al fisco, se divorció y fue demandado por su esposa, pero cuando estuvo en la cumbre fue intocable y siempre atrajo a los poderosos. Le dedicaba las peleas a Salinas y, tras sus victorias, se juntaban muchedumbres en el Ángel para festejarlas.

En la columna de la Independencia, conocida como el Ángel, se reunían también los fanáticos del futbol para celebrar las victorias, y a veces también para lamentar las derrotas de la Selección Nacional, también conocida como el Tri. Como Ronald Reagan y Carlos Monsiváis, que no fallaban en retratarse con los que tenían éxito, Salinas se tomaba la foto con los futbolistas y con Julio César Chávez, para beneficiarse con la popularidad de los triunfadores. El público pronto perdonó el escándalo de los cachirules, que, se decía, fue promovido para que México no llegara al Mundial, pues a la FIFA le interesaba la calificación de Estados Unidos, que organizaría la Copa en 1994. El que más lamentó que México quedara fuera del Mundial de 1990 fue Hugo

Sánchez, pues a principios de la década se hallaba en su mejor momento, lo que lo llevó a ganar el Balón de Oro, el título de Máximo Goleador de Europa, que compartió con el búlgaro Stoichkov, y cinco veces el campeonato de goleo de España.

Por otra parte, Juan Villoro considera que un lapso determinante del futbol mexicano ocurrió entre 1991 y 1992, cuando la Selección Nacional fue encomendada al argentino César Luis Menotti, que había llevado a su país a ganar la final del Mundial de 1978 en Argentina. Menotti volvió "mayores de edad" a los jugadores mexicanos, les quitó los complejos y les cambió la mentalidad de ratones para hacerlos más eficientes, ofensivos y seguros de sí mismos. Miguel Mejía Barón, el siguiente entrenador de la Selección, continuó la línea trazada por Menotti, por lo que el Tri obtuvo el segundo lugar en la Copa de Oro de la Concanaf, por encima de Brasil, además de que hizo un buen papel en el Mundial del 94, aunque volvió a perder en penalties como en 1986.

El sexenio futbolístico también se caracterizó por la recuperación del Atlante, que ganó un campeonato después de 45 años de no hacerlo. A partir de 1995 vino también el resurgimiento del Necaxa. Los Pumas de la UNAM fueron clave porque se convirtieron en un gran semillero, pues no sólo ganaron el campeonato de 1991 sino que grandes jugadores, como Hugo Sánchez, Jorge Campos, Luis García, Alberto García Aspe y Claudio Suárez fueron parte del equipo y después resultaron pilares de la Selección Nacional. "No hay ningún gran jugador que no haya pasado por la UNAM", se decía, y el mismo Mejía Barón fue entrenador de los Pumas antes de serlo del Tri. También fue notable que el Celaya vino a ser una especie de retiro de jugadores españoles, "un Real Madrid de petatiux", pues en él acabaron veteranos célebres como Butragueño y Michel.

Por otra parte, durante el sexenio de Salinas el feminismo, que se inició en los años setenta, cobró una gran fuerza en México. A partir de la Conferencia Mundial de la Mujer, de 1975, y del Año Internacional de la Mujer, en 1976, se derogaron viejas disposiciones discriminatorias que databan de 1928. En 1976 se formó una coalición que reunió a los primeros grupos feministas en torno a la maternidad voluntaria, la libre expresión sexual, incluida la homosexual, y la lucha contra la violencia machista. Una de las principales feministas fue Alaíde Foppa, quien después fue asesinada en Guatemala. En los años ochenta se efectuaron diez grandes encuentros nacionales y surgió el feminismo popular a través de la Coordinadora Nacional del Movimiento Popular; el feminismo también se hizo presente en la academia universitaria. Ya en los noventa surgieron publicaciones feministas especializadas, que ampliaban el radio de *Fem* y de *Doble Jornada* . Destacaron *Debate Feminista* , dirigida por Marta Lamas, y *La Ventana* , de la Universidad de Guadalajara, dirigida por Cristina Palomar. Para entonces, las organizaciones feministas se habían ampliado y formaban parte importante de la sociedad civil a través de las organizaciones no gubernamentales (ONG), lo cual se manifestó con fuerza en la IV Conferencia de la Mujer y en el Foro de ONG de Pekín y Huairou, en 1995. Por esas fechas las feministas consideraban que su movimiento aún no era lo suficientemente definido y visible, y que sus posturas aún no habían sido aceptadas por toda la población, pero eran conscientes de la enorme y decisiva influencia que habían tenido en la

política, las organizaciones sociales, la sociedad civil, los medios de difusión, las instituciones académicas, la cultura y las formas de comportamiento en general a través de las ideas igualitarias, la defensa de la autonomía de las mujeres, las luchas contra la violencia sexual y en favor de la legalización del aborto.

¡YA BASTA!

A principios de 1993, el presidente Salinas de Gortari retiró a Fernando Gutiérrez Barrios de la Secretaría de Gobernación. Desde un principio lo utilizó lo más que pudo pero se cuidó de permitirle muchas libertades. Le restringió poder en áreas clave de la política, especialmente en la seguridad nacional, que puso en manos de José María Córdoba. Aun así, Gutiérrez Barrios era un viejo zorro y ante la cercanía de la sucesión era necesario borrarlo del mapa, por lo que lo sustituyó por su compinche y primo político José Patrocinio González Garrido, otro junior, hijo de Salomón González Blanco (que fue miembro del gabinete de López Mateos) y nieto del tremendo gobernador tabasqueño Tomás Garrido Canaval. Patrosimio, como le decía Muñoz Ledo (otros, Latrocinio) adquirió fama de duro como gobernador de Chiapas, por lo que su nombramiento se leyó como un mensaje nada amistoso para la oposición y los descontentos. De pasada, el ombudsman Jorge Carpizo pasó a las antípodas y se convirtió en procurador general de la república; Emilio Lozoya, por su parte, aterrizó en la Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal. Sin embargo, estaba claro que ninguno de los tres entraba a competir por la grande.

En mayo el país se sacudió por el asesinato de Juan Jesús Posadas Ocampo, vicepresidente del Episcopado, que fue a Morelos a parar el mendezarceísmo y después fue nombrado cardenal. Según la versión oficial (más difícil de tragar que una tuerca, y que el motherno y flamante procurador Jorge Carpizo ilustró en la televisión como si fuera un juego de Nintendo), los hermanos Arellano enviaron a sus hombres a Guadalajara para asesinar a su archienemigo, el Chapo Guzmán, pero durante doce días no lo encontraron y decidieron regresar a Tijuana. Sin embargo, al llegar al estacionamiento del aeropuerto se encontraron nada menos que con el Chapo y sus guaruras, que salían a vacacionar a Puerto Vallarta. Por su parte, el cardenal Posadas llegó al aeropuerto en su Grand Marquis blanco (“como los que usan los narcos”, dijeron las autoridades) para recibir al nuncio Girolamo Prigione, que llegaba de la ciudad de México, y tuvo la pésima suerte de que lo confundieran con el Chapo (“los narcos se visten de negro”, se explicó), así es que lo acribillaron con su chofer y varias personas más que se hallaban en el estacionamiento.

Sin embargo, la mayoría de los testigos coincidió en que los asesinos no pudieron equivocarse, ya que corrieron al coche del cardenal tan pronto llegó; Posadas estaba a punto de salir del auto y era bien visible su pectoral cuando le dispararon catorce balas a quemarropa. Además, los atacantes se llevaron el portafolios del prelado antes de huir. La judicial y policía del aeropuerto no sólo no intervinieron sino que lograron que el avión de Aeroméxico destinado a Tijuana esperara más de media hora y despegara hasta que la banda de los

Arellano llegó corriendo con credenciales de la PGR. Otros huyeron en automóviles y las autoridades lograron arrestar a nueve sicarios, en cuyas declaraciones se basaba la explicación nintendo del procurador. Tan segura se hallaba la PGR de su hipótesis que por televisión ofreció una recompensa de cinco millones de dólares (quince de nuevos pesos) a quien diera pistas conducentes a la captura del Chapo y los Arellano.

La alta curia católica se mostró escéptica. "La mayoría de los obispos y el pueblo no creen en la versión oficial", dijo Adolfo Suárez Rivera, presidente del Episcopado, y exigió explicaciones claras y creíbles. El obispo de Cuernavaca, Luis Reynoso, consideró que los balazos a quemarropa hacían pensar en un atentado. En general se pensó que la PGR había salido con una explicación apresurada, con más hoyos que el Mar de los ídem del *Submarino amarillo* , y que sobre todas las cosas buscó exonerar a los agentes judiciales. A pesar de la inconformidad, se cerraron las investigaciones. Después se supo que el nuncio Prigione se había reunido en secreto con los hermanos Arellano (no podía negarse porque era su deber de sacerdote y no los denunció porque era secreto de confesión), lo cual activó las hipótesis de posibles relaciones entre el narco y la alta curia mexicana. En todo caso, la fuerza y la impunidad de los narcotraficantes, que podían matarse a balazos en sitios concurridos, controlar la salida de los vuelos del aeropuerto de Guadalajara y huir tan campantes, era un síntoma alarmante del avance de los traficantes de drogas, de la narcopolítica y de la descomposición del sistema.

También se pudo ver que, a pesar de la fachada de grandes éxitos, las cosas andaban mal en México cuando se descubrieron campamentos guerrilleros en la Selva Lacandona de Chiapas. En mayo, tanto la Secretaría de Defensa como la Procuraduría General de la República informaron de la existencia de una guerrilla en la Selva Lacandona de Chiapas. Según ellos, un grupo de guerrilleros había atacado un destacamento del ejército, mató a dos militares e hirió a otros dos. Se arrestó a ocho campesinos tzeltales y a dos guatemaltecos y a los primeros se les acusó de "traición a la patria". El ejército se hallaba en la selva a petición de los finqueros de Ocosingo y Altamirano, que denunciaban la existencia de una guerrilla organizada por Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal de Las Casas. "Sabemos que en las ocho comunidades de Altamirano existen unas 300 personas armadas y que en Ocosingo los militares detectaron campos de entrenamiento para guerrilleros", dijo Avelino Bonifaz, secretario municipal de Altamirano, al informar que el 26 de mayo tuvo lugar un segundo enfrentamiento.

Después se supo que una patrulla del ejército descubrió el campo de entrenamiento Las Calabazas, en Monte Corralchén, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), y tuvo lugar un fuerte choque entre los soldados y los guerrilleros, quienes abandonaron su bien montado campamento y lograron huir a través de la selva. Los indígenas del ejido Laguna del Carmen Pataté relataron que después los soldados "reunieron en una cancha de básquetbol a toda la población, registraron las casas y eligieron al azar a los ocho indígenas que hoy acusan de matar y de herir a los ejércitos". Sin embargo, el gobierno, a través del secretario de Gobernación Patrosimio González Garrido, que además era gobernador de Chiapas con licencia, aseguró enfáticamente que en Chiapas no había guerrilla. "Difundir ese falso rumor causa graves perjuicios al desarrollo del estado ya que frenaría la

inversión extranjera y nacional en el sector agrícola", dijo. "El gobierno de México descarta la posibilidad de una guerrilla o de cualquier otro grupo que pretenda sublevarse por la marginación en que viven los indígenas y campesinos."

Con justa razón, en México cada vez con mayor frecuencia los pronunciamientos oficiales se interpretaban al revés: "no subirán las gasolinas", se anunciaba y había que correr a llenar el tanque; "no habrá devaluación" y todos se ponían a temblar o a comprar dólares. El gobierno sabía muy bien que había un ejército guerrillero en Chiapas, pero admitirlo, o combatirlo, además de que efectivamente podría desalentar a los inversionistas de la Bolsa de Valores, resultaría funesto para el TLC, cuyos "acuerdos paralelos" eran negociados por Anthony Lake y José María Córdoba, y a esas alturas su ratificación enfrentaba una fuerte oposición en Estados Unidos. Por tanto, Salinas prefirió enviar en el acto los recursos de Solidaridad para contrarrestar una rebelión indígena. Carlos Rojas, de Pronasol, y su jefe Luis Donaldo Colosio, de Sedeso ("en plena campaña por la presidencia", reportó la prensa chiapaneca), al instante viajaron a Chiapas y prometieron invertir 690 millones de nuevos pesos en la construcción de hospitales, caminos y sistemas de agua potable. La lana llegó, pero gran parte se quedó en la corrupción burocrática y otra fue a dar a proyectos insensatos.

Todo faltaba en Chiapas, el estado más desatendido de la república y campo fértil para la acción revolucionaria, porque los indígenas tzotziles, tzeltales, chales, lacandones y tojolabales de la región trabajaban de sol a sol los siete días de la semana con sueldos ínfimos que ni siquiera cobraban en efectivo sino en vales o mercancía, y eran esclavizados por los poderosos finqueros y sus guardias blancas. Los indios encontraron a un defensor en Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal de Las Casas, uno de los pilares de la Teología de la Liberación, quien creó un grupo de catequistas que trabajó intensamente porque los grupos y sectas protestantes tenían una alta penetración en Chiapas. A mediados de los años setenta, el obispo Ruiz viajó a Torreón y ahí conoció a los norteños, un grupo de universitarios maoístas encabezados por Adolfo Orive que componían el grupo Política Popular, y los invitó a Chiapas, donde pronto rebasaron al obispo y terminaron peleados con él, no sin antes aprovechar la labor de los catequistas para crear organizaciones políticas entre las comunidades agrarias.

Con el tiempo, Orive y sus norteños se fueron del estado, pero para entonces ya estaba ahí, además del Partido Obrero Clandestino Unión del Pueblo (Procup), otro grupo de jóvenes intelectuales, varios de ellos profesores de la Universidad Autónoma Metropolitana y provenientes de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) de César Germán Yáñez. En los ochenta las FALN se convirtieron en FLN, Fuerzas de Liberación Nacional, y pronto crearon una cara visible, la Alianza Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata (ANCIEZ) y un brazo armado, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que a lo largo de diez años se fue preparando cuidadosa y eficientemente; se expandió entre toda la región y obtuvo un apoyo extraordinario por parte de los indígenas. Por más que trabajaron con un enorme sigilo mucha gente de los Altos de Chiapas se enteró de la existencia de la guerrilla y como detestaban rabiosamente al obispo de San Cristóbal, lo acusaron de ser el "comandante Sam" y de estar detrás del grupo armado. En

1993, cuando el ejército descubrió el campamento de Corralchén, el EZLN ya estaba casi listo para hacer su aparición trepidante en México.

Pero nada de eso era visible. En la fachada, Carlos Salinas de Gortari se hallaba *sitting on the top of the world* y a fines de 1993 la revista *Time* lo nombró el Hombre del Año. Todo el gobierno y el sistema priísta se le cuadraba, el PAN lo apoyaba y todo indicaba que había doblegado al PRD. La iniciativa privada estaba feliz con él, los militares y la alta jerarquía eclesiástica lo aplaudían, y en el extranjero lo veían como un gran líder de estatura internacional. Si se aprobaba el Tratado de Libre Comercio, se conservaría en el poder muchos años después del 2000, como había pronosticado el Ángel de la Dependencia. Se daba por sentado que ejercería una gran influencia sobre su sucesor, el cual modificaría la Constitución para que, como Santa Anna, don Carlos ocupase la presidencia todas las veces que fueran necesarias.

Las personas más cercanas al minipresidente, además de José María Córdoba, eran sus familiares, pues los Salinas constituían un clan que llevaba a cabo convivencias cotidianas en Coyoacán y en Agualeguas, donde organizaban un "maratón" cada semana santa. Y de ellos, Raúl era el más cercano. Después de apoyar a sus cuates maoístas y de publicar libros de cuentos y de poesía, en los años ochenta Raúl Salinas de Gortari fue director de Distribuidora e Impulsora Comercial Conasupo (Diconsa) y se vio que le encantaban los negocios; mientras más dudosos, mejor. De pronto estaba cargado de dinero y se compró Las Mendocinas, una lujosísima ex hacienda de 176 hectáreas en el estado de Puebla, con dos lagos, enorme casa principal, chalets, helipuerto, seis canchas de tenis, caballerizas y demás. Para entonces se le acusó de importar 500 mil toneladas de semilla cancerígena que fueron destinadas para el consumo humano y de financiar a Antorcha Campesina, una organización armada del PRI de corte fascista-maoísta y extremadamente violenta.

Estuvo muy cerca de su hermano durante los conflictos de 1988 y después el narcojudicial Guillermo González Calderoni reveló que él personalmente le llevaba al ingeniero las cintas con las conversaciones telefónicas que le intervenían a Cuauhtémoc Cárdenas. A él se atribuía el asesinato de Ovando y Gil en 1988. También fue gran impulsor de la costumbre salinista de cooptar a los ex socialistas, ex comunistas, ex trostkistas y ex maoístas, entre otros, Adolfo Orive, Hugo Andrés Araujo, Gustavo Hirales, Marco Antonio Bernal, Gustavo Gordillo, Rolando Cordera, Jorge Medina Viedas y Gilberto Guevara Niebla. Todos ellos la hicieron en grande tan pronto se incorporaron al presupuesto.

Raúl acabó por convertirse en el Hermano Incómodo, la versión de los noventa de Maximino Ávila Camacho. Primero se entretuvo con la invención del Partido del Trabajo (PT), que concibió con su viejo amigo maoísta Alberto Anaya y que recibió cantidades extraordinarias de dinero para que cumpliera la función de quitarle votos al PRD, lo cual se logró ampliamente. En tanto, era director de Planeación de Conasupo y después coordinador del Sistema de Evaluación de Pronasol, pero los puestos eran lo de menos ante los negocios y las transas que el superhermano podía hacer. En 1991 la periodista Manú Dornbierer perdió su columna en el periódico *Excelsior* y decidió no publicar

más durante el sexenio ya que la Procuraduría General de la República fue la que intervino cuando denunció que los hermanos Raúl y Enrique Salinas de Gortari "obtendrán u obtuvieron" 50 por ciento de la concesión del Hipódromo de las Américas.

Después se supo que Raúl se había asociado con Juan Nepomuceno Guerra, el Padrino de Matamoros, y que tenía relaciones con Juan García Ábrego. Empezaron a llover denuncias en contra de Raúl Salinas: importar leche (más de 11 millones de toneladas contaminadas) al punto de convertir al país en el primer importador del mundo; o la compra de miles de toneladas de maíz y de frijol chino para alimento de animales que se destinaron al consumo humano, a la vez que Conasupo compraba todo el buen maíz nacional y al instante lo vendía, a precios subsidiados, a Maseca, la empresa del amigazo Roberto González Barrera (a quien, por cierto, en 1989 le hizo un pago ilegal de seis millones de dólares).

Siguieron los indicios de ligas con el narcotráfico y de beneficiarse con las privatizaciones, como el préstamo de 30 millones de dólares a Ricardo Salinas Pliego para que pudiera pagar la compra de la televisión estatal. El superhermano hacía negocios por todas partes, manejaba cantidades demenciales de dinero y se asoció con banqueros y empresarios, como el entonces presidente de la Asociación de Banqueros José Madariaga Lomelín; Abraham Zabludovsky, el hijo de Jacobo Zabludovsky y editor de la revista *Época* ; Carlos Peralta, hijo de Alejo Peralta; el maseco Roberto González Barrera; y David Peñaloza. Tenía numerosas propiedades, todo tipo de cuentas bancarias y usaba diversos documentos y nombres falsos (el favorito, "Juan Guillermo Gómez Gutiérrez"), además de prestanombres; movía su dinero por los paraísos fiscales y desde Tokio o Las Bahamas hacía transferencias a Suiza, donde llegó a tener más de 100 millones de dólares. Después aparecieron otras cantidades de dinero depositadas en Europa y Estados Unidos.

La proliferación de chismes de negocios turbios de Raúl Salinas motivó que la secretaria de la Contraloría, María Elena Vázquez Nava, le recomendara al presidente que alejase a su hermano de los puestos públicos, por lo que Raúl se desplazó a Monterrey, donde compró una casona y abrió oficinas para reunirse con empresarios, políticos y personajes importantes. Se dijo que estaba taloneando la gubernatura de Nuevo León, y muy posiblemente así era, pero la familia decidió que no era apropiado y que el mayor debía bajar el volumen de sus actividades. En 1994 Raúl prácticamente se exilió en San Diego. Para entonces gran parte de la familia Salinas (Adriana, Sergio, Enrique, los Occeli y demás cuñados) había hecho negocios fabulosos en toda la república, especialmente en el estado de Morelos, y se empezó a decir que los Salinas eran la familia Corleone a la messicana.

Además del bróder Raúl y del resto de la familia, José María Córdoba Montoya era el hombre más cercano al presidente. Hijo de españoles y nacido en Francia, Córdoba estudió ingeniería en la Escuela Politécnica y una maestría en filosofía en La Sorbonne. En 1974 viajó a la Universidad de Stanford para doctorarse en economía; no terminó los estudios pero en cambio tuvo de *roommate* al chiquilistrín Guillermo Ortiz, quien después lo trajo a nuestro país como profesor visitante de El Colegio de México. En 1979 Córdoba

conoció también a Carlos Salinas, quien se enamoró de él a primera vista y le consiguió la chamba de director de Planeación Regional de la SPP ("en un país que apenas tenía un par de años de conocer, y por el que nunca había viajado", escribió Carlos Ramírez). A partir de 1983 fue jefe de asesores y director de Política Económica y Social de la SPP. Se nacionalizó mexicano, se casó y se puso lentes de contacto; fue formando un "grupo de interés" con Patricio Chirinos, Otto Granados, Luis Donaldo Colosio, Ernesto Zedillo y varios más. También entró en colisión con Manuel Camacho, su rival más peligroso en cuanto a cercanía e influencia en el presidente.

En 1989, Salinas le creó la Oficina de Coordinación de la Presidencia, que equivalía a nombrarlo jefe del gabinete, y la instaló junto al despacho del presidente, así es que desde ahí el francés estableció un gobierno paralelo, o "gabinete de sombra", como le decía Ramírez. Diariamente se reunía cuando menos media hora con Salinas, pero también lo acompañaba en los acuerdos con los funcionarios, y varios ministros se quejaban de que tenían que hablar en su presencia; los que más se resistían eran el secretario de la Defensa, Antonio Riviello, y Pedro Aspe, de Hacienda.

Córdoba, artífice de la política económica neoliberal, supervisó las privatizaciones y las reformas constitucionales, y dirigió las negociaciones del Tratado de Libre Comercio; también se encargaba de la política exterior, por encima de Relaciones Exteriores, pero igualmente era clave en la política interior: controlaba al PRI a través de Luis Donaldo Colosio, así es que palomeaba y vetaba candidaturas con gran gusto, además de que manejaba la seguridad nacional a través de su protegido Jorge Carrillo Olea, director del Centro de Información y Seguridad Nacional (CISEN). También estaba pendiente de las relaciones con los medios, especialmente con los corresponsales extranjeros.

Siempre fue silencioso, altivo y reservado; frío y de línea dura. Procuraba permanecer en la sombra para poder operar con más facilidad, pero desde principios de sexenio la revista *Proceso* lo balconeó cuando informó que no había concluido el doctorado. A partir de ahí, por más que lo intentó, no logró pasar inadvertido, especialmente hacia el fin del sexenio, cuando se revelaron sus relaciones amorosas con Marcela Bodenstedt, una ex locutora misteriosa y elusiva de Televisa que también era agente de la Policía Judicial Federal. Marcela se relacionó con Córdoba, el presidente Salinas, Emilio Gamboa y varios altos funcionarios hasta que en 1994 fue señalada como enlace del cártel del Golfo con la cúpula del gobierno salinista. Se decía que Córdoba la visitaba en la misma casa donde ella se reunía con los narcos del cártel, pues Marcela era amiga íntima de Juan García Ábrego. Eduardo Valle Espinoza, el Búho, informó que la Bodenstedt estaba en la mira de la DEA, que ya la había clasificado como "Eva".

Naturalmente, Córdoba se metió hasta el fondo de la sucesión presidencial. Contaba con la confianza total de Salinas. "¿Pepe?, ¿qué interés puede tener? Él no puede ser presidente de la república", decía Babalucas. Por su parte, y por más que a México le urgiera, Salinas nunca quiso democratizar al país y se ufanaba de que él no cometería el error de Gorbachov de reformar la economía y la política al mismo tiempo; la suya era *perestroika* sin *glásnost* y algunos gringos inanes le llamaban *salinostroika*. En todo caso, en la segunda

parte del sexenio tuvo que concentrarse en la sucesión, que esa vez fue mediante mucha política moderna: ¡el juego del tapado y del dedazo!

Para empezar, echó a andar otra reforma electoral, ya que en la de 1990 se les había pasado la mano. En agosto, en un periodo extraordinario y con el consabido apoyo del PAN, el PRI sometió a cien modificaciones al Cofipe. Desapareció la "cláusula de gobernabilidad" que permitía el control del Congreso con 35 por ciento de la votación, se eliminó la autocalificación de los diputados, los senadores aumentaron a cuatro por entidad y el jefe del Distrito Federal siguió siendo designado por el presidente, pero a partir de 1997 éste lo seleccionaría del partido mayoritario en la Asamblea de Representantes (después se decidió que fuese elegido por votación popular). Había avances, pero, a fin de cuentas, el presidente y su partido siguieron con el control de los procesos electorales.

Después creó el Procampo, una versión del Pronasol destinada al agro con clarísimos propósitos electoreros, pero el gran escándalo ocurrió cuando Salinas le pidió al presidente del PRI, Genaro Borrego, que, auxiliado por el banquero Roberto Hernández y Gilberto Borja, de ICA, reuniera con mucho sigilo a los principales magnates del país en casa de Antonio Ortiz Mena. Todos acudieron sin falta, ya que en unos cuantos años y gracias a Salinas habían trepado al *hit parade* de megamillonarios de la revista *Forbes* . Ahí estaba el tocayo Slim, el Tigre Azcárraga y otros que tenían una fortuna mayor de mil millones de dólares. Salinas los abrazó, y a la hora del helado de vainilla rociado de chocolate derretido, pasó la cha rola. Les dijo que se hallaban en tiempos electorales y era hora de que se pusieran con su cuerno pues no todo iba a ser puro venga a nos tu reino.

Roberto Hernández, que había memorizado bien sus líneas, se comprometió a reunir 25 millones de dólares y a los presentes no les quedó más que ponerlos también, aunque Ángel Losada se puso a llorar porque esa cantidad era exorbitante para él. Azcárraga, sin embargo, no se anduvo con poquiteces y propuso que, hombre, pusieran 50 y no 25 millones de dólares, lo cual, para alivio de los magnates, no prosperó. Sin embargo, Salinas tuvo que echarse para atrás porque el director de *El Economista* , Luis Enrique Mercado, se enteró de todo sin querer y en el acto lo publicó en PRI mera plana. Llovieron las quejas de corrupción y contubernio, y se hizo un paralelo con el pago de protección a la mafia o la compra de influencia. De cualquier manera, se prosiguió con las peticiones de dinero con mucha discreción y el PRI logró reunir 700 millones de dólares de aportaciones privadas para su campaña.

La pregunta, como siempre, era "¿quién es el bueno?" Aunque se mencionaba a los Emilios Gamboa y Lozoya, y a Ernesto Zedillo, todos sabían que el dedazo tenía que ser para Luis Donaldo Colosio, Manuel Camacho Solís o Pedro Aspe. El secretario de Hacienda y Crédito Público, el del "mito genial del desempleo", tenía una sólida reputación entre los financieros nacionales y extranjeros, quienes, como el gobierno de Estados Unidos, lo verían con agrado como presidente, ya que sin duda continuaría la política económica neoliberal. Pedro Aspe era un hombre que se conducía con seguridad pero con prudencia y que tenía personalidad propia. Sin embargo, esto resultaba *handicap* ante Salinas, pues quizá no resultase enteramente dócil como presidente. Todos sabían que una vez que se disponía de los ultrapoderes de

la presidencia mexicana era relativamente fácil quitarse de encima a ex presidentes encimosos, como lo hizo López Portillo, que también fue secretario de Hacienda. Además, no le caía bien a Córdoba, porque Aspe no era de su corte y se atribuía el crédito por la aparentemente exitosa política económica del salinismo. Todo indicaba que don Pedro estaba *out* .

Manuel Camacho Solís, por su parte, era protagónico y carismático. Amigo de Salinas desde la escuela de Economía y después uno de sus colaboradores más cercanos e influyentes, Camacho le operó negociaciones clave y le fue sumamente útil. En 1988 su meta había sido la Secretaría de Gobernación, o de perdida Educación o Relaciones Exteriores, pero Salinas, instigado por Córdoba, lo envió al Departamento del Distrito Federal con deseos de que tronara, pues la capital era una zona minada en la que podía haber hasta 40 manifestaciones en un solo día. Camacho estableció puentes de comunicación con el PAN y el PRD, además de que toreó a fuerzas importantes del DF, como el sindicato de la Ruta 100, el Movimiento Proletario Independiente o las mafias de vendedores ambulantes. Camacho se hizo famoso como concertador, los reporteros simpatizaban con él y era reconocido como uno de los más fuertes aspirantes a la presidencia. En el fondo estaba seguro de que en su debido momento su gran amigo no podía fallar y le pasaría la silla. Además, él encabezaba las encuestas.

Su gran problema era el grupo cordobista, que todo el tiempo intrigaba en su contra y lo acusaba de no seguir El Modelo y de pactar con los enemigos, además de protagónico, desleal, concertacedente, populista, pesimista y catastrofista, porque aseguraba que a pesar de los éxitos de Salinas las condiciones del país seguían siendo muy difíciles y era necesario negociar con las fuerzas políticas y con la oposición, para lo cual, hombre, pues ahí estaba él, ¿no? Córdoba, en cambio, opinaba que todo estaba bajo control y que con el TLC el futuro se había asegurado. Camacho sabía que Córdoba quería que Ernesto Zedillo fuera presidente, porque éste era enteramente confiable y seguía los mandamientos neoliberales con fervor religioso, pero como no tenía ninguna posibilidad, el francés alentaba a Luis Donaldo Colosio, el candidato de Salinas, quien se dejaba manejar pero presentaba más resistencias.

Colosio, al viejo estilo, hacía todo lo que Salinas le indicaba con lealtad institucional, y con razón, porque era claro que el presidente lo había ido preparando para candidato: lo hizo senador, presidente del PRI y después supersecretario de Desarrollo Social. Lo alejó de las malas compañías. Lo cuidó todo el tiempo y le permitió hacer los amarres que se requerían. Economista también, Colosio garantizaba la continuación de la política económica. Estaba diseñado para apaciguar a las viejas guardias priístas y a los grupos que no estaban en el estrechísimo primer círculo; sonorense, hombre joven, agradable, de pelo afro, no muy brillante pero nada tonto, Colosio se convirtió en el supersecretario de Estado que sí pasó por puestos de elección popular, que como presidente del PRI conoció a los caciques del partido en todo el país y que controlaba los fondos del Pronasol.

El proceso del dedazo presidencial se complicaba con el Tratado de Libre Comercio y a Salinas le urgía la ratificación. Las negociaciones de los acuerdos paralelos con el gobierno de Clinton tuvieron lugar en 1993

encabezadas por José María Córdoba y Anthony Lake. En la segunda mitad del año el acuerdo estuvo listo para su ratificación en los congresos de los tres países. El TLC se volvió entonces un tema candente y ocupó primeras planas y extensa cobertura en radio y televisión. En México veíamos cómo nuestro destino se debatía en el extranjero, porque aquí era seguro que Salinas obtendría el apoyo de las cámaras. "Ya quisieras tener un congreso como el mío", se ufanaba Salinas ante Bush. Pero Estados Unidos era otra cosa. Muchos diputados, tanto republicanos como demócratas, anunciaron que votarían en contra, y otros más se declararon indecisos, así es que tanto Salinas como Clinton emprendieron un cabildeo febril para lograr la ratificación. De esa manera, hasta los más oscuros diputadetes gringos sacaron algo. Uno de ellos quería que extraditaran a un violador mexicano y el procurador Carpizo se encargó personalmente del asunto, faltaba más. Otro pidió que regresaran al sur de la frontera a los presos mexicanos que había en Estados Unidos: mágicamente se revivió una vieja ley y ocho mil pasaron a cárceles nacionales. "Todo mundo puede obtener lo que quiera del gobierno de México", decía un senador, porque Salinas y su gente a esas alturas estaban aterrorizados por las visibles posibilidades de que el TLC fuera rechazado; Clinton hablaba personalmente con los legisladores indecisos, y los representantes salinistas hacían otro tanto.

En el último momento Salinas tuvo que admitir concesiones que ponían en desventaja al país en cuanto a azúcar, cítricos, vegetales, vidrio plano, vino y electrodomésticos. Finalmente la votación tuvo lugar en noviembre; el Tratado de Libre Comercio fue aprobado por 234 votos a favor contra 200, pero la discusión previa admitió las declaraciones más humillantes posibles. Los opositores afirmaron que México era una dictadura rotativa, deshonesta, donde todas las elecciones habían sido fraudulentas y se violaban las leyes laborales y ambientales, y los derechos humanos, además de que el corrupto dinero mexicano había corrido por Washington y había sido descarada la compraventa de votos.

Los que estaban a favor resultaban tan mortíferos como los opositores. El TLC equivalía a la compra de Alaska o Luisiana, había dicho el vicepresidente Al Gore en un debate televisado sobre el TLC que sostuvo con el millonario Ross Perot.

"Por fin México hizo lo que tanto tiempo le habíamos pedido", razonaba, por su parte, Lloyd Bentsen, secretario del Tesoro, y Lee Iacocca declaró: "Que se queden para los pobres mexicanos esos trabajos de bajos salarios que no nos interesan ni nos deben interesar. Les quitamos Texas, Nuevo México, Arizona, Nevada y California, y es entendible que se hayan enojado, pero ahora vienen y nos dicen: 'ya bajamos nuestras tarifas, nos encantaría hacer negocios con ustedes', y nosotros estamos a punto de patearlos en la cara". En Canadá también hubo una dura oposición para ratificar el tratado, pero en México la mayoría priísta del Senado aprobó sin discusión un dictamen elaborado en las oficinas de José María Córdoba y se pitorreó cuando Porfirio Muñoz Ledo, del PRD, pidió la comparecencia del secretario de Comercio. "No va a venir cuando a usted se le antoje, señor senador", le advirtió Miguel Alemán Velasco. Por tanto, con la cara pateada y todo, Salinas de Gortari pudo respirar al fin. El TLC había sido ratificado por los tres países, entraría en vigor el primero de enero de 1994 y México al fin sería miembro del primer

mundo.

Con la ratificación del TLC el 17 de noviembre de 1993, Salinas tuvo despejado el camino de la sucesión y, como Adolfo Ruiz Cortines o Luis Echeverría, se acabó de divertir como el enano que era con los suspirantes, a los que había sometido a verdaderas torturas. Hasta ese momento no había soltado prenda. Si por él fuera, no dejaría el gobierno; en un momento dijo que daría el dedazo hasta enero de 1994 pero todos se le alborotaron y las presiones lo obligaron a lanzar el humo blanco en noviembre. Hasta ese momento se la había pasado enviando señales de que el bueno podía ser el regente o el secretario de Sedeso.

En un principio, Colosio creía tener pocas posibilidades; en cambio, Camacho Solís estaba muy seguro y se lo dijo a su rival; incluso le propuso la Secretaría de Gobernación. Sin embargo, en junio, Salinas recordó que de niño Colosio había sido uno de los más aplicados de primaria por lo que fue llevado a saludar al presidente Adolfo López Mateos en Los Pinos. Esto se leyó como una señal a favor del secretario de Desarrollo Social, quien dijo: "El dedazo no lo voy a poder evitar yo, ni Camacho ni nadie" y siguió a la expectativa. Pronto hubo más indicios de que él era el bueno, pues en realidad con él Salinas utilizó el viejo truco de "tapar destapando" o de "engañar con la verdad".

El regente vio con horror que no fue invitado a la celebración de la ratificación del TLC, y el 20 de noviembre, durante el desfile, Salinas lo trató muy mal y Camacho tuvo la clara percepción de que ya había chupado faros. Desesperado, el lunes siguiente fue a Los Pinos y le expuso a su viejo amigo por qué el único y verdadero tapado tenía que ser él. Le dijo que el régimen se hallaba dividido en un sector excluyente, duro, el de Córdoba, y otro incluyente, de apertura, el suyo, que en ese momento era el que necesitaba el país. Repasó las críticas que se le hacían y las rebatió, hizo diagnósticos del Grupo Compacto y ofreció puestos para todos en su gabinete. A su viejo amigo le pidió que no se retirara pues habría formas nuevas de aprovechar su capital político. No especificó qué haría si no era elegido. Salinas lo escuchó con toda atención, y nada más le dijo que no había dos líneas en su gobierno, sino una sola: la suya, por supuesto.

Esa misma noche, la cúpula de los tecnosaurios se reunió en casa de Patrocinio González Garrido y Camacho tuvo un nuevo agarrón con los cordobistas. Finalmente llegó Salinas, quien, como Lenin, hizo un diagnóstico de sus colaboradores presentes y Camacho resultó el hombre que entendía el momento y los cambios que necesitaba México; Colosio, por su parte, tenía el mérito de haber trabajado con Manuel Camacho. El regente sintió que ya la había hecho. Tenía todo listo, además su estrategia política y el programa de sus primeros días como presidente. El jueves Salinas reunió a los dos suspirantes en un acto de Solidaridad. Camacho Solís le preguntó a su rival por qué se alineaba con Córdoba. "Cada quien mata las pulgas como puede", respondió Colosio. "Este juego es demasiado duro, Manuel", agregó después. "¿No crees que para la próxima ya no debe ser así?" Después, el presidente se colocó entre ambos, pero la silla del secretario de Desarrollo Social estaba más próxima a él. De ahí los dos se fueron a Sonora, la tierra de Colosio, donde quedó clarísimo quién era el bueno.

El sábado Salinas reunió en Los Pinos a Fernando Ortiz Arana, el nuevo presidente del PRI, Colosio, Chirinos y José Córdoba, e hizo un destape íntimo del sonorense, quien para entonces ya se había recortado el pelo y los rizos. El domingo Salinas invitó a desayunar en el Campo Marte a Fidel Velázquez y al presidente y los líderes de los sectores del partido oficial. "El PRI tiene al hombre idóneo", dijo Salinas, y abrió la puerta de un salón por donde llegó Colosio. "¡Nos adivinó el pensamiento!", exclamó Fidel Velázquez y a continuación pidió ser el destapador oficial pero no pudo porque tan pronto como salió del Campo Marte, Ortiz Arana lo madrugó y en una conferencia de prensa dio a conocer al candidato del PRI.

Después vino la postulación y la carga de los búfalos. Muy correcto e institucional, Pedro Aspe fue a felicitar a Colosio, al igual que los cordobeses Emilio Gamboa, Emilio Lozoya y Ernesto Zedillo, "miembro de la generación del cambio", quien fue nombrado ahí mismo coordinador de la campaña. Colosio declaró que continuaría la misma estrategia económica y el Programa Nacional de Solidaridad, es decir: el salinismo. Por su parte, el Ángel de la Dependencia Gurría afirmó: "Colosio garantiza veinticuatro años de continuidad, pues su sucesor, en el año 2000, saldrá del mismo gabinete que hoy gobierna a México. Y me permitiría aventurar que del equipo económico del presidente Colosio". Por cierto, ese día el mismo Gurría hizo cola tres veces para saludar al candidato, como Tontín para que Blancanieves le besara la cabeza. "Éste es un bello día. Hay ya una opción para el futuro que decidirán los mexicanos", dijo a su vez Salinas.

Sin embargo, el gran chisme era que Manuel Camacho Solís no había ido a felicitar al candidato; es decir, a cuadrarse y disciplinarse. Se hablaba de una escisión inminente en el sistema y de que Camacho estaba haciendo el berrinche de su vida. A pesar de todo había conservado las esperanzas e hizo su numerito y paró a todos de cabeza. Salinas le telefoneó y el aún regente quedó de verlo al día siguiente. Colosio también llamó, le pidió que fuera a felicitarlo, pero Camacho no quiso. Volvió a llamar Salinas. "Es muy importante tu presencia. Son las reglas del sistema", le dijo, y le advirtió que no podía responder de las reacciones si no se disciplinaba. Después le mandó a amigos mutuos para que lo convencieran. Inútil. Hasta el día siguiente, después de una dura confrontación en Los Pinos, Camacho Solís avisó que no rompía con Salinas y que apoyaría a Colosio; renunció al DDF y se pasó a la Secretaría de Relaciones Exteriores.

No hubo sangre y todo se arregló; sin embargo el PRI nunca perdonó el desplante y detestó fruiciosamente a Camacho a partir de ese momento.

En tanto, en diciembre los partidos ya tenían a sus candidatos y algunos ya habían iniciado sus campañas. Con Porfirio Muñoz Ledo en la presidencia, el PRD, como se esperaba, eligió a Cuauhtémoc Cárdenas, quien como Salinas todo el sexenio no paró de recorrer la república de arriba abajo y de viajar constantemente a Estados Unidos y Europa, por lo que se decía que ya llevaba seis años de campaña. Cuauhtémoc y los perredistas estaban seguros de que, como en 1988, volverían a ganar a pesar de que la ley electoral aún era una gran curva a favor del PRI-gobierno. El país se debatía entre democracia y autoritarismo, y veían muy difícil que Salinas pudiera armar un

fraude tan grotesco como el de seis años antes. Cárdenas era un candidato muy fuerte porque era el único de auténtica oposición. Pablo Emilio Madero también, pero sus perspectivas eran nulas. El viejo nieto de Francisco I. Madero, ex presidente del PAN, ex candidato presidencial y ex "doctrinario", fue postulado por los infrapartidos conservadores Liberal Democrático (PLM), Demócrata Cristiano (PDC) y la Federación de Partidos del Pueblo (FPP), y con el nombre Unión Nacional Opositora (UNO) compitió con el registro del Partido Demócrata Mexicano (PDM), el de los viejos sinarquistas.

En 1993 el PAN sufrió la escisión de varios miembros destacados del partido que constituían el Foro Doctrinario y Democrático; los doctrinarios se fueron porque no les gustaba el tórrido romance entre el PRI y el PAN que habían celestineado los neopanistas Luis H. Álvarez, Diego Fernández de Cevallos y Carlos Castillo Peraza; estos tres compadres se entendían bien y se rolaban los principales puestos. Álvarez fue sustituido en la presidencia del partido por Castillo Peraza, quien a su vez aceitó la elección de Diego como candidato del PAN. Fernández de Cevallos, el más carismático de los panistas, rápidamente cambió su *look* y se recortó la barba patriarcal para no semejar a Maximiliano de Habsburgo. Le decían la Ardilla, porque nunca salía de Los Pinos. Era un abogado acaudalado y como jefe de la fracción parlamentaria del blanquiazul fue artífice de las famosas concertacesiones PRIPAN (además de la de Monterrey, la alcaldía de Mérida pasó del PRI al PAN en noviembre de 1993) y obtuvo el título de El Jefe Diego ya que en un momento no sólo dirigía a la diputación panista sino a la del PRI también y su papel fue clave en la quema de las boletas electorales de 1988, las famosas actas que tanto se pidió revisar, con lo que se esfumó la única prueba del gran fraude electoral que montó a Salinas en el poder. Después se afirmó que éste era el primer presidente que daba el dedazo no sólo en el PRI sino en el PAN. También se decía con insistencia que Diego competía para no ganar, pues el PAN no tendría la presidencia hasta el año 2000. En tanto, había crecido espectacularmente. "El PAN cacha los votos", decía Salinas.

Otro candidato puesto para hacer bola y quitarle votos al PRD fue Jorge González Torres, del Partido Verde Ecologista Mexicano (PVEM), ya que muchos jóvenes bienintencionados que iban a votar en las grandes ciudades eran defensores de corazón del medio ambiente y fácilmente podían irse con el *fake.* Otro palero, para esas alturas ya bastante choteado, fue Rafael Aguilar Talamantes, que se lanzó bajo las siglas del Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN). Dos más: Marcela Lombardo, postulada por el Partido Popular Socialista (PPS), y Álvaro Pérez Treviño, por el Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM). Por su parte, el flamante Partido del Trabajo (PT), fundado por el ex rojo Alberto Anaya con el apoyo de los Salinas, postuló a Cecilia Soto, una mujer desenvuelta que en el desolado paisaje femenino de la política resultaba casi un cuero. La Soto había militado en el Partido Laboral Mexicano (PLM), un grupo político dirigido a control remoto por el estadunidense Lyndon LaRouche, de pésima reputación por provocador, injuriador y difamador. La Soto y su marido se pasaron después al PARM y ahí estaban engordándola cuando el PT la llamó para que también le hiciera el juego al PRI. Con los recursos de los Salinas, el PT y Cecilia Soto contaron con escandalosas cantidades de dinero y su propaganda se veía en todo el país casi tanto como la del PRI.

Carlos Salinas no soportaba que toda la atención pública se desplazara hacia el candidato del PRI. Además, no estaba enteramente seguro de Colosio, quien, aunque siempre había obedecido ahora mostraba tendencias a hacer un juego propio. Salinas sabía que el candidato resentía fuertes presiones para que pintara su raya ante el presidente y su asesor, y que el PRI pretendía recuperarse a través de él. Además, había cometido el desacato inadmisible de tratar de reunirse con Cárdenas. Esto fue impedido rápidamente por José María Córdoba, quien le impuso a Ernesto Zedillo como coordinador de la campaña, pero también como candidato alterno, como se empezó a decir a los 20 días de la postulación.

La campaña, por otra parte, no arrancaba porque Salinas no daba la luz verde, así es que entre los panegíricos al presidente, Colosio también dijo que deberíamos pasar de las "buenas finanzas nacionales a las buenas finanzas familiares". Esto se vio como una crítica en Los Pinos, las relaciones se enrarecieron y Salinas empezó a pensar que su decisión había sido "apresurada". La revista *Siempre!* después reveló que, apenas en la segunda semana de diciembre, Colosio quedó pasmado y aterrado cuando Patrocinio González Garrido, el secretario de Gobernación, en nombre del presidente y del doctor Córdoba le pidió que renunciara a la candidatura. Colosio se negó rotundamente y González Garrido prefirió explicarle a Salinas que el candidato había dicho que sí, pero que lo sometieran a un referendo. En todo caso, Luis Donaldo Colosio no inició su campaña y desde el 19 de diciembre, consternado, titubeante, se eclipsó.

Los primeros minutos del primero de enero de 1994, el día en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio y la familia Salinas daba un fiestón en Los Pinos después de vacacionar en Huatulco, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), compuesto por dos mil indígenas mayas (tojolabales, tzotziles, tzeltales, lacandones), armados con rifles AK-47, machetes y estratégicos fusiles de palo, ocupó San Cristóbal de Las Casas, Ocosingo, Altamirano, Las Margaritas, Abasolo y Chalán del Carmen. Bloquearon las carreteras y los zapatistas, con pantalón verde olivo, camisa café y los rostros cubiertos por pasamontañas y paliacates, entraron en las ciudades y tapizaron las paredes con la *Declaración de la Selva Lacandona* , cuyo "¡ya basta!" se volvió lema de batalla de todos porque expresaba el sentimiento generalizado de profunda inconformidad. Incluso después el gobierno y la IP trataron de apropiárselo.

El EZLN le declaraba la guerra al ejército mexicano, "pilar básico de la dictadura de Carlos Salinas de Gortari", y pedía la deposición del presidente. Explicaba su alzamiento por la marginación insoportable que vivían los indígenas; se presentaba como "fuerza beligerante", se sometía a las disposiciones de la Convención de Ginebra y solicitaba que la Cruz Roja Internacional vigilase los combates. Los zapatistas tomaron varios edificios públicos y tuvieron enfrentamientos que dejaron docenas de muertos y varios heridos. Ocuparon la estación radial XEOCH de Ocosingo para difundir sus proclamas y, más tarde, el comandante Marcos conversó con la gente, los escasos periodistas y los turistas en la presidencia municipal de San Cristóbal de Las Casas. Explicó que habían elegido levantarse en armas ese día porque el TLC era un acta de defunción de las etnias de México, "que son

prescindibles para el gobierno de Carlos Salinas de Gortari". Aseguró que se proponían avanzar hacia el centro del país y llegar a la capital, que el EZLN estaba compuesto por indígenas y que no había guatemaltecos ni otros extranjeros entre ellos.

Marcos era un hombre en la treintena, de tez blanca y el rostro cubierto por un pasamontañas muy holgado. Vestía de negro con un chuj o cotón chamula; fumaba pipa, era un campeón mundial de la comunicación y mezclaba el humor con una conciencia fría de la situación que se había creado. Aunque el EZLN estaba dirigido por un consejo de indígenas, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI), desde un principio fue claro que Marcos tenía el bastón de mando.

En la capital, Salinas apenas podía digerir el golpe, el cual de entrada dejaba ver que en vez de ingresar en el primer mundo seguíamos bien anclados en el tercero. Todo el espejismo de bonanza neoliberal se hacía añicos. La explotación y la marginación extrema de los indígenas mexicanos era algo que le dolía a todo el mundo, sobre todo después de las fastuosas celebraciones, en 1992, del quinto centenario de la conquista de América. Había un fuerte complejo de culpa en el aire. El gobierno no podía ocultar esa situación y tuvo que admitir que los indígenas tenían razón para inconformarse. En la presidencia se discutió mucho la estrategia para encarar este nuevo conflicto y el superasesor José María Córdoba, como era de esperarse, propuso la línea dura y acabar con el alzamiento por la vía de las armas. Al presidente le salió lo picoso y dio órdenes de que el ejército atacara a los rebeldes. Ni él ni el secretario de Gobernación se atrevieron a dar la cara en un principio y enviaron a funcionarios menores para dar la posición oficial a los medios. Hasta el día 3 Salinas declaró: "Buscaremos siempre el imperio de la ley y, muy particularmente, la defensa de los derechos humanos." La Secretaría de Gobernación aseguró que los grupos violentos estaban constituidos por una mezcla de intereses y de personas tanto nacionales como extranjeros que manipulaban a los indígenas, y el gobernador interino de Chiapas, Elmar Setzer, le echó la culpa a Samuel Ruiz.

Desde el domingo 2 un enjambre de periodistas llegó a San Cristóbal de Las Casas. La noticia del alzamiento fue dada a conocer por *El Tiempo* , un pequeño periódico dirigido por Amado Avendaño, que desde la madrugada del día primero envió faxes a los periódicos nacionales e internacionales. La noticia tuvo una tremenda repercusión y los medios de todo el mundo reportaron profusamente el alzamiento indígena. Por su parte, Marcos, quien después de presentarse como comandante dijo que en realidad era subcomandante, resultó un banquete para la prensa. Le preguntaron por qué usaba pasamontañas y respondió en el más puro estilo Muhammed Ali: "Los que estamos más guapos tenemos que protegernos". Dijo que tenían todo bien planeado, menos cómo entrar en la ciudad de México. "Unos dicen que nos quedemos en Tres Marías a comer quesadillas", añadió. Por cierto, desde un principio el EZLN vetó la presencia de Televisa y sólo dio sus comunicados a *El Tiempo* , *La Jornada* , *El Financiero* y *Proceso*.

En la madrugada del día 2, el EZLN se retiró de San Cristóbal de Las Casas, después de liberar a los presos y grafitear en las paredes "¿No que no hay guerrilla? ¡Ya basta!", y se lanzó contra la base militar de Rancho Nuevo, a 12

kilómetros de ahí, no sin antes volar varios puentes. Los zapatistas se quedaron en Ocosingo y fueron sitiados por la tropa, y en Las Margaritas secuestraron al general Absalón Castellanos Domínguez, gran terrateniente y ex gobernador del estado.

El ejército se hallaba en máxima alerta en todo el país y más de 10 mil soldados ya se hallaban en Chiapas y pronto abundaron las denuncias de violaciones a los derechos humanos de la población y tiros de gracia a los zapatistas que caían. Llegaron tanques, tanquetas y aviones con paracaidistas para sacar a los rebeldes de las cabeceras municipales ocupadas después de duros tiroteos, sobre todo en Ocosingo y Altamirano. El grueso de la tropa zapatista siguió atacando las instalaciones militares de Rancho Nuevo, pero los enfrentamientos también tenían lugar en los pueblos tzotziles del sur de San Cristóbal, que fueron bombardeados. Empezaron los arrestos de "transgresores", pues con ese nombre el ejército, las autoridades y los medios de difusión decidieron llamar a los indios rebeldes o a los que consideraban como tales. Para huir de los bombardeos y de los enfrentamientos cientos de campesinos abandonaron sus poblados y se concentraron en campamentos, lo cual, con el tiempo, causó problemas gravísimos.

A los Altos de Chiapas llegaron también las organizaciones no gubernamentales, mexicanas y extranjeras, defensoras de los derechos humanos, las cuales denunciaron que el ejército impedía la presencia de la Cruz Roja Internacional y de las ONG en la zona del conflicto, y reportaron numerosos casos de arbitrariedades y brutalidad de las fuerzas armadas. Las organizaciones de derechos humanos de todo el mundo más un grupo de congresistas de Estados Unidos le pidieron al gobierno mexicano que investigara las denuncias y anunciaron el envío de observadores. A Chiapas fue en el acto el presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, Jorge Madrazo.

En la ciudad de México los medios afines al gobierno y un grupo de intelectuales, en el que las mafias de Octavio Paz y de Héctor Aguilar Camín se unieron sin embarazo, se apresuraron a condenar el alzamiento. Según ellos, un grupo de comunistas anacrónicos, blancos y barbados manipulaba a esos pobrecitos indígenas que difícilmente sabían cómo se llamaban. Además, las guerrillas estaban *out*. La mayor parte de la población tampoco creía en la vía armada, pero sin duda simpatizó con los zapatistas y pronto fue creciendo la demanda de que se declarara el alto al fuego, se iniciaran conversaciones de paz y se hiciera justicia a los indígenas. El obispo Samuel Ruiz se propuso como mediador. El gobierno se manifestó dispuesto a dialogar, pero puso cuatro condiciones: deposición y entrega de las armas, devolución de rehenes y secuestrados, y la identificación de los dirigentes. Como el EZLN se negó, siguieron los bombardeos en las inmediaciones de San Cristóbal, donde vivían 15 mil indígenas, y después en Tzontehuitz. Los zapatistas volvieron a atacar Rancho Nuevo y abatieron helicópteros. Ya había 17 mil soldados en los Altos a las órdenes de los generales Miguel Ángel Godínez, Gastón Menchaca y Othón Calderón.

El 5 de enero Salinas reapareció y resumió: el conflicto se limitaba a cuatro municipios, no se trataba de un alzamiento indígena porque fue planeado y dirigido por profesionales nacionales y extranjeros de la violencia y el

terrorismo que sólo buscaban desprestigiar a México, a quienes pidió que depusieran su conducta ilegal y ofreció su magnanimidad. “Consideraremos el perdón”, agregó el presidente, y el subcomandante Marcos respondió con uno de sus más célebres comunicados en el que recordó que nadie tenía por qué perdonarlos por tomar las armas después de 500 años de miseria y explotación. Por su parte, el EZLN fijó condiciones para iniciar un diálogo con el gobierno: reconocimiento como fuerza beligerante; retiro de las tropas federales de las comunidades con pleno respeto a los derechos humanos; cese del bombardeo indiscriminado a poblaciones rurales; y formación de una comisión nacional de intermediación, para la que propuso a Rigoberta Menchú, la indígena guatemalteca que obtuvo el premio Nobel de la Paz, a Julio Scherer García y a Samuel Ruiz, quien se había convertido en blanco de las furias de los coletos y del gobierno municipal, estatal y federal. Patrocinio González Garrido había diseñado una estrategia para tirar al obispo y contaba con la ayuda del nuncio Prigione, pero el cardenal Ernesto Corripio y el Episcopado finalmente respaldaron a Ruiz.

Algunos salieron también con que Salinas era el comandante Carlos, pues atribuían la rebelión zapatista al maquiavelismo del presidente. Otros más aseguraban que se trataba de una conjura priísta, en la que participaban Colosio, Camacho, Gutiérrez Barrios y Echeverría, para parar a Salinas.

Un autobomba explotó en el estacionamiento de Plaza Universidad de la ciudad de México, dos torres de alta tensión fueron derribadas en Michoacán y Puebla, y en muchas ciudades aparecieron pintas a favor del EZLN. “Ya llegamos”, se leía en la capital, donde había ido creciendo un verdadero clamor por parar la guerra. El jueves se concentraron miles de personas en las calles y el sábado una inmensa manifestación en la ciudad de México exigió el cese al fuego. Eran cientos de miles de una sociedad civil en ebullición que a partir de ese momento llegaría a ser factor decisivo en la vida nacional y contrapeso al autoritarismo oficial. Esta gran manifestación paró la guerra. El desprestigio que había resentido el régimen en todo el mundo era irreversible y resultaba evidente que las simpatías que había generado el presidente mexicano rápidamente pasaban al polo opuesto. Todo el contexto político había variado con la insurrección indígena.

Ese mismo día Manuel Camacho Solís, secretario de Relaciones Exteriores, se entrevistó en Los Pinos con el presidente y le aconsejó que diera un golpe de timón y parara la guerra porque, si no, él renunciaría para no convalidar lo que no creía. Propuso entonces irse a Chiapas como un ministro sin cartera que cumple una responsabilidad clave. “Esto va a crear una crisis política”, dijo Salinas, pero después pensó mejor las cosas y decidió aprovechar la propuesta de Camacho, que no sólo implicaba un giro de 180 grados en la política del gobierno sino la posibilidad de meterle unos calambres mortales a Colosio y de pasada a Córdoba, cuya política de aplastar militarmente a los zapatistas había empeorado todo.

El miércoles 12, después de que la Bolsa Mexicana de Valores tuvo una caída de 6.3 por ciento, que resultó el primer indicio de la descomposición económica que iría creciendo a lo largo de 1994, el presidente declaró: “He tomado la decisión de suspender toda iniciativa de fuego en el estado de Chiapas”. Anunció entonces varias medidas para corregir “lo que no

funcionó". Nombró a Manuel Camacho Solís como Comisionado para la Paz y la Reconciliación en Chiapas, destituyó a su primo Patrocinio González Garrido como secretario de Gobernación y lo reemplazó por Jorge Carpizo, hasta entonces procurador, cargo que ocupó Diego Valadés. Poco después también cayó el gobernador interino Elmar Setzer. El cese al fuego y el inicio de negociaciones fue bien visto en todas partes y se comentó que mientras en Centroamérica se requirieron años de guerra para entablar negociaciones, en México habían bastado diez días.

Para entonces el ejército había logrado que el EZLN se replegara a la selva. Muchos zapatistas se quitaban el pasamontañas y se reincorporaban a la población civil, lo que permitía camuflarse, burlar el asedio militar y tener una gran capacidad de movilización y presencia en muchas partes. En diez días Chiapas había vivido una guerra no declarada. Se suspendieron virtualmente las garantías individuales, la mayoría de los servicios y las actividades escolares; se establecieron intensos patrullajes en la selva y las ciudades, además de retenes en infinidad de carreteras y caminos; hubo detención de civiles y varios de los bombardeos tuvieron lugar en zonas pobladas; además, se prohibió a la Cruz Roja, a los medios de difusión y a las organizaciones de derechos humanos que recorrieran las zonas de conflicto. El ejército acató a regañadientes la orden presidencial; ya había agarrado vuelo y estaba puestísimo para tomar el campamento rebelde de Guadalupe Tepeyac. No se retiró de donde ya estaba, prosiguió sus patrullajes, se posicionó, inició una campaña para deshacer las bases zapatistas y alteró por completo la vida de la región. Los militares estaban indignados por las denuncias de las ONG nacionales e internacionales. Aseguraban que no se había llevado a cabo ningún bombardeo, apenas habían lanzado unos cuantos *rockets* , y jamás en poblados. Ellos se dedicaban a labores sociales y tareas humanitarias.

El resurgimiento político de Camacho Solís desconcertó severamente a los priístas, pero especialmente cayó como bomba entre los colosistas. No sólo tenían a Ernesto Zedillo como candidato alterno y al presidente en contra, sino que ahora el comisionado acaparaba la atención de los medios; de nuevo estaba vivo y puestísimo. Colosio, por su parte, se quedó paralizado ante los acontecimientos de Chiapas. Primero envió un boletín en el que reconocía los rezagos ancestrales del estado y pedía a los rebeldes "rectificar su conducta". Después decidió iniciar su campaña, a pesar de que en Los Pinos le pidieron que la siguiera retrasando, pero el 10 de enero arrancó con un acto tristísimo en Huejutla, Hidalgo, con asistentes rigurosamente acarreados. A partir de ese momento su campaña transcurrió sin que nadie le hiciera caso.

En cambio, Camacho disfrutaba su vuelta a los reflectores y una de las primeras cosas que hizo como comisionado para la Paz y la Reconciliación en Chiapas fue respaldar a Samuel Ruiz y reconocer, tácitamente, a los zapatistas. "Me he referido a ustedes como E Zeta Ele Ene, respetando la denominación que les ha dado identidad", dijo en San Cristóbal. Agregó también que era necesario pedirle perdón a los indígenas por todo el sufrimiento que habían vivido. Ante esto, el EZLN lo reconoció como "interlocutor verdadero". El Congreso aprobó inmediatamente después una ley de amnistía. Por su parte, Samuel Ruiz, una verdadera ave de tempestades, fue aceptado como mediador por los zapatistas y el gobierno, lo

cual indignó a los finqueros y a las fuerzas vivas de San Cristóbal de Las Casas, que se autodenominaban "auténticos coletos".

Si Camacho había resurgido, Marcos se había vuelto objeto de culto y *sex symbol* internacional. A los pocos días salieron a la venta camisetas y carteles del "sup", como se decía y le decían, así como muñecas zapatistas encapuchadas. Después aparecieron los condones Alzado con la efigie de Marcos y todo tipo de juguetes y recuerdos. En muchas ciudades los jóvenes se ponían pasamontañas para echar relajo y las muchachas declaraban, desinhibidamente, que el subcomandante era un papacito. Marcos procuró desalentar todo esto, porque "trivializaba la lucha", pero obviamente le encantaba el tremendo pegue que tenía entre las chavas. "Bueno, ahora este muñeco va a cambiar de aparador", decía al despedirse. Sus comunicados contenían análisis, denuncias e informaciones, pero también citaba a poetas, filósofos y novelistas, y se la pasaba haciendo chistes e ironías sangrientas. Inventó personajes, se especializó en posdatas y escribía poemas. Era claro que tomaba muy en serio la situación pero que, al mismo tiempo, no respetaba a nadie. Le atraían los altos intelectuales, eso sí, y trató de seducir a Carlos Fuentes, Enrique Krauze y Carlos Monsiváis, pero los tres castos varones no cedieron. Elena Poniatowska lo apoyó sin reservas, al igual que los poetas chiapanecos Óscar Oliva y Juan Bañuelos (en contra, Jaime Sabines y Efraín Bartolomé). Ofelia Medina se convirtió en un entusiasta y valiente apoyo del EZLN, al grado de que un tiempo la ultraderecha chiapaneca la detestó casi como a Samuel Ruiz y compuso un escalofriante grito de batalla: "Violación masiva a Ofelia Medina".

Marcos aseguró que el EZLN se había alzado en armas para darle expresión a la sociedad civil. Dijo incluso que el EZLN ni siquiera se proponía tomar el poder, sino contribuir a que en México hubiera una verdadera democracia. "Es la primera insurrección postcomunista", apuntó Carlos Fuentes, ya que la del EZLN no se parecía a ninguna de las guerrillas: no se declaraba marxista, no se proponía instaurar el socialismo, predicaba la democracia, enarbolaba los derechos de los indígenas, rescataba a los héroes populares de la revmex y sus soldados se cubrían la cara como el Llanero Solitario.

En febrero se iniciaron los Diálogos de San Cristóbal entre los zapatistas armados y Camacho y su equipo, con Samuel Ruiz como mediador. La prensa internacional cubrió profusamente las negociaciones, que tuvieron lugar en la catedral de San Cristóbal a puerta cerrada. Los 19 zapatistas hicieron una larga serie de demandas, además de la renuncia de Salinas y del retiro del ejército, que iban desde elecciones libres hasta la autonomía de los pueblos indígenas, pasando por la liberación de los presos, anulación de las reformas al artículo 27 constitucional y dotación de maquinaria, fertilizantes, clínicas, escuelas, electricidad, agua, drenaje y precios y salarios justos. Camacho no cedió en lo referente al retiro de Salinas ni reconoció al EZLN como "fuerza beligerante" ni pidió la salida del ejército, pero tenía ganas de arreglar el asunto rápidamente para capitalizarlo en sus aspiraciones presidenciales, así es que respondió satisfactoriamente a las demás demandas, y el 2 de marzo se dieron a conocer los *32 compromisos para una paz digna en Chiapas.* Salinas enfatizó que garantizaba la ejecución de los compromisos asumidos por Camacho Solís, entre los que se contaba, implícitamente, una nueva reforma que asegurara elecciones libres ese año. Los zapatistas regresaron a

la selva para ver si sus comunidades aprobaban los compromisos, y el comisionado se fue a la ciudad de México a aterrorizar colosistas.

Mientras el presidente le daba aire a Manuel Camacho Solís, y Ernesto Zedillo, agazapado y disfrazado de coordinador, estaba ahí por lo que pudiera ofrecerse; los colosistas, furiosos, se quejaban de una campaña contra la campaña y de que Salinas deliberadamente los bloqueaba. El contacto entre el presidente y el candidato se volvió cada vez más escaso y frío, y no tardó en crecer una pugna entre Córdoba y Colosio. La saturación de comerciales y propaganda de la campaña dejaba indiferente a la sociedad y la atención de todos se iba siempre hacia Marcos y Camacho, por lo que la campaña presidencial del PRI era lastimera. No sólo se trataba de la primera vez que un candidato del PRI no tenía segura la presidencia sino que ni la candidatura misma estaba amarrada. “Algo le puede suceder a Colosio”, se decía. Los priístas se hallaban tan confusos que, en un desayuno, Salinas muy divertido les tuvo que decir: “No se hagan bolas, el candidato es Luis Donaldo Colosio”. Esto empeoró las cosas y se avivaron las especulaciones de que Camacho registraría su candidatura. El comisionado, por otra parte, no se descartaba ni desalentaba las versiones que lo postulaban; hablaba de forma elaboradamente críptica y se refería a sí mismo en tercera persona.

En febrero, los emisarios del presidente volvieron a pedirle a Colosio que renunciara. Éste se negó, sumamente dolido, y el 6 de marzo Luis Donaldo Colosio pintó su raya. En su discurso del sexagésimo quinto aniversario del PRI asentó que era necesaria la separación del partido oficial y del gobierno; que hacía falta un nuevo crecimiento que se distribuyese más equitativamente, para responder a las legítimas demandas de indígenas, campesinos, trabajadores, jóvenes, mujeres, empresarios y profesionales. “Veo un México con hambre y sed de justicia”, confesó. “De gente agraviada por las distorsiones que imponen a la ley quienes deberían de servirla. De mujeres y hombres afligidos por el abuso de las autoridades o por la arrogancia de las oficinas gubernamentales.” Planteó que el “origen de nuestros males se encuentra en una excesiva concentración del poder, que da lugar a decisiones equivocadas, al monopolio de las iniciativas, a los abusos y los excesos”. Prometió reformar el poder para democratizarlo y acabar con el autoritarismo. “El gran reclamo en México es la democracia”, reconoció.

Con esto, la ruptura en la cúpula era irreversible, como lo corroboró el que Salinas poco después le volviera a pedir la renuncia a la candidatura. Colosio también se lanzó contra Camacho, pero reconsideró y fue abucheado en el Tecnológico de Monterrey porque no quiso opinar sobre el comisionado. En la segunda mitad de marzo los dos se reunieron a cenar, hicieron las paces y llegaron a acuerdos (se dice que esa vez fue Colosio el que le ofreció la Secretaría de Gobernación), por lo que Camacho Solís declaró, el 22 de marzo, justo a tiempo, que no tenía pretensiones presidenciales, lo cual fue festejado públicamente por el candidato. Poco antes Colosio había recibido una carta en la que Ernesto Zedillo le pedía que hiciera un pacto con el presidente Salinas y le reiteraba que el enemigo era Manuel Camacho.

Un día después, el 23, en la mañana, Colosio recibió una llamada de José María Córdoba. Otra vez le pedía la renuncia. Como se negó, Córdoba le dijo: “Aténgase a las consecuencias”. Colosio se fue a Tijuana y siguió su campaña

con un mitin en Lomas Taurinas, un barrio marginal. Su coordinador Ernesto Zedillo no asistió porque tenía intereses políticos en Baja California y no quería dar la impresión de que lo estaban placeando para la gubernatura del estado. A las cinco de la tarde Colosio ya había concluido su discurso y avanzaba difícilmente entre una multitud que lo apretaba, pues su equipo no le organizó una valla. Con más diligencia, un hombre de chamarra negra le abría paso a un joven de bigote, también de gorra, que logró colocarse detrás del candidato. De pronto un joven de lentes oscuros cayó en frente de Colosio y lo hizo detenerse; el de bigote alzó una pistola calibre 38 y disparó a la cabeza del candidato. Cuando caía entre la muchedumbre, otra bala le penetró en el abdomen. Hubo quienes oyeron hasta cuatro disparos. La guardia personal saltó al auxilio del candidato y se lo llevó hacia una camioneta con rumbo al hospital. Otros sujetaron y procedieron a golpear al de la gorra, quien exclamaba: "¡Fue el ruco, fue el ruco!" Los agentes de la PGR hicieron a un lado a la policía local y se llevaron al joven de la gorra, Mario Aburto Martínez; al ruco, Vicente Mayoral Valenzuela; y a Jorge Antonio Sánchez Ortega, a quien la PGR dejó en libertad a pesar de que la prueba de la parafina le resultó positiva. Hasta después arrestaron a Tranquilino Sánchez Venegas, quien le abrió paso y cubrió a Aburto y a Rodolfo Mayoral. Todos eran o habían sido policías.

Luis Donaldo Colosio había perdido muchísima sangre en el largo camino entre Lomas Taurinas y el Hospital General de Tijuana, donde trataron de salvarle la vida. Para entonces Diana Laura Riojas de Colosio ya estaba ahí; la noticia había volado. Televisa transmitía en directo a todo el país y repetía el video del asesinato. Colosio fue declarado muerto a las ocho de la noche, aunque se dijo que en realidad había fallecido desde las seis y media, y se retuvo la noticia para que el gobierno pudiera maniobrar. En todo caso, a las diez de la noche llegó el procurador Diego Valadés, enviado por el presidente Salinas para encargarse de las investigaciones. Ernesto Ruffo, gobernador de Baja California Norte, se había dispuesto a tomar el caso, pero por vía telefónica Salinas lo paró en seco. Rapidísimo llegó también a Tijuana Manlio Fabio Beltrones, el gobernador de Sonora, aunque nadie sabía exactamente a qué. Beltrones adujo ser un representante del presidente y le pidió al procurador Valadés que le prestara un rato a Aburto, a quien interrogó durante dos horas con su director de Seguridad Pública en la playa de Rosarito. Después lo regresó a la PGR y dijo: "No le pudimos sacar nada". Concluida la autopsia, Diego Valadés informó que Mario Aburto era el único y verdadero asesino. Disparó primero en la cabeza; al caer, Colosio giró en sentido contrario a las manecillas del reloj y Aburto le disparó por segunda vez. Esta versión fue recibida con extremo escepticismo, porque los médicos aseguraban que el calibre de las dos balas era distinto, por lo que la segunda tuvo que haber sido disparada por otra pistola y podía tratarse de una conspiración.

El país se conmocionó por el asesinato, especialmente porque durante unas horas vio por televisión el momento del crimen y los intentos por salvar al candidato. Una sensación de horror flotaba en el ambiente, pues nadie pensaba que las cosas se hubieran descompuesto tanto que de nuevo la política recurriera a las balas. "Es un ajuste de cuentas interno y una provocación para el endurecimiento", dijo el subcomandante Marcos desde la Selva Lacandona y el EZLN se declaró en estado de alerta máxima, por lo que

los resultados de los Diálogos de San Cristóbal quedaron en suspenso.

Por su parte, Salinas se reunió con Pedro Aspe, el secretario de Hacienda, y declararon al jueves 24 día de duelo nacional. Con esta medida se cerraron bancos y la Bolsa de Valores, y se evitó una reacción de pánico por parte de la gente de dinero, aunque con el tiempo siguió lo que para entonces ya era una continua salida de capitales. También se ratificó el Pacto y Aspe se puso en contacto con los financieros del extranjero. Al mismo tiempo, Salinas nombró a Miguel Montes como subprocurador especial para que investigara el asesinato. Poco después el gobierno de Estados Unidos abrió una línea de crédito de seis mil millones de dólares que se añadieron a la histórica cifra de las reservas gubernamentales: 30 mil millones de dólares.

El cadáver de Luis Donaldo Colosio, que de ser candidato de un partido empezaba a recibir reconocimientos de jefe de Estado, héroe y mártir, fue trasladado a la ciudad de México y se le rindieron homenajes en el edificio del PRI. Salinas hizo la primera guardia ante priístas enardecidos que le gritaban "¡Colosio!, ¡Colosio!", "¡justicia!", "¡quién fue?", "¡que vuelen cabezas!" y hacían todo tipo de recriminaciones, por lo que don Carlos mejor se fue rápidamente. El cadáver fue velado en la agencia Gayosso y Fernando Ortiz Arana se desempeñó como anfitrión y doliente, y recibía los abrazos de todo el sistema, incluida la oposición. "Muchas gracias por venir, ingeniero. Lo apreciamos mucho", le dijo a Cuauhtémoc Cárdenas, quien ya se iba cuando Manuel Camacho Solís cometió el error de aparecerse ahí. "¡No queremos a Camacho!, ¡que chingue a su madre!", dijeron los priístas, con lo que el comisionado quedó descalificado de cualquier posibilidad de ser el candidato sustituto.

En el PRI y en el gobierno todo mundo iba y venía a causa del reemplazo de Colosio. Corrían mil rumores, se hacían muchas reuniones, pero las opciones no eran muchas, pues la Constitución indicaba que sólo podían ser candidatos los funcionarios que hubiesen renunciado a sus cargos, lo que impedía que el presidente diera un segundo dedazo en favor de gente suya como Pedro Aspe, Emilio Lozoya o Emilio Gamboa. Las posibilidades, por tanto, se reducían a Ernesto Zedillo, que trataba de pasar inadvertido, y al líder del PRI Fernando Ortiz Arana, quien vio la suya y se movió frenéticamente. Desde el PRI envió faxes a todos los comités directivos estatales solicitando apoyo para que él fuera el nuevo candidato. Los priístas estaban conmocionados, exigían el fin del dedazo y participar en la selección del sustituto de Colosio, así es que Ortiz Arana rápidamente encontró apoyos y un grupo numeroso se manifestó públicamente a su favor. Salinas, furioso porque ante sus mostachos le trataban de birlar el sacrosanto derecho del dedazo, y mientras simulaba "auscultaciones entre los priístas", mandó llamar a Ortiz Arana y le ordenó no sólo detener todos los apoyos a su candidatura sino convocar a una sesión extraordinaria del Congreso que modificara el artículo 82 de la Constitución para que los secretarios de Estado pudiesen ser candidatos a la presidencia. Esta maniobra fue rechazada tajantemente por los priístas y más de 100 integrantes del Consejo Político Nacional lo afirmaron en un desplegado. Salinas telefoneó a Ortiz Arana, lo volvió a regañar y lo obligó a declarar públicamente que no buscaba ni quería la candidatura. El presidente del PRI vio desvanecerse sus ilusiones y se autodescartó ante los medios. Con el tiempo su docilidad le pagó amargos dividendos, pues ni siquiera pudo ser

gobernador de su estado natal, Querétaro.

Todos se dieron cuenta con horror de que a Salinas no le quedaba más que el candidato alterno de Córdoba, el no menos doctor Ernesto Zedillo. El mismo José María Córdoba se encargó de todo. El martes 29 de marzo de 1994, los priístas en pleno se reunieron en Los Pinos, donde Salinas el Democrático les preguntó a quién querían de candidato. "Yo tengo una propuesta", intervino Manlio Fabio Beltrones, el gobernador de Sonora, "es la propuesta de un sonorense como lo era nuestro candidato Colosio", agregó y un videocasete, que convenientemente le había proporcionado a Beltrones el doctor Córdoba la noche anterior, mostró a Colosio elogiar a Zedillo cuando lo nombraba coordinador de la campaña. Era el dedazo de ultratumba, o videodedazo, como se le conoció: nada menos que el mismísimo e insigne Mártir Fallecido se manifestaba a favor del doctor Zedillo. "¿Alguna otra propuesta?", preguntó Salinas. "No, señor presidente", replicó en el acto Fidel Velázquez, "ésa también es nuestra propuesta".

Ernesto Zedillo Ponce de León nació en la ciudad de México en 1951, pero fue llevado a Mexicali, Baja California, desde que tenía tres años de edad y ahí estudió primaria y secundaria. Era un niño obediente y aplicadísimo que sacaba puros dieces. Se contaba que había tenido que trabajar como bolero y recolector de chatarra porque su familia no tenía recursos. Después estudió economía en el Instituto Politécnico Nacional, obtuvo becas para estudiar en Estados Unidos y finalmente se doctoró en la Universidad de Yale en 1978. La buena fortuna lo llevó a conectarse con el Grupo Compacto de la SPP y a ser el consentido del todopoderoso José María Córdoba. Toda su carrera la pasó encerrado en las bóvedas de la economía y su adhesión a las doctrinas neoliberales era total. No había tenido ninguna experiencia política porque el doctor Córdoba había hecho todo por él y de pronto se hallaba en la antesala de la presidencia mexicana sin haberse preparado en lo más mínimo, prácticamente sin equipo ni los amarres necesarios.

Por cierto, tan pronto como Zedillo fue nombrado candidato, José María Córdoba estratégicamente dejó su superasesoría y fue enviado a Washington como representante de México al Banco Interamericano de Desarrollo (BID). "Me voy para no causarle problemas a Ernesto", se dignó decir, ya que era notoria su relación con el flamante candidato. Su salida de México significó la ruina de su estilo, pues su notoriedad era mucha y ya no podía operar desde las sombras. Sin embargo, era obvio que Córdoba regresaría a México en el momento oportuno para velar por el nuevo presidente. Por su parte, Zedillo presentó sus propuestas políticas, económicas y culturales a través de decálogos, pero estaba aterrado por el broncón en que se había metido.

En tanto, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, después de un buen rato de debatirlo entre sus comunidades, dijo no a los acuerdos de paz negociados con Manuel Camacho Solís, porque, argumentaron, no habían muerto zapatistas por créditos de la Sedeso, Procampo o desayunos escolares en Las Cañadas, sino por libertad, democracia y justicia en todo el país. Marcos incluso reveló que el gobierno les había ofrecido dinero para que fingieran su rendición e informó que organizarían una gran convención nacional con la asistencia de la sociedad civil en un pueblito de la selva lacandona rebautizado como Aguascalientes, por lo que México volvería a

tener una Convención de Aguascalientes.

Por otra parte, la investigación del asesinato de Colosio no satisfacía a nadie. Para empezar, se dudó de que el Mario Aburto que fue recluido en la prisión de alta seguridad de Almoloya fuese el mismo que había sido detenido en Tijuana. El primer Aburto tenía bigotito, ojos caídos y complexión delgada, pero el segundo era robusto, sin bigote y de rostro redondo. El que se quedó en Almoloya resultó un ex testigo de Jehová muy seguro de sí mismo, perfectamente *cool* , que asumió la responsabilidad por los dos disparos a Colosio. Aseguró que no quería matarlo, sino sólo herirlo a fin de "lograr la atención de la prensa para exponer sus ideas pacifistas", pero ya casi no agregó más, pues se negó a hablar. "¡Ya les dije que no voy a contestar!", gritó molesto en una ocasión. Daba la impresión de que había sido muy bien aleccionado para declarar y que tenía un talento especial para hacerlo.

El subprocurador Miguel Montes llevó a cabo su investigación y revisó los varios videos que había del crimen. Incluso importó a unos investigadores españoles para que lo ayudaran. Primero admitió la posibilidad de que fueran varios los implicados aunque un solo ejecutor (una "acción concertada"), pero después Montes concluyó que Aburto era un asesino solitario, un sicópata que actuó por su cuenta. Nadie creyó esto. La idea generalizada era que se trataba de un asesinato político instrumentado desde el interior del gobierno y se señalaba como posibles autores intelectuales a los dinos del PRI y al grupo Atlacomulco de Carlos Hank González, pero sobre todo a la dupla Salinas-Córdoba, que le había hecho la vida imposible a Colosio y le pidió la renuncia porque no podía permitir modificaciones a El Modelo, además de que el crimen resultaría una drástica manera de diluir la atención que recibía Chiapas. En el gobierno se decía que el culpable era Manuel Camacho Solís, a lo cual él reviró diciendo: "¿A quién benefició el crimen?", pero como el beneficiado era Zedillo mejor se dejó en paz el asunto. También se decía que los responsables eran los narcotraficantes, que habrían sido poseídos por el furor matacandidatos de los colombianos, además de que Colosio se habría negado a transar con ellos. Otra hipótesis era que los políticos habían utilizado sicarios de los narcos.

En todo caso, como Montes no convenció, salió de la subprocuraduría del caso Colosio y en su lugar quedó Olga Islas, quien a su vez optó por dejar pasar el tiempo y al final tampoco satisfizo a nadie. Se decía que Diana Laura, la viuda de Colosio, se hallaba muy molesta por el rumbo de las investigaciones y que se negaba a hablar con Salinas, ya que éste la presionaba para que apoyara públicamente a Zedillo y de pasada a Camacho Solís. La señora tenía cáncer y tanto ella como Colosio sabían que no iba a durar mucho. La muerte de su marido y la secuela de acontecimientos precipitaron sus males y falleció en noviembre de 1994. Con el nuevo gobierno hubo un nuevo investigador especial, Pablo Chapa Bezanilla, quien nuevamente empezó de cero; hizo ver que la investigación presentaba gravísimas deficiencias y volvió a la hipótesis del complot a través de un segundo tirador. Sin embargo, él tampoco pudo probar nada y al final tuvo que huir a España, por lo que se nombró un cuarto investigador: Raúl González Pérez. La sociedad se negaba a resignarse a la idea de que la muerte de Colosio jamás sería aclarada.

Los candidatos a la presidencia tenían bien encarriladas sus campañas

cuando Ernesto Zedillo inició la suya. Desde un principio todo le costó mucho trabajo; ya no había una campaña contra la campaña pero él mismo era el problema, pues inevitablemente resultaba una muestra fehaciente de los abismos a los que podía llegar la decadencia del sistema, que, por cierto, nunca se caracterizó por sus grandes hombres. Desde su discurso de aceptación de la candidatura (en el que en 20 minutos mencionó 38 veces a Colosio) se vio excesivamente inseguro y nervioso. Ni siquiera la hacía cuando le tomaban fotografías con fines publicitarios. Tenía el carisma de un hígado y los pobres publicistas sufrían para hallarle una imagen atractiva. Además de lucrar con el nombre de Colosio, en un principio Zedillo, que para esas alturas era un yupi tecnócrata, trataba de hacerse el simpático y populachero pero a nadie convencía, como cuando unos trabajadores le invitaron una cerveza y él la pidió en vasito para que pareciera Sidral, "porque si no los amigos de la cámara me agarran tomando cheves". Sin embargo, era pródigo en el humorismo involuntario (aseguró que sería presidente de "los pobres mexicanos" en vez de "los mexicanos pobres") y en los chistes suicidas ("A mí me gusta que me digan la neta", dijo una vez). Como había sido bolerito cuando niño, muy gandhianamente se puso a bolear cacles en Irapuato. Trataba de vender la idea de que por sus orígenes humildes estaba con los pobres, así es que se daba sus baños de pueblo y sus *think tanks* le urdieron el lema "Por el bienestar de la familia" basado en la idea de Colosio de que debía haber "buenas finanzas familiares" que en su momento resultó inadmisible para Salinas. Tenía inclinación a las jugadas dudosas, como cuando se metió furtivamente en el campus de la Universidad Nacional; los estudiantes se enteraron de su presencia y le dijeron: "¿Cómo viene a hablar de democracia si a usted lo eligieron antidemocráticamente, por dedazo?" Furioso, Zedillo mejor se fue entre insultos y pedradas; después acusó a los jóvenes de "violentos" y a la vez, sin empachos, declaró que el de la UNAM había sido "un actazo". Casi todos sus actos públicos se prefabricaban con gente dócil que, como muchos intelectuales, criticaba en pequeño y ayudaba en grande. Y aun así, a pesar del control, nunca faltaban los que aprovechaban la tribuna y en la cara de Zedillo no sólo decían sus verdades sino que denunciaban cómo se habían arreglado esas mismísimas reuniones.

No había candidato pero sí dinero y aliados, así es que se gastaron cantidades exorbitantes en propaganda y publicidad, y tanto Televisa como Televisión Azteca al igual que la mayor parte de las radiodifusoras llenaron las pantallas con apoyos a Zedillo y les dieron la menor atención posible a Cuauhtémoc Cárdenas y Diego Fernández de Cevallos, quien, por cierto, calificó a los demás partidos como "la chiquillada". Éstos, en cambio, eran tratados magnánimamente por los medios, en especial Cecilia Soto del PT. La estrategia principal para que ganara el PRI se basó en fomentar el miedo de la población, lo cual no fue nada difícil después del asesinato de Luis Donaldo Colosio, un nocaut sicológico que verdaderamente desestabilizó a la nación. Además, la existencia de una guerrilla en Chiapas atemorizaba a muchos y Cuauhtémoc Cárdenas y el PRD eran asociados con la violencia, ahora por su apoyo al EZLN. "En ninguna época, en ninguna parte, por ningún motivo, un niño debe crecer con miedo. Porque creemos en la fuerza de la razón, rechazamos la violencia", decían, lúgubres, los incesantes anuncios televisivos. El gobierno desplegó todos sus recursos para meter la idea de que un cambio de gobierno sería prematuro y que generaría la violencia. "El cambio no, ahorita no", decían las estrellas de Televisa. El presidente de la

Asociación Nacional de Banqueros anunció que un triunfo de la oposición traería consigo fuga de capitales, caída de la Bolsa de Valores y una terrible devaluación, lo cual efectivamente ocurrió, pero con el gobierno priísta.

Por esas fechas Salinas anunció que, con el apoyo de Estados Unidos, aspiraría a la dirección de la Organización Mundial de Comercio (OMC), el nuevo e importantísimo organismo internacional que sustituiría al GATT a partir de 1995, con lo cual el buen Babalucas ascendería a gran estrella internacional, y también empezó a llamar la atención el Grupo San Ángel, compuesto por intelectuales y políticos como Carlos Fuentes, Enrique Krauze, Jorge Castañeda, Demetrio Sodi de la Tijera, Lorenzo Meyer, Carlos Monsiváis, Enrique González Pedrero y otros de peso completo. Según ellos, había que evitar que en las elecciones hubiera "un choque de trenes". Que "las locomotoras se detengan y en la estación todos podamos abordar el convoy de la democracia", dijo Fuentes, inspirado. Después de las elecciones se pudo ver que la tesis del choque de trenes no tenía sustento, pero en cambio contribuyó al voto del miedo.

Con mayo vino el esperado debate entre los principales candidatos presidenciales, que se transmitió por televisión nacional: Ernesto Zedillo Ponce de León, del PRI, Diego Fernández de Cevallos, PAN, y Cuauhtémoc Cárdenas, PRD. Era la primera vez que había un debate presidencial en México, pues Salinas se negó a enfrentar a Cárdenas y a Clouthier seis años antes. Ante el regocijo general, el Jefe Diego, de lo más quitado de la pena, se comió vivos a sus oponentes y los hizo ver muy mal. Zedillo no fue pieza en lo más mínimo y Cuauhtémoc tampoco la hizo. Se vio tieso y lento, en especial cuando Cevallos lo atacó frontalmente. Después del debate Zedillo motivó carcajadas cuando se autoproclamó ganador, pero todas las encuestas ubicaban a Fernández de Cevallos en primer lugar. El candidato del PAN tenía todo para ganar la presidencia, pero a partir de ese momento suspendió su campaña durante un mes, bajó notoriamente su perfil al mínimo requerido y dejó que el PRI recuperara el control. Cárdenas, por su parte, ya no pudo remontar su fracaso en el debate.

En tanto, en el Congreso se cocinaba la tercera reforma electoral del sexenio, con la que se logró "ciudadanizar" parcialmente el control de las elecciones con la creación de un consejo plural de seis ciudadanos, entre ellos Miguel Ángel Granados Chapa, José Woldenberg, José Agustín Ortiz Pinchetti y Santiago Creel. Se establecieron topes a las campañas, aunque éstos resultaban más allá de toda proporción y naturalmente favorecían al PRI a tal punto que después el mismo Zedillo reconoció que habían sido inequitativos. También se permitió por primera vez el ingreso de observadores extranjeros con el eufemismo de "visitantes internacionales", y se autorizaron las encuestas de salida en las urnas o *exit polls.* El gobierno siguió disponiendo de mecanismos esenciales, pero sin duda se dificultaron los fraudes electorales.

El 21 de agosto de 1994 las elecciones transcurrieron en paz en todo el país, sin choque de trenes y casi sin incidentes mayores, salvo que en las casillas especiales las boletas resultaron insuficientes, lo cual motivó manifestaciones que gritaban "¡queremos votar!" Una buena cantidad de ciudadanos sinceramente creía que las campañas para meter miedo ante un cambio de

gobierno no prosperarían y esperaba que ese día por fin se iniciaría el tránsito a la verdadera democracia. Oh, ilusos. Desde esa noche el Instituto Federal Electoral (IFE) presentó resultados preliminares que corroboraban los resultados de las encuestas de salida: la victoria era para Ernesto Zedillo con casi 50 por ciento de la votación; Diego Fernández de Cevallos obtenía 27 y Cárdenas, 15. Cevallos aceptó la derrota desde antes de que se conocieran los resultados del IFE, y Cuauhtémoc —aunque se quejó de numerosas irregularidades, no paró de refunfuñar y dijo que Zedillo era un usurpador— con el tiempo tuvo que reconocer que había cometido demasiados errores y que esta vez no la había hecho. Al final aseguró que no podía reclamar el triunfo pero "tampoco reconocer la victoria de nadie".

Nadie podía creer el triunfo aplastante del PRI. "Los mexicanos votaron masivamente pero no por el cambio", cabeceó *Proceso* . "Cuando pudimos no quisimos", suspiró después el columnista Carlos Ramírez. Había votado 78 por ciento del padrón con una nueva ley electoral, consejeros ciudadanos, observadores internacionales y el escrutinio de la prensa de todo el mundo. Se hablaba de fraude cibernético y de irregularidades sin fin, pero Zedillo se llevó más de 17 millones de "votos del miedo" (48.77 por ciento). El PRI ganó las 64 senadurías y 277 diputaciones de mayoría, por lo que la 56 legislatura se integró con 300 diputados (60 por ciento) del PRI, 119 (24 por ciento) del PAN, 71 (14 por ciento) del PRD y 10 (dos por ciento) del PT. El PRI también arrasó en la Asamblea de Representantes del DF y ganó 142 alcaldías en siete estados. El PAN sólo pudo obtener un triunfo importante en Monterrey, pero mediante una concertacesión más. El PRI también ganó la gubernatura de Chiapas con Eduardo Robledo Rincón, pero el PRD, el PAN y muchos observadores coincidieron en que hubo un fraude descarado. Se realizaron movilizaciones en protesta, se exigía la apertura de los paquetes electorales para contar voto por voto y hubo una gran tensión. Por cierto, los simpatizantes de los zapatistas resintieron un gran golpe cuando el poeta, narrador y cuentero Eraclio Zepeda aceptó el cargo de secretario de Gobierno con Robledo Rincón y engrosó las filas de izquierdistas seducidos por el salinismo.

Carlos Salinas de Gortari consideró que las elecciones fueron "excepcionales", pero la fachada de limpieza pronto se empañó. Fue muy divertido cuando las autoridades invitaron a la prensa a que revisara las carpetas del proceso electoral y los reporteros de *El Financiero* , *El Universal* , *La Jornada* y *Reforma* descubrieron alteración de cifras, actas en blanco y tachadas, sumas que no coincidían, más votos que boletas, falta de datos y actas sin firmas. Después se dieron a conocer incontables anomalías e irregularidades en todo el país, pero especialmente en Chiapas.

Sin embargo, apenas a un mes de las elecciones y cuando parecía que regresaría a la normalidad, el país volvió a trepidar con otro atentado político. El martes 27 de septiembre, José Francisco Ruiz Massieu, ex gobernador de Guerrero, representante del PRI en el IFE, secretario general del Institucional, virtual líder de la mayoría priísta en el Congreso y a quien se le atribuía la concertacesión que permitió al PAN quedarse con la alcaldía de Monterrey, asistió a una reunión de los diputados electos del PRI, y al recoger su automóvil, Daniel Aguilar Treviño, un tamaulipeco delgado y de pelo corto, avanzó hacia él, sacó una subametralladora, apuntó y disparó una bala

expansiva que destrozó arterias vitales y produjo una hemorragia fatal. El arma de Aguilar se trabó, por lo que éste, un inexperto que se hundió en el pánico, salió corriendo entre la gente hasta que un policía bancario lo detuvo. En tanto, una ambulancia se llevó a Ruiz Massieu al hospital Español, donde falleció al poco rato.

José Francisco Ruiz Massieu había conocido a Carlos Salinas de Gortari en tiempos de estudiante, y con Camacho Solís, Emilio Lozoya y Diego Valadés habían constituido una hermandad y un grupo. Se casó con Adriana, la hermana de Carlos Salinas, con la que tuvo dos hijas; sin embargo, se divorciaron después y se decía que a la familia Salinas, especialmente a Raúl, esto le molestó muchísimo. La verdad es que el presidente siempre mantuvo a distancia a su ex cuñado, quien se movió en áreas distintas a la SPP. En 1986 obtuvo la gubernatura de Guerrero, donde se le recibió con pintas que decían: "Guerrero está de luto, nos trajeron a otro puto". Ruiz Massieu empleó la mano dura y reprimió al PRD, que en 1989 y 1993 pidió la desaparición de poderes en el estado. El gobernador acusó a sus oponentes de voluntaristas, maximalistas, de instinto totalitario y de "violencia homeopática y focal". Además de la Autopista del Sol, el gobernador se concentró en el Proyecto Punta Diamante, que resultó un surtidero de fraudes y problemas. En 1988 estaba seguro de que dejaría la gubernatura de Guerrero para integrarse en el gabinete del ex cuñao, lo cual lo convertiría en presidenciable, pues no era ningún secreto que él también, como Camacho, soñaba con ser el mero mero. "Creo que todo político de cierto nivel aspira a la presidencia de la república", argumentaba.

Sin embargo, Salinas lo dejó en Guerrero y al final del sexenio lo instaló en el Infonavit. A la muerte de Colosio lo mencionaron como posible suplente, pero él se descartó al instante. Por tanto, el presidente lo mandó a la secretaría general del PRI cuando borró del mapa a Fernando Ortiz Arana y puso a Ignacio Pichardo Pagaza como líder del partido oficial. Se daba por descontado que Ruiz Massieu sería el coordinador de la mayoría priísta del Congreso, desde donde operaría la reforma política que se consideraba inaplazable. Aparte de su pedregosa retórica, Ruiz Massieu era inteligente y ambicioso; tenía personalidad, cultura e ideas propias. Su meta inmediata era llegar a la Secretaría de Gobernación y, entonces sí, "¡ya la hicimos!", decía. Para ello quería "innovar las costumbres políticas", democratizar al PRI e independizarlo del gobierno aunque hubiera que luchar contra los dinosaurios, los "fordcitos 30".

Asesinado o no por los políticos carcacha, la muerte de José Francisco Ruiz Massieu nuevamente horrorizó a todo México y dañó seriamente la precaria estabilidad política obtenida con las elecciones. El presidente Salinas dijo que se trataba de un crimen "aberrante" y nombró como investigador especial al hermano del asesinado, Mario Ruiz Massieu, quien de la UNAM había saltado al gobierno y en ese momento era subprocurador. Él mismo le pidió al presidente que le permitiera encargarse del caso y después resumió la atmósfera que se vivía en México: "Los demonios están sueltos", dijo. En esa ocasión, el hermano investigador pareció tener suerte, pues el sicario Aguilar Treviño hizo revelaciones que llevaron a otros arrestos y pronto hubo una versión oficial de cómo ocurrieron las cosas.

Daniel Aguilar Treviño era un norteño desempleado que se fue a la capital con su amigo Carlos Cantú Narváez, los dos contratados por Jorge Rodríguez, hermano de Fernando Rodríguez González, el secretario técnico de la Comisión de Recursos Hidráulicos de la Cámara de Diputados; la chamba de Aguilar consistía en matar a Ruiz Massieu "porque apoya una serie de reformas que no convienen", le explicaron Rodríguez González y la esposa de éste, María Eugenia Ramírez Araúz. En el complot participaban también los hermanos de ella, José Martín y Roberto Ángel Ramírez Araúz, y el camarógrafo Irving Anthony Dorrego. Estos tres siguieron paso a paso a Ruiz Massieu y averiguaron los compromisos de su agenda. El jefe de todo el proyecto era Manuel Muñoz Rocha, diputado por Río Bravo, Tamaulipas, aspirante frustrado a la gubernatura y subsecretario de Organización del Comité Ejecutivo Nacional del PRI. Todos fueron arrestados, menos Muñoz Rocha, quien, oculto, se comunicó telefónicamente con mucha gente y envió cartas a la PGR, implicó a Abraham Rubio Canales, ex director del Fideicomiso Acapulco y preso en Chilpancingo; además, Muñoz Rocha pidió licencia de su cargo como diputado. Después ya no se supo nada de él y nunca apareció, por lo que circuló la versión de que seguramente había sido asesinado e incluso se especificó que Raúl Salinas de Gortari, al estilo Al Capone en *Los intocables* , lo había matado a batazos. De cualquier manera, la PGR lo acusó de ser el autor intelectual y pidió su desafuero, pero la Cámara de Diputados prefirió concederle la licencia: "era lo más sano para la imagen del PRI y del congreso", se dijo.

En un principio se trató de hacer creer que la conspiración la encabezaba Muñoz Rocha y no había nadie por encima de él, pero entre las declaraciones de los complotados salieron a colación numerosos políticos priístas, sobre todo tamaulipecos, entre ellos Enrique Cárdenas González, Manuel Garza González, el Meme, Hugo Andrés Araujo e Ignacio Ovalle. La PGR hizo interrogatorios y cateos, incluso en las oficinas priístas, por lo que surgió una estridente pugna entre el subprocurador e Ignacio Pichardo Pagaza y María de los Ángeles Moreno, presidente y secretaria general del partido oficial. "La sociedad no sabe lo que hay en los sótanos de la vida pública", decía Mario Ruiz Massieu; "hay corrupción, criminalidad, muertes, homicidios, venganzas, rencores".

"¡Es un hijo de la chingada!", bramó Enrique Cárdenas González, y muchos priístas criticaron abiertamente al subprocurador, el cual a su vez se quejó de que sufría muchas resistencias y presiones para que no pudiera avanzar. Dijo que el crimen fue un complot orquestado por políticos priístas de alto nivel que protegían a Muñoz Rocha y acusó de complicidad y contubernio a Pichardo Pagaza, María de los Ángeles Moreno y a su propio superior, el procurador general Humberto Benítez Treviño. Los tres a su vez presentaron demandas contra Mario Ruiz Massieu. Esta pugna se convirtió en un escándalo muy poco edificante y ya en los finales del sexenio el subprocurador tuvo que renunciar. Poco después, fue arrestado por las autoridades estadunidenses cuando pasó por Houston, rumbo a España, con 10 millones de dólares en efectivo.

En medio de esa escandalera, Salinas se movía diligentemente, como la Hormiga Atómica que era, para obtener la dirección de la OMC, y, como Luis

Echeverría, parecía que nunca terminaría de gobernar, pues no se resignaba a dejar el poder. Prometió que inauguraría una empresa cada uno de los días que le quedaban de gobierno, y lo cumplió, sólo que con compañías que ya tenían rato de haberse establecido, que aún no se acababan de formar o que de plano eran fantasmas. Además, le quería cambiar de nombre al país, posiblemente para satisfacer un capricho de los vecinos del norte, de modo que en vez de Estados Unidos Mexicanos simplemente nos llamáramos México. A esas alturas, al chaparrito ya no le importaban gran cosa las investigaciones sobre Colosio y Ruiz Massieu, ni el lodazal en que chapoteaban el PRI y el subprocurador, ni la situación chiapaneca, ni los graves síntomas de la economía. Ésas eran broncas del próximo gobierno.

En septiembre de 1994 la Secretaría de Hacienda denunció que Carlos Cabal Peniche, uno de los empresarios consentidos del presidente, se había autoprestado grandes cantidades y abrió cuentas en diversos bancos para obtener préstamos que jineteaba hasta reventarlos. Sus ilícitos ascendían a 700 millones de dólares. Cabal Peniche era un empresario tabasqueño que con el apoyo de Salinas, Pedro Aspe y Guillermo Ortiz compró el Banco BCH, que luego se llamó Unión y finalmente Cremi-Unión, cuando absorbió a la Banca Cremi. Con la pequeña ayuda de sus amigotes prosperó rápidamente, lo que le permitió comprar la multinacional Del Monte Fresh Produce y numerosas empresas, especialmente en Tabasco, donde contribuyó con los demenciales gastos de campaña de Roberto Madrazo Pintado, el candidato del PRI. Se movió tanto que él solo se puso en la mira, pues ni los recursos de los socios ni lo que pudiera generar el banco daban para esas compras. Como era de esperarse, fue avisado a tiempo y huyó del país. Nunca se hizo un gran esfuerzo por arrestarlo. También estalló el escándalo del grupo Havre de Julio Mariscal Domínguez y su hijo Eduardo, quienes crearon empresas fantasma para obtener créditos por 600 millones de pesos y 28 millones de dólares que solícitamente les concedió Nafinsa, entonces dirigida por Óscar Espinoza Villarreal. Además, esquilmaron 600 millones de pesos a más de 200 inversionistas, quienes firmaron pagarés que no valían nada.

Después del asesinato de Luis Donaldo Colosio, ya no paró la salida de capitales. Las reservas, que a fines de 1993 llegaron a la histórica cifra de 30 mil millones de dólares, decrecían velozmente, pero Salinas se empeñó en mantener la paridad por aquello de "presidente que devalúa se devalúa". En cambio incrementó la venta de tesobonos, que eran a corto plazo, se pagaban en dólares y tenían doble ganancia: tasas altas y paridad cambiaria. Esa deuda, supuestamente interna, crecía y tenía que pagarse muy pronto, pero la estrategia del gobierno consistía en solucionar lo inmediato a como diera lugar y después a ver qué pasaba. La situación era tan volátil que a mediados de año la Bolsa de Valores tuvo una caída cuando el secretario de Gobernación Jorge Carpizo montó uno de los numeritos que solía hacer para llamar la atención y que le merecieron el mote de doctor Capricho. Esa vez presentó su renuncia y Salinas el Consentidor posiblemente le dijo: "Ándele mi Coquis, no renuncie; la patria lo necesita".

El asesinato de Ruiz Massieu incrementó las salidas de dinero, por lo que en noviembre las presiones devaluatorias eran incontenibles y la situación se había vuelto sumamente preocupante. El día 19 de noviembre salieron del país más de mil millones y medio de dólares, y el 20 Ernesto Zedillo le pidió a

Salinas de Gortari que devaluara la moneda antes de retirarse, como habían hecho Echeverría, López Portillo y el tío Mike. Sin embargo, Pedro Aspe se negó rotundamente e incluso amenazó con renunciar, por lo que acabó más enemistado aún con el presidente electo, que era rencorosillo.

Salinas, por su parte, estuvo de acuerdo con el secretario de Hacienda, pues se había empeñado en ser el único presidente que no devaluara la moneda desde 1970, y técnicamente lo logró, pues se fue sin devaluar y con inflación de un dígito, el siete por ciento, ¡qué maravilla! Ya que no hubo devaluación, el "Pacto" se ratificó a toda velocidad a fines de noviembre y eso contuvo momentáneamente las presiones.

El primero de diciembre Carlos Salinas de Gortari entregó la banda presidencial a Ernesto Zedillo Ponce de León y sin perder tiempo se apropió de un avión de TAESA y con cargo a los contribuyentes se puso a talonear el apoyo de los países latinoamericanos para su candidatura a la dirección de la Organización Mundial de Comercio (OMC). Oficialmente el sexenio había concluido, pero, además de su proyecto transexenal, dejó pendientes problemas tan graves que la realidad inmediata lo persiguió, le arruinó sus planes y le dio el invierno más crudo de su vida.

Para empezar, estaba el problema de Chiapas. El EZLN se hallaba completamente cercado por el ejército; que se posicionó donde quiso y estableció rigidísimos controles. Los militares abrieron caminos en la selva, establecieron cuarteles y aumentaron sus efectivos. Desde mediados de año empezaron a crear las condiciones de una guerra de baja intensidad que aislara a los zapatistas, acabara con sus bases y desactivara el creciente apoyo internacional a los indígenas de Chiapas. Para ello se utilizó la infraestructura existente de guardias blancas y se formaron bien armadas y entrenadas fuerzas paramilitares, como Paz y Libertad, los Chinchulines, el Movimiento Indígena Revolucionario Antizapatista (MIRA) o Máscara Roja, que odiaban rabiosamente a Marcos, al EZLN y a Samuel Ruiz, y tenían permiso para matar, pues contaban con la protección de las autoridades, el financiamiento del PRI y la complicidad de los finqueros. Las elecciones tensaron más aún la situación y Robledo Rincón tomó posesión en medio de grandes movilizaciones de protesta del PRD y de las bases zapatistas. Por su parte, Zedillo inició su política de doble lenguaje y mientras el ejército avanzaba, a través de Esteban Moctezuma, quien era su secretario de Gobernación, había establecido contactos secretos para hablar de paz con los zapatistas. A mediados de diciembre, Marcos dio un gran golpe publicitario con "la toma" de 32 municipios chiapanecos. Durante unas horas los zapatistas, sin disparar un tiro, se hicieron presentes y mostraron tener bases importantes en esos lugares. Inmediatamente después desaparecieron en la selva o quitándose el pasamontañas.

Por otra parte, el 20 de diciembre, el nuevo gobierno no soportó las presiones que lo calaban y devaluó el peso 15 por ciento. Como de costumbre, hasta unos días antes el secretario de Hacienda Jaime Serra Puche había negado enfáticamente que habría una devaluación. Primero no quería dar la cara, pero tuvo que volar a Nueva York para dar explicaciones y suplicar la intervención del Departamento del Tesoro. Los financieros lo increparon e incluso lo acusaron de traidor. También lo odiaron los miles de pequeños

inversionistas de Estados Unidos que habían invertido en pesos y que llegaron a perder hasta 32 mil millones de dólares. Estaban furiosos porque supieron que el gobierno les avisó a sus amigotes empresarios que venía la devaluación, por lo que éstos pudieron comprar abundantes cantidades del billete verde o, como Televisa, cambiar su deuda a dólares justo a tiempo. El peso se puso en flotación y fue peor. A partir de ahí, como en los viejos tiempos del delamadridato, inició una caída espectacular: pasó de tres a cinco pesos por dólar y después llegó a más de ocho en 1995. Además, la bolsa de valores se fue para abajo y arrastró a las de otras partes del mundo; lo que se conoció como "efecto tequila". El presidente de Estados Unidos, William Clinton, consideró el asunto como de seguridad nacional, así es que llegó al rescate con un crédito alucinante de 20 mil millones de dólares, que le causó una fuerte oposición en el congreso estadunidense, más otros 32 mil mdd en un paquete internacional. Era el rescate más grande de la historia y por supuesto no fue gratis: además de condiciones excesivamente ventajosas, cualquier incumplimiento se cobraría con los ingresos petroleros de México.

Zedillo tuvo que eliminar a Jaime Serra Puche de la Secretaría de Hacienda y lo sustituyó por Guillermo Ortiz. Como era de esperarse, se recurrió a un Programa de Emergencia Económica con un severo recorte al gasto y aumentos en las tasas de interés que pronto rebasaron el cien por ciento y que ahorcaron a miles de empresas y profesionales que tenían préstamos bancarios o simples tarjetas de crédito. Centenares de miles perdieron sus empleos y el empobrecimiento fue generalizado. Por supuesto los precios se elevaron salvajemente y las protestas surgieron de todas las capas sociales, especialmente de la clase media, que de pronto se veía endrogada hasta el absurdo. La crisis de 1983 había sido un día de campo junto al "error de diciembre", como la calificó Carlos Salinas de Gortari cuando el nuevo gobierno lo hizo responsable.

Zedillo no sabía qué hacer para contener la inconformidad; le urgía fortalecerse, obtener algún respeto y distraer la atención de la brutalidad de la crisis, así es que se puso feliz cuando la PGR le ofreció en bandeja el fin de los zapatistas. Habían descubierto la identidad de Marcos y de los principales dirigentes no indígenas. Salvador Morales Garibay, supuestamente un ex jefe zapatista fastidiado por la popularidad de Marcos, denunció a sus viejos compas y después desapareció misteriosamente. Por tanto, el 9 de febrero de 1995 el mismo Zedillín informó que Marcos con todo y pipa en realidad era Rafael Sebastián Guillén, nacido en Tampico, que estudió en una escuela de jesuitas y después en la UNAM, donde se recibió en filosofía y sociología. Zedillo reveló también las identidades de otros altos dirigentes del EZLN: el comandante Germán, el jefe de todos, era Fernando Yáñez, hermano de César Germán Yáñez, el líder del FLN; y los subcomandantes Elisa y Vicente resultaron ser la profesora universitaria María Gloria Benavides y su marido Javier Elorriaga, que trabajaba en la televisión. No eran "ni populares, ni indígenas, ni chiapanecos", dijo Zedillo, y anunció que todos serían arrestados. El plan Arco Iris, que consistía en ocupar el territorio zapatista en seis horas y aniquilar a los rebeldes en cinco días, ya se había echado a andar y el ejército asaltó el cuartel general de Guadalupe Tepeyac, pero Marcos fue avisado a tiempo, así es que logró huir; con el resto del EZLN desapareció en la selva y no lo hallaron por más que lo buscaron. Eso sí, tan pronto como pudo, dijo que él no era Rafael Sebastián Guillén, porque no estaba tan feo.

La sociedad civil se movilizó a toda velocidad y en la ciudad de México una gigantesca manifestación de cientos de miles, a la voz de "Todos somos Marcos", obligó al presidente a detener la ofensiva y con el tiempo a entablar nuevas conversaciones de paz en San Andrés Larráinzar. El plan Arco Iris para acabar con los zapatistas había fracasado estrepitosamente.

En esas circunstancias, al presidente Zedillo no le quedó más remedio que intentar otro golpe espectacular y encarceló en Almoloya a Raúl Salinas de Gortari, acusado de la autoría intelectual del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, lo que trajo un juicio y una investigación ruidosísimos que alimentaron el morbo nacional con sus brujas y cadáveres desenterrados. En realidad, desde un principio los indicios llevaban derechito al hermano incómodo, ya que éste impulsó la carrera política de Muñoz Rocha, quien era su amigo desde los tiempos maoístas. Además, se decía, Raúl Salinas no tragaba a Pepe porque éste maltrataba a su hermana Adriana cuando estuvo casado con ella y porque, ya como gobernador, le estropeó varios negociazos que Raúl pretendía llevar a cabo en Guerrero. Después se descubrieron cuentas de más de 100 millones de dólares en Suiza a su nombre y el Hermano Incomodísimo fue acusado de lavar dinero para el narcotráfico.

Al encarcelar a Raúl, el presidente Zedillo se enfrentó duramente con Carlos Salinas, a quien en un principio le salió lo Corleone y envió a dos docenas de guaruras a rescatar a su hermano, quien fue atrapado con engaños en casa de su hermana Adriana. De milagro no se armó una balacera digna de narcos. Después, Salinas llamó telefónicamente a los programas de noticias de Televisa y Televisión Azteca para protestar porque lo inculpaban de la crisis económica y del asesinato de Colosio, y exigió satisfacción. Montó entonces un jet de su amigo el Maseco, se puso su vieja camiseta izquierdista y armó una divertidísima huelga de hambre en una casa pobre de Monterrey. Además, presentó una queja en la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Zedillo lo mandó llamar al instante y negociaron: Salinas sería eximido de toda responsabilidad en el caso Colosio, pero Raúl se fletaba como rehén y el ex presidente tendría que irse del país a beber sus vinos de Burdeos cosecha 1948, el año en que nació, en otra parte. Salinas rompió así su huelga de hambre, que apenas duró poco más de 24 horas. Después se fue a Estados Unidos, donde no pudo quedarse. Tampoco pudo radicar ni en Canadá ni en Cuba, y finalmente se estableció en Irlanda, desde donde monitoreaba el salinismo sin Salinas. Para entonces había tenido que renunciar a sus aspiraciones de dirigir la OMC y pronto fue objeto de las furias populares como nunca se había visto; lo de López Portillo no fue nada. Pero, bueno, lo que dijera la gente era lo de menos y el ex presidente seguía en pie de guerra porque a él también le gustaba el borlote y además el destino lo perseguía. Como a Antonio López de Santa Anna, México no se lo quitaría de encima fácilmente.

Nota final

Éste es el tercero y último volumen de *Tragicomedia mexicana* , crónica de la vida en México de 1940 a 1994. Escribir la historia reciente es patinar en hielo frágil, pues como se sabe, hay numerosas versiones de los hechos que muchas veces se oponen entre sí ya que ven las cosas desde su perspectiva e intereses. No obstante, consideré que el trabajo era necesario, pues casi no hay materiales que sinteticen nuestros hechos recientes. Ahora más que nunca es verdad que para entender lo que nos ocurre necesitamos revisar nuestro pasado inmediato.

Tragicomedia mexicana es una crónica histórica para un público amplio, por lo cual prescindí de un esquema formal, notas y pies de página, cuadros, profusión de estadísticas y demás. Ni remotamente es una versión oficial de los acontecimientos recientes, sino la visión de un observador que cuando menos no pertenece a ningún partido político, a ninguna institución o corporación, que no es propagador de ninguna ideología ni representa ningún tipo de intereses. Esto podrá no parecer gran cosa para algunos, pero a mí me permitió trabajar con una libertad notable. Además, mi propia naturaleza narrativa me indujo a escribir desde un punto de vista crítico, si no es que irreverente, irónico y divertido; es decir, en cierta forma, contracultural.

Seguí el ejemplo de los libros de Salvador Novo sobre los periodos presidenciales de Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán, en los que el maestro no sólo abarcó los acontecimientos políticos y económicos sino que incluyó observaciones sobre la cultura en general: artes, ciencias, artesanías, espectáculos y maneras de ser, hablar, vestir y cocinar, por lo que los subtituló *La vida en México.* Yo hice lo mismo y utilicé el mismo subtítulo. Seguí también la práctica de Novo de dividir la vida nacional en sexenios, ya que éstos han sido parte esencial del sistema, al grado de que Daniel Cosío Villegas consideró que en México se vivía una “monarquía sexenal”.

Tragicomedia mexicana está basada en numerosos libros, en revistas y periódicos. Otras fuentes fueron conversaciones personales con gente de todo el país que me proporcionaron chistes y chismes que por lo general no se consignan en libros, periódicos o revistas. De esa manera intenté, hasta donde me fue posible, consignar lo que se sabía, lo que se decía en voz baja o de plano lo que se ocultaba. Con esos materiales, trabajé con el sistema de fichas, que me fueron muy útiles no sólo para anotar los datos, sino para “preescribir” el libro, ya que en ellas adelantaba notablemente la redacción y ensayaba el estilo; éstas también me sirvieron para estructurar los materiales, pues las “barajaba” de diversas maneras para ensayar distintas posibilidades de estructuración, que en momentos resultó cronológica, otras veces temática y en ocasiones asociativa. Los hechos están narrados sucinta y panorámicamente, pero amplié la crónica en muchos detalles de momentos que me parecían esenciales. Por supuesto, como he sido testigo presencial de buena parte del periodo, no quise prescindir de mi propia visión de las cosas,

que, como era de esperarse, iba impregnada de mi concepción de la vida y del país.

El plan original consistía en cronicar la vida en México de 1940 a 1988; sin embargo, ni la más dotada capacidad de síntesis podía evitar el acopio de materiales de tantos aspectos de la historia reciente y de pronto el libro creció a un punto en que publicarlo como se había planeado resultaría excesivamente voluminoso, caro y difícil de manejar. Por tanto, lo dividí en dos partes, los periodos 1940-1970 y 1970-1988. En el primero la revolución mexicana se quedó atrás en aras de una modernización y apertura al capitalismo que conservó el autoritarismo represivo y mostró su aplastante deterioro en 1968. Esa primera parte apareció a fines de 1990, casi tres años después de haber iniciado el proyecto, con el título *Tragicomedia mexicana 1 (La vida en México de 1940 a 1970)* .

Durante los dos años siguientes trabajé intensamente en la segunda parte, el periodo 1970-1988. Sin embargo, nuevas dificultades se presentaron. Por una parte, dada la cercanía temporal y mis propias limitaciones, me resultó más difícil la caracterización de la primera docena trágica, los sexenios de Luis Echeverría y José López Portillo, en los que se vivieron las crisis de 1976 y de 1981-1982. Por otra parte, me era evidente que el gobierno de Miguel de la Madrid constituía la transición a un modelo que adquiría su verdadero sentido en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, así como Ávila Camacho le preparó el terreno a Miguel Alemán. Me resultaba cada vez más necesario escribir también la crónica del sexenio salinista, porque ahí se consolidaba el neoliberalismo en México.

Además, si los materiales históricos para el primer volumen habían sido relativamente escasos, de 1970 a la fecha abundaban, y sin perder el criterio panorámico podía abarcar más acontecimientos, lo cual hizo que, a pesar de apretar la síntesis, lo que había escrito sobre 1970 a 1982 tuviese casi las mismas páginas que el primer volumen. Por tanto, extendí la crónica un sexenio más e hice una nueva división: la era populista, de 1970 a 1982, y la neoliberal, de 1982 a 1994. Con el tiempo esta decisión me pareció adecuada, pues la trilogía es una forma clásica muy seductora. *Tragicomedia 2 (La vida en México de 1970 a 1982)* apareció a fines de 1992, dos años después de la primera.

En este tercer volumen de *Tragicomedia mexicana* , el sexenio de Miguel de la Madrid se narra año tras año, un poco para establecer una transición con el esquema de *Tragicomedia 2* , pero sobre todo para documentarlo bien, pues sólo así se puede entender lo que ocurrió después. Esto no es tan sencillo, porque, a diferencia del sexenio de Salinas, que fue muy espectacular, se ha escrito relativamente poco sobre el de De la Madrid. En cambio, opté por subvertir la linealidad cronológica en el periodo salinista y abordarlo temáticamente. Las nuevas técnicas cibernéticas y los materiales de "último momento" ciertamente representaron un cambio en mis sistemas de trabajo, pero en general *Tragicomedia 3* conserva el estilo y el espíritu de los dos volúmenes de la serie, aunque sin duda resulta más intenso a causa de la complejidad y la agudización de la vida nacional, especialmente en 1994, un año que a pesar de la profusa documentación aún presenta graves interrogantes.

Por supuesto, la cascada de revelaciones que no cesa puede modificar muchos de los planteamientos de *Tragicomedia mexicana* , además de que sin duda hay numerosas omisiones, o de que muchos sucesos importantes o interesantes apenas están delineados, sobre todo en lo que se refiere al sexenio de Zedillo. Ése es el gran riesgo de un proyecto de esta naturaleza, pero yo traté de ser como un zorro viejo que avanza con infinito cuidado sobre el hielo frágil. Naturalmente toda inexactitud es involuntaria y está abierta a la rectificación. En todo caso, este trabajo puede ser útil, como lo ha demostrado la aceptación de los dos volúmenes precedentes, porque contribuye a borrar la amnesia sexenal que padecemos y a establecer un piso desde el cual podrán partir otras aventuras más afortunadas que den constancia de nuestro agitado fin de milenio.

Agradecimientos

María Eugenia Vargas, Pedro Moreno, Juan Villoro, Ignacio Solares, Glyke Lehn, Sandra Hussein, Alejandro Reza, Una Pérez Ruiz, Tesy Ortiz, Andrea Peláez, Guadalupe Pech, Fabrizio León, Jesús Anaya, Andrés Ramírez, Cosme Ornelas, José Francisco Hernández, Silvia Sánchez Encalada, Jesús Ramírez, Salvador Quiauhtlazollin, Eurídice Aguirre, José Agustín Ramírez, Arturo Rivera, Carlos Barreto, Edgardo Bustamante, Carlos González, Paty Mazón, Dayana Sáizer, Rodrigo Arteaga, Augusto Ramírez, Gabriel Vargas, Naranjo, Helguera, Fritz Glockner y mi esposa Margarita Bermúdez.

Bibliografía

AGUILAR CAMÍN, HÉCTOR *et al* ., *Interpretaciones de la Revolución Mexicana* , UNAM-Nueva Imagen, 1970.

---, *Después del milagro* , Cal y Arena, 1993.

AGUILAR ZÍNSER, ADOLFO, *¡Vamos a ganar! La pugna de Cuauhtémoc Cárdenas por el poder* , Océano, 1995.

AGUIRRE, ALBERTO *et al.* , *El asesinato del cardenal, ¿un error?* , Planeta, 1994.

AGUIRRE, NORBERTO, *Cuestiones agrarias* , Joaquín Mortiz, 1977.

AI CAMP, Roderic, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX* , FCE, 1988.

ALEMÁN, RICARDO, *Guanajuato, espejismo electoral* , *La Jornada* Ediciones, 1993.

ANÓNIMO, *Yo Manuel: memorias ¿apócrifas? de un comisionado* , Rayuela, 1995.

ARANA, FEDERICO, *Guaraches de ante azul* , Posada, 1985.

---, *Roqueros y folcloroides* , Joaquín Mortiz, 1988.

BARTRA, ROGER, *La jaula de la melancolía* , Grijalbo, 1987.

---, *Oficio mexicano* , Grijalbo, 1993.

---, *La democracia ausente* , Grijalbo, 1984.

BASÁÑEZ, MIGUEL, *El pulso de los sexenios* , Siglo XXI, 1990.

BENÍTEZ, FERNANDO, *La ciudad de México, 1325 a 1982* , Salvat, 1982.

BERMÚDEZ, ANTONIO J., *La política petrolera mexicana* , Joaquín Mortiz, 1976.

BLANCO, JOSÉ JOAQUÍN, *Función de medianoche* , ERA, 1981.

BONFIL BATALLA, GUILLERMO, *México profundo* , SEP, 1984.

BORGE, TOMÁS, *Los dilemas de la modernidad* , Siglo XXI, 1993.

BRADING, DAVID, *Los orígenes del nacionalismo mexicano* , ERA, 1981.

BRUSHWOOD, JOHN S., *La novela mexicana (1967-1982)* , Grijalbo, 1984., *México en su novela* , FCE, 1973.

CAMACHO, MANUEL, *El futuro inmediato* , UNAM, 1980.

CAMPA, VALENTÍN, *Mi testimonio. Memorias de un comunista mexicano* , Ediciones de Cultura Popular, 1978.

CAMÚ, GUIDO, y DAUNO TÓTORO TAULIS, *EZLN: el ejército que salió de la selva* , Planeta, 1994.

CARBALLO, EMMANUEL, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX* , Empresas Editoriales, 1965.

CÁRDENAS, CUAUHTÉMOC, *¡No a la venta de la petroquímica!* , Grijalbo, 1996.

CAREAGA, GABRIEL, *Los intelectuales y la política en México* , Novaro, 1969.

CARPIZO, JORGE, *El presidencialismo mexicano* , 1978.

CARR, BARRY, *La izquierda mexicana a través del siglo XX* , ERA, 1996.

CASTAÑEDA, JORGE G., *México: el futuro en juego* , Joaquín Mortiz, 1987.

---, *La utopía desarmada* , Joaquín Mortiz, 1993.

CEPEDA NERI, ÁLVARO, *El fin del mercado libre* , Océano, 1985.

CHANES NIETO, JOSÉ, *La designación del presidente de la república* , Plaza y Valdés, 1993.

CHÁVEZ, ELÍAS, *Los priístas* , Proceso, 1980.

---, *Civilismo y modernización del autoritarismo* , Historia de la Revolución Mexicana, vol. 20, El Colegio de México, 1979.

CÓRDOVA, ARNALDO, *La revolución y el Estado en México* , ERA, 1989.

---, *La formación del poder en México* , ERA, 1972.

---, *La ideología de la Revolución Mexicana* , 1973.

CORRO, SALVADOR, y JOSÉ REVELES, *La Quina, el lado oscuro del poder* , Planeta, 1989.

COSÍO VILLEGAS, DANIEL, *El sistema político mexicano* , Joaquín Mortiz, 1972.

---, *El estilo personal de gobernar* , Joaquín Mortiz, 1974.

---, *La sucesión presidencial* , Joaquín Mortiz, 1975.

---, *Memorias* , Joaquín Mortiz, 1976.

DELGADO, RENÉ, *La oposición: debate por la nación* , Grijalbo, 1988.

DÍAZ RUANOVA, OSWALDO, *Los existencialistas mexicanos* , Giménez Siles, 1982.

DÍAZ SERRANO, JORGE, *Yo, Jorge Díaz Serrano* , Planeta, 1988.

DORNBIERER, MANÚ, *La guerra de las drogas* , Grijalbo, 1993.

---, *Los periodistas mueren de noche* , Grijalbo, 1993.

———, *El prinosaurio* , Grijalbo, 1994.

ENRÍQUEZ FÉLIX, JAIME, *La chilenización de la economía mexicana* , Planeta, 1995.

ESCALANTE, EVODIO, *Tercero en discordia* , UAM, 1982.

FAZIO, CARLOS, *El tercer vínculo. De la teoría del caos a la teoría de la militarización* , Joaquín Mortiz, 1996.

---, *Samuel Ruiz, el caminante* , Espasa-Calpe, 1994.

FIGUEROA, YOLANDA, *El capo del Golfo. Vida y captura de Juan García Ábrego* , Grijalbo, 1996.

FORTSON, JAMES R., *Cuauhtémoc Cárdenas, un perfil humano* , Grijalbo, 1997.

FUENTES, CARLOS, *Tiempo mexicano* , Joaquín Mortiz, 1970.

---, *El espejo enterrado* , Alfaguara, 1994.

FUENTES, GLORIA, *El ejército mexicano* , Grijalbo, 1983.

GARCÍA CANTÚ, GASTÓN, *El desafío de la derecha* , Joaquín Mortiz/Planeta, 1987.

GARCÍA MICHEL, HUGO, *Más allá de Laguna Verde* , Posada, 1988.

GARRIDO, LUIS JAVIER, *El partido de la revolución institucionalizada* , Siglo XXI , 1981.

GILLY, ADOLFO *et al* ., *Interpretaciones de la Revolución Mexicana* , UNAM/Nueva Imagen, 1979.

GÓMEZ, PABLO, *Los gastos secretos del presidente* , Grijalbo, 1996.

GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO, *La democracia en México* , ERA, 1963.

---, *El Estado y los partidos políticos en México* , ERA, 1981.

(coord.), *Segundo informe sobre la democracia* , Siglo XXI, 1993.

---, y ENRIQUE FLORESCANO (coords.), *México hoy* , ERA, 1977.

---, y HÉCTOR AGUILAR CAMÍN (coords.), *México ante la crisis* , Siglo XXI, 1985.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, JOSÉ, *Lo negro del Negro Durazo* , Posada, 1983.

GONZÁLEZ SANDOVAL, JUAN PABLO, y JAIME GONZÁLEZ GRAF (coords.), *Los límites rotos. Anuario político* , Océano, 1995.

---, (coord.), *El año del vacío. Anuario político* , Océano, 1996.

GRANADOS CHAPA, MIGUEL ÁNGEL, *¡Escuche, Carlos Salinas!* , Océano, 1992.

GUILLÉN ROMO, HÉCTOR, *Orígenes de la crisis de México 1940-1982* , ERA, 1984.

GUTIÉRREZ, ANTONIO, y CELSO GARRIDO (coords.), *Transiciones financieras y TLC* , Ariel, 1994.

HANSEN, ROGER D., *La política del desarrollo mexicano* (1971).

HERNÁNDEZ LÓPEZ, JULIO, *Las horas contadas del PRI* , Grijalbo, 1997.

JOSÉ AGUSTÍN, *La contracultura en México* , Grijalbo, 1996.

KATZ, FREDERICH, *La guerra secreta de México* , Grijalbo, 1982.

KRAUZE, ENRIQUE, *Daniel Cosío Villegas* , Joaquín Mortiz, 1980.

---, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana* , Siglo XXI, 1976.

---, *Caras de la historia* , Joaquín Mortiz, 1983.

---, *Por una democracia sin adjetivos* , Joaquín Mortiz/Planeta, 1986.

---, *La presidencia imperial* , Tusquets, 1997.

LEWIS, OSCAR, *Los hijos de Sánchez* , Joaquín Mortiz, 1963.

LINDAU, JUAN, *Los tecnócratas y la élite gobernante mexicana* , Joaquín

Mortiz, 1993.

LOSADA, TERESA, *Rebelión desde la cultura* , Joaquín Mortiz, 1988.

LÓPEZ CÁMARA, FRANCISCO, *El desafío de la clase media* , Joaquín Mortiz, 1971.

LÓPEZ PORTILLO, JOSÉ, *Mis tiempos* , Fernández, 1988.

---, *Umbrales* , Nueva Imagen, 1997.

LORET DE MOLA, CARLOS, *Los últimos 91 días* , Grijalbo, 1978.

LORET DE MOLA, RAFAEL, *Presidente interino* , Grijalbo, 1993.

MANZO, JOSÉ LUIS, *¿Qué hacer con Pemex?* , Grijalbo, 1996.

MÁRQUEZ, ENRIQUE, *Por qué perdió Camacho* , Océano, 1995.

MEDIN, TZVI, *El sexenio alemanista* , ERA, 1990.

MEDINA, LUIS, *Del cardenismo al avilacamachismo* , Historia de la Revolución Mexicana, vol. 18, El Colegio de México, 1978.

MENÉNDEZ, ANTONIO e IVÁN, *Del pensamiento esencial de México* , Grijalbo, 1988.

MEYER, JEAN, *El sinarquismo, ¿un fascismo mexicano?* , Joaquín Mortiz, 1979.

MEYER, LORENZO, *Segunda muerte de la Revolución Mexicana* , Cal y Arena, 1993.

---, *Liberalismo autoritario. Las contradicciones del sistema político mexicano* , Océano, 1995.

MONSIVÁIS, CARLOS, *Amor perdido* , ERA, 1977.

---, *Escenas de pudor y liviandad* , Grijalbo, 1981.

MONTEMAYOR, CARLOS, *La guerra en el paraíso* , Diana, 1992.

---, *Chiapas. La rebelión indígena de México* , Joaquín Mortiz, 1997.

NOVO, SALVADOR, *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho* , Empresas Editoriales, 1964.

---, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán* , Empresas Editoriales, 1967.

OPPENHEIMER, ANDRÉS, *México: en la frontera del caos* , Vergara, 1996.

PÁRAMO, DAVID, *El caso Havre. Asalto a la banca* , Planeta, 1994.

PAZ, OCTAVIO, *El ogro filantrópico* , Seix Barral, 1978.

---, *Tiempo nublado* , Seix Barral, 1990.

PAZOS, LUIS, *Del socialismo al mercado* , Diana, 1991.

PELLICER DE BRODY, OLGA, y JOSÉ LUIS REYNA, *El afianzamiento de la estabilidad política* , Historia de la Revolución Mexicana, vol. 22, El Colegio de México, 1978.

---, y ESTEBAN L. MANCILLA, *El entendimiento con Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador* , Historia de la Revolución Mexicana, vol. 23, El Colegio de México, 1978.

PONIATOWSKA, ELENA, *La noche de Tlatelolco* , ERA, 1971.

---, *Fuerte es el silencio* , ERA, 1980.

---, *Nada, nadie. Las voces del temblor* , ERA, 1988.

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, *Crónica del gobierno de Carlos Salinas de Gortari* (1994).

RAMOS, SAMUEL, *El perfil del hombre y la cultura en México* , Austral, Argentina, 1951.

RAMÍREZ, CARLOS, *Cuando pudimos no quisimos. El decenio del derrumbe: la transición y el caos* , Océano, 1995.

---, *El asesor incómodo. Joseph Marie Córdoba Montoya* , Océano, 1997.

Revueltas, José, *Cuestionamientos e intenciones* , Obras completas, vol. 18, ERA, 1981.

---, *México, democracia bárbara* , Obras completas, vol. 16, ERA, 1983.

---, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* , Obras completas, vol. 17, ERA, 1981.

---, *Ensayos sobre México* , Obras Completas, vol. 19, ERA, 1985.

REYES HEROLES, JESÚS, *El liberalismo mexicano* , UNAM, 1957-1961.

REYGADAS, PEDRO (coord.), *La guerra de año nuevo. Crónicas de Chiapas y México 1994* , Praxis, 1994.

RIDING, ALAN, *Vecinos distantes* , Joaquín Mortiz, 1987.

RIVERA RÍOS, MIGUEL ÁNGEL, *Crisis y reorganización del capitalismo mexicano* , ERA, 1992.

RODRÍGUEZ CASTAÑEDA, RAFAEL, *Prensa vendida* , Grijalbo, 1993.

---, *Operación Telmex. Contacto en el poder* , Grijalbo, 1995.

ROJAS, MARIO, *Las manos sucias. Violación a los derechos humanos en México 1988-1995* , Grijalbo, 1996.

RUIZ HARRELL, RAFAEL, *Exaltación de ineptitudes* , Posada, 1986.

RUIZ MASSIEU, MARIO, *Yo acuso. Denuncia de un crimen político* , Grijalbo, 1995.

SAMPERIO, GUILLERMO, *¿Por qué Colosio?* , Océano, 1995.

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, AGUSTÍN, *Fidel, una historia de poder* , Planeta, 1991.

SÁNCHEZ SUSARREY, JAIME, *El debate político e intelectual en México* , Grijalbo, 1993.

SANTOS, GONZALO N., *Memorias* , Grijalbo, 1984.

SCHERER GARCÍA, JULIO, *Los presidentes* , Grijalbo, 1986.

---, *El poder. Historias de familia* , Grijalbo, 1990.

---, *Estos años* , Océano, 1995.

---, *Salinas y su imperio* , Océano, 1997.

SEFCHOVICH, SARA, *México: país de ideas, país de novelas* , Grijalbo, 1987.

SEGOVIA, ANDRÉS, *La politización del niño mexicano* , El Colegio de México, 1975.

SMITH, PETER, *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas 1900-1971* , El Colegio de México, 1981.

SOLÍS, LEOPOLDO, *La realidad económica, retrovisión y perspectivas* , Siglo XXI, 1970.

SZÉKELY, GABRIEL, y JAIME DEL PALACIO, *Teléfonos de México; una empresa privada* , Planeta, 1995.

TAIBO, PACO IGNACIO I, *María Félix* , Planeta, 1991.

TAIBO, PACO IGNACIO II, *Cárdenas de cerca* , Planeta, 1994.

TELLO, CARLOS, y ROLANDO CORDERA, *La disputa por la nación* , Siglo XXI, 1981.

TELLO DÍAZ, CARLOS, *La rebelión de las cañadas* , Cal y Arena, 1995.

TORRES, BLANCA, *Hacia la utopía industrial* , Historia de la Revolución Mexicana, vol. 21, El Colegio de México, 1984.

TREJO DELARBRE, RAÚL, *Las redes de Televisa* , ERA, 1988.

TRUEBA LARA, JOSÉ LUIS, *Raúl Salinas de Gortari. El abuso del poder* , Roca, 1996.

---, *Política y narcopoder en México* , Planeta, 1995.

URQUIDI VÍCTOR L. y JOSÉ B. MORELOS (comps.), *Tendencias y políticas de población* , El Colegio de México, 1982.

VALENZUELA, JOSÉ MANUEL, *¡A la brava ése!* , El Colegio de la Frontera Norte, 1988.

VALENZUELA FEIJÓO, JOSÉ, *El capitalismo mexicano en los ochenta* , ERA, 1986.

VALLE, EDUARDO, *El segundo disparo. La narcodemocracia mexicana* , Océano, 1995.

VARIOS AUTORES, *Historia general de México* , El Colegio de México, 1981.

VEGA, PATRICIA, *A gritos y sombrerazos* , Conaculta, 1996.

VELÁZQUEZ RIVERA, LUIS, *Bamba violenta* , Océano, 1985.

VIDELA, GABRIELA, *Sergio Méndez Arceo. Un señor obispo* , Correo del Sur, 1982.

VILLASEÑOR, VÍCTOR MANUEL, *Memorias de un hombre de izquierda* , vol. 2: *De Ávila Camacho a Echeverría* , Grijalbo, 1976.

ZAID, GABRIEL, *El progreso improductivo* , Siglo XXI, 1976.

---, *Adiós al* PRI, Océano, 1995.

ZAMORA, GUILLERMO, *Caso Conasupo: La leche radiactiva* , Planeta, 1997.

REVISTAS

Siempre!

Política

Revista de la Universidad Contenido

Plural

El Machete

Nexos

La Mesa Llena

Proceso

Quehacer Político

Vuelta

El Buscón

Zurda

Época

PERIÓDICOS

El Universal

Excelsior

El Popular

El Nacional

Novedades

El Día

El Heraldo de México

El Sol de México

El Norte

Unomásuno

La Jornada

Reforma

Siglo XXI El Sur

Tragicomedia mexicana 3 *La vida en México de 1982 a 1994*

Primera edición digital: julio, 2013

D. R. © 1992, José Agustín

Diseño de portada: Random House Mondadori / Andrés Mario Ramírez Cuevas

D. R. © 2013, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Random House Mondadori, S. A. de C. V.

Av. Homero núm. 544, colonia Chapultepec Morales,

Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11570, México, D.F.

ISBN 978-607-311-115-7